



Ex Libris

K.K.Venugopal

K.K. Venugopal

PANORAMA

UNIVERSAL.

ASIA.

LA INDIA.

HISTORIA DE LA INDIA.

PARTE PRIMERA.

INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA INDIA ANTIGUA Y MODERNA.

I.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.

¡ La India ! ¡ Hay todavía en esta palabra algo grandioso y venerando, vago y misterioso, aun despues de tantos siglos ! La India, la mas antigua porcion civilizada del mundo antiguo, la cuna de las creencias religiosas, que, en su unidad, en su sencillez y grandezas primitivas, parecen haber abarcado en grandísima fórmula todos los cultos, que mas adelante se han repartido los pueblos; la India, el teatro de los acontecimientos históricos mas inesperados, grandes y maravillosos; la India, que han visitado unos tras otros los dioses, los héroes, los filósofos, los hombres desalados por el saber y los especuladores mas osados en todos los siglos: la India, cuya conquista han entablado y acabado en parte Sesostris, Dario, Alejandro, Chenquiz-Khan, Timur ó Tamerlan, Raber, Nader Shah, Napoleon; la India, en fin, cuya Providencia, vacilante por un momento á favor de la Francia, parece haber entregado irremisiblemente sus destinos á la Inglaterra. Tal es el pais cuya historia tratamos de bosquejar, dando á conocer sobre todo su estado actual; pero cuyo pasado y porvenir interesan en sumo grado á la huma-

nidad entera, por cuanto lo pasado de la India encubre en sus honduras algunos de los rasgos principales de la historia del mundo, y su porvenir se enlaza mas y mas estrechamente con la suerte de las grandes naciones europeas. Por otra parte, bajo el punto de vista científico, y bajo el del perfeccionamiento intelectual de la especie humana, el estudio de los tiempos antiguos de la India, ó del mundo bramánico, hace esencialmente parte del progreso jeneral de la humanidad, y así es que, como revelacion venidera, podemos decir que ese pasado de los primeros siglos de la India pertenece al porvenir.

De estas pocas palabras podemos inferir, y no titubeamos en declarar que efectivamente nuestros conocimientos sobre la *India antigua* son muy limitados todavía; que tenemos datos muy imperfectos sobre el orijen, la organizacion primitiva y la historia de los pueblos que la habitan; que está todo por hacer en la construccion de este vasto edificio histórico, y que solo desde ayer nos estamos ocupando en reunir sus materiales; pero tampoco titubeamos en afirmar que el estudio de la literatura y de las antigüedades indianas es uno de los mas importantes y útiles que en adelante puede aco-

meter el entendimiento humano. Ya desde los primeros pasos de este nuevo estudio, han justificado el celo y la perseverante inteligencia de los exploradores descubrimientos de sumo valor histórico, los que permiten antever resultados de interés inmenso. Con efecto, ya era esto de esperar, y no en vano progresa la educación de las sociedades, se multiplican los medios de investigación y se perfeccionan los instrumentos de pesquisa. Todas las ciencias á la vez consultan los monumentos; todo se examina, se mide y reproduce en siendo necesario, todo á lo menos puede serlo y lo será un día, por cuanto estamos ya poseyendo métodos ó procedimientos que afianzan la conservación de todos los elementos de nuestras investigaciones, sin escepcion. El celo ciego y destructor de los primeros cristianos que visitaron la India, de los musulmanes, que, no menos fanáticos, han destruido mas todavía, porque habian impuesto al país una dominación mas duradera; aquel celo deplorable ha cedido su puesto al verdadero impulso de civilización y progreso, impulso eminentemente pródigo y conservador, que se guarda muy bien de separar el porvenir de lo pasado, y que convencido de que el Sér supremo no ha hecho nada en vano, consulta su voluntad en la historia de los pueblos, y busca una enseñanza en los monumentos que estos pueblos han dejado de su paso. La India es rica todavía en monumentos de esa antigüedad misteriosa, cuyas huellas ha procurado en vano borrar el fanatismo. El estudio del sanscrit y de las lenguas que se refieren á esta lengua madre es un poderoso medio de descubrimiento, cuya importancia va por cada día en aumento. Viene á ser la antorcha que alumbrará con luz viva y duradera las ruinas de aquel mundo bramánico, donde los viajeros de la ciencia van á recojer para ella tan ricas colecciones. El afán religioso de recojer y eternizar para el estudio esos venerables restos de los tiempos antehistóricos seguirá embargando quizás á muchas jeneracio-

nes. Luego vendrá una diestra poderosa que, con la ayuda, por decirlo así, de aquellos huesos diseminados, reconstruirá al pueblo perdido, y sobre la forma de aquel magnífico esqueleto, indicará el carácter, las costumbres, la misión y la vida de uno de los grandes antepasados de la humanidad.

Ya desde ahora pueden antever nuestros lectores las pesquisas y vijilias que la India está requiriendo. La tarea del porvenir es inmensa; la que nos impone lo presente es aun bastante grande para acobardar á los mas animosos; y si no cejamos ante el cumplimiento de nuestras promesas, si nos resignamos á someter al público el resultado harto imperfecto de nuestras observaciones y de nuestros humildes estudios, es porque nuestro trabajo, aunque incompleto, muestra al menos un anhelo, que será comprendido, de popularizar entre nosotros nociones útiles, es porque hemos tenido que ceder á la convicción de que era honroso contribuir, sin tardanza, á dar un impulso robusto á los estudios que se proponen por objeto la India. Nosotros mismos hemos recorrido algunos rincones de aquel campo inmenso abierto á las pesquisas del filósofo, del naturalista, del hombre de estado. Todavía estamos por el camino, pero es para indicarlo á los mas emprendedores y dignos; semejantes á los centinelas colocados en aquellas vías maravillosas en las que la ciencia triunfa de las distancias por medio del fuego que ha sometido, y que muestran con el dedo el blanco hácia el cual puede deslizarse el carro sin temor, nos quedamos á la zaga, pero el carro va adelante, y se alcanzará el blanco.

Considerando la India como un todo que el pensamiento puede aislar y someter á un exámen detenido, desde luego se alcanza que, para apreciar debidamente su estado actual, es imprescindible hacerse al menos una idea aproximada de su estado anterior, y por lo tanto deberemos esforzarnos en presentar

un resumen completo de las investigaciones hechas por la ciencia europea sobre la *India antigua* y la *India de la edad media*; pero ante todo importa reconocer y definir el campo de nuestras observaciones, y trazar los principales caracteres físicos y etnográficos de esta vasta porción del Asia, que representa al parecer la palabra *India*.

Desde que la ciencia geográfica ha tomado el carácter y la estension que para ella reclamaba la filosofía, ha estudiado el globo desde un punto de vista mas encumbrado, y sometido la clasificacion de las grandes divisiones de la haz de la tierra á consideraciones de conjunto que ya se apoyan en los datos mas interesantes de la jeología, de la climatología y de la historia natural. Algunas de estas divisiones, sin embargo, y las denominaciones que se les aplican mantienen su individualidad, por decirlo así, y su independencia primitivas, porque se fundan á un mismo tiempo en la configuracion plástica de los paisajes y en la historia de los pueblos. Así pues, no fueron la casualidad ni el capricho, quienes, en esta inmensa mitad de la corteza terrestre, que se estiende desde el Kamschatka hasta las islas Británicas, han reconocido en todos tiempos dos partes distintas, la Europa y el Asia. La individualidad de cada una de ellas está afianzada, por una naturaleza íntima, armonías especiales, un órden distinto de producciones y necesidades, circunstancias todas de valor inmenso; y que conducen á separaciones mas reales y duraderas que la interposicion de los mares (1). Y lo que es verdad respecto de estos grandes cuerpos no lo es menos respecto de sus miembros principales, y así es que el Iran, el Tunan, la India, la

China, reclaman tambien su individualidad jeográfica etnográfica. — La India, en particular parece haber llamado, ya dende remotísimos tiempos, la atencion de los pueblos occidentales. Luego trataremos de apreciar el valor de las noticias que sobre este punto nos han transmitido la antigüedad griega y la romana, y tendremos que reconocer que las voces *India*, *Indianos*, no han expresado durante largo tiempo para los historiadores ó los jeógrafos de Grecia y Roma mas que ideas vagas é incompletas. ¿Qué límites señalaban á aquellas vastas y maravillosas rejiones, aun despues de la expedicion de Alejandro y la estension de las relaciones comerciales? Arduo se hace determinarlo. No obstante es de notar que los principales caracteres físicos del pais, sus producciones, sus habitantes, los rasgos distintivos de su civilizacion habian sido estudiados y comprendidos hasta cierto punto, y el término medio, digámoslo así, de las determinaciones debidas á las autoridades que acabamos de indicar, concurre de un modo bastante reparable, bajo el punto de vista jeográfico, con las autoridades sanscritas, y con los resultados de las observaciones modernas. Fuera de esto, los mismos jeógrafos modernos empiezan apenas á ponerse de acuerdo en punto á la delimitacion precisa de la India; y los filósofos están todavía muy ajenos de entenderse en punto al puestto que conviene señalar á sus pueblos en la historia de la humanidad. Quizás se complaciera la poesía en dejar esta grande idea en medio de la confusion de Océanos, montañas, llanuras, frescas sombras y abrasadores desiertos, con su séquito de tradiciones y leyendas, en su esplendor antiguo y misterioso. Pero harta grandeza y muchísimo interés ofrece la

(1) Podemos considerar la Europa y el Asia como dos partes, la una oriental, la otra occidental, de un mismo continente; pero existen huellas de una separacion profunda entre estas dos partes, en un estado anterior del globo. Hoy dia, el límite (Véase á Ritter, Asia, vol. 1.º, p. 100) parece estar claramente indicado por la línea del curso inferior de los rios el Don, el Wolga, el Ural y la cordillera de los Urales. El levan-

tamiento jeneral de los terrenos, hácia el oeste, su naturaleza mas fértil, mas propicia á la grande vegetacion y al mismo tiempo á la asplotacion agricola, los destina para ser una tierra de cereales, de campiñas y ciudades, al paso que la parte adyacente del Asia no es mas que una continuidad de estepas, de lagos salobres y de terrenos propios para la vida nómade.

realidad; el campo de las verdades indias es bastante dilatado y fértil para que sin pesadumbre demos la espalda al lujo vago y estéril de las conjeturas; y si el pan de la ciencia, bien así como el que sostiene la vida material, debe regarse con los sudores de la humanidad, al menos el porvenir promete á la observacion perseverante é imparcial pingües mieses.

No sin intento llamamos desde ahora la observacion de nuestros lectores á la trascendencia de los resultados que cabe esperar de una observacion *imparcial*. Nada ha entorpecido tanto los progresos de las ciencias morales, nada ha perjudicado al desarrollo ó á los medros de la filosofía de la historia, y al verdadero conocimiento de la India, en particular, que las ideas preconcebidas, los sistemas fijos, las esplicaciones prematuras, las admiraciones ó las esperanzas exajeradas, y ante todo las convicciones desfavorables y las preocupaciones desdeñosas. Vamos á citar desde luego un ejemplar comparable del influjo de estas últimas. Han escrito sobre la India hace poco dos hombres ilustres; sus nombres pertenecen á las naciones mas civilizadas de Europa. El uno de estos escritores, el historiador de la India inglesa, el esclarecido Mill, tuvo acceso á los documentos mas auténticos, y los ha discutido con una erudicion y sagacidad nada comunes; el otro, observador animoso é intrépido, el ingenioso y desventurado francés Jacquemont, vió con sus propios ojos mucho y bien bajo ciertos respectos. Entrambos debieron pensar que el influjo que ejercerian en la opinion seria proporcionado á la autoridad de su palabra; cada uno desde su punto de vista, ha examinado el pais y los habitantes y dado un juicio definitivo sobre cuestiones que creian haber estudiado bastante. Pero el uno estaba decidido á no hallar nada recomendable ó respetable entre los Hindos, y á hacer poco aprecio de su antigua civilizacion, así como desconocer los rasgos mas amables de su carácter; el otro no menos firmemente resuelto á no ad-

mirar nada que fuere indio (ni aun el sublime aspecto de Himalaya y el valle de Cachemira ó Kashmir, se preocupó esclusivamente con lo presente y con la contemplacion del vasto imperio que ha construido la Inglaterra en la India con los escombros de lo pasado; apenas echó una mirada á aquellas ruinas venerables y no ha titubeado en declarar que el estudio del sanscrit y de la India antigua no conduciría á ningun resultado. Segun ellos, los Hindos no han tenido jamás ni jeografia ni anales, y hay que orillar la esperanza de llenar al menos las lagunas que ha constatado la historia entre la expedicion de Alejandro y las primeras invasiones de los mahometanos. Mas de una ocasion tendremos para convencernos de lo erróneo de semejantes conclusiones y de que estas preocupaciones sobre puntos jenerales han conducido á muchísimos errores. Muy ajenos de desahuciar de este modo la causa del porvenir tenemos derecho de esperar, al contrario (y esto nos obligamos á sentarlo), que los monumentos las crónicas, los libros sagrados, la inmensa literatura de la India, proporcionarán á la historia grandísimos materiales. Varias publicaciones recientes han descubierto ya la importancia de las autoridades sanscritas, y al principiar nuestras investigaciones, sentimos la necesidad de consultar estas autoridades, y de apoyarnos en las tradiciones registradas por la ciencia bramánica.

II.

ASPECTO JEOGRAFICO, LIMITES. — PUNTO DE VISTA BRAMANICO: PUNTO DE VISTA EUROPEO. — BOSQUEJO DE LOS PRINCIPALES CARACTERES FISICOS Y ETNOGRAFICOS.

Los pueblos designados por los Griegos con el nombre de *Indoi*, por los Latinos con el de *Indi*, eran ciertamente los que profesan todavía la religion bramánica ó sus derivadas, y que la Europa actual conoce con el nombre de *Hindos*. El pais que se supone que los Hindos han ocupado,

como cuerpo de nacion, desde tiempo inmemorial, ha sido llamado por los Persas, *Hindus' than* (pais de los Hindos). La voz Hindostan ha pasado en nuestra lengua (1). Así pues, *India* é *Hindostan* tienen á corta diferencia el mismo significado; sin embargo la idea espresada por la voz *India* no es cabalmente la misma que la presentada por la palabra *Hindostan*. Esta última tiene una significacion mas limitada que la primera. Algunos jeógrafos modernos, confundiendo no obstante estas ideas, han querido considerar los límites del Hindostan determinadas por los puntos extremos donde ha penetrado la religion hinda; y Hamilton, en su descripcion del Hindostan, advierte que esta demarcacion presenta la ventaja de coincidir cabalmente por tres lados con las vallas naturales que presentan la inmensa cordillera del Himalaya, el Indo y el Océano, pero esta observacion parece poco exacta, puesto que allende estas vallas la religion hinda ha dejado huellas evidentes como al noroeste de los montes Soliman (donde se halla quizá la cuna de la raza hinda), al este del Bramaputra, en las islas de la Sonda, etc. Por otra parte se puede observar que el curso del Indo y el del Gánjes no han en ninguna época ceñido de hecho la religion ó el influjo político de la India, ni la han abrigado contra la invasion. Los rios pueden servir de líneas de demarcacion entre subdivisiones territoriales ó pequeños principados, pero no son muy propios para constituir las vallas permanentes de un grande imperio. El Gánjes en particular no ha constituido jamás una valla de esta especie; y esta es la razon porque la denominacion de la India ultra-ganjética ó tras-ganjética (ó la India *allende el Gánjes*, por oposi-

(1) Muy á menudo se ha escrito *Indostan*, y hállase todavia esta palabra en muchas publicaciones recientes, pero creemos preferible *Hindostan*. Los Arabes y Persas designan con la voz *Sind* las rejiones inmediatas al Indo; llaman *Mind* al Indo ganjético. Mas adelante volveremos á tratar de estas designaciones, su significado y orijen.

cion á la India *aquende el Gánjes*) presenta una idea mas descabalada y mas vaga todavia que la de India cis-ganjética. Bajo la denominacion de India ultra-ganjética, han colocado algunos escritores todos los paises comprendidos entre la bahía de Bengala y el mar de la China. Es la que el dia parece que están dispuestos á llamar *Indo-China*. Es la *pequeña India* de Marco Polo, que él deslinda de la *grande India*, que se estiende desde el Cabo Comorin hasta el Sindo. Además de estas dos Indias, habla de otra tercera, que llama *India media* y *segunda India*, y que comprende la Abisinia y la Costa Arábica hasta el golfo Pérsico. Segun otra version que divide tambien las Indias en tres partes, la primera se estendia desde la Persia hasta el Indo, la segunda desde el Indo hasta el Gánjes, al paso que la tercera abarcaba los paises ultra-ganjéticos. Bajo la denominacion familiar de *Indias orientales*, tomada de los Portugueses, se comprende jeneralmente las islas del archipiélago Indio, y es singular que el nombre *Indias orientales*, que ha conducido á esta distincion, no designe ahora mas que un grupo de islas colonizadas por blancos y pobladas de Africanos (1). El error de Colon que creia al principio haber llegado á la India por la derrota tras-atlántica, se ha perpetuado de un modo muy singular, cuando han llamado *Indios* esto es Etiopes ó negros, á la poblacion aborijena, cobriza, de las Américas. En valde seria sin embargo tratar de enmendar una nomenclatura desde tan largo tiempo establecida. Por dicha ha conservado la voz India un sentido especifico, á pesar de la dificultad de determinar su significado jeográfico de un modo preciso. *Hindostan* podria ser, bajo algunos conceptos, una denominacion preferible, como correspondiente á *Hindo* y á *Hindostani*, términos por los cuales designamos á los indijenas

(1) Lo que aquí dice el autor francés va dicho respeto de los Ingleses, que llaman *West-Indies* (Indias occidentales) al archipiélago de las Antillas, y *América* al continente americano.

y la lengua vulgar del país. El nombre mas cómodo y clásico, *India* parece deber prevalecer sobre los demás, y con tanta mayor razon por cuanto la espresion de India inglesa (ó Indias inglesas), que designa el inmenso territorio poseido por los Ingleses en aquellos remotos países, territorio que por cada dia va en aumento, ha pasado ya al dominio de la política y de la historia. Adoptáremos por lo tanto la voz mas popular, considerándola á corta diferencia como sinónimo de *Hindustan*, aunque con acepcion mas lata. En resumen, no hay que buscar, así lo creemos, ni entre los Griegos, ni entre los Romanos, ni entre los Persas, los límites de la India antigua. Parecenos mas natural consultar sobre este punto á los mismos Hindos, que han estudiado al parecer las grandes formas de la naturaleza en el Asia central con mucha mas detencion de lo que se habia imaginado.

Segun las noticias de la cosmografía bramánica, el continente está representado simbólicamente bajo la forma de una flor de loto (*Padma*, en sanscrit) (1) que nada sobre la superficie del Océano. Del centro de esta flor se levanta el pistilo, tipo de la mayor elevacion de la corteza terrestre; el *Meru* ó *Sumeru*, el monte Sagrado. Al rededor de él se estrechan los órganos de la fecundacion, los filamentos, las antenas, los nectarios, como las crestas de las montañas y los picos principales de las cordilleras donde nacen los rios caudalosos de la tierra. Las divisiones de la corola designan los principales países. Las cuatro divisiones del cáliz indican cuatro penínsulas primitivas ó *dvipas* (países bañados por mitad ó en gran parte por el mar) (2), dirigidas hácia los cuatro puntos cardinales. El segmento del sur ó la India anterior, la India propiamente dicha, es el *Djambu Dwipa* (3). Así pues, bajo el punto de

vista de su deducccion cosmográfica, es designada la India por los bramínes con el nombre de *Djambu Dwipa*. Bajo el punto de vista histórico y político, es el *Bharat-Khand*, ó *Bharat-Varsha*, país de Barat, del nombre de un príncipe oriundo de la raza lunar (1), hijo de Danshman-ta y de Sacontala. Segun los bramínes, el *Bharat-Varsha* está ceñido al norte por el *Himalaya*, al sur por el mar, al este en parte por el mar y en parte por las cordilleras de montañas que lo separan de los países conocidos hoy dia por los nombres *Asam*, *Casay*, *Arracan*; al oeste, en fin, por el Océano y por las cordilleras de montañas que separan aquellos países de la antigua Persia y se estienden hasta las bocas del Indo; montañas que los jeógrafos modernos designan con el nombre de *Montes Soliman*, y que los autores hindos mas antiguos consideraban como una continuacion del *Himalaya*, pero que de hecho son dependientes del Iran, cuyo borde oriental vienen á formar. Segun estos datos, traducidos en jeografía matemática, la India continental de los antiguos, considerada bajo el punto de vista de sus límites extremos, se estendia desde el octavo hasta el quinto grado de latitud norte, y desde el sexajésimo quinto hasta el nonajésimo primo de longitud oriental (meridiano de Paris) (2).

Tratemos ahora de verificar si la determinacion de estos límites, indicada por las grandes formas de la naturaleza, coincide con diferencias generales y bastante de bulto, observadas en sus producciones aqueñde y allende de estos mismos límites.

Observemos que el borde oriental de la meseta del Iran que termina la cuenca del Indo, se designa como el límite de la India al occidente. Es la cordillera frontera *hindo-pérsica*. Todo el país al oeste de esta cordillera forma, desde Kabul hasta la cos-

cion de estas palabras.

(1) *Nymphaea nelumbo*, L.; *nelumbium speciosum*, Wild. *χάμας πικυπταχός*.

(2) *Dwipa*, pronunciado *Dvip*, *Dip*, *Dih*; península (*Al Jezira* de los Arabes), y por estension *isla*.

(3) Hableremos mas adelante de la significa-

(1) Las dos dinastías principales de los antiguos soberanos de la India ganjética son designadas con los nombres de *Hijos del Sol* ó *Hijos de la Luna*.

(2) Véase lám. 1. mapa de la India antigua.

ta de Mekran (la antigua Gedrosia), un país alto no interrumpido de mesetas y montañas; es el Afghanistan propiamente dicho, que tiene por muralla al norte el *Hindo-Kusch* ó *Hindu-Koh*, continuacion occidental del Himalaya, la triple cordillera Soliman pasa baluarte frontera hacia el Indo, y la mesa de Beluchistan pasa límite al Sur. Al noroeste, en la prolongacion del Hindu-Kush, se levanta el *Paropamisso*, país de los Hazareches, semejante por su aislamiento á una fortaleza de montañas inaccesibles entre el Kabul, el Kandahar, Balkh y el Khorasan. Al oeste, en fin, se estiende hasta hacia el lago Zarah y el Seistan un país montañoso, de forma cuadrangular, cuyo límite forman los desiertos arenosos y salinos de la Persia central. Tales son las fronteras naturales de la meseta del Afghanistan; en cuanto á las fronteras políticas, en ninguna época se han determinado de un modo bien preciso, en un país donde ninguna dominacion ha logrado formar una ciudad monarca de larga duracion. Coloquémonos con el pensamiento en el alto terraplen del Kabul que hace parte de esta vasta meseta, y observemos.

Bajo el punto de vista físico como bajo el punto de vista político, la posicion de Kabul en el mundo asiático llama sobre esta ciudad la atencion de todo el Oriente (1). Kabul es la encrucijada de las carreteras de comunicacion de la Persia y la India, del Iran y del Turan, ó, en otros términos, del norte y del sur, del este y del oeste del Asia central. Bajo el aspecto del clima, Kabul es tambien un punto de transicion de importancia característica, que ofrece una reñion singular de los diversos influjos del cielo y de sus dones variados, en una palabra, el clima accidentado que, en los países de *terraplenes*, aproxima siempre los contrastes en el menor espa-

cio y en el tiempo mas breve, y en el estilo mas grandioso. En Kabul reina ya en la parte el clima seco de la Persia; pero las últimas nubes del monzon, que siguen la eterna valla del Himalaya y del Hindu-Koh, llegan aun hasta aquí, y descargan las fertilizantes lluvias de que vienen preñadas. La nieve, desconocida en las llanuras del Hindostan, asoma en el alto país de Kabul; pero en invierno, no hace mas que coronar las alturas que por todos lados ciñen su delicioso valle. En mayo, nuevas lluvias acuden á fecundar el suelo, y muéstrase la primavera, como en Europa, engalanada con nuevas hojas y olorosas flores. No reinan aquí colores bochornosos como en las orillas del Gánjes; el ambiente es puro y vivo, los rayos del sol penetran fácilmente la atmósfera. El verano, lo propio que el invierno, llega súbitamente, y se despidе del mismo modo. El cambio de las estaciones es brusco, pero regular. A una jornada de camino de Kabul, se hallan parajes donde no cae nieve jamás, y en dos horas de andar puede uno trasladarse á otros sitios, donde cuaja el suelo durante casi todo el año.

Todos los observadores afirman que aquí es donde, por decirlo así, acaba el Asia oriental, y empieza el Asia occidental con sus tendencias europeas. Desde este punto crítico mírese al este, y se verá una raza de hombres recojidos en sí mismos, separados por su civilizacion y sus costumbres de lo restante del continente asiático y del mundo entero. Al oeste, á los ojos de aquellos pueblos espectadores inmobiles é impassibles del movimiento de los otros pueblos, comienza la *Europa*, en la misma Asia, tan chocante contraste que presentan estas dos mitades de una misma mole terrestre (1).

Bajo el punto de vista histórico, la una de estas mitades ejerce al parecer una fuerza atractiva, la otra una fuerza repulsiva, en las razas huma-

(1) La ciudad de Kabul está situada, segun las observaciones mas recientes, á los $34^{\circ} 24' 5''$ de latitud norte, y á los $69^{\circ} 7' 15''$ de longitud este (meridiano de Greenwich), en una llanura elevada unos dos mil metros sobre el nivel del mar.

(1) Las palabras *Vilaet* y *Vilaeti*, en el Hindostan y los países vecinos, denotan igualmente nuestra Europa y la Europa asiática, esto es, los países allende el Indo, y los habitantes ó las producciones de la una ó de la otra.

nas, fenómeno que ninguna otra parte del mundo presenta con el mismo carácter de grandeza. Por un lado, hábitos sosegados y contemplativos, indiferencia de lo que está pasando en el exterior, obstáculos físicos, repugnancia natural é impedimentos religiosos á la emigración; por el otro agitación perpetua de hombres á intereses, urgencia de mudanza, afán por un equilibrio desconocido: naturalezas diferentes, en una palabra, y no menos en el concepto físico que en el moral.

Siendo Kabul el punto principal entre todos los puntos de esta doble línea de separación que la naturaleza física y la naturaleza moral han trazado entre los dos mundos asiáticos, y al propio tiempo el punto de intersección mas notable de las carreteras que llegan del Asia central que hácia ella se dirijen, las diferencias ó contrastes que hemos notado se resumen en él, por decirlo así, á los ojos del observador atento; pero manifiéstanse en su mayor jeneralidad, tan pronto como se ha traspuesto el Indo.

Los pueblos al oeste de este gran río se distinguen por un ímpetu de libertad é independencia, de que viven muy ajenas las mas de las naciones del extremo Oriente. Poseen además un gran caudal de valor, realzado y sostenido por la barbarie relativa de sus costumbres. Su país está jeneralmente poco cultivado; no se ven en él, como en el Hindostan, carreteras ni grandes plantaciones. La colonización no es allí mas que esporádica (1), los puntos donde se echa de ver, se hallan separados entre sí por vastas dehesas, donde se cruzan y se chocan en todas direcciones los pastores con sus rebaños. Su fisonomía es dura, su piel velluda y atezada; viven bajo el influjo de las tradiciones patriarcales. Gobierno, tribunales, majistratura, leyes, policía y civilización, tales como el Hindo las concibió, creó ó aceptó, son otras tantas ideas ó he-

chos que les son absolutamente desconocidos; y con todo esto hay cierta organización y un orden relativo en esta estraña aglomeración de hombres semi-bárbaros.

El cielo de este país es, comparativamente al del Hindostan, mas fresco y puro; la naturaleza presenta formas mas pintorescas. El corte del rostro humano y su carnación se aproximan tanto á los nuestros cuanto difieren de los Hindos; la forma, y sobre todo la naturaleza de los vestidos se alejan de los que se usan jeneralmente en el Hindostan. Los tejidos blancos y lijeros ceden aquí su lugar á las cotonadas de colores oscuros á los vestidos de cuero ó de piel de carnero. La actividad del cuerpo y del ánimo se estrema tanto entre estos pueblos como la indolencia y la apatía entre los Hindos que habitan la cuenca del Gánjes. Estos muestran á cada instante en todos sus modales los hábitos de sumisión servil á la dominación de un amo; aquellos son libres y no reconocen otro freno al impulso de libertad que los anima, sino la fuerza y la voluntad de la masa.

La fisonomía de los países no es menos diferente que la de sus habitantes. Al este del Indo, el terreno es igual y fértil, al paso que por el lado opuesto, está lleno de contrastes los mas chocantes; los cambios repentinos de temperatura, la impetuosidad de los vientos de invierno y primavera, son otros tantos fenómenos muy comunes por el lado del Afghanistan, y absolutamente desconocidos en el Hindostan. Los terraplenes que constituyen la superficie del Afghanistan están llenas de sinuosidades, de llanuras y de gradas que no se echan de ver en los dominios del Indo y del Gánjes.

Esta diferencia se advierte hasta en las plantas de las dos rejiones; las del Afghanistan se acercan mucho mas á las plantas europeas que á las del Hindostan; la palmera, tan comun en el Hindostan, solo se encuentra en claros grupos entre los montes Soliman y el Indo, y desaparece mas allá. La última palmera observada por los viajeros que

(1) *Esporádico*, adjetivo griego, que denota sembrado, esto es, á trechos, no en conjunto.

del Sindh se dirijen á Kandahar se levanta solitaria á la entrada del famoso paso del Bolan. Hacia el alto Indo, á medida que uno se adelanta en Afghanistan, no pasa la palmera mas allá de Peshaver; este árbol es absolutamente desconocido en el Iran, pero en contra se hallan en él muchísimos árboles europeos. De ellos están llenas las huertas de Kabul, Kandahar, Herat; los bosques de Persia en nada se diferencian de los de Europa. El plátano, que hermosea las cercanías de Cachemira y todo el Afghanistan, desaparece completamente cerca de Atock á orillas del Indo; desde este punto sobre todo se dibuja la fisonomía de la India de una manera mas señalada; desde este punto á medida que uno se adelanta hacia levante, no encuentra mas que llanuras sembradas de trigo y arroz. El panorama toma, allende el Djelom, un aspecto mas monótono; abarca un pais surcado por una multitud de rios, y que se inclina en sesgo suave, pero continuo, hacia Bengala y el mar. Los Afghaneses estraviados en este pais no se asemejan á sus compatriotas de aquende el Indo.

Observa Ritter que hasta en el Hindostan, y mas particularmente en el Dekan, los pueblos que habitan la parte oriental en nada se parecen á los que ocupan la parte occidental. En el Malabar, el aire, las estaciones, los vientos, nada se parece á lo mismo del Coromandel. Los habitantes del primer pais son activos y briosos; los del segundo, al contrario, viven en la molicie y en la nulidad mas rematada.

Los animales siguen tambien al parecer esta línea de demarcacion que hemos indicado entre el este y el oeste en las relaciones así etnográficas como orográficas (1). El elefante no se halla en ninguna parte en el Asia interior, al paso que

(1) *Etnográfico, orográfico*, adjetivos griegos que significan, el primero *de nacion*, el segundo *de montaña*. Las ciencias van adoptando diariamente nuevas voces del griego, cauteria inagotable que presta materiales para espesar todos los conceptos.

Nota del T.

abunda en la India. En tiempo de Alejandro, asomaba á veces por las orillas del Indo, donde no se le ve ya absolutamente. Al este, al contrario, penetra hasta la China. El camello es raro y se alimenta difícilmente en la India; pero constituye una de las riquezas y de los principales recursos del pais al oeste del Indo.

Estas comparaciones son sumamente interesantes, por cuanto su estudio, cuando descansa en datos exactos, puede conducir á deducciones importantes para el progreso de la agricultura, del comercio y de la civilizacion en jeneral; pero debemos ceñirnos á estas indicaciones sumarias, que bastan para apreciar el carácter especial de los paises que forman la transicion del Asia anterior á la India ganjética, y cuyo contacto inmediato interesa en tan sumo grado al porvenir del imperio hindo-británico.

Al norte y al este, al norte sobretodo, las separaciones físicas no corresponden á diferencias etnográficas ménos reparables que las que acabamos de señalar; pero las diferencias son de otro orden, y la transicion de la India á la China, por la Indo-China y el Tibet, nos parece menos repentina y decidida bajo el aspecto de la civilizacion, de las creencias y de los hábitos, que la que llevamos bosquejada entre el Asia anterior y el Hindostan. Es punto este que está por examinar y sobre el cual ha de arrojar mucha luz el estudio de las literaturas chinesca, tibetana y birmana. No obstante es muy cierto que las poblaciones, al este de las primeras cordilleras del Himalaya y del curso inferior del Bramaputra presentan mayores afinidades con la raza mogola que con la hinda, y podemos considerar los límites designados por las autoridades sanscritas como las mas nacionales que quiepa señalar á la India antigua.

Si los paises comprendidos entre estos límites han estado sujetos en alguna época á una dominacion única, á una misma forma de gobierno, ó al menos á las mismas institucio-

nes religiosas; son cuestiones que no cabe por ahora resolver completamente. Sin embargo es muy de creer que los mas de los pueblos de la India han profesado, durante algunos siglos, los mismos principios religiosos, y observado los ritos y ceremonias prescritos por los Vedas. En cuanto a la organizacion política de la India antigua, y á los cambios que la conquista ha introducido en épocas diversas, he aquí en pocas palabras el resultado de las investigaciones, y el resumen de los grandes acontecimientos históricos, de que mas adelante presentaremos el conjunto á nuestros lectores.

Segun los Bramanes ó Bramines, la India se dividia primitivamente en diez grandes reinos, y la existencia de estas divisiones jenerales parece confirmada por la de diez dialectos principales, correspondientes á cada una de estas divisiones. Unos dos mil años antes de la era cristiana, segun los Puranas, el Bharat-Khand comprendió cuatro reinos ricos y poderosos. Todos los otros estados secundarios de la India fueron tributarios de uno ú otro de estos grandes imperios, y estos formaron en ciertas épocas una confederacion sujeta á un solo jefe ó emperador. Esta organizacion política y la independencia de las razas hindas fueron destruidas por las invasiones sucesivas de los Mahometanos, desde el año 1001 hasta el 1193 de la era cristiana. Desde el siglo undécimo, la dominacion mas ó menos absoluta de una gran parte del Hindostan (1) pasó de una dinastía de conquistadores á la otra, hasta Baber descendiente de Timur, que invadiendo por la quinta vez este pais desdichado, en 1525, destronó al emperador patan, sultan Ibrahim, y comenzó la dinastía mogola, que reinó sin

(1) La estension precisa y el verdadero carácter de esta dominacion, en diversas épocas, no pueden apreciarse sino siguiendo paso á paso, por decirlo así, la historia de los principales príncipes musulmanes que formaron establecimientos duraderos en la India, y debemos aplazar este examen importante para la parte tercera en la que mas especialmente estudiaremos la India en la edad media.

competidor sobre este vasto imperio (esceptuando al usurpador Sheer-Khan y á los príncipes de su familia) durante cerca de dos siglos (2). Bajo el reinado, de Akbar, nieto de Baber, se dividió el imperio en *Subahes* ó gobiernos, estos en *Sircars* ó provincias, y las provincias en *parganahes* ó distritos. El número de los *subahes* varió bajo el reinado de Akbar y sus sucesores; pero pueden contarse hasta veinte bajo Aurengzeib, á saber: Kabul, Kandahar, Lahore, Cachemira, Admir, Multan, Dehli, Agra, Audh, Alahabad, Behar, Bengala, Orisa, Malwa, Gudjernt, Khandeish, Berar, Aurangabad, Golconda y Bidjapur. Esta fué la época mas esplendorosa del señorío mogol, y aquella en que la administracion musulmana ha tenido mayor unidad y pujanza. El período decadente empezó con el siglo décimo octavo, bajo el reinado de Shah-Alum, hijo de Aurengzeib, y la desorganizacion que siguió á la invasion de Nadir Shad dejó vacante de hecho el trono del Hindostan, donde la Inglaterra se ha sentado recojiendo los residuos y reconstruyendo la fábrica imperial sobre bases mas permanentes.

El imperio mogol habia traspuesto, con Aurengzeib, en longitud los límites que mas arriba hemos especificado; pero varios estados del sur no estaban sujetos al yugo musulman.

El imperio hindo-británico, al contrario, abarca todos estos estados, así como la India central (de la cual algunos distritos solo imperfectamente reconocen la dominacion de los emperadores mogoles); pero no

(2) Sheer-Khan, su hijo, su nieto y los otros pretendientes de esta familia ocuparon el trono de Delhi desde 1541 hasta 1555. Durante este período de 14 á 15 años, el emperador Humayun, hijo de Baber, estaba aguardando al otro lado del Indo, donde aun se reconocia su autoridad, una ocasion favorable para volver á entrar en el Hindostan, de que no habia dejado de ser reputado legitimo soberano, y utilizando las disensiones que se habian suscitado entre los príncipes patanes á la muerte de Selim, hijo de Sheer-Khan, logró finalmente subir otra vez á este trono, donde dos años despues debia sentarse su hijo, el grande Akbar.

se estiende al norte mas que hácia el trijésimo primo, y de oeste hácia el sexajésimo octavo grado; al este alcanza el grado de longitud nonajésimo primo; y varias provincias reunidas estos últimos años á los territorios de la Compañía, como Asam, Arracan, Tavoy, Tanaserim, Suigapur, Malaca, etc.; están situadas mucho mas allá de aquel meridiano. Antes de tratar de la descripción política de este nuevo imperio, resumamos en breves palabras lo que se sabe hoy dia en punto al aspecto jeológico é hidrográfico del Hindostan.

La gran península hindostánica, por su posición intermediaria con respecto á los pueblos del Asia posterior de un lado, y de los Arabes del otro, se halla en condiciones análogas á las en que se halla la Italia entre la Grecia á levante, y la península ibérica á poniente. No cabe llegar á ella sino por vastas superficies de mar, ó atravesando cordilleras de difícil paso (1). Considerada en su conjunto, esta vasta rejion ofrece la figura de un cuadrilátero que se divide en dos triángulos inmensos, cuya base comun es la línea de union de las bocas del Indo con las del Gánjes y del Bramaputra. Esta línea, que comprende todo lo ancho del Hindostan de este á oeste, no tiene menos de mil seiscientas y cincuenta millas inglesas de estension (unas seiscientas y ochenta leguas de posta); es la distancia que en Europa, separa á Bayona de Constantinopla. El triángulo septentrional tiene su vértice en *Leh*, á orillas del Indo superior; el triángulo meridional tiene el suyo en el cabo Comovín. La línea que junta los dos vértices no tiene menos de mil novecientas setenta y cinco millas (unas ochocientas y quince leguas de posta, esto es, la distancia entre estos dos puntos es casi la misma que la que media entre Burdeos y Moscou, ó entre Nápoles y Arcánjel). La superficie total de ambos triángulos es casi igual á la mitad de la superficie

de la Europa continental, menos la península Escandinava. El triángulo del norte contiene tres veces la superficie del imperio de Austria, el del Sur tres veces la de la Francia. Los lados del triángulo del norte están formados por altas cordilleras; el centro está ocupado por valles bajos ó llanuras inmensas. En el triángulo del Sur, al contrario, los lados son tierras bajas, estrechas al paso que el medio está lleno de montañas ó de altas mesetas. El contraste es completo bajo el punto de vista astronómico, como bajo el de la configuración plástica de las superficies. La base comun á estos triángulos está formada en gran parte por el valle del Nabadah, al pié de los montes Vindhya; así es que estas montañas y el río Nabadah tienen una grande importancia absoluta y tradicional, como que parten el Hindostan en dos partes que se distinguen una de otra no menos por su aspecto físico que por el carácter, la lengua y las costumbres de los pueblos que las habitan, y por los recuerdos religiosos ó históricos que se enlazan con cada una de ellas. La parte septentrional, ó *Hindostan propio*, llevaba entre los antiguos Bramanes el nombre de *tierra civilizada y sagrada*, porque queria la tradicion que hubiese sido frecuentada por los dioses. La parte meridional, ó el Dekán (*Dakkann*) se llamaba *tierra civilizada á secas* (1). Tambien tiene el Dekán sus contrastes que hay que designar al estudio y cuyo influjo no puede desconocerse. Sus costas del este y del oeste están mirando unos mares animados por corrientes y sistemas de vientos muy diversos; de ahí es que las corrientes de aire, las aguas, las producciones, y hasta

(1) Véase, para el desarrollo de las formas de transición del alta Asia á las tierras bajas de la India anterior, á Ritter, t. V. p. 424 y sig.

(1) Cuando tratemos de la India antigua, volveremos á hablar de estos puntos reparables de la jeografía sagrada de los Hindos, y de los fenómenos etnográficos con que se enlazan. La obra de Rammohun-Roy, intitulada: *Exposition of the practical operations of the judicial and revenue systems of India*, etc. (London, 1832, en 8°.), contiene un sumario interesante de las nociones fundamentales que á este asunto se refieren. Tendremos lugar para hablar de ellas con alguna estension.

los pueblos difieren en una y otra playa, y á estas diferencias corresponden necesidades y trueques, en una palabra, relaciones comerciales de carácter distinto.

Un pais cuya estension es igual á la de la mitad de Europa debe presentar necesariamente una grande diversidad de superficies; así es que ya hace siglos los viajeros que han visitado diferentes partes de este pais han descrito ó indicado, cada cual desde su punto de vista esclusivo ese laberinto de montañas y de valles, de llanuras fértiles, desiertos, provincias pobladas, bosques, cuencas fluviales y costas. Era imposible casi formarse, en vista de aquellos datos diseminados, siempre incompletos, é inexactos á veces, una idea del conjunto de los caracteres físicos de estos paises. A las rigurosas determinaciones suministradas, en estos últimos tiempos, por la jeodesia, la jeognosia, la botánica y la climatología, debemos el conocimiento del verdadero relieve del pais, y por medio del juicioso empleo de los elementos que estas ciencias han reunido hemos podido llegar finalmente á la construccion de un mapa algo exacto del Hindostan. Con esta mira ha mandado ejecutar el gobierno inglés una serie de trabajos que sin titubear pueden colocarse en el número de las empresas que mas honran al mundo civilizado (1). Las enormes cordilleras del Himalaya al norte y al este, con sus encumbrados picos de siete á ocho mil metros sobre el nivel del mar; los montes Soliman que rematan la Cuenca del Indo al occidente; el gran desierto arenoso que separa el Sindh del Rajputana; la meseta central de Malwa, los montes Vindhya que se enlazan con dicha meseta y sus dependencias; luego al sur de esta cordillera, los grupos conocidos con el nombre de *Ghates* orientales y occidentales, y en fin, los *Ghates* meridionales ó la cordillera que remata en el cabo

Comorin; tales son los rasgos jeológicos de mas bulto de esta vasta region. Los terrenos elevados son, en ella el conjunto de las tierras bajas, segun nuestros cálculos, como diez y nueve á catorce. Todas estas grandes formas de la naturaleza están cortadas por una multitud innumerable de corrientes, dende las cumbreras mas elevadas hasta las playas del Océano. En la India del Norte, todas las fuentes y sus ramificaciones infinitas se dividen en dos sistemas gigantescos, el del Indo y el sistema combinado del Gánjes y del Bramaputra. El Dekan ó la India del Sur, al contrario, está bañado por una multitud de rios mucho mas pequeños, pero que desaguan aisladamente en el mar. Su longitud de estos rios y su profundidad van menguando de norte á sur, á medida que la península se estrecha. Los dos rios situados mas al Norte, el *Narbadah* y el *Tapti*, tienen la particularidad de que encuentra al sesgo jeneral, corren de este á oeste, en línea casi recta, hasta desaguar en el mar en la costa de Malabar, al paso que el *Godavery*, el *Kistnah*, el *Panar* y el *Cavery*, que tienen sus manantiales cerca de la costa de Malabar, en las montañas marginales de la meseta del Dekan, esto es, en el declive oriental de los *Ghates*, atraviesan las llanuras de la meseta de oeste á este, y desaguan en el mar de Bengala en la costa de Coromandel. En resumen, tres de los rios mas caudalosos del mundo, otros muchos rios crecidos, iguales por el volumen de sus aguas y la longitud de su curso á los principales rios de Europa, y muchísimos rios secundarios riegan y fertilizan varias partes del Hindostan; pero bajo este respecto no es el Hindostan tan favorecido como la India trasganjética, como aquella porcion de la India sobre todo que pertenece al curso del Gánjes y del Bramaputra.

La fertilidad del Hindostan, la hermosura de su clima son casi proverbiales; es esta una de aquellas nociones vagas, incompletas, inexactas, debidas á observaciones superficiales, que se han dado harta

(1) El grande Atlas de la India, resultado principal de estos trabajos inmensos, y que se publica de órden de la junta de directores, ha llegado ya á la trijesima hoja. Su escala es de una pulgada por cuatro millas inglesas.

priesa en jeneralizar. Hase aplicado al pais entero lo que solo es cierto respecto de algunas de sus partes; y al año lo que solo es cierto aplicado á una estacion. Trataremos de caracterizar de un modo mas preciso y cabal (segun las diversas rejiones de la India) las calidades del suelo y la naturaleza del clima. Ya desde ahora señalaremos un hecho curioso, que prueba cuan mal juzgada habia sido la materia por la opinion jeneral bajo el punto de vista histórico. Es cierto que los conquistadores musulmanes no tenian muy alta opinion de las ventajas que podia ofrecer un establecimiento duradero en estos paises, y solo una larga costumbre ha vencido sus repugnancias. Aquellas rancherías invaderas fueron tentadas por la sed y la esperanza del botin mas bien que por la riqueza del suelo, las riquezas minerales, los productos preciosos y la hermosura del clima de la India. El fanatismo religioso, obrando como pretexto y como escitante á la par, hizo lo demás, y entregó el Hindostan á todos los horrores de la devastacion y del pillaje.

III.

OJEADA SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE LAS INDIAS INGLESAS.

Divisiones principales.—Formas de gobierno.—Administracion.

La India británica se divide hoy dia en cuatro grandes gobiernos, á saber: la presidencia de Bengala ó fuerte William, la de Madrás ó fuerte San Jorje, la de Bombay, y el gobierno de Agra ó de las provincias del Oeste (*Western Provinces*). Estos cuatro gobiernos forman la India continental inglesa, rejida por la *Compañía de las Indias orientales*, en virtud de un privilejio particular de que hablaremos luego; pero hay que agregarles, como parte integrante del imperio hindo-británico, el gobierno de Ceilan, aunque esta isla esté administrada directamente por la corona. Antes de entrar en el examen de la organizacion política, civil y militar y de los recursos de este imperio, conviene dar una idea

de la forma de gobierno que lo rige.

El origen primero de este gobierno es notable ya por el reinado con que se enlaza, el de Isabel; por la fecha de la carta de incorporacion de la primera *compañía de las Indias*, el 31 de diciembre de 1600, y sobre todo por el contraste entre el punto de partida, el comercio, y el punto de llegada, el imperio!

Ha dicho Montesquieu: «De cuando en cuando se pone el mundo en situaciones que cambian su comercio.» Pero cuando uno recapacita en el grado y la naturaleza de poder á que en nuestros tiempos ha llegado la compañía inglesa de las Indias orientales, y que empuña el destino de la mitad de los pueblos del Asia, parece que uno puede decir con fundamento: «El comercio se coloca de cuando en cuando en situaciones que cambian el mundo.» La constitucion actual y la naturaleza del gobierno de la compañía nos mostrarán hasta qué punto es fundada esta conclusion bajo este respecto.

No es este el lugar de seguir en todas sus fases el desarrollo de este poder colosal; no obstante es muy del caso hacer constar un hecho importante que acabamos de indicar, hecho disfrazado, en verdad, bajo el aparato de las formas comerciales, pero que asoma al través de los guarismos, y se patentiza con la vacilacion y las precauciones afectadas de una ambicion á quien no podian satisfacer los honores vulgares y los lucros del comercio. Ya hace siglo y medio que el comercio ha cesado de ser esclusivo y el objeto principal de la compañía. El poder, las porciones territoriales, el imperio, eso es lo que ella ha codiciado sin casi osar quererlo, ese es el resultado hácia el cual ha sido aciagamente arrebatada, y que no ha alcanzado completamente sino desde pocos años.

Consideramos aquí la cuestion bajo el punto de vista mas jeneral; admitimos que, en el origen, las diversas asociaciones que se formaron en Inglaterra para enviar flotas mercantes á las Indias orientales, no pensaban mas que en las ganancias que podian realizar los cargamentos de

retorno; pero desde 1689, y sobre todo desde la fusion de las dos grandes compañías rivales en una sola, y la constitucion definitiva de la actual compañía, en 1702 - 1708, la tendencia al engrandecimiento, el impulso de conquista, la voluntad de venir á ser potencia en la India, se han mostrado en todas ocasiones, y han dominado toda cuestion comercial. Los archivos de la compañía presentan bajo este respecto un documento tanto mas curioso por cuanto descubre, en época tan atrasada, el pensamiento todo de aquel gobierno, pensamiento en el que dominan á la par la ambicion y la codicia. Los directores se espresaban en estos términos en las instrucciones remitidas, en 1689, á sus principales agentes en la India:

« El aumento de nuestras rentas es un asunto que nos interesa tanto como la prosperidad de nuestro comercio: eso es lo que constituirá nuestra fuerza, al paso que veinte accidentes pueden interrumpir nuestro comercio; con eso *vendremos á ser una nacion en la India*; sin esto no somos mas que una reunion de aventureros bajo la proteccion del real privilegio, no haciendo el comercio sino en los puntos donde no esté interesado en oponérsenos algun prepotente; y por eso los cuerdos holandeses, en sus instrucciones jenerales, instrucciones que hemos leído, escriben diez párrafos relativamente al gobierno, la administracion civil y militar, *la guerra y el aumento de sus rentas*, para un párrafo con respecto á su comercio. »

El historiador de las Indias inglesas, el ilustre Mill, habia puesto de bulto esa tendencia precoz á la soberanía; pero se habia ceñido á inferir de ella que un comercio despreciado es un comercio descuidado, y por lo tanto un comercio sin lucro; verdad que la publica discusion de los recursos y de la situacion financiera de la compañía, en estos últimos tiempos, ha establecido completamente como resultado de su larga existencia comercial. Y no era esta la verdad toda, no era este el resultado mas importante de un siglo de com-

bates, de monopolio é intrigas. Un acto del parlamento ha formulado de un modo oficial, hace ya siete años, ese resultado definitivo, resultado político y no comercial consecuencia forzosa de un desarrollo monstruoso y de una complicacion de intereses cuya responsabilidad no queria ni podia aceptar el ministerio inglés. Por este acto, que fué aprobado por el rey, el 28 de agosto de 1833, la compañía renunció al monopolio de la China, suspendió indefinidamente todo comercio, y quedó investida del gobierno inmediato del imperio hindo-británico hasta el 30 de abril de 1854. La corona delegó á la compañía el gobierno supremo de las Indias, con el pacto, por ella aceptado, de someter sus actos á la censura de un consejo especial. La designacion ordinaria de este consejo es la de *consejo ú oficina de fiscalizacion* (*board of control*), y sus miembros tienen el título de « Comisarios de Su Majestad para los negocios de la India. » El presidente de este consejo tiene asiento entre los ministros. La primera formacion de la oficina de fiscalizacion sube al año 1784. Antes de definir sus atribuciones, es del caso dar cuenta de la organizacion actual de la compañía de las Indias orientales y de las funciones de la *junta de los directores*.

El capital de la compañía es de seis millones de libras esterlinas ó cerca de treinta millones de duros. El interés de este capital, á razon de doce y medio por ciento, se reparte, segun los datos mas recientes, entre tres mil quinientos setenta y nueve propietarios. Los negocios jenerales de la compañía se arreglan por la *junta de los propietarios*. Los propietarios que poseen quinientas libras esterlinas de acciones de la compañía, desde un año al menos, tienen asiento y toman parte en los debates, mas no pueden votar; mil libras esterlinas dan derecho á un voto, seis mil libras á tres votos, y en fin diez mil libras y mas á cuatro votos, que es el número de votos mas elevado á que pueda pretender un solo propietario. Las mujeres pue-

den poseer acciones de la compañía. Los extranjeros, de cualquiera nación que sean, y sea cual fuere la religión que profesan, pueden asimismo venir á ser propietarios. Unos y otros tienen el derecho de tomar parte en los debates y de votar bajo las condiciones que acabamos de mencionar. El número total de votantes se estima en 2000. En 1832, dos mil doscientos y once votos pertenecían á hombres, trescientos setenta y dos á mujeres. La junta de los propietarios se reúne regularmente cada trimestre; nombra *directores* de su seno para administrar los negocios políticos, de hacienda, etc. de la compañía. La *junta de los directores*, emanada de la *junta de los propietarios*, consta de treinta miembros, que deben llenar las condiciones siguientes: haber nacido súbdito inglés ó ser naturalizado, poseer acciones de la compañía cuando menos por dos mil libras esterlinas, no ser ni director del Banco de Inglaterra ni director de la compañía del mar del Sur. De estos treinta miembros, veinte y cuatro solamente tienen asiento en la dirección, pues salen seis alternativamente todos los años de la dirección activa, y no son reelegibles sino después de un año. La junta de los directores se elige cada año un presidente y un vicepresidente. Esta junta se reúne una vez cada semana; para constituir la es preciso que haya al menos trece miembros presentes. Todas las cuestiones se deciden por escrutinio secreto. El tribunal de los directores se divide, para el despacho de los negocios ordinarios, en tres comités ó secciones: 1.º del interior y de la contabilidad, compuesta de ocho directores; 2.º de los negocios políticos y militares, compuesta de siete directores; 3.º sección legislativa, de las rentas y de la justicia, siete directores. Los negocios secretos se confían exclusivamente á una sección que se compone del presidente, vicepresidente y del director mas antiguo. Los miembros de este *consejo de los tres* prestan en manos uno de otro, antes de entrar en sus funciones el juramento del tenor siguiente: Ju-

ro ejecutar fielmente el cargo que se me confia como miembro del comité secreto nombrado por la junta de los directores de la compañía de las Indias, y servirme de los poderes que en esta calidad me son atribuidos con toda la habilidad y todo el juicio de que soy capaz. No confiaré ni haré conocer á quien quiera que sea las órdenes reservadas, instrucciones, despachos, cartas oficiales ó comunicaciones que puedan dárseme ó remitirse por los comisarios para los negocios de la India, si no es á los otros miembros de dicho comité secreto, ó á la persona ó personas debidamente nombradas y designadas para transcribir ó preparar estos documentos, á menos que á ello esté autorizado por los comisarios susodichos. Así Dios me ayude (1). »

El gobierno supremo de las Indias recibe directamente sus instrucciones de la junta de los directores. Importante prerrogativa de esta corporación es el nombramiento casi esclusivo para los grados ó empleos por los cuales se reclutan los diversos ramos del servicio en la India: patronato inmenso, y que bastaría para dar un influjo considerable á la junta de los directores, hasta en Inglaterra, donde las familias mas ricas desean ver á sus miembros mas mozos entrar en la carrera honrosa y lucrativa que puede abrirles la protección de un director. Este patronato se arregla bajo las bases siguientes: Sabido el número de dependientes (2), cadetes y cirujanos

(1) Privilegio de 1833, art. 35.

(2) Los jóvenes admitidos á concurrir por los empleos civiles (el servicio civil, en las Indias inglesas, abraza la administración, la justicia y la hacienda) llevan el título de *writers* (escribientes). Esta denominación hace parte de la antigua clasificación de los empleados civiles de la Compañía en *writers*, escribientes; *factors*, factores, tras cinco años de ejercer el grado de escribiente; *junior merchants* (negociantes mozos) tras tres años de empleo como factores; *senior merchants* (negociantes veteranos) en fin, después de haber servido tres años el empleo de *junior*, esto es, tras once años de servicio.

Esta clasificación singular no está ya en relación con las formas y el objeto de la administración actual.

ayudantes mayores que hay que nombrar en la junta del año, divídese este número en treinta partes. El presidente de la junta de los directores tiene *dos* nombramientos, el vice-presidente *dos*, el presidente del consejo de la India *dos* también, y cada uno de los directores *uno*. Una parte del patronato se halla en manos de los ministros por medio del consejo de la India, estando á su cargo el nombramiento de los jueces, obispos y oficiales del ejército de la reina que han de servir en la India. También se ha reservado la corona el derecho de dar ó negar su sancion al nombramiento del gobernador jeneral, de los gobernadores y de los jenerales que mandan en jefe los ejércitos de la India (1).

En el estado actual de las relaciones que el nuevo privilegio ha establecido entre el consejo ú oficina de la India (*board of control*) y la junta de los directores, las grandes medidas administrativas y políticas sobre todo emanan de la oficina, la que ejerce además un derecho de fiscalizacion absoluta sobre toda la correspondencia de la junta de directores. Por lo que hace á la correspondencia jeneral, este derecho está mitigado por el derecho de representacion que el privilegio reconoce á la junta de directores; y en punto á la correspondencia secreta, las órdenes de la oficina, no teniendo entonces apelacion, deben ser trasmiti-

das por el intermedio de la seccion secreta, y revestidas de las firmas de los miembros de esta seccion, de modo que los agentes de la compañía en lo exterior no reconocen mas que la autoridad de la junta de directores, y solo con ella se corresponden, aunque la autoridad soberana y la iniciativa de las grandes medidas pertenecen, como ya llevamos dicho, al consejo supremo de los negocios de la India, ú oficina de fiscalizacion. Hasta cierto punto carece de unidad esta organizacion, y por consiguiente de fuerza; pero quizá era la única posible en medio de las circunstancias completamente anómalas en que se hallaban en 1833, por un lado la compañía y por otro lado el gobierno real. Viene á ser una forma de transicion por la cual era prudente pasar, y que no nos parece que pueda comprometer el porvenir de la dominacion inglesa en el Hindostan. Solamente sobre algunos puntos de detall ha habido y habrá desacuerdo entre estos dos poderes; pero las bases de la transaccion son grandes, nacionales, sencillas y duraderas, y bastarán para mantener el sistema actual de gobierno hasta el 30 de abril de 1854 (plazo en que espira el privilegio otorgado á la compañía), y mas allá, si fuere menester. Todo bien considerado, la compañía ha hecho un buen negocio aceptando los pactos que por el gobierno le fueron ofrecidos; verdad es que ha abandonado sus privilegios comerciales, pero su comercio la habia empobrecido en vez de enriquecerla. Todas las propiedades mobiliarias é inmobiliarias que le pertenecian en 1834 han sido transferidas á la corona, pero ella misma conserva su administracion. La explotacion de los inmensos recursos del Hindostan le es concedida por veinte años á lo menos; el dividendo de sus accionistas se paga sobre las rentas de la India, y está garantido además por un fondo de dos millones de libras esterlinas puesto á parte sobre el importe de la realizacion de sus valores comerciales (estimados en veinte y un millones de libras esterlinas). En fin, si el gobierno juzga del caso usar-

(1) El patronato que acompaña al título de director de la Compañía es la ventaja mas importante de esta posicion. El sueldo de un director no es mas que de 300 libras esterlinas (unos treinta mil reales). El presidente de la oficina de fiscalizacion recibe 3.500 libras esterlinas al año (350.000 rs. vn.) El departamento de los negocios de la India va comprendido en el *budget* ó presupuesto de la Compañía por unos 3.200.000 reales de vellón al año. La suma exacta, tal como la hallamos mencionada en las cuentas sometidas al parlamento en el mes de junio último, es de 29.580 libras esterlinas 11 chelines. Los sueldos de los directores ascienden á 7.581 libras 1 chelin 10 dineros. En fin, el conjunto de los sueldos pagados, además de los que acabamos de mencionar, en el palacio de la Compañía de las Indias, ascendia, en 1.º de mayo de 1840, á 109.410 libras esterlinas repartidas entre 404 empleados.

de la facultad que se ha reservado de redimir las acciones que dan derecho á este dividendo, este reembolso no podrá verificarse sino dentro de cuarenta años, contaderos desde la renovacion del privilejio (esto es, lo mas pronto en 1874), á razon de doscientos por ciento, á menos que la compañía cese, en 1854, de estar encargada del gobierno inmediato de la India, en cuyo caso podrá exigir el reembolso, á los tres años, á la misma razon de doscientos por ciento.

Los pormenores en que hemos entrado, aunque muy sucintos, bastan á nuestro entender para dar desde ahora una idea cabal de las formas y de la accion del gobierno supremo de los negocios de la India en Inglaterra. Fáltanos examinar cuales son las formas y el modo de accion del gobierno local encargado de la administracion inmediata de las Indias inglesas.

En 1831, segun los documentos oficiales impresos de orden del parlamento, los territorios ingleses en la India ocupaban una superficie de quinientos catorce mil ciento y noventa millas cuadradas (1), poblada de cien millones de almas. La totalidad de los territorios, ya poseidos directamente por la Inglaterra, ya protegidos por ella, se valuaba en un millon ciento veinte y ocho mil y ochocientas millas cuadradas, habitados por unos doscientos millones de almas. A esta prodijiosa multitud, derramada sobre un espacio inmenso, envía la Inglaterra cada cinco ó seis años, por el intermedio de la compañía de supuestos negociantes retirados del comercio, un rey bajo el título de gobernador jeneral.

Las presidencias que ya hemos indicado, á saber: la presidencia de Bengala, la de Madrás, la de Bombay, el gobierno de Agra ó de las provincias del Oeste, y el pequeño gobierno de Penang, Malaca y Singapur, están sujetas á la autoridad suprema de un *gobernador jeneral en consejo*, designado por el título

de gobernador jeneral de la India (1). El consejo de la India consta de cuatro miembros ordinarios y del jeneral que manda en jefe los ejércitos de las tres presidencias (el gobierno de Agra es mas particularmente, bajo el punto de vista militar, una dependencia de la presidencia de Bengala), que tiene asiento en él como miembro extraordinario. Uno de los miembros del consejo no tiene asiento ni voto sino cuando se proponen y discuten leyes ó decretos nuevos que el gobierno puede juzgar del caso introducir en la legislacion del imperio, en virtud de los poderes que le fueron conferidos por el artículo 43 del nuevo privilejio. El consejo supremo puede reunirse en cualquier punto de las tres presidencias que tenga á bien designar el gobernador jeneral.

El gobernador jeneral es al mismo tiempo gobernador particular de la presidencia de Bengala, y quizá tambien gobernador particular (lord Auckland lo era hace poco) de las provincias del Oeste. Puede reunir á estas dignidades el grado de jeneral en jefe de los ejércitos en la India (á veces con el título de capitán jeneral, como lo fué lord Wellington durante su administracion); mas ya sea ó no jeneral en jefe, y aun cuando no estuviese revestido de ningun grado militar, manda en jefe la guarnicion del fuerte William ó de Calcuta.

El gobernador jeneral está investido de poderes soberanos mas latos bajo ciertos respectos que los de que gozan varios reyes en Europa (2). No solo es el jefe supremo del estado, manda las fuerzas de mar y tierra, declara la guerra, hace los tratados de paz, de alianza y comercio, nombra para los empleos, etc., sino que puede además hacer leyes ó reglamentos nuevos, abolir ó modificar los reglamentos anteriores, y sus decisiones legislativas, aunque sujetas á la censura del gobierno supremo en Inglaterra, son ejecutivo-

(1) Art. 39 del privilejio.

(2) Véase el art. 13 de la Carta constitucional.

(1) Diez tantos la superficie de Inglaterra.

rias en la India hasta que la junta de directores ha dado á conocer sus intenciones (1).

Cada presidencia está administrada por un gobernador en consejo, y cada consejo se compone del gobernador y de tres consejeros; el uno de estos consejeros es necesariamente el general que manda en jefe el ejército de la presidencia. El artículo 38 del nuevo privilegio había elevado el gobierno de Agra á la jerarquía de presidencia, y esta cuarta presidencia debía tener su gobernador y consejo; pero desde entonces se han modificado aquellas disposiciones. Las provincias del Oeste tienen provisionalmente un gobernador sin consejo; pues bastan para las necesidades de servicio unos secretarios de estado revestidos de facultades convenientes.

Examinemos cual es la accion del gobierno supremo de la India, tal como acabamos de representarlo, y empecemos por darnos cuenta de su accion política.

El gobierno inglés ha adoptado desde el orijen, como principio fundamental de su política en el Hindostan, el no intervenir, ostensiblemente al menos en las relaciones de los estados vecinos de su territorio, sino en cuanto se ve á ello precisado por actos de hostilidad directa, ó por agresiones hechas á sus aliados.

Los principales estados con quienes la Compañía ha ajustado tratados de comercio ó de alianza son: el imperio Birman, que ciñe la frontera inglesa, al sudeste, el Nepal, al nordeste, el Pandjab ó reino de Lahore, al norte, el reino de Kabul ó el Afghanistan al oeste. La Compañía tiene ministros residentes en la corte de Ava (imperio Birman), en la de Katmandu (Nepal), y un agente acreditado en la corte de Lahore, pero que hasta ahora hace poco ha recibido en territorio inglés, á corta distancia de la capital del maharadjad. Las relaciones del gobierno supremo con el soberano de Lahore se modifican probablemente en este momento de resultados de los aconte-

cimientos que al parecer han colocado á Karak-Singh (hijo de Randjit-Singh y su sucesor) en la dependencia de Nav-Nehal-Singh, hijo de este príncipe. Hablaremos luego de los acontecimientos políticos y militares que han puesto al Pandjab y al Afghanistan bajo la proteccion de la Inglaterra.

Una multitud de estados secundarios en el Hindostan central y en el De Kan están ligados por tratados con el gobierno supremo de la India inglesa; afectando de este modo el carácter de una federacion de que aquel gobierno es el jefe.

Las medidas políticas y las relaciones exteriores de los estados protegidos se someten á la sancion ó á la censura de aquel regulador supremo, árbitro de las desavenencias que entre ellos pueden sobrevenir. Proteccion efectiva por un lado, deferencia y sumision formal del otro, tal ha sido la base de este sistema.

Los estados de alguna importancia, en pago de las garantías que les ofrecen la alianza y la proteccion del gobierno, han destinado cierta porcion de su territorio al mantenimiento de un cuerpo de tropas colocado bajo las órdenes directas del agente del gobierno supremo, y mandado por oficiales europeos. Deben mantener además fuerzas suficientes para el gobierno interior y para obrar en caso necesario de su contingente.

Entre los pequeños principados, los unos están meramente obligados á pagar un tributo; los otros, harto pobres para ofrecer un cánon anual en cambio de la proteccion que se les concede, se obligan cuando menos á suministrar su contingente militar en siendo al efecto requeridos.

Los príncipes que viven hoy día bajo la dependencia ó bajo la proteccion inmediata de la Compañía, pueden dividirse en cuatro grandes clases, á saber:

1º. Los príncipes desposeidos y pensionados, que se subdividen como sigue: príncipes pensionados con cierta estension de territorio, cuyas rentas le han sido señaladas, y cuya administracion conservan, en cier-

(1) Art. 43, 44 y 45 del privilegio.

tos casos, en todo ó en parte; príncipes que reciben directamente del tesoro de la Compañía una pensión anual.

2º. Príncipes independientes en la administracion interior de sus estados, mas no políticamente hablando.

3º. Príncipes cuyos estados están gobernados por un ministro nombrado por el gobierno inglés y colocado bajo la proteccion inmediata del representante ó agente de este gobierno, que reside en la corte del soberano nominal.

4º. Príncipes cuyos estados están gobernados en su nombre por el mismo residente inglés y los agentes de su eleccion.

Ya ha probado la esperiencia que de estos cuatro modos de gobierno, los dos últimos, á pesar de sus imperfecciones, son los que, en las circunstancias actuales, presentan mayores garantías para el sosten del orden público, y que deben traer con el tiempo y sin sacudimientos ni esfuerzos, modificaciones favorables al desarrollo de la civilizacion, y por consiguiente á la dicha de los pueblos. Parece pues, sumamente probable que tarde ó temprano los diversos estados sujetos al influjo inmediato del gobierno de la Compañía se colocarán, en una ú otra de estas categorías. Sin embargo el poder protector no se encamina á este objeto sino con su lentitud y prudencia acostumbradas. En medio de la pretension de no perdonar nada de cuanto pueda traer esta renovacion jeneral, se respetan esmeradamente las formas. La relijion, los hábitos locales, las prerogativas de casta y jerarquía se ven rodeadas de respeto y de consideracion. Los jefes principales, las familias soberanas son inviolables en sus personas y exentas de la jurisdiccion de los tribunales, escepto en los casos de alguna importancia política. Los jefes de orden inferior son tratados con la consideracion y los respetos indicados por los usos del pais, y no se les puede obligar á comparecer personalmente en ninguna accion civil; pero el gobierno supremo se reserva el derecho de privarlos de su libertad y

embargar sus bienes, cuando razones de estado ó la infraccion violenta de las obligaciones contraídas reclaman la adopcion de estas medidas rigurosas.

Pueden contarse en el dia unos doscientos y veinte reinos, principados y feudos principales, dependientes ó tributarios de la Compañía, sin contar una infinidad de pequeños príncipes ó jefes secundarios que tienen relaciones mas ó menos directas con el gobierno supremo.

Considerados bajo el respecto de las sectas relijiosas á que pertenecen y bajo el de su orijen, los príncipes ó jefes dependientes de alguna importancia se colocan bajo las denominaciones siguientes:

Príncipes musulmanes, de orijen *mogol*. — El emperador de Dehli, á quien el gobierno inglés no concede mas que el dictado de rey; el rey de Audh, el nizam, ó antiguo Subedhar del De Kan, etc.

Príncipes musulmanes, *afghanes* de orijen. — Nawab de Bhopal; nawab de Tonk, Serondje, etc; nawab de Karnul, etc.

Príncipes musulmanes, de orijen *abisinio*. El nawab de Sutchin; el sidie de Djindjera, etc.

Príncipes hindos, *bramines*. El peshwa, antiguo jefe de la confederacion marata, hoy dia pensionado, sin territorio; el subedhar de Djan-si, el raná de Djalone, etc. *Radjeputes*. El radjá de Udeipur, el radjá de Djeypur y otros jefes poderosos del Radjputana, del Bondelkund, de Malwa, de Gudjerate, etc. *Maratas*. El soberano de Baroda ó el gackwar, el radjá de Satara, el maharadjahscindhia, etc. *Hindos de diversas castas*. El radjá de Mysore, el radjá de Cochin, el radjá de Bhartpur, etc.

Príncipes o jefes *sikhes* independientes del maharadjah de Lahore, y bajo la proteccion de la Compañía. El radjá de Djeend; el radjá de Patiala, el radjá de Sirmur, etc (1).

(1) Para dar una idea de la complicacion de las relaciones políticas del gobierno supremo con esa multitud de jefes de orijen hindo ó musulman, bastará decir que el número de los Serdanes y

A la cabeza de este rebaño de príncipes destronados se presenta, agobiado por el peso de los recuerdos de su estirpe, el descendiente de Timur, el heredero de los títulos pomposos que justificaban la conquista del Hindostan y el esplendor de los reinados de Akbar y de Aurengzeib, el *Shah-hun-shah* (rey de reyes), que hubiera podido mandar como sus mayores, á todos estos tributarios, y que mas decaído aun que ellos, alarga hoy día á la limosna de la Compañía su imperial mano. Por respeto para con el soberano nominal, de quien tiene la Compañía los derechos á los ojos de los pueblos del Hindostan, por una estudiada solicitud para con los privilegios de la jerarquía y las exigencias de la etiqueta, el residente en la corte de Dehli observa todavía, en sus relaciones con el *darbar*, las formas humildemente ceremoniosas que el uso prescribe á un inferior. Todas las instancias del emperador son órdenes en apariencia; y todas las órdenes del residente son instancias; pero á medida que se va afianzando el poder del gobierno inglés, va menguando esta vana ostentacion de sumision respetuosa, y el nombre del soberano inglés ha reemplazado al del emperador en las monedas acuñadas de orden del gobierno supremo.

Habíase destinado un dominio considerable á la subsistencia de la familia imperial; este dominio está hoy día administrado por los empleados de la Compañía, y parte de las rentas realizadas constituye la dotacion garantida al emperador. De resultas de la mision en Inglaterra del célebre Ram-Mohun-Rog, encargado en 1830, de las reclamaciones de los ilustres mendigos, dicha pension se subió á quince mil laques de rupias (unos 14.400.000 reales).

Hay algunos otros príncipes, sub-

pequeños jefes que tienen agentes acreditados junto al residente inglés en Ambulah (ciudad principal de los *Estados sikhes protegidos*, en la margen izquierda del Sutledje, es de unos ciento y cincuenta; que los radjás ó sardares principales del Bondelkund son treinta y siete, los de Radjputana veinte y dos, etc.

ditos en otro tiempo de los emperadores mogoles ó grandes vasallos de su corona, pero mas tarde soberanos independientes, y que conservan aun en el día, bajo la proteccion de la Compañía, algunos atributos del poder supremo. La estension y la poblacion de sus estados, la importancia de sus rentas, merecen llamar nuestra atencion.

El rey de Audh, cuyos estados ocupan una superficie de unas veinte y seis millas cuadradas, con una poblacion de cerca de seis millones de habitantes; una renta de doscientos millones, y un ejército de veinte á treinta mil hombres, parte del cual está mandado por oficiales de la Compañía. El rey de Audh era tenido, hace algunos años, por el soberano mas rico del Hindostan; el padre del rey actual habia dejado un tesoro valuado en mas de 1.400.000.000 reales.

El nizam, cuyo territorio no ocupa una superficie menor de cien mil millas cuadradas; sus rentas son cuando menos iguales á las rentas actuales del rey de Audh. La poblacion pasa probablemente de diez millones de almas. El ejército regular, mandado por oficiales ingleses, asciende á unos doce mil hombres. Las fuerzas locales propiamente dichas no pasan de veinte mil hombres de tropas irregulares.

El maharadjah-Scindiah, rey de Gwalior, evalúase la estension de sus estados en cuarenta y dos mil millas cuadradas, su poblacion en cinco millones de almas y las rentas limpias en ciento á ciento y veinte millones de reales. El ejército ascendia hace pocos años, á mas de veinte y cinco mil hombres. El contingente, mandado por oficiales ingleses, llega apenas á dos mil hombres.

El gackwar ó rey de Baroda, cuya importancia política es inferior á la de los príncipes ya citados, y que mantiene un cuerpo de ejército de unos diez mil hombres.

Los radjás ó ranás de Udeipur, Djeypur y Djodpur, que son los tres soberanos principales de Radjputana, y que pueden poner en pié mas

de sesenta mil hombres, entre infantería y caballería, cuyo valor intrépido es proverbial en todo el Hindostan.

Las relaciones del gobierno supremo con el soberano actual de Djodpur, Radjah Man Singh, deben tomar al parecer el carácter de una intervención permanente que quita-ra á este príncipe la administración directa de sus estados (1).

Es muy probable que dentro de poco tiempo los estados hindos ó musulmanes que han conservado alguna independencia sufrirán esta intervención soberana, y no vacilamos en creer que las poblaciones sujetas hoy día á la administración inmediata de aquellos príncipes saldrán aventajadas pasando bajo la dominación directa del gobierno inglés, quien cuidará, por otra parte, de dar gradualmente una parte activa en el ejercicio del poder á agentes subalternos elejidos entre los indígenas. Si alguna causa exterior ó alguna imprudencia política de bulto no viene á perturbar los hábitos de sumisión á que está acostumbrada la India para con su altanera protectora, estas grandes mudanzas se verificarán sin sacudimiento, y darán, dentro de un cuarto de siglo, ó quizás medio siglo, al imperio hindobritánico el carácter de unidad ó de fuerza política de que carece todavía. Pero al mismo tiempo la antorcha de la civilización europea habrá alumbrado hasta los valles más arrinconados y las mas humildes aldeas del Hindostan; la raza nacida de la mezcla de los conquistadores europeos con las razas indígenas habrá crecido en número, en inteligencia de las necesidades y derechos, en influjo político, y para decirlo en una palabra, en fuerza; los mismos

Indios, ya musulmanes, ya hindos se habrán familiarizado con las armas poderosas que los han vencido y reducido á la obediencia; se habrán hecho cargo de lo maravilloso que encierran la organización, la subordinación, el concurso, lo que el hombre puede hacer con la inteligencia, el conocimiento, la voluntad. Entonces, si el amor á la mudanza, tan natural al corazón humano, comprimido durante tantos siglos por instituciones fuertes y sabias en muchos conceptos, se manifiesta al través de las castas y se comunica desde las clases elevadas á la mole de la población; si la vida civil y política les aparece repentinamente con sus grandezas europeas y su porvenir ilimitado; si la ambición y habilidad de algunos hombres dan á estos arranques nuevos el carácter de un impulso nacional; entonces, decimos, los Hindostanis olvidarán quizás que están debiendo á la Inglaterra las finezas de la civilización; arrostraránse entonces algunos estranjeros dominadores y millones de hombres exaltados por el anhelo de una vaga independencia; y que con solo levantarse pueden, no solo dominar á su vez, sino aniquilar también en un instante toda resistencia. Esto es lo que puede acontecer; estas son ciertamente las tendencias con que el gobierno inglés tendrá que luchar, y cuyos jérmenes depositados por la civilización en el suelo político de la India asoman ya por todas partes. Otras potencias europeas, con la mira de hacer prevalecer pretensiones mas ó menos fundadas á la participación de las ventajas de que la Inglaterra goza exclusivamente en el día, podrán escitar de intento el ánimo de ciertos pueblos de la India occidental y del Dekan, alentando al propio tiempo los proyectos de invasión de las naciones medio salvajes del este, que ya mas de una vez han obligado á los Ingleses á emprender expediciones costosas para repelerlos mas allá de los grandes rios ó montañas, que los separan del territorio de la Compañía. Sin embargo estas eventualidades no nos parece que deban presen-

(1) Observaremos de paso que la raza radjeput presenta un carácter de independencia, de dignidad caballesca y fuerza que en vano se buscaría entre las otras naciones ó tribus que pueblan la dilatada estension del imperio hindobritánico. A pesar del contacto de los Europeos, las costumbres de los Radjeputs han conservado su áspera originalidad y su poesía primitiva. En su lugar ofreceremos al lector una pintura completa y fiel de este pueblo.

tarse en mucho tiempo; y como la conducta del gobierno inglés no ha carecido, en ninguna época decisiva, de firmeza y prevision, es natural pensar que seguirá adaptándose á la marcha de los sucesos, y luchando con su ordinaria habilidad contra las causas de destruccion que no cesarán de amenazar á la dominacion inglesa en el Hindostán. Persistimos pues en considerar el sistema de política interior que acabamos de desarrollar como el mas aplicable á las circunstancias en las que el gobierno de la India inglesa se ha visto colocado hasta ahora con respecto á los principes del pais. La administracion civil, judicial y financiera del territorio inglés propiamente dicho no nos parece haber sido dirigida por unos principios tan sabios y miras tan sanas y liberales. Sin embargo, esta administracion ha tenido siempre el mérito de una organizacion sencilla y concentrada, en armonía con la forma del gobierno y los hábitos del pais. El lunar mas grave que cabe echarle en cara es cabalmente el esceso de esta concentracion que coloca con frecuencia aun ahora mismo en la propia mano unos poderes que deberian en justicia ser totalmente diversos, y que hace pasar bajo los ojos de un solo juez ó de un solo colector los innumerables asuntos creados por los choques de intereses de una poblacion harto crecida para que la actividad y el afán de un solo hombre (por muy ilustrado y diligente que sea) puedan satisfacer ni aun imperfectamente las lejitimas pretensiones de cada cual al exámen detenido de sus derechos. He aquí en pocas palabras cual es la organizacion administrativa y judicial del pais:

La correspondencia relativa á los diversos ramos del servicio está dirigida por un corto número de *secretarios del gobierno*, asistidos cada uno de uno ú dos secretarios agregados. El poder ejecutivo está arreglado, en todo lo concerniente á las medidas jenerales, por comisiones especiales ó consejos ú oficinas permanentes (*boards*), de las que cuentan seis en la presidencia de Benga-

la, á saber: 1.º la oficina de hacienda (*board of revenue*), 2.º la oficina de aduanas, de la sal y del opio (*board of customs, salt and opium*), 3.º la oficina de comercio (*board of trade*), 4.º la oficina militar (*military board*), 5.º la oficina de la marina (*marine board*), 6.º la oficina médica ó de sanidad (*medical board*). La presidencia de Madrás no cuenta mas que tres de estas oficinas directoras; y Bombay una sola. Hay además, en la residencia del gobierno supremo, una direccion jeneral de correos, una oficina jeneral de cuentas (*accountant general's office*), un comité de monedas (*mint committee*), un comité de instruccion pública, etc.

La organizacion judicial en la India, y en particular en la presidencia de Bengala y en las provincias del Oeste, no presenta todavía un conjunto regular, y no cabe definir bien sus límites, en atencion á que las funciones administrativas, fiscales y judiciales, son ejercidas á veces las tres juntas, y muchas veces dos por el mismo funcionario. Por lo tanto solo podemos indicar los principales elementos de un sistema que ha recibido modificaciones continuas, y que no cabe considerar aun como fijo ó definitivo.

La aplicacion de la ley inglesa á los Europeos, á los servidores de la Compañía y á los súbditos ingleses en la India, está reservada á unos tribunales supremos establecidos en las capitales de los diversos gobiernos. El tribunal supremo de Calcuta se compone de un gran juez y de dos jueces ordinarios, cuyo sueldo anual asciende, para el gran juez, á cuarenta mil duros, y para los jueces ordinarios, á treinta mil duros anuales.

Otros tribunales supremos de apelacion y de gobierno judicial, conocidos bajo el nombre de *sadder diwary* y *nizam-at-adalat* (tribunales supremos de lo civil y del crimen), dirijen la aplicacion de las leyes indíjenas, esto es, de los códigos musulman é hindo. Estos tribunales se componen de un número variable de jueces; los del tribunal supremo indíjena de Calcuta, en número de cuatro, reciben un sueldo medio de

veinte y seis mil duros.

Siguen despues los tribunales de apelacion y de circuito, ó tribunales provinciales, presididos por jueces que tienen un sueldo de veinte mil duros, despues de los tribunales de *zillahs* ó de distritos, cuyos miembros reciben en jeneral un sueldo de seis á quince mil duros al año, y en fin los tribunales secundarios compuestos de majistrados elejidos sobre todo entre los indijenas, y designados con el título de *amines*, divididos en principales, *sadder amines*, y ordinarios *munsifs*.

Estos majistrados deciden las causas de quinientas rupias (4800 reales) y las que no llegan á este valor. Su sueldo varia de 12.000 á 60.000 reales, segun la importancia de sus funciones.

Estos pormenores son aplicables particularmente á la presidencia de Bengala. Los otros gobiernos tienen tambien sus tribunales de judicatura inglesa y tribunales indijenas análogos á los de que acabamos de hablar, pero que, en su constitucion y en el modo con que administran justicia, son modificados por consideraciones particulares y hábitos locales que ha sido prudente respetar.

Este sistema judicial que á primera vista parece deber satisfacer las necesidades de la poblacion, ha sido y es todavía, bajo muchos conceptos, muy imperfecto en su aplicacion; lo que debe atribuirse ante todo á dos causas; la una era el empleo esclusivo, en todos los tribunales, de la lengua persa, que no era ni la lengua de los jueces ni la de las partes; esta causa de confusion é injusticia, resto de un sistema impuesto por la conquista, va á desaparecer en toda la India y ha desaparecido ya completamente en Bengala. La lengua mas jeneralmente hablada en los diversos gobiernos se ha restituido á la persa en todos los procedimientos. Otra causa de la mala administracion de justicia, á la que ya hemos aludido, es la grande estension de las jurisdicciones en un pais en que muchas provincias están muy pobladas y en que la poblacion es de suyo muy procesiva. El gobierno su-

premo se ha ocupado con laudable desvelo en remediar las imperfecciones del sistema judicial y del administrativo. Bajo la administracion filantrópica de lord W. Bentick, y mas reciente aun, bajo la de lord Auckland, se han hecho grandes esfuerzos con esta mira. Uno de los resultados mas importantes ya obtenidos es, sin contradiccion, la revision de los códigos mahometano é hindo, y su refundicion en un solo código en que la humanidad ilustrada de la Europa cristiana asiste, en cuanto lo permiten los tiempos, á las poblaciones del Hindostan oprimidas durante tan largo tiempo por el despotismo, el fanatismo y la supersticion.

El nuevo código penal de la India, redactado por una comision especial y sometida á la sancion del gobierno supremo, es un paso ajigantado que se ha dado en la carrera de las mejoras que está reclamando la administracion de la justicia. Para dar una idea del espíritu liberal, imparcial y sanamente político que presidió á la redaccion de este hermoso trabajo, citaremos la esposicion de los motivos que precede al capítulo décimoquinto del nuevo código, capítulo que trata de los *delitos relativos á la religion y á las castas*.

He aquí de que modo se espresa la comision, y llamamos tanto mas gustosos la atencion de nuestros lectores á esta breve y luminosa esposicion, por cuanto basta para dar, bajo el punto de vista religioso, una idea muy cabal y terminante de la posicion del gobierno inglés con respecto á las poblaciones de la India.

«El principio sobre el cual se ha sentado este capítulo es un principio al cual seria de desear que se conformasen todos los gobiernos, y del cual no puede apartarse el gobierno inglés en la India sin aventurar la disolucion de la sociedad. Este principio es que cada hombre debe ser libre de seguir su propia religion, y que ningun hombre puede insultar la creencia de otro hombre.

«La cuestion de saber si los insultos hechos á una religion merecen castigo nos parece completamente independiente de la verdad ó de la

falsedad de la religion que se ataca. Puede que la religion sea falsa, pero el mal que esos insultos causan á los que profesan aquella religion es muy real. Es muchas veces, y la observacion mas superficial basta para convencernos de ello, una pena tan real, tan amarga como cualquiera de las que puedan causar los delitos contra la persona, la propiedad ó la reputacion, y no hay nada que pueda ofrecerse en compensacion. La discusion puede hacer brotar la verdad; mas los ultrajes no tienen semejante tendencia. Pueden encaminarse lo mismo contra la fe mas pura que contra la supersticion mas grosera. Mas fácil es combatir la mentira que la verdad; pero es tan fácil destruir ó manchar los templos de la verdad como los de la mentira; es tan fácil perturbar con palabras deshonestas y clamores injuriosos á unos hombres reunidos con miras de adoracion racional y piadosa, como á otros hombres ocupados en la celebracion de las ceremonias mas desatinadas. Tales insultos, cuando van dirigidos contra opiniones erróneas, producen por maravilla otro efecto, que el de fijar aquellas opiniones mas hondamente en el ánimo y dar un carácter particular de ferocidad á las discusiones teológicas, en vez de hacer resaltar la verdad, no hacen mas que enardecer el fanatismo.

«Todas estas consideraciones son particularmente aplicables á la India. No hay acaso otro pais donde tenga tanto que temer el gobierno de resultas de la escitacion relijiosa entre el pueblo. Los cristianos están en pequeñísima menoría en la poblacion, y en posesion de los empleos mas elevados en el gobierno, en los tribunales y en el ejército. Bajo su dominacion se hallan colocados millones de mahometanos de sectas diversas, pero todos fuertemente adictos á los artículos fundamentales de la fe mahometana, y mas millones de Hindos, no menos fuertemente adictos á doctrinas y ritos igualmente reprobados por cristianos y mahometanos. Tal estado de cosas está lleno de peligros que no pueden evi-

tarse sino por una firme adhesion á los principios de tolerancia y moderacion. El gobierno inglés, cuyas cuerdas medidas se han visto coronadas de feliz éxito, ha obrado hasta ahora á tenor de estos principios, que proponemos adoptar como bases de esta parte del código penal.»

Rentas. — Ejército. — Marina. — Et-nografía.

Desde tiempo inmemorial ha sido el impuesto territorial la fuente principal de las rentas del gobierno en la India. La renta territorial es en este pais una especie de censo basado en el principio de que cierta produccion de la tierra pertenece al soberano. La tierra está arrendada por el gobierno al cultivador *rayot*, ya directamente, por el intermedio del *zamindar* (1); pero la naturaleza del arriendo varia segun las provincias, y las condiciones generales de la transaccion ó contrato no han tomado todavía un carácter de permanencia de racionalidad y justicia que proteja igualmente los intereses del colono y los del gobierno.

Segun las cuentas sometidas al parlamento para el año 1838-39, el impuesto territorial (*land revenue*) ascendia á veinte y tres millones, ciento diez mil, doscientas y catorce rupias *Compañía*, unos 1.176.000.000 reales vellon (2).

Los otros ramos mas importantes de las rentas, en estos últimos años,

(1) Propietario territorial; ya por derecho hereditario, ya por cesion perpetua, ya en fin por delegacion.

(2) Solo damos aquí los principales elementos de la renta en bruto, pues nos reservamos entrar en los pormenores de la situacion financiera de las Indias inglesas cuando tratemos del estado presente de este vasto imperio. La rupia de la *Compañía*, ó rupia *Compañía*, que en toda la India inglesa ha reemplazado á los rupias locales representa 9 reales de vellon y 2 maravedises. El valor intrínseco de la rupia *Compañía* seria pues de 8 reales 32 maravedises. Sin embargo debe advertirse que el valor de la rupia *Compañía*, deducido de la cuota media á que la *Compañía* ha negociado sus tratos, alcanza el guarismo de 2 francos 50 centésimos y hasta 2 francos 55 centésimos (moneda francesa). Pero en resumen, 9 reales 2 maravedises nos parece que representa con bastante exactitud el valor medio de la rupia de la *Compañía*.

han sido : la venta del opio , que en 1838-39 , no ha producido menos de 156.000.000 de reales (1) ; el monopolio de la sal que , en el mismo año realizó la suma enorme de 258.000.000 de reales (reducida por los gastos de recaudación á 214.000.000 rs.) ; los derechos recaudados por la aduana y los derechos de puertas , que al parecer , ascendieron en la misma época á 142.000.000 rs. (mas de 120 millones limpios) , etc. (2).

El total de ingresos en los cuatro gobiernos , ó por cuenta de la India , en Inglaterra , ha ascendido en 1838-39 , á quince millones ochocientas noventa y dos mil trescientas setenta y una libras esterlinas ó unos 1.600.000.000 rs. Los gastos tanto en la India como en Europa , han alcanzado el guarismo de quince millones ochocientas noventa y un mil trescientas setenta y cuatro libras esterlinas , ó ochenta y un millones de duros , suma que escede á las rentas en cuarenta y seis mil duros. Esta balanza parece harto insignificante , considerada aisladamente , pero comparada con los resultados de los ejercicios anteriores , muestra un rápido aumento de gastos , cuyas causas , en parte políticas y externas , y en parte internas , y enlazándose con el estado de la agricultura y del comercio , merecen ya desde ahora nuestra atención. En 1836-37 , las cuentas de la Compañía anunciaban un excedente de ingresos sobre los gastos de unos doce millones de duros. En 1837-38 , el excedente anunciado no es mas que de siete millones y medio de duros. En 1838-39 , hay déficit. Las causas principales de esta rápida absorción de las rentas son : la expedición inglesa allende

el Indo , con la mira de restablecer el reino de Kabul y volver á colocar de sus resultas en el trono de Afganistan á un príncipe exclusivamente rendido al gobierno supremo de las Indias inglesas ; los aumentos considerables en el personal y material del ejército anglo-indiano , á que se ha decidido el gobierno supremo despues de aquella expedición ; las trabas puestas por los acontecimientos políticos al comercio del opio ; los inmensos preparativos que ha causado el rompimiento entre la Inglaterra y la China , con motivo de esta droga , y de que ciertamente ha de pagar su parte el gobierno de la India.

Estas diversas causas , tienen una tendencia manifiesta á comprometer gravemente y por largo tiempo quizás la posición financiera del imperio hindo-británico. En fin , los últimos documentos recojidos sobre el comercio de la India indican al parecer una disminución considerable en los productos de este comercio de algunos años á esta parte. Desde 1816 hasta 1825 , la suma de las importaciones y de las exportaciones habia ascendido á mil novecientos y nueve millones cuatrocientos doce mil doscientas y ocho rupias. Desde 1826 hasta 1835 , el total ha sido solamente de mil ochocientos noventa y siete millones trescientas mil ochocientas ochenta y seis rupias , lo que da una diferencia de doce millones ciento y once mil trescientas treinta y dos rupias , ó unos seis millones de duros de menos durante los diez últimos años. Desde 1802 hasta 1818 habia entrado en el puerto de Calcuta un número de buques de porte juntos dos millones seiscientas treinta y dos mil seiscientas cincuenta y tres toneladas ; desde 1819 hasta 1835 , dos millones cuatrocientas cuarenta mil cuatrocientas setenta y una , por donde se ve una disminución de unas doscientas mil toneladas en diez y siete años.

Sin embargo desde 1835 , ha habido mejora , por cuanto los datos mas recientes nos dan por término medio de las entradas en el puerto de Calcuta , durante los años 1834-35 ,

(1) Los gastos de recaudación han reducido esta suma á unos 92.000.000. reales. En 1837-38 , el producto limpio habia pasado de ciento cincuenta y dos millones.

(2) En las presidencias de Bengala y de Madrás , y particularmente en el gobierno de las provincias del Oeste , las rentas han pujado mucho hasta ahora sobre los gastos. Bombay al contrario se ha hallado alcanzada. El déficit de esta presidencia ascendia en 1836-37 á 2.940.157 rupias (28.000.000 rs.) ; en 1837-38 á 3.262.928 rupias ; en 1838-39 á 5.570.832 rupias.

35-36 y 36-37, ciento sesenta y ochomil trescientas y cuarenta toneladas, término medio superior al de los años precedentes (1).

El gobierno inglés se está ocupando actualmente en tomar medidas importantes para la protección y el desarrollo de los recursos comerciales de la India. De ellas hablaremos antes de terminar esta reseña sobre el estado actual del imperio hindobritánico. Las noticias generales que acabamos de presentar bastan para mostrar que el gobierno de la India debe tratar de aumentar sus rentas territoriales por medio de la animación que puede dar á la agricultura, con el aumento y perfección de las vías de comunicación interiores, con

(1) La parte que ha tomado la Francia en este movimiento comercial ha sido:

En 1834-35...22 buques, de porte 6.200 tonel.	
En 1835-36...36 —	— 10.330 —
En 1836-37...53 —	— 17.236 —

De estos buques solo diez ó doce suelen hacer directamente (un año con otro) su retorno directo á Francia. Los otros se emplean en el transporte de arroz y trigo para el abasto de la isla de Borbon y utilizan de este modo el tiempo que media hasta la época factorable para un cargamento de retorno.

«Durante los tres años citados, el término medio de las importaciones en Bengala fué de. Rupias 32.091,606 y de las esportaciones de 61.679,784

Lo que hace ascender el movimiento jeneral y anual del comercio á Rs. 93.771,990

«O sea al cambio medio de 2 fr. 50 centésimos, un valor de doscientos treinta y cuatro millones de francos.

«Reducida como ha sido por efecto de las modificaciones hechas en el arancel en 1836 y 1837 la participación de la Francia ha alcanzado rarísima vez, con sus esportaciones en valor real, el guarismo de dos millones de francos, y aun gran parte de esta suma fué introducida por buques ingleses. Sus *compras* ó *importaciones* en productos indianos presentan un valor real de unos diez y seis ó diez y ocho millones de francos.

«De ahí resulta que la Francia paga á la Compañía de las Indias un tributo anual de quince á diez y seis millones, ó ya al Imperio británico, por Bengala solamente; tributo contado en numerario para comprar trasas al comercio inglés, ó materias de oro y plata, que se fundan y convierten en rupias en la casa de moneda de Calcuta.

«Sin duda que nunca será posible el equilibrio entre estas relaciones. La India será siempre para la Francia lo que es, lo que siempre ha sido

la estension jeneral del comercio, y por último, con la apropiación definitiva de ciertos estados tributarios cuyas riquezas naturales ó recursos son desconocidos por los gobiernos indijenas, ó imperfectamente realizados y disipados en beneficio de un despotismo egoísta.

La policía jeneral del imperio (que bajo este respecto se divide en varios grandes distritos) está en manos de hombres eminentes por su instrucción, sus conocimientos locales y la energía de su carácter, y cuyos esfuerzos en estos últimos años se han encaminado á la supresión del *thauguismo* (1), asociación monstruosa que está cubriendo con sus redes la India entera, y que ya hace siglos cons-

desde los tiempos mas remotos para la Europa entera, un país de producción agrícola y no de consumo industrial, una sima donde se empoza el oro del continente europeo; pero la participación de la Francia en este movimiento inmenso es demasiado ínfimo, la desproporción que existe entre su activo y su pasivo es harto considerable, para que pueda depender de causas igualmente equitativas. Si las buscamos con detenimiento, no podemos menos de reconocer que las unas dependen de los mismos Franceses, de su propia voluntad, del sistema económico que los rige, sistema no menos vicioso de suyo que perjudicial en sus consecuencias, y que las otras dependen de una voluntad extraña que siempre les será contraria, pero que una solicitud mas activa podría hacerles menos desfavorable.»

«Copiamos estos pormenores de un folleto publicado en Bruselas con el título: *Notas analíticas sobre el comercio francés en Bengala*, por J. A. Walker, de la casa de J. A. Walker y compañía de Calcuta, un tomo de 100 páj. Sin ser del mismo parecer de M. Walker sobre ciertos puntos, que tendremos ocasión de examinar cuando tratemos del comercio de la India moderna, pensamos con él que la inferioridad comercial de la Francia en la India depende de causas cuyo influjo cabe disminuir ya donde ahora y que podríamos esperar ver desaparecer, en parte al menos, á no aplazar de un año para otro su examen profundo los principales armadores por un lado y el gobierno por otro. El autor de la obra que acabamos de citar ha indicado con despejo estas causas de mal éxito; y no se ciñe á señalar el mal, sino que indica además el remedio. Sus miras bajo este respecto merecen en nuestro concepto toda la atención del alto comercio y del gobierno.

(1) *Thugs* en el Hindostán propiamente dicho y *phansingars* en el Dekau, ladrones y asesinos y sobre todo estranguladores de oficio. Los *Thugs* admiten en su sociedad á hombres de todas castas, pero sobre todo á bramínes.

tutuye el asesinato y el robo en una profesion colocada bajo el amparo de ciertas prácticas religiosas. Para mantener el orden y la seguridad en los diversos distritos, han formado cuerpos de milicia y una especie de jendarmeria de á pié y de á caballo que acelera la correspondencia entre los jefes de servicio, magistrados, colectores, etc., acelera el ingreso de las contribuciones, vijila á los malhechores empleados en las obras públicas, etc. Los datos de la estadística criminal indican de algunos años á esta parte una disminucion muy reparable en el número de los delitos.

El gobierno procura dar un impulso saludable á la inmensa poblacion que está rijiendo, multiplicando en cuanto cabe los establecimientos de instruccion pública. La instruccion primaria, en toda la estension de la India, parece haber estado siempre en un estado mas floreciente que en ninguna parte de nuestra Europa, y los cálculos recientes dan para la proporcion del número de los niños que frecuentan las escuelas, al número total de habitantes, la relacion de uno á cinco.

La prensa es libre en la India inglesa. El número de periódicos y de publicaciones periódicas que se imprimen en Calcuta, Madrás, Bombay y otras ciudades considerables de las provincias, tanto en inglés como en persa, bengalt, etc., asciende á mas de ochenta.

A pesar de los hábitos generalmente tranquilos y pacíficamente industriosos de la mole de la poblacion, la estabilidad del orden de cosas introducido por la dominacion inglesa debe atribuirse ante todo á la presencia de un ejército cuya organizacion actual, perfecta bajo muchos respectos, es el resultado de una larga esperiencia y de estudios profundos sobre el carácter de los indijenas y las exigencias del servicio. Tarea curiosa y útil á la par seria (por los muchísimos puntos de comparacion que pudiera ofrecer) el trazar la historia de este ejército y entrar en el pormenor de esta organizacion tan maravillosamente adoptada á las

circunstancias locales; pero sobre este punto, así como sobre los que preceden, debemos ceñirnos aquí á indicaciones breves, aunque precisas y suficientes para las apreciaciones de la política. Haremos no obstante algunas observaciones que nos han sujerido los resultados inmensos que ha alcanzado la Inglaterra, de la formacion de cuerpos indijenas disciplinados mas ó menos completamente á la europea, y mandados por oficiales ingleses. Es de esperar que la Francia logrará sacar el mismo partido de los pueblos de la Arjelia, haciéndolos pasar por modificaciones análogas á las que en el Hindostan han hecho por grados con un buen soldado de caballeria ó infanteria, valiente, disciplinado y afecto á sus jefes, del que no era antes mas que un mero deador ó forajido. El cipahy está bien pagado; recibe siete rupias al mes (63 reales) en guarnicion, y en marcha un aumento ó *batta* de una rupia ocho *anas*, lo que hace subir su sueldo á 80 reales. El mismo se sustenta; pero el gobierno cuida de que el bazar (mercado) del campamento esté siempre bien abastecido de granos, harina de buena calidad, etc. En punto á la salud, es el cipahy el objeto de sumos cuidados y desvelos, y tras largos servicios ó de resultados de alguna accion brillante, se le confieren las distinciones mas lisonjeras (1), acompañadas de un aumento de sueldo ó de una pension; cuan-

(1) El gobierno inglés ha instituido dos órdenes de mérito militar, destinadas á premiar los largos y fieles servicios y las acciones brillantes de los oficiales, sarjentos, cabos y soldados de las tropas indijenas. Estas órdenes llevan los nombres de *Orden de Mérito* y *Orden de la India inglesa* (*Orden of British India*). Las primeras condecoraciones de la Orden de la India inglesa fueron concedidas en 1838.

El soberano de Kabul-Shah Shudjaul-Mulk, ha instituido tambien por su parte, segun veremos mas adelante, una orden de caballeria, que ha llamado *Orden del imperio Duranio*, y de que fueron condenados hace pocos meses los principales oficiales ingleses que hacian parte de la expedicion de Afghanistan.

El maharajah Sikh, Randjit-Singh, se anticipó á Shah-Shudjá en la creacion de distinciones honoríficas por el estilo de las de Europa. Ya en vida de Randjit-Singh se habia conferido la

do está enfermo, halla en los hospitales rejimentarios socorros prontos y eficaces. En una palabra, nada falta á la comodidad y al bienestar moral de cipahy durante el período activo de la vida militar; y cuando la vejez, las dolencias ó las heridas le deciden á pedir su retiro, este está rodeado de comodidades, de consideracion y respeto.

Las clases principales de la poblacion indijena contribuyen todas á la formacion del ejército. El elemento hindo domina en el ejército de Bengala, y jeneralmente en la infantería de los tres ejércitos. La infantería cuenta al menos treinta mil Radjputes. La caballería se reclutó por lo jeneral de mahometanos, en las tres presidencias, y mas particularmente en la de Madrás. Cada una de estas presidencias tiene su ejército, completamente organizado y mandado por un jeneral en jefe (1). Los tres ejércitos forman juntos el ejército de la India, mandado en jefe, en este momento, por Sir Jasper Nicolls, que ha sucedido á Sir Henry Fane.

El ejército regular se compone de Europeos é indijenas mandados por oficiales europeos. Los Europeos se dividen en tropas de la reina pagadas por la Compañía, y en tropas levantadas y organizadas por la misma Compañía.

Damos á continuacion un estado, por armas de las fuerzas actuales en las tres presidencias, comprendiendo veinte rejimientos europeos de la reina, infantería, seis de la Compañía, y cuatro rejimientos de caballería europea de la reina; ciento cincuenta y dos rejimientos de infantería indijena, y veinte y un rejimientos de caballería, etc. (2).

Orden de Pandjab á varios oficiales del ejército inglés y á los Franceses al servicio del maharadjá.

(1) El ejército de Bengala está distribuido en la presidencia de este nombre y en las provincias del Oeste. El gobierno de las provincias del Oeste no tiene ejército propio.

(2) La idea espresada en nuestro idioma por la palabra rejimiento difiere muchísimo de la que espresa esta misma palabra en la India inglesa. Los rejimientos en la India no tienen jeneralmente mas que un batallon; y estos batallones no contaban un año atrás, uno con otro, mas allá

TROPAS EUROPEAS.

	HOMBRES
Presidencia de Bengala y provincias del Oeste. - Infantería y caballería.	11.000
Presidencia de Madrás. - Infantería y caballería.	10.400
Presidencia de Bombay. - Infantería y caballería.	6.400
Artillería é ingenieros (para las tres presidencias).	6.400

TROPAS INDIJENAS MANDADAS POR OFICIALES EUROPEOS.

Presidencia de Bengala y provincias del Oeste. - Infantería y caballería.	72.600
Presidencia de Madrás. - Infantería y caballería.	53.100
Presidencia de Bombay. - Infantería y caballería.	25.200
Artillería é ingenieros (para las tres presidencias).	11.700
Dando un total (en su completo) de	196.800
A los cuales hay que añadir oficiales europeos.	5.000
Grande total del ejército regular anglo-indiano.	201.800

Los cuerpos provinciales, milicias, jendarmería, caballería irregular, etc., forman juntos unos 18.000

de 550 hombres. En la revista pasada por Randjit-Singh el 3 de diciembre de 1838, el gobernador jeneral habia reunido 10.500 hombres de tropas de todas armas, entre ellos quince rejimientos de infantería los cuales presentaban un efectivo de 8.500 hombres sobre las armas, ó unos 566 hombres por rejimiento; seis rejimientos de caballería, un cuerpo de caballería irregular y la artillería formaban los 2.000 hombres restantes.

Las disposiciones recientes han llevado el efectivo de los rejimientos de infantería de la reina (que sirven en la India) á 1.000 hombres, y el de los rejimientos de infantería de la Compañía á 600. Los rejimientos de caballería son de 600 hombres.

hombres de todas armas, á los que hay que añadir las tropas regulares é irregulares empleadas en la grande isla de Ceilan, esto es, cerca de 6000 hombres, lo que aumenta en 24.000

Las fuerzas totales de la Inglaterra en la India, y las hace subir por consiguiente á 225.800

Nota. En este estado no van comprendidos los cuerpos de ejército formados en los estados de Hizam, en el reino de Audh, en el Gwalior, en el Afghanistan, etc., mandados por oficiales ingleses.

Suponiendo una poblacion de cien millones á los territorios ingleses en la India, y estimando el ejército indijena en guarismos redondos en ciento y noventa mil hombres, resultaria que el gobierno inglés solo exige un soldado sobre quinientos cincuenta y cinco habitantes (1). El guarismo del efectivo del ejército llegó en 1826 á cerca de trescientos mil. El presupuesto de la guerra, en la India inglesa, debe ascender ahora á unos cincuenta millones de duros. En 1830, el guarismo pasaba de cuarenta y ocho millones, y el ejército, que constaba de unos doscientos veinte y tres mil hombres, contaba algunos miles de Europeos menos que en el día. En resumen, el ejército indiano, con su organizacion y su efectivo actuales, es uno de los ejércitos mas hermosos, mejor equipados y mejor disciplinados del mundo entero.

La marina de la India se halla muy lejos de estar bajo un pié tan respetable. La presidencia de Bombay, que en este respecto es la mejor provista, y cuya marina militar

ha sido bastante imponente en otro tiempo, no contaba en estos últimos tiempos mas que una fragata, una docena de corbetas y bergantines, dos vapores armados en guerra, y algunos otros buques de transporte, etc. El puerto de Calcuta cuenta doce gruesos bergantines pilotos, que están haciendo un servicio muy activo en el desembocadero del Hugly y entre este desembocadero y Calcuta. La presidencia de Bengala mantiene asimismo algunos vapores. Madrás no tiene asomos de marina militar. Es probable sin embargo que el gobierno supremo trate de multiplicar los buques de vapor, sobre todo con la mira de beneficiar completamente la navegacion del Indo.

Por muy preocupado que esté con la proteccion y el desarrollo de los intereses materiales, este gobierno da particularísima atencion á las necesidades de la poblacion cristiana y á los medios de propagar con cuerda lentitud las doctrinas evangélicas entre los indijenas. Nos limitaremos á algunas indicaciones. La India inglesa cuenta en el día tres obispados, el uno metropolitano (el de Calcuta), y dos sufragáneos (los de Madrás y Bombay). El obispo metropolitano de la India depende del arzobispo de Cantorbery; su sueldo anual es de unas cincuenta mil rupias, ó veinte y cinco mil duros; vive en un palacio magnífico; los gastos de sus viajes episcopales corren á cargo del estado. Los obispos sufragáneos gozan de las mismas ventajas; pero su sueldo es solamente de veinte y cuatro mil rupias, unos doce mil duros.

El conjunto de los altos sueldos civiles, judiciales y eclesiásticos, en las tres presidencias (comprendidas las provincias del Oeste), ascendia, en 1827-28, á mas de diez millones de duros, y esta suma estaba repartida entre mil trescientos y seis individuos, dando un sueldo medio de unos ocho mil duros por cabeza. El guarismo actual de este gasto no es probablemente tan subido, pero la diferencia no será de cuantía, y si hay una verdad establecida en es-

(1) Los datos aproximativos que hemos recojido nos dan el siguiente estado comparativo: La Rusia cuenta 1 soldado para 57 habitantes

La Prusia.	—	80	—
El Austria.	—	110	—
La Francia.	—	122	—
La Holanda.	—	142	—
La Inglaterra.	—	320	—
La India inglesa.	—	555	—
Los Estados Unidos.	—	1.077	—

tadística gubernamental, es que la Compañía paga á los funcionarios que ella emplea mas libremente que lo han hecho en ningun tiempo todas las potencias europeas. Si consideramos las circunstancias particulares y árdas en las que este gobierno se ha visto colocado, y su carácter mixto, comercial y político, veremos que ha obrado con cordura pagando mejor que otro alguno, y esta es la causa sobretodo porque ha estado mejor servido.

Para completar estas indicaciones generales, diremos algunas palabras de los sueldos dados á los oficiales generales, superiores y otros del ejército.

El jeneral comandante en jefe en la India recibe, además del sueldo de su graduacion y por via de extraordinario, unos treinta y seis mil duros al año; los oficiales generales reciben de diez y ocho á cien mil duros anuales; los brigadieres unos doce mil duros; los coroneles de siete á nueve mil duros (segun las armas y la diferencia entre el sueldo de guarnicion y el de marcha ó de pié de guerra, diferencia que se designa con el nombre de *batta*); los tenientes coroneles de cuatro mil y cuatrocientos á seis mil y ochocientos duros; los mayores de tres mil y seiscientos á cinco mil y cuatrocientos duros; los capitanes de dos mil á tres mil y doscientos, los tenientes de mil y doscientos á dos mil, y los subtenientes y alféreces de ochocientos á mil y ochocientos duros.

Los Hindos y los Musulmanes forman los dos elementos principales de la poblacion del Hindostan, y parece á primera vista que sea posible agrupar al rededor de una ú otra de estas dos grandes divisiones á todas las razas ó tribus secundarias; mas no sucede así; muchas de estas razas se desentienden de semejantes aproximaciones y viven aisladas por sus costumbres, idioma y caracteres físicos. Por otra parte, los Hindos y Musulmanes se subdividen tambien entre sí en muchísimas poblaciones que no difieren menos unas de otras que muchas naciones de Europa en-

tre sí. Arduo fuera decir cual es en el Hindostan la proporcion de los Hindos con los Musulmanes, por cuanto hasta el presente son harto incompletos los datos que sobre este punto se han adquirido; pero creemos que se puede valuar en unos veinte millones la poblacion musulmana diseminada por toda la India inglesa, comprendidos el Pandjab y el Afghanistan. Los Hindos propiamente dichos, que pertenecen á diversas sectas de la religion bramánica, pueden ascender á cincuenta millones, de los cuales treinta millones cuando menos habitan la presidencia de Bengala. El budhismo cuenta quizá en toda la India inglesa de dos á tres millones de prosélitos, de los que viene á formar la mitad la poblacion de Ceilan; las otras creencias algunas de las cuales participan á un tiempo del islamismo y del bramismo, y otras parecen no tener ningun punto de contacto con estas religiones, se reparten entre una cantidad prodijiosa de tribus. Para dar una idea de la inmensidad del campo que tendrá que recorrer la etnografía para reunir solamente los materiales de las importantes investigaciones que tiene que hacer en el Hindostan, observaremos, con el historiador del Radjputana (1), que siguiendo el curso del rio Tchambul, en un trecho de unas quinientas millas, se atraviesan reinos, principados, pequeñas repúblicas, poblados de las razas siguientes, á saber: *Sundies, Tchanderawates, Siésidias, Aaras, Gores, Djadumes, Sikerwales, Gudjeures, Djates, Tuares, Tchohares, Bhadorias, Katchwahas, Sanganes, Bondelas*, etc. Todas estas razas difieren mas ó menos por sus caracteres físicos, sus usos, costumbres, ocupaciones ordinarias é idiomas (2). La estatura,

(1) James Tod, *Annals and antiquities of Rajasthan*. London 1832, vol. en 4.^o

(2) Las dos lenguas madres de la India parecen ser el *sanscrit* y el *tamul*, la una de la que se derivan al parecer todos los principales dialectos de la India septentrional (principalmente al norte del rio Krishna), tales como el *bengali*, el *mahrata*, el *hindi*, el *oandjabi*, etc.; la otra, que habrá dado nacimiento al *tamil*, al *malaya-*

la tez y la fisonomía de los Hindos y hasta de los Musulmanes de la India son tan varias, que ninguna descripción puede bastar para dar á conocer las diversas razas que componen la mole de la población. Entre esta diversidad infinita de tipos que presenta esta población abigarrada del Hindostan, hay algunos que han sido estudiados con detenimiento, y antes de salir de este asunto, trataremos de dar una idea de la raza hinda propiamente dicha, observada en sus castas superiores. En general, los habitantes de los llanos son mas pequeños y esbeltos, y los serranos, ó al menos los habitantes de las mesetas, son mas altos y tienen el sistema muscular mas desarrollado, pero unos y otros son ágiles, de formas elegantes, y capaces de soportar grandes fatigas; todos ó casi todos son muy aptos para la vida militar. Véanse pocas personas contrahechas, pero por diferentes causas es parto comun la ceguera. La tez del pueblo varia segun el clima y las circunstancias, desde un olivo oscuro que tira á negro á una rica tinta morena levemente trigueña bastante parecida á la de los Italianos del norte ó de los Provenzales; pero entre los Hindos está el ánimo tan bien disciplinado que por maravilla descubre el exterior las emociones del interior. El contorno del rostro es ovalado, la frente levantada, aunque levemente comprimida, los ojos y el cabello negros, las cejas arqueadas, la nariz y la boca de forma europea, el mirar sosegado y halagüeño, igualmente ajeno del aspecto sombrío y adusto del Malayo y de la espresion apasionada del Persa y del Arabe. El busto es generalmente de bellas proporciones; el pecho ancho y profundo, el talle fino, los brazos hermosos, las manos pequeñas, pero nervudas; las estremidades inferiores cenceñas en com-

paracion, el pié llano, los dedos del pié cortos, pero muy separados y flexibles.

Hállanse frecuentemente entre los Radjputes y los serranos del Norte hombres de estatura ajigantada que serian notables en todos los países de Europa por sus proporciones y su fuerza hercúleas. « Gokul-Das », dice el coronel Tod, el último jefe de Deoghar, era así por su rostro como por su estatura, uno de los mas bellos mozos que haya visto; tenia unos seis piés y seis pulgadas (medida inglesa); tenia la corpulencia de un Hércules y se mantenía perfectamente derecho; su padre á la edad de veinte años, debia de haber sido mucho mas recio y teniendo cerca de siete piés. » Las mujeres, cuando no atezadas ni ajadas por el sol y por un trabajo escesivo, son generalmente hermosas; tienen los miembros pequeños y redondeados, las articulaciones sumamente flexibles, facciones dulces, ojos negros y lánguidos, el cabello largo y sedoso, y el cutis de una finura maravillosa. Las mujeres hindas de la casta bramánica son las mas notables entre todas. El cuello, los hombros y el pecho son hermosísimos, los miembros en jeneral son de peregrina delicadeza y de molde exquisito, los movimientos nobles y garbosos; el contorno del rostro del bello ovalado griego, la nariz larga y recta; el labio superior bien modelado, la boca pequeña, la barba redonda; los ojos, sombreados de largas pestañas negras y coronados de cejas elegantemente arqueadas, son rasgados, negros, húmedos y centellantes de espresion. Es difícil, en una palabra, ver mujer mas graciosa que una hinda de alta casta, y hasta la tinta dorada de aquel cutis tan suave, terso, lustroso y diáfano, llama las miradas y escita la admiracion.

Son muy encontradas y vacilantes las opiniones en punto á la superioridad moral é intelectual entre la raza hinda y la musulmana. Creemos que por lo que respecta á la aptitud, penetracion é inteligencia, los Hindos son cuando menos iguales á los

lam, al telenga, al canarais, al talava, etc. Hablan el bengali treinta millones de hombres que pueblan el sistema inferior del Gánjes; el hindostani con sus dialectos es hablado por unos veinte millones y comprendido por las altas clases indijenas, desde el Dekan hasta Cachemira, y desde Calcuta hasta Bombay.

Musulmanes, y por lo que hace á las prendas morales, á los hábitos, y sobre todo á las propensiones de una y otra naturaleza, no vacilamos en dar la preferencia á los sectarios de Brama. Consideramos la poblacion hinda como la mas propia para cooperar á la grande obra de la civilizacion del Asia central. El imperio inglés en la India le está debiendo sus riquezas agrícolas, sus comerciantes mas altivos é inteligentes, sus *mejores soldados* (hecho notable, y que basta por sí solo para probar cuán falso era el concepto que del carácter hindo nos habíamos formado) lo deben á sus mejores administradores, sus agentes mas celosos, y quizás en los dias de prueba, sus aliados mas fieles y sus mas intrépidos defensores. Pero á esa masa inteligente y sumisa le falta por desgracia lo que le falta á mas de un pueblo en nuestros dias: la confianza en el porvenir.

Tal es en bosquejo el cuadro jeneral de las divisiones políticas, militares y administrativas de la poblacion, de la organizacion y de los recursos del imperio hindo-británico. Nunca, en ninguna época de la historia y en ninguna parte del globo, á escepcion del imperio chino, tan vasta estension de pais, una poblacion tan crecida, elementos tan varios de industria, comercio y civilizacion, han estado sujetos á un poder único y dirigido inmediatamente por una sola voluntad. Nunca habian sido el resultado de la conquista un conjunto tan grande; un sistema tan complicado de gobierno, una dominacion tan inmensa y que ofrece no obstante algunas probabilidades de porvenir. Las causas que han traído este maravilloso resultado son dignas del estudio y de la meditacion; y vamos á probar de resumirlas.

IV.

RESUMEN POLITICO. — ESPEDICIONES RECIENTES DEL AFGHANISTAN Y DE LA CHINA. — PORVENIR DEL IMPERIO HINDO-BRITANICO.

Cuando Nader Shah, despues de haber invadido el Hindostan, se retiraba, hace ya un siglo, con un bo-

tin estimado en muchos millones de pesos fuertes el imperio mogol se desmoronaba por todos lados, y el campo abandonado por la dominacion musulmana se abria á la ambicion de los cristianos. Arrostráronse en él la Francia y la Inglaterra; la soberanía de la India debia caber tarde ó temprano á una de ellas; la mas rica, la mas perseverante, y fuerza es decirlo, la mas hábil triunfó. Ciertamente que toda nacion grande y jenerosa debe apreciar el influjo que le hubiera permitido ejercer sobre una vasta porcion del globo una posicion política y comercial á la que hubiera podido pretender; y debe lamentarse de que por su propia culpa se haya visto privada de tan alta posicion, de tan noble influjo. Bajo este punto de vista, la Francia puede arrepentirse de haber desempeñado tan torpemente el papel que habia sido llamada á hacer en la India, y sentirse humillada al ver el papel que en ella está haciendo en el dia (1). Pero á decir verdad, la lucha en la que la Francia ha sucumbido no tenia aquel carácter elevado, aquel objeto honroso que á los ojos de la posteridad justifican al vencedor como al vencido, el orgullo de la victoria y el dolor de la derrota. Los fueros y las necesidades de la humanidad no eran tenidos por nada en el resultado anticipado de tantos esfuerzos: y no obstante, y esto es un consuelo y una enseñanza á un tiempo, la humanidad ha salido triunfante; ella ha recojido el fruto de tantas agitaciones y miserias. Los pueblos del Hindostan están gozando en el dia de mas independencia relativa, mas sosiego bien estar y ventura que no les ha-

(1) Los tratados de paz de 1814 y 1815 han restituido á la Francia algunos establecimientos, de los que los principales están situados en la costa de Coromandel. La poblacion total de estos establecimientos asciende á unas 168.000 almas; la superficie de los territorios reunidos podrá tener de 25 á 26 leguas cuadradas. Tales son los residuos de su grandeza pasada, residuos recobrados bajo pactos humillantes, residuos preciosos sin embargo, por muchos conceptos, y cuyo valor iria en aumento, si pudiesen efectuarse los cambios proyectados ya dende algunos años.

bia cabido durante el largo espacio de diez siglos. No obstante el gobierno á cuyo cargo está su porvenir no ha hecho para ellos cuanto hubiera podido, cuanto hubiera debido; pero arrebatado por el impulso irresistible de la civilizacion, y por las exigencias de su posicion, comprenderá quizás que ya llegó el tiempo de *sustituir á una explotacion egoista una administracion pródiga y paternal*. Solo ha podido infundir hasta aquí el asombro y el temor; le es fuerza granjearse la confianza y el afecto de sus súbditos, y esta es una carrera nueva en la que apenas hace diez años que se han dado los primeros pasos.

La dominacion inglesa en la India se ha establecido por medios complicados, y desarrollado por medio de causas imprevistas las mas veces. Sin duda aspiraba la Compañía á estender sus posesiones territoriales, en primer lugar para proteger y afianzar su monopolio, y en segundo lugar para aumentar sus rentas y su influjo político; mas no tenia ciertamente el presentimiento del encumbrado destino que le reservaba el fin del siglo décimo octavo, y muchas veces ha querido, aunque en vano, detenerse en la senda por donde la arrastraban su propia ambicion y la fuerza irresistible de los acontecimientos. El engrandecimiento de su poderío ha sobrepujado todas sus previsiones, ha escudido á todos los cálculos humanos.

Entre las causas inmediatas de este engrandecimiento hay dos muy reparables; es la una la distancia que separaba los establecimientos de la Compañía de la metrópoli europea, donde residia el gobierno supremo, distancia de miles de leguas que hasta estos últimos tiempos ha hecho las comunicaciones lentas y difíciles, y por consiguiente ha colocado á los gobiernos delegados en una posicion comparativamente independiente (1), la otra es el crecido

número de hombres de un mérito eminente que se han ido sucediendo en la administracion de los negocios civiles, políticos y militares de la Compañía de un siglo á esta parte. Entre estos hombres descuellan sobre todos lord Clive, Warren Hastings, lord Wellesley y lord Hastings. Por su medio las relaciones del gobierno inglés con los diferentes principes del Hindostan han adquirido el carácter de supremacia y dignidad que convenia á una nacion grande: bajo su administracion, y mas particularmente bajo de lord Hastings, el sistema de política interior ha tomado la forma y consistencia que se le reconoce hoy dia, y de que hemos procurado dar una idea.

Desde algunos años se han introducido importantísimas mejoras en la administracion de las provincias inglesas del Hindostan. Estas mejoras fechan principalmente del advenimiento de lord W. Bentinck al poder, y se distinguen por un carácter de humanidad, liberalidad y justicia para con los pueblos de la In-

lares establecido entre la Europa y el Hindostan por el Mediterráneo y el mar Rojo por medio de buques de vapor, aunque no haya alcanzado todavía el grado de perfeccion de que es capaz, ha ejercido ya grandísimo influjo en las relaciones de la Gran Bretaña con el imperio indiano, y una de las ventajas capitales que el gobierno inglés ha podido sacar de él ha sido el poder entenderse con lord Auckland sobre el plan y los medios de ejecucion de las grandes medidas que deben afianzar la preponderancia del influjo inglés allende el Indo por un lado y en los mares de la China por el otro. Parece además que las ideas del presidente de la oficina de *Control* (Sir John Hobhouse) y las de lord Auckland sobre la marcha política que habia de seguir con respecto á la Persia y el Afghanistan, en las coyunturas en que se hallaban en 1838-39, se habian formulado casi al mismo tiempo, y que sus escritos respectivos sobre este punto se cruzaron. No obstante todavía era muy grande la parte del libre albedrío á esta distancias y con dos ó tres meses de incertidumbre inevitable, á pesar del vapor. Lord Auckland ha sabido hacer de él un uso nobilísimo y llevar á su término su riesgosa empresa. Las noticias de Bombay llegan ahora á Londres en treinta y seis ó treinta y ocho dias. Nuestras últimas cartas de Calcuta y de Benarés han puesto un poco menos de cincuenta dias en salvar la distancia que separa á la capital de la Francia de las metrópolis políticas y religiosas del Hindostan.

(1) En el dia este estado de cosas padecía modificaciones importantes. El cambio de correos se verifica en la mitad menos de tiempo que en tiempos pasados; el sistema de comunicaciones regu-

dia, que creemos deber señalar. Bajo este respecto, lord Bentinck ha merecido bien, no solamente de su país, sino tambien de la India británica y de la humanidad entera. No es aquí el lugar de examinar con qué objeto especial de economía y de reforma este estadista habia recibido el gobierno supremo, y que medios empleó para alcanzar este objeto. Tampoco tenemos ni el tiempo ni la intencion de apreciar en este momento los principales actos de su administracion; así que nos ceñiremos á decir que su política en general nos ha parecido ajena de dignidad, habilidad y fuerza; pero el nombre de lord W. Bentinck ha merecido vivir y vivirá en la posteridad por la memoria de un acto que bastaba por sí solo para honrar á todo un gobierno; la abolicion del *Sati* (1).

La administracion de lord Auckland se ha dirigido menos al parecer á las simpatías de la masa de las poblaciones indígenas que la de lord Bentinck. Tídanle sobre todo de haber adoptado medidas financieras cuyo principio y modo de ejecucion lastiman la justicia, y solo llenan las arcas del estado á costa del afecto de los constituyentes y muchas veces con menosprecio de sus derechos. Los reclamantes, segun se cuenta, fueron entregados á la merced de los secretarios, y han solicitado en balde el permiso de apelar directamente á la conmiseracion y equidad del gobernador jeneral. Propietarios arruinados, príncipes desposeídos, siguieron, segun se dice, á su señoría en sus últimos viajes sin poder lograr audiencia. Dos veces, segun voz pública, visitó lord Auckland la ciudad imperial de Dehli y dos veces salió de ella sin trocar los cumplimientos oficiales de costumbre con el jefe de la raza mas noble y la mas antigua quizás del mundo asiático. Rodeado de sus guardias, embria-

gado con las victorias que le habian preparado la fuerza y prevision de su política, ignoró lord Auckland todas las desdichas impuestas á la poblacion por las medidas de hacienda á que hemos aludido, y que dan á los recaudadores de las rentas pretextos peligrosos para contestar la validez de los títulos y socavar derechos de propiedad respetados durante largo tiempo; en una palabra, lord Auckland fué sin saberlo el instrumento de una opresion atroz y el gobierno echará de ver, aunque tarde, que la estimacion y confianza de los pueblos han cedido su lugar á un odio implacable que aprovechará con afan cuantas ocasiones se le rodeen de vengarse.

No dudamos que el juicio que se ha hecho de la administracion interior de lord Auckland adolece de suma parcialidad; pero nos parece muy probable que las continuas preocupaciones de alta política no han permitido á este gobernador jeneral clavar toda su atencion en unos por menores cuya importancia se han abultado las partes interesadas y no cabe negar que el aspecto jeneral de los negocios ha presentado en estos últimos años síntomas bastante alarmantes para llamar todos los desvelos, actividad y recursos del gobierno supremo. Las intrigas de la Persia y de la Rusia por un lado, la actitud hostil del Nepal y del imperio Birman por el otro, las disposiciones dudosas de ciertos estados tributarios en el noroeste y en el Dekan; en fin, las complicaciones que consigo podian traer de un momento á otro la muerte de Randjit-Singh y la reconocida incapacidad del heredero presunto del trono del Pandjab; todas estas causas reunidas imponian á lord Auckland la prevision de ocuparse ante todo en volcar toda oposicion interior al influjo de su gobierno, y de hacer abortar toda tentativa exterior contra el sosten de aquel influjo. Varias demostraciones importantes, varias expediciones decisivas debian verificarse con aquel intento, y el encadenamiento de estas empresas arriesgadas, despues de haber clavado su pri-

(1) *Sati*, viuda hinda que se quema sobre la hoguera con el cuerpo de su marido. Dase el mismo nombre á la ceremonia religiosa de que es complemento indispensable este acto fanático. El *Sati* fué abolido en 1829 por lord William Bentinck en los territorios de la Compañía.

mer eslabon en la meseta del Afghanistan, acaba de atravesar los mares para ir á buscar en la China un nuevo punto de apoyo. Han sido encontrados los pareceres de los publicistas en punto á si el poderio inglés ha de perder ó ganar en último término con la expedicion del Afghanistan; y hasta se ha sostenido que lord Auckland habia cometido una grande imprudencia y un yerro gravísimo pasando el Indo, llamando de este modo hácia aquel lado la atencion y las fuerzas de la Rusia (¡como si desde Pedro el Grande hubiese cesado de estar clavada la atencion de la Rusia en la Persia y en el Asia central!). A nuestro ver, la verdadera cuestion al menos la cuestion preliminar consiste en saber si la Inglaterra podia evitar el *paso del Indo*, y no tememos afirmar que ya desde algunos años se hallaba en la necesidad fatal de trasponer aquella valla, para fortificar sus aproches y hacerla inespugnable en cuanto podian hacerlo al menos la política y la estrategia. Creemos que la Inglaterra ha dado una muestra de cordura y habilidad restableciendo á Shah-Shudjad sobre el trono de sus padres, y que la buena política aconsejaba reedificar con los residuos diseminados de la monarquía durante un estado interesado en defender este imperio contra las tentativas invasoras del Occidente. Hasta creemos que hubiera sido cuerdo hacer seis años atrás lo que se ha hecho el año pasado, y que lord W. Bentinck hubiera podido recoger con menos gasto para la nacion y para sí mismo la mies de gloria que su sucesor ha ido á conquistar en el Afghanistan.

Esta expedicion que el ministerio inglés, en la sesion del parlamento del 6 de febrero último, calificó con razon de *milagro moral*, esta expedicion que empleó á veinte y dos mil hombres, un material inmenso, veinte y siete mil camellos, que han recorrido una distancia de mil trescientas y cincuenta millas hasta Cabul, se enlazaba con un vasto sistema de operaciones cuyo cumplimiento ha exigido un aumento de cuarenta mil hombres de todas ar-

mas en las fuerzas anglo-indianas. Estas precauciones eran necesarias y así lo declaró el ministro en la sesion arriba dicha, sabíase á no poderlo dudar que algunos de los jefes mah-ratas, el radjá de Nepal, el soberano de Djodpur, el nawab de Karnul, etc. estaban meditando proyectos hostiles (1). El éxito de la campaña del Afghanistan ha de tener un influjo saludable en la estabilidad del poderio inglés en la India. El efecto moral de la toma de Ghizni y de Kelat ha sido inmenso; requeriase nada menos que tan brillantes triunfos para atajar las maquinaciones tramadas por los jefes dei Sindh, del Radjpoutana y del Dekan, y contener las combinaciones hostiles de los soberanos de Ava y de los Nepaleses. Así es que en las gracias votadas por el parlamento á lord Auckland (sesion del 6 de febrero de 1840), se tributa homenaje *al juicio y á la habilidad con que bajo su direccion se han aplicado los recursos del imperio inglés en la India á las operaciones militares al oeste del Indo*.

Como estos acontecimientos harán necesariamente un gran papel en los

(1) El 18 de octubre de 1839, el nawab de Karnul fue hecho prisionero tras una corta resistencia, aunque furiosa. Las tropas del nawab, compuestas principalmente de Arabes, de Afghaneses y de algunos Beluchis, dieron muestras de un valor desesperado y caballeresco «digno de mejor causa», dicen las relaciones inglesas. La variedad infinita y la profusion de armas y municiones descubiertas en los sótanos del Zenono prueban la monomanía verdaderamente extraña del nawab, que no debió gastar menos de seis laques de rupias (300.000 duros) solo en la compra del metal que se halló en materia ó en forma de instrumentos de guerra de toda especie. El sijilo y la intelijencia con que se condujeron estas operaciones, dieron lugar de creer que el negocio del Karnul no era mas que una ramificacion de una trama mas estensa para volcar el poderio inglés en la India. El nawab fué conducido á la fortaleza de Triticinópolis, donde fué asesinado el 11 de julio último por una persona de su séquito. Segun parece habia manifestado el nawab el intento de abjurar el mahometismo y de entrar en el gremio de la iglesia cristiana; pero el celo fanático de los verdaderos creyentes no quiso consentir el cumplimiento de tamaño escándalo, y el nawab fué herido mortalmente en la misma iglesia del fuerte donde acababa de asistir al servicio divino celebrado por un misionero inglés.

destinos del Oriente, y lo que ha pasado de un año á esta parte cerca de las riberas del Indo empieza, segun toda probabilidad, una nueva era para el imperio hindo-británico creemos del caso resumir aquí y examinar sumariamente lo que de positivo se sabe, tanto sobre las causas inmediatas y lejanas de la expedicion del Afghanistan como sobre las circunstancias mismas de esta expedicion y sobre sus resultados.

El Afghanistan propriamente dicho se estiende desde los 61 hasta los 70 grados de longitud este, y desde los 30 hasta los 35 grados de latitud norte. Cúenlo, al este, la Persia, al oeste el Indo, al norte el Hindo-Koh (prolongacion del Himalaya), al sur el Beluchistan. Los dos principales estados del Afghanistan son los reinos de *Kabul* y de *Kandahar*. Las capitales que dan sus nombres á estos reinos son los puntos de comunicacion de la India con la Persia y el alta Asia. « Desde la antigüedad mas remota, decia el historiador del reinado de Akbar, Abulzafel (en 1602), Kabul y Kandahar son consideradas como las puertas del Hindostan; la una da entrada en el Turan, la otra en el Iran, y *si estas plazas están bien guardadas, el vasto imperio del Hindostan, se halla al abrigo de las invasiones estrangeras* (1). »

En estas pocas palabras reveladas á la Europa por la primera vez en 1783, bajo la administracion de Warren Hastings (2), ha visto la Inglaterra una enseñanza; y acaba de probar, aunque algo tarde, que no la habia echado en saco roto.

El Afghanistan hizo parte del imperio mogol hasta la invasion de Nader Shah (1738-39). « Kandahar, que toma su nombre de la ciudad capital ó que le da el suyo, dijo un viejo viajero, es la provincia mas occidental de las Indias y tiene por ve-

cino al rey de Persia, que muchas veces ha sido dueño de ella; *de ahí es que por esta provincia están casi siempre en guerra los reyes de Persia con el Gran Mogol*, como lo están por el lado de Turquía por Bagdad y Erivan. » De donde resulta que ya hace dos siglos que subsistian las mismas rivalidades del dia.

Nader Shah exigió la cesion de las provincias al oeste del Indo, antes de restituir al emperador Mohamed Shah el cetro que habia arrancado de su endeble diestra. Privado de esta base y minado interiormente por una organizacion viciosa, el imperio mogol se derrumbó por todos lados. Sin embargo la Persia no disfrutó mucho tiempo de las ventajas que debia no tanto á sus fuerzas reales y á sus propios recursos cuanto al talento y á la fortuna de un hombre.

A la muerte del conquistador persa, en 1747, *Ahmed Khan*, otro de sus jenerales, y jefe de la tribu de los Abdalis (conocidos despues con el nombre de *Duranis*), vino á ser dueño de Afghanistan, y se hizo coronar rey en Kandahar con el título de Ahmed Shak Dur-e-Duran (la perla del siglo). Activo y hábil á la par que valeroso, Ahmed Shah llevó el terror de sus armas de Dehli á Asterabad; y á su muerte, en 1773, dejó á su hijo *Timur* un imperio cuyos límites extremos habian sido poco antes el Oxo al norte, el mar y las bocas del Indo al sur, el Cachemira y los montes Himalayas al este, y la Persia allende Meshed al oeste. *Timur Shah*, muy ajeno de continuar la vida belicosa de su padre, no hizo ningun esfuerzo para restablecer la autoridad real, comprometida en el Pandjab y las provincias vecinas, y se contentó con reinar pacíficamente, durante veinte años, sobre las provincias al oeste del Indo. Murió en 1793. Las intrigas del *zenana*, apoyadas por el influjo de la tribu de los *Barekzais*, colocaron desde luego en el trono á uno de los hijos mas jóvenes de Timur, *Zeman Shah*, quien, durante un reinado agitado de algunos años, trató de reconquistar el Pandjab, y hasta pregonó el desvariado intento de invadir el Hindos-

(1) *Ain-Akbery*, vol. II, páj. 165.

(2) Warren Hastings era gobernador jeneral de las Indias inglesas cuando F. Glanwin emprendió la traduccion del *Ain-Akbery*. Publicóse la obra bajo el patronato de aquel hombre célebre, y le fué dedicada en Calcuta el 1.º de setiembre de 1783.

tan. Si este proyecto hubiese podido tener un principio de ejecucion, los intereses ingleses en la India se hubieran visto seria, aunque momentáneamente, comprometidos. El gobernador jeneral de las Indias inglesas en esta época (hombre tan justamente célebre, y á quien la posteridad tributará un homenaje mas esplendoroso todavía que el que le dan sus contemporáneos), el marqués de Wellesley (1), creyó del caso guardarse del peligro que parecia amagar al influjo inglés en el Hindostan septentrional. La mision del capitan J. Malcolm (sir John) en la corte de Persia (en 1799 - 1800) tuvo por objeto principal determinar á la Persia á dar *tanto que hacer á Zeman Shah en su reino*, que en tres años al menos no pudiese pensar seriamente en perturbar la tranquilidad del Hindostan. El gobernador jeneral señalaba este plazo de tres años á los arreglos políticos y financieros que se proponia para poner á las posesiones de la Compañía y de sus aliados en estado de arrostrar toda agresion extranjera. Para promover la adopcion de estas medidas, Malcolm estaba autorizado para ofrecer á la Persia un subsidio anual de tres á cuatro *laques de rupias* (unos doscientos mil duros), garantido para tres años. Recomendábasele además utilizar, en cuanto cupiese, la enemistad que desde la muerte de Timur reinaba entre sus hijos, y que ya habia causado luchas sangrientas, de cuyas resultas dos de aquellos príncipes se habian refugiado en la corte de Persia (1). Suponiendo que el Shah de Persia se obligase á seguir el plan de operaciones trazado por el gobierno inglés, *este declaraba no pretender á ninguna parte de las conquistas ó del botin que pudiese adquirir la Persia, en caso de guerra con Zeman Shah*. En esta época, hallaba la In-

glaterra por conveniente hacer el papel que está acusando ahora mismo á la Rusia de haber hecho poco delante de Herat. Lord Wellesley armaba á *la Persia contra el Afghanistan*; hoy dia, al contrario, lord Auckland arma *al Afghanistan contra la Persia*. Los hechos curiosos que acabamos de referir están comprobados por la correspondencia de lord Wellesley, recién publicada en Inglaterra, y que forma una coleccion de sumo interés (1). Con efecto pronto tuvo Shah Zeman *harto que hacer en su casa* para pensar en inquietar á la India inglesa (2). Las pretensiones rivales de sus hermanos (Madmuh y Shudjá) hallaron nuevos apoyos mas eficaces. Sus intrigas y la imprudencia del Shah armaron contra él á la tribu de los *Barekzais*, cuyo influjo le habia proporcionado el trono. Descubrióse una conspiracion; el Shah mandó dar muerte á seis de los principales señores que en ella se hallaban comprometidos, y entre ellos, al jefe de esta tribu poderosa, *Sarferaze Khan*. El hijo de este último, el célebre *Fateh Khan*, con todos los *Barekzais*, abrazó inmediatamente la causa de *Shah-Mahmud*, aquel otro hijo de Timur, á quien la Persia, de acuerdo con la Inglaterra, habia tomado bajo su proteccion.

(1) *Wellesley Despatches*, vol. V, p. 82 y siguientes.

(2) No deja de ser interesante el ver de qué modo el mismo Sir John Malcolm da cuenta de los resultados jenerales de esta primera mision. en su *Historia política de la India*: «Esta mision, dice, tuvo el éxito mas cabal. El enviado inglés logró no solamente decidir al rey de Persia á atacar nuevamente el Korazan, lo que obligó á Zeman Shah á orillar sus intentos sobre la India, sino que determinó además á aquel príncipe á ajustar con el gobierno inglés tratados de alianza y de comercio que escluidan completamente á los Franceses de Persia, y aseguraban á los Ingleses todas las ventajas que de estas nuevas relaciones podian resultar. No cabe la menor duda, añade Malcolm, en que si se hubiese cultivado esta alianza con la misma prevision y penetracion con que se habia empezado, el influjo del gobierno inglés, en esta parte del Oriente, hubiera estado al abrigo de la mayor parte de los peligros á que mas adelante se ha visto espuesto.» (*Political History of India*, 1826, vol. 1º, páj. 272).

(1) Hermano mayor del duque de Wellington. El marqués de Wellesley era capitan jeneral al mismo tiempo que gobernador jeneral. El duque de Wellington, que á la sazón no era mas que el honorable Arturo Wellesley, servia en la India en aquella época en clase de mayor jeneral.

(2) Shah Mahmud y el príncipe Kamram su hijo.

El reino, tras algunos meses de sosiego, se vió nuevamente entregado á los horrores de la guerra encarnizada que se estaban haciendo ya desde seis años aquellos hermanos desdichados. En el curso de esta campaña, *Shah Zeman*, vendido por uno de los suyos, fué entregado á *Mahmud*, quien le mandó arrancar los ojos. Mas adelante (1803), *Mahmud* fué destronado por *Shah-Shudjá*, y *Shah Zeman* librado por el nuevo rey (su hermano por parte de madre), cuya fortuna favorable y adversa debía seguir en adelante. De este modo el gobierno de la Compañía se vió libre de un enemigo á quien por un momento habia temido, pero cuya ruina habia ajenciado con tanto afán y tino. Refugiado al principio en el *Pandjab* (donde enterado *Randjit-Singh* de su desalimientto, le habia concedido á pesar suyo un asilo), cuando hubo espiado con quince años de infortunios las zozobras que su ambicion habia causado, el monarca ciego y mendigo, que ya era una carga para su huésped, halló finalmente un pacífico destierro y pan en Ludiana (1), donde le habia precedido *Shah Shudjá*.

Desde 1803 hasta 1809 habia ocupado *Shah Shudjá* un trono mal seguro. Ajustó en Peshaver, en 1809, un tratado de alianza con el gobierno supremo de las Indias inglesas. La alarma que la embajada francesa enviada á Persia por el emperador Napoleon acababa de suscitar, determinó al gobernador jeneral, lord Minto, á fortalecer con nuevas alianzas la actitud política de la Inglaterra en la India. Bajo este respecto, el año de 1809 tuvo resultados reparables, por cuanto estableció relaciones de una importancia mas real y duradera de las que se habian debido prever, entre el jefe Sikh, *Randjit-Singh* y el gobierno inglés, y por que inició al gobierno inglés, por medio de Mountstuart Elphinstone (hombre eminente bajo todos conceptos), en el verdadero carácter de

los pueblos del Afghanistan, en las formas singulares de la monarquía durania y en la naturaleza y recursos del pais. El tratado ajustado con *Shah Shudjá-al-Mulk*, en 1809, ha dado sus frutos treinta años despues, designando al real pensionado á la eleccion del gobierno supremo para operar, bajo las súbitas inspiraciones de la política inglesa, la rejeccion del Afghanistan. Es curioso á la par que instructivo el comparar las dos épocas, y para alcanzar este objeto, empezaremos por dar á conocer los tratados firmados, en 1809, con el rey de Persia, el rey de Kabul, el radjá de Lahore y los amires de Sindh.

Tratado preliminar con la Persia, ajustado por Sir Harford Jones, el 12 de marzo de 1809 (1).

En nombre del que es siempre necesario, que basta para todo y para todos, que es sempiterno y que es el único amparador verdadero, etc.

Art. 1.º Como se requiere algun tiempo para discutir y redactar un tratado definitivo de alianza y amistad entre los dos grandes estados, y visto que en las actuales circunstancias, urge que sin demora se haga algo, se acuerda que estos artículos, que deben considerarse como preliminares, serán la base de un tratado definitivo de estrecha y sincera amistad y de union eterna; y se acuerda asimismo que dicho tratado definitivo, que declarará de un modo preciso los deseos y las obligaciones de cada parte, será firmado y sellado por los mismos plenipotenciarios, y vendrá á ser obligatorio para las altas partes contratantes.

Art. 2.º Acordado que los artículos preliminares, formados por la

(1) Este tratado se ajustó sin el concurso del gobernador jeneral, que protestó enérgicamente contra una medida que á todas luces propendia á rebajar al gobierno supremo de la India en el concepto de los Persas. Mandó á Malcolm partir otra vez para la corte de Teheran en clase de enviado extraordinario. Era la tercera mision de que estaba encargado desde 1800. (Véase parte cuarta, *India moderna*, y para mas estensos pormenores, véase *Malcolm's political History of India*, vol. 1, p. 144 y siguientes.)

(1) Ciudad y apostadero importantes en el territorio inglés en la orilla izquierda del Sutledje.

mano de la verdad y de la sinceridad, no se variarán ni alterarán; sino que debe resultar de ellos un aumento diario de amistad, que durará sempiternamente entre las dos Majestades serenísimas, sus herederos sucesores, sus súbditos, estados, provincias y paisés.

Art. 3.º S. M. el rey de Persia juzga necesario declarar que desde la fecha de la firma de estos artículos preliminares, todo tratado ó convenio que puede haber ajustado con cualquiera otra potencia europea es considerado nulo y de ningun valor, y que no permitirá á ninguna fuerza europea el atravesar la Persia para dirigirse ni á la India ni á los puertos de este pais.

Art. 4.º En caso que alguna fuerza europea haya invadido ó deba invadir el territorio de S. M. el rey de Persia, S. M. Británica deberá aprontar á S. M. el rey de Persia un cuerpo de tropas, ó en su lugar, un subsidio con municiones de guerra, tales como cañones, fusiles, etc., y oficiales, en el número que de una y otra parte sea reconocido suficiente para espulsar al enemigo; el número de tropas que deberán formar el cuerpo auxiliar, ó el importe del subsidio, así como la cantidad de municiones, etc., se estipularán mas adelante por el tratado definitivo. En el caso en que S. M. el rey de Inglaterra ajustase la paz con la potencia europea de que se trata, S. M. Británica hará cuanto esté en su mano para negociar y ajustar la paz entre S. M. Persa y dicha potencia. Pero si (lo que Dios no permita) los esfuerzos de S. M. Británica no lograsen aquel objeto, entónces el cuerpo de ejército auxiliar ó el subsidio, segun en el tratado definitivo se especificare, deberá quedar á la disposicion del rey de Persia, en tanto que durase la presencia de dichas fuerzas europeas en los territorios de S. M. Persa, ó hasta que esté ajustada la paz entre S. M. Persa y la potencia europea de que se trata: y se acuerda además que en caso de que las posesiones de S. M. Británica en la India sean atacadas ó invadidas por los Afghaneses ó cualquiera otra

potencia, S. M. el rey de Persia facilitará un cuerpo de ejército para la proteccion de dichas posesiones, á tenor de las estipulaciones contenidas en el tratado definitivo.

Art. 5.º Si llega de la India al golfo Pérsico un destacamento de tropas inglesas, y, con el consentimiento de S. M. Persa, desembarca en la isla de Karrak, ó en alguno de los puertos persas, no deberá, por ningun término, tomar posesion de aquellas islas ó puertos, y desde la fecha de estos artículos preliminares, dicho destacamento, cuya fuerza se fijará en el tratado definitivo, estará á la disposicion de S. M. el rey de Persia.

Art. 6.º Pero si dichas tropas permanecen, segun los deseos de S. M. el rey de Persia, ya en Karrak, ya en otro puerto del golfo Pérsico, serán tratadas por el gobernador del punto del modo mas amistoso, y se darán órdenes á todos los gobernadores del Farsistan para que se suministren á estas tropas al contado y al precio corriente las provisiones necesarias, en la cantidad que fuere menester.

Art. 7.º En caso de guerra entre S. M. Persa y los Afghaneses, S. M. el rey de la Gran Bretaña no deberá tomar en ella ninguna parte, á menos que sea por el deseo espreso de entrambas partes, y como mediador para negociar la paz entre ellas.

Art. 8.º Acordado que estos artículos preliminares quedan ajustados con objeto puramente defensivo, y como tales deben comprenderse. Acordado asimismo que, en tanto que tengan fuerzas estos artículos preliminares, S. M. el rey de Persia no deberá entrar en ningun compromiso hostil á S. M. Británica, ó que pueda tener resultas perjudiciales ó desventajosas para los territorios ingleses en la India.

Queda convenido este tratado por ambas partes con la esperanza de que será eterno y de que enjendrará los mas hermosos frutos de amistad entre los dos reyes serenísimos (1).

(1) El tratado definitivo ajustado el 25 de noviembre de 1814 ha sido considerado desde esta

Tratado con los amires de Sinde (1), de fecha 22 de agosto de 1809.

Art. 1.º Habrá amistad eterna entre el gobierno inglés y el de Sinde, esto es (ó representado por) Mir-Gholam-Aly, Mir-Kurrim-Aly y Mir Murad-Aly.

Art. 2.º Nunca asomará la enemistad entre los dos estados.

Art. 3.º El envío mútuo de los vaviles continuará siempre entre los dos gobiernos, á saber: el gobierno inglés y el gobierno sindio.

Art. 4.º El gobierno de Sinde no permitirá el establecimiento de la tribu de los Franceses en el Sinde.

Escrito el 10 del mes de rudjub-ul-marudjub, en el año 1224 de la héjira, correspondiente al 22 de agosto de 1809.

Tratado con Randjit-Singh, el radjá de Lahore, de fecha 25 de abril de 1809.

Atendido á que se han arreglado feliz y amistosamente ciertas desavenencias que se habian suscitado entre el gobierno inglés y el radjá de Lahore, y que las dos partes abri-

época como la base de las relaciones políticas de entrambos estados; mas no ha producido los resultados que de él esperaba la Inglaterra. Sus disposiciones principales son las siguientes:

Por el artículo 1.º, en el caso en que una potencia europea cualquiera quisiese invadir la India por Kharism, Tartaristan, Bokara, Samarcanda ú otros puntos, S. M. Persa se obliga á determinar, en cuanto esté en su poder, ya por el terror de sus armas, ya por medio de negociaciones, á los reyes ó gobernadores de aquellos países á oponerse á tal invasion.

El artículo 2.º dice que... S. M. Británica se obliga á no intervenir en ninguna disputa que pueda suscitarse en adelante entre los príncipes, señores y jefes principales de la Persia, y si aconteciese que uno de ellos propusiese entregar una provincia de Persia al gobierno inglés, con la mira de obtener la asistencia de este gobierno, este no consentirá en semejante proposición, ni se pondrá en posesion, por este medio, de parte del territorio de la Persia.

El artículo 3.º estipula que los límites de los estados de la Rusia y de la Persia serán determinados sobre las bases admitidas por la Gran Bretaña, la Persia y la Rusia.

El artículo 4.º fija en doscientos mil tomanes el importe del subsidio anual de que se hizo mencion en el tratado preliminar, y especifica las condiciones del pago. (Este artículo y el tercero

gan el anhelo de mantener las relaciones de buena amistad y concordia, los artículos de tratado siguientes, que obligarán igualmente á los herederos y sucesores de las dos partes, se han convencido entre el radjá Randjit-Singh, de una parte, y el gobierno inglés, por el intermedio de M. Carlos Teófilo Metcalfe, de otra.

Art. 1.º Habrá amistad perpetua entre el gobierno inglés y el estado de Lahore. Este será tratado por el primero bajo el mismo pié que las potencias mas favorecidas, y el gobierno inglés no tendrá que entrometerse en lo mas mínimo con los territorios y súbditos del radjá al norte del rio Sutledje.

Art. 2.º El radjá no tendrá nunca en el territorio ocupado por él ó sus dependientes en la orilla izquierda del Sutledje mas que el número de tropas necesario para el gobierno interior de aquel territorio; no usurpará ni tolerará usurpacion alguna sobre las posesiones ó derechos de los jefes de la vecindad.

Art. 3.º En caso de infraccion de alguno de los artículos precedentes, ó de desviacion de las reglas de la

han sido anulados por un convenio particular en 1828).

Por el artículo 8.º la Persia se obliga, en caso de guerra entre los Afghaneses y los Ingleses, á enviar un ejército contra los Afghaneses; encargándose la Inglaterra de la manutencion de estas tropas.

El artículo 9.º es la reproduccion casi literal del artículo 7.º del tratado preliminar que veda toda intervencion de parte de Inglaterra entre los Persas y los Afghaneses, en caso de guerra á menos de perderse su mediacion.

El artículo 11.º y último prevé el caso en que la Persia podria pedir á la Inglaterra el envío de navíos y tropas (pagando la Persia los gastos de la expedicion), y, en este caso, el socorro pedido se pondría, en permitiéndolo las circunstancias, á disposicion de S. M. Persa, pero los buques ingleses no podrian, sin permiso espreso ó á menos de necesidad absoluta, fondear mas que en ciertos puertos designados por el gobierno persa.

Es muy curioso parangonar las disposiciones de estos tratados con los acontecimientos de 1838-39.

(1) Escribimos aquí el nombre de este principado tal como lo hallamos en el documento oficial sometido al parlamento; pero la verdadera ortografía de esta palabra (de origen sanscrit) es *Sindh*, y los Persas lo escriben así:

amistad de parte de cualquiera de los dos estados, este tratado será tenido por nulo y de ningun valor.

Art. 4.º Acordado y ajustado este tratado que consta de cuatro artículos, en Umritsir, el día 25 de abril de 1809, M. C. T. Metcalfe ha entregado al radjá de Lahore una copia del tratado, en lengua inglesa y persa, despues de haberle aplicado su sello y firma; y el dicho radjá ha entregado por su parte una copia de dicho tratado, revestida de su sello y firma; M. C. T. Metcalfe se obliga á entregar al radjá, dentro de dos meses, una copia del mismo documento, ratificada por el muy honorable gobernador jeneral, en consejo, y á la recepcion por el radjá de la susodicha copia ratificada, el presente tratado será considerado como definitivo y obligatorio por ambas partes, y se devolverá la copia que acaba de entregarse al radjá.

Tratado con el rey de Cabul de fecha 17 de junio de 1809.

Visto que en consecuencia de la confederacion proyectada entre los Franceses y el gobierno persa, con la mira de invadir las posesiones de S. M. el rey de los Duranis, y ulteriormente las del gobierno inglés en la India, el honorable Mountstuart Elphinstone ha sido enviado á la corte de S. M., en clase de enviado plenipotenciario, de parte del muy honorable lord Minto, gobernador jeneral, que ejerce una autoridad suprema sobre todos los negocios civiles, políticos y militares en las posesiones inglesas en la India, con la mira de concertar, con los ministros de S. M. los medios de mútua defensa contra la invasion probable de los Franceses y Persas; y atendido á que dicho embajador que ha tenido la honra de ser presentado á S. M. y de esplicarle el objeto amistoso y ventajoso de su mision, S. M., penetrada de las ventajas de una alianza y cooperacion entre los dos estados, con la mira arriba espresada, ha mandado á sus ministros conferirse con el honorable Mounstuart Elphinstone, y consultando el bienestar de entrambos estados,

ajustar una alianza amistosa; y habiéndose en consecuencia acordado entre los ministros de S. M. y el embajador inglés ciertos artículos del tratado, y confirmándose con la cooperacion del real sello, se ha transmitido al embajador una copia del tratado así concebido para la ratificacion del gobernador jeneral, quien, consintiendo en las estipulaciones contenidas en esta acta, sin ninguna modificacion, ha remitido, para entregarla á S. M., una copia de estos artículos, como están mas abajo trascritos debidamente ratificada por el sello y la firma del gobernador jeneral y con las firmas de los miembros del gobierno inglés en la India. Y las obligaciones de entrambos gobiernos, ahora y para siempre, estarán arregladas esclusivamente y determinadas por el tenor de estos artículos que son como siguen:

Art. 1.º Como los Franceses y los Persas se han coligado contra el estado de Cabul, si tratasen de pasar al través de las posesiones del rey, los servidores del trono celeste se les opondrán, y harán cuanto de ellos dependa, combatiéndoles y rechazándolos para no permitirles penetrar en la India inglesa.

Art. 2. Si los Franceses y los Persas, de resultados de la liga que entre sí han formado, se adelantasen hacia el pais del rey de Cabul con intentos hostiles, el gobierno inglés, que sinceramente quiere contribuir á rechazarlos, se consideraria obligado á subvenir á los gastos necesarios por lo que va mencionado en el artículo anterior, en cuanto estuviera en su mano. En tanto que subsista la liga entre los Franceses y los Persas, se considerarán estos artículos como estando en vigor, y ambas partes deberán conformarse á ellos.

Art. 3. La amistad y union quedan establecidas para siempre entre los dos estados. Estará levantada entre ellos la cortina de la separacion, pero ninguno de los dos paises se entrometerá en los negocios de otro; y el rey de Cabul no permitirá á ningun individuo francés la entrada en sus territorios.

Los fieles servidores de ambos es-

tados estando de acuerdo sobre este tratado, cumplidas las condiciones de confirmacion y ratificacion, este documento ha sido sellado y firmado por el muy honorable gobernador jeneral y los honorables miembros del gobierno supremo de la India, este dia 17 de junio de 1809, correspondiente al año de 1224 de la héjira.

Este mismo año, Shudjá-ul-Mulk, que no habia logrado unir á su causa á los Barekzais, tuvo que huir ante el visir *Fateh Khan*, que ya una vez habia colocado la corona en las sienes de *Shah Mahmud*, y que de nuevo ejerció el poder supremo en nombre de este príncipe, desde 1810 hasta 1818. *Shah Shudjá* habia hallado en el *Pandjab* un asilo que tres años despues habia de costarle muy caro. Esforzóse animosamente, aunque en vano en establecer su autoridad, al principio en la provincia de *Peshaver*, despues en el *Multan*, y por último en el *Cachemira*. Tuvo que desparar el Indo en 1810, y la segunda tentativa, en 1811, tuvo por resultado hacerle caer en manos del gobernador de *Atock*, á orillas del Indo. Este le entregó á su hermano, gobernador de Cachemira, de donde, tras muchos peligros y padecimientos inauditos, logró evadirse en 1812, y fué nuevamente á pedir la hospitalidad á *Randjit-Singh*. Si ya no le quedaban al rey fujitivo ni ejército ni recursos políticos, quedábanle todavia, y no lo ignoraba *Randjit-Singh*, piedras preciosas de inmenso valor, y una, entre otras, el *Koh enur* (monte de luz), diamante maravilloso que no habia soberano bastante rico para comprarlo, y que solo podia cambiar de dueño con la conquista ó el saqueo. Desde el tesoro de *Golconda* habia pasado al palacio de los emperadores mogoles, del palacio de *Dehli* á la tienda de *Nader Shah*, en la que, cuando este conquistador fué asesinado en 1747, *Ahmed* cojió el *Koh-enur* con una mano, y la corona del *Afganistan* con la otra. *Randjit-Singh* aspiraba ya hacia tiempo á la posesion del *Koh-enur*, despues de haber ofrecido inútilmente

un *djaghir* (feudo) con plaza fuerte por la cesion del tesoro que codiciaba, recurrió á las amenazas, y en seguida á los tratamientos mas insultantes y á las persecuciones mas incesantes. Los tormentos del cautiverio, del hambre, de la sed, de todo esto echó mano, y el *shah* vencido por la tenacidad de su verdugo, temeroso no solamente por su vida sino tambien por el honor y la vida de las *begomes* (1), se avino por fin á poner en manos del maharadjá la joya tan ardientemente codiciada. Pero *Randjit-Singh* no se daba aun por satisfecho; así que poco tiempo despues mandó cojer por mujeres, en el interior de los apartamentos de los *begomes*, todos los objetos preciosos sobre los que pudieron echar mano, y al examinar los paquetes que de ellos se hicieron y le presentaron, se apropió muchísimas joyas, armas de precio, alfombras, etc. *Shah-Shudjá* y su familia fueron encerrados despues en un aposento oscuro, donde no hubo indignidad que no les hiciese padecer, acusándoles de maquinizar contra sus intereses. En noviembre de 1814, las *begomes*, disfrazadas de mujeres hindas, lograron escaparse y se refugiaron en *Ludiana*, en territorio inglés. *Shah Shudjá* logró tambien burlar milagrosamente la vijilancia de *Randjit-Singh*, y despues de haber tratado, aunque en balde, de penetrar en *Cachemira*, á la cabeza de un cuerpo de tropas que habia logrado reunir en las sierras, fué á juntarse con su familia en *Ludiana*, en setiembre de 1816, y recibió una pension anual de cuarenta y ocho mil rupias del gobierno inglés. *Shah Zeman* fué mas tarde admitido en el mismo retiro de su hermano, y se le dieron veinte y cuatro mil rupias al año.

No obstante el gobierno del *Algha-nistan* iba recobrando alguna unidad y fuerza bajo la administracion vigorosa de *Fateh Khan*; pero este ministro cuyas altas prendas é influencia causaban recelos á *Shah Kamran*,

(1) *Begom* ó *began*, princesa ó mujer de alta jerarquia entre los Musulmanes. Mujer de *Beg*, jefe ó señor, en lengua mogola.

hijo de *Mahmund*, no gozó largo tiempo de su fortuna. Fué degollado, en 1818, en presencia de los dos príncipes y por sus órdenes del modo mas bárbaro y atroz. *Shah Samran* le habia mandado arrancar los ojos poco tiempo antes. La muerte de este jefe fué el pregon de una insurreccion jeneral de los *Barekzais*, y poco despues los hermanos de *Fateh-Khan* se disputaron los despojos de los hijos de *Timur*. *Azim Shan*, el mayor de los hermanos, y gobernador de Cachemira, se habia apresurado á pasar á Kabul, poniéndose á la cabeza de este movimiento, por cuanto su hermano *Dost Mohamed*, que ya estaba en posesion de Kabul, le habia cedido el mando en aquel trance. *Azim Khan*, ofendido por algunas palabrasó acto impolítico de *Shah Shudjá*, á quien al principio trataba de reponer sobre el trono, aceptó las proposiciones del príncipe mozo *Ayub* (otra hijo de *Timur*), que se contentaba con el título de rey, y se comprometia á dejar en sus manos todo su poder. Pero en aquellos tiempos difíciles, en que por todos lados sobrevenian ambiciones competidoras, aquel cetro de parada era aun demasiado pesado para la diestra de *Ayub*, quien asustado de las escenas violentas que todos los días estaba presenciando, huyó y fué á pedir un refugio en la corte de Lahore. Las diversas provincias de la monarquía pasaron bajo la dominacion de los jefes *barekzais*, quienes cansados por fin de guerrear, acabaron por ponerse de acuerdo en punto á la particion. La sola provincia de Herat, donde *Shah Mahmud* se habia refugiado con su hijo dos dias despues de la muerte de *Fateh-Khan*, para huir de la venganza de los *Barekzais*, quedó en posesion de un príncipe de la dinastía de los *Duranis*. *Mahmund*, que se habia vuelto á colocar bajo la proteccion de la Persia, murió en 1829. *Shah Kamran* le sucedió como soberano de Herat, pero la Persia siguió considerándose como soberana de este pequeño estado (que, por su posicion jeográfica y sus antecedentes históricos, corresponde al Ka-

razan), y á exigirle tributo. Seria aquí supérfluo el pormenor de las luchas sangrientas de que fueron teatro el Afghanistan y el Alto Indo desde dicha época hasta 1828; dos hechos importantes descuellan sobre los demás: la consolidacion del poder de *Dost Mohamed Khan* en Kabul, y la consolidacion y engrandecimiento del poder de *Randjit-Singh* en el Pandjab. *Randjit-Singh* habia sabido utilizar oportunamente las revueltas del Afghanistan para irse apoderando sucesivamente de las diversas provincias de la márjen izquierda del Indo; y habiendo sometido desde 1819 hasta 1823, el principado de *Peshaver*, en la orilla derecha, y Cachimira, se abria de este modo el camino de Kabul. Desde 1809 como ya llevamos dicho, habia cuidado de robustecer su poderio reciente por medio de un tratado de alianza con el gobierno inglés, interesado en la consolidacion y duracion de este poder. Pero á medida que las usurpaciones sucesivas de *Randjit-Singh* le iban aproximado á los territorios de Kabul, el odio político y religioso de los dos caudillos no podia menos de causar nuevas revueltas y trastornos, comprometiendole el porvenir indefinidamente.

Examinemos ahora cual era la situacion política del Afghanistan desde 1823 hasta 1838.

Dost Mohamed Khan, *Barekzai*, reinaba á la sazón en Kabul. Otros tres hermanos de *Fateh Khan* eran juntamente soberanos de Kandahar y andaban en desaveceucias con *Dost Mohamed*. Un hermano cuarto era gobernador de *Peshaver*, pero tributario de *Randjit Singh*. Otros jefes de esta familia habian establecido su autoridad en *Ghizm* y en *Djellabad*, en una dependencia mas ó menos contestada de *Dost Mohamed*. Los *Amires de Sindh*, antiguos vasallos de la corona de Kabul, habian sacudido el yugo, sin romper no obstante enteramente sus relaciones con *Shah Shudjá*, cuyas tentativas desgraciadas habian socorrido para volverle á colocar en el trono de sus padres. Los *Amires* habian ajustado en diversas épocas,

desde 1809, tratados de alianza ó de comercio con el gobierno inglés. El tratado de 1832 estipulaba que se abriría libre paso á los negociantes y á las mercancías del Hindostán por los territorios de Sindh, mediante ciertas condiciones políticas y la fijación de un arancel para el cobro de los derechos de tránsito. El tratado de 1834 tenía por objeto arreglar este último punto (ya habláremos de él al tratar del comercio de la India), y en tanto que se esperaba de aquellos convenios solemnes tan plausibles en teoría diesen lugar á medidas *practicables*, apoyadas por una fuerza inteligente y previsor, aquellos tratados, erizados de condiciones y reservas, estipulaban, de parte de cada una de las partes contratantes, el respeto más inviolable para las posesiones del otro, *de generación en generación*! (artículo 2º de los tratados). — *Balk* había caído bajo la dependencia de *Bokhara*. — El *Multan* y *Cachemira* se hallaban, así como *Peshaver*, en poder de *Randjit-Singh*. — Herat, en fin, era como ya hemos visto, el único residuo de la gran monarquía durania, poseído todavía por un príncipe de la familia real de los *Sadozais*, *Shah Samran*.

De todos los jefes de la tribu de los *Backzais*, desde la muerte de los dos primojénitos de esta familia (*Fateh Khan* y *Azim-Shán*), *Dost Mohamed Khan* parece haber sido el único hombre capaz, ó al menos el único apto para los negocios del gobierno, el único sobre todo que que se hallase en estado de resistir á las invasiones de *Randjit-Singh*. Es probable que hubiera acabado por sujetar la mayor parte del *Afghanistan* y fundado quizás una monarquía estable, si los Ingleses, por una inspiración de su política, no hubiesen tratado de prevalecer los derechos por tanto tiempo trascordados ó desconocidos de su huésped *Kah Shudjá* al trono de *Kabul*. Los hermanos de *Dost Mohamed*, al contrario, solo se habían hecho notar en su gobierno de *Kandahar*, por la persistencia infatigable de su

codicia y tiranía. Habían arruinado el comercio y la industria y reducido á los pueblos á desear la vuelta de sus antiguos los *Sadozais*, oriundos, como todos los *Duranis*, de aquella porción del país donde es muy venerada su antigua estirpe. Herat no era más feliz bajo la dominación de *Shah Kamran*; pero este príncipe era el único vástago de la estirpe real en torno del cual pudiesen reunirse sin intervención extranjera. De un año para otro manifestaba el intento de marchar contra los *Barekzais*, y la esperanza de volver á entrar en posesión de *Kandahar*, asiento primitivo del poder de sus antepasados. Herat estaba anhelando el día en que la antigua capital le sucedería en la onerosa distinción de servir de residencia habitual al soberano. Los jefes de *Kandahar*, por su parte, amenazaban continuamente á Herat con una invasión inmediata.

Debemos añadir el sostrer rasgo á esta pintura. El desventurado *Shah Shupjá*, con más perseverancia que cordura, al través de mil peligros, humillaciones, fatigas y miserias de toda especie, se había esforzado repetidas veces en reasir á las manos de los usurpadores los trozos de un cetro quebrantado. El gobierno supremo de las Indias inglesas había asistido con su humanidad impasible triste espectáculo de aquella larga agonía. La última tentativa del real desterrado se verificó, con el asento del gobernador general, en 1833-34; y era el asunto de todas las conversaciones en el alto Hindostán, donde nos hallábamos á la sazón. Lo mismo que antes, el gobierno inglés permaneció mudo espectador de la lucha, lo que fué esta vez, bastante seria y larga, pero que terminó de un modo tan desastroso como las anteriores. Otro hubiera sido el resultado sin duda, si desde entonces hubiesen pensado los Ingleses tener un interés real ó inmediato en el restablecimiento de *Shah Shudjá* en el trono del *Afghanistan*. Sin duda que hubiera bastado para afianzar su triunfo un socorro moderado en hombres (en oficiales sobre todo) y

en dinero. Lícito es pensar, al ver lo que ahora está pasando, que hubiera sido mas honroso para el gobierno inglés, á la par que mas conforme con sus verdaderos intereses, sostener franca y eficazmente, en 1834, la causa que en 1838 ha abrazado con tan inesperada simpatía. Quizás hubiera ahorrado con esto la Inglaterra algunos millones, y su actitud política hubiera sido, en nuestro concepto, mas fuerte todavía, y sobre todo mas digna y decorosa de lo que es en el día. Malogróse aquella coyuntura. Shah-Shudjá volvió á Ludiana, en marzo de 1835, con un centenar de hombres, residuos del ejército que habia conducido hasta delante de los muros de Kandahar. Los amires de Sindh, tras mucho vacilar y negociar, habian tratado de oponerse á viva fuerza al paso del Shah; pero completamente derrotados en un encuentro con él, se habian resignado á ayudarle en su expedicion aventurada; trataronle con respeto cuando atravesó nuevamente su territorio en su retirada precipitada, y le facilitaron los medios de llegar al territorio de la Compañía, donde fué recibido con las reconvenções que le hizo la prensa inglesa de haber sobrevivido á su derrota (1).

Tal era pues el estado de cosas, cuando el rey de Persia resolvió castigar á un vasallo insolente que ya hacia años estaba pillando y saqueando el territorio del Korasan y del Seistan con impunidad, marchó en persona contra Shah Kamran, y puso sitio á Herat. Sin duda que no faltaban motivos para emprender esta expedicion; los dos ministros ingleses que se han sucedido en la corte de Persia, M. Ellis y M. Mac-Neill (Sir John-Mac-Neill), habian tenido que admitir la legitimidad de estos motivos. M. Ellis, en su parte del 17 de abril de 1836, se expresaba en estos términos: «Acabo de tener una audiencia del Shah; Su Majestad me ha observado que como rey y musulman, las razones mas poderosas le hacian un deber de marchar sobre

el Korasan; que Kamran Mirza (pues así quieren llamarle las autoridades persas) y los Afghaneses bajo sus órdenes habian arrebatado á doce mil súbditos persas que habian vendido como esclavos, y habian forzado al jefe de Khain, súbdito asimismo de Su Majestad, á pagar tributo á Kamran, etc.» Ya antes habia reconocido M. Ellis que el príncipe Kamran habia faltado á sus compromisos con la Persia, y cuyas principales estipulaciones eran arrasar el fuerte de Ghorian, entregar ciertas familias á la Persia, y pagar al rey diez mil tomanes. «El Shah, decia M. Ellis, está por consiguiente en derecho de exigir satisfaccion á viva fuerza, y en estas circunstancias, aun cuando el gobierno inglés no estuviese atado por el artículo 9.º del tratado existente (1), que le veda toda intervencion entre los Persas y los Afghaneses, árduo pareceria oponerse á un ataque contra Herat, ó definir el límite exacto en que deberia detenerse esta oposicion.» M. Mac-Neill, que sucede á M. Ellis, reconoce mas claramente todavia, en su parte á lord Palmerston del 24 de febrero de 1837, los justos motivos que tiene la Persia de declarar la guerra al príncipe Kamran.

«Poniendo á un lado, dice, las pretensiones de la Persia á la soberanía de Herat, y considerando la cuestion como suscitada entre dos soberanos independientes, *me inclino á creer que se hallará que el gobierno de Herat es quien ha sido el agresor*. A la muerte de Abas-Mirza, cuando el Shah actual regresó de su expedicion infructuosa contra Herat, entabláronse negociaciones, y el resultado fué el ajuste de un convenio que puso fin á las hostilidades y señaló los límites de los territorios respectivos. Desde esta época hasta el momento actual, la Persia no ha cometido ningun acto hostil contra los Afghaneses; pero á la muerte del último shah, el gobierno de Herat hizo incursiones por el territorio persa de acuerdo con los Turcomanes y

(1) Gaceta de Dehli, 1.º de abril de 1835.

(1) El art. 9.º del tratado del 25 de noviembre de 1814, ya antes citado.

los Hazarehes, robó y cautivó á súbditos de la Persia para venderlos como esclavos. Los Afghaneses de Herat han continuado este sistema de guerra y de rapiña sin intermision desde aquella época, y la Persia no ha contestado á estos actos de agresion con ninguna medida hostil, á menos que como tal se considere la declaracion pública de su intento de atacar á Herat. En estas circunstancias, *no cabe que exista, á mi ver, la menor duda en punto á la justicia de la guerra que el Shah quiere emprender*; y aunque la toma de Herat por la Persia fuese ciertamente *un gran mal*, no debemos estrañar que el Shah, desentendiéndose de nuestras representaciones, mantenga el derecho que tiene sin duda de hacer la guerra á un enemigo que le ha fastidiado, y á quien puede considerarse obligado, por su deber para con sus súbditos, á castigar y hasta despojar completamente.»

Nada cabe mas concluyente, á nuestro ver, que las confesiones de M. Mac-Neill, mas todavia no lo hemos dicho todo. A todos los motivos de queja enumerados por la corte de Persia se agregaron las respuestas altivas de Kamran á las proposiciones que le fueron hechas á fines de 1836, á tenor de los deseos y por medio del embajador inglés. En fin, y como postrer insulto, desprendiéndose Kamran abiertamente de toda dependencia con la Persia (cuya soberanía sobre esta parte del Afghanistan estaba establecida y reconocida desde largo tiempo por los mismos jefes (1)), tomó el dictado de *Shah* (2), y el título encumbrado de *Keblé alem* (padre del mundo). Renováronse el año siguiente las negociaciones, pero sin fruto, y en julio de 1837, el Shah se puso á la cabeza

de una nueva expedicion contra Herat. El sitio se fué dilatando. Un oficial de artillería inglés, el teniente Poltinger, «que viajaba por el Afghanistan de orden del gobernador jeneral de la India (1),» y que habia llegado á Herat en octubre, dirijia la defensa de la plaza. M. Mac-Neill ofreció nuevamente su mediacion para el ajuste de un tratado, y para dar mas peso á sus pasos, pasó al campamento en marzo de 1838; siguióle el embajador ruso. Los despachos del gobernador jeneral de la India y las instrucciones del gabinete de San James hacian un deber á M. Mac-Neill de oponerse por todos los medios posibles á que la Persia llevase á cabo sus proyectos de venganza contra el soberano de Herat. La cuestion de Herat venia á ser, á los ojos del gobierno inglés, la cuestion del Afghanistan; y desde que era salida la recepcion favorable hecha á un enviado ruso por el jefe de Kabul (2), y la mision rusa en la corte de Persia habia llegado al campamento real delante de Herat, y dado sus consejos para la direccion de las operaciones del sitio, era forzoso á toda costa impedir que llegase á consumarse la ruina de Kamran. De ahí fué que M. Mac-Neill no daba tregua con sus demandas, quejas y amenazas al monarca persa y á su consejo, y no paró hasta que les hubo causado y precisado en cierto modo á arrojarse enteramente en brazos de la Rusia. El mismo Mac-Neill habia penetrado en Herat, el 19 de abril, durante un armisticio con el consentimiento del Shah; y tras una larga conferencia con el visir del príncipe Kamran, Yar Mohamed Khan, á quien llama «uno de los hombres mas notables de su tiempo y de su pais,» se habia vuelto con el proyecto de un tratado que contenia todas las concesiones pedidas por la

(1) Los jefes de Kandahar y el de Kabul. Además, el ministro persa, en su contestacion á una de las cartas de M. Mac-Neill, afirma que el príncipe Kamran habia recibido la investidura del principado de Herat en Teheran, á donde habia ido á hacer su sumision al difunto rey, y que el hecho es público y notorio, cosa que no desmiente M. Mac-Neill.

(2) Esto es, se hizo llamar Kamran-*Shah* en vez de Shah-Kamran.

(1) Correspondencia de M. Mac-Neill.

(2) Trátase aqui del capitán Vickovitch, encargado de una mision del gobierno ruso cerca de los serdares de Kandahar y del amir de Kabul. Este agente habia pasado por Kandahar en noviembre de 1837, y habia llegado á Kabul el 8 de diciembre. Verémos mas adelante cuál fué la suerte del capitán Vickovitch.

Persia, menos el punto de soberanía. El Shah no ha querido, tampoco esta vez, ceder sobre un punto que él consideraba como la base de todos sus derechos. De ahí nuevas importunaciones de parte de M. Mac-Neill, y nuevas resistencias, llena de consideraciones y mesura, del gabinete persa. Creemos por demás detenernos en los pormenores de estas negociaciones, y seguir á los negociadores ingleses ó rusos hasta debajo de sus tiendas. La correspondencia publicada de los gabinetes de Londres y de San Petersburgo ha dado á conocer el resultado de la lucha diplomática que se habia trabado entre los representantes de las dos grandes potencias en el extremo Oriente. De las esplicaciones dadas resultaría al parecer que la Rusia solo ha pensado establecer relaciones ventajosas para su comercio. La Inglaterra, por su parte, no pedia otra cosa mas que colocar centinelas de su gusto en la orilla derecha del Indo, para que se respetasen los intereses de su comercio y la seguridad de sus fronteras. No examinaremos en este momento cual ha sido el carácter de los medios empleados; damos por supuesto que tal era con efecto el objeto que por una y otra parte tenían delante. Aceptamos por consiguiente las declaraciones de la Inglaterra y de la Rusia como la espresion provisional de sus intentos, pero (sobre todo por lo que respecta á la Rusia) como *reservando el porvenir*. En otra parte tendremos lugar de tratar de los intereses reales y de las miras de la Rusia en el alta Asia. Nos ceñiremos pues, para terminar esta parte de nuestra exposicion histórica, á resumir en pocas palabras los hechos de alguna importancia relativos al sitio de Herat desde el mes de abril de 1838.

En mayo especifica M. Mac-Neill, de orden de su gobierno, los motivos de queja que el gabinete inglés cree tener contra el gobierno persa; y á primeros de junio, las concesiones hechas por este último gobierno no parecen suficientes, M. Mac-Neill anuncia su determinacion de salir de Persia, y se pone casi desde luego

en camino para las fronteras de Turquía. Desde Teheran, envia, el 30 de julio, en vista de nuevas instrucciones, su *ultimatum* al Shah de Persia, por el coronel Stoddart. En el intervalo (20 de junio) una expedicion inglesa desembarca en la isla de Karrak, en el golfo Pérsico, y se apodera de ella. El Shah da el asalto á la ciudad de Herat el 23 de junio, y es rechazado con una pérdida inmensa. Mas no por esto desiste del sitio; pero la noticia de la toma de Karrak y el recibo de la carta amenazadora de sir J. Mac-Neill le determinan por fin el 9 de setiembre, á abandonar sus proyectos y á levantar el sitio. En una proclama á su pueblo, el Shah, no vacila en dar por causa de esta determinacion repentina la conducta de la Inglaterra, que, *desconociendo los tratados en vigor todavía, le amenaza con una guerra inmediata, y que, como una manifestacion de estos sentimientos hostiles, ha enviado ya una expedicion armada al golfo Pérsico* (1). Esta expedicion no era efectivamente mas que el preludio de operaciones mas importantes y decisivas. El gobernador jeneral de la India habia resuelto afianzar por medio de las armas el triunfo del influjo inglés en el Afghanistan (2).

(1) La idea de ocupar militarmente un punto de alguna importancia en el golfo Pérsico, para apoyar las negociaciones de M. Mac-Neill, pertenece á lord Auckland (véanse los documentos sometidos al parlamento, el 27 de marzo de 1839). El gobierno de Bombay, encargado por el gobernador jeneral de los preparativos y del detall de la expedicion, se decidió por la ocupacion de la isla de Karrak.

(2) Lord Auckland, despues de haber dado cuenta al *comité secreto* de la junta de directores, en sus oficios del 22 de mayo y del 13 de agosto de 1838, de los motivos jenerales que le habian impulsado á prepararlo todo (sin aguardar las órdenes é instrucciones del comité) para volver á colocar á Shah Shudjá-ul-Mulk en el trono de Kabul, se espresa así (1): «No hay para que insistir en las nuevas pruebas que hemos adquirido, desde la fecha de mis últimos partes, de que la intencion manifiesta de los ajentes rusos era estender la intervencion y la autoridad de la

(1) Documentos relativos á los negocios de la India, (*Indian papers*), publicados de orden del parlamento, núm. 4, páj. 3.

Como la declaracion del gobernador jeneral, en el momento en que el ejército se preparaba para salir á campaña, contiene una esposicion, hecha de mano maestra, del estado de las relaciones de su gobierno con los príncipes del noroeste de la India, y como por otra parte recapitula con mucha fuerza y claridad los motivos políticos que, segun lord Auckland, han *hecho necesaria* la expedicion del Afghanistan, lo mas acertado que podemos hacer es dar una traduccion completa de aquel manifiesto y de la declaracion no menos notable que le siguió cuando el gobernador jeneral supo la retirada de las tropas de enfrente de Herat. Tambien daremos á conocer los tratados hechos, en el curso del año de 1838, con el Shah de Kabul, el maharadjá Randjit Singh, los amires de Sindh y el navab de Bahawalpur. El primero de estos documentos (la declaracion del gobernador jeneral) es de fecha del 1.º de octubre de 1838.

DECLARACION DEL GOBERNADOR JENERAL.

«El muy honorable gobernador de la India habiendo, de acuerdo con el consejo supremo, dispuesto la reunion de un cuerpo de tropas destinado á servir allende el Indo, su señoría juzga conveniente publicar la esposicion siguiente de los motivos que han conducido á la adopcion de esta medida importante.

Es público y notorio que los tratados ajustados por el gobierno británico en 1832 con los amires de Sindh, el navab de Bahawalpur y el maharadjá Randjit Singh, *tenian por objeto, al abrir la navegacion*

del Indo, facilitar la estension del comercio, y asegurar á la nacion inglesa, en el Asia central, el influjo lejítimo que en cambio de ventajas debia naturalmente producir (1).

«Con el intento de invitar á los gobiernos de HECHO del Afghanistan á adoptar las medidas necesarias para dar efecto cabal á estos tratados, el capitán Burnes fué diputado, á fines del año de 1836, en mision cerca de Dost-Mohamed Khan, jefe de Kabul (2). El objeto de la mision

(1) Alude aquí el gobernador jeneral á los tratados con los amires de Sindh, de que mas arriba hemos hablado, y á los tratados ajustados con Randjit-Singh, el 26 de diciembre de 1832, y con el navab de Bahawalpur, el 22 de febrero de 1833. Estos últimos tratados tenian por objeto la libre navegacion del Indo y del Sutledje en toda la estension de los territorios respectivos de estos jefes. Daremos una reseña de estos tratados, cuando hablemos mas especialmente del comercio en el dominio fluvial del Indo.

(2) La importancia de esta mision nos mueve á dar á conocer las instrucciones dadas por el gobierno supremo al capitán (nombrado desde entónces sir Alexander) Burnes. He aquí lo que el secretario del gobierno de la India escribia á este agente en 5 de setiembre de 1836:

«He recibido la órden de informaros que el muy honorable gobernador jeneral de la India en consejo ha tenido por conveniente elegirlos para desempeñar una mision comercial en los paises vecinos del Indo, con la mira de asegurar la reapertura de la navegacion de este rio, sobre las bases de los tratados convenidos en estos últimos tiempos con las potencias que poseen territorios en sus orillas.

«Pasaréis en primer lugar á la corte de los amires de Sindh, para cuyo jefe hallaréis adjunto vuestras cartas credenciales, con una copia de las mismas para vuestro gobierno. Durante vuestra permanencia en los límites de Sindh, os pondréis en comunicacion con el coronel Pottinger, y os consideraréis como subordinado suyo. Este oficial os acompañará á Hyderabad, si cree que con hacerlo poder acelerar el éxito de los proyectos que el gobierno supremo tiene á la vista.

«Las medidas que exigen vuestra atencion inmediata son: la continuacion de la esploracion hidrográfica de los desembocaderos del rio, el establecimiento de las boyas, y la ereccion de señales provisionales que servirán de guías para la navegacion en el desembocadero que se elija como ofreciendo mayores facilidades al comercio en el estado actual del rio. Quizás sea necesario hacer esploraciones frecuentes y hasta anuales, de las diversas entradas del rio y dar aviso oficial á los principales puertos de la presidencia de Bombay del paso que sea mas conveniente adoptar en cada estacion. Vuestro primer cuidado,

Rusia hasta las fronteras de la India. El modo con que el embajador ruso delante de Herat se opuso á los esfuerzos de M. Mac-Neill para llegar al ajuste de una paz duradera entre el Shah y los sitiados, y neutralizó aquellos conatos en el momento en que podia contarse con el feliz éxito; los anticipos de dinero hechos á los sitiadores por aquel mismo embajador; y mas que todo el hecho de dirigir los trabajos del sitio un oficial agregado á la legacion rusa, son circunstancias que no pueden menos de llamar toda la atencion de vuestro comité.»

de este oficial era , en su principio, de naturaleza puramente comercial; no obstante, mientras que el capitán

Burnes estaba en camino para Kabul el gobernador jeneral recibió aviso de que las tropas de Dost-Mohamed

después de llegar á Hyderabad, será pues el obtener la autorización de adoptar estas medidas; y alcanzado este objeto, el gobierno de Bombay deberá quedar enterado inmediatamente por el coronel Pottinger, para que no se pierda el tiempo en los arreglos necesarios.

« El punto más importante, en seguida, será asegurar la ejecución actual del tratado relativamente á la comunicación entre el río y el mar. El tratado estipula que se percibirá una vez por todas un derecho fijo en el desembocadero del río, sin que se pueda suscitar ninguna otra pretension en tanto que la mercancía no se separe de la línea fluvial, y que por parte del gobierno inglés se estacionará un agente no europeo (*native agent*) en un paraje conveniente para velar á fin de que no se cometa ninguna exacción. Los derechos excesivos cargados hasta el día escluyen toda esperanza de que el comercio pueda renacer si no se ponen en ejecución estos arreglos.

« Parece de desear á su señoría en consejo que antes de salir de Bhudj, decidais, de acuerdo con el coronel Pottinger, en que punto el agente que el gobierno inglés debe mantener puede, por el momento, establecerse mas convenientemente; podréis en seguida conducir á este agente con vos á Hyderabad, presentarle á los amires, y enviarle por fin á su puesto al desembocadero del río, después de haber hecho dar las órdenes necesarias á las autoridades locales, prohibiéndoles exigir ningún otro derecho, así sobre los buques procedentes del río, como sobre los procederes de la mar, sino los derechos estipulados por el tratado, y mandándoles entenderse con el agente sobre cualquier punto que pudiese dar lugar á contestacion. La conclusion de este arreglo deberá comunicarse inmediatamente al gobierno de Bombay, para que se de aviso al público en Bombay y demás puertos de la presidencia de Bombay. Mas adelante se podrá variar el sitio de residencia del agente según las indicaciones que fuere dando la experiencia.

« No ignorais que la navegacion entre el mar y Tata ha presentado en todos los siglos grandes dificultades, y que en ciertas épocas, los obstáculos han sido tales que han venido á causar el abandono parcial ó completo de esta porcion del camino por agua. Será por lo mismo necesario estar preparado para el caso posible en que el camino por tierra, en la estension arriba mencionada, viniese á ser el único practicable para el transporte de las mercancías; la ocasion actual parece favorable para lograr apartar todo obstáculo inútil. Haréis pues presente á los amires cuan excesivos son los derechos de tránsito actuales entre el mar y Tata, y los que, contra el espíritu del tratado, se exigen sobre el transporte por agua desde Vikhur (*Vikker*), subiendo el Buggaur, y procuraréis obtener la reduccion de estos derechos á una cuota bastante moderada para no poner trabas al comercio. El

plan mas equitativo y conveniente seria quizás recaudar el mismo derecho y en el mismo punto, ya recorriesen las mercancías esta porcion del trayecto por tierra ó ya por agua; sin embargo no es nuestro ánimo que este arreglo altere en lo mas mínimo lo ya establecido para la recaudacion de los derechos sobre el opio que se sabe son muy productivos. Su señoría en consejo cree que los amires no desconocerán, en las actuales circunstancias, las ventajas de una inteligencia perfecta con el gobierno inglés, y han de saber que, aunque todo lo que se les pide es que se conformen rigurosamente con los tratados existentes, sin embargo no puede resultar una armonía completa y sincera entre los dos gobiernos sin un concurso cordial para conseguir el objeto único por que fueron aquellos tratados ajustados, y que es alentar real y sólidamente las empresas comerciales. Para dar el desarrollo conveniente al plan que trata de volver á abrir la navegacion del Indo, seria necesario elegir algunos sitios de depósito y de reunion jeneral, al abrigo de toda opresion y exaccion, á cuyos establecimientos se daría toda la publicidad posible, y á donde pudiesen ir los negociantes con toda seguridad. Quizás se podrian indicar como los puntos mas convenientes para este objeto Tata hácia el desembocadero del río, y Mitun-Kote hácia la union de sus brazos superiores; pero en los mismos sitios se podrá juzgar con mas acierto del partido que haya que tomar sobre este punto. Habeis sugerido, como un medio de éxito que quizás tendria su importancia en aquellos países, el proclamar el establecimiento de una feria donde se reunirían negociantes de todos los países desde Bombay hasta Bokhara, y desde Tabriz hasta Calcuta. Su señoría en consejo cree deberse atender mas bien al tiempo, á la continuacion de la paz y al gradual aumento de la confianza, que á medidas de esta naturaleza; mas, consideradas como medios secundarios de logro, no deben desatenderse.

« Mucho se hubiera ganado si se obtuviese de los amires el restablecimiento de Tata sobre su antiguo pié de depósito comercial; y no faltarán argumentos para probarles cuanto ganarian sus intereses y reputacion adoptando una medida semejante. La proclamacion de una feria anual en aquel paraje, en la estacion conveniente, con derechos módicos, y la presencia de un oficial inglés para zanjar las desavenencias, podria asimismo contribuir á llamar á negociantes de Bombay por un lado, y á traficantes de los diversos países del interior por otro; sin embargo, en cuanto á sugerir esta medida ú otras análogas, os dejareis guiar por vuestros propios conocimientos locales y por el parecer del coronel Pottinger, con quien debéis por supuesto conferir ampliamente, antes de salir de Bhudj, sobre los diferentes puntos que tendréis que negociar.

« Ha llamado háce poco la atencion del go-

Khan habian atacado de improviso y sin provocacion á las de nuestro antiguo aliado, el maharadjá Randjit Singh. Natural era temer que Su

bieruo un informe de Mohun-Lal sobre la tribu de los Mazaris, que ocupa (como ya sabéis) un pais de sesenta millas de estension mas arriba de Shikarpur, y cuyos salteamientos causarán gravísimo daño al comercio en aquella porcion del camino, si se reprimen eficazmente. El pais de los Mazaris (ó *Mouzaris*) depende nominalmente del Sind y le habia cabido por su parte en el cálculo de los derechos que habia que recaudar. Pero dicen que esa tribu burla la autoridad de los amires. Y no obstante á los amires debemos dirijirnos desde un principio para reprimir toda violencia por aquel lado, y es de esperar que cuando se sepa que el gobierno de Sind obra por nuestros deseos y para llevar á cabo un objeto al que damos suma importancia, los esfuerzos de aquel gobierno lograrán afianzar al comercio, en todo el curso del rio, el respecto y la proteccion que le son debidos. Otro de los objetos de vuestra visita á Hyderabad será pues recabar de los amires que adopten medidas eficaces para impedir que los Mazaris molesten en lo mas mínimo los barcos que suban ó bajen por el rio. Los mismos amires determinarán cuales deban ser estas medidas, pero seréis libre de someterles el parecer que juzgueis mas acertado.

«Después de haber salido de Hyderabad, iréis por el rio á Khayrpur; pero en el estado actual de las relaciones políticas entre el jefe de Khayrpur y los amires de Hyderabad, no parece que haya motivo para negociar con él separadamente. No obstante renovaréis vuestras relaciones de amistad con aquel jefe; le explicaréis el objeto de vuestra mision, y pediréis su cooperacion para todos los puntos en que pudiere ser necesaria.

«De Khayrpur, pasaréis por la misma via á Mitun-Kote, donde hallaréis al capitán Wade y al teniente Mackeson; se invitará asimismo al maharadjá Randjit-Singh á que tenga allí un agente presente. Entónces discutiréis con los oficiales ingleses susodichos el punto de saber cual es el paraje mas conveniente para el establecimiento de una feria ó depósito para todos los ramos de comercio que descienden ó atraviesan el Indo, y cuáles son los medios mas adecuados para el establecimiento de una feria anual; sobre estos puntos tendréis que transmitir al gobierno supremo un informe colectivo. Observaréis particularmente, no obstante, que toda negociacion con el maharadjá Randjit-Singh, que pueda necesitarse para el cumplimiento del plan proyectado, para la seguridad de los negociantes, para la fijacion de derechos moderados, y quizás para la residencia de un oficial inglés en la ciudad escogida para depósito, será conducida á tenor de las instrucciones que se darán al capitán Wade. Debeis consideraros como no estando revestido de ninguna autoridad en clase de agente político, fuera de los límites de Sindh.

«Será necesario que informéis exactamente

Alteza el maharadjá no tardaria en vengarse de esta agresion, y que una vez encendida la guerra en los paises donde procurábamos estender

de vuestros movimientos al capitán Wade y al teniente Mackeson, para que puedan reunirse con vos en la época conveniente en Mitun-Kote.

«Ya sabéis que los arreglos que se han establecido por el tratado, para volver á abrir la navegacion del Indo no pasan mas allá de Mitun-Kote, en cuanto al curso principal de aquel rio. Será pues forzoso pedir licencia al maharadjá Randjit-Singh para subir por el Indo hasta Atuck, desde donde pasaréis á Peshawar y Kabul.

«Al pasar á Peshawar y Kabul, os informaréis del estado actual del comercio en aquellos paises; prevendréis á los negociantes que se han concertado tales medidas, y que se han empleado tales oficiales con la mira de asegurar la libre navegacion del Indo; los animaréis por cuantos medios estén á vuestro alcance á conducir su comercio por el nuevo camino, y cuando este plan esté en sazón, les invitaréis á pasar á la feria y al depósito que se trata de establecer. Seréis portador en su tiempo de una carta para Dost-Mohamed-Khan, que establecerá de un modo jeneral los objetos para que sois enviado, y pedirá para vos su proteccion amistosa.

«De Kabul pasaréis á Kandahar, donde tomaréis los mismos informes, y solicitaréis la misma cooperacion para los planes progresivos para la restauracion del comercio. Créese que existia en otro tiempo un comercio floreciente entre el Indo y Kandahar, y que se hacia por varios caminos en las montañas, que ahora están cerrados; tomaréis informes en punto á estos caminos y sobre la posibilidad de volverlos á abrir, durante vuestro viaje por el Indo y en vuestro camino de Kabul á Kandahar. El camino directo de Sandahar al mar, por Selat y Sumiania, ocupará tambien vuestra atencion.

«Volveréis de Sandahar á Hyderabad por el paso del Bolan y Shikarpur.

«Vuestro sueldo está fijado en mil y quinientas rupias al mes; estáis además autorizado á cargar en cuenta del gobierno cuantos gastos sea preciso incurrir con motivo de la mision: Quizás será de desear que os proporcionéis inmediatamente en Bombay los renglones que podrán ofrecerse en el presente á los diversos jefes que hallaréis en vuestra ruta. No deberán ser de naturaleza costosa, sino que deben escogerse particularmente con la mira de mostrar la superioridad de las manufacturas inglesas.

«Tendréis á la mira la economia en todos vuestros arreglos, y esto os será fácil, por cuanto no cuadra el fausto al carácter de una mision comercial.

«En conclusion, tengo el encargo de aseguraros, que su Señoría, el muy honorable gobernador jeneral en consejo, descansa con fiabilidad en vuestra habilidad y en vuestra inteligencia bien conocidas.»

nuestro comercio, quedasen completamente paralizados los intentos pacíficos y benéficos del gobierno inglés. Con la mira de desviar tal calamidad, el gobernador jeneral resolvió autorizar al capitán Burnes para intimar á Dost-Mohamed Khan que, en el caso en que se mostrase dispuesto á un arreglo justo y razonable con el maharadjá, Su Señoría emplearía sus buenos servicios con Su Alteza para el restablecimiento de la buena armonía entre los dos estados. El maharadjá, con aquella confianza característica que no ha cesado de poner en la buena fe y la amistad de la nación inglesa, se avino desde luego á las proposiciones del gobernador jeneral, y á suspender provisionalmente toda hostilidad por su parte.

«Llegó pues á noticia del gobernador jeneral que un ejército persa estaba sitiando á Herat, que se proseguían en el Afghanistan eficaces maquinaciones, con la mira de extender el influjo y la autoridad de la Persia hasta las orillas del Indo, y aun mas allá, y que la corte de Persia habia no solo empezado una serie de injurias é insultos con los oficiales de la misión de S. M. Británica en la corte de Persia, sino dado tambien pruebas de sus intentos, enteramente opuestos á los principios y al objeto de su alianza con la Gran Bretaña.

«Tras haber pasado el capitán Burnes mucho tiempo en vanas negociaciones en Kabul, se hizo evidente que contando Dost-Mohamed Khan con la asistencia de la Persia, persistían en sostener las pretensiones mas descabelladas en punto á sus desavenencias con los Sikhes, pretensiones tales que el gobernador jeneral no podía, sin faltar á la justicia y á lo que debia á la amistad de Randjit Singh, consentir en someterlas á la consideración de su Alteza (1). Era

(1) El Amir de Kabul pedia ante todo que Randjit Singh se allanase á abandonar la provincia de Peshawar, provincia que el maharadjá habia conquistado y que además habia tenido la precaución de hacerse ceder por un tratado ajustado con el soberano legítimo, Shah Shudjá, desde el mes de marzo de 1833.

forzoso reconocer asimismo que Dost Mohamed Khan blasonaba de planes de engrandecimiento y de ambición perjudiciales á la seguridad y á la paz de nuestras fronteras, y que amagaba abiertamente hacer concurrir á la ejecución de estos planes á toda asistencia extranjera de que pudiese disponer. En fin, daba altamente su apoyo á los designios de la Persia sobre el Afghanistan, aunque muy enterado del carácter hostil de aquellos designios por lo tocante al poderío inglés en la India; y con su menosprecio absoluto de las miras é intereses del gobierno inglés, obligó al capitán Burnes á salir de Cabul, sin haber llenado ninguno de los objetos de su misión (1).

(1) He aquí un extracto de la carta escrita por el capitán Burnes al secretario del gobierno supremo, inmediatamente despues de haber salido de Kabul:

«En la noche del 25 de abril, tuve la honra de dar cuenta, por vuestro conducto, al muy honorable gobernador jeneral que ya habia tenido audiencia de despido del Amir de Kabul; sali de la ciudad el día siguiente (26), acompañado hasta unas dos millas de las puertas de tres de los hijos del Amir, y hasta el primer alto, Bhutkak, por Mirza Sansi Khan. Propóngome ahora someter á su señoría algunos pormenores adicionales que me parecen propios para arrojar alguna luz sobre los motivos y proyectos de Dost Mohamed Khan, que me parece está en nuestros intereses atajar, ahora que ya no podemos obrar de acuerdo con él.»

Despues de entrar en los pormenores que habia anunciado, el capitán Burnes termina su carta en estos términos:

«En el momento de enviar esta carta desde Djellalabad, á medio camino de Peshawar, he sabido por buen conducto que el Amir ha estado constantemente con el capitán Vickovitch desde mi partida; que este oficial ha insistido positivamente en que se le permitiese pasar sin tardanza á Herat por el Hazarehdjat, comprometiéndose solemnemente á satisfacer al Amir sobre todos los puntos antes de un mes. Tambien se ha comprometido á pedir al maharadjá Randjit Singh que renunciase á Peshawar, y habiéndole preguntado Dost-Mohamed si á ello estaba autorizado, contestó que era portador de una carta del emperador para aquel potentado, que desde luego allanaria el negocio. No me cabe la menor duda de que se ha prometido todo esto y de que se ha verificado el coloquio arriba dicho; falta ver cuál será la ejecución de estas bellas palabras; pero yo puedo contar con mi corresponsal, y las noticias que él me da no hacen mas que confirmar las partes procedentes.»

« Ya dende entónces se hacia evidente que el gobierno inglés no podía ejercer ningun influjo ulterior para restablecer la buena armonía entre el soberano Sikh y Dost-Mohamed Khan, y la política hostil de este último jefe mostraba harto á las claras que en tanto que Cabul permaneciese bajo su poder, no podíamos esperar mantener ninguna tranquilidad en nuestra vecindad, ó que pudiesen mantenerse intactos los intereses de nuestro imperio en la India.

« El gobernador jeneral juzga necesario volver á hablar aquí del sitio de Herat y de la conducta de la nacion persa. El sitio de esta ciudad por el ejército persa continuaba ya hacia algunos meses. *Este ataque sobre Herat tenia un carácter de crueldad que nada podia justificar*; se habia empezado y continuado á pesar de las reconvenções solemnes y reiteradas del enviado inglés en la corte de Persia, y despues que se hubieron hecho y desechado todas las ofertas de convenio justas y razonables. Los sitiados se habian portado con una valentía y teson dignos de la justicia de su causa, y el gobernador jeneral se complace en esperar todavía que su heroismo mantendrá la lucha hasta la llegada de los socorros que la India inglesa les envia. Sin embargo los designios ulteriores de la Persia, en cuanto podian afectar á los intereses del gobierno inglés, se han manifestado mas y mas desembozadamente con la sucesion de los acontecimientos. El gobierno jeneral ha adquirido hace poco la certeza, por una carta oficial de M. Mac-Neill, enviado de S. M., de que S. E. se ha visto obligado, por la negativa de obtemperar á sus justas demandas y por una falta sistemática de consideraciones y respeto para con él, á salir de la corte del Shah y á declarar públicamente que habia cesado toda comunicacion entre los dos gobiernos. *La necesidad en que se halla colocada la Gran Bretaña de considerar la marcha de los ejércitos persas al Afghanistan como un acto de hostilidad para con ella, se ha comunicado*

igualmente al Shah de un modo oficial, á tenor de las órdenes terminantes del gobierno de S. M.

« Los jefes del Kandahar (hermanos de Dost-Mohamed Khan de Cabul) han confesado su adhesion á la política de la Persia, así como el pleno y cabal conocimiento de que esta política se hallaba en oposicion con los derechos y los intereses de la nacion inglesa en la India, y han dado abiertamente su concurso á las operaciones dirigidas contra Herat.

« *En el estado crítico de los negocios, desde la partida de nuestro enviado de Cabul, el gobernador jeneral se ha hecho cargo de la importancia de tomar medidas inmediatas para atajar los rápidos progresos del influjo extranjero y de la agresion que amenazaba á nuestro propio territorio.*

« *La atencion del gobernador jeneral se ha dirigido naturalmente, en esta coyuntura, á la posicion y á los derechos de Shah Shudjáut-Mulk, quien, mientras tuvo el poder en sus manos, habia accedido cordialmente á las medidas de resistencia combinada que el gobierno inglés habia juzgado necesario adoptar en aquella época contra los enemigos del exterior, y que cuando la usurpacion de su imperio por los jefes actuales, habia hallado en nuestros dominios un asilo honroso.*

« Habíase establecido claramente á tenor de las noticias dadas por diversos oficiales que habian visitado el Afghanistan, que los caudillos barezais, de resultas de su desunion é impopularidad, no podian venir á ser, en ninguna circunstancia, aliados útiles á nuestro gobierno, ó ayudarnos en las medidas justas y necesarias que exige la defensa de nuestros intereses nacionales. No obstante, en tanto que estos jefes se abstuvieron de actos perjudiciales á nuestros intereses y á nuestra seguridad, el gobierno inglés reconoció y respetó su autoridad. Mas hoy día parecia mas que justificada una política diferente por la conducta de estos jefes, é indispensable para nuestra salvacion. El bienestar de nuestras posesiones en el Oriente exige que ten-

gamos en nuestras fronteras del oeste un aliado interesado en oponerse á la agresion y en mantener la tranquilidad en vez de jefes siempre dispuestos á servir las miras de un poder hostil y á favorecer sus planes de conquista y de engrandecimiento.

«Tras serias y maduras deliberaciones, el gobernador jeneral se habia convencido de que una necesidad urgente así como los principios de la política y de la justicia, nos autorizaba á abrazar la causa de Shah Shudja-ul-Mulk, cuya popularidad, en todo el Afghanistan, habia sido establecida á los ojos de Su Señoría, por el testimonio tan fuerte como unánime de las mejores autoridades. Una vez llegado á esta determinacion, el gobernador jeneral era tambien de parecer de que era justo y conveniente, no menos á causa de la posicion del maharadjá Randjit-Singh que en consecuencia de su firme amistad para con el gobierno inglés, ofrecer á S. A. tomar parte en las operaciones proyectadas. En consecuencia, M. Macnaghten fué diputado, en junio último, á la corte de S. A., y el resultado de su mision ha sido el ajuste de un triple tratado entre el gobierno inglés, el maharadjá y Shah Shudja-ul-Mulk, tratado que asegura á S. A. sus posesiones actuales, y por el cual se obliga á cooperar al restablecimiento del Shah en el trono de sus mayores. Los amigos y los enemigos de cualquiera de las partes contratantes serán considerados como amigos ó enemigos de los tres. Varios puntos discutidos entre el gobierno inglés y S. A. el maharadjá se han arreglado de modo que muestra á los estados vecinos la identidad de sus intereses con los de la honorable Compañía. Se ofrecerá á los Amires de Sindh una independencia garantida á condiciones favorables á la posesion de Herat por su actual soberano será respetada en toda su integridad, al paso que, las medidas tomadas ó que se están tomando tendrán por resultado (así cabe racionalmente esperar-lo) el promover la libertad jeneral y la seguridad del comercio. El nombre y el justo influjo del gobierno in-

glés se darán á conocer de un modo decoroso entre las naciones del Asia central; la tranquilidad quedará restablecida en la frontera mas importante de la India, y levantaremos una valla duradera contra las intrigas y usurpaciones de nuestros enemigos.

«S. M. Shah Shudja-ul-Mulk entrará en el Afghanistan, rodeado de sus propias tropas, y sostenido por un ejército inglés, contra toda intervencion extranjera y toda oposicion facciosa. El gobernador jeneral espera confiadamente que el Shah volverá á quedar prontamente colocado en su trono por sus propios súbditos y sus amigos, y una vez su poder esté afianzado, y bien establecidas la integridad y la independencia del Afghanistan, el ejército inglés se retirará. El gobernador jeneral ha adoptado estas medidas convencido de su deber que le impone el de velar por la seguridad de la corona de Inglaterra; pero le cabe la satisfaccion de pensar que al llenar este deber, habrá podido contribuir á restablecer la union y la prosperidad de los pueblos del Afghanistan. En el curso de las operaciones que se están preparando, el influjo inglés será esmeradamente dirigido hácia la ejecucion de las medidas de interés jeneral; se esforzará en apaciguar las desavenencias, sin afianzar el olvido de las injurias y en poner un término á las disensiones de que tanto ha padecido la prosperidad del pueblo afghanis; tratará de asegurar un tratamiento honroso y liberal hasta á aquellos jefes cuyos actos hostiles han ofendido justamente al gobierno inglés, si saben someterse á tiempo y cesar toda oposicion á las medidas que pueden juzgarse las mas convenientes para la ventaja jeneral de su pais.

«De orden del muy honorable gobernador jeneral de la India.

• W. H. MACNAGHTEN,

«Secretario del gobierno de la India junto al gobernador jeneral.»

Tras esta declaracion reparable se halla el nombramiento de M. Macnaghten como enviado y ministro

del gobierno supremo en la corte de Shah Shudjá-ul-Mulk, y los de diversos empleados, destinados á servir, como agentes políticos, bajo sus órdenes. Al saber la retirada de las tropas persas empleadas en el sitio de Herat, el gobernador jeneral publicó la declaracion siguiente (1):

«El muy honorable gobernador jeneral de la India juzga conveniente publicar el extracto adjunto de una carta del teniente coronel Stoddart, fecha en Herat, del 10 de setiembre de 1838, y dirigida al secretario del gobierno de la India:

«De órden del enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. Británica, y enviado de la honorable Compañía de las Indias orientales en la corte de Persia, tengo la honra de informaros, para que la pongais en noticia del muy honorable gobernador jeneral de la India en consejo, que S. M. el Shah de Persia levantó ayer el sitio de esta ciudad y comenzó su movimiento retrógrado hácia sus propios estados. Todas las tropas han acampado en *Sangbust*, á unas cuatro leguas. S. M. pasa sin tardanza á *Teheran* por *Turbat*, *Shekhi-Djaum* y *Meshed*.

«Este movimiento se ha efectuado de resultados de haberse adherido S. M. á las demandas del gobierno inglés, que yo habia tenido la honra de entregarle el 12 de agosto, y á las que S. M. accedió completamente el 14.

«S. M. *Shah Kamran*, su visir *Yar-Mahomed-Khan* y la ciudad entera reconocen plenamente la sinceridad de la amistad del gobierno inglés, y M. Pottinger y yo tomamos parte en su gratitud hácia la Providencia por el fausto acontecimiento que tengo la honra de anunciaros.»

«Al publicar estas importantes noticias, el gobernador jeneral cree conveniente declarar tambien que al paso que piensa que el gobierno de la India y sus aliados deben con justo motivo felicitarse del abandono por el Shah de Persia de sus intentos hostiles contra Herat, no por esto dejará de proseguir con vigor la eje-

cucion de las medidas que se han anunciado, con la mira de restituir una dominacion amiga á un poder hostil en las provincias orientales del *Afghanistan*, y de establecer una valla permanente contra todo plan de agresion que pudiese amenazar á nuestra frontera al noroeste.

«El muy honorable gobernador jeneral juzga del caso nombrar al teniente Eldredo Pottinger (del cuerpo de artillería de Bombay), agente político en Herat, bajo las órdenes del enviado y ministro en la corte de Shah Shaudjá-ul-Mulk. Este nombramiento debe fechar del 9 de setiembre último, dia en que el Shah de Persia levantó el sitio de Herat.

«Al nombrar al teniente Pottinger al puesto arriba dicho, el gobernador jeneral se congratula de la ocasion que se le presenta de aplaudir altamente como debe, los señalados servicios de este oficial, quien durante el largo sitio de Herat, y en circunstancias particularmente peligrosas y árduas, ha sostenido honrosamente, con su valor, habilidad y juicio, el buen nombre y los intereses de su pais.

«De órden del muy honorable gobernador jeneral de la India.

«W. H. MACNAGHTEN,

«Secretario del gobierno de la India junto al gobernador jeneral.»

El tratado mas importante entre aquellos á que alude el gobernador jeneral es el triple tratado, cuyo tenor es como sigue:

Tratado entre el gobierno inglés, el maharadjá Randjit Singh y Shah Shudjá ul-Mulk, concluido en Lahore, en 26 de junio de 1838.

«Visto que anteriormente se habia ajustado un tratado, compuesto de catorce artículos, (sin contar el preámbulo y la conclusion) entre el maharadjá Randjit-Singh y Shah Shudjá-ul-Mulk; y visto que la ejecucion de las cláusulas de dicho tratado ha sido suspendido por ciertas causas (1), y visto igualmente que

(1) Fecha en el campamento de Badi, el 3 de noviembre de 1833.

(1) Alusion á la tentativa infructuosa de Shah Shudjá, en 1833-34, para recobrar el trono.

M. W. H. Macnaghten acaba de ser enviado por el muy honorable Forje lord Auckland, G. C. B. (1), gobernador jeneral de la India, en presencia (2) del maharadjá Randjit Singh y revestido de plenos poderes para redactar un tratado de un modo conforme con las relaciones amistosas subsistentes entre los dos estados, el tratado arriba mencionado es recibido y ajustado con ciertas modificaciones, y se le han agregado cuatro artículos nuevos con la aprobación y el concurso del gobierno británico; y las cláusulas de dicho tratado, como están contenidas en los diez y ocho artículos siguientes, serán debida y fielmente observadas.

* Art. 1. Shah Shudjá-ul-Mulk renuncia á todo derecho de su parte, de parte de sus herederos, sucesores y de todos los sadozais, sobre los territorios situados en las dos orillas del rio Indo, que puede poseer en este momento el maharadjá, á saber: Cachemira, comprendidos los límites este, oeste, norte, sur, con el fuerte de Atock, Tchetch, Hczara, Khebel, Ab, con sus dependencias, en la orilla izquierda de dicho rio; y en la orilla derecha, Peshawar, con el territorio Eusefzye (*Yusufzai*), Kheleks, Hestht, Nagor, Mini, Cohat, Hangu, y todas las plazas dependientes de Peshawar, hasta el paso Khyber, Benú, el territorio Vaziri, Durt Tonk, Gorak, Kalabagh y Kushal Ghur, con sus dependencias; Dera Ismaelkhan y sus dependencias; así como Dera Ghazi Khan, Kote Mitun, Omar, Kote y sus territorios y dependencias; Singhur, Heren, Dadjel, Hadjipur, Radjenpur y los tres Ketches, así como Mankepa con su distrito, y la provincia de Multan, situada en la orilla izquierda.— Estos países y estas plazas son considerados como propiedad é infantazgo del maharadjá, y el Shah no tiene

ni tendrá que entrometerse en ellos de ningun modo; pertenecen al maharadjá y á su posteridad, de jeneracion en jeneracion.

« 2. No se consentirá que los habitantes del pais del otro lado del paso de Khayber cometan ningun robo, agresion ó desórden por este lado. — Si un empleado de uno de los dos estados, culpable de robo de dineros públicos, se refugia en el territorio del otro, este se obliga á entregar el delincuente; y á nadie le será lícito obstruir el curso de agua que sale del desfiladero de Khayber y que de tiempo inmemorial ha abastecido de agua á la fortaleza de Fatehghurh.

« 3. Atendido que segun los términos del tratado concluido entre el gobiernuo inglés y el maharadjá, nadie puede atravesar de la orilla izquierda á la derecha del Sutledje sin un pasaporte del maharadjá, observarse la misma regla relativamente al paso del Indo, cuyas aguas se juntan con el Sutledje, y nadie podrá atravesar el Indo sin el permiso del maharadjá.

« 4. Por lo tocante á Shikarpur y al territorio del Sindh, en la orilla derecha del Indo, el Shah se avendrá á cuanto se determine como justo y razonable, en conformidad con las felices relaciones de amistad que subsisten entre el gobierno inglés y el maharadjá, por el intermedio del capitán Wade.

« 5. Cuando el Shah haya establecido su autoridad en Kabul y Kandahar, enviará anualmente al maharadjá (por el rio de Kabul á Peshawar) los objetos que á continuacion se espresan, á saber: cincuenta y cinco caballos de raza, de colores aprobados y de andar agradable; once alfanjes persas, siete puñales persas, veinte y cinco buenas mulas; frutas secas y frescas de diversas especies, *serdas* ó melones almizclados, de sabor dulce y delicado (durante todo el año se harán envíos de esta última fruta), uvas, granadas, manzanas, membrillos, almendras, pasas, alfónsigos, una abundante provision de cada especie de estas frutas, y piezas de razo de todos colores, *chogos* (pellizas), *Kimkhabes*

(1) Gran cruz de la órden del Baño.

(2) La *Presencia*, designacion honorífica ó enfática, *hazrat*, *huzur*, espresiones casi equivalentes entre sí, y que espresan una idea mixta que podria representarse con bastante exactitud por la combinacion de las palabras *majestad* y *santidad*.

(brocados) de oro y plata, y tapices de Persia; el todo en número de ciento y una piezas (1); cuyos renglones se obliga el shah á enviar anualmente al maharadjá.

«6. Cada una de las partes contratantes corresponderá con la otra bajo el pié de igualdad.

«7. Los traficantes del Afghanistan que querrán comerciar en Lahore, Umritsir ó cualesquiera otras partes de las posesiones del maharadjá, no serán detenidos ni molestados por el camino, sino que antes al contrario, se darán las órdenes mas terminantes para facilitar las relaciones comerciales, y el maharadjá se obliga por su parte á observar la misma línea de conducta con respecto á los negociantes que deseen pasar al Afghanistan.

«8. El maharadjá enviará anualmente al shah los renglones siguientes en testimonio de amistad; cincuenta y cinco piezas de chales, veinte y cinco piezas de muselina, once

(1) Harto singulares deben de parecer estas cláusulas en un tratado de tamaña importancia, y es de estrañar que el gobierno inglés haya autorizado su insercion y garantido solemnemente se ejecucion. Mas no hay que perder de vista por un lado los hábitos orientales, y por otro, las pretensiones y la estraña índole de Randjit Singh, quien, viéndose apoyado por el gobierno inglés, y deseando sacar todo el partido posible de la circunstancia para satifacer su vanidad y su codicia á un mismo tiempo, se atribuyó en esta ocasion decisiva el papel de protector y de soberano. El artículo siguiente muestra que el Shah no se habia equivocado en punto á este intento de humillarle, y que insistió para que el maharadjá fuese puesto en su lugar. Pero el tenor jeneral del tratado es manifestamente favorable á las pretensiones orgullosas del Sikh, y cuando este último se allana (véase art.^o 8.) á enviar algunos presentes al rey de Kabul, lo hace únicamente *por amistad (by way of friendship)*. Es evidente que los Ingleses daban muchísima importancia á la alianza de Randjit Singh, y esto les movió á conformarse á sus pretensiones algo exajeradas sin duda, pero que no alteraban lo esencial de la cuestion. Parecenos sin embargo que hubiera sido mas conveniente y decoroso evitar la insercion, en el tratado solemne, de ciertos pormenores que hubieran podido ser objeto de un convenio separado, y tanto mas por cuanto no era absolutamente necesario que el parlamento inglés quedase enterado de la predileccion de Randjit Singh para los melones, almizclados y las frutas frescas ó secas del Afghanistan.

daupataes, cinco piezas de *Kimkhalees*, cinco fajas, cinco turbantes, cincuenta y cinco medidas de arroz *Bareh* (del territorio de Peshawar).

«9. Todos los empleados del maharadjá que se enviarán al Afghanistan para comprar caballos ó para cualquiera otro objeto, así como los que podrá enviar el shah al Pandjab para comprar telas, chales, etc. hasta la concurrencia de once mil rupias, serán tratados por ambas partes con las consideraciones convenientes, y hallarán toda la facilidad para ejecutar las comisiones que se les hubiesen encargado.

«10. Siempre que acontezca que los ejércitos de ambos estados se hallasen reunidos en un mismo sitio, no podrán matar bueyes ni vacas (palabra por palabra, *no podrá efectuarse la matanza de ganado vacuno*) bajo ningun pretexto.

«11. En el caso en que el shah emplease un cuerpo auxiliar de tropas del maharadjá, todo el botin en joyas, armas pequeñas ó grandes, caballos, que se hiciere sobre los *Barekzais*, se partirá con igualdad entre las dos partes contratantes. Si el shah logra entrar en posesion de estos efectos y propiedades personales (de los *Barekzais*) sin el auxilio de las tropas del maharadjá, el shah se aviene no obstante á enviar parte del botin, por su propio agente, al maharadjá, en testimonio de amistad (1).

«12. Constantemente se efectuará entre las dos partes un trueque de misiones, portadoras de cartas y presentes.

«13. En el caso en que el maharadjá reclamase el auxilio de las tropas del shah para el cumplimiento de los objetos que se tienen delante en este tratado, el shah se obliga á enviar un cuerpo de ejército mandado por uno de sus principales oficiales y asimismo, el maharadjá facilitará al shah, si se lo pidiere, un cuerpo de tropas auxiliares, com-

(1) Este artículo 11 hubiera debido, en conciencia, reservarse para el convenio particular cuya conveniencia hemos indicado mas arriba. Realmente es un hecho harto indecoroso para el gobierno inglés el aprobar sin reserva ese pillaje anticipado de los *Barekzais*.

puesto de Mahometanos y mandado por uno de sus principales oficiales (hasta Kabul, si fuese menester), para el cumplimiento de los objetos propuestos en este tratado. Cuando el maharadjá tenga que ir á Peshawar, el shah enviará un *shahzadah* (1) para visitarle, en cuyo caso el maharadjá le recibirá y le despedirá con los honores y la consideración debidos á su jerarquía y dignidad.

«14. Los amigos y enemigos de las tres altas potencias, á saber, de los gobiernos inglés y sikh y de Shah-Shudjá-ul-Mulk, serán los amigos y los enemigos de los tres.

«15. Shah-Shudjá-ul-Mulk se obliga, despues de haber alcanzado el objeto que se propone, á pagar sin falta al maharadjá la suma de dos laques de rupias, *Nanak Shahi* ó *Kaldar* (contando desde el día en que podrán enviarse las tropas Sikhes con el objeto de restablecer y S. M. en el trono de Kabul), en consideración de mantener el maharadjá un cuerpo de cinco mil hombres al menos, entre caballería é infantería de la fe mahometana, en los límites del territorio de Peshawar, para apoyar las operaciones del shah, y que deberán enviarse al auxilio de S. M., siempre que el gobierno inglés, de acuerdo y mediante los avisos del maharadjá, juzgue este socorro necesario, y en el caso en que sobreviniese alguna cosa de suma importancia en el oeste, se adoptarán las medidas que los gobiernos inglés y sikh juzgaren propias y convenientes. En el caso en que el maharadjá necesitase la ayuda de algunas de las tropas del shah, se hará al subsidio una deducción proporcionada al tiempo durante el cual se hubiere dado este socorro; y el gobierno inglés se hace responsable del pago puntual y anual de la suma mencionada al maharadjá, todo el tiempo que debidamente se observan en las cláusulas de este tratado.

«16. Shah Shudjá-ul-Mulk consiente en abandonar, para sí, sus herederos y sucesores todos los de-

rechos de soberanía y atrasos de tributo que podría pretender sobre el país que está ahora en la posesión de los amires del Sindh (y que seguirá perteneciendo á los amires y á sus sucesores perpetuamente) con el pacto de haber ellos de pagar al Shah la suma que con la mediación del gobierno inglés se fijare, de cuya suma deberá él entregar al maharadjá Randjit Singh un millon y quinientas rupias. Completados que estén estos pagos, el artículo 4 del 12 de marzo de 1833 se considera como anulado (1), y se mantendrá como antes el acostumbrado trueque de cartas y regalos convenientes entre el maharadjá y los amires del Sindh.

«17. Cuando Shah-Shudjá-ul-Mulk haya logrado establecer su autoridad en el Afghanistan, no atacará ni molestará á su sobrino el soberano de Herat, y le dejará en pacífica posesión de los territorios actualmente sujetos á su gobierno.

«18. Shah Shudjá-ul-Mulk se obliga personalmente y obliga á sus herederos y sucesores á abstenerse de entrar en negociaciones con ningún estado extranjero, sin el conocimiento y beneplácito de los gobiernos inglés y sikh, y se obliga igualmente á oponerse con todo su poder, con la fuerza de las armas, á toda potencia que intentare invadir los territorios inglés y sikh.

«Las tres potencias, partes interresadas en este tratado, á saber: el gobierno inglés, Randjit-Singh y Shah Shudjá-ul-Mulk, dan su consentimiento cordial á los artículos susodichos. No se apartarán de ellos por ningún término; y en este caso, el presente tratado será considerado como ligando perpetuamente á las altas partes contratantes; y este tratado se pondrá en ejecución, desde el día en que las tres partes contratantes hayan puesto en él sus sellos y firmas.

«Fecho en Lahore, este 26 de junio del año de N. S. 1838, correspondiente al 15 del mes de asarh de 1895, era de Bikermadjit.»

(1) Este artículo 4 está reproducido palabra por palabra en el presente tratado y bajo el mismo número.

(1) Uno de sus hijos.

Al leer estos importantes documentos, se agolpan las reflexiones; y fuerza es confesar que los principios de liberalidad, de humanidad y justicia, invocados para motivar los actos del gobierno inglés se hallan en contradicción con estos mismos actos. La aplicacion insolentemente caprichosa de estos principios es aquí harto manifiesta, sobre todo por lo tocante á los derechos de Shah Shudjá, y la conducta *tan cruel*, segun el gobernador jeneral, de la Persia para con el príncipe de Herat. La prensa liberal, así en la India como en Inglaterra, no ha respetado á lord Auckland sobre este punto; se le ha prodigado el vituperio, el sarcasmo y hasta la injuria; se ha condenado la resolucion tomada de volver á colocar á Shah-Shudjá en el trono; se han criticado despues los medios de ejecucion de esta grande empresa; y no dejarán de quejarse de sus resultados. Nada de esto puede causar estrañeza en Inglaterra; pero al examinar de cerca este gran negocio de Oriente, nos parece que la gloria y los intereses de Inglaterra no han salido menos cabados de la determinacion tomada por lord Auckland, y si el lenguaje del gobernador jeneral, en el manifiesto que acabamos de leer, carece de franqueza en los pormenores, no carece ciertamente en su conjunto de dignidad y fuerza.

Irémós aun mas lejos, y no repararémos en decir que jamás hubo hombre alguno, cuyas resoluciones debian influir en los destinos de un grande imperio, que haya tomado su partido mas oportunamente y con mas vigor, que haya confesado mas alta y terminantemente sus amistades ó sus odios políticos, y que haya pregonado en fin con mayor independencia sus motivos y su objeto.

En el momento en que lord Auckland anunciaba de este modo la caida de los príncipes barekzais y la restauracion del Shah de Kabut, terminábanse los numerosos preparativos de la expedicion entre el Djamá y el Sutledje. Todos los cuerpos destinados á formar el ejército del Indo estaban completos. El primer

punto de reunion indicado para las tropas de Bengala era el campamento de Karnaul, al norte de Dehli, y de allí debian marchar sobre Ferozepur, á orillas del Sutledje, y concentrarse. El cuerpo de ejército de Bengala se componia al principio de cinco brigadas de infantería, de tres regimientos cada una, distribuidas en dos divisiones, de una brigada de caballería y de una de artillería; en todo trece mil hombres, los tres mil Europeos. Los arreglos posteriores lo redujeron á ocho mil hombres.

El cuerpo de ejército levantado para el servicio particular de Shah-Shudjá, en el norte, se habia formado en Ludiana y se componia de dos mil hombres de caballería, cuatro mil de infantería y una compañía de artillería montada; en todo seis mil hombres mandados por oficiales ingleses. Al mismo tiempo organizábase en Bombay el cuerpo de ejército auxiliar destinado á ocupar el Sindh y á marchar en seguida sobre Kandahar, despues de haberse juntado con las tropas de Bengala. Bombay aprontaba como contingente dos brigadas de infantería, una de caballería, y una de artillería, ofreciendo un efectivo de unos ocho mil hombres. Europeos los dos mil y quinientos ó los tres mil. El gobernador jeneral vijilaba desde Simla, donde se habia establecido ya hacia tiempo, todos los movimientos de las tropas y dirijia las operaciones de los muchísimos agentes políticos que habia destacado por todos lados. Preparábase una entrevista entre el representante del gobierno inglés y el *leon des Pandjab*. El capitán Wade (hoy dia coronel Sir Claudio Wade), agente político en Ludiana, presidia á todos los arreglos preliminares. Una orden del gobernador jeneral, de fecha de 11 de octubre, habia nombrado á este oficial para que á su tiempo se incorporase con el ejército del maharadjá Randjit Singh en Peshawar, y le habia encargado, á tenor de las instrucciones que se le dieron, las superintendencias de los negocios del gobierno inglés, por todo lo relati-

vo á los estados y á las tropas de Su Alteza. Debían asistirle en Peshawar varios oficiales, entre ellos el teniente Mackeson, agente para la navegación del Indo. El célebre viajero Sir Alexander Burnes (1), á quien su actividad, inteligencia, perseverancia infatigable y conocimiento de los intereses políticos y comerciales al oeste del Indo habían designado ya desde mucho tiempo como el guía y la vanguardia intelectual, en cierto modo, de la expedición, se ocupaba sin descanso en allanar las dificultades que el ejército podía hallar por el camino. Mostrábanse en todos los ramos del servicio la mayor actividad, el zelo mas animado y la union mas cabal. Habíanse reunido en varios puntos abastos de consideración, se habían hecho ajustes para las necesidades venideras, se habían organizado convoyes; el ejército iba á concentrarse en Firozepur para pasar la revista del gobernador general y del soberano del Pandjab, el único jefe terrible á quien contaba el gobierno de la India entre sus aliados, y á quien (así como también á todos los Serdares Sikhes) importaba dar el concepto mas aventajado de las fuerzas militares de que podía disponer aquel, y un brillante testimonio de aprecio político de confianza.

El general comandante en jefe, que se había juntado con el gobernador en Simla, publicó, el 22 de octubre, una orden del día que indicaba al parecer que no tenía aun cabal confianza en sus tropas por lo tocante á la disciplina, y que causó cierto descontento en el ejército. Sin embargo no por esto dejaron de beber

á la salud de Sir Henry Fane todos los oficiales así mozos como viejos, y en jeneral el ardor y entusiasmo de las tropas, así europeas como indias, se manifestaron por todas partes y en todas ocasiones del modo mas lisonjero para los jefes, con cantos y aclamaciones, durante la marcha hácia el punto de reunión jeneral en Firozepur.

El gobernador jeneral y el comandante en jefe se hallaban en Firozepur ya desde el 27 de noviembre. En esta época el gobernador jeneral había ya recibido aviso del levantamiento del sitio de Herat por el ejército persa. Por otro lado, la salud de Randjit-Singh, ya desde largo tiempo debilitada por toda clase de excesos, daba lugar para creer que dentro de algunos meses, y semanas quizás, el maharadjá hubiere cesado de vivir; y aunque, en mas de una circunstancia, hubiese engañado las previsiones de los médicos, las noticias positivas que se tenían no dejaban ya la menor duda de que esta vez se acercaba con efecto el término fatal de aquella larga carrera de ambición é iniquidades (1). A las precauciones tomadas ya muy de antemano para que á la muerte de aquel jefe no se turbase la tranquilidad del Pandjab, parecia cuerdo agregar otras. A estos motivos nos parece natural atribuir las disposiciones siguientes de la orden del día del 27 de noviembre; « Han variado tanto las circunstancias en el país al oeste del Indo desde la reunión del ejército destinado á salir á campaña, que el muy honorable gobernador jeneral no juzga necesario hacer marchar todas las tropas, parte de las cuales bastará para llenar el objeto de la expedición. En consecuencia, á tenor de las instrucciones de su Señoría, toda la caballería, una compañía de artillería montada, una batería de zapadores y mineros y tres brigadas de infantería se podrán en marcha. Lo restante de las

(1) Alexander Burnes había sido nombrado caballero por la reina y teniente coronel honorario el 7 de agosto de 1838. El teniente coronel Wade fué nombrado caballero el 11 de diciembre de 1839. Estos dos oficiales han merecido, á nuestro entender, las honrosas distinciones que se les han conferido; el coronel Wade mostró mucho juicio y prevision en las negociaciones y en la correspondencia que precedieron á la grande expedición allende el Indo, y creemos que su dictámen hubo de influir muchísimo en la determinación tomada por lord Auckland de volver á colocar á Shah Shudjá-ul-Mulk en el trono de Kabul.

(1) Randjit Singh murió el 27 de junio de 1839, unos siete meses despues de la visita del gobernador jeneral, legando el famoso diamante llamado *Koh-e-nur* al templo siendo de *Djggarnat*. Tenia sesenta años.

tropas esperará órdenes en Firozepur. La cabeza de la columna empezará su movimiento tan pronto como el gobernador jeneral y el maharadjá Rundjit Singh hayan pasado revista del ejército.»

La primera entrevista de lord Auckland y de Randjit Singh se verificó el 29, y desde este día, por espacio de mas de un mes, hubo un cambio de presentes, cumplimientos y protestas afectuosas entre los dos grandes personajes, tanto en Firozepur como en Lahore, á donde el gobernador jeneral acompañó á su real amigo poco tiempo despues de la grande revista que se habia verificado el 3 de diciembre. Así pues Randjit Singh se habia hallado dos veces, en el espacio de siete años, sentado sobre un mismo elefante ó á la misma mesa con el virey de las Indias inglesas, revistando á las tropas de sus aliados y haciendo desfilar delante de ellos á las suyas, organizadas y disciplinadas por oficiales franceses. Sin embargo esta última entrevista tenia un carácter político y militar mas marcado que el encuentro de lord William Bentinck con el soberano Sikh, por octubre de 1831 (1).

(1) Esta entrevista de lord William con Randjit Singh se verificó en Ruper, pequeña villa situada á orillas del rio Sutledge, á una distancia, sobre la derecha, de una mitad á poca diferencia de lo que medía entre Firozepur y Ludiana en la izquierda.

En esta circunstancia, Randjit-Sinh, á pesar de la vecindad del rey desterrado y entonces olvidado, Shah Shudja, no habia titubeado en ostentar el diamante inestimable llamado *Roh-e-nur*, que lord y lady William y las personas de su comitiva pudieron pasarse de mano en mano y admirar muy despacio. Tambien la última vez los huéspedes del maharadjá le hallaron dispuesto á deslumbrar los ojos con el brillo del *Roh-e-nur* y otras joyas magníficas. La entrevista de los dos grandes personajes tuvo un verdadero carácter de esplendor y de pompa asiática, que probaba la importancia que ponía el gobierno supremo en estrechar mas y mas su alianza con el soberano del Pendjab. Las hermanas de lord Auckland y otras señoras tomaron parte en las brillantísimas fiestas con que mutuamente se agasajaban los Ingleses y los Sikhes. Unos diez mil hombres selectos del ejército de Randjit Singh fueron revisados por el gobernador jeneral y el jeneral en jefe, Sir H. Fane, el 5 de diciembre.

Por fin, terminados ya todos aquellos preparativos y preliminares, indispensables para la ejecucion del tratado ajustado entre las altas partes contratantes, el ejército emprendió su marcha el 10 de diciembre. El Shah, con sus tropas, llevaba algunas jornadas de ventaja á las de la Compañía. El 22 de diciembre, el cuerpo de ejército de Bombay desembarcaba en las bocas del Indo, y marchaba sobre Hyderabad, al mismo tiempo que una expedición destinada á ocupar á Aden daba la vela de Bombay. Esta expedición, de que hablaremos en la parte histórica, tuvo el resultado inmediato que de ella se esperaba; los Ingleses están en posesion de Aden desde el mes de enero, pero están espuestos á continuos ataques de parte de las tribus árabes del interior, y parecen estar muy lejos aun del objeto que se proponian de constituir el pueblo de Aden en depósito principal del comercio de la Arabia con la Europa y la India inglesa.

Un navío de setenta y cuatro, el *Wellesley*, demolió, el 2 de febrero, el pequeño fuerte de *Manhara*, situado hácia el desembocadero mas occidental del Indo, y desembarcó tropas (unos dos mil y doscientos hombres, entre ellos seis ó setecientos Europeos) que ocuparon este fuerte y la ciudad vecina de *Karatchi* el día siguiente. La noticia de la toma de Karatchi aceleró la sumision de los amires.

Antes de trazar el bosquejo histórico de la expedición que ha colocado los países regados por el Indo y sus tributarios, y mas particularmente la Delta del Indo, bajo el protectorado inmediato de la Inglaterra, vamos á dar en pocas palabras una idea de los países que atravesó, en 1839, el cuerpo de ejército de Bombay, y que las tropas de esta residencia deben ocupar de un modo permanente.

Los países situados en la orilla occidental del Indo, en su curso medio, desde Sangar, están designados con el nombre de *Sindh*; pero el *Sindh* propiamente dicho empieza en la confluencia del Indo y del

Pandjnad, y tiene por límites al norte de Pandjab y el Katch-Gandava, al Sur la provincia de Katch y el Océano, al Este el Radjputana y el país de los Daudputras (el Bahawalpur), al Oeste en fin el Beluchistan. Su forma es irregular, acércase sin embargo á la de un triángulo del cual los desembocaderos del Indo (que ocupan una línea de ciento y treinta millas poco mas ó menos de largo) formarían en parte el lado menor, y cuyo ángulo opuesto tendrá su vértice cerca de Mitun-Kote. El arco de este triángulo puede valuar  se en unos dos mil y seiscientos miri  metros cuadrados. Los cuatro quintos al menos de esta superficie, si damos crédito    los testimonios mas fidedignos, son propios para el cultivo; pero en el día no se cultivan mas que unos dos quintos. Lo que produce esta explotacion imperfecta del siglo basta no obstante y sobra para las necesidades de la población actual, que segun parece, no pasa de un mill  n de almas, si es que llegue    tanto. En la Delta como en Bengala, el arroz forma el principal alimento de los habitantes; y mas arriba, el trigo, como en el curso medio del Ganjes, reemplaza frecuentemente al arroz. El aspecto de este país no presenta nada interesante. Al este del Indo,    excepción de las colinas de Baker y de Hyderabad, no se encuentra un solo accidente de terreno, ni una piedra desde el rio hasta los oteros de arena del dilatado desierto que separa la provincia de Sindh del Hindostan; todo es llano y est   cuajado de espinos. Al oeste del rio, desde el paralelo de Mitun-Kote hasta el de Sehwn (26   30' latitud Norte), se halla la llanura monótona y estéril hasta el pié de los montes Hala, que lindan con el Beluchistan. Desde Sehwn hasta el mar, el país est   desnudo y erizado de peñascos. El suelo de la Delta es ping  e, pero mal cultivado; su superficie está continuamente modificada por las inundaciones periódicas del rio. Los puntos, en corto número,    donde no alcanzan las inundaciones,    avenidas, logran beneficiarse por medio

de canales artificiales de cuatro piés de ancho por tres de profundidad, que bastan para las necesidades del riego. La crecida de las aguas principia en abril, alcanza su máximo en julio, mengua bajo el influjo de los vientos nortes, y desaparece en setiembre; las lluvias son rarísimas (1). Una octava parte    poca diferencia del suelo de la Delta está cubierta por los lechos del rio    sus ramificaciones; una gran parte de los siete octavos restantes est   invadida por una vegetación enana, pero robusta, que forma matorrales impenetrables. En la proximidad de las ciudades solamente, como cerca de Hyderabad y de Tata, se cultiva la vid, la higuera, el manzano, el granado, la caña de azúcar; tambien se cosecha un poco de   vil, tabaco y ca  amo; estas dos últimas plantas se emplean como narcóticos. Los árboles son rarísimos en todas partes. Vastas porciones del territorio de la Delta est  n ocupadas por llanuras completamente desnudas, de arcilla endurecida. Sin el Indo y sus benéficas inundaciones, todo el Sindh vendría ser un desierto semejante al que se estiende entre este país y el Hindostan. A pesar de estas desventajas naturales y de la incuria de sus habitantes, el Sindh ha producido en estos últimos tiempos al gobierno de los amires unos cuarenta laques de rupias (unos dos millones de duros); bajo la dinastía precedente, las rentas, segun dicen, ascendian al doble.

La provincia de Sindh no vive pues, por decirlo así, sino por el Indo; debele su importancia política y comercial, y sus elementos de prosperidad han padecido hasta ahora el influjo de las causas físicas que se resumen en los accidentes de este curso agigantado, que todavía no ha podido dominar una civilización siempre imperfecta y jeneralmente retrógrada.

Alejandro, aquel hombre dotado de tan suma prevision, de una voluntad tan pronta y tan firme, de un

(1) En Karatchi, segun las noticias recientes, no ha llovido en tres años.

poder de ejecucion tan maravilloso, habia comprendido de una ojeada el partido que se podia sacar de una ocupacion permanente de la Delta; se habia hecho dueño del curso navegable del rio fundando ciudades y levantando fortalezas en dos puntos que son cabalmente (hay motivos fundados para creerlo) los mismos sobre los que se levantan las ciudades modernas de Baker y de Tata. La obra, bosquejada por aquel hombre, por muy grande que fuese, no podia ser terminada sino por una nacion y con todos los recursos de la civilizacion europea. Lo que todo el númen y la perseverancia de Alejandro no hubieran podido llevar á cabo, ni aun relativamente, durante un largo reinado, se hará en nuestro tiempo, si no sin esfuerzos, al menos sin lucha, y se hará sobre todo por medio de la introduccion de la navegacion por vapor, esa potencia milagrosa, única que sujetando completamente el curso del Iudo á la dominacion de un gran pueblo, podia dotar el Sindh y el Pandjab de una vida nueva y de un rico porvenir. En tiempo de Aureng Zeib se hacia un comercio considerable por el Indo y el Ravy hasta Lahore. Aquel comercio, arruinado por las conmociones políticas del pais, y sobre todo por las exacciones de los muchos jefes que sucesivamente se habian hecho independientes, en las líneas recorridas por los negociantes, va á renacer y á adquirir probablemente, bajo la proteccion del gobierno inglés, un desarrollo muy superior al que habia alcanzado en la época de que hablamos.

La historia del Sindh es bastante conocida. Alejandro habia hallado ese pais habitado por los Hindos y gobernado por los bramines. Despues de haber hecho parte, durante algun tiempo, de la monarquía bactriana, el Sindh reconquistó su independencia que conservó hasta el establecimiento del islamismo y pasó poco despues bajo el yugo mahometano. Los califas derribaron la di nastía bramana, y desde Bagdad gobernaron esta provincia por diputados. El Sindh pasó sucesivamente

bajo la dominacion de los Ghasnavides y de los Ghorides hasta el siglo catorce; en esta época, los príncipes del pais se sobrepusieron á los advenedizos, y varias tribus se disputaron el timbre de dar soberanos al Sindh, el cual fué nuevamente sometido por los conquistadores tártaros. Por fin, Nadir Shah lo reunió á su imperio; y cuando, despues de su muerte, Ahmed Shah fundó el reino de Kabul, esta provincia hizo parte de él y fué considerada desde entónces como una de sus dependencias. En tiempo de Nadir, era gobernada por la familia de los Caloras, oriunda del Beluchistan. Bajo el reinado de Timur Shah (hijo de Ahmed Shah), por los años de 1786, el poder pasó á la familia de los Talpuris, que lo ha conservado hasta el dia, y que tambien es beluchi de origen. Puede darse una idea exacta del carácter y de los resultados de su administracion, asegurando que su objeto esclusivo era llenar las arcas de los amirés, sin consideracion al comercio, á la agricultura ni al bienestar presente y venidero de los pueblos. Varias veces trató el gobierno inglés de formar con estos príncipes una alianza que pudiese promover de un modo eficaz y estable los intereses comerciales; mas no cabia esperar ningun resultado provechoso de tratados ajustados con este objeto con jefes que respetaban apenas la fe jurada, y cuyos empeños ó compromisos no ligaban por otra parte de una manera absoluta á los jefes secundarios. Ya hemos visto que las mas importantes de estas tentativas estériles se verificó en 1832. El carácter de las negociaciones entabladas en esta época de orden y á tenor de las instrucciones de lord William Bentinck, se resintió de la circunspeccion poco previora á veces y de la política medrosa y fluctuante de aquel gobernador jeneral. La dignidad del gobierno supremo se menoscabó sin aventajar los intereses materiales. Si alguna vez se han demostrado la inoportunidad y el peligro de las medidas medias, se vió sin duda este resultado en las relaciones de la India inglesa con el

Sindh. Lord Bentinck quiso contemporar, ceñirse á un tratado de comercio con jentes que no comprenden ó que no respetan al menos sino la fuerza. De nada sirvió este tratado, y el de 1834, con que quisieron robustecerlo, no llenó el objeto que se proponían, porque la actitud del gobierno inglés, al paso que manifestaba su deseo sincero de ver ejecutar las disposiciones de aquellos tratados, no mostraba la *firme voluntad* de afianzar su ejecucion, y por que los especuladores no podían contar con ninguna proteccion en el Sindh, de resultas de la desorganizacion política del país. Habia que *imponer* un tratado cuyas estipulaciones pudiesen proteger eficazmente los intereses políticos y comerciales. Este era el único medio de acabar con los amires y este es el que adoptó lord Auckland. Entre los príncipes de la familia real reinante, el mas inteligente y poderoso con mucho es Mir Murad Aly Khan Talpur, de Hyderabad. Los amires de Khayrpur y de Mirpur, sus sobrinos, están mas ó menos bajo su dependencia. Mir Murad Aly usurpó los derechos de Mir Sobdar Khan, otro sobrino, hijo de su hermano mayor; nombró además por sucesor á su hijo segundo, en detrimento del primojénito; y como todavía vive Mir Sobdar Khan, segun aseguran, no habrá menos de tres pretendientes al trono á la muerte de Mir Murad Aly. No obstante, estas pretensiones rivales han hallado, de resultas de los últimos tratados, un árbitro cuyas decisiones no tendrán apelacion; y por consiguiente el porvenir político de Sindh se halla bajo este respecto al abrigo de toda conmocion violenta.

Creemos por demás entraraquí en largos pormenores sobre la forma de gobierno del Sindh y su accion en estos últimos años. La dominacion inglesa está principiando en este país, y solo podríamos formar conjeturas en punto al sistema de administracion que en él acaba de introducirse. Nos limitaremos pues á resumir en pocas palabras lo que se sabe sobre el estado actual, la po-

blacion y los recursos del Sindh y el carácter de sus habitantes.

Los tres distritos principales del Sindh se subdividen en un número casi infinito de cantones oprimidos por pequeños jefes absolutos que pagan cierto tributo á los amires. Estos despotas, grandes y pequeños, tienen continuamente los versículos del alcoran en la boca; pero no reconocen de hecho mas leyes que sus antojos. Podían dar muerte ó hacer matar, segun muchas veces se ha visto, á sus mujeres, concubinas é hijos, sin que nadie lo tuviese á mal. Fumar, mascar el betel ó el *arec*, embriagarse por todos los medios conocidos en la India, cazar ó matar cómodamente los animales monteses reunidos en las *reservas* hechas de intento á las orillas del rio, tales son sus ocupaciones habituales. Aquellos cercados reservados conocidos con el nombre de *Shikar-Gahes*, ocupan por sí solos una porcion considerable del país; no se cuentan menos de treinta en una sola orilla entre Hyderabad y Tata; y vienen á ser otros tantos obstáculos al cultivo y hasta á la navegacion.

La masa de la poblacion del Sindh es mahometana; una cuarta parte á corta diferencia sigue la religion bramánica. Bajo el aspecto etnográfico, así como bajo el punto de vista del clima y de las producciones, el Sindh es una tierra de transicion, muchas razas, distintas en otro tiempo, se han cruzado y confundido en él. Los Sindhios, propiamente dichos son la parte nómada de la poblacion, y son considerados como los primeros habitantes del país. Convertidos al islamismo, han entroncado con la raza de los conquistadores. Hay mahometanos en el Sindh é Hindos en la provincia de Katch que reconocen el mismo origen. Los mahometanos son altos y bien formados, muy morenos, llevan el cabello largo, lo que los distingue de los otros mahometanos de la India; llevan gorro en vez de turbante. Los Hindos del Sindh no difieren mucho de los del Hindostan; tienen la tez menos morena que los mahometanos; vense tambien en el Pan-djab algunos

Sikhes, estos y los Hindos se dedican exclusivamente al comercio.

Los mahometanos estremezan hasta lo sumo su fanatismo religioso. Por todo lo tocante á las prácticas exteriores de devoción, salen los Sindhios de su natural apatía; de ahí es que suele decirse que no tienen zelo sino para celebrar la fiesta de *Ide* (1), liberalidad sino para alimentar la pereza de los *Sayedes* (2), gusto sino para adornar los sepulcros de sus santos. Los sayedes y los faquires, mendigos religiosos de á pié y de á caballo, abundan en todas las partes del Sindh, piden limosnas con arrogancia y á veces con la amenaza en los labios. El mendigar es oficio tan ganancioso en este país, que muchos individuos del pueblo siguen esta vocación, y se granjean el respeto y las ofrendas de la muchedumbre, sin tener mas derecho á tanto que una apariéncia estudiada de austeridad y de piadoso recojimiento. Basta para dar á uno de estos personajes fama de santidad el permanecer sentado toda una noche, por ejemplo, sobre la azotea de una casa, y repetir miles de veces, sin interrupción, el nombre de *Ald*. Fuera de esto, todo se reduce á estas demostraciones exteriores y á estas prácticas vanas. Entre cien individuos de estas clases privilegiadas, con dificultad se hallará uno verdaderamente religioso y de alguna instrucción, que sepa leer y escribir. En todas las clases, la afición á los placeres sensuales y á los goces materiales mas viles puja sobre el sentimiento del deber y los afectos de familia. Las personas de entrambos sexos, se abandonan al uso inmoderado de licores espirituosos y de drogas que embriagan. Los ejercicios varoniles propios para mantener y desarrollar el vigor de la constitución son desconocidos al pueblo, quien, lo mismo que los grandes del país, considera el ocio como la felicidad primera. En este país poblado y rejido de ese modo, desde luego se alcanza que la agricultura

descansa en el Indo por el afán de fertilizar el suelo, y que el comercio desfallece ó está comprimido por la ciega rapacidad del despotismo. No obstante los Sindhios tienen una propensión muy señalada á la imitación y mucha aptitud para las artes mecánicas; fabrican armas bastante regulares y adoban los cueros mejor que los pueblos del Hindostan; sobresalen particularmente en la fabricación de ciertos tejidos; pero estos diversos ramos de industria, ahogados por el gobierno musulmán, no han producido, en estos últimos tiempos sobre todo, mas que lo necesario para el consumo local.

Los mas de los jefes son Beluchis; su posición es bastante parecida á la de los mamelucos en medio de las poblaciones ejipcias, y esta es otra de las muchas analogías que bajo el respecto físico y político, se han notado ya entre el Sindh y el Egipto.

Hay pocas ciudades de alguna importancia en toda la extensión del país; la mas considerable es Shikarpur, cuya población es al menos de veinte y seis mil almas, y que, hallándose situada á orillas de un canal, á corta distancia del Indo, en la carretera que siguen las caravanas, ha venido á ser el centro de relaciones muy activas (1). Hyderebad, menos poblada, aunque es la capital actual del Sindh, no cuenta, segun Burnes mas que veinte mil habitantes (¡Elphinstone le da hasta ochenta mil!) Tata, la antigua metrópoli, la *Patala* de Alejandro, tiene unos quince mil. Siguen despues Larkhana, Khayrpur, Mitun-Kote, Sehwan, Karatchi y otras cuatro ó cinco de menor importancia. Fuera de esto, las principales autoridades que se pueden consultar no andan acordes sino en punto al guarismo jeneral de la población del Sindh, población, que, como ya llevamos dicho, no pasa al parecer de un millon (2).

(1) Véanse las interesantísimas noticias que sobre el Sindh y Shikarpur en particular han dado los viajes y las memorias de Burnes y los viajes de Conolly.

(2) La importancia de Karatchi, en la actualidad y en el porvenir, nos determina á dar á

(1) La principal de sus fiestas religiosas.

(2) Descendientes del profeta.

Las producciones del reino vegetal y del reino animal en el Sindh difieren poco de los del Indostan. El

camello y el búfalo son los dos grandes recursos del país; uno y otro han multiplicado prodigiosamente,

conocer mas particularmente, ya desde ahora, este punto interesante de que los Ingleses han tomado definitivamente posesion ya hace mas de un año.

Teniendo comunicaciones seguras y prontas por via de tierra con Tata, con el mar y las costas del Hindostan por su bahía de fácil acceso, Karatchi, el único puerto verdadero en toda la costa del Sindh, estaba destinado á venir á ser desde muy temprano el centro de un comercio de tránsito entre el golfo Pérsico y el de Kutch, y entre el Hindostan y el Afghanistan. Karatchi está situado casi á los 25 grados de latitud norte, y á los 65 de longitud este (meridiano de París), y por consiguiente al oeste de las principales bocas del Indo, entre el cabo Monze y el desembocadero Phiti del Bagaur (brazo occidental de la pequeña Delta), á cinco horas de marcha de este desembocadero (1). El pequeño fuerte de *Manhara* ó *Manora*, que guarda la entrada del puerto, está edificado sobre una eminencia pintoresca. Los amires lo tenían por inespugnable. Cuando sir E. Maitland (el antiguo comandante del Belerofonte) llegó delante de Karatchi, Manhara estaba defendida por veinte hombres y siete cañones. La guarnicion contaba ser reforzada en la tarde del 2 de febrero, y habia desechado las ofertas de capitulación honrosa hechas por el almirante en la mañana. Cincuenta cañonazos habian demolido, antes de la una de la tarde, el fuerte en parte y ahuyentado á la guarnicion, que esperaba poderse refugiar en Karatchi, pero que fué hecha prisionera por las tropas que ya habian desembarcado, y la ciudad fué ocupada por los Ingleses al dia siguiente.

Karatchi es una ciudad crecida, aunque de miserable aspecto; sus calles son angostas y tortuosas en extremo; todas las casas están fabricadas de tapia con paja picada, los techos son llanos, con uno ó dos ventiladores hechos de una especie de mimbre; no hay edificio alguno reparable. Las casas, de las que las mas elevadas están to-

das en el centro de la ciudad, van disminuyendo por grados de dimensiones desde el centro á la circunferencia, cuyos aproches defendia en otro tiempo una gruesa pared de tapia, de la que no quedan ya mas que algunos trozos. Aunque Karatchi era desde largo tiempo el depósito comercial de Sindh, ni el gobierno de los amires, ni la administracion local habian tomado ninguna medida para facilitar la llegada y el desembarco de las mercancías por medio del establecimiento de un muelle y el ensanche de un canal natural que conduce del puerto á la ciudad, esto es, á algunas millas al interior, de modo que el trasporte se efectúa mitad en barcos llanos que remolcan trabajosamente sobre una agua fangosa, mitad con la ayuda de hombres que llevan la carga sobre la cabeza. El bazar es grande; algunas de las calles están completamente resguardadas del sol por unas esteras tendidas de un tejado á otro. Allí se agolpa una poblacion varia de que presenta pocos rasgos interesantes el viajero. Vénse no obstante algunos Hindos del Multan, que son los únicos comerciantes y hombres de negocios del país, y que se distinguen por su vestir aseado y su aire de bienestar. Encuéntranse tambien soldados beluchis, si es que merezcan el nombre de soldados tales forajidos, cuyo traje pintoresco y fisonomía salvaje llaman la atencion. Los Beluchis son de alta estatura, de traza robusta y marcial. Van armados hasta los dientes; se dejan crecer generalmente el cabello por detrás, en contra de la costumbre de los mahometanos. Su barba poblada, el gorro de forma extraña y de variados colores con que se cubren la cabeza, su nariz aguileña, sus ojos pequeños, pero vivos, la espresion astuta y feroz al mismo tiempo de su mirar, todo contribuye á hacerlos mirar como una raza á parte y como los dominadores del país. Los Beluchis forman, segun dicen, la fuerza principal de los amires. Suponíase que estos principes mantenian en pié un cuerpo de veinte mil hombres de esta milicia indisciplinada, infantería y caballería. En virtud de las estipulaciones del último tratado, este ejército ha debido ser completamente licenciado, y reemplazado por un cuerpo de tropas inglesas de cinco mil hombres repartidos por el gobierno supremo. Las disposiciones mas recientes designan á Saker y Karatchi como cabezas respectivas de dos brigadas permanentes de ocupacion. Un regimiento europeo (el 40) y otras tropas pertenecientes á la presidencia de Bombay ocupan á Karatchi, que, á nuestro entender, debe ahora considerarse como una de las llaves del imperio hindo-británico al occidente, que se halla en el vértice del ángulo formado por la línea de las bocas del Indo, y el brazo mas occidental de este río.

(1) Alejandro habia reconocido personalmente esta porcion de la Delta antes de acordar la partida de su escuadra para el golfo Pérsico. Segun la narracion de Arriano, Nearco, al salir del Indo, quizás por esta misma boca, y ciertamente por una de las bocas del Bagaur, costó el país de los Arabitas, teniendo á su derecha el monte Iro, y fondeó cerca de una isla arenosa llamada Crocala. Las cercanías de la boca Phiti se llaman todavia Krokala por los naturales. Vénse aun á lo largo de la costa islas arenosas semejantes á aquella de que habla Arriano, y la entrada de la bahía de Karatchi está cerrada á levante por tres de aquellos islotes (las islas Andry). restos probables de aquella misma isla donde se detuvo un dia el almirante macedon, por el mes de setiembre, hace ya 2165 años.

En jeneral, la poblacion varouil de Karatchi tiene formas atléticas y la apariencia de salud; la cabeza y el rostro son pequeños pero bien contorneados; el vestido de los hombres es de

el camello es pequeño, pero muy robusto; el búfalo, al contrario es de especie grande, y da en abundan-

un tejido basto, pero les cae muy bien, y todos, á escepcion de los Hindos, que se encuentran en corto número, llevan el gorro beluchi. Las mujeres tienen, como los hombres, las facciones marcadas y la nariz aguilena; llevan el cabello partido en la frente; pero el tocado de las presumidas del país ofrece una particularidad muy reparable, pues una trenza de cabellos muy lisa baja del alto de la frente á la nariz y se sujeta á uno de los anillos que atraviesa una de las ventanas de la nariz. Los criados son esclavos los mas; el comercio de esclavos ha estado hasta aqui muy en boga en Karatchi, un buen esclavo varon se pagaba jeneralmente de doscientas á cuatrocientas rupias (de 100 á 200 duros). Las mujeres no costaban mas que, sesenta rupias, los niños de siete á ocho años cincuenta. Este odioso trafico ha desaparecido desde que los Ingleses han entrado en posesion de este distrito. El camello, que es aqui de especie pequeña, es no obstante, entre todos los animales domésticos, el mas precioso. Lo emplean para todo; los que sirven de montura hacen fácilmente de una tirada setenta millas en un dia.

Ya hemos dicho que la porcion mas industrial de la poblacion, aunque la menos numerosa, es hinda. El comercio se halla enteramente en manos de los Hindos *Multanis*. Bajo el gobierno de los sáimres, ocupaban tambien algunos empleos subalternos, pero con la condicion de dejarse crecer la barba como los musulmanes y de llevar el mismo traje que ellos; humillacion á que se resignaban á trueque de saciar su codicia. El gobierno inglés ha utilizado la intelijencia y experiencia local de esta clase de hombres, y vemos, por una Carta de los oficiales de la guarnicion de Karatchi, que el almirante Sir Federico Maitland (1) no se habia desdenado de sentarse á un banquete que le ofreció uno de esos Hindos *Multanis*, el principal negociante de la plaza. «Era un espectáculo estraño, dice el oficial, el ver á la mesa de Seth Pratom Dass al veterano que mandaba el *Belerosfonte* cuando el gran Napoleon fué á colocarse en él bajo la proteccion del pabellon británico.» Terminada la comida, y en el momento en que el almirante se despedia del rico Hindo, este presentó á Su Escelencia un soberbio gorro betuchi y una pieza de *lunghia*, como muestras de las manufacturas del Hindo. La *lunghia* es un tejido de seda y algodón matizada de los mas ricos colores; la longitud ordinaria de una pieza de *lunghia* es de diez á dos pies, y su ancho de dos. Rollado al rededor del talle, una *lunghia* forma una faja riquísima á la par que elegante. Parece que se fabrica en Karatchi una gran variedad de estos tejidos de seda y algodón, así como lienzos finísimos y de hebra fuerte, con bonitos bordados de

cia riquísima leche. El carnero de rabo ancho (llamado *dumba*) es asimismo muy comun. Los productos

seda. Entre los productos mas reparables de esta industria se citan piezas de tela destinadas para el vestido de las mujeres. Tienen estas piezas de hermosísimo carmesí; estampan luego en ellas lindísimos dibujos, por medio de una composicion de goma y estaño que produce el efecto de un magnífico tejido de plata. Debemos así mismo hacer mencion de unos tejidos bastos de lana, y particularmente de una especie de manta hecha de piel de cabra y casi impermeable. En resumen, parece cierto que no solamente los habitantes de Karatchi, sino tambien los *Sindhios* en jeneral, son mañosos y remedadores naturalmente, y que hubieran llevado á un alto grado de desarrollo varios ramos de industria, á no haber contenido su vuelo la férrea mano del despotismo musulman. Los ingresos de aduanas de Karatchi ascendieron en 1832 á unos cien mil duros. Desde dicha época han menguado muchísimo, lo que hay que atribuir ante todo á la malísima administracion de los Amires, que, en vez de proteger y alentar el comercio, lo mataban por desirlo así, con exacciones y violencias cuyo término no era posible prever. Además de los renglones que hemos indicado mas arriba, el comercio, de Karatchi que es sobre todo de tránsito, consiste en nueces de arec, cardamomo, grana. clavos de especia, paños, cobre, hierro en barras, plomo, quincalla, azúcar, maderas de Carpinteria, etc. (que se importan sobre todo de Bombay). Las caravanas de Kabul y de Kandahar traen almendras, grano de cumino, dátiles, ghi, grano, cueros, aceite, cotonadas, etc. Karatchi está muy lejos de corresponder por su aspecto á la idea que por lo que precede debemos formarnos de su importancia política y comercial. Su territorio está ceñido al norte y al este por una cordillera de altas montañas, llamado en el país el *Pob*, al oeste por la cordillera de los montes *Laki*, prolongacion del *Hala*, y al sur por el mar. El espacio intermedio es una llanura árida casi enteramente falta de vegetacion, y sembrado acá y acullá de peñascos negros, cuyos pedruscos confundidos parecen indicar alguna convulsion intestina de aquel desolado suelo. A la distancia, de unas ocho millas de Karatchi, y en los únicos sitios quizás cuyo aspecto halaga un poco la vista causada de aquella esterilidad polvorosa y monótona del país, en medio de bosquecillos de palmeras y de los sepulcros de los santones mahometanos, se han hallado manantiales de aguas termales, cuyas propiedades medicinales no se han comprobado todavia por los Europeos. Cerca de aquellos manantiales, y en los charcos que alimentan, se ven muchísimos cocodrilos, que no solo son respetados, sino tambien protegidos y alimentados por los faquires. Llegará sin duda un dia en que el territorio de Karatchi utilizando en fin la inmediacion de los arroyos que le rodean, y cambiando gradualmente de naturaleza á impul-

(1) Muerto en Bombay, el 30 de diciembre de 1839.

de la pesca son bastante considerables, no solo para cubrir anchamente el consumo, sino tambien para venir á formar un ramo de esportacion que no deja de tener su importancia. El comercio interior es insignificante, el consumo de los renglones de Europa está limitado á la clase elevada; pero á medida que la poblacion vaya en aumento, con la libertad y el bienestar de las clases inferiores, se desarrollarán entre estas clases necesidades nuevas, y las telas, las indianas, las sedas y terciopelos de Europa hallarán compradores, ya para el consumo de los mismos sitios, ya para la reesportacion con destino al Asia central. En estos últimos tiempos, las principales importaciones consistían en madera de construccion, en indianas, muselinas, calicotes y otros tejidos de Bombay, terciopelos, sedas, rasos, hebras de seda, nueces de coco, especias, metales, marfiles, etc., de los puertos de la Arabia y de otros puertos del Sur. Gudjérate, Marwar y Djeysalmira envían azúcar y ópio de Malwa. Las esportaciones consistían en arroz, sal, pescado (de la especie llamado *pulah*, que es delicadísimo), aletas de tiburón, ghi, añil, etc.

Sigamos ahora la marcha de la expedicion.

El cuerpo de ejército de Bengala pasó el Indo en Baker durante los

ses de la mano inteligente de sus dueños actuales, se vestirá de verdor, y producirá en abundancia frutas y legumbres. Entretanto se hallan algunas legumbres en las escasas huertas ó terrenos cultivados á que dan este nombre. en las cercanías de la ciudad. El pescado y la caza están baratísimos, lo mismo que la volatería. El agua es muy saludable y abundante, aunque de pozo. En fin, como si la naturaleza se hubiese empeñado en resarcir á los habitantes de este distrito de la carencia de bosques frondosos, de ricos pastos y mieses, el clima de Karatchi es uno de los mas hermosos de la tierra; el ambiente es vivo y puro, el calor muy moderado, las enfermedades raras y las convalecencias prontas; en una palabra, todo indica al parecer que, como punto militar y como depósito comercial, no podían escojer los Ingleses en aquellos países un punto mas conveniente y adecuado. La poblacion actual de Karatchi puede estimarse en ocho ó diez mil almas, y segun toda apariencia irá rápidamente en aumento.

días 14, 15, 16 y 17 de febrero, sobre un puente de barcas echado por el capitán Thompson, comandante del arma de ingenieros, al son de las bandas de música de tres rejimientos. Era la primera vez que un cuerpo de tropas regulares y disciplinadas á la europea traspasaba aquel río famoso, que las preocupaciones de los Hindos, les hacen considerar como una valla que es una imprudencia salvar (1).

(1) El emperador Baber, que lo mismo que Alejandro, sabia distinguir de una ojeada los puntos estratégicos y utilizarlos, indica, en sus memorias, cuatro pasos diferentes del Hindostan al Kabul, pero que presentan todas sus dificultades para atravesar el río. Advierte que en invierno se llega al Sindh (al Indo) mas arriba del desembocadero del río Kabul, y que en la mayor parte de sus invasiones habia seguido este camino; y que solo en la última traspuso el en barcas en Nilab, situado á unas quince millas inglesas mas abajo de Atok. El lecho del río es allí muy estrecho, el agua profunda y la corriente muy rápida (1). El emperador Akbar mandó construir el fuerte de Atock para proteger eficazmente este punto importante de las fronteras del Imperio. Pero los príncipes apocados que sucedieron á Aureng Zib desatendieron la defensa del Indo, y Nadir Shah, en 1738, se apoderó fácilmente de Atock, que en 1809, cuando Elphinstone visitó aquel sitio memorable, se estaba desmoronando. Randjit Singh reconstruyó ó reparó la fortaleza, y su guarnicion es muy crecida. Como posicion militar y bajo el punto de vista politico, Atock tiene suma importancia. Ciertas preocupaciones religiosas, que merecen llamar la atencion, se enlazan además con este nombre que se ha impuesto, no solo al sitio, sino tambien al río. Atock significa *impedimento, obstáculo*. Ahora pues, segun las ideas tradicionales, hay impedimento á que un Hindo ortodoxo atraviese el río Atock y hasta el Sindh ó Indo en jeneral. Sin embargo no podemos afirmar que exista en uno de los libros sagrados la fórmula prohibitiva que especifica este impedimento. Pero sea como fuere está admitido entre esos mismos Hindos ortodoxos que cesa el impedimento inmediatamente sobre la confluencia de los rios de Atock y de Kabul. Los bramines del Radjputana y los que habitan el Afghanistan

(1) El curso medio del Indo, desde Atock, y hasta el río entero, parecen haber sido designados á menudo con el nombre de *Nilab*, por los Arabes principalmente.—Tambien se ha dado este nombre al río Kabul, y á veces el nombre de *Atock*, por cuanto los pueblos al oeste del gran río consideraban este afluente como el verdadero Indo; pero Rennell observa que los habitantes del Hindostan han considerado siempre el brazo nordeste como el verdadero Sindh.

Sin embargo, los Sipahies no mostraron menos afán que los europeos en lanzarse á la orilla opuesta. Las negociaciones conducidas por Sir Alejandro Burnes habian producido un tratado entre el amir de Khayrpur y el gobierno supremo, en cuya virtud la fortaleza de Baker, situada en una isla en medio de la corriente del rio, se habia cedido en toda propiedad á los Ingleses; resultado de verdadera importancia de suyo, y de que tendríamos ocasion de hablar mas adelante. El 31 de enero, las tropas inglesas, despues de alguna vacilacion del amir, que al parecer no trataba de cumplir lo pactado, habian tomado posesion del fuerte. El 20 de febrero, todo el cuerpo de ejército de Bengala y las tropas del Shah-Shudjá estaban reunidos en Shikarpur. El comandante en jefe, Sir Henrique Fane(1), se habia despedido del ejército el 16 de febrero para pasar á Bombay; el estado de los negocios en el Decan y las miras ultteriores del gobierno (de resultados de las circunstancias extraordinarias en que estaban colocadas las Indias inglesas) necesitaban

atravesar no obstante el rio sin grande escrúpulo; y se ha visto que los soldados hindos, que formaban la mayor parte de la expedicion inglesa en el Afghanistan, han traspuesto con el mismo ardor que las tropas europeas el doble obstáculo que les presentaba el Indo. Hay que advertir sobre este punto que el Indo, á pesar de su antigua celebridad, su importancia, y aunque figura entre los rios sagrados, no ha tenido nunca, en el concepto de los Hindos, el carácter de santidad que reconocen á otros rios, aunque de curso muy limitado. Las causas de esta especie de interdiccion del paso del Indo se enlazan á nuestro entender con el gran sistema de aislamiento que forma la base de las instituciones bramánicas, y cuyo objeto era sobre todo garantir á las cuatro castas puras del contacto de los *Mlechhas* (*bárbaros ó no civilizados*) que no reconocen la forma de gobierno prescrita por los libros sagrados. Añadiremos para terminar que las aguas de cuatro rios en el Hindostan adolecen de diversas especies de interdiccion. Esta prohibido tocar las aguas del Caramnasa, que separa la provincia de Bahar de la de Benarés; bañarse en el *Casutoya*, riachuelo de Bengala; nadar en el Gondah, otro de los afluentes orientales del Gánjes, y en fin, atravesar el Alock.

(1) Sir Henrique Fane murió el 24 de marzo último, en la travesía de Bombay á Inglaterra.

su presencia en el Hindostan. El teniente jeneral Keane (1), destinado á sucederle en el mando inmediato de la expedicion, se adelantaba para juntarse con las tropas de Bengala, despues de haber puesto el Sindh bajo la autoridad inglesa é impuesto á los amires de Hyderabad un nuevo tratado que afianzaba la libre navegacion del Indo, la posesion del puerto de Karatchi á los Ingleses, y otras ventajas materiales ó políticas que hacen de hecho toda la Delta del Indo *provincia inglesa*.

En marzo, el gobernador jeneral escribia al comité secreto (2):

«... El movimiento de las fuerzas combinadas hácia el Indo se ha conducido con regularidad y se ha ejecutado con una facilidad reparable. El ejército del Shah llegó á orillas del rio el 16 de enero; la division de Sir Willoughy Cotton una semana despues. La disciplina y moral de las tropas durante toda la marcha han sido admirables bajo todos conceptos. El estado sanitario ha mejorado positivamente desde que las tropas partieron del campamento de Firozpur, pues la division de Bengala tenia ciento y cuarenta hombres de menos en el hospital, á su llegada al Indo, que en el momento de levantar los reales de las orillas del Sutledje.... Otra rama de las operaciones combinadas se ha confiado al Shahzada Timur, hijo mayor de Shah Shudjá-ul Mulk, acompañado del teniente coronel Wade (habiéndole ya conferido este oficial el grado de teniente coronel honorario para servir allende el Indo).

«... El objeto de esta expedicion parcial es llamar la atencion de Dost-Mohamed Khan de este lado, y proporcionar un punto de reunion á los partidarios del Shah en el valle de Khayber. Esta llamada puede hacer muchísimo bien, pero es una operacion delicada y que exige grandísi-

(1) Elevado á par el 1.º de diciembre de 1839, con el título de baron Keane de Ghizni en el Afghanistan y de *Capoquin* en el condado de Waterford.

(2) Véanse *Indian Papers*, impresos de orden de la Cámara de los Comunes, el 21 de enero de 1840, p. 4 y siguientes.

ma prudencia. Es preciso considerarla como una medida auxiliar destinada á facilitar el gran movimiento del Shah y del ejército inglés. Se hubiera podido tratar de levantar de una vez á las poblaciones contra Dost-Mohamed Khan, cosa que las circunstancias hubieran facilitado hasta lo sumo, por cuanto una parte considerable de su ejército ha estado detenida por las nieves en el Turkistan, al norte de Bamian, á donde han sido enviadas aquellas tropas contra Mir Muvad bey de Kunduz (no estoy bien enterado todavía de las circunstancias ni del resultado de la lucha). Pero es de suma importancia el evitar, en esta empresa, las medidas cuyo éxito pueda ser dudoso ó aun momentáneo. Por otra parte, no tenemos todavía ningun motivo de dudar de la impopularidad de Dost-Mohamed Khan, por cuanto su alianza con la Persia ha debido enajenarle la masa de la poblacion. Tampoco debemos pensar que esté en su mano organizar medios de defensa formidables en Kabul. Como ya era de esperar, ha enviado las instancias mas urgentes á las autoridades persas y rusas para que acudiesen en su auxilio; falta ahora saber cual será su resultado, y esto pronto se verá. El teniente coronel Wade, con el Shahzada y las tropas que tiene á sus órdenes, se aguardaba en Peshawar para el 11 de este mes. Se ha puesto á disposicion una suma de seis laques de rupias (unos trescientos mil pesos) para los gastos del príncipe y la organizacion de las levas que pueden reunirse bajo sus banderas. Es de esperar que esta suma cubrirá todos los gastos de esta parte de nuestras operaciones.»

A primeros de abril se había verificado la union de los dos ejércitos en Queta, capital de la provincia de Shal (1). El 19 de marzo, Sir Alejandro Burnes, á la cabeza de un destacamento de vanguardia, había traspuesto los pasos del Bolan, y con

su conocida actividad se había ocupado en disminuir, en cuanto estaba á su alcance, las privaciones y padecimientos que aguardaban al ejército en su marcha al través de aquellos desfiladeros, formidables por los obstáculos naturales que oponen al paso, y la dificultad, y hasta la imposibilidad de proporcionarse agua en ellos. No obstante, con todos sus conatos, solo pudo reunir á eso de la mitad del desfiladero principal (que no tiene menos de catorce á quince leguas de largo) algunos camellos cargados de pellejos llenos de aquel líquido precioso, cada gota del cual valia para los desgraciados soldados su peso de oro. Sin embargo todo el ejército había llegado sano y salvo al otro lado de los desfiladeros, al delicioso valle de Shal, sin haber encontrado aun ningun enemigo serio, pero molestado si en sus flancos y espaldas por nubes de Beluchis, y teniendo que luchar en sus largas marchas contra la fatiga, el polvo, el hambre á veces, y la sed siempre (1). No cabe explicar como fué que los jefes de Kandahar no defendieron los desfiladeros del Bolan, pues no tenemos mas que noticias harto incompletas sobre esta parte de la historia de la expedicion. Quizás el dinero, con su omnipotencia ordinaria, allanó tam-

(1) Los periódicos franceses han reproducido segun los ingleses entre muchos datos inexactos, varios pormenores no menos verdaderos, que interesantes sobre la marcha del ejército y el paso del Bolan; pero han acojido con harta lijereza ciertas narraciones á todas luces exageradas, tanto sobre la fuerza de las tropas expedicionarias á la salida del Hindostan como sobre las pérdidas que han padecido durante esta marcha memorable de cuatrocientas leguas. El comparar los accidentes y las catástrofes parciales del paso del Bolan con los desastres de Moscou era en verdad abultar en demasia. Un ejército que hubiese padecido semejante desorganizacion no se hubiera hallado en estado de continuar la campaña. Todo prueba, al contrario, que el ejército anglo-indiano no tropezó con ningun obstáculo grave estratégico hasta Ghizoi, y no padeció, vistos los inmensos obstáculos naturales que tenia que vencer, sino pérdidas insignificantes en hombres, y mayores en verdad, aunque ya previstas de antemano, en acémilas y bagajes. Los partes oficiales y las correspondencias formales no dejan la menor duda sobre este punto.

(1) Las primeras comunicaciones entre las tropas de Bengala y las de Bombay se habían efectuado en Schwan, donde sir F. Fane y Sir J. Keane se habían encontrado y abrazado cordialmente.

bien este obstáculo. «Nunca hubo en la India un ejército (nos escribían á poco de haber entrado las tropas inglesas en Kandahar) tan abundantemente provisto de fondos *para todos los ramos del servicio*. La paciencia, el valor, la admirable disciplina de nuestras tropas, han vencido muchísimas dificultades durante aquella marcha arriesgada de trescientas leguas; ¡el dinero ha hecho lo demás!» No obstante cabía que mas allá del Bolan y en el páramo de Kandahar, hubiesen organizado los jefes barekzais una resistencia formidable; así se creía al salir de Queta, desde donde habían marchado el 6 de abril sobre Kandahar el Shah, M. Macnaghten, Sir Juan Keane y el cuartel jeneral con toda la caballería, la artillería y la primera brigada de infantería; algunos pretendían no obstante que los Serdares enviarían su sumisión al aproximarse el grueso del ejército: pero todas estas previsiones quedaron burladas. M. Macnaghten, en su parte al gobernador jeneral, con fecha del 24 de abril, da una cuenta tan interesante de los acontecimientos que habían precedido á la llegada del Shah á su antigua capital, que creemos del caso reproducir sus principales pasos.

«En mi parte, dice, del 12 del actual, había yo creído poder anunciar que bastarían algunos días para mostrar la alta consideración de que goza entre sus compatriotas, Su Majestad Shah Shudjá-ul-Mulk, así como la sabiduría de las medidas adoptadas por el gobierno inglés, y cuya ejecución nos está confiada. Ayer hizo el Shah con sus tropas regulares una marcha de veinte y dos millas, que le condujo á Deh Hadji, donde tuvo la satisfacción de saber que los Serdares estaban para levantar el campo. Y con efecto supimos de cierto que huyeron ayer tarde, seguidos de dos ó trescientos caballos á lo sumo. Su conducta, hasta el postrer trance, ha sido vil y rapaz. Al paso que por un lado vendían á los traficantes de la ciudad los granos que habían reunido, por otro lado apuraban los recursos de los

pobres habitantes por todos los medios posibles de exacción y violencia. Se han marchado en medio de las maldiciones y la execración de todas las clases del pueblo. Esta mañana hemos marchado sobre Kandahar, que dista unas diez y ocho millas, y en este momento estamos acampados á menos de dos millas (unos tres cuartos de legua) de la ciudad. El espectáculo que se nos ha ofrecido á la vista es sin duda el mas interesante que hasta aquí me ha sido dado contemplar. Sir Juan Keane, con el ejército del Indo, se hallaba á una marcha regular de nosotros;... las tropas regulares del Shah estaban también muy rezagadas, y Su Majestad se adelantó, acompañado solamente de los oficiales de la misión y de su servidumbre. A cada centenar de toesas, encontrábamos grupos de hombres bien armados y montados que acudían á hacer su sumisión al rey, al paso que los pacíficos habitantes de las campiñas acudían en tropel, y agolpándose en torno del Shah, expresaban en términos nada equívocos el júbilo que su regreso les causaba. La tranquilidad está restablecida.... Su Majestad se proponía enviar un destacamento en persecución de los Serdares prófugos, y es muy cierto que merecen poca consideración tras la perversidad y la locura de su conducta, á pesar de los avisos solemnes y repetidos que habían recibido. Sin duda que fuera peligroso el dejarlos en libertad de fomentar nuevos disturbios; mas yo he debido temer que, en el estado de escitación de los ánimos, estarían espuestos á crueldades inútiles, si caían en manos de las tropas del Shah; así que he persuadido á Su Majestad que me permitiese hacer á los Serdares una oferta, que, si la aceptan, les dejará la facultad de retirarse con seguridad á nuestro territorio. La pensión que Su Señoría el gobernador jeneral podrá juzgar conveniente señalarles será necesariamente mucho menor que la que hubieran recibido, si desde un principio hubiesen admitido nuestras proposiciones, y yo pienso que una

alocucion de quinientas rupias al mes, para cada uno de ellos, seria mas que suficiente.... Les he hecho escribir en este sentido, y tengo la confianza de hacerles suscribir á estas condiciones.»

En seguida M. Macnaghten da cuenta de lo que pasó desde el 12 al 23 de abril. Los Serdares habian tratado por algunos momentos de detener al ejército en el desfiladero de Kadjak, pero la rapidez de los movimientos de la vanguardia los habia sorprendido antes que se hallasen en estado de hacerlo, y un destacamento enviado por ellos al desfiladero se habia retirado precipitadamente despues de haber disparado algunos fusilazos sobre la cabeza de la columna de marcha. Habianse malogrado completamente sus esfuerzos para levantar á la poblacion de las provincias contra la invasion de los *infieles*. Dos de los hermanos, Raham dil Khan y Mehr dil Kan, se habian decidido por fin á salir de Kandahar, con dos ó tres mil caballos, con ánimo de inquietar al ejército inglés y con la esperanza de interceptar los convoyes, de sorprender á los rezagados ó destacamentos aislados, etc., dejando al tercer hermano, Kohan dil Khan, la custodia de la ciudad. Mas todos estos esfuerzos tardíos de resistencia tan solo vinieron á parar en apresar dos elefantes de M. Macnaghten, que se habian desviado demasiado del campamento yendo al pasto, y en matar á algunos infelices que imprudentemente se habian adelantado por el pais, y en privar de agua por algunas horas al campamento inglés, desviando un riachuelo. El 20, algunos de los principales jefes del séquito de los Serdares banekzais los abandonaron y se sometieron. Consernados con esta inesperada desercion y con la llegada de las tropas inglesas, los Serdares se habian replegado apresuradamente sobre Kandahar, desde donde resolvieron huir, como se ha visto, en la tarde del 23. Cuando noticiamos estos pormenores al público, en enero último (1),

no vacilamos en decir que nos parecia difícil que los jefes barekzais aceptasen las condiciones humillantes que M. Macnaghten les habia hecho notificar. El descender de una independencia real á la humilde condicion de pensionados en 500 rupias al mes debia parecerles, á nuestro ver, una determinacion deshonrosa para unos Barekzais. Nada de positivo hemos sabido en punto á la acogida hecha por los jefes fujitivos á las proposiciones hechas por el ministro inglés, pero parece probable que estas proposiciones han sido con efecto desechadas, y que los Serdares han hallado un asilo en Persia. Segun las últimas noticias, parece que Kohan dil Khan ha muerto en Teheran, en mayo de este año. Pero sea como fuere, el sol de los Barekzais no volverá ya á asomar por el horizonte político del Afghanistan; pero hay que tomar en sentido absoluto, á nuestro entender, todo el mal que los Ingleses han podido decir ó pensar de estos jefes. La tribu de los Barekzais es una de las mas poderosas y honradas del Afghanistan. Ha producido algunos hombres valerosos é inteligentes; los jefes de Kandahar y el de Kabul adolecian sin duda de todos los vicios de su raza, y probablemente en sumo grado; pero tambien tenian sus virtudes. Dost-Mohamed y los mas de sus hermanos son representados por las autoridades menos sospechosas y mas competentes como denodados inteligentes en los negocios jenerosos con sus aliados, sus clientes, sus servidores, hospedadores con los extranjeros. Varios viajeros ingleses han sido recibidos por ellos como amigos, colmados de consideracion y respeto, protegidos en sus personas y bagajes al atravesar su territorio. De esto tenemos la prueba á la vista, y al paso que reconocemos que la civilizacion europea hará probablemente mucho bien al Afghanistan, aunque se introduzca en él bruscamente y con las armas en la mano, creemos que no ha de estrañar no ser comprendida de golpe por unos hombres como Rahem dil Khan y sus dignos hermanos, y ni aun

por la jeneracion siguiente. Creemos además con M. Macnaghten que Shah Shudjá el Mulk es mil veces mas digno de reinar en el Afghanistan que los Serdars barekzais de Kandahar ó de Kabul; pero tambien sostene-mos, prescindiendo de las consideraciones políticas que han determinado á los Ingleses á tomar con tanto calor el partido de Shah Kamran contra la Persia y los príncipes barekzais, que estos últimos, á los ojos de todo hombre civilizado y de todo juez imparcial, merecerian mayor consideracion que aquel reyezuelo de Herat, cuyos peligros habian tan inopinadamente escitado las simpatías británicas. Ese Kamran, á quien los periódicos han representado como un soberano *jóven, valiente y emprendedor*; es un viejo gastado por el libertinaje mas vergonzoso y el uso continuo del ópio, el tirano mas cruel y vil que Dios pudiese imponer á un pueblo. Todos los testimonios están unánimes sobre este punto. Los oficiales ingleses «que viajaban por el Afghanistan de órden del gobernador jeneral» representan tambien sin escepcion, al soberano de Herat como un príncipe de índole cruel tiránica, ruin, libertina, abrumando á sus pueblos de impuestos, y arrancando á sus súbditos por medio del tormento, y todo linaje de suplicios las contribuciones estraordinarias con que no cesa de aumentar su tesoro. Y ese ente vil y malvado es no obstante el protegido de la Inglaterra, al paso que los Barekzais son condenados por su gobierno al menosprecio y al odio de las naciones. Creemos que Shah Shudjá vale mas que todos ellos, sin duda, aunque por su accidente de su naturaleza, y lo celebramos para los pueblos á quienes debe gobernar otra vez, tras un destierro tan largo é instructivo á un tiempo. Sin embargo tememos para él y para los pueblos el retorno de los antiguos hábitos del despotismo, los malos consejos y los aduladores. Infúndenos con todo alguna confianza la presencia y los consejos del ministro inglés; y por otra parte los Afghaneses no tienen el derecho de ser muy

delicados, fuerza es confesarlo, en cuanto á gobierno. Esto nos recuerda un rasgo de humanidad y de justicia del mismo Shah Shudjá, que hemos oido referir en la India y que causaba la admiracion de las jentes del pais. Habiendo uno de los servidores íntimos del Shah cometido un crimen que merecia la pena capital, el Shah, que queria mucho á aquel hombre, y resuelto no obstante á castigar el crimen, mandó cortar las orejas al delincuente, quien, mas que nunca afecto y rendido al amor á cuya clemencia debia la vida, no quiso separarse de él ni un instante en medio de sus mas crueles infortunios. Un soberano absoluto que, pudiendo hacer derribar la cabeza, se contentaba con las orejas, merecia, en concepto de sus compatriotas, la palma de la moderacion y de la induljencia. Pero entremos ya en Kandahar con Shah Shudjá y el enviado del gobierno británico, cuya prudencia, ayudada de las bayonetas inglesas, ha producido este triunfo y está preparando otros nuevos.

La entrada del rey en la antigua capital del imperio afghan presentó el espectáculo mas importante y tierno á la vez. El entusiasmo de la poblacion rayaba en delirio; las mujeres se agolpaban á los balcones; los hombres, en masa compacta, guardaban las calles por ambos lados; por todas partes retumbaban las aclamaciones de aquel jentío feliz por fin con lo presente, porque confiaba en el porvenir. «¡Sed bien venido, hijo de Timur! ¡Sois nuestro refugio! ¡Kandahar ha sido arruinado por los Barekzais! ¡Protéjanos siempre vuestro poder!» Tales eran los votos y las congratulaciones que acogian al soberano al paso. Le echaban flores y cestos llenos de pan debajo de los pies de su caballo. Shah Shudjá, despues de haber atravesado la ciudad, pasó con toda su comitiva á la mezquita, donde, segun cuentan, está colgada la túnica del profeta y ofreció sus acciones de gracias al Dios de los creyentes. Desde allí fué el Shah al sepulcro de su abuelo Muned Shah, para orar todavia. Su

emocion era muy reparabile; el recuerdo de sus desdichas pasadas, el espectáculo de su prosperidad actual, prosperidad tan inesperada, aquel testimonio mudo, ante sus ojos, de la vanidad de la conquista y de la nonada de las grandezas humanas, todo se reunia para conmovier fuertemente su corazon é inspirarle impulsos á la altura de su situacion. Así fué que volviéndose á uno de los sujetos de su séquito, mandó que corriessen tras los jefes barekzais, no ya con ímpetus de venganza, sino para decirles de su parte que no errasen á la aventura como pordioseros y jente perdida, que fuesen á él, y que él cuidaria de su porvenir. «¡Ya no sé hacer diferencia, añadió, entre los Bareckzais y los Sadozais!» Palabras son estas felices, inspiraciones de buen agüero. El Shah no se limitó á vanas palabras, y el primer acto de su gobierno fué, segun aseguran, la reduccion de un laque y medio de contribuciones.

El rey tomó posesion solemne de su trono el 8 de mayo con todo el aparato y el esplendor que podian dar á esta imponente ceremonia la presencia de las tropas inglesas, la multitud de jefes reunidos en torno de su lejítimo soberano, y el desalado afán de los pueblos que para gozar de aquel espectáculo habian acudido de todas partes. El jeneral en jefe habia dado sus órdenes para que no dejasen en el campamento mas que las tropas precisas para la guardia de los enfermos, del tesoro y de los bagajes. Dispusiéronse para la parada ocho mil hombres de todas armas; se habia levantado una plataforma para el rey en el frente de la línea ocupada por las tropas.

Al acercarse el rey, una de las baterías hizo salva, y cuando hubo llegado al centro de la línea y sentándose en el solio, las banderas saludaron, las cajas tocaron jenerala, y una salva de ciento y un cañonazos anunció que la diestra prepotente de la Inglaterra acababa de volver á colocar en las sienes de Shah Shudjá-ul-Mulk la corona del Afghanistan. El enviado y ministro inglés, M. Macnaghten, el jeneral en jefe y su

séquito, con los principales jefes afgahaneses, estaban á la derecha del rey, los Sayedos y los Mulaes á su izquierda. El ministro y el jeneral en jefe presentaron sus *nazeres* (ofrendas), circunstancia muy reparable, y cuyo objeto era sin duda engrandecer á Shah Shudjá á los ojos de sus súbditos, manifestando tan públicamente el respeto del gobierno inglés para con él. Los oficiales ingleses de las tropas del Shah fueron en seguida admitidos á presencia de sus *nazeres*, y luego aquellos de entre sus propios súbditos que tenian derecho á esta distincion. El desfile de las tropas de gala terminó la ceremonia. El rey presentó á Sir Juan Keane un sable magnífico, y espresó su intento de ofrecer una prenda de su reconocimiento á cada oficial presente, y en la misma tarde una órden del dia, á tenor de la *órden espresa de su graciosa Majestad*, espresaba á los jenerales, oficiales, sarjentos, cabos y soldados presentes en aquella ocasion memorable el profundo reconocimiento de Su Majestad por las muchas obligaciones que les tenia, así como á la nacion inglesa en jeneral.

El ejército inglés, despues de haber descansado en Kandahar de sus inmensas fatigas, se puso en marcha del 27 al 30 de junio; pero aunque la distancia de Kandahar á Ghizni no sea mas que de ciento y sesenta millas, y aunque el camino sea casi recto y en jeneral bastante bueno, la insuficiencia de los medios de transporte, otras causas materiales de retardo, y las precauciones indispensables para la seguridad del ejército al adelantarse en el pais, no le permitieron llegar á las cercanías de aquella plaza antes del 21 de julio. En la madrugada de este dia, el ejército marchó en tres columnas, caballería, artillería é infantería, sobre Ghizni, cuyos aproches defendió el enemigo al principio con una viva fusilería, y despues por un cañoneo que anunciaba por fin una accion seria. La artillería de sitio se habia quedado en Kandahar; el ejército estaba falto de medios de escalar; la plaza era mas fuerte por su posicion

y sus obras de lo que habian imajinado. No habia que perder tiempo; el jeneral en jefe tomó sus medidas, y despues de haberse concertado con el hábil director de ingenieros, el capitan Thomson, se acordó volar la puerta de Kabul (el punto mas débil de la plaza) segun un plano indicado por el coronel Pasley en 1835. (La junta de directores habia remitido copias litografiadas de aquel plano al gobierno de la India, el cual las habia distribuido entre los oficiales de artillería y de ingenieros.) Termináronse todos los preparativos el 22. El 23, á las dos de la madrugada, Sir Juan Keane y su estado mayor tomaron posicion en las alturas de Ballul, á tiro de cañon de la plaza. Las baterías abrian la marcha con cuatro rejimientos de Europeos, seguidos de los Sipahis, prontos á dar el asalto. A las tres empezó el cañoneo, y poco despues, antes de rayar el dia, una esplosion terrible anunció la ejecucion del plan acordado la víspera. Las tropas se habian abalanzado sobre los escombros, habian penetrado en la plaza tras una lucha corta, pero encarnizada, y á las cinco, al asomar el dia, el pabellon inglés ondeaba sobre la ciudadela de Ghizni. Inmediatamente se dispensó proteccion á las mujeres, dice el parte del jeneral en jefe, y estas palabras honran mas la conquista que la resistencia de los vencidos.

La guarnicion y la columna de asalto tenian á corta diferencia fuerzas iguales, numéricamente hablando, pues habia por cada parte unos tres mil y quinientos hombres. La pérdida total por parte de los Ingleses en muertos y heridos; en esta accion brillantísima, no fué mas que de ciento ochenta y dos hombres, en oficiales y tropa. En el asalto de Bhurtpur, el 18 de enero de 1826, el ejército inglés habia perdido quinientos y ochenta hombres, despues de una lid cuerpo á cuerpo con los Djates. Parangonamos estos dos hechos para probar que los Afghaneses, á pesar del valor que mostraron en Ghizni, no han sido los adversarios mas temibles con quienes han teni-

do que haberlas los Ingleses en la India. Parece que en este encuentro perecieron mas de quinientos Afghaneses. La guarnicion estaba á las órdenes de Mohamed-Hyder, otro de los hijos de Dost-Mohamed, que fué hecho prisionero en uno de los bastiones donde se habia refugiado, pocas horas despues de la toma de la plaza, y confiado, segun sus deseos á la benévola vijilancia de sir Alejandro Burnes, que le habia conocido en la corte de su padre. Este habia contado con que el sitio de Ghizni detendria un año ó dos al ejército inglés; la toma de esta plaza produjo suma sensacion en los Afghaneses y en el jefe de Kabul. Sin embargo, al saber el desastre de su hijo, se puso á la cabeza de un cuerpo de doce á trece mil hombres, con veinte y ocho piezas de artillería y tomó posicion en Arghandia, á treinta millas de Kabul; pero aquí, lo mismo que en Kandahar, fueron vanos los postreros esfuerzos de los usurpadores; al acercarse el ejército inglés, que de Ghizni se habia dirigido sobre Kabul en dos columnas el 30 y 31 de julio, las tropas de Dost Mohamed Khan se desbandaron, no quedando en torno de él mas que los hombres de su propia tribu, los Barezais. En fin este desgraciado jefe, despues de mucho titubear, convencido de la imposibilidad de defender los aproches de su antigua capital, se determinó, en el último trance á huir hácia Balkh, dejando en posicion en Arghandia toda su artillería, la que poco despues cayó en manos de doscientos lanceros que formaban la vanguardia del ejército.

Por fin, ya se acercaba el término de tantos afanes; ya iba á alcanzarse el objeto de aquella expedicion lejana. El 6 de agosto, Shah Shudjául-Mulk con el ejército inglés, acampó á la vista de Kabul; el 7, por la tarde, el rey hizo su entrada en su capital, acompañado de M. Macnaghten, del jeneral en jefe, del estado mayor jeneral, y escoltado, segun sus propios deseos, por un escuadron del cuarto rejimiento de dragones lijeros de la reina. La recepcion del viejo monarca por sus súbditos

de Kabul pareció tan cordial como la que le habian hecho en Candahar, aunque no se manifestó el entusiasmo tan ruidosamente. El último parte oficial del ministro inglés, relativo á la expedicion, concluye así: «De Kandahan á Kabul, se han incorporado con Shah Shudjá-ul-Mulk todas las personas de jerarquía algo elevada y de algun influjo en el país, y ha hecho su entrada triunfal en esta ciudad en la tarde del 7 de este mes. S. M. ha establecido su residencia en el Bala Hisar, y ha querido que la mision inglesa se estableciese en él provisionalmente á su lado.»

En el momento en que el rey de Kabul llegaba delante de los muros de su capital, el cuerpo de ejército auxiliar, facilitado por el soberano del Pandjab para cooperar con las tropas inglesas, y que constaba de cinco mil hombres, infantería y caballería, musulmanes todos, á tener de las condiciones del tratado, se apoderaba de los destiladeros de Khayber (1), de donde Mohamed Ak-

(1) El 7 de agosto. — El 26 de julio se habia ocupado el pequeño fuerte de Ali Masjed, que domina los destiladeros. Para hacer bien cargo al lector de la suma importancia de esta posicion, es preciso que entremos en algunos pormenores. Las montañas opuestas al Hindu-Kush, al sur del rio Kabul, se llaman montes *Tira ó Khayberes*. Hay que atravesarlos para ir de Peshawar á Kabul. El destiladero de Khayber, que tiene veinte y cinco millas de largo, es para las provincias del alto Indo lo que el destiladero de Bolan es para las provincias del Sindh. Uno y otro pueden defenderse con un puñado de hombres resueltos contra los esfuerzos de todo un ejército. Nadir Shah estuvo detenido mas de mes y medio delante del destiladero de Khayber, y temiendo no poderlo forzar sin perder gran parte de su ejército, por cuanto los Khayberianos le habian muerto y herido ya mucha jente, negoció con ellos y obtuvo el paso mediante una suma convenida, poniéndose de este modo en lugar de los emperadores mogoles que concedian una pension anual á aquellos bandoleros de caravana. Aquel tributo, disfrazado bajo el nombre de pension que la munificencia imperial se dignaba conceder á súbditos rendidos, no se habia pagado ya hacia cinco años desde la invasion de Nadir Shah. Shah Shudjá, cuando su advenimiento al trono, habia ajustado una especie de tratado con los Khayberianos, en cuya virtud, mediante 60.000 rupias que se les entregaban cada año, respondian del libre paso de hombres y mercancías. Desde la restauracion del Shah se

bar (otro hijo de Dost Mohamed) encargado de defender aquellos destiladeros, habia sido llamado apresuradamente por su padre para que se le reincorporase con sus tropas en el camino de Kabul á Ghizni. Aquel cuerpo auxiliar, al que habian agregado unos quinientos hombres de tropas de Bengala, con dos obuses, habia sido puesto bajo la direccion del coronel Wade, á quien acompañaba el príncipe Timur, hijo de Shah Shudjá. Despues de haber ocupado los puertos de alguna importancia sobre la línea de comunicacion de Peshawar á Kabul, el príncipe y el coronel Wade pasaron con parte de sus tropas á la capital, donde no hizo no obstante larga permanencia el coronel Wade, por cuanto las órdenes del gobierno supremo le llamaban á las riberas del Sutledje (1).

Ya parecia quese habia alcanzado completamente el objeto de las expediciones combinadas. Los jefes barekzais andaban prófugos; uno de los hijos de Dost-Mohamed estaba prisionero; el país desde Kandahar hasta Kabul, y desde Kabul hasta los destiladeros de los montes Khayber y mas allá, reconocia la autoridad del Shah. El mayor Todd, enviado apresuradamente á Herat con artillería y municiones, habia sido bien recibido por Shah Kamran, que se habia resignado á reconocer al Shah Shudjá, su tío, como á legítimo soberano del Afghanistan. Los

han ajustado nuevos convenios con aquellos serranos, pero, bajo diversos pretextos, han tratado varias veces de saudir aquel yugo molesto, y manifestado por medio de ataques dirigidos contra destacamentos, convoyes ó caravanas (y de que han sido víctimas algunos militares ingleses) su ordinaria propension á la rapiña y al pillaje. Aquellas tentativas se han reprimido y castigado aquellos desafueros; pero á pesar de esto, aquella parte del país requiere una vijilancia incesante, y los últimos partes recibidos indican claramente al parecer que el gobierno sikh no está ajeno de las revueltas que han sobrevenido, no solamente en los distritos limítrofes de la provincia de Peshawar, sino tambien en otros puntos.

(1) El príncipe Timur y el coronel Wade llegaron á Kabul el 5 de setiembre; y el coronel partió de allí el 5 de octubre de vuelta para el Pandjab.

Ingleses se obligaban á reparar las fortificaciones de Herat y garantian á Kamran la soberanía del pequeño reino de que es capital aquella ciudad. Shudjá-ul-Mulk recobraba el cetro bajo los mas felices auspicios; todavia quedaba por hacer sin duda para llegar á la reconstrucción de la unidad gubernamental en el Afghanistan, y era de preveer que la consolidación del poder real seria ante todo obra del influjo inglés. Pero este influjo se ejercia por el intermedio de un hombre firme, ilustrado, que tenia una larga práctica de los negocios de la India y un gran conocimiento de los hombres y de las cosas. Creíase que M. Macnaghten, ayudado de la presencia de algunas tropas selectas, mandadas por buenos oficiales, lograrían, en menos de un año, asentar el nuevo gobierno sobre bases estables, y que el comercio, arruinado por las revueltas incesantes que durante tanto tiempo habían afligido á estos desventurados paises, iba á renacer y crecer rápidamente á impulsos de las medidas eficaces é inteligentes que el ministro inglés no dejaria de recomendar al Shah. En medio de estas circunstancias, con el ministro y el general en jefe, con una confianza en el porvenir autorizada en parte al parecer por lo que en torno de ellos estaba pasando, juzgaron que venia á ser inútil la ocupación prolongada del Kabul por fuerzas considerables. Una orden del dia de sir J. Keane, del 27 de agosto, determinó la composición de las brigadas que permanecerían acantonadas en Kabul, en Kandahar y en la provincia de Shal. El guarismo efectivo de estos cuerpos (seis regimientos de infantería) uno de caballería regular, un destacamento de caballería irregular, y tres batallones de artillería ligera, además de las tropas regulares del Shah, mandadas por oficiales ingleses) podia ascender á cinco ó seis mil hombres. Lo restante del ejército de ocupación debia regresar á las presidencias, á saber: las tropas de Bengala, empezando su movimiento en octubre, por el Pandjab, y las de Bombay por el desfiladero

del Bolan y Queta, empezando su movimiento en setiembre.

Los desfiladeros por los cuales se comunica el alto pais con el valle del Indo son en bastante número, los principales, bajo el punto de vista comercial, son los que se hallan en el camino que conduce del Multan á la cuenca del rio Gomul, y de allí á Ghizni, y los que conducen mas arriba, por los paises de Banu y Bungush, directamente á Kabul. El primer camino que pasa por Derabund, solo es seguido por los Lotanios, tribu guerrera, pastoral y comerciante á un mismo tiempo, que ya hace tiempo está poseyendo casi exclusivamente el comercio del Hindostan con Kabul y el norte del Afghanistan por el Multan. El segundo camino, mucho mas corto y mas practicable, y que era en corto tiempo la carretera entre Kabul y Multan, habia sido abandonado de resultas de los disturbios del pais; pero es probable que lo restablezcan. Al sur de estos dos caminos que no hacemos mas que indicar, los mas importantes son aquellos de que son los arranques al oeste del Indo Mitun-Kote, en la confluencia del Indo y del Pandjab (1), y Shikanpur, cer-

(1) Desde Nilab á Karabagh (llamado impropismente *Calahibagh*), hácia los 33 grados de latitud norte, serpea el Indo al través de las montañas (véase la nota de la pág. 70). Mas abajo de Karabagh, este rio, que desde que entra en el Hindostan, toma el nombre de Atock, se divide desde luego en cuatro brazos, que corren culebrendo para reunirse á corta distancia, para dividirse nuevamente en otras ramas, reunirse y dividirse otra vez, de modo que el lecho principal del rio, bajo el influjo de las crecidas desiguales y de los accidentes del terreno, va mudando continuamente de sitio. Cerca de Mitun Kote, á los 28° 55' de latitud norte, recibe por la izquierda, esto es, de Pandjab (1) las aguas de cinco rios reunidos en uno solo con el nombre de *Chenab* (el de los cinco que mas cerca está del Indo), y llamado, al este del Indo solamente, *Pandjund*, *Panajnud* ó *Pandjnuud*. Este caudaloso afluente corre casi paralelo al Indo el espacio de setenta millas, y á corta distancia, de modo que durante la estación de las inundaciones en julio y agosto, casi todo el pais intermedio se halla inundado. Los cinco rios que bañan el pais

(1) *Pandj*, cinco; *ab*, agua; esto es, *Cinco-Aguas*.

ca de Baker. El segundo de estos caminos conduce á Bagh, Dader, y de allí á Queta, por el desfiladero de Bolan, y en saz de Queta á Kandahar, ese es el camino que siguió la expedición inglesa, pero es poco frecuentado, sobre todo en verano; pues le prefieren otro camino que, desde Shikarpur, conduce, por el desfiladero de Gandava, al traves del Beluchistan, á Kelat y Mustung, y va á parar despues en la carretera real de Kandahar.

Enlazado por la meseta de Kelat con el Afghanistan, el Beluchistan es un ditado pais sujeto á diversos jefes, y cuyos límites políticos han variado como los del Afghanistan. El principar Serdar, el khan de Kelat, reconocia la soberanía del rey de Kabul, á quien pagaba tributo y daba un contingente de ocho mil hombres con el pacto sin embargo de que no podian emplearse estas tropas en las guerras civiles. En tiempo de Ahmed Shah, el príncipe beluchi Naserkhan era dueño de todo el pais, y el shah le habia abandonado además la

provincia de Shal y otros dos distritos cerca de Dera Ghazi Khan, en premio de sus servicios. La ciudad de Kelat lleva todavia el nombre de Kelat-e-Naser, del de aquel jefe. Ultimamente, las posesiones del khan de Kelat han quedado reducidas por la rebelion; sin embargo cuando la expedición inglesa atravesaba el Bolan, la autoridad del khan se extendia hasta Dader y sobre los distritos vecinos. El gobierno inglés habia creído poder contar con la cooperación eficaz de Mir Mehrab-Khan (así se llama el Serdar), ó al menos con su neutralidad; pero muy lejos de cumplir los compromisos que habia contraído sobre este punto, Mehrab-Khan no habia perdonado medio para molestar la marcha del ejército y oponerse al éxito de la expedición. Semejante conducta no podia quedar impune por mucho tiempo. Así que tan pronto como el shah hubo reasido las riendas del gobierno en Kabul, se acordó deponer á Mehrab Khan. El mayor jeneral sir Tomás Will-Shire recibió, el 17 de setiembre, la orden de dirigirse con una fuerte brigada sobre Kelat. Componíase esta brigada de mil y quinientos hombres, los mil europeos, con seis piezas de artillería. El 13 de noviembre, despues de algunas conferencias infructuosas, habiendo declarado Mehrab Khan que se opondria á la entrada de los Ingleses en el Kelat, una marcha rápida condujo á las tropas delante de los muros de la plaza, y tras una viva escaramuza cerca de la puerta principal, dióse el asalto, y la plaza y la ciudadela fueron tomadas una hora despues de empezado el movimiento de ataque por las columnas. En esta ocasion, como en Ghizni, la lucha fué encardizada, y cuerpo á cuerpo, pero de breve duracion, y por una causa que es del caso indicar. Nunca ha podido el sable luchar largo tiempo contra la bayoneta. La superioridad de esta arma terrible, en dos combates en que tan equilibrados parecian la fuerza física y el valor, ha quedado establecida de una manera incontestable. Mehrab Khan, ómuri, como ya lo habia dicho, sa-

de los Sikhes, y cuya reunion forma el Pandjnd, son el Sutledje (el *Hesudro* de los antiguos), el Beyah ó Beyah (el *Hifasis*), el Ravy (*Hidraotes*), el Chenab (*Acesines*) y el Djelom (*Hidaspes*). El mas caudaloso de estos rios tributarios es el Sutledje, que nace en el lago Mansorowar en el Himalaya tibetano, á cinco millas y doscientos metros sobre el nivel del mar, y probablemente en la inmediacion de las principales fuentes del Indo. A una distancia de novecientas millas de su orijen, y tendiendo por debajo, digámoslo así, el arco inmenso descrito por el rey de los rios de la India, desagua en este último el Sutledje en Mitun Kote. Así pues, á la manera de dos brazos ajigantados, el Indo y el Sutledje abrazan el Pandjab, Cachemira y una parte del Tibet, y el porvenir político y comercial de estos paises está de aquí en adelante sujeto al influjo de la Inglaterra, cuya dominación reconocen hoy dia estos dos rios gigantes y navegables. El Sutledje es navegable para barcas mayores en la mayor parte de su curso. Despues de su union con el Beyah, cuyo caudal es cuando menos igual al suyo, toma el nombre de *Gharra* hasta el Pandjnd. Despues del Sutledje, el Chenab es el afluente mas importante del Indo; no tiene menos de quinientas y cuarenta millas de curso con una profundidad media de diez á doce piés. El Djelom, el Ravy y el Beyah son tambien rios bastante caudalosos y comparables con algunos de los principales rios de Europa por el volumen de sus aguas y la estension de su curso.

ble en mano, á la puerta de su *zenana*. Este jefe habia sido reemplazado en el gobierno inmediato del distrito de Kelat por un serdar beluchistan que parecia afecto á los Ingleses; pero varios de los distritos vecinos se habian vuelto á colocar bajo la autoridad directa del shah.

Las últimas noticias recibidas por la via de Bombay representan todo el Beluchistan en un estado de fermentacion amenazador, no solo para los intereses del shah, sino tambien para el sosten de la dominacion inglesa en el Sindh, y sobre todo para la seguridad de las comunicaciones de la India inglesa con el Afghanistan. Los Ingleses no habian dejado en Kelat mas que un residente con una escolta escasa; un hijo de Mehrab Khan, conducido por su madre, que habia reunido fuerzas considerables para atajar al protegido de los Ingleses y vengar la muerte de Metnab Khan, ha burlado al parecer la vijilancia del residente (el teniente Loveday), embestido súbitamente á Kelat, negociado secretamente con el nuevo jefe, determinado á este último á abandonar el *masnad* (trono) como á sucesor lejítimo de Mehrab, y hecho prisioneros al residente y á su escolta. Por otra parte, una partida crecida de Beluchis (principalmente de la tribu de los *Marries*, una de las mas montaraces del Beluchistan) habia dirigido un ataque contra el fuerte de Kahan, ocupado por los Ingleses; pero se habia malogrado aquel intento (1); y un destacamento considerable enviado de Saker, al mando del mayor Clibborne, al socorro de los sitiados, con mil camellos y otras acémilas, cargadas de municiones y abastos de toda especie, habia sido atacada en las montañas por fuerzas superiores, y despues de haberlas rechazado con denuevo, y haberles causado una pérdida enorme, habia tenido que em-

prender la retirada á causa de las pérdidas que él mismo habia padecido y el desaliento de las tropas, abandonando al enemigo sus dos cañones y casi todo el convoy. Dicen que esta pérdida habia envalentonado tanto á los Beluchis, que habia venido á causar un levantamiento jeneral. Sin embargo, no creemos tan grave la situacion como nos la pintan los periódicos de Bombay, harto dispuestos á tildar al gobierno supremo de imprevision y á exajerar el alcance de los acontecimientos que justifican al parecer su oposicion. Lo que parece cierto es que los Beluchis han hecho un nuevo esfuerzo para sacudir el yugo que les imponen los Ingleses, y que no renunciarán á su bravía independencia que no hayan recibido una leccion mas severa aun que la que un año atrás les dió el mayor Willshire. En setiembre último, se habian tomado ya todas las medidas á este efecto, y es probable que en este momento los serdares sublevados ó son muertos, ó están dispersos y cautivos.

Entre los actos, que han señalado el restablecimiento de Shah Shudjá-ul-Mulk en el ejercicio del poder soberano, uno de los mas espontáneos, así como de los mas reparables por las tendencias nuevas que contribuye á indicar entre los príncipes asiáticos, y que manifiestan el influjo progresivo de las ideas europeas, ha sido la institucion de una orden de caballeria. — Ya hemos tenido lugar de decir algunas palabras sobre este punto (páj. 27, nota), y creemos que se nos agradecerá el que reproduzcamos la carta en la cual Shah Shudjá espresa á su *real hermana* de Inglaterra su reconocimiento por el poderoso socorro que ha recibido de las armas británicas, y el acuerdo que ha tomado para eternizar su memoria. Damos á continuacion la traduccion casi literal de este curioso documento, que se envió de Kabul el 19 de agosto y fué trasmitido inmediatamente á Inglaterra por el gobernador jeneral. Dice así:

« Su Majestad Shah Shudjá-ul-Mulk, rey de Afghanistan, á su gra-

(1) Segun las noticias mas recientes, este fuerte fué evacuado despues, de resultas de un convenio que ha permitido al oficial inglés comandante reincorporarse con el cuerpo de ejército que se formaba en el alto Sindh, con armas y bagajes.

ciosísima Majestad Victoria, reina de la Gran Bretaña é Irlanda.

(Tras los cumplimientos de costumbre)

«Sea conocido por Vuestra Majestad que habiéndome puesto en camino desde Shikarpur, acompañado de las tropas inglesas victoriosas, he subido ahora, por la gracia de Dios y la estremada benevolencia del gobierno inglés, al trono de mis mayores; habiendo caído sucesivamente en mi poder Kandahar, Ghizni y Kabul (1).

«No acierto á espresar mi gratitud por tan sumo beneficio.

«Ruego al Todopoderoso para que conserve y aumente la prosperidad y la gloria de Vuestra Majestad.

«He reflexionado hace algun tiempo en orden á los medios de recompensar á los oficiales europeos y á las tropas que me han acompañado, y que se han espuesto á tantos peligros y fatigas.

«Estoy ahora firmemente resuelto á instituir una orden, que se llamará Orden del Imperio Duranio (*Neshaw-e-Dur-e-Duran*), y que se dividirá en tres clases.

«Deseo conferir la primera clase de mi orden al muy favorable Jorje lord Auckland, gobernador jeneral de la India; al jeneral en jefe del ejército, Sir John Keane; al enviado y ministro de mi corte, W. H. Macnaghten Esg.; al mayor jeneral Sir Willoughby Cotton, al teniente coronel Sir Alexander Burnes, y al teniente coronel C. M. Wade. Destino

(1) Los Ingleses escriben jeneralmente *Ghuznee*, *Mohan-Lall* (1) escribe *Ghaznin* segun la ortografia persa.

(1) Mohau-Lall, cuyo nombre se halla mencionado en las instrucciones dadas á Burnes (véanse en la páj. 51), con motivo de un parte sobre la tribu de los Mazaries, en un Hindo mozo que ha viajado muchísimo á expensas del gobierno supremo de las Indias inglesas. Acompañaba á Burnes y á Gerar en la primera mision á Kabul, y ha publicado una relacion interesante, aunque poco conocida, de esta mision, ó por mejor decir, el diario de sus observaciones durante esta mision. (*Journal of a tour through the Panjab, Afghanistan, Turkistan, Khorasan and part of Persia*, etc. Calcuta, 1834. London, 1835).

las clases segunda y tercera á los oficiales nombrados en las listas adjuntas.

«Como deseo asimismo conferir al ejército entero, así como á los oficiales, algun distintivo en memoria de la batalla de Ghizni, es mi intencion mandar acuñar una medalla que se dará á cada oficial y soldado en aquella ocasion gloriosa.

«Con la mas completa confianza llamo á lo que deseo la benévola atencion de mi real hermana; y estoy seguro de que me hará la merced de permitir que los oficiales y soldados que he mencionado lleven la decoracion que les destino; de este modo habré dejado una memoria duradera, y la relacion de tantas y gloriosas hazañas en esta parte del mundo resonará por el universo entero.»

Se han cumplido las intenciones del shah. La orden del imperio Duranio está brillando ahora en el pecho de muchísimos oficiales ingleses.

En el bosquejo histórico que hemos trazado de los acontecimientos que han producido la expedicion de Afghanistan, nos hemos detenido mas particularmente en las circunstancias que mostraban la importancia política de una de las provincias, antiguas dependencias del reino de Kabul, el principado de Herat. Recordaremos á nuestros lectores que á tenor de la declaracion de lord Auckland, Herat deberia permanecer independiente en adelante, bajo la garantía de la Inglaterra; sin embargo las últimas noticias de la India hacen presentir como objeto ulterior de la expedicion destinada á someter el Beluchistan, la ocupacion de Herat por las tropas inglesas. Parece cierto que los gastos que han tenido que hacer los Ingleses por su compromiso de volver á levantar las fortificaciones de Herat y por la necesidad de proteger á los desgraciados habitantes de la ciudad y de los pueblos vecinos contra las exacciones del rey y de sus ministros, ascienden ya á mas de seis millones. Por otra parte, la conducta vacilante é indecisa del Shah Kamran, las

intrigas perpetuas de su ministro Yar Mohamed, los intentos siempre hostiles del rey de Persia, la falta casi absoluta de administracion y de gobierno regular, y por consiguiente la ausencia de toda proteccion eficaz para el comercio, parecen deber determinar á los Ingleses á encargarse de dirijir mas inmediatamente los destinos de este pais desdichado, ya sea volviéndolo á colocar bajo la soberanía de Shah Shudjá, ya sea dándole un soberano nominal, dirijido, como lo está el rey de Kabul, por un ministro y enviado inglés.

Balkh y Bokhara eran tambien en otro tiempo dependencias de la monarquía Durania. De la actitud que tomarian los jefes de estos paises á donde Dost Mohamed Khan habia ido á buscar un asilo, y de la naturaleza de las relaciones que se establecerian entre estos jefes y el príncipe de Herat, dependia en gran parte la consolidacion mas ó menos pronta del poder de Shah Shudjá. La presencia del amir en el valle del Oxo y en las cercanías del Kabulistan, donde mantenía inteligencias, el rumor mas y mas válido de la aproximacion de una expedicion rusa, destinada á castigar al Khan de Khiva, y que habia de apoyar las tentativas del amir para reasir el cetro del Afghanistan, las intrigas que no podian menos de provocar estas diversas circunstancias, y de que habian de ser los focos principales Herat, Bokhara, y mas adelante Kandahar y Kabul; tales eran las consecuencias previstas é inevitables de la restauracion del shah, y era evidente que Sir William Magnaghten (1) y Shah Shudjá debian frustrar aquellas intrigas, y precaverse contra las tentativas probables de

Dost-Mohamed, antes de poder cumplir la tarea que les impone la reorganizacion política del Afghanistan. El primer afán del gobierno habia sido con efecto los desfiladeros principales que conducen del Kabulistan á los paises que dominan igualmente las nevadas crestas del Hindu Koh y que baña el Oxo, son las llaves del Iran por un lado, y del Turan por el otro (véase p. 36). Para hacer comprender mejor la posicion relativa de estos desfiladeros, trataremos de dar en algunos renglones una idea cabal de la parte septentrional del Afghanistan.

Ya hemos establecido que el límite del Afghanistan al norte era la continuacion occidental de la gran cordillera del Himalaya, el Cáucaso indiano de los Macedones, designado por los jeógrafos orientales con los nombres de Bindu-Koh, Hindu-Kah, Hindu-Kush. Los valles del Abu-Sin, del Londye, (uno de los principales brazos del Kabul), del Kameh, pertenecen á su vertiente meridional; el interior y la vertiente septentrional de esta cordillera no se tan explorado todavía.

La vertiente sur no se ha estudiado mas que en su extremo oeste, estos últimos años, por Burnes, quien ha medido y pasado los desfiladeros principales. El rio Kabul corre al pié de Hindu-Koh y recibe sus afluentes en parte de las montañas avanzadas al sur y al oeste, en parte del terraplen de Kabul, y en parte en fin del mismo Hindu Kush. El pequeño rio que pasa por la ciudad de Kabul es su afluente de menos caudal, pero da su nombre al curso principal. A cuatro jornadas de marcha, al oeste de Kabul, se halla el pueblo de *Sir Tchaschna* (*Sir*, cabeza; *tchaschna* fuente); allí nace el rio, y no lejos de allí se levanta la primera hilera de montañas que se trasponen á la altura de unos tres mil trescientos y cincuenta metros. Es el principio de una cordillera dependiente del Hindu-Kush, conocida con el nombre de *Koh-e-Baba*, y que se estiende hácia el sudoeste, entre Kabul y *Bamiau* (*Alexandria ad Caucasum*). El *Hindu-Kah* ó *Hindu-Koh*, rigurosa-

(1) M. Macnaghten ha sido elevado á la dignidad de baronet del reino unido de la Gran Bretaña é Irlanda, el 11 de diciembre de 1839. El coronel Henry Pottinger fué honrado con la misma distincion en la propia fecha. Este oficial habia adquirido, como residente político en el Sindh, muchos derechos á la confianza del gobierno supremo y á la gratitud de su pais, cuyo comercio hallará, en la libre navegacion del Indio, ventajas inmensas cuya realizacion han sabido acelerar la prudencia y actividad de aquel alto funcionario.

mente hablando, es el pais montuoso que limita la cuenca del rio Kabul al norte, como lo hacen los montes Khaybenes al sur, y cuyo punto mas elevado alcanza al parecer seis mil metros (el *Kund* de Elphinstone, el pico *Kuner* de Burnes). Es el mismo pais montuoso hacia el alto *Kund*, en el cual penetró Alejandro por el valle de *Kuner*, á lo largo del rio *Kame* (el *Koas* de *Tolemeo*). El nombre de *Hindu Kush* ó *Hindo Kosh*, que tiene analogia con el primero y que no pocas veces se ha confundido con él, se refiere tan solo á los pasos mas occidentales entre *Bamian* y el pais de *Balkh*. Segun *Ibn Batuta*, que traspuso estos desfiladeros á mediados del siglo décimo cuarto, la etimología de *Hindu Kush* se deduce de la destruccion causada por el frio entra los Indios que llevaban esclavos á la *Batrina*, y que perecian en estas montañas. Con efecto, *Hindu Kush* significa literalmente destructor ó matador de los Hindos (1). Todo el pais al norte del rio Kabul fué teatro de los combates dados por una de las divisiones del ejército de Alejandro. En el dia es conocido con el nombre de *Kohestan* de *Cabul* (*Koh-e-stan*, esto es, pais de montañas) y sus alturas avanzadas hacia el rio, con el nombre de *Koh-damon*. Tambien los Ingleses han tenido que dar últimamente algunas batallas en aquellos mismos distritos donde la autoridad del shah no está consolidada

(1); pero el verdadero peligro que amagaba á la restauracion nacia en el noroeste del *Kohestan*, mas allá de *Bamian*, en *Khulum*, donde el *Dost* (como familiarmente llaman los Ingleses en el *Afghanistan* á *Aost-Mohamed Khar*) habia hallado un apoyo en el *wali* ó jefe uzbek de aquel paraje, y reunido algunos miles de hombres, á cuya cabeza esperaba penetrar en el *Kabul*, ya por *Bamian*, ó ya por el *Kohestan*. Las negociaciones entabladas desde largo tiempo con aquel vencido temible no habian producido mas resultado que el determinar á su hermano, el *na-wab* *Djabar Khan* y á algunas otras personas de su familia á colocarse bajo la proteccion del gobierno inglés. En cuanto á él, no buscaba en estas negociaciones mas que una sola ventaja, la de ir ganando tiempo y de estender su influjo entre sus compatriotas, mas dispuestos para volver á sus hábitos de vida aventurera que para reunirse en torno de una legitimidad que les venia impuesta por la civilizacion ambiciosa de un pueblo europeo. *Dost Mohamed Khan*, jefe valeroso y hábil, era llorado por sus antiguos compañeros de armas, que no aguardaban mas que una coyuntura favorable para colocarse otra vez bajo su pendon; muchos de ellos habian abandonado ya la causa de *Shah Shudja*; y cuando se hubo comprobado que el anciano *Serdar Barekzai* se acercaba á *Bamian* por el desfiladero de *Ak-Robat*, recién abandonado por los puestos avanzados de las tropas anglo afghanesas para replegarse sobre el cuartel jeneral, una compañía entera de un regimiento afghanés, mandado por un oficial inglés, decampó de noche y se pasó al enemigo. Sin embargo, los movimientos de *Dost Mohamed* no podian ocultarse á la vijilancia de *M. Macnaghten*; y cuando ya no cupo duda de que se acercaba á los desfiladeros,

(1) Esto se refiere particularmente á los seis desfiladeros reconocidos por Burnes, y que culebrean en estas montañas á alturas de tres mil trescientos cincuenta y cuatro metros. Las observaciones de Burnes prueban que *Bamian* se halla ya al norte de la linea divisoria de las aguas entre el Indo y el Oxo (1). *Ibn Batuta*, jefe instruido y viajero célebre, florecia en la corte del emperador de *Dehli*, *Mahmud Togluk*, por los años de 1340. Los viajes de *Ibn Batuta* han sido traducidos del árabe por el reverendo *Samuel Lee*. Londres, 1829, en 4°. *Mohan Lall* da la misma etimología de la voz *Hindu Kush* que *Ibn Batuta*, pero, segun él, refiere la tradicion que todo un ejército hindo pereció en aquellas montañas.

(1) El alto valle de *Bamian* se estiende en una direccion de este á oeste, á corta diferencia, entre los desfiladeros *Kalu* y *Ak-robot*.

(1) El capitán *Eduardo Conolly*, hermano del viajero *Arturo Conolly*, fué muerto en uno de estos reencuentros. Segun aseguran, su muerte es una pérdida, no solo para el ejército inglés sino tambien para la ciencia. El capitán *E. Conolly* era un orientalista sobresaliente.

se enviaron tropas de Kabul para reforzar la brigada de Bamian, bajo el mando del brigadier Deonnie. Habiendo este jefe hecho un reconocimiento en la direccion donde solo contaba hallar la vanguardia del cuerpo enemigo, se halló inopinadamente, el 18 de setiembre último, en presencia del pequeño ejército que el ex amir de Kabul dirigia en persona contra Bamiau. Sin vacilar un instante y á pesar de la inferioridad numérica de sus tropas, puesto que no tenia mas que quinientos hombres de infantería regular, la mitad Hindostanés, la mitad Gurkhas, tres ó cuatrocientos hombres de caballería y dos piezas de cañon que oponer á cinco ó seis mil Uzbeques y desertores afghanes, el brigadier marcha en derechura sobre el enemigo, le desaleja en un instante de sus posiciones, le pone en derrota completa, y le persigue con su caballería que hace en él grandísima matanza. Dost Mohamed Khan, herido en la accion, huye con uno de sus hijos y algunos centenares de caballos (suponen que ha muerto despues); las tiendas y todos los bagajes del amir caen en poder del vencedor. Tal ha sido el resultado de una tentativa audaz sin duda, pero que prueba la idea equivocada que se hacia Dost Mohamed de la inmensa superioridad de la táctica y de las armas europeas, y se exajeraba las esperanzas que él podia fundar en los recursos de que disponia y en las simpatías de una parte de la poblacion á la que habia impuesto su dominacion por espacio de algunos años. Es probable que esta brillante accion de Bamian desalentará completamente á los jefes uzbeques á quienes Dost Mohamed habia logrado interesar en su causa; y si este, sobreviviendo á sus heridas, no hace su sumision (que sin duda aceptaria aun la prudente jenerosidad del gobierno del Shah), corre gran riesgo de ser entregado á Shudjá ul-Mulh por sus antiguos aliados, ó quizá degollado por ellos, con la esperanza de conciliarse mas seguramente con una demostracion tan de-

cisiva, la indulgencia y proteccion del gobierno inglés.

Tal es pues el estado de cosas en el Afghanistan; Shah Shudjá tendrá por largo tiempo todavía á los ojos de los Afgbanes la culpa de haber subido nuevamente al trono con la ayuda de una invasion extranjera. Su posicion, bajo este respecto, es delicada y peligrosa, y no podemos menos de hallar cierta analogía entre Luis XVIII, escribiendo al príncipe rejente que despues de Dios debe la corona de Francia á la intervencion de la Inglaterra, y Shah Shudjá declarando á la reina Victoria, en el habla solemne y pomposa del Oriente, que ha subido otra vez al trono de sus mayores por el favor divino y la *estremada benevolencia del gobierno inglés*, que instituyendo una órden de caballería, quiere eternizar la memoria de aquel grande acontecimiento. No es de este lugar ni cumple á nuestro propósito el establecer un paralelo circunstanciado entre las dos restauraciones, pero nuestros lectores hallarán al menos en lo que llevamos dicho y en lo que nos falta aun narrar (en esta parte de nuestra obra), con respecto al Afghanistan, los principales elementos de una comparacion que, bajo el punto de vista histórico y político, nos parece verdaderamente interesante.

Arduo será, repetimos, el consolar el poder real en el Afghanistan y reorganizar el pais. Crear un ejército regular, establecer comunicaciones seguras y permanentes entre los principales puntos, someter á los jefes turbulentos, proteger y estender el comercio, vijilar los movimientos de los pueblos vecinos al norte y al oeste, tales son los primeros deberes que tiene que llenar ó las primeras necesidades que tiene que satisfacer.

El Shah se dedica principalmente á organizar su ejército, y á disciplinar ante todo su infantería á la europea. Los Afgbanes son en jeneral mas propios para servir en caballería, y en esta arma se han hecho temibles á sus vecinos; sin em-

bargo el Kohistan de Kabul da excelentes reclutas para la infantería. Si el shah logra conciliarse el afecto y la confianza de los principales *Khanes* duranis y ghilzós (luego daremos á comprender la importancia política de estos jefes), no tardará en ejercer sobre la nacion, por su medio, el influjo necesario para venir á afianzar su autoridad. Entonces podrá tratar de introducir reformas que deben haberlas mas bien con los vicios de detall de la administracion interior que con el espíritu de las instituciones, «instituciones admirablemente adaptadas al establecimiento de una monarquía templada por una representacion nacional» cuyos elementos todos se hallan, por decirlo así, á la mano. Basta, para convencerse de esto, echar una ojeada á la organizacion primitiva del pueblo afghanés, tal como se ha mantenido hasta ahora, y que nos ha sido patentizada mas particularmente por la hermosa obra de Elphinstone (1). Ya desde ahora nos parecen indispensables algunas nociones exactas y una indicacion sumaria de las costumbres y hábitos de este pueblo singular para que nuestros lectores puedan comprender cual es la actitud de Shah Shudjá y de sus protectores con respecto á los Afghaneses, y cuales son los elementos políticos del porvenir de su pais.

Solo hace siglo y medio que los Afghaneses están designados en la historia bajo este nombre de *Afghaneses* como pueblo dominador. Ta-

(1) *An Account of the Kingdom of Cabool*, etc. Ultima edicion. 2 vol. en 8^o, Lóndres, 1839.

La obra de Elphinstone abunda de observaciones juiciosas y de preciosos pormenores, sobre todo por lo que concierne á la etnografía del Afghánistan. Burnes, que ha visitado estos paises veinte y tres años despues de Elphinstone, ha confirmado todas las observaciones del último. El mapa agregado á la última edicion de la descripcion del reino de Kabul parece que deja todavía mucho que desear. Consideramos el mapa de Arrowsmith, publicado en Lóndres en 1834 (*Central Asia, comprising Bokhara, Cabool, Persia*, etc.), según las observaciones de Alejandro Burnes, como el mejor mapa jeneral que quepa consultar para la intelijencia de las cuestiones que nos ocurran.

vernier y Chardino hablan de ellos con los nombres de *Aghuanes*, *Aguanes* y *Auganes*, y Tavernier los designa del modo mas significativo con estas palabras: «pueblos llamados *Auganes*, que habitan desde Candahar hasta Kabul, hácia las montañas de Balkh, y que son jente robusta y ladrones de noche. Elphinstone, que los ha estudiado en el pais, habla de ellos como de un pueblo á quien la naturaleza ha dado un carácter muy marcado así en lo físico como en lo moral. Nos representa á los Afghaneses como hombres fuertes, bien formados, con ojos vivos, el rostro largo, la nariz aguileña y el cabello negro ó castaño, por maravilla rojo; sus modales son sencillos y agraciados; su caracter franco, valeroso, sin dureza, aunque sin cultura; llevan la barba larga, lo que les da un aire de gravedad, aunque naturalmente son ágiles, vivos, diestros, presumidos casi en sus movimientos y niños en sus juegos (1); su habla es fácil y abundosa, su memoria activa y fiel (sobretudo por lo que respecta á la jenealogía y á la historia de sus tribus); su ignorancia es menos grande que su modestia y su afan por instruirse. Los Persas los tienen por bárbaros, pero es porque son mas veraces que aquellos y tienen propensiones menos viciosas.

Se echan de ver diferencias bastante grandes entre los Afghaneses orientales y los Afghaneses occidentales; los primeros son morenos como los Hindos; los segundos mas trigüenos; entre unos y otros se encuentran rostros negros como los de los habitantes del Dekan, en medio de rostros de tez clara y animada como los de los pueblos del Cáucaso; pero esta complexion europea es mucho mas comun entre los Afghaneses orientales. Los Afghaneses occidentales están mas groseramente organizados que los del lado de Kabul, son mas pesados, y afeminados que estos últimos. Como los unos se enlazan con la Persia, y los otros con

(1) No es raro, dice Elphinstone, el ver á hombres de edad madura jugar á los bolos, ó á una especie de lucha á la plata coja.

la India, forman en su conjunto una especie de pueblo hindo-persa. Aunque igualmente independientes de uno y otro país, prefieren el traje, el lenguaje y los hábitos persas á cuanto pudiera venirles de la India. A pesar de esto, es un pueblo esencialmente diferente de los Hindos, de los Persas y de los Tártaros, y que habiendo sido uno de los primeros en convertirse al islamismo, ha sabido no obstante resistir valerosamente á todos los conquistadores del Iran. Mohamed, Chingiskhan, Timur, Abas, Nadir, Shah, han hallado siempre á los Afghaneses indomables ó prontos á sublevarse.

La raza afghanesa forma tres grupos principales: los Beluchis, los Ghildjies y los Duranios; descuellan estos tres grupos por el valor militar y los hábitos de pillaje. El de los Duranios tiene disposiciones muy democráticas, y esto no obstante, los hombres que hacen parte de este grupo se hallan casi todos establecidos en las ciudades, al paso que los de los otros dos llevan vida de pastores. La organizacion de las tribus de este pueblo singular es por decirlo así enteramente jenealógica, y puede resumirse en la fórmula siguiente:

Cada familia está bjo el gobierno absoluto de su jefe.

Diez ó doce familias están presididas por un anciano (*Spinzhera*, que significa *barba cana*), abuelo comun de estas familias ó su representante.

Diez ó doce *Spinzheras* reconocen la autoridad de un *candidar*, que representa al primojénito de todas estas familias.

Cierto número de estos componen una subdivision presidida por un *malik* ó *spushir*, quien á su vez ha de representar al antepasado comun.

Varias subdivisiones forman una division rejida por el mismo principio *ancestral*.

En fin, varias divisiones componen el *Khail*, y varios *Khails* forman las grandes familias ó tribus, tales como los Barekzais, los Sadozais, los Ismaelzais, etc. (1).

Cada grupo de *Khails* ó cada *Khail* independiente, y aun cada division que tiene por jefe un Khan, se designa con la voz *ulus*.

Lo que particularmente distingue á los Afghaneses es su amor estrechado á la libertad é independencia. Este impulso ha dado á su carácter un gran fondo de originalidad. Su sistema militar, su caballería, su legislacion y gobierno, todo lleva un tipo, dice Elphinstone, que les es particular. Obedecen ciegamente á su jefe, pero le obedecen porque están viendo en estos jefes la personificación de la fuerza y del esplendor de sus tribus; porque en la grandeza é influjo de su tribu mira el Afghanés la grandeza y el esplendor de su propia familia. Los acompañan en la guerra con la ciega sumision y el tierno cariño de un hijo para con supadre. En jeneral es este gobierno tan ajeno del egoismo como se place en una disciplina militar adusta é inexorable. Los Afghaneses hablan con entusiasmo de la libertad de sus instituciones; siempre están prontos á sostener que *todos los Afghaneses son iguales*, lo que, por mas que quede desmentido por la historia de lo pasado y de lo presente, muestra al menos sus disposiciones naturales y la tendencia constante de sus ideas. Esforzábase un dia Elphinstone en convencer á un anciano de sus tribus, hombre muy inteligente, de la superioridad y de las ventajas de la vida civilizada en nuestras grandes monarquías, comparada con los tumultos, las alarmas y sangrientas discordias, resultado inevitable de su sistema de gobierno; y contestando el anciano con acalorada indignacion á estos argumentos, concluyó con estas palabras: «¡Nosotros amamos la discordia, amamos las alarmas, amamos la sangre, mas nunca amaremos á un dueño!» Con tales ideas, difícil se hace con efecto el gobierno monárquico, y fácil es prever que durante

ca *hijo*, como el *vitch* al fin de los nombres rusos y el *mac* al principio de los nombres escoceses. Las voces *mallik* y *mushir*, de origen arábigo, designan, el primero un rey ó jefe supremo, y el segundo un consejero.

(1) El *zais*, que tan frecuentemente termina los nombres de tribus en el Afganistán, signifi-

largo tiempo, todavía solo la presencia de un ejército inglés podrá contener el ánimo turbulento é inquieto y los vagos anhelos de independencia de estos pueblos, que nunca han mostrado unidad nacional sino cuando se ha tratado de invadir ó de rechazar la invasion.

Los Afghaneses, al paso que aman la guerra, la rapiña y el pillaje, pretenden que no cabe fuerza sin justicia; pero son justos á su modo; la hospitalidad sigue siendo todavía otra de sus virtudes; pero esta hospitalidad no pasa mas allá de los límites de la aldea ó del territorio; pasados estos límites, reaparece en toda su fuerza el derecho de pillaje y no respeta á nadie; amigos y enemigos padecen la ley comun. Tales son principalmente las costumbres de los habitantes de los montes Soliman y del Beluchistan.

Los Afghaneses primitivos residían, según todas las apariencias, en el Paropamisio; entre la India, la Persia y la Bactriana. Los datos que nos proporciona la historia, y que se remontan al tiempo de Alejandro, prueban que, ya en aquella época, habia una diferencia profunda entre los habitantes del Afghanistan actual y los pueblos del Hindostan. Los primeros son activos, briosos, ágiles y emprendedores; los segundos mansos, indolentes, sumidos en un éxtasis y contemplacion habituales. Esta diferencia de índole y de costumbres no se ocultó por supuesto á los Ingleses, quienes se complacian en hallar en los Afghaneses hombres de temple europeo. Bajo este punto de vista los estudió y representó Elphinstone. Otros escritores han ido mas lejos, procurando dar una pintura exacta del estado actual de este pueblo notable, y penetrar al mismo tiempo hasta su orígen, para hacer resaltar ó poner de bulto todos sus puntos de afinidad con la raza germánica, la raza irania, y la de los pueblos que ocupan el Asia central. Entre estos escritores citaremos ante todo á Fr. Wilken, cuya disertacion sobre el orígen y el gobierno de los Afghaneses, muy estimada en

Alemania, no es conocida todavía en Francia que sepamos.

El punto de partida de Wilken es diametralmente opuesto al de sus predecesores. Desde los escritores persas y árabes, tales como *Neamet-Ulla*, *Ebn Basata*, todos los otros, y particularmente *Ferishta*, J. Potocki, A. Burnes, etc., etc., mezclando mas ó menos fábulas con sus relaciones, se han complacido en deducir el orígen de los Afghaneses de la raza judía que habitaban primitivamente los montes del Cáucaso. Wilken protestó contra esta hipótesis ó aserto, en nombre de datos históricos y etnográficos no menos curiosos que incontestables, y que vamos á resumir aquí.

De todos los pueblos conquistados por los musulmanes, los Afghaneses han sido los mas fieles guardianes de su nacionalidad, su organizacion social ha resistido á todas las tentativas hechas por sus reyes para establecer un gobierno despótico. Se parece bajo mas de un concepto á la de los antiguos Persas y á la de los antiguos Germanos.

Los Afghaneses se dividen, como en otro tiempo los Persas en dos grandes clases: 1.^a *colonos establecidos*, 2.^a *pastores*. Estos últimos cambian periódicamente de sitio, en ciertas estaciones del año según sus costumbres, se dividen todavía en Afghaneses orientales y en Afghaneses occidentales. Las tribus mas afaamadas y que ejercen una especie de autoridad sobre las otras son la de los Ghildjies (Gildschí) (1) y la de los Duranios. Estas divisiones no hacen de ellos unos pueblos tan diferentes unos de otros como antiguamente lo fueron en la raza germánica, los Francos y los Sajones. Los Afghaneses deducen su orígen de *Kais-Abduraschid* y de sus cuatro hijos. Este Kais fué, según la leyenda, el primero de su pueblo que, en tiempo de Chaled, abrazó el islamismo. Este mito no tiene probablemente mas objeto que el indicar el orígen de la nobleza afghanesa.

(1) Mohan Lall escribe *Zalfais*.

El rey de los Afghaneses es el jefe del estado; tiene un poder supremo en todos los negocios concernientes al pueblo entero, pero no administraba antiguamente mas que los dominios de su propia tribu, y no se entrometia en los asuntos relativos á las otras tribus sino cuando estas mismas se lo pedian. Sin embargo todas ellas estaban obligadas á subministrarle tropas y á pagar una contribucion. Ya hemos visto cual es la organizacion interior de la tribu; la menos importante de sus subdivisiones cuenta rara vez menos de diez á doce familias.

Así como las tribus se forman de las familias, asimismo no es el pueblo mas que una reunion de tribus. Los vínculos que unen entre sí todas estas partes son los mismos que en lo antiguo unian á los *demen* y á los *filen* (*phylen*) de los Griegos, ó á los *pagi* y á los *vicí* de los Germanos, y cuyas huellas se han conservado hasta el dia entre algunos pueblos de los Esclavos meridionales.

La union del derecho de sucesion á las dignidades vacantes, al derecho de eleccion de los jefes de familia, se funda en las mismas bases que entre los antiguos Francos. Luego que muere un *Khan* ó un *superior* cualquiera, se verifica la eleccion. Ordinariamente se elije al menor de la familia; pero esta es una regla que no obliga á nadie. El rey solo tiene el derecho de aprobacion. Algunas tribus le conceden el derecho de nombramiento, del cual solo puede servirse á favor de los miembros de la familia que por derecho de herencia poseen tal ó cual dignidad. Este sistema de sucesion política espone á los Afghaneses, como tambien sucedia antiguamente entre los Germanos, á guerras intestinas. Toman, según la costumbre adoptada por los últimos, á sus *reges ex nobilitate*, y á sus *duces ex virtute*. Su *Khan* es, como antiguamente el rey de los Germanos, el jefe de la tribu en tiempo de paz. Resigna su poder en tiempo de guerra, en manos de un comandante jeneral ó dictador. Concluida la guerra, los *Khanes* vuelven á ser lo que antes habian si-

do. La administracion interior de cada tribu afghanesa se halla todavía trazada por Tácito en estas palabras: *De minoribus rebus principes consultant, de majoribus omnes* (1). Los *Khanes*, los *malikes* y los *mushires* no pueden pues decidir cosa alguna en las circunstancias graves sin tomar antes el parecer de los jefes de familia y de la masa de sus subordinados. Las asambleas de los jefes de familia, ó las *djirgas*, son convocadas por un *spinzhera* (barba cana), y solo contienen á los jefes de familia. Las *djirgas* (asambleas) de *uluses* se componen de todos los *spinzheras*. Las *djirgas* de los *malikes* solo admiten á sus subordinados, los *mushires*; y las *djirgas* de los *Khanes* se componen solamente de *malikes*. En todo asunto concerniente á la tribu entera, y que deba arreglarse por la decision de todos los jefes de familia, se toman los votos del modo siguiente: los *spinzheras* piden el parecer á los jefes de familia que les están subordinados; pasan en seguida á la asamblea de los *mushires*. Estos forman el consejo privado de los *malikes*, que son el último y único órgano por el cual viene á saber el *Khan* la voluntad de su tribu. Los asuntos concernientes no pasan al través de esta filiacion de las asambleas populares, y quedan decididas ó zanjadas por el mismo *Khan* ó por sus subordinados. Al examinar de cerca esta organizacion, no puede uno menos de creerse transportado en medio de aquellas tribus germanas que arreglaban todos sus asuntos por sus aldeas *gauen*, sus burgos (*matken*) y sus centenas (*zehenter*).

Las *djirgas* ejercen tambien un poder judicial, y su intervencion, jeneralmente conciliadora, sustituye gradualmente á los hábitos sangrientos de venganza la idea de una proporcion equitativa y regular entre la pena y el delito. Solo los Afghaneses gozan de todos los derechos consagrados por las *djirgas*; son, con cortas escepciones, los únicos propietarios y ciudadanos en el pais.

(1) Tácito, *Germ.* II.

Los pueblos que les están sujetos no tienen, al contrario, ningún derecho de propiedad sobre las tierras que habitan. El país entero está dividido entre las diversas tribus, de modo que cada una de ellas posee un distrito por sí sola.

Entre algunas tribus de los Afghaneses orientales, la ocupación territorial sigue, como entre los antiguos Germanos, una tanda; y la suerte es quien lo decide. El sorteo se verifica en épocas periódicas, y de modo que las tierras mas pingües puedan variar de dueños. Esta operación se llama *waish*. En la tribu de los Yusuf-Zais, se verifica por decenios (1).

Los Afghaneses no cultivan todas las tierras que les caben en suerte ni las hacen cultivar por sus colonos, sino que abandonan gran parte de ellas á los pueblos *vencidos*. Estos últimos se dividen en varias categorías semejantes á las que existían entre los esclavos de los antiguos Germanos.

Las relaciones de los Afghaneses con los habitantes recibidos como tales no son menos dignas de atención. A esta clase pertenecen, no solamente los colonos, sino también los arrendadores y los *buzgunes*, conocidos por el nombre jenífero de *Humsayehs* (vecinos). No tienen ni el derecho de propiedad ni el de asistir á las *djirgas*. No obstante pueden hacerse representar en ellas por las personas que ellos mismos nombren. Cada Humsayeh está obligado á escojer un patrono entre los Afghaneses. El número de estos patronos, que recuerda el uso adoptado sobre este punto por los Romanos, es muy crecido en algunas tribus. La suerte de los Humsayehs es por lo jeneral bastante feliz. Sus patronos tienen

que defenderlos y protegerlos con todo su poder y valia y en todas las circunstancias posibles. Los mas de

do el país al norte del río Kabul, desde *Tchitral* hasta *Badakshan*, *Anderab* y *Balkh*. El *Kaferistan* ofrece anchísimo campo á las exploraciones de los viajeros; es una verdadera tierra incógnita en su parte oriental. Elphinstone, en su obra excelente sobre el Kabul y los países vecinos, ha dado una noticia interesantísima sobre los *Kaferes* ó *Siaposhis* (1). Es un hecho muy reparable que no solo estos pueblos (visitados en 1810 por Mullá Nadjid, y cuyos usos y costumbres describe Elphinstone, segun aquel observador musulmán), sino también en jeneral todas las tribus que habitan al norte del Hindu Koli y en la orilla derecha del Indo hasta el pequeño Tibet, pretendan descender de los Macedones del ejército de Alejandro. Es de esperar que M. Vigne, viajero inglés que hace poco ha explorado con detención los países al norte del Hindostan, y cuya relación se está ahora imprimiendo en Londres, habrá recojido noticias curiosas sobre esta cuestión interesante.

Mas abajo y al este de Kaferistan, el país montañoso entre el río *Londye* y el Indo (al norte de Atock) está habitado por la tribu de los Yusuf-Zais, cuya importancia histórica merece mencion particular. Segun las tradiciones y las historias escritas que posee esta tribu, los Yusuf Zais son oriundos del país situado entre Herat y el Beluchistan, en los confines del Dusht-e-Lut, ó gran desierto salobre, y cuando de allí fueron expulsados á fines del siglo décimotercio ó á principios del décimocuarto, poblaron en parte el alto terraplen de Kabul, y avanzando por grados, se establecieron de buenas á buenas ó á la fuerza en los distritos inmediatos á la cuenca del Indo, y mas particularmente en el que hemos nombrado, y donde han enviado colonias por todo el Hindostan. Los Yusuf-Zais no tienen agricultura, ni industria, ni comercio. Propietarios por derecho de conquista, viven del trabajo de las tribus que han sometido; y si el aumento de la población hace precarios los medios de subsistencia, es la emigración un recurso que su audacia aventurera ha sabido explotar ventajosamente de algunos siglos á esta parte. Comparable en algunos puntos con los Lacedemonios por su organización interior, á los Normandos por el carácter y el objeto de sus expediciones, este pueblo turbulento, conocido al este del Indo bajo el nombre jeneral de *Patanes*, ha ejercido, en diversas épocas, grandísimo influjo en los negocios del Hindostan. Los ejércitos mogoles se han reclutado constantemente con sus emigrados. Una dinastía de su vástago ha ocupado el trono de Dehli du-

(1) El conjunto de los países comprendidos entre Cachemira y el Konistan de Kabul puede dividirse en tres rejiones: en las llanuras bajas mas cálidas se han establecido los Afghaneses propiamente dichos; en los valles medios los Yusuf Zais; los altos valles casi inaccesibles de la alta cordillera están habitados por un pueblo muy distinto, los *Kaferes*. El *Kaferistan*, ó país de los *Kaferes* (*Kafer*, incrédulo, infiel, que no es ni Hindu ni mahometano), es de una extensión indeterminada, pero que comprende al menos to-

(1) *Sia*, negro, *posh*, vestidos de negro. Dase este nombre á algunas de sus tribus porque llevan una especie de gaban de pelo de cabra. Véase *Asiatic Journal*, new series, vol. 28, 1839, pág. 133.

ellos son Tadjikes (1) ó extranjeros. Sin embargo, vese tambien entre ellos á algunos Afghaneses procedentes de otra tribu. Los Humsayeh-de orijen afghanés son mas estimados que los otros.

rante tres siglos, y sobre las ruinas del imperio del Gran Mogol, habian levantado la república de los Rohillas, en la antigua provincia de Katakair (al sudeste de Hardwar), hoy día el Rohilkond, desde donde se habian hecho no pocas veces temibles hasta á los mismos Ingleses. Este pais está hoy día enteramente sometido á la dominacion inglesa, así como las otras colonias afghanesas de menor importancia que se hallan en toda la estension del Hindostan, tales como Ferruckabad, Bopal, Karnul, Kadapa, etc.; pero los Patanes son siempre considerados, si no como los mejores, al menos como los mas valerosos soldados del Hindostan.

(r) Bajo el nombre de *That*, *Thadjik*, *Tadschik*, *Tadschek*, hay que comprender toda aquella reunion de pueblos labradores que ocupan el pais superior del Iran, que no pertenecen á ninguna de las razas nuevamente dominantes, y que no tienen mas unidad que la de la misma degradacion ó del mismo envilecimiento. El orijen de la voz *Tadjik* (r) es persa; los Tártaros dan este nombre á la Persia entera, y en lengua mogola significa *labriego ó campesino*. ¿Desde cuándo se ha impuesto á esta parte de la poblacion del Afghanistan? No es fácil determinarlo. Ritter ha probado, apoyándose en los anales chinos, que con esta palabra *Tadjik*, se designa en toda el Asia central á un *hombre que habla el persz*. En tiempo de Timur, llamaban así á todos los habitantes del Iran que no eran ni Arabes ni Mogoles. Este nombre era ya entónces un término de menosprecio y correspondia al *fellah* de los Turcos en Egipto. Malcolm los considera con verosimilitud como un residuo de la antigua poblacion autoctona, que sobrevivió á todas las guerras, revoluciones y sacudimientos desastrosos del Iran. Los Tadjikes se estienden por toda la Persia, todo el Beluchistan, todo el Afghanistan, hasta la Bukharia. Hablan en todos estos paises uno de los dialectos del persa antiguo, con mezcla de neo-persa, de pushtú y de turcoman, y forman una clase de siervos, de los *glebæ adscripti*, de colonos que viven bajo la tiránica dominacion de sus amos.

Al echar una ojeada sobre toda el Asia superior del oeste, desde los montes Hindu-Kush hasta el Tauro, se repara un contraste muy constante y marcado entre los pueblos nómades y los agricolas. Las relaciones de la una de estas dos clases con la otra se parecen á las que ordinariamente existen entre los señores y los siervos, entre la nobleza y el pueblo. El orijen de esta division sube, si damos crédito á los testimonios de

Tal es la organizacion interior de los Afghaneses; todas las tribus de este pueblo gozan iguales derechos y están sujetas á iguales obligaciones. La tribu de los Duranios es la única que se exceptua de esta regla

algunos oficiales de Alejandro el Grande, hasta el tiempo de la expedicion de aquel conquistador en Asia. Los Afghaneses y los Tadjikes son la expresion de mayor bulto que de esta division existe aun hoy día.

Hállanse tambien los Tadjikes en el Turkestan chino, donde están establecidos como en el Turkestan tártaro, en el pais de los Uzbeques y en toda la Persia. Sin embargo su suerte es muy diversa en cada uno de estos paises. En la *meseta del Iran*, donde fueron conquistados por los califas al primer avance del islamismo, permanecieron *siervos* en tanto que duró la dominacion árabe; pero luego que esta se vino al suelo se mezclaron con sus dominadores, y tomaron hasta cierto punto parte sus costumbres, su habla y su civilizacion. Tal fué la suerte de la poblacion primitiva de la Bukharia. El Afghanistan, al contrario, conservó su independencia por mas tiempo; resistió á los Arabes el largo espacio de cerca de tres siglos, y no fué influido por el contacto de esta raza sino cuando pasó bajo la dominacion de la Persia. Entónces fué cuando nació en este pais, de la mezcla de la poblacion árabe y persa con la indijena, la clase de los Tadjikes, clase de trabajadores á los ojos de todas las rancherías nómades que atravesaron este pais; pero clase hondamente distinta de la de los antiguos labradores del Afghanistan, quienes, al acercarse el enemigo, se retiraron á sus montañas, llevando consigo su antigua libertad.

La nobleza del Afghanistan no es presumida, y admite en su seno á los hombres mas incultos, como sean de orijen libre. De ahí es que esta clase creció rápidamente, por la incorporacion de diversas rancherías nómades enteras. Pero conforme iba creciendo, la clase de los Tadjikes quedaba mas y mas sometida. Los mas de los hombres de esta clase se recomiendan por sus costumbres apacibles é industriosas. Son generalmente mas cultos, mas emprendedores é inteligentes que sus amos, para quienes han de trabajar, y á quienes suelen entregar la mitad de sus rentas. En las ciudades se dedican á diversos ramos de industria manual, y se alquilan á tanto al año. Su religion es la de los *Sunis* ó *Sunitas*. En el Sistan (Sejestan) y el Beluchistan, forman la mayor parte de la poblacion. En otras partes están diseminados acá y acullá por grupos, y presentan el triste espectáculo de un pueblo dispersado por todos los vientos de las revoluciones.

Entre las razas de orijen extranjero que han colonizado el Afghanistan, y de las que la mas antigua, la de los Tadjikes, no es todavia mas que un pueblo jóven mestizo, hay que distinguir á los *Kazalbashis* (llamados *Qizilbash* por Mohan-Lall; y *Kuzilbaushes* por Elphinstone),

(1) *Malcolm's History of Persia*, tomo II, p. 606. — Mohan Lall escribe *Tajaks*.

por estar enlazada por vínculos de consanguinidad con la casa real.

Los Duranios están exentos de las

tribu turcomana, que en tiempo de la dominación de las dinastías turcomanas llegó en Persia á un alto grado de poderio, y que después de Nader Shah y de Ahmed Shah, se ha establecido en número de algunos millares de familias, principalmente en Kabul y en las otras ciudades populosas del Afghanistan. Los Kazelbashis, raza inteligente y vanidosa insolente á la par que servil, apasionada á la gloria y á los deleites, compañeros amables, pero amigos peligrosos, están en Kabul en posesión de casi todos los empleos de confianza en las familias grandes y hasta en la corte, y con su número, su union, las temibles cualidades de su entendimiento y su audacia, ejercen bastante influjo en el gobierno y en el pueblo, de quien son aborrecidos no obstante á causa de la diferencia de religion, por cuanto los Kazelbashis son *Shiáhes* zelosos, al paso que la masa de la población pertenece á la secta de los *Sunís*. Los Kazelbashis han visto con ojos envidiosos que los Ingleses hubiesen tomado una parte tan activa y gloriosa en el restablecimiento de la autoridad de Shah Shudjá. Desde la llegada del ejército inglés á Kabul, no han cesado de manifestar, con la insolencia provocadora de su habla y conducta, el odio que les inspiraban estos extranjeros y el menosprecio con que aparentan mirar á las tropas indianas, á los cipahys, cuyo frio valor, perseverancia intrépida y disciplina forman sin embargo tan gran contraste con la loca jactancia, los hábitos corrompidos y la insubordinación altanera de aquellos hijos dejenados de los compañeros de armas de Nader Shah. Según los Kazelbashis, el ejército anglo-indiano ha debido su salvación á la moderación de ellos. « Si no fuera por esos hombres blancos, dicen, pronto acabaríamos con ese rebaño de Hindostanis. » Parece que una refriega bastante seria ocurrida en las puertas de Kabul ha humillado la insolencia de aquellos *gorros encarnados* (1), enseñándoles que el cipahy les es tan superior en verdadero valor y en mérito militar como en conducta y valor moral. Los Kazelbashis son buenos mozos, van bien montados, bien armados, tan dispuestos á darse por ofendidos como á ofender á los extranjeros, sobre todo á los Europeos, á quienes aborrecen; con tales disposiciones parece difícil que la permanencia de las tropas inglesas en Kabul pueda dilatarse mucho sin venir á ocasionar alguna colisión sangrienta entre ellos y los Kazelbashis.

Además de estos extranjeros, hay tambien en los llanos del alto país afgánés varios residuos de las innumerables rancherías de conquistadores que los atravesaron. En esta categoría, los Hazarehes ocupan, por su número, el primer lugar; síguenles los descendientes de los Mogoles, de los Tártaros, Calmucos, Kurdos, Lesguis y de

contribuciones territoriales. Los reyes de los Afgánés hacen parte del *Ulus Populzai*, y particularmente de la familia *Sadozai*. Esta familia, disfruta privilegios de consideración; ninguno de sus miembros puede ser condenado y castigado sino en virtud de un decreto pronunciado en el seno de la familia. El Khan del *Ulus* de los *Duranios* no tiene ningun poder sobre individuo alguno que pertenezca á la familia *Sadozai*. Sus personas son sagradas y están colocadas, con el consentimiento de la nación, al abrigo de todo ataque particular, aun cuando fuese el mas justo.

Wilkes ha probado que existian grandes analogías entre esta organización *democrática* y *monárquica* á un tiempo (con privilegios á favor de una tribu particular), y la organización política de la Persia antigua en tiempo de Ciro. Con sus sabias investigaciones ha dado un grado grandísimo de probabilidad á la hipótesis de Klaproth sobre el origen de la lengua *pushtú* (1), vínculo comun de todos estos pueblos. La constitución primitiva de los Afgánés, constitución enérgicamente vaciada en el tipo de la individualidad persa, apoya esta hipótesis tan decididamente como la misma lengua. Según Klaproth, Wilken y Ritter, el *pushtú* es de origen perso-medo. Las investigaciones mas recientes confirman

otros pueblos del Cáucaso. Encuéntranse tambien algunos Abisinios; el rey de Kabul los tenia en otro tiempo á su servicio en clase de guardias de su persona. Algunos hombres salidos de esta casta han hecho en el Iran un papel reparable. El número de Judíos establecidos en el Afghanistan no es de consideración; los mas de ellos residen en el Kabul, y se dedican al comercio del alta Asia hasta la China.

Resulta de lo espuesto que están ahora viviendo en el Afghanistan unos junto á otros una multitud de pueblos de orígenes diversos, que hasta cierto punto han conservado sus hábitos y costumbres; pero rara vez admitidos en el seno de las poblaciones indígenas de modo que puedan llegarse á fundirse en ellas; y como no pueden conservar su individualidad como pueblo, han pasado generalmente como siervos bajo el yugo de los mas prepotentes.

(1) Un Afgánés se llama á si mismo *pushtane* ó *pushtune* (en plural *pushtané*) de donde por corrupcion se ha venido á formar *patane*.

(1) Esto significan las palabras *Kazel-bash*.

al parecer las analogías que ya se habían sospechado entre el *pushtú* y el sanscrit (1); pero es punto este que se ha de despejar mucho todavía. Sea como fuere, la lengua de los Afghanes dista mucho de ser armoniosa (2). Sin embargo esta lengua, según Elphinstone no carece ni de expresión ni de energía, y se presta á los sentimientos mas apasionados; tiene su poesía, y hay bastantes *pushtus*, sobre todo de dos siglos á esta parte.

Ahmed-Shah compuso una colección de odas en *pushtú*; su hijo Timur publicó otra en persa. El shah actual, Shah-Shudjá, está muy versado en la literatura árabe, persa y *pushtú*. En un país donde se honra á la poesía, tarde ó temprano se revela el amor al hombre á pesar de las instituciones que señalan á la mujer el papel de esclava y la condenan á no traspasar los límites de la vida interior. Es el amor un impulso muy frecuente entre los pueblos nómades ó guerreros del Afghanistan, y que al parecer presenta entre ellos caracteres muy parecidos á los que distinguen al amor verdadero según nuestras ideas europeas. La condición de las mujeres, á pesar de las restricciones que imponen los hábitos musulmanes es feliz en estos países y el influjo del sexo hermoso se manifiesta muchas veces en los acontecimientos que cambian el destino de las familias, y hasta el del estado. La llamada de una mujer á la protección de un Afghánés jamás fué en balde, y hasta la forma de esta llamada ofrece cier-

ta sencillez y nobleza, como la confianza de que viene á ser una prenda. Así fué como, después de muerto Timur-Shah, la reina favorita, madre de Shah Zeman, envió su velo á Sanfraz-Khan, jefe de la tribu de los Banekzais, y colocándose así con su hijo bajo la protección de aquel poderoso Serdar, le impuso la obligación de apoyar las pretensiones de Shah-Zeman al trono.

Elphinstone evaluaba la población total del Afghanistan y de sus dependencias en mas de catorce millones. Lo que queda del antiguo imperio decranio, bajo la dominación de Shah-Shudjá, cuenta probablemente todavía de ocho á diez millones. Esta población está muy mezclada y es muy movetiza para que quepa darle prontamente la dirección saludable que debe conducirla á un venturoso porvenir. Sin embargo, échase de ver en el fondo del espíritu afghánés y en la constitución de los pueblos que habitan al oeste del Indo, tendencias europeas que tarde ó temprano logrará desarrollar el influjo de la civilización inglesa.

Nos proponemos dedicar una de las secciones de la cuarta parte de esta obra á una descripción sucinta, pero completa, de los países afghaneses, considerados bajo el punto de vista histórico y etnográfico, y mas particularmente en sus relaciones con la India inglesa; pero hemos creído deber dar á conocer ya desde ahora á nuestros lectores los rasgos mas salidos del carácter de los pueblos que habitan la derecha de la cuenca del Indo y los hechos recientes que muestran la determinación de la Inglaterra de disponer según le parezca del porvenir de estos pueblos. La Francia empieza ya á comprender que tiene algun interés en saberlo que está pasando en aquellas regiones lejanas. Las noticias de la India ocupan cada mes varias columnas de sus periódicos, y ejercen á intervalos un influjo lejítimo en los debates parlamentarios. Impórtale, pues á la Francia familiarizarse luego con las naciones que son, por decirlo así, los elementos de toda apre-

(1) Véase *Asiatic Journal*, diciembre de 1839, pág. 255.

(2) La tradición se ha divertido sobre este punto. Según ella, habiendo cierto rey enviado á su visir para estudiar las diferentes lenguas de la tierra y traerle vocabularios de ellas, el visir, á su regreso, trató de dar á su amo por medio de citas una idea de cada lengua. Cuando llegó al *afghani*, se paró, y tomando un vaso de estaño en el cual habia metido un grueso guijarro, empezó á sacudir el vaso. Sorprendido el rey, le preguntó qué significaba aquel ruido; y el visir le contestó que no habiendo conseguido aprender la lengua de los Afghaneses, no habia acertado con otro medio para dar de ella una idea á su Majestad.

ciacion conveniente y atinada de los acontecimientos que conspiran, á cambiar la faz del mundo asiático. En esta conviccion nos hemos apresurado á bosquejar la relacion de la expedicion inglesa mas allá del Indo y á someter á nuestros lectores un rápido resumen de las causas y de los resultados de esta expedicion. La actitud definitiva que tomarán los pueblos del Afghanistan, tanto con respecto al soberano á quien ayuda la Inglaterra á reinar sobre ellos, como con respecto á los jefes del Asia central, á la Persia, é indirectamente á la Rusia, ejercerá grandísimo influjo en el porvenir político y comercial del vasto imperio hindo-británico. La organizacion interior de los Afghaneses es muy reparable. Hay en este pueblo un sentimiento profundo de nacionalidad, una vida de conjunto cuyos elementos diseminados podrán reunirse un dia é impulsarse por una mano inteligente. Desde aquel dia, el poderío inglés se verá consolidado ó amagado del golpe mortal. Las ventajas que ofrece la posesion del Afghanistan como valla, y en caso necesario, como teatro de operaciones militares, son ciertamente inmensas. El capitán A Conolly, en una obra que encierra una multitud de noticias preciosas sobre el estado de los países al norte y al oeste de la India británica ha dedicado un capítulo interesantísimo al exámen de la importante cuestion de la *Invasion de la India por tierra*. Demuestra con la mayor evidencia, que si los Afghanes se resolviesen á resistir á sus opresores, como cuerpo de nacion, las dificultades que rodearian al ejército invasor durante su marcha serian tal vez insuperables; manifiesta que en este caso los Afghaneses podrian destruir ó desviar fácilmente las pocas provisiones y recursos que ofrece el país, que nada pueden prometerse y tienen mucho que temer por la invasion de los Rusos, que son los enemigos naturales de los pue-

blos, cuya alianza deben buscar los Rusos para encontrar en ellos á sus primeros aliados, sean Usbeques ó Persas, que alimentan por otro lado una antipatia fanática contra los últimos (1). Los Afghanes solos dueños de los pasos, podrian oponer una resistencia formidable á toda tentativa de invasion, y es muy presumible que no podrán penetrar jamás á viva fuerza en el Afghanistan, ni por el norte, ni por el oeste, esto es: por Balkhó Meshed sin tener que sufrir enormes pérdidas. Parécenos evidente por otra parte que con el auxilio de la estrategia y de la táctica europea, y en país tan escabroso como aquel, un ejército combinado anglo-afghan podria burlarse de todas las fuerzas que la Rusia trajese del norte ó del oeste, para intentar la conquista de la India. Antes de echar una ojeada sobre las causas que pudieran arrastrar á la Rusia á verificar alguna tentativa de invasion cuya posibilidad no parece ofrecer el estado presente de la jeneracion india, reasumamos en pocas palabras la cuestion del Afghanistan.

La deduccion mas positiva para nosotros, de cuanto acabamos de leer, particularmente por lo que hace al Afghanistan y al Sindh, es que los pueblos de estos países del otro lado del Indo, envueltos desde mucho tiempo atrás en la agitacion y desorganizacion política deben abandonar tarde ó temprano, á la Inglaterra ó á la Persia, esta última bajo la influencia y con el concurso de la Rusia, la direccion de sus negocios. La Inglaterra ha escogido el momento favorable, y ha establecido su supremacia, lo cual no solo estaba ya indicado por la naturaleza de las cosas, sino tambien particularmente, por la necesidad de las condiciones de existencia del imperio indo-británico.

Lo que nos parece despues mas evidente es: que debiendo elejir entre los jefes barekzais y sadozais, legítimos sucesores de Timur Shah, los Ingleses no podian ni debian va-

(1) *Journey to the north of India, overland from England through Russia, Persia and Afghanistan*; by lieut. Arthur Conolly, 2 vol., 2 edit. Revised. London, 1836, Bentley.

(1) Los Afghanes tienen á los Persas por herejes, *shiahs*; los Afghanes se denominan *Sunís*, mahometanos ortodoxos.

cilar en sostener la causa de Shah-Shudjá, como la mas popular á presencia de los hechos que atestiguan á favor de este príncipe, y contra los Barezais, mucho tiempo antes que se resolviese la expedicion al otro lado del Indo. El resultado de la expedicion, ó para hablar con mas propiedad, el modo con que esta expedicion fué llevada á cabo, ha sido la mas ostensible confirmacion de la sabiduría con que vino á resolverse, tomando en cuenta los grandes intereses de que se trataba. Hemos visto los Serdares de Candahar, hermanos de Dost Mohamed, huyendo á la vista del combate sin pelear, y casi solos; el pueblo de esta antigua capital del imperio acoger con entusiasmo, y victorear con aclamaciones la vuelta del soberano lejítimo. Dost Mohamed se ha visto obligado á tener á su vez que apelar á la fuga, abandonado de sus soldados. Un año despues, tuvo que apelar al apcayo de partidas de extranjeros para volver al Afghanistan á excitar un nuevo levantamiento en su favor. Sabemos cual ha sido el resultado de tan desesperada tentativa. Por último resultado, á escepcion del brillante combate de Ghizni la soberanía fué transferida á Shah Shudjá sin ninguna batalla formal. Un poder que hubiese tenido por base la afeccion del pueblo, ó bien la habilidad y los recursos de los depositarios de este poder no se hubiera hundido en tan cortos instantes y por su propio peso. Alegar que el país se halla infestado de ladrones armados que lo mismo roban al indio que al afghan y al inglés que se separan del campamento de las ciudades en que la autoridad de Shah se halla bien garantizada, no trae novedad al asunto, y nos referimos á los publicistas ingleses que han tratado estas cuestiones con la mayor imparcialidad (1). Es necesario no olvidar, que el Afghanistan es un país, en el cual ha habido tribus enteras que han sido *ladrones de profesion* desde tiempo inmemorial (véase páj. 88), y que

el mismo país se ha hallado en un estado continuo de desorganizacion desde cincuenta años á esta parte. La vida y la propiedad no tenían mas garantías que en el día, en la época en que Elphinstone visitó el Afghanistan, ahora hace treinta años. Su narracion está llena de anécdotas de rapiña y de violencia, y poco faltó para que el Gran Señor duranio que salió á su encuentro para conducirlo á su corte, no fuese robado en el camino. Nada hay pues de particular, que siendo tal el estado de aquella sociedad, el instinto por la independencia y el amor al botin no sean mas poderosos que la afeccion por una dinastía. Sin embargo, lo repetimos Shah, Shudjá es amado por la generalidad de sus súbditos, y respetado de todos como el primojénito de los Sadozais, y si sabe adoptar el sistema de alentar el comercio y proteger la agricultura y las artes familiarizando gradualmente á los señores del país con las formas del gobierno representativo cuyos elementos son ya allí conocidos, y con los beneficios de la centralizacion, en pocos años podrá acallar las quejas de sus súbditos, por el apoyo que interesadamente le prestan las bayonetas inglesas (1).

(1) Shah Shudjá, en el concepto de los que se han hallado en situacion de poderlo conocer y juzgar mejor, no es un hombre vulgar. Al contrario, parece que reúne á un alto grado todas las calidades que concilian á un príncipe el respeto y la afeccion. Durante su largo destierro á Ludhiana habia sido tratado y habiase siempre conducido como rey. Así es que nos ha parecido curioso reunir los testimonios unánimes de los viajeros ingleses sobre el asunto (1): el del in-

(1) La revista de Edimburgo en su número de julio último, ya citado, recopila como sigue las opiniones vertidas por muchos escritores distinguidos, sobre el particular.

«Se ha pretendido, aunque muy gratuitamente, que Shah Shudjá era un príncipe débil y tímido, y que lord Auckland habia querido proteger su causa injustamente.» La historia de su vida se halla sembrada de rasgos de valor y de energía, así como de moderacion, (demasiado frecuentes contra sus intereses) de bondad y de indulgencia para con muchos ambiciosos ingratos. Si hubiese guardado menos miramientos en el ejercicio de su poder supremo, tal vez no lo habria perdido jamás. Mr. Elphinstone, á quien

(1) Véase *Edinburgh Review*, n.º CXLIV. — 1840.

Volviendo la vista atrás y comparando la actitud política de la Inglaterra en la India, treinta años atrás,

crédulo y agudo Jacquemont merece ser consultado, así que, tomamos de su grande obra sobre la India, cuya impresion se está haciendo en casa

nadie disputará el derecho de saber juzgar rectamente en esta materia, habla de él en todas ocasiones, en términos que indican que habia formado muy elevado concepto de este príncipe. La sola observacion que haya hecho sobre el particular, es que no le consideraba con bastante jenio y enerjia para reorganizar un gobierno, hundido ya en la anarquía, y que se desplomaba en ruinas. Shah Shudjá ha recibido desde entónces mas de una leccion en la escuela de la adversidad. El testimonio de sir Alejandro Burnes prueba, por lo menos bajo cierto punto de vista, que el desgraciado príncipe habia adquirido en su destierro una esperiencia que lo elevaba á mas alto nivel del que figuran los hombres comunes de su clase en aquellos países. Hablando de la autobiografía que le regaló este príncipe, se expresa así: « Este libro contiene detalladamente su vida y sus aventuras en estilo natural y sencillo. No se encuentran en él aquellas citas del Coran, aquellas metáforas incesantes, aquellas continuas extravagancias en que suelen abundar los libros orientales. Tampoco se encuentran en sus narraciones los milagros que suelen hacer intervenir casi siempre los historiadores musulmanes, en favor de sus héroes. La obra, en una palabra, es lo que en Europa llamaríamos una relacion de acontecimientos interesantes.» Un príncipe mahometano capaz de escribir y obrar con tanta inteligencia y resolucion, como ha ostentado Shah Shudjá, ya sea para evadirse con su familia de las manos de un protector, dice el original, creo que equivocadamente perseguidor tan vigilante y tan peligroso como Randjit Singh, sea en otras ocasiones difíciles, no presenta lunares que puedan contribuir á que sea tachado de cobarde y de imbécil.

El capitán Wade hizo anunciar á los dos príncipes que deseaba presentarme en su audiencia, y les rogó señalasen el momento en que seria de su gusto admitirme. Su consentimiento podia considerarse obtenido, y el deseo de visitarlos era un acto de cortesania que les ofrecia mas bien que un favor que se hubiese de impetrar en mi obsequio (1). Ambos señalaron el día inmediato.

Primero fuimos á la morada de Shah Zeman, con tan poca pompa como la que debíamos en-

trar en ella para recibirnos, á caballo en nuestros poneyes. Uno de los oficiales de su casa salió á recibirnos en un miserable tato. Entramos en un patio, demasiado modesto, y nos apeamos. Habia allí muchos Afghanes de la casa del rey, uno de ellos con mejor ropaje que los demás, por desempeñar algun ministerio superior, nos condujo á un pequeño jardín, en torno del cual hay algunas casitas nada lujosas: subimos unas cuantas gradas de una de ellas, que era la que habitaba el rey. El anciano nos esperaba: lo encontramos encojido en el fondo de la sala, rodeado de almohadones. A su derecha, pero á bastante distancia, se hallaba uno de sus hijos, sentado en el suelo; personaje que se mantuvo mudo é inmóvil mientras duró nuestra visita. Permanecemos en pié á la izquierda del Shah y cerca de él, pero como no habla el Indostan, Wade le habló en mi nombre en idioma persa.

Por lo demás, el príncipe se hallaba de buen humor, cuanto puede conservarlo un rey viejo, ciego y destronado. Tuvimos cuidado en dar rienda á sus discursos. Cuando supo que me dirigia á Cachemira, manifestó envidiar mi suerte, y nos habló de los gozes de Kabul. Desde su destierro y eeguedad ha hecho un viaje á la Meca, enteramente por tierra. Parece que por todas partes ha sido tratado con bastante miramiento, aunque no pudo eximirse del tributo que exigen los Arabes á los peregrinos. Atravesó la Persia en un elefante y el desierto en una litera sobre dos camellos, jénero de transporte por cierto bastante incómodo. Bagdad es el lugar de su viaje del cual conserva mas lisonjeros recuerdos. Allí recibió un mensaje del Gran Señor, el cual le ofrecia una pensión mensual de 6.000 rupias (15.000 francos), en una ciudad del Asia Menor, proposicion que ha sentido mas de una vez no haber aceptado. A pesar de sus desgracias todavia sentia un amor intenso por su tierra natal. Pero tuvo rubor de confesarnos la absurda esperanza que todavia mantenía en aquella época, aunque ciego, de volver á poseer la corona. Hace poco tiempo que ha venido en fin á abandonar enteramente este pensamiento, entregándose todo á la devocion. Dice que ya no le queda nada que hacer en este mundo, si no es prepararse para dejarlo. Pasa la mayor parte del tiempo en escuchar la lectura del Coran, y continuamente se halla contando los granos de su rosario. Su peregrinacion á la Meca es su recuerdo favorito. Si tuviese que volver á empezar á vivir, no quisiera ser rey, sino que seria fakir ó peregrino. « ¡Qué

(1) Jacquemont se engaña, á nuestro juicio, cuando raciocina sobre estas pequeñas circunstancias, y su misma narracion lo confirma. Lo advertimos, porque deseamos que nuestros lectores no juzguen falsamente del carácter injenuo de los príncipes duranios, que no creemos haya penetrado bastante Jacquemont, particularmente de los últimos.

(1) Viaje á la India por Victor Jacquemont, 4 vol. grande en 4º.

con los que esta misma Inglaterra acaba de ejecutar en las orillas del Sutledjey del Indo, no puede uno dejar de

cosa mas feliz, dice, que la condicion de un hombre sin cuidados sobre la tierra, viajero por vocacion, con el pensamiento constantemente embelesado, en que una vida tan santa aquí bajo le prepara la eterna bienaventuranza en el cielo. Desde que se ha retirado en Luddiana, ha solicitado varias veces del gobierno inglés el permiso para hacer nuevas peregrinaciones, pero señalaba los lugares tan indiscretamente, que aquel gobierno debia suponerle otras intenciones y negarle su permiso. El gobierno por otra parte, permite que el corto número de personas que lo frecuentan, le tributen honores reales, lo mismo que á su hermano Shah Shudjá, pero el gobierno no pudiera adherirse á que los príncipes destronados recorriesen la India bajo el carácter real que se les permite á puerta cerrada. Shah Zeman, queria últimamente hacer un viaje de peregrinacion por el lado de Guzerat, en ocasion en que uno de los príncipes musulmanes del oeste habia tomado una actitud imponente contra los radjahs indos sus vecinos, y parecia estar dispuesto á vadear el Indo para invadir el Sind. Existieron pruebas de que Shah Zeman se hallaba en correspondencia con él, y que se proponia hacer una tentativa sobre el Afghanistan.

Wade, para indicarle que descabamos retirarnos, le hizo mis cumplimientos de despido, á los cuales contestó el anciano príncipe con algunas palabras de atencion, y nos marchamos.

Shah Zeman tiene cerca de 60 años, pero no parece tan viejo. Su tez es morena amarillenta, y sus facciones bastante bellas. Su barba, teñida, muy bien ordenada y realzando su aspecto, parece, por lo muy poblada, una barba postiza, y disimula mucho su edad. Hallábase vestido con suma sencillez, solo me llamó la atencion la singular belleza del chal que rodeaba su cabeza en forma de turbante.

A pesar de su edad y de su grande devocion, no ha renunciado todavía á las mujeres. Tiene un pequeño serrallo, y pasa en él muchas horas todos los dias, y me olvidé de decir, que durante nuestra conversacion, se quejó del abatimiento de sus fuerzas, y sabiendo que era médico, me pidió algun remedio para reanimarlas. Yo le remiti al doctor Murray que lo visita con frecuencia de muchos años á esta parte.

Ciertos dias de fiesta se permite á los muchos de los mercaderes de joyas y tejidos de la ciudad, que entren con las mercancías de sus padres en el pequeño jardin que atravesamos para entrar en la habitacion del rey. Las mujeres de su serrallo se pasean entónces con libertad por dicho sitio, y hacen sus adquisiciones en estas especies de ferias infantiles. Es el único pasatiempo que rompa alguna vez la clausura en que viven.

Esta costumbre es imitada de la corte de Persia, de la cual Ahmed Shah habia copiado toda la etiqueta. La misma existia tambien en la corte del Gran Mogol.

maravillarse. Echáronse á un lado las perplexidades de miras, las contemplaciones en los medios, y la estu-

Shah Shudjá, á quien fuimos á visitar despues, vive bastante cerca de su hermano. Recibíonos uno de sus oficiales en un jardin bastante capaz y hermoso, en donde suele recibir dos veces la semana á las nueve de la mañana, á todos los que se presentan. Pero habia pasado la hora: dijosenos que nos habia esperado bastante tiempo, y que se habia retirado ya á su harem, aunque dijo que volveria. Nos paseamos por espacio de mas de media hora sin que compareciese. El que nos hacia compañía era un hombre viejo, pero de bella y agradable figura, y vestido con elegancia. Noté las largas trenzas de cabello cano que le caian sobre sus espaldas, y me maravillaba de ello, porque los Afghanes tienen rapada la cabeza. Wade me esplicó la causa de aquella magnífica cabellera: oculta unas orejas cortadas, que tal vez el mismo Shah Shudjá mandaria cortar.

Al fin se nos dijo que el príncipe nos aguardaba en su sala. Atravesamos algunos patios muy tristes, en cuyas puertas estaban de guardia algunos soldados cubiertos de harapos de color de grana, con cierto aire de abandono, y por fin entramos en una gran sala rodeada de una galeria, con la misma tropa. Shah Shudjá estaba sentado en una silla, sin mas corte que cuatro miserables enucos que permanecian en pié detrás de él á alguna distancia. Saludámoste á la moda india, y nos volvió el saludo con un leve movimiento de cabeza, sin llevar la mano á la frente. Detuvimos á algunos pasos, pero nos hizo adelantar hasta su inmediacion, y permanecimos en pié á su izquierda durante toda la visita. Su exterior me complació extraordinariamente, y sus modales no me gustaron menos. Es persona de alta talla, bien fornido, sin que pueda llamarse gordo: rasgos de fisonomía nobles y regulares: un porte lleno de dignidad y de gracia. Todavía no habia visto á ningun personaje oriental con exterior tan distinguido. Comprendía bastante el lenguaje indostan, y alguna vez me atrevia á hablarle sin intervencion del intérprete, pero sus contestaciones constantemente en idioma persa debian traducirse casi siempre por Wade. Interrogóme mucho acerca de mis viajes, y dió á conocer que comprendia su objeto. Díjеле que estaba aguardando, de un dia á otro, pasaporte de Rendjit Sing para ir á Cachemira; con este motivo habló de Rendjit sin mucha consideracion, y de Cachemira con entusiasmo. Habia sido la mas rica joya de su corona, y la conservó poco tiempo. No estuvo en dicha ciudad sino durante sus expediciones militares que dirigió para reconquistaria y para tener mas ocasion de sentir su pérdida. En tiempo de su prosperidad, bajo los emperadores mogoles, Cachemira le reedituaba una *crura* de rupias (25 millones de francos), pero nunca percibió mas de 28 *lacks* (7 millones).

Contónos el príncipe, esto es, á mi solo, porque Wade sabia de memoria la historia que me referia, tanto la habia oido, y consistia en algunos

diada circunspeccion en el lenguaje. En 1809 las estipulaciones de los tratados, alejaban toda intervencion,

como hemos visto, por parte de Inglaterra, á no ser que fuese solicitada. En 1839 esta intervencion queda

detalles de su última y desgraciada expedicion á Cachemira; era esta: una abundante nevada le habia cerrado la entrada, cuando casi llegaba á ella, y mucha parte de su poblacion lo esperaba como á su libertador. Su reducido ejército se componia casi todo de Indios de los llanos, y el repentino rigor del clima de las altas montañas los desconcertó y heló de tal modo, que no le fué posible llevarlos adelante, por lo que se vió precisado á retirarse, ó mas bien á entregarse á la fuga, sin mas escolta, á poco tiempo, que algunos de su fiel servidumbre. Entónces fué cuando atravesó las montañas de Kul y camió por la nieve durante tres dias para llegar á orillas del Sutledje, frente de Kotgurb.

Cachemira, decia, seria una fácil conquista para un corto ejército disciplinado y montado á la europea, y acaso no se necesitaria mucho mayor para conquistar al Afghanistan. La escolta de Mr. Elphistone, añadimos nosotros, habria bastado para decidir de la suerte de la guerra, cuyo éxito fué tan fatal á Shah Shudjá. Los ejércitos reducidos del Afghanistan no solo son los mas insubordinados, sino la tropa mas pérfida del mundo. El jefe mas popular puede verse de repente sin un soldado el dia de una batalla. La traicion en este pueblo es mas bien un juego de capricho que una premeditada maldad.

La pérdida de la corona no es lo único que atormenta al monarca depuesto, es el pais, la tierra natal. Habla con suma conmocion de las montañas de Kabul, de sus pastos y bosques, de las aguas limpiadas y heladas de sus torrentes, de los placeres variados que ofrece allí la mudanza de estaciones, de las nieves, de las cacerías, de las flores y del brillo de la primavera, de las frutas del estio y del otoño.

El objeto de mi viaje le dió bastante á conocer que era médico, y á corta diferencia me hizo la misma declaracion que su hermano, aunque en términos mas ambiguos: atribuyó á su estómago la causa de su inercia. Hiciele algunas preguntas acerca de su salud, y sus contestaciones me confirmaron en que su lozania era solamente exterior. Díjele que la falta de apetito de que se quejaba, provenia sin duda del poco ejercicio, y le aconsejé que pasease mucho y comiese parcamente, añadiéndole, que la moderacion en todas las cosas era el mejor medio de restablecer el equilibrio de las funciones que desordenaban los excesos; por lo demás, le aconsejé por último, que siguiese las prescripciones y los consejos que le diese el doctor Murray sobre su salud.

Sorprendióle verme con espejos, y todavía mas, luego que supo la causa, pues no tenia la menor idea del *miopismo*. «¡Cómo me dijo, ¿los médicos europeos no han hallado ningun remedio para preservar la vista de tales accidentes? — ¿Los espejos, le contesté, no son un admirable remedio contra la enfermedad?» y pa-

reció quedar convencido de la exactitud de mi réplica.

No hizo el menor elogio del pais de Ludhiana. La monotonía de las llauras, los insupportables calores del verano son mas duros para un hombre criado en la montaña y le hacen sentir mas su destierro. Wade le hizo acordar que le habia aconsejado muchas veces pasase el verano en Simla, y habló con cierta seguridad del consentimiento del gobierno si le hiciese tal peticion, pero el príncipe desvió la conversacion. La visita se hacia ya larga, y procuré terminarla, expresándole mis sinceros votos por su restablecimiento en el trono de Kabul, añadiéndole, que en tal caso, creia que podria visitar con toda seguridad aquel pais, casi enteramente desconocido á los Europeos. Shah Shudjá contestó con expresiones muy atentas y de buen gusto, y nos despidió.

No es posible manifestarse mas elevado que este príncipe destronado, ostentar mas dignidad en la desgracia sin vanidad ni acritud, ni mas nobleza y buen tono sin afectacion.

Su traje era escogido sin magnificencia. En torno de su cabeza tenia ceñido un turbante que consistia en un chal de cachemira de un dibujo muy delicado, de color verde claro. Llevaba una bata de grandes mangas del mismo jénero que el turbante, pero de fondo blanco lleno de elegantes palmas del grandor de la mitad de la mano; este ropaje se ceñia en el pecho con un grande broche de pedrería en forma tambien de palma; llevaba un puñal en la cintura muy sencillo; un baston de caña de India con puño de cristal de roca; pantalones de seda eucarada y medias de cachemira de varios colores, y chinelas de marroquin verde como las de las jentes de su casa.

La sala en que nos recibió tomaba la luz por el techo, y en el centro habia un surtidor que caia en una hermosa pila. Esta sala venia á ser una ancha galeria, al redor de una claraboya cuadrada. No tenia adornos, y hasta las paredes parecian no haber estado nunca muy bien blanqueadas. El oficial de las orejas cortadas, que nos habia introducido, permaneció en pié á alguna distancia, y de frente al príncipe mientras duró nuestra visita; el mismo ceremonial habia observado el que nos introdujo en la audiencia de Shah Zeman. Los dos llevaban calcetines de paño de color de escarlata, porque es etiqueta persa el no presentarse delante del Shah sin llevar medias coloradas. Toda la servidumbre de los dos antiguos reyes de Kabul llevan constantemente estas medias de ceremonia siempre que algun servicio los llama á su presencia.

El inmenso número de servidumbre que ha seguido á estos príncipes ó se ha reunido á ellos en Ludhia los está verdaderamente arruinando; pero tienen el consuelo de vivir entre los que han sido testigos de su pasada grandeza, y co-

oficialmente estipulada y establecida de hecho, y el señorío de la Inglaterra proclamado á la faz del Asia y

de la Europa, se halla reconocido desde los confines de la Persia hasta mas allá del Brahmaputra, desde los

mo todavía proveen á la subsistencia de estos mismos, se contentan con verse respetados como en otro tiempo. De todos modos, es aquello un núcleo de partidarios de quienes disponen, y con quienes cuentan para las soñadas empresas que imaginan contra Kabul. A pesar de la cortejidad de sueldo que les señalan del mismo que ellos gozan, y de la sobriedad y parcimonia con que viven, Shah Zeman se halla siempre lleno de deudas, y Shah Shudjá, que vive con alguna mayor ostentacion, tiene que ir vendiendo sus pedrerías para hacer frente á sus gastos. Parece que ha conservado algunas piedras preciosas de mucho valor, y su alto precio es lo que hace mas difícil la enajenacion. En el dia no hay ya en la India personas bastante ricas para expender grandes cantidades en diamantes.

En los primeros años de permanencia en Ludhiana, Shah Shudjá gustaba mucho de asistir á los grandes ejercicios de la tropa. Se le veia continuamente á caballo, y algunas veces montado en un elefante, ostentando una actividad poco comun entre los asiáticos. Cuando los calores del verano le impedian salir de casa, se quejaba de su inaccion forzada. Wade le aconsejó que en aquellas temporadas se dedicase á escribir las memorias de su vida, y uno de aquellos veranos lo ejecutó efectivamente. El mismo Wade, que las ha leído, me aseguró que estaban redactadas con una pureza y elegancia sumamente admirables. Shah Shudjá es un príncipe muy impueto en literatura.

De dos años á esta parte ha perdido sus hábitos activos. Wade observa un abatimiento jeneral en su espíritu, y aunque continua hablando de su esperanza de volver á empuñar el cetro de Kabul, es probable que haya perdido la energía necesaria para arriesgar otra tentativa. No ignora sin embargo cuan fácil seria esta conquista, y cuanto mas lo seria á él mismo, por haber dejado en el pais los recuerdos de su primer reinado, sumamente popular. Pero ha perdido la confianza en sus fuerzas y en su fortuna.

Wade ha mandado traducir, para uso de este príncipe, varios pasajes del libro de M. Elphinstone, de quien habla con gusto, aunque le culpe por la pérdida de su cetro, por no haber querido tomar parte con su escolta en las operaciones militares de que dimanó su caída. La embajada inglesa tuvo mucho que elojiar en la conducta de este monarca, y esta es sin duda la razon por la cual el gobierno lo trata con mucha mayor jenerosidad que á su hermano, que ningun título tenia á su hospitalidad.

Cuando estos dos hermanos se visitan, es bajo el pie de una entera igualdad, aunque Shah Shudjá se esfuerza en tomar esteriormente la precedencia á Shah Zeman. Así es que intentó constituirlo en pensionario suyo, recibiendo del gobierno las seis mil rupias (15.000 francos) que les tiene asignadas á entrambos mensual-

mente, haciendo que su hermano Zeman recibiese de su mano las dos mil que le corresponden (5000 francos) pero esta peticion le fué desatendida con alguna acritud.

Ha manifestado deseos mas de una vez de tener una entrevista con el gobernador jeneral; pero la dificultad de poder arreglar la etiqueta esquivó á lord Amherst de tratar de ella. Lord Guillermo Bentinck procura igualmente evitarla. Por otra parte, no puede ofrecer objeto que el gobierno pudiese acoger. Lo que Shah Shudjá pide sin intermision es saber si el gobierno le concederia el mismo asilo que actualmente le da, con la pension que tiene señalada, y en caso de salir de Ludhiana y de la India inglesa, para hacer el último esfuerzo sobre Kabul, y en el caso de tener que regresar fujitivo otra vez y sin recursos. A esto le ha contestado siempre el gobierno, que era dueño de salir del territorio inglés, y de intentar cualquier expedicion que pudiese ser de su agrado, pero siempre ha eludido contestarle lo que haria si se verificase el acontecimiento posterior. En el mundo no hay un gobierno que ostente mayor equidad que este.

Los Afghanes que han seguido la suerte de los antiguos reyes, viven bastante apartados del trato con los naturales de Ludhiana; hablo de los sujetos de alta clase. No quieren perder su prestigio, y no se comunican mas que entre si. Estos señores duranís, que en el dia viven con la pension que les da el gobierno de 15 á 20 rupias (de 31 hasta 50 francos) mensuales, encontrarian pocos musulmanes en la India, bastante nobles, para desposarse con sus hijas ó para ofrecerles las suyas en matrimonio. En cuanto á los dos príncipes, estos no se enlazarian sino con la casa imperial de Delhi, de cuya alcurnia no son absolutamente estraños, puesto que Alimmed Shah casó con una de las princesas de la casa de Timur, cuando conquistó á Delhi despues de la batalla de Paniput. Sus serrallos se hallan atestados de hijos. El doctor Murray ha sido llamado repetidas veces para visitar á las princesas enfermas, cuando se hallan ya poco menos que agonizando: allí se las trata como á esclavas, y esto por los eunucos que las guardan. Murray tuvo que entender en la curacion de una fistula de una de las mujeres de Shah Zeman, y no pudo ver mas que la parte enferma á través de un ahujero de una pantalla de seda, pero algunas de ellas mas jóvenes, burlaron la rigurosa regla, arrojando las amenazas y los golpes de los eunucos, por lograr ver al doctor europeo, al cual miraron con la curiosidad mas escesiva.

Todos los Afghanes son *Sunis*, cuya secta es la que sigue la familia de Timur. El rey de vde desciende de una familia persa *Chya*.

Cuando el comandante jeneral en jefe Lord Combermere pasó á Ludhiana, Wade tuvo que resolver una cuestion de etiqueta de la primera

montes Himalaya hasta el cabo Camorino.

¿Cuáles han sido, por lo demás, los resultados morales y políticos de la expedición del Afghanistan? No nos detendremos en publicarlo; estos resultados, tanto al interior como al exterior, no han sido mas que en gloria y ventaja de la Inglaterra. Para juzgar del efecto que han producido en el interior, no hay mas que leer el voto de gracias concedido á lord Auckland á su vuelta á Calcuta, por los principales habitantes indos y musulmanes de esta metrópoli de las Indias inglesas. En el texto de este escrito no solo se encuentran las expresiones que publican una confianza siempre en aumento en la fuerza y en la habilidad del gobierno que rije los destinos del imperio indio, sino tambien la mas notable y patente manifestacion del inmenso progreso que hacen los Hindostanes en la comprension de sus derechos, en el sentimiento de su dignidad y en la racional emulacion que por grados los va acercando á la civilizacion europea.

«..... Ofrecemos á V. S. nuestras sinceras felicitaciones sobre su regreso..... Además de la conviccion en que estamos de que la presencia de una persona tan elevada y esclarecida sobre los intereses jenerales y comerciales del imperio como es V. S. no puede menos de redundar en extraordinaria ventaja de esta gran metrópoli; en la actual circunstancia nos acercamos llenos de sentimientos de gratitud poco comun, al jefe de un gobierno, que por una ostentacion firme y vigorosa de su fuerza

difficultad. El jeneral deseaba ver á Shah Shudjá. y este no tenia menos ganas de ver al jeneral, á quien llamaban el héroe de Burtpur. Pero ya fuere difícil de resolver si el antiguo rey concedería un asiento tan elevado como el suyo al jeneral inglés, ó si este se allanaria á hacer la primera visita, ó insistiría para que se le volviese dicha visita, Wade manejó el asunto haciendo de modo que se encontrasen á caballo en una revista, de modo que así lo vieron y se hablaron, sin dar á conocer las pretensiones de orgullo de cada uno. Shah Shudjá por otra parte, mas quiere mostrarse sentado en la silla de su caballo que sobre su trono de oropel. Montado ostenta soberbia figura.

militar, ha asegurado á nuestro pais el inapreciable beneficio de la paz... Señor, estábamos reservado contemplar á los soldados del Hindostan, llevando sus armas victoriosas á rejiones, hácia las cuales nuestras miradas no se habian dirigido jamás sin temor. Estábamos reservado ver á estas mismas rejiones convertidas en teatro de acontecimientos, que han puesto en todo su lustre el poder y la grandeza del imperio indiano, vengando su honor y sus derechos á la faz del Asia y del mundo entero. Estámanos en fin reservado ver el flujo de la conquista, que durante tantos siglos lo ha arrollado todo de occidente á oriente, llegar á su colmo y refluir en contrario sentido por medio de bandas heroicas, en cuyas filas tenemos el orgullo de reconocer el *sipai*, adelantándose de costa en costa en guerrera fraternidad con el soldado inglés, su compañero de triunfo y de gloria.»

Y que no se crea que tales sentimientos no habian encontrado eco sino en la presidencia de Bengala; las poblaciones mas inmediatas al teatro de la guerra han experimentado lo que tenia de importante para la seguridad y bienestar de los pueblos, la solidez del poder inglés y su influencia civilizadora en todos ellos: y últimamente todavía (en setiembre de 1840) los principales habitantes de Bhow, ciudad que mantiene guarnicion, á corta distancia de Bombay, haciendo sus cumplimientos al mayor jeneral Brooks, por haber sido nombrado comandante de las fuerzas destinadas á castigar á los Beluchis se espresaron así:

«Sentimos sinceramente vuestra partida, pero al mismo tiempo, deseamos vivamente veros llenar el honroso encargo de estender á lo lejos la felicidad de la dominacion inglesa; dominacion que sabemos apreciar, y que la justicia y la humanidad conducen por todo donde alcanza y se estiende su influencia, y si es permitido á estos indijenas de espresar su opinion sobre la que ya han formado sus superiores, no vacilarémos en afirmar, que el conocimiento que tenemos de vuestra ha-

bilidad y de vuestro juicio, nos hace augurar una rica cosecha de acontecimientos ventajosos y de glorias, en las operaciones del ejército que acaba de encomendarse á vuestro mando, con el objeto de castigar las tribus bárbaras y crueles de Sindhios y de Afghanes, que ignorando todavía la ventura de la dominacion inglesa, se oponen por todos medios á que se estienda el comercio, rechazando ciegamente, si estuviese en la mano, el feliz porvenir con que les brinda la Providencia.»

Por mucho que se quiera conceder á lo que tales demostraciones dedican y consagran á la lisonja y al interés personal, es evidente, á lo menos para nosotros, que un lenguaje semejante, indica los efectos de una revolucion saludable en las convicciones, en las esperanzas, y en las ideas; y que los indígenas que pertenecen á las clases activas mas industriosas é influyentes del Hindostan, toman por un verdadero bien, hecho á la civilizacion y á la humanidad en jeneral, la política reciente de la Inglaterra, de donde debe resultar el lisonjero porvenir que aguarda al país.

El efecto producido en lo exterior por la enérgica decision del gobierno inglés, no ha sido menos notable. Los débiles jefes de Kandahar y de Kabul habian solicitado el apoyo de los Persas, con el objeto de rechazar los ataques de los Sikhs, aliados de los Ingleses. No hay duda en que se hallaban en derecho de pedir este socorro, así como los persas en el de concederlo; pero la Rusia, aliada de la Persia, mantenía, como hemos visto, esta combinacion amenazando contra los intereses de la India inglesa. Ningun acto directo de hostilidad habia autorizado al gobierno inglés á usar de represalias en Europa, pero la conducta del gobierno ruso justificaba por un lado, el descontento y las quejas del gabinete de Saint James, y la adopcion de las medidas que por el otro han hecho notables la política y la firmeza y prevision de lord Auckland. El cambio de notas, muy acaloradas, entre los dos gabinetes sobre tan delicada

cuestion como era la intervencion de la Rusia en los asuntos del Afghanistan, ha conducido como hemos visto mas arriba una protesta de desinterés político de parte de la última potencia, y una negativa de hecho, acerca de los agentes que habia empleado en Persia y por el lado del Hindo. El conde Simonich ha sido reemplazado en la corte de Persia por el jeneral Duhamel, y el desgraciado Vickowitch (véase la nota de la pág. 48) llamado á San Petersburgo, se ha dado un pistoletazo, despues de haber quemado sus papeles, de resultas de una entrevista con el conde Neselsrode. La Rusia se ha convencido por lo tanto que todavia no es tiempo de dilatar su influencia mas allá de la Persia. Por otra parte, la expedicion que habia emprendido, habrá cosa de un año, para vengar los insultos hechos á su comercio por el Khan de Khiva, y para redimir á los súbditos rusos de la esclavitud á que los habia aquel reducido, esta expedicion no pudo efectuarse por los rigores escesivos del invierno, sin tomar en consideracion la marcha aventurada y la trabajosa retirada á que debió sujetarse, no menos dignas de atencion que el espectáculo que han presentado las tropas inglesas, rompiendo por obstáculos de otra naturaleza los pasos del Bolan. La Rusia aprestando nueva expedicion con infinitas precauciones que habrian garantizado enteramente su éxito, ha dado oídos á las humildes protestas del Khan, y ha aceptado su proposicion que le ha hecho este jefe (á instigacion del gobierno inglés), de poner en libertad á todos los prisioneros rusos y de conducirlos á su patria á espensas suyas; comprometiendo además el Khan, con solemnes promesas, á conceder en lo sucesivo toda seguridad, toda proteccion y cuanto pueda contribuir á dilatar el comercio de aquella nacion. El inesperado cambio traido de repente á la balanza política de la Europa, por el tratado de 15 de julio de 1840, concluido sin la intervencion de la Francia, para arreglar las relaciones entre el gran Señor y el Bajá de Egipto, cuyo asun-

to se terminó bajo la influencia combinada de la Inglaterra, del Austria, de la Prusia y de la Rusia, ha concurrido con los acontecimientos referidos al extremo del Oriente, y ha debido contribuir á modificar las miras y las determinaciones de la Rusia con respecto al Asia central. De este modo en Europa y en Asia se hallan por resolver cuestiones de la mas alta importancia. En Europa, la Francia ha permitido que los destinos de Egipto y de la Siria se arreglasen provisionalmente sin su intervencion. En Asia, la Rusia parece haberse resignado á abandonar la suerte del Afghanistan, de la Tartaria y de la China tal vez á la influencia señorial de la Inglaterra. En estos acontecimientos se descubre cierta cosa estraña é imprevisita que parece revelar la accion de causas enteramente desconocidas ó descubiertas apenas y mal estudiadas. Sin embargo, no tenemos motivo de retractarnos de lo que decíamos hace un año (1) acerca de los verdaderos intereses y tendencias de la Rusia en el Asia central. El fondo de las grandes cuestiones no ha variado; la solucion está emplazada, ó tal vez modificada por circunstancias imprevisitas; esto es lo que creemos nosotros. Reproduciremos entretanto algunas de las reflexiones que hemos creído hacer entónces, y les daremos el ensanche relativo, segun parece exigir la marcha de los acontecimientos.

Las probabilidades de una invasion en la India inglesa por parte de la Rusia, á una época mas ó menos inmediata han ocupado y ocupan todavía á los políticos. Unos han calificado esta expedicion gigantesca de impracticable, y otros la han mirado como inevitable, como que debe llevarse á efecto por medios análogos á los que condujeron á Alejandro á las orillas del Sutledje, y á los conquistadores musulmanes al corazon del Hindostan. Napoleon, siendo jeneral, primer cónsul y emperador (2) habia pensado en la con-

quista del Hindostan. Hasta 1813, y durante las conferencias de Praga, se ocupaba de la posibilidad de atacar á los Ingleses en su imperio de Asia, y el duque de Bäsano, entónces su ministro de negocios estranjeros, estaba recopilando, los datos mas precisos, para someterlos á su decision, de lo que exigiria la expedicion. Napoleon ya no existe, y el mundo ha cambiado de faz. Los medios de ataque y de defensa se han igualado; las naciones buscan ahora resultados mas completos y duraderos que los que se obtenian en otro tiempo por la suerte de las batallas, en luchas de intelijencia y de industria. Pero aquí existe todavía una cuestion previa, á saber: ¿Tiene la Rusia en este momento, ó tendrá dentro un término dado, un verdadero interés en amenazar las posesiones inglesas de la India? No lo creemos, pero aun suponiendo que hubiese formado el proyecto de subplantar, aunque no fuese mas que en parte, la dominacion é influencia británica, estamos plenamente convencidos, que los medios de ejecucion de semejante tentativa, no podrian reunirse sino despues de muchos años, y en el número de dichos medios no dudaremos contar el de una alianza con otra potencia, indispensable para el buen éxito; y semejante alianza, en el cuadro en que se encuentra actualmente la Europa, sino es absolutamente imposible, á lo menos dista mucho de la probabilidad. Pero aun fuera de lo que pueda suceder, existen ya derechos evidentes, intereses actuales, que pueden y deben hallar su satisfaccion. La Rusia, por su situacion jeográfica, de entre todos los Estados del continente, es la que parece destinada mas particularmente á servir de depósito al comercio de Europa con el Asia central. El principal obstáculo que se opone al desarrollo de este comercio, es la insaciabilidad de las tribus asiáticas, limítrofes de la Rusia. Esta potencia tiene un interés en hacer lo mas pronto que le

(1) Estado actual de las Indias inglesas. *Revue des deux mondes* n^o du 15 mai 1840.

(2) No puede dudarse que el emperador Pau-

lo I y el primer cónsul hubiesen formado el proyecto de reunir un ejército combinado en Atrabá, para encaminarse desde allí hácia el Indo,

sea dable, que se cambie tal estado de cosas, por las cuales sufre actualmente y son una traba á su mismo

é invadir la India inglesa. Napoleon ha hablado varias veces de este proyecto en santa Helena, que aborto por la muerte del emperador Paulo. El plan de la expedicion era el siguiente :

PROYECTO DE UNA ESPEDICION A LA INDIA POR TIERRA.

Objeto de la expedicion.

Arrojar sin retorno á los Ingleses del Indostan ; libertar á aquellos ricos y bellos países del yugo británico ; abrir nuevas vias á la industria y al comercio de las naciones civilizadas de Europa , particularmente á la Francia. Tal era el objeto de esta expedicion , digna de inmortalizar el primer año del siglo diez y nueve , así como á los jefes de los gobiernos que han concebido tan útil y gloriosa empresa.

Potencias que deben concurrir á la ejecucion.

La República francesa y el emperador de Rusia , enviando un ejército combinado de setenta mil hombres á orillas del Indo.

El emperador de Alemania , dando paso á las tropas francesas , y facilitándoles los medios de bajar por el Danubio hasta su desembocadura en el Mar Negro.

Reunion en Astrakan de un ejército ruso de 35.000 hombres y su transporte hasta Astrabad.

Desde el momento en que el proyecto de la expedicion quedará definitivamente resuelto , Paulo I dará sus órdenes para que se reuna en Astrakan un ejército de 35.000 hombres ; 25.000 de los cuales deberán ser de tropas reglamentadas de todas armas , y 10.000 cosacos.

Este cuerpo de ejército se embarcará inmediatamente en el Mar Caspio y será conducido á Astrabad , á esperar la llegada del ejército francés.

Astrabad será el cuartel jeneral de los ejércitos combinados ; allí se establecerán todos los almacenes de guerra ó viveres , y quedará como centro de las comunicaciones entre el Hindostan , la Francia y la Rusia.

Camino que deberá hacer el ejército francés, desde las orillas del Danubio hasta las del Indo.

Se destacará un cuerpo de 35.000 hombres de todas armas del ejército del Rin.

Estas tropas se embarcarán en el Danubio , y bajarán este rio hasta su desembocadura en el Mar Negro.

Así que lleguen al Ponto Euxino estas tropas serán trasbordadas á barcos de transporte , preparados por la Rusia , átravesarán el Mar Negro y el Mar de Azof , y se encaminarán á desembarcar en Taganrok.

porvenir. De ahí nacen sus tentativas por lograr estender sus comunicaciones con los países situados al

Este cuerpo de ejército deberá en seguida costear el Dou , subiendo por la margen derecha de esterior hasta una ciudad que pertenece á los Cosacos , llamada Piaty-Izbianka.

Llegado á este punto , el ejército atravesará el Dou y viajará por tierra hasta las inmediaciones de la ciudad de Tzaritzin , en la margen derecha del Volga.

El ejército se embarcará en este rio y lo bajará hasta Astrakan.

En este punto las tropas se embarcarán en buques mercantes , atravesarán el Mar Caspio en toda su longitud , y llegarán á Astrabad , ciudad marítima de la Persia.

Reunidos los Franceses y los Rusos , el ejército combinado se pondrá en marcha , pasando por las ciudades de Herat , Ferah y Candahar , desde donde alcanzará la margen derecha del Indo.

Duracion del viaje del ejército francés.

Descenso del Danubio hasta su desembocadura en el Mar Negro.	20 dias.
Desde la desembocadura del Danubio hasta Taganrok.	16
Desde Taganrok hasta Piaty-Izbianka.	20
Desde Piaty-Izbianka á Tzaritzin.	4
Desde Tzaritzin á Astrakan.	5
Desde Astrakan á Astrabad.	10
Desde Astrabad á orillas del Indo.	45

Total. 120 dias.

De este modo el ejército francés empleará cuatro meses para dirigirse desde el Danubio hasta el lugar de su destino , pero para no violentar cosa alguna , se puede suponer que el viaje durará cinco meses completos. Así pues , saliendo el ejército á principios de mayo de 1801 , á fines de setiembre debe haber llegado al término de su viaje.

Debe observarse que la mitad del tránsito es por agua.

Medios de ejecucion.

El ejército francés debe embarcarse en el Danubio con todo su tren de artillería.

No deberá necesitar ningun objeto para acampar.

La caballería , tropa lijera y artillería no deben conducir sus caballerías ; solo deben embarcarse las sillas y demás efectos de montura.

Este cuerpo de ejército debe llevar una provision de bischocho para un mes.

Los comisarios precederán el ejército para preparar y distribuir la etapa , cuando será necesario.

Así que el ejército llegue á la desembocadura del Danubio , pasará á los buques de transporte preparados por la Rusia , llevando consigo provisiones para quince ó veinte dias.

oriente del mar Caspio. La mas importante de sus expediciones tuvo lugar en tiempo de Pedro el Grande.

Mientras se verificará el embarque, los comisarios y oficiales de estado mayor que se nombren se dirijirán en posta por tierra, unos á Taganrok y á Tzaritzin, y otros á Astrakan.

Los comisarios que habrán sido enviados á Taganrok se concertarán con los comisarios rusos para arreglar la marcha por tierra del ejército, desde dicho punto hasta Piatilzbianka, en cuanto tiene relacion con la distribucion de etapa y alojamientos, así como para reunir los caballos y carros que sean necesarios para el transporte de la artillería y bagajes del ejército.

Estos mismos comisarios se entenderán con los que le habrán sido enviados á Tzaritzin para reunir el número de embarcaciones que pida el paso del Don, cuyo rio en aquel sitio es algo mas ancho que el Sena en Paris.

Los comisarios estacionados en Tzaritzin cuidarán con anticipacion:

1.º De reunir todos los objetos de campamento y viveres que necesite el ejército durante su marcha, en tres ó cuatro puntos, entre el Don y el Volga.

2.º De reunir en Tzaritzin el suficiente número de barcos para que el ejército francés pueda bajar este rio hasta Astrakan.

Los Comisarios que habrán sido enviados á Astrakan tendrán transportes preparados para recibir al ejército, embarcando viveres para quince dias.

Cuando el ejército francés desembarcará en Astrabad, deberá encontrar los efectos que van á mencionarse, los cuales habrán sido reunidos y preparados por los comisarios de las dos potencias, á saber:

1.º Municiones de guerra de toda clase, y artillería gruesa.

Dichas municiones pueden sacarse de los arsenales de Astrakan, Casau, y Karatof que abundan en estos artículos.

2.º Caballos de tiro para el transporte de la artillería y de las municiones del ejército combinado.

3.º Carros y caballos para el transporte de bagajes, pontones, etc.

4.º Caballos para montar la caballería y tropa ligera.

Dichos caballos podrán comprarse entre el Don y el Volga, en el pais de los Cosacos y Camucos, en donde los hay en mucho número, y son los mas á propósito para el servicio á que deberán destinarse, en los paises que serán el teatro de las operaciones militares, y su valor será mucho mas módico que en otra cualquier parte.

5.º Todos los objetos de campamento que podrá necesitar el ejército francés durante su marcha hasta las márgenes del Indo y mas allá.

6.º Almacenes de paños, lienzos, trajes, sombreros, cascos, guantes, medias, botas, zapatos etc, etc, etc.

El príncipe Bekevitch-Tcherkaski, que fué enviado á Khiva con un destacamento de tropas rusas, fué ase-

Tales objetos se encuentran en abundancia en Rusia, y mucho mas baratos que en ningun otro pais de Europa. El gobierno francés puede contratar para la provision de estos efectos, con los directores de la colonia de Sarepta, que dista seis leguas de Tzaritzin, en la márgen derecha del Volga; esta colonia de evangelistas, que es la mas rica, la mas industriosa, y la mas exacta en cumplir con sus compromisos tiene su capital en Sajonia, de donde deben solicitarse las órdenes para que dicha colonia se encargue del aprovisionamiento.

7.º Un establecimiento de farmacia en el cual se reunan toda clase de medicamentos.

Puede proveerse de la misma colonia de Sarepta en donde existe desde mucho tiempo un establecimiento de esta clase que rivaliza con la farmacia imperial de Moscou en bondad de drogas.

8.º Almacenes de arroz, legumbres, harinas, salazones, manteca, vinos, aguardiente etc.

Las legumbres, las harinas, los salazones y la manteca pueden tomarse de Rusia, los demás artículos se encuentran en Persia con abundancia.

9.º Rebaños de ganados de todas clases.

10. Almacenes de forrajes y cebada.

Podrá tomarse avena de Astrakan, la cebada se encontrará en el pais.

Marcha del ejército combinado desde Astrabad hasta las márgenes del Indo; medidas para asegurar el éxito de la expedicion.

Antes de verificarse el desembarco de los Rusos en Astrabad, los dos gobiernos enviaron comisarios para notificar á todos los Khanes, y demás pequeños déspotas de los paises que deberán atravesarse, el conocimiento que sigue:

“Que un ejército de las dos naciones mas poderosas del universo debe pasar por sus estados en direccion de la India; que el único objeto de esta expedicion es el de arrojar á los Ingleses del Indostan, los cuales han avasallado aquellos bellos paises, tan célebres y poderosos en otro tiempo, tan ricos en productos y en industria, que atraian á sus mercados á todos los pueblos del mundo, para participar de los dones y beneficios de toda clase de que habia querido colmarlos el cielo, y que el horroroso estado de servidumbre en que jerman en el día dichos pueblos, habia inspirado el mas vivo interés á la Francia y á la Rusia; que ambos gobiernos en consecuencia habian resuelto unir sus fuerzas para libertar á los Indianos del bárbaro y tiránico yugo de los Ingleses; que los principes y los pueblos de todos los Estados que debia atravesar el ejército combinado no debian temer el menor daño de parte de dicho ejército; que al contrario que se les invita á cooperar con todos sus medios al buen éxito de tan útil y gloriosa empresa; que el objeto de esta expedicion es tan

sinado con todo su séquito, contra la fe de los tratados y de los juramentos. Parte de su cuerpo de ejército

que se había acantonado en la costa del mar Caspio, para formar establecimientos fortificados en ellas, se

justo por su causa, como injusto fué el de Alejandro, que quería conquistar el mundo entero; que el ejército combinado no exigirá contribucion alguna, sino que comprará por espontáneo contrato y pagará al contado cuantos objetos y artículos puedan ser necesarios á su subsistencia; que la subordinacion mas severa mantendrá á las tropas en el limite de sus deberes; que el culto, las leyes, los usos y costumbres, las propiiedades y mujeres serán respetadas por todos, en todas partes, etc. etc.

Despues de semejante manifestacion, y obrando con suavidad, franqueza y lealtad no puede temerse que los Khanes y demás régulos nieguen el libre paso á las tropas por sus respectivos estados; y divididos como se hallan, no pueden por otra parte oponer seria resistencia.

Los comisarios franceses y rusos irán con buenos ingenieros para levantar los planos topográficos de los paises que deberán atravesarse; en los cuales marcarán los lugares propios para campamento, los rios que deberán vadearse, las ciudades por cuyas inmediaciones deberá transitarse, los sitios en que el trasporte de bagajes, artilleria y municiones podrá experimentar algunas dificultades de paso, indicando los medios de vencer los obstáculos.

Dichos comisarios entablarán sus contratos con los Khanes ó reyezuelos, y con los particulares para el abastecimiento de víveres, carros etc., firmando los convenios, y pidiendo y consiguiendo rehenes.

Cuando la primera division francesa llegará á Astrabad, se pondrá en marcha la primera rusa; las demás divisiones del ejército combinado seguirán el movimiento, caminando con cinco ó seis leguas de intermedio, y se comunicarán por medio de pequeños destacamentos cosacos.

Un cuerpo de cuatro ú cinco mil Cosacos, mezclado con caballeria ligera de tropas ordenadas, formará la vanguardia, detrás de la cual seguirán constantemente los pontones; esta vanguardia echará puentes sobre los rios, guardando sus cercanías, y vijilará por la seguridad del ejército, en caso de traicion ó de cualquier otro accidente.

El gobierno francés mandará entregar al jeneral en jefe de la expedicion, de las fábricas de Versalles, toda clase de armas, como fusiles, carabinas, pistolas, sables, etc.; de las de Sevres, vasos y otros objetos de porcelanas, así como relojes y péndolas de los mas hábiles artistas de Paris; espejos magníficos, ricos paños de Francia de diferentes colores como de escarlata, carmesies, verdes y azules, que son los colores favoritos de los Asiáticos, y en particular de los Persas; terciopelos y sederías de Lion, tapices gobelinos, etc. etc.

Todos estos objetos, distribuidos atinadamente á los príncipes de aquellos paises y presentados con la gracia y amabilidad tan naturales á los

Franceses, servirán para dar á dichos pueblos la mas alta idea de la munificencia, de la industria, y del poder de la nacion francesa, y para abrir en lo sucesivo un ramo importante de comercio.

Una corporacion de sabios y hábiles artistas debería tomar parte en esta gloriosa expedicion. El gobierno deberá entregarles todos los mapas y planos que existan de los paises que deberá recorrer el ejército combinado, así como las memorias y obras de mas mérito que tratan de los mismos.

Algunos aeronautas y pirotécnicos podrían ser muy útiles.

Para inspirar á aquellos pueblos la mas alta idea de la Francia y de la Rusia, antes que el ejército saliese de Astrabad, convendría dar algunas funciones brillantes en esta ciudad, acompañadas de evoluciones militares, como se hace en Paris para solemnizar los grandes acontecimientos y las épocas memorables.

Todo así dispuesto, no puede ponerse duda en el buen éxito de la empresa, aunque dependerá en gran parte de la inteligencia, celo, valor y fidelidad de los jefes á quienes ambos gobiernos confiaran la ejecucion del proyecto.

En el momento en que el ejército combinado llegue á las márgenes del Indo, deberá darse principio á las operaciones.

Deberá publicarse, para conocimiento del ejército, que las monedas de Europa que tienen mas curso, y que son mas buscadas en Persia y en la India, son: los sequines de Venecia, los ducados de Holanda y de Hungría, y los imperiales y rublos de Rusia.

Las objeciones que podian hacerse á este plan habian sido recopiladas, por lo que parece, por el primer cónsul, del modo siguiente:

OBJECIONES.

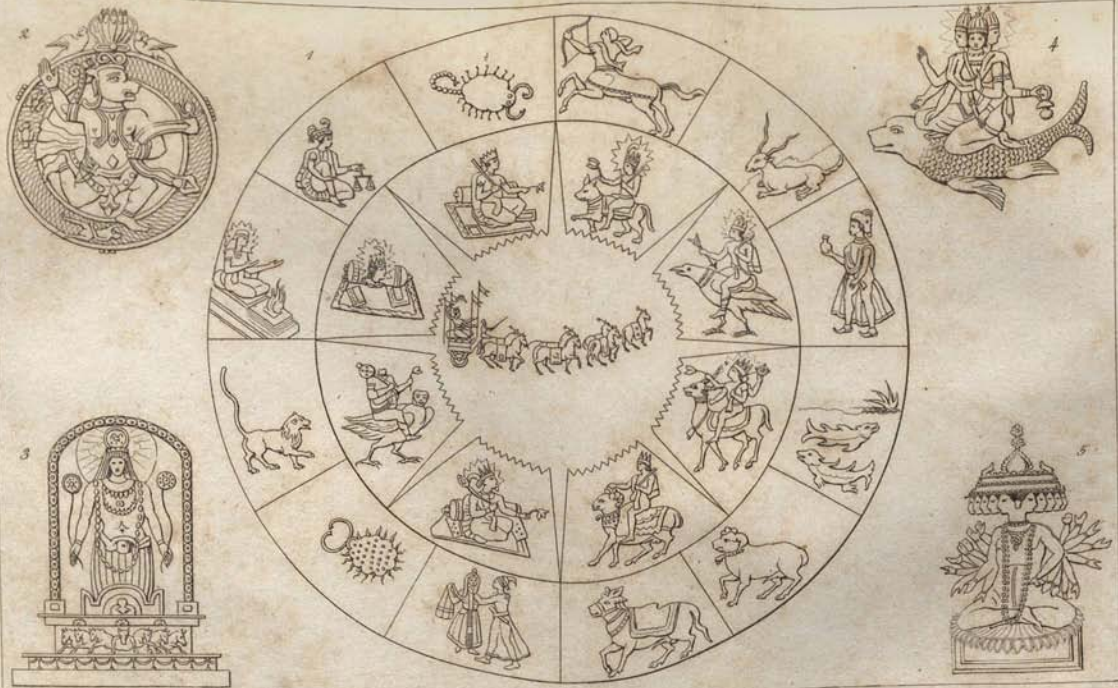
1. ¿Hay bastantes embarcaciones para trasportar un ejército de 35.000 hombres desde su entrada en el Danubio, hasta la desembocadura de este rio?

2. El Gran Señor no permitirá que un ejército francés baje el Danubio, y se opondrá á que se embarque en los puertos que dependen de su imperio.

3. Hay bastantes barcos y transportes en el Mar Negro para el trasporte del ejército, y tiene bastantes á su disposicion el emperador de Rusia?

4. ¿El comboy que salga del Danubio no correrá riesgo alguno de ser inquietado ó dispersado por la escuadra inglesa del almirante Keith, que al primer rumor de esta expedicion, traspasará los Dardanelos y entrará en el Mar Negro, para impedir la salida del ejército francés y destruirlo?

5. Luego que el ejército combinado se haya reunido en Astrabad, ¿cómo podrá llegar á la India, teniendo que atravesar paises bárbaros desprovistos de todo recurso, teniendo que atrave-



Imagines de l'Inde

1. Rāsi-Tchakra (Zodiaque et Système Solaire) 2. Roudra (Nandouman considéré comme une Incarnation de Siva) 3. Sourya (le Soleil) 4. Trivēni (Union des trois Rivières sacrées, Ganga, Yamouna, Saraswati) 5. Ravana, Roi de Lanka.
 1. Rāsi-Tchakra (Zodiaque y Sistema Solar) 2. Roudra (Nandouman considerado como una Incarnación de Siva) 3. Sourya (el Sol) 4. Trivēni (Unión de los tres Rios sagrados: Ganga, Yamouna, Saraswati) 5. Ravana, Rey de Lanka

vió obligado á reembarcarse, y á regresar á Astrakan. En 1813, cuando ya habia transcurrido un siglo, despues de aquel acontecimiento, la Rusia confió á un comerciante armenio de Derbend una mision para Turcomania, sin que tuviese el menor resultado. En 1819 fué enviado á Khiva el capitán Mouravier, el cual ha publicado un interesante relacion de su viaje. La importancia de la posicion local de Khiva, llamó la atencion de este capitán, y sin embargo, no consideró dudoso el éxito de una expedicion dirigida contra este pequeño Estado. « Si fuésemos dueños de Khiva » dice el espresado, « *cuya conquista* no seria difícil, las tribus nómades del centro del Asia, ten-

drian que respetar nuestro poder, y se conseguiria establecer una carrera de comercio por el Shind y por el Amu-Deria, hasta Rusia; entónces todas las riquezas del Asia refluirían en nuestra patria, y veríamos realizarse el gran proyecto de Pedro el Grande. Dueños de Khiva, muchos otros estados se encontrarían en nuestra dependencia. En una palabra, Khiva es en este instante un punto avanzado que se opone al comercio de Rusia con Bukharia y la India septentrional; bajo nuestra dependencia Khiva seria una salvaguardia que defenderia el comercio de los ataques de las tribus dispersadas por las estepas del Asia Meridional. Esta Oasis, situada en medio

sar una distancia de trescientas leguas, desde Astrabad, hasta las fronteras del Indostan?

El emperador responde á las objeciones con tal seguridad del éxito, que el resultado habria justificado seguramente su confianza, particularmente en una época en que la Inglaterra era incomparablemente menos poderosa en la India que no lo es en el día.

Respuesta á los reparos.

1. Creo que será fácil reunir bastantes embarcaciones. De lo contrario, el ejército bajaria por tierra hasta Ibrahimof, que es un puerto del Danubio en el principado de Valaquia, y hasta Galatz, otro puerto del mismo rio en el principado de Moldavia. Entónces el ejército francés deberia embarcarse en los buques que hubiese preparado y tuviese dispuestos al efecto la Rusia, y continuaria su marcha.

2. Paulo I obligará á la Puerta á condescender con todo lo que le proponga: sus fuerzas impotentes harán que el Divan no se atreva á contrariar su voluntad.

3. El mismo emperador puede reunir cómodamente mas de trescientos buques y embarcaciones de todas dimensiones en el Mar Negro: nadie iguora el acrecentamiento de la marina mercante rusa en aquel mar.

4. Si el almirante Keith trata de introducirse por los Dardanelos, y en caso que los Turcos no se opongan á su paso, Paulo I lo hará, y para verificarlo, existen medios mas eficaces de lo que se cree.

5. Aquellos países no son absolutamente improductivos; los caminos son practicables y transitados desde mucho tiempo á esta parte; las caravanas no emplean mas que treinta y cinco ó cuarenta días en llegar desde el Indo hasta Astrabad. El terreno no se halla cubierto de arenas movedizas como la Arabia y la Libia; hállase, al contrario regado á cada paso por bastantes ma-

nantiales abundando en arroz, que es el principal alimento de los habitantes, con bastantes pastos y forrajes, los buyes, los carneros y la caza son comunes en el país, y sus frutos variados y deliciosos.

La sola objecion importante que pueda hacerse es la longitud de la marcha, pero esto no es bastante para abandonar el proyecto. Los ejércitos francés y ruso se hallan sedientos de gloria; son valientes, sufridos é infatigables: su valor, su constancia, y la sabiduría de los jefes vencerán todos los obstáculos, cualesquiera que ellos sean.

Un hecho histórico apoyará esta asercion.

En 1739 y 40, Nadir Shah ó Thamas-Kaulican, salió de Dhely con un ejército numeroso para hacer una expedicion en Persia y orillas del mar Caspio. Pasó por Candahar, Ferah, Herat, Mechehed, y llegó á Astrabad: todas estas ciudades eran considerables, aunque estén ahora bastante decaydas, atendido su antiguo esplendor, pero todavía conservan bastante importancia.

Todo lo que un ejército, *verdadero asiático*, (y esto lo encierra todo) hizo en 1739 y 40, en verdad que no se disputará que lo puedan hacer hoy los ejércitos francés y ruso.

Las ciudades que acaban de nombrarse, formarán los puntos principales de comunicacion entre el Indostan, la Rusia y la Francia. A este fin, será necesario organizar una carrera de postas, en la que podrán emplearse los Cosacos, por ser mas adecuados y dispuestos para esta clase de servicio.

Las noticias interesantes que acaban de leerse se han tomado de un impreso muy importante, cuyo título es: *Mémoire de Leibnitz á Louis XIV sur la conquête de l'Egypte*; publicado con un prefacio y notas por M. Hoffmanns, seguido de un proyecto de expedicion á la India, dirigida por tierra, y concertada entre el primer Cónsul y el emperador Paulo I, en 1800, cuyo escrito nos ha comunicado oportunamente su mismo autor.

de un océano de arena, se vería constituida en punto de reunión de todo el comercio del Asia, y llegaría á contrabalancear, hasta del centro de la India, la inmensa superioridad que ahora ejerce en ella el imperio que le ha hecho dueño de los mares. El camino de Khiva á Astrakán podría abreviarse infinito, puesto que desde Urghendj hasta la bahía de Krasnovodsk no hay mas que diez y siete días de marcha, y que de este punto á Astrakán con un viento favorable no se necesitan sino muy pocos días. »

En 1820 llegaron á Rusia enviados de Bokhara para manifestar el deseo que allí se tendria de ver una embajada rusa; el emperador Alejandro acogió esta petición, y nombró á M. de Negri, consejero de estado, encargado de negocios cerca del khan de Bokhara.

Entre las personas anexas á esta embajada se encontraba el coronel Meyendorff. La relacion que de esta mision publicó este oficial fué publicada en Paris en 1826 (1). Mr. de Meyendorff insiste, por su parte, en las inmensas ventajas que resultarían de un establecimiento de *esta influencia legitima*, que la Rusia tiene derecho de ejercer en el Asia central.

La marcha progresiva de las luces en Rusia llama á este vasto imperio á realizar tan jenerosa idea. A la Rusia es á quien principalmente toca dar un impulso saludable á los Khanatos del Asia central, y derramar por dichos países el benéfico presente de la civilizacion europea. La Rusia ha mantenido constantemente, desde aquella época, activas relaciones con Bokhara, y es muy probable que este punto será el centro de la lucha comercial que se entablará algun dia entre ella y la Inglaterra; lucha apoyada por parte de los Ingleses con la expedicion de Afghanistan, y por parte de la Rusia, con la de Khiva.

Esta última expedicion preparada en Oremburgo, bajo las órdenes del jeneral Perowski, habia ido prece-

(1) Viaje de Orenburgo á Bokhara, etc., obra revisada por M. Amadeo Jaubert.

didada de un manifiesto, que reprodujeron nuestros periódicos, y que enumeraba los daños, demasiado ciertos, que daban lugar á la Rusia á obrar contra el khan de Khiva. El gobierno ruso habia reunido en el discurso de los años 1825 y 26, noticias de suma exactitud, sobre toda la línea de marcha que efectúan las caravanas, entre las fronteras del imperio de la Turcomania, y en particular, sobre la línea que el jeneral Prowski habia de recorrer. Esta ruta atraviesa el llano conocido con el nombre kirghiz de *Ust-Urt*, especie de istmo, entre el mar Caspio y el de Aral. En este llano, y en todas las rejiones de su contorno, los estremos de temperatura son mas notables que en ningun clima conocido. El calor se eleva en verano, no pocas veces, hasta 40°. y 50°. de Reaumur, y el frio en el corazon del invierno, escede frecuentemente 30°. Las nieves son allí abundantes, y los formidables torbellinos llamados *Euranes*, levantan, á veces, arrastran, destruyen hombres y ganados. El *Ust-Urt* y las costas del mar de Aral y del mar Caspio, que forman sus limites al oriente y al oeste, han sido inspeccionados, diseñados y descritos con minuciosidad, por la expedicion científica que se habia nombrado en los años que hemos citado (1) bajo las órdenes del mayor jeneral Berg, entónces coronel. La expedicion militar, emprendida esta vez, tanto con el objeto de neutralizar en el Asia central, el efecto moral del golpe que habia sufrido la política rusa en el Afghanistan, como con el de libertar á los prisioneros rusos en poder del khan de Khiva, y procurar al comercio la seguridad y la estension que su interés reclamaba, se habia resuelto, á lo que parece, en marzo de 1839. Desde

(1) Las observaciones y los cálculos de los ingenieros adictos á esta expedicion han dado lugar á fijar la diferencia de nivel entre los dos mares. El mar de Aral se encuentra mas elevado que el mar Caspio en 110 piés franceses, mas de 138 piés españoles, 35', 86". Con respecto á esto se ha cometido un enorme yerro, que importa rectificar, en la traduccion de la Historia de los Kirghis-Kazaks, por Charriere, impresa en la imprenta real en 1840.

este mes hasta el de noviembre, se reunieron medios inmensos de transporte en Oremburgo. Los pormenores no constan oficialmente, pero, de los documentos que hemos podido consultar, resultan muy probables los hechos siguientes: La expedición dividida en cuatro columnas, de la fuerza de unos tres mil hombres de infantería, mil quinientos caballos, artillería etc. Salió de Oremburgo, desde el 14 hasta el 17 de noviembre, alcanzó las riberas del Emba el 19 de diciembre, y había ya sufrido, particularmente en sus medios de transporte, por los frios excesivos, pequeños destacamentos ocupaban dos puntos fortificados sobre el camino; uno de ellos se hallaba sobre el Emba á 315 millas de las fronteras de Rusia. Desde Ak-Bulak hasta el llano de Ust-Urt se cuentan, á lo que se cree, 225 millas. El cuerpo expedicionario había ya perdido mas de un millar de camellos antes de vadear el Emba, y cuando llegó á Ak-Bulak el 2 de febrero, había ya perdido cinco mil, y apenas se había llegado á medio camino de Khiva. El jeneral Perowski, temiendo justamente no viniesen á faltarle todos los medios de transporte, á causa del inesperado rigor de la estación, se resolvió á retroceder al Emba el 5 de febrero. El 14 del mismo mes se había efectuado la retirada y el ejército expedicionario se replegó en seguida á Oremburgo (1). Otra vez el invierno triunfó de la ciencia militar y del valor.

Pero, decidida la Rusia á llevar adelante su empresa, no podía retroceder, y resolvió otra expedición. Hiciéronse preparativos en mas considerable escala, protegidos con precauciones todavía mas minuciosas que las que acababan de emplearse;

(1) Algunos miles de caballos habían sido desatados por el Khan de Khiva, para apoderarse de las pequeñas fortalezas rusas, de Ak-Bulak y Emba. Presentáronse delante del primer puerto durante el mes de diciembre. Se les dispararon algunos cañonazos y quedaron dispersados. Hicieron en seguida una tentativa para apoderarse de un destacamento de dos ó trescientos hombres que pasaban del Emba á Ak-Bulak, pero fueron rechazados con mucha pérdida y no volvieron á presentarse.

todo caminaba con la mayor actividad, cuando el gobierno supremo de las Indias inglesas, aprovechando la ocasión que se le presentaba de apoyar eficazmente la política reciente, adoptada por el gabinete de Saint-James, para quitar á la Rusia todo pretexto inmediato de penetrar á mano armada en el Asia central, envió sucesivamente dos oficiales inteligentes al khan de Khiva, para determinarle á dar satisfacción completa al emperador. Esta misión, que no dejó de correr sus peligros, á lo menos por lo que hace al teniente Abbott, que fué el primer oficial que se envió á Khiva, parece que consiguió el mas lato resultado. La proclamación siguiente del jeneral Perowski, publicada en San Petersburgo el 24 de octubre último, da á conocer los resultados de las negociaciones, aunque no hace mención de la intervención inglesa, que debía verdaderamente esperarse.

El jeneral Perowski hizo publicar la siguiente notificación en Oremburgo, relativa al restablecimiento de relaciones entre la Rusia y Khiva.

«La declaración publicada el 14 de noviembre de 1839 espresaba los motivos que decidían al emperador á emprender una expedición militar contra Khiva. Esta expedición tenía por objeto obligar á los khivanos, por la fuerza de las armas, á convenir con las justas peticiones del gobierno imperial, para que los prisioneros de guerra fuesen devueltos, abolida la esclavitud; cesasen las depredaciones y otros excesos que se cometían en las fronteras del Imperio; y dejar, para lo sucesivo, los derechos é intereses de los súbditos rusos al abrigo de todo ataque y violencia. Esta medida de represión ha bastado, aun antes que llegase su entero cumplimiento, para convencer á los khivanos, que si se obstinaban por mas tiempo en mantenerse hostiles á la Rusia, atraerían necesariamente las mas desastrosas consecuencias sobre su país. El jefe de Khiva, pasando sin ilusión los verdaderos intereses de su khanato, se ha apresurado á recurrir á la magnanimidad de S. M. Imperial despues de

haber dado satisfaccion, sin condicion alguna, á las principales peticiones de la Rusia. En el mes de julio último ha publicado un decreto, por el cual prohíbe á todas las tribus que dependen de su autoridad, bajo severos castigos, cometer ningun acto de violencia ó de latrocinio en las fronteras del Imperio, declarando en el mismo, que en lo sucesivo ningun súbdito ruso será mantenido en esclavitud. El khan envió al propio tiempo á Rusia á uno de los oficiales nuestros que habia sido detenido en Khiva para declarar formalmente, que dicho khan se hallaba pronto á convenir en todas las indemnizaciones que le pidiese el emperador. En testimonio de su sinceridad, reunió inmediatamente y mandó poner en libertad á todos los prisioneros rusos de su territorio, suministrándoles dinero, y enviándolos á Rusia, acompañados de su embajador. Dichos prisioneros y el embajador Ataniaz Hodja Reifs, llegaron á Guriéff el 25 de setiembre. Así que se supo que los khivanos habian accedido de buena voluntad y sinceramente á nuestras principales peticiones, S. M. I. se dignó mandar que el embajador khivano fuese recibido en San Petersburgo; que los comerciantes khivanos detenidos en Rusia fuesen puestos en libertad; que se les devolviesen las mercancías que les hubiesen sido secuestradas; que se concediesen socorros á los que los necesitasen, para volver á su pais, y finalmente, que las relaciones comerciales que habian sido interrumpidas con Khiva, quedarian restablecidas para lo sucesivo. Las medidas que podrá ser necesario adoptar para colocar el comercio entre ambos paises sobre bases seguras, serán objeto de negociaciones especiales entre el gobierno imperial y el khan de Khiva.

« He creido que era de mi deber dar á conocer la suprema voluntad de S. M. I. á los habitantes de la provincia confiada á mi cuidado.

El gobernador militar de Oremburgo ayudante de campo jeneral

PEROWSKI. »

El gabinete ruso no debia dejarse desmoralizar por un fracaso. Las tribus de Kirghis y Kaisacks que auxiliaron á la Rusia en su última tentativa, volverian á ser sus auxiliares si se intentase nueva expedicion, en caso de que el khan de Khiva se negase á cumplir sus compromisos. Trescientas leguas de pais no son un obstáculo insuperable para los nómades que pueden ir por do quiera, con tal que sus caballos encuentren agua y pastos, y no necesitan para vivir mas que lo que la naturaleza produce en todas partes; con todo, lo repetimos, está en los intereses de la Rusia esperar á que el engrandecimiento de su comercio le abra el influjo que podrá algun dia ejercer en el Asia central; este es un derecho de que podrá usar sin que la Inglaterra pueda ofenderse de ello, y si el concurso de estas dos potencias viniese algun dia á tomar un carácter hostil contra toda probabilidad, la culpa no seria de la Rusia. No está en manos de la Inglaterra el detener la marcha de la civilizacion en la India. Lo que ella podia hacer era asociarse al movimiento y dirigirlo, y esto es lo que ha hecho; pero mientras se han esforzado en fecundar los diversos elementos de sus riquezas territoriales, y en desarrollar los medios industriales y comerciales de su imperio, ha querido, mas que todo, y por su egoismo, escluir de esta obra venidera, el concurso de las demás naciones europeas, esquivando hasta la influencia política. Esto, á nuestro entender, es el vicio radical de su sistema, y no podemos convenir en que insista en esta constante mira de exclusion. Desgraciadamente las naciones, lo mismo que los individuos, se engañan á menudo acerca de lo que realmente valen; déjense llevar de la corriente de las costumbres y de la rutina; acostúmbrense á mirar como un derecho incontestable lo que no es mas que un efecto de tolerancia ó de indiferencia de las demás naciones, alagándose á sí mismas por este medio, con orgullosas y vanas ilusiones. Los Ingleses particularmente, creyendo que el dominio

de los mares es una propiedad que les pertenece, y que las especulaciones que tienen por base la exportación ilimitada de sus productos es un derecho de que gozan, se maravillan, se alarman y hasta se ofenden de toda tentativa de concurso, descubriendo lo que no tienen sinceramente por egoísmo. Este será seguramente el escollo en que llegará á estrellarse algún día el poder británico en la India. Siempre será y ha sido más fácil destruir que edificar, y por consecuencia inevitable de este principio, siempre será positivamente fácil de entenderse para volcar un dominio, que no habrá sabido conciliarse alianzas sólidas en el exterior, y la afección y el reconocimiento de los pueblos en el interior. La existencia del imperio ruso ha sido hasta ahora puramente militar, y todavía lo será por algún tiempo. La Rusia necesita la guerra; si la Inglaterra le facilita un pretexto, no tardará en poner toda el Asia en conmoción. *Da mihi punctum terram movebo*. Pedro el Grande decía: «debe mantenerse el Imperio en continuo estado de guerra..... penetrarse de esta verdad; el comercio de la India es el comercio del mundo; el que disponga de él exclusivamente es dueño de Europa.»

Está en el interés de la Europa continental, y en el de la Francia en particular, que la Rusia tenga siempre á la Inglaterra sin influjo en el extremo oriente. Las fuerzas materiales de la Rusia no pueden quedar inactivas; si es rechazada del Asia central, se dejará caer con todo su peso por el occidente, y una política tradicional le hace una ley para mezclarse en todas las querellas europeas. Sin embargo, no sería muy discreto dar demasiado campo á la Rusia por el lado de la India; por que si viniese á trabarse una lucha entre ella y la Inglaterra, y saliese victoriosa, ¿dónde se encontraría dique que detuviese su torrente? Por lo que hace al estado actual, la conducta de la Francia debe ser la observación, pero una observación activa. Mientras se desvela por el sostenimiento de la paz, no debe per-

mitir que en lo sucesivo se disponga de la futura suerte política de oriente, y sobre todo de un futuro comercio, sin su participación. El tiempo ha terminado muchas cuestiones, pero la de Oriente subsiste y se acrecienta cada día más. Al rededor de esta cuestión se agrupan los mas vastos recursos, las mas atrevidas combinaciones (1). La organización po-

(1) Hablando del interés que tenemos en seguir la marcha de los acontecimientos del oriente, M. Berryer se expresaba como sigue, en la cámara de diputados el día 25 de marzo de 1840.

«... Este interés es innegable. Contemplad ese magnífico paralelismo político y guerrero que se estiende desde las fronteras de Tartaria hasta las costas del Mediterráneo, entre dos naciones que han de llegar á las manos algún día.

«Desde el fondo del mundo hasta nuestras riberas, la Inglaterra establece su paralela guerra contra la Rusia, que la amenaza en las fronteras de sus magníficas colonias de la India.

«Contemplad estas grandes expediciones á quinientas leguas de sus estados: aquí la expedición de Cabul, allí la tentativa contra Khiva. Considerad estas dos grandes naciones caminando á través del mundo para establecer sus líneas de precaución, una contra otra.

«Si, la Inglaterra dando oídos á las proposiciones de la Rusia, queria su compensación; queria el mar Rojo; queria asegurar este paso; y si se concede esto á la potencia que tiene en su poder á Jibraltar, á Malta, á Corfú, ¿qué será para nosotros el Mediterráneo? ¿Estamos ya fuera de combate si ó no? No lo dudeis, señores, la cuestión del Egipto es una cuestión de muerte, así como una cuestión de honor y de dignidad para la Francia.

«Allí no teneis aliados: mas bien debeis separaros de ellos. Es pues necesario que en esta situación fuerte y enérgica, llameis los espíritus á la confianza, las voluntades á la resolución para determinar al país, si no tiene aliados, á concentrarse en su fuerza, según vuestra bella frase, y á no temer cosa alguna de nadie, porque esto es muy propio de la Francia.

«¿Qué habra contra esta grande resolución? La resignación; si: esto es lo que se ha dicho en medio de este individualismo que no podemos combatir sino replegando muchos espíritus jenerosos bajo un principio independiente, en medio de estos espíritus preocupados por el interés del momento, y mal concertados sobre esta materialidad de los bienes por los cuales se atormentan tanto. Se ha dicho por último que la Francia es una potencia continental y que deba resignarse á no conservar posesiones lejanas. ¿Se ha pensado bastante en esta asercion? ¿Qué! señores, ¿la Francia no será mas que una potencia continental, á despecho de los vastos mares que pasean sus olas por sus riberas, imitando en cierto modo el vuelo de nuestro jenio y de nuestra inteligencia!

lítica de la Rusia es muy favorable al cumplimiento de tan grandes designios. La fuerza de su gobierno no se desgasta como nos sucede á nosotros en estos últimos tiempos, en luchas electorales, en debates de tribuna, y en vanas agitaciones de política interior, esfuerzos estériles, en que se ha invertido diariamente mas capital intelectual, mas actividad física, y mas tiempo, que el que se habria necesitado para dotar á la Francia con la mitad de los bienes efectivos que le faltan todavía. Lo que le falta á la Rusia es el desenvolvimiento normal de sus recursos productivos, de sus relaciones comerciales, y en consecuencia, un aumento de rentas en proporción de su importancia militar y política. La cuestion financiera ó comercial, es pues la que entorpece mas vivamente al gobierno

«No puede ser así por mas que se diga, y por otra parte acerca de la cuestion de alianza que habeis hecho, vosotros gobierno, vosotros administradores? Diez años hace, treinta años hace que estais haciendo inauditos esfuerzos para poner en actividad la inteligencia admirable de este pueblo; se ha despertado el genio creador; la industria ha sido llamada por todos los puntos del reino para producir maravillas.

«El poder de la naturaleza bastaba; el arte ha venido á auxiliar á la naturaleza. Acreciéntanse las producciones, todo el mundo trabaja, todo el mundo produce en Francia, y vosotros os encerrais entre dos fronteras de tierra y entre nuestras dos riberas.

«Y ¿qué harémos de todas estas producciones que obteneis de toda la Francia? ¿Y esta inmensa máquina de vapor puesta de este modo en movimiento, encendida por el genio, por la actividad, por el interés nacional, no vendrá finalmente á estallar sino le conquistais los conductos de expansion y descarga?

«Allí existe rivalidad; allí es imposible la alianza. Vosotros habeis querido un gobierno de igual naturaleza; habeis querido examinar la actividad de los espíritus á unos mismos objetos; teneis las mismas necesidades, necesidades rivales; así pues, no podeis contar con esta alianza á menos que os condeneis al sufrimiento y á la humillacion. Este pueblo se presenta como dominador, como señor, como creador de todos los inventos, de todos los progresos que honran el talento y la humana inteligencia. Disputará su ascendiente, y la Francia querrá rivalizar, porque tiene este derecho; la alianza no es pues posible.

«Tal es la situacion de los negocios, tal es, señores, la situacion que debeis conllevar, que debeis defender.

imperial. La de su dominio en Oriente es accesoria y dependiente de consecuencias necesarias; esta necesidad en que se halla la Rusia de estender su influencia por los países de la India es la que infunde á los Ingleses unos zelos y una inquietud cuya evidencia atestiguan los expedientes de notas entre el gabinete de Londres y el de San Petersburgo.

NEGOCIOS DEL PANDJAB, DE NAPAL etc.

ALTERCADOS CON LOS BIRMANES.

ASUNTOS DE LA CHINA.

Mientras el gobierno de lord Auckland empleaba los medios de la política y de la fuerza de las armas para dejar las fronteras occidentales del vasto imperio indio, al abrigo de las invasiones con que la Persia y la Rusia lo amenazaban, en época futura y lejana; tenia que vijilar las disposiciones muchas veces ambiguas, y los movimientos de las potencias de segundo y tercer orden, que rodean el territorio que depende de la Compañía, ó que se entrelazan con él. En el momento en que se preparaba la expedicion del Afghanistan, parecieron levantarse algunos síntomas de hostilidad latente en diversos puntos, viniendo á lo que parecia, de la influencia persor-rusa, ó de la Hindo-China por otra parte. Lord Auckland supo proveer á todo con una calma, con una prudencia, y con una presencia de espíritu poco comunes. La necesidad en que podria verse de tener que rechazar á sus inquietos vecinos en caso necesario, en nada desordenó las medidas para preparar la expedicion del Afghanistan. Mientras se estaba organizando esta expedicion, en una vasta escala, y en sus detalles, con un conjunto y con una enerjia tan notables, aumentáronse las fuerzas inglesas de las provincias de Arracan y de Fenaserim, conquistadas á los Birmanes en la campaña del 1825 al 26. La corte de Ava recibe la notificación de que á la primera demostracion hostil de su parte, se le ocuparán los puertos de mar. Al mismo tiempo se arresta al enviado del rey de Napal cerca de Randjit-Singh, notificando al rey

su amo que todas sus intrigas con los príncipes de la península, y con los súbditos de la Compañía, habían sido descubiertos, conminándolo parentoriamente demandar retirar los destacamentos que había adelantado hácia algunos puntos de la frontera, y se habían empezado á fortificar en los pasos principales del país *pojo* y para obligarlo á cumplir con estas exigencias se estaciona un considerable cuerpo de ejército al pié de las montañas. En todo caso esta conducta firme y decidida produjo los resultados previstos por el gobernador jeneral. El rey de Ava, continuando á manifestarse esquivo, descubrió con todo, mas miedo de verse atacado que resolucion para tomar la ofensiva. La sumision de los Napales fué instantánea y completa, de este modo las dos potencias se encontraron eficazmente equiponderadas, mientras parte considerable del ejército se hallaba operando en el Afghanistan, y otra division fuerte acantonada en las márgenes del Sutledje se conservaba en el Pandjab dispuesta á apoyar las medidas del gobierno supremo, en caso necesario.

La Inglaterra es deudora de mucho á la firmeza con que lord Auckland ha sabido mantener una política pacífica en sus discusiones con el soberano birman, durante el año 1837. El residente inglés en la corte de Ava el comisario encargado de la administracion de las provincias meridionales (cedidas por los Birmanes) y muchas autoridades civiles y militares que conocian ó creian conocer el carácter y las miras del nuevo soberano (1), y los intereses del gobierno británico, en sus relaciones políticas con el imperio birman, proclamaban altamente y con instancia, la necesidad absoluta de vengar el honor inglés, tomando inmediatamente las armas. El ejército se-

diento de las contingencias del servicio activo, de promociones y de bolin (1), apoyaba con poderoso eco estas manifestaciones escitativas. La prensa hizo lo posible para apoyar los esfuerzos de la pasion y del egoismo; no encontraba frases bastante ulcerantes, para declamar contra la sumision vergonzosa del gobierno, ó contra la imprudencia de su política en consentir que el rey de Ava insultase á los Ingleses impunemente, dándole tiempo para consolidar su poder, para reunir y disciplinar sus tropas, y para prepararse comodamente á una guerra abierta. etc. Lord Auckland, sin desconcertarse por estos clamores, continuó tranquilamente sus preparativos y mandó declarar á los Birmanes, que estaba dispuesto, no solo á rechazar toda agresion, sino tambien á castigar á los agresores. Desde entonces Tharawadi ha tenido por conveniente mantenerse en la inaccion; las relaciones del gobierno supremo con la corte de Ava no son muy amistosas, pero no puede dudarse que los triunfos obtenidos por los Ingleses en el Afghanistan, no hayan hecho reflexionar al soberano birman, y no hayan contenido en mucha parte su ardor guerrero y sus proyectos de venganza; pero nos parece que la lucha no ha hecho mas que suspenderse y retardarse. Estaba en los límites de lo posible, y segun el concepto de muchos, debia tenerse por probable, que el altercado entre la Inglaterra y la China, del cual vamos á ocuparnos inmediatamente, contribuiría á precipitar el momento del rompimiento. Los Chinos en efecto debieron aprovecharse de las relaciones que sabemos que existen entre la corte de Pekin y las de Ava y Napal, para escitar á estos á atacar á los Ingleses en un momento que debió parecer favorable á la invasion del Bahar ó del Asam; pero hemos tenido lugar de convencernos, de que el gobernador jeneral estaba pronto á hacer frente á cualquier acontecimiento, y el mo-

(1) Tharawadi, rey actual de los Birmanes, es hermano del antecesor. Una revolucion á que condujo la debilidad y el estado casi imbécil de este príncipe, en 1824, colocó á su hermano Tharawadi en el trono. Ambos descendian del gran Alompra, que reinó con gloria sobre este vasto imperio hace cosa de un siglo.

(1) Véase la Revista de Edimburgo citada mas arriba.

do con que ha conducido el grande asunto del Afghanistan es la prueba mas evidente, que ninguna crisis posible hubiera encontrado su prevision y vigor desapercibidos. « Suponiendo; decia últimamente la *Revisita de Edimburgo*, que la China hubiese conseguido llegar á su término, los Ingleses hubieran podido librar batalla á un ejército de Tártaros en los llanos de Behar, en medio de los campos de adormideras que han granjeado tan mal concepto á la Compañía, ó entre las plantaciones rivales del alto Asam, que deben desterrar el té de China, de los mercados europeos. » Lord Auckland tenia su conciencia en la fuerza, y nada prueba tanto, á nuestro ver, que se hallaba en la altura de la mision que le habia confiado la Inglaterra, como la moderacion de su lenguaje, y su constante atencion en sus contestaciones oficiales con los príncipes del pais, en demostrarles las ventajas de la civilizacion y del comercio, manifestando mas aprecio por la gloria del lejislador y del administrador esclarecido, que por la del conquistador. En testimonio de esta dignidad, y de esta moderacion de lenguaje, presentamos las instrucciones que daba á M. Macraghten, durante la mision de este funcionario en Lahore, para la conclusion del tratado que hemos reproducido mas arriba (páj. 57). Dichas instrucciones tienen la fecha de 15 de mayo de 1838.

« En las discusiones que podrán suscitarse acerca de la política actual del gobierno, hareis advertir al maharadjah, que el gobierno jeneral, no ha dado lugar á que se le suponga deseo de guerras ni de conquistas; que los límites del imperio hindo-británico le han parecido suficientemente dilatados, y que preferiria conquistar el desierto con el arado, levantar ciudades en donde tienen los tigres sus guaridas, y entender el comercio y la navegacion á través de mares que nunca han producido utilidad; á tomar una sola pulgada de terreno á sus vecinos, ó á mandar mover sus ejércitos para conquistar reinos inmensos. Sin em-

bargo conoce el verdadero valor de sus recursos militares, y sabe que con un ejército de cien mil hombres con buenos oficiales europeos en Bengala, y otros cien mil que puede llamar en su auxilio desde Madrás y Bombay, le es fácil rechazar cualquier apresion y castigar á cualquier enemigo, pero considera á este ejército como un medio de conservar en toda su integridad el poder territorial, y la dignidad de la Compañía de las Indias orientales. Discutiendo los peligros á que puede verse espuesto el gobierno inglés, debe notarse, que por lo que hace á sus enemigos del oeste, los Sikhs y los Ingleses son como una sola nacion, y que si sus ejércitos obrasea de concierto en un campo de batalla, serian invencibles. Por el lado del norte se encuentra el Napal, y puede asegurarse, que el gobernador jeneral se halla perfectamente informado, de las turbulencias que han estallado en este reino, y del desacuerdo que reina en él en este momento. Sabe tambien que todo pais que está dividido es peligroso para sus vecinos, y que hay intrigantes que no perdonan medio de escitar turbulencias al exterior, para darse importancia en el interior. Todas las maniobras de estos perversos le son conocidas y por esto los vijila; pero el gobernador jeneral espera que se calmará está fiebre de agitacion que divide al Napal, como tiene aspecto de calmarse en Ava. Las montañas de Napal pueden ser difíciles de subir, pero las tropas inglesas las han subido ya: un encuentro en los llanos seria muy fatal á los Gorkhas, y el Napal no se halla muy en estado de esponerse á perder los laks que le reeditan sus posesiones en el *terrai* (1). Ava se halla en posicion análoga á la que hemos descrito acerca de Napal; sus conmociones interiores han influido en sus relaciones exteriores; el go-

(1) *Tarai*, *terrai*, *tiriana*, vastas llanuras al pié de las montañas, muy fértiles y abundantes en ricos pastos. Los derechos de pasto son un manantial de considerables rentas para los Napaleses. Los bosques inmediatos producen muy buenas maderas de construccion.

bierno inglés con sus vapores y barcos de guerra, y algunos rejimientos de Madrás, podría invadir en un momento, y conquistar vastas porciones de un país mal sano; pero ha sido lento en manifestarse ofendido y confía en que todo podrá arreglarse todavía. En cuanto á las serias turbulencias que pudieran estallar en el interior, el gobernador jeneral nada puede temer, porque al paso que los jefes indijenas saben apreciar su buena fe y moderacion hácia los que se mantienen fieles á sus compromisos, están íntimamente convencidos de su propia debilidad y de que la traicion traería su ruina, sin mas resultado que aumentar el poder y los recursos del gobierno supremo.

« Por lo que respecta á los asuntos mercantiles, debe contarse como sumamente satisfactorio, la noticia que ha recibido el gobierno inglés, de la proteccion llena de solicitud y celo, que el maharadjah ha concedido al comercio de los dos estados, sancionando el permiso para el paso de buques y transportes de mercancías por el Indo hasta Bombay. Deja conocerse desde luego la importancia que el gobierno inglés sabe dar á la prosperidad de los intereses comerciales. Sabemos que el comercio es para él la fuente lejitima de las riquezas y del poder, y su estension el mas seguro y fuerte lazo con que pueden unirse las naciones. Gózase en ver que la adopcion de sus medidas es la que aumenta las riquezas y el poder del maharadjah, y tiene una complacencia en el mútuo engrandecimiento de las dos naciones (1). »

Antes de reasumir lo que se sabe en el día en Europa sobre el estado interior de las Indias inglesas, y lo que se conjetura acerca de la futura suerte política y comercial de este vasto imperio, vamos á bosquejar en pocas pájinas á nuestros lectores un pequeño cuadro de las causas que han provocado el rompimiento entre la China y la Inglaterra, y el de los principales aconteci-

mientos que mas han llamado la atencion durante las hostilidades. El grande conflicto entre las potencias, cuya importancia merece ser estudiada por tantos respetos, ha dado lugar á mil vaticinios, y ha sugerido la publicacion de otros tantos documentos oficiales, y noticias particulares. Este negocio ha hecho desarrollar prematuramente varios planes de campaña y ha dado á luz los juicios mas opuestos sobre las causas que decidian el rompimiento, así como las consecuencias que cada uno creia mas probables por tan grande acontecimiento. La conducta del capitán Elliot, superintendente del comercio inglés en China, y la de los altos funcionarios chinos, han sido principalmente el tema de una activa polémica. No seria fácil, ni aun ahora, distinguir lo que procedia de los hombres ó de las cosas en sí, en esta imprevista lucha; pero nosotros creemos que la cuestion del comercio de opio, que ha sido la causa inmediata del altercado, no es la causa única; para nosotros no es mas que uno de los puntos que se ligan con la cuestion jeneral de las relaciones de la Europa con la China, relaciones ya anticuadas, y que solo el sacudimiento, que vino á hacerse inevitable, fué capaz de rejuvenecer y de encaminar en ventaja de la civilization y de la industria.

Desde tiempo inmemorial, el opio tiene introduccion en la China, no solo de las posesiones inglesas de la India sino tambien de otras partes del globo, tanto por los Americanos como por los Europeos. Las autoridades chinas habian prohibido la introduccion y uso de este artículo, pero hasta 1839; la celeste corte no habia tomado ninguna medida decisiva para sacar partido de este tráfico. De hecho, el comercio de opio era un contrabando, no solo tolerado, sino hasta sostenido y protegido por decirlo así, á toda luz, por los oficiales chinos de todos rangos, cuya connivencia se gratificaba con una comision desde sesenta hasta ciento veinte piastras por caja, segun si el cargo era liberable en Macao ó

(1) *Indian papers* n.º 4. March, 1840.

en Canton, comision regalada y recibida, tan á las claras, como si se hubiese tratado de otro cualquier artículo de importacion extranjera. La monstruosa contradiccion que existia entre la solemnidad de los decretos prohibitivos, y los hechos, debia traer por resultado inevitable, el rápido aumento del daño, que querian coartar los tales decretos diariamente eludidos ó burlados. Sin embargo, despues de la abolicion del privilegio de la Compañía, viendo el gobierno inglés el peligro que podia resultar de la estincion ilimitada de este tráfico prohibido, tomó sus medidas para obtener su legitimidad, ó para suprimirlo enteramente. El gobierno chino examinó seriamente la cuestion por su lado. Celebráronse varios consejos en la corte imperial de Pekin, á fin de decidir si el opio seria admitido, pagando cierto derecho; prevaleció la opinion contraria con la pequeña mayoría, se dice, de dos ó tres votos. Segun algunas versiones, muchos funcionarios del estado, consultados sobre el particular, emitieron su juicio formal á favor de la importacion, mediante satisfaccion de derecho; pero los ministros del emperador desecharon tal sentimiento. Así que lord Palmerston fuvo noticia de este resultado, dió orden al superintendente inglés de Canton, para que notificase á todos los negociantes ingleses y á todos los capitanes de buques mercantes, «que el comercio era ilegal; que el gobierno inglés no podia intervenir para poner á sus súbditos en posicion de infringir las leyes del país, en que comerciaban, y que si insistian, deberian sujetarse á los consiguientes resultados.» A consecuencia de estas instrucciones, el capitán Elliot (1) tomó todas las medidas que pedia la gravedad de las circunstancias, manifestándose dispuesto

á dar todas las satisfacciones que fuesen razonables á las autoridades chinas, y evitando, como representante del gobierno inglés, de un modo muy marcado, toda relacion con los contrabandistas. En diciembre de 1838 se publicó un edicto sobre el particular, pero el contrabando se hacia con la misma exactitud que antes, dando la mano al tráfico los empleados chinos, mientras el gobierno imperial y el superintendente inglés continuaban prohibiéndolo con sus decretos.

En febrero de 1839 el gobierno de Pekin reiteró las mas severas órdenes para dar cumplimiento á lo mandado por el emperador, y en conformidad á lo espuesto, un chino convencido de haber tenido parte en el tráfico de opio, fué ahorcado el 26 de aquel mismo mes delante las factorías extranjeras. Este acto violento de tan tardia justicia, absolutamente inesperado, en medio de la impunidad habitual con que se habia disimulado á los interesados, fué reputado por los europeos por un insulto, y los pabellones de algunas factorías fueron arriados.

El 10 de marzo llegó á Canton el comisario imperial Lin, con la mision especial, de abolir sin intermision, y de esterminar completamente este ilícito comercio. El 18 publicó dos decretos, uno dirijido á los mercaderes hongos, y el otro á los extranjeros; en este se exijia, bajo pena de muerte, que todo el opio cargado, tanto en los *buques en depósito* (*store ships*), como en los anclados fuera, se entregase al gobierno. El superintendente Elliot, y otros residentes en Canton, que nunca habian tomado parte en el comercio de opio, fueron arrestados privados de alimento y amenazados con una muerte segura, sino se cumpliera con el tenor del decreto dentro de tercero dia. El representante de la reina de Inglaterra, no tuvo delante la vista mas que la alternativa del suplicio ó de la sumision cumplida y pronta; eligió el último partido. El 27 de marzo el capitán Elliot intimó á todos los súbditos ingleses que residian en Chi-

(1) El superintendente Carlos Elliot es capitán de marina. Las autoridades chinas lo han tratado con muchas consideraciones por mucho tiempo, y en sus relaciones oficiales, lo consideraron como mandarin de tercera clase, en consideracion á su rango político, favor muy especial en un pueblo tan orgulloso.

na, entregasen todo el opio que tuviesen haciéndose responsable de los valores entregados de este modo por cuenta del gobierno. Por este medio fueron entregadas á las autoridades chinas veinte mil doscientas noventa y una cajas de opio. El 21 de mayo, á las dos de la mañana, se habia verificado la entrega completa, pero las condiciones aceptadas por las autoridades chinas, ó no se habian cumplido, ó no lo habian sido sino parcialmente. Estas condiciones eran: 1.^a que los servidores de los detenidos serian puestos en libertad, así que se entregase la cuarta parte del opio. 2.^a que las embarcaciones podrian ir y venir para servicio de los Ingleses, así que se hubiese entregado la segunda cuarta parte. 3.^a que las relaciones comerciales interrumpidas volverian á restablecerse, así que quedasen entregadas las tres cuartas partes, y por último y 4.^a que las cosas volverian á tomar su antiguo curso cuando se hubiese verificado el total de la entrega. Las veinte mil doscientas noventa y una cajas de opio fueron solemnemente abiertas, y su contenido reducido á pasta y desleído en las cubas colocadas al efecto en la playa fué arrojado al mar, á presencia de un inmenso jentío, el 17 de junio.

Desde esta época, aun que el superintendente se lisonjease por algunos dias con la esperanza de restablecer las relaciones comerciales, bajo un pié amistoso, y de ponerlas al abrigo de nuevos embates, por la adopcion de ciertos reglamentos concertados con las autoridades chinas, las cosas no hicieron mas que empeorarse. Sin entrar en el pormenor de los acontecimientos, diremos solamente, que este drama extraño vió terminar su primer acto el dia 3 de noviembre de 1839 con un combate entre dos corbetas inglesas (Volaye y Hyacinth) y veinte y nueve joncas chinas, cerca de la desembocadura del rio de Canton. En este combate, la actividad y la fatal precision de la artillería europea consiguieron una sangrienta y decisiva victoria. Volóse una jonca, tres fueron echadas á pique, las demás se salvaron con la

fuga en el mayor desorden, y toda esperanza de pacificacion quedó desvanecida. Creyóse sin embargo, aunque con muy poco fundamento, que un rompimiento tan repentino y rudo por el cual cesaban todas las relaciones ordinarias de comercio y amistad entre ambos pueblos, traería un perjuicio considerable é inmediato al comercio inglés de la India. El tráfico del opio, despues de la captura ó embargo verificado por el comisario Lin, tomó nueva y prodijiosa actividad, y el gobierno supremo de la India se creyó tan asegurado del espendimiento, que alentaba la audacia y la inteliencia de los contrabandistas, haciendo sus adelantos á los cultivadores de este producto en la misma escala y proporcion que hasta entónces. Importa dar aquí algun conocimiento de la parte que toma el gobierno de la Compañía en la *produccion del opio*, y acerca de la verdadera estension del cultivo de la adormidera en las posesiones inglesas de la India.

El monopolio del opio, considerado como medida administrativa, habia dado lugar á una rigurosa informacion, por parte de la comision nombrada por el parlamento, para examinar el estado de los asuntos de la Compañía, antes de la nueva carta, y la correspondencia oficial entre las autoridades de Lóndres, y las de la India, tratando de este ramo de la renta, desde 1816, hasta 1830, ha sido publicada en un apéndice á uno de los informes de la comision. Estos documentos manifiestan hasta la evidencia las miras y los principios adoptados por el gobierno, acerca del monopolio.

En 1816, (siendo gobernador lord Moira), la venta del opio se verificaba bajo la superintendencia del despacho de comercio (*board of trade*), al cual le fué notificado, que el gobierno, tomando en cuenta un tráfico tan contrario á los intereses jenerales de la humanidad, no tanto habia tenido en vista el aumento de las rentas, como la lejitimidad, y por lo tanto la reduccion de este mismo tráfico á los límites mas estrechos. Podia esperarse, decia el

gobierno en sus instrucciones, que las medidas mandadas adoptar sobre este asunto, vendrán á producir no solo la estincion del ilícito comercio de esta droga, sino que su consumo se irá reduciendo, hasta que no tenga aplicacion sino en medicina.

El consejo de directores espuso el año siguiente, del modo mas terminante y claro, su dictámen, acerca de la venta del opio, así en el interior como en el exterior. Aprobando las medidas que habia adoptado el gobierno de Bengala para el abastecimiento interior de esta droga, se espresaba en estos términos:

«Deseamos al mismo tiempo, que se entienda claramente, que damos nuestra aprobacion á dichas medidas, no con atencion á los productos ó beneficios que puedan producir, sino con la esperanza de que ellas mismas irán restringiendo el uso de esta droga perniciosa, y que las disposiciones que arreglarán su venta en el interior, serán de tal suerte combinadas, que impedirán la introduccion del opio en los distritos en que se usa, y limitarán su consumo en los demás lugares á las cantidades estrictamente necesarias en cuanto sea posible.

«Por lo que hace á los medios que deben emplearse para asegurarse en lo sucesivo de un abastecimiento permanente para el consumo interior, somos de parecer, que se debería adherir inmediatamente á la resolucion de no introducir el cultivo de la adormidera en los distritos en que en el día no se conoce, pero tambien conocemos que debe aumentarse el abastecimiento, sea por las mejoras introducidas en el cultivo en las partes del país en que los agentes del gobierno se hallan ya establecidos, sea por el establecimiento de una agencia del gobierno en los distritos en que sabe que la planta se cultiva para hacer un contrabando clandestino. En conformidad de este principio, aprobamos enteramente la inadmission de lo propuesto por el agente de Bahar que se dirigia á establecer una factoría en Mongher, en cuyo distrito no

se cultiva la adormidera. Por otra parte, autorizando la formacion de un abastecimiento en Rangpur, en donde parece que todos los esfuerzos para impedir este cultivo han sido infructuosos, nuestra sola mira (que calificamos ciertamente de honrosa), es la de sustituir un cultivo autorizado, al que es ilegal: restringir un mal que no puede desterrarse enteramente; regularizar una costumbre seductora, de la cual no se puede desimpresionar en un día á todo un pueblo, y emplear el monopolio, no tanto como instrumento de beneficio, que como preservativo de la salud y de los principios de beneficencia.

«En una palabra, debemos repetir y dar á conocer, que nuestro deseo, no solo no es proteger el consumo del opio, sino al contrario, disminuir su uso, ó mejor, el abuso de esta droga; y con este fin, y con el de aumentar nuestros beneficios (tomando en consideracion los resultados de un comercio ilícito en nuestras mismas posesiones, y la concurrencia que puede oponernos en los mercados extranjeros el opio que se cultiva en otros países) creemos que es muy conveniente que el precio, tanto en el interior como en el exterior, sea tan elevado como sea posible. Si nosotros pudiésemos prohibir enteramente el uso de esta droga, lo haríamos de buena gana, por compasion por la especie humana, pero siendo absolutamente imposible, hacemos cuanto está de nuestra parte para regularizar y paliar un mal que no puede esterminarse.»

La comision parlamentaria, á la cual se entregó el exámen de esta importante cuestion, quince meses despues (en 1832), dedujo las consecuencias siguientes:

«En el estado actual de las rentas de la India, no seria prudente renunciar á un manantial de tan importantes beneficios, mayormente cuando un derecho sobre el opio es un impuesto que gravita principalmente sobre el extranjero, y que parece menos espuesto á objecion que otro cualquiera que quisiese susti-

tuirsele. No debe perderse de vista » dice en otra parte el informe, « que la sana política exige, que esta dependencia lejana del imperio quede sometida á un sistema de impuestos tan moderado, que las atenciones de su gobierno puedan admitirlo.»

Ambos pensamientos han sido re-
producidos con mucha vehemencia durante la última sesión del parlamento en el curso de la discusión relativa á los negocios de la China.

La Compañía por consiguiente, ha podido creer, que apoderándose de la cosecha, obraba bajo los principios de una sana administración, y hasta, por lo que toca á sus súbditos con una solicitud enteramente paternal. Admitida la necesidad del monopolio, es necesario convenir en que la Compañía se encuentra obligada á proveer al asurtimiento del consumo. Es verdad que ha podido engañarse acerca la existencia de este hecho, á saber: que la mayor parte del opio que se compra en sus ventas públicas era importado en contrabando á la China contra las leyes del país, contribuyendo necesariamente al embrutecimiento de las naciones. Pero el conocimiento de este hecho, por doloroso que sea, no imponía ninguna obligación al gobierno de la India inglesa, ni de suspender sus ventas, ni de prohibir un cultivo tan útil á sus intereses. Si el cultivo hubiese sido enteramente libre, y el opio estraído hubiese pagado un derecho de exportación, como otra cualquier mercancía, la China se habría visto mas pronto inundada, y á menos precio, de una droga de inferior calidad. Esto es lo que parece cierto. Lo que la Compañía podía y debía evitar (admitiendo la necesidad del monopolio) era el hacerse cómplice del tráfico ilegal, y es una regla que ha observado escrupulosamente. Impedir la introducción clandestina é ilegal del opio en China y demás países, era evidentemente el asunto y el derecho de los gobiernos de aquellos países. Convengamos en que sería mas puesto en razón el hacer cargo á nuestros gobiernos de todos los excesos que ocasiona la embriaguez y

la degradante desmoralización que resulta del abuso de los licores fuertes, cuyo consumo (fuente importante de grandes rentas) está autorizado en nuestros climas, que declamar, como se hace, contra la Compañía de las Indias inglesas, con motivo del monopolio del opio. Creemos, hasta que si la Compañía hubiese rechazado con virtuosa aversión la renta limpia de treinta ó cuarenta millones (de francos) que le proporciona el opio, á espensas de los extranjeros, y hubiese buscado medio de reemplazar este manantial de la renta por un impuesto sobre sus mismos súbditos, tal conducta habría sido calificada como el colmo de la locura y de la hipocresía á la vez. Siempre se han exajerado los males que acumularian sobre la población indiana la producción forzosa de esta nociva droga, y ya se han publicado muchas veces las miserias en que se ven sumidos los Indios que están empleados el en cultivo de la adormidera, la opresión en que les tiene, y la insuficiencia de salario por sus jornales, todo lo cual hace su suerte comparable á la de los esclavos que caen en poder de los pueblos menos civilizados de la tierra. Tales aserciones quedan desvanecidas á presencia de los documentos oficiales, y con el testimonio de las personas mejor informadas de lo que allí pasa. No es menos inexacto el pretender que el cultivo de la adormidera haya tomado tan prodijiosa estension en la India, que parece querer invadir ya la completa totalidad de los demás terrenos labrantíos. Según algunos publicistas ingleses y franceses, « la renta de la India, casi depende en su totalidad del comercio de opio, y para conseguir la inmensa cantidad que se necesita para el surtido, ha sido necesario convertir casi toda la India en un campo de adormideras. » Por lo que hace á la primera de estas aserciones remitimos al lector á las cifras que hemos ofrecido mas arriba, acerca de los diversos manantiales de las rentas de las Indias inglesas. En cuanto á la estension real del cultivo de la adormidera, vamos á presentar nuestros cálculos

al juicio imparcial al lector, así como las deducciones que es permitido apreciar por los datos, hasta que se obtengan mejores informes.

El cultivo de la adormidera tiene principalmente lugar en algunos distritos de Malwa y provincias de Benarés y Patna. En Malwa no se cultivaba por cuenta del gobierno, sino que se esportaba de Bombay con un derecho de 125 rupias por caja. En Bengala se cultivaba exclusivamente por la Compañía, y el opio se vende públicamente en Calcuta. Según informaciones tomadas con el mayor esmero de orden del gobierno, en 1820, resulta que en Malwa estaban destinadas á este cultivo ochenta y siete mil *bigahs* de tierra, que forman como veinte y dos mil hectáreas, y daban ocho mil *mands* ó sean cuatro mil cajas de opio para la esportacion. En 1838 salieron veinte y cinco mil cajas de esta sustancia de Bombay, lo cual supone que la producción llegó á sextuplicarse desde 1820, ó en otros términos, que el cultivo de la adormidera ocupaba en 1838 de ciento treinta á ciento cuarenta mil hectáreas de terreno. Pero el distrito de Malwa produce mas de la cantidad total, y en la misma época, esto es, en 1838, Bengala ha producido diez y nueve mil quinientas cajas, cuyo cálculo da cien mil hectáreas de terreno emplea-

do en este cultivo. Finalmente, todo el terreno empleado en esta producción puede llevarse hasta doscientos cincuenta mil hectáreas, poco mas ó menos (1). De lo que resulta del cálculo, hasta las consecuencias gratuitas que nos ha parecido útil combatir, hay mucha diferencia, por donde los resultados de la estincion total de este comercio no podian ser tan graves como se habia supuesto (2). El consumo no obstante habia aumentado en los últimos años, hasta causar fundadas inquietudes al gobierno chino, mas atento á la cantidad de metálico, que la costumbre de pagar esta sustancia al contado, sacaba de circulacion, que de los efectos nocivos de esta droga en la salud y en la moral de los súbditos del celeste imperio. Considerada la cuestion bajo este punto de vista, habia sido completamente ilustrada por los altos funcionarios, á quienes habia consultado al emperador. Los recursos financieros de su vasto imperio le parecieron estar amenazados por el progreso de dicho consumo, del cual puede formarse alguna idea con la inspeccion del siguiente estado, que debe la exactitud de sus datos á los mismos documentos publicados en Canton, los cuales hemos confrontado con los que habíamos recopilado por otras vias.

DISTRITOS	PATNA.		BENARES.		MALWA.		TOTAL.	
	CAJAS.	VALOR.	CAJAS.	VALOR.	CAJAS.	VALOR.	CAJAS.	VALOR.
	<i>piastras.</i>		<i>piastras.</i>		<i>piastras.</i>		<i>piastras.</i>	
1827-28	4,006	4,019,350	1,128	1,105,805	4,401	5,299,920	9,535	10,425,075
1828-29	4,831	4,574,650	1,130	1,029,385	1,171	6,928,880	13,132	12,533,115
1829-30	5,564	4,820,448	1,579	1,329,129	6,857	5,907,580	14,000	12,057,157
1830-31	5,085	4,454,809	1,575	1,335,395	12,100	7,115,059	18,760	12,904,263
1831-32	4,442	4,234,815	1,518	1,448,194	8,265	5,818,574	14,225	11,501,584
1832-33	6,410	5,115,126	1,880	1,445,603	15,403 ¹	8,781,700	23,603 ²	15,352,429
1833-34	7,893	5,023,175	1,642	1,066,459	11,715	7,916,971	21,250	14,006,605
1834-35	7,558	4,368,245	2,549	1,427,604	9,932	5,962,930	20,089	11,758,779
1835-36	9,011	6,713,195	2,005	1,407,510	15,002	8,986,178	26,018	17,206,903

(1) La cantidad de opio obtenida en Bengala y puesta en comercio en 1839 fué de 22.000 cajas. En 1840 solo produjo 18.992.

Es bastante notable que la Francia se halle interesada aunque indirectamente en el comercio del opio; las estipulaciones de los últimos tratados prohiben todo cultivo de adormidera en las posesiones francesas de la India, mediante una

indemnizacion de un millon de francos anual que paga la Compañía al gobierno francés; además de este tributo en metálico, la administracion de Chandernagor tiene derecho á tomar 200 cajas de opio, al precio medio de ventas realizadas.

(2) El juicio que formamos el año pasado sobre este asunto ha sido confirmado por la espe-

Resulta de este estado, que el consumo habia casi triplicado en el espacio de nueve años (¡pero es necesario no creer que cada nueve ó diez años sucedería otro tanto!): que la importacion del ópio de Malwa habia doblado, desde la abolicion de los privilegios de la Compañía en China (1833), que la importancia relativa de las esportaciones de opio de Malwa y de Bengala, esto es, del cosechado en territorios de la Compañía, estaba en las razones de 15 á 11, y que las sumas realizadas en China (sin hablar de las importaciones de opio de Turquía que se verifican especialmente con buques americanos) se evaluaban, en 1836, á mas de noventa y dos millones de francos.

Por lo que hace á las noticias exactas ó completas, pertenecientes á los años de 1837, 38 y 39, nos faltan conocimientos. Sin embargo, ha podido calcularse que la cantidad importada de la India á la China en 1839 debió llegar á cuarenta mil cajas á lo menos, pero lo estorbó la interrupcion de relaciones comerciales, cuyas causas hemos indicado mas arriba (1). Pero datos auténticos han probado, que el tráfico habria dis-

minuido en lugar de adelantar (1), y esto sin apartar la vista del suceso del comisario imperial Lin, que mandó destruir las mil cajas confiscadas, y que á su llegada esta sustancia era casi invencible. Añadirémos finalmente, que de las 20.291 cajas confiscadas por las autoridades chinas en 1839, solo la tercera parte procedía de las rentas hechas por la Compañía; 12.000 eran procedentes de Malwa por Bombay, y 1000 eran de Turquía.

Nos concretaremos pues á estos detalles por mas incompletos que sean, aunque los tenemos por suficientes, para poner á nuestros lectores en estado de juzgar sobre el verdadero carácter de las relaciones entre la China y la Inglaterra, por lo que toca al comercio del opio. Ven-gamos al rompimiento entre los dos gobiernos.

Poco antes del combate naval, de cuyo resultado hemos dado conocimiento, el capitán Elliot habia recapitulado en un documento que quería que llegase á manos del emperador, lo cual consiguió, segun se ha asegurado, los motivos de queja mas efectivos, que los comerciantes ingleses en China tenian contra los delegados de la autoridad imperial en Canton.

Refiriéndose á la violencia y falta de cumplimiento á sus promesas con respecto al comisario imperial Lin, antes, en el acto, y despues de la ocupacion de las 20.000 cajas de opio, pertenecientes al comercio inglés, dicho capitán se espresa así:

«¿Es posible obrar una gran reforma moral y política sacrificando todos los principios de verdad, de moderacion y de justicia? ¿ó se cree que estas medidas espoliadoras destruyeran el comercio del opio? Semejantes esperanzas son vanas, y el emperador ha sido engañado.

«Pero, se alejará seguramente; ¿las intenciones prudentes y justas

riencia. La disminucion del comercio directo entre Bombay y la China ha sido enorme, pero el que se ha hecho con Calcuta, Singapur y Manila ha aumentado considerablemente, desde 1838 hasta 1840, y lo mismo ha sucedido con el comercio directo con Inglaterra, puesto que en Bombay se han casi duplicado las expediciones de algodón para los puertos de la Gran Bretaña, durante la época de 1839 á 1840. La importancia de los negocios con el Sindh aumentaba tambien rápidamente cuando se recibieron las últimas noticias.

(1) Admitamos con toda la cantidad de 40.000 cajas, y tomamos por peso medio de cada una, segun nuestro juicio, 63 kilogr. 5; evaluando ademas la cantidad en bruto que debe reducirse y prepararse para consumo de un fumador ordinario, á 2 *maacé*, esto es; 7 gr. 5, diarios, resulta que 40.000 cajas equivalentes al consumo anual de un millon de fumadores á lo sumo. Supóngase este número duplicado, triplicado si se quiere, no resultará que nadie fume con exceso, puesto que 3 gr. 3 cuartos de extracto de opio (*smokable extract*) son considerados como una dosis muy natural y corriente, esto es; ofrecen 10 ó 12 pipadas por día, y cada pipada no permite mas que algunas chupadas.

(1) «He found the traffic stagnant, he has made it flourish in a degree and to an extent, that it had never reached before.» Carta del superintendente á Lord Palmerston de fecha de 28 noviembre de 1839. *Additional papers respecting China. London, april. 1840.*

del emperador no podrán ni deberán cumplirse? seguramente.

«Lo cierto es, sin embargo, que las últimas medidas del comisario no solo han retardado el cumplimiento de la voluntad imperial, sino que al contrario, han dado un inmenso impulso al tráfico del opio, el cual, muchos meses antes de su llegada, se hallaba en estado decadente, y han conmovido la prosperidad de estas provincias florecientes.

«Es muy probable que el resultado de estas medidas sea sembrar la agitación por todas las costas del imperio, arruinar millares de familias extranjeras, é interrumpir las relaciones de paz que han existido desde cerca doscientos años entre la corte celeste y la Inglaterra.

«Los comerciantes y embarcaciones de la nación inglesa no irán á Canton ni á Whampoa, porque se les niega toda protección, contrariando los jenerosos mandatos del emperador, porque se ha ocultado la verdad á S. M. I. porque no existe seguridad á favor de los pocos súbditos ingleses que aquí se encuentran sin defensa, aunque se pongan al abrigo del gobierno de Canton; porque sería lesivo á la dignidad de su soberano y de su nación el echar al olvido los insultos y los ultrajes de que han sido el objeto, antes que se les haga justicia cumplida por los tales, y hasta que todas las relaciones comerciales y otras cualesquiera no se hayan restablecido bajo un pie honroso y seguro, tanto para este imperio, como para la Inglaterra. *El tiempo se acerca; la graciosa soberana de la nación inglesa hará conocer la verdad al sabio y augusto príncipe que ocupa el trono de este imperio, y todas las cosas serán arregladas según los principios de la mas justa razón.*

«Elliot y los individuos ingleses que se hallan en la China someten al grande emperador estas espresiones, que lo son de la mas profunda veneración.»

Desde de este solemne compromiso de pedir y obtener reparacion, toda vez que los actos de los represen-

tantes de los dos gobiernos hubieron tomado el carácter de hostilidad permanente de la que fueron calificados á fines del año 1839, ya no era posible tratar sobre las antiguas bases, y una declaracion de guerra de parte de la Inglaterra era inevitable. Sin embargo, en la redaccion del documento cuyos principales pasajes acabamos de citar, resulta la intencion manifiesta de imputar á las autoridades intermedias los agravios que pudieran inculparse directamente al gobierno imperial. El emperador ha sido engañado. El gobierno inglés tomará sobre sí el hacerle conocer la verdad, y no duda desde luego deje de hacerse justicia, *ni que todas las cosas dejen de arreglarse según los principios de la equidad y de la razón.* Semejante partido es el que mas hábil y prudentemente podia escojerse á nuestro juicio, y puede asegurarse, que todas las determinaciones y actos del gobierno británico, cualquiera que sea el carácter aparente de hostilidad de que vayan revestidos, serán en adelante sometidos á esta convicción oficial, de la ignorancia en que se encontraba el emperador de las infracciones al derecho de gentes y á los mas sagrados principios de la humanidad y de la justicia, de que se habian hecho responsables sus delegados en Canton.

Un antiguo empleado de la Compañía de las Indias, en Canton, Mr. Hamilton Lindsay habia publicado un pequeño escrito (1) sobre la cuestion de China, en el cual, según su plan, recapitula limpiamente las principales circunstancias del altercado entre las autoridades chinas y el superintendente. Las consecuencias que deduce Mr. Lindsay, por exclusivamente inglesas que puedan parecer, creemos que indican con bastante probabilidad la marcha que el gobierno de la reina seguiria para llegar á su objeto; el suceso, como veremos dentro de poco, ha confirmado nuestras previsiones.

(1) *Is the war with China a just one?* ¿La guerra con la China es una guerra justa? Segunda edicion Lond. 1840.

Segun Mr. Lindsay, las condiciones que debian imponerse al celeste imperio eran las siguientes :

1^a. Indemnizacion por el valor del opio entregado por el capitan Elliot, y por todas las pérdidas esperimientadas por los súbditos ingleses, á consecuencia de la interrupcion del comercio.

2^a. Satisfaccion por el insulto hecho á S. M. británica en la persona de su representante.

Por lo que hace al porvenir, el primer punto y el mas importante que convenia conseguir para la seguridad de las relaciones comerciales, y el mantenimiento de buena inteligencia entre las dos naciones, era, en concepto de Mr. Lindsay y en el nuestro, un libre acceso á la corte imperial, lo cual no puede tener lugar sin estipular la residencia continua de un embajador en Pekin. Era de esperar que el gobierno chino manifestase mucha repugnancia á convenir en semejante concesion; pero ya que los Rusos tienen sus agentes con residencia en Pekin, el emperador podia condescender sin comprometerse ni degradarse á los ojos de la nacion. Arreglado así este punto, se llegaria naturalmente á la conclusion de un tratado de comercio, abriendo á los Ingleses uno ó mas puertos del norte, y estableciendo un sistema definitivo de reglamentos para las relaciones futuras. Muchos han creido en Inglaterra, que la posesion de alguna isla en la costa de la China, en donde los súbditos de S. M. británica pudiesen hacer el comercio, bajo la proteccion del pabellon nacional, seria una cosa muy ventajosa. Segun Mr. Lindsay se presentarian grandes y serias objeciones para la adopcion de esta medida. Nada parecia deber deprimir tanto al gobierno imperial, á los ojos del pueblo chino, como semejante concesion, la cual, aun tomando los mismos intereses ingleses en consideracion, tendria una tendencia funesta. El objeto de los Ingleses en la China no debe ser un engrandecimiento de territorio, sino el sostenimiento de las relaciones comerciales, y era de temer

que una vez enarbolado el pabellon británico en territorio del celeste imperio, circunstancias imprevisitas no obligasen á los Ingleses á retirar sus límites de territorio, ofreciendo en China la repeticion de lo que ha sucedido en la India inglesa. Por la demás nada seria tan fácil como precipitar el imperio chino en la confusion y en la anarquía porque reina en él mucho descontento, y la dinastía actual no se halla muy seguramente sentada en el trono. Era indispensable, sin duda, dar una severa leccion al gobierno chino: pero era necesario dejar la puerta abierta para los arreglos, y eludir ciertas dificultades que tal vez seria imprudente querer vencer á viva fuerza. Sin embargo, M. Lindsay opinaba, que debian volarse todos los fuertes de la desembocadura del rio de Canton, lo cual habia sido obra de un dia para una escuadra de algunos navios. Despues de haber hecho alarde de fuerza era tiempo de ostentar una moderacion y una reserva, que ya no podian atribuirse al temor. Si el gobierno imperial no se hubiese visto bastante humillado para suscribir á las peticiones de los Ingleses, se debia recurrir á un bloqueo de las costas segun M. Lindsay, cuyo bloqueo debia comprender los puertos de Canton, de Ansoy, de Ningpo, y de Shanghae (1). La In-

(1) La opinion de M. Lindsay dista mucho de ser favorable al carácter del gobierno chino; al contrario forma mucho mejor concepto de los Chinos en general, de lo que era de esperar. M. Lindsay termina su narracion con las reflexiones y detalles siguientes, que nos ha parecido interesante deber reproducir.

«Mi objeto al presentar este escrito al público, ha sido probar que en las hostilidades pendientes la justicia estaba de nuestra parte. No me ha movido ningun estímulo de venganza ni de animosidad contra los Chinos. Al contrario, encuentro que el gobierno ha sido injusto siempre y opresivo para con los extranjeros, pero tengo afecto á esa nacion, y me hallo intimamente convencido de que, bajo un sistema como el que espero que se adoptará en breve, las relaciones mas amistosas podrian ser duraderas y estables entre ellos y nosotros. He conocido muy de cerca á muchos Chinos, en cuya integridad y honor depositaria tan ilimitada confianza como en las de cualquiera de mis compatriotas. La conducta celosa del gobierno ha sido hasta ahora y con-

glaterra tenia, á todas luces, un interés inmenso en restablecer las relaciones del comercio legal entre ella y la China, á lo cual debía encaaminarse combinando sus medidas enérgicas, con los ordinarios recursos de la diplomacia; pero á juicio de muchas personas, que habian tenido ocasion de estudiar el carácter chino muy de cerca, y los recursos con que puede contar el gobierno, ó lo que es lo mismo, los elementos de resistencia de que podia disponer, los Ingleses habian de encontrar obstáculos mas serios de lo que

tinna siendo una barrera á la estension de las relaciones sociales; pero si desapareciese este obstáculo, veriamos entónces los mas amables rasgos del carácter chino en su verdadera luz.

«Terminaré este escrito refiriendo una anécdota que hace relacion á un Chino, amigo mio, (anécdota que hasta cierto punto tiene conexcion con las turbulencias actuales), y que le hace de tal modo honor, que siento el mayor placer en recordarla. Este sujeto era un comerciante de sederías muy honrado y muy inteligente, el cual hacia tambien frecuente comercio de opio. En 1837 habia formado compromisos con nuestra casa, para enviar sederías el año siguiente, á un precio fijo, y habia recibido una suma considerable anticipada. Cuando estallaron las turbulencias el nombre de mi amigo apareció entre los de los principales especuladores de opio en el libro negro del gobierno, y se ofrecia una suma considerable al que le prendiese. El plazo iba avanzando, y no oiamos hablar de él: el precio de las sederías habia subido en este intermedio, de modo, que para cumplir con su compromiso tenia que sufrir una pérdida de quince por ciento. Debo confesar que en tales circunstancias habiamos ya perdido toda esperanza de recobrar nuestras sedas, ó nuestro dinero; cuando una noche de diciembre de 1838, en ocasion en que la persecucion de todos los que se habian dedicado al tráfico del opio se hallaba en su mayor crisis, un Chino vino á encontrarme, y me hizo saber que mi amigo se hallaba en Canton y que deseaba hablarme. Seguíle á una pequeña tienda china, y allí encontré á mi amigo. «He venido á Canton, me dijo, esponiendo mis dias para cumplir mis compromisos con vos y con los señores... Las sedas que os prometí se hallan en poder de fulano. Es necesario que tomeis vuestras precauciones, haciéndolas pasar por el intermedio de un comerciante honro, porque si fuesen cojidas mi muerte seria cierta. Si no fuesen de tan buena calidad como las que os he ofrecido, mi encargado tiene otras á vuestra disposicion: podréis elegir las que serán de vuestro gusto, y yo pagaré la diferencia del valor si hay necesidad.» Confieso que me sentí vivamente conmovido por un proceder tan honrado, y le insté con calor á que

se habia creído. Nuestro cónsul general en Manila, M. Ad. Barrot, es su muy interesante artículo, publicado en la Revista de los dos mundos: *Revue des deux mondes* (1) habia examinado la cuestion con esmero, y se creia autorizado para predecir que los Ingleses se estrellarian en toda tentativa de represalias. Pero no tomando en Calcuta mas que las dificultades de la invasion y los peligros de la ocupacion presumida de una parte del territorio, y contando ante todo con la obstinacion de un gobierno que no cesa ante ningun

no perdiese un instante para volver al lugar que le servia de asilo, y se encontraba en una provincia bastante distante. Al dia siguiente me vi con el Chino á quien me habia dirijido, del cual recibí toda la sedería que debia entregarme y resultó ser de la mejor calidad. Tengo una complacencia en poder declarar que mi amigo pudo librarse de las garras de la inquisicion china, y que se hallaba en seguridad, segun las últimas noticias que de él he recibido.

Semejante rasgo de probidad y de honor honra al individuo y á la nacion, y creo firmemente que en la China existen muchos de estos individuos. Consigamos siquiera libertad y seguridad en nuestras relaciones con la China, y ambos pueblos recojerán mútuas ventajas por tal medida.

(1) Entrega del 15 de noviembre de 1839. M. Barrot insistia principalmente en la resistencia pasiva que la China no dejaria de oponer á los Ingleses, y la resistencia que este autor entendia se deduce del siguiente pasaje de su escrito.

«Nada se presenta tan fácil seguramente, como hacer un desembarco en un punto cualquiera del territorio chino, y de establecerse en él momentáneamente; para esto bastarian unos cuantos miles hombres y algunos navios. Pero una vez formado el atrincheramiento, seria necesario sostenerlo, y allí seria en donde empezarian á nacer las dificultades sin número, cuyo resultado inevitable seria la vergüenza de no haberlo podido mantener. Desde luego seria necesario conquistar una estension de terreno bastante considerable para procurarse libertad en los movimientos y surtirse de los víveres necesarios. ¿Pero bastaria el terreno conquistado á satisfacer estos objetos? ¿No habria necesidad de brazos para cultivarlo? Lo que no puede dudarse es, que desde el primer momento de la ocupacion, los habitantes se internarian todos, y el pais quedaria enteramente desierto. Hace algunos años que el gobierno chino, para desembarazarse de algunos piratas, mandó abrasar una estension de cien leguas de costas sobre una profundidad de cinco leguas. ¿Y qué es lo no haria á trueque de resistir á una agresion extranjera? Sacrificarla sin titubear ocho ó diez millones de la poblacion de sus provincias litorales.

sacrificio para resistir á una agresion extranjera, echaban al parecer en olvido lo que pueden la energía, la intelijencia y la ciencia militar, la artillería y los buques de vapor de Europa, opuestos á la vanidad indolente, á la ignorancia pueril, á las armas inútiles á las *yuncas* de los Chinos. No reflexionaban que el gobierno chino tenia un interés en que la interrupcion de las relaciones comerciales no se dilatase sin necesidad; que en fin, en un pais donde la venalidad de los funcionarios públicos es un hecho universalmente reconocido, el dinero derramado oportunamente puede, en caso necesario, allanar muchísimos obstáculos. Por otra parte, se habian equivocado hasta cierto punto, tanto sobre las causas verdaderas del rompimiento entre los dos gobiernos, como sobre los medios de que la Inglaterra debia echar mano para hacer aceptar al emperador las condiciones que era prudente ofrecerle antes de llevar las cosas al último extremo. Vamos á ver de qué modo el gobierno de la reina se ha manejado en este momento de crisis, y cuáles han sido, hasta este dia, los resultados del plan de operaciones que ha adoptado, plan muy análogo al mismo de que mas arriba hemos dado una idea.

Ya en 4 de noviembre se habian enviado instrucciones al gobierno supremo de las Indias inglesas para preparar con toda la celeridad posible una expedicion destinada á vengar los insultos hechos por las autoridades chinas al representante de la reina y á los súbditos ingleses (1). Equipábase al mismo tiempo en Inglaterra una escuadra y buques de transporte destinados para incorporarse con la expedicion de la India, con un suplemento de tropas de desembarco. Sin embargo la declaracion oficial de las intenciones del gobierno de la reina no se promulgó sino á primeros de abril de 1840.

Una orden de la reina en consejo, de fecha del 4 de abril, autorizó al almirantazgo y á las juntas coloniales instituidas á este efecto para que fallasen sobre todas las presas y embargos que pudiesen hacerse de cualesquiera buque y cargamentos chinos por los buques de guerra ingleses, en el caso en que el apresamiento y el embargo provisional de dichos buques y cargamentos no determinasen al gobierno chino á conceder la satisfaccion y reparacion pedidas. En tal caso, los buques y cargamentos así detenidos provisionalmente se habian de confiscar y venderse, para aplicar su importe segun ulteriormente se determinase. La reina en consejo justificaba en los términos siguientes la determinacion tomada de usar de represalias con el gobierno chino.

«Visto que hemos tomado en consideracion las sinrazones é injurias (*injurious proceedings*) hechos últimamente por ciertos oficiales del emperador de la China á algunos de nuestros oficiales y súbditos; y visto que hemos dado órdenes para que se pidiere al gobierno chino satisfaccion y reparacion, de sus procedimientos injuriosos; y visto además que es del caso apresar y detener los buques y cargamentos pertenecientes al emperador de la China y á sus súbditos, con la mira de alcanzar las dichas satisfaccion y reparacion, etc., ... Oido el parecer de nuestro consejo sobre estas causas, hemos tenido á bien mandar etc.»

Desde el mes de octubre de 1839 hasta el mes de marzo de 1840, los tenedores de las obligaciones suscritas por el superintendente Elliot á favor de los negociantes ingleses que habian entregado á las autoridades chinas, por medio de aquel empleado, el opio destruido el 17 de junio de 1839, en presencia del comisario imperial *Linn*, se esforzaron en obtener del gobierno de la reina, en primer lugar el pago de las tratativas que tenian en su poder, y en segundo lugar la promesa de una compensacion. Estos pasos no tuvieron otro resultado oficial que una declaracion formal de parte del ministerio

(1) *Return to an order of the honorable the house of commons, dated 9 april 1840. Parliamentary Papers, n.º 241.*

de que no tenia á su disposicion ningun fondo aplicable al pago de las tratas del capitán Elliot; que no podia obligarse á indemnizar á las partes perjudicadas sino mediante la autorizacion del parlamento, y que no hacia ánimo de someter al parlamento, proporcion alguna á este efecto. Ya era esto de esperar; pero por otro lado, el principio de la compensacion quedaba implicitamente comprendido en las resoluciones acordadas con respecto al gobierno chino; y era evidente que la China tendria que pagar (en saliendo bien los planes de la Inglaterra) no solamente los gastos de la guerra, sino tambien la indemnizacion reclamada por el comercio inglés en Canton.

El 7 de abril, tras una discusion animadísima sobre la mocion de sir James Graham, pidiendo que la Cámara de los Comunes reprobase la conducta del ministerio en la direccion de los negocios de la China, las disposiciones hostiles anunciadas por el gobierno de la reina fueron sancionadas por una votacion, que no obstante justificaba solamente con escasa mayoría; la de diez votos, las medidas adoptadas por los ministros para la proteccion de los graves intereses que les estaban encomendados.

El 27 de julio, la Cámara de los Comunes votó un crédito de 173.442 libras esterlinas para los gastos de la expedicion de la China, (unos 17.300,000 reales). En la discusion que se entabló sobre esta votacion, los ministros hubieron de defenderse contra vivísimos ataques que versaban principalmente sobre la imprevision del gobierno, que habia descuidado, segun decian, enviar instrucciones positivas y completas al superintendente Elliot. Sin embargo, la determinacion tomada de pedir satisfaccion al gobierno chino de los actos de violencia y ultrajes de sus delegados tuvo al parecer el asenso de la gran mayoría de la Cámara. Ya antes de esta época se habia organizado completamente la expedicion que debia reunirse en Singapur, y habia comenzado sus ope-

raciones en los mares de la China. Mandábala el contra almirante el honorable Jorje Elliot, llegado á Singapur en el *Metville*, navio de 74, el 16 de junio. El almirante dió nuevamente la vela el 18 con otros varios buques de guerra; habíase precedido de algunos dias el comodoro sir Gordon Bremer, que mandaba la primera division de la escuadra. Calculábanse en el mes de julio las fuerzas de la expedicion en 17 buques de guerra y 4 vapores grandes, armados tambien en guerra; las tropas de desembarco aprontadas por la India inglesa ascendian á 6.666 Europeos y 2.175 Cipahys ó Láscars (y además 1.080 no combatientes). Habian llegado de Inglaterra unos 5.000 hombres entre soldados y marineros; de modo que el personal subia, probablemente, á 15.000 hombres de todas armas. El gobierno habia tenido sus planes tan reservados como le habia sido dable. Sin embargo, creíase que iba á ponerse un bloqueo riguroso al rio de Canton, y hasta que se destruirian los fuertes que guarnecen la entrada de este rio; que se bloquearian algunos otros puertos al este, y que se ocuparia una porcion de territorio chino, suponiéndose que seria uno de los principales puntos de la isla Formosa. Habíase hablado tambien de la isla mayor del grupo de Chusan como del objeto principal de la expedicion; el hecho confirmó esta última conjetura.

Los primeros buques de la escuadra inglesa llegaban á la boca del Tigris en el momento en que los Chinos procuraban vanamente por la tercera vez, incendiar por medio de una escuadrilla de brulotes á los buques mercantes en la rada de *Capsingmun*. El bloqueo del rio de Canton fué oficialmente proclamado por el comodoro Bremer, el 22 de junio, para empezar á tener efecto el 28. Para formar el bloqueo dejó el comodoro cinco buques de su division y dió la vela el 25. El 28, llegando el almirante Elliot, tomó el superintendente Elliot á su bordo, y zarpó para el norte para incorporarse con su division de vanguardia. Esta esta-

ba concentrada, el 2 de julio cerca de la isla del Búfalo (*Buffalo Island*), situada al sur del archipiélago de Chusan, y donde el jeneral Oglan-der, que mandaba las tropas de la expedicion, murió de la disenteria á últimos de junio, y fué enterrado. El brigadier Burrell le reemplazó en el mando. Por fin, la escuadra hizo rumbo para la grande isla de Chusan y fondeó, el 4, en la rada de *Ting-Hae-Hin*, delante de los muros de la ciudad de este nombre, capital de la isla y de todo el grupo. El gobernador, intimado para rendirse, al paso que confesó la imposibilidad de oponer ninguna resistencia formal á las fuerzas inglesas, fué á bordo del comodoro á esponer la necesidad en que se hallaba, para salvar el honor de las armas chinas y el suyo, así como para salvar su cabeza, de no entregar la plaza sin hecho de armas. Diósele el tiempo de recapacitarlo hasta el dia siguiente al romper el dia, instándole para que se entregase á discrecion y que no obligase á los buques ingleses á hacer fuego sobre la ciudad, pero no se oyó hablar mas de él, y al dia siguiente, 5 de julio, desembarcaron las tropas inglesas bajo la proteccion del fuego de los navíos. Los Chinos sostuvieron á penas por algunos instantes aquel fuego terrible y abandonaron precipitadamente, las yuncas de guerra fondeadas cerca de tierra y las posiciones que dominaban á la ciudad. Durante la noche evacuaron la poblacion, defendida por fortificaciones muy estensas, y cuando el jeneral inglés, despues de haber tomado sus disposiciones para el asalto, mandó reconocer la plaza el 6, al rayar el dia, se supo con certeza que habian huido no solo las tropas chinas, sino tambien todo el vecindario. Las disposiciones tomadas por el brigadier Burrell para la ocupacion de *Tinghae* no fueron muy cuerdas ni previsoras, segun parece, ó al menos no supo hacer respetar sus órdenes, si es verdad, segun dicen todas las correspondencias particulares, que aquella ciudad, abandonada precipitadamente, fué pillada y devasta-

da por las tropas de desembarco, por haber hallado desgraciadamente los soldados europeos la ocasion de entregarse á sus anchas á su pasion por los licores fuertes. La ciudad de *Tinghae* y sus arrabales contenian muchas fábricas de aguardiente y un abasto inmenso de esa bebida espirituosa que forma al parecer para el comercio de Chusan un ramo de esportacion considerable, y que es conocido con el nombre de *Sam Shu*. Descubriéronse desde luego aquellos depósitos, y de ahí se siguieron desórdenes deplorables. El brigadier Burrell, en su parte oficial, alude al pillaje, que pretende achacar á la plebe china cuando la evacuacion de la ciudad por los habitantes; mas no dice, una palabra de los vergonzosos excesos á que se han abandonado sus propias tropas. Segun las últimas noticias recibidas las tentativas hechas para infundir confianza á las poblaciones y determinar á los vecinos de *Tinghae* á volver á sus hogares, se habian frustrado todas. Los abastos escaseaban y parecia que la salud de las tropas debia resentirse de aquella mudanza de clima. Chusan puede solo considerarse como un punto de ocupacion interino. Los Ingleses lo habian visitado por primera vez en 1700, y habian sido bien recibidos; habian empezado á hacer allí un comercio de bastante consideracion, pero en 1701, una órden del emperador les vedó toda relacion con aquel puerto; sin embargo parece que en 1704 un navío inglés, el *Northumberland*, obtuvo del gobierno chino el permiso de fondear delante de *Tinghae* y lord Macartney envió allí por un piloto en 1793. La poblacion de todo el grupo de las islas Chusan asciende, segun dicen, á unas sesenta mil almas. El interior de la isla mayor está bien cultivado y produce mucho grano, té y algodon para el consumo local. Los habitantes son aficionados al opio; hacen un comercio bastante activo con el continente chino, principalmente con el puerto de *Ningpo*, de donde en cambio de *Sam Shu*, reciben tejidos de seda, loza, etc. Mientras que las

tropas inglesas desembarcaban en Chusan, se habia enviado una fragata á Amoy (punto donde los Ingleses tuvieron una factoría, abandonada á fines del siglo décimo séptimo), con la mira de abrir, por esta via, comunicaciones con Peking. Pero la insolencia y las provocaciones de los Chinos, que hicieron fuego á un oficial enviado de parlamentario, causó un choque que acabó con la destruccion del fuerte de Amoy, por algunas andanadas de la fragata. El almirante Elliot, llegado el 6 á Chusan, habia vuelto á partir luego para procurar hacer llegar desde Ningpo (ciudad considerable situada al oeste, y á unas nueve leguas marinas de Chusan) el ultimatum de su gobierno al emperador de la China, y establecer ante todo el bloqueo de los puertos de Amoy, Ningpo y Sanghae. El almirante debia pasar en seguida al golfo de Peetcheeli, acercarse en cuanto le fuese posible, á Peking, y entablar, de buenas á buenas ó á la fuerza, comunicaciones directas con el gobierno imperial. Creemos que las enérgicas demostraciones hechas por los Ingleses, y que hasta ahora se resumen en la ocupacion de la isla de Chusan, la destruccion del fuerte de Amoy por la fragata la *Blonde*, y el bloqueo de los principales puertos chinos, bastarán para determinar á la corte celeste á negociar con los representantes de la reina de Inglaterra sobre bases favorables á los intereses británicos y á los del comercio y de la civilizacion en general.

ESTADO INTERIOR. — PORVENIR POLITICO Y COMERCIAL. — Resumamos los principales caracteres de las relaciones que subsisten hoy dia entre el gobierno supremo de las Indias inglesas y las potencias vecinas de su territorio, ó que jeográfica y políticamente dependen de él. Nada nos queda que decir en este momento del Afghanistan y del Sindh, si no es que, en nuestra íntima conviccion, estos dos países están colocados por largo tiempo bajo la dominacion esclusiva de la Inglaterra. Los estados que tras estos llaman inmediatamente nuestra atencion son el Pandjab,

el Napal y el imperio birman.

El reino de Pandjab se formó por la habilidad y la enerjía de Randjit Singh y es probable que sobreviva poquísimos años, á fuer de estado independiente, al hombre extraordinario cuya ambicion, tolerada y hasta apoyada en estos últimos tiempos por los Ingleses, le dió nacimiento. Es la única parte del antiguo imperio mogol que de hecho no esté bajo la dominacion inmediata de la Inglaterra. Estiéndese sobre una grande estension de país preeminentemente favorecido por la naturaleza, tanto por lo que respecta á la fertilidad como á sus medios de transporte. Tiene en Peshawan la llave del Afghanistan, domina la navegacion del Indo, y sin la intervencion de los Ingleses, que acababan de pensar seriamente en la restauracion de Shah Shudjá, Randjit Singh se hubiera hecho dueño de todo el curso de aquel rio.

Aquel príncipe, cuya sutil ambicion mantenía, su natural sagacidad en los límites de la discrecion, confió desde muy temprano en su fortuna, al paso que se hizo cargo de la necesidad de mantener relaciones amistosas con el gobierno de la India inglesa (1). Así pues, cuando sir Carlos Metcalfe, obrando á tenor de las instrucciones de lord Minto, precisó á Randjit á orillar el intento que habia formado de apropiarse los pequeños principados Sikhes al este del Sutledj, todas las miras de Randjit se encaminaron á estender sus posesiones por el lado opuesto. Pero tambien allí intervinieron los Ingleses para proteger el Sindh, estado mahometano muy codiciado por la

(1) M Vigne. en el volúmen que ha publicado hace poco en Lóndres (*A personal narrative of a visit to Ghuzni, Kabul, etc.*, London 1840, páj. 289), refiere que los oficiales franceses al servicio de Randjit Singh han contribuido con sus consejos á mantenerle en esta linea política. Cuando el jefe de Bhurtpur le hizo instar para que abrazase su causa contra los Ingleses, en 1826, el general Ventura disuadió, segun aseguran, á Randjit de dar oídos á unas proposiciones que indudablemente hubieran causado su ruina. Cuando se supo su negativa de entrar en aquella alianza, le enviaron de Bhurtpur un vestido de mujer (véase páj. 78).

ambicion del jefe Sikh, á causa de su posicion en el curso inferior del Indo; se avino á este chasco, y lo que mas prueba la superior inteligencia y el tacto político de Raudjit, es que á pesar de estar pagadísimo de la organizacion y de la fuerza efectiva de su ejército y de su superioridad evidente sobre los otros soberanos independientes, se hizo cargo de su flaqueza relativa al lado de sus formidables amigos de Calcuta, y siempre acababa por someterse á las exigencias de la política de aquellos. Pero es de presumir que su hijo y su nieto (hablamos ante todo del último, por cuanto está de hecho ejerciendo la autoridad soberana, y pregonan sus intentos de estender el poderío sikh mucho mas allá de sus límites actuales) no serán tan prudentes y que se dejarán arrebatarse á la loca tentativa de probar sus fuerzas contra los Ingleses. En este caso, el resultado inevitable de la colision será la estension del imperio anglo-indiano hasta su límite natural el Indo; y utilizándose Shah-Shudjá de la caída del reino Sikh, recobrará con la ayuda de la Inglaterra, la hermosa provincia de Peshawar, que Randjit quitó á los Afghaneses. Las rentas así como el comercio de la India inglesa, se aumentarían considerablemente con la añadidura del rico territorio del Pandjab.

El Nepal, aunque su poderío haya menguado mucho de resultas del tratado que en diciembre de 1815 le impuso lord Hastings, tras dos campañas harto sangrientas, sigue siendo aun para la Compañía un vecino formidable. Los Gurkhas, raza dominante del pais, tienen toda la altanería, el denuedo y la vehemencia impetuosa de carácter que distingue á los montañeses. El pais, naturalmente fuerte por su configuracion plástica, opone su formidable inercia á la ciencia militar y á la suma disciplina del ejército inglés. Toda la poblacion libre del Nepal recibe una educacion esencialmente militar y está sujeta á un sistema de reclutamiento eficaz á la par que popular. Tienen comunicaciones seguras y secretas con los Birmanes de un

lado, y los desfiladeros de sus montañas pueden conducirlos sin ser vistos al otro, á la entrada de las grandes y fértiles provincias de Benarés y de Patna. Las disposiciones belicosas de los Napalesses y la confianza orgullosa que tienen en los recursos estratéjicos de su pais, los moverán quizás á probar de lavar en sangre inglesa el baldon del tratado de 1815. Pero el estado político de estos paises hace presumir mas bien que los Ingleses tendrán que intervenir en sus disensiones intestinas, y establecerán en breve definitivamente su influjo soberano sobre estas poblaciones desunidas. El príncipe reinante, mozo de limitada inteligencia, se deja gobernar, segun dicen, por las mujeres, ha condenado á muerte á un ministro entendido, y al hábil jeneral á cuyo talento debia principalmente atribuirse la prolongada resistencia de los Napalesses á las armas británicas en las campañas de 1814 y 1815. Todos los hombres descollantes han sido desterrados ó separados de la corte. El pueblo, bajo esta dominacion torpe y opresora, se va desmoralizando rápidamente, y la masa de los habitantes daría quizás la bien venida á la intervencion inglesa.

A lo que mas arriba llevamos dicho con respecto á los Birmanes añadiremos algunos pormenores, que harán comprender mejor lo que ya hemos hecho presentir en orden al porvenir probable de las relaciones de la India inglesa con este pais. La ignorancia y alti vez de la corte de Ava pujan cuanto podemos imaginarnos en Europa. Cuando Bandula el jeneral favorito del último rey, invadió el distrito de Tchitagong al principio de la última guerra, traía consigo cadenas de oro destinadas para lord Amherst, y tenia la orden una vez tomada Calcuta, *¡de marchar sobre Lóndres y de apoderarse de ella!* Siguiéronse derrotas y mas derrotas, sin desvanecer aquella ciega embriaguez del orgullo que tan particularmente caracteriza á los Hindo-Chinos. Los oficiales birmanes, al paso que huían ante el ejército inglés, que avanzaba sobre

la capital, por mas persuadidos que debiesen estar de la inutilidad de una lucha prolongada, no se creian por esto menos obligados (segun lo probaron sus cartas interceptadas) á paliar, con los partes mas desatinados, su desvalida impotencia para contener al enemigo; y el desdichado jeneral que mandaba en la última ocasion en que los Birmanes trataron de mantenerse firmes, en un paraje llamado *Pagham miu*, fué condenado á morir hollado por elefantes cuando llevó la noticia de su derrota. Los ojos del rey no se abrieron ante el peligro de su situacion; sino cuando las tropas inglesas no estaban mas que á tres marchas de la capital; entónces hubo de ceder; pero parece probable que la tremenda leccion que los Birmanes han recibido no basta para darles una idea exacta de la inmensa superioridad de sus adversarios. Desde entónces han pasado ya catorce años sobre estos sucesos; un nuevo soberano ha subido al solio y no sueña mas que con la exencion de las vergonzosas estipulaciones impuestas á su predecesor por el cañon inglés. La dificultad de negociar con un pueblo tan desatinadamente orgulloso como los Birmanes y de resistir á las incesantes provocaciones de su estúpida insolencia y de los salteamientos á que se entregan, invadiendo los límites que les señaló el tratado; esta dificultad es estremada; pero el gobierno de la India ha evitado cuerdamente hasta el dia, como ya llevamos dicho, el aceptar las ocasiones de rompimiento con que le ha brindado la necia ambicion de Tarawadi. El triunfo de las armas inglesas en el Afghanistan ha ayudado á lord Auckland á mantenerse en esta línea tan árdua; pero los Ingleses se verán precisados, y sobre esto no nos cabe la menor duda, á apoderarse del curso del Iravati, como ya se han hecho dueños de los cursos del Bramaputra y del Indo, ó á lo menos á *sustituir un poder amigo á una dominacion hostil* en los paises situados mas allá del Bramaputra. Y cuando decimos que los Ingleses se verán precisados á es-

tender su dominacion en estas provincias, estamos convencidos efectivamente de que no podrán someterse sin repugnancia á la necesidad de una guerra como la que les amaga la loca resistencia de los Birmanes. « No hay ni lucro ni honor, » decia no ha mucho uno de sus escritores políticos, « que ganar en semejante guerra. La naturaleza del pais, la lejanía de sus partes vitales que sin embargo seria forzoso ocupar, harán la campaña larga á la par que costosa. Amahrapura, asiento actual del gobierno, está situada en la alta estremidad del largo valle del Trawadi, á seis ó setecientas millas del mar. La parte inferior de este valle es un pantano hediondo y pestífero durante una gran porcion del año; y por mas que el camino mas corto, por las montañas de Arrakan, fuese iudubitavelmente el que tomara nuestro ejército, los gastos de transporte de un material tan considerable como el que requeririan unas operaciones de tanta importancia de municiones y abastos de toda especie, para avanzar por un pais que los Birmanes sabrian devastar tan rematadamente (como ya lo han probado), el gasto, por decirlo de una vez, de esta expedicion tan ajigantada seria necesariamente enorme. » En cuanto al resultado de semejante expedicion, no puede ser dudoso, si los Birmanes pelean solos, ó si no tienen mas auxiliares que los otros pueblos budhistas del extremo Oriente. La última guerra les ha arrebatado dilatados paises, que la conquista habia colocado bajo su dependencia, pero este aumento de territorio no ha tenido para la India inglesa mas ventaja real que el evitar el contacto inmediato que amenazaba cada año á las pingües provincias de Bengala. El gobierno inglés habia sido fatalmente llevado á esta última guerra por la insolencia y la agresion de la corte de Ava. Ninguno de los gobernadores jenerales de la India, ni aun los mas ambiciosos, habia pensado en estender el imperio por aquel lado. Lord Hastings, al fin de su administracion, habia evitado cuidadosamente la lu-

cha, aparentando descreer una provocación indirecta, pero amenazadora (1). No obstante lord Amherst el mas moderado, el mas pacífico de todos estos vireyes, se vió precisado, poco tiempo despues, á agregar al imperio, tan dilatado ya, de las Indias inglesas vastas provincias cubiertas por lo mas de selvas impenetrables, casi desiertas, mal sanas, y fuera de los límites naturales de este imperio. No cabia dudar de que habian de mediar muchísimos años antes que ninguna de estas provincias pudiese pagar los gastos que causaba su posesion al gobierno; « mas no habia que cejar (2). Era absolutamente necesario interponer aquella valla entre los pacíficos súbditos de la Compañía y sus bárbaros vecinos, y facilitar al propio tiempo un asilo á los tributarios forzados ó súbditos medio sometidos de los Birmanes que desembozadamente habian auxiliado á los Ingleses durante aquella guerra; y no lo era menos el imponer á los Birmanes un castigo de que pudiesen acordarse. » Estas diversas condiciones que ha sido preciso satisfacer han colocado á los Ingleses como soberanos de Asam, Arakan y Tenaserin, entre los estados de la Hindo-China. La Inglaterra, despues de haber traspuesto el Indo, tiene pues que cumplir un alto destino mas allá del Bramaputra, y quizás grandes riesgos que correr, por cuanto sobrevienen vahidos, cuando hay que mirar de tan alto y tan lejos. ¡ El ojo humano no puede encararse sin zozobra con semejante porvenir !

Digamos todavía algunas palabras de las relaciones actuales del gobierno supremo con los príncipes que se hallan en una dependencia mas ó menos absoluta de este gobierno, y cuyos estados van comprendidos en los límites jenerales del imperio. Los principales entre ellos son: El rey de Aude ó de Laknau y el Nizam,

cuya capital es Hyderabad (que no hay que equivocar ó confundir con otra Hyderabad, capital del Sindh); estos príncipes son mahometanos; Sindiah y el radjá de Berar, cuyas capitales son respectivamente Gwalior y Nagpur; estos jefes son hindos de estracción maratá; y en fin, los príncipes radjputas, Hindos de alta casta, en quienes esta ilustración secular se hermana con una reputación no contestada de franqueza, honor y valor militar.

Las dinastías mahometanas de Aude y de Hyderabad están completamente desgastadas. Las principales familias maratás no les van en zaga. Solo los radjaes de Radjputana tienen al parecer bastante vitalidad política para que quepa esperar el resucitarlos, y parece que el gobierno inglés no ha orillado la esperanza de hacer revivir en los principados de Djeypur y Djodpur en particular un espíritu nacional y un impulso de independencia que no serian incompatibles con la confianza y la deferencia que reclamaria este gobierno á fuer de amigo y protector á la par. Con todo esto, árduo nos parece que las relaciones del gobierno supremo con los jefes de Radjputana puedan descansar en una base mas liberal que la de una intervencion, siempre inminente por decirlo así, y lo que pasó un año atrás, en Djodpur cabalmente, es una indicación terminante de lo que del porvenir cabe esperar. Pero sea como fuere, no cabe poner razonablemente la menor duda sobre el estado de nulidad en que han caído los que se titulan soberanos mahometanos de la India; nulidad peligrosa y deplorable en sus efectos en atención á que el gobierno inglés está obligado por los tratados, ó se cree obligado, todo el tiempo que pueda, á defender á cada uno de aquellos tiranuelos contra todo enemigo *interior* ó *externo*.

Estos pueblos oprimidos se ven de este modo condenados á padecer todos los quebrantos que consigo trae un gobierno apocado y corrompido, y el yugo que los abruma está mantenido por la irresistible fuerza

(1) Lord Hastings envió al soberano birman los documentos cojidos y que probaban sus intenciones hostiles, asegurándole que no le habia el agravio de considerar aquellos documentos como emanados de su autoridad, etc.

(2) *Edinburgh Review*, número ya citado.

de inercia del gobierno inglés. « El remedio ordinario de un mal gobierno en la India, » decía sir Tomás Murro (gobernador de Madrás) en una carta escrita al marqués de Hastings, « es una revolucion que se va efectuando sosegadamente en el interior del palacio, ó en lo exterior por medio de la violencia, esto es, por la rebelion ó la invasion extranjera; pero la presencia de las tropas inglesas destruye toda probabilidad de remediar así el achaque, manteniendo al príncipe en el trono contra toda oposicion interna ó esterna. Este apoyo le hace indolente, enseñándole á descansar en nosotros en punto á su seguridad; cruel y avariento, asegurándole que nada ha de temer del odio de sus súbditos. » Esto puede dar un concepto de los males que el sistema *subsidiario* (*subsidiary system*), sistema hijo de la necesidad de privar á estos supuestos príncipes de los medios de derribar la soberanía real que ejercen los Ingleses, ha impuesto á las mas bellas provincias del Hindostan. Los estadistas así en Inglaterra como en la India, han comprendido muy bien que toda la odiosidad de este despotismo recaia sobre el gobierno inglés; que por otra parte, los gastos inevitables que consigo trae semejante situacion, aumentan considerablemente las cargas del estado, obligado á mantener una fuerza armada capaz para todo evento. Cada uno de esos maneques coronados, mantiene un cuerpo de tropas mandado por oficiales ingleses, y tiene además á su sueldo una turba de tropas irregulares que en tiempo de paz, son temibles tan solo para los pacíficos súbditos de su amo, pero que, en sobreviniendo guerra en la raya, ó iusurreccion ó revuelta, y sobre todo si las tropas inglesas padeciesen algun revés parcial, pueden venir á ser y serán infaliblemente la causa de desórdenes y de males infinitos. Tales son los peligros de esta posicion anómala en que ha venido á colocar al gobierno supremo de las Indias inglesas el tanto vacilar de una política trabada durante largo plazo por las estrechas

exijencias del monopolio. En el día este gobierno tiene que optar forzosamente entre dos males. Es preciso que llevado de su respeto á los tratados, consolide la opresion, ó que espere al menos calladamente que los efectos del despotismo, hechos ya intolerables, necesiten su intervencion; ó bien es preciso que falte á la fe jurada, y que tenga la entereza de mostrar mayor respeto para con los imprescriptibles fueros de la humanidad que pasa con unos tratados cuyo origen pueden explicar, cuando no justificar, la ambicion y el interés material. Ahí se cifraria su mayor timbre, y no titubeamos en decir que seria asimismo una de las mas preciosas garantías de la dicha y prosperidad de estas vastas y populosas rejiones. El exámen de los recursos comerciales del imperio bindo-británico, empezado por la Cámara de los Comunes con motivo de la peticion presentada al parlamento por la Compañía, á favor de la India agricola é industrial (peticion de que hablaremos luego), ha puesto esta verdad de bulto.

La opinion formal de los funcionarios consultados por la Cámara de los Comunes en punto á los medios políticos que se deben emplear para dar al comercio de la India la estension de que es capaz, es que la India entera, aquende el Indo, deberia ser considerada y tratada cuanto antes, por lo que respecta á la legislacion comercial, como un solo imperio, como lo es en efecto. La India inglesa comprende realmente así los estados *naturales* independientes (*native states*) como los diversos territorios colocados bajo la autoridad inmediata del gobierno inglés. Estos estados están unidos y como incorporados al imperio por los estrechos vínculos de la alianza *subsidiaria*, aprontan contribuciones regulares, así en tropas como en dinero, para los gastos jenerales de este imperio, y deben conformarse con las instrucciones que reciben del gobierno supremo en todo asunto relativo al bien del estado, ya esté previsto ó no el caso, por la letra de los tratados. Los deberes insepara-

bles del ejercicio del poder soberano en la India prescriben el apoyar con la fuerza la ejecucion de las medidas de utilidad jeneral, y traen consigo la cooperacion de todos los estados en que se divide la India, y que respecto de sus intereses particulares y competencias, necesitan constantemente el favor y la proteccion del gobierno inglés. No cabe duda en que el influjo de este gobierno ha mejorado en un grado muy reparable la situacion jeneral, política y comercial de la India. Así es que los Ingleses, tan pronto como se ha afianzado su supremacia, han intervenido constantemente para mantener la paz entre los príncipes naturales; han puesto un término á los pillajes y devastaciones de los *Pindarios*; han perseguido sin tregua y acabarán por exterminar (así al menos lo espera la humanidad) á las abominables asociaciones de los *Thugs*; y han ejercido noble y enérgicamente su influjo para abolir el *sati* (la hoguera donde se abrasaban las viudas) y el infanticidio. Han apaciguado muchas revueltas intestinas, provocadas en los estados de los indijenas por la turbulencia de jefes prepotentes; han reprimido con sus reconvenções innumerables actos de opresion de parte de los gobiernos indijenas, por cuanto no ignoran estos gobiernos que su desobediencia á las instrucciones emanadas del poder supremo los privaría de este temible pero indispensable apoyo, y que sus resultados inevitables serian la desorganizacion y esterminio de su propio poderío. Los conatos del gobierno inglés se han dirigido de vez en cuando á la reduccion de contribuciones exorbitantes y á la mejora de ciertas carreteras que presentaban grandísimos obstáculos al comercio; sin embargo las medidas que en este respecto hasta aquí se han tomado, y los principales agentes del gobierno lo confiesan, no han sido ni muy sensatas ni constantes, y hasta una época muy reciente, el comercio en la India inglesa se ha visto trabado por la existencia, en los mismos territorios de la Compañía, de un sistema

de aduanas peor que el de ningun estado independiente á escepcion del Pandjab (1).

Lord Wellesley habia redactado unos tratados de comercio, sobre el principio europeo de reciprocidad, con los estados de La Kнау (Aude), de Napal, Hyderabad y Nagpur, pero las clausulas de estos tratados eran ó demasiado complicadas en su redaccion para estar al alcance de la intelijencia de los naturales, ó quizás (y esto nos parece lo mas probable) demasiado molestas para ellos; y como la atencion del gobierno se eucaminó poco despues á otros puntos, aquellos tratados se trascordaron, y ya hace muchos años que han venido á parar en una letra muerta. Con la mira de establecer la libertad de la navegacion del Djamna, mas abajo de Agra, y la libertad del tránsito entre las posesiones de la Compañía y los territorios de Sagor y de los estados situados en la ribera del Narbadah, el gobierno obtuvo de los jefes de Bundelcunda, que renunciasen, mediante una compensacion en dinero, á los derechos que solian exigir de todas las mercancías que pasaban por sus territorios. Lo mismo se hizo con varios estados pequeños limítrofes del territorio de Dehli; pero echóse de ver despues que la compensacion pedida por aquellos estados era exorbitante, y fué forzoso orillar aquel convenio, escepto con el principado de Ballabgurbh, situado á orillas del Djamna. Para abrir la navegacion del Djamna desde Dehli hasta las montañas, se compró del mismo modo á los jefes sikhes, cuyos territorios están situados en la orilla derecha de aquel rio, el derecho de exigir un impuesto sobre el comercio de tránsito, y este convenio sigue subsistiendo aun en el día. Empleáronse los mismos medios para hacer de la ciudad de *Djagadri*, situada en aquella misma frontera, un depósito libre. Tratóse de recabar de los muchos je-

(1) Los derechos de tránsito percibidos en otro tiempo en los territorios de la Compañía han sido abolidos por las presidencias de Calcuta y de Bombay. No tardarán en suprimirse asimismo en toda la estension de la presidencia de Madrás.

ses sikés, por cuyo territorio pasa la importante carretera comercial que de Djagadri conduce á Ludiana, que consintiesen en un convenio para la percepcion de los derechos en el mismo punto y á tenor de un arancel único; mas este plan no llegó á tener ejecución. Tras seis años de negociaciones con los estados situados á orillas del Sudletje y del Indo, lograron por fin ponerse de acuerdo en punto á los medios de volver á abrir la navegacion de estos dos rios. El principio que se adoptó fué substituir á las exacciones infinitas y arbitrarias de lo pasado un derecho único de tránsito, moderado, que se percibia en un solo punto, é igual para todos los barcos, de cualquiera dimension que fuesen, y cualquiera que fuese la naturaleza de su cargamento. Así pues, los barcos solo tienen que detenerse en un paraje, Mitán Kote situado en la confluencia de los rios del Pandjab con el Indo y entre los puntos extremos de la navegacion útil (1). Fuera de esto, todos los estados naturales están obligados por la costumbre, y algunos de ellos por los tratados vijentes, á dejar pasar, libres de todo derecho, los abastos de toda especie, enviados para el servicio del gobierno supremo, y no resulta que en ninguna ocasion hayan tratado de quebrantar esta regla.

Resumiendo todo lo que concierne al comercio interior, podemos concluir de lo que precede que el gobierno supremo de las Indias inglesas ha hecho mucho ya para la seguridad y estension de este comercio, pero que le falta hacer mucho mas todavía para alcanzar su objeto. Ahora pues no vemos mas que un medio legal y eficaz á un tiempo para conseguirlo y es el usar ancha y abiertamente, y con toda la prontitud que puede autorizar la pruden-

cia, del influjo que los tratados (y lo que es mas fuerte todavía que los tratados), las necesidades y los deseos de los pueblos dan al gobierno para intervenir, con respecto á los estados independientes del Hindostan, en las materias relativas al comercio. Los mismos agentes del gobierno supremo reconocen que los tratados existentes tienen esta tendencia: « En una confederacion como la de la India, dicen, debe existir una autoridad que tenga el poder de remediar al mal y de trabajar para el bien comun; todos los tratados con los estados naturales reconocen, mas ó menos, al gobierno inglés como revestido de esta autoridad que mas de una vez ha tenido que ejercer, no solamente en los casos espresamente reconocidos en los tratados, sino tambien en casos nuevos, tales como se han presentado y deben necesariamente presentarse de cuando en cuando. »

La seguridad y el desarrollo de la navegacion del Indo y de sus afluentes deben ser hoy dia el principal objeto de los desvelos del gobierno, por lo que respecta á los graves intereses del comercio interior.

La esploracion de estos rios, la del curso inferior del Indo en particular, eran medidas preliminares cuya importancia habia despertado desde muy temprano la atencion. Era forzoso ocuparse en los medios de someter á la potencia del vapor aquella delta de tan ardua navegacion á causa de la naturaleza caprichosa de los lechos y de la mala calidad del fondo. Ahora que la dominacion inglesa está establecida de hecho en toda la estension del Sindh, y no puede tardar en estarlo en el Pandjab, estas esploraciones importantes se completarán en breve, y no cabe duda en que la navegacion del Indo y de sus afluentes recibirá dentro de pocos años un desarrollo inmenso. La espedicion de Afghanistan, como ya era de presumir, ha motivado muchas investigaciones y ha sujerido útiles medidas para animar y extender por esta via el comercio interior. Los puntos mas ventajosos para servir de depósitos han

(1) Véanse páj. 48, 49, 50 nota. La esperanza manifestada por el gobierno supremo en punto al establecimiento de una feria anual (como lo habia sujerido sir Alejandro Burnes) se ha realizado ya al parecer. La feria ha debido abrirse en Sakcer en enero último (1841) y debia durar un mes. Este sistema de ferias anuales ha sido adoptado por los Rusos con grandísimo éxito.



Combat d'Eléphants. (Manuscrit de la B. R.^{de}) / *Combate de Elefantes* (Manuscrito de la B. R.^{de})

sido señalados por el gobierno á la atencion de los especuladores. Los recursos del pais, los trueques mas ventajosos, todo se les ha indicado esmeradamente; en una palabra, se ha dado al comercio, y en particular al de Bombay, un impulso y una direccion nueva. El puerto ribereño mas importante hasta el cual en las actuales circunstancias puede estenderse la navegacion, es el de Firozepur, á novecientas y cincuenta millas de las bocas del Indo. Firozepur era una ciudad considerable en tiempos antiguos, segun lo prueban sus muchas ruinas. Tiene un fuerte bien asentado que se ha puesto hace poco en estado de resistir á un avance; hanse construido en él algunos mercados y muchísimas tiendas, y se va repoblando rápidamente. Hay varios rejimientos acantonados en las cercanías. El *ghat* (desembarcadero) está á una legua de distancia de la ciudad y es cómodo acceso. Desde Firozepur se puede pasar por buenos caminos á todas las partes de los estados sikhes *protejidos* (*protected Sikhs States*) Patalla, Nabal, etc., son unos paises muy ricos y que pueden ofrecer varios renglones de comercio. Todas las pacotillas de renglones de Europa para Sabatu y Simlah se envian ahora á Barn, situada en el valle de Pindjore á catorce marchas (ciento y sesenta millas) de Firozepur. Estas pacotillas se remiten desde Calcuta á Allahabad por barcos de vapor, y desde allí se conducen, quinientas y sesenta millas mas allá, por via de tierra, al *ghat* de Gharmakteser, á orillas del Gánjes, y en seguida por Mirut, (doscientas y seis millas) al lugar de su destino. Los precios de los renglones de lujo procedentes de Europa, que son muy pedidos y cuyo consumo va diariamente á mas, suben de este modo á cincuenta por ciento sobre los precios corrientes en Calcuta. Los mercaderes de Bombay, que suben por el Sutledje en la estacion favorable, podrán desde ahora, segun toda probabilidad, sostener una concurrencia ventajosa con los de Calcuta, hasta en el abasto de los mercados de Simlah, Saba-

tu, etc. Ludiana, posicion civil y militar importante, situada, como ya hemos visto, á orillas del Sutledje, á corta distancia de Firozepur, se surtirá tambien de preferencia en aquel depósito. Es muy reparable que el punto de partida del ejército que ha sometido el Afghánistan al influjo de la civilizacion europea esté destinado á venir á ser uno de los principales centros del comercio que va á reflorcer bajo la proteccion de la dominacion inglesa.

En la orilla derecha del Sutledje, en frente de Firozepur hay caminos directos que conducen á Amnizir y á Lahore, las dos principales ciudades del Pandjab. La distancia es corta y el camino bueno, y es probable que por esta via se podria pasar mas cómodamente á Lahore que por el rio Ravy (por mas que este pase por la misma Lahore) por cuanto el curso del Sutledje es mucho menos tortuoso que el del Ravy. A siete millas del rio, en el camino de Lahore, se halla una ciudad llamada Kasur, donde se venderian muy bien renglones de quincalla segun los modelos Sikhes, cueros de color, rojos, verdes y amarillos. Kasur era en otro tiempo una ciudad de consideracion. Los renglones de lujo, sedas rasas, brocados, joyería, en particular perlas y esmeraldas, verdaderas ó falsas, serian muy estimados en las ciudades Sikhes, por cuanto los jefes sikhes y la jente rica gustan de ataviarse lujosamente. Tambien se despacharian buenos utensilios de carpintería y barras de hierro.

Bajando el Ravy, llama el mercado del Multan la atencion de los especuladores. El actual gobernador de Multan es un administrador ilustrado que protege al comercio; fabricanse en Multan buenos y ricos tapices. Bahawalpur, cerca del Sutledje, á trescientas setenta y siete millas de Firozepur y á unas setenta de Multan, es el primer punto que se presenta en seguida. Es una ciudad de veinte mil habitantes, entre los cuales hay muchos Hindos, como que todo el comercio al pormenor está en sus manos. Desde Bahawalpur se establecerán probablemente

relaciones ventajosas con la provincia inglesa de Hanriana y las provincias vecinas, así como con los mercados importantes de Bhawani y de Palli en el Radjputana. Hallanse tambien desde Bahawalpur á Baker, varios puertos situados en un país fértil, bien cultivado, y cuyas producciones presentarán probablemente útiles trueques; pero Baker, que dista de Bahawalpur ciento cuarenta y cuatro millas, es entre todos el punto mas importante, por cuanto domina el comercio de todo el río, es el término de union de los caminos que proceden del Hindostan, del Sindh y del Afghanistan, Keyrpur dista solo quince millas y Shikarpur veinte y dos. Hasta allí deberán subir desde luego los barcos de vapor; de allí sacarán quizás un día el oeste del Afghanistan y la misma Persia todos los renglones de Europa necesarios para su consumo. Hyderabad se halla á ciento setenta y ocho millas de Baker; cuéntanse trescientas veinte y nueve millas de Baker al desembocadero Hadjamri del Indo. En mayo de 1839 un aviso oficial del gobierno supremo previno al comercio que se espedirian dos veces al mes desde el *ghat* de Firozepur hasta Baker, empezando en 1.º de junio, cinco barcos, de trescientos *mandes* al menos cada uno (de diez á doce toneladas), y preparados para recibir pasajeros y mercancías. En abril de 1840, dos barcos de vapor, el *Snake* (la Serpiente), de la fuerza de diez caballos solamente, y el *Comet* (el Cometa) de la fuerza de sesenta caballos, habian hecho sucesivamente la travesía del bajo Indo á Firozepur, y habian efectuado su vuelta con pasajeros y mercancías, mas carecemos de las noticias necesarias sobre estos viajes. Hanse construido otros buques de vapor para la navegacion del Indo y del Sutledje, y es probable que en el momento en que esto escribimos, están ya completamente organizadas las comunicaciones y los medios de transporte, ó á punto de estarlo en el dominio fluvial del Indo (1).

Con barcos de vapor de poco calado, se llegará ciertamente desde el desembocadero del Indo á Multan en diez dias, en vez de cuarenta que necesita el tirar los barcos, y desde este punto, como centro, se podrán abrir con las provincias vecinas relaciones ventajosas. En ninguna parte está obstruida la marcha por barras ni saltos, y parece que la naturaleza nada ha descuidado para favorecer esta navegacion intermedia. La travesía de Lahore al mar (una distancia de 1000 millas) se hará probablemente dentro de poco en menos de veinte dias; á Multan en seis ú ocho dias; en seguida de Hyderabad en tres, y de este último punto al desembocadero en dos ó tres dias. Ya llevamos dicho que en tiempo de Aureng-Zeib se hacia un comercio considerable por el Indo y el Ravy hasta Lahore.

Resumamos en pocas palabras las observaciones que preceden.

Ya hacia años que los mayores obstáculos políticos se oponian al restablecimiento de esta linea de comercio tan importante, que, desde el desembocadero del Indo, llega al pié del Himalaya. Los príncipes que hace poco reinaban en las riberas de aquel río cargaban con derechos enormes el paso de las mercancías ó pillaban á los traficantes. El comercio tenia que abrirse por tierra vias apartadas y costosas. Entre Lahore y el mar, se contaban á lo sumo, en estos últimos tiempos, por todo el sistema del Indo, setecientas barcas, que bastaban para el servicio de los pasajeros y para el transporte de los bagajes y mercancías. Hoy día que el Indo ha venido á ser de hecho, como por la naturaleza estaba destinado á serlo, la frontera occidental del

mado asimismo á tener parte en este desarrollo inmediato de los recursos comerciales del Afghanistan y del Sindh, y esperamos que se aprovechará de las nuevas salidas que en el extremo oriente se le presentan. Creemos que los puertos de Bombay y de Karatchi en particular, podrán ser el objeto de expediciones provechosas, y llamamos la atencion de los armadores de los principales puertos á las nuevas é importantes relaciones que necesariamente deben establecerse para hacer frente á nuevas necesidades.

(1) Creemos que el comercio francés está lla-

imperio hindo-británico, á aquel estado de decadencia sucederán, como por un portentoso, una actividad y una prosperidad que irán constantemente en aumento. En el interior, la supresion de los derechos de tránsito en los territorios de la Compañía, y la gradual adhesion de los estados protegidos á las medidas adoptadas por el gobierno supremo, van á dar un impulso saludable y poderoso á todas las fuerzas productivas del Hindostan. Los obstáculos políticos que se oponian al desarrollo y al aprovechamiento de los recursos naturales de estas dilatadas rejiones, han ya desaparecido en parte. Han desaparecido ante la voluntad inteligente de la nacion inglesa, representada en aquella tierra lejana por un verdadero estadista y un gran ciudadano; pues tal nos parece lord Auckland á la cabeza de aquel inmenso imperio de la India, cuyo poderio acaba de afianzar. Cualesquiera que sean nuestras opiniones y particulares simpatías, y quizás nuestras repugnancias, no podemos negar nuestra administracion á actos semejantes. La humanidad entera ha de vitorear unas medidas cuya pródiga enerjía habrá avanzado de medio siglo la civilizacion europea en unos países que desde tan largo tiempo yacian bajo el yugo del despotismo mas ignorante é inhumano á un tiempo. La agricultura alentada, la industria protegida, el comercio abierto á la concurrencia de las naciones de Europa y Asia, las relaciones interiores mejoradas y consolidadas para el porvenir, las relaciones exteriores estendidas y vueltas mas provechosas de dia en dia, tales son los beneficios que la dominacion inglesa está prometiéndole á los pueblos de la India ganjética y á los que habitan las riberas del Indo; tales son los deberes que una sana política le impone.

Pero el gobierno de la India no puede prometer al mundo el cumplimiento de esta noble tarea, sino en cuanto la misma Inglaterra se haga cargo de que en ella está comprometido su honor no menos que su propio interés. Si el gobierno de Calcu-

ta promueve por un lado la produccion, se hace forzoso que el poder legislativo en Lóndres promueva por su parte la esportacion de los productos de la India. Está en el dia bien demostrado que estando obligado á remesas anuales, que por término medio ascienden á 3.200.000 libras esterlinas, la India no puede hallar los medios de cubrir, durante largo tiempo, sus gastos interiores y exteriores, sino en el desarrollo normal de su industria agrícola y manufacturera. El tratar la India á fuer de país conquistado é imponerle un tributo eterno sin compensacion probable al menos, en el porvenir, es opresion y mala administracion á un tiempo, es un crimen y un yerro político. La Compañía en quien recae la responsabilidad inmediata de este porvenir de la India británica ha conocido que era llegado el momento de llamar con un esfuerzo vigoroso la atencion del parlamento al estado actual de la agricultura y del comercio de esta colonia inmensa. La peticion formulada á este efecto fué presentada á la cámara de los comunes el 11 de febrero de 1840, y el 14 á la cámara de los lóres. La comision nombrada por la cámara de los comunes (el 25 de febrero) para examinar este importante negocio, y proceder á una pesquisa completa sobre todos los puntos indicados por la peticion no pudo terminar su trabajo durante la lejislatura de 1840, y debió limitarse á publicar los primeros resultados de sus investigaciones (1). La comision nombrada por la cámara alta concluyó el 2 de abril, su investigacion principiada el 2 de marzo, é hizo su informe, que se envió á la cámara de los comunes el 2 de junio (2). Creemos que lo mas acertado que podamos hacer será reproducir fielmente las conclusiones de este informe; conclusiones que darán á nuestros lectores una idea cabal de las demandas sometidas al parlamento por la Com-

(1) Impreso de órden de los Comunes el 21 de julio de 1840, 1 vol. en folio.

(2) Impreso de órden de los Comunes el 4 de junio de 1840, 1 vol. en folio.

pañía, y de las soluciones que se obtendrán probablemente.

El comité, antes de dar á conocer su opinion á la cámara sobre las diversas materias á que se refiere la peticion, cree deber llamar la atencion de la cámara á la situacion particular en que se halla colocada la India entre todas las otras dependencias de la corona británica, y á los derechos particulares que de resultas de esta situacion escepcional parece tener á la justicia y á la jenerosidad, así como á la proteccion política del parlamento.

Poseyendo una poblacion cuatro tantos mayor que la del Reino Unido y de todo lo restante del imperio británico en todas las partes del mundo; cubriendo con sus propios recursos todas las cargas de su gobierno civil y de su estado militar, administrado por Ingleses que ocupan esclusivamente los empleos mas elevados, mas lucrativos y honrosos del estado, la India debe además transmitir anualmente á la Inglaterra, sin mas retornos que envios de material poco considerables para los ejércitos, una suma de dos ó tres millones de esterlinas (1), de la cual la mayor porcion debe necesariamente remitirse regularmente cada año, prescindiendo de los gastos que esta remesa ha de ocasionar, ó del desarreglo que puede causar á los cálculos ordinarios del comercio.

El comité no puede dudar que el parlamento verá en estas circunstancias motivos imperiosos para conceder á los peticionarios que á él se acercan en nombre de los pueblos de la India, la atencion mas propicia é indulgente; y que el parlamento sentiria que una penuria momentánea en otras dependencias de la corona, ó consideraciones jenerales, aplicables á los grandes intereses del imperio, hiciesen necesaria la negativa de satisfacer á unas reclamaciones que tan fuertemente se recomiendan de síyo á su atencion.

Cree el comité que el principio jeneral sobre el que deberian descan-

sar los reglamentos comerciales que afectan á las relaciones entre el Reino Unido y sus dependencias entre sí, es el de la igualdad mas cabal; que no debe admitirse escepcion de esta igualdad sino en los casos en que los intereses permanentes del imperio, ó circunstancias momentáneas en una porcion cualquiera de las posesiones exteriores, hagan necesaria ó conveniente semejante escepcion; que ninguna colonia debe ser favorecida á espensas de otra ni gozar por escepcion de ciertas ventajas, ni en los puertos coloniales ni en los del Reino Unido; que mucho menos debe el parlamento asegurar á los productos y á las manufacturas del Reino Unido una ventaja cualquiera, en ningun puerto colonial, sobre los productos coloniales que pueden sostener la concurrencia; por cuanto el comité está firmemente convencido de que unas posesiones coloniales, dispersas en cuatro partes del globo y en la dependencia legislativa de un gobierno lejano, no pueden mantenerse en una obediencia pacífica y voluntaria sino en cuanto el gobierno tome por norte la rigurosa justicia y la imparcialidad en la adopcion de toda medida legislativa que puede afectar á sus intereses.

Conforme con este principio de igualdad, el comité recomienda en primer lugar y con ahinco la abolicion inmediata de todos esos derechos escepcionales que, en la Australia y en la isla de Ceilan, dan á la industria del Reino Unido una ventaja señalada sobre las de la India y de las otras dependencias coloniales de la Gran Bretaña.

En conformidad con el mismo principio, el comité recomendaria que en los puertos ingleses no se concediese ninguna ventaja al tabaco de la América inglesa sobre el de la India inglesa.

Hasta cierto punto los espirituosos de las Indias orientales y occidentales están colocados bajo un pie de igualdad perfecta. No se ha establecido ninguna distincion entre estos dos productos, ni en punto á las condiciones de esportacion, ni en los

(1) Para el pago de los intereses á los accionistas, y otros gastos, véanse páj. 16 y 17.

contratos pasados para suministros al gobierno.

El comité celebraría creerse autorizado para recomendar, en el momento actual, que el derecho con que se carga el ron de las Indias orientales se asimilase inmediatamente y en todo caso al que se carga en los puertos ingleses sobre el ron de las colonias donde hace poco se ha abolido la esclavitud; pero el comité tiene que admitir á pesar suyo que las circunstancias especificadas en las declaraciones que ha recogido sobre el estado de transición en que actualmente se hallan dichas colonias, constituyen motivos muy suficientes para exceptuar á estas mismas colonias de la aplicación rigurosa del principio jeneral de igualdad. No obstante se ha demostrado por uno de los testigos examinados, sujeto muy en estado de apreciar el modo de acción del nuevo sistema, que las Indias occidentales han traspuesto el momento mas crítico en punto á las dificultades de la mano de obra, y, tomando en consideración las fuerzas productivas de la India, la riqueza y extensión de su suelo y la cuota poco elevada de la mano de obra en aquel país, así como el estado actual y probable de los mercados ingleses (por lo que concierne á los azúcares), el comité no puede menos de esperar que manteniendo por algun tiempo todavía los derechos actuales sobre el ron de las Indias orientales y occidentales, se proporcionará á las Indias occidentales un alivio presente y medios de prosperidad futura, sin que por esto llegue á menguar perceptiblemente el cultivo de la caña de azúcar en la India. Fuerza es reconocer al mismo tiempo que la conservación del arancel actual debe tener por resultado el privar á los cultivadores de la caña dulce en la India de un nuevo manantial de lucro del cual está reconocido por principio jeneral que tienen derecho de participar; y diferir el alivio importante que los consumidores en este país recogerían de una disminución del precio del azúcar.

El comité observa gustoso cuanto

ha aumentado la importación del azúcar de las Indias orientales desde que se han igualado los derechos. El estado de este ramo de comercio, durante los años anteriores y posteriores á la igualdad de estos derechos, está representado en la tabla siguiente:

Años.	Azúcar.	Arancel de los derechos.
	cwt.	
1833	111.731	1 L. 12 S. por cwt. (1)
1834	76.613	
1835	100.856	
1836	152.163	
1837	296.657	1. 4 " "
1838	428.854	

El comité se abstiene de ofrecer á la cámara opinion alguna sobre la cuestión que se ha suscitado, de saber si el Misore y otros países dependientes del gobierno inglés en la India deben considerarse como posesiones inglesas á tenor del acta del parlamento, por cuanto esta cuestión se someterá probablemente en breve á Su Majestad en consejo, con motivo de la demanda que entónces se hará de la admisión del azúcar de Madrás y sus dependencias, no pagando mas que el derecho menos elevado, en consecuencia de una ley promulgada por el gobierno de la India y cuyas disposiciones serán ejecutorias en junio próximo, ley que prohíbe la importación de los azúcares extranjeros en estos territorios.

Parece por los aranceles de los derechos de aduana que rijen en los puertos de la India, que el gobierno de la India ha dado el ejemplo de la liberalidad, admitiendo todos los productos manufacturados y otros del Reino Unido á un derecho muy bajo, y como lo dicen los peticionarios, las cotonadas de Inglaterra y Escocia han reemplazado casi enteramente á las de la India en la misma India. En cuanto puede ser esto el resultado del curso natural del comercio, los peticionarios no for-

(1) Cwt, designación abreviada del quintal inglés ó hundred weight.

man de ello un motivo de queja; pero es natural que ellos y el pueblo que representan vean con pesar mantener un derecho elevado sobre un renglon de importacion, que el manufacturero inglés puede entregar á precio mas bajo en el mismo pais donde se produce; y seria ciertamente muy del caso hacer desaparecer de los aranceles ingleses una desigualdad que no tiene otro resultado mas que el de señalar la dependencia política del pueblo contra el cual va dirigida.

Parece, por las declaraciones que se han tomado, que una reduccion del derecho percibido en la importacion sobre las sederías indianas tendria un efecto mas práctico, y permitiria á la India dar mayor extension á la venta de este renglon de sus manufacturas en los mercados de Inglaterra.

Bajo este respecto, el gobierno inglés ha tenido, ya hace tiempo por principio el proteger las fabricas inglesas, y los intereses comprometidos en esta cuestion son de tamaña entidad, que cabe que haya razones para negarse á modificar el derecho de importacion que pudiera venir á causar una dislocacion considerable de la industria inglesa en este ramo; pero se ha sujerido una enmienda á la ley por lo que concierne á la importacion de un artículo especial, los *corahes* (1), enmienda que produciria resultados ventajosos, no solo para el manufacturero de la India, sino tambien para el manufacturero y el consumidor ingleses; y por lo jeneral observa el comité que por ningun término habria una contradiccion con el principio que protege las fábricas del Reino Unido, aun cuando se concediese á las fábricas de estofas de seda de las colonias inglesas alguna ventaja mas considerable sobre los fabricantes estranjeros que la que resulta de una reduccion del derecho que actualmente se cobra sobre las sederías de la India. El comité siente que el estado actual de las rentas se oponga al parecer á que se modifique el

arancel de los derechos sobre las sedas y el tabaco; sin embargo, como principio jeneral, el comité juzgaria conveniente recomendar la reduccion de estos derechos.

Los derechos sobre las drogas y especias se han reducido considerablemente en estos últimos años, la renta que han producido no es de entidad, por muy desproporcionada que esté todavía con el valor de algunos de los renglones impuestos (1). El comité recomienda que se sometan nuevamente estos derechos á un examen detenido, con la mira de introducir en ellos reducciones tales que induzcan á los protectores á poner mayor atencion y esmero en la produccion.

El cultivo del té en la provincia de Asam está naciendo, por decirlo así, y cree el comité que seria prematuro ofrecer á la cámara opinion alguna sobre la oportunidad de conceder un arancel mas ventajoso al té que podrá importarse de aquel pais; pero el gobierno de la India, segun el comité, ha obrado cuerdamente alentando un ensayo que, si sale bien, creará una adiccion importante á los recursos comerciales de la India, y será muy ventajoso á los consumidores de té en el Reino Unido.

Llegando á la última queja indicada en la peticion, y que resulta de una disposicion de las leyes vijentes, disposicion que se opone terminantemente á que los naturales de la India inglesa, empleados como marineros, sean considerados y tratados como marineros ingleses y gocen de las mismas ventajas; el comité declara no poder recomendar la introduccion de ningun cambio en la lejislacion sobre este punto. Cree que la ley, tal como en el día existe, concede al negociante esportador de la India cuantas facilidades son compatibles con los intereses jenerales del imperio, y el comité no duda que los mismos peticionarios, tras un maduro examen, reconocerán la utilidad de restricciones que, por

(1) Los derechos sobre algunos renglones de esta clase suben todavía á 100, 200 y hasta 800 por ciento del valor real.

(4) Pañuelos de seda blancos en piezas.

muy molestas que sean para los individuos, tienen por objeto y resultado perpetuar y aumentar esa raza vigorosa de marinos ingleses, cínicos que pueden proteger las posesiones inglesas de ultramar y afianzar la independencia del mismo Reino Unido.

Los deseos expresados en este informe no podrán menos de ser acogidos por el parlamento en la legislación que va á principiar. La Compañía, al paso que colocó los grandes intereses comerciales del imperio indio bajo la protección del poder legislativo, no descuida ningún medio de acción directa de que puede disponer para alentar la agricultura y el comercio en sus vastas posesiones. Hase dedicado especialmente en estos últimos tiempos á perfeccionar el cultivo del algodón, entrando en los pormenores de la cosecha y de la limpia. Con efecto, el algodón, como artículo de esportacion, es uno de los productos mas importantes de la India. En el dia, las importaciones de algodones de las Indias suben, un año con otro, á cuarenta y ocho millones de libras (representando un capital de cuatro millones de duros cuando menos); viene á ser á corta diferencia la octava parte de la cantidad necesaria para el consumo de las manufacturas inglesas.

El añil, la seda, el azúcar, el salitre, el arroz, la laca forman, con el algodón y el opio, los ramos de esportacion mas importantes. El comercio de la China está enlazado desde algunos años tan íntimamente con el de la India, que no cabe separarlos en la evaluación, de los recursos del imperio hindo-británico. Esta combinacion íntima de los intereses mercantiles de las Indias y de la China ha dado, al rompimiento momentáneo entre la Inglaterra y el celeste imperio, una importancia mucho mayor de la que se hubiera podido prever, si solo se hubiese considerado el estado mas ó menos próspero del tráfico del opio. La China era, de hecho, el medio principal por el que se efectuaban los grandes trueques comerciales entre la India, la América y la Europa; y

por esto decia uno de los miembros de la comision, nombrado por la Cámara de los lores para informarse del estado comercial de la India, que el interrumpir el comercio de Canton equivalia á interrumpir el comercio del mundo entero. En 1837-38, podia estimarse la masa de las esportaciones de la India y de la China para la Gran Bretaña en 9.600.000 libras esterlinas. El añil abulta en esta cuenta por unos 2.000.000 de libras esterlinas; el té por 12.000.000 de duros; el algodón por mas de 4.000.000 de duros, etc. Estas esportaciones se balanceaban por parte de la Inglaterra, 1º. con las remesas anuales hechas por la India inglesa, ya por cuenta del gobierno, ya por cuenta de particulares, y que subian á mas de 18.000.000 de duros; 2º. por las importaciones de productos de las manufacturas inglesas (en la India y en la China), que subian á cerca de diez y seis millones de duros; por parte de la India inglesa, por la venta del opio y del algodón, que realizaba, en beneficio de esta balanza, de quince á diez y seis millones de duros.

Nos ceñiremos á esta esposicion general, que basta para mostrar cuales son los recursos materiales de la India, la importancia de sus relaciones comerciales con la China, los peligros que para el porvenir de estas relaciones comerciales, y por consiguiente para la misma Gran Bretaña, traia la suspension de la buena inteligencia entre los dos estados; la necesidad de asentar las relaciones futuras de la Inglaterra y la China sobre bases mas anchas y estables, y en fin, ante todo, la necesidad absoluta para el gobierno británico de dar á la India inglesa las facilidades reclamadas tan enérgicamente por la agricultura y la industria.

Lo mismo sucede con el bienestar actual y el porvenir de las naciones que con el bienestar y el porvenir de las familias. No bastan los intereses materiales; un buen gobierno debe desvelarse igualmente por los intereses morales é intelectuales de los pueblos. Bajo este aspecto mucho

hay todavía que hacer en la India; y la dificultad de subordinar á un plan jeneral todas las modificaciones de detall que se presentan como igualmente necesarias á las meditaciones del estadista, pero por títulos tan diversos, segun las localidades, en imperio tan dilatado; esta dificultad es inmensa; quizás sea insuperable. La providencia la allanará por medio de aquellas intervenciones inesperadas que remedian las faltas de la humanidad. Pero, fuerza es reconocerlo, la naturaleza ha marcado con rasgos tan imponentes la fisonomía física é intelectual del Hindostan, los destinos de los pueblos se han desarrollado en él con influjos tan misteriosos, ó sacudimientos tan imprevistos, y el porvenir se está en él preparando por causas que toman de lo pasado tal carácter de grandeza, que uno se deja llevar de la contemplacion de este vasto conjunto, y se pregunta lo que vendrá á ser de este imperio en la mano mercantil y guerrera de la Inglaterra, y bajo el triple influjo de las leyes de Brama, de Mahoma y Jesucristo. ¡Qué extraña complicacion! ¡cuántos elementos de vida! ¡cuántos jérmenes de muerte! Dirían que este cuerpo ajigantado está destinado á engrandecerse irregularmente y sin tregua, y á estrellarse por fin con su propio peso. Lord Clive fué el primer delegado del poder soberano en la India inglesa que previó y predijo altamente este desarrollo fatal. Apenas habian transcurrido algunos años desde que aquel hombre grande habia proferido aquellas proféticas palabras, cuando el parlamento inglés declaraba solemnemente «que los planes de conquista y engrandecimiento en la India eran contrarios al deseo, á la política y al honor de la nacion.» Los acontecimientos han venido á dar un solemne mentís á esas teorías parlamentarias, y á confirmar las previsiones del vencedor de Plassey. Y lo mas reparable es que desde aquella protesta contra toda empresa ambiciosa, los aumentos de territorios han sido mas considerables y fre-

cuentes. Cuando lord Cornwallis llegó á la India, en 1786, halló á Sir Juan Macpherson empeñado en negociaciones con los Mahratas y el Nizam, negociaciones que debian llevar al gobierno supremo á una guerra con Tipo-Zaib. El primer acto de lord Cornwallis fué romper aquellas negociaciones, declarando que los Ingleses no se empeñarían mas que en las guerras rigurosamente defensivas. Su segundo acto fué proponer una alianza á aquellos mismos Maratas, á aquel mismo Nizam, y empeñar, de acuerdo con ellos, una guerra, cuyo resultado fué un engrandecimiento considerable del territorio de la Compañía. Y no fué por culpa de lord Cornwallis, sino por efecto de las circunstancias cuyo raudal le arrebató á pesar de sus conatos. Lo mismo que él, los mas de sus sucesores, lejos de colocar, por decirlo así, los acontecimientos en la dependencia de su política, tuvieron que resignarse á ver su política caer bajo la dependencia de los acontecimientos. En un intervalo de menos de un siglo, la Inglaterra ha enarbolado su pabellon en la ciudadela de Ghizni y en los muros de Rangun, y todos los paises intermedios se han colocado bajo su dominacion inmediata, ó reconocen su supremacia. Tales son los resultados adquiridos, los hechos consumados, y la actividad incansable de la raza británica está preparando á la historia nuevos y ajigantados materiales en el extremo Oriente. Esta raza ambiciosa y prudente á la par, que ha sabido granjearse el aprecio ó escitar la admiracion del mundo, sin merecer las simpatías de la humanidad, ¿sabrà por ventura consolidar su obra en Asia, ó deberá entregar en otras manos la antorcha de la civilizacion nueva que luce sobre aquellas dilatadas rejiones? Esta es la cuestion. No nos corresponde contestarle; pero estamos preparados para la mision que nos estaba impuesta de poner ante los ojos de nuestros lectores todos los datos del problema. ¡Lo pasado y lo presente son los elementos del porvenir!

Tal es la erudita introduccion con la que Mr. A. de Jancigny se disponia á entrar en la descripcion pintoresca de la India. Antes de engolfarse en los pormenores del asunto, queria esponer la importancia que aquella rejion inmensa, que aquel mundo nuevo ha adquirido ya de aquí para en adelante en los hechos actuales de la política, cuando una mision diplomática, que le ha enviado á los mismos sitios cuya descripcion debia darnos, ha venido á interrumpir sus tareas. Deseosos de conservar á su empresa la cooperacion de un colaborador tan ilustrado, los Editores han aguardado por espacio de mas de dos años, contando que el regreso de Mr. A. de Jancigny, con nuevos materiales que no habrá dejado de reunir en su segundo viaje, indemnizaria anchamente al público tanta tardanza. Pero ya en el dia se dilata la ausencia de Mr. A. de Jancigny sin que nos quepa prever su término; la importancia, que va mas y mas en aumento, de la política asiática le detendrá al parecer mucho mas tiempo de lo que se habia presumido en el mismo teatro de los acontecimientos; y por esta causa los Editores se ven en la precision de confiar á otras manos el trabajo para el cual habia sido desde luego designado Mr. A. de Jancigny á su eleccion por su esperiencia personal, por sus conocimientos locales y su larga permanencia en el pais mismo que debia describir.

Ya para lo sucesivo se han tomado todas las medidas para que la publicacion de la INDIA PINTORESCA no sufra ningun retardo y para que sus entregas se vayan sucediendo con regularidad.

LA INDIA,

POR M. JAVIER RAYMOND.

CAPITULO I.

§. I. *Aspecto jeográfico.*

Dirían que la naturaleza ha trazado las fronteras de la India con un esmero particular. Al norte está separada de la alta meseta del Tibet por la gran cordillera de Himalaya, que los afanes de los viajeros modernos nos representan como las montañas mas encumbradas y considerables del globo. Al este y al oeste delinean sus fronteras dos caudalósísimos rios, el Bramaputra y el Indo. Por todas las demás partes está la India ceñida por el Océano. A veces bajo el nombre jeneral de India se han comprendido países situados fuera de estos límites, sobretudo el Cabul y el Candahar, que durante largo tiempo fueron provincias del imperio de los Mogoles. Solo la política pudo motivar esta clasificacion; por cuanto es evidente que estos países, por su clima, por la naturaleza de su suelo y de sus producciones, por la poblacion que en ellos habita, se enlazan mucho menos con la India que con la Persia y la Tartaria. Muy al contrario, en los límites que nos hemos impuesto, ó por mejor decir, en los límites que nos ha impuesto la naturaleza, hallamos una religion, lenguas, costumbres, hábitos, producciones, etc., que deslindan á esta rejion de todo lo restante del Asia, y hacen de ella un mundo á parte.

La India, definida como acabamos de hacerlo, se desarrolla en el hemisferio septentrional sobre una extension superficial de norte á sur entre los 8° y los 34° de latitud norte;

y de este á oeste entre los 64° y los 88° de longitud este del meridiano de Paris. Así pues, en su largo de norte á sur, se estiende sobre unas mil quinientas y sesenta millas jeográficas ó sean quinientas y veinte leguas comunes españolas de veinte al grado; y en su anchura sobre unas mil cuatrocientas y cuarenta millas jeográficas, ó sean cuatrocientas y ochenta leguas. Resulta pues que la India presenta una superficie igual casi á la de Europa.

La India viene á ser un mundo á parte en el universo; contiene países sometidos á los ardores mas abrasadores del sol de los trópicos, y otros que solo pueden compararse con los helados desiertos del polo. La diferencia en el grado de elevacion sobre el nivel del mar produce en la temperatura diferencias que no se notan comunmente sino entre países separados por grandes distancias en latitud. Sus vastas llanuras producen anualmente dos mieses, están cubiertas de eterno verdor ó desecadas por las abrasadoras arenas de la zona tórrida. Los frutos de los climas templados nacen y llegan á sazón al pié de sus montañas, cuyos flancos crian el pino del norte y cuyas cumbres levantan hasta los cielos los hielos perpetuos del mundo ártico. La naturaleza no presenta pues aquella melancólica uniformidad que entristece al viajero en las llanuras del Africa, ó los desiertos de las rejiones polares. Al contrario, el observador puede pasar en la India por todas las transiciones que separan á los extremos opuestos de la naturaleza en el planeta entero.

El corazón de la India, si es lícito hablar de este modo, el teatro donde despliega los tesoros de su fecundidad inagotable, el terreno donde se levantan sus grandes imperios, es la llanura inmensa que se extiende desde el Bramaputra hasta el Indo y desde las montañas del Himalaya hasta la cordillera de los montes Vindhya al sur, en una longitud de mas de cuatrocientas leguas y una anchura media de ochenta á ciento y veinte. La direccion jeneral de esta llanura corre del sudeste al noroeste siguiendo la de las montañas que terminan al norte y de las cuales bajan tantos rios caudalosos, que son el manantial de su fertilidad. Despues de la rejion bañada en la China por el Yang-tse-Kiang y el rio Amarillo, es esta quizás la mas fecunda y hermosa del mundo. Toda esta superficie inmensa, esceptuando cierta parte del desierto, de que hablaremos en su lugar, no presenta por donde quiera mas que una alfombra de verdor de increíble lozanía, y por la cual majestuosos rios pasean lentamente el caudal grandioso de sus aguas.

En ninguna parte se produce con mas efecto que en Bengala el aspecto de aquellas magnificas llanuras de la India. Allí nada estrecha un horizonte siempre sin límites, donde se pierde la vista sin pararse jamás en una undulacion del terreno, ni siquiera en una peña aislada. El Gánjes atraviesa aquella gran provincia, aumentando á cada paso la anchura de su curso y durante la estacion lluviosa cubriendo una grande estension de terreno con sus aguas fertilizadoras. Hiriendo este suelo tan rico, tan profundo, tan bien regado, con sus rayos enérgicos, despierta el sol en él un poder de vejetacion casi increíble, y lo convierte en tiempo de las mieses, en un mar de espigas y de verdor muellemente mecidas por las lánguidas brisas de los trópicos. Subiendo por el rio, el Bahar presenta el mismo aspecto, aunque su superficie muestra algunas leves undulaciones; la provincia de Allahabad, algo mas elevada sin embargo, es llana como la de Benga-

la, como ella fértil y caliente. Al norte del rio, el reino de Oude, elevándose hácia las montañas por un declive imperceptible, goza de clima mas fresco y salubre, y da profusamente las producciones mas preciosas de Europa y Asia. Allí termina el valle del Gánjes, y principia el del Djamna, mas elevado, pero menos regado y fértil. El Duab, ó territorio que separa los dos rios, no puede regarse en algunas de sus partes sino por medios artificiales. Sin embargo sus bosques parecen mas vigorosos que los de Bengala, y al paso que el frio moderado permite hacer en él una cosecha de trigo ó de granos europeos, el calor de su estío es suficiente para sazonar el arroz al sur del Djamna. En las riberas de su tributario, el Chambal, el suelo está accidentado de colinas que se extienden sobre el Malwa y hasta Adjmir; en este espacio y en sus partes mas llanas se levantan aquellos peñascos de costados perpendiculares, de cumbres perfectamente planas, donde están asentadas las fortalezas inexpugnables tan célebres en la historia de la India. Al oeste de Dehli empieza el gran desierto indio, y al norte se extiende la llanura del Penjab, esto es, de los cinco rios, ó los cinco tributarios del Indo, que van rodando sus poderosos raudales y mantienen una fertilidad igual á la del valle del Gánjes. Un cultivo bien entendido y sobre todo el beneficio de la paz son las únicas condiciones que le faltan á este pais para hacerle émulo feliz de Bengala.

En toda esta llanura inmensa las necesidades de los pueblos y las demandas de un comercio activo han sustituido á los productos espontáneos de la naturaleza los de la industria humana. Hállanse en ella hoy día poquísimas de aquellas producciones maravillosas que granjearon en otro tiempo tanta celebridad á la vejetacion del Asia. No se conocen allí las aromáticas brisas que tan peligrosamente perfuman las altas costas del Malabar, ó las islas de la Malasia. Los renglones mas útiles al comercio ó al sustento del hombre y de los animales nacen mediante el

trabajo, bajo la accion de un sol quemante, sobre un suelo profundo, húmedo y fértil; el arroz, base del alimento de los Asiáticos; el azúcar, que ha venido á ser un renglon de primera necesidad; el opio, sobre el cual han llamado la atencion recientes acontecimientos; el añil, que es entre las sustancias tintorias la mas preciosa, y en los terrenos mas secos el algodón que servia ya para vestir á todos los pueblos del Asia y que suministra hoy dia la mayor parte de los tejidos que se emplean en Europa. Aquella sujecion cabal al arado, aquella uniformidad de su superficie, dan un aspecto casi monótono á aquella grandísima llanura central. Baber, el Conquistador, que le dió al imperio mogol, se queja ya en sus memorias de la uniformidad del espectáculo que en aquellas fecundísimas llanuras se ofrecia por donde quiera á sus ojos; y no pocas veces echa menos las montañas y los valles del pais que le vió nacer.

Sin embargo, á despecho del hombre, hay algunos puntos de este vasto espacio donde eternas revoluciones han atajado constantemente el cultivo, y otros donde la naturaleza, ayudada por la accion combinada de la humedad y de un suelo abrasador, es bastante poderosa para frustrar todos los conatos del hombre. Entrégase entónces, si nos es lícito hablar de este modo, á un desenfreno de produccion que burlan todo el poder humano. Dilatados espacios se ven imperceptiblemente invadidos por aquellas moles de hojarasca lóbregas, espesas, impenetrables, con ramas tan robustas y tan estrechamente enlazadas que detienen á todo un ejército; tales son los *jungles*. Árboles que impelen en todas direcciones sus ajigantadas ramas; arbustos espinosos de todas formas y tamaños; mambúes que, en el espacio de algunos meses, se encumbran á la altura de sesenta y hasta de ochenta piés, forman la armazon de aquellas fortificaciones naturales. Muchas veces, en medio de las llanuras cultivadas, la higuera y algunos otros grandes vegetales, si la mano del hombre no ataja sus progresos, de árboles aisla-

dos que eran al principio, vienen á parar, en breve tiempo, en verdaderas y grandes selvas.

El cultivo, donde reina, aleja á todas las especies de animales monteses ó bravíos, y hasta las de los animales domésticos medran poco como número y como individuos. La especie bovina, protegida no obstante por las creencias religiosas de los indígenas, es de poca alzada; los caballos, pequeños tambien, pero ligeros y briosos, son muy inferiores á los del Turkestan. Pero allí donde la naturaleza se desarrolla en su montaraz desahogo viven al contrario animales reparables por el grandor de su talla y peligrosos por su fuerza, como el tigre y el elefante; este, de especie distinta de la de Africa; aquel, el habitante mas formidable de las *jungles* de Bengala, reina allí en ausencia del león; menos fuerte y menos majestuoso que el rey de los animales, es mucho mas peligroso y cruel.

Para completar la descripcion de la gran llanura de la India, nos falta hablar de una de sus partes harto diferente de las otras. A alguna distancia al oeste de Djampa, el nivel general del terreno alcanza un máximo de elevacion, del cual vuelve á bajar al este y al oeste. Todos los cursos de agua que parten de este punto descienden al este para tributar sus caudales al Gánjes, ó al oeste para desaguar en el Indo. Entre estos dos rios y sus afluentes se estiende un espacio considerable, bañado apenas acá y acullá por algunos escasos arroyos que se pierden en las arenas. Este desierto, bastante estenso, si fuese habitable, para formar un estado poderoso, se estiende al oeste sobre un espacio de mas de doscientas leguas de largo sobre ciento de ancho, y presenta un aspecto semejante en un todo á las rejiones mas desoladas de la Arabia y del Africa. Su superficie, que apenas se levanta sobre el nivel del mar, está cuajada de incrustaciones salinas y de tritos marinos; es un terreno abandonado por las aguas del mar. Segun las observaciones de M. Elphinstone, su parte oriental está cubierta de coli-

nas de arena movediza que se encumbran á veces á una altura asombrosa. No obstante, hállanse en este desierto algunas breñas de plantas espinosas, algunos arbolillos del jénero mimosa. Encuéntrense tambien en él, aunque separadas á grandísimas distancias, algunas aldeas, ó por mejor decir, grupos de chozas construidas de fango, al rededor de las cuales utilizando sus moradores las aguas de algunos manantiales, logran establecer algun cultivo. Es probable que por este desierto se halla diseminada una poblacion mayor de lo que se cree, y hasta se dice que existe en él una ciudad llamada Bikanir, que ostenta en pequeña escala el aspecto de una poblacion adornada de palacios, templos y otros edificios grandiosos.

Al norte de esta llanura inmensa, cultivada y desierta se encumbra la gran cordillera del Himalaya, cuyas sucesivas graderías acaban por perderse en los cielos con sus cimas cubiertas de hielos eternos. Segun M. Colder, el Himalaya desarrolla sobre una línea de trescientas y veinte leguas una cordillera de montañas de una altura media de veinte y un mil piés sobre el nivel del mar y de la cual se desprenden como bases picos separados y altos de cinco á seis mil piés de mas. El habitante de la ardorosa llanura de Bengala contempla con religioso asombro aquella inmensa perspectiva de nevadas cumbres que limitan allá en la lejanía el horizonte. Sin embargo á cada grada de aquel ajigantado anfiteatro la naturaleza cambia de aspecto, y vamos á probar de describirlas.

La cordillera del Himalaya á su pié está ceñida de una faja de terrenos que llaman Tarryani; este nombre denota un llano de siete á ocho leguas de ancho y sobre el cual se precipitan con tanta abundancia los torrentes y las aguas de lo alto de las montañas, que lo inundan en todas las estaciones. Es pues un pantano sobre el cual obrando el sol de los trópicos con todo el poder de sus rayos, hace crecer una vegetacion de color pardo, de hoja pequeña y espinosa, pero tan espesa y frondosa que

viene á formar una barrera casi impenetrable. Esta rejion está defendida contra los conatos del hombre por los pestíferos miasmas que exhala; cualquiera ejército que se vea precisado á emboscarse en ella está cierto de padecer en breve tiempo pérdidas escesivas, segun por su propia esperiencia lo aprendieron los destacamentos ingleses acampados durante la guerra en las fronteras del Nepol y del Batan. Debajo de la sombra mortal del Tarryani, han establecido su imperio el elefante, el tigre y otros animales montañeses, al paso que los poquísimos seres humanos que en su vecindad se encuentran languidecen mas bien que viven.

Pero al salir de esta rejion desolada y subiendo las primeras gradas de la montaña, ve el viajero desarrollarse ante sus ojos un cuadro mas risueño. Atraviesa valles fértiles y embelesantes, dominados por montañas del aspecto mas pintoresco y casi siempre vestidas de magníficas selvas. En medio de árboles semejantes á los que ha visto desplegar sus majestuosas copas en las riberas del Gánjes, empiezan á mostrarse diversas especies de robles y pinos. Trasponiendo los primeros declives que con tanta gracia se desarrollan al pié del Himalaya, la naturaleza cobra un aspecto mas grave y osado. La escarpadura de la montaña, la profundidad del valle, la impetuosidad del torrente recuerdan los pasos de los Alpes ó de los *Highlands* de Escocia, y mas de un oficial escocés, al reconocer aquellos paisajes pintorescos, se ha enternecido al recuerdo de su patria. El aspecto de la montaña es amenazador á menudo, lleva la estampa ó huella violenta de las revoluciones de la naturaleza que la han producido; sus cumbres se levantan perpendicularmente unas sobre otras, y á poca distancia, y sin dejar ver las undulaciones de terreno que las enlazan. Sus escarpados flancos, arbolados á veces, y no mostrando otras mas que inmensas moles de peñascos desnudos, bajan perpendicularmente á gargantas lóbregas, á barrancos estrechos donde el

torrente puede apenas abrirse paso bullendo y espumeando contra los fragmentos de rocas arrancadas al flanco de las montañas por el trabajo de los siglos. Asperas son las fatigas que aguardan al viajero que debe subir y bajar alternativamente por aquellas cumbres escarpadas por unos senderos abiertos por encima de simas sin fondo. Los puentes que sobre estos abismos se han echado son capaces de asustar al corazon mas intrépido; dos tablas apoyadas por sus extremos sobre puntas de peñascos forman lo que llaman una *sanga*, y el medio mas usado; otras veces son dos cuerdas llamadas *Djahalas* que han arrojado al través del precipicio, y que sirviendo de parapetos sostienen una trémula tabla sobre la cual hay que pasar.

Toda esta montaña es tan escabrosa que no siempre hallan en ella sus habitantes mesetas bastante estensas para edificar sus ciudades. Aseguran que en todo el pais al rededor de Sirinagar (valle de Cachemira) no hay otro paraje donde hubiese podido construirse aquella pequeña ciudad, y que entre ella y la grandísima llanura no se halla ningun paraje donde pudiesen acampar mil hombres juntos. En Nahr, la calle principal no es mas que una escalera cortada en la peña; otra escalera del mismo género conduce á Rampore, que es la principal ciudad del valle donde nace el Satedje. Allí se levantan las casas lateralmente unas sobre otras; abajo, en el fondo del valle perpendicular, corre el rio; por encima, dominan la ciudad cumbres tajadas á pico que amagan desplomarse sobre ella y aplastarla.

El doctor Royle, en su *Botánica del Himalaya*, divide toda la cordillera en tres zonas por lo que respecta á la vegetacion. Da por límite á la primera la altura de cinco mil piés. La temperatura es baja con respecto al llano; pero no es el frio tan agudo que ya no se echen de ver las plantas del trópico. Su esposicion al mediodía, el ardor del sol durante el estío, las lluvias tropicales que la inundan hacen crecer en ella casi todos los vegetales que se ven en las

partes algo elevadas de la llanura central. En el Nepal y en otras partes favorecidas, el invierno da regularmente una cosecha de trigo y el verano otra de arroz. Sin embargo las plantas mas delicadas del llano, tales como la mngosta y el ananas, no pueden ya resistir á la vivacidad de la atmósfera ni á las brisas de la noche. Por otra parte hay ciertos sitios, raros es verdad, donde se ven hasta en la estacion fria, las plantas de Europa y de los climas templados crecer al lado de los del trópico. Solo por raro acaso se ve la nieve en esta parte de la montaña.

La segunda zona tiene por límite extremo la altura de nueve mil piés sobre el nivel del mar. La nieve cae en ella todos los inviernos, pero se derrite á los primeros rayos de la primavera. Aunque su vejelacion sea casi la misma que la de los climas templados, las causas que ya llevamos indicadas permiten todavia en ciertas localidades á algunas plantas de los trópicos escalar los flancos de la montaña. En algunos valles abrigados y bien regados se cultiva todavia el arroz; pero solo las plantas herbáceas pueden prosperar á aquella altura. Los árboles que necesitan algunos años para desarrollarse y que han de quedar espuestos á todas las estaciones no pueden resistir á los inviernos de esta zona, á menos que sean nuestros árboles de Europa; la palmera y los otros árboles de la India desaparecen á esta altura.

La última zona, y por consiguiente la mas elevada, está sujeta á un clima parecido al del norte de Europa ó de América, y que, haciéndose mas riguroso conforme se va elevando, no tiene por fin análogo en la tierra si no son los hielos sempiternos del mundo ártico. Hasta en la parte inferior de esta zona la nieve no se derrite sino en mayo ó junio, cuando tras el frio de un invierno helador sobreviene el calor mas bochornoso. Los rayos del sol se hacen sentir á veces con un ardor casi insoportable para el hombre, aun cuando afecten tan poco al estado jeneral de la atmósfera, que el termómetro señala algunos grados

debajo cero. El viajero está abrasado por el sol en medio de un frío riguroso, extremo á que es siempre peligroso y fatal á veces esponearse. Pero tambien allí ostenta la vegetacion á veces una potencia asombrosa. Casi por todas partes, á doce mil piés de elevacion, se cultiva todavia el trigo y la cebada. A once mil seiscientos ochenta piés, el capitán Webb encontró magníficos encinares, fresas y hasta parras de uva en flor. A esta altura, al pié de los ventisqueros que los bañan y bajo los rayos de un sol ardiente, los pastos son de una riqueza asombrosa. Propensos á la exajeracion, los habitantes de estas montañas dicen que la yerba es inagotable y que le basta una sola noche para volver á brotar. Mas por otra parte se ven á veces fértiles prados, campos cultivados sepultados inopinadamente por enormes pello- nes de nieve ó hielo que no se derri- ten en muchísimos años; los ha- bitantes pretenden que la línea de las nieves perpetuas va bajando cada año por las pendientes de la monta- ña, y que en el día está cuajando el hielo grandes espacios donde en otro tiempo se veían bosques y prados.

A pesar del aspecto amenazador de estos precipicios, vense no obstan- te cubiertos de masas inmensas de bosques colgantes de sus flancos. En medio de espesos y magníficos pina- res de toda especie, se encuentran cipreses magníficos, cedros enormes que nacen, viven y mueren inútiles en medio de aquellas montañas, por cuanto faltan absolutamente los me- dios de transporte para conducirlos á los sitios donde pudiera utilizarlos la mano del hombre. Crecen entre estos árboles otros menores cargados de las frutas de la Europa septen- trional; vense allí la grosella, la fre- sa y la frambuesa, desconocidas en las llanuras del Gánjes. En los para- jes abrigados, la rosa silvestre, el lirio del valle, la primavera y todas las especies de flores campestres es- maltan la rica alfombra de verdor que engalana las espaldas de la mon- taña. En los sitios mas elevados, los árboles y los peñascos están cubier- tos de musgo y líquen, plantas de la

flora ártica; hasta se ha descubierto hace poco la especie de líquen que produce la Islandia y de que el co- mercio importa tan grandes cantida- des para la medicina.

Trasponiendo las cumbres del Hi- malaya y bajando á su vertiente sep- tentrional, el viajero ve desarrollarse á su vista un espectáculo del todo diferente. Las lluvias periódicas, que riegan todo el país al Sur, no pue- den salvar la imponente barrera de los ventisqueros. En el vertiente del norte, la nieve cae tambien en me- nor abundancia y se derrite mas fá- cilmente. El lujo de la vegetacion, la profusion del verdor no embellecen ya aquellas altas rejiones que Jac- quemont nos pinta bajo un aspecto tan melancólico, desnudas casi, cu- biertas acá y acullá de alguna male- za, de escaso césped y de algunos re- siduos arrebatados por las aguas. Y no obstante, por una contradiccion singular de la naturaleza, el clima, que puede producir granos neces- rios para la subsistencia del hombre, se eleva en el vertiente norte á una altura mucho mayor que en el ver- tiente sur. En la provincia tártara de Hangareng, la aldea de Nako, situa- da á doce mil piés sobre el nivel del mar, está rodeada en la debida es- tacion de las mas ricas mieses de trigo y cebada. Una aldea al norte del Konawar, situada á catorce mil y novecientos piés sobre el nivel del mar, cosecha, segun asegura el doc- tor Gerard, cebada de la mejor ca- lidad. El mismo autor opina que por este lado puede elevarse el cultivo hasta una altura de diez y siete mil piés. Se han hallado allí desfiladeros libres de nieve, á pesar de hallarse á una elevacion de veinte mil piés. No es menos reparable observar que, en estas montañas de la Tartaria, las partes espuestas al mediodía son mu- cho mas frias que las otras. Igual observacion se ha hecho en punto á las cumbres que allá se abalanzan por los aires como los promontorios en el Océano. La causa de este fenó- meno singular no es conocida toda- via. M. Royle la atribuye á la reflec- sion de los rayos solares que le son rechazados como los rayos del caló-

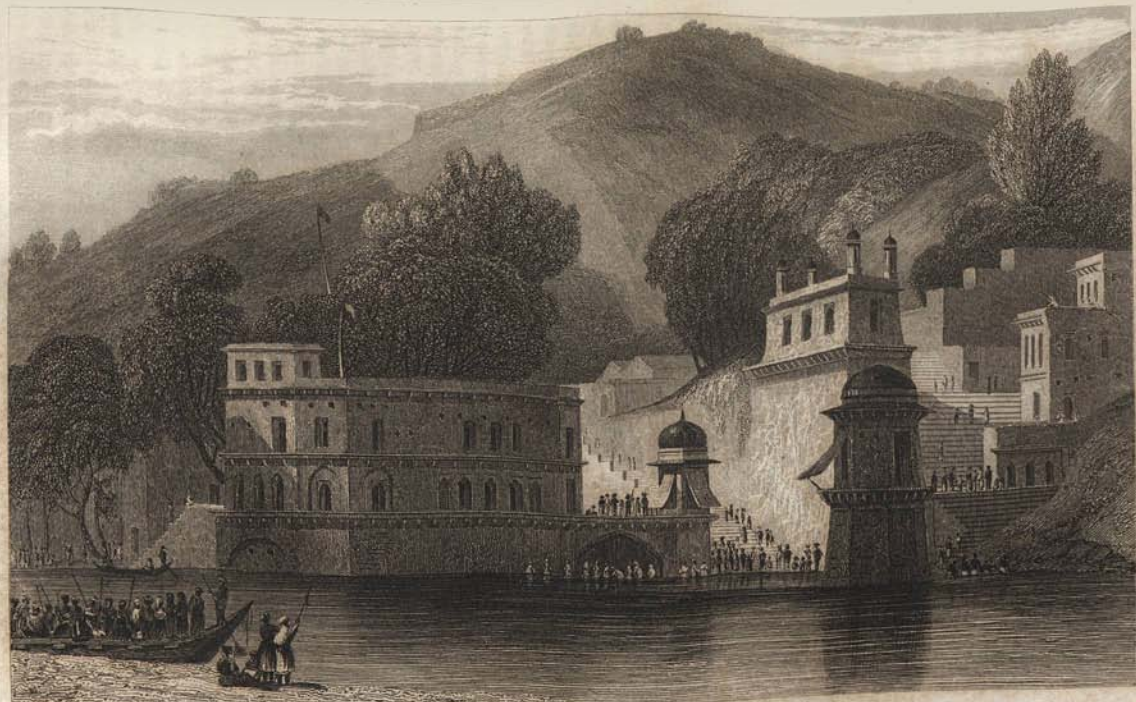
rico al centro de un espejo cestorio, por las montañas vecinas. Sin embargo esto no pasa de una hipótesis.

En estas altas rejiones, cambia naturalmente el reino animal asi como el vegetal. El elefante y el tigre, reyes de las selvas que se estienen á sus piés, son casi desconocidos en la montaña; donde ejercen la obra de destruccion el gato montés, el asno y el jabalí. La gamuza salta de breña en breña, y las selvas están pobladas de gamos de todas especies; la mas preciosa es la que produce el almizcle. Esta última se halla solamente en las rejiones mas enuembradas y escabrosas, donde el hombre no osa casi nunca asentar su planta. El frio, el frio mas intenso, es tan necesario á la vida de este animal, que si se le lleva á rejiones mas templadas, se muere por lo comun en pocos dias. Las selvas, á todas las alturas donde se disfruta un clima templado, están pobladas de enjambres de volátiles que en todas las demás partes pueblan los corrales. No obstante es árduo cazarlos, porque casi nunca arrancan á volar y se ocultan á sus enemigos en medio de la maleza. El pavo real no ostenta su magnífico plumaje sino en los primeros declives de las montañas. El águila, el rey de los aires, se muestra por maravilla en sus cumbres, habitadas sobre todo por los halcones, los gavilanes y otras aves de rapiña, que llegan en segunda línea tras el tirano de los aires. Las perdices y los faisanes abundan muchísimo y los hay de especies muy variadas. Vese al faisán volar, en medio de las nieves, á grandísima altura. En los primeros declives de la montaña habitan enjambres de abejas que construyen sus colmenas en los huecos de los árboles. Las jentes del pais se apoderan de la miel encendiendo grandes hogueras y dando recios gritos, que espantan á las abejas y las ahuyentan.

Los animales domésticos que crían los habitantes en sus ricos pastos pertenecen á la raza bovino ordinaria de la India ó á la del Tibet. Los productos de estas dos razas cruzadas son naturalmente muy comunes en

la montaña. Crianse tambien muchos rebaños de ganado cabrío y lanar, no solo para el sustento de los serenos, sino tambien para el transporte de las mercancías, que solo estos animales pueden efectuar en ciertos pasos. Además del carnero de raza comun, hállase otra especie robusta vigorosa de patilargo, y que pesa el doble del otro. Esta casta da una lana finísima.

La parte mas elevada de esta cordillera inmensa es la confinante con el norte de Bengala, en las fuentes del Gogra, del Gánjes, del Djamna y se estiende á poniente hasta el Sutledje. Cuéntanse en esta parte al menos veinte y ocho picos mas elevados que el Chimborazo. Algunos de los picos medidos exactamente alcanzan una altura de veinte y cinco mil piés. Otras tres cumbres, que están un poco mas al norte, vistas en diversas épocas por Moorcroft y el doctor Gerard, deben, segun estos viajeros, tener cuando menos de veinte y nueve á treinta mil piés de elevacion sobre el nivel del mar. Esta cordillera extraordinaria, que se estiende sobre un espacio de mas de treinta leguas en longitud y de veinte y cinco en lo ancho, no encierra una sola meseta. Aunque vista de lejos, forma al parecer una serie de gradas regulares, cuando se la recorre, se halla compuesta de un número infinito de radios estendidos en todas direcciones, entrecortados por barrancos profundos, en medio de los cuales las aguas se han escavado pasos y corren á veces en direcciones mutuamente contrapuestas. El curso de las aguas es tan irregular y caprichoso, que muchas veces al llegar el viajero á la cumbre de la montaña, está por creer que no tienen salida. Hase advertido tambien que el vertiente del noroeste es el mas escarpado, al paso que por el lado del nordeste los pendientes son mas suaves. Por el lado del Tibet, la inclinacion de los terrenos es casi imperceptible, comparada con la del vertiente meridional. Así es que la elevacion del Tibet sobre el nivel del Océano se estima en quince mil piés. Al oeste del Sutledje, el Himalaya

*L'orient Illustré.**Ghât de Hurdwar.*

Ghât de Hurdwar.

va bajando perceptiblemente, ó mas bien, segun el baron Hugel, se dirige hácia el norte, no destacando sobre la frontera indiana mas que un ramal secundario. Allí las cumbres coronadas de eternos ventisqueros no forman ya una línea continua; ya no asoman mas que aisladas. La que está situada mas al oeste es la Tricota Devy, montaña magnífica de tres picos cubiertos de perpetuas nieves. Al sur de Cachemira, el Pir-Pandjal, como le llaman, muestra su blanca cabeza, y continua hasta el Indu-Kuch, que separa el Cabul de la Tartaria.

Sin embargo, si imponente es el aspecto jeneral de estas montañas, y casi horroroso hallarse en ellas, no obstante se hallan algunos parajes donde sus flancos se despliegan en llanuras de alguna estension. Así es que si los valles del Nepal son por lo mas estrechos, vese sin embargo encima de ellos el Rama-Seraí ó valle afortunado, al que han granjeado este nombre halagüeño sus risueñas aldeas y sus campiñas perfectamente cultivadas. El espacio de llanuras mas extenso que encierran está á su extremo occidental, en los parajes donde se abre la gran cordillera para formar el pequeño reino de Cachemira, que, mas que ninguna otra parte del globo, merece apellidarse el paraíso terrenal. Muchísimos riachuelos, que bajan de las vertientes de las montañas, mantienen en estos valles el mas rico verdor y la vegetacion mas lozana, y forman, en medio de sus llanuras, un lago hermoso por cuanto de mas embelesante puede producir naturaleza. Los soberanos mogoles edificaron en las orillas de este lago palacios deliciosos, á donde iban á trascordar en el sosiego del retiro los sinsabores del imperio. Los poetas orientales han celebrado á porfía las delicias de este valle encantador; ensalzan sobre todo la rosa de Cachemira como una flor de peregrina hermosura, y cuya época de florescencia es para los Cachemirianos una fiesta nacional. No obstante el agudo, aunque algo escéptico Jacquemont trata todas estas descripciones de

mentira de poetas; al paso que el baron Hugel, que visitó tras él estos sitios, en 1835, sostiene que no cabe exajerar la halagüeña hermosura de este país. La flora de Cachemira es exactamente la misma que la de Europa, la de Lombardía sobre todo. Cubren las llanuras, plátanos ajigantados, vides, y álamos, y en los declives de las montañas crecen bosques magníficos de cedros y pinos. El fondo de este valle célebre está levantado de unos cinco mil piés sobre el nivel del mar; tiene unas veinte leguas de largo sobre dos á diez de ancho. De los palacios brillantes, levantados en otro tiempo por los emperadores mogoles, Shalimar es el único que está todavía en pié. Tambien es célebre la belleza de las Cachemirianas, y desgraciadamente para ellas quizás, harto célebre en el Asia. Jacquemont, escéptico sobre este punto como sobre otros muchos, dice que se ha ponderado en demasía la hermosura de las Cachemirianas, y con todo esto parece que él mismo censura su propia opinion, añadiendo que casi todas las que tienen hermosos ojos se venden en la niñez.

Los desfiladeros que permiten trasponer aquellas inmensas montañas para penetrar en el Tibet son extraordinariamente difíciles. La disposicion natural de los terrenos hace que muchas veces hay que trasponer cumbres que no tienen menos de veinte mil piés de alto. Los senderos que sigue el viajero están ordinariamente trazados á lo largo de un torrente que pasea una larga cinta de espuma, ó bien son gargantas oscuras y profundas orilladas por ambos lados de montes tajados y cuyas cumbres se encaraman y pierden en las nubes. De los flancos perpendiculares de estas lóbregas galerías caen á veces gruesas moles de peñascos que se desprenden de la montaña. Otras veces se desploman peñascos inmensos, borrando las huellas de los senderos, obstruyendo el lecho de los torrentes y formando saltos de agua. Los árboles arrancados del monte y precipitados en el abismo se detienen en medio de su cur-

so sobre una punta de peñasco, hundiéndose sus ramas en el suelo, y levantando las raíces hácia el cielo. Sin embargo al través de aquellos desfiladeros espantosos la audaz industria del hombre ha sabido abrirse senderos estrechos en verdad, y peligrosos, pero que bastan no obstante para permitir á la India y al Tibet hacer un trueque de los productos de sus territorios. Verdad es que no puede transitar por estos arduos caminos nada que se parezca ni de tejos ó un carro, y ni siquiera los animales que comunmente se emplean para el transporte en los demás países. Las mercancías se llevan á lomo de cabras ó carneros, únicos que tienen la planta bastante segura para aventurarse por aquellos riscos. Los pasos principales, ó al menos, los mas seguidos, son los de Niti ó de Mana en las fuentes del Gánjes, de Djauar, Darma y Byansi en las del Gogra.

Al visitar aquellas imponentes cumbres hállase espuesto el viajero á dolorosas sensaciones. El ambiente enrarecido en demasía no es bastante abundante para alimentar la respiracion. El juego de los pulmones se ejerce con dificultad, la mas leve fatiga postra al viajero, el cual se detiene á cada paso para respirar; la piel es de una sensibilidad dolorosa, la sangre sale por los labios, la cabeza se vuelve pesada y sujeta á vabidos. Los indijenas, que no pueden esplicarse la causa natural de estos síntomas, la atribuyen al *Bis*, esto es, al aire que creen emponzoñado por las exhalaciones venenosas de ciertas flores. Sin embargo hubiera bastado la observacion para enseñarles que á grandes elevaciones no tienen las flores casi ningun olor, y que en las alturas mas considerables, cuando cesa toda vejatacion, es donde el hombre experimenta mas cruelmente estas dolorosas sensaciones.

El Decan ó la Península del Sur, que nos falta describir, no presenta ninguno de esos caracteres particulares que distinguen á la gran llanura de la India y á su frontera del norte. Las undulaciones del terreno,

que á veces, aunque pocas, paran en montañas, y producen mesetas de diversas elevaciones, dan al Decan, un aspecto mas variado y reunen á menudo en él en un corto espacio el clima y los productos de la zona tórrida con los de las zonas templadas. El accidente natural mas reparable que lo caracteriza es una cintura de montañas que se desarrollan siguiendo la forma triangular de esta parte del continente. La línea del norte se compone de una serie de terreno bastante elevado que se estiende desde el golfo de Cambay hasta el de Bengala, casi paralelo al curso del Nervada. Comprende las provincias de Malwa, de Candeish y de Gondwana, á las cuales se da mas particularmente el nombre de India central. Es lo que llaman la cordillera de Vindhya; pero estiéndose en una anchura tan considerable, y sus cumbres son tan poco elevadas (por maravilla llegan á dos mil piés sobre el nivel del Océano) que debe considerarse como una meseta muy accidentada mas bien que como una cordillera de montañas. De sus dos extremos arrancan encaminándose al Sur otras dos cordilleras casi paralelas, que llaman los *Ghates*, y que, siguiendo la playa, ciñen las dos costas de Malabar y de Coromandel.

Los Ghates occidentales, que siguen la costa del Océano Indiano, se alejan rara vez de la orilla del mar, y á veces se le acercan en términos, que las olas lamen sus piés. Sus cumbres, que por lo comun se levantan á diez ó doce millas en el interior, están coronadas, no ya, como las del Himalaya, de los árboles del mundo ártico ó de los climas templados, sino de la pintoresca palmera y de las plantas aromáticas de la zona tórrida. Los mas preciosos productos de su vejatacion son la pimienta, el betel de que hacen los Indios tan gran consumo, el arec que mezclan con el betel, la palmera Sagú de jugo tan nutritivo, el cocotero, el árbol mas útil de estas rejiones. Por encima de ellos se levanta el tec, cuya maderera, mas durable que el roble europeo, suministra utilísimos mate-

riales á la construccion naval. Esta cordillera no tiene, en su parte septentrional, ninguna cumbre que llegue á mas de tres mil piés. El pico de Mahabalesuar cerca de Bombay ofrece un sitio de curacion muy concurrido por los enfermos y dolientes de esta presidencia. En las costas de Canara y de Malabar, á los quince grados de latitud norte, se hallan las cumbres mas altas de esta cordillera, algunas de las cuales tienen hasta seis mil piés de elevacion. Hacia la frontera del Misore, atraviesa el continente de este á oeste un ramal llamado los Nilgherries, el mas alto de esta parte de la India y que ya hace algunos años ha venido á ser un punto donde van á restablecerse las constituciones fatigadas por el calor de los trópicos. Este ramal sirve de eslabon entre las dos grandes cordilleras de los Ghates y despende otro que va á perderse en el mar en el Cabo Comorin. La costa occidental es generalmente muy baja, regada por riachuelos que corren paralelos á la playa, y son de suma utilidad para la navegacion interior.

Los Ghates orientales, que siguen de lejos la costa de Coromandel, son generalmente menos elevados, pero desprenden muchísimos ramales y se extienden por un espacio mucho mas ancho. Dejan una llanura mas ancha entre ellos y el mar; pero á escepcion de los desembocaderos de los grandes rios, que naciendo en el oeste, desaguan en la bahía de Bengala, este espacio es por lo jeneral bastante árido. Hacia el norte, en la provincia de Orisa y los Circars, los terrenos elevados se aproximan mucho mas á la costa; son *jungles* y montañas menos bien cultivadas, y habitadas por una raza menos civilizada que otra parte alguna de la India. Todavía mas al norte, el Catak está tan bajo, que está espuesto á ser inundado por el mar. En 1830, 1831, 1832 y 1833, el Océano traspasó los diques destinados para contenerle y cubrió con sus olas espacios muy considerables.

Estas tres cordilleras ciñen una meseta de unos dos mil piés de elevacion sobre el nivel del mar, y

que es, por decirlo así, el cuerpo de la India meridional. El sudoeste, pais de donde partieron los Maharras para hacer casi toda la conquista de la Península, es un pais accidentado y entrecortado por profundos valles. En su aspecto jeneral, es un pais destinado por la naturaleza á un pueblo de pastores. La rejion central, dividida en otro tiempo entre los poderosos reinos de Gollunda y Bidjapore, se compone de estensísimas llanuras, muy fértiles y abrigadas por su misma elevacion contra los calores escesivos que reinan en la costa. La parte del estremo sur, que llaman el Carnatic, se divide en dos mesetas, la de Balaghat y la de Misore, mucho mas elevadas que las del Decan, y por esta razon ricas de mayor variedad de climas y producciones naturales.

En jeneral, el paisaje de las montañas de la India meridional, si bien no tiene aquel carácter de grandeza que hace tan imponente al Himalaya, es gracioso y pintoresco, y las cumbres de sus montañas, están siempre cubiertas de riquísima vegetacion. Casi por todas partes está cultivado, aunque se hallen tambien en él algunos *jungles*, selvas impenetrables y espacios cubiertos de estériles arenas.

§ II. Clima.

Estaciones. — Divídese ordinariamente el año por los Indos en tres estaciones: la *lluviosa*, la *fria* y la *cálida*. La estacion lluviosa principia ordinariamente en junio y acaba en octubre. La estacion fria coje desde noviembre hasta febrero, y la estacion calurosa desde marzo hasta fines de mayo. Las variaciones que cada año se producen en las épocas en que comienza cada una de las estaciones, no permiten que se les señalen períodos fijos. Dividiendo el año de otro modo, podemos decir que la estacion *salubre* empieza en noviembre y dura hasta el tiempo de las lluvias periódicas, y que la estacion *insalubre* dura con las lluvias, y hasta algun tiempo despues que cesaron.

Monzones. — Aunque mas cercana

al ecuador, no está la India sujeta á unos calores tan intensos como la Arabia ó el golfo Pérsico. Debe esta ventaja á los vientos periódicos llamados *monzones* que soplan por toda la superficie de la India, durante seis meses del año, del sudoeste al noroeste, y durante los seis meses restantes de del nordeste al sudoeste. De estos dos monzones el mas notable es el del sudoeste; pues hace sentir su influjo desde la costa de Africa hasta la península de Malaca, y durante cuatro meses al menos, inunda con raudales de lluvia todo el espacio comprendido entre estos dos puntos. En el sur de la India comienza á declararse ordinariamente á primeros de junio, y en seguida sucesivamente á medida que se va subiendo hacia el norte. La aproximación del monzon, dice M. Elphinstone, se anuncia ordinariamente con masas de nubes que se levantan del Océano Indiano y se dirigen hácia el nordeste condensándose á medida que se acercan á las tierras. Tras algunos dias de tiempo nublado, parece que el cielo se perturba hácia el anochecer, como si amagase un temporal, y el monzon se establece por lo mas durante la noche. Anunciase con violentos truenos, y tales como no cabe formar de ellos una idea por los que se oyen en las rejiones templadas. Empieza con impetuosas ráfagas de viento seguidas de un diluvio. Durante algunas horas sucédense los relámpagos casi sin interrupcion; iluminan el cielo, inundan las nubes de un resplandor brillante, cubren con sus reflejos las cumbres de las montañas, dejan repentinamente la naturaleza toda en la lobreguez mas profunda para volver á empezar luego y alumbrarla con una luz tan viva é intensa como la del dia mas brillante. Durante todo este tiempo no cesa el trueno de mujir en la lejanía para estallar á intervalos con un estruendo tan sajador y repentino, que el corazon mas firme no puede menos de dar cabida al espanto. Sin embargo cuando acaba por alejarse y extinguirse, no se oye mas que el ruido incesante de la lluvia que se

desploma á raudales, y los bramidos de los torrentes que se hiochan y salen de madre. Al dia siguiente toda la naturaleza presenta un triste espectáculo. La lluvia sigue siendo siempre tan espesa que apenas puede uno ver á pocos pasos de distancia; los rios crecidísimos arrebatan consigo cuanto encuentran al paso é inundan á lo lejos las campiñas.

Este diluvio dura algunos dias; pero despues se despeja el cielo y muestra la naturaleza remozada por un poder májico. Antes de los temporales de los dias precedentes, la tierra estaba abrasada toda por el sol; no asomaba ningun verdor sino en el alveo de los rios; la inmutable serenidad del cielo no se veia turbada por la nube mas liviana; la atmósfera estaba cargada de un polvo devorador al través del cual el sol parecia ancho y rojo como en nuestras nieblas de invierno, un viento quemante como si saliese de un horno, calentaba, basta en la sombra, la madera, el hierro, las piedras, algunos dias antes del monzon, aquel viento habia sido reemplazado por calmas mas postradoras todavia. Pero ya pasó la primera violencia del temporal, la tierra se cuaja como por ensalmo de una vejecion lozana y peregrina, los rios han vuelto á entrar en sus lechos y pasean majestuosamente por las campiñas sus aguas fecundantes, el ambiente es puro y delicioso, el cielo se engalana con un rico manto de nubes, toda la naturaleza en fin parece revivir y gozar. Desde entonces se suceden las lluvias á intervalos casi regulares, durante un mes, para arreciar otra vez en julio; durante el tercer mes van disminuyendo perceptiblemente. En setiembre se hacen todavia mas raras, y en fin, á últimos del mes desaparecen, como llegaron, en medio de las tempestades y de los estampidos del rayo.

Tal es el monzon en la mayor parte de la India; pero es preciso tener presente que no principia por todas partes en la misma época, y que cuanto mas se alejan las tierras del

mar, mas menguan las lluvias; las que son naturalmente mas abundantes cerca del mar, de donde salea las nubes que se agotan despues de haber recorrido grande espacio de tierra. Por esta razon son las lluvias mas ó menos abundantes en las provincias segun la distancia á que se hallan del mar ó tambien segun los accidentes de sus terrenos; por cuanto atajando las altas montañas las nubes, hacen verter sobre los países que las rodean mas lluvia de la que hubiera caído, si las nubes hubiesen podido seguir libremente su curso.

Al paso que atajan las nubes y los vientos, producen las montañas otro efecto no menos reparable. El monzon llamado del sudoeste atraviesa el Océano en esta direccion; aunque por acaso varie de algunos puntos de la brújula al llegar á tierra, podemos decir no obstante con exactitud que atraviesa el oeste y el centro del continente indiano dirigiéndose hácia el nordeste. Pero en las provincias del nordeste, se manifiesta de otro modo; el viento que acarrea las lluvias á estas rejiones les llega del sudoeste, atraviesa el golfo de Bengala y se detiene en las altísimas montañas del Himalaya, que le fuerzan á seguir su direccion que es la del noroeste. El soplo del monzon en los países situados al sudoeste del Himalaya procede pues al parecer del sudeste; y con efecto de este punto recibe sus lluvias la provincia de Bengala. Llegado que ha el viento hasta el Hindu-Kuch, siguiendo la línea jeneral de las montañas, detenido otra vez por aquella nueva cordillera, toma el rumbo del oeste, y llega por fin, para fenecer ó al menos para llevar sus últimas nubes sobre las cumbres de los montes Soliman, en el Afghanistan.

Estas observaciones, prosigue Mr. Elphinstone, esplicarán, si no enteramente, en parte al menos, el hecho siguiente: el monzon del sudoeste principia en la costa de Malabar en mayo y reina con violencia estremada; llega mas tarde y con menos violencia al Misore; pero la costa de Coromandel, cubierta por el lado de poniente por las montañas, no lo

siente absolutamente. Mas al norte, comienza el monzon á primeros de junio y se produce con menos fuerza que en el Malabar, escepto en las costas y cerca de las montañas, donde son abundantísimas las lluvias. En Dehli no comienza hasta últimos de junio y llueve allí mucho menos que en Calcuta y Bombay. En el norte del Pendjab, esto es, cerca de las montañas, son las lluvias mas abundantes que en Dehli; al paso que cae poquísima en el sur del Pandjab, lejos del mar y de las montañas. Las nubes traspone fácilmente el Sind inferior, y se detienen mas en el Sind superior, donde las lluvias del monzon, aunque no muy considerables, son no obstante las mas importantes del año.

A primeros de octubre cuando está espirando el monzon del sudoeste, esto es, la estacion lluviosa, va entrando paulatinamente y se establece definitivamente el monzon del nordeste. Este monzon produce la sequía para toda la Península, menos para el Coromandel. El monzon del nordeste es quien lleva á esta costa las lluvias periódicas; las que comienzan á mediados de octubre, y acaban ordinariamente por todo el diciembre. Desde diciembre hasta primeros de marzo continúa este monzon, mas entónces es ya viento seco. Durante esta estacion la temperatura es fresca y agradable. El monzon del nordeste acaba con el mes de febrero ó á primeros de marzo, y desde esta época hasta principios de junio los vientos son irregulares; entónces es la estacion mas calurosa para toda la Península. En la bahía de Bengala y en sus costas, los vientos mas comunes entónces son los del sur, cálidos, húmedos y relajantes. Hácia fines de mayo ó á mas tardar á primeros de junio, vuelve á empezar el monzon del sudoeste y trae las lluvias periódicas para toda la Península, escepto para el Coromandel, que está entónces padeciendo muchísimo del calor y de la sequía.

He aquí ahora algunos apuntes particulares sobre el clima de cada una de las presidencias, y con esto

tendrá el lector una idea de la salubridad ó insalubridad de las diversas provincias del Hindostan.

Bengala. — La estacion fria empieza, segun el doctor Jameson, en noviembre y acaba en febrero. A mediados de octubre empieza á variar la temperatura perceptiblemente. Los dias son aun muy calientes, pero las noches y las madrugadas se van refrescando por grados. El viento que, durante los meses precedentes, sopla generalmente del sur y del este, empieza á jirar hácia el norte y el oeste; ya trae aquellas molas de nubes densas que cubren constantemente el cielo y oscurecen el horizonte mientras duran las lluvias. El aire que antes era húmedo y estaba cargado de moléculas acuosas, se vuelve seco y elástico. Sin embargo, estos síntomas no son invariables. A veces está el cielo muy cargado, y las lluvias abundantes, acompañadas de relámpagos y truenos, recuerdan que el monzon del sudoeste no ha cesado aun de ejercer su influjo.

En noviembre el tiempo es delicioso. Una fresca brisa sopla vivamente del norte y á veces del oeste; el aire es seco; el cielo puro y despejado, sin que asome comunmente ni una nubecilla. Las noches son hermosísimas y acompañadas de rocíos abundantes. El termómetro varía entre los 15°. , 19 y 24°. de Reaumur; término medio 18°. 65, altura del barómetro 29, 98.

Con el mes de diciembre varia el tiempo considerablemente. Aunque el medio del dia sea hermosísimo, la puesta del sol está siempre rodeada de densas nubes que oscurecen el horizonte. Durante la noche se levantan densas nieblas á la superficie de la tierra y no desaparecen hasta la madrugada. Disipados por los primeros rayos del sol, se convierten en nubes que hacen el aire pesado. Sin embargo no se muestran estas nieblas todas las noches, y á veces pasa todo el mes sin que asome una sola. Durante algunas noches sucesivas, como en noviembre, el viento sopla constantemente del norte y del oeste; es un viento fresco, pero que nun-

ca para en tormentoso ni en calma. El termómetro varia entre los 10°. 65 y los 20°. 45 Reaumur; media 16°. 83; altura media del barómetro 30, 01.

El tiempo es á corta diferencia el mismo en enero; el ambiente es purísimo y el frio empieza á hacerse sentir vivamente á los indíjenas. Los vientos varian entre el norte y el noroeste. Las nieblas siguen siendo muy frecuentes y tan densas á veces, que no se ve á pocos pasos. Durante la mayor parte de las madrugadas cuando está espuesto al aire exterior se pone húmedo y se cubre de abundantes gotas de rocío; hasta en las noches serenas es el rocío muy abundante. El termómetro varia entre los 6°, 65 y los 19° Reaumur; media 16; altura media del barómetro 29, 99.

El tiempo es muy ameno hasta mediados de febrero; pero entónces vuelve á empezar el calor á medio dia. El viento pasa al sur y al este, asoman por el horizonte densas nubes; los truenos son frecuentes y todo anuncia la aproximacion de la temporada calurosa. El termómetro varia entre los 14°, 65 y los 22°, 22 Reaumur, media 19°, 10; altura media del barómetro 30, 3.

A veces sobrevienen á últimos de diciembre abundantes aguaceros; pero jeneralmente no suele caer una gota de agua durante toda la estacion fria. El influjo de esta estacion y del viento fresco del norte que reina en ella es muy favorable para los Europeos, postrados y enervados por el calor húmedo de los meses precedentes.

La estacion calurosa comienza con los primeros dias de marzo. El sol es fuerte, los dias son calurosos, hasta abrasadores; pero los vientos frescos y constantes que soplan entónces del sur impiden que este calor se haga demasiado pesado. No es extraño ver todavía nieblas á la madrugada, pero pronto se desvanecen para ir á juntarse con las densas masas de nubes que el viento trae del mar y que van á producir en breve tempestades. Estas van ordinariamente precedidas durante algunos dias de mañanas nubladas y de vien-



los recios. Durante una ó dos noches se oye el trueno retumbar á lo lejos, se sienten algunas ráfagas, mas no cae una gota de agua. En la tarde del dia en que ha de estallar la tormenta, el viento, que durante la mañana era muy recio, mengua perceptiblemente y acaba por ceder su lugar á una calma matante. El tiempo es pesado; las nubes se acumulan al noroeste en una mole profunda, densa, que roza penosamente la tierra. Los relámpagos, seguidos del mujir de los truenos, y que se van acercando mas y mas, anuncian la tempestad. Por fin, repentinamente interrumpe la calma el ímpetu del viento que levanta torbellinos de polvo que oscurecen el aire; luego, tras raudales de lluvia acompañados de truenos, el cielo se serena otra vez, y el aire se refresca. Estas tempestades suelen estallar por la puesta del sol, nunca antes de las seis de la tarde ni pasada media noche. El termómetro varia entre los 18°, 22 y los 24° Reaumur; media 20°, 88; altura media del barómetro 29, 86.

Suele ventear muchísimo en todo abril, y sopla tambien del sur. El cielo está á veces despejado, pero generalmente cargado de polvo y de densas nubes que se dirijen todas hácia el norte. A últimos del mes, el calor de las noches es matante. Hácia el 20, empieza á calentarse el viento y dura así hasta últimos de mayo. El termómetro varia entre los 20°, 45 y los 26°, 22 Reaumur, media 23°, 10; altura media del barómetro 29, 75.

Mayo es el mes mas desagradable del año. Al principio reinan vientos impetuosos, pero durante la mayor parte del mes se siente una calma matante. El calor de las noches sobre todo es intolerable. Poco ó ningun viento por la mañana, y el cielo está entoldado de densas nubes. Con el sol se levanta una escasa brisa del sur, se refresca durante el dia, mengua á la tarde y cesa con la noche. El aire es caliente, pero sin elasticidad; no se podria resistir sin las tempestades harto frecuentes que sobrevienen. En abril y mayo no se ve niebla. El termómetro varia entre

los 31°, 77 y los 27°, 11 Reaumur; media 24°; altura media del barómetro 29, 60.

A veces, aunque pocas, del 15 al 25 del mes, el horizonte se cubre de nubes negras y densas que llegan del sudeste, y cae mucha lluvia del norte algunos dias, y eso es lo que llaman la *pequeña lluvia*. Pero comunmente los calores siguen fuertísimos hasta primeros de junio; y entónces el trueno que se oye todas las noches, anuncia la aproximacion de las lluvias periódicas; las que principian del 14 al 18 de junio y continúan durante los cuatro meses siguientes. Al principio no son mas que temporales acompañados de truenos; pero en seguida sobrevienen dias de lluvia tan densa que atajan la vista del sol. Por maravilla duran estas fuertes lluvias mas allá de cuarenta y ocho horas sin interrupcion. Luego que ha comenzado la estacion lluviosa, la temperatura se refresca perceptiblemente. El ambiente purificado del polvo que lo oscurecia, adquiere una admirable transparencia durante los intervalos de las lluvias, y las noches suelen ser centellantes. Hay pocas variaciones en la temperatura atmosférica durante toda la estacion. El termómetro se mantiene todavía entre los 20° y los 25°, 77 Reaumur, media 21°, 77; altura media del barómetro, 29, 45.

La cantidad total de lluvia durante la estacion varia mucho segun los años. En Bengala se calcula que el término medio es de noventa pulgadas inglesas.

Madrás. — El clima del Carnatic es en general seco y caliente. La altura media del termómetro en Madrás se establece para todo el año entre los 17°, 77 y los 26°, 66 Reaumur; sin embargo, en mayo y junio se le ha visto subir hasta 29°, 32 y aun á 33°, 44 Reaumur. La estacion de los calores y de los vientos, durante los meses de mayo, junio y julio, es la mas saludable; la de las enfermedades es la de agosto á noviembre. Las enfermedades mas comunes son las calenturas, las disenterías y las hepatitis ó dolencias del hígado. Pe-

ro en el Derwar, ó pais de los Mahratas, hállanse reunidas en breve espacio diferencias de clima muy reparables. La parte occidental de este pais, el que se acerca á los Ghates, es una de las mas húmedas de la Península, al paso que la parte oriental es al contrario una de las mas secas. La cantidad media de lluvia que cae en esta última es solamente de veinte á veinte y seis pulgadas, y en un mes solamente puja la lluvia esta cantidad en la otra parte. La diferencia del jénero de vida de los habitantes de estas dos rejiones prueba la grande diferencia de su clima. En el oeste, los habitantes se encierran á menudo en sus aldeas durante semanas enteras, por la abundancia de las lluvias y las avenidas de las aguas que interrumpen toda comunicacion. Durante esta estacion, para la cual tienen que hacer sus abastos de antemano, sopena de exponerse á morir de hambre, los desdichados habitantes pasan el tiempo sentados al rededor de un hogar que llena de humo sus infelices viviendas. Si están forzados á aventurarse fuera, lo verifican envueltos en mantas y revestidos de una especie de sacco hecho de hoja de palmera. En el este, al contrario, es rarísimo que las lluvias impidan á los habitantes salir de sus casas, y tienen que guardarse, no del frio, sino del calor. Las aldeas del oeste se componen de casas bajas de techos puntiagudos que bajan hasta el suelo; la vejetacion es de una riqueza asombrosa, y las plantas trepadoras cubren á veces las casas. En el este todo asoma abrasado por el sol, los techos de las casas forman azoteas, y sus paredes, construidas de ladrillos cocidos al sol, se desplomarian con una de las lluvias que caen al otro lado de los Ghates.

De toda la presidencia de Madrás, las partes mas salubres son las dos mesetas de Mysore y de Haiderabad.

Bombay. — La nueva ciudad de Bombay, capital de la presidencia, está construida sobre una isla baja, pantanosa, y por consiguiente es muy insalubre. Puna, la antigua capital de los Mahratas y aun en el día

ciudad muy populosa, situada en el continente á treinta millas al este de los Ghates, y á unos dos mil y quinientos piés sobre el nivel del mar, es muy sana, comparada con Bombay. De ahí es que allí envían á los enfermos y dolientes de la presidencia. Allí murió el desgraciado viajero francés Jacquemont. En el Guzerate, que depende de la presidencia de Bombay, reinan los vientos de oeste durante la mayor parte del año. Los meses de mayo y junio son estremadamente calurosos. En diciembre y enero, los vientos pasan al este, y durante estos dos meses se ven á veces nieblas muy densas, que se renuevan todas las madrugadas durante semanas enteras.

CAPITULO II.

DE LOS INDOS EN TIEMPO DE MANU.

Hállanse ordinariamente entre todos los pueblos, hasta en los mas bárbaros, monumentos ó tradiciones que esplican la historia de su pasado y hasta que permiten reconstruirla; pero los pueblos de la India son los únicos que se esceptúan de esta regla; pues llegaron, desde los tiempos mas remotos, á un alto grado de civilizacion, sin haber producido ninguna historia que tenga un carácter auténtico.

Los fragmentos que de sus anales quedan están tan entreverados de fabulas y desfigurados por la mas desatinada cronolojía, que la investigacion mas sufrida no acierta á hallar un hilo para guiarla en medio de aquella maleza. No asoma en la historia de la India fecha cierta antes de la invasion de Alejandro; y hasta la conquista de los Musulmanes es en balde el tratar de enlazar en un órden nacional los acontecimientos de su historia anterior.

Y no obstante, al lado de esta penuria tan cabal en cuanto á los hechos, hay abundancia de noticias con respeto á las leyes, costumbres y religion. Y todo bien considerado, esto era lo mas importante para saber. Con efecto, si podemos conocer la condicion social de los Indos en una época remota y señalar al mis-

mo tiempo las diferencias que después se han producido, ¿no poseeremos ya por ventura los resultados que en el estudio de la historia se apetecen?

La religión de los Indos, sus ciencias y su filosofía están explicadas en parte en sus Vedas, colecciones de himnos y de plegarias antiguas, que según toda probabilidad, fueron reunidos en la forma en que nos llegaron en el siglo XIV antes de la era cristiana; tenemos además un cuadro completo de su estado social en el código de leyes que lleva el nombre de Manú, y que cuando menos ha de remontarse al siglo IX antes de Jesucristo.

Este código deberá ser por consiguiente el primer punto de partida de toda historia de los Indos.

§ I. De las castas.

El rasgo mas característico de la sociedad descrita por Manú es su división en cuatro clases ó *castas*: la sacerdotal, la militar, la industrial y la servil.

Las tres primeras, aunque no están colocadas entre sí bajo el pie de igualdad, poseen sin embargo cada una ciertas prerogativas que les son particulares; y son las que, hablando con propiedad, vienen á formar la sociedad para cuyo beneficio se establecieron las leyes y el gobierno. La cuarta casta, y las castas mezcladas que le son aun inferiores, no obtienen la atención del legislador sino como instrumentos de riqueza y de poderío para las castas superiores.

El hombre de la casta sacerdotal, el Bramin, es el jefe de todos los seres creados; el mundo, y cuanto encierra le pertenecen; á él deben los otros mortales el conservar la vida; con sus imprecaciones omnipotentes puede hacer perecer á un rey con sus tropas, sus elefantes, sus caballos y sus carros de guerra; hasta puede crear otros mundos; su poderío es tal que puede dar la vida á nuevos dioses. El Bramin ha de ser tratado con mayor respeto que un rey. Su vida y su persona están protegidas en este mundo por las leyes mas rigu-

rosas, y en el otro con la amenaza de los castigos mas tremendos. No se le puede aplicar la pena capital, ni aun para los mayores crímenes.

Dirán que esta elevación del Bramin sobre todas las demás criaturas ha debido hacer de él el soberano y hasta el tirano de la sociedad; mas no es así sin embargo. La vida que la ley le prescribe es una vida de estudios laboriosos, de retiro y austeridad.

El primer período de la vida del Bramin debe pasarlo como estudiando junto á un maestro, en la abstinencia y la humildad. Todas las fuerzas de su inteligencia deben dedicarse exclusivamente al estudio de los Vedas; no puede ocuparse en nada mundano. Debe obediencia pasiva á su maestro; el respeto y cariño del discípulo deben estenderse hasta en las personas de su familia. Debe desempeñar con él todos los afanes domésticos, y para vivir ha de mendigar de puerta en puerta.

Durante el segundo período de su vida, se casa, cria á su familia y cumple los deberes impuestos á los Bramines; leer y enseñar los Vedas, ofrecer sacrificios, derramar limosnas y recibir presentes. La mas honrosa de estas funciones es la enseñanza. Es muy digno de observar que á la inversa de las otras religiones en las que la dignidad sacerdotal saca sobre todo su lustre del servicio en los templos, el Bramin, al contrario, se degrada, si hace el oficio de ofrecer sacrificios. Le está rigurosamente vedado al Bramin recibir presentes de las jentes indignas y sobre todo de las que pertenecen á los últimas gradas de la escala social. No debe recibir sin necesidad; si se halla embarazado para vivir, puede mendigar, cultivar la tierra, y hasta en caso de estremada necesidad, hacer el comercio; pero le está absolutamente prohibido entrar á servir á nadie; la música, la caza, el baile, los juegos de azar le están terminantemente prohibidos. Debe abstenerse de todo placer de los sentidos y evitar todos los honores mundanos como evitaria el veneno. Sin embargo está exento del ayuno y de todas

las vanas observancias de la religion. Lo que le piden ante todo, es que su vida sea decente y embargada por los estudios que le están prescritos. Hasta su traje está pautado por la ley: «debe llevar el cabello y la barba cortada, un manto blanco y el cuerpo siempre en estado de pureza;» tales se ve aun en el día á los Bramines, apoyados en un largo baston, con un ejemplar de los Vedas debajo del brazo, y con anillos de oro en las orejas.

En la tercera parte de su vida, el Bramin debe hacerse anacoreta y pasarla en la soledad de las selvas, vestido de corteza de árbol ó de la piel de una antilope negra, dejándose crecer la cabellera y las uñas, durmiendo en el suelo, debe vivir «sin fuego, sin casa, en el silencio mas absoluto, sustentándose de frutas y raices.» Entónces debe mortificarse cruelmente, espouerse en cueros á la lluvia, llevar en invierno vestidos húmedos y en verano estar en medio de cinco fuegos bajo los abrasadores rayos del sol.

En el último período de su vida, el Bramin vive casi tan solitario y retirado como en el tercero. Pero entónces está exento de todas las observancias exteriores; cesaron sus mortificaciones, y la contemplacion le embarga esclusivamente. Su traje se parece entónces al de los Bramines ordinarios, y su abstinencia, aunque grande todavía, no es ya tan rigurosa. Ya no está precisado á mortificarse á sí mismo; imposible en medio de los acontecimientos de la vida, se absorbe deliciosamente en sus meditaciones sobre la divinidad hasta que por fin su alma se desprende de su cuerpo, «como el pájaro abandona la rama.»

Así pues, durante toda su existencia el Bramin vive completamente separado del mundo; pero al tratar de penetrar los misterios de este código singular, se ve que toda esta regla de vida está descrita ó segun las tradiciones engalanadas de lo pasado, ó segun un ideal que las necesidades positivas de la vida y de las sociedades humanas han obligado á completar por medio de modifica-

ciones importantes que acercan á los Bramines á las condiciones ordinarias de este mundo, y les confieren sobre todo una parte esencial del poder.

Así es que el rey debe tener un Bramin como íntimo consejero. Los Bramines son quienes deben instruirle, enseñarle las reglas de la política y de la justicia. Toda la autoridad judicial, escepto lo que el rey ejerce en persona, está en manos de los Bramines; y si el estudio de los textos sagrados no está vedado á las dos clases que les siguen, con todo eso el sentido de la ley solo puede quedar establecido por la autoridad de los Bramines. Con efecto, el código pone en sus manos todo el poder judicial.

Los intereses pecuniarios de la clase sacerdotal no están menos protegidos. La liberalidad para con los Bramines está recomendada como una virtud, es el deber particular del rey. Los sacrificios, las oblaciones y todas las ceremonias de la religion traen presentes á los Bramines, y estos presentes deben ser magníficos. «Los órganos de los sentidos y de la accion, dice un artículo del código, la reputacion en esta vida y la dicha en la otra, la misma vida, los hijos, los rebaños, todo queda arruinado por un sacrificio que termina con mezquinos presentes ofrecidos á los Bramines.» Rescátanse muchos delitos por multas que se pagan á la clase sacerdotal. Si un Bramin halla un tesoro, lo guarda para sí solo, al paso que si el tesoro cae en poder de otra persona, pertenece por mitad al rey y á los Bramines. A falta de herederos, las propiedades recaen en el rey, menos las de los Bramines, que se los reparten entónces entre las personas de su casta. Un Bramin sabio está exento de todo impuesto, y si es pobre, el rey ha de cuidar de su subsistencia.

La casta militar, la de los Kehatrias, aunque muy inferior á los Bramines, goza sin embargo de grandes privilegios. La ley dice «que la casta sacerdotal no puede prosperar sin la militar, ni la militar sin la otra, y que la dicha de entrambas en



L. M. B. B. B.

Vishnou avec Lakshmi sur le serpent Ananta et Brahma sortant sur une fleur de Lotus, du nombril de Vishnou.
 Vishnou con Lakshmi sobre la Serpiente Ananta y Brahma saliendo sobre una Flor de Lotp, del ombligo de Vishnou.

este mundo depende de su union.»

La casta militar goza, aunque en menor grado con respecto á los Veycias, de los mismos privilegios que los Bramines poseen sobre las otras castas. El rey es de la casta militar, así como probablemente tambien sus ministros ordinarios. El mando de los ejércitos, así como todos los puestos donde hay que ejercer algun mando, pertenecen á los Kchatryas por derecho de nacimiento. Es un hecho muy reparable que en las leyes establecidas por ellos mismos los Bramines, escepto por lo tocante á la administracion de justicia, se hayan negado toda participacion al poder ejecutivo.

Los deberes impuestos á la casta militar son defender al pueblo, deramar limosnas, sacrificar, leer los Vedas y no entregarse á los placeres de los sentidos.

La jerarquía social de los Veycias ó miembros de la tercera casta no es muy elevada. Además de los sacrificios, las larguezas y la lectura de los Vedas que les están encomendados, los Veycias tienen el encargo de criar ganado, de hacer el comercio, de prestar á interés y de cultivar la tierra.

Los conocimientos prácticos que se exigen de los Veycias son mas estensos que los que se exigen á las otras clases; por cuanto, además de la labranza y de la cria del ganado, deben conocer tambien las producciones y necesidades de los otros paises, los diversos dialectos de los hombres, y todo lo relativo á la venta ó compra de mercancías.

El deber de un Sudra es, dice brevemente el código, servir á las otras castas, y particularmente á los Bramines. Si no puede hallar empleo junto á una persona de las clases superiores, le es lícito ganarse el sustento alquilándose de peon, carpintero, albañil, pintor, escribiente etc. Un Sudra puede cumplir los deberes religiosos, pero debe omitir los textos santos que los acompañan. Un Bramin no puede leer los Vedas, ni aun con la vista, en presencia de un Sudra. El enseñarle la ley, el enseñarle el modo de espiar sus pecados

es para el Bramin un crimen que le conduce al infierno Asamvrita. No hay ninguna otra falta de la cual la ley exhorte á los Bramines á guardarse mas que de la de recibir los presentes de los Sudras. Un Bramin, en la necesidad, puede aceptar grano de un Sudra, pero en ninguna circunstancia puede comer un manjar preparado por un Sudra. Las jentes de esta clase deben sustentarse con los residuos de sus amos y vestirse con sus vestidos viejos. No pueden acumular riquezas, ni aun por medios honestos, para que, segun dice la ley, no se ensoberbezcan y no causen pesadumbre á los Bramines.

Si un Sudra insulta de palabra á un hombre de las clases superiores, le deben cortar la lengua. Si se sienta en el mismo asiento que un Bramin, la parte de su cuerpo que mas particularmente ha cometido el crimen se ha de quemar con un hierro rojo. Si se arroja á amonestar á un Bramin sobre sus deberes religiosos, manda la ley que le viertan aceite hirviendo en la boca y en las orejas.

El nombre de Sudra, dice además la ley, es la espresion del menosprecio, y la multa impuesta por la muerte de un hombre de esta clase no es mayor que aquella en que incurre el que ha muerto un gato, un sapo, un perro ó un lagarto.

Si mas que evidente resulta ser el envilecimiento de los Sudras, arduo se hace el decir cual es su estado civil. Los Sudras están designados generalmente con el nombre de *casta servil*, y se declara que, aun manumitido por su amo, no puede el Sudra desprenderse de los lazos del estado servil; «por cuanto, dice espresamente la ley, ¿quién podria eximirle de un estado que le es natural?»

Sin embargo no resulta esplicitamente del texto del código que el Sudra sea y debe ser siempre el esclavo pendiente de un individuo; al contrario, puede ofrecer sus servicios al que mejor le parezca, y hasta ejercer oficios por su cuenta particular. Nada por otra parte autoriza á creer que sean los Sudras esclavos

del estado; pues se ve que la emigración, vedada severamente á las demás clases, les es permitida. Pueden poseer, derecho vedado á los esclavos; sus personas están protegidas hasta contra sus amos, quienes no pueden corregirles sino en el modo prescrito por la ley. Los castigos que la ley les aplica son aplicables tambien á la mujer por su marido, á los hijos por su padre, al discípulo por su maestro, al hermano menor por el mayor. Es incontestable que hubo Sudras esclavos; pero tambien razones hay para creer que los hombres de las otras castas podian asimismo quedar reducidos á la servidumbre.

La condicion de los Sudras debia pues ser en realidad mucho mejor que la de los esclavos en las mas de las repúblicas antiguas, mejor quizá que la de los siervos de la edad media.

Aunque fuese tan marcada la línea de demarcación entre todas las castas, no parece sin embargo que en el origen se hubiesen tomado tantos afanes para impedir la mezcla como lo han hecho despues. Parece que movió al lejislador mas bien el anhelo de proteger el honor de las mujeres que el de asegurar la pureza de la descendencia.

Los hombres de las tres primeras castas son libres de escojer sus mujeres en las castas inferiores, con tal que no les den el primer lugar en su familia. Está vedado casarse con una mujer de casta superior; el adulterio se castiga con las penas mas rigurosas, y el niño que de él haya nacido está condenado al último grado de envilecimiento. El hijo lejítimo de un Bramin y de una mujer Kchatria está colocado por la ley en una situación intermedia entre su padre y su madre; y las hijas habidas de este enlace, si durante siete generaciones consecutivas se casan con Bramines, hacen subir otra vez á sus hijos á la casta sacerdotal; pero el hijo de un Sudra y de una mujer de origen bramánico es un «*Tchadata*», el mas vil de los mortales, y su union con las mujeres de las castas superiores produciría una raza mas vil todavia que la de su padre.»

Parece que desde el tiempo de Manú los hombres de las diversas castas escrupulizaban comer juntos; y con todo no se halla en la ley ningun texto positivo que lo prohiba excepto para los Sudras; y aun es esto una falta que un Bramin puede espiar fácilmente. Hoy dia las preocupaciones sobre este punto están mas arraigadas que nunca; pues se trata nada menos que de perder los privilegios de casta. En otro tiempo no se perdian sino por algun crimen.

Es muy reparable que en las cuatro castas no se haya señalado ningun lugar á los artesanos. Verdad es que los Sudras pueden ejercer ciertos oficios mecánicos; mas no se ve que estos oficios sean la ley de ninguna clase en particular. Segun ciertos pasos del capítulo diez del libro de Manú, parecería que los artesanos pertenecian, como sucede en el dia, á las castas mezcladas. Sin embargo parece que podemos presumir que la division de las castas se hizo en una época en que la industria se hallaba muy poco adelantada para que se especificasen los oficios.

§ II. Del gobierno.

El gobierno de la sociedad pertenecía á un príncipe absoluto. Ninguna autoridad humana podia censurar su conducta; pero aunque en un paraje se conmine un castigo y una multa en otro, no se echa de ver sin embargo que la ley haya afianzado por ningun medio la aplicación de estas penas. Sus consejos y los jefes militares, que de él dependen, parece que no tuvieron mas autoridad que la que él mismo queria concederles. No obstante es cierto que debia estar sujeto á las leyes, que se suponian señaladas por la misma divinidad, y el influjo preponderante de los Bramines debia afianzar el poder de las mismas.

«El objeto de la institución del rey es, dice el código, impedir la violencia y castigar á los malhechores.

«El castigo está en vela cuando las guardias duermen.

«Si el rey no castigase á los delinquentes, el prepotente asaria al des-

valido como el pescador asa el pez en las parrillas.

«La propiedad no pertenecería ya á nadie, y los pequeños derribarian á los grandes.»

Los deberes del rey están definidos así en términos jenerales: «Velar por la administracion de la justicia en su reino, castigar al enemigo extranjero con rigor, obrar sinceramente con sus amigos y mostrarse caritativo con los Bramines. Debe escuchar respetuosamente sus lecciones, para aprender á portarse con modestia, para hacerse instruir en la justicia, la política, la metafísica y la teología. Debe resistir á los placeres, moderar sus pasiones y evitar la molición.»

El gobierno del rey se compone en primer lugar de siete consejeros (tomados, segun toda probabilidad, en la casta militar); y debe tener á su lado un Bramin instruido, descolante sobre todos los demás, y á quien da toda su confianza. Entre sus otros oficiales, hay uno que se llama el «embajador,» y que ejerce realmente las funciones de ministro de negocios extranjeros. Este personaje ha de ser, como todos los demás, de noble nacimiento, atesorar sumo talento, y sobre todo gran sagacidad y penetración. Ha de ser honrado, popular, hábil en los negocios, instruido en la historia, buen mozo, elocuente, y enterado de lo que pasa en los otros reinos.

El ejército está mandado por un jeneral en jefe. La aplicacion de las penas, está arreglada por el ministro de justicia; la hacienda y el pais están administrados por el mismo rey; el embajador ordena la paz ó la guerra.

La administracion interior está confiada á una jerarquía de empleados civiles, compuesta de jefes de ciudades ó aldeas, de jefes de diez, de ciento, y de mil ciudades. Todos son nombrados por el rey, y cada cual ha de consultar los negocios con su superior inmediato.

El sueldo del jefe de una ciudad se paga sobre los impuestos en especie, que el rey tiene el derecho de pedir á la misma ciudad; el jefe

de diez ciudades tiene dos jornales de tierra, esto es, dos veces lo que un hombre puede arar en un dia; el jefe de cien ciudades tiene una aldea y el jefe de mil ciudades una ciudad entera.

Estos oficiales están bajo la vijilancia de inspectores revestidos de suma autoridad y debe haber uno en cada ciudad grande; y á ellos hay que dirigirse para reprimir los abusos de poder, á los que los jefes de distrito, segun se espresa la ley, están harto propensos á dejarse llevar.

El reino se divide tambien en divisiones militares, cada una de las cuales mantiene un cuerpo de tropas. Las circunscripciones territoriales de estas divisiones no corresponden necesariamente con las de las autoridades civiles.

Las rentas del estado se componen de un impuesto sobre los productos de la agricultura, de contribuciones sobre el comercio, de una leve contribucion anual sobre los mercaderes al pormenor, y de un jornal al mes para los artesanos.

Los mercaderes deben ser impuestos segun el precio de compra de sus mercancías, sus gastos de viaje y de transporte, y en fin, segun sus beneficios presentes.

He aquí la escala del impuesto: sobre el ganado, las perlas, el oro y la plata que anualmente se agreguen al capital del contribuyente, un décimoquinto; en tiempo de guerra ó invasion, puede pedirse el duodécimo.

Sobre el grano unduodécimo, un octavo, un sexto, segun el suelo y la cantidad de trabajo necesario para cultivarlo. En caso necesario el gobierno puede exigir la cuarta parte.

Sobre el aumento anual de los árboles, sobre la carne, la miel, los aromas y algunos otros productos de la naturaleza ó del trabajo del hombre, un sexto.

El rey tiene derecho asimismo á veinte por ciento sobre el beneficio limpio de todas las ventas; hereda de los que mueren sin herederos; tiene derecho á toda propiedad que no tiene dueño lejítimo, pero solo

tres años despues de haber mandado pregonar que no tiene dueño. Tambien tiene derecho á la mitad de todas las minas.

El rey ha de fijar su capital en una provincia fértil de su reino, pero de difícil acceso, y cuyos contornos no puedan alimentar á una hueste invasora. La fortaleza donde resida ha de estar siempre bien guardada y provista de una guarnicion crecida. En el centro debe levantarse su palacio, de fácil defensa, bien construido, brillante, rodeado de aguas y de árboles.

En seguida debe elejir una reina descollante por su nacimiento y su hermosura, y nombrar un sacerdote encargado de las ceremonias religiosas en el interior de su palacio.

Se levanta á la última velada de la noche, y despues de haber ofrecido los sacrificios, tiene su corte en un salon espléndido, recibe á sus súbditos y los despide con palabras halagüeñas. Hecho esto reúne su consejo sobre una montaña, ó en una azotea, á la sombra de hermosos árboles, en un sitio seguro contra los espías, y del cual mandará alejar con cuidado á las mujeres y á las aves parladoras. Concluido el consejo se entrega á algunos ejercicios guerreros, se baña, y vuelve para comer á su aposento privado. Esta hora del dia se dedica á su familia, á recapacitar sobre la eleccion de los empleados que ha de nombrar. Entónces se ocupa en su retiro del personal de su gobierno.

Despues de comer, pasa revista á sus tropas, recibe los partes de sus emisarios, se permite algun solaz, y por fin se retira para cenar en el mas reservado de sus apartamentos, donde escucha la música un rato antes de dormirse.

Empañan este cuadro los consejos que se le dan para que vele por su seguridad personal. Se le recomienda que haga preparar sus maujares por personas de fidelidad incontrastable, y que tenga siempre dispuestos sobre la mesa antidotos contra el veneno. Cuando recibe á sus emisarios, ha de estar siempre armado. Debe hacer registrar á todas las per-

sonas de su servidumbre hasta á las mujeres; y así en su palacio como fuera de él, ha de estar siempre alerta contra las tentativas de sus enemigos.

La política y la guerra ocupan muchísimos capítulos del libro sagrado. Su lectura seria interesante, aun cuando no fuese mas que por las pruebas que dan de un hecho importante, á saber, la division de la India, en aquella época remota, entre varios estados independientes.

Un gobierno puede obrar de cuatro modos contra sus enemigos, deramar los presentes; sembrar la discordia en medio de ellos; negociar, ó vencer por la fuerza de las armas. El sabio, dice el lejislador, prefiere los dos últimos.

El rey ha de mirar siempre á sus vecinos inmediatos y á sus aliados como enemigos. Los reinos situados mas allá de estos enemigos naturales deben ser tratados como amigos. Por lo que hace á los estados mas lejanos, deben considerarse como neutrales. Dase repetidamente al rey un consejo muy reparable, y es que evite, hasta en sus mayores apuros, el recurrir á la proteccion de un príncipe mas poderoso que él. « Aunque reducido al último extremo, es siempre menos peligroso el hacer, aunque débil, una guerra animosa. »

Los espías hacen gran papel en la política estranjera y en las guerras; se dan los consejos mas precisos sobre la especie de jentes de que se debe echar mano. Es forzoso servirse, y todavia se observa ahora mismo esta regla en la India, « de ermitaños degradados de su santo estado, de negociantes apurados en su comercio, de penitentes falsos. »

Las leyes del arte militar son sencillísimas. Es de creer que redactadas por los Bramines, no pueden dar ninguna idea del talento guerrero de que los Indos han dado y siguen dando todavia pruebas muy reparables.

El rey ha de poner su hueste en movimiento cuando todavia está en pié la cosecha de la primavera ó la del otoño, y marchar inmediatamente sobre la capital del enemigo.

Componíanse los ejércitos de caballería é infantería, sus armas principales eran sin duda, el arco, el sable y el broquel. En todo tiempo se han empleado los elefantes en la guerra. Los carros armados reemplazaban probablemente nuestra artillería. El rey ha de reclutar sus tropas con especialidad en el norte del Indostan, donde aun en el día se hallan los mejores soldados; debe darles el ejemplo del valor, y antes de la accion, alentarles con cortas y enérgicas alocuciones.

Las presas pertenecen á los que las hicieron; mas cuando no son el premio del valor individual, se reparten entre las tropas.

Las leyes de la guerra son humanas. Se prohiben las flechas emponzoñadas, con figura de sierra é incendiarias; hay muchísimos casos en que no es lícito matar al enemigo; debe respetarse á los hombrés sin armas, heridos y desarmados, al que grita misericordia y dice: «soy tu prisionero.» Todavía hay órdenes mas jenerosas; el hombre á caballo ó en un carro de guerra no debe matar al infante; está prohibido atacar á aquel á quien la fatiga le ha obligado á tenderse por el suelo, al que duerme, ó huye, ó que pelea con otro.

La conquista tambien está sujeta á condiciones liberales. Debe asegurarse á todo el mundo seguridad inmediata, deben respetarse la religion y las leyes del país; y tan pronto como queda consumada la conquista, debe colocarse en el trono á un príncipe de la sangre de la familia real que fué vencida, y que viene á ser vasallo del vencedor.

Las leyes de la sucesion no están muy terminantes; pero parece, por un paso, que el príncipe (como todavía es costumbre entre los príncipes indos) nombraba heredero suyo al hijo á quien creia mas capaz de sucederle.

§ III. *Administracion de justicia.*

La justicia es administrada por el rey en persona, asistido de Bramines y otros consejeros; pero tambien puede deferir esta funcion á un Bra-

min, asistido de tres personas de la misma casta.

El rey ó juez, al oir las causas debe observar muy particularmente los modales los jestos y el modo de hablar de las partes y de los testigos.

Debe conformarse con los usos locales de los distritos, con los usos de las familias, con los de los comerciantes, y debe en cuanto quepa seguir los precedentes establecidos por los antiguos jueces.

Ni él ni sus empleados deben alentar la manía de pleitear, aunque deben emplear toda su diligencia para dar curso á una accion regularmente entablada.

Se manda á los jueces no darse por ofendidos del lenguaje jeneralmente apasionado de los litigantes y de los ancianos y dolientes que á ellos se dirijen.

Por último nunca han de anular un fallo dado á tenor de la ley.

La justicia criminal de los Indos es severísima, y entre todas sus instituciones es quizás la que menos habla á su favor; sin embargo no es sanguinaria sino cuando está influida por la supersticion y las preocupaciones de casta. La mutilacion, sobre todo la de la mano, es un castigo que se halla ordenado en todos los usos judiciales del Asia; sin embargo debemos decir en elojio de los Indos que no conocieron al parecer el tormento de los acusados.

La ley civil es muy superior á la ley criminal, y mucho mas nacional de lo que seria de creer, atendido el tiempo en que fué escrita.

Empieza por establecer los casos en que no debe oírse la instancia del demandante, y aquellos en que el juez puede fallar en rebeldía.

Si hay que examinar á fondo la cuestion, empieza el juez por examinar á los testigos; á los cuales se les ha de oír de pié, en medio de la sala de audiencia y en presencia de las partes. Antes de preguntarles, el juez debe hacerles una breve exhortacion y prevenirles los peligros á que con un falso testimonio se espondrían. Si no hay testigos, el juez recibe los juramentos de las partes, y oido el asunto, da su fallo.

El acreedor está autorizado por la ley, aun antes de dirigirse al tribunal á hacerse pagar por todos los medios empezando hasta cierto punto la fuerza material. Aun en el día, en algunas partes de la India, es harto frecuente el ver á un acreedor encarcelar en su propia casa á su deudor, y tenerle en ella hasta que paga.

El interés legal del dinero es de dos por ciento al mes para un Bramin, y de cinco por ciento para un Sudra.

Los contratos fraudulentos ó que obligan á las partes contra la ley son nulos de derecho. Un contrato hecho por un esclavo para alimentar á la familia de su amo ausente es obligatorio para este.

La venta de un objeto por el que no es su dueño es nula, a menos de haberse hecho en el mercado público: en este caso, es válida, si el comprador puede producir al vendedor; no siendo así, el propietario legítimo tiene derecho de readquirir su propiedad pagando la mitad de su valor.

Un ajuste puede ser invalidado por una de las dos partes dentro de los diez días que siguen á la conclusión, mas no despues.

Una niña puede casarse á ocho años y aun antes. Si su padre no la casa á los tres años que siguen á su nubilidad, toda muchacha tiene el derecho de elegir ella misma su marido.

Los hombres pueden casarse con mujeres de clases inferiores á la suya; mas no con superiores. Nadie puede casarse con una mujer que sea su parienta hasta el sexto grado, ni con otra que lleve el mismo apellido que él; por cuanto supone la ley que deben de ser de la misma raza.

El casamiento entre personas de la misma casta se consagra juntando las manos; una mujer Kchatrya que se casa con un Bramin debe tener un arco en la mano; una Veysia un látigo; una Sudra el faldon de una manta.

El casamiento es indisoluble y

las partes deben ser fieles una á otra.

Un marido puede volverse á casar tras la muerte de su mujer; pero el casamiento de las viudas está reprobado, si no prohibido.

Por lo jeneral, parece que un hombre puede casarse solamente con una mujer; decimos parece por cuanto la ley no se esplica positivamente sobre este punto, pero ciertas prescripciones que contiene deben hacerlo presumir. Así pues una mujer que ha sido estéril por espacio de ocho años, ó la que no ha dado hijo varon á su marido en el espacio de once años, puede ser reemplazada por otra esposa; las mujeres dadas á la embriaguez ó á otro cualquier vicio, las maliciosas, pueden asimismo ser reemplazadas. Excepciones son estas que deben confirmar la regla.

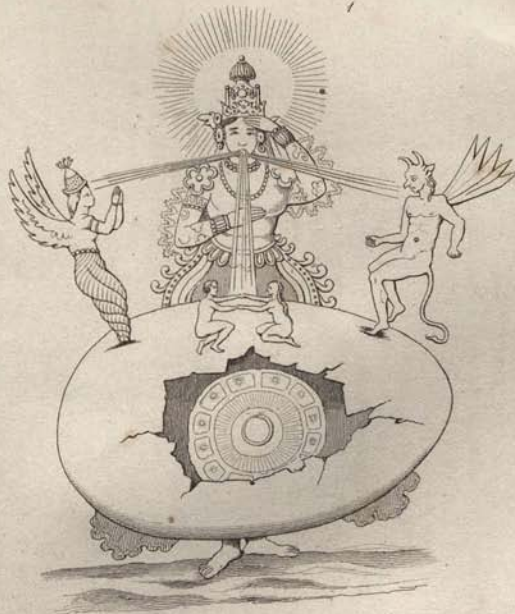
El marido que parte para un viaje debe dejar á su mujer los medios de subsistir durante su ausencia.

La mujer ha de aguardar á su marido ausente, por espacio de ocho años, si se alejó para cumplir deberes religiosos; el espacio de seis años, si está ausente para instruirse ó granjear nombradía; el espacio de tres, si partió para su recreo ó diversion.

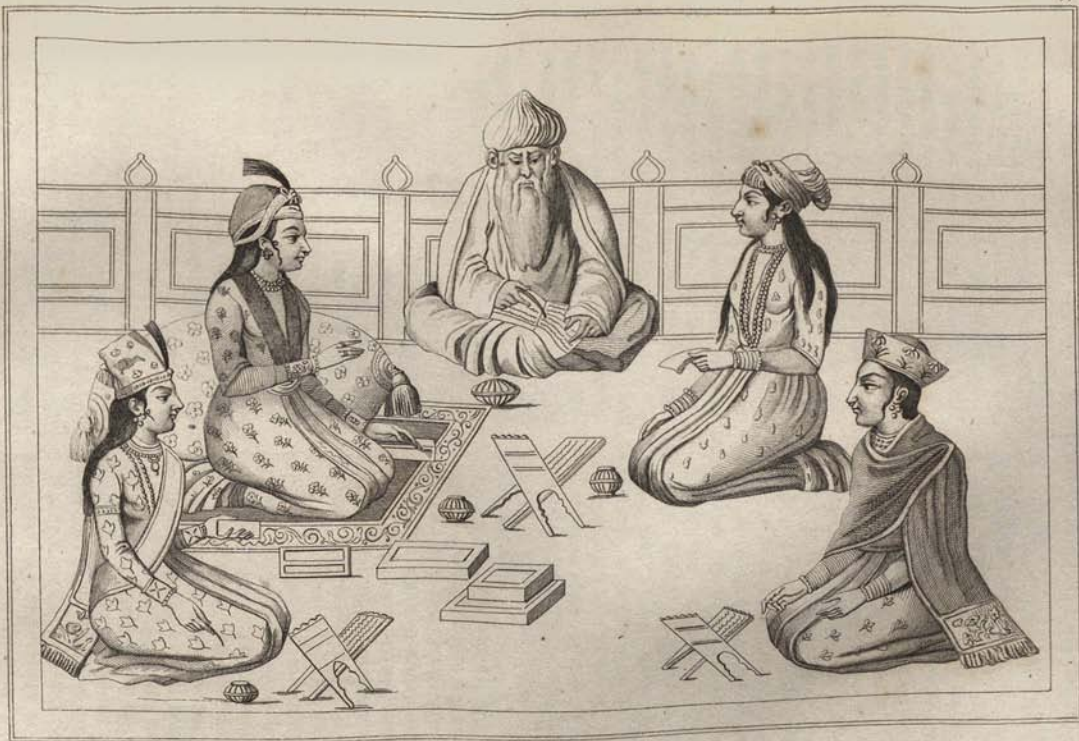
Los herederos naturales de un hombre son sus hijos ó los hijos de estos, y á falta de estos, los hijos de sus hijas.

A falta de estos hijos, hereda el hijo adoptivo. El hijo adoptivo pierde su derecho á la herencia de su padre natural, y conserva siempre derecho al sexto de los bienes de su padre adoptivo, aun cuando este tuviere hijos despues de la adopción.

A falta de estos herederos siguen diez especies de hijos que solo pueden haber imaginado los Indos; para quienes la necesidad de tener un descendiente que cumpla las ceremonias religiosas sobre el sepulcro de los difuntos es una consideracion superior á todas las demás. Entre estos hijos cuentan al que nació de la esposa de un hombre ó de un padre desconocido durante la ausencia del



1. Pradhapati. Type symbolique de la creation, Brahmanique. 2. Prakriti. Type de la triple faculte divine, Creat. Conserv. Destruct.
 3. Image symbolique du Trimourti. 4. Autre Emblème du Trimourti. 5. Symbole de la Sagesse adorant la toute puissance creatrice.
 1. Pradhapati. Tipo simbolico de la creacion Brámanica. 2. Prakriti. Tipo de la triple facultad divina, Criad. Conserv. Destruct. 3. Imágen simbólica del Trimourti. 4. Otro Emblema del Trimourti. 5. Símbolo de la Sabiduría adorando la Omnipotencia criadora.



L'orient desiré

Instruction religieuse. (Manuscrit B. R. 10)
 Instrucción religiosa.

marido, al hijo de que estaba en cinta una mujer sin que lo supiese su marido cuando con ella se casó; al hijo ilegítimo nacido de la hija y de un hombre con quien despues se casare; al hijo nacido de una mujer casada que abandonó el domicilio conyugal; al hijo de una viuda, etc.

A falta de hijos vienen los hijos de los hermanos, que hasta tienen el derecho legal de hacerse adoptar con exclusion de todos los demás. A falta de hijos, nietos, hijos adoptivos y sobrinos, vienen los padres, luego los hermanos, los abuelos y demás parientes, luego el maestro, el condiscípulo, el discípulo, y finalmente los Bramines y el rey.

El padre puede distribuir en vida sus bienes á sus hijos. No dice la ley en qué proporciones, y tampoco habla nunca de testamento.

A la muerte de un hombre, sus hijos pueden seguir viviendo en familia ó partirse sus bienes. Si permanecen juntos, el hermano mayor se apodera de la fortuna, y sus hermanos viven bajo su autoridad como si fuera su padre, y todas las adquisiciones que pueden ir haciendo aumentan la fortuna comun.

Si se dividen los bienes, un vigésimo pertenece por privilegio al primojénito; un octojésimo al mas joven, un cuadrajésimo á los hermanos entre el mayor y el menor; y lo restante se divide por partes iguales entre todos los hijos. Las hijas solteras están al cargo de sus hermanos. Nada reciben de la fortuna paterna; pero parten con igualdad con sus hermanos la fortuna de su madre.

Esta igualdad entre los hijos subsiste solamente en caso de nacimiento igual; no siendo así, el hijo de una Bramina tiene cuatro partes; el de una Kchatrya tres partes; el de una Veysia dos; el de una Sudra una. Esta sola parte, ó á lo mas un décimo, es cuanto puede caberle al hijo de una madre Sudra, aun cuando no hubiere otros hijos.

Los eunucos, las jentes de castas mezcladas, los ciegos, los jorobados, los sordos, los que perdieron el uso de un miembro, los locos,

los idiotas, están escluidos de la sucesion, pero están al cargo de los herederos. Sin embargo pueden heredar los hijos de esclavas.

§. IV. De la religion.

La religion enseñada en el libro de María saca su origen de los Vedas.

Hay cuatro Vedas, aunque el cuarto es desechado por el mayor número de los Indos instruidos. Cada Veda se compone de dos ó tres partes. La primera comprende himnos y oraciones; la segunda preceptos religiosos y controversias de teología. Algunas de estas controversias van á veces comprendidas en la segunda parte, y otras están separadas; en este caso, forman la parte tercera.

Los Vedas no son parto de un solo autor. Cada uno de ellos fué compuesto por varias personas, cuyos nombres, sobretudo en los himnos, acompañan á sus producciones. Escribiéronse pues en épocas diversas; y se reunieron en la forma en que los conocemos en el siglo XIV antes de Jesucristo.

Están escritos en antiguo estilo: sanscrit, tan diferente del que se usa en el dia, que solo los Bramines mas instruidos pueden ahora comprenderlos. Solo una pequeníssima parte ha sido traducida; y aunque nos haya dado un resumen de su contenido un autor cuyo talento debe inspirar toda garantía, es de desear no obstante que los trabajos de los doctos llenen luego esta laguna.

La doctrina fundamental de los Vedas es la unidad de Dios. «No hay verdaderamente, dicen algunos pasajes del texto sagrado; no hay en verdad mas que un solo Dios, el Espíritu Supremo, el Señor del universo, y cuya obra es el universo.»

Entre las criaturas del Sér Supremo, las hay superiores al hombre, que deben ser adoradas, y cuyos favores y proteccion deben solicitarse por medio de oraciones. Los que mas se nombran entre estos seres son los dioses de los elementos, de las estrellas, de los planetas. Las tres principales manifestaciones de la Divinidad (Brama, Vishnu y Siva), otros atributos personificados de la mayor

parte de los dioses de la mitología india son nombrados ó indicados en los Vedas; pero el culto de los héroes endiosados no hace parte del sistema.

Por maravilla se nombra á Brama, Vishnu y Siva; no gozan de ninguna preeminencia, y no son el objeto de ninguna adoracion especial. Mr. Colebrooke no ha descubierto ningun pasaje que trate de sus encarnaciones.

Así pues, si Manú ha conservado la idea de la unidad de Dios, sus teorías sobre la naturaleza y los actos de la Divinidad son ya diferentes del orijinal donde bebió. Véase esto sobre todo en el modo con que esplica la creacion del mundo. Hay pasos en los Vedas que declaran que «Dios es la causa natural, así como eficiente, del universo; el alfarero que fabricó el vaso, y la materia empleada por el alfarero.» Sin embargo los Indos mas ilustrados creen que estos textos tan positivos no deben tomarse al pié de la letra, y que no hacen mas que indicar el orijen de todas las cosas producidas por la misma causa primera. Los institutos, al contrario, consideran al parecer el universo como formado de la sustancia del Criador, y admiten la eternidad de la materia como parte de la sustancia divina. Segun Manú «la causa existente por sí misma, inapreciable á los sentidos, pero creando este mundo sensible de los cinco elementos y de los otros principios, se ha manifestado en toda su gloria disipando las tinieblas.

«Habiendo resuelto producir los diversos seres de su propia sustancia divina, creó desde luego, por un impulso de su pensamiento, las aguas, poniendo en ellas un jérmen productivo.

«De este jérmen salió el huevo del mundo en el cual nació el mismo Sér Supremo, bajo la forma de Brama.

«Así mismo, bajo la forma de Brama produjo los cielos y la tierra y el alma humana; dió á todas las criaturas nombres distintos y obras diferentes que hacer.

«Asimismo creó las divinidades

con atributos diversos y almas puras, y los jenios inferiores.»

Toda esta creacion dura un cierto periodo. En espirando, se retira la fuerza divina; Brama queda absorbido en la esencia suprema, todo el sistema se desvanece.

Estas estinciones de creacion, á las que corresponden épocas de renacimiento, vuelven periódicamente á plazos prodijiosamente largos.

Las divinidades inferiores son los representantes, ó elementos, ó cuerpos celestes, ó ideas abstractas. Indra es el Dios del aire, Agni del fuego, Varani del agua, Prithiva de la tierra, Surya del sol, Chandra de la luna, Dherma de la justicia, Dhanuanta de la medicina. No se habla en los Vedas de ninguno de los héroes endiosados que hacen hoy día tan gran papel en el panteon indiano, tales como Rama, Crishna, etc.

Distintos de los dioses, hay jenios buenos y malos, colocados en la enumeracion de la creacion mas bien entre los animales que entre las divinidades. «Jenios benéficos, fieros gigantes, salvajes sedientos de sangre, cantores celestiales, ninfas y demonios, culebras horribles, aves de alas inmensas, cuadrillas de *pitrís* ó padres del jénero humano.»

El hombre está dotado de dos espíritus interiores; el alma vital, que anima al cuerpo, y el alma racional, asiento de las pasiones y de las prendas buenas ó malas. Estas dos almas, existencias independientes, están unidas en la divina esencia, que penetra á todos los seres.

El alma vital es quien espía los pecados de los hombres; segun sus faltas, está sujeta á tormentos mas ó menos largos, despues transmigra á cuerpos de hombres, de animales, y hasta á las plantas. Su nuevo destino es tanto mas infimo cuanto mayores han sido sus pecados, y esta transmigracion dura hasta que en fin, purificada por los padecimientos y humillaciones, merece ser absorbida en la existencia suprema.

Dios dotó al hombre, al crearle, de la conciencia, monitor interno, y estableció una diferencia comple-



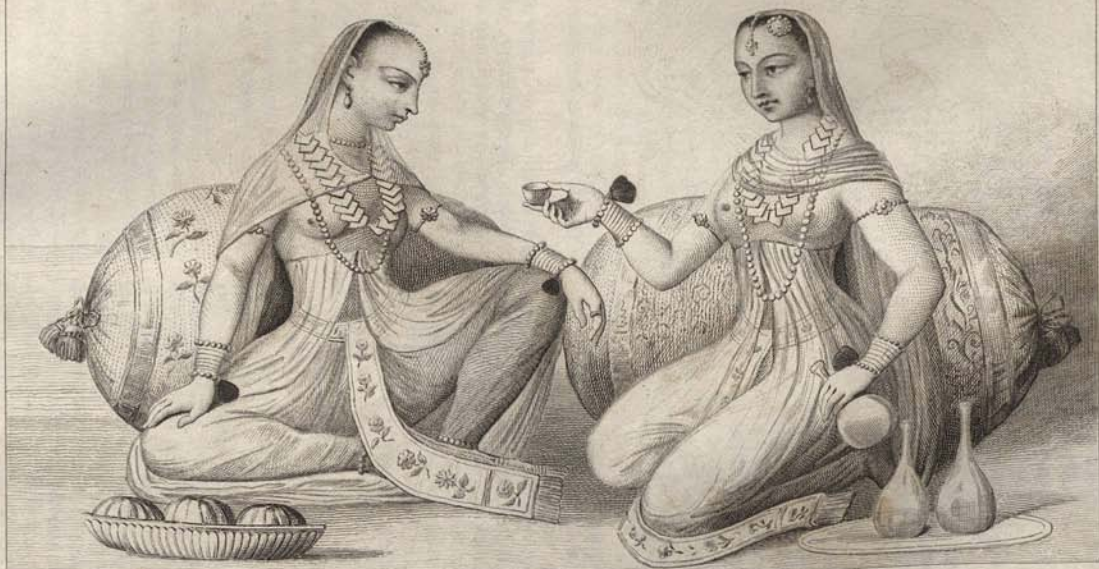
L'original de droite.

1. *Brahm.* 2. *Brahm-maia.*

3. *Brahm-sakti.* 4. *Om. (ou AUM)*

1. *Brahm.* 2. *Brahm-maia.*

3. *Brahm-sakti.* 4. *Om. (ou AUM)*



L'orientale d'après

Femmes de l'Indostan. (d'après Manucci.)

Mujeres del Indostan. (Segun Manucci)

ta entre el bien y el mal, como entre el placer y el dolor, etc.»

La parte práctica de la religion puede dividirse en moral y en observancias rituales.

Hay que cumplir ceremonias religiosas durante el embarazo de la madre, al nacimiento del hijo, etc. La principal es la que manda rasar la cabeza del niño, no dejándole mas que unos pocos cabellos en el vértice de la cabeza. Esta ceremonia debe efectuarse durante el primero ó el tercer año. Pero la mas importante de toda la vida es aquella en que el hombre recibe la investidura del cordon sagrado, y que no se puede retardar para un Bramin para mas allá de la edad de diez y seis años, y para mas allá de veinte y cuatro para un mercader. Esta gran ceremonia se llama el segundo nacimiento, y da á las tres castas que á ella están admitidas el dictado de hombres *dos veces nacidos*, bajo el cual se ven siempre nombrados en el texto de Manú.

Todo Bramin y sin duda todo hombre dos veces nacido, debe bañarse cada día, hacer una oracion al alba de la mañana y al crepúsculo de la tarde, en un sitio poco frecuentado, cerca de una agua pura, y cumplir tambien cada día las cinco obligaciones sagradas; leer los Vedas, hacer oblaiones á los manes de los mayores, quemar un holocausto en obsequio de los dioses, dar arroz á las criaturas vivientes, y recibir á los huéspedes jenerosamente.

Se tributa el culto á los dioses haciendo arder en sus aras ofrendas de manteca clarificada, y derramando en ellas libaciones hechas con el jugo de ciertas plantas. Si el texto habla de los ídolos, reprueba siempre su adoracion, y en ningun paso alude á las ofrendas de flores y aromas que se colocan hoy día á sus piés. Los Bramines hacen las oblaiones en su hogar doméstico; las otras ceremonias las hace cada cual en su casa.

Estas obligaciones son fáciles de llenar, excepto sin embargo la de leer los Vedas.

Deben leerse distintamente y en voz alta, con el ánimo sosegado y en una postura respetuosa. La lectura puede ser interrumpida por ciertos presajios, tales como la lluvia, el trueno, los eclipses, los ahullidos del chacal, ó suspendida por ciertas ocurrencias que pueden distraer el ánimo.

Además de las obligaciones diarias, hay obligaciones mensuales que llenar para con los manes de los antepasados. Para esto hay que escoger claros en los bosques ó parajes solitarios en las orillas de los arroyos. El sacrificador quema cierto número de ofrendas, y coloca en el suelo tortas de arroz y manteca clarificada invocando los manes y rogándoles que acudan á tomar su parte. En seguida ha de agasajar á un corto número de Bramines, servirles repetuosamente, y estos deben comer en silencio.

No deben hacerse exequias á las personas de mala vida ni á los que se suicidaron. Pero por otro lado hay una ceremonia pavorosa que se celebra cuando una familia reniega solemnemente de un miembro indigno de ella; pues celebra sus exequias como si realmente hubiese muerto. Sin embargo, si por acaso se arrepiente, puede, mediante otra ceremonia, ser devuelto á su familia y á la vida civil.

Son innumerables los manjares de que no puede catar un hombre dos veces nacido. Todo Bramin debe abstenerse del alimento preparado por un cazador, un minero, un blanqueador, un tintorero. ¿Quién creyera que la misma prohibicion se estiende hasta los médicos, y que esta útil profesion está clasificada por la ley entre las mas impuras? Y lo que no sorprende menos, al comparar á los Indos de entónces con los del día, es que les es lícito á los Bramines comer varias especies de carne, y que hasta se les manda tener en sus mesas carne de vaca en ciertas fiestas solemnes. Verdad es que el lejislador recomienda espresamente la humanidad con los animales, y que es meritorio á sus ojos el abstenerse de su carne, pero no

está prohibida en ningún paso del libro. Es notable sobre todo el permiso de comer carne de vaca, por cuanto parece que la vaca era entonces á los ojos de los Indos un animal tan santo como en el día. El salvar la vida de una vaca es una buena acción que puede contar en expiación de la muerte de un Bramin; el matar una vaca es un crimen que no puede redimirse sino con tres meses de las mas ásperas austeridades y de los cuidados serviles dispensados á un rebaño.

Mas de la mitad del libro está lleno de reglas sobre la purificación.

La causa mas común del estado de impureza es la muerte de un pariente. Este estado puede durar diez días para un Bramin, y un mes para un Sudra, si era un deudo cercano.

Una infinidad de circunstancias que sería larguísimo enumerar pueden hacer caer á un hombre en el estado de impureza. Sin embargo, en medio de estas ordenanzas que tan desatinadas nos parecen, hay algunas que prueban mayor juicio del que hubiéramos esperado. Así ni el rey ni sus empleados pueden estar impuros durante el tiempo que dedican á los negocios. La mano del artesano empleada en su faena está siempre pura; los parientes del soldado muerto en el campo de batalla están exentos de la impureza; y el mismo soldado que muere cumpliendo con su obligación queda libre de todas sus impurezas.

La moral predicada por el legislador es pura; jeneralmente propone á levantar las almas, á infundirles sentimientos jenerosos; sin embargo fuerza es decir que la tendencia jeneral de la moral de los Bramines se propone conservar la inocencia del hombre mas bien que escitar virtudes activas; y lo que tiene ante todo á la vista es asegurar la tranquilidad del alma y evitar toda sensación de pena ó dolor á los seres sensibles.

§. V. De las costumbres y del estado de civilizacion.

Al tratar de conocer las costum-

bres de una nacion, el primer punto que llama la atencion es quizás la condicion de las mujeres.

La mujer, en la sociedad inda, debe la obediencia mas completa á su marido, quien está encargado de hacerle observar la ley, y debe permitirle recreos inocentes; si no tiene marido, vive bajo la autoridad de sus parientes del otro sexo. Por otra parte, está espresamente mandado al marido y á los parientes honrar á las mujeres; pues, dice la ley, «si las mujeres no son honradas, todos los actos religiosos son sin fruto, y una familia en la que las mujeres no están en una posicion honrosa y feliz perece luego miserablemente; al paso que en aquella en que el marido está satisfecho de su mujer y la mujer de su marido, está la dicha afianzada.» Los deberes del marido para con su mujer están arreglados asimismo con una minuciosidad que no acertamos á comprender. Así es que se le manda tenerla siempre bien provista de vestidos, joyas, alimento, etc.

Las viudas están bajo la proteccion especial de la ley; sus parientes del otro sexo nada tienen que ver con su fortuna. El rey es el protector nato de las viudas, de las solteras, y debe castigar como á ladrones á los parientes que trataren de despojarlas de sus bienes.

Poquisimo se lee en el código de Manú en orden á las costumbres domésticas de su tiempo; pues solo trata de los Bramines y aun para darles, segun costumbre, órdenes austeras, pero pueriles. Así es que un hombre de esta casta no debe comer con su mujer, ni mirarla comer, ni asistir á su tocador, cuando ella se ennegrece los párpados inferiores, etc.

En todas las clases, es obligacion de las mujeres vijilar el gasto de la casa, preparar el alimento diario, dirigir el ajuar. «Aunque reclusas en el interior de los aposentos, no hay mujeres cuya virtud no corre peligros sino aquellas que están guardadas por los sentimientos de su razon.»

No hay una palabra en todo el có-



L'Asiatick Researches

1. Siva. (Mahadéva) 2. Vishnou. 3. Krishna.

(8^{me} Avatara ou incarnation de Vishnou.)

1 Siva (Mahadéva) 2 Vishnou 3. Krishna

(8^e Avatura o encarnacion de Vishnou)

*Kamala Birrell*

Rameswar à Ellora.
RAMESWAR EN ELLORA.

digo, que se refiera á los *satis*, esto es á la costumbre para las viudas de abrasarse sobre el cadáver de sus maridos; antes al contrario se recomienda á las viudas de los Bramines que lleven una vida virtuosa y austera. Por donde es evidente que nunca le ocurrió al legislador tan bárbara costumbre.

Los únicos suicidios autorizados por la ley son el de un ermitaño que, doliente de una enfermedad incurable, se deja morir de hambre, y el de un rey que, sintiendo acercarse la muerte, distribuye parte de su fortuna á los Bramines, entrega á su hijo las riendas del gobierno, y va á hacerse matar en la batalla, ó, en tiempo de paz, se deja morir de hambre.

Podemos hacernos cargo de los placeres ó recreos conocidos entonces por aquellos de que debe guardarse un rey; y son la caza, los juegos de azar, los excesos de mujeres, la embriaguez, el canto, la danza y los viajes sin objeto de utilidad.

Encomiéndose siempre el mayor respeto para con los padres, los ancianos, las personas doctas y los grandes personajes. «En el camino, hay que ceder el paso á un carro con ruedas, al anciano de noventa años, al enfermo, al hombre que lleva pesada carga, á una mujer, á un príncipe, á un novio.»

En algunos parajes recomienda el código como de la mas alta importancia el respeto absoluto con la costumbre inmemorial. «Es la ley trascendental, la raiz de toda piedad.» Aun en el día, es el espíritu vital de la sociedad inda y la causa mas real de la permanencia de sus instituciones.

Las artes de la vida, aunque sencillas todavía, salieron ya de la barbarie. La ley habla del oro y de las perlas, de la seda y de las joyas como de cosas que se hallan en todas las familias. Los elefantes, los caballos, los carros sirven ya al parecer de medios comunes de transporte para los hombres, así como el ganado, el camello y las carretas para el de las mercancías. Las profesiones que se nombran en el libro de Manú muestran que ya se conocían á la

sazon todas las que son necesarias á la vida civilizada, si no al acicalamiento de la civilización; y el número de las especies de granos, especias, aromas, cuyos nombres se citan, indica una agricultura ya adelantada.

No se habla de tribus nómades.

De todos los pueblos de la antigüedad, los Egiptios son al parecer los que mas se han semejado á los Indos; pero es muy poco aun lo que de ellos sabemos para que podamos establecer un paralelo entre las dos naciones. Mas obvio es comparar á los Indos con los Griegos, tales como los pinta Homero, contemporáneo casi de Manú. Si los Indos son inferiores, en punto á valor, energía y elegancia, á aquella raza heroica, si cotejamos no obstante las leyes de entrambos pueblos, sus formas administrativas, su saber en las artes usuales de la vida, casi es imposible dejar de reconocer que los Indos vivían en un estado de civilización superior á la de los héroes europeos. Sus costumbres eran menos adustas, su conducta para con sus enemigos mas humana, mayor su desarrollo intelectual; y en fin por lo que respecta al conocimiento de Dios, ya estaban alumbrados por una luz, que con harta incertidumbre divisaron los númenes mas eminentes de la Grecia.

Y ahora, antes de terminar este rápido bosquejo de la sociedad bramánica, ¿osaremos levantar una punta del velo que oculta su historia?

Remitiendo toda la luz que podemos sacar del código de Manú, se echa de ver que las tres castas primeras forman realmente la sociedad llamada á gozar del beneficio de la ley, y que los Sudras se hallan en una posición servil y degradada. Parece sin embargo por el mismo texto del libro que habia ciudades gobernadas por reyes sudras, pero donde no deben entrar los Bramines: «que hasta hay territorios enteros habitados por los Sudras, llenos de ateos y vacíos de Bramines.» La ley manda además á los hombres dos veces nacidos habitar esclusivamente el país situado entre el Himalaya y los montes Vindhya, desde el mar oriental

al mar occidental; pero el Sudra puede ir á buscar su vida en todos los paises del mundo.

Arduo se hace no inferir de esto que las castas de los dos veces nacidos eran una raza conquistadora; que la casta servil representa la raza aborígena y vencida; que habia en el territorio sagrado ciudades que habian conservado su independencia, y que todo el pais al sur de los Vindhya no estaba sujeto todavía á los conquistadores y á su religion.

¿Pero eran estos conquistadores de raza extranjera ó una tribu local, como los Dorios en Grecia, ó una secta religiosa que se impuso por la fuerza de las armas? Las diferencias físicas que aun en el dia se notan entre los hombres de las castas superiores y los Sudras tenderian á persuadirnoslo; pero hay tambien razones que impiden admitir esta hipótesis como una certeza. Así es que ni en el código de Manú, ni en los Vedas, ni en ningun libro de fecha intermedia, se alude á una mansion anterior en otro pais. Ni aun la mitología tramonía el Himalaya, que considera como la morada de los dioses.

CAPITULO III.

DE LOS INDOS EN LOS TIEMPOS MODERNOS.

§. I. *Cambios sobrevenidos en las castas.*

Aunque hayan conservado los Indos sus leyes y costumbres mas cabales que ningun otro pueblo de la tierra, no hay que creer sin embargo que no haya ocurrido en ellas ninguna mudanza en el discurso de veinte y cinco siglos.

La division y la posicion de las castas son quizás las que mas modificadas han sido por el tiempo: las de los Kchatryas y de los Veysias, y hasta la de los Sudras, están hoy dia estinguidas, segun dicen los mismos Bramines; pero este es un aserto á que no se avienen aquellos á quienes mas particularmente concierne. Los Radjputes afirman que son oriundos de los Kchatryas por una descendencia no interrumpida. Algunas de las clases industriosas pretenden tam-

bien descender de los Veysias. Sin embargo los Bramines han logrado casi en todas partes destruir en las otras castas el estudio de los Vedas y reservar para su cuerpo el monopolio de la ciencia divina y humana.

Los mismos Bramines, por mas que nadie conteste la pureza de su descendencia, están en el dia muy ajenos de las leyes y prácticas de sus mayores. Bajo ciertos respectos parece que han aumentado su austeridad. Así es que han renunciado completamente al alimento animal, y nunca se casan con mujeres de las clases inferiores; pero puede decirse que, en los mas de los casos, la severidad de su disciplina se ha relajado en gran manera. Así es, por ejemplo, que la division de la vida en cuatro partes, los actos de humildad impuestos á los discípulos, las austeridades exijidas de los anacoretas, no son ya mas que recuerdos de tiempos que fueron. Los que por acaso obedecen todavía á la ley son meras escepciones.

En el dia los Bramines no ponen reparo en entrar al servicio militar, ni en ejercer cualquiera oficio ó profesion. Sin embargo en el sur de la India, no aceptan empleos seculares sino en clase de escribientes ó funcionarios públicos. Desde el ministro de estado hasta el escribano de aldea, las mas de las plazas están ocupadas por ellos, las de la judicatura sobre todo. Además son los ministros de la religion y necesarios ó indispensables en todas las posiciones en que es forzoso saber escribir. En las partes del Indostan donde se establecieron los Mogoles con su sistema de administracion, el uso de la lengua persa ha puesto todos los empleos públicos en manos de los Musulmanes y de los Sudras. En el Decan, la misma causa disminuye para los Bramines la facilidad de hallar empleos; pero todo bien considerado, tienen en el dia mayor parte en el gobierno que en tiempo de Manú, cuando un consejero bramin al lado del rey y las facciones judiciales representaban toda su intervencion en el poder ejecutivo.

El descender en tales términos de

las alturas de la contemplacion para entrar en las vias de la vida comun ha debido menoscabar el influjo moral de los Bramines. Sin embargo, aun en Bengala, donde mas al parecer han perdido, son todavia el objeto de la veneracion del pueblo, y hay partes de la India, como el pais de los Mahratas y las provincias de poniente, donde son todavia poderosísimos. El influjo temporal que deben á su número, á sus riquezas, á su posicion social, es perceptible aun en todas partes; pero donde mas han conservado su autoridad relijiosa, han perdido gran parte de su popularidad. Así sucede entre los Radjputes, y mas todavia entre los Mahratas, que no pueden avenirse á la idea de haber sido desbancados en el gobierno por una clase de hombres á quienes miran como inferiores suyos en prendas guerreras, únicas, en su concepto, que hacen á los hombres dignos del poder.

Las dos castas inferiores que existian en tiempo de Manú están reemplazadas hoy dia por una multitud de castas mezcladas, de descendencia incierta por la mas, y que no obstante se hallan separadas de las otras con mas rigor todavia que antes, no comiendo jamás juntas, no entroncando nunca en casamiento, y teniendo cada una su ritual propio. En la inmediacion de Puna, donde sin duda no son estas castas mas numerosas que en otras partes, no se cuentan menos de ciento y cincuenta. Estas castas representan ordinariamente verdaderas corporaciones de oficios ó gremios; los plateros forman una casta, los carpinteros otra, etc. Y esto es por otra parte muy conforme con la ley de Manú, que señala á cada una de las castas mezcladas un oficio hereditario.

La pérdida de los derechos de casta equivale para un hombre á la muerte civil y aun es peor. El desdichado que se halla en este caso no puede ni heredar, ni obligarse, ni declarar en justicia; y lo que es mas cruel todavia, es desechado de la sociedad comun, y privado de sus derechos de ciudadano. No puede presentarse en la casa de su padre; sus

parientes deben evitar todo roce con él, está privado de los consuelos de la relijion en esta vida y de toda esperanza de felicidad en la otra. A menos sin embargo que un hombre esté degradado de su casta por crímenes espantosos, siempre está en su mano el reconquistarla por medio de la espiacion; y los medios de rehabilitacion deben de ser bastante obvios, por cuanto vése en el dia á poquísimos que se inquieten por el temor ó el sentimiento de haberse espuesto á perder sus derechos de casta.

La mayor mudanza que haya sobreenvenido desde el tiempo de Manú, es que en el dia no hay ya casta servil, aunque haya todavia esclavos domésticos en el sur de la India. Quizás son los residuos de los antiguos Sudras; pero en lo restante del pais, todas las clases son libres. Si algunos jenealogistas escrupulosos niegan que existan todavia pueblos de pura descendencia sudra, los Bramines conceden no obstante en jeneral que todavia cabe hallar algunos. Así pues toda la poblacion mahrata se halla en este caso.

Puede decirse que se ha fundado una nueva casta con las órdenes monásticas que no existian en tiempo de Manú. La fecha mas remota á la que, segun los libros indos, quepa hacer remontar la fundacion de la orden mas antigua, el siglo octavo de la era cristiana, y entre los que en el dia existen, son muy pocos los que suben mas allá del siglo décimocuarto. Hay algunas órdenes compuestas exclusivamente de Bramines; pero el rasgo característico de casi todas las órdenes es que entre los adeptos desaparecen todas las distinciones de casta, todos vienen á ser los miembros iguales entre sí de una nueva comunidad. Esta innovacion osada no se realizó, segun opina el docto Wilson, hasta fines del siglo catorce ó á principios del quince.

Las órdenes indas no están sujetas á una disciplina tan perfectamente regular como las órdenes monásticas de Europa; tampoco se distinguen tan marcadamente ni entre sí, ni de los demás hombres. Ni siquiera tienen nombre jenérico que los desig-

ne, aunque muchas veces los llaman *Goseyenes*, voz que no se aplica rigurosamente sino á una de sus subdivisiones. Todos ellos se dan á conocer por su traje; todos llevan alguna parte de su vestido (por lo mas el turbante y la cintura) de un color anaranjado sucio, á escepcion con todo de los que andan completamente desnudos ó en carnes. Todos están ligados por votos, y todos aceptan limosnas, aunque no todos la piden.

Las mas de las órdenes poseen conventos, que tienen anejas propiedades territoriales. Aumentan sus recursos con las contribuciones de las personas piadosas, con el producto de la mendiguez y de un oficio que ejercen á veces abiertamente, aunque por lo mas reservadamente. Todos estos conventos obedecen á un *mohaut*, especie de prior elegido por la comunidad, ó por los otros *mohautes* de la órden, que tambien es á veces hereditario ó mas generalmente nombrado por su predecesor. No profesan sino tras un noviciado de uno ó dos años. El novicio está al cargo de un maestro particular ó *gurú*, que tiene á sus órdenes varios discípulos y está sujeto al jefe del convento. Una órden de Bengala permite á hombres y mujeres vivir bajo el mismo techo, pero exige de ellos votos de castidad.

No obstante los mas de los *Goseyenes* que pertenecen á conventos pasan parte del tiempo vagando por el pais, y viviendo solamente de limosnas. Otros *Goseyenes* llevan una vida esclusivamente errante, sujetos á veces á sus *mohautes*, y otras veces completamente independientes de otra regla que no sea la que ellos mismos quieren imponerse. Entre estos se hallan los ascéticos mas rigurosos y desatinados; retiranse á las selvas, completamente separados de todo el género humano, espuestos á perecer de hambre, si alguna persona caritativa no va á socorrerles, y espuestos sobre todo á ser devorados por los animales feroces.

Poquísimas son las órdenes que tengan votos precisos. Las mas se obligan al celibato, pero hay tam-

bien otras cuyos miembros pueden casarse y viven con sus familias como los otros laicos. Una órden colocada particularmente bajo el patronato de Crishna tiene por principio el vestirse con los trajes mas ricos y hermosos, el alimentarse de los manjares mas costosos y delicados y el entregarse á todos los recreos y placeres inocentes. Y esta cómoda disciplina está muy lejos de menoscabar su influjo, por cuanto el público suministra jenerosamente los medios de ser fiel á aquellos principios tan singulares. En contra hay otras órdenes que se entregan á las prácticas mas extravagantes del ascetismo; los unos hacen voto de no hablar jamás, de tener siempre en alto un brazo ó entrambos, los puños cerrados y hasta que las uñas les atraviesen la palma de las manos, etc. Otros afectan vivir en la porquería y la suciedad, arrancar limosnas por el asco que causan, despedazarse las carnes con navajas de afeitar. Otros, como ya lo llevamos dicho, andan completamente en carnes. Entre estos descuellan los Nagas, que sirven como soldados mercenarios, y á miles á veces, bajo las órdenes de sus jefes. No se jactan de empuñar las armas por su relijion, sino que se alquilan al que les paga; son generalmente hombres violentos, disolutos, pero que tienen fama de muy valientes. Sus miembros desnudos y cubiertos de ceniza, sus barbas desaliñadas, su cabellera trenzada al rededor de la cabeza, dan un aspecto horroroso á estos guerreros devotos. Cuando no están al servicio de algun príncipe véseles muchas veces reunirse en partidas crecidas para pillar el pais. En los principios del poderío de Inglaterra en Asia, sus posesiones fueron repetidamente invadidas por merodeadores de este jaez.

Muchas veces se reúnen estos monjes armados sin estar al servicio de ningun príncipe, y cuando los hay en la asamblea de sectas encontradas, setraban peleas sangrientas. En 1760, en la gran feria de Harduar, se trabó un combate, ó por mejor decir, una batalla entre los Nagas de Vishnu y los de Siva, y dicen que

quedaron 18.000 muertos en el campo. Sin duda que este número es exagerado; pero basta con todo para dar una idea de los combatientes.

Una especie de Goseyenos de la secta de Siva, los Yojis, como los llaman, tienen la pretension de llegar, con sus prácticas supersticiosas, á ser absorbidos en el regazo de la divinidad. Los miembros ínfimos de esta orden pretenden poder hacer milagros; pero no son realmente mas que charlatanes que vagan por el pais con monas é instrumentos de música, y divierten al populacho con suertes de juglar, algunas de las cuales exigen una destreza maravillosa.

Hay ó ha habido entre los Goseyenos algunos personajes instruidos; algunos son relijionarios inofensivos, otros negociantes respetables; pero los mas son mendigos importunos y descocados, vagabundos cubiertos de todos los vicios y que solo tomaron el hábito relijioso para abandonarse desenfrenadamente á la vida aventurera que aquel autoriza. En jeneral los relijiosos de Vishnu son los mas respetables, y los de Siva los mas desmoralizados. Debemos decir en honor de la verdad y de la sensatez de los Indos que todos estos personajes decaen de su estimacion en razon de la estravagancia y escentricidad de sus observancias.

A la falta de un jefe reconocido de la relijion hay que atribuir en parte la relajacion de las mas de las órdenes la ausencia completa de toda regla entre los Beirajis y los Yojis, y la existencia de sociedades tales como las de los Nagas.

§ II. Mudanzas sobrevenidas en el gobierno.

Al tratar de las mudanzas sobrevenidas en el gobierno, ya se alcanza que tendremos sobre todo á la vista los estados indos que hasta aquí han conservado su *autonomía* (1) interior, aunque las observaciones que tendremos que hacer deben aplicarse tambien, por lo mas,

á las provincias conquistadas por los Musulmanes ó por los Ingleses. Ugos y otros han modificado poquisimo en realidad, en cuanto al fondo, las formas de administracion que hallaron vijentes en los paises donde se establecieron.

El príncipe indo de hoy día no tiene número fijo de ministros ni consejo regular. Verdad es que en cada estado hay naturalmente un jefe á la cabeza de cada departamento del gobierno; pero en realidad el poder se halla casi siempre concentrado en las manos de un primer ministro.

Hállanse todavía huellas de las antiguas divisiones rentísticas de diez, de ciento y de mil ciudades, sobre todo en el Decan, pero uno hay que subsiste todavía entero casi en todas partes, y es el *Perganah* ó distrito de cien ciudades. Hállase todavía en los Perganahes los descendientes de sus antiguos jefes, mas ya no son los agentes activos del gobierno; su empleo actual se cifra en conservar los archivos de la propiedad territorial. Solo ellos eran capaces de dar cuenta de ella á los conquistadores musulmanes, y estos tuvieron que conservarlos para conocer la materia imponible.

En el día los estados indos están jeneralmente divididos en varias grandes provincias que se subdividen. El príncipe nombra á los gobernadores de estas provincias, y estos elijen á sus tenientes. Los gobernadores reunen en sus manos todos los poderes, administrativo, militar y judicial; no hay tribunales si no en las capitales, y aun no en todas.

Pero en medio de estas mudanzas que han sobrevenido en las cumbres de la administracion, los concejos (pues no cabe nombre mas adecuado para designarlos), los concejos han permanecido enteros, y son aun en el día los átomos cuya aglomeracion forma los mayores estados de la India.

Por concejo entendemos cierta estension de territorio de un solo teniente y habitada por una sociedad que tiene una existencia á parte en el estado. Las delimitaciones de es-

(1) *Autonomía*, voz griega que equivale á leyes propias. N. del T.

tos concejos se remontan á las épocas mas remotas y se han conservado con el mayor esmero. Las tierras que encierran pueden ser de todas condiciones; las unas cultivadas, incultas las otras; unas que nunca se han desmontado, otras que no pueden serlo. Estas tierras están divididas en suertes cuyos límites están tan bien marcados como los del mismo concejo, y cuyos nombres, cualidades y estension están consignados en los archivos del concejo. Los habitantes de esta pequeña sociedad viven reunidos en una aldea, que en muchos países está fortificada ó al menos casi siempre protegida por una pequeña fortaleza.

Cada concejo administra soberanamente sus negocios; exige á sus miembros el impuesto que se debe al estado, y es colectivamente responsable de su pago íntegro. Tiene el cargo de la policía en su territorio, y es responsable de los robos que en él se cometan. Administra la justicia á sus miembros, castiga los delitos leves y juzga los procesos en primera instancia. El mismo se impone una contribucion para cubrir sus gastos interiores, para mantener las murallas y el templo, para costear los sacrificios publicos, las limosnas que se hacen en su nombre, etc. etc.

Tiene empleados encargados de desempeñar todas estas funciones; y, aunque sujeto en principio de gobierno jeneral, forma no obstante en realidad una sociedad completa. Esta independencia y los privilegios que de ella emanan pueden ser violados por el gobierno, mas no negados por él. Protejen á menudo á los habitantes contra la tiranía de las autoridades, y mas de una vez han hecho vivir á la sociedad entera, aun tras la disolucion del gobierno jeneral.

«Las aldeas, dice Sir Carlos Metcalfe, son unas verdaderas repúblicas, que viven por sí mismas, independientemente de toda autoridad exterior. Parecen están dotadas de eterna duracion en una region donde no cabe que dure imperio alguno. Las dinastías se van derrocando unas tras otras, á las revoluciones siguen

otras, los Indos, los Afghaneses, los Mogoles, los Mahratas, los Sikhes son dueños alternativamente, pero la aldea permanece siempre la misma. En tiempo de revueltas, se arma y fortifica; en atravesando el pais una hueste enemiga, los aldeanos recojen sus rebaños en el recinto de sus murallas y dejan pasar al enemigo sin provocarle. Si no tienen fuerzas suficientes para resistirse, se guarecen en las aldeas vecinas, y pasado la tormenta, vuelven á sus faenas. Si una provincia queda durante algunos entregada al pillaje, en términos que las aldeas sean inhabitables, los aldeanos dispersos volverán á sus hogares tan pronto como crean poderlo verificar con alguna seguridad. Aun cuando dure el destierro toda una jeneracion, la jeneracion siguiente volverá sin falta; los hijos tomarán el lugar de sus padres, la aldea volverá á edificarse en el mismo sitio, las casas en las mismas posiciones, las mismas tierras en fin serán ocupadas por los descendientes de los que tuvieron que abandonar sus lares. Esta union indestructible de la comunidad aldeana ha contribuido, á mi entender, mas que otra causa alguna á conservar la sociedad inda en medio de todas las revoluciones políticas de que ha sido teatro el pais; y da lugar de creer que merced á ella, los habitantes viven dichosos y gozan de una libertad real.»

El gobierno del concejo pertenece en su forma mas sencilla, á un jefe de quieu habla el código de Manú, como de un agente del rey, revocable á su voluntad. Esta posicion ha parado en hereditaria; y aunque jeneralmente sea considerado todavía, como emplado del príncipe, el jefe de la aldea es mas bien en realidad el representante del pueblo. A veces corresponde al pueblo la eleccion de este personaje en la familia revestida de la dignidad hereditaria; pero por lo mas pertenece al príncipe. Es un propietario, y además recibe una retribucion del gobierno; pero la mejor parte de sus emolumentos procede de las multas que pagan sus administrados. Está tan bien iden-



L'orientale d'Inde

Elephants.

Elefantes.



Gaudery, del.

L. Simon, fecit.

Intérieur du Bisma-Kurm, à Ellora.
Interior del Bisma-Kurm en Ellora.

ificado con el concejo, que es personalmente responsable de los compromisos del mismo, y lo ponen preso cuando el concejo desobedece al gobierno ó tarda en pagar las contribuciones.

El jefe del concejo es quien arregla con los empleados del gobierno la suma que hay que pagar anualmente, y reparte las cuotas contributivas entre sus administrados, segun su fortuna presente. Arrienda los baldíos, arregla la particion de aguas para el riego, juzga las desavenencias, manda prender á los delincuentes. El es en una palabra quien tiene á su cargo todos los asuntos del gobierno municipal.

Administra en público, en un sitio destinado al efecto; y sobre todos los puntos que contienen el interés jeneral debe consultar á sus administrados. En las causas civiles, le asisten árbitros nombrados por las partes, ó asesores que nombra él mismo. Esta dignidad puede enajenarse; pero por maravilla vende el titular todas sus prerogativas, pues se reserva por lo comun el derecho de presidir ciertas ceremonias y de conservar algunos privilegios puramente honoríficos.

Asisten al jefe del concejo varios empleados, entre los cuales los principales son el contador y el que pudiéramos llamar guarda monte.

El contador tiene sus archivos en los que están descritos minuciosamente las propiedades que componen el concejo, con los nombres de los propietarios pasados y presentes los arriendos y las condiciones bajo las cuales pueden arrendarse. Guarda las cuentas del concejo y las de cada habitante, en sus relaciones públicas con el gobierno ó en las suyas particulares entre sí. Es el notario del concejo; extiende las actas auténticas, y escribe cartas para los que reclaman de él este servicio. Es pagado contributivamente por los habitantes, y á veces le dan una pieza de tierra en remuneracion de sus servicios.

El guarda vela por la integridad de los linderos públicos y particulares. Tiene la guardia de las mieses,

está encargado de guiar á los forasteros en el territorio concejil, de llevar los oficios; despues del jefe de la aldea, es el primer empleado de policía. Como tal debe rondar por la noche, vijilar las llegadas y salidas, descubrir á los autores de los robos que se cometen en el concejo, etc. No bastaria ciertamente un hombre solo para desempeñar tantas funciones; de ahí es que realmente corresponden á toda una familia, que está revestida de ellas por herencia, y cuyos miembros todos hacen el servicio susodicho. Suelen ser jentes de las castas inferiores.

El Cambista puede considerarse asimismo como otro de los asistentes del jefe del concejo; está oficialmente encargado de comprobar el titulo de toda la moneda circulante, suele ser el platero del pueblo. Hay además comunmente el sacerdote y el astrólogo del pueblo (uno de los dos es casi siempre el maestro de escuela), el herrero, el carpintero, el barbero, el alfarero y el pellejero. No todos los concejos tienen sastre, blanqueador, médico, músico, archivero de jenealojías. Solo en el Sur tiene cada aldea su bailarina. Cada uno de estos funcionarios ó artesanos tiene derecho á una retribucion que le paga el concejo, á veces en dinero, y mas jeneralmente en frutos.

Tal es el sistema sobre que descansa el gobierno de cada aldea cuando no hay intermediario entre el soberano y el habitante. Pero en la mitad de la India, sobre todo en el norte y el extremo sur, se hallan en cada aldea cierto número de familias que representan por sí solas el concejo; los otros habitantes son sus colonos. Estas familias son consideradas como los propietarios absolutos del suelo, y entónces la aldea es gobernada por un jefe como el de que acabamos de hablar; pero mas comunmente cada rama de la familia, ó cada una de las familias que representan el concejo, tiene su jefe encargado de la administracion de sus negocios interiores, y de entenderse con los jefes de las otras familias para administrar los negocios

del concejo. El concejo así compuesto llena exactamente las funciones de que en otras partes está revestido un jefe único, y sus miembros parten entre sí la retribucion pagada á aquel empleado por sus administrados y por el gobierno.

En las aldeas donde hay familias que de este modo representan por privilegio todo el concejo; estas familias componen naturalmente la primera clase de los habitantes y los otros se dividen en cuatro clases: la primera es la de los arrendadores á título perpetuo; la segunda la de los arrendadores por tiempo determinado; la tercera la de los labradores; la cuarta en fin, la de los comerciantes y menestrales.

La tradicion popular asegura que las familias que poseen por decirlo así esclusivamente los derechos de ciudadanía son los descendientes de los que fundaron la aldea ó que compraron estos derechos á los primeros propietarios. Estos derechos pertenecen colectivamente á las familias, y son casi indivisos. Así un miembro de estas familias puede empeñar ó vender sus derechos; pero ha de ser mediante el beneplácito de las otras personas del concejo; el comprador entra entónces cabalmente en el lugar del vendedor, y es responsable de sus obligaciones. Cuando una familia se extingue, sus derechos vuelven al concejo.

En todas las aldeas hay dos especies de arrendadores, los que toman á arriendo las tierras de las familias á quienes pertenecen los derechos concejiles, y los que arriendan las tierras del gobierno. Estos arrendadores son denominados ordinariamente *Rayotes*, y se dividen en dos clases, los que tienen títulos perpetuos y los que los tienen determinados.

La primera clase es la que cultiva las tierras de la aldea que habita las ocupa durante toda su vida y las trasmite á sus hijos. Se les ha considerado muy á menudo como verdaderos propietarios; mas no tienen la facultad de vender sus tierras.

La clase de arrendadores á térmi-

no no se diferencia de la de los otros países.

Otro tanto puede decirse de los labradores á salario.

Los comerciantes, que por lo mas son forasteros en el pueblo, pagan un alquiler al propietario cuya casa habitan y muchas veces una contribucion al concejo; y esta viene á ser casi la única relacion que con él tienen.

En el día la parte que toma el soberano sobre las rentas en bruto de sus súbditos se estima en la mitad de estas rentas; el gobierno que no toma mas que el tercio es tenido por generoso.

Se ha llegado á este resultado no tanto aumentando sin cesar el impuesto sobre los productos de la tierra como estableciendo diversas especies de contribuciones que acaban todas por recaer directa ó indirectamente sobre el labrador. En la primera categoría debemos colocar el impuesto que pagan los arados, el ganado, etc.; en la segunda la contribucion impuesta sobre los casamientos con viudas, sobre el empleo de la música en ciertas fiestas, etc. Existen además ciertas contribuciones que al principio debian ser temporales y que han parado en definitivas, tales, por ejemplo, como un derecho que carga sobre la retribucion otorgada á los jefes y funcionarios de las aldeas.

Como muchas veces no hay mas límites á estas exigencias de los gobernantes que los mismos recursos de los contribuyentes, no les cabe á estos otro medio de defenderse que el de disimular sus rentas. No confiesan la importancia de la cosecha; procuran sustraer parte de ella al conocimiento de los perceptores; muchas veces declaran menos tierras cultivadas, falsifican sus registros públicos, alcanzan con dinero la indulgencia de los perceptores. Merced á estos medios, se logra burlar la codicia del gobierno, y esto explica por que los propietarios pueden todavía arrendar ó vender sus tierras y sacar de ellas su precio.

En medio de la confusion produ-

cida por estas irregularidades, no hay muchas veces otro medio de entenderse sobre la cuota del impuesto que se ha de pagar por la aldea que el preguntarle lo que pagó en los años anteriores.

Quando no pueden avenirse las partes se hace una especie de pesquisa sobre los medios de la aldea. Después de haber estimado los gastos de producción (dejado á un lado una parte para la subsistencia de los labradores, y los gastos municipales, etc.), el gobierno toma lo restante. En postrer recurso, y cuando se han apurado todos los medios amistosos se parte la cosecha; pero es este un expediente tan peligroso, que las partes hacen jeneralmente cuanto pueden para no llegar á este extremo. Solo se nota una escepcion en las localidades donde el empleado del gobierno ha sabido granjearse la confianza de los habitantes; pues en este caso la particion de la cosecha es el proceder mas popular.

Si la discusión con los empleados del gobierno produce por resultado imponer á los labradores cargas que no pueden tolerar, entónces el concejo todo abandona sus tierras y su aldea negándose á toda composicion. Entónces los empleados públicos se ven en la precision de transijir; pues nada podria la fuerza, y su resultado seria espulsar para siempre á los habitantes de sus hogares.

Ya se alcanza que no puede ponerse en planta tal modo de fijar el impuesto sin que de ello se resienta la constitucion concejil. En jeneral el empleado del gobierno necesita para sus exacciones la ayuda del jefe del concejo, y entónces le sostiene contra las resistencias individuales; á veces le suspende tambien de sus funciones, y las ejerce él mismo durante cierto tiempo. De ahí es que con un mal gobierno los privilegios del concejo quedan reducidos á cero ó allá se va.

El gobierno al arrendar el impuesto agrava muchas veces todas estas causas de padecimientos. En este sistema, el gobierno confiere la administracion de las provincias á los que se obligan mediante caucion á entre-

gar anualmente al tesoro las mayores sumas. El asentista á su vez divide su provincia en varias circunscripciones rentísticas, las subarrienda á los mayores postores, y estos á otros, que se entienden por fin con los jefes de las aldeas, permitiéndoles robar cuanto puedan, como paguen puntualmente. En este caso, el defensor natural del campesino se convierte en su mas cruel opresor.

Ya hemos dicho que el jefe de una aldea puede vender su oficio; que las familias asociadas á los privilegios del concejo pueden vender sus derechos; el mismo príncipe á quien la ley reconoce derechos sobre una parte de los productos de la tierra, puede asimismo vender estos derechos. Los adquisidores entónces se hallan pura y simplemente puestos en lugar de los vendedores.

Esto nos conduce naturalmente á la cuestion tan controvertida de la propiedad en la India, unos la atribuyen al estado, otros á los grandes Zemindares, estos á las familias que gozan de los derechos comunales, aquellos en fin á los cultivadores.

Ya veremos que los grandes Zemindares no son mas que personas sustituidas á una de las otras tres clases, únicas de que por consiguiente tratáremos.

La propiedad territorial en la teoría mas rigurosa, da al propietario el uso perpetuo, esclusivo y absoluto del suelo; puede usar y abusar de su propiedad. Pero se halla el estado en esta posicion segun la ley india.

Posee un derecho esclusivo á una parte de los productos del suelo, pero mas no. Este derecho es perpetuo y el estado puede disponer de él á su antojo, pero no tiene ninguna accion directa sobre el mismo fondo. Si se apodera á veces del suelo para construir edificios, carreteras, etc., lo verifica como magistrado, y entónces debe una indemnizacion á los expropiados.

Tras el pago de la parte del estado lo que cabe á las familias investidas de los derechos de los comunales, constituye su propiedad; tienen á ello derechos perpetuos, y pueden disponer de lo mismo á su voluntad,

mas no del fondo. Asimismo, el arrendador á título perpetuo tiene lo que queda de los productos de la tierra, en habiendo satisfecho la parte del estado y la de las familias investidas de los derechos concejiles; aquella es su propiedad, y le pertenece perpetuamente; pero allí pasa su derecho, y no puede disponer del fondo.

Así es que ni el estado, ni el individuo investido de los derechos concejiles, ni el arrendador á título perpetuo tienen un derecho absoluto sobre el suelo. Lo que es verdad en la India, salvo algunas escepciones, es que la cuestión que hay que resolver no consiste en saber á quien pertenece la propiedad en el sentido en que nosotros tomamos esta palabra en Europa sino en saber cual es la parte del producto que se debe á cada una de las partes.

La parte del estado en los productos de todas las tierras y la renta de las que pertenecen al dominio forman en mucho la suma mas crecida de la renta pública. Lo restante se saca de diversas fuentes, de impuestos sobre los campesinos, sobre las propiedades urbanas, sobre las tiendas, sobre el comercio, sobre los renglones de consumo, sobre el tránsito, etc. La mayor parte de estos impuestos, como por ejemplo el derecho de tránsito, son la causa de muchísimas vejaciones, y producen muy poco, pero muchísimo mal. Estos impuestos son comunmente repartidos sobre los contribuyentes por las autoridades comunales, hay otros como las aduanas por ejemplo, que se arriendan.

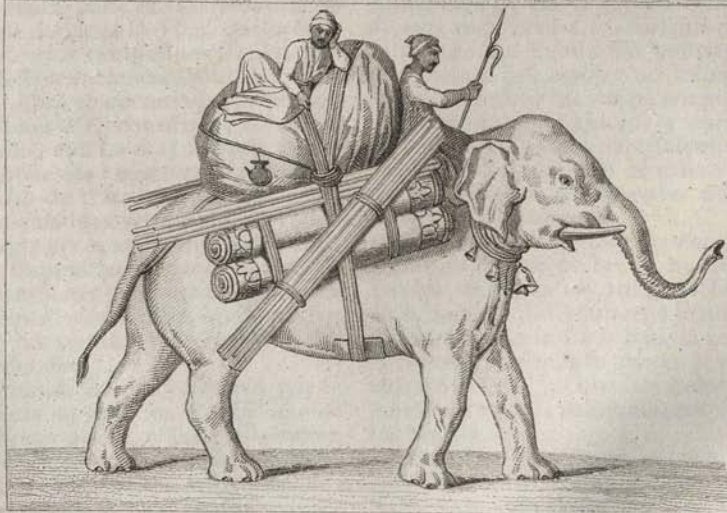
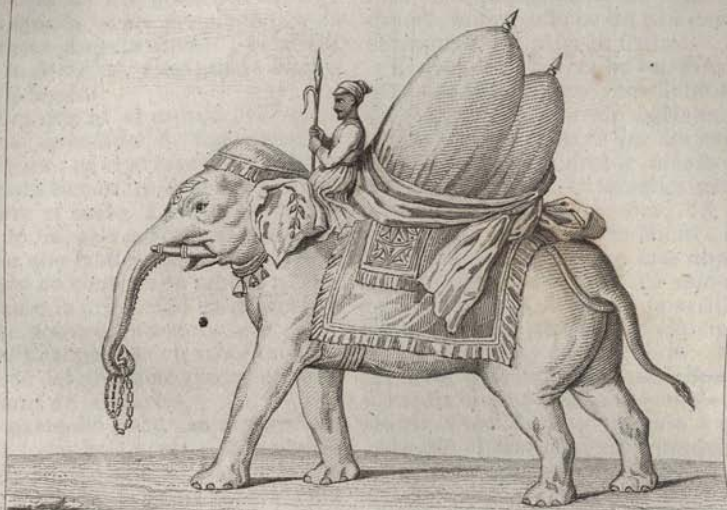
Hemos dicho que el estado puede enajenar su parte en el producto de las tierras de una aldea; y tambien enajena á menudo á bulto espacios considerables de territorio ocupados por concejos y baldíos. Pero en estos dos casos, no puede enajenar mas que sus derechos. Los de los concejos, de los arrendadores á título perpetuo, de los empleados de la aldea, subsisten despues del traspaso lo mismo que antes. Hácense estas ventas para pagar á las tropas, á los empleados civiles etc., etc. Ya se ha-

bla de ellas en las leyes de Manú, y ya se alcanza que el estado prefiere mantener á sus tropas mediante una delegacion de sus derechos sobre cierta estension de territorio, mas bien que haberlas de pagar en dinero, sobre todo en un pais donde el impuesto se paga en frutos.

El arte de la guerra ha experimentado modificaciones considerables. En tiempo de la invasion de Mahmud el Ghaznevide; parece que los Indos eran capaces de concebir planes de campaña seguidos sistemáticamente durante algunas estaciones. Ya no eran como en tiempo de Manú, incursiones que no tenian mas objeto que el pillaje y duraban tan solo algunas semanas. El uso de la artillería ha variado tambien muchísimo las condiciones de la guerra. En fin la introduccion de los batallones disciplinados ha renovado completamente la táctica. Pero dejando á un lado este último progreso introducido por los Europeos, fuerza es decir que la actual disciplina de los ejércitos indos en marcha y en batalla no está mucho mas adelantado que en tiempo de Manú. Sin embargo, en el dia saben escojer su campamento, emplear las tropas irregulares, asegurar sus abastos y cortar los del enemigo con un talento y una habilidad que no se echan de ver en los largos reglamentos de su antiguo lejislador.

Ha desaparecido completamente el impulso de jenerosidad y humanidad que respiran las antiguas leyes de la guerra. Sin embargo justo es decir que en la India se hace la guerra menos cruelmente que en lo restante de Asia, y que los Indos se muestran en ella mas humanos que los Musulmanes.

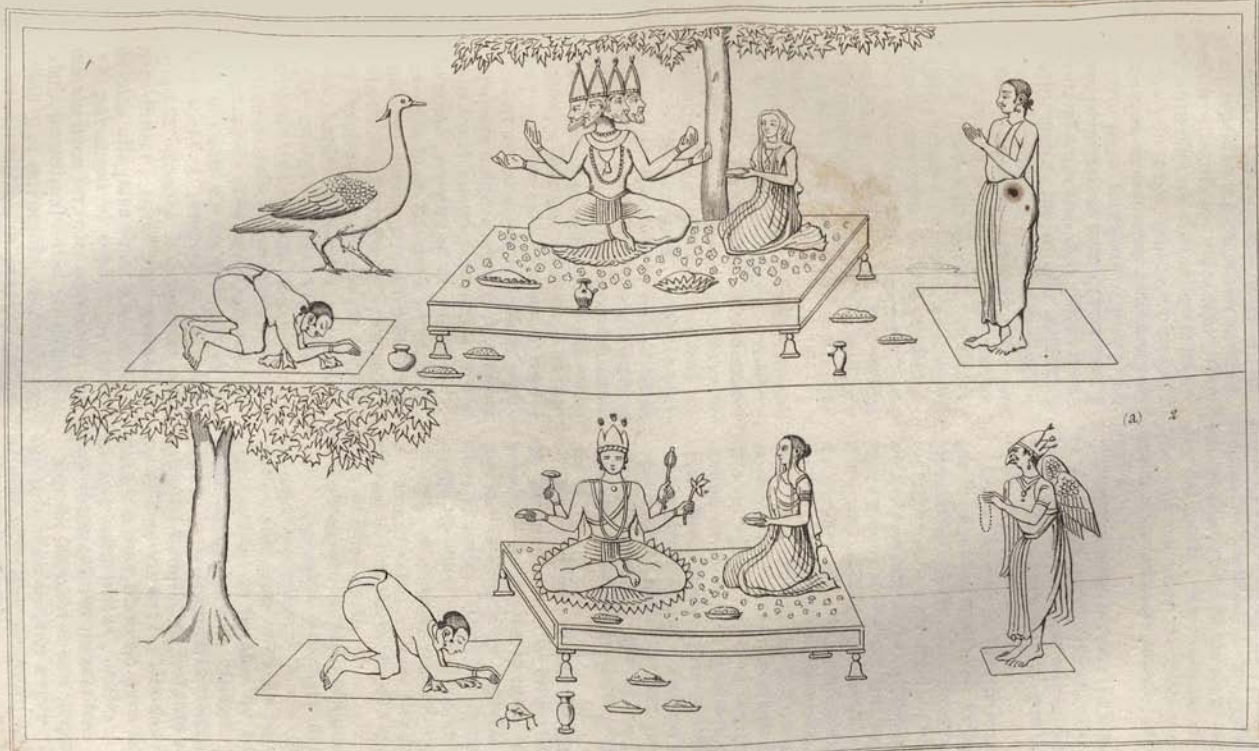
Campañas mas largas ocupan en los afanes militares un período mas largo de la vida de los hombres. Hay jefes mahratas que han pasado toda su vida en los campos de batalla y que no han tenido otra capital mas que su campamento. Resulta asimismo de este hecho que la muchedumbre reunida en torno de los campamentos es desproporcionada al número de combatientes. Cuando un



Ensemble des deux.

Elephants. (M. S. B. R. etc.)

Elefantas (M. S. B. R. l.)



1. *Brahma et Saraswati.*

1. Brama y Saraswati.

2. *Vishnou et Lakshmi.*

2. Vishnou y Lakshmi.

(a) *Garouda.*

(a) Garouda.

ejército se pone en movimiento, no es en realidad mas que una masa de hombres confusa, estendida sobre una superficie de varias leguas en lo ancho y lo largo, sin contar las partidas que se esparcen á diestro y siniestro para forrajear y pillar. La masa principal es aquí densísima, y acullá al contrario muy clara. Es un jentío cuyos repliegues, arrastran consigo camellos, elefantes, jinetes, infantes, carros, palanquines, galleras tiradas por búfalos, bueyes cargados, mozos de cordel, mujeres, niños, rebaños de asnos, de bueyes, cabras, carneros, el todo confundido y revuelto en el desórden mas rematado, envuelto en una densa polvareda que se levanta hasta el cielo, y se ve á muchas leguas de distancia.

Cuando hay en un ejército infantería regular, esta marcha en cuerpo, ó por rejimientos. Sigue despues la artillería que forma una larga línea rota á cada paso por el mal estado de los caminos, y por los accidentes que menudean en los tiros. Lo restante de las tropas marcha con los bagajes. Dos grandes estandartes acompañados de tambores y timbales (muchas veces todo va junto y revuelto sobre elefantes) representan un cuerpo que debería regularmente componerse de quinientos caballos al menos y de cinco mil á lo sumo, pero no se ve allí mas que un puñado de hombres, á veces no mas que cinco ó seis. Lo restante de esta caballería marcha á su antojo en grupos aislados, la lanza al hombro, hablando, riendo y cantando.

De cuando en cuando se para la vanguardia; y es que el jeneral está tratando con un pueblo y procura alcanzar de él cuanto dinero pueda, con el pacto de no acampar en su territorio. A retaguardia cada cual se para cuando le acomoda; este para fumar, aquel para guisar, el de mas allá para echar una siesta.

Si por acaso el ejército en movimiento hace levantar un ciervo, un jabalí, un animal feroz, redoblan los gritos y el estruendo, se ponen las lanzas en ristre, dispáranse fusilazos por todos lados, con grave peli-

gro de los circunstantes; los jinetes aplican las espuelas á los ijares de sus caballos y allá se arrojan en medio del jentío, sin curarse de los que van volcando al paso y de lo que á ellos mismos puede acontecerles.

Y sin embargo á pesar de esta falta de órden, un ejército indo está tan bien servido por sus tropas ligeras que es poco menos que imposible el sorprenderle.

En la historia de las guerras que los Ingleses han hecho en la India, sería difícil quizás citar un solo caso de haber sido apresados los bagajes de un ejército indo. Al contrario estas masas al parecer tan impróvidas, han alcanzado á veces ventaja, de importancia con la celeridad y el misterio de sus movimientos. Hayder, Tipo Zaib, los Mahratas han sorprendido muy á menudo á cuerpos de ejército que se creían separados de ellos por grandes distancias. Muchas veces han sabido pasar con sus tropas por caminos tenidos por impracticables y han pasado á devastar las espaldas de los jenerales que creían arrojarlos delante de sí.

Cuando llegan al sitio señalado para campamento, se arreglan mas presto y mejor de lo que hubiera podido esperarse de aquella desordenada turba. Unas banderas colocadas en buen sitio para ser vistas de todo el mundo señalan el lugar de cada cuerpo, y no se requiere entónces mucho tiempo para que cada cual halle el suyo.

Cuando el campamento está asentado, presenta un espectáculo de órden y confusion á la vez. Los bazares se alargan en calles regulares, guarnecidas de tiendas de toda especie, como en una ciudad. La artillería y la infantería disciplinada están en batalla, lo restante se acomoda á su gusto; las tiendas son ordinariamente blancas; pero tambien las hay encarnadas, azules, verdes ó de estos colores mezclados.

Las de los pobres son pequeñas y bajas, hechas de lana negra; á veces no son mas que un toldo plantado sobre tres estacas.

Las de los grandes personajes son espléndidas, rodeadas de lienzo; las unas son grandes y altas, y son las que sirven para las recepciones públicas; las otras mas pequeñas, tienen dobles lienzos, para protegerlas mejor contra el polvo y el viento; estas sirven de vivienda. Estas diversas tiendas están reunidas entre sí por pasadizos cubiertos, y allí se disfrutan cuantas comodidades se pudieran hallar en un palacio. Una corte mahrata se presenta con mayor realce en su campamento que en su capital; sin embargo, á pesar de esta magnificencia, sobrevienen á veces percances nada agradables, pues el viento vuelca las tiendas y se las lleva; la lluvia las cala é inunda cuanto hay en ellas.

Anúncianse cada día en el campamento las operaciones del siguiente día; y esta faena corre al cargo de los faquires ó de los goseynos; en las marchas mandan hacer los altos; y cuando, despues de haber mandado parar la columna, empiezan á mendigar, la vista de las banderas que se levantan para señalar el sitio del campamento predispone á todo el mundo á la jenerosidad.

Los ejércitos están abastecidos por los Bendjarras, tribu especialmente dedicada al comercio de granos. Los traficantes que siguen á los ejércitos van á hacer sus compras en los pueblos inmediatos al camino que sigue el ejército, y vuelven á vender sus pacotillas en el campamento. En suma, el gobierno se cura poquísimo de la subsistencia de los ejércitos, y con todo esto suelen estar siempre muy bien abastecidos.

Los pueblos cercanos al campamento no pueden menos de ser pillados, sino se avienen con los jefes, quienes, en este caso, les dan guardias. Si no hay arbitrio para entenderse, los habitantes huyen con cuanto pueden llevar consigo; lo restante es pillado; las puertas rotas y las palizadas arrancadas para quemarlas. Los forajidos escavan la tierra para sacar de ella los tesoros que acaso le hayan confiado; escuchan el sonido que producen sus pasos, para descubrir los sitios donde están

enterrados los granos; la sondean con barras de hierro, y por el olor adivinan si han atravesado grano. Semejante sistema convierte en breve la mas rica provincia en un desierto. En los países atravesados á menudo por los ejércitos, las aldeas están arruinadas y desiertas; en breve lo invaden todo las cañas, los mambúes y los juncos. Las ciudades grandes se llenan de fujitivos; y estas suelen librarse del pillaje mediante un rescate.

Hoy día el episodio mas importante de una batalla entre Indos es el cañoneo. Son diestros artilleros; y en las batallas que les han dado los Europeos, ha sido forzoso muy á menudo comprar la victoria con pérdidas de consideracion. El rasgo mas craa clerístico de su táctica, despues de la guerra de escaramuza, es una carga jeneral ejecutada á un tiempo por toda la caballería. No cabe nada mas pintoresco que este espectáculo. Cuando arranca á trote corto, aquel mar de caballería es de suyo imponente; pero cuando allá se lanza al galope, haciendo retumbar la tierra bajo los cascos de los caballos, haciendo brillar sus armas, blandiendo sus lanzas, tremolando sus pendones, llenando el aire de clamores espantosos, viene á formar un cuadro cuya grandeza puja sobre cuanto la fantasía puede inventar.

La caballería carga al enemigo de frente y por los flancos á un tiempo; la destreza con que los jinetes indos saben ejecutar esta maniobra ha escitado no pocas veces el asombro de los oficiales europeos. Dirian que á escape se abalanzan sobre el frente de sus adversarios; pero de repente parte de ellos se desvian y se arrojan sobre los flancos del enemigo, antes que se haya podido ni llegar á sospechar siquiera su proyecto. Estas cargas, aunque imponentes, no producen efecto en tropas regulares, á menos que se dejen sorprender, ó que el cañon haya clareado sus filas.

Mantiénese muchas veces la caballería con asignaciones sobre las rentas de las tierras propias del gobierno ó sobre una parte de las contribucio-



L. M. de la Vallée

Virabhadra, un Avatara ou Incarnation de Siva.

Virabhadra: un Avatara o Incarnacion de Siva.

nes de las provincias. Jeneralmente la paga directamente el tesoro público, ya sea que los jefes reciban cierta suma para mantener á un número determinado de hombres, ya sea que cada jinete reciba su paga, y en este caso las tropas de caballería se suelen componer de hombres altos y robustos, bien montados, y capaces de hacer buen servicio. Algunos cuerpos van montados en caballos que pertenecen al gobierno, y estos cuerpos, aunque compuestos de las castas inferiores, son ordinariamente los mas disciplinados y los mejores del ejército.

En el dia los mejores soldados de infantería son los mercenarios de los valles del Gánjes y del Djamna, los Sindis, y sobre todo los Arabes, que son incomparablemente superiores á todos los otros Asiáticos por su valor, disciplina y fidelidad.

El arte de atacar las plazas ha hecho probablemente poquísimos progresos desde el tiempo de Manú; un bloqueo, una sorpresa, una salida desgraciada suelen terminar los sitios mas bien que los asaltos regulares.

§. III. *Mudanzas sobrevenidas en la jurisprudencia.*

El código de Manú sigue siendo siempre la base de la jurisprudencia indiana, y puede decirse que en suma subsiste sin alteracion en sus principales partes hasta hoy dia. Sin embargo las diversas obras de escritores que se han hecho aceptar como inspirados por la Divinidad, y los muchísimos comentarios de personas que disfrutaban de menos autoridad, así como las adiciones hechas necesarias por el discurso del tiempo, han introducido modificaciones bastante considerables en la ley escrita, y han producido diversas escuelas que se reparten el mundo indiano.

En todas estas escuelas el texto de Manú es quien sirve de punto de partida; pero se interpreta segun las lecciones de los diversos comentadores, y la jurisprudencia así formada se ha redactado en nuevos códigos cuya autoridad guia á las diversas

escuelas. Bengala tiene su escuela particular de jurisconsultos, y aunque las demás partes de la India están acordes entre sí y con Bengala en punto al fondo jeneral de la doctrina, es preciso reconocer en ellas cuando menos cuatro escuelas diferentes, á saber: la de Mithila (norte del pais de Behar), la de Benarés, la del Maharashtra (pais de los Maharasas) y en fin la del Dravida ó del mediodía de la Península.

Todas estas escuelas están unánimes para prohibir los casamientos mixto entre personas de castas diferentes; y no todas reconocen las especies de hijos aceptados en la ley de Manú, pues no reconocen mas que á los hijos de la sangre ó adoptivos. Algunas de ellas sin embargo admiten una especie de adopcion de que Manú no dice una palabra. La viuda, en virtud de instrucciones reales ó supuestas de su marido, tiene el derecho de adoptar por él despues de su muerte. Algunas escuelas reconocen además este derecho á las viudas, prescindiendo de toda autorizacion del difunto.

Todas las escuelas van igualmente mas lejos que Manú para asegurar á los hijos la igual particion de los bienes de la familia. Las mas niegan al padre el derecho de enajenar la propiedad que recibió de sus mayores, á menos de estar á ello autorizado por sus hijos, y de haber provisto á sus medios de subsistencia. Todas prohiben la particion arbitraria de los bienes que cupieron al padre por herencia, y hasta la particion arbitraria de los bienes que se granjeó el padre con su trabajo. La escuela de Dravida reconoce exactamente á los hijos los mismos derechos que al padre sobre los bienes de la familia; el padre no es mas que usufructuario.

Todas, escepto en Bengala y en ciertos casos solamente, desechan el testamento.

En el dia la ley entra sobre todos los puntos en muchos mas pormenores que en tiempo de Manú. La propiedad inmueble ocupa en ella mucho lugar; las relaciones entre el propietario y el colono están esmeradamente definidas y arregladas.

Es lícito hacerse representar ante los tribunales por leguleyos; los procedimientos, están determinados con una sabiduría de que Sir William Jones hace los mayores elogios.

La ley reconoce diversas formas de arbitramento, y aunque subsistan todavía los principales elementos del sistema antiguo, échase de ver no obstante que la ley ha sido muy modificada en los tiempos modernos; el procedimiento es mas racional, pues prevé muchísimos mas casos que el código primero.

Sin embargo, todo bien considerado, las mejoras introducidas no arguyen una sabiduría comparativa digna del primer legislador; la jurisprudencia actual de los Indos no tiene sobre la de los otros pueblos asiáticos la superioridad que la distinguía en tiempo de Manú de todas las legislaciones contemporáneas.

También se han ido efectuando calladamente, y sin alterar en lo mas mínimo el texto de la ley primitiva, mudanzas importantes. Así, por ejemplo, la ley permite siempre los ocho modos de casamiento de Manú; pero de hecho, el único que se practica es el mas conforme á la razon, el que siguen todas las naciones.

La ley criminal, que subsiste todavía en su barbarie primitiva, ha caído en desuetud, sin duda á causa de esto mismo. Hala reemplazado una especie de derecho consuetudinario, y mas jeneralmente la arbitrariedad de los majistrados.

La administracion regular de la justicia dispensada por tribunales permanentes, como positivamente lo ordena la ley de Manú, no es ya una obligacion en el dia para la mayoría de los gobiernos indos. A estos tribunales primitivos se les han sustituido casi en todas partes comisiones nombradas por el príncipe, compuestas jeneralmente de personas rendidas á los palaciegos. Los tribunales están en parte reemplazados por comisiones de árbitros, llamadas *Penchayetes*, que recibieron á veces sus poderes del gobierno y terminan ordinariamente las discu-

siones por medio de una conciliacion amistosa entre las partes. En jeneral, no cabe duda en que hoy dia la justicia está mucho peor administrada en los estados indos que lo estaba probablemente en tiempo de Manú, y ciertamente en los siglos históricos.

Además de las modificaciones que se han introducido en la ley de Manú, puédense observar hoy dia en la India muchísimos usos locales de que no dice una palabra el libro sagrado.

Los mas no merecen que se haga de ellos mencion; pero los hay tambien de suma importancia y cuya historia fuera curioso estudiar, por cuanto son sin duda tradiciones de los siglos anteriores que han persistido tras la introduccion de las leyes de Manú y la conquista de los Brámines. La mas singular de estas costumbres locales es quizás la de los Naires del Malabar, entre las cuales una mujer casada puede legalmente entregarse á todos los hombres de casta igual ó superior á la suya. De ahí es que es tan grande entre ellos la incertidumbre de la paternidad, que el heredero lejítimo de un hombre no es su hijo, sino el de su hermana.

§. IV. Estado actual de la religion.

Las variaciones mas importantes que ha experimentado la religion desde el tiempo de Manú son:

El olvido del principio del mono-teismo (unidad de Dios);

El abandono de algunos dioses, y la introduccion de algunos otros en el panteon indo;

La adoracion de hombres deificados;

La aparicion ó al menos el grande desarrollo de las secias, y la tendencia á exaltar á algunos descuidando á los otros;

La doctrina que enseña que la fé en cierto dios es mas eficaz que la contemplacion, la observancia de la ley y las buenas obras;

El uso de un nuevo ritual sustituido á los Vedas, y la supremacia religiosa adquirida por las órdenes monásticas.



Mahadeva et Parvati

Mahadevā y Parvati.

No hay pais en la tierra donde la religion haga tan gran papel aparente como en la India. Cada ciudad, cada aldea, tiene sus templos de todas especies, desde el nicho que apenas abriga á su ídolo hasta la pagoda de encumbradas torres, de patios espaciosos, y de largas colonatas. En todos estos sitios vése constantemente á una multitud de adoradores, que acuden á cubrir de guirnalda la santa imájen, que le ofrecen flores y frutas. Las orillas del rio ó del gran receptáculo, escavado por los hombres, cerca de los cuales se levanta el templo, están cubiertas de grandes escalinatas de ajigantadas gradas que bajan hasta el agua. Desde que raya el dia, estas graderías están cubiertas de un jentío desalado que va allí á hacer sus abluciones. Durante todo el dia retumba el templo con los cantos de los fieles; el ojo del curioso se pasea con placer por aquellos graciosos grupos de mujeres de largos vestidos, que acuden á traer sus ofrendas á la divinidad del sitio. Vénse circular por las calles grupos de Bramines de aspecto grave y severo; recórrenlas á veces crecidas procesiones al sonido de los timbales y de la música. Llevan consigo imájenes bajo dosel, carros tamaños como montes, que representan templos famosos; y aunque la materia primera de todas estas decoraciones sea de las mas sencillas, están sin embargo ejecutadas con buen gusto, y dan á la escena una apariencia grandiosa é imponente.

Lejos de las ciudades, en los sitios desiertos, se hallan templos, en las orillas de un rio, en los valles profundos y retirados, y en la cumbre de las colinas. En las selvas mas agrestes, una piedra pintada de vermellon, una guirnalda que cuelga de las ramas de un árbol, una banderita que asoma sobre las hojas, anuncian al viandante la santidad del sitio.

Por los caminos se encuentran cuadrillas de religiosos mendicantes y peregrinos, distinguiéndose los primeros por el hábito de su orden, y llevando los segundos algun símbolo del dios cuyo santuario van á vi-

sitar y cantando su nombre ó himnos en alabanza suya, todas las veces que se encuentran con viajeros. Las innumerables fiestas que se suceden en el año son celebradas por los príncipes con mucha pompa y magnificencia; pues es para los ricos una ocasion para mostrar su opulencia; y hasta los mas menesterosos se visten de fiesta y muestran su alborozo.

Las jentes de las clases inferiores son las mas aficionadas á seguir las frecuentes reuniones indicadas para los dias de fiesta con grados á ciertas divinidades; así es que llegan á ellas en tropeles, y algunos de larguísimas distancias.

Aunque la religion, presentada bajo formas tan palpables, no entre realmente en todas las escenas de que es un pretexto, ejerce no obstante todavía un influjo prodigioso en el pueblo, y bajo este respecto nada ha perdido de su poderío.

Pero los objetos de la adoracion de los fieles no son ya en el dia lo que eran al principio.

El monoteísmo, enseñado por los Vedas como la verdadera fe en la que van comprendidas todas las otras formas, ha sido desbancado por un sistema de politeísmo y de grosera idolatria; si no está completamente olvidado, no hay nadie que piense en él seriamente, á no ser los filósofos y teólogos.

Los sectarios de los Vedas, aunque se hallan levantados hasta cierto conocimiento del carácter real de la Divinidad, y aunque deseosos de pagar sus doctrinas, no osaron sin embargo chocar con las creencias populares. Animados de su respeto característico para las tradiciones inmemoriales, ó quizás no osando chocar con los intereses de los sacerdotes, á quienes siempre han respetado los Bramines mas ilustrados, dejaron al pueblo que se estraviase en la adoracion de una multitud de dioses, á quienes, por una transaccion de su conciencia, se avenian á considerar como otras tantas formas ó símbolos del verdadero Dios. Las consecuencias fueron tales como cabia esperar de la flaqueza de la na-

turaliza humana; toda la parte material de la religion vino á prevalecer sobre la espiritual; el antiguo politeísmo conservó, ó, por mejor decir, ganó terreno; y se maleó mas todavía con la introduccion en el panteon indiano de héroes deificados que han acabado por desbancar á los dioses, de quienes sacaban estos mismos su carácter divino.

El libro santo de esta nueva religion son los *Puranas*. Cuéntanse hasta diez y ocho, atribuidos todos á Vyasa el compilador de los Vedas, pero escritos realmente por varios autores que vivieron desde el siglo octavo hasta el décimosexto de nuestra era. Contienen teogonías, historias de la creacion, especulaciones filosóficas, instrucciones para las ceremonias religiosas, jénealogías, fragmentos de historia, é innumerables leyendas relativas á los dioses, héroes y sabios. Los mas de los *Puranas* están escritos á favor de sectas diferentes, de modo que no forman un cuerpo de doctrina unitaria. Con todo esto son admitidos todos como autoridad irrecusable; y como son la verdadera fuente de donde brotó la actual religion de los Indos, no deberemos estrañar verlos llenos de contradicciones y anomalías.

Ya hemos dicho que los Indos tienen todavía la idea de la existencia de un Sér supremo, de quien sacan su origen todas las criaturas, ó por mejor decir, de cuya sustancia se componen; por cuanto, segun la creencia de los tiempos modernos, el universo y la divinidad no son mas que una sola y misma cosa. No obstante la devocion de los Indos se esplaya sobre una multitud de dioses y diosas, cuyo número no es posible averiguar. Algunos escritores, con la exajeracion comun á los Indos, fijan su guarismo en trescientos y treinta millones. Sin embargo la mayor parte de estas divinidades no son mas que ángeles adictos al servicio de cada uno de los cielos de su mitología, ó espíritus que no tienen nombre particular y que cuentan por millones.

No obstante los diez y siete dioses cuyos nombres vamos á dar son los

principales y los únicos quizás que sean universalmente reconocidos como ejerciendo funciones distintas y divinas, y por consiguiente teniendo derecho á las adoraciones de los mortales.

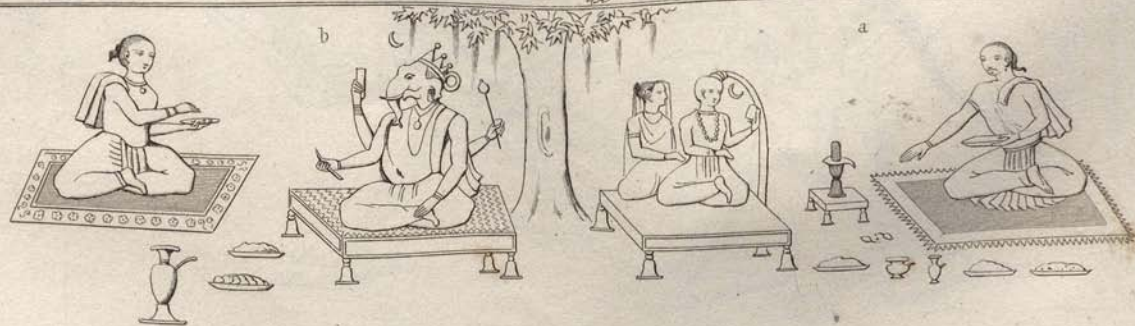
1. Brama, el principio creador;
 2. Vishnu, el principio conservador;
 3. Siva, el principio destructor.
- Cada uno de estos dioses tiene su diosa representada mitológicamente como su mujer, y metafísicamente como la potencia que desarrolla el principio representado por cada miembro de la trinidad. Son:

4. Saraswati;
5. Lakchmi;
6. Parvati, ó Devi, ó Bhavani, ó Durga;
7. Indra, dios del aire;
8. Varuna, dios de las aguas;
9. Pavana, dios del viento;
10. Agni, dios del fuego;
11. Yama, dios de las rejiones infernales y juez de los muertos;
12. Cavera, dios de las riquezas;
13. Cartikeya, dios de la guerra;
14. Cama, dios del amor;
15. Surya, el sol;
16. Soma, la luna;
17. Ganesa, el dios que aleja los obstáculos que como tal preside á las puertas de todos los edificios, y á quien se invoca al acometer cualquiera empresa.

A estas divinidades podríamos agregar los planetas y la mayor parte de los rios sagrados, tales como el Gánjes, adorado bajo la forma de una diosa, y objeto de un culto entusiasta.

Los tres primeros de estos dioses, Brama, Vishnu y Siva, forman la célebre trinidad inda. El carácter especial y particular de cada uno de ellos es fácil de reconocer; mas no cabe concluir su unidad supuesta sino de la máxima jeneral de los Indos ortodoxos, por la cual todas las divinidades no son mas que las formas diversas de un Sér supremo y único.

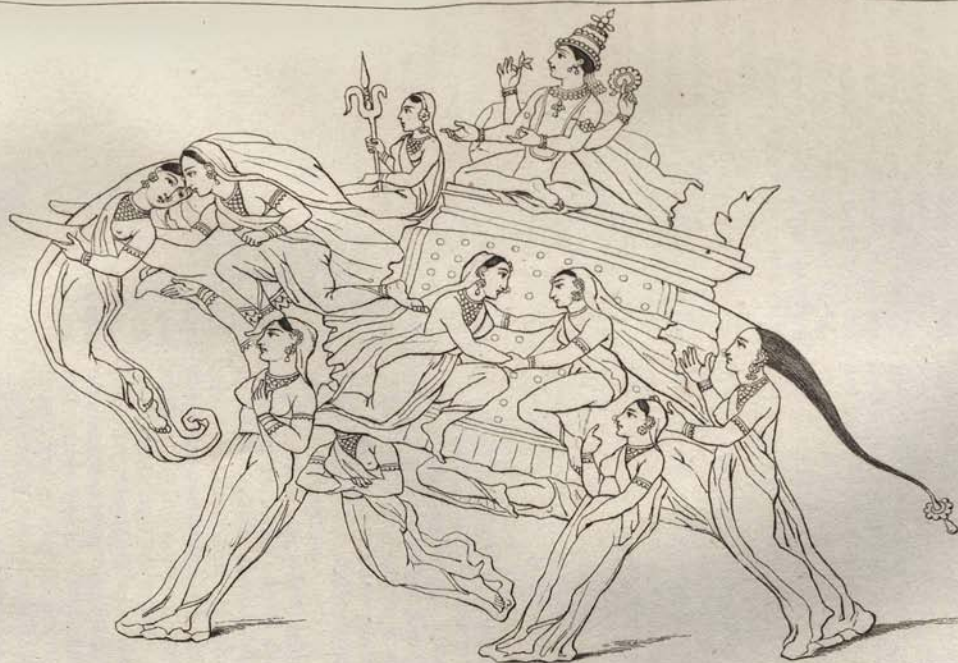
Brama.—Aunque parece que Brama tuvo en lo antiguo una especie de preeminencia sobre los demás, y aunque sea el único de quien habla Manú, sin embargo nunca ha visto



lingam de Siva

1. Siva (Mahadéva, Mahadéo &c.) 2. a. Mahadéva et Parvati avec le Lingam, attribut principal ou type du Dieu considéré comme Créateur. b. Ganesa fils de Mahadéva.

1. Siva (Mahadéva, Mahadéo &c.) 2. a. Mahadéva y Parvati con el lingam atributo principal ó tipo del Dios considerado como Criador b. Ganesa hijo de Mahadéva



Léonard de Vinci.

Krishna. (8^{me} Avatara ou Incarnation de Vishnou) porté par les Gopis (Gopia) (Nymphes Laitières)
Krishna. (8^a Avatara ó Encarnação de Vishnou) levado por las Gopis (Gopia) (Ninfas Lecheras)

su culto muy floreciente; no tiene ya mas que un templo en la India, y aunque es invocado en las oraciones diarias, cuenta con poquísimos adoradores consagrados especialmente á sus altares.

Su esposa Saraswati, la diosa de la ciencia y de la elocuencia, no está tan completamente olvidada como él.

No puede lo mismo con Vishnu y Siva; pues á estos dioses ó á sus encarnaciones se dirijen sobre todo los sentimientos religiosos de los Indos. Cada uno de ellos tiene sus sectarios que reclaman altamente para él la supremacía.

Siva. — He aquí la pintura que de Siva nos dan los Puranas: «Va errante, rodeado de una lejon de demonios y espíritus, beodo, desnudo, la cabellera tendida, cubierto con las cenizas de las hogueras fúnebres, engalanado con huesos y cráneos humanos, riendo á veces, y otras gritando.» Las imágenes del dios concuerden perfectamente con este lúgubre retrato. Representante con tres ojos, armado de un tridente; á veces tiene el cabello recogido á la moda de las órdenes mendicantes, sentado en la actitud de una contemplacion profunda. Esta pintura corresponde perfectamente á lo que de él dicen las leyendas, que está absorto siempre en la meditacion, y que consume con el fuego de sus miradas á los que son osados á turbarle. Pero aunque todas estas imágenes concuerden con su carácter de dios de la destruccion, el único emblema bajo el cual es adorado espresa del modo mas significativo, que la destruccion ó la muerte no es, á los ojos de los Indos, mas que un modo de rejeneracion.

Es el símbolo del principio criador, tal como aquel con que los antiguos adornaron tan profusamente sus templos; solo que en los templos indos es meramente un pequeño cilindro de piedra que solo de lejos recuerda el objeto que debe representar. Ofrecenle á Siva sacrificios sangrientos, y en su obsequio ó en el de su esposa se ve á tantas jentes, en ciertos dias de fiesta, imponerse voluntariamente horribles torturas. En

estas ocasiones, unos se abren las piernas, otros se horadan la lengua con cuchillos y siguen las procesiones del dios con espadas ó flechas hincadas en sus heridas abiertas; estos se pasean con asquerosas culebras vivas que lamen la sangre de que están cubiertos, aquellos se hacen levantar en alto por un garfio de hierro clavado en el ano, en seguida se hacen columpiar del cabo de una cuerda á una altura asustante, desde la cual, si sus carnes cediesen, caerian para hacerse pedazos.

Siva se cura poquísimos de los negocios del mundo, y en el sistema actual de los Indos, no hay dios especialmente encargado del gobierno del universo; el Sér supremo, de cuya sustancia está formado, no se cura tampoco de él. Sin embargo la opinion del vulgo es mas racional que la de los que le enseñan; mezcla, quizá sin advertirlo, la idea del Sér supremo con la de la divinidad que mas especialmente atrae sus adoraciones; le atribuye un señorío sobre las acciones de los hombres; cree que premia á los buenos y castiga á los malos en este mundo y en el otro.

El cielo de Siva está en medio de las nieves y de los eternos hielos del Keila, una de las cumbres mas elevadas del Himalaya.

Devi ó Bhavani. —Devi ó Bhavani, la esposa de Siva, cuenta al menos tantos adoradores como el dios terrible, y la describen con colores todavía mas asustantes, hasta en el mediodía de la India, donde la ven ordinariamente bajo un aspecto menos cruel. Representanla bajo la forma de una hermosa mujer montada en un tigre, pero en actitud fiera y amenazadora, como en ademan de lanzarse á la pelea contra aquellos gigantes cuya derrota motivó sus encarnaciones. Bajo otra forma que se ve en todas partes, y principalmente en Bengala, es una mujer de tez negra, de rostro horroroso y terrible, chorreando sangre, enlazada de culebras que le hacen con cráneos humanos un collar horrible; es una furia que no una diosa. Las formas de su culto no desdican de ese carácter. Ofrecianle en otro tiempo sacrificios humanos,

y hasta en el día creen que se sacia con placer de las víctimas degolladas sobre sus aras. En su templo cerca de Calcuta, le sacrifican mas de mil cabras al mes; en Bindabashni, donde los últimos ramales de los montes Vindhya se aproximan al Gánjes, los sacerdotes de la cruel diosa dicen con orgullo que la sangre vertida sobre sus aras no tiene nunca el tiempo de secarse.

Bajo otros aspectos, el culto de Devi no se diferencia del de los otros dioses, pero toma á veces una forma que ha atraído muchas reconvenciones á la religion de los Indos. Hablo de aquellas orjías secretas de que tanto han escrito los misioneros, y de que desgraciadamente nadie ha podido negar la existencia. En aquellas horribles fiestas, una secta de adoradores de Devi, compuesta sobre todo de Bramines, mas no exclusivamente, por cuanto en esta secta están abolidas todas las castas, se reúne durante la noche. hombres y mujeres, se entrega á los placeres de la mesa, se embriaga y se abandona á los excesos mas vergonzosos. Y esto es tanto mas odioso por cuanto está cohonestado por la religion; pero por dicha es probable que estos desórdenes son bastante raros, y se ejecutan siempre en medio del mayor misterio. Por otra parte nadie se atreve á confesar que hace parte de esta secta infame, y es mirada con horror y menosprecio por todos los Indos ortodoxos. Además de estos sectarios, y tambien sin pertenecer al culto de Devi, hay entre las órdenes mendicantes algunas que se superponen á todas las leyes y creen sin pecar poderse entregar á todas sus pasiones. Estas jentes no contribuyen poco tambien á hacer ver la religion de los Indos bajo un aspecto repugnante, y no cabe negar que mezclan comunmente el desenfreno y el sensualismo con todas las partes de su mitología; pero ordinariamente sus ideas no salen de sus cánticos, de sus libros, de sus templos y de sus fiestas, que no es dado á todo el mundo estudiar. Un extranjero puede vivir años enteros en medio de ellos, y hasta asistir á la mayor par-

te de sus ceremonias religiosas, sin ver en ellas la menor indecencia, pues las ideas de los Indos en punto á decoro, sobre todo por lo que hace á las relaciones de los sexos, son tan estremadamente severas que á los ojos de los Europeos traspasan los límites de la razon.

Vishnu. — Representante ordinariamente bajo la forma de un mozo de estampa bella y halagüeña de color de azul celeste y vestido como un rey de los tiempos antiguos. Representante tambien á veces bajo una de las formas de sus diez encarnaciones principales que vamos á contar brevemente, para dar una muestra del talento inventivo de los Indos en punto á ficción.

En la primera, tomó la forma de un pez para salvar los Vedas arrebatados por un demonio en el diluvio. En la segunda, se transformó en jabalí, y con sus colmillos, volvió á pescar el mundo que se habia empozado en el Océano. En la tercera, bajo la forma de tortuga, llevó el peso de una montaña famosa en las leyendas indas. La cuarta encarnacion de Vishnu fué motivada por razones algo mas relacionadas con los negocios humanos. Un tirano infiel queria matar á su hijo para castigarle de la fe que tenia en Vishnu. En la última entrevista que debia tener con el desventurado mozo, el tirano, mofándose de la supuesta ubicuidad del dios, preguntó á su víctima si se hallaba tambien en una de las columnas de la sala donde estaban. El hijo contestó que sí, y el rey enfurecido iba á mandar su ejecucion, cuando repentinamente salió de la columna Vishnu en forma de hombre con cabeza de leon, y destruyó al cruel padre. La historia de la quinta encarnacion es, si cabe, mas curiosa todavía. Había un rey que con sus sacrificios y austeridades habia adquirido tamaño poder sobre los dioses, que habian tenido que abandonarle la tierra y el mar, y estaban aguardando aterrizados su postrer sacrificio que debia darle posesion del cielo. En aquel apuro, Vishnu fué á aquel conquistador de nueva calaña en forma de enano, y le pidió tanta tierra cuan-

to pudiera medir en tres pasos. El rey echándose á reir de aquel enanillo, le otorgó su súplica; pero entonces Vishnu del primer bote atravesó la tierra, del segundo el Océano, y no hallando en seguida mas espacio para el tercer paso que se le habia concedido, absolvió de su promesa al rey, con el pacto de que bajaria á las rejiones infernales.

En su sexta encarnacion, Vishnu se presentó bajo la forma de Paris Ram, héroe bramín, que hizo la guerra á los Kchatryas ó casta militar, y la esterminó. En su séptima encarnacion, se mostró bajo la forma de Rama; en la octava, bajo la de Bella Rama, héroe que purgó la tierra de gigantes. En la novena, se produjo como Budha, autor de una falsa religion, y tomó esta forma para engañar á los enemigos de los dioses. Esta leyenda tiene por objeto consunar el budhismo, rival de los Bramines. La décima encarnacion está todavía por venir.

Pero todas las otras encarnaciones de Vishnu han sido eclipsadas por las de Rama y de Crishna, quienes, no solamente han desbancado, en la India al menos, á su padre Vishnu, sino que han sustituido tambien su culto al de los dioses antiguos y hasta de todos los otros dioses, esceptuando á Siva, Surya y Ganesa.

Rama.—Rama, identificado con Vishnu, por la supersticion de sus adoradores, era un rey de Oude, y es en las tradiciones indas casi el único personaje cuyos actos presentan cierto carácter histórico. Empezó, segun dicen, por ser escluido del trono paterno y pasó muchos años en el retiro religioso en medio de las breñas. Su consorte, la reina Sita, habiendo sido robada por el gigante Ravana, salió el rey á campaña para librarla, condujo su hueste al Decan, penetró hasta en la isla de Ceilan, de que Ravana era rey, y reconquistó á Sita tras una victoria completa sobre su raptor. En esta expedicion tuvo por aliados un ejército de monos, mandados por Hanuman, cuya imájen se suele ver en los templos, y que es adorado en el Decan tanto al menos como Rama ó cualquier otro dios.

Sin embargo el fin de Rama fué desdichado, pues habiendo con su imprudencia causado la muerte de su hermano Lachman, que habia sido el leal compañero de sus peligros y victorias, se arrojó desesperado en un rio; pero para reunirse, segun dicen los Indos, con la divinidad. Sin embargo conserva todavia su existencia individual segun lo prueba el culto particular de que es objeto. Rama sigue siempre representado en forma humana, y es el objeto de adoraciones casi universales.

Crishna.—Rama dista mucho sin embargo de haber adquirido la popularidad de que goza otro mortal endiosado, Crishna, que no está comprendido en las diez grandes encarnaciones de Vishnu, y cuya historia es mucho menos heroica como rey y conquistador. Nacido de la regia familia de Mata á orillas del Djamna, fué criado por un pastor de las cercanías que logró sustraerle á las crueldades de un tirano armado contra él. Este período de su existencia es al parecer el que mas mella ha hecho en el ánimo de los Indos, que nunca se cansan de repetir las extravagantes hazañas de su infancia, como volaba en los aires, destruía á las serpientes, etc. Hay una secta muy crecida que le adora bajo la forma de niño, como á criador y regulador supremo del universo. Crishna escita no menos como mozo el entusiasmo de sus devotas, quienes no cesan de celebrar su juventud pasada en medio de las *Gopis*, ninfas á quienes está consagrada la leche, danzando, cazando y tañendo la flauta, cautivando los corazones de todas sus agrestes compañeras, y hasta de las princesas del Indostan que habian oído hablar de su hermosura. En su edad madura llevó á feliz término innumerables aventuras, entre otras venció al tirano que retenia su herencia y volvió á subir al trono; y mas adelante hostigado por enemigos extranjeros, tuvo que establecerse en Dwarilla en el Guzerate. Despues tomó partido por la familia de los Pandus en la guerra en la que disputaron á los Curus la soberanía de Hastinapur,

ciudad que suponen haber existido al nordeste de Dehli, y á unas cuarenta millas del sitio donde el Gánjes entra en el Indostan.

Esta guerra es el asunto del gran poema heroico de los Indos, el Mahabharata, del que es Crishna el héroe verdadero. Terminó con la victoria de los Pandus y el regreso de Crishna á su capital del Guzerate. Lo propio que á Rama, le cupo una muerte desgraciada, pues implicado poco despues de su victoria en crueles discordias civiles, murió herido de un flechazo por un cazador que le disparó desde un matorral, creyendo lilar á un venado.

Crishna es el mas popular de los dioses indos.

Entre los fieles que adoran á Vishnu exclusivamente á todos los otros dioses, hay una secta cuyo culto se encamina únicamente á Rama; pero, aunque compuesta de una clase importante, aunque abarca á una multitud de ascéticos y á casi á los mas osados especuladores sobre materias religiosas, no puede compararse, ni en punto al número ni en cuanto á la popularidad, con la secta vishnuvita que se ha dedicado exclusivamente al culto de Crishna.

Esta secta comprende á todos los hombres ricos y sensuales, á casi todas las mujeres, y realmente á la mayoría de los Indos de todas las clases de la sociedad.

Los mas de los adoradores de Crishna afirman que no es una encarnación de Vishnu, sino el mismo Vishnu, Vishnu el creador eterno, y existiendo por sí mismo del universo.

Tales son las principales manifestaciones de Vishnu, pero sus encarnaciones ó emanaciones, no contando mas que las que están mencionadas en los libros, son infinitas; y qué seria si hubiésemos de tomar en cuenta todas aquellas en que le hacen comparecer bajo la forma de algun santo ó héroe local, de que sus devotos han querido hacer un dios?

La misma libertad se toman con los otros dioses. Les atribuyen encarnaciones infinitas. Candoba, la grande divinidad de los Mahratas,

que representan bajo la forma de un caballero armado, es una encarnación de Siva.

La familia bramina de China cerca de Suma, que goza del singular privilegio de poseer un dios hereditario entre sus miembros, pretende sacar su derecho de una encarnación ó emanación de Ganesa.

Hasta las aldeas tienen divinidades locales que son emanaciones de Vishnu ó de Siva ó de las diosas sus esposas. Pero todas estas encarnaciones son insignificantes, comparadas con las grandes encarnaciones de Vishnu, y sobre todo con sus encarnaciones en los personajes de Rama y de Crishna.

Lakshmi es la esposa de Vishnu; no tiene templo, pero como es la diosa de la abundancia y de la fortuna, no hay que temer que caiga su culto en olvido.

De los otros dioses, Ganesa y Surya (el sol) son los mas honrados.

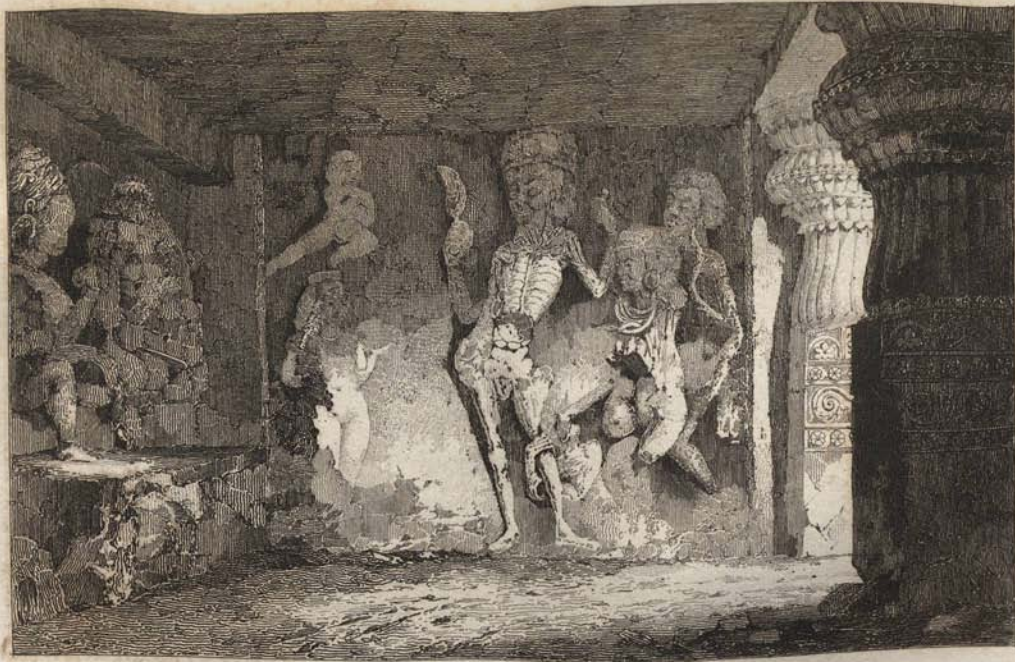
Entrambos tienen devotos que los anteponen á todos los otros dioses, tienen templos y un culto particular. Ganesa tiene probablemente en el Décan mas templos que otro dios alguno, esceptuando sin embargo á Siva.

Surya está representado en un carro, con la cabeza rodeada de rayos.

Ganesa ó Ganpati está representado bajo la figura de un hombre muy corpulento, con cabeza y trompa de elefante.

Ninguno de los otros nueve dioses cuyos nombres hemos dado tiene en el dia templos particulares, aunque es muy probable que los tuvieron en otro tiempo. Los unos tienen una fiesta anual para la que les hacen una estatua, que adoran durante todo el dia y que al dia siguiente arrojan al rio; otros no figuran nunca sino en las oraciones. Indre, en particular, parece haber ocupado antiguamente en los sentimientos religiosos de los Indos mayor lugar que en el dia; llamábanle el rey del cielo y de los dioses; Sir William Jones le ha considerado como el Júpiter de los Indos; pero en el dia no se oye casi hablar mas de él.

A Cama, el dios del amor, le ha



Wankar, del.

Lancette, fecit.

Sculptures. (Groupe de Squatotes) à Ellora.
Esculturas (grupo de Esqueletos) en Ellora.

cabido la misma suerte; es la mas halagüeña de las divinidades indas, es la que los Europeos aceptarían mas gustosos como real. Dotado de una juventud eterna y de incomparable hermosura, ejerce su imperio sobre los dioses y los hombres. Brama, Vishnu y hasta el terrible Siva, han sentido los dardos de su arco de sus flores; sus saetas han traspasado su corazón. Los templos y las grutas que le están consagrados hacen un gran papel en las leyendas, poemas y dramas de la antigüedad, pero en el día está tan arinconado como los otros nueve, esceptuando no obstante á Yama, que, como juez de los muertos, es todavía un objeto de respeto y de terror.

Cada uno de estos dioses tiene su cielo separado y sus servidores particulares; y estos cielos son unos palacios de indecibles felicidades, brillantes todos de oro y pedrería.

El cielo de Indra es entre todos el que mas se ha descrito. Además de sus palacios de oro adornados de piedras preciosas, está hermoseado de frescos arroyos, de grutas, de pensiles siempre floridos, aromatizado por las exhalaciones de un árbol celestial que crece en el centro y lo llena todo de su fragancia. Está iluminado por una luz mil veces mas brillante que la del sol; habitan en él las Apsaras y las Gandarvas (ninfa y cantarinas celestes). Jenios de varias especies están consagrados al servicio de sus habitantes bienaventurados, que pasan el tiempo, en medio de los cantos, de la danza y de los placeres de toda especie.

Espíritus buenos y malignos.—Además de los ángeles y los buenos jenios que habitan los diferentes cielos, hay tambien diversas especies de espíritus barajados con lo restante de la creacion.

Los *Asuras*, parientes de los dioses, desheredados y precipitados en las tinieblas, pero luchando siempre contra sus rivales, y muy semejantes á los Titanes de la mitología griega.

Los *Deytias*, otra especie de demonios bastante numerosos para haber

levantado ejércitos y hecho la guerra á los dioses.

Los *Rakshasas*, seres agigantados y maléficos. Los *Pisachas*, malvados tambien, pero menos poderosos. Los *Bhuras*, espíritus malos del postrer orden, bastante parecidos á las fantasmas y vampiros de las creencias populares de Europa, pero cuya existencia está admitida en la India por todas las clases y edades.

Hay que contar tambien en esta nomenclatura una especie de divinidades muy numerosas, aunque su existencia sea solo reconocida en esferas muy limitadas, y aunque á menudo contesten los Bramines la legitimidad del culto que les tributan. Tales son los dioses de aldea; cada uno adora á dos ó tres como á sus patronos especiales, y á veces tambien como á sus tenaces perseguidores. Vienen á ser en algun modo los Penates y los dioses lares de los Romanos. Las almas de las personas muertas que por un motivo cualquiera han llamado la atencion de la vecindad durante su vida, gozan muchas veces de este honor.

Un rasgo bastante característico de la religion de los Indos (aunque pertenece tambien á otras) es el que los dioses tengan solamente una existencia limitada. Al fin de un ciclo, de una duracion prodijiosa es verdad, el universo cesa de existir; la Trinidad y los otros dioses inferiores pierden su existencia, y la Gran Carisa Primera permanece sola en el espacio infinito. Tras cierto discurso de siglos, ejerce nuevamente su potencia, y toda la creacion, con sus seres humanos y divinos, renace á la vida.

Arduo se hace el creer que unas fábulas tan groseras y pueriles como las de que hemos hablado no sean los restos de los tiempos bárbaros; sin embargo el divino orijen del cristianismo no estorbó que tras la decadencia de las luces, que siguió á la invasion de los bárbaros, que se mezclase tambien con supersticiones repugnantes; de ahí es que debemos creer, con los orientalistas mas competentes, que el sistema de los Indos,

mucho mas puro en otro tiempo ha caído en el estado en que le vemos, de resultas de la decadencia de todas las ramas de la actividad intelectual.

Nos hemos abstenido de comparar el sistema religioso de los Indos con la religion de ningun otro pueblo; quizás logren los sabios hallar la ley de sus concesiones con la mitología de la Grecia y del Egipto, pero es este un trabajo que está aun por hacer.

Fáltanos ahora hablar de la creencia de los Indos en la vida futura. Su doctrina es, como ya se sabe, la transmigración de las almas; pero no hay que echar en olvido que creen tambien que entre sus diversos modos de existencia irán, segun sus méritos, á gozar de miles de años de felicidad en los cielos, ó á padecer largos tormentos en alguno de sus infiernos, mas numerosos todavía que las esferas celestes. Sin embargo es de advertir que no se desahucia á nadie completamente; pues el delincuente mas rematado, desde haber espiado sus crímenes con siglos de padecimientos y largas transmigraciones, puede tambien subir á la escala de los seres, entrar en el cielo, y hasta aspirar al mayor premio á que pueden aspirar los buenos, cual es la absorcion en el seno de Dios.

Las descripciones de la felicidad ó de los tormentos de la vida futura son animadísimas y poéticas hasta lo sumo. Los buenos, en desprendiéndose de su cuerpo mortal, comparcen delante del Yama; son llevados á su presencia por caminos deliciosos, sombreados por árboles fragantes, regados por arroyos cubiertos todos de loto. En aquel risueño viaje les cae encima una lluvia de flores, el aire retumba con los himnos de los bienaventurados, y con los cánticos mas melodiosos todavía de los ángeles. Los malos, al contrario, son conducidos por senderos estrechos y tenebrosos; tienen que atravesar arenales abrasadores, campos de piedras que á cada paso les abren los piés; van en cueros, devorados por la sed, cubiertos de

sangre é inmundicias, bajo una lluvia de ceniza caliente y de ascuas; asustantes apariciones horribles, que llenan los aires en torno de lígubres alaridos y de sajadores ayes. Los infiernos, donde por último quedan empozados, están descritos con una mezcla de sublime y exactitud minuciosa que en mas de un paso recuerdan el poema del Dante.

Estas recompensas y estos castigos son jeneralmente proporcionados á los méritos ó desméritos de los muertos, y no cabe dudar de que ejercen grande influjo en la conducta de los vivos. Pero, por otra parte, la eficacia que se concede á la fe y á la observancia de las formas exteriores de la piedad, la facilidad de espiar los crímenes por medio de penitencias, son por desgracia los rasgos principales del sistema, y no deben de contribuir poco á apocar su poder moral.

El influjo indirecto del sistema sobre la moralidad de los fieles es aun mas perjudicial quizá que estas mismas imperfecciones; por cuanto mantiene una superstición grosera que arruina y degrada el entendimiento; la suprema recompensa que señala á la virtud de descansar en este mundo para quedar absorbido despues en el seno de Dios produce el efecto de destruir los dos mayores estímulos de la virtud, el espíritu emprendedor y el amor de la gloria. Sus empresas sobre el dominio de la ley y de la ciencia propenden á fijarlas, sin esperanza de progreso, en el mismo punto á que habian ya llegado cuando la supuesta revelacion; su intervencion en los pormenores mas vulgares de la vida destruye todo hábito y todo sentimiento de libertad, reduce la vida humana á una mera rutina. Cuando los individuos son libres, el progreso se efectua naturalmente y sin auxilio; una nacion se modifica completamente en el curso de algunas jeneraciones, sin que á nadie cueste el menor sacrificio; pero cuando viene la religion á interponer su autoridad en los pormenores de la existencia, se requiere un atrevimiento nada comun para colum-



D'Ancheret, del.

L. de la Roche, sculp.

Ancien Temple Jain à Ajmer.

Templo antiguo Jain en Ajmer.



Goussier del.

Lemaire sculp.

Temple Jain dans la Forteresse de Komulmair.

Templo Jain en la Fortaleza de Komulmair.

brar la menor novedad; y debe renegar de su religion y desertar la comunión de sus amigos quien trata de hacer la mas leve variación en su régimen alimenticio.

En su interior sobre todo en los límites de su imperio, ha sido impotente el sistema religioso de los Indos para precaver las innovaciones. Sin duda la revelación orijinal no se ha puesto nunca en duda; pero parece que cada cual ha sido libre de dar á su antojo mas ó menos importancia á tal ó cual de sus partes; muchas veces el mismo pasaje ha sido comprendido de diversos modos, y como no existía ninguna autoridad que pudiese defender la unidad de interpretación, se han visto nacer una multitud de sectas, diferenciando todas unas de otras en su práctica y en sus principios.

Sectas.— Hay tres sectas principales: los Sivaitas ó adoradores de Siva, los Vishnuvitas ó adoradores de Vishnu, los Saktitas ó adoradores de una de las Saktis, las asociadas ó las potencias activas de los miembros de la Trinidad.

Cada una de estas sectas se divide en una infinidad de ramas, nacidas de la diferencia de las formas bajo las cuales es adorada la Divinidad, ó de las diversas opiniones metafísicas y religiosas que cada uno de ellos ha enjertado en el tronco principal. Los Saktitas pueden dividirse en tres grandes ramas, cada una de las cuales adora á una de las tres diosas.

Los devotos de Devi, consorte de Siva, son sin comparación los mas numerosos, mas aun que las otras dos ramas reunidas.

Además de estas tres grandes sectas, las hay de menor importancia que adoran á Surya ó Ganesa, ó que, Indos en la forma, se acercan muchísimo al Deísmo mas puro.

Los Sikhes, de que hablaremos, han fundado una secta que ha introducido innovaciones tales, que se la puede mirar como una religion nueva.

No debe suponerse que cada Indo pertenezca á una ú otra de las sectas que acabamos de nombrar; muy al contrario, solo son reconocidos por

ortodoxos los que no quieren aceptar el culto exclusivo de ningun dios, y los aceptan todas, siguen en el culto las formas prescritas por los Vedas, las Puranas ú otros libros sagrados, y desechan todas las ceremonias sacadas de otro orijen. A esta clase en apariencia al menos pertenece todavía la gran mayoría de la órden de las Bramines. Pero, segun toda probabilidad, aun entre ellos, solamente los dotados de entendimiento muy filosófico dejan de sentir alguna preferencia para esa ó aquella divinidad; y con mayor motivo se observará este dislate en las clases inferiores, que solo comprenden la observancia exterior de las ceremonias del culto. Las encarnaciones de Vishnu son las que mas han seducido las imaginaciones populares. En toda Bengala y en el Indostan, á este lado se dirijen todos los sentimientos religiosos del pueblo; y aunque sean bastante numerosos los templos de Siva, esta divinidad cuenta realmente poquísimos fieles; y aun estos gozan al parecer de escasa consideración.

Siva ha sido considerado siempre como el patrono especial de los Bramines, mas nunca ha halagado las imaginaciones populares. Hasta en los sitios donde sus fieles logran la superioridad del número, la mole de la muchedumbre parece adicta á su culto solamente por las interesantes aventuras de Rama y de Crishna. El primero de estos dos héroes es honrado sobre todo en las orillas del Djamna y en el curso superior del Gánjes; en el curso inferior de este rio, en el centro y en el oeste del Indostan, la popularidad de Crishna es muy superior á la de Rama. No obstante Rama es venerado en la India entera, y su nombre dos veces repetido es el saludo ordinario que se dirijen todas las clases de los Indos.

Los Sivaitas forman en todas partes una proporción crecida de las órdenes regulares; donde mas abundan es en el Misore y en el pais de los Mahratas. Mas al sur están en mayoría los Vishnuvitas; en esta parte de la India, Vishnu no es adorado bajo su forma humana de Rama y de

Crishna, sino bajo su carácter abstracto de conservador del universo. Los Saktitas ó adoradores de la divinidad hembra están barajados en todas partes con los otros, y sitios hay donde están en gran mayoría. Las tres cuartas partes de la población de Bengala siguen el culto de una ú otra de las diosas, sobre todo el de Devi.

Casi por todas partes la diferencia de las sectas, aunque viva y profunda y aunque encubra odios ocultos, es bastante difícil de notar. Con dificultad pueden discernirla los Europeos, á menos que hayan estudiado los libros de los señores Colebrooke, Buchanan, etc. Los símbolos pintados en la frente, y que indican las sectas, son ciertamente una de las singularidades mas chocantes del traje de un Indo; y sin embargo se han tenido muchas veces por signo de casta, y no de secta.

Las personas que quieren hacerse afiliarse en una secta pasan por una especie de iniciación, cuya ceremonia principal es la comunicacion secreta al oído, por el *Gurú* (instructor religioso), de ciertas palabras que corresponden á la comunicacion del Gayatri en la iniciación de los Brahmines.

No todas las sectas blasonan de la misma antigüedad. El culto particular de los tres grandes dioses y de sus diosas, la exclusion de las divinidades inferiores, es antiquísimo sin duda; pero arduo es saber cuando empezaron á producirse las pretensiones de superioridad esclusiva de cada uno de ellos sobre los otros; segun toda probabilidad, es un hecho mucho mas reciente que el primero.

Parece cierto casi que las sectas fundadas sobre la adoracion de encarnaciones particulares, como las de Rama y Crishna, son posteriores al principio del siglo octavo de nuestra era.

Sin duda ha aumentado el número de las sectas de resultados del olvido en que han caído los Vedas, que son la fuente á la que es preciso subir para hallar la religion inda en su pureza. El estudio de estos libros estaba

reservado como un privilegio á las tres castas de los hombres dos veces nacidos; de estas castas las dos están casi estinguidas en el dia, y la que queda ha descuidado en gran manera los deberes que al principio le estaban confiados. Sin duda hay que atribuir á estas circunstancias el olvido del ritual antiguo, reemplazado despues por otro, mejor adaptado á las revoluciones que han padecido las opiniones religiosas del pueblo.

Compónese en el dia de una colleccion de himnos, de oraciones, de invocaciones bastante modernas, que, mezcladas con algunos fragmentos de los Vedas, dirijen las ceremonias del culto. M. Colebrooke lo ha analizado en tres ensayos separados, insertados en los volúmenes V y VII de las *Investigaciones Asiáticas* (*Asiatic Researches*).

La diferencia entre este ritual y el de que podemos hacernos una idea en el libro de Manú parece ser mucho menor de lo que podríamos imaginarnos. Las largas instrucciones, que contiene en orden á las oblaciones, la meditacion del *Gayatri*, etc., no están en contradiccion con la religion de los Vedas; y quizás existian ya en tiempo de Manú, aunque este no haya hablado de ellas. Los objetos del culto son á corta diferencia los mismos; las divinidades son elementos y potencias naturales. La introduccion del nombre de Crishna, es ciertamente una innovacion, pero se presenta rarísima vez.

Las ceremonias de los Indos son muchísimas, pero poco capaces de hacer impresion; su liturgia, si hemos de juzgar por los extractos que de ella da M. Colebrooke, contiene algunos hermosos pasajes, pero por lo jeneral es insípida y fastidiosa. Cada cual hace á sus solas sus devociones cotidianas en su casa, en el templo, en el rio, en el lago que le acomoda; la pobreza de estilo de sus oraciones no puede compensarse, con el vínculo simpático que une á los hombres que juntos están crando. La forma del servicio religioso, si así podemos espresarnos, esta variada; pero las ocasiones en que debe

celebrarse son las mismas que en tiempo de Manú. Por otra parte, son siempre las mismas ceremonias que diariamente se repiten, desde la concepcion del infante hasta la muerte del anciano; cada dia las mismas oraciones, las mismas oblacones, los mismos sacrificios. Sin embargo, toman á favor de la brevedad mayor libertad de la que concede en teoría el código de Manú; pero quizás la práctica de su tiempo no diferia de la del dia.

Un Bramin que quisiese desempeñar en el dia todos sus deberes religiosos necesitaria cuando menos cuatro horas diarias. No obstante, si está metido en los negocios de este mundo, puede despachar en media hora. Las jentes de las clases inferiores se contentan con repetir varias veces en el baño el nombre de su patrono.

La multiplicacion de las sectas es á un tiempo la causa y la consecuencia de la importancia que han adquirido las órdenes monásticas. Cada una de ellas se consagra al servicio particular de alguna divinidad, y su poder está en razon directa del favor de su patrono. Así es que cada una de estas predica la fe en su dios como el mejor medio de ver cumplidos sus deseos y de redimir sus pecados. Como deducción lógica, reclaman de todos sus discípulos y pasa toda su vida una obediencia absoluta, y como lo que el Bramin de Manú, en el período de su enseñanza, exijia de los discípulos, pero solamente durante el tiempo del noviciado.

Esta es la causa de las usurpaciones que han hecho estas órdenes sobre la autoridad religiosa de los Bramines, y por consiguiente del odio que estos le profesan.

Los Bramines por su parte han utilizado el ejemplo de los *Coseyenos*, y han tratado, como sus rivales, de empuñar el gobierno de las diversas sectas. Así pues de los ochenta y cuatro *Gurus* ó jefes espirituales de la secta de Ramanudji, hay setenta y nueve que son Bramines seculares.

El poderío de estos jefes de sectas

es otra de las innovaciones mas reparables del sistema religioso de los Indos. Los mas de ellos en el sur de la Península, sobre todo los de las órdenes regulares, tienen casas grandes costeadas por donaciones en tierras, ó por las contribuciones de sus fieles. Estas rentas se gastan sobre todo en obras de caridad; pero estos personajes mantienen al mismo tiempo casa con ostentacion, sobre todo en sus viajes de inspeccion, en los que se les ve montados en elefantes, rodeados de brillantes pendones, etc., etc., como si fueran sumos empleados del mundo temporal. Se hacen seguir por una multitud de discípulos, y siempre son recibidos honoríficamente por los principes cuyos estados atraviesan.

2º. Del Budhismo y del Djainismo.

Hay dos religiones que, si bien distintas de la de los Indos, pertenecen al parecer al mismo orijen, y merecieron el respeto de parte de los pueblos de la India, antes de la introduccion de una religion completamente extranjera por la invasion mahometana.

Estas dos religiones son el Budhismo y el Djainismo.

Entrambas se hacen notar, como las doctrinas bramánicas, por su tendencia al quietismo, su respeto para la vida animal, su creencia en la transmigracion de las almas, en la existencia de infiernos para el castigo de los malos, y de cielos para el premio de los buenos. Su objeto comun, su objeto final es la consecucion de un estado de perfecta apatía, que á nuestros ojos no difiere de la aniquilacion completa, los medios que emplean para alcanzarla son la práctica de las mortificaciones, y el desprendimiento cabal de los afanes y de los impulsos de la humanidad.

Las diferencias entre las dos religiones nuevas y el Bramanismo no son menos chocantes que sus puntos de semejanza; y son muy numerosas, especialmente en los Budhistas.

La mas antigua de las sectas Budhistas niega al parecer la existencia de Dios; y algunas de las que admi-

ten se niegan con todo á reconocerle como á Criador y Soberano del universo.

Segun la antigua secta atea no existe nada sino la materia, que es eterna. El poder de organizacion es inherente á la materia; y aunque el universo perezca de cuando en cuando esta calidad de la materia lo hace renacer despues de cierto período, para volver á padecer una nueva muerte y volver á comenzar de este modo una vida nueva, sin que para nada se necesite ningun agente eterno.

La jerarquía mas levantada en la escala de la vida está ocupada por ciertos séres llamados Budhas, que se han levantado por sus propios méritos y austeridades, durante una larga serie de transmigraciones en este mundo y en los mundos anteriores, á este estado perfecto de inactividad y de insensibilidad que es considerado como el sumo bien.

Esta escuela ateaista cuenta no obstante la intelijencia y la voluntad entre las calidades inherentes á cada molécula de la materia. Otra secta, la llamada de los *Pradjnikas*, trata de esplicar la existencia de estas calidades de un modo mas intelijible, combinándolas en una sola, reuniéndolas á la conciencia de modo que hacen de ellas una como existencia particular; pero con todo no basta aun esta combinacion para esplicar el movimiento; el sér así formado permanece en un estado de reposo perpetuo, sus calidades obran sobre las otras partes de la materia, sin que haya esfuerzo ni volicion de su parte.

Hay sectas de Budhistas á quienes pudiéramos llamar Deistas; la una reconoce la existencia de un Sér supremo, eterno, inmaterial, intelijente, dotado de voluntad, de libertad, de prendas morales, pero que no obstante, lo mismo que en el sistema precedente, no sale jamás de un estado de perpetuo reposo. Otra de las escuelas que creen en esta divinidad lo considera como el único principio eterno y existente por sí mismo, al paso que otra le asocia la materia como existencia separada, y

cree en un tercer sér formado por la union de los otros dos, y á quien atribuye la creacion del Universo.

Pero en ninguna de las escuelas Budhistas la accion de la Divinidad le hace producir por su voluntad mas que la emanacion de cinco ó siete *Budhas*; y de estos Budhas proceden del mismo modo otros cinco ó siete llamados *Bodhisatuas*; cada uno de los cuales está por turno encargado de la creacion de un mundo.

Y con todo eso es tan esencial el reposo á la felicidad y á la perfeccion segun las ideas de los Budhistas, que hasta los *Bodhisatúas* quedan descargados, en cuanto cabe, del afan de conservar sus creaciones. Algunos filósofos enseñan pues que cada uno de los *Bodhisatúas* cuida muy bien de constituir el universo en virtud de leyes que le permiten existir por sí mismo; otros imaginan agentes inferiores creados con este intento; y hasta hay una escuela que pretende que el *Bodhisatúa* del mundo actual produjo las tres personas de la trinidad inda, y les delegó sus tres poderes de creacion, conservacion y destruccion.

Andan discordes las opiniones en punto á los Budhas que se han levantado á este grado por la virtud de las transmigraciones. Los unos creen, con la escuela ateaista, que son producciones de la naturaleza semejantes á los otros hombres, y que conservan una existencia independiente, aun despues de haber llegado al tan deseado estado de inmovilidad perfecta. Las otras sectas pretenden que son emanaciones del Sér supremo, salidas de otros Budhas ó *Bodhisatúas*, y que son finalmente recompensados por sus méritos con la absorcion en la esencia divina.

Ha habido muchísimos de estos Budhas humanos en este mundo y en los mundos anteriores; pero los siete últimos son mas sobresalientes que los otros, el último sobre todo, *Gotama* ó *Sakya*, que reveló la religion actual, fijó las leyes del culto y de la moral, y que, si bien ya hace tiempo que pasó á un grado de existencia mucho mas elevado, es consi-

derado como el jefe religioso de este mundo, y seguirá siéndolo hasta que haya cumplido todo su período de cinco mil años.

Debajo de los Budhas hay un número de grados infinitos, ocupados por los hombres que mas ó menos se han acercado á la perfeccion por medio de la santidad de su vida.

Además de la jerarquía de los Budhas, existe aun una multitud innumerable de criaturas celestes ó terrestres, tomadas las unas pura y simplemente del panteon indiano, é inventadas las otras por los Budhistas.

Los Budhistas de los diversos países difieren mucho entre sí. Los del Nepal parecen estar mas profundamente imbuidos de las supersticiones indas; pero hasta entre los Budhistas de la China se echa de ver fácilmente el oríjen indiano.

La secta que admite la existencia de un Dios es la mas diseminada por el Nepal; la secta ateista reina casi á fuer de soberana, y en toda la pureza de sus doctrinas, en la isla de Ceilan. M. Abel Remusat dice que en la China la secta ateista es la que mas ha cundido entre el pueblo.

Los Budhistas difieren de los Bramines bajo muchísimos respectos. Niegan la autoridad de los Vedas y de los Puranas; han volcado el sistema de las castas; sus sacerdotes salen de todas las clases de la sociedad, y tienen mas conexión con los frailes de Europa que los demás ministros de la religión inda. Viven en monasterios, van uniformemente vestidos de amarillo, andan descalzos, se afeitan la barba y el cabello, tienen en sus capillas servicios regulares á los que asisten en comun; y en fin, en sus procesiones, cánticos, ceremonias, el modo de iluminar sus templos, tienen con el ritual de la iglesia católica puntos de semejanza tales que han chocado vivamente á todos los sabios. No gozan de ninguna de las libertades de las órdenes monásticas de la India; se comprometen á vivir célibes y renuncian á casi todos los placeres de los sentidos; comen juntos en un refectorio comun; duermen sentados en una actitud prescrita, y no

salen de su monasterio mas que una vez la semana para ir todos juntos al baño; algunos van todos los dias á recojer limosnas, pues la mendiguez está vedada por su regla. Los monjes no tienen otra ocupacion que el servicio religioso en los templos dependientes del monasterio; y el público no puede entrar en ellos, y hace sus devociones en otros templos fuera de los conventos.

Tambien hay conventos para mujeres.

Los Budhistas estremán mucho mas que los Bramines el respeto para con la vida animal; los sacerdotes no comen despues de medio dia, ni beben despues de anochecido, de miedo de tragar sin advertirlo insectos invisibles; llevan siempre consigo una escobilla de que se sirven para limpiar el asiento antes de sentarse, siempre por el temor de chafar algun sér viviente. Los hay que se tapan la boca con un pedazo de tela, por no tragarse insectos al respirar. No tienen como los Bramines un respeto religioso al fuego; honran las reliquias de los santos, cosa desconocida entre los demás Indos. Para realzar estas reliquias (algunos cabellos, un hueso, un diente) levantan aquellas sólidas cúpulas, aquellos monumentos en forma de campana, algunos de los cuales son de dimensiones colosales.

Los Budhas están á veces representados en pié, pero mas comunmente sentados y con las piernas cruzadas como los Turcos, el cuerpo derecho, en la actitud de una meditación profunda; el semblante reposado, y el pelo rizado.

Además de los templos y monumentos que se ven en los países donde todavía existe el Budhismo, hállanse en la India ruinas magníficas que le han pertenecido.

Los mas reparables de estos monumentos son templos subterráneos; los portentosos hipojeos (1) de Ellosa son obra de los Budhistas. El mas asombroso está en Carla, entre Puna y Bombay; su altura y longitud,

(1) Voz griega que significa subterráneo.
N. DEL T.

sus colonatas que lo separan en tres partes, el coro y las alas, su nave abovedada en ojives y esculpida recuerdan las maravillas de la arquitectura gótica.

Los Budhistas poseen una literatura riquísima, pero que no difiere de la de los Bramines. Consérvase en los dialectos locales de los diversos países donde el arte de la imprenta conocido ya desde mucho tiempo ha multiplicado en gran manera el número de los libros.

El Pali, ó dialecto local de Maghada (antiguo reino á orillas del Ganges, y residencia de Gotama ó Sakys), parece ser el dialecto mas generalmente empleado en los escritos religiosos de los Budhistas.

Los Djainistas ocupan un lugar intermedio entre los Budhistas y los Bramines.

Están de acuerdo con los Budhistas para negar la existencia ó al menos la actividad y providencia de Dios; creen como ellos en la eternidad de la materia, adoran y honran á los santos, tienen un respeto escrupuloso para con la vida animal, y siguen sobre este punto las mismas prácticas; tampoco tienen sacerdotes hereditarios, desechan tambien la autoridad de los Vedas, y no tienen ni sacrificios ni respeto religioso para el fuego. Lo mismo que los Budhistas, colocan la felicidad suprema en un estado de abstraccion perfecta y han remedado las creencias bramánicas lo mismo que aquellos.

Bajo otros aspecto se acercan á los Bramines; así es que han conservado la division por castas. Los Djainistas del oeste y del Sur de la India han conservado esta distincion en todo su rigor, y podemos decir que está tambien admitida de hecho por los del nordeste. Aunque desechen la autoridad de los Vedas como ley absoluta, concédenles no obstante gran valor sobre todos los puntos en que los Vedas no están en oposicion con sus principios é ideas religiosas. La principal objecion que les ponen son los sacrificios sangrientos ordenados por los Vedas, y la muerte que puede causar la combustion de

las ofrendas consumidas sobre las aras.

Los Djainistas reconocen todas las divinidades de los Bramines, y hasta adoran á algunas de ellas, aunque las tienen por muy inferiores á sus santos, para quienes ante todo reservan sus homenajes.

Fuera de estos puntos de semejanza con los Bramines y Budhistas, los Djainistas tienen ciertas creencias que les son propias. Sus adoraciones se encaminan principalmente á un número limitado de santos que con sus austeridades se han encumbrado sobre los dioses. Son los *Tirtankeras*, de los que existen veinte y cuatro actualmente, como han existido veinte y cuatro en lo pasado, y como existirán veinte y cuatro en el porvenir.

Los mas honrados de estos veinte y cuatro personajes son: Rishoba, el primero de los Tirtankeras actuales, y sobre todo el vijésimo tercio y el vijésimo cuarto, Parasnath y Mahavira. Como, fuera de la historia de estos dos últimos, la de todos los demás es evidentemente fabulosa, se ha conjeturado, con algunos visos de razon, que Parasnath y Mahavira son los verdaderos fundadores del Djainismo. Todos por otra parte están sumidos en el mismo estado de perfecta beatitud apática, y no tienen ninguna parte en el gobierno del mundo.

Los Djainistas han introducido algunas variaciones en las jerarquías y la historia de las divinidades bramánicas que han conservado. No dan ninguna superioridad á los tres grandes dioses de la trinidad bramánica. Además han añadido muchísimo al número de los dioses y á los jenerales desatinos del sistema; así es que cuentan sesenta y cuatro Indras y veinte y dos Devis.

No honran las reliquias de los santos, y no tienen establecimientos monásticos. Sus sacerdotes son llamados Djatis, son de todas las castas, y su hábito, á pesar de alguna diferencia, recuerda perfectamente el de los Bramines. Llevan anchas capas blancas, van con la cabeza descubierta, con la barba y el cabello

cortos; se apoyan en un baston negro, y van armados siempre de una escobilla como los Budhistas. Viven de limosnas y no se bañan nunca, quizás por oposicion á las incesantes abluciones de los Bramines.

Los templos de los Djainistas suelen ser grandes y magníficos, generalmente de techo llano, con claustros y colunatas; á veces recuerdan los templos de los Bramines; otras veces son de forma circular, rodeados de las estatuas colosales de los Tirkanteras. Las paredes están cubiertas de sus leyendas particulares, mezcladas con los de los Bramines. Además de las estatuas, tienen altares de mármol con las figuras de los santos en relieve, ó representando la huella de sus piés, especie de memoria que tambien conservan los Budhistas.

El mas hermoso templo de los Djainistas es aquel cuyas magníficas ruinas de mármol blanco se ven en la montaña de Abu, en el norte de Guzerate. Tambien hay hipojeos labrados por los Djainistas en Ellona, en Nasik y en otros parajes cerca de Chinraipatan, en el Misore, se levanta la estatua, cortada en la peña de uno de los Tirkanteras, y que tiene hasta setenta piés de alto.

Los Djainistas tienen una literatura muy abundante, poco diferente de la de los Bramines, pero mas rica todavía en extravagancias cronológicas y jeográficas; cuentan por centenares de millones lo que ya era harto desatinado el contar por meros millones. El *pali* es la lengua sagrada del Djainismo.

Se ha controvertido la cuestion de saber cuál fué, entre las tres religiones de que acabamos de hablar, la primera que se estableció en la India.

En primer lugar la cuestion debe reducirse entre los Budhistas y los Bramines. Admitiendo para entrambos sistemas una comunidad de origen que basta á probar la cabal analogía de sus principios fundamentales, parece que la cuestion debe resolverse á favor de los Bramines; y lo que da mayor fuerza á esta conclusion es que parece imposible que el Budhismo sea un sistema orijinal.

Un entendimiento ajeno del sentimiento religioso tomaria ciertamente su primera idea de Dios de los poderes que reconoce superiores al suyo. Aun cuando pudiese concebir una divinidad absorbida en el reposo mas perfecto, no pensaria sin duda en adorarla; pues trataria mas bien de propiciarse el sol que le calienta, ó los cielos que le sobresaltan con sus rayos. Mucho menos comenzaria por el culto de los santos, por cuanto la santidad no es mas que la devocion para con nociones religiosas preconcebidas ya; y en segundo lugar es forzoso que una religion tenga ya un imperio bien establecido, para hacer aceptar al pueblo la deificacion de los que mas fieles se han mostrado á sus preceptos, sobre todo si estos santos personajes no son tenidos por gobernantes del mundo, ó al menos como mediadores entre el hombre y el Omnipotente.

La religion de los Bramines se presenta pues bajo un aspecto mucho mas natural. Levantóse al principio de la adoracion de las potencias naturales al Deismo para caer despues en el esceptismo para los hombres instruidos, y en la adoracion del hombre para el vulgo.

Las conjeturas que puede formar la ciencia histórica sobre el mismo asunto conducen á la misma conclusion. Al siglo XIV antes de Jesucristo fijan con mayor verosimilitud la época en que los Vedas fueron redactados en la forma bajo la cual nos han llegado; y entonces la religion que enseñan debia de haber hecho ya grandísimos progresos, al paso que los mas zelosos defensores del Budhismo no han podido nunca reclamar para él una antigüedad mayor que el siglo X ú XI antes de Jesucristo; las autoridades científicas mas respetables fijan su aparicion al siglo sexto.

Todos los pueblos adictos al Budhismo están acordes en reconocer que les llegó de la India. El fundador del Budhismo es para todos Sakya Muni ó Gotama, natural de Capila, al norte de Gorakpur. Los unos dicen que era meramente un Khatrya; los otros indican un orijen

mas preciso, asegurando que era hijo de un rey. Los mismos Bramines confirman esta opinion, diciendo que era un Kchatrya, hijo de un rey de la estirpe solar. No están tan acordes en punto á la época de su existencia. Los Indios, los pueblos de Ava, de Siam y de Ceilan, le hacen nacer en el siglo sexto antes de Jesucristo, época señalada por grandes sucesos en la historia de los reyes de Magada.

Por otra parte los Cachemirianos hacen vivir á Sakya Muni en 1332 antes de Jesucristo; los Chinos, los Mogoles y los Japoneses en el siglo X antes de Jesucristo; y de los trece autores tibetanos, citados en el *Oriental Magazine*, cuatro hacen remontar su existencia á 2959 años antes de Jesucristo, y los otros nueve á 835; al paso que la principal obra religiosa de los Tibetanos, al afirmar que el gran concilio convocado por Asoca se celebró ciento y diez años despues de la muerte de Budha, refiere este acontecimiento á menos de cuatrocientos años antes de Jesucristo; pues testimonios irrecusables prueban que Asoca vivió en el siglo III antes de nuestra era.

Un autor chino difiere de todos sus compatriotas dando el año de 688 antes de Jesucristo por la de la muerte de Sakya Muni; las tablas chinas y japonesas, que fijan la época en que florecia Sakya Muni á novecientos noventa y nueve años antes de Jesucristo, dicen que vivió bajo el reinado de Adjata Satru, quien, por el lugar que ocupa en la nomenclatura de los reyes de Magada, debe de haber vivido en el siglo IV antes de Jesucristo.

Estas diferencias son muy multiplicadas para que quepa resolverlas por la hipótesis de la existencia de dos Budhas; y por otra parte está combatida por la identidad permanente del nombre de Sakya, por la de todas las circunstancias que se refieren á la historia del personaje que tratan de hacer vivir en épocas tan diferentes. Así pues, ó bien hemos de creer que los Budhistas ignoran la fecha de una religion que han pro-

ducido, ó bien debemos admitir que un error nacido en el Tibet se propagó desde allí por los países situados mas al este, cuando estos recibieron la religion de Budha, mucho tiempo despues de la muerte de su fundador.

Como esta última hipótesis es la que bajo todos respectos parece mas probable, creemos poder fijar la época de la muerte de Budha por los años 550 antes de Jesucristo.

Y aun sin necesidad del testimonio directo de los hechos, podríamos inferir el orígen indiano del Budhismo de su teología, de su mitología, de su filosofía, de su cronología, de su geografía etc., que evidentemente son de orígen indio; todas las palabras empleadas por los Budhistas en estas ciencias son sanscritas, aunque su idioma religioso sea el pali, como ya lo llevamos dicho. Hasta el nombre de Budha (la inteligencia), y el de Adi Budha (inteligencia suprema) son, como es sabido, voces sanscritas.

Sin embargo es imposible hallar en la historia datos ciertos sobre los primeros tiempos de esta religion; estaba triunfante en la India bajo el reinado de Asoca, á mediados del siglo tercero antes de J. C., y los misioneros enviados por el mismo soberano la introdujeron en la isla de Ceilan á fines del mismo siglo.

Es probable que desde muy temprano se propagó por la Tartaria y el Tibet; pero no penetró en la China hasta el año 65 de J. C., y no tomó allí consistencia hasta el de 310.

Un viajero chino, que visitó el Hindostan con un objeto religioso, y en los primeros años del siglo V de nuestra era, nos dice que el Budhismo declinó luego en los mismos sitios que lo habian visto nacer. Entre la China y la India halló el Budhismo floreciente; decaía en el Pandjab; se estaba acabando en los países regados por el Gánjes y el Djamna; y Capila, el lugar nativo de Budha, estaba arruinado y desierto; — un desierto, dice, donde no se ve huella humana. En Ceilan, al contrario, se hallaba el Budhismo en estado floreciente; mas aun no se habia intro-

ducido en Java, que visitó aquel Chino al volver por mar á su patria.

Sin embargo el Budhismo volvió á florecer en algunas partes de la India. Sus fieles fueron perseguidos y probablemente espulsados del Decan por Sancara Atcharya, por los siglos VIII ó IX de nuestra era, si ya no lo habian sido anteriormente por Camarilla. Parece por otra parte que el Budhismo reinó soberanamente en el Hindostan propiamente dicho en el siglo VIII, y conservó la mayoría numérica en Benarés hasta el siglo XI, en el norte del Guzerate hasta el XII.

Hoy día el Budhismo ha desaparecido de las llanuras de la India; pero domina en Ceilan y en algunos de los países montañosos al nordeste y del Gánjes. Es la religion del imperio Birman, del Tibet, de Siam, y de todos los países que separan la India de la China. Ha cundido mucho por la China, y se estiende sobre una gran parte de las Tartarias rusa y china; de modo que ha podido decirse con razon que es la religion que cuenta mas fieles en el globo.

El Djainismo no parece haberse producido antes del siglo VI ó del VII de nuestra era; se estableció durante los VIII y IX, alcanzó el apogeo de su grandeza en el XI, y declinó despues del XII. Parece que fué poderosísimo en el sur de la Península, en el Guzerate y el oeste del Hindostan; pero no parece que se propagase mucho en el valle del Gánjes.

Ha sido perseguido repetidamente por los Bramines, al menos en el sur.

Los Djainistas son todavía muy numerosos en el Guzerate, el Radjputana y el Canara; son generalmente ricos y dedicados al comercio; hay entre ellos muchos banqueros; y les pertenece una proporcion muy reparable de las riquezas comerciales de la India.

§. V. *Estado actual de la filosofia.*

Manú no trata de la filosofia, aunque habla de ella por incidente en su capítulo primero. Sin embargo es esta una ciencia á que se han dedicado por mucho tiempo las especu-

laciones de los Indos, para que podamos dejar de hablar de ella.

El primer capítulo de Manú es evidentemente un resumen de la creencia del autor, y representa probablemente la opinion mas acreditada de su tiempo.

Las materias de que habla, — la naturaleza de Dios y del alma, la creacion, y otras materias físicas ó metafísicas, — están tratadas muy someramente para que podamos concluir si existia entonces alguna de las actuales escuelas filosóficas; pero los pormenores á que alude como cosas perfectamente sabidas, y los términos que emplea sin ninguna explicacion, como si fuesen perfectamente inteligibles al lector; todo prueba que las especulaciones de la filosofia eran ya familiares á los Indos.

Los Indos reconocen seis escuelas filosóficas, que se remontan á una altísima antigüedad. Las unas confiesan opiniones que están en cabal oposicion con las doctrinas religiosas de los Bramines; y las otras, aunque admitidas como perfectamente ortodoxas, producen unas opiniones cuyo orijen no cabe hallar en los Vedas.

Mr. Colebrooke coloca estas seis escuelas en el orden siguiente:

- 1º. La primera escuela Mimansa, fundada por Djaimani;
- 2º. La segunda escuela Mimansa ó Vedanta, cuya fundacion se atribuye á Vyasa;
- 3º. La escuela Nyaya, ó lógica de Gotama;
- 4º. La escuela atomística de Canadí;
- 5º. La escuela ateista de Capila;
- 6º. La escuela Deista de Patandjali.

Las dos últimas escuelas profesan la misma doctrina sobre muchos puntos, y están ordinariamente reunidas bajo el nombre de Escuela Sankya.

Sin embargo esta clasificacion no puede dar una idea bien completa del estado de la filosofia. La primera escuela Mimansa, que enseña el arte de la argumentacion con la pretension espresa de ayudar á inter-

pretar los Vedas, no es mas que una escuela de crítica; su objeto es llegar á reconocer los deberes impuestos á los hombres en los libros santos, y por consiguiente no basta esto para darle un lugar entre las escuelas de verdadera filosofía. Por otra parte, todas las demás escuelas se han dividido en diversos ramos, cada uno de los cuales tiene la pretension de hacerse considerar como una escuela separada, aumentando de este modo de una unidad, el número primero. No podemos entrar aquí en una discusión profunda de los sistemas de estas escuelas. Bastará sin duda el bosquejo del sistema de dos de las principales que mas difieren entre sí, con una breve noticia sobre las demás, para dar una idea de los progresos hechos por los Indos en las ciencias filosóficas.

Las dos escuelas que elejiremos pues para esta esposicion sumaria son la escuela Sankya y la escuela Vedanta. La primera afirma la eternidad de la materia, y su rama principal niega la existencia de Dios. La segunda hace derivar todas las cosas de Dios, y una de sus ramas niega la realidad de la materia.

Todos los sistemas indios, ateistas ó deistas, están por otra parte acordes en el objeto que se proponen; descubrir y enseñar los medios de llegar á la beatitud final, esto es, de alcanzar la exencion de la metempsicosis y de todos los dolores que nacen para el hombre de la existencia corporal.

Escuela Sankya. — Esta escuela se divide, como ya lo llevamos dicho, en dos ramas, la de Capila que niega la existencia de Dios, y la de Patandjali que la admite; pero entrambas reconocen al mismo tiempo que:

La libertad final solo puede adquirirse mediante el conocimiento real y perfecto.

Poseer este conocimiento es saber hacer la distincion entre los principios perceptibles é imperceptibles del mundo material, y el principio racional y cognitivo, que no es mas que el alma inmaterial.

El verdadero conocimiento se ob-

tiene por tres medios: la percepcion, la induccion y la afirmacion (ó testimonio).

Pero los principios de quienes se deriva el conocimiento son veinte y cinco.

1. — La naturaleza, raiz, origen plástico de todas las cosas. Es la materia eterna, concreta, sin partes, productora, mas no producida.

2. — La inteligencia, primera produccion de la naturaleza increada, productora ella misma de otros principios. La contradiccion que existe al parecer entre las dos primeras calidades señaladas á la inteligencia se esplica por los filósofos de la escuela Sankya, suponiendo que la inteligencia, aunque dependiente de la naturaleza para su existencia, es coeterna con el principio de donde procede.

3. — La conciencia, que procede de la inteligencia, y cuya funcion principal es el sentimiento de la existencia del yo; la creencia en el *Ego Sum*.

4 á 8. — De la conciencia se derivan cinco partículas, rudimentos ó átomos productivos de los cinco elementos.

9 á 19. — De la conciencia se derivan además once órganos de los sentidos y de la accion. Diez de entre ellos son objetivos ó exteriores; y son: los cinco instrumentos de los sentidos (los ojos, los oidos, etc.), y los cinco instrumentos de la accion (la voz, las manos, los pies, etc.). El undécimo órgano es subjetivo ó interno en el hombre, es el espíritu que es á la par órgano del sentido y de la accion.

20 á 24. — Los elementos derivados de las cinco partículas ya mencionadas (4 á 8) son el espacio, el aire, el fuego, la tierra y el agua.

25. — El último principio en fin es el alma, que no es ni producida ni productora; es múltipla, individual, sensible, inalterable, inmaterial.

El alma se une á la naturaleza para aprender al mismo tiempo á contemplar la naturaleza y á saber desprenderse de ella. Por medio de esta union se efectúa la creacion, esto

es, el desarrollo de la inteligencia de los otros principios. El anhelo del alma es el goce ó la libertad. Con esta doble mira toma una personalidad sutil, compuesta de la inteligencia, de la conciencia, del entendimiento, y de los cinco principios de los elementos. Esta personalidad es por sí misma ilimitada, libre de todo impedimento, afectada por los sentimientos; pero incapaz del goce, á menos que se encierre en una corteza material compuesta de los elementos; es el cuerpo que es perecedero.

La personalidad sutil es mas duradera, y sigue al alma en todas sus transmigraciones.

La creacion corporal, compuesta de almas encerradas en cuerpos materiales, comprende catorce órdenes de séres, ocho superiores y cinco inferiores al hombre.

Las órdenes superiores son los dioses y otros espíritus reconocidos por los Indos; los inferiores son los animales, las plantas, y las sustancias inorgánicas.

Además de la creacion corporal y la personalidad sutil, que pertenecen al mundo material, los Sankyas reconocen una creacion intelectual, compuesta de las afecciones de la inteligencia, de sus sentimientos y de sus facultades.

Las colocan en cuatro clases; las que se oponen al progreso de la inteligencia, que la destruyen, que la satisfacen, que la conducen al estado de perfeccion.

Los Sankyas, como todos los filósofos indos, tratan estensamente de las calidades esenciales ó modificativas de la naturaleza: 1.º la bondad, 2.º la pasion, 3.º la oscuridad. Estas tres calidades afectan á todos los séres animados é inanimados. Así, por la *bondad* tiende el fuego á elevarse hácia los cielos, y se producen en el hombre la virtud y la felicidad; la *pasion* es quien causa las tempestades en el aire y el vicio en el corazón humano; la *oscuridad* es quien da á la tierra y al agua su tendencia á caer, que produce en el hombre la estolidez y el pesar.

De estas calidades se derivan ocho modos de la inteligencia; de un lado la virtud, el conocimiento, la calma y el poder; del otro el pecado, el error, la agitacion y la impotencia. Cada uno de estos modos se subdivide; el poder, por ejemplo, se subdivide de ocho maneras diferentes.

Esta rápida exposicion, que no hace mas que reproducir los principales dogmas de la escuela Sankya, es en sus libros objeto de largas demostraciones. Mr. Colebrooke cita diversos ejemplos del modo de argumentar de estos filósofos, cuyo principal defecto es al parecer su tendencia á entrar en todas las vias de la mas refinada sutileza.

Al tratar de penetrar hasta el fondo de las doctrinas Sankyas, á pesar de la oscuridad que en ellas arroja, la forma artificial bajo la cual están producidas por sus inventores, se persuade uno desde luego que esta escuela aunque ateísta y espresamente materialista, no difiere mucho de la que aspira á un espiritualismo esclusivo. De la naturaleza procede la inteligencia; de la inteligencia la conciencia; de la conciencia los sentidos, y los principios sutiles de los elementos; de estos principios los mismos elementos. De este orden de procesion resulta no obstante al parecer que la materia, aunque eterna; deriva su forma del espíritu, y no tiene existencia independiente de la percepcion.

Mas no es tal en realidad la doctrina de la escuela. Es, segun ella, una propiedad inherente á la naturaleza el producir todos estos principios en su orden, y es asimismo una propiedad inherente al alma el emplearlos como medio de conocer la naturaleza; pero estas operaciones, aunque coincidentes en su objeto, son independientes en su origen. La naturaleza y la multitud innumerable de las almas individuales son eternas; y aunque cada alma en particular esté unida á la inteligencia y á las otras producciones de la naturaleza, no ejerce accion en su desarrollo. No está unida á la inteligencia jeneral, la primera produc-

cion de la naturaleza, sino á una *inteligencia individual*, derivada de esta *produccion primera*.

Al tiempo de nacer, el alma es vestida de un cuerpo sutil, que queda despues encerrada dentro de otro cuerpo mas grosero. Establecida de este modo la union entre el alma y la materia, los órganos comunican las sensaciones ocasionadas por la naturaleza objetiva; el espíritu las combina; la inteligencia verifica sus deducciones, y alcanza el conocimiento de lo que no es perceptible á los sentidos; el alma asiste á estas operaciones como un espectador pasivo, percibiéndolo todo, sin hallarse afectada por cosa alguna; es como un espejo que recibe todas las imágenes sin experimentar ninguna alteracion. Cuando el alma ha visto y comprendido perfectamente la naturaleza de las cosas, ha cumplido con sus funciones; queda entónces en libertad, y la union entre esta alma individual y la naturaleza queda disuelta. La naturaleza, hablando mas llanamente, es como la doncella del baile que se retira cuando todo el mundo ha podido verla perfectamente, y así el alma cuando ha conseguido su objeto, alcanza al propio tiempo su libertad final.

Así pues el alma no toma parte alguna en las operaciones de la naturaleza, ni es necesaria en ninguna de ellas. La sensacion, la conciencia, el raciocinio, el juicio, llenarian sus funciones del mismo modo, aunque el alma no existiese. Todavía hay mas: estas operaciones no se efectúan sino para conseguir la libertad del alma; y el alma, que era libre desde luego, no ha experimentado modificacion alguna en su existencia. Todos los fenómenos del espíritu y de la materia se han llenado sin objeto. De cualquier modo que se mire el asunto, el alma no es mas que una superfluidad, y en realidad, admitiendo su existencia y su redencion; debemos creer que Capila, lo mismo que Epicuro, no negando la existencia de los dioses, no tuvieron en vista mas que un objeto, y fué, el de no llevar lesion á las preocupaciones de sus conciudadanos, como habria sido

necesario, negando formalmente la base de su religion.

Estas ideas son comunes á las dos escuelas Sankya; pero Capila, al paso que reconoce la existencia separada de las almas, y que enseña que la inteligencia ha sido empleada en el desarrollo de la materia que fué necesaria á la creacion, niega que exista un Sér supremo, material ó inmaterial, por cuya *voluntad* haya sido producido el Universo.

Al contrario, Patandjali afirma que existe una alma ó espíritu, diferente de las demás almas, la cual no está espuesta á los males que afectan á las demás, y que nada tiene de comun con las buenas ni con las malas acciones, ni con sus consecuencias; que lo sabe todo, y que es infinito en el tiempo y en el espacio. Este sér es Dios; el supremo Regulador.

La práctica de las dos escuelas resulta de esta diverjencia de opiniones. Para entrambas, sin embargo, el objeto de todo conocimiento es la libertad de la materia, y la grande obra puede consumarse por medio de la *contemplacion*.

La escuela deista añade la *devocion* á la contemplacion, y el objeto de sus meditaciones es derivado de este juicio, mientras la enseñanza de la otra escuela se ocupa esclusivamente en discusiones abstractas acerca de la naturaleza del espíritu y de la materia. El Sankya deista pasa el tiempo en ejercicios de devocion, ó se entrega enteramente á la meditacion interior. El misticismo, el fanatismo mismo, que nace de esta tendencia no le ha sido siempre favorable.

La obra de Patandjali, el código de su escuela, contiene una infinidad de preceptos para el cuerpo y para el espíritu; prescribe frecuentes y profundas meditaciones, durante las cuales es necesario detener la respiracion, amortiguar los sentidos, y conservar una actitud embarazosa y difícil. Por medio de estos ejercicios, el fiel adquiere el conocimiento de lo pasado y del porvenir de las cosas ocultas ó lejanas; adivina los pensamientos de los demás; adquiere la fuerza del elefante, el valor del leon, la rapidez del viento; vuela por los

aires, flota sobre las aguas, penetra la tierra; contempla todo el mundo con una sola de sus miradas, y goza de un poder, que, por decirlo así, no conoce límites.

Algunos ascéticos dirijen todos sus esfuerzos hácia la obtencion de tan milagrosas facultades, en lugar de encaminarlos solamente á la conquista de la beatitud final. Otros, usando de falsedades é impostura, procuran sorprender á sus crédulos admiradores con pretendidos milagros.

En las órdenes monásticas es donde principalmente se encuentran, no solo los aspirantes á este poder sobrenatural, sino tambien los imposibles que pretenden haberlo alcanzado: dáse á los tales el nombre de *Yogis*, cuyo nombre se dió en un principio á toda la escuela, nacido de otra voz que significa *profunda meditacion*.

Escuela Vedanta ó Utara-Mimansa.

La fundacion de esta escuela se atribuye á Viasa presunto compilador de los Vedas, y que vivia 1400 años antes de J. C. Nada tiene de particular en efecto que el autor de esta compilacion, cualquiera que haya sido, haya redactado igualmente un tratado acerca de las mismas doctrinas que hubiese reunido. Sin embargo, M. Colebrooke es de parecer, que en su forma actual, la escuela Vedanta es mas moderna que ninguna de las otras cinco, y hasta tambien que los Budhistas y Djainistas. Cree este literato, por consiguiente, que la obra mas antigua, en que se explica el sistema de esta escuela, no puede ir mas allá de seis siglos antes de J. C.

Aunque las doctrinas de esta escuela hagan alarde de no necesitar mas que argumentos deducidos del raciocinio para su defensa; se titula fundada sobre la autoridad de los Vedas, y recurre á menudo á su texto, para fortalecerse. Ha producido un inmenso cúmulo de tratados y de comentarios, escritos en su mayor parte durante los nueve últimos siglos. M. Colebrooke ha trabajado la exposicion del sistema de esta escuela, sobre pasajes escogidos de dichas obras, de lo cual resulta, que, con las

controversias que en ella campean, con todas las citas del texto de los Vedas, esta escuela todavia es mas oscura que las demás.

Su principal doctrina es: que Dios es la causa omniciente y omnipotente de la existencia, de la continuacion y de la disolucion del universo. En el momento de la consumacion de las cosas, todo quedará reasumido en él. Él es el solo existente y el alma universal.

Las almas individuales son fracciones de su sustancia: apártanse de él como las chispas de la llama, y vuelven despues á él.

El alma, en cuanto es una parte de la divinidad, es infinita, inmortal, inteligente, sensible y real.

Es capaz de actividad, aunque su estado natural y normal sea el reposo.

Obra á impulso del Sér supremo, pero en conformidad de sus resoluciones anteriores, y estas han tenido origen por una serie de causas que remonta al infinito.

El alma existe encerrada en el cuerpo, como dentro de una cubierta ó de una sucesion de cubiertas. En la primera el alma existe asociada á los cinco sentidos; en la segunda, la inteligencia viene á reunirse á la primera union; en la tercera entran los órganos de los sentidos y las facultades vitales. Estas tres asociaciones constituyen el cuerpo sutil que acompaña al alma en todas sus transmigraciones.

La cuarta cubierta es el cuerpo material. Los estados del alma con relacion al cuerpo son los siguientes: en estado de vigilia es activa, y se halla en relacion inmediata con la creacion real y positiva; en los sueños, con una creacion ilusoria y sin realidad; en el sueño está unida, pero no adherida, á la esencia divina; despues de la muerte abandona completamente el cuerpo material: dirijese entónces á la luna, y allí se encierra en un cuerpo acuoso; cae en lluvia, y es absorbida por un vegetal, del cual, por medio del trabajo de la nutricion, pasa á dar vida á un embrión del reino animal.

Despues de haber verificado todas

estas transmigraciones, cuyo número depende de sus méritos, recibe la redención final.

Esta redención ó libertad, es de tres modos: una incorpórea y completa, que es cuando el alma queda absorbida en el mismo Brahama; otra imperfecta, que es cuando el alma no hace mas que penetrar en la morada de Brahama, y finalmente la tercera, cuando el alma adquiere en su vida terrenal algunas dotes de la divinidad, y cuando sus facultades son capaces de adquirir energía trasmisiva, por medio del goze, pero no de la accion. Puede llegarse á estos dos estados con sacrificios y meditaciones piadosas.

Esta escuela estiende sus investigaciones á las cuestiones de la libertad, de la gracia divina, de la eficacia de las obras, de la fe, y á muchas otras de la mas abstracta naturaleza.

La cuestion de la fe no se deduce de los primeros libros que dicha escuela ha producido, es un dogma especial de una ramificacion ó secta particular de la misma, que sigue los principios de Bhagavat-Gita. Los mas escrupulosos de esta escuela defienden la doctrina de la gracia, señalando límites, como se ha visto, bastante estrechos á la libertad, y admite una serie de causas influyentes, que se estienden á través de la existencia de los diversos mundos hasta la eternidad inicial ó transcurrida del universo.

Esta escuela difiere enteramente de los Sankyas, en negar la eternidad de la materia, y en atribuir la existencia del universo al poder y á la voluntad de Dios. Sus primeros autores, sin embargo, ó á lo menos sus intérpretes europeos, no están de acuerdo acerca del modo con que pudo producirse dicha existencia.

Los unos dan por cierto que Dios formó la materia de su propia esencia, y que en la consumacion de las cosas volverá á reasumirla en sí. Añaden á esto que habiendo sido producida de este modo la materia, formó de ella el mundo, al cual cometió el cuidado de obrar sobre el alma humana. Los otros sostienen que Dios no ha creado la materia, y hasta que

no hay tal existencia de materia, sino que con su poder produjo y continua produciendo sin cesar y directamente sobre las almas las impresiones que los otros atribuyen á la materia, ó al mundo material. Defienden los primeros que todo lo que existe viene de Dios, y niegan los segundos que exista otra cosa mas que Dios. Esta doctrina parece ser en el dia la que profesa la mayoría de los Vedantas, por mas que no sea probablemente la de los primeros fundadores y discípulos de su propia escuela.

Ambos partidos convienen, sin embargo, en suponer que las impresiones producidas sobre el espíritu son regulares y sistemáticas, de modo que por último resultado, el partido idealista, tiene, acerca de las causas y de los efectos, exactas é idénticas doctrinas, que los que creen en la realidad del mundo.

Ambos conceden la voluntad al Sér supremo, y ni uno ni otro entienden que pueda existir causa alguna en la naturaleza de la materia, ni en su existencia relativa, que pueda coartar dicha voluntad.

Afirman ambos además, que en su orijen, el alma era parte integrante de Dios, y que tiene que volver á su seno; pero ni unos ni otros pueden explicar como se ha obrado dicha separacion. Los idealistas principalmente no encuentran medio para explicar como Dios, estrayendo una parte de sí propio, puede dar á esta parte la creencia de su existencia individual, y hacerla sobre todo sensible á las afecciones producidas por el mundo exterior, cuando realmente esta parte no es mas que una fraccion del Sér, solo existente.

Escuelas lógicas. — La lógica es el estudio favorito de los Bramines, y sobre este asunto han producido una multitud de obras increíble. Algunas de ellas, dadas á luz por eminentes talentos, han dado orijen al nacimiento de diversas escuelas, aunque todas, sin embargo, parece que han admitido los principios de Gotama y de Canadi. El primero se ha detenido en las relaciones que tiene la lógica con la metafísica, y el se-

gundo en las mismas relaciones que tiene dicha ciencia con la física, esto es: con el mundo material, ó con los objetos que afectan nuestros sentidos. Aunque las escuelas producidas por estos autores, difieran en ciertas particularidades, convienen con todo en algunos puntos que son comunes á unas y otras, y deben considerarse principalmente como dos partes de un mismo sistema, supliendo la una lo que falta á la otra.

El sistema filosófico que resulta de esta alianza ha sido comparado al de Aristóteles. Parece efectivamente por el esmero con que procede en sus clasificaciones, por su método, y por el orden con que está concebido el sistema, y ha dado origen á la formación de un silojismo, compuesto de cinco proposiciones, de las cuales, dos son naturalmente inútiles.

En la lógica de la escuela de Canadi se encuentra igualmente una enumeración de modos de existencia, que los traductores han espresado por la palabra *predicados*, y son en número de seis: la sustancia, la calidad, la acción, la comunidad, la particularidad, y el agregado ó la íntima relación. Algunos autores añaden otro, que es la privación. Los tres primeros se encuentran en los de Aristóteles: los demás no figuran en la enumeración hecha por este filósofo, y Canadi, por otra parte, no tiene otros siete que establece el espresado.

Los puntos de que se ocupan los dos sistemas indos son frecuentemente los mismos de que trata el filósofo griego; los sentidos, los elementos, el alma y sus facultades, el tiempo, el espacio, etc. Así debia ser, pero algunos de los mas importantes del sistema aristotélico se encuentran omitidos en el indo y al contrario. Las definiciones de los objetos difieren á menudo, y la disposición general es absolutamente diversa.

La coincidencia mas notable que se encuentra entre los sistemas indos y el de Aristóteles, es: que todas las escuelas añaden á los cinco sentidos, otro sentido interno, el cual es el que enlaza los primeros, y corres-

ponde exactamente al sentido comun ó interno de Aristóteles.

El orden adoptado por la escuela de Gotama es mucho mas completo y estenso que el de Canadi. Los pocos ejemplos que vamos á citar podrán sujerir una idea de la minuciosa exactitud á donde cree haber llegado la primera escuela.

Los asuntos están divididos en diez y seis capítulos. Sin embargo, no hemos podido descubrir el principio que ha presidido á este arreglo.

1. La prueba.
2. Lo que se debe saber y probar.
3. La duda.
4. La causa.
5. El ejemplo.
6. La verdad demostrada.
7. Las partes de un argumento regular ó silojismo.
8. La demostración por absurdo.
9. La determinación del objeto.
10. La tesis.
11. La controversia.
12. La objeción.
13. Los argumentos viciosos.
14. La perversion.
15. La futilidad.
16. La refutación.

Las subdivisiones son mas naturales y lógicas.

La prueba se verifica de cuatro modos: por la percepción, por la deducción, por la comparación, y por la afirmación ó justificación.

La deducción se divide á su vez en antecedente, que separa el efecto de la causa, en consecuente que obtiene la causa por el efecto, y en analogía.

Los objetos de la prueba son doce:

1. El alma.
2. El cuerpo.
3. Los órganos de la sensación.
4. Los objetos de los sentidos.
5. La inteligencia.
6. El sentido interno ó raciocinio.
7. La actividad.
8. La privación.
9. La transmigración.
10. El fruto de las acciones.
11. La pena ó el mal físico.
12. La redención ó libertad.

El primer objeto de la prueba es el alma, y se da una completa espo-

sicion de su naturaleza, de sus facultades, y de las pruebas de su existencia. Tiene catorce calidades: el número, la cantidad, la individualidad, la conjuncion, la disyuncion, la intelijencia, la pena, el placer, el deseo, la aversion, la voluntad, el mérito, el demérito, y la facultad de imaginacion.

El segundo objeto de la prueba es el cuerpo, el cual es analizado y discutido mas latamente que el alma. En la discusion de este asunto se encuentran muchas cosas que pertenecen mas íntimamente á la ciencia física.

Vienen en seguida los órganos de los sentidos, que no son producidos por la coincidencia, como adelanta la escuela Sankaya, sino que están unidos al sexto sentido, ó al sentido interno, como quiera la escuela que examinamos. Los cinco órganos de la accion que llenan los once órganos de la escuela Sankaya, no están reconocidos como hechos particulares é independientes por la escuela de Canadi.

La cuarta subdivision de la segunda parte de la prueba está consagrada á los objetos de los sentidos entre los cuales se encuentra la enumeracion de los predicados de Canadi.

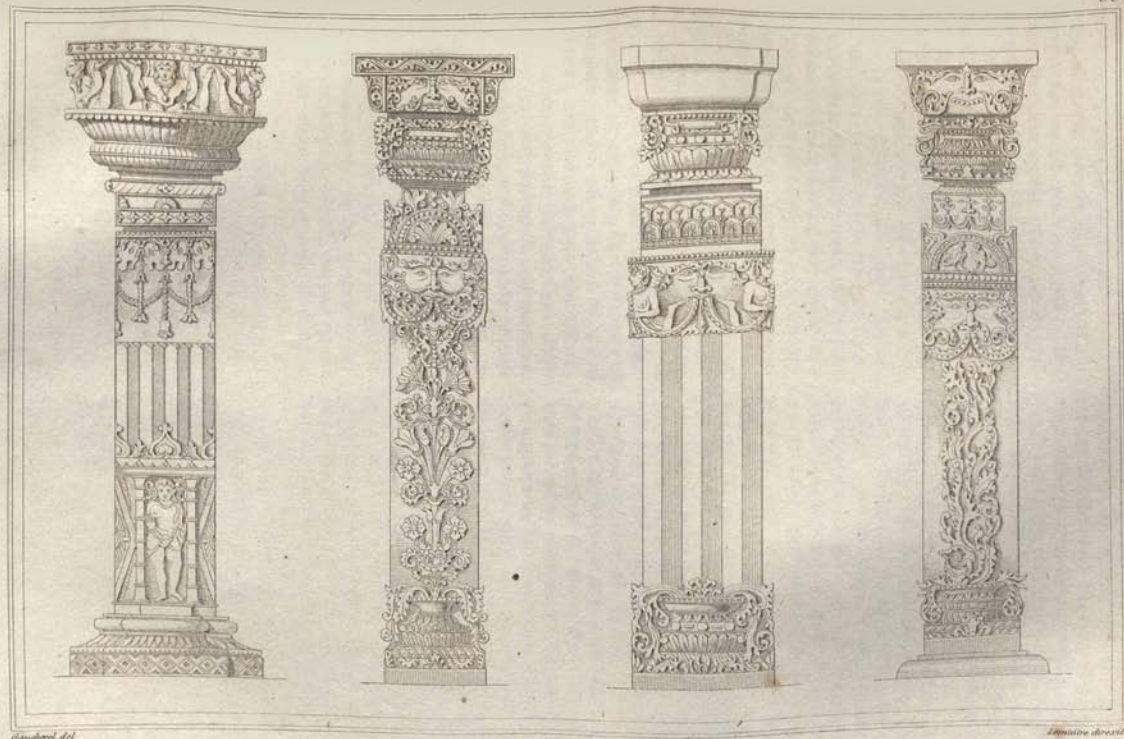
El primero de estos predicados, es la sustancia, que se divide en nueve clases: la tierra, el agua, la luz, el aire, el éter, el tiempo, el lugar, el alma, y el sentido interno. El color, el sabor, el olor, la sensibilidad, la conjuncion, la disyuncion, la prioridad, la posterioridad, la gravedad, la fluidez, la viscosidad y el sonido son las diez y seis calidades que pertenecen al cuerpo. Las ocho calidades que pertenecen al alma, que con las anteriores completan el número de veinte y cuatro, son: la pena, el deseo, la aversion, la voluntad, la virtud, el vicio, el gozo y la facultad. El tratado de cada una de estas calidades es muy estenso, y tan bien explicado como lo hayan podido hacer los autores griegos.

La discusion de todas estas cuestiones lleva consigo la esposicion de un gran número de puntos de física y metafísica. Así, tratando del alma,

se enseña su inmortalidad, su eternidad y la independencia de su existencia. Dios es considerado como el Sér supremo, la sede del eterno conocimiento, el criador de todas las cosas, etc.

La escuela de Canadi ó como tambien se la llama, la Escuela Atomística, supone un mundo transitorio, pero compuesto de agregados de átomos eternos. No parece que se entrometa en la cuestion de averiguar si los agregados temporales dependen de las afinidades naturales á los átomos, ó de la potencia creatriz de Dios.

No puede menos de notarse la identidad de asuntos discutidos por los filósofos indos y por los filósofos griegos; no puede dejarse de notar la singular semejanza de las doctrinas profesadas por escuelas fundadas en países tan diferentes y lejanos. La primera causa, la relacion entre el espíritu y la materia, la creacion, el destino y otros mil asuntos parecidos, se hallan mezclados por los Indos con cuestiones que ha conocido la metafísica moderna, pero que habian pasado por alto al jenio investigador de los sabios de Grecia ó de Italia. Por otra parte, las doctrinas indias acerca de la eternidad de la materia, ó de su emanacion del seno de la divinidad, acerca de la existencia individual del Sér supremo, ó de su existencia colectiva, que absorbe toda la naturaleza en él, acerca del origen de todas las almas emanadas de Dios para volver á reconcentrarse en el mismo, acerca de los átomos, acerca de las revoluciones periódicas de los mundos, y otras muchas, han sido profesadas por una ú otra escuela griega. Es muy posible que estas doctrinas se hayan ofrecido simultáneamente á los espíritus investigadores, en países que no tenian ninguna relacion mutua; tambien lo es, que cada una de estas coincidencias haya sido puramente casual; pero cuando encontramos todo un sistema, como por ejemplo el de Pitágoras, casi enteramente semejante, en todas sus partes, á uno de los sistemas indos; cuando las doctrinas de estos dos sistemas parecen tan fuera



Chandravati del

Chandravati del

Colonnes à Chandravati

Columns en Chandravati

del alcance de la razon humana, necesitarémos todavía que las tradiciones nos den noticia de las peregrinaciones de Pitágoras al oriente, para suponer que tales sistemas han reconocido un mismo orijen?

El término de toda filosofía, segun Pitágoras, es libertar el espíritu de todos los obstáculos que se oponen á su perfeccion, sustraerlo del imperio de las pasiones, y de la influencia de las impresiones corpóreas, á fin de asimilarlo á la divinidad, y de hacerlo digno de tomar asiento en medio de los dioses. El alma, dice todavía este filósofo, es parte de la divinidad; y despues de diversas transmigraciones, despues de haber sufrido varios estados de purificacion, en la rejion de los muertos, vuelve á la fuente eterna de donde habia salido.

El espíritu *Θύμος*, es diferente del alma *ψήν* Dios es el alma universal, diseminada en todas las cosas, el primer principio del universo; es invisible, incorruptible, solo comprensible al espíritu. Entre Dios y el hombre existe un mundo de séres aéreos, clasificados por jerarquías, los cuales ejercen influencias diferentes en los destinos de este mundo.

Estas doctrinas del filósofo griego son precisamente las de la India, y cuando recordamos la aversion de Pitágoras por la naturaleza animal, la prohibicion con que la fulminó, escepto en los sacrificios, el largo noviciado de sus discípulos y su misteriosa iniciacion, es imposible creer que tan patente concordancia pueda tener otro orijen que la imitacion.

Todavía podrian citarse otras analogías no menos extraordinarias aunque no tan importantes; la afinidad entre Dios y la luz, la influencia arbitraria concedida á la luna, acerca de la duracion de las revoluciones terrestres.... etc., cuyos asuntos son tanto mas notables en cuanto son enteramente diferentes á lo que resultaba de las escuelas griegas del tiempo de Pitágoras.

Muchos principios, además de ser comunes á las dos escuelas, lo eran tambien á los antiguos ejipcios y al-

gunos autores han conjeturado, que tanto Pitágoras como los Bramines habian tomado sus principios de la misma fuente. Pero puede contestarse á esta pretension, que no conocemos las doctrinas ejipcias, sino por los libros que fueron escritos mucho tiempo despues que estas doctrinas hubieron penetrado en Grecia por otros conductos. El autor mas antiguo que habla de ellas es Herodoto, el cual vivia mucho despues que la filosofía de Pitágoras se hubiese extendido por todo el hemisferio griego. Si estas doctrinas se hallaban realmente diseminadas por el Egipto, no era mas que una superposicion á un sistema independiente y en Grecia nunca fueron acogidas en toda su integridad por ninguna escuela mas que por la de Pitágoras. En la India al contrario, son la espresion de los mismos principios en que descansa la relijion del pueblo; ellas han dado conocimiento á todas las escuelas de filosofía; sobre ellas se apoya toda teoria del mundo físico ó del mundo moral.

M. Colebrooke nota con razon que la filosofía inda tiene mas conexion con la de los primeros filósofos griegos, que con las doctrinas de sus sucesores; y que si los primeros Indos han podido recibir los primeros elementos de sus creencias, de alguna nacion estraña, no hay razon para negar que no hayan podido conocer, del mismo modo, los desarrollos que han recibido tales creencias. Así que concluye, que los Indios han sido en esta circunstancia los maestros y no los discípulos.

§ VI. *Astronomia y matemáticas.*

La antigüedad y la orijinalidad de la astronomia inda presenta un objeto de investigacion sumamente interesante.

Su antigüedad ha sido discutida por los mas grandes astrónomos de Europa, y es una cuestion que no se ha decidido todavía.

Cassini, Bailly, y Playfair, creen que los Indos, nos han transmitido observaciones hechas tres mil años antes de J. C., y que estas observaciones acreditan los notables progre-

sos que habia hecho la ciencia, ya en aquella época.

Algunos escritores eminentes en la ciencia, entre los cuales deben contarse Laplace y Delambre, niegan la autenticidad de tales observaciones, y por lo mismo la validez de las consecuencias que se quieren deducir de aquellos datos.

La cuestion entre estos sabios es puramente científica, la cual solo pueden decidir los astrónomos. Por lo que nosotros podemos discernir, nos inclinábamos hasta cierto punto á admitir la segunda asercion.

Sin embargo, todos los astrónomos conceden muy alta antigüedad á las observaciones hechas por los Indos; y parece imposible que la exactitud con que se ha llegado á determinar los movimientos medios del sol y de la luna, no sean el resultado de comparaciones entre las observaciones modernas y las que se hayan obtenido de la mas remota antigüedad. El mas acérrimo adversario de las pretensiones indias es M. Bentley, y sin embargo admite en sus últimas obras, que la division de la eclíptica hecha por los Indios en veinte y siete estaciones lunares, lo cual supone un inmenso número de observaciones, debió tener lugar 1442 años antes de nuestra era. Sin querer sacar demasiado partido de esta concesion, nos inclinábamos á creer, que las observaciones indias no han podido empezar mas tarde que aquella fecha, esto es quince siglos antes de J. C. ó dos siglos antes de la expedicion de los Argonautas, antes de la época que se señala á las primeras observaciones de los astrónomos griegos.

La ley astronómica publicada por los Vedas para la determinacion del calendario sube necesariamente como los Vedas mismos hasta el siglo décimocuarto antes de J. C.; y Parasara, el primer autor indio que escribió de astronomía, pero de cuyas obras desgraciadamente no ha quedado cosa alguna, probablemente vivió en la misma época.

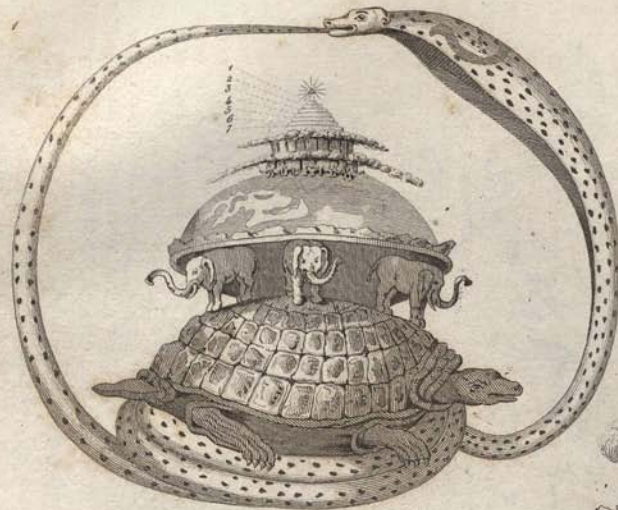
En las investigaciones acerca de la astronomía inda, ningun partido puede sacarse de los autores anti-

guos. El mismo sistema de espíritu de cuerpo, con que los sacerdotes indos han influido tan perniciosamente sobre el pueblo, bajo muchos respectos, ha echado un impenetrable velo sobre su ciencia. Como la astronomía vino á ser el instrumento que servia para calcular la estravagante cronología de los religionarios, todas las épocas que debian haber seguido fijas, como científicamente determinadas, han quedado envueltas en un caos de confusion; no existe esposicion jeneral del sistema; al vulgo no se le da á conocer mas que lo que es necesario para ciertos objetos que interesan á los sacerdotes, y aun en este caso, el origen de los conocimientos que se le comunican queda cuidadosamente vedado á su penetracion, y los resultados que se le franquean, van anunciados como gracia de la revelacion divina.

Así es que se ignora qué bases pudieron servir para los cálculos de las tablas de los Indos, ni se tiene mayor conocimiento de las series de observaciones regulares que hayan podido hacerse.

Si semejante conducta obstruye de todo punto las investigaciones de los modernos, con mayor motivo ha debido contrariar los progresos de la ciencia. Las teorías de que se servian para verificar sus observaciones no se enseñaban mas que á un corto número de iniciados, y menos crecido debia ser en realidad el de los espíritus dispuestos á cultivar una ciencia, que podia, mas bien hacer vacilar la fe en las verdades divinas, que fortalecerla y confirmarla. Estos por consiguiente carecian del saber y del talento que resulta de una larga experiencia tradicional, y cuando la suma de las inexactitudes ó diferencias desatendidas, llegaban al punto de tener que introducir alguna correccion en sus tablas, digamos reveladas, se veian obligados, por respeto á la opinion pública, á disimular las enmiendas del modo posible.

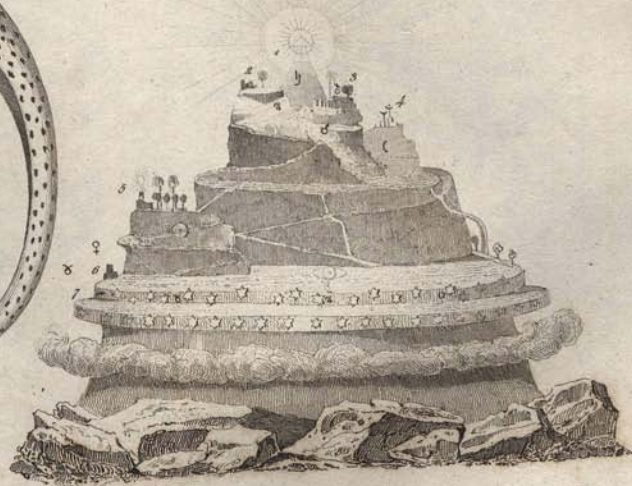
Sin embargo, á pesar de todos estos obstáculos, parece que habian hecho muy grandes progresos en la



L'artiste d'après.

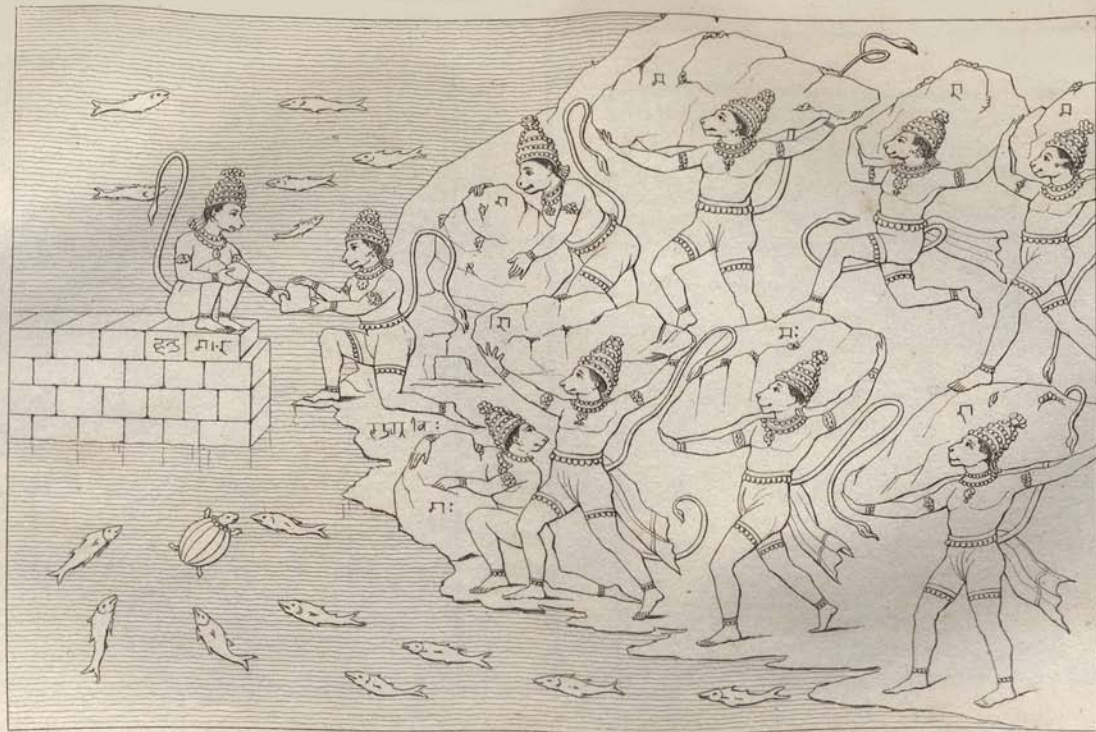
La Tortue supportant les mondes.

La tortuga sosteniendo los mundos.

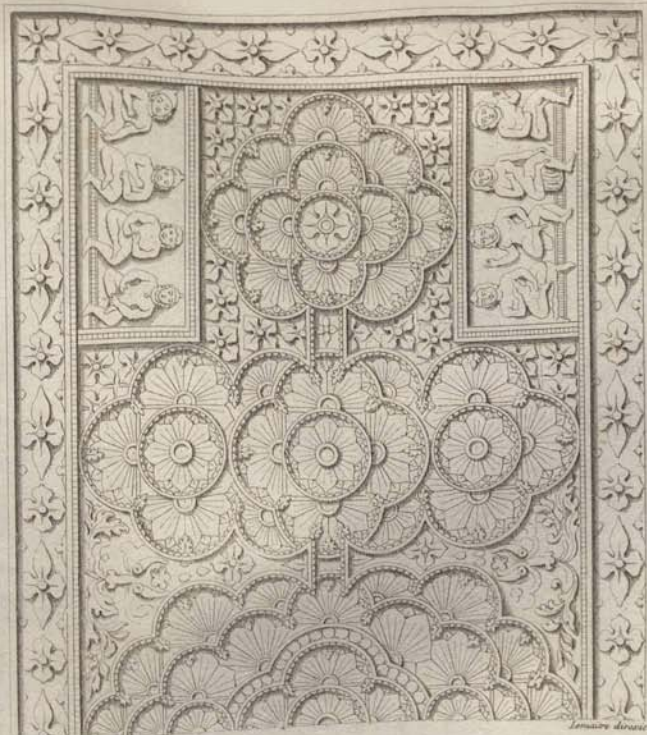
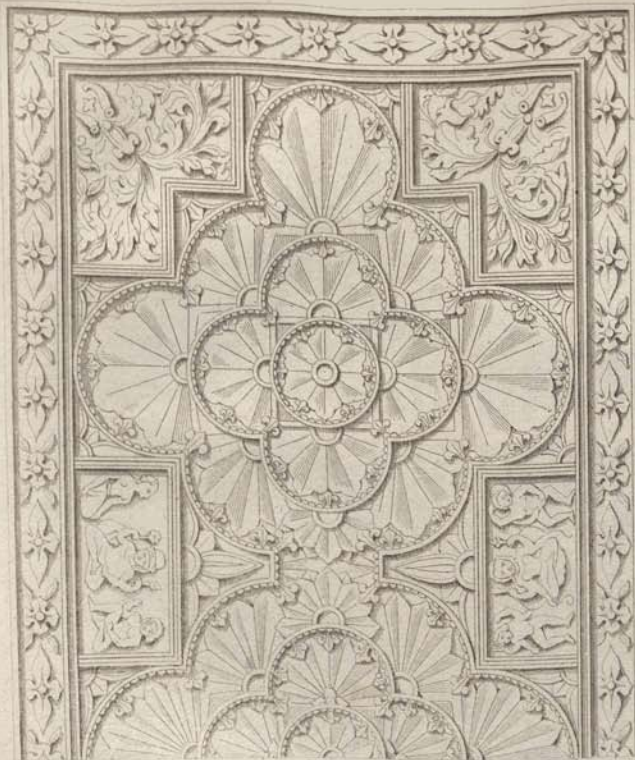


Les sept Régions du monde supérieur.

Las siete Regiones del mundo superior.



Hanouman, aidé de Sagriva et autres chefs des Singes, construisant le Pont de Rama (entre le continent d'eylan)
Hanouman, ayudado de Sagriva y otros Jefes de los Monjes, construyendo el Puente de Rama (entre el Continente y Ceilán)



Gaudenzi del.

Lemore sculp.

Plafonds sculptés à Chandravati.

Cielos rasos esculpidos en Chandravati.

mos, muy poderosos, bajo la pluma de los que pretenden que los Indos han tomado la ciencia de otra nacion estraña. Por otra parte, no debe olvidarse, que en la época de sus primeros progresos, todas las demás naciones se hallaban sumerjidas en la mayor ignorancia, y que al llegar á la de su mayor adelanto, á aquella en que pudieron copiar de los demás pueblos, sus trabajos se presentan constantemente con un carácter original, fundados casi siempre en principios que ningún otro pueblo ha tenido, y además poseia ya la mayor parte de los descubrimientos que se han hecho en Europa durante los dos últimos siglos. Por lo menos es claro, que por lo que hace á los descubrimientos, no pudieron tomarlos de nadie, y ¿no parecen venir á probar, que el pueblo que ha tenido bastante fuerza de ingenio para hacerlos, no necesitaba ajeno auxilio para descubrir del mismo modo todo lo que sabe?

Como quiera, parece muy probable que si los Indos han tomado algun conocimiento de los demás pueblos, esto no sucedió sino despues que su astronomía hubo hecho muy considerables progresos, y si hemos de juzgar por la notable diferencia de las teorías comparadas á las de las demás naciones, aun en las partes en que tienen con estas mayor conexión, parece que los Indos habrán podido aprovecharse de los conocimientos ajenos, pero que no se han contentado con copiarlos sino acomodándolos á sus doctrinas y sujetándolos á sus modificaciones.

Que hayan tomado algo de los Griegos de Alejandría, no parece sino muy probable, y M. Colebrooke da la razon con la crítica é imparcialidad con que suele tratar estos asuntos. Despues de manifestar que los Indos del siglo quinto hablan con mucho aprecio de la astronomía de los Yavanes (1), (con este nombre

designan verosímilmente á los Griegos) y de un tratado de sus autores titulado *Romaka Sindhanta*, aludiendo probablemente á los astrónomos occidentales (Romanos), Colebrooke se espresa así: « Si estas circunstancias, unidas á una semejanza que no puede ser casual entre la astronomía de los Indos con su aparato de epiciclos y de escéntricas y la de los Griegos; si estas circunstancias son bastantes para autorizar la opinion de que los Indos han recibido de los Griegos los conocimientos que les han dado lugar para corregir y mejorar su sistema astronómico, seria de opinion de suscribir á este juicio. Hay mas de un motivo para creer que los Indos han tenido conocimiento de la astronomía de los Griegos, mucho tiempo antes que los Arabes no hubiesen empezado á cultivar esta ciencia.»

En otro pasaje, M. Colebrooke mira como muy probable que los Indos hayan tomado de los Griegos la idea de su zodiaco solar, aunque lo hayan adoptado á su antigua division de la eclíptica en veinte y siete partes. « Su astrología, » dice este autor, « es enteramente copiada de los autores occidentales. »

De lo dicho se sigue, que es enteramente improbable que la jeometría y la aritmética indias hayan sido tomadas de los Griegos, y no hay pueblo alguno que pueda disputar á los Bramines, la prioridad de sus trabajos en esta ciencia. El carácter enteramente peculiar de su método depone, en gran manera, á favor de la orijinalidad de sus descubrimientos en álgebra.

En esta ciencia se ha querido declamar contra los Indos para dar la precedencia á los Arabes. Colebrooke ha demostrado plenamente que

lamente á los Jónicos. Mas adelante encontraremos una lápida india que se refiere á Antíoco, en que se ha decifrado de otro modo la palabra *yavan* ó *yavana* y confirma plenamente nuestra pretension. Hacemos esta advertencia para rectificar la propiedad, y dar á entender al propio tiempo, que los Indos no conocieron á la nacion *elena*, sino á la *jónica*, por mas que nosotros tengamos por Griegos á entrambos.

N. del T

(1) Los nombres *yavan*, *yavana*, con que los Indos designan á los Griegos, tal vez signifique mejor *Jónicos* que Griegos, aunque resulta lo mismo. Los Europeos entendemos por Griegos propiamente tales, los que habitan en Europa, y los Indos debieron tomar por tales so-

esta ciencia habia alcanzado ya su mas alto grado de desarrollo en la India, mucho antes que los Arabes hubiesen empezado á ocuparse de ella, y mucho antes tambien que esta nacion diese muestras de hallarse en estado de cultivar las ciencias.

Todo lo que los Arabes han alcanzado y que tenga conexi3n con los conocimientos indos, es muy sup3nible que lo hayan adquirido por medio de los trabajos de los Bramines; y por grandes que hayan sido sus descubrimientos, no hay que olvidar que no llevan mayor antigüedad que el siglo octavo, esto es, que la 3poca en que los Arabes subieron á las fuentes de la ciencia griega.

Acerca de todos estos asuntos, sin embargo, las opiniones sentadas por los críticos mas competentes, no deben hallar aceptaci3n sino como juicios *sobre los que solamente se sabe*, y debemos esperar, hasta conocer mejor y con mas estensi3n lo que puede arrojar de sí la literatura sanscrit, si queremos sentar, con justo criterio, un juicio absoluto y definitivo.

El mayor interés por otra parte que puede ofrecer la historia de la ciencia, consiste en adquirir los medios que proporciona para saber apreciar debidamente el carácter de la naci3n en que ha tomado su vuelo; y bajo este punto de vista, los Bramines se nos presentan siempre como muy dignos de nuestra consideraci3n, por su perseverancia y agudeza, aunque tambien desprovistos de firmeza y precision, dispuestos constantemente á desnaturalizarlo todo con ridículas fábulas, y lo que es mas, con el imperdonable sacrificio de la verdad, tributado á los supuestos intereses de la raza sacerdotal.

§ VII. Jeografía.

La jeografía es la ciencia en que los Indos han hecho menos progresos.

Segun su sistema, el monte Merú ocupa el centro del mundo. Dicho monte es una masa de forma cónica cuyos costados se predica que están

formados de piedras preciosas, y en su cumbre se da por cierto que existe una especie de paraíso terrenal. Las imponentes montañas que dominan el norte de la frontera de la India pueden haber sugerido tal idea á los Bramines. Sin embargo, el monte Merú no hace parte de la cordillera del Himalaya, y su realidad no existe mas que en la imaginaci3n de los mitolojistas indios.

Este monte se halla rodeado de siete círculos concéntricos, cuyos espacios intermedios son habitados y separados unos de otros por igual número de mares. El círculo central se llama Djambadui, el cual encierra la India y se encuentra rodeado del primer mar que es de agua salada. Los mares que separan los demás espacios son de leche, de vino, de jugo de caña dulce, etc.

El nombre de Djambadui se aplica algunas veces á la India en particular, que tambien se llama Bharata.

Este país y algunas comarcas de las mas contiguas es la sola parte del globo de que apenas parece que hayan tenido noticia los Indios.

Por lo que hace á la India misma sus antiguos libros hacen mención de algunas divisiones jeográficas, con nombres de ciudades, montañas, rios, etc. que, á pesar de la falta de órden y de método permiten reconocer el origen de varias ciudades y reinos modernos.

Mas allá del país, estos libros no dan mas que nociones confusas, de modo, que toda la perseverancia de la ciencia moderna no ha podido utilizar ningun conocimiento, si alguno existe en aquel caos.

Es un hecho muy notable, que el nombre Sanscrit de ningun pueblo situado al otro lado del indo coincida con los de los historiadores de Alejandro, siendo así que sucede al contrario por lo que hace á los de los pueblos de este lado del mismo rio. De donde puede deducirse con mucha probabilidad, que desde los mas remotos tiempos los Indos han tenido tanta aversi3n á viajar, como la tienen en el día, y que habrian quedado eternamente separados del

resto del mundo, si los demás pueblos hubiesen tenido tan poco movimiento y curiosidad como ellos.

La existencia de las razas indias en dos países situados al otro lado del Indo nada prueba contra esta observación. La que se halla establecida á orillas del mar, se habrá visto obligada á emigrar por efecto de contrastes políticos, y se estableció en las costas mas inmediatas que encontró. La historia de la que pasó á establecerse en las montañas del norte no es absolutamente desconocida, y aunque ambas, ya desde el tiempo de Alejandro, se encuentran como habiendo olvidado sus antiguas relaciones con la madre patria, y haber adoptado algunos usos diferentes á los de los pueblos indos, no parece que se hayan aliado á ninguna otra nación, ni que jamás hayan salido de los límites en que se fijaron desde un principio.

En el día, sin contar los mendicantes de las órdenes religiosas que van á adorar el fuego sagrado de Bakú, en el mar Caspio, y que alguna vez alargan su peregrinación hasta Astrakan, y á veces hasta Moscú; en la ciudad de Shikarpur, en la frontera del Indostán, existe una población india, cuyos vástagos suelen ir á establecerse en calidad de banqueros á las ciudades de Persia y del Turquestán, pero estos emigrados, no se dedican jamás á estudiar el país que van á habitar, de modo que sus viajes nunca han podido ofrecer el menor medio de instrucción á sus compatriotas.

Sus libros antiguos apenas hablan jamás de las naciones vecinas. Tu vieron conocimiento de los Griegos, á los cuales dieron el nombre de Yavan con el cual distinguieron también en adelante, á todos los conquistadores que penetraron en su país, procedentes del noroeste, y es muy probable que conociesen á los Escitas, pues no pueden ser otros los que se encuentran denominados en sus libros con el nombre de Sacas. Pero los Indios no conocieron la existencia de estos pueblos, sino en su propio país, ni jamás tuvieron noción alguna de las regiones de

donde procedían sus conquistadores. Por lo que se lee en un autor del séptimo ú octavo siglo, citado por Colebrooke, parece que los Indios tuvieron noticia de los Romanos. Dice este autor que las lenguas de los extranjeros se llaman parasica, yavana, romaca y bárbara. Con las tres primeras parecen ir designadas la persa, la griega, y la romana.

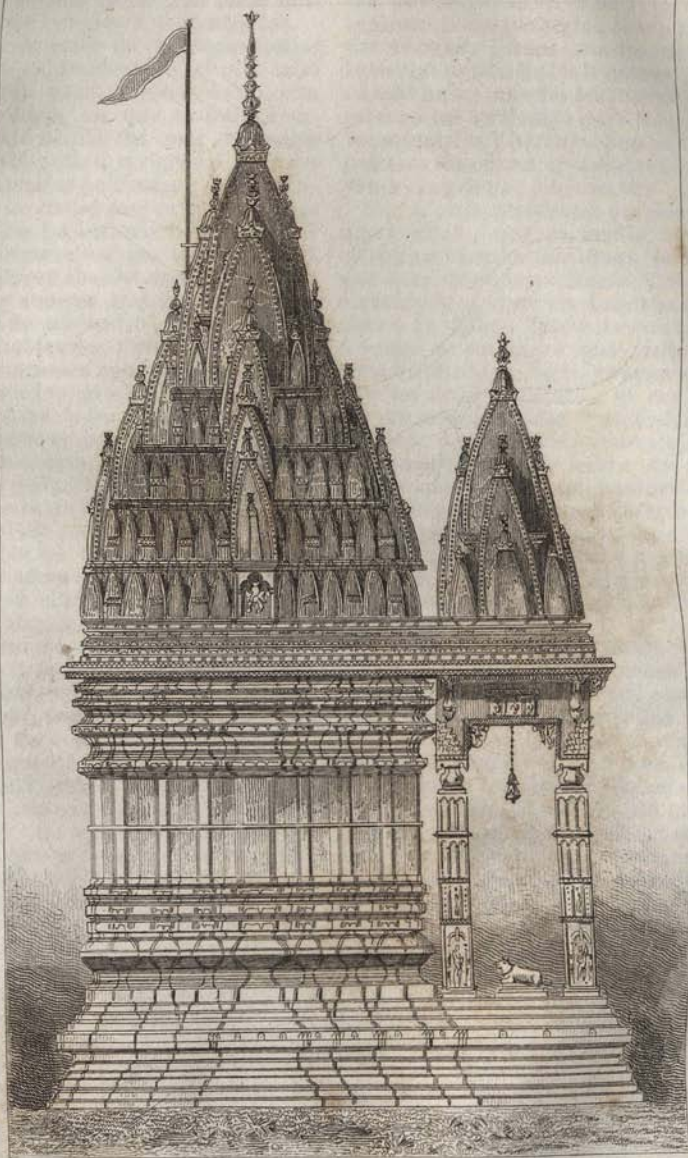
Por el país occidental en donde, dicen ellos, que es media noche cuando en Lanka sale el sol, parece que debe entenderse Roma. Consta sin embargo, que los Indos conocieron la China. Existe la relación del viaje de un chino que visitó la India en el cuarto siglo, y según afirman los autores chinos, el rey de Magada mandó varias embajadas á la China, durante el segundo siglo y subsiguientes. Manú habla de un pueblo, al cual da el nombre de Chin, pero lo cuenta entre las tribus del noroeste de la India, y por otra parte, el nombre de Chin no fué adoptado en el país á que correspondería en el día, sino mucho después de Manú.

Sin someterse de todo punto á las sabias é ingeniosas deducciones del coronel Wilford, no es fácil encontrar en ninguno de los escritos geográficos que han sido traducidos del sanscrit, vestigio alguno que pueda descubrir la existencia de relaciones entre la India y el Egipto, por mas que el comercio de siglos enteros, explotado por los navegantes griegos y romanos en el mar de la India, sugiera desde luego que debía haber dejado en el país algunos indicios de tal concurrencia.

§. VIII. *Cronología.*

Los inmensos períodos que han empleado los Indos para explicar sus cálculos sobre el tiempo no merecen ser discutidos. Por mas que estén fundados en datos astronómicos, no son acreedores por cierto á la consideración que han querido concederles los sabios europeos, puesto que sus hipótesis son absolutamente mitológicas.

Una revolución de cuatro mil trescientos veinte millones de años for-



Goussier del.

Lamotte sculp.

Temple Hindoo.

Templo Hindoo.

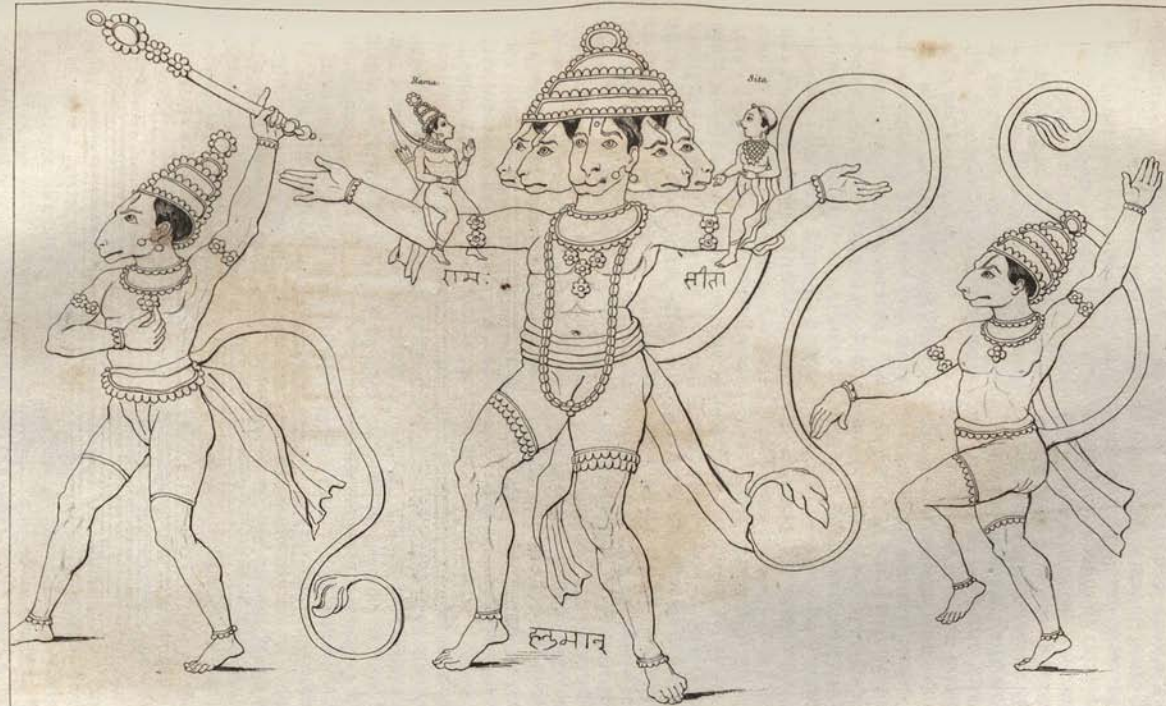


Illustration by
Hanuman

Hanuman

ma una *Calpa*, ó un dia de Brahma. En este periodo entran catorce *Manuantaras*, ó épocas gobernadas por un Manú. Cada Manuantara se compone de setenta y una *Maha-Yugas*, ó grandes edades, y cada *Maha-Yuga* se divide en cuatro *yugas*, ó edades de desigual duracion. Esta última division tiene alguna semejanza con las cuatro edades de oro, de plata, de bronce, y de hierro imaginadas por los Griegos.

La última de aquellas subdivisiones ó edades es la única que tiene relacion con el género humano. La primera, llamada *Satya-yuga*, comprende un período de un millon setecientos veinte mil años. La segunda, *Trita-yuga*, dura un millon doscientos noventa y seis años. La tercera, *Dwaparyuga*, ochocientos sesenta y cuatro mil años; y la cuarta *Cali-yuga*, ciento treinta y dos mil años. De la Manantuaras actual se cuentan transcurridos en el dia, cuatro mil novecientos cuarenta y un años de la última época *Cali-yuga*, concluida la cual, se seguirán las demás nombradas. Propiamente esta época puede tomarse por la histórica. Sin embargo, la mitología inda hace mencion de algunos acontecimientos que se refieren á épocas anteriores, y no siendo posible computarlas con referencia á tiempos mas inmediatos, no merecen ciertamente ser tomadas en aprecio por los sabios.

Para establecer pues una cronología inda, es menester descartarse desde luego de toda esa cuenta de *Calpas*, *Manantuaras* y *Yugas*, y observar atentamente, si en los monumentos que nos quedan de la civilizacion de este pueblo singular se encuentran algunos elementos mas racionales.

Hemos dicho que parece que los *Vedas* fueron compilados en cuerpo de doctrina, catorce siglos antes de J. C., pero no era posible establecer concordancia entre ningun acontecimiento histórico y esta data. El astrónomo *Parasara* ha podido vivir catorce siglos antes de nuestra era, y su vida, ó la de su hijo *Vyasa*, compilador de los *Vedas*, pudo encon-

trarse en época de acontecimientos, cuyo recuerdo ha llegado hasta nosotros, bajo la forma histórica ó mitológica. Pero la mayor parte de los personajes que se nos presentan como contemporáneos de estos dos autores, vienen despues á figurar en épocas muy diversas, y por otra parte la estravagante longjividad asignada á sus Santones, destruye todos los medios de establecer una base cierta y fija sobre la cual pudiese levantarse un sistema histórico.

El monumento mas propio á este intento, y sobre el cual parece que pudiera ensayarse la formacion de una cronología inda, serian las listas, suministradas por los *Puranas*, de las dos razas paralelas de reyes, descendientes del Sol y de la Luna, que se cree debieron reinar en *Ayodha*, entre el *Djamma* y el *Gánjes*, de las cuales se llaman sucesores todas las antiguas dinastías de la India. Segun los cálculos de Sir William Jones, estas listas nos conducirian á tres mil quinientos años antes de J. C., pero resultan tan contradictorias, que no se puede uno apoyar en ellas, por no inspirar la debida confianza. Los jefes de las dos razas fueron necesariamente contemporáneos, puesto que son hermano y hermana, y sin embargo, los descendientes de la raza lunar no cuentan mas que cuarenta y ocho nombres para el completo de un período en que la solar cuenta noventa y cinco, y *Crishna*, que segun el testimonio de los *Puranas*, es muy posterior á *Rama*, es el quincuajésimo de la raza lunar, mientras este mismo *Rama* es el sexajésimo tercero de la solar.

Cuantas tentativas se han hecho para poner estas listas en armonía, no han servido mas que para demostrar su discordancia. La narracion que les sirve de texto en los escritos de los *Puranas* las desacredita todavía mas, por las puerilidades y absurdos de que están atestadas. Finalmente, aunque pueda muy bien ser que la mayor parte de los reyes, cuyos nombres figuran en aquellos monumentos, hayan efectivamente reinado, aunque muchos de los cuentos insulsos que allí se encuentran

se tomen por simples alusiones á lo que realmente haya sucedido; es de todo punto imposible dar con ningún elemento positivo de cronología hasta llegar al tiempo de Crishna ó á la guerra de Maha Bharata (1).

Desde esta época en adelante, se encuentran listas de reyes de varias rejonas de la India que presentan alguna apariencia de probabilidad, y algunas veces se ve confirmada la verdad de sus nombres con el testimonio de lo que consta por otros pueblos.

Con mas frecuencia todavía se encuentra confirmada la autenticidad por medio de inscripciones religiosas y de concesiones de territorio. Estas suelen estar esculpidas en piedra, ó cinceladas en planchas de cobre, de las cuales se encuentran bastantes todavía, y algunas en el mejor estado de conservacion. No solo traen estas inscripciones la fecha con minuciosa exactitud, sino que casi siempre contienen los nombres de muchos de los príncipes predecesores al que hace la concesion. Si se encontrase un número suficiente de estos monumentos, por este medio seria fácil fijar sino las fechas, á lo menos las series de todos los reyes; por ahora estos grabados no son mas que fragmentos sin correlacion, que aunque pueden ser muy útiles para probar algunas referencias históricas,

(1) El autor siempre que habla de esta época dice guerra del (*du*) Maha Bharata. Propiamente debiera callar la palabra *guerra* y decir, época de la Maha Bharata, para evitar el pleonasmó, como vamos á ver, y velar además la falta de inteligencia; pues que traduce *du* en lugar de *de la*, tomándolo seguramente del *of* inglés de alguno de los autores que cita. Saben los filólogos que de algunos años á esta parte se han dedicado al estudio del sanscrit, que este idioma ha suministrado infinidad de raíces al griego, y no puede ser mas palpable la que la palabra *Maha*, ofrece con respecto á la griega *μάχη*, que debió ser *μάχα* en su orígen, cambiando despues la *a* en *n* por dialecto jónico que seria el primero en adoptarla. Pero esta palabra griega significa *pelea, lucha, guerra*, y los Indos llaman tambien á su país *Bharata* por donde queda demostrado, que *Maha Bharata* significa *guerra indica*, lo cual queda confirmado además por haber servido de asunto á un poema épico como veremos mas adelante.

(Nota del Traductor.)

cas, con todo no bastan para quedar constituidos en elementos verídicos para la formacion de una cronología general.

La raza Magada, no obstante, es la única que presenta una série no interrumpida de reyes, desde la citada guerra de Maha Bharata hasta el quinto siglo de nuestra era, y hasta cierto punto, puede servir de base, ó digamos de contrarejistro, para la confirmacion de los acontecimientos que se asignaron á los tiempos que abraza este período.

Shahadera era rey de Magada á fines de la guerra de Maha-Bharata.

El trijésimo quinto de sus sucesores fué Adjata-Satrú, en cuyo reinado vivió Sakya ó Gotama, fundador del Budhismo. Segun todas las probabilidades, Sakya murió por los años 550 antes de J. C. Luego aquí tenemos un testimonio que viene atestiguado por las crónicas de los Birmanes, de los Cingalas, de los Siameses y de otros pueblos budhistas, pero no indios, para ayudarnos á fijar la época en que vivió Adjata-Satrú.

El sexto sucesor de este fué Nanda; el noveno de este Chandra-Gopta, y el tercero de Gopta, Asoca, príncipe célebre en todos los países budhistas, por su celo por esta religion.

Por medio de estos dos príncipes se puede probar de enlazar la cronología inda con la europea, y circunscribir, aunque de un modo que todavía distará bastante de la precision, los verdaderos límites de la época histórica de los Indios.

Con el probable intento de realzar á su héroe Crishna, los autores indos han colocado el fin de la guerra de Maha-Bharata y el nombre de dicho héroe al principio de la época Caliyuga, ó edad perversa, y aunque esta asercion ha sido desmentida por uno de los autores, y contradicha indirectamente por el relato de otros muchos, sin embargo, pasa entre ellos por incontestable.

Pero al ir á confrontar la lista de los reyes, redactada por los Puranas, William Jones quedó admirado al ver la semejanza del nombre de Chandra Gopta con el de Sandracó-



Fragment des ruines de Barolli.

Fragmento de las ruinas de Barolli.

tus ó Sandracoptus, que segun los historiadores europeos, concluyó un tratado con Seleuco, uno de los sucesores de Alejandro. Embebido en esta idea, sorprendiéndole por otro lado al encontrar que la semejanza no se reducía á esto solo, sino que convenia además con los acontecimientos históricos, y considerando á Chandra Gopta como contemporáneo de Seleuco, llegó á establecer una teoría mas conforme á las ideas que tenemos de la cronología, por lo que hace á los acontecimientos anteriores á dicho principio. M. Wilson ha demostrado despues con suma claridad, que Chandra Gopta es efectivamente el Sandracoto de los historiadores griegos. Todo viene á confirmarlo; la semejanza ya citada de los nombres; la identidad de los nombres Xandramas con que Diodoro Sículo designa á Sandracoto y Chandra Gopta, que es como los mismos historiadores indos nombran á veces á Chandra Gopta; su humilde orijen y su usurpacion, punto acerca del cual, están acordes los Indos y los Griegos: la posicion de su reino, tal como la describe Megasthenes, embajador de Seleuco; el nombre de sus vasallos Prasii, segun los Griegos, y Prachi segun los Indios; el de la capital Palibothra conforme á los escritores griegos, y Pataliputra, conforme á los indios. Descubrimientos posteriores, además, obtenidos en los libros de los Bramines, han dado ocasion á poder fijar mejor la época de Chandra Gopta. Wilford la habia colocado por los años 350 antes de J. C. y Wilson por los 315; cuando de repente encontraron confirmada su hipótesis por la publicacion de las tablas cronológicas de los Budhistas de Ava y Ceilan. El primero de estos monumentos fija el reinado de Chandra Gopta entre los años 392 y 376 antes de J. C.; el segundo entre los 481 y 347, mientras que por otra parte la cronología griega permite fijarlo entre el advenimiento de Seleuco y su muerte, esto es, entre los 312 y 380. M. Turnour atribuye la diferencia de los treinta ó cuarenta años en que difieren las fechas budhistas y griegas, á fraude de los

sacerdotes budhistas, que aunque exentos de las extravagancias con que los Bramines oscurecieron su cronología, quisieron aquellos en esta ocasion, hacer concordar una fecha histórica con otra relijiosa.

Tan débil discrepancia, de todos modos, no bastaria para dejar de tener por una misma la persona de Chandra Gopta y la de Sandracoto de Seleuco, aunque esta misma identidad no nos hubiese resultado confirmada además con datos irrecusables. Pero en el dia han desaparecido todas las dudas, á favor de un descubrimiento que derrama inesperada luz para aclarar muchas obscuridades de la historia inda. Muchas grutas, rocas y columnas, diseminadas por la India, se hallan cubiertas de inscripciones trazadas con caracteres que nadie hasta nuestros dias habia podido descifrar, y que parecian desafiar á los sabios, como en otro tiempo los jeroglíficos egipcios. Pero M. Prinsep, al fin, despues de haber estudiado por mucho tiempo dichas suscripciones sin dar con la clave del enigma, reparó en la brevedad, en la posicion aislada de todas las que encontró en un templo, y supuso que conforme á la costumbre, todavia en vigor entre los budhistas, cada una de dichas inscripciones habia sido dedicada á la memoria del donador que habia enriquecido aquel templo. Notó además que todas terminaban uniformemente con las dos letras mismas, y siguiendo su investigacion, presumió que dichas dos letras debian ser la D. y la N. que son las letras radicales de la palabra *donacion* en idioma sanscrit. La frecuente repeticion de otra letra le hizo suponer que podría ser la S., señal de jenitivo en el mismo idioma; de modo que de letra en letra vino á combinar un abecedario. La lengua de las inscripciones no era la sanscrit, sino uno de sus dialectos, llamado *pali*, en el cual están escritos los libros de los budhistas. Continuando M. Prinsep á leer inscripciones, hasta entónces indescifrables, y descubriendo los nombres de una série de reyes grabados en medallas antiguas del

país, que hasta entonces habían quedado desconocidas; tuvo la satisfacción de ver confirmada su teoría por los trabajos de M. Latsen, profesor de Bon. El sabio prusiano acababa de probar que dos nombres inscritos en dos medallas griegas eran el de Agatodos y el de Pantaleon; y M. Prinsep tuvo el placer de leer los mismos nombres inscritos en el reverso de las propias medallas, con los caracteres indios, cuyo alfabeto acababa de descubrir con tantos afanes.

Este descubrimiento le permitió leer sin dificultad las inscripciones de la famosa columna de Firuz-Shah en Delhi, y de tres columnas más situadas en el valle del Gánjes. Desde entonces, cuantos monumentos de esta naturaleza se encontraron en la India fueron descifrados y traducidos. Entre ellos se encontró considerable número de edictos, uno de los cuales, relativo á la erección de hospitales y de otras fundaciones de beneficencia, ordenaba: «que se fundarían igualmente en el territorio de la dependencia de Asoca, lo mismo que en el de los fieles (siguen cuatro nombres desconocidos) y en Tambapanni (Taprobana ó Ceilan) y hasta en el imperio de Antíoco el Griego (Antioko Yona) en las provincias en que gobiernan los jenerales de Antígono.»

Otro edicto, esculpido en una roca, bastante deteriorada y difícil de leer, parece haber sido un testimonio público de la satisfacción que cabía á Asoca por la propagación de sus doctrinas, no solo en la India sino también en los países extranjeros. Existe el fragmento siguiente: «Y también el rey griego del cual... los reyes Turamayo, Gongakena y Maga...»

M. Prinsep cree que dos de estos nombres designan á Ptolomeo y á Magas; queda este crítico convencido de que Asoca tenía algún conocimiento del Egipto, y hasta que mantenía algunas relaciones con dicho país; inducción que no puede contradecirse, porque es un hecho positivo, aseverado por la historia, que la extensión que los Egiptios die-

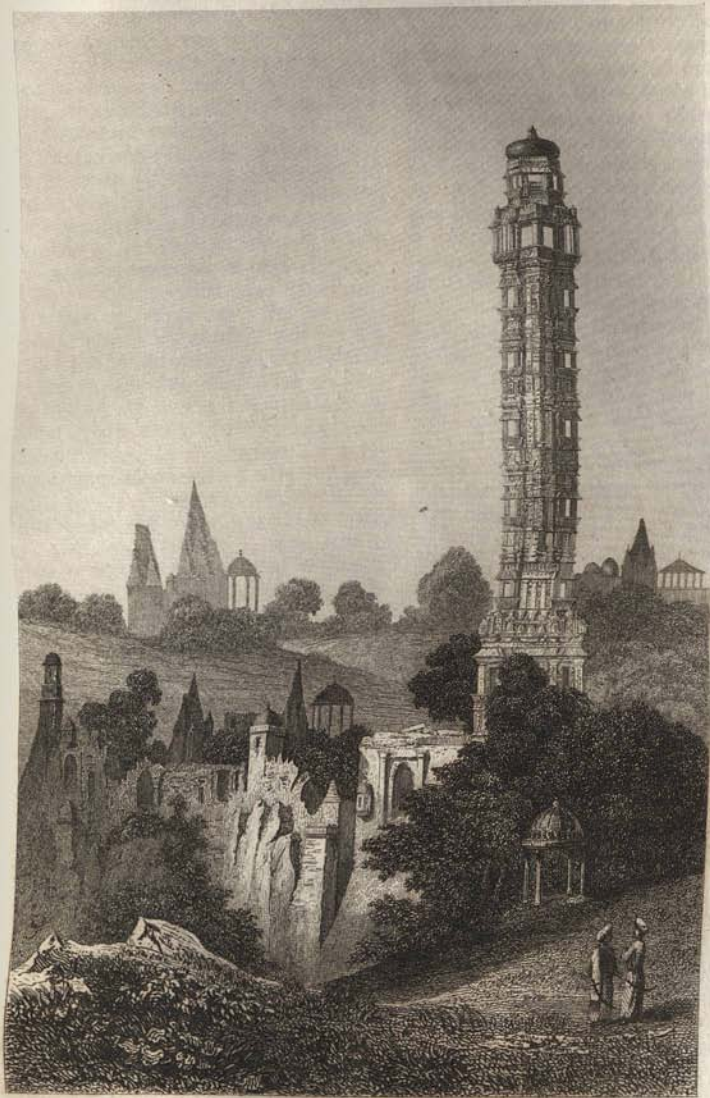
ron á su comercio en tiempo de los primeros Ptolomeos alcanzó hasta mares de la India. Parece además muy probable que el Ptolomeo de quien aquí se trata fuese Ptolomeo Filadelfo, cuyo hermano llamado Magas, casó con una hermana de Antíoco. Todavía se deduciría de aquí, que el Antíoco mencionado en el primer edicto, sería el primero ó segundo de este nombre, esto es, el hijo ó el nieto de Seleuco.

El sincronismo ó identidad de tiempo entre el nieto de Chandra Gupta y uno de los primeros sucesores de Seleuco no puede ponerse en duda, así que, esta época de contemporaneidad entre los dos citados príncipes, puede servir para fijar un punto en la cronología india, al cual pueden referirse con toda confianza algunas fechas que podrán pedir adecuada colocación de acontecimientos anteriores.

La primera fecha que importa determinar es la del reinado de Nanda. Aunque haya habido ocho reyes entre este y Chandra Gupta, se ignora si la sucesión se ha verificado por línea recta ó colateralmente. Sin embargo cuatro cronologistas puranas convienen en señalar el término de cien años para dar cuenta de la duración de los nueve reinados, incluyendo en ellos el de Nanda. Luego podemos suponer que Nanda subió al trono cien años antes que Sandracoto, esto es, cuatrocientos años antes que J. C. con corta diferencia.

El sexto rey hasta llegar á Nanda es Adja Satrú, bajo cuyo reinado murió Sakyá. Con testimonios, diferentes de los de los indos, hemos dado ya por sentado, que este acontecimiento tuvo lugar 550 años antes de J. C., y como los cinco reinados transcurridos entre esta fecha y la de cuatrocientos años antes de J. C. determinada por Nanda, no daría la duración de treinta para cada uno, como término medio, no se presenta obstáculo atendible ó que debiese hacernos rechazar la suposición hipotética del reinado de Adjata-Satrú.

Entre Nanda y la guerra de Maha Bharata han existido tres dinastías; cuatro autores Puranos expresan el



Franchesi del

Lemaitre del

Colonne de la Victoire à Chettore.

Columna della Vittoria in Chettore.

número de años que subsistió cada una; el total asciende á mil quinientos años. Sin embargo la lista que contiene mayor número de príncipes no presenta mas que cuarenta y siete, y los mismos Puranas en otro pasaje dan con igual seguridad un número absolutamente distinto. Uno de dichos autores dice que el tiempo trascurrido entre la guerra de Maha Bharata y el reinado de Nanda ha sido de mil y quince años. Otros dos de los mismos le dan mil y cincuenta años; y el cuarto autor mil ciento quince. Segun esto, el período mas corto, dividido entre cuarenta y siete reinados, daría un término medio de veinte y un años para cada uno, y si se adoptase el transcurso de mil quinientos años seria necesario dar á cada reinado una duracion de treinta y un años. Tan largo período concedido á cuarenta y siete reinados sucesivos es tan poco probable que no debemos vacilar en rechazarlo, y tomando la primera cuenta, podemos deducir, que por lo que se puede calcular con lo que escriben los Puranas, la guerra de Maha Bharata debió terminar mil y cincuenta años antes de Nanda, ó cerca de mil cuatrocientos cincuenta antes de J. C., esto es, mas de cincuenta años antes de lo que señalan los Puranas. Esta correccion, que tiene además el mérito de acortar los reinados de aquellos cuarenta y siete príncipes, como pide la sana crítica, colocaria la guerra de Maha Bharata como doscientos años antes de la guerra de Troya. Por otra parte es la fecha mas remontada á que se pueda llegar, porque desde esta época hasta principiar el período Cali-Yuga, esto es; con mucha probabilidad, el diluvio, no se encuentran mas que fábulas y confusion.

Los Puranas dan la historia del período comprendido entre el reinado de Nanda y la conclusion de la quinta dinastía despues de él ó de la cuarta despues de Sandracoto. Este período comprende una duracion de ochocientos treinta y seis, ó de ochocientos cincuenta y cuatro años, empezando la cuenta por Nanda, es decir, que alcanza hasta los años

436 ó 454 de la era cristiana. Los Andras, que constituyeron la última dinastía, subieron al trono al principiarse nuestra era; lo cual concuerda con lo que dice Plinio de una dinastía del mismo nombre en el segundo siglo; y aunque esta cita pueda referirse á otra familia del mismo nombre, como seria por ejemplo á los Andras del Decan, sin embargo, habiéndoseles calificado de *Andre Indii*, en el Gánjes, como van mencionndos en las tablas de Peutenger, da lugar á suponer que Plinio ha querido hablar de la dinastía en cuestion.

Los anales chinos, traducidos por Guignes, hacen mencion de la llegada á aquel pais de una embajada enviada por el príncipe indio Yue-Gnac, rey de Kia-pi-li, por los años 408 despues de J. C. Kia-pi-li denota, sin que quepa la menor duda, Capili, patria de Budha, cuyo nombre dan los Chinos al reino Magada. Los Andras terminan con Palimat ó Pulomerchish, por los años 436, desde cuya época cae la cronología del Magada en una confusion casi tan inesplicable como la que reina en los tiempos anteriores á la guerra de Maha Bharata.

En vista de cuanto llevamos expuesto debemos quedar convencidos de la completa insuficiencia de la cronología inda, y de que todo queda por adivinar, con muy pocas escepciones, hasta llegar á la época en que los autores musulmanes empiezan la historia de sus invasiones en la India.

§. IX. Medicina.

Charaka y Susruta son los autores indios mas antiguos que han escrito de medicina; ó cuyas obras hayan llegado hasta nosotros. Ignoramos el siglo en que debió escribir cada uno, pero tenemos un comentario del segundo, que es el mas moderno, escrito en Cachemira, por los siglos doce ó trece de nuestra era, y parece que antes se habian escrito algunos otros.

Estos autores han sido traducidos en árabe, probablemente poco tiempo despues que los musulmanes em-

pezaron á cultivar las ciencias. Los autores árabes no tienen dificultad en confesar lo mucho que deben á los médicos indos que han escrito de su profesion, y hablan siempre de ellos como de los dignos rivales de los Griegos. ¿Será bastante para fijar la época en que los árabes empezaron á tener conocimiento de sus obras, el que los dos médicos indos Manka y Saleh estuvieron adictos en calidad de tales en la corte del Califa Harun-Raschi en el siglo octavo?

Parece que los Indos fueron muy ejercitados en la farmacología. Cosa que conocian perfectamente los simples y sus calidades, y que en esta parte dieron en otro tiempo lección sobre esta ciencia á los Europeos. No hace mucho que se ha tomado de los Indos el uso de la datura para el asma. Sus conocimientos en química sobre todo eran sorprendentes.

Sabian preparar los ácidos sulfúrico, nítrico, y muriático; los óxidos de cobre, de hierro, de plomo, de estaño, y de zinc; los sulfuros de hierro, de cobre, de mercurio, de antimonio, y de arsénico; los sulfatos de cobre, de zinc y de hierro; y los carbonatos de hierro y de plomo. El modo de preparar estas sustancias, en muchos casos, sino en todos, era fruto de su orijinal invención.

Parece que en la adopción de medicamentos fueron extraordinariamente atrevidos. Ellos han sido los primeros en resolverse á emplear los minerales interiormente, y no solo han administrado el mercurio en este sentido, sino tambien el arsénico y el ácido de este mismo mineral para cortar las calenturas intermitentes. Al propio tiempo han empleado el cinabrio en fumigaciones, como medio eficaz para producir rápidamente una abundante salivación.

Su cirugía no es menos notable que su medicina, mayormente si se detiene uno á considerar el estado de ignorancia en que se hallaban, respecto á los conocimientos anatómicos. Sabian verificar la extracción de la piedra, operaban la catarata, sa-

caban el feto con destreza en los partos difíciles, ó abortos, etc. En sus mas antiguas obras se encuentran los nombres de ciento veinte y siete instrumentos de cirugía. Sin embargo, es de creer, que estos instrumentos serian muy groseros, como lo son en el día. Si bien es verdad que son muy hábiles en la catarata, sus operaciones de la piedra son en cambio generalmente funestas.

Desde la mas remota antigüedad han conocido la inoculación, y con todo las viruelas hacian millones de víctimas hasta que adoptaron la vacuna.

Los médicos indos se detienen muy particularmente en observar el estado del pulso, de la piel, de la lengua y de los ojos, y la naturaleza de la evacuaciones etc., y pasan por muy hábiles en formar el diagnóstico por aquellos síntomas. Con todo, su práctica es enteramente empírica, porque su teoría no sirve mas que para inducirlos en error. Sus prescripciones tampoco son muy juiciosas, así es, que cuando el enfermo se presenta calenturiento, lo encierran en una estufa, y lo ponen á dieta absoluta, y hasta le prohíben toda clase de bebida.

Además de esto, recorren á la astrología y á la magia en auxilio de la ciencia, aplicando los remedios segun la posición de los planetas, creyendo aumentar su eficacia por medio de encantos y amuletos.

La mayor parte de estos defectos serian seguramente una ramificación del arte, y en el día aun este ha degenerado bastante. Los químicos hacen actualmente sus manipulaciones sin tener ninguna conocimiento de las leyes que pueden favorecer ó mas bien decidir el resultado; los médicos siguen la práctica de sus maestros, sin pensar jamás en averiguar la causa; y la cirugía se encuentra tan completamente abandonada, que los barberos son los únicos que sangran, y los pastores los que se ocupan en aplicar remedios á las laceraciones y fracturas.

§. X. De la lengua.

«El sanscrit, dice William Jo-



Gauthier del.

L. Maitre dir.

Niche sculptée au Temple de Barolli.

Nicho esculpido en el Templo de Barolli.

nes, es una lengua de la mas admirable estructura; mas perfecta que el griego, mas abundante que el latin, y mas delicada que entrambas.»

Esta lengua, elojada de este modo por tan ilustre testimonio parece haber sido cultivada siempre con todo el esmero de que es digna. Panini, el mas antiguo de sus gramáticos, que hayan llegado á nuestro conocimiento, sube á tan remota antigüedad que la pierde en la oscuridad de los tiempos fabulosos. Sus obras y las de sus sucesores han producido el sistema gramatical mas completo que jamás se haya aplicado á lengua alguna conocida.

Sin hablar de sus innumerables gramáticas y diccionarios, la literatura sanscrit cuenta una inmensidad de tratados de retórica. Aun en el dia se cultiva este idioma con el mayor celo, y aunque no sea ya mas que una lengua muerta, los sabios la usan en sus conversaciones con tanta facilidad como sucedia en Europa con el latin hace pocos años. Seria digno de averiguarse en qué época dejó este idioma de ser el vulgar, pero para resolver esta cuestion faltan todavía los elementos mas indispensables, como la historia. De medio siglo á esta parte, el sanscrit se ha hecho un objeto de interesante investigacion en Europa, desde que se ha descubierto y demostrado su afinidad, y á veces su identidad con el griego y con el latin.

Colebrooke cree que la lengua, el metro, y el estilo de uno de los himnos de que se componen los Vedas demuestran hasta la evidencia que: «la compilacion de estos poemas, tales como los conocemos en el dia, se ha verificado en una época en que el sanscrit habia hecho ya considerables progresos sobre el dialecto rústico é irregular, en que están escritos casi todos los himnos y oraciones de los Vedas; esto es, en una época en que el sanscrit habia llegado á ser la lengua perfecta y sonora en que se escribieron los poemas mitológicos sagrados y profanos.

Desde los Vedas hasta Manú, y desde Manú hasta los Puranas, Jones reconoce una escala de progresos en

la cultura de la lengua, tan notable como la que se encuentra desde los fragmentos de Numa hasta la ley de las Doce Tablas, y desde estas hasta los escritos de Ciceron, en el latin.

Los nombres indos citados por los historiadores de Alejandro casi siempre pueden reducirse á formas sanscrits. Ninguno de estos autores habla de una lengua sabia diferente de la del pueblo; sin embargo en los dramas sanscrits mas antiguos, las mujeres y las personas de las clases inferiores hablan un dialecto imperfecto; el Sanscrit queda reservado para los principales personajes.

Pueden hacerse algunas conjeturas acerca la historia de este idioma por el grado en que se encuentra mezclado en los dialectos de la India moderna.

Los cinco dialectos del norte que son: los del Pandjab, de Canudj, de Mithila (el Bahar septentrional), de Bengala, y de Guzerate, son en concepto de Colebrooke, derivados del sanscrit, alterados por la introduccion de voces extranjeras, y nuevas inflexiones, casi en la misma proporcion en que el italiano se encuentra respecto del latin. Por el contrario, de los cinco dialectos del Decan, tres por lo menos, el tamul, el telinga, y el carnático tienen un orijen que ninguna relacion tiene con el sanscrit, y no tienen voces de esta lengua sino en la razon que el inglés los ha recibido del latin, ó la lengua indostana las ha adoptado del árabe. De los tres citados el tamul es el mas puro, y suele tomarse como la lengua madre de donde han procedido las otras dos. El telinga, aunque todavía conserva su forma particular, tiene mas mezcla de sanscrit.

De los otros dos dialectos del Decan el de Orisa, aunque derivado en su mayor parte del tamul, ha tomado tantos vocablos del sanscrit, que segun Wilson, «si se estrajesen y repudiasen estos, no existiria.» Frecuentemente se le cuenta entre los idiomas del norte en lugar del guzerati.

El maharashtra ó marat pertence, segun el mismo escritor, á la familia de los dialectos del norte, aun-

que siempre se le cuenta entre los del mediodía. La raza que lo habla ha debido proceder del otro lado de los montes Vindyas; pero hasta ahora no pasa de conjeturas lo que se sabe acerca de la época de su emigración, y nuevo asiento en el país que ocupa.

§ IX. De la poesía.

Una persona estraña al estudio del sanscrit tiene no poco trabajo en poderse formar una idea de la poesía de los Indos.

La armonía, maravilloso atributo de este idioma, se pierde necesariamente en una traducción, y la facultad ilimitada de formar voces compuestas, lo cual presta tanta riqueza á un orijinal, es inimitable, ni puede transmitirse á una lengua estraña.

La orijinalidad misma de la poesía de los Indos impide tambien que podamos concebirla perfectamente; por otra parte, difiere completamente de todo lo que entendemos y sentimos por la palabra poesía. La individualidad de las ideas y de los sentimientos del pueblo se levantan como una barrera para que podamos alcanzar su espíritu; la diferencia de objetos naturales, de los cuales toman los poetas sus imágenes, es otra causa de oscuridad para nosotros; su estilo figurado que para un indio da nueva vivacidad á la expresión, es para nosotros, por la sola diferencia de climas, un lenguaje que no comprendemos. ¿Qué idea se presentará á nuestro espíritu cuando nos dicen que los labios de una doncella son como la flor del Bandhudjiva, ó que en sus mejillas brilla el lustre del Madhuca? Pues estas imágenes son tan espresivas para los que las comprenden, como para nosotros la comparación de una belleza á la rosa de abril.

A pesar de estos inconvenientes, las pocas muestras de poesía sanscrita que se han traducido en lenguas europeas, se han encontrado engalanadas de singulares bellezas.

Particularmente el teatro, que de todas las ramas de la literatura inda es la que conocemos mejor, cuenta

algunas verdaderas obras maestras. La pieza llamada Sacontala ha sido presentada á la consideración de los Europeos por la traducción clásica de Sir William Jones, y por otra de Mr. Chezy. Debemos la traducción de la mayor parte de los dramas indos á Mr. Wilson y á Mr. Langlais.

Aunque hemos alcanzado piezas indas, escritas á principios de nuestra era, sin embargo el número de los dramas, cuyos títulos conocemos, no pasa de sesenta. Es pues probable que se hayan perdido muchos; de dicho número se han traducido ocho completamente y sobre otras veinte y cuatro se han hecho análisis y traducciones parciales.

Aunque los Indos no tengan tragedias, propiamente tales, esto es, piezas que se terminen de un modo trágico, ofrecen sin embargo una diversidad de asuntos, de caracteres, y de combinaciones, tan rica como la de cualquier teatro. Una pieza traducida por el doctor Taylor de Bombay puede mirarse como la espresión mas viva, y á veces como la sátira mas cáustica de los varios sistemas de filosofía. Los asuntos de los dramas mas serios son tomados de la historia de los héroes, de los amores y guerras de sus reyes, de las intrigas de los altos funcionarios y tambien de los acontecimientos naturales de la vida privada.

La diversidad de los personajes es tan grande como la de los asuntos. En estos no se ven alusiones á los seres sobrenaturales ni á la religión; en algunos las ninfas de su paraíso se enamoran de los simples mortales; en estos se ven los dioses y los demonios; en aquellos los brujos y encantadores; en una de estas piezas baja toda la corte celestial sobre la escena, para atestiguar la inocencia de la heroína.

Por lo jeneral, aunque los dioses aparezcan en la escena, el interés del drama descausa enteramente en sentimientos puramente humanos y en situaciones naturales.

El número de los actos no es determinado, y una pieza puede tener desde uno hasta diez.

Los intermedios se distinguen en

que la escena queda desocupada y transcurre un espacio de tiempo necesario á la interrupcion de accion.

La unidad de tiempo suele por lo comun observarse bastante bien; sin embargo, hay una pieza en que median doce años entre el primero y segundo acto; los poetas indos tienen menos escrúpulo en violar la unidad de lugar; pero la unidad de accion, que es la mas indispensable, se observa con tanta escrupulosidad como pueda hacerse en nuestras piezas mas modernas.

La fábula es casi siempre interesante, el diálogo vivo, aunque algo largo; en fin, los poetas dramáticos ostentan un esmero y un talento particulares para preparar al espectador las situaciones y los caracteres de sus personajes.

¿Juzgarémos á los actores por los que se ven aun en la India? En el dia no se representan sino rara vez los grandes dramas del teatro indo: y en este caso, el tono de los actores es grave y declamatorio. Los trajes son los mismos que se ven representados en las estatuas antiguas, y los grandes gorros, ó mas bien las coronas de los personajes principales, pintadas de azur y oro, les comunican mucho mayor porte de dignidad, que los turbantes modernos. Los actores mímicos y los graciosos ó bufones son en mucho número. Sus sainetes son groseros, pueriles, y á veces hasta indecentes, pero es necesario convenir en que son ricos de accion, y abundan en sal cómica.

Los mas célebres de sus autores dramáticos son Calidasa, que probablemente floreció en el quinto siglo, y Bhavabhuti en el octavo. Cada uno de estos poetas ha escrito tres dramas y dos de cada uno han sido traducidos en lenguas europeas. El primero se distingue por su delicadeza y por la riqueza de sus descripciones poéticas. Su drama pastoral de *Sacotala* es justamente admirado. *El Héroe* y *la Ninfa* es una composicion todavía mas romántica, y puede compararse, á lo menos por la singularidad de su asunto, á la *Tempestad*, ó *al sueño de una no-*

che de Verano de Shakspeare. El segundo tiene las mismas calidades que el primero, unidas á una sublimidad de descripcion, á una fuerza de estilo, á una elevacion de miras, que no se encuentran en ningun otro poeta del pais.

Puede decirse desde luego, que todas las composiciones poéticas de los Indos llevan como un sello de la individualidad nacional que las ha producido, y que se advierte en ellas un rasgo de voluptuosa molice, que se insinua mucho mejor hácia la contemplacion de las bellezas de la naturaleza, que hácia el desarrollo de la enerjía humana. Su poesia aunque fácil, elegante, y rica hasta la profusion, particularmente por lo que hace á las imágenes, carece á á menudo de estímulo; el lector europeo encuentra en ellas sobrada languidez; no despiertan en él ningun sentimiento fiero ni siquiera varonil.

Las emociones que manejan con mejor destreza y mas seguro éxito son las del amor y las de la ternura. Pintan con delicado pincel los transportes de un afecto correspondido, el tedio y el dolor inspirados por la ausencia, y el furor de la passion fallida en sus esperanzas. Elévanse algunas veces hasta pintar el afecto que inspira la simpatía, puro, desnudo de todo egoismo, pero en vano se buscaria vigor en sus cuadros, fiereza ó independencia en la expresion ni en los conceptos. Hasta en las numerosas batallas que ha descrito, es muy rara la vez en que se sientan inspirados con exaltacion por las proezas de sus héroes; tienen que apoyarse en hipérboles para suplir la enerjía con que un poeta latino ó griego reviste á sus personajes, porque lo siente realmente al tiempo de dibujarlos.

El triunfo de los poetas sanscrits, que al propio tiempo es el género favorito de los mismos, es el descriptivo. Su eleccion siempre recae en escenas de quietud y silencio en la naturaleza, y de meditacion en el hombre, en medio de los bosques solitarios, á orillas de las floridas márgenes de un rio, rodeado de un

ambiente embalsamado por auras aromáticas y que recibe el frescor de sus límpidas aguas, pero tienen suma imaginación para embellecer la escena. Tal es, por ejemplo, la descripción de un país al rededor del Udjen, en el noveno acto de *Malati y Madhava*, en el que las montañas, los bosques, las aldeas, y los arroyos que serpentean por sus pedregosos cauces forman una perspectiva tan amena como variada y extensa. La ciudad, en este cuadro, ocupa el centro del primer término; sus torres, sus templos, sus colosales puertas se retratan en las fugaces aguas del río que se desliza á sus piés; los bosques del contorno mezclan el ruido de sus hojas que se mueven al fresco céfiro de la mañana, al arrullo de las aves que se hospedan en su inconstante sombra, y los prados salpicados con el plateado aljófar del rocío, ofrecen su rico tapiz, al tierno cordero que sigue juguetón por entre los pechos de su madre, y prosigue en su embelesante pintura hasta su término. Muchas veces se complacen en dibujar la montaña coronada de nieves, y los elementos de la tempestad que van agrupándose en su erizada cumbre. Bhuvabhuti sobresale en estas bellísimas descripciones. Sus pinturas, cuando retrata la agreste estructura de las montañas, las rocas caprichosas y los inmensos bosques que sirven de silenciosa cuna al Godaveri, ostentan verdaderamente fecunda invención en el pensamiento, grandeza y sublimidad en la expresión. Entre sus más ricas descripciones hay una en que su héroe se llega á media noche á un cementerio, alumbrado apenas por los últimos reflejos de las piras fúnebres que van estinguendo sus vacilantes llamas; apenas ha entrado en el ominoso recinto, cuando evoca á los espíritus del lugar, los cuales aparecen llenando los aires con sus siniestros gritos y fantásticas formas; cuando se retiran, la mas espantosa soledad reemplaza la terrible aparición, el silencio que circunda al héroe no es interrumpido mas que por el sordo mugido de los vientos, por el lejano ruido de

una cascada, por los melancólicos quejidos del fatídico buho, por los prolongados ruidos del chacal, etc. Tal escena produce el mayor efecto.

El gusto de los poetas indos por las descripciones, es tanto mas notable, cuanto forma mayor contraste con las composiciones de sus visiones.

Así es raro, por ejemplo, encontrar en los poetas persas largas descripciones de la naturaleza sin acción. Lo que buscan los poetas persas es marcar el efecto de los sentimientos profundos, y en sus breves descripciones, mas se detienen en dibujar los efectos que producen en el sentimiento los objetos naturales, que la impresión con que se insinúan en los sentidos.

El poeta sanscrit al contrario, sin descuidar enteramente cuanto puede explicar la emoción del alma, detalla y describe todos los elementos que han excitado aquella sensación; dibuja todos los rasgos que han contribuido al efecto, de los cuales va imponiendo diestramente al espectador, y algunas veces los presenta en conjunto, con medios tan pintorescos, que hasta el extranjero, que ignora los nombres de las plantas de los animales y de los demás objetos del suelo indio, se forma fácilmente una idea del paisaje que dibuja el poeta.

En la descripción de una situación campestre por un poeta persa se ven despuntar los capullos de la rosa que prodiga toda su belleza al enamorado ruiseñor; los blandos álitos del euro voluptuoso despiertan en el poeta todos los recuerdos de la juventud; la primavera reúne á los jóvenes y á las doncellas en torno del pabellón en que va á efectuarse una boda. Pero todos los hechizos de esta escena no bastan á distraer la tristeza de otro amante desgraciado. El silbo del viento que pasa por sus sienes le retrata la velocidad con que huye el tiempo sin retorno; los tiernos cantos del ruiseñor son para él otras tantas quejas á la inconstancia; el subido carmin de la encarnada rosa dejará de existir apenas sueñe el ábrego de las tempestades; pi-

de al cielo que acoja su llanto y al viento que encamina sus ayes á la hermosa insensible que adora.

El poeta indo al contrario, describe las profundas y solitarias sombras del bosque en que el negro tamala entrelaza sus ramas con el pávido follaje del nimba, en donde el mangustan protege con sus robustas y antiguas ramas, las temblantes y débiles hojas del pipala; la vid silvestre trepa en torno del Djambú, desde cuya cima deja caer sus flotantes vástagos; la asoca apoya allí tambien los deliciosos festones de sus flores ya lozanas; el madhavi abre sus anchos pétalos, blancos como el aumo, y los demás árboles salpican el verde tapiz que rodea sus troncos con un rocío de olorosas flores que doblaban sus largos vástagos con su peso. El aire se encuentra embalsamado con ricos perfumes; la calma es serena y profunda; no se oye mas que el zumbido de la abeja, ó el suspiro de la brisa que refresca la atmósfera á su paso. El silencio de esta soledad no es interrumpido sino tal vez por el canto lejano del coil; ó por la blanda queja de la tórtola que descansa en el árbol inmediato. El amante recorre el lugar, abandonando su espíritu á las impresiones melancólicas que le escita esta inmovilidad de la naturaleza. Se abate á los soplos del viento del sur; un dulce deliquio lo postra, rodeado de los perfumes enervadores de la flor del mangustan, hasta que se rinde recostado sobre un lecho de jazmines; allí se entrega á gozar de su propia melancolía, y á prodigar su llanto á los recuerdos de su amada ausente.

La parte mas abundante y antigua, así como la mas importante de la poesía inda, se compone de poemas sagrados y épicos, ó heróicos. Hablando de los primeros, Colebrooke dice: « que por lo jeneral su estilo es trivial, difuso y tan vacío de ornato, como recargado de repeticiones. » Los trozos que han sido traducidos para nuestra así lo confirman.

La primera parte de los Vedas, que se compone de himnos y plegarias, es la sola que puede contarse como poesía, y aun por lo que hace

á dichas composiciones, por sublimes que sean sus doctrinas, no puede decirse otro tanto con respecto á su mérito poético.

Después de los Vedas encontramos el grande poema heroico del Ramayana, que llevó á cabo la conquista de Ceilan. A juicio de los naturales, su autor Valmiki fué contemporáneo del acontecimiento, pero no parece probable que el poeta hubiese dotado á un héroe, todavía existente, de un poder sobrenatural, y sobre todo que le hubiese dado un ejército de monos por aliados. Así pues, opinamos que entre los acontecimientos que describe el poeta, y la época en que se escribió el poema debió transcurrir un considerable período, para que fuese posible recargar la realidad de los sucesos con adornos tan atrevidos. Sin embargo, este argumento no prueba mas que la antigüedad del héroe, pero no ataca en nada la del poema, y no puede suscitar duda sobre el particular, puesto que la lengua en que está escrito se acerca mas que la de ningun otro poema sanscrit á la que se empleó en la composicion de los Vedas; y por otra parte, uno de sus episodios se encuentra igualmente en el Maha Bharata, poema al par muy antiguo.

El Maha Bharata se atribuye á Vyasa, compilador de los Vedas, y se dice que fué tambien testigo ocular de los acontecimientos que refiere; pero existe la prueba en el mismo poema, de que fué recojido segun existe, por Santi, que lo recibió de Vyasa por el intermedio de otra persona. El mismo pasaje nos explica que de cien mil versos de que consta el poema, solo veinte y cuatro mil han sido obra esclusiva de Vyasa. Sin embargo, el estilo mismo de esta composicion depone contra las pretensiones á tan remota antigüedad, y el hallarse mencionados en ella los Yavanas, si este nombre no denota mas que á los Griegos, demuestra con evidencia, que á lo menos una de sus partes es posterior al siglo IV, antes de J. C.

Esceptuando á Mr. Colebrooke, que confunde los poemas heróicos

con los sagrados, en el juicio que ha escrito acerca de la segunda clase de poesía, todos los que han leído los primeros en sus orijinales hablan de ellos con entusiasmo; y semejante admiracion no es la opinion esclusiva de los críticos que se han dedicado principalmente al estudio de la literatura oriental; Milman y Schlegel convienen con Wilson y Jones en ensalzar estas obras; alaban unos la sencillez y la orijinalidad de la composicion; los otros la sublimidad, la gracia y el sentimiento de ciertos pasajes; estos la dignidad natural de los personajes; aquellos la inagotable imaginacion de los autores. Sobre tales testimonios, y no sobre la inspeccion de imperfectas traducciones en prosa, es, á nuestro entender, como debe formarse concepto de dichos orijinales.

El episodio de Nala y de Damaganti, consagrado á la narracion de los acontecimientos de la vida doméstica, es mas propio de la índole de los poetas indos, que la descripcion de las batallas. El tal es un modelo de encantadora sencillez. Entre los demás episodios del poema, figura el Bhagavat-Gita, que se tiene por obra de época mas reciente. Esta composicion es un epilogo poético de las doctrinas de una escuela de teología, y es muy celebrada por la belleza y perfecta claridad de su estilo. Por otra parte, cualquiera que sea su mérito, bajo aquel concepto, debe admirarse además el talento con que se ha tratado el asunto, sin olvidar los atavíos de elegancia y delicadeza con que se hace rica gala de medios.

Las leyendas de los Peruanos deben contarse como pertenecientes á la poesia épica. El coronel Kennedy ha traducido varios fragmentos de ellas.

El Megadata, traducido por Wilson, es un excelente modelo de poesia puramente descriptiva. Un ángel desterrado del cielo, carga una nube con un mensaje que dirige á los amigos que ha dejado en la celeste morada, y hace una descripcion á su encargado de las rejiones que deberá atravesar.

El autor escoje la estacion que mas

afecta á los poetas indos, aquella en que las lluvias periódicas van á empezar, desprendiéndose de las nubes agrupadas, y al estrépito del retumbante trueno; describe la agitacion en que despierta la naturaleza embozada y entorpecida; el placer de las criaturas á la aproximacion del fenómeno benéfico; las largas líneas de grullas y demás aves viajeras que se vislumbran en las elevadas rejiones de los cielos; describe los miles de paisajes, el sinnúmero de ciudades por encima de las cuales deberá viajar la nube, y al propio tiempo siembra su narracion de alusiones históricas y mitológicas que hacen referencia á los hechos de que han sido testigos aquellos lugares.

En medio de la descripcion, sobrevienen, por intervalos, los suspiros y las quejas del desterrado; y los recuerdos que todavía conserva de los encantadores lugares de donde ha sido espulsado.

El Gita Govinda, ó los cantos de Djaya Deva ofrece otro ejemplo de la poesia pastoral. Este poema ostenta mejor que ningun otro la riqueza de imágenes y el embeleso de la deleitosa soledad, así como el defecto de vigor y de interés estrínseco, que son las bellezas y los lunares de la escuela inda.

Este poema es al mismo tiempo notable por el empleo de los conceptos y por el fuego de voces, que, siendo el poeta escritor del siglo XIV, prueba tal vez la influencia de los Mahometanos en el carácter y espíritu de los Indos.

Aunque algunas piezas de teatro sean en parte satíricas, este jénero no se encuentra cultivado, y si se ha de juzgar por lo que se lee de esta clase en dichos dramas, parece que no habrian sobresalido en él.

Finalmente diremos dos palabras acerca de sus novelas, cuentos y fábulas, en cuyo jénero han sido los modelos de los demás pueblos. Las fábulas mas antiguas que se conocen son las de Bidpai, las cuales se han encontrado casi sin alteracion en su forma sanscrita, y su lectura es la que ha hecho nacer las fábulas de los demás literatos. Las novelas ó

cuentos, como las mil y una noches árabes, parecen igualmente provenir de la misma cuna, como tambien los asuntos de muchas de estas composiciones, comunes á los Orientales y Europeos. Una circunstancia, sin embargo, llama la atencion de estos escritos, y es, que el jenio y gusto descriptivo de los autores desaparece en sus composiciones de esta clase; los cuentos indos se hallan enteramente desnudos de semejantes adornos pintorescos y fantásticos, cuando estas dotes son las que dan tanta gracia y tantos encantos á las leyendas de esta especie de Arabes y Persas.

§. XII. Bellas Artes.

Música. — Segun Sir William Jones y M. Paterson, la música de los Indos ha sido sistematizada, y sus reglas sumamente numerosas.

Cuenta ochenta y cuatro modos, de los cuales solo treinta y seis son los que jeneralmente están en uso. Cada uno de ellos tiene su espresion particular; destinado á afectar tal sentimiento, tal pasion, etc.

Dichos modos toman el nombre de las estaciones del año, de las horas del dia ó de la noche, y se cree que cada uno posee alguna calidad que tiene relacion ó afinidad con el tiempo, cuyo nombre ha tomado.

La ciencia música ha decaído como las demás, y en verdad que los cantos actuales no sujeririan por cierto, particularmente á un oido inesperto, la grande complicacion de reglas y de intentos que caracterizan el jenio de esta música. Casi todos son parecidos, dulces y melancólicos, imposibles de ser confundidos con los de ninguna otra nacion. Para juzgarlos del modo mas favorable, es necesario oírlos aisladamente, y solo acompañados por la *vina*, que es la lira inda.

El acompañamiento suele hacerse con instrumentos de cuerda y con tambores que se tocan con los dedos como la pandereta, que es lo menos armonioso que pueda imaginar un Europeo, y no pocas veces per otro lado, el acompañamiento, ahogaria

las voces de los cantantes, si estos no estuviesen muy ejercitados en despedir agudos sonidos que destrozan el tímpano.

Pintura. — La pintura de los Indos se halla todavía en la infancia. Las habitaciones de las casas son pintadas con colores á la aguada y algunas veces al óleo. Los asuntos por lo jeneral son mitológicos: batallas, procesiones, luchadores, animales, etc. No hay en ellas paisajes, ó todo lo mas, uno ó dos árboles pintados, sin consideracion á los efectos de perspectiva, sin luz, sin sombras, etc. Entre las pinturas de otros pueblos las que se ven en las paredes de los antiguos sepulcros egipcios son lo que recuerdan mejor los diseños de los Indos. Hacen tambien pequeños cuadros, á los cuales dan el nombre de retratos: es verdad que alguna vez tienen bastante semejanza, pero nada mas.

Los Indos todavía poseen manuscritos magníficamente iluminados, pero cuyas figuras son muy mal ejecutadas. Si no se tratase tan á menudo de retratos en sus dramas, pudieran creerse que han aprendido á hacerlos de los Musulmanes, que les son muy superiores en este arte, á despecho de la prohibicion que les impone su fanatismo relijioso.

Escultura. — Deberia suponerse que la escultura habia llegado á muy alto grado de perfeccion en un pueblo tan embebido en el politeísmo, y no es por cierto la escasez de piezas lo que pueden alegar los artistas como excusa del poco progreso que ha hecho el arte. Sin hablar de las innumerables imágenes que poseen, todos sus templos y capillas están cubiertas de estatuas y de relieves; estos algunas veces son sumamente atrevidos por la complicacion de sus grupos. Algunos de estos trabajos ostentan bastante espresion, y debemos confesar que sus esculturas y pinturas producen á veces gracioso efecto, pero siempre se descubre en ellos tan completa ignorancia de la anatomía y de las proporciones, tan poca destreza en la composicion, que, aun escojiendo las mejores obras, no se po-

drian comparar sino desventajosamente con las mas imperfectas del arte en Europa.

Arquitectura. — Los infinitos monumentos que han construido los Indos depone á favor de sus conocimientos en la práctica del arte, y si se ha de juzgar por los fragmentos de algunos libros que han llegado hasta nosotros, desde muy antiguo supieron reducir á cuerpo de doctrina sus principios.

Un Indo distinguido, Ram Raz, ha publicado hace poco un libro tan instructivo como interesante acerca de los monumentos que todavia existen de arquitectura india, y ha desarrollado con mucho talento el sistema, cuyo conjunto ha tenido el discernimiento de distinguir en los tales.

De las doce formas que reconoce el autor, unas son enteramente semejantes á las nuestras y las demás particulares á los Indos. Las formas y las proporciones de los pedestales, de las bases, de los fustes, de los chapiteles, están descritos con tal esmero, que podrá concebirse, solo sabiendo que particulariza las bases hasta el número de sesenta y cuatro. Los Indos no tienen como nosotros órdenes fijas. La altura de una columna puede variar desde seis hasta diez diámetros, y sus proporciones, aunque con poca sujecion á la ley, arreglan la de los chapiteles, intermedios, etc.

Se ha dicho que los monumentos indos tenían mucha semejanza con los egipcios; esto es cierto en cuanto al carácter macizo de las construcciones y de los materiales, y en cuanto á la profusion de esculturas. La costumbre de levantar torres en los ingresos de las ciudades y de los grandes monumentos todavia se sigue en uno y otro pais, con la diferencia sin embargo, que los Indos no erijen mas que una encima de la puerta, y los Egipcios una en cada lado.

Algunas columnas egipcias tienen tambien mucha semejanza con las que se ven en los sepulcros subterráneos ó panteones indos, pero esta analogía no sale de este caso.

En el sur de la India los monumentos presentan de ordinario una

serie de pisos que van disminuyendo su dimension, á medida que se acercan de la cúspide; al norte de Godaveri afectan la forma de una cúpula musulmana, con una convexidad en sus costados, que hace que el centro sea mas ancho que la base. No terminan exactamente en punta, sino que son coronados en su cima con una cúpula chata ú otra invencion de forma caprichosa sobre la cual se elevan siempre algunos adornos de metal dorado; un tridente, por ejemplo, ó cualquier otro emblema que tenga conexion con la divinidad á quien se consagra la obra. Menos trabajadas que el templo, las torres por lo comun están coronadas, como aquel, de adornos de toda especie.

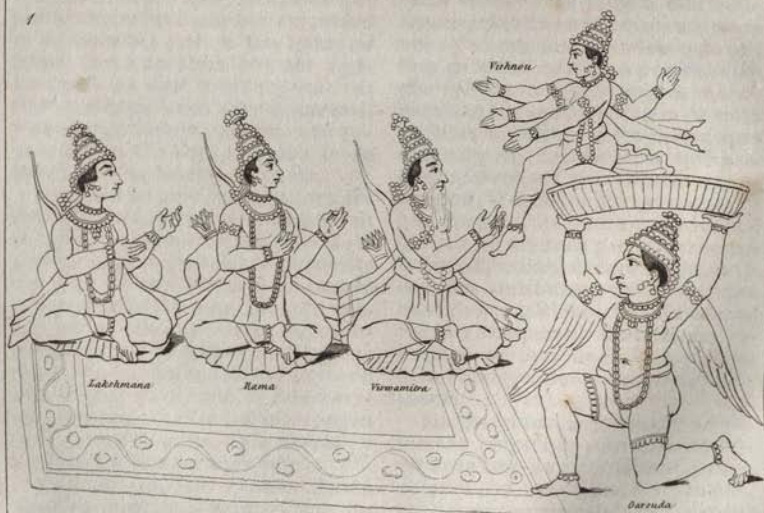
El santuario siempre es pequeño; es una sala cúbica á la que ilumina escasamente la pequeña puerta del ingreso, en cuyo lindar ofrecen los fieles sus ofrendas, y desde el mismo dirijen sus plegarias á la divinidad que allí se venera. Algunas veces el templo no contiene en su todo mas que dicha capilla ó santuario, pero otras veces no se llega á este sino despues de atravesar espaciosos salones, y se encuentra rodeado de patios, galerías, colonatas y otros edificios religiosos. En Seringam el santuario se encuentra rodeado de siete recintos, el último de los cuales, que es el exterior, tiene cuatro millas de circunferencia. Las colonatas que se levantan al rededor de los patios, y que forman las proximidades del templo, en algunos parajes se levantan en diferentes órdenes concéntricos. Los vestíbulos y atrios de algunas iglesias góticas han sido comparadas á bosques de encinas; las colonatas del templo de Seringam podrian compararse á bosques de palmeras.

En los monumentos indos se advierten colonatas poco elevadas, pero cada una de estas columnas, ya circulares, ya cuadradas, octogonales, etc., ó ya participando de todas las formas, está atestada de esculturas. Sus chapiteles representan fuentes ó pilas de las cuales se desprenden vistosos festones de guirnaldas, cadenas, ó figuras de animales entrela-

2



1



Siméon Denis

1. Vishnou se révélant à Viswamitra comme Rama-avtar, ou incarnation future dans le personnage de Rama. 2. Hanouman et Garouda combattant. (ou lutant)
1. Vishnou revelándose a Viswamitra como Rama-avtar, ó encarnación futura en el personaje de Rama. 2. Hanouman y Garouda combatiendo (ó luchando)

zados y hasta grupos de figuras humanas.

En las partes mas sólidas del edificio se encuentran grupos de columnas y de pilastras. Los ingresos y linteles de las puertas, así como las hojas de estas, se ven recargadas y enteramente cubiertas de molduras, con profusion de arabescos, de plantas, de flores, de frutas, de hombres, de animales, de seres imaginarios y fantásticos, con cuantas clases de adornos puede inventar la mas fecunda imaginación. Estos arabescos tienen algunas veces tal elegancia, que el arte de los Musulmanes no ha podido jamás producir conjunto mas perfecto.

Las paredes están igualmente cubiertas de relieves que representan episodios de las guerras, de los dioses y de los héroes. Grupos de figuras mitológicas siguen á lo largo de los frisos, y aumentan la riqueza de los establecimientos.

Algunos lugares encierran en reducido espacio una reunion de templos como los que acabamos de describir. En las ruinas de Bhuvaneswara, en la provincia de Orisa, el espectador no puede espaciarse su vista desde lo alto de la grande torre, sin divisar á lo menos cincuenta ó sesenta torres de piedra, cada una de las cuales pertenece á un templo, y cuenta á lo menos cincuenta ó sesenta piés de altura, y algunas se elevan hasta ciento cincuenta ó ciento ochenta piés sobre el nivel del terreno.

Las torres del templo de Bidjayanagar en la márjen izquierda del Tambadra todavía son mas elevadas. Pero á pesar de tan gigantescas proporciones, las pagodas indas no podrían rivalizar, en cuanto al efecto, con la majestuosa sencillez y con la simetría de un templo griego, ni siquiera con el que producen esas cúpulas abultadas y esas bóvedas atrevidas de las mosquitas turcas. Las partes espaciosas de los monumentos indos carecen de proporcionada altura, y las elevaciones siempre pecan por muy gruesas; no existe armonía que enlace las partes diferentes, de modo que el efecto produce siempre una convicción en el ánimo del ob-

servador, y es: que los Indos desplegan mas riqueza y mas talento en los trabajos parciales, que sublimidad y grandeza en la invención del conjunto. La sola escepcion que puede citarse es cuando se trata de la construcción de panteones subterráneos.

La impresión que hace en el espectador la vista de sus templos mas perfectos, es la de una grande antigüedad y la de una severidad rigurosa, unidas á una idea de misterio inesplicable, aunque las ceremonias de la religión inda no favorecen demasiado la ilusión.

Aunque en los templos de construcción moderna se encuentren algunas veces rasgos propios del estilo turco, el carácter jeneral de estos monumentos no es por esto menos original, diferente de la arquitectura de los demás pueblos. Tal vez esto induzca á creer que los principios del arte han sido sistematizados desde muy á los principios. Sin embargo nada se presenta que pueda autorizar la suposición de que estos grandes trabajos que sorprenden en el día remonten á muy antiguas épocas. Los mismos panteones no tienen tampoco considerable antigüedad. Las inscripciones grabadas en caracteres que estaban en uso tres siglos á lo menos antes de J. C. pueden inducir á creer que los panteones de los Budhistas son mas antiguos que la era cristiana; pero en este caso, los de los Bramines, si ha de juzgarse por los asuntos de los bajo relieves que cubren sus muros, no pueden pasar del octavo ó del noveno siglo modernos. Las esculturas que se ven en Macha Balepuram, al sur de Madrás, han sido atribuidas por algunos sabios á época mucho mas antigua, pero, según las tradiciones locales, no tendrían mas antigüedad que los siglos doce ó trece de nuestra era, y los asuntos de dichas esculturas confirman la tradición.

La mayor parte de los templos mas célebres son de época muy moderna. La famosa pagoda de Juggernaut y la pagoda Negra que se ve cerca de dicha ciudad han sido concluidas en 1198 la primera, y en 1241 la segun-

da. Algunos de los templos principales son en realidad mas antiguos, pero no podian alegarse pruebas para atestiguar que son de épocas muy remotas, pues todas las probabilidades están en sentido contrario.

Los palacios segun toda verosimilitud deberian ostentar las innovaciones, mucho mas fácilmente que los templos, y con todo, ninguno se encuentra que se aparte del carácter jeneral que distingue la arquitectura inda, ni aun aquellos que se han erigido en tiempos muy recientes.

Los mas antiguos parecen haber sido contruidos, sin plano previo del todo de la obra, ó bien han sido manoseados tantas veces que ha desaparecido enteramente el pensamiento del plano orijinal primitivo. La solidez de su construccion, sus azoteas planas permiten subir un nuevo piso sobre el primero, de tal modo, que no solo pueden tomar mas estension por los costados, sino elevarse á cualquier altura sin desordenar su mas perfecta regularidad.

Jeneralmente se componen de pequeños atrios rodeados de habitaciones elevadas; el patio queda por lo comun á cielo raso, con arboleda interior para disfrutar de su sombra. Nunca falta una colunata en forma de claustro, la cual da la vuelta y concluye el atrio.

Las grandes habitaciones están siempre en los pisos altos, abiertas por un lado como los divanes de los Turcos. Súbese á ellos por gradas estrechas y altas practicadas en el espesor de las paredes.

Lo mismo sucede en las casas particulares.

Las de las jentes opulentas tienen uno ó dos patios, y el edificio que las rodea termina siempre con una azotea. Algunas tienen las paredes de estuco tan blanco que deslumbra la vista; otras están pintadas de color rojo oscuro. En el interior tienen las paredes cubiertas de pinturas, como árboles, ó asuntos mitológicos. Su reparticion es la mas embarazosa y mal dispuesta que pueda imaginarse.

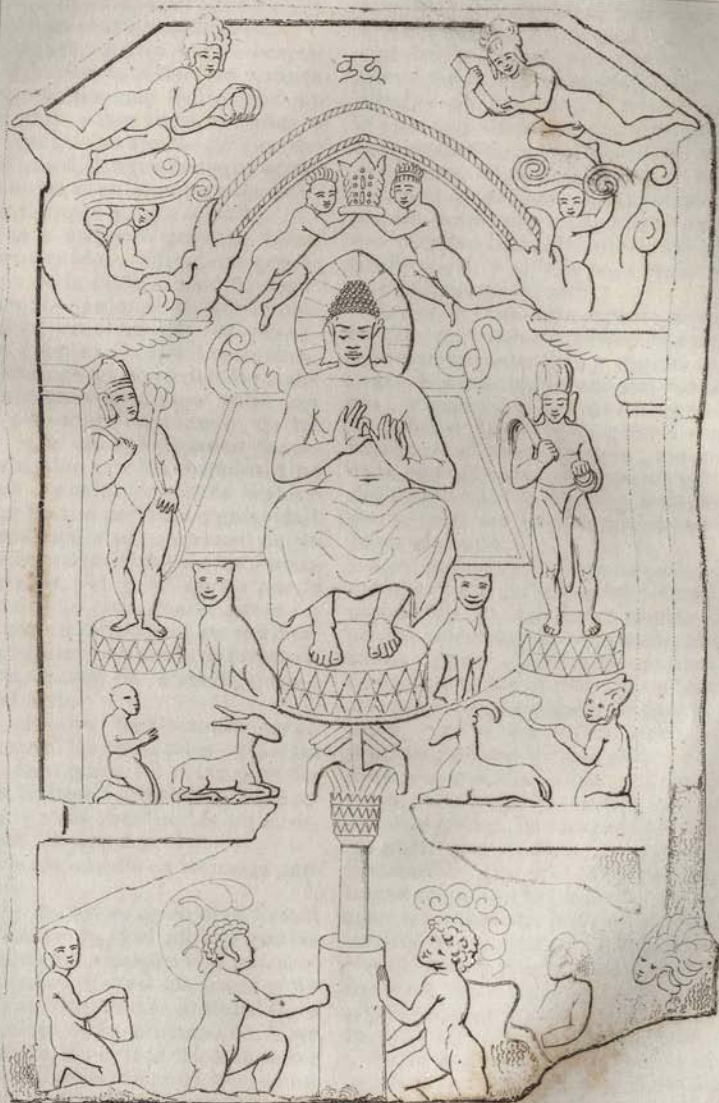
Los trabajos mas considerables de los Indos son acequias y depósitos de agua. Los hay de dos especies, unos

escavados en el suelo, y otros por medio de presas, cerrando todos los declives y salidas con inmensos diques. Los de la primera clase se encuentran siempre en la inmediacion de las ciudades, que es el sitio en que los habitantes van á bañarse, y sirven además para el riego. Los segundos no han tenido nunca mas objeto que dicho riego. Son obras muy grandes, y los diques en que descansan, en cuanto á solidez y altura son magníficos. Algunos de estos depósitos son verdaderos lagos, que cuentan bastantes millas de circunferencia, y sirven para regar las vastas llanuras del pais.

Hay en la India una especie de pozos muy particulares; tienen una profundidad considerable y mucha anchura. Los mas modernos son redondos, y cuadrados los mas antiguos. Al rededor tienen una galería que baja hasta el nivel del agua, practicada esta obra con la riqueza y solidez propias de los Indos, y á menudo se ven las gradas continuadas hasta el fondo.

Los puentes que mas ostentan el carácter indio en su construccion se componen de inmensas masas de piedra colocadas sin cimientos, unas sobre otras, formando columnas; únense estas por medio de enormes trozos de piedra picada de una sola pieza. En el sur de la India hay muchos puentes de esta clase. Otros están contruidos sobre columnas de mampostería con arcos estrechos por el estilo gótico. La antigüedad de estos puentes es dudosa, porque no es presumible que los antiguos Indos hayan conocido las arcadas, ni que supiesen construir bóvedas y cúpulas de otro modo que por medio de capas de mampostería, internando la superior cada vez mas, como se ve practicado en Micenas con el monumento llamado el tesoro de Atreo.

Entre los monumentos de la arquitectura inda deben contarse los obeliscos y arcos triunfales en honor de sus héroes. En Chitor se ve una columna de este jénero, que tiene ciento veinte piés de altura y trabajada con admirable primor. El coronel Todd ha publicado el diseño de algu-



L. Henry, del.

Bouddha.

Bouddha.

nos arcos triunfales, en su obra sobre el Radjasthan; no debe olvidarse que no son arqueados sino de forma rectilínea. El que se encuentra en Baznagar, al norte de Guzerat, es uno de los mas bellos, y tal vez la mas rica muestra de la arquitectura inda en este jénero.

Demás artes.—Los productos mas notables de la industria inda son los tejidos de algodón, admirados por tanto tiempo en Europa, y cuya finura no ha podido igualarse todavía en ningún pais.

Los tejidos de seda han gozado de gran nombradía, durante mucho tiempo, y es probable que fuese un arte conocido tiempo hacia.

Los brocados de oro y seda han sido muy celebrados igualmente, y tal vez esta industria ha sido de su invencion.

El brillo y la permanencia de ciertos colores no ha podido igualarse tampoco en Europa hasta el dia.

Su gusto por los trabajos minuciosos debería haber producido muy hábiles operarios; pero la nombradía que han alcanzado bajo este concepto mas es debida á la liberalidad de la naturaleza, que los ha dotado de un particular instinto y tacto al efecto, que á su talento; porque su gusto es tan depravado, que, entre otras cosas, prefieren las perlas amarillas á las demás: su eleccion en el surtido de pedrerías es la mas desigual y desgraciado, aunque es menester confesar, que algunas veces saben dar con algunas combinaciones que producen el mayor efecto.

Los demás oficios se encuentran todavía en su infancia. Los instrumentos de que se valen son pocos, y portátiles todos; un herrero viaja con su ayunque y con su fuelle consigo por todas partes.

§. XIII. Agricultura.

El clima y la naturaleza del terreno hacen que la agricultura inda sea un arte muy sencillo. Un ligero arado, que lleva á cuestas el labrador, y el auxilio de dos pequeños bueyes, es cuanto se necesita para abrir un surco poco profundo en la superficie de la tierra, y depositar en él el grano

para la produccion. La siembra se verifica con una máquina que hace caer el grano por conducto de cinco ó seis tubos de bambú; una plancha en que se coloca el trabajador, conduciendo á sus animales, hace oficio de rastrillo. Una azada, un azadon, y pocos instrumentos mas, son todas las herramientas y utensilios de un agricultor. La cosecha se hace con hoz, y el grano es batido en las eras por los animales y conservado en silos. Los campos, muy bien demarcados por lo que hace á la propiedad, no tienen cercas; las cosechas son las únicas que interrumpen en su estacion la uniformidad que reina todo el año en el campo.

Pero por sencilla que sea la agricultura inda, está con todo sujeta á ciertas condiciones que piden suma habilidad y una particular industria, y por otra parte hay algunos cultivos que piden una inteligencia y esmeros especiales.

La cosecha de verano viene sazónada por suficientes lluvias, que son allí periódicas, pero la de invierno necesita riego artificial. Los riegos se practican por el caudal de los rios, manantiales y acequias, y principalmente con el agua de los pozos. En las comarcas mas ricas del pais suele haber un pozo en cada campo. El agua se hace subir á la superficie por medio de una especie de norias que trabajan al impulso de bueyes, con unos cajilones de cuero que se vacian por sí mismos con un artificio tan sencillo como ingenioso.

Algunos terrenos necesitan que cada dos ó tres años sean limpiados cuidadosamente, arrancando de ellos las malas yerbas, lo cual se verifica trabajando la tierra, á bastante profundidad, con un arado pesado que tiran dos bueyes, y se ejecuta esta operacion en la época del año en que la tierra está mas humedecida. No se emplea mucho el estiércol para la cultura de los cereales, pero sí, y en mucha cantidad, para la de la caña dulce. Algunos cultivos deben tenerse aislados; en este caso, se les rodea de empalizadas, tapias de tierra, ó, lo que es mas comun, zarzales impenetrables de cacto, de euforbio,

de aloes, ó de otra planta espinosa.

Uno de los mas grandes cuidados del cultivador y el que mas lo sujeta, es el de alejar las bandadas de pájaros y aves, que á pesar de todas las precauciones devoran siempre parte de la cosecha. Los espantajos no dejan de ser útiles, pero el mas eficaz es la presencia del hombre, colocado en una altura artificial, desde donde domina todo su campo, y allí canta, grita y arroja piedras con un instrumento, construido de tal modo, que hace mucho ruido cada vez que des-pide aquella.

Los Indos alternan las cosechas en un mismo terreno, pero la inagotable fecundidad de su suelo no hace necesaria esta práctica. Clasifican las calidades de los terrenos con una minuciosidad extraordinaria; conocen perfectamente el cultivo que conviene á cada uno, así como los procedimientos que deben dar mas seguros resultados. Sin embargo, tienen la mala costumbre de sembrar diversos granos en un mismo campo para conseguir dos cosechas sucesivas, y á veces tambien para recojer á la vez los dos frutos.

Los trabajos operados en el terreno por la agricultura influyen á veces en la marcha de los ejércitos, y aun de los simples viajeros. Durante algunas estaciones el pais se encuentra enteramente abierto, y tan transitable como una carretera real, á escepcion sin embargo de las inmediaciones de las ciudades y proximidades de los conductos de agua, en donde altos recintos ofrecen estrecho paso, poco transitables para un conjunto de personas un poco numeroso. Los arroyos ó demás canalizaciones con que se dirijen á los sembrados las aguas de los rios, en algunas estaciones son otra clase de obstáculos bastante considerables.

Estas noticias jenerales no dejan de tener muchas escepciones, segun las diversas comarcas de la India. En las rejiones en que se cultiva el arroz, como en Bengala, y en la costa de Coromandel, dichas noticias son casi inaplicables. Allí los arrozales deben quedar completamente inundados durante cierto tiempo; es ne-

cesario despuntar la planta cuando ha llegado á cierta altura de crecimiento, etc. Este es un cultivo que pide mucho esmero y dispendio para dar al fin muy limitado beneficio.

§ XIV. Comercio.

Si bien Manú cita considerable número de artículos de lujo, no por esto debe entenderse que viviesen del extranjero. Sin embargo su muchedumbre da lugar á suponer que el comercio interior de la India seria muy activo.

Hay un artículo en los estatutos que previene que el interés del dinero que se preste con riesgo « sea fijado por personas esperimentadas en los viajes de *mar* y tierra. » Como la palabra *mar* no puede aplicarse á ninguna estension de agua interior debe tenerse por sentado, que los Indos navegaban por el Océano, en la época en que fué redactado el código, por mas que se quiera entender que dicha navegacion era de puro cabotaje. No es posible dudar, que aun antes de aquella época se habian establecido relaciones comerciales entre la India y el Mediterráneo, pero no es posible averiguar si las comunicaciones se tenian por mar ó por tierra, y si en cualquiera de las dos hipótesis, los Indos se atrevian á alejarse de sus fronteras para interesarse en ellas. Es mas verosímil que este comercio se efectuase por el intermedio de los Arabes, y que una parte de las expediciones pasase el estrecho mar que separa el Sind de Mascata dirijiéndose por Arabia á Egipto y á Siria, mientras que otra parte de las mismas, siguiendo la costa por mar ó por tierra se dirijiese á Babilonia y á Persia. Los primeros datos fidedignos que tenemos acerca del mar que baña la costa occidental de la India no nos indican que los Indos hiciesen comercio alguno por aquel lado. Nearco que mandaba la flota de Alejandro 326 años antes de J. C. no encontró ni una sola embarcacion desde la desembocadura del Indo hasta la del Eufrates; espresamente dice: « que no ha visto mas que barcos de pescadores, y aun en

muy corto número, y esto solo en algunos parajes.» En la India misma no se encontraron muchos buques y aun estos de limitado porte, pues que segun Arriano, Alejandro se vió obligado á mandar construir la mayor parte de su flota, particularmente las embarcaciones de gran porte; y para equiparlos tuvo que recurrir á la jente de mar del Mediterráneo. El mismo autor tratando de las castas indas, habla de la cuarta con estas palabras. «En esta clase van comprendidos los constructores de buques, y los hombres que los montan, esto es, los que navegan en los rios del pais. ¿No debe pues deducirse de este pasaje, que, á lo menos, en cuanto ha podido indagar Arriano, en la India no habia jente empleada á la navegacion marítima?

El segundo autor, por órden cronológico que suministra alguna luz acerca del comercio de la India es Agatharchides, citado por Diodoro, y por Focio. Vivía este autor en el segundo siglo antes de J. C. y parece no haber tenido conocimiento sino del comercio que se hacia entre el Egipto y la Arabia meridional. Sin embargo, cita la canela, y la *casta lignea* entre los artículos importados en Arabia del extranjero, y dice además espresamente: «que todos los años vienen navíos de la India á los puertos de Sabea,» el moderno Yemen. Por lo que á nosotros nos sujere este autor, deduciríamos que este comercio, se hacia esclusivamente por los Arabes.

Solo desde el primer siglo de nuestra era es desde cuando vamos encontrando datos positivos, acerca del modo con que se verificaba este comercio, y acerca de los artículos que lo sostenian. Estos datos se encuentran en el periplo (*derrotero*) del mar Erithreo, obra de un navegante práctico, y que conocia perfectamente dicho mar. Describe toda la costa del mar Rojo, la de la Arabia meridional, y la de la India, desde la desembocadura del Indo hasta el cabo Comorino, y hasta un punto bastante elevado de la costa de Coromandel. Explica perfecta-

mente la naturaleza del comercio que se hacia dentro y fuera de estos límites. Segun este autor, parece que hasta su tiempo, las embarcaciones que venian de la India embocaban desde luego el golfo pérsico, seguian la costa de la Arabia y entraban en el mar Rojo; muy recientemente á la fecha del autor es cuando los Griegos de Egipto, si es que otros navegantes no hiciesen lo mismo, se atrevieron á separarse de la costa, cuando salian del mar Rojo, para dirijirse por alta mar á la costa del Malabar.

El comercio que se hacia por esta via era muy considerable, pero parece que solo era explotado por los Griegos y Arabes. El autor citado menciona la Arabia como un pais en donde abundan los pilotos, los marineros, y las personas prácticas en asuntos mercantiles; pero no habla así de los Indos; nunca los cita como navegantes, y en cuanto á empresas fuera del pais, no habla mas que de las que formaban con los Griegos y Ejiptios una poblacion promiscua, establecida en una isla en la entrada del mar Rojo, la cual seria probablemente Socotra. Es tan positivo que los Arabes eran los factores del comercio de la India, que en tiempo de Plinio se les ven establecidos en las costas de Ceilan y del Malabar. En aquel documento (el periplo), los Indos son representados como muy activos traficantes de sus costas. Recibian con barcos menores, estacionados en la entrada del Indo, las mercancías de las embarcaciones que calaban mas de lo necesario para vencer la barra del rio. Otros barcos de igual porte pescadores se estacionaban tambien en la entrada del golfo de Cambaya para conducir las embarcaciones, haciendo de prácticos, á los puertos, de Barygaza y de Baruch, en donde entónces, lo mismo que en el dia, la entrada era muy difícil á causa de los grandes bancos de fango y por la violencia de las mareas. Desde Baruch, hácia el sur, toda la costa está sembrada de puertos, á los cuales llama el autor depósitos de comercio local, centros de un cabotaje muy

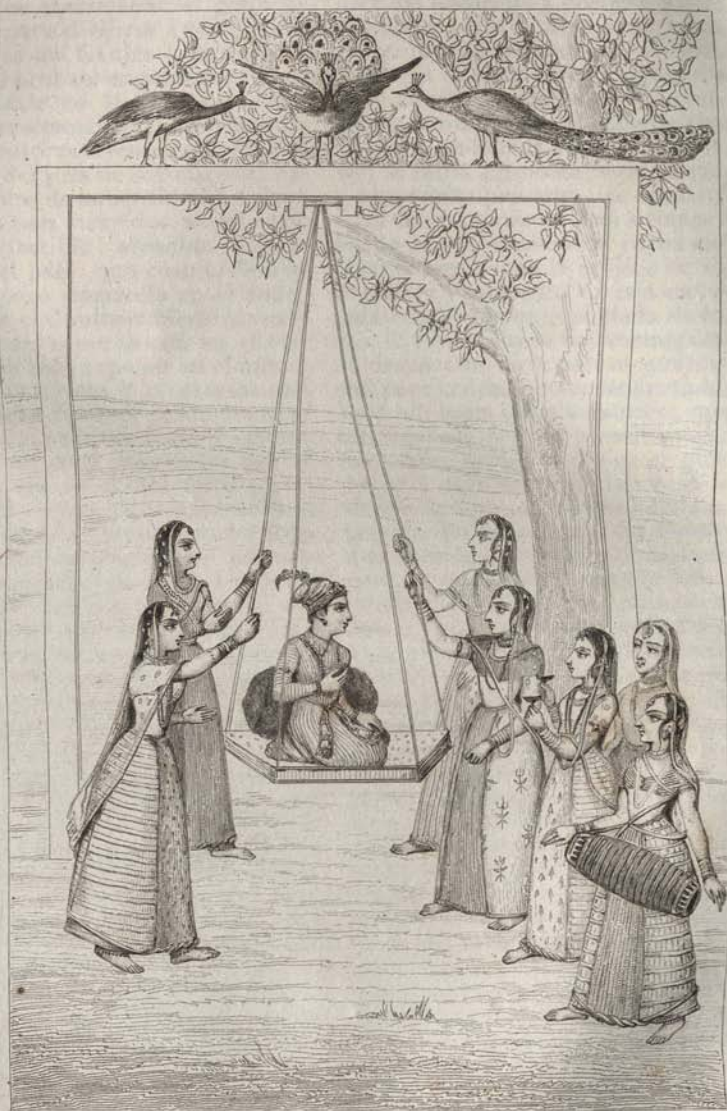
activo. Solo despues de haber dado vuelta, hácia levante, al cabo Comorino, habla de las grandes embarcaciones que atravesaban el golfo de Bengala para dirijirse á las desembocaduras del Gánjes ó á Chrysa, que seria probablemente Sumatra, ó la península de Malaca. Esto concuerda exactamente con lo que dicen los autores orientales de los habitantes del pais de Coromandel, calificándolos de haber sido los primeros y los mas atrevidos navegantes. Es muy factible, atendida la naturaleza del pais, que cuando Nearco vió tan poco comercio en el Indo, estuviese el Gánjes cubierto de embarcaciones como lo está en el dia, y como lo hace suponer así el número de reinos ricos y civilizados que riega dicho rio. Los productos que ofrece un pais tan feraz y estenso debian ser muy solicitados por el Decan, que es menos fértil y adelantado; y como las comunicaciones entre este pais y las riberas del Gánjes estaban interrumpidas por bosques impenetrables y por tribus todavía mas rapaces que las que allí existen; el comercio debia naturalmente establecerse por el golfo de Bengala, por el cual no perdiendo nunca la tierra de vista, se estaba á cubierto de las depredaciones de los habitantes de las costas.

Pero sea como quiera, y sin detenernos en adivinar el motivo que dió impulso á los habitantes de la costa de Coromandel, ello es que los tales fueron los primeros que osaron entregarse á los azares de alta mar. Las crónicas de Java hablan muy claramente de una emigracion numerosa de Indos, que habiendo salido de Clinga (Calinga), desembarcaron en la isla, civilizaron á sus habitantes, y notaron la fecha de su llegada con la fundacion de una nueva era, segun la cual, todavía se cuenta en Java, y cuyo primer año concuerda con el 55 antes de J. C. La realidad de este acontecimiento está confirmado del modo mas positivo, por las numerosas y magníficas ruinas de monumentos indos que se encuentran todavía en Java, como asimismo por lo que resulta del idio-

ma, pues que aun cuando la lengua vulgar de Java sea la malaya, con todo, la lengua sagrada, la de los escritos históricos y poéticos, y la de la mayor parte de las inscripciones, es un dialecto derivado del sanscrit. La fecha de esta emigracion queda además confirmada hasta cierto punto por la narracion del viajero chino de quien ya hemos hablado. Este visitó la India á fines del siglo cuarto, y á su vuelta por mar, se embarcó en el Gánjes y pasó á Java siempre á bordo de embarcaciones cuyos marineros profesaban la religion de los Bramines y encontró la isla espresada completamente poblada de Indos. El bramanismo fué reemplazado despues en Java por el gudhismo, pero la dominacion de los Indos duró allí hasta el siglo catorce, que fué arrollada por los prosélitos que los Arabes habian hecho en el pais desde el siglo antes. La isla de Bali al este de Java es tambien habitada por una poblacion inda. Su fisonomía tiene rasgos tártaros ó malayos; pero la espresada pretende haber salido de una de las cuatro razas indas. A pesar de la apariencia física, no es enteramente imposible que sea como quieren dichos habitantes; sin embargo tal descendencia es tambien una ficcion, como la que todavía es mas atrevida en los poetas javanos con haber traído á su isla todo el poema de Maha Bharata pretendiendo que en ella han existido igualmente las ciudades, los reyes, y los heroes del Djamna y del Gánjes.

Las relaciones de los viajeros posteriores al autor del periplo hablan de un comercio muy considerable en la India; pero no nos dicen la parte que tomaban en él los naturales: ¿Su silencio sobre esta circunstancia podrá tomarse como argumento negativo en el particular? En efecto debe tomarse así; puesto que citando las embarcaciones árabes y chinas que dice que poblaban los puerros de la India, ni una sola vez menciona viaje alguno ejecutado por barcas del pais.

Marco Polo señala la existencia de piratas en la costa del Malabar, en donde cruzaban durante el verano,



Le maître d'école

Balancoire (M. S. B. R. ale)

Columpio (M. S. B. R. ale)

pero leyendo atentamente todo el pasaje, parece que dichos piratas se mantenian fondeados á lo largo de la costa en donde esperaban tranquilamente su presa. Cuando Vasco de Gama desembarcó en esta misma costa, el comercio estaba esclusivamente en manos de los Moros; los zelos de estos fueron los que le suscitaron tantos obstáculos así á él como á sus sucesores.

Las esportaciones para Egipto, en tiempo del autor del periplo, y lo mismo en el dia, consistian en tejidos de algodón y muselinas, sederías, seda en rama, añil, y otros tintes, canela y otras especias, azúcar, diamantes, perlas, esmeraldas, acero, drogas, perfumes y esclavos.

Los artículos de importacion eran tejidos, (de lana regularmente), cobre, estaño, plomo, coral, cristal, antimonio, perfumes desconocidos en la India, vinos, (eran preferidos los de Italia), y finalmente mucha cantidad de metálico.

Nadie ignora la suma facilidad de medios que ofrece el Gánjes y sus muchos afluentes para los transportes; pero como los demás cursos de agua no son navegables á muy corta distancia del mar, el comercio interior ha debido hacerse siempre por tierra, á lo menos en su mayor parte, empleando bueyes ú otros animales para los transportes; sin embargo, como desde la mas remota antigüedad hasta el tiempo de los Mogoles, el gobierno ha cuidado, con esmero particular, la conservacion de los caminos, es probable que los carros serian mas comunes entonces que no lo han sido despues de la conquista de los Turcos.

§ XV. *Costumbres, usos, carácter de los Indos.*

La península indiana se compone del Decan y del Indostan, y su superficie es tan considerable como la Europa, exceptuando la Rusia y los paises situados al norte del mar Báltico. Sobre la estension de esta península se encuentran diez naciones diseminadas, diferentes unas de otras en costumbres y en lenguaje, con la misma diferencia que dejan

de asemejarse entre sí las naciones de Europa bajo dicho respecto.

Entre dichas naciones se observa al mismo tiempo el mismo grado de semejanza jeneral que entre las naciones de que se compone la cristiandad, y es tan fuerte esta semejanza que un Indo no sabria distinguir un inglés de un italiano. Así igualmente, los Europeos no llegan sino por el hábito á observar distincion entre las naciones mas diferentes de la India.

La diferencia mas perceptible es la que distingue á los habitantes del Indostan de los del Decan.

Las comarcas en que se verifica esta division de territorio ofrecen menos diferencia, por que naturalmente han ido acercándose en semejanza, quedando borrados casi enteramente los rayos que hacian la diferencia en los extremos opuestos. Así en cuanto al idioma, los dialectos que se hablan en los extremos norte y sur, no tienen ningun tipo comun, ni mas relacion ó carácter que la comunidad de su oríjen, que es el sanscrit. Las sectas religiosas, la arquitectura, el modo de vestirse, los rasgos de la fisonomía, todo difiere en la misma proporcion. Los habitantes del norte son altos y blancos; los del Sur son pequeños y muy morenos. Aquellos se alimentan de trigo, y estos de *rañi* (*cynosurus coracanus*) especie de grano que no se cria ni conoce mas que en aquel pais.

Algunas de estas disparidades proceden de la diversidad de las épocas en que dichas rejiones han sido ocupadas ó invadidas, primero por los Bramines, y despues por los Turcos; pero la principal causa debe atribuirse á los efectos de la diferencia de climas y lugares, y tal vez de las razas. Los territorios de Bengala y Ganjético, por ejemplo, por ser límites, debieron quedar, desde muy á los principios, sometidos á unas mismas leyes y gobierno, pero el primero es húmedo, sujeto á inundaciones y á todas las afecciones propias del terreno de aluvion, mientras que el Indostan, propiamente dicho, al paso que es fértil, es seco,

relativamente al clima y al suelo. Estas diferencias que reclaman conducta distinta, han podido estenderse hasta producir grandes desigualdades en todos los caracteres de un pueblo; por mas que la comunidad de origen en cuanto al idioma no permite poder sospechar que ha habido diferencia de raza.

Cualquiera, sin embargo, que haya sido la causa de donde haya dimanado, lo cierto es que el contraste es notabilísimo. Los Indostanes del Gánjes son los que tienen mas alta y bella talla, y son al mismo tiempo los mas blancos, los mas bellicosos y los mas enérgicos de todos los Indos. Llevan turbante y usan un traje que tiene mucha semejanza con el de los Musulmanes. Sus casas están cubiertas con tejas y forman villas en medio de los llanos, y se alimentan de pan de grano sin levadura. Los Bengaleses al contrario, aunque son de bellas facciones, son pequeños y morenos, blandos en apariencia, y notables por su pusilanimidad y por su supersticion, así como por su astucia y arteria. Sus poblaciones se componen de casas con techos de mimbres, diseminadas en los bosques de bambú y de palmeras; su traje, el indo antiguo, con un ceñidor en la cintura y una vandolera sobre el hombro. Tienen la costumbre, desconocida en el Indostan, de unjirse, despues del baño, con aceite, lo cual ocasiona que tengan el cutis muy luciente, y semejante práctica les resguarda de la humedad del clima. Su alimento casi no consiste mas que en arroz, y aunque entre los dos dialectos haya igual diferencia que entre el español y el italiano, el bengalés es absolutamente ininteligible para un Indostan y al contrario.

Y sin embargo estas dos naciones se asemejan de tal modo, por lo que hace á religion, á usos y costumbres, que tienen conexion con ella; de tal modo en ideas de gobierno, en ceremonias, y en prácticas domésticas, que un Europeo que no haya adquirido mucha esperiencia en tales paises, pasa de un territorio á otro sin

advertir el menor cambio en torno suyo.

No es posible explicar estas diferencias en su individualidad, sino que debemos detenernos en las jeneralidades que son comunes á todos los pueblos de la India.

A pesar del número de grandes ciudades, la mayor parte de la poblacion es agrícola. Los labradores viven reunidos en las villas, salen al campo por la mañana y vuelven al hogar con sus animales á la entrada de la noche.

Los pueblos son diferentes segun las comarcas; aquí están rodeados de murallas bastante fuertes para resistir por algunos dias los ataques de las tropas lijeras del enemigo, ó á sus vecinos, ó tambien algunas veces á los empleados del gobierno; en otras partes son abiertos y no tienen mas cercado que el de zarzales para impedir que el ganado salga de noche.

Hemos espuesto la diferencia que hay entre las casas del territorio de Bengala y las del Indostan. Las primeras con su techo de rastrojo y sus paredes de bambú son las que hacen mejor vista en toda la India. Las del Indostan, cubiertas de tejas y con sus paredes de tierra ó de ladrillos secados al sol, aunque ofrezcan mas cómodo albergue no son tan graciosas á la vista. Las borrascas de tierra y piedra del Decan, con sus techos de azótea, parecen otros tantos montones de ruinas, así es que los pueblos de este pais son los que tienen menos visualidad. Mas al Sur, si los materiales de construccion son los mismos, á lo menos la ejecucion es mucho mejor, y las paredes pintadas, con anchas listas perpendiculares de rojo y blanco, imprimen á las poblaciones cierto aspecto de limpieza que encanta.

Cada pueblo tiene su bazar dividido en varias tiendas para la venta de granos, tabaco, víveres, telas, etc. Cada pueblo celebra su mercado en su dia, y sus ferias y fiestas anuales. Además de esto, cada uno ó á lo menos la mayor parte tiene un templo, y una casa destinada para alojar á

los extranjeros. Todos hacen sus distribuciones periódicas á los religiosos mendicantes; estas limosnas se verifican por medio de una contribucion local, y otro tanto se practica para atender á los demás gastos comunales, entre los cuales se cuentan los que ocasionan las fiestas públicas. La casa destinada á los extranjeros, en algunas partes, tiene una pequeña capilla, y de ordinario sirve de municipalidad. Sin embargo, los consejales mas bien suelen reunirse á la sombra de algun árbol antiguo, cuyo lugar se ha hecho ya memorable por la tradicion, y allí discuten los asuntos del público interés. Por otra parte, para celebrar su consejo nunca necesitan bancos ni mesas.

Modo de vivir de las jentes del campo. En las casas no se ven mas muebles que una estera en que se sientan los que la habitan, algunos jarros de barro ó metal, platos, un molinete de mano, un mortero y una plancha en hierro en que se cuece el pan, etc. La cama que se hace sin cubiertas y no está resguardada con cortinaje, se levanta y arrima á la pared durante el dia. La cocina se encuentra debajo un tinglado ó soportal fuera de la casa, pero estas mismas casas con esta apariencia de pobreza son por dentro limpias y muy aseadas.

En las de los habitantes mas acomodados de las villas apenas se advierten algunos muebles mas; lo que las distingue, es el tener dos pisos y un patio.

La condicion de la jente del campo por lo jeneral no es muy feliz. Para pagar sus arrendamientos, casi todos se ven obligados á tomar dinero prestado, y con tal interés, que casi nunca salen de deudas. Viven por otra parte con tan poco cuidado por lo futuro, y con tan poca prevision, que si llegan á verse corrientes con sus acreedores, no piensan en apartar algun dinero para ocurrir á los pagos que han de sobrevenir y de este modo vuelven á caer en manos de los usureros. Algunos hay no, obstante, pero son muy raros, que saben entrar por algunos ahorros hasta juntar alguna cantidad, y

por este medio comprar algunas tierras.

Las poblaciones suelen algunas veces verse ajitadas, por levantarse alguna faccion contra la autoridad del jefe, ó si así no sucede, por la tiranía de este y la del gobierno, que compiten por hacer su infelicidad.

Los labradores indos son muy amigos de litijios, y jeneralmente ocurren mas pleitos entre los habitantes, que en Europa en igualdad de circunstancias. Con todo no ocurren por lo comun casos de violencia de ninguna clase: apenas se conoce la embriaguez, y todo bien considerado, los campesinos son jente muy sosegada, tienen buena conducta, y salvo su escasez, viven felices y contentos.

El labrador se levanta á los primeros albores del dia, hace sus oblaciones y plegarias; sale en seguida con el ganado para sus campos, que á veces distan mucho de su domicilio. Tras una hora ó dos de trabajo, almuerza con algunos residuos de la cena de la víspera, y se vuelve á poner á trabajar hasta mediodía. Entónces llega su mujer que le lleva la comida; come junto á un manantial, al pié de un árbol; habla con su mujer ó duerme hasta las dos. Durante este tiempo su ganado paca ó descansa. Desde las dos hasta que se pone el sol sigue trabajando; despues conduce su ganado á la aldea, les da el pienso; se baña, fuma, y pasa el resto de la velada con su mujer, sus hijos y sus vecinos. Las mujeres hacen provision de agua, mondan el grano, guisan, etc., y cuidan de todos los quehaceres domésticos.

De las ciudades. — Las ciudades de la India se componen de casas construidas con grandes ladrillos ó piedras, con algunas ventanas pequeñas y elevadas, que dan en calles muy angostas, empedradas (si así puede llamarse) con grandes losas de piedra bruta. Estas calles están obstruidas por un jentío en continuo movimiento, por procesiones, palanquines, carros tirados por bueyes; hay que sufrir los codajes de los peones ó criados de á pié de los grandes personajes que siguen á su amo

corriendo, de los religiosos mendicantes, de los soldados que no están de servicio; hay que ceder el paso á los bueyes sagrados, que no cabe incomodar ni estorbar que vayan á comer el grano que está espuesto de venta.

Lastiendas que mas llaman la atencion son las de los confiteros, fruteros, traficantes en granos, caldereros, droguistas, vendedores de tabaco; los mercaderes de telas, chales y otras estofas, tienen sus géneros plegados en piezas; los que trafican en metales preciosos no los esponen á la vista del público. Las tiendas están completamente abiertas por el lado de la calle; es muchas veces un balcon ó unas gradas que salen del cuerpo principal del edificio. Los compradores permanecen de pié en la calle, hasta para hacer sus ajustes.

Las ciudades son jeneralmente muradas y capaces de defensa.

No tienen, como las aldeas, jefes y empleados municipales hereditarios; administralas un agente del gobierno, con el auxilio de algunos hombres encargados de la policía y del ingreso de las contribuciones. Para facilitar el servicio de la policía, divídense las ciudades en barrios. Cada casta tiene su jefe electo, que es su intermediario natural con el gobierno. Esta division de las castas, que corresponden casi siempre á oficios ó profesiones, forma verdaderos gremios ó corporaciones industriales y comerciales.

Los principales habitantes son los banqueros, los comerciantes y los agentes del gobierno.

Los banqueros y comerciantes hacen á un mismo tiempo el comercio de jéneros y de banca, y además arriendan los impuestos. Realizan en esto grandes lucros, y comunmente sin mucho riesgo. Prestan dinero á un interés exorbitante y compuesto, y tanto que la liquidacion de una deuda es siempre un negocio que termina con un compromiso, en el que el prestamista sacrifica siempre una buena parte de sus pretensiones, y esto no obstante se reserva todavía una ganancia enorme. Los comer-

ciantes viven frugalmente y sin lujo; pero véseles á veces gastar sumas cuantiosas para ciertas fiestas de familia ó trabajos de utilidad pública.

Ya hablaremos mas adelante de los grandes personajes que representan al gobierno; pero ya desde ahora hemos de decir algunas palabras de la innumerable multitud de empleados, de escribientes y agentes inferiores de toda especie que componen una parte de la poblacion de las ciudades. No solo cada servicio mantiene cierto número de estas jentes, sino que cada detall de este servicio, por mínimo que sea, debe tener su empleado especial. Así es que cada compañía de soldados necesita un contador, pues sin esto no seria completa. Cada personaje (sin hablar de los que tiene para el servicio público) tiene sus contadores de la cocina, de la caballeriza, de la halconería, etc.; ellos son quienes sirven de intermediarios en los negocios y en las relaciones de urbanidad y cortesía; los mas de ellos están muy poco ocupados; de ahí es que vienen á ser agentes desalados de toda especie de tramas é intrigas.

Viveres y comidas. — Los vecinos de las ciudades, así como los campesinos se alimentan principalmente de pan sin levadura, de vejetales, aceite ó manteca clarificada y especias. El tabaco es casi el único renglon de lujo que se permite. Hay algunos que fuman drogas que embriagan, pero solo entre las jentes de las mas ínfimas castas que se embriagan tambien con bebidas espirituosas, y aun es un caso rarísimo. Solo se ven ejemplares de embriaguez en los países húmedos, como Bengala, Concan y algunas partes del sur de la India. La embriaguez va en aumento en los territorios gobernados directamente por la Inglaterra, donde mediante una contribucion, se permiten la fabricacion y la venta de los espirituosos; pero es este un vicio tan poco natural á los Indos, que la prohibicion absoluta de este comercio en la mayor parte de los estados gobernados por príncipes indíjenas parece casi una precaucion superflua. El opio, de que usan con



Lutteurs (Manuscrit de la B. R. ale)

Luchadores (Manuscrito de la B. R.!) •

exceso en el oeste del Indostan, es un consumo particular á los Radjeputes, y desconocido á las clases inferiores. Todo el mundo masca el betel (hoja aromática astringente), y la nuez de arec, mezclada con una cal particular estraida de conchas y de diversas especias, segun los medios de los consumidores. Algunas especies de frutas son comunes y baratas.

Las clases elevadas, á lo menos los Bramines, viven á corta diferencia del mismo modo; no hay diferencia sino en la variedad de los vegetales y de las especias. El asa-fétida es una salsa muy apetecida, que da á algunos de sus manjares el gusto y el sabor de la carne. Las precauciones que toman para no comer en platos ó sobre tapices impuros porque sirvieron á personas de otras castas, han dado nacimiento á algunas costumbres curiosas. En un banquete dado por un Bramin, y en el que colocan delante de cada convidado veinte ó treinta manjares ó salsas, los sirven en platos hechos de hojas de árboles; los sirven sobre el suelo pelado, el cual, á modo de mantel, está decorado á trechos, delante de cada convidado, de flores y adornos hábilmente dibujados con arena de todos colores, y que barren acabada la comida. Las castas inferiores comen carne, y son algo menos escrupulosos en punto á los platos, sobre todo si son de metal, que pueden purificar con el lavado. Sin embargo la diferencia de las castas ataja entre todas las clases las verdaderas relaciones de sociedad. El soldado, como que está separado de su familia, hace cocer por sí mismo su comida, no la parte con nadie, y de los placeres de la mesa no conoce mas que la grosera satisfacción del apetito. Todos comen con los dedos, y nunca dejan de lavarse las manos antes y despues de la comida.

Juegos y recreos. — Los Indos conocen el juego del ajedrés, una especie de jaquete, los naipes, que suelen ser redondos, y en los que las imágenes de sus dioses reemplazan á nuestros reyes, caballos, etc.; sin

embargo su recreo predilecto, en el interior de sus casas, consiste en escuchar una canturía monótona, acompañada de pausados movimientos del cuerpo, que apenas cabe llamar danza. Las actitudes son graciosas, y los cantos aunque monótonos, son agradables; pero se repiten con tanta frecuencia que se hacen fastidiosos; pero esto no quita que se complazcan todos en ellos, especialmente las clases inferiores, que á veces pasan en pié noches enteras en la contemplacion de estas escenas eternamente repetidas.

Estos recreos están alumbrados en el interior de las casas por candeleros de fábrica europea, pero el alumbrado clásico son unas antorchas sostenidas por hombres que mantienen la llama con el aceite de una redomita hecha al intento. Ordinariamente se sirven en el interior de lámparas de vidriado ó de metal.

Ceremonial. — En las casas de los ricos, los postigos están guarnecidos de pesadas cortinas de seda; y las puertas están esculpidas, así como todo el maderámen de los aposentos. El suelo está cubierto en toda su estension de una espesa alfombra de algodón, sobre la cual estienden una pieza de tela blanca para sentarse; no hay mas muebles que estos. Los iguales se sientan uno frontero á otro, en la parte inferior del salon de recibo, esto es, al lado de la puerta. Un príncipe ó un gran personaje se sienta en la parte superior de la pieza, á igual distancia de los dos ángulos, en un sitio algo mas elevado que los otros. por medio de un cojin delgado cubierto de un tapiz de seda bordada. Esto juntamente con un dosel levantado, redondo y hecho de telas bordadas, y lo llaman el *masnad* ó *gadi*, sirven de trono á los soberanos que no tienen la jerarquía de reyes.

La etiqueta es rigurosísima. Salen al encuentro de una persona de distincion á una ó dos millas fuera de la ciudad. El visitante es recibido, segun su jerarquía, ó á la puerta de la casa, ó á la del salon, ó bien se levantan solamente del asiento para recibirle. Los amigos que desde mu-

cho tiempo no se han visto se abrazan. Saludan á los Bramines levantando las palmas de las manos, y alzándolas dos ó tres veces á la altura de la frente; en cuanto á los demás, hacen meramente el zalam musulman, llevando la mano primero al corazon, luego á la boca y despues á la frente. Los Bramines tienen una fórmula particular para saludarse entre sí. Los otros Indos, al encontrarse, repiten dos veces el nombre de Rama. Ponen mucho esmero en hacer sentar á los visitantes segun sus jerarquías; lo que en las ocasiones solemnes, da lugar á veces á largas negociaciones preliminares. Los Indos de alta jerarquía se hacen reparar por su urbanidad para con los inferiores; en jeneral, les dirijen la palabra en tono cortés ó familiar, y casi nunca profieren espresiones duras ó injuriosas.

Las jentes de las clases inferiores muestran suma cortesía en sus mutuas relaciones; pero cuando están irritados, no son siempre muy escrupulosos en sus espresiones.

Todas las visitas terminan cuando el dueño de la casa presenta á su huésped la hoja de betel y la nuez de arec; al mismo tiempo le vierte en el pañuelo esencia de rosa ó algun otro aroma, y rocia sus vestidos con agua de rosa: con esto se le intima la despedida.

En las primeras entrevistas, en las fiestas, presentan á los huéspedes piezas de chales ó telas, collares de perlas, brazaletes, etc.; y aun á veces un caballo ó un elefante, cuando visitantes ó visitados son personajes de distincion. Esta costumbre debè de ser bastante antigua; pues en los dramas antiguos se ven presentar á menudo regalos de brazaletes y diamantes con motivo de las visitas.

Hacen regalos de la misma especie á los criados de quienes están contentos, á los soldados que se han distinguido, á los poetas, á los eruditos; y llueven sobre las cantarinas y las bailarinas.

En las visitas de ceremonia, se deja hablar á los principales personajes, enmudeciendo los demás; pero en las otras ocasiones, la conver-

sacion es jeneral y muy animada. Los modales de los Indos son corteses, y su modo de hablar obsequioso. Nunca acaban sus cumplimientos y sus espresiones de humildad y rendimiento, aunque estén hablando con sus iguales y no tengan á la vista su interés particular. Muestran pocos deseos de instruirse ó de estender sus pensamientos mas allá de la esfera ordinaria de sus costumbres. Pero en este círculo limitado, su conversacion es fina é inteligente, mezclada á veces con observaciones satíricas é ingeniosas.

Las personas ricas se levantan á la misma hora que las otras, ó apenas algo mas tarde; hacen sus devociones en las capillas particulares de sus casas, luego se dedican á sus negocios, se bañan, comen, y duermen. A las dos ó á las tres se visten, y pasan á sus aposentos públicos, donde reciben visitas y despachan negocios hasta una hora bastante adelantada de la tarde. Hay algunos que tienen conciertos de música en su casa hasta deshora de la noche; pero esto es muy raro; y por lo jeneral, una ciudad indiana está perfectamente sosegada y silenciosa tras la puesta del sol.

Además de las ocasiones bastante raras, tales como los casamientos, los nacimientos, etc., dan tambien fiestas solemnes en ciertos dias consagrados, y á veces tambien en testimonio de consideracion particular para con un amigo. Estas fiestas empiezan con un banquete; pero la parte esencial son las danzas y los cantos, variados á veces por los ejercicios de los juglares ó las chocarrerías de los bufones; durante este tiempo arde el incienso, coronan á los convidados con guirnaldas de flores, etc. Los presentes hacen como ya lo llevamos dicho, parte esencial de estas fiestas.

En las cortes hay dias señalados, en los que todos los grandes van á presentar sus homenajes á los príncipes; y en estos recibos es siempre crecido el jentío.

Cada cual llega á su vez á presentar su saludo al príncipe y á ofrecerle su *nazer* ó regalo, compuesto de



Lemaire Delin.

1. *Gymnastique*, 2 *Dromedaires*.

(d'après un Manuscrit de la B. R^{ale})

1. *Gimnástica*, 2. *Dromedarios* (Segun un Manuscrito de la B. R^{ale})

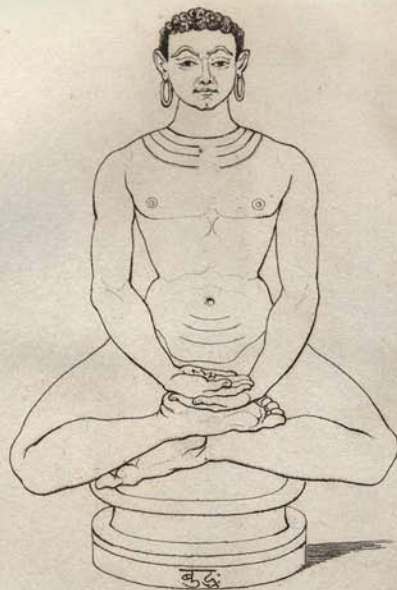


Chaudet del.

Temple Budhiste

Temple Budhiste

Le Maire dessin.



Engraved by J. B. B. B.

1. *Bouddhâ.*
1. Bouddhâ.

2. *Sourya Bouddhâ.*
2. Sourya Bouddhâ.



Femmes de différentes conditions. Vernaux, del. Mujeres de diferentes condiciones.

algunas monedas, que acostumbra ofrecer á los superiores en todas las ocasiones solemnes. La suma se pauta por la jerarquía del que hace el presente. Lo menos que se da generalmente es una rupia; sin embargo los pobres ofrecen á veces no mas que una flor, y los mercaderes al pormenor un renglon de su comercio. Generalmente se da en pago un vestido; y el valor de este vestido no es inferior al de los *nazeres*. El *nazer* de mayor cuantía es, segun la etiqueta, de cien *ashrefis* (de 10.000 á 12.000 reales); sin embargo hay personas que ofrecen joyas de mayor precio; y á veces, cuando un príncipe se allana á visitar á una persona de inferior jerarquía, esta le manda preparar un *masnad* con sacos que contienen hasta cien mil rupias (cincuenta mil duros), y que van comprendidos en el *nazer*. Sin embargo, parece que esta costumbre no es de origen indio.

En las fiestas religiosas, preparan un salon en obsequio de la divinidad del día: su imájen, ataviada con ricos adornos y rodeada de balaustres dorados, ocupa el centro de la pieza; los príncipes y sus séquitos, vestidos de magníficos trajes, y cuajados de joyas, se colocan á un lado del salon, como si fuesen los convidados por la divinidad ó sus servidores. El resto de la ceremonia es igual á los recibos ordinarios. Puede que los cantos tengan un significado religioso; pero el incienso, las guirnaldas de flores y los presentes, todo se verifica como en las visitas habituales; hasta traen de parte del ídolo el betel y la esencia de rosa, que se distribuyen á los que lo han honrado con su visita.

La mas reparable de estas ceremonias religiosas es sin duda la que está instituida en conmemoracion de la toma de Lanka por Rama, y se celebra naturalmente al descampado.

Lanka está representado por un gran castillo con torres y bastiones, atacado por un ejército de jente vestida del traje tradicional de Rama, y de sus soldados, apoyados por un ejército de monos, á quienes conduce al combate su caudillo, Hanuman.

Terminase la batalla con la toma de Lanka, iluminada por fuegos artificiales que escitarian la admiracion en todos los paises, y con una procesion triunfal ejecutada con una magnificencia digna de mejor ocasion.

Esta fiesta se celebra de otro modo, y quizás con mayor esplendor todavía, entre los Mahratas. En este día empiezan siempre sus operaciones militares; y el episodio particular que celebran es aquel en que Rama, despues de haber hecho sus devociones y haber cojido una rama de cierto árbol, prenda segura de la victoria, se pone en marcha con su hueste.

En una llanura despejada, cerca del campamento ó de la ciudad, plantan un árbol de la especie consagrada por la tradicion; y toda la infanteria, con la caballeria y artilleria, se forman en dos líneas formando calle por el camino que conduce al árbol consagrado. Lo restante del espacio está cuajado de una multitud innumerable de espectadores. El séquito, aunque menos uniforme y regular que el de los príncipes mahometanos, es con todo uno de los mas hermosos que se pueda ver en la India. El príncipe se adelanta montado en un elefante, precedido de estandartes, de jente armada de varillas de oro y plata, y de una falanje de hombres que llevan picas de quince á diez y seis piés de largo. A sus lados van la nobleza y los jefes militares de su reino montados en caballos ricamente enjaezados, vestidos los jinetes de ricos trajes, y acompañados de hombres selectos por su continente aguerrido. Tras ellos siguen largas hileras de elefantes, con sus mantillas que barren el suelo; estos llevan estandartes ajigantados, cuajados de oro y pedrería; aquellos llevan *hodahes* abiertos ó cerrados, plateados ó dorados. Al rededor de los elefantes y á su espalda se desarrolla una nube de caballeria que hace brillar al sol sus ricos trajes, abandonando al viento sus bandas de brocado de oro, y arrebatando una selva de lanzas y de pendones. Los que están en los flancos hacen puntas fuera de las filas, para volver á embe-

berse en ellas despues de haber ejecutado brillantísimas evoluciones segun la fantasía árabe; todos se arrojan á galope, se barajan, se separan, se reunen, chocan al parecer como las olas del mar, ofreciendo uno de los espectáculos mas animados y magníficos que puedan verse en este pais de bárbara magnificencia. Cuando el príncipe se acerca al blanco, se disparan cañonazos, la infantería hace repetidas descargas, el séquito redobra al parecer su rapidez; dirian que es una hueste de caballería que carga al enemigo.

Cuando el príncipe ha hecho sus devociones y cojido el ramosagrado, retumba todavía el cañon; y á esta señal todo el mundo se lanza al galope, procurando cada cual arrebatarse alguna hoja del árbol consagrado; y luego cuando está completamente despojado, cada cual adorna su turbante con una rama de hojas y da y recibe el parabien de sus amigos. Termina la fiesta un grande *darbar* (recibo), en el que se presentan todos los oficiales.

Ferías, romerías.—Hay menos grandeza, aunque no menor interés, en las ferias y fiestas populares.

Las ferias se parecen mucho á las de Europa; su objeto es el mismo; y las diversiones que ofrecen son análogas tambien. Pero ninguna asamblea popular en Europa puede dar una idea del efecto producido por la reunion de un inmenso concurso de pueblo vestido de blanco, con bandas de los matices mas brillantes. La afición de los Indos á las procesiones y grandes demostraciones, la presencia de jentes cubiertas de armas centellantes, la multitud de banderas, dan además á las ferias indianas un aspecto enteramente particular. Los Indos se entregan desahadamente á los placeres de estas fiestas; cada uno va á ellas con la voluntad inocente de divertirse cuanto pueda. Todos tienen por pretexto alguna ceremonia religiosa; pero esta no roba un momento al placer, apenas se acuerdan de ella. En las romerías, el estar pensando durante el largo camino en el objeto por que se han puesto en marcha, el ejem-

plo de los otros peregrinos que andan cantando el nombre del dios, la santidad del lugar consagrado, hacen que los peregrinos conserven sentimientos de devoción mas seria. Tambien tienen mas deberes religiosos que llenar; á veces se les junta toda la asamblea, y cuando se ven miles de ojos clavados en un solo punto, cuando se oyen miles de voces proclamando á una el mismo nombre; todo esto forma un espectáculo que hace mella hasta en el espectador mas indiferente.

Pero hasta en los sitios de romería el impulso del placer es mas poderoso que el del zelo religioso; y la mayor parte de los lugares consagrados por la afluencia de peregrinos son célebres tambien por sus ferias, donde se tratan mas negocios.

Jardines.—Al hablar de los recreos de las clases superiores no hay que olvidar sus jardines, los que, si bien sujetos quizás á una regularidad bastante rigurosa, son embelesantes á veces. Están divididos en anchas calles en medio de las cuales corren largos y estrechos canales revestidos de piedra en el interior, y hasta de estuco, y que todos van á parar á un centro comun. Cada costado de la calle está dibujado por largas líneas rectas de amapolas de todos matices, por acirates de flores dibujados todos de un modo uniforme. Las quintas son de estuco; algo menos pesadas y un poco mas elegantes que las casas de las ciudades, no llaman la atención que se fija en el jardín; échase de ver algo de rico y oriental en los hermosos grupos de naranjos y limoneros, en los bosquecillos donde el negro ciprés se enlaza con los árboles cubiertos de flores, con la graciosa y elegante palmera. En los calores del estío, los emparrados impenetrables al sol, sombreados por las ramas del árbol que produce el arec, brindan con frescos retiros, protegidos contra el ardor del dia y los rayos del sol, mas embelesantes todavía con el murmurio de los arroyuelos que riegan el jardín, con el profundo silencio y el sosiego cabal de la naturaleza, adormecida bajo los rayos del sol del mediodía.

Es probable que este jénero de jardines habrá sido introducido por los Musulmanes ; pues no resulta de las descripciones de los poetas antiguos que los jardines de la India tuviesen en otro tiempo esta apariencia de regularidad uniforme. Además, los jardines de los Mahometanos son por este estilo, así los de Ispahan y Constantinopla como los que Mehemet Ali no ha terminado todavía en su palacio de Chubra en Egipto.

Las flores y los árboles de los jardines de la India no son tan escogidos ni están tan bien cultivados como en Europa, y muchas veces se les ve llegar á su mayor punto de perfeccion y hermosura en medio de la naturaleza inculta que los rodea. Vense á menudo en la campiña bosquecillos de antiguos mangues, de pipales, de altos tamarindos, que sembrados, en el Guzerate sobre todo, en un terreno levemente undulado dan al pais el aspecto de un parque inglés. En otras partes, en el Rohilcund, la llanura, perfectamente llana y admirablemente fértil, está cubierta de hermosos bosquecillos, que dan desde luego al campo un aspecto de prosperidad magnífica, pero que con todo esto acaban por cansar con su uniformidad. En Bengala vaga el viajero en medio de una llanura inmensa sin árboles donde no ve mas que una eterna alfombra de arrozales que se desarrolan ante sus pasos. De cuando en cuando solamente aparecen al estremo del horizonte frondosos bosques de mambúes, que tienen trazas de ser guaridas de animales feroces. Pero cuando allí llega, ve que no era mas que una estrecha cintura de mambúes, llena en el interior de aldeas ricamente pobladas, y luego cuando sale de aquel paraje, vuelve á empezar la llanura con la misma uniformidad, hasta el momento en que allá en la lejanía aparece una nueva barrera de mambúes, que indica la existencia de nuevas aldeas.

La parte central del Decan se compone de un mar de pequeñas alturas, que se suceden á veces en una estension de centenares de millas,

sin mostrar otra cosa, durante la primavera, mas que una sábana de verdes mieses bastante levantadas para ocultar á un hombre montado; en la estacion calurosa, el pais presenta todo el aspecto de un desierto, desnudo, pardo, sin un árbol, sin un arbusto que distraiga al viandante en medio de aquel paisaje desolado. En otras partes, sobre todo en el oeste, se hallan grandes bosques, árboles decrepitos, cubiertos todos de plantas trepaderas y aromáticas; las unas produciendo flores de los mas bellos matices, y las otras arrojando osadamente de un árbol á otro ramas tan gruesas como el muslo. Las selvas del este y del centro están pobladas de árboles de tamaño prodigioso, inhabilitadas casi, cortadas apenas por estrechos senderos, como las partes desiertas de América.

En las provincias mejor cultivadas se encuentran á veces, y durante varias jornadas de camino, dilatados espacios ocupados por bosques de *palas* ó de *daques*, que pierden la hoja en la primavera, para cubrirse de grandes flores encarnadas de aspecto tal, que dirian que todo el pais está ardiendo.

Al pié del Himalaya es donde la naturaleza se muestra en todo su esplendor y majestad. Es aquel un espectáculo que el viajero mas apático no ha podido presenciar sin entusiasmo; causa una impresion cuyo recuerdo dura tanto como la vida, y que nada puede borrar, ni aun igualar. Los Ghates occidentales despliegan tambien los embelesos particulares á los paises montuosos, aunque en escala menor; con todo eso no tenemos nada en Europa, ni aun en Grecia, que pueda comparársele.

La idea que se hace el viajero de la belleza de los Ghates depende ante todo de la estacion en que los visitó. Si los ha visto en el verano, descoronados de su diadema de nubes, despojados de su rica alfombra de verdor y de sus innumerables cascadas, entónces la altura de la montaña no basta á compensar la esterilidad de su aspecto; el único adorno que le queda son las magni-

ficas selvas que por acá y acullá visiten sus flancos.

Modos de vivir de los habitantes de las ciudades. — Las jentes de las clases inferiores en las ciudades pasan á corta diferencia el día como los labradores, si no es que acuden á sus tiendas en vez de ir al campo, y van al bazar para buscar en él compañía y distraccion. Los campesinos tienen unos juegos que pudiéramos llamar ejercicios; pero los placeres particulares de los habitantes de las ciudades, fuera de sus casas, se ciñen á las ferias y á las fiestas.

Hay algunas fiestas que son comunes á las jentes de todas clases, á los de las ciudades lo mismo que á los campesinos.

La principal quizá es el *holi*, que se celebra en loor de la primavera. Las jentes del pueblo, los niños sobre todo, bailan en la tarde en torno de grandes hogueras, cantando canciones licenciosas ó satíricas, y haciendo á sus superiores (que no se dan por ofendidos) cuantas malas pasadas les sujere su espíritu inventivo y maligno. Pero el mayor recreo de la fiesta consiste en mojar unos á otros con un líquido amarillo nada agradable, y en echarse al rostro un polvo de carmin que luego cuesta mucho trabajo el borrar. Se arrojan el líquido con jeringas; preparan los polvos en forma de pelotas cubiertas de cola pez, para darles consistencia, pero que rebientan al contacto con el cuerpo. Las personas de todas clases y categorías se entregan á estas travesuras con entusiasmo, y ordinariamente cuando terminan, todo el mundo ha quedado tan bañado de aquel líquido y cubierto de polvo, que no aciertan á conocerse unos á otros.

Un primer ministro no creará menoscar su gravedad convidando á un embajador extranjero á ir á celebrar el *holi* en su palacio; y el mismo figurará en los episodios mas tumultuosos de la fiesta con el ardor y el ahinco de un estudiante.

Hay tambien fiestas locales ó particulares á cierta poblacion. De este

número es aquella en que los Mahratas se convidan á comer los primeros granos tostados del *Badfri* (*holcus spicatus*) del año. Todo el mundo toma parte en esta fiesta, así los habitantes de las ciudades como los campesinos. Así, por ejemplo, el radjá de Berar convida en esta ocasion á los principales personajes de su corte durante algunos días consecutivos; sírvese en primer lugar el grano tostado, y en seguida un gran banquete á los convidados.

El *Duali* es una fiesta jeneral, en la que todos los templos y casas están iluminadas con guirnalda de vidrios de color que corren á lo largo de los techos, de las ventanas, de las cornisas, colgados de andamios de mambúes que al intento se preparan. Benarés, vista del Gánjes por la noche, presenta entónces un espectáculo magnífico y vistoso. Durante todo el mes que trae esta fiesta, encienden todas las noches en las aldeas y hasta en las casas particulares, unas lámparas que levantan á tan suma altura con mambúes, que á primera vista estaria uno por decir que son estrellas que se ponen en el horizonte.

El *Djanam Ashtomi* es una fiesta en la que unos niños, en el traje de Crishna y de sus zagalas, representan un drama tradicional, mezclado de cantos y danzas de carácter.

Ejercicios. — Los militares, esto es, todas las jentes de las clases elevadas que no siguen ni la carrera religiosa ni la del comercio, son apasionados á la caza á caballo. Persiguen al ciervo, al lobo, á la liebre con jaurias que emplean tambien contra el jabalí; pero en este caso, ellos mismos embisten al animal con la pica ó la espada. Cazan al tigre montados en elefantes, á veces á caballo, y aun á pié. Los campesinos se reúnen en cuerpos para cazar al tigre que infesta las cercanías, y en estas ocasiones se portan siempre con mucho valor y resolucion. Sin embargo, mientras el tigre no haya atacado á ningún hombre, los campesinos lo dejan quieto.

Los militares, á pesar de su habitual indolencia, son todos buenos y

osados jinetes. Los Mahratas sobre todo son célebres por su habilidad en conducir un caballo y manejar la lanza. Todos estos llevan los estribos cortísimos, emplean gamarras muy apreciadas y frenos muy ligeros, aunque enérgicos. Sus caballos tienen buenos ijares, y están bien enseñados á jirar sobre el cuarto trasero en medio de la carrera mas veloz. Tambien los acostumbran á abalanzarse repentinamente de la posicion del descanso, con una rapidez que arroja al jinete sobre su enemigo antes que este haya tenido tiempo de ponerse en guardia.

Las tropas ligeras de dos ejércitos indios se mezclan y atacan lanza en mano, con una prudencia tal que un Europeo estaria por creer que pelean con armas corteses en el torneo. Cada cual jira al rededor de su adversario, hace falsos ataques, aparenta no querer empezar el combate aunque siempre estén al alcance. Se atisban no obstante con ardiente afán; ¡y ay del que se descubre! pues al punto queda traspasado de una lanzada, y su caída prueba que iba de veras.

Los Indos disparan bastante bien el fusil montados; pero en este punto los Mahometanos les son muy superiores.

Los grandes personajes conducen á veces por sí mismos sus elefantes; y para disculpase de faltar á la etiqueta, alegan que es forzoso saber gobernar á un elefante para el caso en que su guia ordinario fuese muerto en una refriega. En tiempos antiguos, este arte era considerado como indispensable á los héroes.

Traje. — El vestido ordinario de los Indos es igual al de los habitantes de Bengala que ya llevamos descrito. Es el que llevan los Indos que se precian de ser adictos á la fe bramánica. Se compone de dos largas piezas de cotonada blanca, y una de las cuales ciñe el talle, pasa entre las piernas y cae mas abajo de las rodillas; la otra cubre las espaldas y á veces se rolla al rededor de la cabeza, en la que no se lleva jamás otro tocado. Se afeitan cabello y barba, y no dejan mas que un mechón en el

vértice de la cabeza. Hay muchos que llevan bigotes, pero los Bramines jamás. Menos en Bengala, todos los Indos que afectan principios muy rigurosos llevan actualmente la pieza de cotonada que les envuelve el cuerpo mas corta, pero mas ancha; visiten por encima una túnica de algodón, de muselina ó seda sujeta al talle por una cintura de muselina de color; una banda terciada y un turbante completan el traje. Vese en el día á algunos Indos que llevan pantalones anchos y flotantes como los Musulmanes.

Cuando van vestidos de fiesta, llevan una larga túnica blanca de muselina casi transparente y pegada al cuerpo hasta la cintura; pero mas abajo hace anchos e innumerables pliegues y repliegues. La banda, el turbante, los brazaletes, los collares y algunas otras joyas completan este traje.

Condicion de las mujeres. — El traje de las mujeres es casi el mismo que el de los hombres; con la diferencia de que las dos piezas de cotonada son mas anchas y largas y son de colores brillantes y blancas tambien. Así hombres como mujeres llevan mucha joyería. Hasta los hombres de la plebe llevan pendientes, brazaletes y collares; y los llevan á veces como un medio de llevar toda su fortuna encima. Hay collares de semillas que se endurecen con el tiempo y adquieren un hermoso color pardo, otros de madera labrada al torno que mezclan con granos de oro ú coral. Van en piernas; pero para salir calzan pantuflas bordadas, de punta encorvada, que se quitan para entrar en un aposento ó en un palanquin. Los niños van sobrecargados de adornos de oro, que con harta frecuencia provocan la codicia de los ladrones y cuestan la vida á sus víctimas desdichadas.

Parece que en lo antiguo las mujeres indas eran mas reservadas que hoy y vivian mas retiradas. Las mujeres de los Musulmanes están, como en todas partes, veladas y secuestradas; pero entre los Indos, solo la clase militar ha seguido el ejemplo de estos conquistadores.

Sin embargo no se admite á las mujeres en la sociedad de los hombres, y tampoco son tratadas como sus iguales. En las clases inferiores, la mujer es quien corre con la cocina, sirve la comida á su marido, y aguarda á que este haya acabado antes de empezar ella á comer. Cuando se pasean juntas dos personas de sexo diferente, el hombre va delante y la mujer le sigue, aun cuando haya bastante lugar para que entrambos puedan ir de frente. El pegar á una mujer no es un hecho tan raro y vergonzoso como en Europa. Sin embargo, á pesar de esta inferioridad ante la etiqueta, el afecto y la razón dan á las mujeres su lugar legítimo; sus maridos tienen confianza en ellas y las consultan sobre todos sus negocios; y en la India, así como en otras partes, no son siempre los maridos los verdaderos jefes de la comunidad.

De la esclavitud. — Pero la reconvencción mas real que puede hacerse á la sociedad indiana es el haber sancionado la esclavitud. La esclavitud doméstica, aunque bajo una forma muy suave, es universal en la India. Los esclavos ó bien nacieron en la casa, ó fueron niños vendidos por sus padres en tiempo de carestía, ó niños robados por los Bandjarras, tribu de pastores errantes, que se dedican tambien al acarreo de granos y mercancías con sus rebaños. Verdad es que la ley inda castiga este crimen, pero es muy difícil de descubrir.

Los esclavos son tratados exactamente como los criados, y mejor quizás, por cuanto los consideran como miembros de la familia. Nunca los venden, y no se hace alto en ellos, pues no llevan ninguna señal exterior por donde se les pueda distinguir de las personas libres. Pero, no tiene remedio, es forzoso que la esclavitud produzca siempre una ú otra infamia. Las niñas robadas van á parar á veces en manos de jentes malvadas que las crían para la prostitución; ó cuando no es este su triste paradero, tienen que padecer á veces las desdichadas la brutalidad

de sus amos y los celos de sus señoras.

Hay provincias donde ricos y pobres poseen esclavos; pues los tienen hasta los labradores en cuyas casas son tratados lo mismo que los otros miembros de la familia. Entre los antiguos Indos, no habia esclavos adictos al suelo, segun es de ver por la ley de Manú; pero conforme se fueron extendiendo al sur, parece que los Indos hallaron la esclavitud del terror. En algunas provincias aisladas, en los países cubiertos de selvas, se ven esclavos adictos al suelo, pero tan suavemente, que reciben un salario, y disfrutan de cierto ensanche y libertad. En el sur de la India están adictos al suelo y los venden juntamente con él. En el Malabar, donde se les trata con mayor dureza que en otra parte, los venden tambien sin la tierra. El número de estos esclavos, así en el Malabar como en el extremo sur, se estima de diversos modos; pues segun unos, habrá cien mil, y cuatrocientos mil segun otros. Véanse tambien esclavos en algunas partes de Bengala, de Behar y de Guzerate; pero su número, con respecto á la poblacion, viene á ser insignificante.

Casamientos. — Los casamientos motivan muchas ceremonias poco interesantes. Juntan las manos de los desposados y las enlazan con un vínculo hecho de césped sagrado. La parte esencial de la ceremonia son los siete pasos solemnes que da el desposado, repitiendo á cada uno de ellos una oración particular. Dado el séptimo paso, el casamiento es ya indisoluble. Tal es en el dia la única forma de casamiento.

La prohibición tan á menudo repetida en el código de Manú, que veda al padre recibir lo mas mínimo del marido de su hija, se observa hoy dia al parecer mas rigurosamente que en tiempo del legislador. El pundonor se ha vuelto tan escrupuloso sobre esta materia, que se considera como un baldon el recibir cosa alguna, aun despues de la muerte de un yerno ó de un cuñado.

El novio es quien debe ir á hacer

personalmente sus proposiciones de casamiento en la casa de su suegro, y allí es donde debe celebrarse la ceremonia. Cuando se verifica la visita oficial, reaparece la hospitalidad antigua con sus formas tradicionales. Así es que se ha conservado todavía la costumbre de matar con este motivo una vaca; pero en el día, el novio intercede por el animal, á quien envían al pesebre en fuerza de su instancia.

Cuando un príncipe se casa con una muchacha extranjera, levantan á toda costa un palacio provisional, que debe representar la casa del padre de la novia. En todas las clases de la sociedad, el séquito que acompaña á la novia, desde la casa de su padre hasta la de su esposo, es tan espléndido como cabe.

En Bengala sobre todo estos séquitos son magníficos, y se habla de casamientos que han costado varios laques de rupias (un laque vale cincuenta mil duros). Los esposos son comunmente muy niños; la novia no ha de haber llegado todavía á púber, y acontece muy á menudo que ella y su marido no tienen todavía diez años. No siempre son felices tan precoces casamientos.

Educación.— Los Indos quieren entrañablemente á sus hijos cuando niños; pero no es raro ver disputas y hasta litijos entre padre é hijos, cuando estos han llegado á la edad viril; las razones de interés suelen ser la causa mas comun de estas discordias.

Los hijos de familias ricas figuran en el mundo desde muy temprano; vestidos como hombres con su pequeño sable al cinto, se portan con tanto juicio, decoro y aun respeto para con la etiqueta como los adultos.

Los niños de las clases inferiores van vagando por las calles, riñen entre sí, se arrojan piedras, y gozan de mayor ensanche que los niños en Europa. A esta edad son ordinariamente hermosos.

La educación del vulgo no va mas allá de la lectura, de escribir, y de los elementos de la aritmética. En las ciudades y hasta en la mayor parte

de las aldeas, hay escuelas costeadas por la retribucion que el maestro recibe de sus alumnos. Se calcula que en el sur de la India, los gastos de la escuela de un niño son de setenta á ochenta reales al año; pero este gasto será mucho menos en las otras provincias. En Bengala y Behar, la retribucion que percibe el maestro consiste jeneralmente en cierta cantidad de granos ó legumbres.

Síguese en estas escuelas el sistema de enseñanza mútua por los monitores, y supónese que este sistema fué traído de la India á Inglaterra donde pareció por primera vez en Europa.

El número de los niños educados en las escuelas públicas de la presidencia de Madrás es cuando menos de uno sobre tres del número total; pero por muy escasa que sea esta proporcion, Sir Tomás Munro observa con razon que es mayor que la que no hace muchos años se veía en Europa. Es probable que la proporcion de los alumnos con el número total de niños no es mayor en las otras presidencias que en la de Madrás. Las mujeres no reciben casi ninguna educacion.

Por maravilla envían los ricos sus niños á la escuela, pues los hacen educar en sus casas por Bramines. La instruccion superior es gratuita. Los profesores viven y mantienen á cierto número de sus alumnos con el producto de las contribuciones voluntarias de los príncipes y de las personas opulentas.

En el día sólo los Bramines saben algo, y con todo esto su bagaje científico es bastante liviano.

Los monumentos que nos quedan de la literatura antigua nos muestran el alto grado de esplendor á que habia llegado. Sin duda que carecemos de pruebas palpables, materiales, para sentar el hecho auténticamente; pero cuando vemos á tres de las cuatro castas obligadas por la ley á leer y estudiar los Vedas, es probable que fuesen mas instruidas que no lo son en el día.

De los apellidos.— Tambien debemos hablar de los nombres indios,

to sería una escepcion para este pais; pues en todas las demás partes las víctimas van al sacrificio con mucha calma y serenidad; se las ha visto sentadas en medio de las llamas, orando, alzando las manos al cielo, con tanto sosiego como si hubiesen estado haciendo sus ordinarias devociones. Pero tambien por otra parte se han visto algunos ejemplares espantosos de mujeres que forcejeaban por huir de las llamas, y que eran arrojadas á ellas por los circunstantes.

Sin embargo esta costumbre no es universal en la India. Los Satis no son conocidos al sur del rio Kishme; y en la presidencia de Bombay, que comprende todo el antiguo imperio de los Peswas, el término medio de los Satis es solamente de treinta y dos cada año. En lo restante del Deccan es menos todavía. Pero el Hindostan propiamente dicho y en Bengala, el número de los Satis es tan crecido que se estima en algunos centenares al año solo en el territorio gobernado directamente por los Ingleses.

No es raro el suicidio entre los hombres; pero los desdichados que á él se arrojan son por lo mas personas que padecen enfermedades incurables. Los suicidas se arrojan á las llamas ó al agua, se hacen enterar vivos, se precipitan debajo de las ruedas del carro sagrado de Jajernat, etc. etc.

Durante cuatro años de residencia en Jajernat, Mr. Stirling no vió mas que tres casos de personas aplastadas por el carro; la una por accidente, y las otras dos voluntariamente; pero que desde mucho tiempo estaban padeciendo enfermedades horribles.

Castas de ladrones. — Así como tiene castas para todos los oficios, la sociedad inda tiene tambien castas para los ladrones; pues hay castas en que los niños son educados de modo que consideran el robo como su funcion hereditaria. Podrian comprenderse en esta clase muchísimas tribus montañesas que habitan en las cercanías de paises bien cultivados; pero tambien en los lla-

nos se hallan castas mas célebres por sus hábitos incurables de robo, que lo son en Europa los Jitanos, quienes son tambien oriundos de la India.

Si hemos de juzgar por los ladrones indos, parece que la sucesion hereditaria de las profesiones es particularmente favorable al desarrollo de la destreza y del talento; pues en ningun pais del mundo no hay ciertamente ladrones que por su destreza puedan compararse con los de la India. Las relaciones de los viajeros están llenas de anécdotas que pintan la extraordinaria paciencia de estos ladrones, su perseverancia la maña increíble con que cometen sus crímenes en medio de jentes despiertas y armadas que no los ven, y la maravillosa audacia con que arrebatan la presa, en medio de las circunstancias mas peligrosas. Unos abren galerías subterráneas y penetran en las casas por debajo tierra; otros que entraron no se sabe como cuidan de tener abiertas una ó dos puertas para poder efectuar la retirada. Cometen los robos en cueros, armados, untados de aceite; de modo que si arriesgado es el prenderlos, mas árduo es todavía el detenerlos.

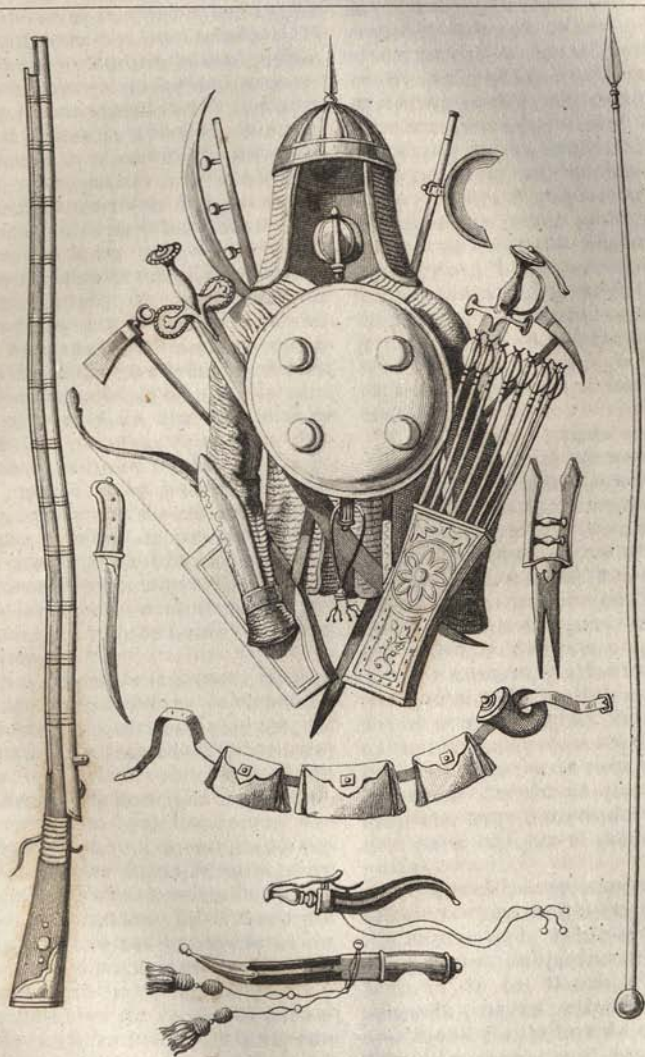
Una especie de ladrones muy numerosa, llamada los *Thags*, van continuamente viajando, mudando cada dia de traje, arte en que son maestros consumados. Ordinariamente se insinuan, ya de este, ya de aquel modo, en la compañía de los viajeros que llevan dinero consigo; los acompañan hasta que se les rodea la ocasion de administrarles una droga que los aletarga, ó de estrangularlos. Los *Thags* tienen un escrúpulo singular; pero es muy cierto que no derraman sangre jamás, y sepultan á sus víctimas con tanta reserva, que nunca se llega á saber su paradero. Estos asesinos tienen á Bhavani por patrona, y no dejan de ofrecerle parte de su presa.

Los serenos que están al servicio de los concejos y de los particulares pertenecen ordinariamente á castas de ladrones; y con todo esto son muy fieles y buenos guardianes. Su pre-

INDIA

INDE

74



Armatoir d'Indes

Armes. (M.S.B. R. ale)

Armas. (M.S.B. R. l)

sencia es una protección suficiente contra las jentes de su propia casta; su destreza y vijilancia luchan con feliz éxito contra las de las castas extrañas. Hay en el Guzerate algunos de estos guardianes que son célebres por la destreza con que saben seguir á los ladrones por sus huellas. En un pais seco y durante el estío, el pié de un hombre deja apenas una estampa imperceptible en el suelo; y esto no obstante, la reconocerán tan fácilmente, que por medio de estas huellas perseguirán á un ladrón á distancias increíbles. Echóse mano de uno de ellos para pesquisar á un ladrón que habia robado la vajilla de los oficiales de un regimiento inglés que estaba de guarnición en Kaira. Siguió las huellas del ratero hasta Ahmedabad, á cuatro ó cinco leguas de distancia allí las perdió en las calles populosas de aquella ciudad; pero volvió á dar con ellas en una de las puertas; y aunque desahuciado un buen trecho por el ladrón, quien para hacer perder la pista, habia andado un grande trecho por el lecho de un arroyo con agua hasta las rodillas, acabó por sorprenderle y recobrar lo robado á una distancia de ocho ó diez leguas del paraje donde se habia cometido el hurto.

Si hay castas de ladrones, las hay tambien cuyo instituto es defender á la sociedad contra sus ataques; tales son los Bhatés y los Charanes del oeste, los bardos y en cierto modo los heraldos de las tribus Radjputes. Las caravanas que conducen por Radjputana no solamente nada tienen que temer de los ladrones, sino que están además exentos de los derechos de aduanas. En el Guzerate transportan sumas de consideracion en medio de un pais donde no bastarian á protegerlas fuertes escoltas. Salen garantes de todos los convenios de los jefes entre sí, y hasta con el gobierno.

La autoridad de que gozan dimana de la santidad de su carácter y de la inflexible enerjía de su resolucion. Cuando un Bhat encargado de una cantidad de dinero se ve amagado de un ataque, dice que va á co-

meter el *traga*; y hace la misma amenaza al que falta á su promesa. Si no basta la amenaza, se apercibe entónces para ponerla en ejecucion. Se clava en primer lugar un puñal en el costado, y en seguida en el corazón, si siguen resistiendo; ó bien cortará la cabeza á su hijo, ó bien, si son varios los que salieron fiadores de un contrato que una de las partes no ejecuta, echan suertes entre ellos para saber el que debe ser degollado por los demás. El baldon que resulta de estos medios extraordinarios para el que los motivó, y el temor de tener que espíar la muerte de un bardo, bastan comunmente para hacer entrar en vereda á los mas tercos. La fidelidad de estas jentes es realmente portentosa, y jamás vacilan en sacrificar su vida á trueque de mantener la autoridad moral que constituye toda la importancia de su casta.

Los Bramines tienen una costumbre algo parecida; pues se sientan á la puerta de un hombre con un puñal en la mano ó una copa de veneno y anuncian que irremisiblemente van á matarse si no accede á sus demandas. Los acreedores echan mano de un proceder semejante (llámanlo el *Dherma*) para hacerse pagar por sus deudores. Impiden al deudor comer; y ellos mismos ayunan durante todo el tiempo que no dejan comer á aquel. Este modo de exigir alguna cosa se emplea contra los príncipes, y no cabe resistir con la fuerza. De ahí es que las tropas emplean muy á menudo este proceder para obligar al gobierno á pagarles.

Tribus de las montañas y de las selvas. — Las montañas y las selvas del centro de la India están habitadas por una poblacion muy diferente de la de los llanos. Es una raza pequeña, negra, esbelta, activa, de ojos vivos. Las tribus de que se compone van apenas vestidas, armadas de arco y flechas, viven del pillaje y á menos que el gobierno sea bastante fuerte para contenerlas, viven en guerra perpetua con sus vecinos. Si se las ataca en sus breñas, se resisten con valor é inteligencia; no hay

un fragmento de peña, un matorral, de donde no lluevan sobre los invasores nubes de flechas disparadas por manos invisibles. Y cuando se llega allí, no se halla ningun enemigo.

Estas tribus viven en aldeas cortas, que transportan á veces consigo en sus emigraciones. Dividense en pequeñas comunidades, cuyo caudillo está revestido de un poder muy lato. Subsisten del producto de su imperfecto cultivo, y de lo que sacan del llano por via de trueque ó por medio del pillaje.

Al paso que reconocen á algunos de los dioses indos, adoran á otros que les son particulares, y de quienes atribuyen el poder de dispensar ciertos males ó ciertos bienes. El que envía las viruelas es al parecer el mas temido.

Estas tribus sacrifican gallinas, hacen libaciones antes de comer, son guiados por magos inspirados, y no por sacerdotes; sepultan los cadáveres, tienen ceremonias particulares para los nacimientos, etc., son muy dados á la embriaguez, y matan jeneralmente á los bueyes y los comen sin escrúpulo. Residen principalmente en la cordillera de los montes Vindhya, y el dilatado espacio de bosques que se extienden desde Allahabad al norte hasta Masulipatam al sur, y se prolongan con algunas interrupciones casi hasta el cabo Comorin. En ciertos pasajes la agricultura ha desmontado la selva, y los habitantes han permanecido en el llano en clase de guardas de aldea, cazadores, etc., funciones que no desdican de sus primeros hábitos. En otros parajes al contrario, sus devastaciones han hecho retoñar la selva donde se habia desmontado y se hallan todavía las ruinas de las aldeas antiguas.

La analogía de carácter y de fisonomía hace suponer que estas tribus adustas forman un pueblo aparte; pero tambien presentan diferencias entre sí harto perceptibles: cada una lleva un nombre separado, y solo por medio de la comparacion de sus idiomas (en los sitios donde hablan un dialecto aparte) cabe esperar el

ver resolver la cuestion de la comunidad de su oríjen.

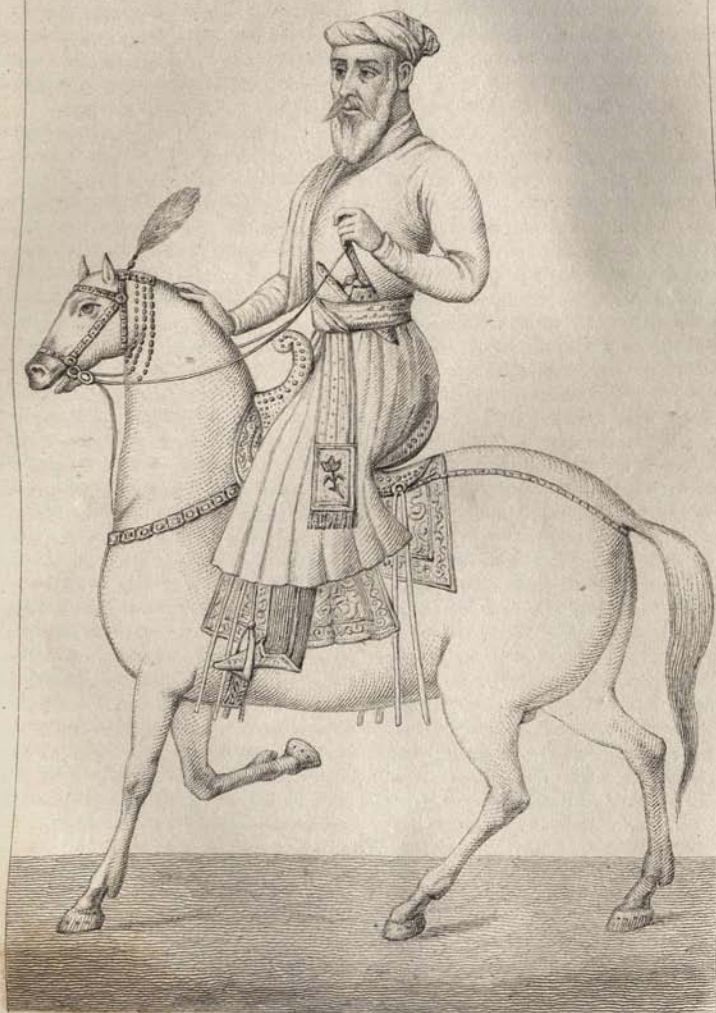
Las jentes de esta raza se llaman en Bagalpur *Paharias*, del que hemos formado *Pariás*; esta palabra significa montañés. Con el nombre de *Coles* ocupan un grande espacio de pais silvestre, en el oeste de Bengala y en Behar; se extienden por los montes Vindhya hasta cerca de Mirzapur. En la parte cercana á los Vindhya, y en el centro y el sur de la gran selva, los llaman *Gondes*; mas al oeste, *Bhiles*, y al extremo oeste, *Colis*, nombre que sin duda tiene alguna analogía con el de *Coles* en el Behar y de *Colaris* en el extremo sur de la península. Los *Colis* se extienden en las montañas y los bosques del oeste hasta el Guzerate, cerca del desierto.

La historia de esta raza es casi desconocida. En el Decán, en la época de la invasion inda eran ya lo que son en el dia; y sin duda facilitaron á Rama aquellos auxiliares de que la tradicion ha hecho monos.

Todo este pais no era á la sazón mas que una selva, y las tribus actuales ocupan todavía todas las partes que la agricultura no ha desmontado. La grande estension de bosques que llaman Ganduana, situada entre las ricas provincias de Behar y Catac, y donde se ven á trechos algunos ensayos de cultivo, da una idea de lo que era al principio el Decán, y del modo con que se efectuó en él el progreso.

En el Indostan propriamente dicho, esta raza representa quizá á los vencidos de quienes vino á formarse la casta servil; ó bien si es verdad que su dialecto tenga una buena mezcla de tamul, cabe que descienda de una poblacion aboríjena, y anterior tambien á las razas que fueron vencidas por los Indos.

Vense además otras tribus de montañeses en las sierras del nordeste y en los declives inferiores del Helmalaya; pero difieren completamente de las que acabamos de describir; y por los rasgos jenerales y por su conformacion física se aproximan sobre todo á los pueblos que habitan entre la India y la China.



Vernier del.

Limatore Gravé

Mirza Mollah.

Mirza - Mollah

Carácter de los Indos. — Los Europeos en la India tienen menos medios de lo que á primera vista estaria uno por creer de formarse una opinion sobre el carácter de los indijenas. Por otra parte, aun en Europa, cada cual no conoce sino muy imperfectamente las clases fuera de la propia, y no puede enterarse de la materia sino por medio de libros y periódicos que para la India no existen. Fuera de esto, en este pais la religion y las costumbres levantan vallas insuperables, casi entre los Europeos y los Indos; impiden las relaciones y la libre expresion de las opiniones. Así es que los Europeos nada saben por sí mismos del interior de las familias, y no pueden asociarse á aquellas ocurrencias tan numerosas en la vida, en que los hombres manifiestan su carácter por el lado mas amable.

Los misioneros que llegan á enseñar una religion estraña, los jueces, majistrados, militares, empleados de hacienda y hasta diplomáticos no conocen seguramente la parte mas virtuosa de una nacion; y á decir la verdad, no llegan á conocerla sino para verla influida por la pasion ó por sus intereses. Los Europeos se ven en la inevitable necesidad de juzgarlo todo á tenor de su medida; porque un hombre echa á llorar como un niño por alguna cosa futil á su parecer, de ahí concluyen por lo mas que es incapaz de enerjía y resignacion; creen que el que se deja llamar embustero sin enfurecerse es capaz de todas las bajezas. Desaparecen las distinciones de tiempos y lugares; confunden al Bengalés con el Mahrata; achacan á la jeneracion presente los crímenes de los héroes del Mahabharata. A los que se dejan llevar harto fácilmente de impresiones desfavorables podemos decir que las personas que por mas largo tiempo han vivido con los Indos han tenido de ellos mejor opinion.

No obstante, si estas consideraciones deben imponernos suma reserva en nuestros juicios, no pueden cegarnos por otra parte en punto á ciertos defectos capitales del carácter de los Indos. Sin duda que estos

defectos traen su orijen de causas morales; pero tambien hay que atribuirlos en parte á la constitucion física, al suelo y al clima.

Algunas razas son ciertamente menos vigorosas que otras, y todas degenerarian en una atmósfera debilitante.

El calor solo no enerva. Si no cabe sustraerse á él, si es permanente, hasta puede producir una especie de enerjía análoga á la que se atribuyen á los inviernos rigurosos del Norte. Si la esterilidad se agrega á él, si los raros productos de un trabajo penoso son difíciles de conservar en medio de pueblos belicosos, aparecen entónces la enerjía y el denuedo de los Arabes.

Pero en la India se hermana una temperatura cálida con un suelo fértil que dispensa de ásperos trabajos con una estension superficial de territorio que podria hacer frente á todos los aumentos de la poblacion. El mismo calor es moderado por las lluvias, y todo parece hecho de intento para invitar á aquella nueva indolencia que malea hasta á los estranjeros. Las gradaciones de los diversos caracteres que se observan en las diversas partes de la India tienden á confirmar esta hipótesis. Los habitantes de los paises secos del Norte, y que en invierno tienen que luchar con frios bastante rigurosos, son robustos y activos, si se les compara con los demás. Los Mahratas, habitantes de un pais montañoso y poco fértil, son laboriosos y osados, al paso que el Bengalés, con su clima húmedo y sus dos cosechas de arroz, es el pueblo mas afeminado de la India. Sin embargo, fuerza es decir que la indolencia es el rasgo jeneral y característico de toda la poblacion inda; en seguida la timidez que procede mas bien del deseo de evitar todo motivo de molestia y fastidio que de la carencia de valor físico. De estas dos causas combinadas brotan casi todos los vicios de los Indos.

El vicio capital de los Indos es la falta de veracidad; y en esta parte sobrepujan á todas las demás naciones del Asia.

El perjurio, que no es mas que una especie de mentira con circunstancias agravantes, la sigue naturalmente; y no es de creer que los que tan poco se curan de tributar homenaje á la verdad de los hechos consumados sean muy fieles á sus promesas para el porvenir. El Indo falta á su palabra con una facilidad deplorable; pero con todo no hay que creer que solo la cumpla por escepcion, antes al contrario.

En las relaciones del pueblo con el gobierno es donde sobre todo se nota mas deslealtad; pero en la India, el desdichado cosechero se ve con harta frecuencia precisado á resistir á la fuerza con la astucia.

En algunas circunstancias los vicios del gobierno producen el efecto contrario. Así es que los negociantes y banqueros son jeneralmente muy fieles á sus compromisos, y no cabe que sea de otro modo; pues el comercio vendria á imposibilitarse en un país donde tan mal administrada está la justicia.

Los Indos son naturalmente muy ladinos y hábiles en intrigas. Pacientes, flexibles y halagüenos, sabrán calar el secreto de la persona con quien han de tratar; saben observar su carácter, irritarle ó ablandarle, segun la necesidad, presentar las cosas bajo un aspecto favorable á sus intentos, y manejarse indirectamente de modo que hacen querer á los otros lo que ellos mismos quieren. Sin embargo por maravilla son sus intrigas tan atrevidas y criminales como la de los otros Asiáticos y de los Musulmanes de la India, aunque estos se han suavizado por su largo contacto con la poblacion en medio de la cual habitan ya hace siglos.

Es probable que á las faltas del gobierno debe atribuirse la corrupcion del pueblo; en materia de gobierno, el recibir dinero para hacer lo que se debe, es una cosa que parece natural y hasta meritoria; y el recibir dinero para obrar contra su deber no es mas que un pecado venial. Los desvíos de fondos no parecen muy vergonzosos, y si son á costa del tesoro público, apenas nadie hace alto en ello.

Tambien hay que achacar al gobierno sus modales aduladores é importunos.

La adulacion inda puja sobre cuanto cabe imaginar, y la importunidad de las jentes hace de la indecision de los que las gobiernan, que nunca saben dar una respuesta decisiva, que no se avergüenzan de aplazar un negocio todo el tiempo que la versatilidad de su ánimo, ó la posibilidad de un cambio en las circunstancias, les dan la esperanza de terminarlo como les parezca.

Lo mismo que las jentes que temen las luchas enérgicas, son muy pleitistas, y sobre todo muy propensos á reyertas de palabra. Persistirán en un pleito hasta quedar completamente arruinados; y en otras ocasiones, disputarán con una violencia tan contraria á sus hábitos, que quien no los conozca prevé golpes y efusion de sangre.

El espíritu público de los Indos, su patriotismo no va mas allá de su casta ó aldea; pero en esta pequeña esfera es muy enérgico á veces. De vez en cuando han mostrado un verdadero espíritu nacional en la guerra, sobre todo cuando se trataba de religion; pero por lo jeneral ignoran los deberes del ciudadano.

Pero aunque los Indos adolezcan de mas de un vicio, segun se ha visto, no hay que tenerlos por un pueblo falto de virtudes. Salvo los casos que hemos indicado, saben ser fieles á los deberes morales de los hombres; y hay ciertas leyes, particularmente importantes en su ánimo, que ninguna tentacion les hará quebrantar. Un Indo adicto al Braminismo morirá de hambre antes que probar un manjar vedado; un jefe de aldea aguantará el tormento antes de allanarse á una contribucion exigida por un tirano; y el mismo criado que no deja de engañar á su amo en las cuentas que le da, guardará con escrupulosa fidelidad todo el dinero que se le confie. Hasta en los asuntos de prevaricacion suelen los reos dejarse castigar antes que hacer traicion á aquellos á quienes entregaron el dinero.

Su menosprecio de la muerte pa-

rece increíble, comparado sobre todo con la timidez que suelen mostrar cuando se trata de luchar con quebrantos de poca monta. Una vez resuelta su suerte, el mas ínfimo de los Indos la aguarda y se somete á ella con una serenidad que escitaría la admiracion en Europa; habla casi alegremente con sus amigos, y aguarda el trance sin perder un ápice de su serenidad.

El mejor tipo del carácter indo, el que mejor conserva la orijinalidad nacional, guardando sus cualidades, es el de los Radjputes y de las otras clases militares del Indostan ganjético, en el pais donde los Ingleses reclutan su ejército. Allí es donde mejor que en otra parte alguna puede uno formarse una idea de aquella altivez, de aquel valor entusiasta, de aquel jeneroso rendimiento tan singularmente hermanado con una grande urbanidad, con la blandura de sentimientos y con una sencillez casi infantil.

Los labradores son en toda la India una poblacion inofensiva y amable, adicta á sus sentimientos de familia, caritativa con sus vecinos, honrada y sincera con todo lo que no sea el gobierno.

Los vecinos de las ciudades tienen el carácter mas complejo; pero son sosegados, tranquilos, que por maravilla perturban la paz pública con asonadas ó contiendas particulares. Todo bien considerado, esceptuando las jentes que dependen del gobierno, la poblacion de las ciudades indianas puede sostener el parangon con la de las ciudades de Europa. Las ventajas que le afianzan la religion y la organizacion social, le dan quizás la superioridad sobre las clases medias de la mayor parte de los paises de Occidente. En las clases laboriosas no se echan de ver ejemplos de aquella depravacion tan comun en nuestras ciudades grandes; la turba de jentes que en nuestro pais viven solamente del fraude, los impostores y aventureros de todas raleas, desde los que explotan las altas jerarquías de la sociedad hasta los que viven á costa del vulgo, son casi desconocidos en la India.

El gran defecto de los Indos es la falta de enerjía. Su constitucion servil, sus absurdas supersticiones, su estravagante mitolojía, las sutilezas de su filosofia, la dulzura de su poesia, sus modales afeminados, su carácter tímido, el temor de toda mudanza, el placer con que escuchan cuentos pueriles, etc. son otros tantos indicios que prueban la carencia de prendas sólidas en el carácter y en el entendimiento del pueblo.

Pero esta crítica, aunque verdadera en tésis jeneral, no se aplica ni á todas las clases ni á todos los tiempos. Las jentes de las clases inferiores son laboriosas y perseverantes; y las demás clases, cuando impulsadas por un sentimiento vivo y á veces por amor al placer, se espondrán á grandes privaciones y ásperas fatigas.

Los Indos no son capaces de luchar por mucho tiempo contra un enemigo bien determinado, y mucho menos contra el desaliento; sin embargo podríamos citar en su historia militar muchos hechos que honrarian á las naciones mas belicosas; y siempre se les halla dispuestos á sacrificar la vida á la causa de su religion ó á la de su honor, entendido á su modo. Se ha visto á regimientos de Cipayos salir airosos en trances donde otros regimientos europeos habian salido rechazados; y en la vida civil, las jentes mas ínfimas no vacilan en suicidarse en creyendo su honor comprometido.

Sin embargo crímenes hay en la India que pujan sobre cuanto podemos imaginar de mas horrible en los otros paises. Ya hemos hablado de los Thags; pero los Decoites son tan asustantes por sus crueldades como aquellos por sus alevosías.

Son los Decoites unas cuadrillas de malhechores que se asocian con el objeto de pillar, se reunen de noche, se arrojan de improviso sobre una aldea, matan á cuantos se resisten, cojen cuanto pueden llevarse, y sujetan al tormento á las personas que suponen tener dinero oculto. Al dia siguiente se barajan con los habitantes sin que quepa descubrirlos; y es tal el terror que infunden, que, ni aun siendo conocidos, se atreve na-

die á denunciarlos. Cuéntanse al menos tantos Musulmanes como Indos así entre los Thags como entre los Decoites.

El horror que inspiran crímenes tan horribles hace suponer desde luego una grande depravacion en el pais donde se cometen; sin embargo, aun incluyendo á los Thags y Decoites, se cometen menos crímenes en la India que en la mayor parte de los paises de Europa. Los Thags vienen á formar un pueblo aparte; los Decoites son criminales rematados; pero lo restante de la poblacion desconoce casi las pasiones que perturban á la sociedad. Resulta de una serie de informes sometidos á la cámara de los comunes de Inglaterra en 1832, que, durante un período de cuatro años, el término medio de los reos condenados á muerte y ejecutados en Inglaterra y en el pais de Gáles era de uno sobre doscientos tres mil doscientos y un habitantes, y en las provincias de Bengala, de uno sobre un millon cuatro mil ciento ochenta y dos; que el término medio de las condenas á deportacion perpetua era, para la Inglaterra, de una sobre sesenta y siete mil ciento setenta y tres habitantes, y para Bengala, de una sobre cuatrocientos dos mil y diez.

Sin duda se ha de admitir que la proporcion de los crímenes impunes es mucho mayor en Bengala que en Inglaterra; pero con todo esto es imposible que esta proporcion, por muy considerable que se suponga, pueda restablecer la igualdad entre los dos paises.

Se cometen mas homicidios por zelos que por amor al dinero, y el robo está circunscrito en ciertas clases; de ahí es que se toman generalmente poquísimas precauciones contra los rateros; pues todo el mundo en la India duerme con las puertas abiertas.

Acúsase á los Indos de ingratos; esto no obstante, cuando los amos son realmente bondadosos, pueden contar con el reconocimiento de sus servidores indos como en cualquiera otro pais del mundo. El rendimiento de los Indos para con sus jefes es

proverbial; los rejimientos de Cipayos se han mostrado siempre fieles á sus amos extranjeros, y muchas veces en circunstancias extraordinariamente críticas.

Estos buenos sentimientos no pertenecen solamente á las clases inferiores, y son muchísimos los ejemplares de personas, que, despues de haber recibido algunos favores de empleados, les han permanecido adictos en su desgracia, y aun despues de muertos, á su familia.

Aunque la indiferencia sea comun entre los pobres, y la pródigo ostentacion entre los ricos, el Indo es jeneralmente frugal y hasta parcimonioso. Su gasto ordinario es poca cosa, y hasta entre los grandes personajes pocos son los que no tratan de acrecentar sus riquezas, ya por medio del comercio, ya prestando su dinero á intereses muy altos.

Los niños indos parecen mas vivos é inteligentes que los de Europa. La inteligencia de los niños de doce á catorce años es verdaderamente asombrosa; pero no lo es menos el rápido menoscabo de sus facultades intelectuales en trasponiendo la pubertad.

Naturalmente sosegados y contemplativos, los Indos son muy divertidos en sociedad; gustan de la conversacion y de anécdotas, á las que dan un sesgo burlesco.

Son jeneralmente mas pequeños y siempre mas delgados que los Europeos; tienen mas gracia, menos fuerza, pero mas agilidad.

Su tez es morena, un medio entre la de los pueblos del mediodía de Europa y la de los negros. Su cabello es largo, liso y siempre de un negro de azabache. Sus bigotes y barba, cuando la llevan, lo que es rarísimo, son fuertes y largos. Las mujeres son lindas, graciosas, sencillas y reservadas.

El aseo de los Indos en sus personas es proverbial; no siempre mudan de ropa blanca tras cada una de sus frecuentes abluciones; pero aun bajo este respecto las clases inferiores son mas delicadas que las de los otros paises. El interior de sus casas está siempre muy limpio.

En suma, de cuanto acabamos de

esponer debemos concluir que los Indos estuvieron en otro tiempo en mejor condicion moral é intelectual que la en que se hallan en el dia; pero que, aun en su estado de decadencia actual, pueden sostener honrosamente la comparacion con todos los pueblos menos los Europeos; y en fin, que comparados con estos, hay ciertos puntos sobre los cuales un juez imparcial les concederá la igualdad del mérito y de las virtudes.

CAPITULO IV.

HISTORIA DE LOS INDOs HASTA LA INVASION DE LOS MAHOMETANOS.

§. I. *Indostan.*

La primera nocion que tenemos de la historia de los Indos es un pasaje de Manú que da lugar para creer que el primer pais habitado por ellos se extendia entre los rios Sarasuati (hoy dia Sersuty) y Drishaduati (hoy dia Caggar), al norte de Delhi, en un espacio de sesenta y cinco millas de largo y de veinte á cuarenta de ancho. Este pais, dice Manú, se llamó Bramaventa, porque fué habitado por los dioses; y la costumbre que en él se ha conservado por una tradicion inmemorial es recomendado como un dechado á los hombres piadosos. El territorio comprendido entre este pais y el Djamna, y todo el que está al norte del Djamna y del Gánjes, inclusa la parte septentrional del Behar está colocado en el segundo puesto y designado con el nombre de Bramarshi; los Bramines nacidos en este territorio están calificados de maestros capaces de enseñar los diversos usos de los hombres.

Este pais puede considerarse como el primero que fué ocupado despues del Surasuati.

Los Puranas no hablan de estas primeras cunas de la raza bramánica; comienzan con la historia de Ayodha (Oude), situado en el centro casi del Bramarshi. Allí nacieron las razas del sol y de la luna, y de allí salieron los príncipes de todos los demás paises.

Cincuenta ó setenta jeneraciones de la raza del sol se distinguen sola-

mente una de otra por leyendas fabulosas.

Tras ellas llega Rama, el primer personaje que tiene derecho á una existencia histórica.

Su historia, despejada de los adornos y galas fabulosas y anoveladas que la ha sobrepuesto la fantasía de los Indos prueba simplemente que Rama poseia un reino poderoso en el Indostan, que invadió el Decan y conquistó la isla de Ceilan.

No hay motivos para poner en duda el primero de estos hechos, y es asimismo de creer que condujo una expedicion al Decan; pero es poco probable que haya conquistado la isla de Ceilan. Si el hecho fuese cierto, no hubiera vivido, como jeneralmente se cree, antes de la época de la compilacion de los Vedas; pues aun en tiempo de Manú no habia ciertamente establecimientos de conquistadores indos en el Decan. Es pues verosímil que los poetas que han celebrado las hazañas de Rama han construido un gran monumento sobre una base harto incierta, y además han trasladado el teatro de las hazañas de su héroe á los sitios que mas interesantes parecian en su tiempo.

La antigüedad incontestable del Ramayana es la mejor prueba de la antigüedad de los acontecimientos que celebra. Sin embargo, como no es posible que sin grandes medios se haya intentado una grande invasion del Decan, Rama debe de haber vivido en una época en que la civilizacion de los Indos habia alcanzado ya un alto grado de esplendor.

Despues de Rama le sucedieron sesenta príncipes de su raza en el gobierno de su dilatado imperio; pero como ya entónces no se oye hablar mas de Ayodha, cabe que de este imperio, llamado al principio Coshala, se formase otro, y que la capital se trasladase de Oude á Canudj.

La guerra que es el asunto del Mahabharata es en la sucesion de los tiempos el acontecimiento histórico que llega despues del Ramayana.

Es una guerra entre las líneas colaterales de los Pandus y de los Curicis, dos ramas de la familia reinante

se disputan la posesion del territorio de Hastinapura, ciudad al nordeste de Delhi, que ha conservado su nombre antiguo. La misma familia desciende de la raza de la luna; pero entrambos partidos están sostenidos por muchos aliados, algunos de los cuales llegan de países muy distantes.

Parece que la India estaba dividida á la sazón en muchos estados, entre los cuales existian relaciones seguidas. Crishna, otro de los aliados de los Pandus, habia fundado un principado en el Guzerate, aunque él mismo habia nacido á orillas del Djamna. Entre los aliados de los dos partidos se ven algunos jefes procedentes de las orillas del Indo y de Calinga en el Decan; otros son oriundos, segun los traductores, de países situados allende el Indo; hasta se ve á los Yavanas, que, segun la opinion de muchos orientalistas, son los Griegos. Los Pandus fueron victoriosos; pero compraron su triunfo á tan subido precio, que los que sobrevivieron á la batalla, desesperados de haber visto perecer á sus amigos y sus ejércitos destruidos, abandonaron el mundo para ir á morir en los hielos del Himalaya. Crishna, su principal aliado, murió, como ya hemos dicho en otra parte, en medio de las discordias civiles de su país. Algunas leyendas indianas cuentan que sus hijos tuvieron que retirarse allende el Indo; y como los Radjputes, que en los tiempos modernos llegaron á este lado para establecerse en el Sind y el Cotch, pertenecen á la tribu de Yadu, resulta que esta tradicion merece quizá mayor confianza de la que se le podría dar á primera vista. Sin embargo la version mas auténtica, la del Maha Bharata, dice que los hijos de Crishna volvieron por fin á las riberas del Djamna.

La historia del Maha Bharata es mucho mas probable que la del Ramayana; contiene mas pormenores verosímiles sobre el estado de la India, y tiene mas apariencias de estar fundada en los hechos.

Ya hemos dicho en otra parte que la historia de esta guerra debe subir

á corta diferencia al siglo décimo cuarto antes de J. C.

Sucedieron á los Pandus en el trono veinte y nueve (y segun otros) sesenta y cuatro descendientes; mas solo se conocen los nombres de estos príncipes. Delhi era probablemente el asiento de su gobierno.

Pero los sucesores de uno de los reyes que aparecen como aliados de los Pandus en el Maha Bharata estaban destinados á hacer mayor papel en la historia; tales son los reyes de Magada, de quienes ya hemos hablado.

No se sabe cuando subieron al trono los reyes de Magada. El primero de ellos de quien se trata es representado como el jefe de una multitud de príncipes y tribus. Durante algunos siglos pertenecieron todos á la casta militar hasta Nanda, nacido de una madre sudra. Chandragopta, que le mató y le sucedió, era tambien de bajo nacimiento; desde entónces, dicen los Puranas, los Cshatryas han perdido la supremacia en el Magada, y todos los jefes y reyes que se sucedieron fueron Sudras:

No parece que la inferioridad de su origen redundase en mengua de su poder; por cuanto los sucesores de Chandragopta tuvieron, segun el estilo hiperbólico de los Puranas, la tierra toda bajo la sombra de su quitasol; y hay motivos para creer que Asoca, el tercer sucesor de Chandragopta, ejercia realmente un influjo preponderante sobre todos los estados situados al norte del Nerbada. La estension de su imperio está probada por la distancia recíproca de los países donde se han hallado sus edictos inscritos en columnas, y los mismos monumentos hablan á favor del carácter de su gobierno. Con efecto, estos edictos están destinados á fundaciones de hospitales, á plantaciones de árboles, á trabajos de riego, etc., etc.

La familia de Maurya, á la que pertenecia Sandracote, conservó el trono durante diez jeneraciones; sucediéronle otras tres dinastías sudras, la última de las cuales, que es la mas larga, llevaba el nombre de Andra-

Esta dinastía acabó en el año de J. C. 436, y fué reemplazada, según los Puranas, por una serie confusa de dinastías que al parecer no fueron indas; de lo cual debemos quizás inferir, así como de la imposibilidad de establecer ningún orden histórico en este caos, que la India fué invadida entónces por los extranjeros, y que á esta invasión siguió un largo período de revueltas y revoluciones. Tras algunas reaparece un rayo de luz, y nos muestra á Magada sujeto á los reyes Guptas de Canudje; pero ya no se trata mas de él en la historia.

Un rey del país que llamamos ahora Bengala está citado entre los aliados del rey de Magada en el Maha Bharata. Desde este rey hasta la conquista de los Mahometanos, el Ayin Akbari cuenta cinco dinastías. Estas listas, que solo conocemos por la traducción de Abul Fazil, deben inspirarnos mayor desconfianza todavía que los monumentos indos. Sin embargo la realidad de la existencia de una de estas dinastías, la cuarta, está probada por inscripciones; y es posible hacer salir de esta dinastía una serie de príncipes, cuyos nombres terminan todos en Pala, que reinaron desde el siglo XI hasta fines del XII de nuestra era.

Las inscripciones relativas á esta familia se han hallado en diferentes sitios, y en circunstancias que no permiten poner en duda su autenticidad. Pero anuncian hechos muy sorprendentes de suyo, y sobre todo muy difíciles de conciliar con lo que se puede saber por otras fuentes de la historia de la India. Representan á los reyes de Bengala reinando sobre la India entera, desde el Himalaya hasta el cabo Comorin, y desde el Bramaputra hasta el Indo; hasta dicen que estos reyes conquistaron el Tibet al este, y Cambodje al oeste.

Estas conquistas vienen á quedar imposibilitadas, al menos en el sentido preciso que damos á esta palabra, por la existencia simultánea de gobiernos independientes en Canudje, en Delhi, en Adjmir, en Miuar y en el Guzerate, si no otras partes también; con todo no es creible que

aquellos príncipes hubiesen osado pregonarlas en inscripciones contemporáneas, á no haber tenido al menos algun viso de supremacía sobre los otros estados, á no haber hecho al menos algunas expediciones en el oeste y en el Decan.

La dinastía de los Palas se estinguió con un príncipe llamado Sena, que fué vencido por los Mahometanos en 1203.

Si el reino de Malua no tiene, por lo que respecta á la antigüedad, pretensiones iguales á las de los estados que acabamos de nombrar, es al menos el primero que da un dato auténtico á la historia. La era por la que cuentan todavía en todos los países al norte de Nerbada es la de Vicramaditya, que reinaba en Udjein en la fecha en que principia, esto es, en el año 56 antes de J. C.

Vicramaditya es el Harun-al-Raschid de los cuentos indos; era un príncipe poderoso, que reinaba sobre un país próspero y civilizado, y fué el protector de las letras y de las artes que florecieron en su reinado.

Tras Vicramaditya, el primer personaje histórico del Malua es el radjá Badja Bhodja, cuyo nombre es célebre en la India entera, pero que no ha dejado ningun monumento de sus hazañas. Su largo reinado terminó á fines del siglo XI.

Los seis siglos intermedios están ocupados en el Ayin Akbari y en los libros indos por listas de reyes. Uno hay entre ellos, llamado Chandropala, quien, según dicen, conquistó todo el Indostan; pero es noticia tan vaga que para en inútil. Los príncipes del Malua han estendido incontestablemente su autoridad sobre una gran parte del centro y del oeste del Indostan; casi todas las tradiciones están acordes en representar á Vicramaditya como habiendo realizado el imperio universal.

El nieto de Bhodja fué hecho prisionero, y su reino conquistado por el radjá del Guzerate; parece no obstante que el Malua recobró poco después su independencia bajo una nueva dinastía. Fué definitivamente subyugado por los Musulmanes en 1231.

La residencia de Crishna, y otros acontecimientos atribuidos á la misma época dan lugar para creer que el Guzerate vino á ser desde muy temprano reino independiente. Las tradiciones radjputes, citadas por el coronel Todd, nos notician la existencia de un principado fundado en Ballabi, en la península del Guzerate, á mediados del siglo segundo de nuestra era, por Kanak Sena, otro de los descendientes emigrados de la raza del sol, que reinaba en Oude. Espulsados de su capital, en 524, por una hueste de invasores extranjeros, los sucesores de Kanak Sena, emigraron del Guzerate, y fueron á fundar el principado de Miuar que subsiste todavía.

Los príncipes de Ballabi fueron reemplazados en el trono de Guzerate por los Chauras, otra tribu radjpute, que acabaron de establecer su capital, en 746, en Anhaluara, hoy día Patan, y vinieron á ser una de las mayores dinastías de la India.

Habiendo muerto el último radjá, en 931, sin heredero varon, sucedióle su yerno, príncipe de la tribu radjpute de Salonka ó Chalukya, cuya familia reinaba en el principado de Kalian, en el Decan.

Un radjá de esta dinastía fué quien conquistó el Decan. Aunque vencidos y sujetos al tributo por Mahmud el Gaznevida, los Salonkas permanecieron en el trono hasta 1228, en cuyo año fueron derribados por una nueva dinastía, la que se postró después ante los Musulmanes.

Pocos son los antiguos reinos de la India que hayan embargado tanto á los sabios como el Canacubya ó Canudje. Es uno de los estados mas antiguos de la India; dió nacimiento á una de las mayores divisiones de la casta bramánica; su capital era quizás la ciudad mas rica que hasta entonces hubiese caído en poder de los Musulmanes; y sus guerras con el estado vecino de Delhi contribuyeron en gran manera á la ruina de la independencia nacional.

Es probable que este reino llevaba en lo antiguo el nombre de Panchala. Era un territorio largo, pero estrecho, que se extendía al este hasta

el Nepal, que hacia parte de él, y al oeste, á lo largo del Chambal hasta Adjmir. Casi nada sabemos de su historia antigua sino por las tradiciones radjputes y las inscripciones, que han suministrado á los Sres. Wilson y Mill el asunto de eruditas memorias. El coronel Todd dice que el reino de Canudje fué arrebatado á una dinastía inda 470 años después de J. C., por los Ratores, que lo conservaron hasta la conquista de los Musulmanes en 1193, y desde allí se trasladaron al Maruar, donde están todavía establecidos sus descendientes.

Los Radjputes, así como los Mahometanos que han referido la conquista de la India, hablan todos, en términos de asombro, de la grandeza y magnificencia de la capital de este reino, cuyas ruinas abandonadas se ven todavía en las riberas del Gánjes.

Tal es á corta diferencia la suma de los acontecimientos históricos que poseemos sobre la historia antigua del Indostan; antes de su conquista por los Musulmanes; y si no hemos hablado de la rápida invasion de Alejandro, es porque en primer lugar apenas conquistó la frontera del norte; y en segundo lugar y ante todo porque los autores que han referido sus hazañas no han dicho la menor cosa que pudiese servir para establecer algun punto de esta historia tan incompleta.

§. II. Decan.

Si no blasona de tan alta antigüedad como el Indostan, la historia del Decan es por este misma razon menos oscura, y al propio tiempo menos interesante. Poco sabemos en orden á sus primeros habitantes. «Todas las tradiciones de la península, dice M. Wilson, reconocen un período en el que sus habitantes no eran de raza inda; y los aboríjenas están siempre representados, antes de su civilización por los Indos, como un pueblo que vivía en los bosques y montañas, y aun como demonios.» Hay sin embargo algunos motivos para creer que los primeros habitantes del Decan no eran un pueblo tan grosero como lo da á entender esta tradicion.



Vermeer del.

Lemaire sculp.

Bekermadjit.

Bekermadjit.

El tamul debe haberse formado y perfeccionado antes de la introducción del sanscrit; y aunque no sea concluyente el hecho de una lengua ya adelantada, no obstante, si es verdad, como hay motivos para creerlo, que exista una literatura así como una lengua tamul, es imposible suponer que el pueblo que la produjo viviese en estado salvaje. Si hemos de creer á las leyendas indas, Ravan, que reinaba en Ceilan, y en la parte meridional de la península, cuando la invasión de Rama, era el jefe de un estado poderoso y civilizado; pero al propio tiempo pretenden las mismas tradiciones que era indo de nacimiento y devoto de Siva, lo que permite inferir que la historia es mucho mas reciente que los tiempos á que se refiere, y que en parte al menos está fundada sobre el estado de cosas que existía en la época en que se escribió, y no en el siglo de Rama y de Ravan.

Es probable que despues que repetidas invasiones hubieron abierto las comunicaciones entre los dos países, se establecerian colonias del Indostan en las fértiles llanuras del Carnatic y del Tendjore, mas bien que en las frias montañas del Decan superior; y que si el mar no determinó la elección de los sitios donde se establecieron, al menos su proximidad debió contribuir al desarrollo del comercio y á la fundacion de muchas ciudades en las costas.

Tal, por otra parte, parece haber sido el caso al principio de nuestra era, en el tiempo en que Plinio y el autor del Périplo describian esta parte de la India.

Ya hemos dicho que se hablan cinco lenguas en el Decan; y como estas indican, sin la menor duda, la existencia en el principio de otras tantas nacionalidades diferentes, no deja de interesar el definir sus límites.

El tamul se habla en el Dravira, que ocupa el extremo sur de la península, y está limitado al norte por una línea tirada desde Palicat cerca de Madrás, siguiendo la curva de las montañas por Bangalor, y va á parar á la frontera que separa el Malabar del Canara, siguiéndola hasta el mar,

comprendiendo el Malabar en su desarrollo.

Una parte de la frontera norte del Dravira forma la frontera sur del Carnatic, ceñido al oeste por el mar hasta Goa, y por los Ghates occidentales hasta hácia Colapur. La frontera norte del Carnatic está figurada por una línea tirada de Colapur á Bidr; y la frontera oriental por otra línea que parte de Bidr y va á parar á Palicat.

Esta segunda línea que se ha de prolongar hasta Chanda, á orillas del Uarda, dibuja al oeste la frontera dentro de la cual se habla el telinga. Desde Chanda, los límites septentrionales del telinga se estienden corriendo hácia el este hasta Sohnpur á orillas del Mahanaddi; los límites orientales parten de Sohnpur, vienen á parar al mar en Cicacole, y van siguiendo la costa hasta Palicat.

El límite sur de los Mahratas y de su idioma parte de Goa, y va á parar á Chanda. El límite este sigue el Uarda hasta la cordillera situada al sur del Nerbada. Esta cordillera le sirve de límite al norte hasta Nandod, y su límite oeste está indicado por una línea tirada á lo largo del mar desde Nandod hasta Goa.

Al este el mar, y al sur el límite ya fijado para el telinga, señalan las fronteras dentro de las cuales se habla el urga, ó lengua de Orisa; al oeste y al norte, sus límites están indicados por la línea tirada desde Sohnpur hasta Midnapur, en Bengala.

El dilatado espacio que queda libre entre el Maharashtra y Orisa está ocupado jeneralmente por las selvas que habitan los Gondes. Su lengua, aunque enteramente diversa de las demás, no cuenta entre las cinco lenguas del Decan.

Los reinos mas antiguos del Decan son aquellos donde se habla el tamul.

Dos hombres de la clase de los labradores fundaron los reinos de Chola y de Pandya.

El reino de Pandya tomó el nombre de su fundador. No se sabe en qué época vivió, pero es probable que fuese en el siglo quinto antes de J. C. A pesar de sus largas guerras

con el reino vecino de Chola, los príncipes de Pandya fueron poderosos hasta el siglo noveno de nuestra era, en el que vinieron á perder su importancia; y después de haber sido ora tributarios, ora independientes, fueron definitivamente vencidos en 1736 por el nabab de Arcot.

La historia del reino de Chola es muy semejante. Después de alternativas de grandeza y derrotas igualmente de poca importancia, acabó por ser presa de un hermano del fundador del imperio de los Mahrattas, el cual vino á ser el primer príncipe de la familia actual de Tandjore.

China era un pequeño principado entre el territorio de los Pandyas y el mar occidental. Componíase del Travancore, de una parte del Malabar y del Coimbatour. De él habla Tolomeo; y quizás no perdió su independencia hasta el siglo X, en el que fué partido por sus vecinos.

Segun los mitólogos, el pais de Kerala, que comprende el Malabar, y el Kanara, fué conquistado milagrosamente sobre el mar por Paris Ram, y no menos milagrosamente poblado por él con la ayuda de los Bramines. Una tradicion mas racional nos dice que en el siglo primero ó segundo de nuestra era, un príncipe de Kerala llamó á sus estados á una colonia de Bramines; y como los Bramines del Malabar y del Canara descienden principalmente de las cinco naciones del norte, el hecho parece históricamente cierto.

Pero de cualquier modo que haya sido poblado este pais, todos los monumentos están acordes en probar que el Kerala era al principio independiente, y que fué ocupado por Bramines, quienes la dividieron en sesenta y cuatro distritos, y lo gobernaron por medio de una asamblea jeneral de su casta, arrendando las tierras á las clases inferiores.

El poder ejecutivo era ejercido por un Bramin elegido para tres años, y asistido de un consejo compuesto de cuatro personas de su casta. No consta cuando se separaron las dos partes norte y sur del Kerala; pero parece cierto que en el siglo noveno la parte sur, la del Malabar, se levantó

contra su príncipe, que se habia convertido al islamismo, y se dividió en varios pequeños principados. Uno de ellos era el de los Zamorinos, que Vasco de Gama halló existente todavía a fines del siglo XV.

El Concan parece haber sido, desde los primeros tiempos, una selva poco habitada, como lo es aun en el dia. Es probable que los moradores de este pais han pertenecido siempre á la raza de los Mahrattas.

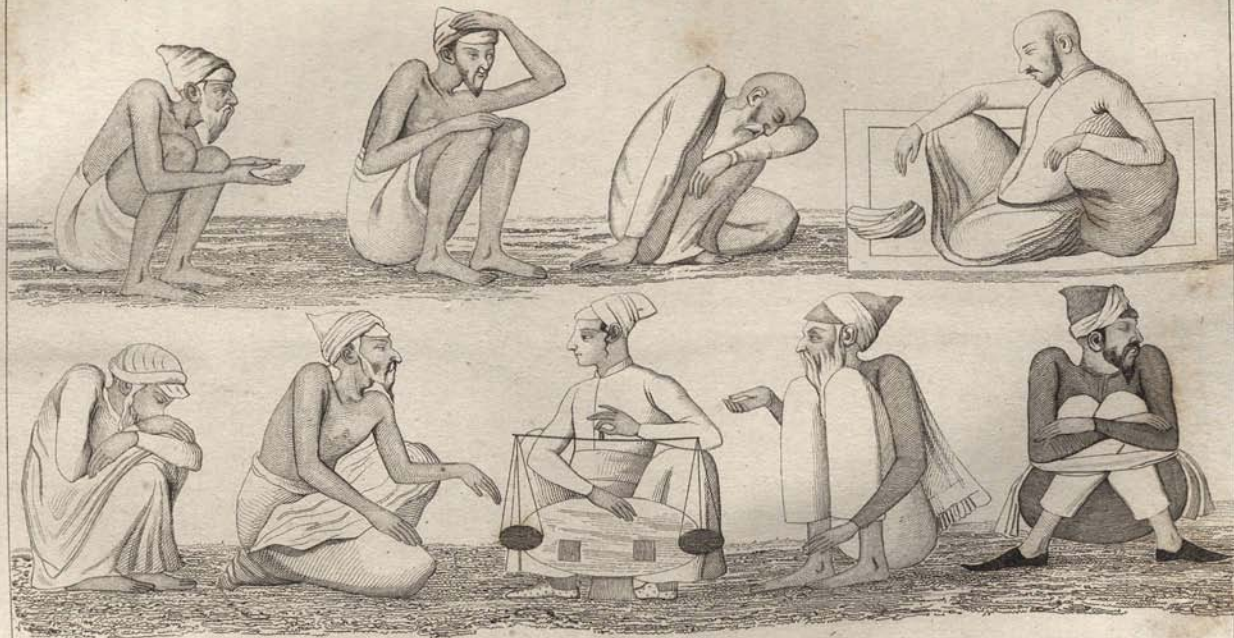
La unidad de costumbres y de idioma que se observa en todo el Carnatic debe hacer suponer que formó en lo antiguo una grande individualidad nacional: sin embargo las tradiciones históricas mas antiguas le representan dividido en muchísimos principados hasta el siglo undécimo, época en que al parecer fué reunido bajo el cetro de una dinastía grande y poderosa. Era la familia de Belala ó Belal, que era ó pretendia ser oriunda de los Radjputes, de la rama Yadu, y no fué derribada por los musulmanes hasta 1310 ó 1311.

La parte oriental del Telingana parece haber pertenecido, desde principios del siglo IX hasta fines del XI, á una dinastía oscura llamada Yadava.

Una familia radjpute, de la tribu Chalukya, reinaba en Calian; entre el Carnatic y el Maharashtra. Tenemos la prueba auténtica de su existencia por inscripciones, desde fines del siglo décimo hasta últimos del duodécimo. Estas inscripciones dicen que conquistó el Guzerate; pero esto probablemente alude al advenimiento á este pais de un príncipe de esta casa, de resultas de su casamiento con la heredera de la familia Chaura.

Otra rama de los Chalukyas reinó en Calniga, en la parte oriental del Telingana, desde el Dravira hasta el Orisa; fué finalmente desposeida por los radjás del Catac.

Los reyes de Andra, cuya capital se llamaba Varangul (á unas ochenta millas al nordeste de Haiderabad) se supone que fueron á veces aliados de los Andras de Magada; mas esto no es posible por cuanto Apora no es su apellido, sino el de toda la parte mediterránea del Telingana. Aca-



Divers voyageurs qui se reposent. (Manuscrit de la B. R. de)
 Diversos viajeros que descansan. (M. S. de la B. R.)

baron por quedar embebidos en el reino de Golconda.

La historia de Orisa, como la de todos los otros países del Decan, comienza con los héroes del Maha Bharata. Sigue despues un caos enmarañado en el que se ve á Vicramaditya y á Salivahana ocupar uno tras otro el país; sobrevienen despues las invasiones de los Yavanis de Delhi, llegados á la India procedentes de un país llamado Bahul (supónese que sea la Persia), y las capitaneadas por los príncipes de Cachemira y del Sind. Estas invasiones llenaron todo el espacio comprendido entre el siglo VI antes, y el siglo IV despues de J. C. La última se hizo por mar; y los Yavanes victoriosos permanecieron dueños de Orisa durante ciento cuarenta y seis años. Fueron espulsados en 473, por Yayate Kesari, cuya dinastía ocupó el trono durante seiscientos y cincuenta años, y fué volcada, en 1131, por príncipes indos, que reinaron con esplendor casi hasta la época de la invasion mahometana. El Oriza fué finalmente reunido al imperio mogol por Akbar, en 1578.

Si hemos de juzgar por la grande estension del país donde se habla la lengua de los Mahratas, y por su situacion jeográfica en las fronteras del Decan, parece natural que el Maharashtra haria gran papel en la historia de la Península; pero no obstante, hasta el tiempo de los Musulmanes no conocemos mas que dos hechos aislados sobre la historia de este país.

El primero de estos hechos es la existencia de una ciudad llamada Tagara, que en el siglo segundo de nuestra era, era uno de los mayores depósitos del comercio interior. El autor del Périplo habla de esta ciudad, mas no da su posicion; y ni siquiera se sabe en el día donde estaba situada, por mas que algunas inscripciones del siglo XII nos digan que en aquella época no había decaído aun de su opulencia.

El segundo de estos hechos es el reinado de Salivahana, cuya era comienza en el año 77 despues de J. C.

Todo nos induce á creer que Salivahana fué un monarca poderoso, y con todo, nada se ha conservado de su historia que sea auténtico y ni siquiera creible. Tras él la historia del Maharashtra queda nuevamente interrumpida, y no oimos hablar mas de ella hasta principios del siglo XII, en el que una familia de los Yadus, una rama quizás de la de Belat, se apoderó del principado de Deogiri. En 1294, cuando los Musulmanes de Delhi invadieron el Maharashtra, reinaba todavía en Deogiri un príncipe Yadu. Reducido desde luego á pagar tributo, fué definitivamente derribado en 1317.

Hasta entónces no empiezan los autores musulmades á hablar de los Mahratas. Es probable que hasta entónces nada habian hecho los Mahratas que llamase la atencion. Si en alguna época hubiesen formado alguna grande monarquía, es verosímil que la historia lo hubiese recordado como ha conservado la memoria de los otros estados del Decan; y lo mismo que los demás, hubieran tenido una literatura y una civilizacion particular. Sin embargo, aun en el día, los Mahratas cuentan menos jentes instruidas y son menos cultos que los otros pueblos de la India; y lo que han tomado de la civilizacion lo han remedado mas bien de los Musulmanes que de los Indos.

Los títulos de gloria de los Mahratas debian producirse en tiempos mas modernos, para hacer mayor papel que ninguna otra nacion de la India, y fundar el imperio mas dilatado que la Península hubiese visto hasta entónces.

CAPITULO V.

DESDE LAS CONQUISTAS DE LOS ARABES
HASTA LA FUNDACION DEL IMPERIO
MOGOL.

§. I. *Conquista de los Arabes.*

Los ataques de los Griegos y de los bárbaros no habian hecho todavía ninguna mella mas allá de las fronteras de la India, cuando alzá-

dose los Arabes á la voz de su profeta, allá se derramaron por el mundo.

En el año 44 de la hégira (año de J. C. 664), los conquistadores habian llegado ya hasta las orillas del Indo. En este año, Mohalib, uno de sus caudillos, separándose de la hueste que invadia el Cabul, traspuso el Indo y penetró en el Multan; de donde se llevó á muchísimos cautivos. Sin embargo es probable que Mohalib no trataba mas que de hacer un reconocimiento, y que su informe fué poco balagüño, por cuanto esta primera tentativa fué tambien la última que hicieron los Arabes en el norte de la India.

La segunda invasion de los Arabes tenia un carácter mas serio. Salidos del sur de la Persia, llegaron al país situado en las bocas del Indo, y gobernado á la sazón por un príncipe indo, á quien los Musulmanes llaman Dahir. Su capital estaba en Alor, cerca de Bakar. Habiendo sido vencido, su imperio se dividió entre sus numerosos parientes.

Los historiadores árabes hablan de invasiones que se hicieron por mar en el Sind, ya en tiempo del califa Omar; pero si es verdad que se efectuasen estas expediciones, no eran probablemente mas que embestidas de piratas, hechas con la mira de robar mujeres del país, cuya hermosura era en Arabia muy estimada.

Algunos destacamentos trataron, bajo el reinado de los primeros califas, de penetrar en la India por el Meeran; mas no parece que saliese bien ninguna de estas tentativas; pues se perdieron en el desierto tan conocido bajo el nombre de Gedrosia, por lo mucho que en él padecieron los soldados de Alejandro.

En fin, bajo el reinado del califa Valid, los Musulmanes acordaron hacer esfuerzos mas reales. Habiendo sido detenido un buque árabe en Dival ó Dival, puerto del Sind, intimóse su restitucion al radjá de Dahir. Pero este alegó que aquel puerto no era de su dependencia; mas los Musulmanes no se pagaron de aquella excusa, y enviaron un

cuerpo de mil infantes y de trescientos caballos para apoyar con la fuerza su demanda. Habiendo perecido este pequeño destacamento como los otros, Hedjaj, gobernador de Basora, reunió en Shiraz un ejército regular de seis mil hombres, cuyo mando dió á su sobrino Mohamed Casim, que apenas tenia á la sazón la edad de veinte años; pero á pesar de su mocedad, llegó con sus tropas en buen estado delante de los muros de Dival, en 711. Casim, provisto de catapultas y de todas las máquinas necesarias para un sitio, empezó sus operaciones con un ataque sobre un templo contiguo á la ciudad pagoda célebre, rodeada de una pared de piedra, y defendida por una fuerte guarnicion de Radjpules.

Mientras Casim andaba reconociendo la plaza, supo por uno de los prisioneros que los sitiados creian que la salvacion de su ciudadela dependia de un estandarte que tremolaba sobre la torre del templo. Al punto mandó dirijir sus máquinas contra aquel nuevo paladio, y logró derribarlo; lo que motivó tanto desaliento en la plaza que fué ganada al punto casi sin resistencia.

Casim se contentó desde luego con mandar circuncidar á todos los Bramines; pero irritado de ver que no se avenian con aquel modo singular de conversion, dió la orden de matar á cuantos pasaban de la edad de diez y siete años; y los otros y las mujeres fueron reducidos á esclavitud. Un hijo de Dahir, que estaba encerrado en la ciudad, habia logrado efectuar su retirada sobre Bramanabad; pero allí fué seguido por el vencedor, y tuvo que capitular. Desde allí siguiendo Casim la marcha, se apoderó tambien de Haiderabad, Siuan y Salem, y tropezó finalmente con una grande hueste mandada por el hijo mayor del radjá. Sin embargo no tuvo á cordura aceptar la batalla que le ofrecian, y sefortificó en su campamento, aguardando los socorros que le llegaban. Habiéndosele incorporado dos mil caballos, tomó la ofensiva sin demora, y tras algunos encuentros poco decisivos, llegó finalmente en frente



Goussier del.

Lemaire sculp.

Temples de Chandravati.

Temples de Chandravati

de los muros de la capital.

Allí encontró al radjá á la cabeza de una hueste de cincuenta mil hombres; y á pesar de la desproporcion del número, le derrotó y le mató en la batalla que se trabó.

Si fué pusilánime el hijo del radjá, que huyó á Brañanabad, su viuda mostró un valor digno de mejorsuerte; pues reunió los residuos del ejército vencido, puso la ciudad en estado de defensa, y logró mantenerse en ella á pesar de los redoblados ataques del enemigo, hasta el momento en que se declaró el hambre en la plaza sitiada. Sin embargo, no por esto le faltó el ánimo; y la guarnicion radjpute, enardecida por su ejemplo, resolvió sacrificarse con ella, según la costumbre de su tribu. Desde luego sacrificaron á las mujeres y niños en las llamas; en seguida los hombres se bañaron, se dieron el adios postrero, y abriendo las puertas, se abalanzaron espada en mano contra las filas enemigas, donde perecieron todos.

Después de la toma de Alor, Casim dirigió su hueste sobre el Multan, de que se apoderó, así como del territorio que en otro tiempo habia formado todo el reino de Dahir. El tratamiento que impuso al país vencido es un testimonio de aquella mezcla increíble de moderacion y ferocidad que caracteriza las primeras conquistas de los Arabes.

Los historiadores mahometanos pretenden que Casim habia formado el proyecto de conquistar el reino de Canudje, á orillas del Gánjes, cuando sobrevino un accidente que le atacó en medio de sus triunfos. Entre las muchas cautivas que habia hecho en el Sind, se hallaban dos hijas del radjá Dahir, á quienes, así por su nacimiento como por su hermosura creyeron dignas del haren del caudillo de los creyentes. Enviáronselas pues; pero cuando la mayor llegó á presencia del califa, echó á llorar amargamente, y prorumpió diciendo que ella no era digna de él, después de haber sido deshonrada por Casim antes de salir de su país. El califa, seducido por la hermosura de la cautiva, é irritado del insulto que

creia haberle sido hecho por su servidor, mandó, en el primer arrebatado de su ira, matar á Casim y que le enviase á Damasco cosido en un pellejo. Cuando sus órdenes fueron cumplidas, mostró el cadáver á la princesa, quien enajenada de gozo cruel, declaró al califa, asombrado, que Casim era inocente; pero que ella habia obrado de aquel modo para vengar la muerte de su padre.

Con la vida de Casim cesaron los progresos de las armas mahometanas. Sus conquistas, encargadas á su sucesor Temim, permanecieron en poder de este y de su familia por espacio de treinta y seis años, tras los cuales los Musulmanes fueron espulsados por la tribu radjpute de Sumera. Todo el territorio conquistado volvió á pasar bajo la dominacion de los Indos, quienes conservaron su posesion por espacio de mas de quinientos años.

§. II. *Los Ghaznevdes.*

Durante los cinco siglos que siguieron á la espulsion de los Arabes hasta la invasion de los Tartaros musulmanes, la historia de la India es casi desconocida. Las revoluciones que acompañaron la disolucion del imperio de los Arabes parece que protejieron á los Indos contra la ambicion de sus vecinos; y es preciso aguardar el momento en que se formaron nuevos estados de las ruinas del imperio de los califas, para ver á los Mahometanos proseguir sus primeros proyectos de conquistas, allende el Indo.

Bajo el reinado de Abdul Melek, quinto príncipe de la casa Samania, que habia logrado fundar un imperio en el Corasan y el Cabul, pareció Aleptegin, el primer autor de la dinastía de los Ghaznevdes, la que debia crear en fin un imperio musulman en la India. Aleptegin era un esclavo turco, comprado, según dice d'Herbelot, para divertir á su amo con sus chistes y destreza.

Ya es sabido que los soberanos musulmanes suelen confiar á esclavos los cargos mas importantes de su gobierno. Aleptegin, que era particularmente apreciado por su amo, y

además hombre sensato y valiente, fué ascendida al puesto de gobernador del Corasan. A la muerte de su patron, en 961, era ya un personaje de bastante importancia para que le consultasen en punto á la eleccion del príncipe á quien convenia llamar al trono; sin embargo habiendo tenido la desgracia de dar su dictámen contra Mansur, uno de los hijos de Abdul Melek, á quien los otros jefes habian elegido, incurrió naturalmente en la malquerencia de su nuevo soberano, y fué despojado de su gobierno; y á no haber hecho prodigios de valor para librarse de sus enemigos, hubiera infaliblemente perdido la libertad, cuando no la vida. Seguido no obstante de un cuerpo de amigos fieles, efectuó su retirada en buen órden á Chazna, en medio de las montañas del Afghanistan, donde logró conservar su independencia contra los príncipes samanis durante catorce años, tras los cuales murió en 976.

Aleptegin tenia un esclavo llamado Sebektegin, á quien habia comprado en otro tiempo de un mercader del Turkestan, y que por grados se habia ido levantando en su confianza y aprecio en términos, que cuando su amo vino á fallecer, era el jefe real del gobierno de su pequeño imperio, y fué su sucesor.

Los mas de los autores afirman que Aleptegin dió su hija en casamiento á Sebektegin, y le nombró heredero suyo. Pero Ferishta pretende que habiendo muerto Aleptegin en 975, dejó un hijo llamado Isakh, á quien Sibektegin acompañó en un viaje que hizo á Bukhara. De resultas de este vjaie, emprendido con una mira de reconciliacion con los príncipes Samanis, Isakh fué nombrado por Mansur gobernador de Ghazna, y Sebektegin su teniente. Isakh murió dos años despues, y Sebektegin, reconocido por su sucesor, se casó entónces con la hija de Aleptegin.

Apenas acababa de tomar posesion de su nuevo gobierno, tuvo que correr á las armas para defenderlo.

El establecimiento de un gobierno mahometano, tan cerca de la

frontera, debía naturalmente causar zozobra á los Indos; y parece por otra parte que estos recelos estaban justificados por frecuentes algaradas. Por último, Djeipal, radjá de Lahore, cuyos estados lindaban con los de Sebektegin, se determinó á tomar la defensiva. Condujo personalmente un grande ejército hasta Laghman, á la salida del valle que desde Pechaver conduce á Cabul, donde Sebektegin le estaba aguardando. Mientras que las dos nubes se estaban preparando para el combate, se vieron acometidas de una tempestad horrorosa, de la que quedaron los Indos tan asustados, que pudieron entrar en negociaciones. Al principio no estaba Sebektegin dispuesto á aceptar las negociaciones; pero temeroso por otra parte de reducir á los Indos á la desesperacion, se avino á oirlas. Djeipal, entregó cincuenta elefantes, y se obligó á pagar una suma crecida.

Pero cuando se vió en lugar seguro se negó á cumplir esta última promesa, y estremó la mala fé hasta mandar arrojar en un calabozo á los enviados de Sebektegin, encargados de proseguir el cumplimiento del tratado. No era Sebektegin de temple tal que dejase impune semejante insulto; y reunió al punto su ejército. Por su parte, habiendo Djeipal hecho alianza con los príncipes de Delhi, Adjmír, Calendjar y Canudje, salió á campaña con una hueste de 100.000 caballos, seguidos de una inmensa multitud de infantes. Encontráronse tambien en Laghman, y los Indos deshechos fueron perseguidos hasta el Indo. Enriquecido Sebektegin con la presa que hizo en su campamento, fué á tomar posesion de Pechaver, en las riberas del Indo, donde dejó un gobernador con 10.000 caballos. Sin embargo no llevó mas allá sus conquistas hácia el Sur, por llamarle al otro lado de los montes los acontecimientos que precedieron la caída de la dinastía Samani; murió en 997, á los cincuenta y seis años de edad, legando, como Filipo de Macedonia, su pensamiento á su hijo, al mismo tiempo que su reino.

Este hijo fué el célebre sultan Mahmud, que levantó hasta su apojeo la gloria de su casa. Los dos ó tres primeros años de su reinado los dedicó á afianzarse en el trono de su padre, y á restablecer el sosiego en los estados sujetos á su señorío; y cuentan que hizo voto de dirigir sus armas contra los idólatras de la India, si llegaba á triunfar de todos sus enemigos. Juntóse antes con el príncipe de los Uzbeques para derribar la dinastía Samani de Bukhara, y agregó á su imperio el rico territorio de Maver-ul-Nahr. En cumplimiento del voto sanguinario que habia hecho, partió de Ghazna en 1001, con diez mil hombres de caballería setenta, y encontró en Pechaver á Djeipal, príncipe de Cahore, á la cabeza de fuerzas muy superiores, apoyadas además por trescientos elefantes. Los enemigos se dieron un combate encarnizado del que salió Mahmud victorioso; Djeipal fué hecho prisionero con quince de sus jefes principales, y cinco mil de los suyos permanecieron tendidos en el campo de batalla. Cayó un riquísimo botín en poder de Mahmud. Entre otros objetos preciosos de que se apoderó, halláronse diez y seis collares de piedras finas, uno de los cuales, que pertenecía al radjá se estimó en ciento y ochenta mil *dineros* (unos 8.000.000 de reales). Tras esta victoria, Mahmud estendió sus conquistas hasta Bahtindah ó Batneir, en la provincia de Delhi, que sometió á sus armas. Dió libertad á su real prisionero, mediante la promesa de un tributo fijo; pero Djeipal, habiendo estado por dos veces cautivo entre los enemigos implacables de los dioses de su país, se hallaba por este hecho apeado de la autoridad soberana, á tenor de una antigua costumbre de su nacion. Cedió pues las riendas del gobierno á su hijo Anundpal, y se mandó preparar una hoguera, sobre la cual se ofreció él mismo en holocausto á sus dioses.

La ejecucion de los proyectos ulteriores de Mahmud contra este desgraciado país fué retardada por una expedicion contra el príncipe de Seistan, á quien derrotó é hizo tributa-

rio; con esta ocasion tomó el dictado de Sultan, con que el príncipe vencido le habia políticamente saludado. En 1006, volvió á entrar en la India, y se apoderó del Multan; pero poco despues tuvo que volar á la defensa de sus propios estados, invadidos por la formidable liga del monarca uzbek de Kashgar y del soberano de Khoten. Las tropas de Mahmud, agobiadas por el número, empezaban ya á cejar, cuando el sultan, por un arranque de valor desesperado, realentó su entusiasmo, y derrotó á sus adversarios. Los Khanes aliados efectuaron trabajosamente su retirada mas allá del Djihem. El rigor de la estacion impidió á Mahmud proseguir esta nueva ventaja; pero antes de tomar sus cuarteles de invierno en Ghazna, corrió á castigar y destronar en Pechaver á un príncipe indo, quien, tras una conversion aparente, acababa de caer en el doble crimen de rebelion y apostasía.

En la primavera del año de 1009, tuvo que lidiar Mahmud contra las fuerzas reunidas de todos los príncipes indos que reinaban desde la margen occidental del Gánjes hasta el rio Nerbaba, cuyos ejércitos se habian reunido en los llanos de Pechaver, bajo las órdenes de Pal, hijo de Anundpal, soberano de Lahore, al efecto de castigar al enemigo sacrilego de la patria y de la fe comunes. Durante el espacio de cuarenta dias, las dos huestes permanecieron acampadas la una en presencia de la otra, sin llegar á las manos; sin embargo los Indos veian aumentarse diariamente sus filas con la llegada de nuevos refuerzos. Mahmud habia puesto sus flancos á cubierto por medio de sólidas trincheras, y colocado mil archeros para defender su frente. En esta fuerte posicion fué atacado por fin con tanta furia, que en breves instantes quedaron muertos mas de cinco mil musulmanes, y su ruina parecia ya inevitable, cuando inopinadamente habiéndose espantado el elefante del jeneralísimo indo, por la detonacion, segun cuentan, de algunas armas de fuego, sus soldados creyeron que abandonaba el

campo de batalla y se dispersaron inmediatamente en todas direcciones. Durante dos dias con sus noches, los fujitivos idólatras fueron acosados por la caballería musulmana; y cuentan que hasta veinte mil hombres fueron pasados á cuchillo, sin contar los que perecieron en la accion. La inespugnable fortaleza de Bheim Nagar, que contenia tesoros inmensos, se entregó al vencedor. Mahmud regresó á Ghazna cargado de riquezas incalculables. Allí, en una fiesta suntuosa que no duró menos de tres dias, ofreció á los ojos deslumbrados de sus súbditos las riquezas del Indostan, patentes sobre mesas de oro y plata, y aquella ostentacion pomposa terminó con la distribucion liberal de una porcion de aquel botin á los ministros de la fe mahometana y á los musulmanes menesterosos.

En el curso de los años 1010 y 1011, Mahmud prosiguió sus operaciones contra el territorio indiano; y al regreso de esta expedicion fué seguido, segun cuentan, hasta su capital por los enviados suplicantes del monarca soberano de los príncipes indos (probablemente Anundpal), quien, por precio de la paz, le ofrecia un tributo anual de cincuenta elefantes, además de una contribucion en dinero y en objetos preciosos. El sultan se avino á esta propuesta, y parece que entre los habitantes de entrambos paises enemigos se establecieron ó renovaron relaciones de comercio. En el año siguiente, Mahmud utilizó sus armas sometiendo á los Afghaneses de Ghur, territorio montuoso situado al norte de Ghazna, cuyos príncipes debian derribar mas adelante á la dinastía de Mahmud, y destruir completamente su espléndida capital. Empezó entonces la conquista de Cachemira y de los distritos elevados inmediatos, proyecto cuya ejecucion le estuvo embargando durante mas de una campaña. De este modo abrió á su hueste las tierras ribereñas del Gánjés al través de la cordillera del Tibet; y sin violar el territorio del radjá de Lahore, marchó, atravesando el territorio de Cachemira, sobre la

gran ciudad de Canudje, á la cual, segun Ferishta, ninguna hueste extranjera se habia acercado desde el tiempo de Gushtasp, padre de Dorrab, rey de Persia. « Al principio del año de la hégira 409 (año 1018 de la era cristiana), tan pronto como el sol empezó á despertar á los hijos de la primavera, Mahmud, con cien mil caballos sobresalientes y treinta mil infantes, levantados en el Turkestan, en el Maver-ul-Nahr, en el Corasan y en las provincias adyacentes, emprendió esta expedicion lejana. » Canudje estaba situada á tres meses de marcha de Ghazna, y siete caudalosos rios surcaban el camino. Cuando Mahmud hubo llegado á la frontera de Cachemira, el príncipe que allí habia establecido le envió presentes de todo jénero, compuestos de objetos curiosos y estimados en su reino; después de haber, no sin mucho trabajo, traspuesto sus tropas la cordillera de montañas, el sultan penetró en las llanuras del Hindostan, aventando cuanto osó resistirle, y se adelantó hasta Canudje. Allí vió una ciudad, añade Ferishta, « que, bajo el doble respecto de las fortificaciones y de la arquitectura, podia con justicia jactarse de no tener igual. El príncipe indiano, llamado Korra, que mandaba en esta riquísima ciudad y que ostentaba la mas pomposa magnificencia, viéndose atacado de improviso, no habia tenido tiempo de prepararse para la defensa ni de reunir sus tropas. Aterrorizado por el aspecto de las fuerzas imponentes que rodeaban al rey, acordó en tan crítica posicion, implorar la paz, y se trasladó con toda su familia al campamento de Mahmud, á quien se entregó á discrecion. Algunos autores añaden que abrazó la fe mahometana. »

Desde Canudje, donde solo permaneció tres dias, el conquistador marchó sobre Miruk, ciudad del Doab, cuyo príncipe se retiró al acercarse aquel, no dejando en su capital mas que una guarnicion que en breve tuvo que capitular. El pillaje de la ciudad, y además el pago de un tributo fijado en cincuenta



Café et Voyageurs qui se reposent. (Manuscrit de la B. K^{ale}) Café y Viajeros que descansan (Man^o de la B. hⁱ)

elefantes y en doscientas y cincuenta mil rupias, fueron el precio que se puso á la vida de sus habitantes. Mavia, fortaleza que se levantaba á orillas del Djamna, llamó en seguida la atencion de Mahmud; Calchunder, comandante de esta plaza, intimado de rendirse al sultan, la evacuó, segun dicen pacíficamente; pero habiendo sobrevenido una riña entre algunos soldados de los dos ejércitos contrarios, trabóse luego una batalla jeneral. La mayor parte de las tropas del radjá fué precipitada en el rio; y Calchunder, desesperado, despues de haber muerto con su espada á su mujer y á sus hijos, puso un término á su vida. Sesenta elefantes de guerra hacian parte del rico botin que se halló en el fuerte. Mahmud no permaneció allí mas que el tiempo preciso para hacer descansar á sus tropas, y desde allí se encaminó sobre la ciudad santa de Matura (ó Mita), situada en la orilla occidental del Djamna, que tomó sin dificultad y entregó al pillaje. Los tesoros que allí estaban acumulados y que cayeron en su poder parecen increíbles. Halló, segun cuentan, en los templos cinco grandes ídolos de oro puro, cuyos ojos de rubí se estimaron en cincuenta mil dinares cada uno. En otro ídolo halló un záfiro del peso de cuatrocientos *miskales*; y la estatua fundida produjo noventa y ocho mil *miskales* de oro fino. Halláronse además en la plaza mas de cien ídolos de plata, los que reducidos á rieleles, bastaron para cargar otros tantos camellos. Mahmud hacia ánimo de destruir los templos; pero ya fuese empresa inasequible, ó ya le disuadiere de aquel intento la admirable belleza de aquellos edificios, orilló aquel proyecto. Permaneció en Matura veinte dias, durante los cuales estalló un incendio que devoró una gran parte de la ciudad. Salió de allí para ir á atacar las otras plazas fuertes del distrito, algunas de las cuales sostuvieron larguísimo sitios y no se entregaron sino tras porfiada resistencia. Por fin, cargado de despojos y no sabiendo que hacer de tanto cautivo, Mahmud se encaminó

por jornadas cortas, por la via de Lahore, á su capital Ghazna, donde la apertura del real bagaje ostentó á los habitantes atónitos un lujo de tesoros y de riquezas tal como hasta entónces nada habían visto que se le pudiese comparar. El botin se componia de veinte millones de *dirhemes* en rieleles (mas de 48.000.000 de reales), además de las joyas, perlas y otros objetos preciosos, por un valor inestimable; traia además mas de trescientos y cincuenta elefantes y cincuenta y cinco mil prisioneros. Los despojos que habian cabido al ejército en nada eran inferiores á los que se habian reservado al tesoro imperial. Gran parte de estas riquezas se destinaron al hermoseo de la capital. En cada uno de sus barrios se construyeron mezquitas, baños, palacios, basares, acueductos; edificóse entre otras una espléndida mezquita, toda de mármol y granito, en la que echó el sultan el resto de su magnificencia, y que recibió el nombre ambicioso é impío de *Desposada Celeste*. Cerca de este templo lujoso, fundó Mahmud una universidad que dotó con los fondos necesarios para mantener á profesores y estudiantes, y á cuyo uso se destinó una rica coleccion de libros curiosos en diversos idiomas. Dirigió al califa de Bagdad la relacion en verso de sus conquistas, con presentes riquísimos y variados. En pago de esta deferencia, el caudillo de los creyentes confirió al sultan, en una gran fiesta que dió con esta ocasion, los títulos honoríficos del orden mas elevado, y mandó leer al pueblo embelesado el diario poético de sus victorias. En 1021, Mahmud, siempre rendido adalid del islamismo, envió fuerzas considerables al camino de la Meca, infestado ya desde largo tiempo de partidas de salteadores árabes, acostumbrados á pillar las caravanas y á degollar á los peregrinos, y que merced á sus esfuerzos se halló abierta á la libre circulacion de los creyentes. Bajo la proteccion de esta escolta, una numerosa cafila emprendió la romería desde Ghazna hasta la Meca y regresó con toda seguridad.

Durante un período de tres años, Mahmud estuvo embargado al parecer en ostentar su grandeza y hermostrar su capital; pero la noticia que recibió de que su vasallo, el radjá de Canudje, había sido acometido y muerto por una coalición de jefes vecinos, á cuya cabeza se hallaba Nunda radjá de Calingar, le sacó de su inacción. Marchó pues inmediatamente hacia el Djamna, y trasponiendo este río, se internó en el país montuoso de Bandelkond, cuyo radjá desalentado se fué retirando delante de él; por lo tanto Mahmud tuvo que ceñirse á devastar toda la rejion á fuego y sangre, llevándose algunos centenares de elefantes. El año siguiente, penetró en el territorio de Cachemira, con ánimo de reducir la fortaleza de Locote; pero habiéndola hallado inespugnable, desahogó su resentimiento sobre la ciudad de Lahore que saqueó, dejando en ella á uno de sus embaes para gobernarla. Al año siguiente, pasó por este mismo país al de Mahabad, donde atacó sucesivamente las ciudades de Gualior y de Calingar; pero estas dos fortalezas, asentadas en ásperas montañas podían frustrar cuantos esfuerzos cabían en un jeneral asiático; y Mahmud se avino sin dificultad á retirar sus tropas, aceptando un tratado de paz, mediante la entrega que le hicieron de presentes considerables y de cierto número de elefantes.

De vuelta á Ghazna, hizo la enumeración de sus tropas, y halló que ascendían, sin contar las que tenía diseminadas en diversas guarniciones, á cincuenta y cinco mil caballos escogidos, á mil y trescientos elefantes y á cien mil hombres de infantería.

En el año 416 de la héjira (1025 de J. C.), empenóse Mahmud en una nueva guerra exterminadora contra los Indos idólatras. Esta expedición, que fué la duodécima, tuvo por objeto destruir el famoso templo de Somnat, situado en el Katiwar, distrito del Guzerate. Los sacerdotes de este establecimiento habían pregonado á voz y en grito que los pecados de los pueblos de Delhi y de Canudje

los habían entregado á la venganza de los Musulmanes, y que, sin su impiedad, su Dios hubiera sabido disipar en un abrir y cerrar de ojos á toda la hueste de Mahmud. El 10 de schaban, año de la héjira 415 (16 de octubre de 1024). Mahmud, dice Ferishta, salió de Ghazna á la cabeza de treinta mil caballos, y llegó á Multan á mediados de ramazan (20 de octubre). Desde Multan parece que fué orillando el desierto hasta Admir, que saqueó, y desde donde se adelantó, por Neherwala, *Patan*, ó la antigua capital del Guzerate, hacia el blanco que se proponía su zelo religioso ó al menos su avaricia. Durante dos días la guarnición inda sostuvo y rechazó los impetuosos ataques de los sitiadores, á quienes causó pérdidas de consideración; al tercer día llegó una hueste inda al socorro de la ciudad. En la batalla que se siguió, parecía dudosa la victoria, cuando llegaron dos príncipes indos, Biramdeo y Doleiselima, con refuerzos para sus compatriotas que parecían presajiar al ejército musulman una derrota inevitable. Viendo Mahmud menguar el afán de sus tropas, se hizo cargo de que solo un esfuerzo desesperado podía salvarle de una destrucción rematada. Apéose pues de su caballo, y postrándose en el suelo, invocó fervorosamente la ayuda del verdadero Dios contra aquellos idólatras reacios. Cojiendo en seguida por la mano á uno de sus jenerales mas valerosos, le invitó á juntarse con él en una carga que les afianzase la victoria ó al menos la palma del martirio. El ejemplo dado por el soberano enardeció el yerto entusiasmo de sus tropas, las que armándose al punto de un valor desesperado, hicieron morder el polvo á cinco mil infieles. Desbandáronse los Indos en todas direcciones; y viendo la guarnición de Somnat dolorosamente el resultado de la lucha tan inesperada, abandonó la plaza que con tanto valor había defendido para refugiarse á bordo de sus embarcaciones. El vencedor tomó inmediatamente posesión de su conquista. Al llegar al templo, descubrió un gran salón cuya alta bóveda

se apoyaba sobre cincuenta y seis columnas, cubiertas de láminas de oro y de piedras preciosas. Una lámpara suspendida, cuya luz se reflejaba en las innumerables joyas que engalanaban el edificio, difundía por todo el templo una luz viva y resplandeciente; al redor del salón estaban colocadas á lo largo de las paredes miles de figuritas de oro y plata, de todas formas y dimensiones. Levantábase en medio del templo un ídolo ajagantado, hecho de un inmenso pedrusco de mármol, parte del cual estaba enterrado en el piso del templo. Indignado con este aspecto, el zeloso musulman Mahmud rompió la nariz del dios descargándole su clava, y dió órdenes inmediatamente para que lo hiciesen trozos. En balde ofrecieron los sacerdotes *crores* de rupias para rescatar á su dios de aquella afrenta; Mahmud desdijó el trato, y su zelo de iconoclasta quedó ampliamente premiado por el descubrimiento que ocasionó aquella ejecución, de una inmensa cantidad de piedras preciosas ocultas en los flancos de la estatua, circunstancia que esplica por otra parte la oferta interesada de los Bramines. Entre otros objetos de precio que cayeron asimismo en poder de Mahmud, se halló una cadena de oro del peso de cuarenta *maundes*, que, colgada de la cumbre del edificio, sostenía una gran campana destinada para llamar á los fieles á las oraciones. Además de dos mil Bramines que oficiaban en el templo formaban parte del personal de este establecimiento religioso quinientas bailarinas, trescientos músicos y trescientos barberos. El tesoro que se robó á aquel célebre santuario no se estimó en menos de veinte millones de dinares de oro, esto es, unos 10.000.000.000 de reales. Dicese que fueron hasta cincuenta mil los fanáticos devotos del ídolo que fueron degollados por la milicia musulmana.

Desde Somnat adelantóse Mahmud hacia el fuerte de Gundia, situado en la costa, á cuarenta parasanges de aquella ciudad, y que tomó por asalto; volvió despues á Neherwala (ó Narwalla), capital del Guzerate. Allí,

segun Feristha, quedó tan sumamente prendado de la fertilidad del suelo, de la salubridad del sitio, y de lo ameno de la situación, que acordó hacer su capital de esta ciudad, transfiriendo el gobierno de Ghazna á su hijo Mustad. Inclinábase á este partido tanto mas por cuanto estaba proyectando á la sazón el armamento de una escuadra, con cuyo medio contaba llevar á cabo la conquista de Ceilan y la de la rejion lejána de Pegú. Pero sus jefes se opusieron al abandono de su pais nativo; y cediendo Mahmud á sus consejos, dejó el gobierno del pais á un Bramin de estirpe real, á quien nombró su virey. Durante su vuelta, habiendo sabido que el radjá de Admir y el príncipe fugitivo de Neherwala habian reunido una grande hueste para cortarle la retirada en el desierto, tomó el camino del Indo y de Multan; pero por poco fué víctima de la alevosía de un guia supuesto, que resultó ser un sacerdote de Somnat, y por quien, durante tres dias con sus noches, fueron descarriadas sus tropas en un desierto arenoso, donde no pudieron hallar ni agua ni pastos. En fin, tras muchos obstáculos y padecimientos, logró conducir su ejército á Ghazna, de donde ya hacia dos años y medio que se hallaba ausente.

Su última expedición á la India fué emprendida en 1027, y dirigida contra los Djates de Multan, que habian inquietado á su ejército á su vuelta de Somnat. Servia de límite al territorio de esta tribu el rio que nace en las montañas de Jehud ó de Jud, de modo que para someterla, era preciso dominar antes las corrientes que protejian el pais donde ella habia fijado su residencia. Apenas hubo llegado á Multan, Mahmud mandó armar en guerra mil y cuatrocientas barcas con *rostros* ó picos de hierro clavados en la proa; embarcáronse veinte archeros en cada una de estas barcas, provistas además de fuegos de artificio de nafta. Advertidos los Djates de aquellos formidables preparativos, enviaron sus mujeres é hijos con sus objetos mas preciosos á un paraje seguro, situado entre las

islas del Indo, y se dispusieron para contestar al ataque de Mahmud con cuatro mil barcas (algunos autores duplican este número) fuertemente armadas. Trábose entre las dos escuadras un combate terrible y sangriento. Al chocar con los acorados picos de las embarcaciones musulmanas, las barcas indas zozobraron ó se sumerjieron, otras fueron incendiadas, cundiendo las llamas por toda la escuadra; muchísimos Djates cayeron traspasados por las flechas enemigas; los que se escaparon á nado fueron despues pasados á cuchillo, ó fueron reducidos á esclavos con sus familias por sus crueles vencedores.

Tras esta victoria naval Mahmud regresó triunfante á Ghazna. En el mismo año derrotó á una hueste de Turcomanes Selyúcidas que habian invadido sus posesiones de Persia. Marchando en seguida sobre Khey, ocupó la porcion del Irak Adjemí que habia pertenecido á los príncipes dilamitas, y dió el gobierno de Khey y de Ispahan á su hijo Músaúd. Poco despues de su regreso á su capital, sintió los primeros ataques de la enfermedad que debia llevarle al sepulcro. Doliente de salud pasó á Balkh para arreglar algunos negocios; y en la primavera de 1030 entró por última vez en Ghazna donde espiró el 29 de abril, á los sesenta y tres años de su edad, y á los treinta y cuatro de su reinado.

Mahmud puede seguramente pretender á un puesto muy encumbrado entre los héroes del islamismo, y no deben sorprendernos los pomposos elojios que de sus atrocidades grandiosas han hecho los historiadores mahometanos. Poseyó el mayor imperio asiático que hasta entonces hubiese alcanzado ningún príncipe mahometano. Estendiéndose desde el Oxo hasta el Océano Indico, este imperio no estaba limitado al oeste sino por la Jeórjia y Bagdad, y al este por el Gánjes. Su corte ofuscaba en esplendor cuanto se habia visto en los siglos pasados; los estudiantes y poetas de todas las partes del Asia hallaban en ella una proteccion espléndida. Sin embargo

el tratamiento de Mahmud con Ferdusi contrasta con la habitual jenerosidad de aquel monarca. Cuando el Homero persa le presentó su *shah Mameh*, poema compuesto de órden del sultan, no recibió de él mas remuneracion que un frio aplauso dado á su diligencia; y cuando se quejó de este olvido en mordaces epigramas, Mahmud le mandó entregar tantas monedillas cuantas eran las estrofas de su volúmen, esto es, sesenta mil. El poeta vió un insulto en esta mezquina recompensa y resintió vivamente la afrenta. Espatrióse pues arrojando una vehemente invectiva, huyó de Ghazna y fué á colocarse bajo el amparo del califa de Bagdad. Sin embargo Mahmud se mostró liberal en otras circunstancias, y se citan muchísimos casos del embeleso que le causaba la elegante poesia. Tambien era él poeta, y cuando mozo, hizo una traduccion en verso de un tratado compuesto sobre el arte de gobernar por un Bramin indiano. Mahmud fué ciertamente, como le califica Ferish-ta, «un hombre grande,» si no «un príncipe escelente;» y quizás es exacta esta observacion á saber: «que hizo mucho mal proponiéndose un principio laudable.» «Entre las virtudes eminentes y verdaderamente rójias de que estaba dotado,» dice M. Maurice, «brillaban sobre todo un valor incontrastable, una profunda sabiduria política, y en muchas ocasiones, una justicia inflexible. Pero empaña con estas preciosas prendas su execrable fanatismo y su avaricia insaciable. Sin embargo su crueldad mas bien que su fanatismo merece detestarse. Su odio á la idolatría rayaba casi en virtud, y el entusiasmo relijioso participaba en él de la devocion real; pero era la suya la devocion del musulman enjertada en la índole montaraz y flegmática del tártaro; era una devocion sin relijion un zelo sin compasion y sin humanidad.

Mucho antes de su muerte, Mahmud habia declarado á su hijo predilecto Mohamed heredero del trono de Ghazna, señalando á su hermano mayor los territorios de Irak y de

Tabriztan. Pero Musaud, á quien Ferishta nos representa como á otro Rustem, no era hombre que aceptase un arreglo que le privaba de las prerogativas de la primogenitura; y el desdichado Mohamed, vendido por sus propios palaciegos, perdió á un mismo tiempo el trono y la vista. La primera parte del reinado de Musaud fué dichosa, y durante este período los desdichados Indos tuvieron que padecer nuevas incursiones de parte del ejército musulman. Por este tiempo, habiendo los Selyuques traspuesto el Djihan, se habian posesionado de los territorios de Nisa y de Aberwed, y se estendian por el Korasan. A pesar del dictámen de sus ministros que le hacian presente la urgencia de rechazar desde un principio las usurpaciones de aquellos aventureros formidables, Musaud, harto embargado con el afán de engrandecer sus conquistas indianas, no habia podido tomar oportunamente las medidas necesarias para la seguridad de sus propios estados. Distrájole no obstante de sus planes ambiciosos un parte llegado del Korasan, en el que le decian que «sus enemigos, poco antes hormigas, se habian vuelto culebrillas, y que si no se daba prisa en destruirlas, pararian luego en serpientes.» Pero «el astro de la fortuna real,» prorumpió Ferishta, «llegaba al lindar del templo de la adversidad.» Mientras que Musaud marchaba al socorro de Balkh, amenazado por un partido enemigo, otro cuerpo selyuk se apoderó de Ghazna, y cometió algunas depredaciones en esta capital, de donde momentaneamente lograron espulsarle. En la guerra que siguió á estas primeras hostilidades, desplegó Musaud gran valor personal y derrotó repetidamente á los Selyuques; pero por último estos belicosos Tártaros alcanzaron en Dindaku una victoria completa, á la que contribuyó segun dicen, la cobardía ó la desercion alevosa de varios jenerales ghaznevides; y el sultan fué rechazado á su capital con mucha pérdida. Llegado á Ghazna, desahogó su resentimiento sobre sus ministros ó jefes militares á quienes acha-

caba el éxito desastroso de la guerra. Habiendo enviado en seguida á su hijo Modud á Balkh con crecidos refuerzos, se apresuró á evacuar á Ghazna con todos sus tesoros, y fué á tomar en el Indostan sus cuarteles de invierno. Pero al atravesar el Djihan, se dejó separar por descuido del tren de sus equipajes, y un cuerpo de esclavos imperiales se aprovechó de la ocasion para pillar el tesoro. Visto esto por las tropas, quisieron tener parte en la presa. De ahí se siguió un desorden jeneral, y los fautores de la revuelta, para ponerse á cubierto de la venganza del sultan, llevaron por segunda vez al ciego Mohamed al trono precario del que Musaud le habia precipitado. Abandonado por todos sus súbditos este último fué encarcelado en la fortaleza de Kurni, donde poco despues fué muerto por su sobrino Ahmed, en 1041, décimo año de su reinado.

Al saber la muerte de su padre, Modud levantó el campamento que habia establecido delante de Balkh, y marchó sobre Ghazna, donde se hallaba Mohamed con sus tres hijos que habian llegado de las riberas del Indo. El ejército del tio y el del sobrino se encontraron en el desierto de Deymir, y en el combate que luego se trabó, se declaró la victoria á favor de Modud. El rey ciego fué inmediatamente degollado, con dos de sus hijos y cuantos habian tenido parte en la muerte de Musaud; solo Abdulamin se salvó de esta matanza en consideracion á la humanidad que habia mostrado para con su desdichado tio. En el mismo campo de batalla fundó Modud la ciudad de Fati-Abad (ciudad de la Victoria). Hizo luego en Ghazna su entrada triunfal, y poco despues se declaró soberano de las provincias indianas. Pero los habitantes de estos desgraciados paises no perdonaron fatiga, bajo el reinado de este sultan, para sacudir el yugo que les abrumaba desde tanto tiempo. El príncipe de Delhi, coligándose con varios radjás vecinos, levantó fuerzas imponentes, y recobró de los gobernadores ghaznevidas las ciudades de Hasi

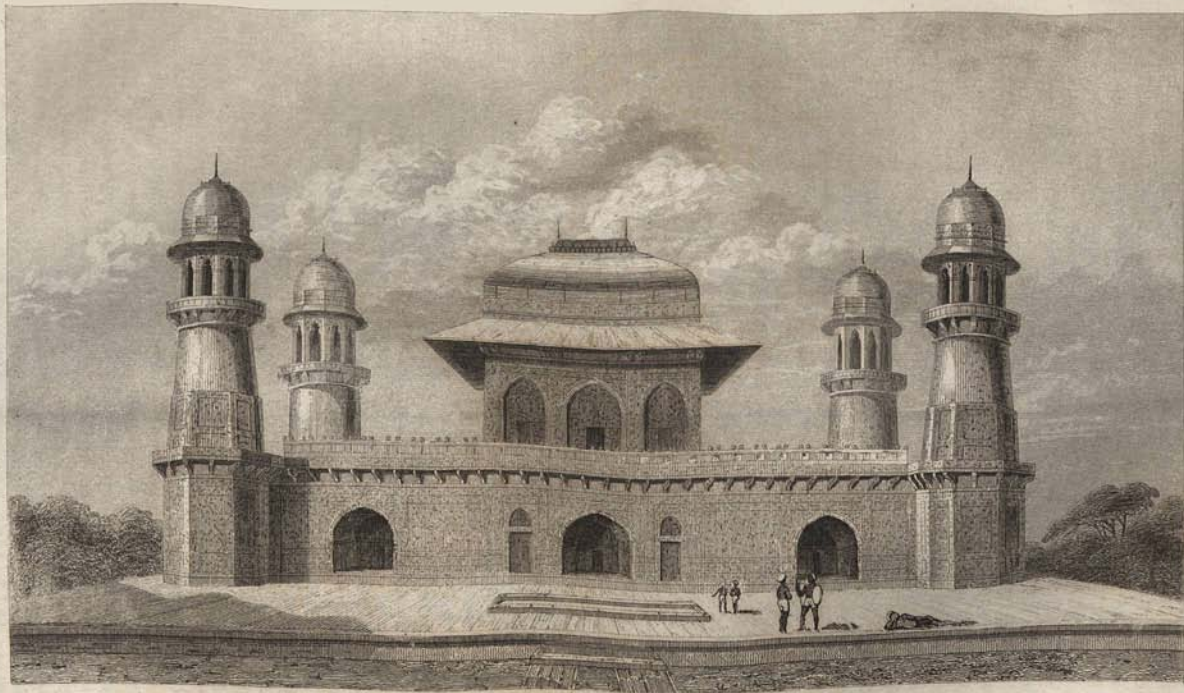
y Tanasar con sus dependencias. El fuerte de Nagracut tuvo que capitular tras un sitio de cuatro meses; y el ídolo que en otro tiempo habian arrancado del templo de aquella plaza fué solemnemente reinstalado en él con gran pompa y regocijos. Alentados por los triunfos del radjá de Delhi, los jefes indos del Pendjab salieron tambien á campaña y atacaron á Lahore. Durante siete meses, dice Ferishta, los Mahometanos supieron sostenerse en esta ciudad, defendiendo una calle tras otra; y despues habiendo hecho una salida desesperada, derrotaron á los Indos en su campamento, hicieron en ellos una horrorosa carnicería y ahuyentaron á los restantes.»

Por el lado del Korasan, el imperio ghazoevida se iba reduciendo sin cesar con las embestidas del poderío selyuk. Modud envió contra él, en 1045, un ejército que fué rechazado con pérdida por Alp Arslan, capitán valeroso. Balkh fué repetidas veces tomado y perdido por los dos pueblos belijerantes, y acabó por quedar en poder del enemigo. Parece que por este tiempo Condark fué ocupado por una ranchería de Turcomanes. Por último Modud se puso en persona á la cabeza de una hueste formidable, proponiéndose conducirla por la vía de Cabul á la provincia de Seistan, recién invadida por aquellos osados aventureros, pero aun no habia llegado al fuerte de Sankut, cuando habiéndole acometido un cólico violento, tuvo que volver á Ghazna, donde espiró en diciembre de 1049, tras un reinado de ocho años.

Los oscuros anales de la dinastía ghaznevida no ofrecen ya ahora mas que una serie nauseabunda de mezquinas contiendas, de degüellos y revoluciones. El hijo menor de Modud fué depuesto, á los pocos dias de su advenimiento nominal, á favor de su tío Alí, quien al cabo de dos años, cedió el trono á Abdul Raschid, hijo del sultan Mahmud, cuyo poderío fué de corta duracion. Toghnel Hauheb, jeneral turco al servicio del sultan Modud, á quien este monarca habia conferido el go-

bierno de Seistan, desprendiéndose de todo vínculo de obediencia para con la familia de su amo, marchó sobre Ghazna, que cayó en su poder así como el sultan y nueve personas de la sangre real. El usurpador les mandó dar muerte y se apoderó de la autoridad soberana, despues de haber obligado á la hermana de Modud á casarse con él. Al cabo de cuarenta dias fué asesinado por algunos de los principales emires de Ghazna, quienes colocaron en el trono á Furrakzand, hijo del sultan Musaud. Durante el reinado de este último, que duró seis años, su jeneral Nushtekin derrotó á los Turcomanes Selyukues en dos batallas sangrientas. En una tercera batalla, prevaleció la estrella del famoso Alp Arslan, y un canje de prisioneros fué seguido de una tregua entre los dos partidos. El sultan Ibrahim que sucedió á su padre en 1058, ajustó una paz con el soberano turco del reino de Persia, cuyo poderío se extendia á la sazón desde el desierto de Arabia hasta las riberas del Oxo. Una alianza mas íntima todavía unió á la casa de Selyuk con su sucesor, y su hijo Musaud III, que casó con la hija de Malek Schah.

Volvamos ahora á la India. Bajo el reinado del sultan Ibrahim, hicieron los Ghaznevidas dos expediciones venturosas hasta las provincias del Gánjes. La segunda se emprendió en 1079, y el monarca, movido de su zelo relijioso, quiso dirigirla en persona; y sus conquistas fueron tan brillantes que le granjearon los nombres de *Al Mohafer* y de *Al Mansur*, esto es, el conquistador y triunfador. Sin embargo los únicos pormenores que sobre este punto nos han llegado solo tratan de la toma de los fuertes de Ajodin y de Rupal, y de la de una ciudad situada á corta distancia de esta última plaza, en un valle rodeado de montañas casi intransitables, y que tenia por habitantes una tribu distinta é independiente, establecida primitivamente en el Korasan. El ejército ghaznevida padeció muchísimo en el tránsito por aquellas montañas, donde le sorprendieron las lluvias, y acampó



Tombau du Grand Visir Ahmed-ood-doula, près de Montaz-Zamani, sur la rive gauche du Djumma.
 Sepulcro del Gran Visir Ahmed-ood-doula cerca de Montaz-Zamani sobre la orilla izquierda del Djumma.

tres meses delante de dicha ciudad sin atacarla. Tras un sitio de algunas semanas, la tomó por fin por asalto é hizo allí, segun dicen los historiadores mahometanos con su acostumbrada exajeracion, cien mil prisioneros, que se llevó á Ghazna. Los pajeiristas de Ibrahim nos le representan como un príncipe caritativo, religioso y justo, protector de los sabios y calígrafo acabado. Enjendró treinta y seis hijos y cuarenta hijas, y tras un reinado pacífico y venturoso de cuarenta años, murió en 1088, dejando el trono bien afianzado á su hijo Musaud III. Dan á este sultan sentimientos de justicia y cariño para con sus súbditos, no menos estimables que los de su predecesor, y su casamiento con la hermana del shah reinante de Persia le aseguró un reinado pacífico de diez y seis años. Su teniente, Hanjeb Toghá Tekin (Tigha Tiggi), condujo desde Lahore un cuerpo de tropas allende el Gánjes, y llevó sus incursiones en la India mucho mas allá de lo que hasta entónces lo habian hecho los jenerales musulmanes, exceptuando empero á Mahmud. Renovó las escenas de pillaje y devastacion que en otro tiempo habia cometido en aquellas comarcas desdichadas aquel conquistador, desapiadado; pero sin hacer, como él, establecimientos permanentes. Despues de haber pillado muchísimas ciudades y templos, el jeneral ghaznevida volvió triunfante á Lahore, que ya desde entónces empezó á considerarse como la segunda capital del imperio.

A la muerte de Schah Musaud, en 1114, Arslan Schah (Arsilla) subió al trono de su padre, despues de haber empapado sus manos en la sangre del heredero lejítimo del trono, Scheirzand, y hecho encarcelar á todos los hermanos suyos que pudo haber. Behram Schah, uno de estos últimos logró escapar y fué á ampararse de la corte de su tio, el sultan Sanjur, que tenia á la sazón el gobierno del Korasan. Gracias á este poderoso auxiliar, el príncipe fujitivo se sentó tres veces en el trono de su padre, habiendo sido Arslan vencido y es-

pulsado otras tantas; y por fin á la tercera fué preso y ejecutado. Durante el reinado turbulento y tan á menudo interrumpido de Arslan Schah, Ghazna fué en parte abrasada por el rayo. Behram fué, segun dicen, un príncipe justo y jeneroso y el Meceñas de las ciencias. Bajo sus auspicios se tradujeron por primera vez en lengua persa las *Kaleila Dumna* (fábulas de Bidpai). Durante el tiempo de su prosperidad, hizo este príncipe dos viajes á la India, el primero de los cuales tuvo por objeto reducir á la obediencia á Mahomed Bahlím, virey de Lahore, por Arslan Schah, que se resistia á la autoridad de Behram. Aquel gobernador fué vencido, y tras un breve encierro, fué reinstalado en su gobierno. Mientras que Behram Schah volvía á Ghazna, Bahlím mandó levantar en los distritos montuosos de Escroalik la fortaleza de Nagur, á donde condujo á su familia y depositó sus objetos mas preciosos. Levantando entónces un ejército crecido de Arabes, Turcos y Afghaneses, empezó á engrandecerse haciendo algaradas por los territorios de los radjás vecinos y luego envalentonado por sus primeros triunfos, osó aspirar á hacerse independiente. Esta rebelion trajo la segunda expedicion de Behram Schah á la India. Los dos ejércitos tropezaron uno con otro cerca de Multan, y tras un combate encarnizado, Bahlím fué derrotado y se escapó con sus diez hijos. En su retirada precipitada, se internó con ellos en profundos pantanos, donde quedaron todos tragados con sus caballos.

De vuelta á Ghazna, Behram Schah mandó ejecutar públicamente á Mahomed príncipe Deljhur, y yerno del rebelde Bahlím. Este acto arbitrario vino á causar la ruina de su dinastía. El hermano del príncipe supliciado, Seyf-ul-Din Suri, marchó al punto á la cabeza de fuerzas considerables, sobre Ghazna, la que evacuó Behram para refugiarse en el fuerte de Kirm, situado en medio de montañas. Seyf-ul-Din entró sin hallar resistencia en Ghazna, y fiándose de la índole pacífica de los habi-

tantes de aquella capital, se aventuró á enviar á su hermano Alá-ul-Din con la mayor parte de su ejército. Pero á la entrada del invierno y tan pronto como las nieves hubieron hecho intransitables los pasos de las montañas, Deljhur Behnam Schah, con quien varios habitantes de Ghazna habian mantenido, secreta correspondencia, se presentó inopinadamente delante de Ghazna con fuerzas imponentes. Seyf-ul-Din, vendido por sus alevosos consejeros, no titubeó en marchar al encuentro de Behram; pero rodeado de conspiradores, fué preso y entregado á su enemigo mortal. El tratamiento que le hizo padecer Behram Schah fué no menos injusto que inhumano. Montado sobre un toro bravo, con el rostro embadurnado y vuelto al rabo, fué paseado en medio de las rechiflas y escarnio del populacho por las calles de Ghazna, y ejecutado despues en un suplicio en el que no se echó en olvido ningun género de ignominia y tormento. Su cabeza fué remitida al sultan Sanjur.

Este rasgo de salvaje barbarie llamó sobre los Ghaznevidas un castigo terrible. Al saber el horrible trato que se habia dado á su hermano, Alá-ul-Din, ardiendo en iras é indignacion, marchó sobre Ghazna con cuantas fuerzas pudo levantar. Behram se adelantó contra él con elefantes y un ejército muy superior en número; pero esto no obstante, fué derrotado y no pudo salvarse sino mediante una precipitada fuga. No sobrevivió á su ruina, y murió de pesadumbre, segun cuentan, en Ghazna ó en el camino de Lahore, inmediatamente despues de la batalla en 1152 despues de haber reinado treinta y cinco años sobre Lahore y Ghazna. Sucedióle su hijo Khosran, que se retiró inmediatamente con toda su corte allende el Indo.

Ya no se oponia pues ningun obstáculo á la entrada del principe de Ghur en la desdichada capital de aquel reino, la que fué entregada á todos los horrores del pillaje, del degüello y del incendio. Durante siete dias consecutivos se fué cumpliendo la obra de la venganza; y to-

dos los edificios de esta ciudad poco antes tan suntuosa, que habian pertenecido á la raza aborrecida de Sebektegin, fueron reducidos á cenizas ó arrasados al nivel del suelo. Cuando este bárbaro vencedor acordó finalmente volver á su pais nativo, se hizo seguir hasta Firuskok por muchísimos *serdes* (principales ciudadanos) cautivos, cada uno de los cuales llevaba pendiente del cuello un saco de tierra, el que mas adelante, por un acicalamiento de crueldad todo oriental, se mezcló con la sangre de los portadores, y sirvió el mortero para la construccion de las torres de un castillo que Ala-ul-din mandó levantar en aquella ciudad.

Ghazna tan cruelmente asolada cayó despues en poder de la tribu turcomana de Ghuz, por el mismo tiempo invadió todo el Korasan é hizo prisionero al sultan Sanjur. Retúvole dos años cautivo (diez, segun algunos autores), al cabo de los cuales fué rescatado aquel principe por los Gurios. Durante este intervalo, el hijo de Behram Schah terminó en Lahore su reinado, sin gloria y siempre ajitado, sobre las provincias indianas del imperio desmembrado, que habia gobernado durante siete años. A su muerte, Khosru II, su hijo, último de esta estirpe, subió al trono de Lahore. Bajo su reinado, el ejército gurio, despues de haber llamado á Pechaver, el Afghanistan, Multan, y el Sind; se presentó delante de los muros de Lahore. Como la plaza era muy fuerte para tomarla por asalto, los Gurios tuvieron por dos veces que levantar el sitio, aceptando un tributo y rehenes de Khosru en premio de este armisticio. En una tercera expedicion, emprendida en 1186, habiendo el jeneral enemigo dado sus rodeos, tomó la ciudad por sorpresa; y de esta suerte quedaron sustituidos, sin derramamiento de sangre, los principes de Ghur á la casa de Sebektegin, que habia reinado por espacio de doscientos y once años. El desventurado Khosru y toda su familia fueron degollados poco despues.

Imperio Patan ó Afghan. Maho-

med Gupi, el vencedor de Lahore, obró en esta circunstancia como jeneral y teniente de su hermano mayor Yan-ul-Din, á quien habia cabido la soberanía nominal de los estados gurijs. Residió poco tiempo en Lahore, y habiendo confiado su gobierno al virey de Lahore, volvió á Ghazna, la cual parece que por este tiempo volvió á subir á la clase de capital. Partió de allí en 1191, para invadir el Adjmír; pero en las riberas del Sursuty (Sarasuaty) tropezó con una crecida hueste inda, mandada por los radjaes, coligados de Adjmír y de Delhi, lo que le derrotó completamente. Los fujitivos musulmanes fueron perseguidos el largo trecho de cuarenta millas por el enemigo victorioso, y Mohamed se guareció en Gur con los residuos de su hueste. Al cabo de pocos meses se halló otra vez en estado de invadir la India, y salió á campaña con cien mil jinetes turcos, persas y afghaneses. Pero despues se encontró con los confederados, á la cabeza de un ejército que contaba triples fuerzas; pero la superioridad de sus manobras le proporcionó esta vez una victoria completa. El rey de Delhi quedó muerto en el campo de batalla con otros muchos príncipes, y el radjá de Adjmír fué hecho prisionero y ejecutado. Rindiéronse al vencedor las fortalezas de Sursuty, Samana, Koram y Hasi; Adjmír fué tomado por alto, y todos sus habitantes fueron inhumanamente degollados ó llevados cautivos. Delhi se salvó momentaneamente por medio de una pronta sumision y el pago de un fuerte tributo.

Mahomed regresó á Ghazna, cargado de un botín inmenso, dejando á su jeneral favorito Katib en la ciudad de Koram, con fuerzas crecidas y el título de virey. Este venturoso esclavo logró apoderarse, poco despues (en 1193), de la ciudad de Delhi, donde estableció el asiento de su vireinato. Al año siguiente, traspu-so el Djamna, tomó por asalto el fuerte de Kale, y se juntó despues con Mahomed, que se eucaaminaba sobre Canudje. El mahanadjá de Canudje y de Benarés, que trató de re-

sistirles, fué completamente derrotado, y la fortaleza de Hati, que contenia sus tesoros, cayó en poder de sus enemigos. Mahomed penetró entónces en la ciudad de Benarés, donde destruyó los ídolos de un millar de templos, y cargó cuatro mil camellos del botín que hizo; y en seguida confirmando á Katib en el vireinato de la India, volvió á Ghazna.

Léese en el Ayun Akbiry una relacion diferente de la que precede, y no cabe mas anovelada, de las circunstancias que ocasionaron la conquista ghaznevida y la fundacion del reino mahometano de Delhi. El monarca que allí reinaba cuando esta invasion, era segun cuentan, el radjá Pithowra, de la estirpe de Choro-han. Los historiadores indos pretenden que este radjá habia ganado siete batallas campales sobre el sultan de Ghur, Muz-ud-din-Sam, pero la octava, dada cerca de Lanasar, en el año de la héjira 588 (1191 de J.C.), contra el sultan Sehabad-ud-din, le costó el trono, la libertad, y quizás tambien la vida. Atribúyese su ruina á las circunstancias siguientes. El maha-radjá, ó emperador de la India reinante á la sazón, era Jychund (Jya Chandra) Ratnore, cuya capital era Canudje. Todos los otros radjaes le tributaban homenaje, y este monarca era de indole tan bondadosa, que muchos Persas y Tártaros habian pasado á su servicio. Acordó por fin cumplir el *raj-son-yug*, grau sacrificio que debia poner el sello á su supremacia; todos los radjaes de las cercanías acudieron á su corte para asistir á esta ceremonia, escepto el radjá Pithowra, que pretendia á la preeminencia. «Jychund se disponia á marchar contra él á la cabeza de un ejército, cuando sus palaciegos le hicieron presente que la ejecucion de tamaña empresa requeria mucho tiempo, al paso que ya estaba encima la hora señalada para el sacrificio. El monarca cedió á sus observaciones; y para hacer la fiesta tan completa como sabia, á pesar de la ausencia de Pithowra, mandó fundir en oro su estatua, la que colocada á la entrada del templo, fué destinada para hacer las veces de porte-

ro. Furioso con aquella afrenta, Pithowra se presentó disfrazado al sacrificio, con quinientos hombres resueltos, y habiendo hecho una gran carnicería entre los circunstantes, cojió su estatua y huyó arrebatadamente. Al oír la relacion de esta hazaña, la hija de Jychund, que estaba en vísperas de casarse con otro radjá, se prendó de Pithowra, y no quiso casarse con su prometido esposo. Irritado de su conducta, Jychund la expulsó de su haren, y la encerró en un palacio solitario. Enterado Pithowra de esto, enajenado de amor y de rabia, resolvió rescatar á aquella princesa. Con este intento acordó con el músico Chanda que este pasaría á la corte de Jychund, socolor de cantar sus alabanzas, y que Pithowra le acompañaría, con un corto número de hombres selectos, en clase de criado. Por medio de esta estratagemá logró entablar una correspondencia con la princesa, de quien fácilmente recabó que se dejase robar por él. Pithowra logró conducirla sana y salvo á Delhi, mas no sin trabar una refriega que costó la vida á algunos de sus guerreros mas esforzados. Para vengarse de este insulto, reclamó Jychund el auxilio de su enemiga comun, el soberano de Chazneen (Ghazna), Schahab-ul-din, quien penetró en consecuencia, á la cabeza de un ejército imponente, en los estados de Pithowra, al paso que este monarca, todo embargado en sus amoríos, no se acordaba de nada sino de su linda novia. Sin embargo salió de esta apatía al saber que se acercaba el enemigo; pero sus mas valerosos servidores habian perecido en el último combate, y Jychund, su aliado poco antes, estaba ahora coligado con su adversario. De ahí fué que le abandonó la victoria en la batalla que tuvo que sostener contra Schahab-ud-din en los llanos de Tabasar; los historiadores indos dicen que fué hecho prisionero, al paso que los de Persia afirman que fué muerto. En el mismo año en que el sultan volvió á Ghazna por las montañas del Norte, su virey Kotebedan (Katib ul-Din) se apoderó de Delhi

y de la mayor parte de las dependencias de esta ciudad. Muy poco tiempo despues, venció á Jychund (ó Jya Chandra) con la ayuda del sultan, logrando de este modo señorearse de las mas ricas provincias del Indostan.

Desde este dia, las revueltas del Korasan dieron apenas tregua al soberano de Ghazna para renovar sus incursiones en la India. Estando en guerra con los soberanos del Khwarizm y de Samarcanda, fué derrotado, y abandonado por sus soldados; hasta sus propios súbditos le cerraron las puertas de Ghazna. No obstante logró volverse á levantar con la ayuda de Katib, y volvió de la India á su capital, donde ajustó un tratado de paz con el soberano tátar del Khwarizm. Regresaba de una expedicion venturosa contra los serranos rebeldes de Kohjand, cuando en el sitio llamado Deybek (Debeik ó Rimeik), á orillas del Nilab, fué asesinado por una partida de Gickes, el 13 de marzo de 1206, y su muerte puso un término al imperio de Ghazna. Verdad es que su sobrino Mahmud sucedió á una porcion de los territorios de sus abuelos, y algunos años despues del asesinato de que fué víctima en 1210, otros dos príncipes se esforzaron en sostener el esplendor de su casa; pero las sultanías de Ghur y del Khwarizm, así como las diversas pequeñas dinastías de Persia, se desplomaron todas al embate de las huestes invencibles del conquistador Chenghiz.

Katib ul-Din (el Cottbedin Ibeck de Herbelot) continuó, durante la vida de su amo, reconociéndose su virey ó tributario. Al propio tiempo estendia sus porciones en el Guzerate y en el Adjmir. Despues del asesinato de Mahomed, tomó las insignias de la dignidad real como sultan de Lahore y de Ghazna. Sin embargo cedió el último de estos dos reinos á Ildecus (ó Eldore), otro esclavo favorito del sultan, que se habia hecho dueño de la capital.

A la muerte de Katib, ocasionada en 1210 por una caída de caballo, su hijo Aram Schah subió al trono de Delhi y de Lahore; pero en el mismo

acto se vió precisado á demitir su soberanía á favor de Altumsh, hijo adoptivo de Katib, que le habia dado su hija en casamiento. En las manos de este jefe mas entendido que Aram Schah, el imperio, que á la muerte de Katib se iba desmoronando, no tardó en realzarse; y los gobernadores que se habian aprovechado de aquel acontecimiento para apoderarse de diversas porciones del territorio conquistado, fueron unos tras otro derrotados. Entre estos últimos se hallaba Eldoze, el cual espulsado de Ghazna por el sultan de Ghaurizm, habia tratado de indemnizarse apoderándose de la ciudad y del territorio de Tanasar, desde donde marchó sobre Delhi; pero vencido y hecho prisionero, acabó sus dias en la fortaleza de Budayun. Despues de haber de este modo restablecido su autoridad, pudo Altumsh proseguir desahogadamente sus proyectos de conquista. Los principados del Behar y de Bengala, que ya habian pertenecido, segun es de creer, á gobernadores musulmanes, quedaron reducidos bajo el yugo del soberano de Delhi, en cuyo nombre se acuñaron en lo sucesivo las monedas de entrambos estados. En seguida se sometieron las provincias del Indo, y á esta conquista sucedió la del Sevanlik. En 1233, Altumsh invadió el Malua y se apoderó de la ciudad de Udjein, donde destruyó el magnífico templo de Maha Koli, cuyo ídolo robó, así como la estatua del rey Vioramaditya, su fundador, que mandó transportar á Delhi y quebrantar á la puerta de la gran mezquita. Empezó en seguida una expedicion en el Multan, ajitado á la sazón por revueltas; pero enfermó por el camino, y regresó á Delhi, donde exhaló el postrer aliento en 1235, despues de un reinado extraordinariamente feliz, que habia durado veinte y cinco años.

En el año décimotercio del reinado de este hábil monarca, segun Ferishta, volcó Chenghiz Khan el imperio del Khuarizm. Durante los doce años siguientes, este azote de la humanidad, continuando sus conquistas, cambió la faz del Asia, es-

tendió su poderío desde el mar de la China hasta los confines de la Siria, y desde las rejiones árticas hasta las riberas del Indo. El intento que habia formado de conquistar la China fué lo único que pudo salvar á la India de una invasion que, segun toda probabilidad, la hubiera reducido á la suerte comun de todo lo restante del Asia.

Altumsh dejó el trono á su hijo Firus Schah, príncipe disoluto y afeinado, que, habiéndose hecho aborrecer y menospreciar por sus súbditos, fué depuesto y encarcelado á los siete meses escasos de su advenimiento. Su varonil hermana Mallekeh Doran, sultana Rizia, fué ascendida entónces al poder soberano. Esta mujer extraordinaria habia ya sido instituida rejenta por Altumsh, durante una ausencia temporal que le alejó del centro de su gobierno; y ella justificó, al subir al solio, la eleccion de los omrahes, revistiéndose la túnica imperial, dando diariamente audiencias públicas, revisando y confirmando las leyes promulgadas por su padre. Su reinado fué venturoso, y parece que ella dirijia el gobierno del estado con habilidad peregrina, cuando desgraciadamente los nobles, irritados del nombramiento, de un esclavo abisinio para jeneral en jefe del ejército, se indispusieron con ella y con su administracion. Las primeras señales que dieron de su descontento fueron prontamente reprimidas; pero poco despues estalló una rebelion jeneral, y Behram Schah, hermano de la sultana Rizia, recibió de los omrahes el poder soberano. La princesa lidió algun tiempo por la conservacion de su trono; pero vencida y hecha prisionera, fué ejecutada tras un reinado de tres años y medio.

Behram Schah, aunque emperador de nombre, no fué en manos de su visir, y del jefe del omrahes sino un maniquí, que quitaron de en medio al cabo de dos años. Durante este reinado tan corto, los Mogoles, saliendo de Ghazna, se adelantaron hasta Lahore y pillaron esta capital; bajo el reinado de los sucesores de Behram, llevaron repetidamente y

con éxito vario sus incursiones devastadoras al Pendab. Scheref-ed-Din refiere que Turmeschirin Khan llevó sus armas al Duab, y que penetró hasta los confines de Delhi.

A la caída y muerte de Behram Schah, Masaud, hijo de Firus Schah, fué sacado de la cárcel para subir al trono vacilante de Delhi y de Lahore; pero su carácter ruin le hizo indigno del cetro, y su tío Mahmud le desbancó en 1244, con el nombre de Nasir-ul-Din. Nos hablan de este monarca como de un hombre dotado de grande energía, de natural emprendedor; prudente al mismo tiempo, y literato eminente. Mientras duró su encierro rehusó constantemente la pension que le ofrecia el emperador, y su pluma sola habia cubierto todas sus necesidades; solia decir que el hombre que no sabe ganarse el pan no merece comerlo. Despues de haber subido al trono, conservó sus costumbres frugales y laboriosas, y siguió costeando su manutencion y porte por medio de sus escritos. Su mesa era mas bien propia de un ermitaño que de un rey; y Ferishta advierte que, en contra al uso de todos los príncipes, se contentó con una sola mujer, y notuvo concubinas. «Fué el protector de los sabios, el amparador del pueblo y el amigo de los pobres.» Fué además venturoso en todas sus guerras, y pasmó á sus súbditos con la clemencia y moderacion que mostró en todas sus conquistas. Los Gickes del monte Jud fueron el pueblo á quien trató con mas rigor. Despues de haber sometido el país que habitaban, el emperador castigó á aquellos turbulentos serranos por sus incursiones continuas y por haber guiado á los Mogoles en su propio territorio hasta el Indostan, reduciendo á esclavos á varios miles de ellos sin distincion de sexo. Con sus súbditos se portó con una magnanimidad rarísima en un soberano oriental, perdonando muchas veces á los que habian faltado á sus deberes de obediencia ó fidelidad, y que se le sometian. Hacia el fin de su reinado, le cupo la honra de recibir una embajada de Hululu Khan, nieto de

Cherghiz Khan y soberano de Persia. Balin, su visir salió á recibir al embajador, seguido, dice un autor, «de cincuenta mil jinetes extranjeros, al servicio del emperador, de dos mil elefantes de guerra, y de tres mil furgones de artificios. Mandó avanzar su ejército en órden de batalla, dispuesto en columnas profundas de veinte hombres cada una, con su caballería y artillería colocadas segun las reglas del arte. Despues de haber hecho resaltar la habilidad de su caballería en algunos encuentros simulados, y ostentado toda esta pompa guerrera á los ojos del embajador, le introdujo en la ciudad y le guió hasta el palacio del emperador Alú; hallaron una corte espléndida y todo dispuesto del modo mas magnífico y lujoso. Todos los omrahes, los empleados del estado, los jueces, los sacerdotes, los nobles, los notables de la ciudad estaban allí presentes, sin contar cinco príncipes del Irak persa, del Korasan y del Maver ul-Nahr, que habian ido á buscar en Delhi un amparo contra Chenghiz Khan, y que se hallaban allí con sus comitivas. Veíase tambien cerca del tropo á muchos príncipes indos.» Esta circunstancia fué la última de alguna entidad que señaló al reinado de Mahmud. Enfermó poco tiempo despues y espiró en 1266, muy llorado de sus súbditos.

Habiendo muerto Mahmud sin dejar hijos, el voto unánime de los nobles llevó al trono á su hábil visir Balin, que era pariente del emperador Altumsh. Cuenta Ferishta que bajo el reinado de este último soberano, cuarenta de sus esclavos turcos, que gozaban de su privanza se comprometieron mutua y solemnemente á sostenerse unos á otros y á partirse el imperio en viniendo á fallecer su amo. De este número era Balin, y como algunos de sus confederados se habian hecho muy poderosos, su primer afán despues de su advenimiento fué quitar de en medio con el puñal ó el veneno á todos sus peligrosos rivales, incluso el valiente Schir, que era su propio sobrino. Este terrible golpe de estado fué seguido de una reforma severa

en el gobierno; expulsó de su corte á todos los jugadores, á los usureiros, á los paniaguados y disolutos, y se granjeó tanta nombradía por la cordura y justicia de su administracion, como por su jenerosidad, que buscaron su alianza los soberanos de Persia y de Tartaria, y su capital vino á ser el asilo de los príncipes fugitivos arrojados de sus territorios por las invasiones mogolas. Mas de veinte de estos monarcas destronados llegaron, dicen los historiadores, del Turkestan, del Maver ul-Nahr, del Korazan, del Irak-Adjemi, del Azerbidjan, del Fars, del Rum (Asia Menor) y de Siria, á pedir un asilo en la corte de Delhi. Se les señalaron palacios y dotaciones ríjias; en los dias de representacion, tomaban asiento, segun su jerarquía, á la derecha ó á la izquierda del trono; todos estaban en pié, á escepcion de dos príncipes de la casa de Abas, á quienes se les permitia sentarse uno á cada lado del masnad. Hallábanse con estos príncipes varios personajes de los mas célebres en el Oriente por su saber y talento; y de ahí fué que la corte de Delhi fué tenida luego por la mas culta y magnífica del orbe. Todos los filósofos, los poetas y teólogos se reunian todas las noches en el palacio del príncipe Scheheid, el heredero presunto; al paso que el del príncipe Kera, hijo segundo del emperador, era el punto de reunion de una multitud de músicos, bailarines, bufones y autores de cuentos. El mismo emperador, desalado por la magnificencia, daba á sus amrahes, en la decoracion de sus trenes y palacios, el ejemplo de la prodigalidad y del lujo mas suntuoso. Sus elefantes de parada estaban cuajados de púrpura y oro. Su guardia montada, compuesta de mil nobles tártaros revestidos de centelleantes armaduras, tenia los mejores alazanes de Persia, con las bridas de plata y sillas ricamente bordadas. Cincuenta lacayos en riquísima librea precedian al monarca cuando salia de su palacio, y corrían delante de él con la espada desenvainada para anunciar su llegada y despejar el camino. Para ejercitar á su

ejército, lo llevaba á cazar dos veces á la semana, á las cercanías de la capital, en un radio de cuarenta ó cincuenta millas, y habia precavido con leyes especiales la destruccion de la caza. Las fiestas de Nuruz y de Ida se celebraban, así como el dia de su cumpleaños, con una pompa y un esplendor asombrosos. Con todo esto fué enemigo acérrimo de la disolucion y de la licencia, y vedó bajo las penas mas rigurosas el uso del vino.

Muy diferente en esto de los mas de sus predecesores, este monarca se afanó menos en estender sus posesiones que en consolidarlas. Cuando su consejo quiso persuadirle á que emprendiese una expedicion contra los reinos de Guzerate y de Malua, que habian sido reunidos al suyo por Katib-ul Dia, pero que posteriormente se habian hecho independientes, Balin se negó terminantemente, y dió por motivos de esta determinacion el grado de poderío á que habian llegado los Mogoles en el Norte, poderío tal, dijo, que le parecia infinitamente mas cuerdo poner sus estados al abrigo de tales invasores, que debilitarse y dejar el imperio á su merced, empeñándose en lejanas guerras. Los actos militares de este reinado se redujeron pues á medidas de gobierno y defensa. Los habitantes de ciertos distritos insurreccionados fueron castigados con su total esterminio. Una tribu de bandidos, conocidos por el nombre de *Mervates*, que se habia apoderado de un desierto espacioso situado á unas ochenta millas de la capital, en la direccion de las montañas, habia, durante los reinados anteriores, llevado sus devastadoras incursiones hasta delante de los muros de Delhi. En una expedicion enviada por Balin contra aquellos forajidos, mas de cien mil de ellos fueron, segun aseguran, pasados á cuchillo; y después que se hubieron limpiado los bosques en un radio de cien millas de la capital, se levantó una línea de fuertes al pié de las montañas, para proteger á los colonos que se establecieron en aquellos terrenos. Una insurreccion que estalló en Budayun

y Kutore, reprimida por el soberano en persona, fué castigada con el degüello á bulto de muchos miles de personas que moraban en aquellas desdichadas ciudades. Mas adelante, el ejército de Balin dedicó dos años enteros á reducir bajo la obediencia á la discolia poblacion de las montañas de Jond. En 1282 sobrevino otra rebelion mucho mas formidable. Togrul, gobernador de Bengala, sabedor de la falsa noticia de la muerte del sultan, tuvo la avilantez de tomar el quitasol encarnado y todas las demás insignias de la corona independiente; y desengañado despues, se negó á entrar en su deber. Dos huestes imperiales enviadas contra él fueron una tras otra derrotadas; y entónces fué cuando Balin resolvió marchar en persona contra su gobernador rebelde. Sin aguardar la época de las sequías, atravesó el Gánjes y se adelantó hácia Bengala á marchas forzadas, al paso que Togrul, prevenido de su llegada, se retiraba con todos sus tesoros á Orissa, ciudad que señalaba el límite de sus conquistas. Esto no obstante, fué alcanzado por un destacamento de vanguardia de las tropas imperiales que recorrían el pais en persecucion de los fujitivos, y se dejó sorprender por uno de los oficiales de Balin, que á la cabeza de cuarenta hombres, se habia internado sin ser visto hasta el centro del campamento enemigo. Togrul echó á correr, pero fué traspasado de un flechazo al atravesar un rio. Toda su familia y sus principales adherentes fueron desapiadadamente degollados; y en punto á los demás prisioneros, solo pudo salvarlos la intercesion de los muf-tíes, cadíes y sabios, que se postraron á las plantas del rey pidiendo merced para los vencidos. Esta expedicion le costó tres años. Dejó en Bengala á su hijo Kera con el título de virey, y hasta le confirió con este motivo las insignias de la dignidad real. A la muerte de su hijo mayor Mahomed, hombre cabal bajo todos conceptos, envió á buscar á Kera, á quien habia nombrado sucesor; pero este, que al parecer anteponia la quieta posesion del reino

de Bengala á la de un imperio tan precario, no quiso quedarse en la corte de su padre. Balin, que ya á la sazón era muy viejo, tuvo tan sumo sentimiento de aquella resolucion, que enfermó y espiró poco despues, en 1288, tras un reinado de veinte y dos años.

Su nieto, Moaz-ul-din-Kai-Kobad, fué asceidido entónces al trono; era un príncipe apocado y disoluto, que se dejó gobernar completamente por un mañoso visir. En balde su padre, el soberano de Bengala, trató de precaverle contra los arifícios de su ministro; y cuando Moaz-ul-din quiso seguir sus consejos, era tarde ya. Acometido de una parálisis, fué derribado del trono y degollado poco despues, tras un reinado de menos de tres años. Su hijo, niño aun, despues de habersido nominalmente rey por breve tiempo, padeció la misma suerte de su padre; y el trono fué usurpado entónces por Feroso, afghanés de la tribu de Chilligi ó de Khulji, que tomó el nombre de Dellar-ul-Din.

Este soberano tenia setenta años cuando subió sobre el *masnad*. Citan, en prueba de su amor á la sencillez, el cambio del encarnado al blanco que hizo en el quitasol real. Sospechando de la lealtad de los habitantes de Delhi, trasladó su residencia á Kilogurry, que fortificó y adornó de pensiles; los omrahes siguieron luego el ejemplo del soberano, y levantaron palacios en torno de aquella ciudad, de suerte que Kilogurry fué luego considerada como una nueva capital. La sabiduría, la justicia y la blandura de Feroso le fueron conciliando el aprecio de todos sus súbditos, menos el de los omrahes de su tribu, á quienes habia infundido recelos su clemencia con diversos jefes rebeldes. « Soy viejo, » dijo el emperador en una ocasion en que le instaban para que obrase con rigor contra los traidores, « y quiero bajar al sepulcro sin derramar sangre. » Sin embargo, su humana pero débil política multiplicó las insurrecciones; cuadrillas de salteadores infestaban los caminos; habia desaparecido la seguridad pública;

y los gobernadores de las provincias frustraban descaradamente el tesoro imperial de las rentas que recaudaban. Por mas que hubiese usurpado el trono, Feroso era verdaderamente digno de mejor suerte. En el octavo año de su reinado, Alá su sobrino y yerno, á la vuelta de una incurción devastadora en el Decan, conspiró vilmente contra el anciano, que no solamente erasu rey, sino su bienhechor tambien; y habiéndole degollado, se apoderó del poder en 1295.

El reinado de este hábil, pero execrable monarca, que duró veinte años, fué un brillante período en los anales de la monarquía delhia, pues fué el primero que estendió las conquistas mahometanas hasta los reinos del Decan. En su primera expedicion (la que acabamos de citar y que emprendió en 1292, con el consentimiento del anciano emperador) se apoderó por sorpresa de la ciudad de Deoghar (en el Aurungabad), capital de Ram-deo-radjá, y llevó sus tropas cargadas de tesoros incalculables, al través de los territorios enemigos, hasta Delhi, donde consumó su audaz intento con el asesinato del emperador y la usurpacion del trono. La historia que se nos ha conservado de esta campaña extraordinaria presenta todo el carácter de una novela. Alá, nos dice un escritor indijena, salió de Gurrah asien-to de su gobierno, con ocho mil jinetes selectos, socolor de una cacería. Atravesando en seguida los territorios de muchísimos pequeños radjáes, evitó todo encuentro con ellos, dando á entender que aburrido del servicio del emperador, acababa de abandonar su corte, é iba á ofrecer sus servicios al radjá del Telingana, que era á la sazón el monarca mas poderoso del Decan. Tras dos meses de marcha, llegó, sin haber tropezado con obstáculos de entidad, á Elichpur, desde donde, cambiando repentinamente de direccion decampó de noche; y dos días despues, sorprendió á Ram-deo en su capital, donde se introdujo tras una breve refriega, obligando al radjá á meterse en la ciudadela. Sobre la marcha cercó aquel fuerte, hacien-

do correr la voz de que solo llevaba consigo la vanguardia de la hueste imperial, la que no podía tardar en llegar, y habiendo esta noticia falsa aterrorizado á todos los radjáes de las cercanías, ya no pensaron mas que en la defensa de sus propios estados, y Alá pudo llevar á cabo, sin ser molestado, su saqueo.

Habiendo hecho despues un convenio con el radjá, que permanecia encerrado en la ciudadela, se disponia para evacuar la ciudad llevándose el botín que habia recojido, cuando acudió al socorro de aquella plaza el hijo de Ram-deo, á la cabeza de una hueste crecida. Negándose á observar el tratado impuesto á su padre, el príncipe exigió del invasor, por precio de su salvacion, la restitution de todas las riquezas de que acababa de apoderarse. Siguióse una batalla, y las tropas de Alá, abrumadas por el número, empezaban á cejar, cuando por una de aquellas circunstancias imprevistas que tan á menudo han decidido el éxito de las batallas y la suerte de los imperios en Oriente, inclinóse la balanza á favor de las tropas mahometanas. Alá habia dejado al rededor de la ciudadela un destacamento de mil caballos; é informado de la situacion de las cosas, el comandante de aquel cuerpo se arrojó al campo de batalla, y como la polvoreda que levantaban los caballos disimulaba el corto número de los jinetes que le seguian, cundió por la hueste enemiga la voz de que la de los Tátares iba á embestirla. Un terror pánico y una dispersion completa fueron el resultado de aquella falsa alarma, y Alá entró otra vez vencedor en la ciudad donde muchas ejecuciones sangrientas espieron la mala fe que con él se habia usado. Por último se avino á evacuar el pais, mediante seiscientos *maundes* de oro puro, siete de perlas, dos de diamantes y otras piedras preciosas, mil *maundes* de plata, cuatro mil piezas de seda y otros muchos renglones de valor increíble. Efectuó su retirada por los territorios de Berar, Gunduana, Khandeish y Malua, al través de los cuales supo abrirse paso, aunque es-

puesto á los ataques caprichosos de las huestes enemigas. Es cierto que la historia cita poquísimos ejemplares de hazañas comparables con esta así por la audacia de la empresa como por la dicha que la acompañó hasta su remate.

Poco despues de la usurpacion de Alá, supo que el rey de Transoxiara habia enviado, á la conquista del Pendjab y del Multan, una hueste de cien mil Mogoles que reducía cuanto hallaba al paso con la tea y el acero. Destacó inmediatamente para rechazarla á su hermano Elich con fuerzas considerables. Encontráronse los dos ejércitos en el distrito de Lahore, y los Mogoles fueron rechazados despues de haber dejado á doce mil de los suyos en el campo de batalla; Sin embargo al año siguiente volvieron á entrar en la India en número todavía mas crecido y aventando todos los obstáculos que se les pusieron por delante, llegaron hasta las llanuras de Delhi. Alá marchó entónces en persona contra el enemigo, á la cabeza de treinta mil caballos, de dos mil y setecientos elefantes y de una infantería innumerable. « Desde el día, » dice Feristha, « en que las lanzas de Islam se hincaron por la primera vez en la tierra de Indostan, jamás se habian visto dos huestes tan formidables. » El ejército imperial alcanzó una victoria completa, debida principalmente al jeneral que mandaba el ala derecha, y que habiéndose adelantado demasiado en persecucion del enemigo, fué cortado y muerto. Cuentan que Alá persiguió á los fujitivos y continuó la matanza en un trecho de treinta millas.

En el año 1300, los jenerales de Alá conquistaron el Guzerate, cuyo territorio asolaron y tomaron la capital, llamada Neherwala. Habiendo abandonado esta ciudad al acercarse aquellos, el radjá se refugió en los estados del rey de Deoghar; pero sus mujeres, su familia, sus elefantes y su tesoro cayeron en poder del enemigo. El visir de Alá marchó entónces, á la cabeza de una parte del ejército, sobre la ciudad de Cambaat (Cambay), la cual, « como es-

taba llena de mercaderes, ofreció terribles prodijiosos á la rapacidad de aquellos crueles y codiciosos conquistadores. »

Unos dos años despues de estas operaciones, Alá sitió y tomó á Rantampore, ciudad fortificada del Adjmir, y mandó degollar al radjá Amir Deo, con su familia y la guarnicion de la plaza. En 1303, tomó; tras un sitio de seis meses, la fortaleza de Chitore, cuyo gobierno confirió con la dignidad real á su hijo Khyzer, y que vino á ser la capital del territorio de este último. Por el mismo tiempo á corta diferencia, envió por la via de Bengala un ejército expedicionario contra el fuerte de Arinkil (ó Warangol, en el Hyderabad), que era una de las posesiones si no la capital, del radjá de Telingana ó de Andra; pero esta tentativa se desgració y las tropas mahometanas fueron rechazadas con pérdida. Mientras que así estaba empeñado el ejército, los Mogoles reaparecieron á las puertas de Delhi, y ya hacia dos meses que amenazaban á la escasísima guarnicion encargada de la defensa de esta capital, cuando efectuaron repentinamente una retirada precipitada hácia su propio pais por causas que han sido misterio, y en las que algunos autores han querido ver una intervencion sobrenatural. Renovaron esta incursion el año siguiente; pero fueron derrotados en el Pendjab y padecieron una pérdida de siete mil hombres. Sus jefes, aherrojados, fueron llevados á Delhi para ser hollados por elefantes. Desalado por vengar su muerte, el soberano del *Maver-ul-Nahr* reunió de nuevo, en 1305, una hueste imponente, la que despues de haber devastado el Multan, penetró en el Servanlik; pero allí tropezó con el vírey de Alá, que la derrotó é hizo en ella una gran carnicería. Los soldados mogoles que respetó el alfanje távaro perecieron en el desierto ó fueron llevados á Delhi para padecer una muerte mas cruel todavía. Sin embargo estas pérdidas reiteradas no desalentaban á los Mogoles, quienes poco tiempo despues, volvieron á invadir el Indostan en número cre-

cido, y fueron nuevamente derrotados por Tughlik, virey del Pendjab, quien envió á Delhi á muchos miles de prisioneros para ser aplastados bajo los piés de los elefantes. Hallóse entónces libre por largo tiempo el Indostan de sus incursiones y Tughlik se desagravió haciendo incursiones anuales en las provincias de Cabul, de Ghazna y Candahar, de las que exigió enormes contribuciones.

A principios de 1306, Ram-deo, radjá de Deoghar, dejó de enviar el tributo que se habia obligado á pagar al soberano de Delhi; por lo cual Alá mandó á su jeneral predilecto Kafur, que fuese á exigir el cumplimiento del tratado á la cabeza de fuerzas considerables. No pudiendo Ram-deo hacer frente á una hueste tan crecida, dejó prudentemente á su hijo Sinjol-deo en posesion de la fortaleza, y salió él mismo á recibir á Kafur con ricos presentes que le ofreció, para bienquistárselo y alcanzar por su medio la paz de que tanto necesitaba. Ajustóse con efecto un tratado amistoso, y el monarca indo acompañó á Kafur hasta Delhi, con ánimo de hacer su acatamiento al emperador, quien le recibió con distincion y favor. No solamente fué confirmado Ram-deo en la posesion de sus propios estados; sino que recibió además la investidura del gobierno de otros varios distritos, por los cuales tributó homenaje á Alá, y recibió el dictado de *radj radjan*, príncipe de los príncipes. El emperador usó además con él de una jenerosidad humillante, mandando darle un laque de rupias, « por los gastos de su regreso. »

En 1309, envió á Kafur al Decán con órden de someter la Telingana. Kafur siguió el camino de Deoghar, donde recibió de Ram-deo un hospedaje suntuoso. Al saber que Kafur amenazaba sus fronteras, Lider-deo, príncipe de Arikil, que no habia tenido tiempo para preparar á lidiar contra semejante enemigo, se encerró en su fortaleza, y todos los otros radjáessus aliados, imitaron su ejemplo guardándose en las fortalezas que ceñian el pais. Tras un sitio de

algunos meses, Arikil fué tomada por asalto, mas no la ciudadela, y el radjá se tuvo por muy dichoso poder comprar la paz al precio de trescientos elefantes, de siete mil caballos, y de dinero y joyas por un valor considerable, además de la obligacion á que se comprometió de pagar á Alá un tributo anual. Al año siguiente, Kafur prosiguió sus conquistas, con encargo de someter el Dhur, el Sumund y el Maber despues de tres meses de marcha, llegó á los paises que tenia la órden de conquistar y empezó á devastarlos. Allí tropezó con Bellal-deo, soberano del Carnatic, á quien derrotó é hizo prisionero. Los Musulmanes hallaron en los templos de este reino un botin prodijioso, tanto en ídolos de oro adornados de piedras preciosas, como en otros objetos de valor. Kafur edificó en la capital de este estado una pequeña mezquita donde mandó celebrar el servicio divino á tenor de la fe mahometana, y pronunciar la *khatba* en nombre del emperador. Cansado por fin de las escenas de pillaje y desolacion que tenia á la vista volvió hácia Delhi las puntas de sus lanzas, y de regreso á esta ciudad, presentó á su amo trescientos y doce elefantes, veinte mil caballos, noventa y seis mil *maunds* de oro, varios cofres atestados de joyas y perlas, y otros muchos objetos preciosos de valor incalculable. Cuentan que durante esta espedicion, los soldados andaban atestados de oro en términos de tirar la plata como harto pesada para llevarla consigo. Segun la relacion de estos aventureros, nadie llevaba en el pais que acababan de recorrer brazaletes, sortijas ó cadenas de otro metal; toda la vajilla de que se servian las casas de los grandes y los templos en el interior era de oro y no se veia en circulacion ninguna moneda de plata. Alá, al ver este tesoro, quedó tan sumamente complacido, que « abrió de par en par las puertas de su bondad, » é hizo liberales distribuciones de sus nuevas riquezas á los omrahes de su corte, á sus servidores y á los sabios, á proporcion de su jerarquía y calidad.

Poco tiempo despues de haber llegado aquella rica presa, Alá, des-
 carriado por la prosperidad, abrió
 su alma al orgullo y se hizo odioso
 por su tiranía. Habiéndose indis-
 puesto con algunos de los renegados
 mogoles de su ejército, los mandó
 licenciar á todos y muchísimos de
 aquellos desgraciados permanecie-
 ron en Delhi sumidos en la miseria
 mas horrorosa. De ahí fué que lleva-
 dos de su desesperacion, algunos de
 ellos armaron una conspiracion con-
 tra la vida del rey. Descubierta la
 trama, Alá mandó degollar á todo
 el cuerpo de los Mogoles sin distin-
 cion ni escepcion alguna; y quince
 mil de aquellos desventurados fue-
 ron degollados en un solo día en las
 calles de la capital; sus mujeres é hi-
 jos fueron vendidos como esclavos.

Sin embargo hasta esta época, si
 esceptuamos los actos de crueldad
 que señalaron el principio de su rei-
 nado, Alá se habia portado con sa-
 gacidad y moderacion. Con efecto,
 échanse de ver tres fases caracterís-
 ticas bien distintas en la historia de
 este hombre verdaderamente extraor-
 dinario, y es árduo concebir que
 las prendas y las acciones opuestas
 que se le atribuyen hayan podido ca-
 ber en un mismo individuo. Antes
 de su advenimiento, nos aparece co-
 mo un aventurero feroz, un mero
 deudor osado, inmoral, como un
 niño mimado de la fortuna, como
 un traidor y vil é ingrato. Para ha-
 cer aceptar su usurpacion por el pue-
 blo de Delhi, dió fiestas espléndidas
 y alentó y patrocinó todo linaje de
 escesos y disolucion. Acordó entón-
 ces hacer desaparecer á los descen-
 dientes de su predecesor. Su carác-
 ter en esta época era al parecer una
 mezcla de crueldad, de desenfreno
 monstruoso y de loca ambicion. Aun-
 que no sabia leer ni escribir, uno de
 sus planes predilectos despues de be-
 ber era nada menos que el erijir una
 nueva religion que le diese títulos á
 la veneracion de la posteridad y le
 igualase con Mahoma. Otro de sus
 proyectos consistia en colocar la In-
 dia bajo el gobierno de un virey, y
 emprender personalmente, como el
 Grande Secander (Alejandro), la

conquista del mundo. Penetrado de
 esta idea, tomó el título de Secan-
 der Sani (Alejandro II), que man-
 dó grabar en las monedas de su im-
 perio. Sin embargo orilló estos pro-
 yectos insensatos á tenor del leal y
 cuerdo consejo del principal majis-
 trado de Delhi, que no habia titu-
 beado en arriesgar su vida á trueque
 de infundir á su soberano un cono-
 cimiento mas justo de sus deberes.
 En contra de lo que se temia el leal
 servidor, el emperador oyó favora-
 blemente sus reparos y premió su
 animosa fidelidad.

Poco tiempo despues descansaba
 Alá; rodeado de corto séquito, de
 las fatigas de una cacería, cuando le
 ocurrió repentinamente á su cuñado
 Akit la idea de matarle, como Alá
 habia muerto á su predecesor, y de
 reemplazarle en el trono. No le fué
 difícil hallar algunos cómplices para
 la ejecucion de este proyecto; y aco-
 metido Alá por un granizo de fle-
 chas, cayó al suelo, donde fué de-
 jado por muerto. Disponíase Akit á
 cortarle la cabeza, cuando uno de
 sus cómplices le dijo que era por
 demás, visto que el emperador esta-
 ba muerto. A esta noticia hubo un
 grande desórden en el ejército; pero
 Akit tomó sin oposicion las insignias
 de la corona, y se proclamó su nom-
 bre en la Kotbá. Sin embargo Alá
 habia vuelto en sí, y habiéndose he-
 cho curar las heridas, habia subido
 á caballo. A tenor del cuerdo conse-
 jo de uno de sus oficiales, desplegó
 el quitasol blanco de que Akit no ha-
 bia pensado en apoderarse é inopi-
 nadamente se presentó con él sobre
 una eminencia á la vista de todo el
 ejército. El usurpador se vió al punto
 abandonado de todo el mundo; so-
 brecojido de espanto, buscó su sal-
 vacion en la fuga; pero un destaca-
 mento de caballería que se abalanzó
 á su alcance trajo poco despues su
 cabeza al soberano.

Tan pronto como estuvo curado
 de sus heridas, el emperador mar-
 chó sobre Rantampore, y entabló el
 sitio de esta plaza. Los gobernadores
 de Badayun y de Dude, sobrinos
 entrambos de Alá, se aprovecharon
 de su ausencia para levantar el es-

tandarte de la rebelion; pero fueron sucesivamente derrotados, hechos prisioneros y dirigidos al campamento real, donde perecieron en los tormentos. Estalló una tercera conspiracion en la capital, y un pariente del emperador Altumsh fué ascendido al trono; pero esta nueva insurreccion quedó ahogada como las anteriores, y todos los que en ella tomaron parte, ó que por sus riquezas fueron acusados de cómplices, fueron desapiadadamente ejecutados.

Parece no obstante que estas conspiraciones y redobladas tramas produjeron en el ánimo y en la conducta de Alá un efecto saludable, pues, habiéndolo reunido á sus omrahes en consejo, les preguntó su parecer en punto al mejor medio de precaver la repetición de semejantes desórdenes. Despues de haber escuchado sus observaciones, resolvió seguir otra línea política, y entónces fué cuando se le vió transformarse de nuevo. «Se dedicó,» dice el traductor de Ferrishtan, «á ejercer una fiscalización rigurosa sobre la administración de la justicia; á enderezar los agravios y á examinar de cerca el carácter así público como privado de todos los altos personajes que se hallaban en su imperio. Quiso conocer los mas secretos coloquios de todas las familias notables que encerraba la capital, y los pormenores de cuanto pasaba en las provincias mas lejanas. Mandó ejecutar las sentencias de justicia con tanto rigor y severidad, que en breve no se oyó hablar en todo el país de robos ni salteamientos, crímenes tan comunes hacia poco. El viajero pudo seguir los caminos reales con toda seguridad, y el mercader pudo transportar sin temor los renglones de su comercio desde el mar de Bengala hasta las montañas de Kabul, y de Telingona á Cachemira. Publicó un edicto contra el uso del vino y de los licores fuertes, que vedó bajo pena de la vida.

El mismo dió á sus súbditos el ejemplo de la sobriedad, y mandó vaciar sus bodegas en la calle. Remedaronle sobre este punto todas las clases de la población, y durante algunos dias los albañales se hallaron

inundados de vino. Los otros soberanos habian abandonado jeneralmente al curso habitual de la justicia casi todos los negocios, reservándose únicamente los que directamente interesaban al estado, pero Alá quiso descender en los mas pequeños pormenores de la administración. Solia decir que la religion no tenia nada que ver con el gobierno civil, que era solamente el negocio esencial y el consuelo de la vida privada; que la voluntad de un príncipe prudente era muy preferible á los sentimientos variables de una ó muchas asambleas. Se hizo tan sumamente cargo de los inconvenientes de la ignorancia profunda contra la cual habia de luchar, que se dedicó desaladamente al estudio, y á pesar de las dificultades de la escritura persa, logró al cabo de poco tiempo descifrar toda especie de documentos escritos en dicha lengua, haciéndose familiares todos sus autores. Habiendo hecho bastantes progresos para poder tomar parte en los debates científicos, patrocinó las letras y trató con distincion á los hombres de mérito que florecian bajo su reinado.

«Nunca habia estado el imperio tan floreciente como bajo su administración; la justicia y el orden rejian hasta en las provincias mas distantes, y la magnificencia estendia sus esplendores por todo el país. Palacios, mezquitas, universidades, baños, fortalezas, toda especie de edificios, así públicos como privados, se levantaban como por ensalmo, y jamás en ninguna época se habia visto tal concurso de hombres eruditos. Treinta y cinco sabios enseñaban como profesores en las universidades del imperio.» Tal fué en suma la feliz perseverancia de Alá en cuanto emprendió, que la supersticion del siglo achacó sus logros á un poder sobrenatural.

Algunas de sus medidas fiscales y de sus leyes suntuarias eran tan opuestas á las reglas de una política ilustrada como á las de la justicia. Bajo el ríjido sistema de política que habia establecido para la capital, las relaciones sociales se hallaban tra-

badas por las sujeciones mas brutales y onerosas. La riqueza se veia tratada como un crimen; multas y confiscaciones descargaban á bulto sobre Mahometanos é Indos, segun el antojo del príncipe; el precio de las mercancías estaba sujeto á los impuestos mas arbitrarios, y la ley se resumia en la voluntad del emperador. No obstante, si nos hacemos cargo de las circunstancias arduas en que Alá se hallaba colocado, de la grosería de la época, de las ideas mahometanas en punto al gobierno, y de las necesidades que consigo trae el despotismo, reconoceremos que estas medidas, por muy tiránicas é impolíticas que fuesen, no quitaron á Alá el mérito de haber sido un administrador inteligente, y de haberse levantado, bajo ciertos aspectos, hasta la grandeza moral.

Sin embargo los historiadores nos lo muestran en la última parte de su reinado adoptando locamente todas las medidas propias para volcar el imponente edificio que habia levantado con sus propias manos. Así fué como se le vió desprenderse completamente de las riendas de la administracion, para entregarlas á su jeneral Kafur, á quien asistia ciegamente en la perpetracion de los actos mas impolíticos y tiránicos. Esta conducta alejó de él á los omrahes y provocó los zelos del príncipe Khyzer, heredero presunto del trono. La salud del emperador empezaba á declinar, debilitada por sus excesos, y Alá se entregó á aquellas zozobras sombrías y anormales que asaltan ordinariamente á los déspotas al fin de su carrera. En 1312, habia entrado Kafur en el Decan por la cuarta vez, para recibir el tributo del soberano de Telingana, y castigar al nuevo radjá de Deoghar, que habia anunciado su intento de hacerse independiente. Kafur le mandó dar muerte é invadió todos los territorios vecinos; pero estando en esta expedicion, fué llamado á Delhi para contrarrestar las intrigas de que se creia amenazado el suspicaz Alá. A instigacion suya, se hizo preso al príncipe Khyzer, juntamente con su hermano y su madre, y Alip Khan,

gobernador del Guzerate, fué ejecutado. La consecuencia de esta medida rigurosa fué la rebelion de esta última provincia. Por el mismo tiempo el gobernador de Chitore en el Admir se proclamó independiente, é Hirpal-deo, yerno de Ram-deo, llamando al Decan á las armas, hizo prisioneras algunas guarniciones imperiales. La cólera y el sentimiento que causaron á Alá estos reveses aceleraron el progreso de la enfermedad que estaba minando su debilitada constitucion, y espiró en 1316, «no sin impulsar al infame á quien habia levantado del polvo para alzarle á la cumbre del poderío, la sospecha de haber precipitado el término de sus días, propinándole un veneno homicida.»

A la muerte de Alá-el-Din, Omar su hijo menor, de edad entónces de siete años, fué ascendido al trono con el título de Schabah-el-Din; Kafur se declaró rejente. El primer acto de este último, fué privar de la vista al heredero lejítimo del trono y encarcelar á su hermano lo mismo que á él; dió órdenes en seguida para asesinar al príncipe Mubarek otro hijo del último emperador. Pero cohechados los matadores, no cumplieron su encargo, y el mismo Kafur fué víctima de una conspiracion, treinta y cinco dias despues de la muerte de su amo. El nombre y el reinado de Mubarek (Katab-el-Din Mubarek-Schah), que subió entónces al trono, son muy infames, dice Feristha para que merezcan recordarse. El carácter de este príncipe estaba tiznado por cuantos vicios pueden corromper la naturaleza humana; asesinado por el detestable privado que habia adquirido sobre él un ascendiente ilimitado, recibió el premio de su infamia, tras un reinado de menos de cinco años. Este traidor, cuyo nombre orijinario, Hasan, se habia mudado en el de Kasá ó Kusnú Khan, subió entónces al trono con el nombre de Nasir-el-Din, y comenzó por quitar de enmedio á cuantos miembros sobrevivian todavía de la familia de Alá. Poco tiempo despues, Ghazi-el Malek, gobernador de Lahore, levantó el estandar

te de la rebelion , y habiendo muerto al usurpador , fué elevado al poder supremo por el voto unánime de los omrahes , bajo la denominacion de Ghiar-el-Din-Toghliab-Schah. Háblanos de él la historia como de un soberano virtuoso y magnánimo; pero su reinado fué cortado , en su quinto año , por la caída de un techo que se le desplomó encima en un palacio provisional que le habia preparado su hijo , quien , segun dicen , echó mano de este expediente para abrirse el camino al trono , sin incurrir en la abominable nota de parcidia.

El sultan Mahomet III reinó veinte y siete años , durante los cuales , dice el coronel Dow , « parece que no empleó su adocenado talento sino para hacerse detestar de Dios y temeró aborrecer de todo el linaje humano. » El imperio Patan (título que se da al de Delhi bajo estas dinastías mahometanas) declinó rápidamente bajo el gobierno impolítico de este príncipe. Despues de haber pasado repetidamente del estado de sumision al de independencia temporal , las provincias del sur y del este sacudieron definitivamente el yugo del soberano de Delhi , cuyo territorio quedó en adelante reducido á los límites de que le habian hecho salir las conquistas de Alá-el-Din. La primera parte del reinado de Mahomed prometia mejor porvenir. No solo habian los jenerales sofocado la rebelion en las provincias conquistadas , sino que , llevando las armas mahometanas mas allá de los límites alcanzados hasta aquel día en el sur , habian estendido la dominacion del emperador sobre toda la superficie del Decan y de un mar á otro. Pero las revueltas que luego ajitaron el imperio permitieron á estos países sacudir luego el yugo. Estas disensiones intestinas tuvieron por causas principales la enormidad de los impuestos , que , bajo este reinado , se triplicaron en algunas provincias; la sustitucion , hecha obligatoria por un decreto público , de las monedas de calderilla á las de plata ; el levantamiento de trescientos y setenta mil caballos con sus jinetes para la con-

quista del Corasan y del Mavar-ul-Nahr; el envio de otros cien mil caballos al pais montuoso situado entre la India y la China , y donde la mayor parte de este ejército cayó víctima del acero enemigo , de las enfermedades ó del hambre; en fin , la cruel matanza de una multitud de Mahometanos y de Indos , en diferentes ocasiones y en diversas partes del imperio.

El hecho mas reparable de este desgraciado reinado fué el abandono temporal de Delhi. En 1338 , Mahomed salió á campaña , con ánimo de castigar á los insurjentes del Decan. Al llegar á Deoghar , quedó tan prendado de la situacion de esta plaza , que acordó hacer de ella su capital. La mayoría de los nobles opinó , segun dicen , á favor de Udjein. Pero el emperador insistió en su intento , y dió órdenes para que el vecindario de Delhi se trasladase inmediatamente , con sus muebles y رہاڻوں , á la ciudad de Deoghar , la que recibió entónces el nombre de Dowletabad (la ciudad venturosa). Todos los que no tenian el dinero necesario para efectuar un viaje de setecientas y cincuenta millas lo hicieron á costa del tesoro público. Esta medida arbitraria descargó un golpe aciago á la prosperidad del estado ; pero la orden del emperador quedó estrechamente ejecutada , y la antigua capital fué completamente abandonada. Dos años despues , una rebelion , que estalló en el Multan , obligó al emperador á adelantarse á las cercanías de Delhi ; á la vista de sus llanuras nativas , todas las tropas á quienes habia obligado á emigrar á la ciudad de Dowletabad empezaron á abandonarle , dispersándose por los bosques. Para precaver las consecuencias de esta desercion , acordó fijar para otros dos años su residencia en Delhi. Pasado este tiempo , se alejó por segunda vez , arrastrando á todos los habitantes tras sí , y se encaminó al Decan , abandonando su noble capital á las aves nocturnas y á las fieras del desierto. Sin embargo , la colonia de Dowletabad , sus casas , su industria , se vió luego reducida á los mayores

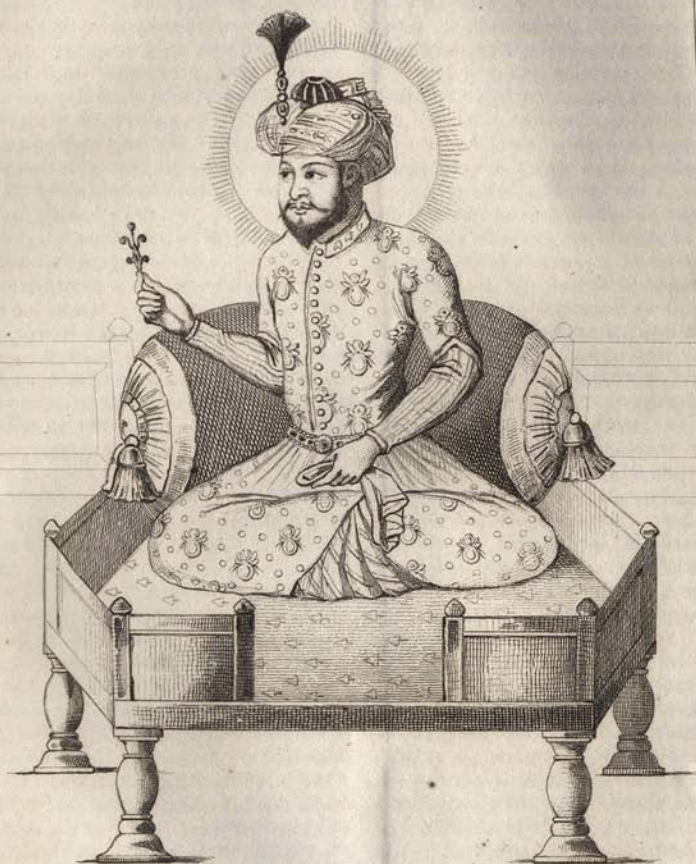
apuros, y fuerza le fué por fin al emperador orillar su desatinado proyecto, permitiendo volver á Delhi á cuantos quisiesen salir de Dowletabad. Miles de habitantes se aprovecharon de este ensanche; muchísimos perecieron de necesidad durante el camino, y los que llegaron al blanco de este viaje se vieron espuestos á una hambre horrorosa, resultado de una extraordinaria sequía; de modo que esta desventurada poblacion hubo de resignarse á abandonar por tercera vez á Delhi, para ir á establecerse en las pingües riberas del Gánjes.

Por el mismo tiempo cundió en las provincias del sur la voz de que los Mahometanos, harto numerosos en aquella parte del imperio, habian formado el proyecto de exterminar á todos los Indos. La insurreccion jeneral de los indíjenas, al mando de los radjaes confederados del Telingana y del Carnatic, fué el resultado de este rumor, y al cabo de algunos meses, Dowletabad vino á ser la única posesion del Decan que hubiese permanecido sumisa al soberano de Delhi. Siguiéronse á este otros desastres, y el monarca desesperado comenzaba, aunque tarde ya, á arrepentirse de su tiranía, cuando le arrebataron unas calenturas, en 1351, en el camino de Tata al Indo. Firuse III, sobrino del emperador Ghiar-el-Din (Toghlik) fué ascendido entónces al trono por los omrahes.

El reinado dilatado de este monarca pacífico, pero animado del amor del bien público, restituyó alguna prosperidad al imperio, destroncado y desmembrado por su predecesor. Si no fué grande hombre de guerra, estaba dotado al menos de las prendas apetecibles para gobernar á un pueblo en paz, y dejó muchísimos monumentos de su cuerda munificencia. Suponen que levantó cuarenta mezquitas, treinta escuelas, veinte caravaneras, cinco hospitales, cien palacios y otros tantos puentes, sin contar cincuenta grandes esclusas ó canales, ciento y cincuenta pozos y muchísimos jardines y pensiles. Edificó la ciudad de Firuzabad, contigua á Delhi. En 1349, reunió, por

medio de un canal de cien millas de largo, el Satledje con el Jidjer; y, en 1351, mandó practicar una sangria al lecho del Djamna, que dividió en siete brazos, uno de los cuales fué conducido á Hasi (ó Hansi), y de allí á Hisar-Firuzabad. En 1357, empleó cincuenta mil trabajadores para horadar una colina, al efecto de conducir por medio de un canal artificial, una corriente destinada al riego de los distritos áridos de Sirhind y de Munsurpur, y escavó en seguida otro canal para enlazar el Caggar con el Kerak. Todos estos trabajos de pública utilidad fueron para el país de una ventaja inmensa, por cuanto le facilitaron el cultivo de tierras estériles y un precioso reparto de las aguas.

Bengala y Behar vinieron á ser casi independientes del imperio, bajo el reinado de Firuso III, á quien pagaron anualmente un tributo de poca consideracion. Firuso no exigió otro acto de sumision de los príncipes del Decan, y desde entónces quedaron separadas aquellas dos grandes dependencias. La mayor mancha que tizna el carácter de este príncipe en su inhumanidad con los habitantes de Kumoun. Los príncipes de este país habian dado asilo á un criminal que habia asesinado al gobernador de Badayun; Firuso envió contra ellos un cuerpo de ejército y treinta mil de aquellos desventurados serranos se vieron arrancados de su país nativo y reducidos á esclavitud. Contrajo despues el hábito de hacer anualmente una expedicion á este país, socolor de cazar, é imperceptiblemente los habitantes de todos los distritos de que se componia fueron destrozados ó arrojados, en términos que aquellas montañas se convirtieron luego en una vasta soledad. Postrado por las dolencias de la vejez, Firuso abdicó el trono en 1386, á favor de su hijo Mahomed; pero poco tiempo despues tuvo que volver á subir á él, cuando la espulsion de aquel príncipe por los omrahes malhallados con su administracion, y siguiendo su consejo, confió las riendas del gobierno á su nieto Toghlik. En 1387, espiró,



Vernier del.

Ismaïle dessin.

Timour.

Timour.

á la edad de noventa años, habiendo reinando treinta y nueve.

Toghlik II, príncipe apocado y disoluto, fué arrancado del trono por un asesinato, tras un reinado de cinco meses. Abubeker, su hermano, ascendió entónces al solio, del que gozó año y medio. Tras este plazo tuvo que cederlo á su tío Mahomed, quien, tras una lucha encarnizada, reasíó por fin el cetro que habia empuñado en vida de su padre. Tras un reino agitado de seis años y medio, tuvo por sucesor á su hijo Humaiun (Alá-el-Din Secander), que fué arrebatado por una enfermedad á los cuarenta y cinco dias, y á quien reemplazó Mahmud III, otro hijo de Mahomed. Poco tiempo despues, una faccion hostil le contrapuso un rival en el príncipe Nuscrit, nieto de Firuso III, y se empeñó la guerra civil. Todo el imperio se halló entregado entónces á la anarquía. Armados uno contra otro, los dos reyes acamparon algun tiempo en los diversos barrios de la capital, donde morian diariamente miles de hombres en los combates que entre los dos bandos se trababan. El visir Ebhal Khan logró por fin espulsar al uno y dominar al otro, y en este estado se hallaban las cosas, cuando se supo que Timur acababa de trasponer el Indo á la cabeza de noventa mil Mogoles (1398).

La invasion de la India por este desapiadado exterminador fué una incursion mas bien que una conquista; pues apenas hubo recorrido todo el pais hasta las riberas del Gánjes en una sola campaña, cuando se retiró con los suyos tan repentinamente como habia aparecido, no dejando tras sí otro monumento propio para señalar su expedicion ó perpetuar sus conquistas, que el silencio de los desiertos hechos por él y el pavor de su nombre. El objeto primitivo de su invasion habia sido, segun se cree, el deseo de socorrer á su nieto Pir Mahomed, que, despues de haberse apoderado de Multan, habia padecido algunos reveses y se hallaba estrechado por el gobernador patan de Batnein (Bhatnir, la Batenize de que nos habla Doso). Timur

traspuso el Indo en el mes de setiembre, y marchó al ataque de un punto fortificado en una isla del Behat. Despavorido al acercársele, el gobernador se guareció de noche en su escuadrilla y la guarnicion se entregó. Timur bajó entónces por este rio, y al cabo de cinco ó seis dias llegó á su confluencia con el Chenab, en frente del fuerte de Yelmeny, que abrió sus puertas al conquistador. Atravesando en seguida el Chenab, llegó el mismo dia á las orillas de otro rio (probablemente el Ravi), y acampó en las llanuras de Tolumbah; al punto intimó á los habitantes de esta ciudad que le pagasen una contribucion de dos laques, en pago de su seguridad. Acababa de reunirse casi toda la suma, cuando los soldados mogoles penetraron tumultuariamente en la ciudad en demanda de víveres, y se entregaron al punto á un saqueo jeneral. Los habitantes que quisieron oponérseles fueron inhumanamente degollados, y pegaron fuego á sus casas, esceptuando sin embargo las de los *Seydes*, que fueron religiosamente esceptuadas del incendio. Al dia siguiente, Timur se encaminó á las riberas del Beyah, donde halló establecido, en una fuerte posicion en medio de los pantanos, un destacamento de Ghieknes (ó Gangres), que destruyó casi completamente. Tras este combate tomó posesion de Schahnawanz, donde su hueste halló grandes abastos de granos, de los que tomó lo que necesitaba, entregando lo restante á las llamas. Siguiendo entónces la orilla derecha del Beyah, acampó nuevamente á orillas de este rio, en frente de la ciudad de Tendjan, á sesenta millas nordeste de Multan, donde se le juntó Pir Mahomed. Atravesando desde allí el Salledje (31 de octubre), traspuso las cuarenta millas que le separaban todavia de la ciudad de Ichwal. Allí confiando la custodia de sus pesados bagajes á dos oficiales, mandó á estos últimos que siguiesen con el cuerpo de ejército el camino de Debalpose al Sutiedje superior, de modo que pudiesen juntarse con él en Samanah, al paso que él se encami-

naba personalmente con cuanta celeridad cabia, á la cabeza de diez mil jinetes selectos y por un camino mas al Sur, hácia Adjudin, ciudad situada á treinta millas de distancia; y desde allí, andando dia y noche, sobre la de Batneir, de donde le separaban mas de cien millas que habia que andar por el desierto.

Nos pintan la fortaleza de Batneir como una plaza casi inespugnable, pero se ha supuesto equivocadamente que no habia caído hasta entonces en poder de ningun conquistador extranjero. Su posicion casi inaccesible en la inmediacion oriental del desierto arenoso que se dilata al Sur del Satledje, puede haber contribuido á acreditar esta suposicion. Batneir habia venido á ser el asilo de los habitantes de Adjudin, de Debalpur y de todos los distritos adyacentes, y tal fué la muchedumbre repelida hácia este refugio por la terrible invasion mogola, que el recinto de los muros se halló sobrado estrecho para contener á tantos fujitivos. Un gran número de estos desgraciados se vieron precisados á guarecerse; con los inmensos rebaños que llevaban consigo, bajo los muros y en los arrabales de la ciudad, donde vinieron á ser desde luego obvia presa de los formidables invasores que de repente se presentaron delante de la plaza. La ciudad exterior, compuesta de arrabales fortificados, fué tomada por asalto, aunque no llevaba Timur consigo mas que un cuerpo de caballería falto de artillería. El gobernador Rao Dult Chand (ó Raw Chilligi) mostró algunos deseos de defender el fuerte interior; pero poco despues tuvo que buscar su salvacion en una capitulacion que se le concedió. Todos los que habian hecho armas contra Pir Mahomed, y que habian buscado un refugio en la plaza, fueron no obstante exceptuados del beneficio de este tratado, y quinientos habitantes de Debalpur y de Adjudin fueron inmediatamente degollados; sus mujeres é hijos fueron vendidos como esclavos. Es de creer que la venganza de Timur se contentara con este sangriento sacrificio; pero

ya fuese que semejante matanza hiciese presajiar á los habitantes de la ciudad una suerte semejante para sí, ya fuese que los escesos de los vendedores los hubiesen llevado á la desesperacion, cerraron las puertas al feroz conquistador, quien dió al punto la órden de esterminarlos. En el momento en que los soldados de Timur se disponian á escalar las murallas, los radjputes infieles (así los llaman los Mahometanos) pegaron fuego á la ciudad, y despues de haber degollado á sus mujeres é hijos, se apercebieron, en medio de su desesperacion para vender caras sus vidas con las armas en las manos. El combate encarnizado que al resplandor de las rojizas llamas se trabó costó la vida á miles de Mogoles, y Timur, exajerado, no dejó en pié otros vestijios de esta ciudad poco antes tan populosa sino tristes montones de cenizas.

Tres dias despues de la destruccion de Batneir, marchó sobre Kinar-é-ab-i-hauz (costado del estanque), y de allí hácia Sarsaty (ó Saraswaty), situada ó orillas del rio de este nombre, á donde llegó al dia siguiente. Los habitantes de esta ciudad la evacuaron al saber que se acercaba, pero el bárbaro los mandó perseguir, y muchísimos fueron destrozados. Igual suerte estaba reservada á los fujitivos de Fatiabad, donde se detuvo despues Timur, y que estaba situada á diez y ocho *Koses* al norte de Sarsaty. Ahruny, ciudad fortificada, fué poco tiempo despues saqueada y reducida á cenizas; los mas de sus habitantes fueron pasados á cuchillo, y los restantes llevados cautivos, «porque en esta muchedumbre no se habia hallado un hombre bastante cuerdo para salir al encuentro del vencedor para invocar su clemencia.» Timur entró en seguida en los *jungles*, en busca de los Djates que infestaban aquellos paises, y se habian guarecido en los bosques al acercarse el conquistador; dos mil de aquellos bárbaros pros critos fueron acosados y muertos, y sus familias cayeron en manos de Timur. Este se incorporó en el puente de Kupilah (puente que proba-

blemente atravesaba el Sansat) con las otras divisiones de su ejército, que acaban de asolar á fuego y sangre la provincia de Lahore, y toda la mole de los Mogoles se encaminó hácia Delhi, de donde distaba todavía cien millas en la direccion sudeste. Por todas partes huian los habitantes desprovistos á su aproximacion, abandonando sus casas y propiedades á la merced de aquellos crueles invasores, que nunca dejaban á su espalda ningun sér viviente. Asendy, Toghlukpur y Panipat fueron sucesivamente ocupadas y saqueadas por Timur. Para proporcionarse los forrajes necesarios á su crecido ejército, traspuso el Djamina, y tomó por asalto la ciudad fortificada de Luni, cuyos habitantes todos fueron pasados á cuchillo, esceptuando tan solo á los Mahometanos; pero la ciudad, despues de saqueada fué convertida en un cúmulo de pavesas. Timur fué siguiendo entónces el curso del rio Djamua, y acampó delante de Delhi.

Durante la breve suspension de armas que precedió al sitio de aquella capital, fué cuando el feroz Timur, temeroso de ver á sus prisioneros escapársele y juntarse con los suyos, si él venia á padecer el menor descalabro, dió la orden de degollar á todos los cautivos idólatras varones, que pasasen de la edad de quince años. Segun los cálculos mas moderados, esta horrible carnicería costó la vida á mas de cien mil Indos. El sultan Mahmud hizo bajo los muros del Delhi un noble y postrer conato para defender su trono y á su pueblo. El efectivo total de su ejército no subia á mas de doce mil caballos y cuarenta mil infantes; su fuerza principal consistia en una línea formidable de elefantes armados en guerra, en número de ciento y veinte, cada uno de los cuales llevaba una torrecilla de madera llena de archeros y honderos. Poco avezados á un espectáculo semejante, los guerreros del Djagatai se intimidaron al pronto con aquel aspecto amenazador; de ahí fué que Timur juzgó necesario fortificar su campamento por medio de una palizada

flanqueada por un foso, delante del cual colocaron cierto número de búfalos.

Mahmud comenzó el ataque; los Indos se portaron en la batalla con desesperado valor y arrojo; pero al fin, rota la línea de elefantes, los indijenas derrotados fueron rechazados con horrorosa carnicería hasta las puertas de la ciudad. En el curso de la noche que siguió á esta batalla, el sultan efectuó su retirada sobre el Guzrate, y la ciudad de Delhi abrió sus puertas al vencedor, con el pacto de que mandaria respetar la vida y la propiedad de sus habitantes. Quizás no estaba en manos de Timur el conformarse con los pactos de esta capitulacion. Mas sea como fuere, sus tropas montaraces é indisciplinadas allá se arrojaron á miles por la ciudad, y los Indos, viendo pilladas sus riquezas, á sus mujeres é hijas víctimas de la violencia brutal, se levantaron contra sus feroces opresores. Muchos de ellos pegaron fuego á sus casas, y se arrojaron á las llamas con sus mujeres é hijos. En breve la ciudad entera se vió presa de todos los horrores del pillaje y del degüello reunidos. «El desesperado valor de los desdichados Delhios, dice el traductor de Ferishta, se apagó por fin en los raudales de su propia sangre. Arrojando sus armas, alargaron ellos mismos el cuello á los matadores, á fuer de estúpidos carneros. Sufrieron que un hombre solo los arrease por centenares de prisioneros; circunstancia que prueba, sin que en esto quepa la menor duda, que la verdadera madre de la desesperacion no es otra sino la cobardía. En la ciudad, los Indos eran al menos diez contra uno, y si todo este vecindario hubiese abrigado corazon varoniles, los Mogoles, dispersos por las calles, las casas, los recodos de las plazas, sobrecargados con la presa que habian recojido, no hubieran podido resistir al terrible ataque de los habitantes de Delhi.» Todos los que se libraron del acero mogol fueron reducidos á la esclavitud. Hasta al mas infimo soldado le cupieron veinte esclavos para su uso, otros tuvieron hasta cincuenta ó se-

senta, y muchos salieron de la ciudad con cien prisioneros, incluidas las mujeres y los niños. En cuanto á la masa del botín recogido por los vencedores, tanto en joyas, y particularmente en diamantes y rubíes, como en muebles suntuosos, en utensilios de oro y plata y otros renglones preciosos, seria imposible, dicen los historiadores, evaluar su importe. Los mas hábiles artífices, mecánicos y artesanos de la ciudad fueron repartidos como esclavos entre los príncipes de la sangre « y las damas de la familia imperial que habian seguido la expedicion; » otros fueron enviados á las ramas menores de esta familia y á las damas de sangre real que se habian quedado en Samarcanda. No obstante Timur se reservó para sí todos los artífices en piedra y mármol, que contaba emplear, tras su regreso á su capital, en la construccion de una *jemna-mesjid* (gran mezquita), segun el plano de la de Delhi.

Timur no estuvo mas que dos semanas en las cercanías de esta capital, y pasó de allí á Firuzabad, ciudad situada á orillas del Djamna, á seis millas mas abajo de Delhi, donde recibió en señal de sumision, del jefe de Koteila (ó Marvat), dos papagayos blancos, que desde el reinado del sultan Toghlik, se habian ido transmitiendo en la India de soberano en soberano, y no tenian á la sazón menos de setenta y cuatro años. Entró en seguida en el Duab, y procedió al cerco de Meirta (ó Mirat), situada á cincuenta millas nortee-nordeste de Delhi, y mandada por un jefe afghanés que opuso á Timur la mas tenaz resistencia. Con todo esto fué tomada por asalto, y la guarnicion pasada á cuchillo segun costumbre; las mujeres y los niños fueron llevados cautivos. Siguiendo su marcha hácia las faldas de las montañas de Servanlik, y señalando por donde quiera su paso con la matanza y el incendio, llegó Timur á Peyruzpur, á orillas del Gánjes. Atravesó este rio con parte de su ejército á diez millas rio arriba de aquella plaza, y se encaminó á Toghlukpur. Es-

tando ya cerca de esta ciudad, fué acometido por una escuadrilla de barcas enemigas, y no sin grandes conatos pudo Timur aferrarla victoria. Atacóles despues otro adversario, Mubanek Khan, con fuerzas considerables; pero fué rechazado, y este nuevo triunfo proporcionó á los feroces Mogoles una riquísima presa. Apenas salia Timur de este último campo de batalla, cuando le anunciaron que otro cuerpo crecido de tropas indas estaba reunido al pié del desfiladero de Kupilah. Púsose á la cabeza de quinientos hombres solamente, y con tan escasas fuerzas, tuvo la audacia de adelantarse hácia aquel formidable enemigo; pero por la vez primera tuvo que volver grupas y huir ante sus contrarios. Sacóle de esta critica posicion la llegada de un numeroso cuerpo mogol, á las órdenes de Pir Mahomed, su nieto, con cuyo auxilio derrotó á los Indos matándoles muchísima jente. Adelantóse entónces hácia uno de los *Prayagues* ó confluencias de los manantiales del rio Santo, donde halló á los Indos atrincherados en una fuerte posicion. Atacados al punto, estos últimos fueron derrotados, segun cuentan los historiadores musulmanes. Es cierto no obstante que el zelo de Timur por el exterminio de los adoradores del Gánjes dió repentinamente lugar á reflexiones sugeridas por la prudencia. « Considerando que el pais estaba libre ya del yugo impuro de los enemigos de la verdadera fe, y que sus leiones victoriosas se hallaban sobrecargadas de un botín inmenso, este terrible reformador acordó súbitamente volver atrás, y en el mismo dia, á las doce, despasó el Gánjes, siguió bajando la orilla occidental de este rio, y no determinó tomar sus campamentos de noche sino tras una marcha de cinco *koses*.... » Satisfecho con haber purgado el imperio de Delhi de las manchas de la infidelidad y de la idolatría, adoptó el proyecto definitivo de volver á sus estados, sin mas tardanza, y á este efecto, se alejó de las riberas del Gánjes el 13 de enero de 1399, habiendo llevado á cabo sus

operaciones en las orillas de aquel rio célebre en el breve espacio de cuatro dias.

Siguió entónces en su marcha una direccion noroeste, con la cual se aproximó al Djamna superior. Al entrar en los desfiladeros de las montañas de Servanlik, se vió acometido por un radjá indijena, quien á la cabeza de un crecido cuerpo de tropas, habia tomado una fuerte posicion en las alturas. Tras un combate tenaz y sangriento los Indos, aunque derrotados, no desmayaron. Volvieron á tomar posicion en un bosque frondoso, totalmente impenetrable á la caballería mogola, y los soldados de Timur hubieron de abrirse paso, al resplandor de hachones, al través de las malezas, durante el espacio de doce *koses* (unas 6 leguas); por último llegaron al valle situado entre las montañas de Kukeh y de Servanlik. Los Indos se limitaron á inquietar su retirada, sin tratar de hacerles frente en la llanura. Durante el mes entero que empleó en su penosa marcha entre bosques y por las sierras de aquel pais montaraz, suponen que Timur dió veinte y siete batallas y tomó siete fortalezas.

Por fin, desembocó en un rico distrito de tierras fértiles en granos, y entrando en el valle de Jumon, llegó á la ciudad de Menon. Pintannos los habitantes de este distrito como un pueblo de alta estatura, de cuerpo robusto y atlético; su territorio, por motivo de los bosques y colinas que lo cubrian, era jeneralmente reputado inespugnable. «Alentados con esta defensa natural, los jefes indijenas internaron por las serranías á sus mujeres é hijos, y juntándose los mas valientes y esforzados, tomaron posicion en las cumbres mas inaccesibles, desde donde hicieron llover sobre los Mogoles un granizo de piedras y otros proyectiles, dando alaridos asalvajados para insultarlos. Timur limitó no obstante su venganza al pillaje de Menon, y sin duda tuvo para esto buenas razones; en seguida, continuando su retirada, entró con sus tropas en la ciudad de Jumon, donde halló abastos de granos y otras subsistencias en cantidad

mas que suficiente para cubrir todas sus necesidades.» En fin, el 7 de marzo, mientras que sus tropas estaban acampadas en Jebhan, en las fronteras de Cachemira, se separó de ellas para ir precipitadamente á Samarcanda. El 9, llegó á la orilla izquierda del Indo, «cincuenta y siete dias despues de haber salido de las cercanías del Gánjes, y cinco meses y diez y siete dias despues del dia en que, atravesando el Indo en su marcha al este, habia dado principio á esta expedicion memorable.»

El modo con que Timur se retiró de la India no es ciertamente cual conviene á un conquistador; y hay motivos para creer que la parcialidad de los historiadores mahometanos nos ha representado bajo un falso colorido este término poco glorioso de tan brillante expedicion. «No parece con efecto, observa M. Dow, que Timur haya nombrado á ningun rey para el gobierno del Indostan. Confirmó en su posicion á todos los *subahes* que se le sometieron, y esta circunstancia probaria que se habia propuesto conservar este imperio bajo su autoridad; sin embargo no dejó tropas á sus espaldas, á no ser un pequeño destacamento en Delhi para preservar á esta ciudad de toda depredacion ulterior.» En suma, Timur parece que solo se reservó la posesion del Pendjab, y aun sus sucesores no la conservaron por mucho tiempo. Un hecho mas reparable todavía es que ni la relacion de Sehenfedin, el biógrafo parcial y panejirista de Timur, ni la del Ferishta, indican al parecer que se llevase grandes tesoros de la India. Durante el curso de su vida, que duró hasta 1405, hicieron por él preces públicas en las mezquitas del Indostan, y la moneda de este pais se acuñó en su nombre; pero, segun lo observa el mayor Rennel, este estado de cosas fué mas bien obra de la politica de los príncipes usurpadores que reemplazaron á Mahmud en el trono, que la del mismo Timur. A pesar de los cientos miles de hombres que habia hecho degollar el afan de su zelo relijioso, ó el frio cálculo de su política, y el número mayor todavía de los que le

hemos visto reducir á esclavitud, apenas se reparó un vacío en este populoso país. Las cosas volvieron luego á su ser primero; y retoñó la anarquía como bajo el reinado nominal del sultan Mahmud.

La ciudad de Delhi habia quedado triste y desolada, cuando, á los dos meses de la partida de Timur, Nusrat tomó de ella posesion. Pero pronto fué este espulsado por Ekbal, quien reasó las riendas del gobierno en medio de ruinas. Los habitantes que habian huido volvieron á afluir, y poco despues, nos dice Ferishta, la ciudad de Delhi, y sobre todo el barrio llamado de la ciudad nueva, fueron habitados por un crecido vecindario. Lahore, Debalpur y Multan permanecieron en poder de Khyzer (ó Khazzer) Khan, á quien Timur habia confirmado en su gobierno; Canudje, Oude, Kerrah é Iconpur se hallaban en poder de Khoja Jehan, que tomó el título de rey; el Guzerate y Malua estaban tambien en poder de jefes independientes; en suma, todos los gobernadores de provincia tenian sus pretensiones á la soberanía. Algunos de estos jefes fueron reducidos á la obediencia por el infatigable Ekbal, por cuya invitacion el ex-emperador Mahmud volvió, en 1401, de Guzerate á Delhi, donde le hicieron una pension. Huyó despues de esta ignominiosa humillacion, y á la muerte de Ekbal, que fué muerto en un combate contra Khyzer Khan, fué nuevamente llamado al trono. Su muerte vino á terminar, en 1413, un reinado señalado por extrañas vicisitudes y desastres sin igual. Los Omrahes confirieron el poder supremo á Dowlet Lodi, Patan de nacion; pero tras un reinado nominal que no llegó á durar un año, este último hubo de ceder el cetro á Khyzer Khan, quien reunió en una sola cabeza las soberanías de Lahore, de Multan y Delhi.

Khyzer era *seyde*, ó, en otras palabras, de la estirpe del profeta; y su padre habia sido gobernador de Multan bajo el reinado de Firus III. «Penetrado de gratitud para con su bienhechor Timur, dicen los historiadores, no tomó el dictado de sultan, y

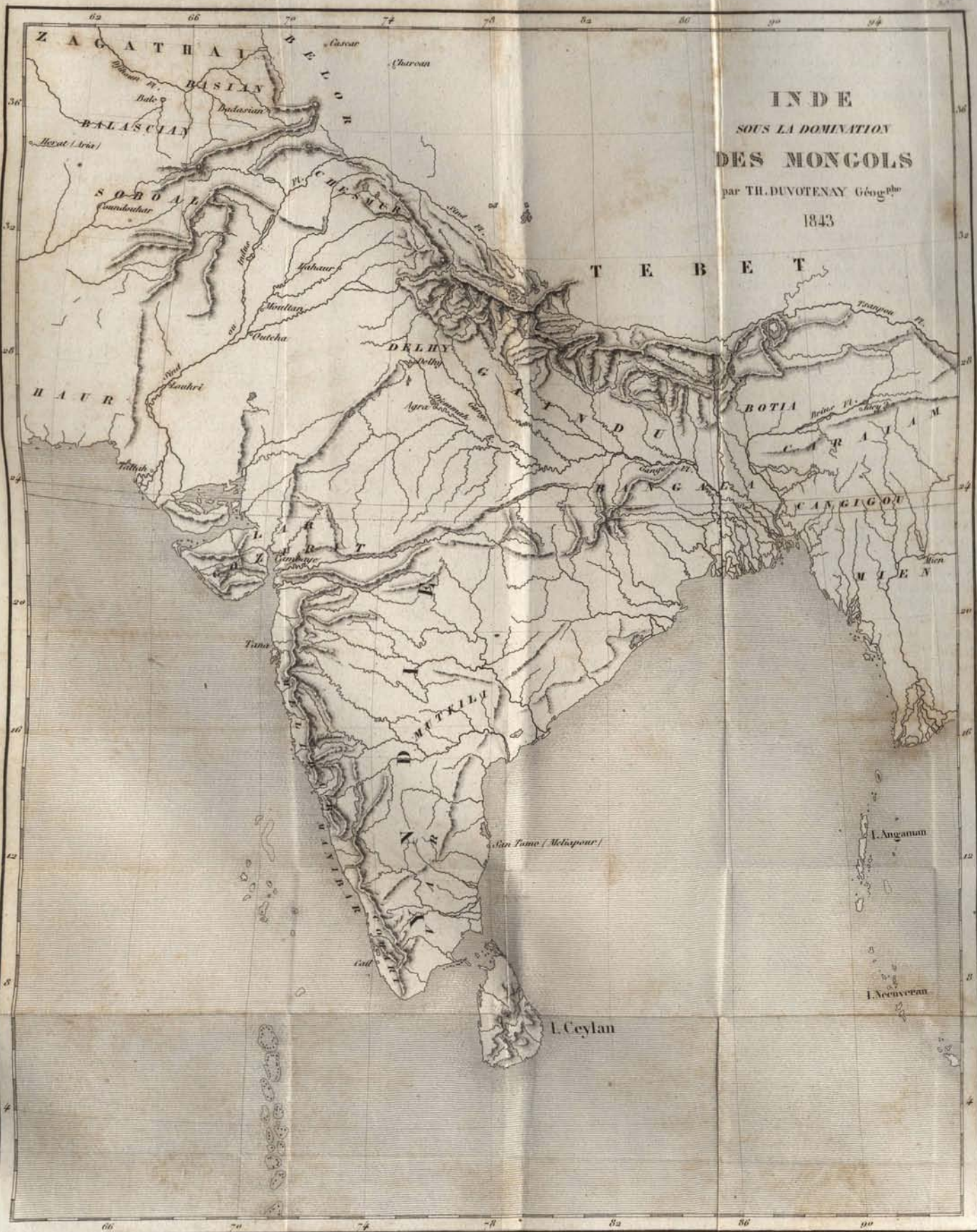
siguió mandando leer la *Khotbá* en las mezquitas en nombre de aquel soberano, contentándose para sí con el título de *Ayant-Aala*, (sumo en dignidad). Tras la muerte de Timur, se recitó la *Khotbá* en nombre de su hijo Schah Kokh, y se le añadía solamente una plegaria por Khyzer Khan. » Este último estremó la política hasta enviar de cuando en cuando un tributo á Samarcanda. A su muerte, sobrevenida en 1421, tuvo por sucesor, á tenor de su voluntad, á su hijo Mubarek Schah, quien tras un reinado de trece años, fué asesinado por su visir. Este traidor realizó entonces un plan ya de antemano concebido, colocando en el trono á uno de los nietos de Khyzer, con el nombre de Mahemed V. Este príncipe menguado y disoluto fué reemplazado, tras un reinado de doce años, por su hijo Alá II, quien, hecho cargo de su incapacidad y de las zozobras del solio, acordó poner las riendas del gobierno en manos de Bheloli, afghanés de la tribu de Lodi, con el pacto de que le dejarían terminar quietamente sus días en la ciudad de Badayun. Bheloli, que ya estaba en posesion de la capital y habia hecho asociar su nombre en la *Khotbá* al del sultan, tomó inmediatamente posesion de la soberanía, y «desplegó sobre su cabeza el quitasol imperial. »

Ibrahim, abuelo de Bheloli, habia ascendido por sus riquezas al gobierno de Multan, bajo el reinado de Firus, y su tío, Islam Khan, habia sido nombrado despues gobernador de Sirhind. A su muerte, era este último tan poderoso que empleaba para su servicio particular á doce mil Afghaneses, elejidos en gran parte en su propia tribu. Habia nombrado heredero á Bheloli, y como el partido de este acabó por triunfar, se habia aprovechado de esta ocasion para afianzarse el gobierno de Sirhind, al que agregó despues el Pendjab y Debalpur, y mas tarde la soberanía de Delhi. Para su época, dice Ferishta, fué un príncipe suave y virtuoso; era valiente, aunque cuerdo, moderado, y liberal; se complacia con la sociedad de personas instruidas. Murió

INDE SOUS LA DOMINATION DES MONGOLS

par TH. DUVOTENAY Géographe

1843



de muerte natural, á los ochenta años de edad. Su hijo y sucesor, Secander I, recobró una parte considerable del imperio, y trasladó su residencia á Agra en 1501. Durante su reinado llevaron á cabo los Portugueses por primera vez la travesía de la India doblando el Cabo de Buena Esperanza, pero como en esta época solo tuvieron relaciones con las costas del Decan, ni siquiera hace Ferishta mencion de este acontecimiento. Bajo el gobierno de su hijo Ibrahim II, el imperio fué nuevamente desmembrado, y tras un reinado de veinte años, «este príncipe orgulloso y malvado» perdió el trono y la vida en la batalla de Panipat, ganada en 1525, por el ilustre Mahomed Baber, en cuya persona se trasladó entónces la soberanía de la India de la casa de Lodi á la estirpe de Timur.

CAPITULO IV.

IMPERIO MOGOL.

§. I. Baber.

La vida de Baber, el verdadero fundador del imperio mogol, merecería referirse mas estensamente de lo que consenten los límites de un mero bosquejo histórico. Ha dejado memorias autobiográficas (1) singularmente interesantes, y que no solamente patentizan su carácter, sino que arrojan además mucha luz sobre las costumbres de sus compatriotas.

Djahir-el-din-Mohamed, apellidado Baber (el tigre), nació el 14 de febrero de 1483. Por parte de padre descendía en línea recta del famoso Timur Beg, al paso que por su madre, descendía de Chenghiz Khan. A los doce años de edad y á la muerte de su padre, el sultan Omer-Scheikh Mirza, vino á ser rey de Fergana. En esta época, uno de sus tíos era rey de Samarcanda y de Bokhara, otro era soberano de Hisar, de Termiz, del Kunduz, del Badakschan y de Khatlan; otro, rey de Cabul y de Ghazna; en fin, su tio materno, príncipe mo-

gol, poseía las fértiles provincias de Taschkend y de Schahrokheia, que se estienden á lo largo del Iaxartes. Al mismo tiempo reinaba sobre el Korasan el sultan Husein Mirza Baikra, descendiente del gran Timur, y el príncipe mas poderoso de su siglo. En Europa, tuvo Baber por contemporáneos á Henrique VII y Henrique VIII de Inglaterra; Carlos VIII, Luis XII y Francisco I en Francia; los emperadores Maximiliano y Carlos V: en España, Fernando é Isabel.

El padre de Baber habia dejado sus estados en el mayor desórden. Inmediatamente antes de su muerte, sus parientes y vecinos, el sultan de Samarcanda y el Khan de Taschkend, á quienes su conducta habia causado recelos (pues probablemente se quejaban de sus incursiones sobre sus territorios), habian entrado en una alianza al efecto de invadir su reino por dos lados opuestos. Por este tiempo se hallaba Baber en Andejan, y aunque tan niño todavía, no titubeó en defender aquella ciudadela. En aquel entretanto, habiéndose apoderado el sultan Ahmed Mirza de los distritos de Uratipa, de Khojend y Marghinan, estaba acampado á cuatro *farsangas* de la capital, cuando Baber le envió una embajada con el mensaje siguiente: «Claro está que debeis confiar la administracion de este país á alguno de vuestros servidores; yo soy á la par vuestro servidor y vuestro hijo; si me dais este encargo, quedará cumplido satisfactoriamente vuestro objeto.» Una contestacion altiva fué la respuesta de aquella cortés proposicion; pero ciertas circunstancias fortuitas determinaron luego al invasor á tratar de la paz. Una epizootia fatal habia diezmadado los caballos de su hueste, desalentada ya por la pérdida de muchísimo ganado al paso del rio Kaba, y por el valor del enemigo contra el cual tenia que luchar. El sultan Ahmed falleció á su regreso á Samarcanda. Por el mismo tiempo enfermó Mahmud Khan, tras una tentativa infructuosa para apoderarse de Akhsi, y fastidiado de la guerra, se volvió á su país. Desalado como los otros tras las conquistas, el rey de

(1) Voz griega que significa «de vida propia.»
N. del T.

Kachgar y de Khoten penetró poco despues en el territorio de Baber; pero tambien este nuevo enemigo se tuvo por dichoso de sortear los peligros de su situacion por medio de una negociacion amistosa.

Ferghana (el moderno Kokacin) es un pais de corta extension, compuesto de un valle ó llanura, ceñida por todos lados por una cordillera de montañas escepto al oeste (en la direccion de Khojend y de Samarcanda), y bañada por el rio Sir ó Djiun (el antiguo Iaxartes). Aquel era el territorio hereditario de Baber, que no lo guardó por mucho tiempo. En 1497, se apoderó de Samarcanda; pero una insurreccion que estalló en su propio reino le precisó poco despues á evacuar aquella capital. Abandonado de su ejército, hallóse luego sin territorio, á la cabeza de un puñado de servidores leales. En este momento crítico, una enfermedad peligrosa estuvo al canto de llevarlo al sepulcro, y él mismo nos dice que sus apuros y padecimientos fueron estremados. Al año siguiente, una contrarevolucion le hizo dueño de Ardejan, y habiéndose apoderado otra vez de Samarcanda por sorpresa, volvió á perder sus estados hereditarios mientras que proseguia esta última empresa. El invasor Schicbani Khan, poderoso jefe uzbek, despues de haberle vencido en batalla campal, le tuvo bloqueado en Samarcanda, la que otra vez tuvo que evacuar con un corto número de jente afecta. Asistido por dos de sus tios maternos, logró despues recobrar el Ferghana; pero poco despues fué completamente derrotado, y los dos Khanes cayeron en poder del enemigo. Tras este nuevo revés, anduvo mas de un año fujitivo, precisado á ocultarse en las montañas que ciñen al sur el territorio de Ferghana, y padeciendo á menudo las mas crueles privaciones. Viendo en fin que sus parciales andaban completamente dispersos, y desahuciado de recobrar sus posesiones hereditarias, acordó, despues de haber consultado al corto número de adherentes que todavía le quedaban, ir á buscar fortuna en el Korasan. Con esta mira salió,

en el verano de 1504, de las montañas del Ferghana, seguido de dos ó trescientos hombres mal armados y andrajosos. Obedecia entónces Badakshan á Khosru-Schah, jefe poco popular, y el mismo Baber confiesa que tenia alguna esperanza de reconstruir por este lado la fábrica de su fortuna perdida. Al paso del Amu, se le incorporaron otros partidarios, quienes le aseguraron que los Mogoles que estaban sirviendo á Khosru-Schah estaban rendidos todos á sus intereses. Baber, segun parece, tuvo á bien utilizar este estado de cosas para desterrar á Khosru, espulsarle y ponerse en su lugar, proyecto que llevó á cabo sin tener ni siquiera que sacar la espada, por cuanto habiendo abandonado á Khosru todos los clanes ó tribus mogolas que le servian, este último se vió en la precision de someterse á Baber.

Por este tiempo el territorio de Kabul era presa de la anarquía y su capital estaba en poder de un usurpador. Baber resolvió atacarle, y á últimos de octubre se apoderó de Kabul, de Ghazna y de los territorios anejos, sin combate ni contestacion. Desde aquel punto se halló en estado de estender sus conquistas en una nueva direccion. Despues de haber pasado revista á su ejército y reunido á los sujetos mejor enterados del estado del pais, se dedicó, segun dice él mismo, á pesquisas especiales por lo tocante á la situacion de sus diversos distritos bajo todos los puntos de vista. Algunos de sus consejeros querian que marchase sobre el Damian; otros opinaban por Bargesch, al paso que otros eran de dictamen que era forzoso adelantarse contra el Indostan. Prevalió este último parecer. «Jamás habia yo visto, dice Baber, ni el Indostan, ni ningun pais meridional; al llegar á este pais, vi un mundo nuevo. La yerba, los árboles, los animales monteses, las aves, los usos y costumbres de las tribus nómades (*ils ó cels y uluses*), todo era diferente de lo que hasta entónces yo habia visto. Quedé pasmado, y efectivamente motivos habia para estarlo.» Sin embargo Baber no traspuso el Indo en

aquella primera expedicion, y no fué mas allá de los países situados en la orilla occidental de este rio. Dirigió en seguida otras expediciones contra los Afghaneses y contra los Uzbeques de Caudahar y del Korasan. Durante el curso de una de sus expediciones, la guarnicion mogola de Kabul se aprovechó de la ausencia de Baber para sublevarse, y levantar al trono á su primo Ryzah. Apenas hubo llegado al ejército la noticia de esta revolucion, cuando la mayor parte de las tropas de Baber le abandonaron para volar á la defensa de sus familias, en términos que de mas de diez mil jinetes no quedaron mas allá de quinientos bajo las banderas del soberano. A la cabeza de este puñado de hombres, dirijiose Baber osadamente sobre Kabul, donde Ryzah salió á su encuentro con fuerzas muy superiores. Habiéndose adelantado á caballo hácia el ejército rebelde, Baber desafió á su rival en combate singular; pero como este último no se mostraba dispuesto á admitir el cartel, cinco omrahes lo aceptaron sucesivamente y fueron muertos por Baber. Esta conducta heroica causó en los rebeldes tan grande admiracion, que no quisieron pelear, y el usurpador fué preso. Baber le perdonó, pero habiendo Ryzah poco tiempo despues tratado de escitar nuevas revueltas en el imperio, le mandó quitar de enmedio.

A la muerte de Scheibani Khan, que pereció en una guerra donde se habia engolfado contra Schah Ismael soberano de Persia á la sazón, el cariño al suelo nativo movió á Baber á hacer una nueva tentativa para recobrar á Samarcanda. Esta empresa se desgració, y su mal éxito debe atribuirse á la malevolencia de sus aliados persas y á la impopularidad que le habia ocasionado su union con los Schites. Desde esta época Baber concentró sus operaciones en el este. Tras algunas demostraciones agresivas por este rumbo, resolvió marchar sobre el Indostan, con ánimo de hacer una conquista estable. Poco despues de la muerte del Iskander (secander) habia intimidado al sultán Ibrahim que le cediese los terri-

torios de Behreh (Bhira), de Bushbah, de Chanab y de Chaniat, que, desde el reinado de Timur, habian pertenecido á los Turcos. No hubo contestacion á esta demanda; pero Baber se apercibió para tomar posesion de las provincias reclamadas. Entró en ellas en 1524, á invitacion de los gobernadores afghaneses del Pendjab, despues de haber sometido el país de los Gakes (ó Gickes), y derrotado á algunos cuerpos al servicio de Ibrahim, pilló é incendió á Lahore. Marchó en seguida sobre Debalpur que tomó por asalto, y donde se hizo gran matanza. Despues de haber traspuesto el Satledje, ya llegaba á Sirhind, cuando la alevosa desercion de uno de los jefes del Pendjab le obligó á volver á Lahore y á orillar por aquel año la prosecucion de su empresa. Durante el curso de esta expedicion, se le juntó el sultán Alá el-din, hermano del emperador Ibrahim, á quien dió Debalpur, y á quien halagó probablemente con la esperanza de reinar tras él en el trono de Delhi. Poco tiempo despues, ajustó Alá con Docolet-Lodi-Khan, un tratado particular, por el cual cedia á este último la posesion de todo el Pendjab, con el pacto de tener la de Delhi y Ayna. Entrambos confederados marcharon entónces sobre Delhi y habiéndose juntado con Alá en su marcha varios emires poderosos hallóse entónces á la cabeza de cuarenta mil jinetes con los cuales puso sitio á aquella capital, pero sin lograr apoderarse de ella. Poco despues fué derrotado en un ataque nocturno dirijido contra el sultán Ibrahim, y toda su hueste se dispersó.

En su quinta y última expedicion de la India habia llegado Baber hasta Sialkot (diciembre de 1525), cuando recibió la noticia de esta derrota. El 1.º de enero, pasó el Beyah, y tres dias despues, atacó á Milwat, cuyas puertas le abrió Dowletkhan. Sirviéndonos ahora de sus mismas palabras Baber, colocando entónces su pié en el estribo de la resolucion y su mano en las riendas de la confianza en Dios marchó contra el sultán Ibrahim. El 12 de marzo, pasó el Djamna, en

frente de Sisaweh, y el 12 de abril (tras una escaramuzada en el intervalo con la vanguardia enemiga), acampó delante de Panipat. Constaba á la sazón el ejército de Ibrahim, de cien mil caballos y de mil elefantes, al paso que el de Baber, según dice Feristha, no contaba mas que trece mil hombres. El 21 se arrojaron ambas huestes. Baber formó sus tropas en dos líneas, después de haberlas repartido en cuatro grandes divisiones, cada una de las cuales tenía á á su espalda un cuerpo de reserva, y á la cabeza un pequeño cuerpo de caballería ligera para las escaramuzas, colocóse después él mismo en el centro de la primera línea. Inesperto en el arte de la guerra, Ibrahim no adoptó ningún orden de batalla, porque se imaginaba locamente que la superioridad del número debía bastar para acabar con el enemigo. Pronto se desengañó. El valor á toda prueba y el orden inalterable de las tropas mogolas rompieron luego la pesada columna que contra ellas se adelantaba, al paso que los dos cuerpos de reserva de que mas arriba hemos hablado abalanzándose rápidamente sobre los flancos del enemigo, le atacaron por la espalda. Cinco ó seis mil hombres del ejército de Ibrahim fueron muertos en un solo punto al rededor de este último, que tambien pereció y tres tantos mas quedaron tendidos en el campo de batalla, según los cálculos mas moderados. Baber utilizó cuanto pudo su victoria, enviando destacamentos para apoderarse á marchas forzadas de Ayna y Delhi, así como de los tesoros que habia en estas ciudades, mientras que él mismo seguía á cierta distancia con su retaguardia. El 10 de mayo, hizo su entrada en Ayna, donde eligió por residencia el palacio del difunto monarca.

De este modo fué completamente destruido el imperio patan del Hindostan. La conquista de Baber habia sido ciertamente mas osada y estraordinaria que la del sultan Mahmud el Ghaznevida, ó la de Schahab-eldin-Guri. « No atribuyo, dice en sus memorias, en un arranque de pia-

dosa gratitud, este triunfo á mi propia fuerza, y esta dicha no fué el fruto de mis conatos; sino que me vino de las fuentes del favor y de la misericordia divina. »

He aquí de que modo este emperador describe el aspecto interior de la India en aquella época :

« Cuando me apoderé de este pais, dice, ejercian en él la autoridad real cinco soberanos musulmanes y dos príncipes paganos. Aunque en las montañas y los paises montuosos habia muchísimos rais pequeños ó radjás sin importancia, estos monarcas eran no solamente los primeros, sino tambien los únicos jefes reales del Indostan. Uno de los imperios que gobernaban era de los Afghaneses, cuyo territorio comprendia la capital del pais y se estendia desde Behreh hasta Behar. Antes de caer en poder de estos últimos Jonpur habia pertenecido al sultan Husein Scherki. Esta dinastía se llama Punebi (oriental). El segundo príncipe era el sultan Mohamed Mazafer, que reinaba en el Guzerate, y habia muerto pocos dias antes de la derrota de Ibrahim; dan á su estirpe el nombre de Tang. El tercer reino es el de los Bramines en el Decan; pero en la actualidad los sultanes del Decan no tienen ni poder ni autoridad. Todos los distritos de su reino han caído en manos de los nobles mas poderosos, y cuando el príncipe necesita algo, tiene que pedirlo á sus propios emires. El cuarto rey era el sultan Mahmud, que reinaba en el pais de Malua, llamado hoy dia Mandú. Esta dinastía era la de Kilji. Ranasanka, monarca pagano, habia derrotado á los príncipes de esta familia y les habia tomado algunas de sus provincias; de ahí es que esta dinastía iba menguando. El quinto príncipe era Nasrat Schah que reinaba en Bengala. Su padre que era un seyd llamado sultan Alá-el-din, habia sido rey de este pais, y él mismo habia subido al trono por derecho de herencia. Hay en Bengala una costumbre singular; el derecho de herencia es desatendido en la eleccion del soberano; un trono está reservado al rey, y por ana-

lojía cada emir ó visir tiene un asiento destinado. Solo el trono y los asientos merecen el acatamiento del pueblo de Bengala. Cada uno de estos asientos tiene cierto número de vasallos, servidores y subordinados. Cuando el rey tiene á bien variar el titular de uno de estos asientos honoríficos, cualquiera que sea la persona á quien envíe en su lugar, es inmediatamente servida y obedecida por toda la secuela poco antes sumisa á las órdenes de su predecesor, y esta regla se observa asimismo para el trono real. Quien quiera que sea que mate al soberano y logre reemplazarle es proclamado rey inmediatamente; todos los emires, visires, soldados ó campesinos se someten á él en el acto, le consideran como á su soberano por tantos derechos como su predecesor, y le obedecían tan á ciegas como obedecían al último soberano. El pueblo de Bengala suele decir: «Estamos rendidos al trono; sea quien fuere el príncipe que lo ocupe, le obedecemos y le somos fieles.» Según otra costumbre vijente en este pais, se considera como una mengua para un rey el disminuir los tesoros de sus predecesores. Todo soberano al subir al trono, debe dedicarse á formar un tesoro personal. El acumular un tesoro es á los ojos de este pueblo una gran gloria y un título de distincion.

« Los cinco reyes musulmanes que acabo de mencionar son poderosísimos y disponen de huestes formidables. El príncipe pagano que tiene mayor estension de territorio y un ejército mas imponente es el radjá de Bijuager. Otro es el Ranasanka, cuyo primitivo principado se extendia solamente sobre el pais de Chitor. Aprovechándose de las disensiones que sobrevinieron entre los príncipes del reino de Mandu, se apoderó de muchas provincias que dependian de aquel territorio tales como las de Rantpur (Rantampore) de Serangpur, de Bhilsan y de Chanderi.... Habia además en la raya y en el mismo territorio del Indostan muchísimos rais ó radjás. Los mas de los cuales, prevaleándose de su

lejanía ó de las dificultades que presentaba el acceso de su pais, no se sometieron jamás á los príncipes musulmanes.

« El pais y las ciudades del Indostan son muy feos; ofrecen un aspecto uniforme á mas no poder; los jardines no están cercados, y los mas tienen un plan liso. La violencia de los torrentes que enjendra la estacion lluviosa ha producido en las tierras ribereñas de los rios escavaciones profundas que hacen su paso árduo y penoso. En muchísimos puntos, está el llano tan erizado de maleza espinosa, que el pueblo de los *perganas* halla un refugio seguro en aquellos bosques inaccesibles, donde suele vivir en estado de rebelion y se niega al pago del impuesto. Fuera de los rios, se hallan pocas aguas corrientes en esta rejion inmensa. Encuéntranse acá y acullá algunas aguas estancadas. Todas las ciudades y los barrios que las componen sacan la que necesitan de estanques ó pozos, donde la recojen durante la estacion lluviosa. En el Indostan, la aglomeracion ó la dispersion de una gran poblacion, la destruccion total de las aldeas y hasta la de las ciudades, son casi instantáneas. En el espacio de veinte y cuatro ó de treinta y seis horas, ciudades grandísimas, pobladas desde luengos siglos, en ahuyentando de ellas una alarma repentina á los habitantes; se van á hallar reducidas á un abandono tan completo que apenas cabe ver en ellas el menor vestigio de la presencia de seres humanos. Si por otra parte, una poblacion elije para establecerse un punto particular, como no necesita corrientes ni diques, puesto que sus cosechas se producen sin necesidad de riego, como por otra parte la poblacion del Indostan es infinita, á poco tiempo se ve afluir al sitio elegido una multitud de naturales. Construyen un estanque ó bien abren un foso. En cuanto á un fuerte y sólidas murallas, son cosas enteramente superfluas, puesto que abundan el bálag y las piedras; con estos materiales levantan chozas, y la construccion de una aldea ó de una ciudad

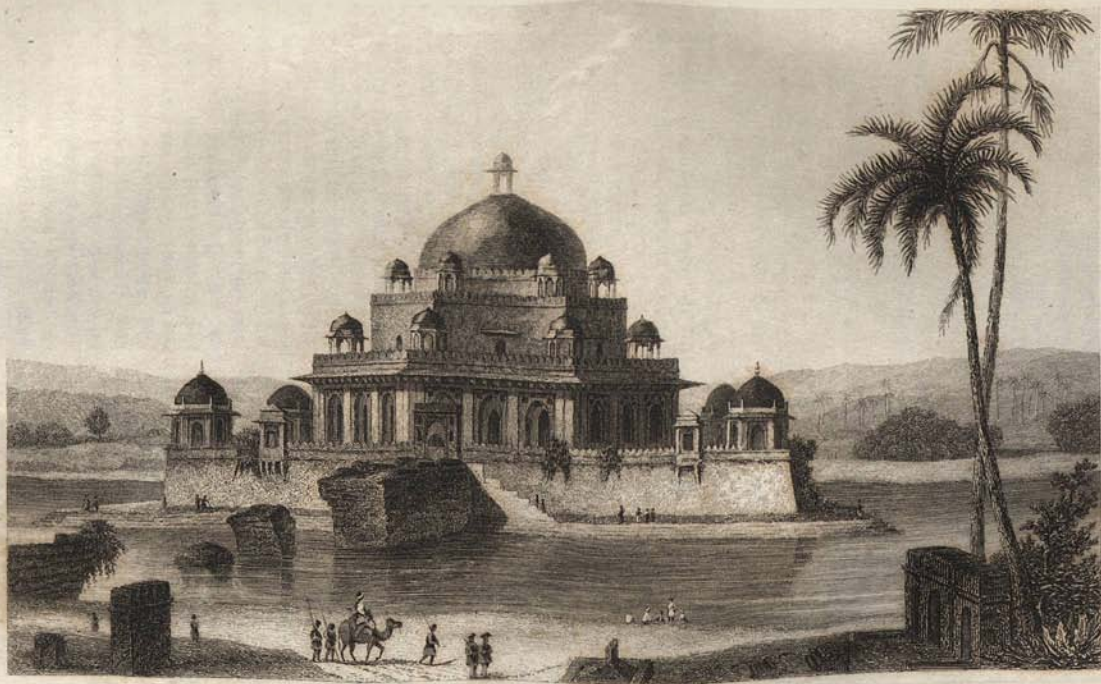
es negocio de un instante.

Pocos son los placeres que ofrece el Indostan; el pueblo no es hermoso; no tiene la menor idea de los embelosos de la vida social y del coloquio franco y familiar. No tiene ni nimen, ni alcance intelectual, ni urbanidad de costumbres, ni afabilidad; no es ni ingenioso ni inventivo, ni en el plan ni en la ejecución de sus trabajos manuales y no posee ni el sentimiento ni la ciencia de la arquitectura. No se hallan en el Indostan ni buenos caballos, ni buena carne, ni uvas, ni melones, ni ninguna fruta buena, ni hielo, ni agua fresca, ni buen alimento, ni siquiera pan en los bazares, ni baños, ni colejos, ni velas, ni hachones, ni candeleros. En vez de vela ó hachón no tiene uno para alumbrarse mas que una hilera de Indos sucios, cuya mano derecha empuña una como lamparilla, y la izquierda una calabaza destinada á alimentar la llama. Además de los rios y estanques, se hallan algunas aguas corrientes en las ramblas y barrancos; pero no hay que esperar hallar acueductos ni canales en sus jardines y palacios. En sus edificios, desatienden la elegancia, el clima, la forma y la regularidad. Los labriegos y las jentes de ínfima clase viven en un estado de desnudez completa, etc., etc.

Baber habia conquistado el Indostan; pero habia que conservarlo, y en primer lugar tuvo que luchar contra la malquerencia de los emires afganeses, que mantenidos cada uno en su gobierno, no por esto detestaban menos á los Mogoles como usurpadores, y habian logrado atraer á su partido á los principales príncipes radjputes, los mas valientes entre los Indos. Estos reconocieron en el oeste un ejército de cien mil hombres, al que dieron por jefe á un hermano del difunto sultan Mahmud. El jóven conquistador, rodeado por todas partes de enemigos ó de aliados alevosos, no podia tener confianza sino en el valeroso aunque pequeño ejército que habia traído de sus montañas, y su posicion era por consiguiente bastante crítica. Algunos de sus capitanes mas valerosos le

aconsejaban que se retirase sobre Kabul, ó al menos á las provincias del Indo; pero su indomable valor rechazó la idea de soltar sin combate tan rico imperio. Contestó que la voz del honor hablaba muy recio á su oído, y animado de un entusiasmo que comunicó á sus soldados, prorumpió: «Puesto que la muerte es inevitable, al menos es glorioso, arrostrarla con valor, de cara á cara, antes que cejar, para ganar algunos años de una mísera y vergonzosa existencia; granjeémonos gloria al menos, puesto que mas allá de la luzera no hay para el hombre sino gloria solamente, » y al mismo tiempo les recitaba los versos en que Firdusi, en el Schah Nameh desarrolla los mismos sentimientos. Luego recordando á los suyos que los mas de sus enemigos eran infieles, apeló á su zelo religioso y les hizo jurar sobre el Alcoran vencer ó morir. Baber no era ciertamente un santo musulman; antes al contrario, habia contraído ciertos hábitos contrarios á la ley del profeta; pero en este trance hizo voto de no beber mas vino en adelante, y en prueba de su sinceridad, mandó quebrantar y distribuir á los pobres toda la vajilla de oro que figuraba ordinariamente en su mesa.

Después de haber levantado de este modo el ánimo de sus tropas, Baber se dispuso para el combate. El enemigo tenia una superioridad inmensa en caballería valiente, pero indisciplinada, y él mismo no tenia mas que destacamentos de caballería lijera, mas propios para escaramuzas ó el pillaje que para figurar en una batalla campal. Su verdadera fuerza consistia en arcabuceros y en un tren de artillería, arma poco empleada hasta entónces en las guerras de la India. Los cañones colocados á la vanguardia y trabados unos con otros por medio de cadenas, formaban una especie de parapeto delante del ejército. Detrás estaba la infantería, y la caballería en las alas ó en reserva. La batalla comenzó muy temprano; la hueste enemiga, desplegando sus grandes masas, hubo envuelto luego á la pequeña falanje de los Mogoles. Pero con sus armas de fuego y sus ca-

*Tombeau de Sheer-Shâ**Mausolée de Sheer-Shâ.*

Mausolée de Sheer-Shâ.

ñones Baber rechazó cuantas cargas hizo contra él; y por último, cuando la vió conmovida por el mal éxito de sus ataques, se puso á la cabeza de un cuerpo selecto, y tomando entonces la ofensiva, se abalanzó sable en mano sobre el enemigo, que huyó en todas direcciones, abandonando en el campo de batalla los cadáveres de muchos de sus jefes.

Así se desvaneció esta confederación poderosa. Pero no bastó esta victoria para afianzar al descendiente de Timur la quieta posesion de su magnífica conquista. Turbáronle aun repetidas veces las insurrecciones que estallaron en el Kabul ó en la India, y murió en 1530, tras un reinado de cinco años solamente como soberano del Indostan.

Baber descuella entre los príncipes mas cabales que hayan parecido en el trono de la India, aunque no haya sido quizás ni el mas grande ni el mejor. Su valor militar era de los mas brillantes, y algunas de sus hazañas ofuscan, segun los historiadores, los rasgos mas heroicos de la vida de su abuelo Timur. Sin embargo parece que su talento fué mas propio de un guerrillero osado que de un gran jeneral. Fué casi tantas veces vencido como vencedor, y durante largo tiempo perdió sus conquistas con tanta facilidad como las hacía. Al fin de su vida, sin embargo, su mérito militar fué al parecer mas certero, y en las grandes batallas que dió en medio de las llanuras del Indostan, mostró las prendas que distinguen á los jenerales mas consumados. Su fuerza física y su destreza en todos los ejercicios del cuerpo eran casi sobrenaturales, segun dicen sus contemporáneos. Era apasionadísimo á la música y á la poesía, y si las memorias que nos ha dejado no muestran grandes reflexiones filosóficas, échanse de ver en ellas por otra parte un juicio muy recto y un espíritu observador, aplicado incesantemente á los acontecimientos que pasaban en torno suyo. Las grandes prendas morales con que han querido engalanarle podrian quizás contestársele. Parece no obstante que era amable, jeneroso, fran-

co, y aunque sus altas hazañas militares hayan sido tiznadas por barbaries, inseparables desgraciadamente de la historia de su estirpe, tambien supo mostrarse elemente y humano, hasta con sus mas crueles enemigos. La proteccion que dispensaba á las caravanas del comercio, aun en circunstancias en que las leyes de la guerra le hubieran autorizado á pillarlas, prueba un entendimiento justo y jeneroso. Desgraciadamente para su gloria nunca se le vió en la paz pensar, en hermosear el pais conquistado por sus armas, en mejorar la condicion de los pueblos sometidos á su cetro. Verdad es que las vicisitudes de su fortuna le dejaron poco lugar para pensar en ello; pero estas mismas vicisitudes fueron en parte causadas por su carácter desasosegado, que sin cesar le impelia á nuevos proyectos de conquista. Si durante cierto período de su vida renunció al vino, abandonóse despues con esceso, y en sus memorias él mismo refiere las asquerosas orjías á que se entregó; es probable que abreviasen su vida, aunque no parece que jamás le distrajesen de los negocios del estado.

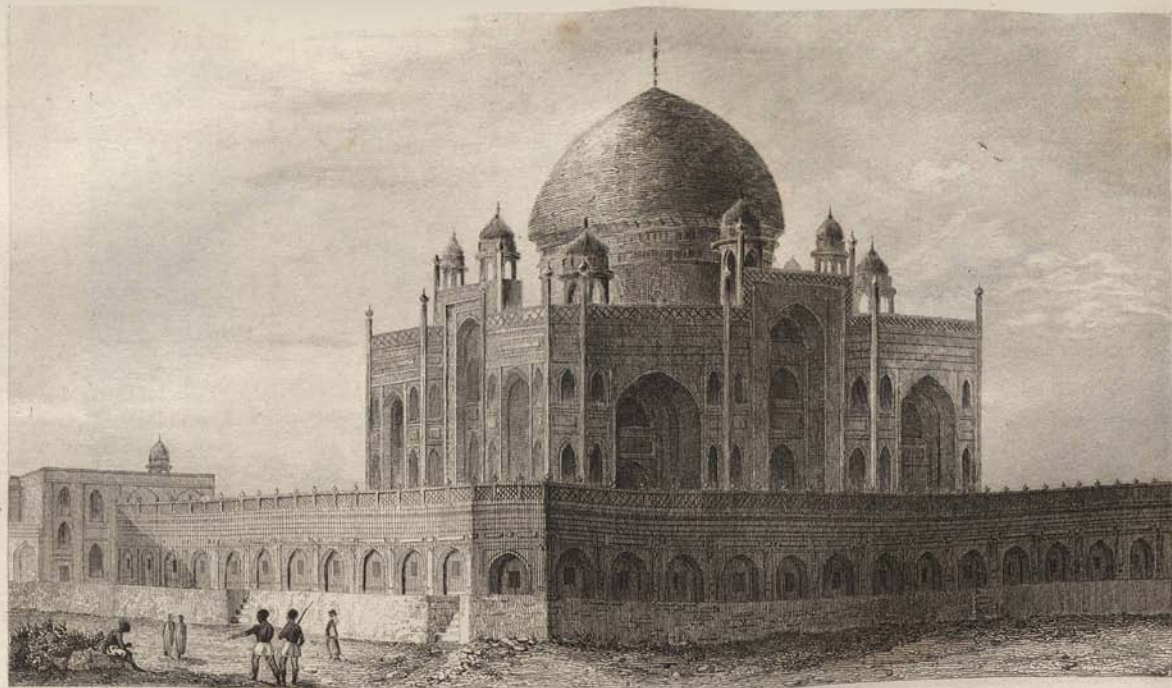
§. II. Humaiun.

Baber legó su imperio mal seguro aun á su hijo Humaiun, príncipe de índole amable, de sólida instruccion, de gusto culto, aunque quizás algo fantástico. Estaba prendado ante todo del estudio de la astronomía, que, en aquella época y en aquel pais, estaba mezclada de astrolojía judiciaria. Mandó construir siete grandes salones de recibo, dedicados cada uno á uno de los planetas. Los oficiales del ejército eran recibidos en el salon de Marte; los jueces y secretarios en el de Mercurio; los embajadores, los poetas y viajeros en el salon de la luna. Pero desviáronle luego de estos entretenimientos los afanes y los desvelos del imperio; y se mostró entonces á la altura de su posicion. En primer lugar tuvo que sostener una guerra contra Bohadur, el soberano del Guzerate. Un zelo religioso, harto escrupuloso quizá, le habia estorbado aprovecharse de

los embarazos de este príncipe, empuñado en una guerra contra el rajá infiel de Chitore. Sin embargo, cuando se hubo decidido á tomar las armas, levantó una hueste tan numerosa y la capitaneó tan bien, que el enemigo no osó aguardarle en una batalla campal. Huyendo de Humaiun, Habadur pasó á Ahmedabad, después de haber depositado sus tesoros en la fortaleza de Chapani, tenida por inespugnable. Pero el emperador mozo, á la cabeza de un cuerpo selecto, escaló los costados perpendiculares del peñón, y tomó la plaza por sorpresa, hazaña cuya memoria ha conservado la tradición, y que parangona con las mayores hazañas de Baber y Timur. Después de haber así terminado felizmente su primera guerra, esperaba sin duda un reinado tranquilo y próspero, cuando le fué forzoso empuñar las armas contra sus hermanos Camran é Hindal, que se rebelaron con las tropas que mandaban. Por otra parte estas divisiones escitaron á Sherkhan, jefe patan, que seguía aun en posesión de Bengala, á adelantarse, á la cabeza de un grande ejército, contra Humaiun. Este no pudo reunir bastantes tropas, y habiendo sido derrotado, se refugió en Agra. Pero viendo entonces sus dos hermanos que sus discordias iban á causar la ruina de su casa, se unieron al emperador. Así reforzado Humaiun, volvió á tomar la ofensiva contra Sherkhan; pero fué otra vez derrotado, precisado á abandonar su capital y á buscar un asilo entre los pequeños príncipes de su frontera. Poquitos de ellos permanecieron fieles al monarca vencido. Precisado á huir de nuevo, fué á pedir la hospitalidad á Maldeo, que le hacía las mayores protestas de amistad; pero echando de ver luego que todas sus palabras encubrían intentos alevosos, atravesó apresuradamente el gran desierto del Oeste; y con los pocos servidores que le habían permanecido fieles en la adversidad, se retiró allende el Indo. En esta fuga, se vió reducido á apuros que por maravilla han conocido los príncipes desdichados del Asia. Ha-

biendo su caballo muerto de fatiga y de sed en los arenales del desierto, no hubiera podido ajenciarse otro, á no haberle dado un soldado el caballo que llevaba á su madre. Un día, después de haber padecido los mas crueles tormentos de la sed, el cuerpo de los fujitivos encontró finalmente un pozo alimentado por un manantial abundante; desgraciadamente no tenían mas que un cubo; y cuando este llegó al fondo del pozo, la multitud se abalanzó á él con tanta violencia, que la cuerda se rompió, el cubo cayó en el fondo, y algunas personas tras él. Entre tanto la retaguardia estaba vivamente estrechada por el enemigo, por lo cual fué forzoso seguir arrebatadamente la marcha. Humaiun llegó casi solo á Emircot, al otro lado del desierto. En medio de estas calamidades le anunciaron que le había nacido un hijo; y este hijo fué el célebre Akbar, que vino á ser después el príncipe mas grande del Asia. Teniendo que huir sin cesar, no pudo evitar que este hijo querido cayese en manos de un traidor, que lo entregó á Camran, su hermano enemigo mortal.

Siempre perseguido, Humaiun fué á pedir asilo, en Persia, á Shah Tamasp, quien le recibió con la mas espléndida hospitalidad, y le facilitó los medios de mantener una casa digna de su esclarecido nombre. Habiendo prometido convertirse á la feishita, Humaiun fué colocado por aquel príncipe á la cabeza de un cuerpo de diez mil hombres, con los cuales emprendió reconquistar sus estados. Encaminóse primeramente á Kabul, que su hermano Camran trató de disputarle. Dueño de Caudabar, que le abrió sus puertas y le ofreció recursos para aumentar el número de sus soldados, fué á poner sitio á Kabul. Allí le aguardaba su hermano; y cuando Humaiun se presentó delante de la ciudad, Camran le mostró á su hijo Akbar, atado á una hoguera, jurando hacer perecer al niño, en no retirándose el padre. Pero este sin dejarse aterrorizar por semejante espectáculo, anunció al contrario que iba á atacar á la ciudad con mayor



L'oriental del

L'oriental del

Tombau de l'Empereur Hoomayoun près de Dely.
Sepulcro del Emperador Hoomayoun cerca de Dely.



Akbar.

Akbar.

brío que nunca; y Camran, asustado por su resolución, huyó con sus parciales mas comprometidos. Humaiun, habiendo recobrado á un tiempo un trono y á su hijo, reinó otros nueve años en Cabul, molestando siempre por su hermano, que mas de una vez le redujo al postrer apuro que acabó por ser vencido.

No obstante Sher Khan era dueño reconocido del Indostan, y estendia por todos lados los límites de su imperio. Era un príncipe cuerdo y justo. Los trabajos que emprendió para la seguridad y bienestar de los viajeros, trabajos que en toda el Asia están al cargo de los soberanos, estaban concebidos en una escala, de que ningun reinado anterior pudo darle la menor idea. En toda la anchura del Indostan desde el Gáages hasta el Indo, mandó construir una gran carretera con árboles frutales por ambos lados, con un pozo de dos en dos millas, y á cada etapa, caravanas, donde los viajeros eran mantenidos á espensas del tesoro público. Se habia dedicado sobre todo á hacer administrar justicia á sus súbditos; la seguridad era jeneral; y su muerte, tras un reinado de cinco años, fué considerada como una calamidad pública. Sucedióle su hijo Selim, menos cuerdo y hábil que su padre; y cuando murió, tras nueve años de reinado, dejando el trono á un niño, el imperio fundado por Sher Khan fué sajado por las disensiones de la familia real, y por las repetidas rebeliones de los omrahes y de los vireyes. Entonces los amigos de Humaiun le instaron para que volviese á salir á campaña, afirmando que su aparicion á la cabeza de un ejército, aunque no muy crecido, bastaria para derribar un imperio mal cimentado. Harto mal seguro él mismo en el trono de Kabul, fuéle arduo decidirse; pero reuniendo finalmente 15.000 caballos, marchó sobre el Indo, donde se le juntó Byram, el mejor de sus jenerales, á la cabeza de un cuerpo de veteranos que le traia de Candahar.

El ejército, despues de haber pasado el río, encontró desde luego á Tartar Khan, gobernador de Lahor,

re, que fué sorprendido y derrotado por Byram. Sin embargo los omrahes habian colocado en el trono á un sobrino de Sher Khan, Secander Khan, príncipe no menos capaz que valeroso. A la cabeza de una hueste de 80.000 hombres, salió al encuentro del enemigo; y en la batalla que se trabó, mostraron ambas partes un encarnizamiento increíble. Por parte de los Mogoles, Humaiun y Byram mostraron no menos prudencia que enerjía; pero el que mas descollo fué el jóven Akbar, que apenas tenia á la sazón trece años, y cuyo heroismo infundió á las tropas un ardor sobrenatural. Los Patanes fueron por fin derrotados, y Secander huyó á las montañas del norte, dejando la hermosa llanura del Indostan abierta á las armas de los conquistadores.

Humaiun vencedor marchó sobre Delhi, y volvió á sentarse en el trono del que habia estado ausente durante trece años. Pero solo subió á él para fallecer pues antes del año, bajando por la escalera de mármol de su palacio, dió una caída que resultó mortal. Era un príncipe valiente, amable, instruido, cuya carrera tuvo mas vicisitudes que la de ningun otro monarca del Asia. Quizás quepa imputar todas sus desdichas á su jenerosidad para con sus indignos hermanos que le hicieron traicion; Ferishta dice que si hubiese abrigado su corazon menos bondad, hubiera sido un príncipe mas grande. Si tal es con efecto la verdad, vendria esto á justificar hasta cierto punto las crueldades que suelen tiznar la historia de los reyes asiáticos. El principio de la primojenitura tan firmemente establecido en Europa no tiene casi ningun valor en aquellas desventuradas rejiones; y todo príncipe de sangre real que puede labrarse un partido ó hacerse popular, se deja llevar con harta facilidad del deseo de espulsar al soberano reinante y de ascender él mismo al trono.

§. III. Akbar.

En 1566 principió Akbar su largo reinado de cincuenta y un años, du-

rante el cual, se mostró el mas grande de todos los soberanos que hayan empuñado el cetro de la India. De edad apenas de trece años, cuando subió al trono de tan grande imperio, no podia estar bien afianzado en él. El pais se veia desolado por las rebeliones de los gobernadores, de los omrahes patanes, de los príncipes radjputes. Peleó contra todos sus enemigos con un talento y á veces con un heroismo mas digno de un caballero errante que del príncipe de tan grande imperio. Yendo en una ocasion á castigar al virey rebelado de Bengala, Akbar se impacienta de verse separado del enemigo por el Gánjes y sin medios de pasarlo. A la cabeza de un centenar de caballos se arroja á nado en el rio, y apenas llega á la opuesta orilla, allá se abalanza sobre el enemigo. Este que se tenia por seguro, se entregaba á los placeres y festines, cuando de repente oyen las cajas tocar la marcha imperial; y sobrecojidos de espanto, se dispersan. Akbar sin embargo se habia dirigido con toda la velocidad de su caballo á la tienda del jefe Zeman, que fué el único de todo el ejército que trató de resistirse y se hizo matar con las armas en la mano. Los demás habian desaparecido ante un puñado de hombres.

Noticianle en otra ocasion que varios jefes mogoles se han sublevado en el Guzerate, y que están sitiando á Ahmedabad, su capital. Al punto manda partir de Agra dos mil caballos, que sigue él mismo luego á la cabeza de un destacamento selecto, y marchando arrebatadamente, á razon de veinte leguas al dia, llega en una semana al teatro de los acontecimientos. Cuando las avanzadas del enemigo fueron á preguntar de quién era aquel pequeño ejército, y noticiaron al campamento que iba capitaneado por el rey de los reyes en persona, los rebeldes aterrorizados se disponian para huir. Sin embargo sus caudillos lograron contenerlos y conducirlos á la pelea; pero tras una refriega de breves instantes, fueron completamente derrotados.

Mientras que sus soldados iban persiguiendo á los fugitivos, Akbar, que con doscientos hombres se habia parado sobre una colina, reparó un cuerpo de cinco mil caballos que todavía no habia tomado parte en la refriega, y que avanzaba sobre él. Sus oficiales le instaban para que se retirase inmediatamente; pero él, desechando tales consejos, mandó batir marcha y se abalanzó sobre el enemigo á la cabeza de su pequeño destacamento, como si hubiese sido la vanguardia de un grande ejército. Engañados los otros por esta audacia, volvieron grupas, y fueron perseguidos por espacio de algunas millas. El mismo dia hacia el emperador su entrada triunfal en Ahmedabad, y la rebelion quedaba definitivamente sofocada. En otra ocasion, seguido de ciento y cincuenta caballos solamente, atacó tan impetuosamente la retaguardia de un ejército, que este sobrecojido de espanto, se dispersó completamente. Habiendo mas tarde tomado las armas para castigar al Subá de Bengala, Daud, le desafió á pelea singular y en términos tan audaces que este huyó y jamás osó presentarse delante del emperador.

Todos estos modos de obrar eran muy ajenos de las reglas del arte militar, y cuadraba poco á un monarca que gobernaba á cincuenta millones de hombres, y mandaba una hueste poderosa. Pero los Indos y los Orientales, en jeneral, son fácilmente impresionables por cuanto les parece maravilloso, y muy propensos á exajerar cuanto tiene visos de tal. Las hazañas extraordinarias de Akbar le daban á sus ojos un carácter sobrenatural que hacia temblar de pavor á todos sus enemigos y afianzaba la victoria mucho mejor de lo que hubieran podido hacerlo las operaciones de una campaña conducida segun todas las reglas del arte. Así fué que no solo logró afianzar la posesion tranquila de las provincias del Indostan, sino que conquistó además todo el Guzerate, Bengala, y una parte del Decan. Al fin de su reinado, habia reunido bajo su cetro

casi todos los países á donde anteriormente habían llevado los Musulmanes sus armas.

Uno de los trabajos mas reparables llevados á cabo bajo sus órdenes fué el libro conocido con el nombre de *Ain Akbary*, y que contiene una estadística cabal de su imperio, redactada bajo su direccion y la de *Abul Fazel*, su digno ministro. Hállase en él la descripción de su imperio, de su gobierno, de sus ocupaciones personales desde los negocios mas importantes del estado hasta la descripción de su caza á las perdices, hasta el modo de criar los halcones; por cuanto hasta los placeres que se permitia le proporcionaban, segun él mismo se espresa, los medios de estudiar el carácter de los oficiales que le servian. Las noticias estadísticas que nos enteran de la estension y de las producciones de cada provincia son de sumo interés. Segun toda probabilidad, se recojieron para regular el impuesto, punto en el cual pretende *Akbar* haber aliviado á los pueblos de una parte muy reparable de las cargas que por sus predecesores le fueron impuestas. No obstante la proporcion que *Akbar* pedia á los contribuyentes era ciertamente muy crecida; pues era el tercio del producto en bruto de la tierra. Reconoce que bajo la antigua administracion inda era solamente de un sexto; que en el Iran y en Persia no es mas que del décimo; pero estos gobiernos imponian, dice, otras muchas cargas que gravitaban mas pesadamente sobre el pueblo; pero él renunció á todos los impuestos menos al de la tierra. Entre los que abolíó, habla de un catastro, de una contribucion particular sobre los artesanos y pescadores sobre las diversas especies de arboles, sobre los bueyes, sobre la venta del ganado, y otros, que lastimaban especialmente á los menesterosos y trababan la actividad natural del comercio. Es pues de creer que, á pesar de la enorme proporcion que él pedia á la produccion agrícola, su administracion alivió con efecto á la gran mayoría de sus súbditos.

Durante el reinado de *Akbar* parecieron por primera vez los misioneros cristianos en la corte mogola. No parece que él mismo se hubiese adherido á ninguna religion en particular; pero una curiosidad le movia á anhelar conocer á las diversas especies de hombres que pueblan la tierra, y sus diversos cultos. Habiendo pues oido hablar de hombres nuevos llegados de un país muy lejano y que profesaban una religion diferente de cuantas se conocian en la India, quiso verlos y hablar con ellos. Dirigió pues una carta á los Portugueses de Goa, rogándoles que les enviasen misioneros, con libros de su religion, prometiéndoles que se les dispensaria la mejor acogida. El nombre del Mogol no dejó de producir algun impulso de temor al principio; pero los piadosos personajes elejidos para esta mision no creyeron poder rehusar una propuesta que acaso podia traer grandísimos resultados. En consecuencia, el 3 de diciembre de 1568, *Aguaviva*, *Monserate* y *Enriquez* partieron de Goa para Surate.

Llegados á este puerto, los misioneros, escoltados por un destacamento de caballeria, pasaron en primer lugar á *Tapti*, en seguida le *Nerbada*, y atravesaron por *Mandu*, que dicen haber debido ser una de las mayores ciudades del mundo, por cuanto sus ruinas cubrian un espacio de diez y seis leguas de circunferencia. Llegaron despues á la gran ciudad de *Udjein*. Por el camino advirtieron las supersticiones de los *Banianos*, que no querian ni matar á ningun ser viviente, ni asistir á la muerte, y que, al paso que desatendian á sus propios enfermos y dolientes, mantenian ricos hospitales para las diversas especies de aves y animales. Un capitan portugués que los acompañaba utilizó aquella observacion para hacer una especulacion harto singular; reunió muchos perros, y juró que los iba á matar, si no pagaban por ellos un rescate; y los *Banianos* lo pagaron desde luego. Vieron además en cada ciudad pirámides de diversas formas, levantadas á la memoria de las mujeres que se

habian abrasado sobre el sepulcro de sus maridos. La estrañeza de su hábito atrajo algunos insultos á los misioneros; jeneralmente provocaba la risa; pero su escolta de jinetes mogoles los protejió siempre eficazmente contra toda tropelía. En fin, el 19 de febrero, fueron recibidos por un gran cuerpo de tropas montadas en caballos, camellos y dromedarios, que los condujeron en gran pompa a Fatipore, donde el emperador habia fijado entónces su residencia.

Tan pronto como hubieron llegado, los condujeron á la presencia de Akbar, que nos pintan como un hombre de unos cincuenta años, de tez semejante á la de los Europeos, y de fisonomía que denotaba vivísima inteligencia. Los agasajó en estremo, ofreciéndoles cuanto podia imaginar, hasta dinero, y se mostró muy edificado al ver que lo rehusaban. Cuando patentizaron ante sus ojos una imájen de la crucifixion, la saludó, se arrodilló y le tributó homenaje al modo de los Musulmanes, de los Indos y de los Cristianos. Segun la relacion de los misioneros, quedó embelesado con una rica imájen de la Vírjen, á quien declaró digna de la reina de los cielos. Los Portugueses le hicieron presente de una Biblia en cuatro lenguas; besó Akbar el libro, y lo llevó á la frente, segun costumbre de los Musulmanes. Rogáronle que los encarase en una conferencia pública con los molahes ó doctores mahometanos. Concediósele esta demanda; y cuentan los misioneros muy pagados de sí que sus argumentos quedaron victoriosos y sin réplica; reconocen no obstante que su triunfo hizo poquísima mella en el ánimo obcecado de sus adversarios. Sin embargo el emperador se declaró muy edificado, y se espresó en términos tales, que dieron cabida á las esperanzas malisonjeras en punto á su conversion. Pero el tiempo iba pasando, y por mas que les mostrase siempre el mismo favor, siempre hallaba uno ú otro pretexto para no tomar un partido decisivo. Al fin uno de los palaciegos tuvo un coloquio reservado con los misioneros, á quienes dijo que se lisonjea-

ban con vanas esperanzas; que S. M. no tenia mas objeto que satisfacer su curiosidad, llamando á su corte á personas de todos paises y de todas religiones; pero que no tenia la menor intencion de convertirse á su doctrina. Y con efecto, si hemos de juzgar por ciertos pormenores que nos fueron trasmitidos por los mismos misioneros, motivos hay para creer que Akbar queria divertirse á costa de ellos. Anuncióles un dia que un gran doctor mahometano, para probar la superioridad de la religion, se proponia arrojarle á una grande hoguera, con el alcoran en la mano, jurando que saldria de ella sano é ileso; y les invitó á hacer otro tanto con la Biblia. Los frailes, que habian dejado columbrar ciertas pretensiones á poderes sobrenaturales, quedaron muy turbados. Contestaron desde luego que despues de haber combatido tan victoriosamente por la causa de la verdad en varias conferencias públicas, no era razonable pedirles que se espusiesen á una prueba tan descabellada y peligrosa; y que por otra parte estaban prontos para reentablar la discusion contra cualquiera que se presentase. Volvió á comenzar con efecto la discusion; pero Akbar, que no habia orillado su intento, renovó la proposicion, comprometiéndose á hacer de modo que el *molah* fuese el primero en pasar por la hoguera, con el pacto de que uno de los misioneros se obligaria á seguirle. Tras madura deliberacion acordaron los misioneros muy cueradamente que no cabia apelar á una prueba tan estravagante. Entónces el emperador, chasqueado, y cuya curiosidad estaba ya satisfecha, no los vio sino de tarde en tarde; y poco despues, distraida su atencion por las insurrecciones que estallaron á la sazón en el Kabul y en Bengala, trascurrió al parecer á sus piadosos visitantes; y estos por su parte, no contando ya alcanzar nada con mas larga permanencia, volvieron á tomar el camino de Goa.

En 1591, Akbar mandó invitar otra vez á unos misioneros europeos á que fuesen á su corte; mas no fueron estos mas felices que sus prede-

cesores, pues bien recibidos al principio, se vieron luego olvidados, y se volvieron como habian ido. Cuatro años despues, hizo el emperador otra demanda; y esta vez la acompañó con tantas promesas y un lenguaje tan halagüeño, que los Portugueses no creyeron del caso contestar con una negativa. Hallábase entónces la corte en Lahore; para llegar á ella debieron los misioneros atravesar el Damar para pasar á Cambay, y desde allí, trasponer el gran desierto del Oeste. Cerca de Cambay encontraron á una multitud de mas de 20.000 personas que partian en romería para las riberas del Gánjes, y quedaron muy edificados por el aire grave y solemne de los peregrinos. Atravesaron el desierto con una gran caravana compuesta de cuatrocientos camellos, de una partida de caballería y de muchísimos infantes. Tras una penosa marcha de doscientas y veinte leguas, llegó la mision á las riberas de un gran rio, y diez leguas mas allá, entró finalmente en la ciudad de Lahore, que nos pintan como una poblacion hermosa. Desde luego condujeron á los misioneros al palacio imperial, edificado en una isla del rio. Allí fueron muy bien recibidos. Una imájen de la Virgen, magníficamente ataviada, y mas hermosa todavía que la presentada al emperador por sus predecesores, escitó viva admiración. Al principio todo les iba á los misioneros á pedir de boca; y observaban con gran satisfaccion el poco apego de Akbar al islamismo, por cuanto sin asomo de escrúpulo despojaba las mezquitas en necesitando dinero. Pero poco despues se desalentaron cuando vieron el culto asiduo que tributaba al Sol. Hasta le tildan de loco por haber querido hacerse adorar. Refieren que todas las mañanas se mostraba al pueblo en un balcon, exigiendo que la muchedumbre reunida se postrase en su presencia; que se hacia presentar niños enfermos para bendecirlos, etc. Pero quizás los piadosos misioneros consideraron las formas serviles del homenaje asiático por la loca pretension de un principe que hubiera querido hacerse adorar. No viendo

ninguna probabilidad de conseguir su intento, se aprovecharon de su partida para el teatro de la guerra en el Decan; y en su vuelta á Goa, acompañaron al ejército durante una parte del camino.

Akbar murió en 1605, tras un reinado de cincuenta y un años. Solo dejó un hijo llamado Selim, que, cuando su advenimiento, tomó el nombre algo ambicioso de Djihangire (conquistador del mundo). Un bando poderoso trató de sostener las pretensiones de Chusero, su propio hijo; pero sus manejos quedaron burlados, y Chusero, precisado á huir, se tuvo por muy feliz de recurrir á la clemencia paternal. Algun tiempo despues, sin embargo, creyendo haber aumentado el número de sus parciales, se rebeló de nuevo, conservando al propio tiempo sentimientos bastante justos en lo íntimo de su corazon para atajar una conspiracion que se proponia nada menos que asesinar al emperador. Dijo que queria probar la suerte de las batallas, pero que no consentiria por ningun término en subir á un trono empapado en la sangre de su padre. Alcanzó al principio algunos triunfos; pero habiéndose dejado sorprender por un ejército muy superior al suyo, se retiró delante de los muros de Lahore, donde fué completamente derrotado, y pocos dias despues hecho prisionero en el paso del Indo. Chusero, conducido ante su padre, confesó su yerro; pero animado de sentimientos pundonorosos que en parte disculpan su delito, no quiso denunciar á ninguno de sus cómplices. Encerrado en una cárcel, le sacaban de ella diariamente para ver á alguno de sus mas queridos amigos ó parciales ejecutado en medio de los tormentos mas atroces. Puesto en libertad tras diez años de encierro, murió asesinado de órden de su hermano Shah Jehan.

§. IV. *Djihangire.*

Djihangire empezó su reinado con un crimen al que fué impelido por una pasion desdichada. Una niña tártara, nacida, en el desierto, de padres menestrosos, aunque noble

habia sido conducida á Delhi, donde vino á ser la mas linda muchacha del Indostan. Su hermosura célebre le habia granjeado los nombres de Mhir-el-Nisa (el Sol de las mujeres), de Nur-Djihan (la luz del mundo), y de Nur Mahal. El emperador la habia visto antes de subir al trono, y habia quedado prendado de su hermosura. La niña le queria tambien; pero desgraciadamente para entrambos amantes, ella habia sido prometida, desde su niñez, á Sher Afkan, Turcoman de mérito reconocido; y este vínculo, segun las costumbres de la India, es indisoluble. Así fué que Akbar habia mandado á su hijo que dejase que las cosas siguiesen su curso regular. Pero despues de su muerte, apenas Djihangire hubo subido al trono, buscó los medios de satisfacer su criminal pasion. Sher-Afkan era muy valiente y popular para que se atreviesen á ejecutarle publicamente; y el emperador, cegado por su pasion, echó mano de alevosías. En primer lugar trató de comprometer á su rival en cacerías al tigre y al elefante; pero Sher Afkan se libró con su valor de los peligros en que le colocaron. Entónces fué forzoso excójitar otros medios. Katab, uno de los nobles de la corte, fué revestido del importante empleo de subá de Bengala, con el pacto de que quitaria de enmedio al rival del emperador. Cuarenta asesinos enviados contra él fueron derrotados, y fué preciso acometer al valeroso Turcoman con un pequeño ejército. Afkan hizo prodijios de valor; mató con su propia mano á Katab, su indigno enemigo, y murió por fin traspasado de una lluvia de flechas. La hermosa pero ambiciosa mujer cuya posesion habia costado tantos crímenes se sometió gustosa á su destino; pero el pecho de su real amante, cuyos sentimientos valian mucho mas que su conducta, fué sajado por tan acerbos remordimientos, que durante cuatro años no quiso verla, y la abandonó en un rincón de su palacio. Sin embargo por fin supo ella reencender su pasion mal apagada, y vino á ser poderosísima. Sus parientes fueron ascendidos á los mas altos empleos del estado, y su

padre fué nombrado gran visir. Quiso la dicha que ella atesorase el talento y las prendas necesarias á este puesto encumbrado; su elevacion no escitó la envidia, y aunque el emperador se entregaba á todos los placeres, parece que bajo su reinado la India estuvo bien gobernada.

Durante el reinado de este príncipe llegaron dos misiones inglesas á visitar su capital, y por la relacion de estos enviados, podemos quizás formarnos de su corte una idea mas exacta que por las vagas y pomposas declamaciones de los historiadores orientales. En 1607, los capitanes William Hawkins y Keeling fueron enviados por la Compañía para establecer relaciones comerciales con los pueblos de la India, y sobre todo con los estados del Mogol. Hawkins, despues de haberse separado de Keeling en Socotora, llegó á Surate el 24 de agosto de 1608, y pidió al punto al gobernador una audiencia. Este contestó que era imposible desembarcar cosa alguna antes de haber conseguido el permiso del virey que residia en Cambay. Enviósele luego un correo; pero como corria entónces la estacion lluviosa, el mal tiempo y las inundaciones de los rios fueron causa de que no llegase la contestacion hasta veinte dias despues. Concedíase el permiso de vender y comprar, pero para aquel viaje solamente; vedábase además el crear un establecimiento permanente sin permiso especial del emperador, permiso que se podia alcanzar fácilmente yendo á pedirlo en Agra. Hawkins empezó por desembarcar sus mercancías; mas luego echó de ver el descontento de los traficantes indíjenas, quienes, en sus coloquios, se mostraron muy temerosos de aquella nueva concurrencia. Enconábalos por debajo mano un jesuita portugués, quien rebosando de ojeriza política y religiosa, hizo cuanto estuvo de su parte para trabar los esfuerzos del capitan inglés. Un dia recibió Hawkins la desagradable noticia de que dos de sus embarcaciones que se dirijian á la costa habian sido detenidas por un buque portugués, cuyo comandante ni siquiera se dignó contestar



Dauchoire del.

Lecroix sculp.

Temples de Mynāl dans le Mevar.
 Templos de Mynāl en el Mevar.

cuando enviaron á pedirle razon de aquel insulto, y se contentó con decir con menosprecio que el rey de los Ingleses no era rey mas que de miserables pescadores y soberano de una isla insignificante. Hawkins encontró á un oficial portugués, y quejándose de los insultos que le habian hecho, contestóle aquel que los mares de la India pertenecian al rey de Portugal, y que nadie sin su beneplácito podia comerciar en ellos. El capitan inglés le rogó entónces que llevase á su superior un cartel, el cual no fué aceptado. Sin embargo las embarcaciones apresadas habian sido enviadas á Goa con sus cargamentos y los hombres que las tripulaban, y Hawkins, muy lejos de hallar la menor proteccion en las autoridades indas, se habia convenido de que estaban de acuerdo con sus enemigos para acabar con él. Hasta embistieron su casa, y no podia presentarse en la ciudad sin peligro de muerte. En tal estado se hallaban las cosas, cuando llegó el virey en persona; pero en vez de asistir al desdichado Hawkins, no pensó mas que en utilizar aquella circunstancia para tomar del cargamento cuanto pudo convenirle; y no pagó mas que el precio estipulado por él mismo.

En tan crítica posicion, Hawkins acordó seguir el consejo que al principio se le habia dado de ir personalmente á Agra á solicitar la proteccion imperial. Pero temiendo el virey el efecto de las quejas que aquel no podia menos de hacer contra él, no perdonó medio para estorbar este viaje. La pequeña escolta que dió á Hawkins llevaba el encargo de matarle; pero Hawkins, que maliciaba algun intento siniestro, habia tomado algunos soldados á su servicio, y un capitan del virey del Decan le dió un destacamento de valientes jinetes afganeses. De este modo pudo llegar á Agra el 16 de abril de 1609. Mientras que andaba buscando un alojamiento, el emperador le hizo llamar con tanta precipitacion que apenas tuvo tiempo de vestirse. Djihangire le recibió sentado en su trono; y en primer lugar examinó con mucha atencion la carta y el sello real

que Hawkins le entregó de parte de su soberano, y en seguida mandó traducirla á un jesuita que se hallaba á la sazón en su corte. Mientras que este estaba dando un informe nada ventajoso de la carta, habiendo descubierto el emperador que el recién llegado sabia hablar la lengua turca, habia comenzado un coloquio con él. Al salir de la audiencia, se invitó á Hawkins á pasar diariamente á palacio, donde el emperador platicaba largamente con él, redoblándole preguntas sobre los diversos paises de Europa y sobre la América, de que habia oido hablar, pero de cuya existencia no estaba sin embargo bien cierto.

Reconoció que los Ingleses habian sido muy maltratados por el virey de Cambay, á quien envió la órden de aprontarles cuanto podia ser necesario á su comercio. Al mismo tiempo rogó al capitan que permaneciese en la India hasta el momento en que él mismo pudiese enviar una embajada á Europa, y entre tanto le aseguró una renta de diez y seis mil duros, suma enorme en aquel tiempo, con el mando de un cuerpo de cuatrocientos caballos. Viendo Hawkins que de este modo podia servir á un tiempo á su pais, á la Compañía y á sí mismo, se dejó persuadir. A tan hermosos presentes quiso agregar el emperador el de una mujer. El punto era resbaladizo, y á no haber temido que le tacharan de ingratitud, Hawkins no la hubiera aceptado; esperó por un instante obviar la dificultad alegando que su conciencia le vedaba casarse con una mujer que no fuese cristiana; pero el emperador, que por lo visto era tenaz en su propósito, le halló una jóven virgen armenia, á cuya suerte no pudo menos de unir la suya el galan capitan. Aunque este enlace no se cumplió segun las formas legales, y aunque era nulo á los ojos de la ley inglesa, Hawkins, como buen caballero, se mostró fiel á su consorte toda su vida, y aseguran que halló en ella cuanta felicidad cabe esperar en la tierra.

Hawkins gozaba de este modo la privanza imperial, cuando supo que

otro buque inglés, la *Ascencion*, acababa de fondear en el puerto de *Surate*. Desde luego alcanzó un edicto imperial escrito en letras de oro y sellado con el gran sello del imperio, que autorizaba á sus compatriotas á hacer todo el comercio que pudiesen; hasta tuvo la satisfaccion de ver á su cruel enemigo, el virey de *Cambay*, enviado á buscar, y castigados sus crímenes con la confiscacion de sus bienes muebles, los cuales eran tantísimos que necesitó el emperador dos meses enteros para verlos todos y escojer entre ellos los que mas le gustaban. El capitán tuvo la satisfaccion de mostrar entre ellos al emperador algunos objetos que le habian sido enviados como presentes, pero que nunca habian llegado á su destino.

Sin embargo la rueda de la fortuna, despues de haber encumbrado tanto, empezó á declinar para *Hawkins*. *Mikrab*, el ex-virey de *Cambay*, el enemigo de *Hawkins*, una vez despojado de lo mas precioso que tenia, halló medios para volver á entrar en gracia; hasta le devolvieron su gobierno, recomendándole es verdad mayor cordura y circunspeccion para lo sucesivo; pero antes de pasar á su destino, supo manejarse de modo que hizo á los Ingleses todo el daño imaginable. Todos los palaciegos, los omrahes, los empleados, y sobre todo los jesuitas, se coligaron con él para arruinar el influjo del extranjero, del infiel. Hicieron presente á *Djihangire* que abriendo el comercio de sus estados á otro pueblo, descontentaria á los Portugueses, nacion mucho mas rica y poderosa que los Ingleses, y que no solo abandonaria sus puertos, sino que era capaz tambien de vedar su acceso á los otros pueblos. Estos argumentos apoyados por la ofrenda de un magnífico rubí, obraron tan eficazmente en el ánimo del príncipe, que dijo: «¡Pues bien; que no dejen venir mas Ingleses!» Y *Mikrab* partió con la órden de no permitirles desembarcar en las costas del imperio. *Hawkins* no osó arrostrar de frente la tormenta; dejó partir á su enemigo; y despues tan pronto como sus contrarios se hubieron entregado

á la confianza del triunfo, aprovechó la ocasion propicia, y logrando vencer al emperador de las ventajas que podria producirle el comercio con la Inglaterra, alcanzó de él la promesa de un edicto tan favorable como el primero. Pero el partido contrario se afanó en tanto extremo, que recabó del emperador que retirase su palabra. Desde entonces la permanencia de *Hawkins* en la corte no fué mas que una alternativa de privanza y abandono del que no pudo sacar nada. Tuvo mucho que padecer de parte de *Abdul Hasan*, el primer ministro y su enemigo mortal, quien se manejaba de modo en la corte que le impedía hablar al príncipe; y aunque no pudo retirarle el *djagir*, el feudo ó beneficio que el emperador le habia dado para su subsistencia, supo sin embargo el ministro dársele en una provincia tan agitada por las insurrecciones que apenas podia *Hawkins* sacar de él ninguna utilidad. Tras dos años y medio de residencia sin ningun resultado, el capitán inglés acordó desistir de su propósito, y el 2 de noviembre de 1611, partió sin haber podido alcanzar ningun privilegio comercial y sin llevarse ninguna contestacion para su soberana. Pocos dias antes de su partida habia tenido la mortificacion de oír decir á *Abdul Hasan* que desdeñaba de la grandeza del emperador mogol el contestar á un principillo como el inglés.

Algunos años despues se acordó hacer otra tentativa para poner en mejor pié los negocios ingleses en la India, y al efecto enviar, en nombre del rey, una embajada con presentes y cuantos medios se creyeron del caso para hacer mella en el orgullo del potentado asiático. En consecuencia, sir *Tomás Roe*, partió de *Gravesend*, el 24 de enero de 1615, con los dos buques *el Leon* y *el Peppercorn*, mandados por los capitanes *Boughton* y *Peyton*. Siguiendo toda la costa oriental del Africa, hasta *Socotora*, la embajada llegó en setiembre á *Surate*, donde desembarcó con grandísima pompa con ochenta hombres de armas. El 15 de noviembre, estaba ya en *Bharanpur*, donde fué magní-

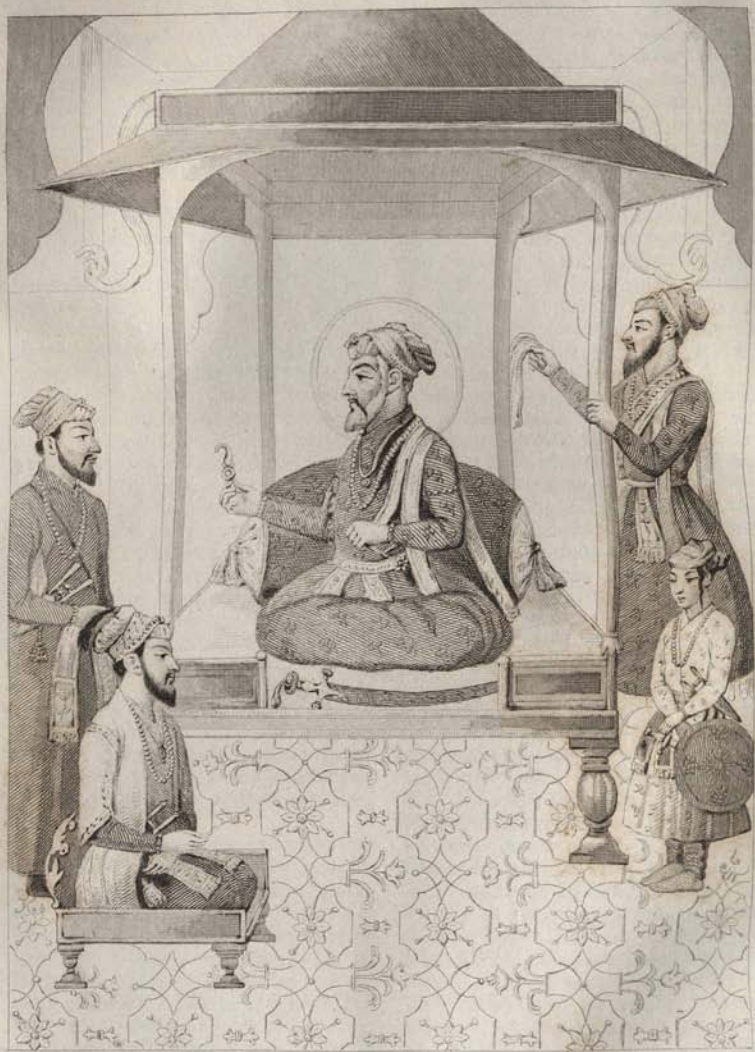
ficamente recibida por el príncipe Parviz, hijo segundo del emperador, que representaba en aquella ciudad la soberanía de los Mogoles, aunque en realidad, estuviere el poder en manos de Khan Channa, el jeneral del ejército. Despues de una pomposa audiencia, el príncipe habia prometido recibir á sir Tomás de un modo mas íntimo; pero desgraciadamente, entre otros regalos, su Alteza habia recibido una caja de licores de los que hizo tan buen uso, que á la hora de la visita se hallaba fuera de estado de recibirla.

Hallábase á la sazón el emperador en Adjmír. Para pasar allí tuvo Roe que atravesar el país de los Radjputes. Por el camino admiró la situación de Chitore, que compara con un sepulcro magnífico. Encima de un centenar de templos, de una multitud de jiraldas y de casas, se alzaba el peñasco casi perpendicular sobre el cual estaba en otro tiempo asentada la ciudad. Hallábase entónces enteramente desierta. El 23 de diciembre, llegó sir Tomás á Adjmír; mas no pudo presentarse en la corte hasta el 10 de enero de 1616. Entregó la carta real con los presentes de que estaba encargado, y fué recibido tan cordialmente, que se imaginó que nunca habia sido embajador turco ó persa tan bien recibido. A la segunda entrevista, le ofrecieron, y mas adelante le reservaron siempre un sitio mas distinguido que el de los cortesanos. Cuando esplicó las quejas de los Ingleses en Surate y Ahmedabad, le prometieron dar plena y entera satisfaccion. Siguiéron á esto largas conferencias y coloquios familiares, chistosos á veces, entre el príncipe y el enviado. Sir Tomás creyó por algun tiempo que iba á lograr cuanto apetecía; pero poco despues se halló atajado por el mismo partido que habia burlado todos los proyectos de Hawkins. Mikrab Khan, el encarnizado enemigo de la luglatera, se hallaba entónces en la corte, donde estaba sostenido por Aziph Khan, primer ministro, y por Cherrem, el hijo predilecto de Djihangire, y que vino á ser mas tarde emperador con el nombre de Shah Jehan.

Es verdaderamente extraño que sir Tomás pudiese defenderse por tan largo tiempo contra adversarios tan poderosos, que lograban á cada paso producir nuevas impresiones en el ánimo de su voluble soberano. Al fin, sin embargo, la perseverancia y le maña del embajador le hicieron obtener un firman menos importante, es verdad, que el que al principio se le habia prometido. Tambien llevó consigo una carta dirigida al soberano de la Gran Bretaña, y que llevaba este sobre: «A un rey lejítimo descendiente de sus antepasados, elevado en los negocios militares, y revestido de honor y de justicia.»

Durante su permanencia, sir Tomás pudo observar á sus anchuras la pompa y las ceremonias de aquella corte, y la mas espléndida quizá que jamás haya deslumbreado los ojos de un pueblo. El emperador pasaba casi toda su vida en público. Por la mañana se presentaba en un balcon delante de la muchedumbre reunida; á medio dia volvía á aquel balcon, desde el cual asistía á combates de animales feroces, y de elefantes sobre todo; en la tarde pasaba al *durbar*, esto es, al salon de audiencia, donde recibia á cuantos querian hablarle; á las ocho de la noche, se mostraba en un patio descubierto, llamado el Ghard Khan, donde pasaba el tiempo hablando con sus privados. En el *durbar*, estaba el trono rodeado de dos enrejados de la altura de vara y media. En el recinto interior estaba el sitio reservado para los embajadores, grandes empleados de la corona, y personajes de distincion. El segundo recinto estaba ocupado por empleados subalternos, y á su espalda un espacio inmenso estaba reservado para el público, que de este modo podia ver á su príncipe todos los dias. El emperador no podia prescindir de esta etiqueta; tenia que comparecer todos los dias, salvo los casos de enfermedad ó embriaguez, y aun entónces habia que decirlo al público reunido.

En algunas ocasiones pudo juzgar el embajador inglés del esplendor de la corte mogola. Mostrábase sobre todo en la inmensa profusion de pie-



Shā-Djāhan accordant un siège à Darā Shikoh.

Shā-Djāhan concediendo un asiento a Darā Shikoh

de que él era el verdadero autor de aquel asesinato.

En la peligrosa situación en que por último se vió colocado, había conservado el emperador no obstante un amigo fiel y leal servidor, Mohabet Khan, que defendía con zelo los intereses de su corona, y cuyo valor le ganó victorias sobre las tropas de Shah Jehan, y redujo á este al postrer apuro. Cuando tras tales triunfos volvía á la corte, contando recibir el premio de sus buenos servicios, halló el ánimo del príncipe completamente mudado con respecto á él. Nur Mahal, que no cesaba de ser el mal genio de Djihangire, se había coligado con los enemigos de Mohabet Khan, para hacer creer al emperador que su ministro había entrado en una conspiración para desposeerle. Enterado Mohabet del estado de los negocios en la corte resolvió no dejarse sacrificar obedeciendo la orden que había recibido de pasar á ver á su soberano; sino que se retiró á su castillo de Rintimpur. No obstante en vista de las vivas instancias que se le hicieron, partió para la capital, acompañado de 5,000 jinetes radjputes. Halló al emperador acampado en las cercanías de Lahore, y el recibo que le hizo fué en estremo bochornoso; le detuvieron en el lindar de la tienda real, vedándole pasar adelante, y mandándole dar cuenta de las riquezas que con sus exacciones había adquirido. El cargo era injusto, y Mohabet era tan íntegro como altanero. Indignado, se arrojó á un partido estremado cuya ejecucion aplazó para el día siguiente sin mas tardar. El ejército, que estaba entónces de marcha para Kabul, pasaba por un puente echado sobre el Djilem, y el emperador que nada recelaba, se había quedado á la retaguardia con algunos de sus palaciegos. El jeneral se abalanza con sus Radjputes, entra en las tiendas de su amo, seguido de 500 hombres bien armados, entra pálido, pero resuelto. Los omrahes se resisten flojamente, pero al ver el número de los acometedores, ceden. Tras una breve pesquisa, halla Mohabet á Djihangire en la tienda que le servía de sala

de baño. «¿Qué estais haciendo aquí?» preguntó el emperador asustado. — Obligado por las maquinaciones de mis enemigos, que están tramando mi perdicion, vengo á colocarme bajo la proteccion de mi soberano.» Preguntado por el emperador acerca de las razones que le habían hecho traer consigo á tantos hombres armados, «Vienen, dijo, á pedirnos alguna seguridad para mi familia y para mí mismo; y no se retirarán que no hayan alcanzado una garantía.» Aquí protestó Djihangire que nunca había abrigado ningun siniestro intento contra su ministro, é hizo cuanto pudo para apaciguarle; pero este sin dejarse engañar por buenas palabras, le advirtió que ya había pasado la hora en que el emperador solía ir á la caza, y que le aguardaba un caballo ensillado. Hecho cargo Djihangire de que toda resistencia vendría á ser ociosa, partió al galope acompañado por una escolta de valientes Radjputes.

Sin embargo Nur Mahal, con su hermano, el gran visir Asiph Khan, había pasado á la otra orilla con el grueso del ejército; y fácil es imaginar la ira de la altiva princesa cuando supo lo que acababa de suceder. Tras madura deliberacion se acordó atacar á Mohabet, y hacer un esfuerzo desesperado para arrancar de sus manos al emperador. Era forzoso pasar el rio, que es muy ancho en aquel punto, esponiéndose á los tiros de los Radjputes. La princesa, para alentar á sus tropas, se arrojó á la corriente, esponiendo su persona en lo mas recio de la pelea, y vaciando cuatro aljabas; tres de sus conductores de elefantes fueron muertos á sus lados, y su nieta que la acompañaba, recibió una herida en el brazo. Los Radjputes, por su parte, aguardaban al enemigo de pié firme, y á medida que los destacamentos de las tropas imperiales ponían el pié en la ribera, los rechazaban al rio. Por último, una crecida division, capitaneada por los mas valientes de los omrahes, halló un vado que pasó para embestir á la retaguardia del enemigo. Pelearon casi junto á la tienda del emperador, que fué traspasada de

una multitud de flechas, y para guarecer á su persona le cubrieron de broqueles. Mohabet Khan logró no obstante restablecer la batalla y alcanzó una victoria completa. Nur Mahal huyó á Lahore, donde las cartas de Djihangire la persuadieron no obstante á que volviese á su campamento. El vencedor quería matarla, y hasta había alcanzado del emperador el permiso para hacerle dar muerte; pero la artificiosa princesa, al paso que se declaraba resignada á su suerte, solicitó de su señor una postrera entrevista, que Mohabet tuvo la flaqueza de conceder, aunque exigió que se realizase en su presencia. Nur Mahal entró y se colocó en pie delante de su amo, y en el mayor silencio; «la palidez y el aire abatido de su rostro realzaban aun mas su peregrina hermosura.» El emperador echó á llorar, y pidió el perdón de su mujer predilecta con tanto ahínco y tanto lloro, que el jeneral victorioso se dejó ablandar.

Mohabet llevó á su soberano á Kabul, tratándole con el mayor respeto, conservándole todo el esplendor de su corte, y sometiéndole todos los negocios del estado. Luego, despues de haber alcanzado las mas sagradas promesas de perdón para lo pasado, y de privanza para el porvenir, dió la prueba mas descollante de desinterés abdicando el poder para retirarse á la vida privada. Tras lo que llevaba hecho, era esto cuando menos una imprudencia. El emperador era capaz tal vez de olvidar, hasta de perdonar, pero el resentimiento de la princesa era implacable, y al punto pidió la cabeza de Mohabet que Djihangire le negó al principio. Viendo que de este modo no podía conseguir su intento. Nur Mahal apostó asesinos para quitar de enmedio á su enemigo. Djihangire, enterado de sus criminales designios mandó prevenir á Mohabet, confesándole al propio tiempo su impotencia de protegerle. No le quedaba á este mas recurso que la fuga; y él mismo que habia sido el dueño real de aquel grande imperio abandonó su casa, su fortuna y desapareció. Nur Mahal mandó confiscar inmediatamente to-

dos sus bienes, y abusando de la flaqueza del imbécil monarca, mandó declarar públicamente á Mohabet rebelde á su soberano. Su cabeza fué puesta á talla, enviáronse órdenes por todas las provincias é hicieron las mas activas pesquisas para prenderle.

Asiph Khan, el ministro reinante, desaprobaba la violencia de su hermana; hacíase cargo del peligro, si no de la infamia de su conducta, pero no sabia como resistirle. Una noche avisaron que un hombre mal vestido deseaba hablarle; era Mohabet. Tras un largo coloquio, habiendo Asiph confesado las violencias de su hermana y la miserable flaqueza de Djihangire, Mohabet le persuadió de que el único medio de ver el imperio gobernado por una diestra capaz y firme era elevar al trono á Shah Jehan, el príncipe á quien él en otro tiempo se habia tan tenazmente opuesto. Acordóse ponerse desde luego en comunicacion con él; pero diversas circunstancias suspendieron la ejecucion de este proyecto, hasta el momento en que vino á quedar inútil de resultas de la enfermedad del emperador. Un asma agravado, por una residencia harto dilatada en el clima frio de Cachemira, lo llevó al sepulcro el 9 de noviembre de 1627.

§ V. *Shah Jehan.*

Djihangire no dejó mas que dos hijos, Shah Jehan y Shariar. Habia legado al último la corona; pero Mohabet y Asiph tomaron desde luego sus medidas para entronizar á su hermano, y antes que Shah Jehan hubiese tenido tiempo de volver del Decan, su competidor quedó vencido, preso y cegado. Al llegar el nuevo emperador á su capital, tomó desde luego sus precauciones para no tener que temer á rival alguno en lo sucesivo, y ordenó inmediatamente la muerte de su hermano y de todos sus sobrinos. Algunos han tratado de disculpar esta horrible tragedia con los precedentes de que la historia del Asia ofrece desgraciadamente sobrados ejemplos; mas no obstante jamás hasta entónces se

INDIA.

INDE.

46



Vermeer del.

L. Motte sculp.

Shā. Djahan.

Shā Djahan.

habia visto en la India semejante carnicería, y Shah Jehan hubiera debido recapacitar que los crímenes del padre podian alentar un día al crimen á sus propios hijos.

Sin embargo no bastaron aun todas estas ejecuciones para afianzar su trono contra sus competidores Lodi, omrah dotado de valor y talento descolantes, que pretendia descender de los emperadores patanes, habia mandado el ejército del Decan. En esta posicion, habia estado opuesto á Shah Jehan, y habiéndose declarado por Shahriar, á la muerte de Djehangire, habia tratado de prender al nuevo emperador cuando se dirijia á Agra. Apenas hubo llegado á su capital, envió el príncipe un ejército contra él, aunque al mismo tiempo le mandó ofrecer condiciones honrosas. Lodi arrojó las armas y fué nombrado gobernador de Malua, donde halló una invitacion imperial que con urgencia le llamaba á la corte. Pero á su primera audiencia, fué recibido con tan suma frialdad, que desde luego comprendió que se estaba tramando alguna cosa contra él. Asustado, su hijo Azmet sacó la espalda, de donde resultó un desórden, durante el cual el omrah logró escaparse para irse á encerrar con trescientos servidores en su palacio, que era capaz de defensa. Sitiado por fuerzas considerables, su situacion parecia desahuciada, y estaba recapacitando sobre su triste suerte, cuando de repente resuenan agudos alaridos en los aposentos de sus mujeres; allá se precipita él y las halla bañadas todas en su sangre. Amenazadas del cautiverio ó de la deshonor, aquellas desventuradas, animadas del impulso de fidelidad de que tantas pruebas han dado las mujeres indas, se habian suicidado todas. A este espectáculo se reencendiendo su furor; manda á los suyos tocar la trompeta, se lanza á caballo, seguido de sus dos hijos, y desaparece en medio de la refriega; gritando á voz en grito: «Despertaré al tirano con el estruendo de mi marcha; pero mi vuelta le hará temblar.» Persiguieronle con abinco, y quizá hubiera huido de sus perse-

guidores, á no haber sido detenido por el Chambol, que habia salido de madre con las fuertes lluvias. Abrumado por fuerzas superiores, se arrojó al rio, y logró alcanzar la orilla opuesta, pero habia perdido en aquel encuentro á la mayor parte de sus leales dependientes, y con ellos á Azmet, su hijo predilecto. De este modo llegó al Decan, donde levantó abiertamente el estandarte de la rebellion, y logró determinar á los reyes de Golconda y de Visiapur á entrar en una liga con él contra el Mogol que por tan largo tiempo los habia estado oprimiendo. Shah Jehan se alarmó tanto con aquella noticia, que pasó solo al teatro de la guerra; pero no atreviéndose á tomar el mando en persona, y no osando por otra parte encargarlo enteramente á otro, envió cuerpos sueltos, á las órdenes de varios jenerales, para atacar á los aliados en diversos puntos. Lodi, que habia sido nombrado jeneralísimo de la liga, condujo la guerra con talento y resolucion. En mas de un encuentro derrotó á las tropas imperiales. Shah Jehan resolvió entónces abandonar toda la conducta de la guerra á Asiph, que trajo á la balanza un mérito superior. Su solo nombre aterrorizó á los confederados en términos que se retiraron inmediatamente. El jefe insurreccionado, reducido á sus solas tropas, probó el azar en una batalla; mas la perdió. Entónces el rey de Golconda entabló tratos con el emperador; y hecho bien cargo Lodi de que la primera condicion de la paz seria la entrega de su persona, se apresuró á salir del territorio de Golconda. Shah Jehan trató de cortarle todos los caminos que podian conducirle al Iodostan; pero el jefe fugitivo frustró todas sus precauciones, y á la cabeza de una corta partida de leales, penetró hasta en medio de Malua. El emperador le mandó perseguir inmediatamente por Abdalá, uno de sus oficiales, á la cabeza de diez mil caballos. Lodi, debilitado de resultas de varios combates, acabó por hallarse encerrado por sus enemigos, mientras que su hijo mayor, Azaz, se hacia matar para cu-

brir la fuga de su padre. Reducido á treinta hombres, ya habia perdido la esperanza de escaparse, cuando, viendo un cuerpo de caballeria que buscaba su retiro, llamó á sus fieles servidores, y despues de haberles dado las gracias por haberle permanecido leales en medio de tantas calamidades, les rogó, por última fineza, que abandonasen una causa para siempre perdida, y que buscase cada cual su salvacion en la fuga. Pero aquellos valientes declararon con las lágrimas en los ojos que querian partir su suerte con él hasta el postrer momento. Entónces dió con la mano la señal de marchar adelante, é hincando las espuelas en los ijares de su corcel, se abalanzó contra el enemigo. Pocos instantes despues, cayó herido de un balazo en el pecho, y sus valerosos compañeros perecieron todos á sus lados. Shah Jehan supo este acontecimiento con sumo alborozo, sin tributar siquiera una palabra de compasion al valor y á las desdichas de su rival.

Ya en tranquila posesion del trono, Shah Jehan dió tambien el ejemplo de un príncipe que, tras de haber conquistado con sus crímenes el poder, lo ejerce con justicia y firmeza. Empleó entónces la severidad de su carácter en contener á los orgullosos vireyes de su inmenso imperio, y en proteger al pueblo contra la opresion. En esta tarea meritoria fué socorrido por los cuerdos consejos de Asiph Khan y de Mohabet á quienes conservó el poder á pesar de algunos accesos de celos y desconfianza. Su intercesion logró á veces ablandar el estremado rigor de su justicia, como, por ejemplo, en el caso del radjá de Bondelcond, á quien habia mandado dar muerte. Mohabet pidió la gracia de este jefe culpable, lo que se le otorgó, y hasta consiguió que se le devolviesen sus riquezas y su empleo. En una ocasion, aunque tibio musulman, irritóse Shah Jehan tan vivamente contra los desatinos de la religion de los Indos, que dió en perseguirles. Pero haciendo alto en el pueblo, echó de ver su error, y volvió al sistema

de tolerancia que distinguió siempre á los príncipes de su estirpe.

Si le hubiese sido posible hacer conquistas á costas del extranjero, es probable que Shah Jehan hubiera ambicionado este jénero de gloria; pero su imperio era tan dilatado, los enemigos á quienes hubiera debido ir á buscar estaban tan distantes, que ni siquiera podia ocurrirle esta idea. No obstante hizo varias veces la guerra en el Decan, y redujo á sus príncipes á un estado de vassallaje mas directo todavía que antes. Tambien envió ejércitos contra Balk y Candabar, á sus fronteras del oeste y del norte. Pero era muy árdua la guerra en aquellos paises montuosos, y por otra parte el poderío de los príncipes persas de entónces imposibilitaba casi toda conquista por aquel lado. Hacia levante, agregó sin embargo á su imperio la montuosa provincia de Asam, adquisicion precaria, conquista de casi ningun valor.

La India debe á este príncipe los mas espléndidos y elegantes monumentos de que se jacta. En el nuevo Delhi, donde habia establecido su residencia, y que por su nombre habia llamado Jehanpur, mandó construir un palacio de granito rojo que el obispo Herber consideraba como uno de los mas nobles monumentos que jamás hubiese visto, y muy superior al Kremlin de Moscow. La Djama Mesdjid, construida tambien por él en la misma ciudad, es una mezquita magnífica que no tiene igual en toda la India. Pero el esplendor de todos sus monumentos quedó ofuscado por el mausoleo conocido con el nombre de Ladj-Mahal, levantando en Agpa á la memoria de Nur Jehan, su esposa predilecta. Es de mármol blanco, con incrustaciones de piedras preciosas, y cubre un rectángulo de ciento y ochenta piés cuadrados, coronado de una cúpula muy elevada que tiene en su base setenta piés de diámetro. Levántase sobre un alto terraplen rodeado de un magnífico jardin. Suponen que esta fábrica costó cuatro millones de duros, y es tenido por el mas her-



Vernier, del.

Lemaire, fecit.

Darā Shikoh.

Darā Shikoh.

moso monumento del imperio.

Por espacio de mas de veinte años corrió el reinado de Shah Jehan en medio de la paz y de la prosperidad. El emperador habia perdido á sus gloriosos ministros Asiph y Mohabet; pero esta desgracia habia redoblado su zelo y aplicacion á los negocios públicos, que administraba á la completa satisfaccion de su pueblo. Su felicidad particular parecia estar afianzada con la existencia de cuatro hijos, á quienes sus méritos y virtudes habian bien conquistado con sus súbditos. Como vivian en buena armonia, su padre los habia colocado en altas posiciones, que desempeñaban con honor y talento. Tal fué al menos la historia de su juventud, pero cuando llegó la edad madura, y con ella la ambicion, fué imposible atajar los zelos. Cada uno de ellos empezó á antever para la muerte de su padre una lucha que no le dejaria mas alternativa que la corona ó la muerte. Dana, el hijo predilecto del anciano monarca, estaba siempre al lado de su padre, quien le destinaba su herencia. Este era quizás el príncipe mas amable de la familia, pues huia de la molición corruptora de las cortes, y dedicaba su tiempo al cultivo de las letras; era sin embargo de índole ardiente é impetuosa. Shudjá, príncipe voluptuoso, aunque blando y valiente, estaba á la cabeza del gobierno de Bengala. Murad, magnífico, altivo, audaz, apasionado á la guerra y á sus peligros, mandaba en el Guzerate. El cuarto era muy diferente de sus hermanos, y no tenia ni las prendas ni los defectos que se ven por lo comun en los príncipes nacidos en el trono. Aurengzeb tenia modales reservados, huia de los placeres, y se dedicaba á los negocios públicos con tanto ahinco como un hombre que no hubiese tenido mas mérito que su propia actividad para encumbrarse desde las ínfimas gradas de la sociedad á las superiores. Otra circunstancia dió una fisonomía toda particular á su fortuna y á su destino. Hasta él, los príncipes de la casa de Akbar eran solamente musulmanes de nombre, por mas

que sus ejércitos y sus principales cortesanos fuesen zelosos mahometanos. Parece que todos consideraron la religion como asunto harto indiferente, ó á lo sumo como asunto de especulaciones filosóficas, y que evitaron cuidadosamente sobre la materia hacer ninguna distincion entre sus súbditos. Aurengzeb, al contrario, aceptó la ley del profeta árabe en todo su rigor, conformándose estrictamente á todos sus preceptos, mostrándose mas desolado por la nombradía de un fakir ó de un saton que por la de un gran monarca. De ahí fué que se hizo odioso á la poblacion inda; pero los jefes musulmanes que tenian en sus manos el poder militar, acojieron con afán la esperanza de tener por fin un soberano que orillase la escandalosa indiferencia de sus mayores, y que bajo este respecto debia abrigar sus adustas pasiones. Además, habiendo mandado durante largo tiempo las tropas en el Decan, el principal teatro de la guerra bajo el reinado de su padre, estaba á la cabeza de una hueste mejor disciplinada, y habia adquirido mas conocimientos militares que ninguno de los otros príncipes.

Este estado de cosas, por muy amenazador que fuese, hubiera podido durar largo tiempo, á no haber acometido poco despues al emperador una enfermedad repentina, que por espacio de algunos dias le quitó hasta el conocimiento, é hizo considerar su muerte como inminente. Dara, por su orden, empuñó inmediatamente las riendas del gobierno, como si ya hubiese estado en el trono. Dejó columbrar la mas vivísima desconfianza por lo tocante á sus hermanos, contenida toda comunicacion entre ellos apoderándose de su correspondencia, y desterrando á todos los omrahes de quienes sospechaba que eran adictos á ellos. De este modo precipitó, y en cierto modo justificó las medidas hostiles á las que harto propensos estaban ya ellos de suyo. A pesar de todas estas precauciones, supieron la enfermedad de su padre, y hasta debieron sospechar que ya habia fallecido. Así que

tomaron inmediatamente las armas forzadas, segun ellos se espresaban, á tamaño apuro por su propia seguridad personal.

Shudjá, en Bengala, fué el primero que puso á sus tropas en campaña, y poco despues, Murad, en el Guzerate, informó oficialmente á Aurengzeb de cuanto pasaba, invitándole á unirse á él para frustrar los siniestros proyectos de su hermano. Esto deseaba Aurengzeb.

Sin embargo, contra toda probabilidad, Shah Jehan curó completamente, y Dara puso inmediatamente en manos de su padre las riendas del imperio. Al punto comunicaron esta noticia á Shudjá, contando que contendria su movimiento al saber que no habia muerto el emperador. Pero ya habia ido muy lejos; las llamas de la ambicion habian encendido un incendio en su pecho. Aparentó creer que trataban de engañarle, y hasta pretendió ser falsas las cartas que le dirijió el emperador. Encontrado sin embargo en las riberas del Gánjes por un ejército mandado por Soliman, hijo de Dara, fué completamente derrotado, y tuvo que refugiarse en la fortaleza de Morghir, donde fué sitiado.

Pero mientras que Soliman alcanzaba esta victoria en el este, el movimiento del sur iba tomando un carácter mas formidable. Aurengzeb habia aceptado desaladamente la invitacion de su hermano, y á marchas forzadas se le habia juntado con cuantas tropas habia podido reunir. Pero viendo todavia un rival en Mourad, y temeroso de ser considerado él mismo como tal por este, empleó todos los halagos y todos los medios imajinables para inspirar confianza á aquel pecho naturalmente desembarazado. Repetia con énfasis que solo Murad era digno de subir al trono del Indostan, al que le llamaba el voto del pueblo; que era el único de sus hermanos á cuyo encumbramiento tendria á dicha el contribuir; que en cuanto á él mismo, su ambicion era hacerse un retiro donde pudiese pasar el resto de sus dias, lejos del mundo y en la contemplacion religiosa. Murad era quizás el único hom-

bre del Indostan que pudiese dejarse engañar por tan groseros artificios; pero eran tales su orgullo y credulidad que Aurengzeb logró utilizarlos completamente. Ambos príncipes reunieron sus ejércitos en las orillas del Nerbada, pasaron este rio y derrotaron de remate á Djesuint Singh, jefe radjpute, que mandaba por el emperador un crecido cuerpo de caballería.

Shah Jehan supo todos estos acontecimientos con la mas dolorosa extrañeza. Desde luego se hizo cargo del formidable carácter de aquella rebelion, conducida por Aurengzeb, y comprendió que en el punto á que habian llegado las cosas, no solamente Dara, sino él mismo tambien serian sacrificados, en triunfando sus hijos. No perdonó pues medio para sostener al heredero que él mismo se habia designado; hasta quiso salir con él á campaña, aunque desgraciadamente le disuadieron de su intento. Enviáronse órdenes á Soliman para que otorgase condiciones favorables á Shudjá, y se pusiese desde luego en movimiento contra Aurengzeb. Al mismo tiempo Dara recibia instrucciones de evitar el combate y de aguardar que se le hubiesen incorporado los refuerzos considerables que le conducia su hijo. En consecuencia fué á tomar con su hueste, compuesta de cien mil caballos, una fuerte posicion en las riberas del Chambal; desde allí señoreaba los aproches de Agra, y entretanto cabrió su campamento con una línea de fortificaciones imponentes. Cuando los confederados se acercaron y vieron el ejército apostado de aquel modo, vacilaron sobre lo que debian hacer. Murad, arrebatado por el ardor que le caracterizaba, queria probar de forzar las trincheras, pero la empresa pareció harto aventurada al prudente Aurengzeb. Habiendo descubierto en las montañas un desfilaro que le permitia dar vuelta á la posicion del enemigo, se encaminó á marchas forzadas sobre Agra. No le quedaba entónces á Dara mas alternativa que el abandonar la capital ó dar batalla; el ardor de la ju-

ventud le hizo abrazar el segundo partido. Esta batalla, que decidió de la suerte del imperio mogol, es referida por los historiadores de un modo muy confuso y con pormenores que evidentemente se resienten de la exajeracion oriental. Dicen que tras largas alternativas de victoria y de derrota por ambos lados, los dos ejércitos echaron á huir al mismo tiempo, no dejando el uno mas que 1000 jinetes al rededor de Dara, y el otro 100 solamente al rededor de Aurengzeb. Este habia ya perdido toda esperanza, cuando un movimiento retrógrado del elefante de Dara y la desgraciada idea que tuvo de apearse introdujo el desaliento entre los suyos y causó su derrota definitiva. Lo que parece mas probable es que la hueste de los príncipes rebeldes estaba partida en dos divisiones; que la mandada por Murad, y que debia pelear contra Dara, fué embestida con tanto ímpetu, que, á pesar de todo el valor de su caudillo, fué desordenada, herido él mismo y al canto de caer prisionero. Pero su aliado, tras un combate encarnizadísimo, habia ahuyentado á las tropas contrarias y haciendo entónces un movimiento de flanco, llegó para librar á su aliado, restableció la batalla y alcanzó una victoria completa.

La hueste victoriosa marchó entónces sobre Agra, y como Murad estaba retenido en cama por sus heridas, cupole á Aurengzeb el mando en jefe. Su primer afán fué enviar emisarios encargados de seducir á las tropas de Soliman, ó por mejor decir, estas se sedujeron á sí mismas, segun el uso ordinario de los Asiáticos, y se pasaron al vencedor. Pero entónces el objeto de la política de Aurengzeb era apoderarse de la persona de su padre. Empresa era esta árdua y delicada á la par; el palacio fortificado donde habitaba Shah Jehan era capaz de larguísima resistencia, y aquel ataque á mano armada, dirigido por un hijo contra su padre, contra un monarca popular y tan sumamente respetado, hubiera colocado á los agresores en una posicion odiosísima... Fuerza

era pues lograr el intento por medio del ardid; ¿pero podia la astucia engañar á un príncipe avezado á todas las formas de la humana alevosia? Aurengzeb resolvió probarlo. Llegó de su parte al emperador un mensajero, para espresarle el sentimiento que le cabia de verle en tan triste situacion, y jurarle que el príncipe le profesaba siempre los sentimientos de un hijo y la lealtad de un súbdito. Shah Jehan no podia dar crédito á todas estas demostraciones; sin embargo para ganar tiempo envió á su hija predilecta Jehanara á sus hermanos, con el encargo de examinar el estado real de las cosas. Pasó ella desde luego á ver á Murad, quien, sabiendo que estaba toda rendida á los intereses de Dara, la recibió con dureza. La princesa ofendida volvió á subir en su palanquín, y ya salia del campamento arrebatadamente, cuando encontró á Aurengzeb, que la saludó respetuosamente, se quejó tiernamente de que al parecer queria ella evitarle, y acabó por decidirla á entrar en su tienda. Allí se presentó sajado por los remordimientos que le causaba la conducta que en algun modo le habian obligado á seguir á pesar suyo, y se declaró dispuesto á repararla en cuando estoviese en su mano. Dijo que de buena gana hubiera abrazado la causa de Dara, si desgraciadamente no hubiese estado completamente perdida, pero que ya no cabia pensar mas en ella. Jehanara no titubeó en vista de estas palabras, en dar á conocer todos los recursos del príncipe, nombrando los jefes que permanecian fieles á su partido, y revelándole de este modo muchos secretos de entidad, de que mas adelante supo Aurengzeb utilizarse. Al despedirla, declaró que estaba completamente edificado, prometió secundar sus miras, y añadió que á los dos días veria el emperador á su hijo arrepentido á sus plantas.

Jehanara marchó gozosa á comunicar á su padre tan felices nuevas. El monarca tenia poquísima confianza en aquellas declaraciones; creyendo no obstante que Aurengzeb tenia realmente la intencion de

visitarle, acordó aprovechar la ocasión para prenderle. No sabía el infeliz padre que en punto á alevosías las había con un talento muy superior al propio. Su hijo le envió un humilde mensaje, diciendo que los culpables son siempre medrosos; que imagínando apenas como cabía que fuesen perdonados unos crímenes tan grandes como los suyos, no creía poderse contar por seguro sino en cuanto permitiesen á su hijo Mohamed entrar en palacio con una pequeña escolta. Shah Jehan tenía tanta confianza en su habilidad, y creía tan firmemente la propuesta, que la aceptó sin titubear. Mohamed entró pues en palacio, y despues de haber sido recibido con todas las muestras de cordialidad, apostó á su jénte en buena posición. Pero allí su ojo vigilante descubrió luego un gran cuerpo de tropas apostadas en un paraje muy sospechoso. Fué á ver al emperador, y le espresó la desconfianza que no podía menos de tener, añadiendo que si aquellas tropas no salían inmediatamente, iba á informar á su padre de lo que pasaba y disuadirle de su visita. El anciano siempre crédulo y aferrado en su proyecto, consintió en que las tropas saliesen de palacio, circunstancia que hacia en realidad á Mohamed y á los suyos dueños de la plaza. Anunciaron entónces que Aurengzeb acababa de subir á caballo y que se adelantaba con su séquito. El emperador por su parte fué á sentarse en su trono, esperando ver por fin realizadas sus esperanzas. No obstante fueron á prevenirle que su hijo, en vez de pasar al salon de recibo, habia ido á hacer sus devociones sobre el sepulcro de Akbar. Y considerando este paso como un insulto hecho á su persona, Shah Jehan indignado prorumpió: «¿Qué significa esa conducta de Aurengzeb? — Mi padre no ha tenido nunca la intención de visitar al emperador, contestó friamente Mohamed. — Entónces, ¿á qué habeis venido? — A tomar el mando de la ciudadela.» Entónces vió Shah Jehan el abismo donde habia caído, y empezó á vomitar contra Aurengzeb un raudal de invectivas vanas que

determinaron á su nieto á retirarse. Habiendo recapacitado no obstante, envió á buscar á Mohamed, y pintándole la desdicha de su situación, le rogó en nombre de lo que mas quería, que le restituyese la libertad, y hasta le prometió el imperio de la India, que su influjo sobre el pueblo y elejército le permitian afianzar. Mohamed titubeó un rato al parecer, mas luego tomando su partido, salió del aposento, y estuvo sorrido á cuantas instancias se le hicieron.

Ya no le quedaba á Aurengzeb mas que desembarazarse de Murad; pero tenia poco recelo por este lado, aunque el príncipe, curado ya de sus heridas, hubiese vuelto á tomar el mando de las tropas. Su hermano aparentó celebrar en gran manera su convalecencia, le saludó como á emperador del Indostan, y declaró que todos sus deseos quedaban ya cumplidos, puesto que habia contribuido á colocar en el trono á un príncipe tan digno de reinar. Por lo tocante á él, espresó el deseo de hacer la romería de la Meca, como el mejor modo de inaugurar una vida que queria consagrar enteramente á la relijion. El otro, tras una oposición simulada, dió su consentimiento á este proyecto, teniéndose por muy dichoso de ver á un rival retirarse voluntariamente. Habiendo salido tan bien esta comedia, Aurengzeb preparó por debajo mano la ruina de Murad, y sus proyectos vinieron á ser luego tan patentes que ya no hubo medio de seguir engañando por mas tiempo á aquel hombre sobrado crédulo. Sus amigos le hicieron presente que los preparativos hechos para el supuesto viaje de la Meca daban en realidad á Aurengzeb medios suficientes para arrojar se á la conquista de la India entera; que procuraba granjearse el afecto de los soldados con larguezas, y que no habia que perder tiempo para resistirle. Desengañado al fin, Murad quiso emplear contra su hermano las armas de la traicion que este sabia manejar con tanta maestría. Convidóle á un espléndido banquete donde todo estaba dispuesto para darle

muerte; pero el ojo perspicaz del convidado descubrió algo sospechoso, y prestando una indisposición repentina, se escusó, sin dejar creer que hubiese calado nada de lo que contra él se estaba tramando. Al contrario, Murad, pocos días después, aceptó la invitación que se le hizo para una fiesta, donde estaban reunidos los músicos mas hábiles y las muchachas mas hermosas de la India. Aurengzeb, orillando su autoridad, se volvió amable para invitar al placer al voluptuoso Murad, quien, cediendo á la seducción, se durmió ebrio en la tienda de su hermano. Este llamó entonces á los mas resueltos de sus partidarios, y les mandó aherrar á aquel príncipe desdichado. Despertado de repente, hizo los esfuerzos mas violentos para desasirse, y requirió su espada, pero se la habian quitado; y su hermano descorriendo una cortina, pronunció su sentencia, diciendo: «No hay medio, la sumisión ó la muerte; si se resiste, matadle.» Murad afeó su conducta á su hermano; pero en fin cediendo á la fuerza, se dejó llevar preso á Agra.

Libre ya Aurengzeb de cuantos podian ponerle obstáculo, juzgó que ya era hora de estender sobre su cabeza el quitasol imperial. Arduo le era no obstante hacer ver pretensiones tan opuestas á lo que hasta entonces habia dicho de sus anhelos de vivir en meditaciones religiosas. Imaginó pues hacerse rogar por sus amigos para que condescendiese en sacrificar su dicha y sus piadosas resoluciones á la felicidad pública, y en resignarse á la dolorosa carga de la corona. Tras algunos visos de resistencia, acabó por dejarse persuadir; pero para ser fiel en algun modo al papel que él mismo se habia impuesto, se abstuvo de toda la pompa que en tales ocasiones ostentaban los soberanos. Sin embargo las aclamaciones del pueblo llegaron hasta en la cárcel á los oídos del monarca cautivo, quien adivinó que se estaba preparando para él algun acontecimiento aciago. Rogó pues á su hija Jehanara que fuese á verlo que estaba pasando; mas luego la llamó te-

meroso de que hiriese sus ojos la cabeza de Dara. Ella no obstante logró saber la verdad, y enteró al desdichado emperador. Al saber esta noticia, se levantó ajitado y se paseó silenciosamente por el aposento; y luego reparando una corona suspendida sobre el sitio donde poco antes estaba sentado, dijo: «Que quiten de ahí ese juguete;» mas luego, mudando de parecer, continuó: «No. dejenlo estar; con esto vendríamos á reconocer los derechos de Aurengzeb.» Prosiguió en seguida su paseo, ensimesmado dolorosamente, y tras un largo intervalo de penoso silencio, dijo: «Jehanara, el nuevo emperador ha subido al trono antes de tiempo; hubiera debido añadir el asesinato de su padre á todos los crímenes que le han encumbrado.» Anunciáronle en este momento que Mohamed pedia hablarle para explicarle los motivos que habian movido á Aurengzeb á asir la corona; pero el príncipe destronado contestó en un ímpetu de indignación: «Padres ha habido depuestos por sus hijos; no es este por desgracia un hecho nuevo; pero estábase reservado á Aurengzeb añadir el ultraje á las desdichas de su padre. ¿Qué otros motivos sino su ambición pueden haberle inducido á usurpar el solio? El dar oídos á su hipócrita defensa tendria visos de reconocer la legitimidad de sus motivos.»

Aurengzeb, ajitado quizás por sus remordimientos, y teniendo por otra parte poquísimo que decir en su defensa, no insistió mas. Habia alcanzado el blanco de sus anhelos; habia vencido y engañado á uno de los mayores principes del Asia. No quiso estremar mas su triunfo; y si tuvo á su padre hasta el fin de su vida en estrecho cautiverio, al menos le trató siempre con las señales del mas profundo respeto.

§. VI. *Aurengzeb.*

Por fin habia Aurengzeb subido al trono del Indostan; mas no podia tenerse en él por seguro en tanto que viviesen sus hermanos Dara y Shudjá, y sobre todo mientras estaban á la cabeza de huestes poderosas. El

primero, á causa de sus brillantes prendas y por haber sido designado por su padre como heredero del trono, le inspiraba mayores zozobras que el otro; por lo cual dirigió el nuevo soberano contra él sus primeros esfuerzos. Retirado en Lahore, Dara habia reunido allí un ejército mas crecido que el de su adversario, pero constaba de reclutas que no se atrevia á oponer á los veteranos de su hermano en batalla campal. Retiróse pues allende el Indo; pero la retirada, en su posicion y con soldados como los suyos, no era menos desastrosa que una derrota. Clareaban las filas conforme se adelantaba, y en llegando á Tata, no tenia consigo mas que un puñado de servidores leales.

Sin duda Aurengzeb hubiera acoñado sin tregua á Dara, á no haber sabido que su otro hermano, Shudjá, llegaba de Bengala con fuerzas imponentes. Encontró á este rival cerca de Allahabad, en una posicion muy fuerte; pero fiado en el valor de sus tropas, acordó atacarle. La batalla no empezó para él con felices auspicios. Ya desde por la mañana, los Radjputes, que solo por necesidad le habian acompañado, le abandonaron, y hasta atacaron su retaguardia, de modo que los Mogoles, teniendo que hacer cara portodas partes, se veian sumamente apurados. El elefante que montaba Aurengzeb recibió una herida grave en la refriega; se arrodilló, y el emperador, que ya habia sacado un pié del estribo, iba á apearse; pero como en las batallas de la India, la presencia del principe sobre su elefante de guerra es siempre el punto de reunion, su visir Djembra le gritó: «¡Bajais del trono!» Hecho cargo Aurengzeb del tino de aquel aviso, volvió á su lugar, mandó encadenar al animal, y envuelto en su armadura, permaneció espuesto á los dardos y flechas del enemigo. Sus soldados, alentados por el ejemplo de su jefe, se juntaron otra vez, hicieron esfuerzos heroicos, y acabaron por desordenar las filas enemigas. Aconteció tambien que salió herido el elefante de Shudjá, y este cometió la

falta que su rival habia evitado, pues se apeó del elefante para montar á caballo. A la vista del elefante real huyendo sin su jinete, la hueste aterrorizada se dispersó, y Shudjá no tuvo mas recurso que el meterse en su fortaleza de Monghir.

Entonces tuvo Aurengzeb que dar algun respiro al enemigo á quien acababa de vencer. Llegado á Tata, Dara habia vuelto á pasar el Indo, y atravesando el gran desierto, se habia metido en la provincia de Guzerate. Allí determinó al gobernador, cuya hija estaba casada con Murad, á abrazar su causa; y luego con su auxilio levantando una hueste poderosa, penetró en Radjputana, donde tomó con su ejército una fuerte posicion. Aurengzeb, que llegó á marchas forzadas á aquellos sitios, vió con disgusto la posicion que habia tomado su hermano; ofrecióle batalla; hasta con denuestos provocó al orgulloso Dara; pero este tuvo la cordura de rehusar el combate. Por último, sin embargo, el emperador, siempre socorrido en estratagemas, inventó una que salió á medida de sus deseos. Teniendo consigo á los dos jefes que mas habian contribuido á seducir á las tropas del jóven Soliman, les encargó que escribiesen al padre, asegurándole que solo la necesidad les habia obligado á faltar á sus deberes; que estaban prontos á incorporarse con él, y que si á la una dada de la noche queria dejar abierta una puerta de su campamento acudirian con todos sus soldados á ponerse á sus órdenes. En vano los mas prudentes consejeros de Dara le hicieron presente el peligro á que se esponia, en vano le recordaron todas las alevosías de Aurengzeb; pues se dejó cegar por la esperanza de agregar á sus fuerzas algunos miles de soldados que le habian de dar una superioridad decisiva. Dejose la puerta abierta á la hora indicada, los jefes entraron, y tras ellos la hueste imperial. Desengañado, aunque tarde, Dara probó una valerosa aunque vana resistencia; y á duras penas pudo salvarse con un puñado de hombres. Dirigióse á la capital del Guzerate, contan-

INDIA
INDE

49



Vernier del.

Tomasso d'Arce.

Aurengzeb.

Aurengzeb.

do hallar allí un asilo, pero el gobernador no quiso recibirle. Una partida de Mahratas, postrer residuo de su ejército, viendo que la suerte era decididamente contraria á su caudillo, aprovechó de la ocasion para pillar el campamento, y solo respetó lo que estaba encerrado en las tiendas de las mujeres. Entónces Dara no tuvo mas recurso que el de internarse en el desierto, y en peor situacion aun que su abuelo Humaiun. Postrados de fatiga, muertos de sed, tostados por un sol abrasador, los mas de sus leales servidores fallecieron. Seguido solamente de unos pocos, llegó á Tata, y desde allí se disponia para pasar á Persia, donde, segun toda probabilidad, hubiera sido bien recibido; pero en aquel trance, Nadica Bana, su mujer predilecta, estaba para exhalar su postrer aliento, y no pudo resolverse á dejarla morir sola, en medio de estraños, á aquel objeto querido de su corazon; fué á pedir la hospitalidad á Djihan Khan, jefe de las cercanías. Aquella inspiracion fué desgraciada. Violento y sanguinario, Djihan habia sido por dos veces condenado á muerte por Shah Jehan, y dos veces habia debido la vida á la intervencion de Dara. Dejó que el príncipe desventurado tributase los últimos deberes á su esposa; pero cuando quiso partir, fué rodeado y preso por una partida de hombres armados que le entregaron á Khan Jehan, general enviado por Aurengzeb en su persecucion. Viendo que su destino era inevitable, Dara se resignó noblemente; durante todo el viaje, fué su actitud digna y sosegada, y tuvo bastante serenidad para componer entónces un poema sobre su lamentable historia.

Llegado á Delhi, le hicieron atravesar la ciudad montado en un jumento y cubierto de andrajos. Aurengzeb se habia engañado, si habia contado con este cruel espectáculo para malquistar á Dara. Cuando la muchedumbre vió á este príncipe, poco antes tan grande y magnífico, en aquel miserable arreo; cuando vieron detrás de él á su hijo, gracioso niño á quien aguardaba una muer-

te tan deplorable, todos los corazones se enternecieron, las lágrimas corrieron de todos los ojos, y el jentío echó maldiciones contra el tirano. El traidor Djihan fué muerto por el camino cuando volvía á su gobierno, y la capital pareció estar amenazada de una insurreccion muy seria. El emperador comprendió que era hora de acelerar el desenlace de esta tragedia. Durante la noche introdujéronse asesinos en la prision de Dara, quien no sucumbió sino tras una heroica resistencia, y necesitóse toda la maña de Aurengzeb para apaciguar á la muchedumbre.

Ya no tenia entónces Aurengzeb otro competidor mas que á Shadjá, quien se habia aprovechado de esta llamada para reunir sus fuerzas dispersas. Sin embargo, como era poco temible, creyóse que bastaba enviar contra él al príncipe Mohamed y al visir Djemba. No obstante, por poco se desgracia aquella expedicion, segun se verá. El príncipe Mohamed se habia desposado de niño con una hija de Shudjá, de la que estaba enamorado, y aunque en medio del tumulto de los últimos acontecimientos, habia olvidado al parecer sus primeras impresiones, bastó una carta de la princesa, escrita de orden de su padre, para reencender la pasion en el pecho de Mohamed. Así fué que resolvió á abandonar al ejército y abrazar la causa de su tío. Por otra parte, no parece inverosímil que allá en sus adentros tratase de imitar el ejemplo de Aurengzeb y abrirse el camino al trono con las armas en la mano. Ensoberbecido con el papel que habia hecho en la última revolucion, y con la oferta que le habia hecho su abuelo, se le habia oido decir repetidas veces que él era quien habia colocado la corona sobre la cabeza de su padre. Lisonjeábase por la esperanza de que el ejército seguiria su ejemplo, y que, aliado con Shudjá, podria reunir fuerzas contra las cuales no cabria resistir.

Embarcóse pues Mohamed en el Gánjes, socolor de una partida de placer, y no volvió. Los soldados, al saber el partido que habia toma-

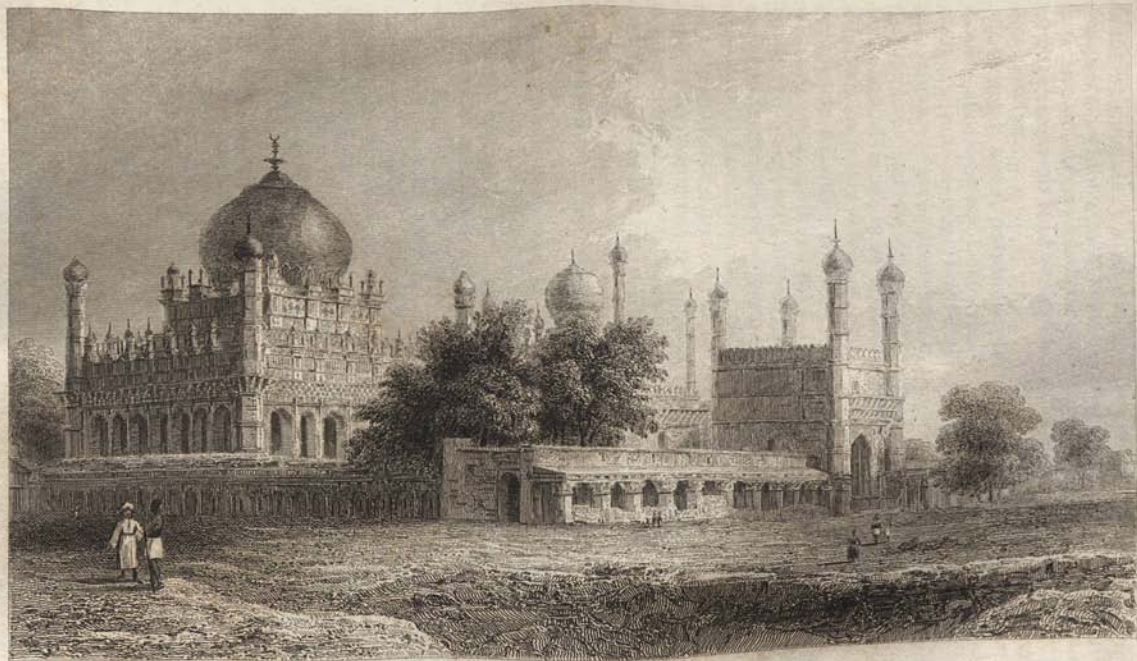
do, manifestaron mucha agitacion; pero con su prudencia y teson logró el visir Djemba contenerlos y atajar la desercion. Shudjá recibió á su ilustre sobrino con la mayor distincion, y habiéndose celebrado el casamiento con gran pompa, marchó con sus tropas al encuentro del visir. Colocóse Mohamed en la primera fila de la linea de batalla, y cuando vió á la flor de la caballeria imperial que marchaba sobre él sin vacilar, se imaginó que se pasaba á su partido; mas desengañóle luego el ardor con que se vió atacado. En vano así él como su tio hicieron prodijios de valor; los soldados afeimados de Bengala no pudieron resistir á los veteranos de Djemba, el cual alcanzó una victoria completa. Tras su derrota, la situacion del príncipe era de las mas críticas; y la astuta política de su padre la hizo aun mas desahuciada. Escribióle Aurengzeb una carta que era al parecer una contestacion á ofertas alevosas, y se manejó de modo que cayese aquella carta en manos de Shudjá, quien concibió sospechas tales que ninguna protesta de parte del príncipe pudo desvanecerlas. No se arrojó sin embargo á ninguna violencia contra su yerno, pero le mandó salir de Bengala con su consorte.

La India entera se hallaba entonces bajo el cetro del implacable emperador, y el desventurado mozo no tuvo mas recurso que entregarse á la merced de quien jamás habia sabido perdonar á los que una vez le habian engañado. Mohamed, preso inmediatamente, fué enviado á la fortaleza de Gualior, donde pasó en el olvido los siete años que aun vivió. Shudjá, habiendo huido á Arracan, fué vendido por el radjá y pereció con toda su familia; por último, Soliman, el hijo de Dara, fué hecho prisionero en las montañas del Himalaya, donde habia ido á buscar un refugio, y de este modo quedó Aurengzeb libre de todos sus rivales.

Shah Jehan sobrevivió ocho años á la pérdida de su trono; y fuerza es decir en abono de su ambicioso hijo, ó al menos como una circunstancia atenuante de todos sus crímenes, que

trató á su padre con todo el respeto y la consideracion compatibles con su posicion de monarca destronado y cautivo; Aurengzeb supo tolerar con paciencia las violentas injurias que el orgullo y la indignacion arrancaban á su padre desventurado. Un dia envió á pedir en casamiento á la hija de Dara para su hijo Akbar, esperando con este entronque afianzar los vínculos que unian á su familia con la nobleza mogol. Shah Jehan y su servidumbre recibieron aquella proposicion como una nueva injuria. El emperador destronado contestó que la insolencia del usurpador no podia cotejarse sino con sus crímenes; la princesa cojió un puñal y dijo que moriria mil veces antes que casarse con el hijo del asesino de su padre. Todo esto fué referido al poderoso Aurengzeb, quien orilló al punto su proyecto sin dejar traslucir su descontento.

En otra ocasion envió á pedir algunas joyas que creía necesarias para el adorno de su solio. Shah Jehan le mandó contestar que las haria reducir á polvo á martillazos, si se trataba de echar mano de la fuerza para alcanzarlas. — « Pues que las guarde, » replicó el emperador; díganle que todos los diamantes de Aurengzeb están á su disposicion. El anciano monarca quedó tan conmovido por aquella moderacion, que envió al punto casi todas las joyas pedidas acompañándolas con una carta en la que le decia: « Toma esas joyas que yo ya no necesito, llévalas con dignidad, y procura, con tu gloria, hacer trascordar á tu familia algunas de sus desdichas. » Al leer esta carta, el emperador echó á llorar, y es de creer que fué sincera su emocion. Con su respeto, con el sosiego que siempre conservó, con la deferencia que mostró á menudo pidiendo consejos, logró, no ya borrar todo resentimiento en el ánimo de su ofendido padre, pero sí al menos algunos sentimientos de afecto. Verdad es que cuando supo que se acercaba el término de la vida de Shah Jehan no osó presentarse delante de él, sino que envió á su propio hijo Shah-Alam, el cual no obstante llegó tar-



L'édifice décoré
Tombeau d'Ibrahim Padshah, à Bejapore.
Sepulcro de Ibrahim Padshah en Bejapore.

de ya. El dueño del Indostan mostró en esta ocasion un dolor, que sin duda no era simulado, y se aprovechó de aquella coyuntura para reconciliarse con su hermana Jehanara, que siempre habia sido fiel á su desventurado padre.

Aurengzeb siguió ocupando por muchos años todavía el trono del Indostan, el cual bajo su reinado, alcanzó su mayor grado de esplendor. Cuando hubo reunido á su imperio los reinos del Decan, se halló dueño casi de la península entera, y comprendiendo el Kabul y el Asam, reinaba sobre unos territorios cuya poblacion y riquezas eran mayores sin duda que las del imperio romano en su época mas floreciente. Las rentas públicas ascendian á mas de 160 millones de duros, suma inferior quizás á la que actualmente realizan algunos grandes estados de la Europa moderna, pero á que hasta entónces no habia llegado ningun imperio de la tierra.

Parece que su administracion fué muy superior á la de todos sus predecesores. En medio de la magnificencia y esplendor algo desatinados de su corte, llevaba él mismo una vida sencilla y hasta austera. No se permitia á sí mismo en su palacio ningun desórden, ninguna molicie. Ya al rayar el día se le veia sentado en su sala de audiencia, accesible al mas humilde de sus súbditos, administrando á todos justicia imparcial, reparando los agravios, aliviando á los desgraciados con sus larguezas. Así es que la India bajo su largo reinado, parece haber gozado de toda la dicha compatible con el despotismo ejercido por un príncipe extraño. Verdad es que si cupiese tener cabal confianza en los historiadores mahometanos y en los autores ingleses que los copian, estaria uno por creer que la temporada que medió desde el advenimiento de Akbar hasta la muerte de Aurengzeb fué para el Asia otra edad de oro, una era de ventura sin igual en la historia de la humanidad. Y efectivamente no cabe negar que durante este tiempo las provincias del centro del imperio gozaron en jeneral de las

ventajas de la paz y de cierta prosperidad; por cuanto las guerras civiles, aunque harto frecuentes y trágicas á veces, se decidian ordinariamente en una sola batalla y no traian consigo grandes desgracias. Pero al tratar de penetrar en el fondo de las cosas, se hallan motivos para creer que esta pintura es demasiado halagüeña, y que durante todo este período padeció el imperio los males inseparables del despotismo. Así es que cuando la Inglaterra sucedió á esta dilatada herencia, halló á la clase de los labradores sumida en tan profunda miseria, que ni siquiera se sabia quienes eran los verdaderos propietarios del terreno, y basta este solo hecho para invalidar el testimonio del panejirista de Aurengzeb.

Bajo su reinado, Bernier, viajero inteligente, pasó algunos años en la India, y empleó el talento de que naturaleza le habia dotado en ilustrarse en punto al estado verdadero y á los recursos del imperio mogol. El cuadro que dibuja es el que corresponde á un estado que se encamina á su esterminio, mas bien que el de un imperio que florece con los afanes de un gobierno justo é ilustrado. Dice que suponiendo al príncipe, bien dispuesto á hacer administrar justicia á sus súbditos, lo consigue quizás en el radio en que personalmente obra, en Delhi, Agra, y en las inmediaciones de estas capitales; pero que en las provincias mas distantes, el pueblo no tiene ningun medio de defensa contra la rapacidad de los gobernadores revestidos de un poder arbitrario, y á quienes califica de «jentes capaces de arruinar á un mundo.» Este juicio quedaba confirmado á sus ojos por la miserable apariencia, por la afectada pobreza que echaba de ver á veces en personas que sabia despues ser riquísimas. No tenia el pueblo ningun tribunal en quien pudiese tener confianza. Ni aun el príncipe podia llamar á su lado á ningun servidor verdaderamente honrado, ó afecto á sus intereses, ó al menos animado del deseo de identificar su propia gloria con la del príncipe. Aquellos funcionarios eran casi todos «jentes

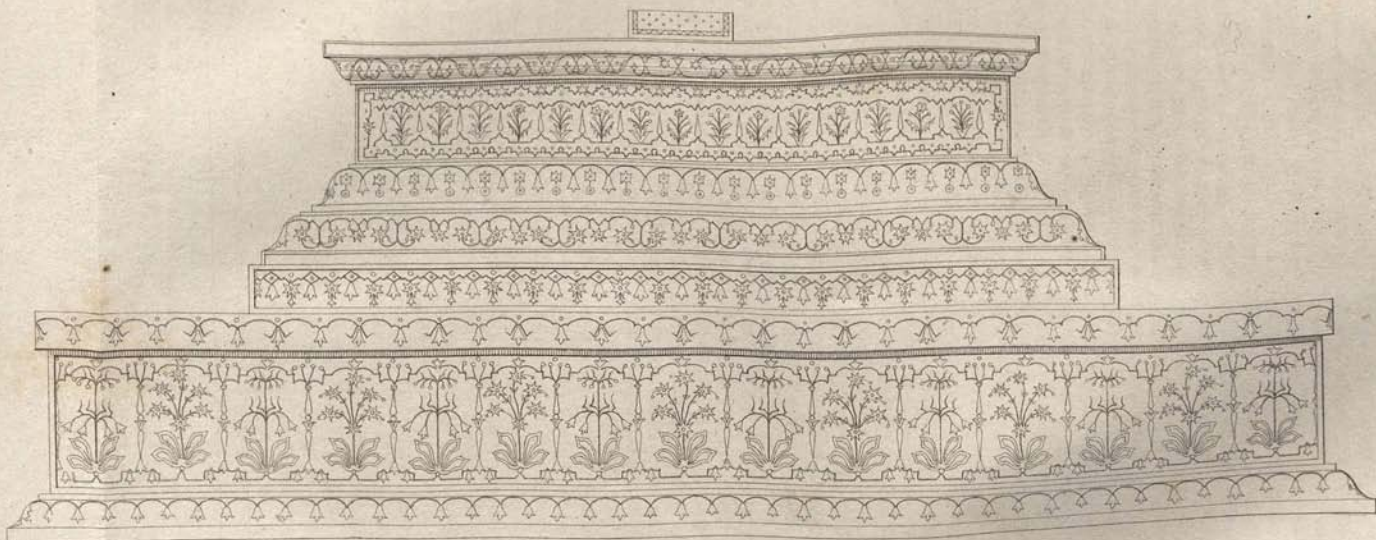
perdidas, esclavos ignorantes y brutales, salidos del polvo, y conservando siempre los vicios, y el carácter de los mendigos.» El único objeto de cuantos ejercian algun poder era acumular riquezas durante su precario poder, curándose poco que tras ellos cayese el estado en ruina.

Hasta por lo que respecta á los sentimientos de justicia que pretenden haber animado á todos los soberanos de esta dinastia, refiere Bernier algunas anécdotas que deben destruir toda confianza en los panejricos de los escritores orientales. Habíase quejado un jóven á Shah Jehan de que su madre, dueña de una gran fortuna, doscientas mil rupias cuando menos, no queria concederle ninguna parte de sus haberes. Tentado el emperador al oír hablar de tan grande suma, mandó á aquella mujer comparecer en su audiencia pública, y le mandó entregar cincuenta mil rupias á su hijo, otras cien mil rupias al tesoro imperial, y que se retirase en seguida. Pero la mujer, levantando la voz, le dijo con mucha serenidad: «Mi hijo ciertamente tiene derechos á los bienes de su padre; pero yo me holgara de saber qué vínculos enlazan á vuestra majestad con el mercader, mi difunto marido, para que pueda pretender á su herencia.» La idea pareció tan razonable á Shah Jehan, que dijo á la buena mujer que se retirase, prometiéndole que en adelante no tendria que temer ninguna tropelia. Este lance puede probar cierta bondad de índole, pero da ciertamente una triste idea de aquel espíritu justiciero que los autores orientales, quieren atribuir á Shah Jehan.

Hay otra anécdota mas reparable todavía. Habia en Delhi cierta clase de mujeres llamadas *kencheny*, que si bien de reputacion harto dudosa, eran llamadas muy á menudo para divertir á aquella corte alegre. Un médico francés llamado Bernard, que se hallaba entónces en Delhi, se prendió locamente de una de aquellas mujeres; pero la madre de la muchacha, sin duda por motivos de prudencia, habia burlado todas las tentativas del enamorado francés.

Una noche sin embargo habiendo ido á hacer una visita al emperador Djihangire, y habiendo este príncipe mandado hacerle no sé qué regalo, en premio de una curacion que habia hecho en el haren, el médico señaló al punto á la *Kencheny*, que casualmente estaba allí, y dijo que entre cuantos presentes pudieran hacerle, este seria para él el mas grato. El emperador se echó á reir, y dijo: «¿Cárguensela sobre las espaldas, y allá se la lleve!» Dicho y hecho; Bernard se marchó cargado de su presa.

Bernier es el primer autor que ha desmentido la idea extraordinaria, que se hacia entónces la Europa del poder y del valor militar de los ejércitos del imperio mogol. Tambien se habia exajerado en extremo el número de sus tropas. La única arma que tenia algun valor era la de caballería, y el cuerpo adicto á la persona del monarca contaba de 35 á 40 mil caballos; y Bernier nos supone que toda la caballería del imperio subiese á mas de 200.000 hombres. La infantería, inclusa la artillería de asiento en la capital, podia ascender á 15.000 hombres. Los innumerables infantes que, segun decian, componian la mole del ejército, no eran en realidad mas que sirvientes, palafreneros, cantineros, que iban en pos de él, encargados del servicio de los víveres del ganado, etc. Aquel séquito era tan crecido, que cuando las tropas imperiales emprendian la marcha, parecia que con ellas se ponian en movimiento las ciudades enteras de Delhi y de Agra, y realmente, aquellas ciudades no venian á ser mas que sitios de campamento permanente, y los campamentos, con sus largas calles de tiendas, sus bazares y mercados, podian pasar muy bien por ciudades movibles. En punto al mérito militar, tiene Bernier un concepto menos aventajado de aquellas muchedumbres armadas. Reconoce sin duda que han peleado á veces con gran valentia; pero careciendo de toda disciplina, les acontecia mas á menudo aun quedar sobrecogidas de un terror pánico y dispersarse sin esperanza de volverse á reunir. Estaba persuadido de que un



Tombe de l'Empereur Shâ-Djâham, dans le Tadj.

Tumba del Emperador Shâ-Djâham, en el Tadj.

ejército europeo de 20.000 ó de 25.000 hombres, capitaneado por un Conde ó por un Turena, aventaría fácilmente á aquellos bárbaros: prevision que ha justificado completamente la historia de las guerras hechas en la India.

La historia de la política extranjera del reinado de Aurengzeb fué señalada por el peligro en que desde un principio se halló de verse envuelto en una guerra con Abas, shah de Persia, el mas poderoso y aguerrido de los potentados del Asia. Dou siguiendo en esto la narracion de los historiadores musulmanes, refiere que la causa de este rompimiento provino de la equivocacion de un secretario que dirigió al shah de Persia una carta con este sobre: «De parte del emperador del mundo al dueño de la Persia.» Al recibir una epístola con un sobre tan insolente, no quiso Abas oír disculpa alguna y se apercibió inmediatamente para la guerra. Esta violencia de Abas, que ya habia llegado á la edad madura, no parece probable. Quizás quiso utilizar este pretexto para promover sus miras ambiciosas, viendo en el trozo de la India á un príncipe mozo todavía, mal afianzado y que se habia hecho odioso con los crímenes que habian señalado su elevacion. Por otra parte favorecian al parecer varias circunstancias sus intentos, si es que realmente los tuviese. De los grandes omrahes de la corte de Delhi muchos eran, por sus familias al menos, oriundos del Iran. y los omrahes afghaneses debian naturalmente recordar con pesar el tiempo en que el trono imperial estaba ocupado por príncipes de su estirpe. Aurengzeb tuvo algunos motivos para sospechar que Shah-Abas trataba de añadir algunas intrigas con los jefes persas de su corte, y que hasta queria seducir á su visir, que tambien era oriundo de Persia. La situacion era harto resbaladiza, por cuanto era aquel cuerpo tan crecido que el romper abiertamente con ellos podia agravarla mas todavía. Sin embargo el ministro y los otros nobles opusieron la mas tenaz nega-

tiva á las sospechas del emperador, y todo acabó por componerse amistosamente. No obstante, el emperador dió cabida á las mas vivas zozobras, hasta que supo que Abas acababa de fallecer en el campamento establecido en la frontera. Sefi, su nieto y sucesor, harto embargado por las intrigas y los desórdenes que siguen siempre en Asia á un cambio de reinado, no tenia ningun deseo de cargar con otra guerra extranjera; por lo cual se apresuró á ajustar cuanto antes un tratado de paz.

Debemos referir un suceso ridículo que espuso á Aurengzeb á un gravísimo riesgo. Una vieja devota del Marwar, en el pais de los Radjputes y llamada Bistamia, habiendo logrado con sus limosnas reunir á un gran número de fakines y otros sectarios indos, acabó por hallarse á la cabeza de una especie de ejército con el cual derrotó al radjá del pais. Alentada por esta posicion, y contando á su alrededor unos veinte mil hombres, marchó sobre la residencia imperial. La supersticion le allanaba el camino de la victoria; pues decian que con un ungüento que ella sabia preparar con los ingredientes mas horribles, hacia invisibles á sus soldados el día de batalla, y por consiguiente irresistibles. Habiendo llegado aquella muchedumbre victoriosamente delante de los muros de Agra, ya se creia dueña del imperio y aclamó á su jefa reina de la India. Aurengzeb, seriamente alarmado al ver que hasta sus tropas estaban desmoralizadas por un pavor supersticioso, comprendió que para habérselas con tales enemigos se requerian otros medios que los puramente humanos. Revestido por su piedad de un carácter sagrado á los ojos de sus soldados, mandó escribir versículos del alcoran en pedacitos de papel, y clavándolos á las puntas de las lanzas que colocó á la cabeza de sus escuadrones, aseguró á sus soldados que el profeta les protegeria contra el mágico influjo del fanatismo indo. Bastó este medio para reentonar á las tropas, y la superioridad de su organizacion militar hu-

bo presto derrotado al ejército de los fakires, que perecieron casi todos en el campo de batalla.

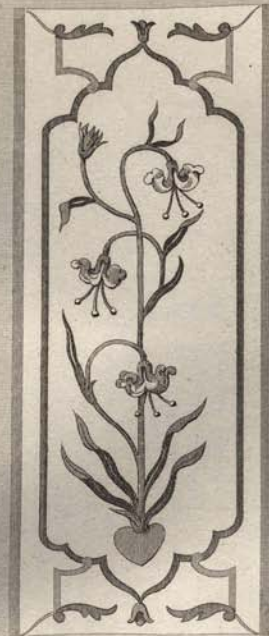
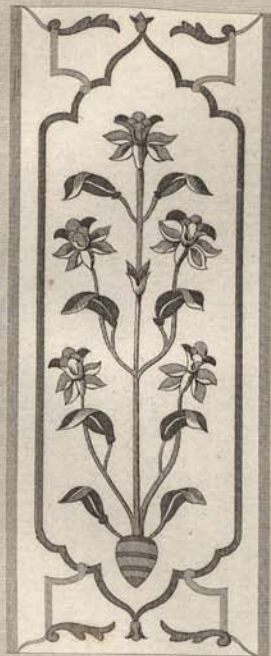
El reinado de este gran monarca fué turbado además por una insurrección en el Kabul, donde redujo fácilmente á la obediencia al país llano, teniendo la cordura de no retirar á los habitantes ninguno de sus privilegios. Pero el grande objeto de su ambición era reducir definitivamente los reinos de Golconda y Bidjapore en el Decan, que á pesar de las repetidas victorias de sus predecesores y de él mismo, seguían disponiendo todavía de fuerzas considerables.

Diversas circunstancias, y sobre todo las disensiones intestinas que señalaron su advenimiento, no le permitieron poner en planta aquel proyecto hasta el año 1668, que era el vijésimo octavo de su reinado. No teniendo ya nada que temer por ningún lado, hizo entrar á su ejército en el Decan por tres puntos diferentes. Comenzaron las operaciones á las órdenes de Shah Alam, heredero presunto del trono, que puso sitio á Golconda. El rey solicitó la paz á condiciones muy duras que Aurengzeb le otorgó, á fin de poder dirigir todas sus fuerzas contra Bidjapore. Este reino resistió un poco mas; pero se entremolió la alevosía entre sus tropas que se pasaron; la capital fué embestida y precisada por el hambre á capitular. Secander Adil-Shah, el postrer sucesor de una larga dinastía de príncipes poderosos, cayó cautivo en manos del emperador. El vencedor empleó despues lo restante de la campaña en acabar la conquista de Golconda, y como su hijo Shah-Alam le reconviniere su mala fe con los piectos jurados, el padre airado le mandó encarcelar. Tras un sitio de siete meses, Golconda fué tomada por traicion, y la muerte de su rey Abu Husein señaló la ruina de otra estirpe de monarcas poderosos.

El acontecimiento que mas influyó en el reinado de Aurengzeb fué el nacimiento del imperio mahrata, que, tras un principio oscuro, debía volver un dia el imponente edificio del

imperio mogol, y disputar á los Ingleses la supremacia del Indostan. El Maharashtra se estiende en la parte noroeste de la península, sobre una superficie de algo mas de cien millas cuadradas, y está poblado por seis millones de almas. Atraviésanlo algunos ramales de los Ghates y de los montes Vindhya, y comprende parte de las provincias actuales de Malua, Candeish, Aurengabad y Bidjapore. En su aspecto jeográfico se distingue en gran manera de la gran llanura del Decan y de la del Indostan. Es elevado, escabroso, tiene mesetas donde la temperatura está siempre muy baja, entrecortado por muchas corrientes. Siendo impracticable para los grandes cuerpos de gruesa caballería que constituian la fuerza de los ejércitos mogoles, nunca habia podido someterse completamente. Sus colinas y fortalezas naturales estaban todas ocupadas por jefes que solo nominalmente obedecian al emperador de Delhi ó del sultan de Bidjapore. Las incesantes guerras que entre sí se hacian los conquistadores musulmanes, las disensiones que sobrevenian á la muerte de cada soberano, debian facilitar á un caudillo osado é inteligente la ocasion de fundar un estado independiente. Hallóse este jefe en la persona de Sivadje, el fundador del imperio mahrata.

Este héroe aunque principió con la pobreza y el desamparo, era sin embargo de ilustre origen. Su tatarabuelo, Bhadji Bhonslay, era hijo del radjá de Udipur, y por consiguiente pertenecía á lo mas descollante de la nobleza indostánica; pero su madre era una mujer de las castas inferiores, y esta circunstancia le habia movido á salir de su pais para buscar colocacion en otras cortes. Habiéndose distinguido en el servicio de un radjá del Candeish, obtuvo de él una Zemindary en las cercanías de Punah, que no era á la sazón mas que una aldea, pero que la grandeza de su familia debia convertir mas adelante en una capital. Su hijo Malodji adquirió alguna nombradía á las órdenes de un jefe mahrata, de quien alcanzó la hija en casamiento



para su hijo Shadjí. Habiendo este reñido con su suegro, entró al servicio del rey de Bidjapore, y fué empleado en el Tandjore y el Carnatic. Mientras hacia la guerra en estas provincias, dejó á su hijo Sivadjí en Punah con su madre, para hacerle educar por Dadadjí Konideo, quien al parecer no perdonó medio para educar al futuro conquistador. Le inició, no en la cultura de las letras, que menosprecian aquellos adustos serranos, sino en los ejercicios militares; en las leyendas y en la poesía nacional; inspiróle sobre todo una veneración profunda para con la fe y las observancias religiosas de los Indos. A la edad de diez y siete años, provocó el alumno su instinto guerrero á probar la fortuna de las armas. Reunió una partida de Maíuanos, y á su cabeza comenzó aquella vida de bandolero y de soldado con la cual se han estrenado casi todos los grandes conquistadores del Asia. Las hazañas de su alumno atrajerón luego á Dadadjí muchísimas quejas, y por esta causa creyó del caso hacer al mozo algunas reconvencciones en público; mas supónese que reservadamente le alentaba á persistir en sus proyectos, previendo ya quizás la grandeza á la que debía conducirle aquella vida aventurera.

Sivadjí siguió pues su destino, y habiéndose apoderado del castillo casi inaccesible de Torna, comenzó á causar alarmas al rey de Bidjapore, á quien sin embargo logró apaciguar prometiéndole un aumento de tributo. No obstante, como él seguía conquistando una fortaleza tras otra, el rey no se contentó con reiterar sus reconvencciones, sino que se quejó á Shadjí, el padre del venturoso merodeador; amenázole despues, y en seguida le mandó prender á pesar de todas sus protestas y juramentos de que no conocía ni aprobaba ninguna de las hazañas de su hijo. Desesperado Sivadjí de la desgracia que había ocasionado á su padre, mas no pudiendo decidirse á orillar su vida aventurera, se dirigió á Shah Jehan, de quien pretendia ser vasallo, y con su poderosa intercesion alcanzó la

libertad de su padre. Cuando Aurengzeb, antes de subir al trono, hizo la guerra al Ridjapore, Sivadjí siguió haciendo el papel de aliado del Mogol; y cual si su neutralidad hubiese sido ya de alguna importancia, le dejaron quieto en las conquistas que tenia hechas. Cuando vió á las dos grandes monarquías en pugna no titubeó en correr ora sobre la una, ora sobre la otra; pillando el territorio de esta, y haciendo conquistas en el de aquella, segun se le rodeaba la ocasion. En seguida, cuando Aurengzeb suspendió la guerra contra el Bidjapore, para realizar los ambiciosos proyectos que lo encumbraron en el trono del Indostan, no tuvo tiempo ni lugar de pensar en contener las conquistas del jóven bandolero; mas entónces el rey de Bidjapore pudo dirigir contra él todo el poder de sus armas, y se creyó que Sivadjí iba á sucumbir.

El ejército de Bidjapore, mandado por Afzul ó Abdul Khan, oficial sobresaliente, se adelantaba contra el infatigable salteador, con la confianza de que muy en breve iba á reducirle á la obediencia. Sivadjí, convencido de que en tamaño trance habia de llamar en su ayuda todos sus recursos, empezó por decir que estaba dispuesto á someterse, pero que no se atrevia á ponerse completamente en manos de un enemigo tan justamente ofendido. Pedía una entrevista á la cual irían los dos jefes seguidos cada uno de una persona solamente. En seguida tomó sus medidas. Los bosques que á lo lejos cubrian su castillo fueron ocupados de noche por hombres armados; púsose debajo de su vestido de algodón una cota de malla, y debajo de su turbante un casquete de acero; ocultó un puñal debajo de su vestido. A la hora convenida, vió á Afzul Khan que se acercaba á la cabeza de un destacamento de 1500 jinetes, á quienes dejó á cierta distancia para acercarse con una sola persona de su comitiva. Sin embargo Sivadjí se había preparado para aquella solemne ocasion con el cumplimiento de todos sus deberes religiosos. Antes de salir de su castillo, habia pedido la ben-

dicion de su madre, como lo haria un esforzado caballero que vuela al campo del honor. Cuando los dos jefes estuvieron el uno delante del otro, se abrazaron segun la costumbre indiana, y en el mismo punto heria Sivadji á Afzul con su puñal. El musulman sacó el sable y descargó una cuchillada sobre la cabeza del alevoso; mas este defendido por su casquete de acero, tendió de otra puñalada al Khan á sus plantas. Al mismo tiempo, las tropas mahratas, prevenidas por el sonido de la trompeta, salian de su emboscada y destrozaban á la escolta aterrorizada de Afzul Khan. Los ejércitos solo pueden reunirse en torno de la persona de sus jefes, y en perdiendo á estos, vienen á perder tambien todo su valor. Así pues habiéndose dispersado las tropas enemigas, pudo Sivadji continuar á sus anchuras sus operaciones desarrollándolas en una grande estension de pais, y llevó sus correrías hasta las mismas puertas de la capital. Aprovechóse de aquella ocasion para apoderarse del Concan, llamado por los antiguos Costa de los Piratas, puso guarnicion en la importante fortaleza de Panalla, que es la llave del pais, y se puso así en estado de armar una escuadra que aumentó en gran manera sus medios de conquista y pillaje. El rey de Bidjapore, levantando muchas tropas, redobló sus expediciones contra el jefe rebelde, á quien redujo á veces á los mayores apuros; pero supo siempre salir de ellos tan airoso, que acabó por ajustar un tratado en cuya virtud adquirió un territorio de montañas muy extenso, y en el cual podia mantener un ejército de 50.000 infantes y de 7000 caballos.

En tal estado se hallaba cuando Aurengzeb, á quien la guerra civil y la traicion habian hecho dueño del imperio mogol, emprendió reunir la India entera bajo su cetro. Le era pues forzoso derribar el poderío de Sivadji, que iba medrando con amagos formidables. Envió contra él una hueste compuesta de tropas selectas, y mandada por Shaista Khan, uno de los omrahs en quien tenia mas confianza. El nuevo jeneral comenzó

la campaña con grandes logros, apoderándose de la mayor parte de las plazas del enemigo, inclusa Puna, el lugar del nacimiento del audaz aventurero, quien, reducido al mayor apuro, salió de él por medio de una de sus hazañas mas arrojadas. A la cabeza de una corta partida de valentones, logró, favorecido, segun se supone, por los zelos de un jefe mogol, penetrar en la casa de Shaista-Khan. Este, sorprendido, solo tuvo tiempo de salvarse por una ventana, herido, con un dedo menos. Su hijo fué muerto; él mismo tan acobardado por aquel desastre, y tan irritado contra sus oficiales, que pidió su retiro, y en seguida las operaciones militares contra los Mahratas quedaron al parecer suspendidas durante algun tiempo.

El activo jefe supo utilizar aquella tregua, empleándola en una de sus empresas mas arriesgadas, el pillaje de Surate, que era á la sazón el grande depósito de la India, y quizás la ciudad mas rica del mundo. Fiados en la grandeza y opulencia de su ciudad, los habitantes vivian al parecer en la seguridad mas completa; apenas estaban defendidos por una ruinitapia, que ni por un instante podia contener á los denodados tercios de Sivadji. Segun algunos autores, él mismo permaneció tres dias en la ciudad, disfrazado, estudiando las localidades, las que habia que atacar, y sobre todo las que era mas ventajoso pillar. Su ejército estaba dividido entónces en dos divisiones, ocupadas en el sitio de Basein y de Chal, dos ciudades importantes que parecian capaces de atajar todavía por mucho tiempo todos sus esfuerzos, cuando de repente retiró la mayor parte de su ejército del sitio de la primera, dejando solo delante de sus muros un cuerpo escaso, encargado de mantener las hogueras, y de hacer mucho ruido, para encubrir la partida de los demás. Las tropas mahratas se presentaron pues de improviso y entraron en la ciudad sin resistencia, habiéndose retirado el gobernador en la ciudadela, y permaneciendo los Ingleses y Holandeses en sus factorías, de suerte que por espacio



Imaire d'orient

Sewadji

Sewadji



de tres dias, el ejército victorioso estuvo pillando la ciudad á medida de sus deseos, embargado únicamente en cojer todos los objetos de precio que podían provocar su codicia. El botin en dinero, joyas, alhajas, piedras preciosas, etc. se estimó en mas de cinco millones de duros.

Aurengzeb, mas y mas irritado al verse burlado por un capitán de bandideros, acordó hacer los mayores esfuerzos para destruirle, y envió contra él un ejército formidable, mandado por su maradjá, ó mirzaradjá (el jefe de los emires), valiente oficial formado por una larga experiencia á la guerra de las montañas. El jefe mahrata, harto débil para osar embestir á aquel enemigo al descampado, se vió despojado una tras otra de todas sus plazas, y reducido á mayores apuros que nunca. Por último, Purandar, su principal fortaleza, donde habia depositado todos sus tesoros con su familia, fué bloqueada estrechamente, sin esperanza de poderla socorrer. Entonces creyó su causa desahuciada, y contando con la palabra del maharadjá de que se le recibiria bien en Delhi, pasó al Mogol. Parece que fué á la corte en la creencia de que en ella se le trataria como á un omrah de la primera jerarquía; de ahí fué que quedó hondamente lastimado al verse recibido por el emperador con afectado menosprecio y colocado entre los palaciegos de segunda clase. Si hemos de dar crédito á algunos historiadores, habiendo la hija de Aurengzeb visto al jóven extranjero, se prendó de él, y sabedor Sivadji de los sentimientos de la princesa, la pidió en casamiento á su padre, quien le desechó con indignacion. Los autores mas exactos miran esta historia amorosa como apócrifa; pero todos concuerdan en decir que el jefe vencido estaba vijilado muy de cerca, aunque tratado como prisionero sin importancia. De ahí fué que no pensó luego mas que en fugarse. Habiendo engañado la vijilancia de sus guardas aparentando estar enfermo, se mandó llevar con su hijo, ocultos los dos en cajas, fuera de los muros de la capi-

tal, y montando en un ruin caballo, llegó sin despertar las sospechas hasta Matra, luego á Benarés y Jajernat, aprovechando la ocasion para visitar aquellos puntos de romería. Pasó despues por Haiderabad, y se halló finalmente en medio de las montañas que le habian visto nacer, en medio de sus leales, que al punto acudieron á reunirse en torno suyo.

Sivadji continuó pues la carrera de pillaje y de victorias que le puso ya en estado de hostilidad declarada é implacable contra los Mogoles; pero Aurengzeb, ocupado por la Persia, y distraído por la insurreccion del Kabul, no tuvo lugar por entónces de pensar en el bandidero, que no hacia mas que pillar una de las provincias mas miserables de su imperio. El jefe mahrata estendió pues á sus anchuras sus devastaciones por toda la costa de poniente; pilló á Surate por segunda vez, y otra vez, si no entró en ella, la hizo pagar al menos un rescate cuantioso. Singarh, fortaleza tenida por inespugnable á causa de su situacion sobre el pico de una montaña, le habia sido tomada por hambre en tiempo de sus reveses; mil de sus osados Malualis lo escalaron en medio de una noche oscura con escalas de cuerda y la tomaron espada en mano. Luego despues de su regreso, tomó el dictado y las insignias de la corona; y mandó acuñar moneda con su nombre; y además, para satisfacer su orgullo y deslumbrar á los suyos, se hizo coronar con grandísima pompa. Remedóse la ceremonia de la coronacion de los reyes mogoles; no se echó en olvido ningún pormenor ni siquiera el mas pueril; así es que se hizo pesar contra sacos de oro, grano, etc. Presentes de valor inmenso hechos á los Bramines dieron mayor lustre y realce á esta fiesta política.

En el mismo año de su coronacion Sivadji se vió acometido de una enfermedad peligrosa que le retuvo en cama durante ocho meses. Pero apenas estuvo restablecido, prosiguió el curso de sus operaciones militares en mayor escala que antes. Golconda, situada casi al otro estre-

mo de la península, y que se creía muy fuera de su alcance, se vió atacada repentinamente por un cuerpo de 12.00 caballos mahratas que le dieron un asalto tan impetuoso, que ni siquiera hubo tiempo para pensar en la defensa. La ciudad se rescató del pillaje mediante una cantidad cuantiosa, y Sivadji, entrando en ella á la cabeza de sus tropas, celebró una audiencia pública como hubiera podido hacerlo su lejítimo soberano. Parece que, sin perdonar á los vencidos la menor parte de su rescate, quiso el jefe mahrata formar con ellos una alianza defensiva contra el Mogol. El año siguiente, atravesó el territorio de Bidjapore, y penetró á fuerza de vencedor en el Carnatic. Allí se apoderó de Gingi, de Vellore, y de otras plazas fuertes, en nombre del rey de Golconda, pero tuvo la precaucion de guarnecerlas con tropas propias. Llevó sus incursiones victoriosas hasta cerca de Madrás al este, y de Seringapatam al oeste. De vuelta para sus estados, por poco se apoderó de Bombay; pero habiendo encontrado por el camino á Dillir Khan, jeneral mogol cuyas intrigas habian determinado á su hijo Lambadji, á abandonar la causa paterna, fué derrotado y precisado á retirarse á Ragra, su capital. Poco tiempo despues, habiéndose reconciliado con su hijo, volvió á salir á campaña, y dando un grandísimo rodeo, se apoderó, cerca de Baranpur, de un inmenso convoi que conducia dinero al ejército enemigo. Desde allí volvió rápidamente á su capital; pero las fatigas excesivas de aquella arrojada campaña, junto con las que habia padecido en tantas expediciones, determinó una inflamacion de los pulmones, de que murió, el 5 de abril de 1680, á la edad de cincuenta y tres años. Dicen que al recibir la noticia de su muerte, Aurengzeb mostró sumo alborozo; no obstante fué bastante justo para tributar homenaje al gran talento que habia permitido á Sivadji crear un nuevo estado, á pesar de los grandes y formidables ejércitos que contra él habia enviado, al paso que él mismo

iba derribando todos los antiguos reinos de la India.

El carácter de Sivadji se ha apreciado de diversos modos; aunque parece que jeneralmente los escritores le han sido demasiado favorables. Sin duda, era un hombre tal como la India y el Asia han producido muy pocos, un carácter en cuyo conjunto se hallaban reunidos en iguales proporciones el monarca, el jeneral, el guerrillero y el ladron y hasta el ratero mañoso, y sabian hacer su papel segun la circunstancia del día y de los acontecimientos. Bajo todos estos aspectos mostróse Sivadji lo que pudiéramos llamar un hombre muy entendido, y la historia de todas sus invenciones, ardidés y hazañas repetidas y aun exajeradas ha hecho su nombre muy popular entre los Indos. Sin embargo, parece que no haya habido en los proyectos de su ambicion, ni el modo con que los llevó á cabo, nada que deba hacer de él un hombre verdaderamente grande, inspirado por una política noble ó inteligente. Bajo el aspecto moral, árido se hace atribuir mucho mérito al hombre que no supo jamás lo que era escrúpulo de conciencia; por cuanto si llegó á conocer algun sentimiento parecido á lo que nosotros llamamos honor, es cierto al menos que no lo hizo entrar para nada en su conducta. El no haber tiznado nunca sus victorias con barbaries inútiles es sin duda un hecho muy honroso, y por desgracia rarísimo entre los jenerales asiáticos; sin embargo no se echa de ver que haya cejado jamás ante el derramamiento de sangre siempre que por este medio creyó salir aventajado. Puede que si se hubiese visto dueño quieto de un reino crecido, hubiera reemplazado con un sistema de paz y proteccion para sus súbditos, las desdichas que su vida de bandolero causó á la humanidad; pero esto no pasa de una hipótesis gratuita. Por otra parte, sus costumbres eran sencillas, casi austeras; vivia con los suyos bajo el pie de la familiaridad y de la confianza, y jamás le ocurrió rodearse

en medio de ellos, de guardias ni de precauciones. Era sinceramente adicto á la religion de los Indos, y seguia escrupulosamente todas sus observancias; y no hay que creer que su piedad haya sido meramente un instrumento, aunque fué en realidad otra de las causas de su grandezza. Alzóse como campeon de la religion de sus padres contra la enemistad devota, contra las persecuciones sangrientas de Aurengzeb.

La fortuna de los Mahratas peligró con la prematura muerte de Sivadjí. Sambadjí, á tenor del destino ordinario de los príncipes de la India, comenzó su carrera con una guerra civil contra uno de sus hermanos. En seguida tuvo que rechazar la invasion de una grande hueste mogola; pero mostrándose entónces digno hijo de su padre, le obligó á retirarse con pérdidas considerables. Poco despues, Aurengzeb habiendo resuelto completar la conquista de la península, entró personalmente en el Decan con cuantas tropas habia podido reunir. Empezó, como ya hemos dicho, por sujetar enteramente los reinos de Bidjapore y Golconda, que por tan largo tiempo habian burlado el poder de sus armas. Volvióse en seguida contra los Mahratas, y empleó contra ellos los medios que tan bien les habian salido. Sabedor por uno de sus espías que Sambadjí habia salido de su campamento para divertirse, seguido solamente de algunos servidores, le mandó prender por un destacamento de caballería. El emperador, segun su costumbre cruel, dispuso la muerte del prisionero, y aseguran que él mismo asistió con bárbaro placer al suplicio que el desventurado mozo padeció con valor inalterable. Perecia ya entónces desahuciada la causa de los Mahratas, pero Rama, hermano de Sambadjí, pasó apresuradamente al Carnatic, y allí concentró todas sus tropas al rededor de la inespugnable fortaleza de Gingi, cuya reduccion ocupó al ejército imperial por espacio de algunos años. Al mismo tiempo los Mahratas, quietos en sus montañas, iban reuniendo sus tercios irregulares y

movedizos, hacian algaradas, no solamente en los países de Golconda y Bidjapore, recién conquistados por el Mogol, sino tambien en sus antiguas provincias de Candeish, Malua y Berar.

El ejército mahrata, que por espacio de mas de un siglo debia ejercer un grande influjo en la suerte de la India, se componia, como el del Mogol, principalmente de caballería, pero organizada y equipada de un modo muy diverso. Los Mogoles, cubiertos de pesadas armaduras de hierro, montaban caballos robustos y pesados; sus jefes, llevados encima de elefantes, estaban como ceñidos en una especie de fortaleza. Los escuadrones, así equipados y arrojados por las llanuras del Indostan ó las mesetas del Decan, barrian cuanto se oponia á su choque. Pero el Maharashtra es un país de alturas y colinas muy poco elevadas para que la caballería lijera no pueda moverse en él desahogadamente, y por otra parte, muy accidentado para que la caballería pueda maniobrar con ventaja. El ejército nacional se formó naturalmente por las circunstancias del terreno y las costumbres de los habitantes. Componíase de caballos pequeños y briosos y de jinetes armados á la lijera, equipados mas bien para la marcha que para el combate, pudiendo á la par espaciarse por una grande estension de país, y retirarse rápidamente sin proporcionar nunca al enemigo la ocasion de sorprenderlos. Estos jinetes iban mezclados con infantes armados en parte de mosquetes, y en parte de arcos y flechas; el arma nacional era la lanza, con una espada corta y broquel pequeño. Abriase todos los años la campaña al fin del monzon del noroeste, y se anunciaba desplegando el *ghocenda* ó estandarte nacional. Aun ahora mismo, cuando los Mahratas establecen su campamento empiezan por tremolar el estandarte del príncipe ó del general á cuyo al rededor, á vanguardia y retaguardia, se estienden en líneas paralelas y regulares las tiendas que forman el bazar del campamento. A lo largo de estas tiendas hincan los

jefes inferiores sus enseñas al rededor de las cuales se forman sus soldados, sus sirvientes con los caballos y los rebaños. El ejército sale á campaña sin mas abastos que los que pueden caber en dos sacos de lienzo echados al través de la silla de cada jinete y delante de él, el uno á la derecha y el otro á la izquierda. Emprenden la marcha contando en punto á víveres, ya sea con lo que hallarán en pais enemigo, ó ya con aquellos innumerables *brindjarris* ó traficantes que visitan los campamento indos como campos de feria. El pillaje es imprescindible para estos ejércitos, pero se hace con regularidad, y no tiene cada soldado el derecho de apropiarse cuanto le viene á la mano. Ordinariamente se hace por medio de contribuciones forzosas cuyo producto se vierte en los almacenes públicos. Cada soldado disfruta de un haber cuantioso, y si no se satisface en épocas muy regulares, se le paga siempre no obstante íntegramente. En estas escursiones, no solo las tropas recojen botín, sino que aumentan á menudo en número. Las jentes de índole aventurera, los que no tienen ningún vínculo de familia que los retenga en su pueblos, siguen fácilmente á las tropas, como se puedan ajenciar un caballo. Así fué como el ejército mahrata, sin haber alcanzado ninguna victoria decisiva, se iba engruesando á medida que se adelantaba, y aun tras algunas derrotas despues de haber perdido repetidas batallas y muchas plazas, seguian derramándose por las grandes provincias de Candeish, Malua y Berar, y ocupaba siempre gran parte de la India central.

Los postreros años de Aurengzeb, si bien no fueron señalados por ningún revés de importancia, adolecieron no obstante del malogro de varias empresas de entidad y de muchísimos tristes presajios que anunciaban la inevitable decadencia del imperio. Su devoción, que siempre iba en aumento, le hizo emprender, al fin de su reinado, el intento de destruir la relijion inda con las medidas mas violentas. Mandó arrasar los

magníficos templos de Matra y de Benaris, y levantar mezquitas en sus solares. La pagoda de Ahmedabad, uno de los mas espiéndidos monumentos de la arquitectura nacional, fué tiznada con la sangre de una vaca que degollaron en ella. Estos sacrilejios, mirados con el horror mas profundo por los Indos supersticiosos, no los impelieron á una rebelion abierta, pero provocaron sí en todo el imperio un odio universal contra el yugo de los Mogoles: produjeron una disposicion jeneral á juntarse en torno del caudillo ó del gobierno que fuese el primero en tremolar la señal de la insurreccion. A estas violencias debemos atribuir en parte los rápidos progresos de los Mahratas, y la feliz resistencia que al emperador opusieron los pequeños principados radjputes.

Emponzoñaron tambien los postreros dias de Aurengzeb las disposiciones que mostraron sus hijos para seguir su criminal ejemplo. Mohamed, su hijo primojénito, habia muerto ya en su encierro, en justo castigo de su rebeldía. El hijo segundo, Shah-Alam, habia mostrado tambien, durante una enfermedad de su padre, el afan con que anhelaba su sucesion; y aun que nada absolutamente culpable hubiese hecho, con todo esto, las relaciones entre él y su padre fueron siempre desde entónces embarazosas y llenas de triste desconfianza. Akbar, otro hijo suyo, ensoberbecido con el alto nacimiento de su madre, se hizo reo de rebelion declarada, y tomó partido por los enemigos de su padre, ora con los Mahratas, ora con los Radjputes. Los dos últimos, Azim y Kaom-Basksch, estaban á su lado durante su última enfermedad, y pudo prever que su muerte iba á ser la señal de conflictos sangrientos y de crímenes que solo podian terminar con la muerte de todos sus hijos menos uno. En medio de estas penas y de estos dolorosos presentimientos, llegó por fin el término fatal; espiró en su campamento, el 21 de febrero de 1707, á los noventa y cuatro años de su edad, y á los cuarenta y nueve de su reinado.

Arduo les es á los historiadores el



Tombeau d'Aurangzeb.

Sepulcro de Aurençzeb.

formarse un concepto despejado de este hombre extraordinario. Sus crímenes son muy horrendos para que quepa echarlos al olvido, y no obstante, en el discurso de su larga vida, mostró muchas é importantes virtudes. En la administracion de justicia era asiduo é imparcial, no se dejaba llevar ni por sus caprichos ni por sus pasiones; sus limosnas eran casi inagotables, y en todas ocasiones mostró afanarse de veras por el bien estar de su pueblo. Rodeado de cuantas seducciones pueden corromper á un hombre con los placeres sensuales, profesando una religion que bajo este respecto, deja una libertad cabal á las pasiones, su vida particular era pura y rayaba en austera. ¿Fué sincero en sus opiniones religiosas? Es de creer al menos que si algunas veces favorecieron su política, encubrian un fondo de piedad verdadera. Confirman esta opinion sus persecuciones contra los Indos; imprudencia que, considerada políticamente, no podia ocultarse á un príncipe tan sagaz, y solo puede achacarse á sus verdaderos sentimientos. Tambien hay motivos para creer que aun en medio de sus mayores desbarros, jamás quedó completamente sofocado el impulso moral en su pecho; que si la tormenta de la ambicion que se levantó en su pecho todo lo aventó al parecer, los crímenes á que le arrojaron fueron para toda su vida una causa permanente de remordimientos. La sangre de su familia que derramó sin conmiseracion seguia chorreando siempre á los ojos de su fantasía; de modo que sentado en el trono mas esplendoroso del mundo, y dotado de todo el talento, de todas las prendas que podian hacerle brillar, Aurengzeb, llevado á la cumbre del poder y de las grandezas humanas, vivió una vida miserable.

Algunas cartas suyas que se han conservado, y que escribió á sus hijos, cuando sintió que acercaba su muerte, llevan todo el carácter de la sinceridad, y dan una idea espantosa de las emociones que debió de sentir en sus postreros instantes, cuando las grandezas mundanas que habia comprado á un precio tan terri-

ble iban á dejarle para siempre. «Es llegada la vejez, dice, la flaqueza me domina, y la fuerza abandona todos mis miembros. Forastero llegué á este mundo, y forastero lo dejo. Nada sé de mí mismo, ni de lo que soy, ni del fin á que estoy destinado. El tiempo que en el poder he pasado no ha dejado mas que pesares tras sí. No he sido el protector ni el guardian del imperio. El tiempo precioso de la actividad se ha consumido en la vanidad. En mi interior tenia yo un guardian de mi honor (la conciencia); pero mi ceguedad no ha acertado á ver su luz gloriosa. Nada he traído á este mundo, y salvo las enfermedades del hombre, nada me llevo de él. Temo por mi salvacion, y solo con terror arrostro los castigos que me aguardan. Aunque tengo yo una firme confianza en la misericordia y bondad de Dios, sin embargo, cuando considero lo que he hecho, me acosa el espanto que no me da tregua, y cuando yo haya partido (de este mundo), ya no será tiempo de recapacitar. Mi cabeza se encorva con la flaqueza de la edad, y mis piés han perdido la potencia del movimiento. El soplo que me animó se pierde, y no deja ninguna esperanza tras sí. He cometido crímenes sin cuento, y no sé qué castigos me aguardan. La guardia del pueblo es la carga confiada por Dios á mis hijos. Os confío, á vosotros, á vuestra madre y á vuestro hijo, á la bondad de Dios, por cuanto yo parto. La agonía de la muerte se va mas y mas apoderando de mí. Odiporé, vuestra madre, me ha cuidado durante la enfermedad y quiere seguirme en la muerte, pero cada cosa tiene su tiempo señalado. Yo me voy. Lo bueno ó lo malo que he hecho era para vosotros. Nadie ha asistido á la separacion de su alma y de su cuerpo, pero yo siento que me deja la mia.»

§. VII. *Shah-Alam.*

A la muerte de Aurengzeb, empezó la guerra entre los hermanos; mas no fué ni tan larga ni tan sangrienta como al principio se habia temido. Shah-Alam, hijo mayor del emperador difunto, cuya causa abrazó el ban-

do mas poderoso, era un hombre de carácter esencialmente blando y amable; hizo á sus hermanos los ofrecimientos mas liberales, proponiéndoles el gobierno de sus mas ricas provincias; pero la ambicion y los malos consejos los impelieron á probar la suerte de las armas. Fueron derrotados; uno de ellos fué muerto en el campo de batalla, el otro se suicidó; y Shah-Alam subió al trono por una via dolorosa, sí, pero exenta al menos de crímenes.

El objeto del gobierno de este príncipe fué al parecer restituir la paz al imperio, aun á costa de algunas pretensiones que sus predecesores no habian orillado jamás en tiempo de su prosperidad. Así fué como hizo un ajuste con los Radjputes, bajo pactos que le conservaban apenas una sombra de soberanía sobre aquellas orgullosas tribus. Los Mahratas, al fin del reinado de Aurengzeb, habian ofrecido poner un término á sus depredaciones mediante el abandono del *chut*, ó cuarta parte de las rentas de los distritos espuestos á sus incursiones; pero el altanero monarca, aunque impotente para rechazarlos, habia desechado con ira sus proposiciones. Pero juzgando Shah-Alam que el imperio no podia ya obligar á aquellos merodeadores á volver á la obediencia, acabó, y quizás en esto obró cuerda y prudentemente, por aceptar sus ofertas, esperando librar de este modo de aquel azote á algunas de sus mas ricas provincias. No obstante, en otras ocasiones, cuando las circunstancias le fueron mas propicias, probó que no carecia de ánimo emprendedor ni de talento militar. Tuvo que mostrar sus prendas contra un nuevo enemigo que por este tiempo empezó á hacer un papel político.

Los Sikhes aparecieron ya bajo el reinado de Baber, pero solamente como secta religiosa. Nanek, su jefe, era, segun cuentan, un hombre de carácter suave y especulativo, que, viendo con sentimiento las violentas disensiones religiosas suscitadas entre los Indos y los Mahometanos, trató de conciliar entrambas religiones y reunirlos, si era posible en una so-

la. Tomando de cada una sus principales ceremonias y sus dogmas fundamentales, probó de hacer de ellas un cuerpo de doctrina única, que enseñaba, como cada una de ellas, la accion de una providencia soberana encargada del gobierno del mundo, y el premio de los buenos y el castigo de los malos en la otra vida. El número de los Sikhes fué rápidamente en aumento; agregáronseles otras sectas; y bajo los reinados del filósofo Akbar y de sus sucesores inmediatos, nadie se acordó de molestarles, por cuanto tampoco á ellos les ocurría el molestar al estado. El fanatismo perseguidor de Aurengzeb fué quien los convirtió en enemigos mortales del imperio mogol. Mandó prender y encarcelar en la fortaleza de Gualior, donde fué después ejecutado por su orden, su jefe ó patriarca Tig Bahadur. Este acto violento cambió repentinamente el ánimo de los Sikhes, pacíficos hasta entónces, y Guru Govind, el hijo de Tig, juró emplear toda su vida en vengar á su padre. Cumplió su palabra. Habiendo logrado comunicar sus anhelos á todos los suyos, los armó, los organizó militarmente, y de un pueblo de pacíficos fakires vino á formar una poblacion de osados bandoleros. Sin embargo, teniendo que arrostrar con sus inespertos reclutas á los ejércitos de Aurengzeb, que se hallaba á la sazón en el apogeo de su grandeza, no pudo resistir contra tales elementos. Sus tropas fueron dispersadas, sus dos hijos hechos prisioneros y ejecutados, y él mismo tuvo que emigrar. Su razon le abandonó en medio de tantas calamidades y murió loco. Mas no se estinguió con él el espíritu de la sociedad militar que habia fundado; antes al contrario, escitada por la desdicha y la injusticia, se hizo mas bravia y resuelta que nunca. Después de haber andado errantes por años enteros en las montañas del Himalaya, se aprovecharon los Sikhes de la muerte de Aurengzeb para acercarse á las provincias del norte.

Era su jefe á la sazón uno llamado Bauda, discípulo inmediato de Guru Govind, y que tomó el nombre de su maestro. Las devastaciones que co-

metieron entonces los Sikhes fueron terribles, inspirados como estaban por un impulso de venganza implacable. Banda habia ocupado á Sirhind. Cuando supo que el emperador marchaba contra él con todas sus fuerzas, se retiró sobre Daber, fortaleza del Himalaya, asentada sobre una altísima cumbre, tajada á pico y casi inaccesible. Segun refiere Eradet Khan, que al parecer fué testigo ocular de lo que cuenta, el emperador consideraba tan fuerte aquella posición que no osaba atacarla, y esperaba, aparentando retirarse, alentar al enemigo á perseguirle, y quizás poderle derrotar en batalla. El Khan-Khanan ó jeneral tenia sin embargo mas confianza en sus fuerzas, y habiendo logrado del emperador el permiso de adelantarse con un destacamento para hacer un reconocimiento mas exacto de la posición, empezó desde luego por atacar al enemigo y arrojarle de las alturas inmediatas al fuerte. Este primer triunfo enardeció los brios de las tropas, las que se abalanzaron al asalto, y el emperador tuvo la satisfaccion de ver que sus tropas, á pesar de sus órdenes, arrojaban al enemigo de todas sus posiciones. El enemigo estaba encerrado en su fortaleza cuando llegó la noche; y no osando los Mahometanos aventurar un ataque en la lobreguez de la noche, se contentaron con guardar exactamente todos los puestos, apercibiéndose para volver á comenzar al día siguiente. Pero por la mañana quedaron pasmados de ver el fuerte completamente abandonado; el jefe sikh habia huido con los suyos por un estrecho sendero que se habia ocultado á la vigilancia de sus enemigos. Sin embargo esta campaña detuvo por algun tiempo los progresos de los Sikhes.

Shah-Alam, segun refiere Oradet Khan, uno de sus íntimos confidentes, fué al parecer uno de los príncipes mas cabales y amables que hayan empuñado el cetro de la India. Su liberalidad, aunque algunos escritores la tildan de estremada, se dirigió siempre á los hombres y á las cosas que mas la merecian. Era sinceramente afecto á la fe musulmana, y

profundamente versado en el conocimiento de la teología, la que estudió no obstante de un modo muy liberal, no temiendo enterarse de las opiniones de todas las sectas, en términos que escandalizó muchas veces sobre este punto á los intolerantes doctores de la ley. En vez de dejarse llevar por aquel impulso de desconfianza cruel que siempre habia dividido á los miembros de la familia imperial, tenia siempre á su alrededor á sus diez y siete hijos, nietos y sobrinos, ninguno de los cuales pensó jamás en abusar de su cariño. Si no atesoraba todo el tesoro necesario en las circunstancias críticas en que se hallaba el imperio á la sazón, al menos su moderacion y el respeto universal que inspiraba alejaron por algun tiempo los peligros acumulados sobre la cabeza de los Mogoles. Desgraciadamente tras un reinado de cinco años solamente, le acometió una enfermedad aguda que lo llevó al sepulcro en su campamento de Lahore, en 1712.

§. VIII. *Desde la muerte de Shah-Alam hasta el fin del imperio mogol.*

Shah-Alam habia dejado cuatro hijos. A pesar de la buena armonía que al parecer reinaba entre ellos en vida de su padre, su muerte dió la señal de la guerra civil. Habia abrazado la causa de Moir-el-Din, el primojénito, Zulfacar Khan, uno de los omrahes mas poderosos, quien venció y mandó dar muerte á sus tres hermanos. De este modo fué colocada la corona sobre la cabeza de este príncipe, quien tomó el nombre de Iscander-Shah. Sin embargo el nuevo monarca era incapaz de sostener, ni aun con aparente decencia el alto puesto á que la fortuna le habia encumbrado. De-cuidando todos los negocios del estado, se abandonó á la disolucion mas asquerosa, y hasta se dejó ver en las cercanías de Delhi acompañado de prostitutas. Bajo el gobierno de semejante príncipe, no podian menos de producirse hombres osados, prontos á utilizar el desórden que debian crear el carácter despreciable del emperador

y la flaqueza de su administracion. Dos hermanos, Abdalá y Husein que tomaban el dictado de seides ó descendientes del profeta, acordaron entronizar á un príncipe bajo cuyo nombre esperaban gobernar el Indostan. Con esta mira eligieron á Firuksir, hijo de Azim-Ushan, que habia sido el hijo predilecto de Shah-Alam. Levantaron luego un ejército; y aunque Zulfacar-Khan defendió valerosamente al hombre indigno á quien habia colocado en el trono, fué derrotado completamente, tras una lucha que duró poco tiempo, y él mismo fué muerto con su amo.

Habiendo los seides entronizado á su candidato, le consideraron como instrumento suyo, y se arreglaron para administrar el país á su antojo. Fuerza es confesar que mostraron un teson y una habilidad bastante reparable en la direccion de los negocios. Habiéndose presentado en las llanuras del Indo Banda, el jefe Sikh fué derrotado por ellos, hecho prisionero y ejecutado en medio de los mas atroces tormentos. Pero luego empezaron los omrahes á murmurar contra su poder. El mismo emperador se desavino con su yugo, y luego despues sus privados le aconsejaron que se desembarazase de aquella dependencia, para empuñar por sí mismo, y sin necesidad de ajenas manos, las riendas del gobierno. Su reinado de siete años pasó de este modo en medio de intrigas, en las que acabaron los seides por vencer. Dieron muerte á Firuksir, y buscaron despues á algun otro descendiente de la sangre de Baber, á quien pudiesen revestir de las insignias del poder, guardando para sí la realidad. Pusieron al principio los ojos en un nieto de Akbar, el hijo revelado de Aurengzeb; pero al cabo de cinco meses de reinado, murió de tisis. Sucedióle su hermano Rafeh-el Dula, que solo sobrevivió tres meses á su elevacion. Los seides colocaron entonces en el trono á Rushan Akter, nieto de Shah Alam, quien tomó el nombre de Mohamed Shah.

Este príncipe, llamado Firuksir, empezó por mostrar suma deferencia para con los que le habian en-

cumbrado al trono; pero poco despues dió oídos á los que le aconsejaban que se emancipase del tiránico yugo de los seides. Por fin se dejó persuadir á entrar en una conspiracion formal dirijida contra ellos. Habíase suscitado una desavenencia entre los dos hermanos por un lado, y Nizam-ul Mulk por otro, omrah poderoso, revestido del gobierno del Malua, y que no queria entregárselo. Habíase acordado entre los seides que el emperador y Husein partirian juntos á la cabeza de las tropas para reducir á la razon al jefe discolo. Acordóse aprovechar la separacion de los dos hermanos. Tres de los conspiradores echaron suertes para saber quién de entre ellos habia de asesinar á Husein, y cayó la suerte en un tal Hayder. Arrimándose al palanquin del seide en ademan de presentarle un memorial, el asesino hirió á la víctima tan certeramente que la muerte fué casi instantanea. «Mata al emperador,» gritó Husein que al punto adivinó la trama; y su sobrino, á la cabeza de un puñado de soldados resueltos, trató de ejecutar la órden postrera de su tío; pero el emperador habia tomado sus precauciones, y el mozo fué muerto en el mismo sitio con los suyos. Mohamed volvió entónces para Delhi, donde queriendo Abdalá resistirse hasta el postrer trance, proclamó á un nuevo soberano y levantó un ejército, pero fué derrotado y hecho prisionero. El vencedor hizo su entrada triunfal en Delhi, como si realmente empezase entónces á reinar.

Pero apenas estuvo en plena posesion del poder, mostró en él la incapacidad á lo que, desde algunas generaciones, parecia la estirpe mogola estar aciagamente condenada. No obstante tenia dos ministros capaces y leales, Nizam-ul Mulk y Saadet-Khan; pero mal hallado con sus costumbres y modales graves y severos, prestó dócil oído á consejeros mozos é inespertos. Los dos jefes irritados de verse de aquel modo desbancados, se retiraron con ánimo de establecerse cada uno como príncipes independientes en dos provincias diversas. Nizam fué á probar for-

tuna en el Decan, donde trasmitió su nombre y sus títulos á una estirpe de príncipes que aun en el día son nominalmente independientes; Saadet en el Oude, donde una rama de su familia está ocupando aun el trono. En estas críticas circunstancias, los Mahratas, que no habian cesado de estender sus conquistas, comenzaron á mostrar abiertamente que ya trataban de reemplazar á los Mogoles. Despues de haber pillado la mayor parte del Malua y del Guzerate, llevaron sus irrupciones hasta las puertas de Agra, y derramaron el pavor dentro de la capital. Saadet-Khan, el único jefe que, en el primer peligro, se acordó al parecer del honor y de la seguridad del imperio, acudió de su reino de Oude, y derrotó tan rematadamente á los Mahratas, que quizás hubiera acabado con su poderío, si se le hubiese permitido proseguir sus triunfos; pero el apocado emperador quiso que se suspendiesen las operaciones hasta el momento en que su ministro hubiese tenido tiempo de levantar un ejército y tomado el mando en jefe de todas las tropas. Saadet, aburrido, se fué á su provincia; y tras esto, los Mahratas volvieron á tomar la ofensiva, llegaron hasta Delhi, y despues de haber pillado los alrededores de esta capital, volvieron á Malua cargados de botin; y como si no hubiesen de bastar tamañas desdichas, llegó de fuera un enemigo formidable á descargar el postrer golpe al vacilante edificio del imperio mogol.

Ya hacia medio siglo que la Persia estaba agitada por revoluciones violentas. Los Afghaneses, salidos de sus serranías, se habian apoderado de Ispahan y habian degollado á todos los príncipes de la casa real de Persia, menos uno, llamado Tamas, el que se habia refugiado entre las tribus pastoras y trashumantes de las altas mesetas de la Persia. Estos pastores guerreros abrazaron con ardor la causa del último vástago de la familia real, y reuniéndose en torno suyo le formaron una hueste formidable. Entre sus caudillos se hallaba un jóven llamado Nadir, que al in-

corporarse al ejército con su tribu, habia tomado el nombre de Tamas-Kuli-Khan, ó el noble esclavo de Tamas, y se distinguió luego en términos que quedó revestido del mando en jefe. Tras algunas victorias, volvió á tomar la ciudad de Ispahan y espulsó completamente de Persia á los Afghaneses.

Tan grandes triunfos habian inspirado á las tropas mas afecto para Nadir que para aquel en cuyo nombre habian tomado las armas; así que hecho cargo de su popularidad el ambicioso pastor, encerró al príncipe en su palacio, no dejándole mas que el título y la sombra del poder; y luego no satisfecho todavía mandó cegar á Tamas, y se hizo por fin proclamar bajo su primer nombre de Nadir Shah.

No bastaba aun la Persia á la ambicion del nuevo príncipe; y fiado en el valor y afecto de sus tropas, trató de conquistar una parte de los estados vecinos. Empezó por invadir el territorio de los Afghaneses, y habiéndose apoderado de Kabul y Candahar, llegó á la frontera de la India. No tenia, segun se espresaba, ninguna intencion ni deseo de penetrar en este pais, pero árduo se hace suponer tanta moderacion á este conquistador. De todos modos, rodeóse luego la ocasion y el motivo para justificar una declaracion de guerra. Algunos de sus compatriotas, que no habian querido reconocerle por soberano, habian hallado un refugio en el Indostan. Querria Nadir que se le entregasen los fujitivos, y á este efecto habia enviado á Delhi un embajador, que fué degollado con toda su comitiva delante de Djellalabad. Mohamed mal aconsejado por imbéciles palaciegos, cometió el desacuerdo de negar la satisfaccion que se le pidió por tan sangriento ultraje. Nadir irritado partió al punto con sus tropas, é hizo tanta dilijencia que llegó á cuatro dias de marcha de Delhi, sin que el indolente emperador tuviese noticia todavía de la aproximacion de los Persas. Apresuróse á reunir sus tropas, y escribió al punto pidiendo socorro á Saadet, quien siempre fiel

acudió inmediatamente y tomó el mando de la hueste imperial. A pesar de su talento indisputable, no sabia Saadet por desgracia con qué enemigo tenía que habérselas; cometió el yerro fatal de salir de sus trincheras y de aventurar una batalla campal contra las tropas de Nadir, curtidas ya por cien victorias. Los soldados afeminados de un pomposo ejército indiano no eran capaces de sostener el combate contra aquellos tercios de robustos pastores. Los Mogoles quedaron completamente derrotados, y su jeneral cayó en manos del enemigo. A esta derrota siguieron negociaciones cuya historia es muy oscura. Saadet ajustó, según aseguran, un tratado en cuya virtud los Persas se obligaban á salir del imperio mediante el pago de una contribucion de guerra de doscientos crores de rupias (diez millones de duros). El Persa parecia estar tan contento con aquel convenio que el emperador y Nizam ul-Mulk no titubearon en hacerse una visita en su campamento, poniéndose de este modo en manos de su enemigo. Entónces fué, según dicen cuando el jeneral cautivo, envidioso de ver á Nizam ul-Mulk revestido del título de visir, que él mismo creia haber merecido con sus servicios, descubrió al enemigo el secreto de las inmensas riquezas que contenia la capital del Indostan, y por lo cual dos crores de rupias venian á ser un rescate de poca monta. Necesitaríanse otras pruebas que las que se dan para creer en la traicion de un hombre cuya conducta habia sido tan pundonorosa hasta entónces; y tambien se hace árduo creer que las riquezas de Delhi fuesen un misterio confiado únicamente á la discrecion de algunos jefes del imperio. ¿No es de suponer con mayor verosimilitud que si el tratado fué discutido y aceptado por Nadir, fué solamente un lazo que él mismo armó al emperador, para hacerle cometer la imprudencia de entregarse en manos de sus enemigos? Lo cierto es que, después de haber preso al emperador, Nadir se apoderó de la capital.

Hay motivos para creer que entró

en Delhi con ánimo de aprovecharse con moderacion de la victoria, y de proteger á sus habitantes contra las violencias de sus soldados. Con efecto, durante dos dias observaron los Persas la mas cabal disciplina; pero al segundo, habiéndose propalado la noticia de la muerte de Nadir los Indos se arrojaron á acometer á algunos hombres aislados. El adusto vencedor, que sin duda con harto trabajo se habia hasta entónces contenido, entró al saber esta novedad en un arrebató de ira, y mandó degollar á los habitantes de todas las casas y de todas las calles donde se hallase el cadáver de un persa. Las calles de Delhi estuvieron inundadas en sangre hasta la hora del medio dia; en seguida, tras este ejemplo atroz, el conquistador se dejó apaciguar y era tan sumo el imperio que ejercia en sus tropas, que á su voz de mando se envainaron todos los alfanjes. Pillóse entónces el palacio imperial; hallóse en él dinero, joyas, y telas cuyo valor subia á sumas increíbles. Desde su advenimiento, todos los emperadores mogoles habian tenido la manía de acumular riquezas inmensas en este jénero, tanto por medio de los presentes que se mandaban hacer, cuanto por medio de las confiscaciones y las compras; y aquel tesoro acumulado mas y mas, no habia padecido nunca venta ni saqueo. Los conquistadores siguieron durante treinta y cinco dias haciendo entregar por amenazas y el tormento los tesoros ocultos en aquella espléndida capital. El cálculo mas bajo hace subir á mas de 160 millones de duros el valor del botin arrebatado en esta ocasion por Nadir y sus oficiales, y la mitad de este valor inmenso era de diamantes y joyas.

Nadir no mostró ningun deseo de conservar la conquista del Indostan por mas que lo tenia á sus piés. Probablemente tenia bastante cordura para ver que la Persia y la India no podian reunirse en un solo reino ni ser gobernadas por el mismo soberano. Contentóse con exigir la cesion de Kabul, de Candahar y de las provincias al oeste del Indo, y luego

volviendo á colocar á Mohamed en el trono de los Mogoles, le dió algunos consejos saludables, y se marchó sin conservar un solo punto fortificado, sin dejar un soldado en el Indostan. Pero entónces el imperio, considerablemente menoscabado, perdió tras sus desgracias el poco prestigio que aun le quedaba. En Rohilkunda, provincia montuosa casi contigua á la capital, algunos jefes afghaneses unidos á la belicosa poblacion del pais, fundaron un estado independiente que burló todos los conatos del poder imperial. Verdad es que tuvieron que ceder por un momento ante las tropas del visir y del nobab de Oude, unidos contra ellos; pero este revés parcial no les impidió aprovecharse de las revoluciones á que el trono de los sucesores de Akbar estaba mas y mas expuesto.

Los pueblos occidentales habian aprendido el camino de Delhi, y probablemente no habian de olvidarlo tan presto. Habiendo sido asesinado en Mehed el famoso Nadir, ocho años despues de su expedicion á la India, el imperio que él habia fundado y mantenido con su teson y su prudencia se desplomó por sí mismo. Ahmed Abdalá, uno de sus oficiales, afghanés de nacimiento, creyó poder utilizar la ocasion para fundar tambien él un reino. Partiendo á la cabeza de los jinetes de su tribu, volvió al Afghanistan, se hizo proclamar en Candahar rey de su pais, y en medio de las agitaciones que siguieron á la muerte de su amo Nadir, logró con efecto fundar la monarquía Durania. Dueño tranquilo de un pais admirablemente defendido por la naturaleza, á la cabeza de una poblacion valerosa que ya repetidas veces habia dado dueños al Indostan, debia naturalmente seguir las huellas de Nadir. En 1747, traspuso el Indo, pilló la mitad de Sirhind y derrotó al visir, que fué muerto en la batalla; pero detenido por obstáculos inesperados, y sobre todo por la pérdida de uno de sus almacenes de pólvora que se voló, no llevó por este año mas allá sus incursiones.

Poco despues de esta expedicion, murió el emperador. Sucedióle su hijo Ahmed Shah, y cual si ya no hubiese bastado el enemigo externo, desolaron el imperio las intrigas y discordias durante el breve reinado de este príncipe desventurado. El soberano y sus visires se hacian la mas viva oposicion. Ahmed, oprimido por uno de ellos, empleó contra él á Ghazi-ed-din, nieto de Nizam-ul-Mulk, que habia muerto á la edad de ciento y cuatro años. Este jóven, revestido del título de emir el omrah, hizo grandes aunque vanos esfuerzos para realzar la fortuna del imperio. Forzó al visir, que habia tratado de reproducir un nuevo pretendiente, á fugarse. Hizo una expedicion contra los Djates, tribu salvaje establecida en los distritos montañosos de las provincias de poniente, y que, en medio de la anarquía jeneral, se habia proclamado independiente. Pero entónces provocó tambien los zelos y la desconfianza del emperador, quien, dando oidos á un nuevo privado, conspiró con el enemigo contra su ministro. Sin embargo, ayudado por el jefe mahratá Holkar-Mahar, triunfó Ghazi-ed-din del emperador, se apoderó de su persona, le hizo cegar, y proclamó en su lugar á un hijo de Jehandir Shah, que tomó el nombre de Alamdjire segundo.

Hallábase á la sazón reducido el imperio á la flaqueza mas vergonzosa. No habia un príncipe, por menzudo que fuese, que no se creyese bastante poderoso para poner la mano en sus despojos. Los Afghaneses habian conquistado definitivamente las provincias de Multar y de Lahore; los Sikhes iban creciendo diariamente en número y en poderío; los Djates y los Rohillas continuaban sus algaradas; los Mahratas se iban extendiendo mas por cada dia, hasta habian traspuesto el Djamna, y formado un establecimiento importante en Rohilkunda. Ghazi-ed-din atropelló la solucion de la crisis con una empresa que era superior á sus fuerzas. Habiendo una mujer afghanesa sido revestida por Ahmed Abdalá del gobierno de Lahore, el visir

socolor de negociar un casamiento con su hijo, la robó y la llevó prisionera á Delhi. A la nueva de este insulto, Ahmed Shah se airó hasta lo sumo; reunió en seguida una hueste crecida, y penetró casi sin oposicion, en la capital del imperio, la que tuvo que padecer un pillaje tan terrible como el que le impuso Nadir. A este desastre sucedió la situacion mas extraordinaria y humillante. Vióse al emperador suplicar á Ahmed que le protegiese contra el visir que le habia encumbrado al trono, pero que le trataba como un instrumento de su ambicion, y conservaba en realidad todo el poder en sus manos. Ahmed oyó las quejas del desdichado emperador, y le colocó bajo la proteccion de un jefe rohilla; pero era aquel paso una proteccion ilusoria. Tras la partida de Ahmed, habiendo Ghazi-ed-din hecho alianza con los Mahratas, se apoderó, casi sin sacar la espada, de la capital y de la persona del soberano. El desdichado príncipe no tuvo entonces mas recurso que el reconciliarse, pero habiendo dejado sorprender una correspondencia reservada que mantenía con los Afghaneses, fué asesinado, y su cuerpo arrojado al Djamina. Su muerte no hizo mas que aumentar la anarquía. Ghazi-ed-din, harto desvalido para resistir á sus muchísimos enemigos, tuvo luego que refugiarse en una fortaleza del pais de los Djates.

Sin tratar de desenmarañar este caos de miserias y traiciones, podemos decir que el imperio mogol habia perdido entonces todo poderío y hasta todo prestigio. Los Afghaneses y los Mahratas eran quienes se disputaban á la sazón el cetro de la India, y los últimos aprovechándose de la lejanía de sus rivales, resolvieron hacer un grande esfuerzo para afianzarse la posesion completa del Indostan. Trayendo del Decan un cuerpo considerable de caballería, y ayudados por los Sikhes, espulsaron á los Afghaneses mas allá del Indo. Pero no era Ahmed de temple tan sufrido que se dejase arrebatarse sin pelea las hermosas provincias de Multan y de Lahore; así despasó el

rio á la cabeza de una hueste formidable, y se le juntaron luego muchísimos jefes exasperados por las insurrecciones y el pillaje de los Mahratas. Estos se retiraron al principio, y permitieron á los Afghaneses ocupar á Delhi; pero al mismo tiempo se fortificaron en las cercanías, y en posicion tan fuerte, que no osó atacarlos. Apurados sin embargo por la falta de abastos, tuvieron la imprudencia de salir de su campamento y de dar una batalla en la que fueron completamente derrotados. Su ejército, que constaba de 80.000 hombres, fué casi totalmente aniquilado, y en ella pereció su jeneral Datra Sindia. Otro cuerpo, mandado por Holker, se dejó sorprender cerca de Secandra, y quedó tan cruelmente malparado, que con dificultad se pudo escapar su jefe, casi desnudo, y seguido de un puñado de los suyos.

Los Mahratas, aunque cruelmente malparados por aquel desastre, no por esto se desalentaron; antes al contrario, hicieron nuevos esfuerzos para realzar su fortuna. Antes de terminar el año habian reunido ya un ejército de ciento y cuarenta mil hombres, mandado por Siudashco Rao, apellidado el Bho, y sobrino de su *peishwa* ó príncipe supremo. Luego que se hubo reunido con las fuerzas del visir y de los jefes djates, esta hueste se adelantó sobre Delhi. La profundidad del Djamina, muy crecido por las lluvias, separaba á las dos huestes mahrata y afghanesa; pero aunque no habia vado practicable, el denodado Ahmed se arrojó al río á la cabeza de su ejército y lo condujo á salvamento á la orilla opuesta. Esta hazaña, que quizás no tenia ejemplar, amedrentó á los Mahratas. A pesar de ser tres contra uno, no osaron dar batalla, y se encerraron en un campamento fortificado cerca de Panipat, en los mismos sitios donde mas de una vez se habia decidido la suerte de la India. Ahmed se contentó al principio con bloquearlos en su posicion é interceptar sus convoyes; pero al fin acabándosele el sufrimiento, acordó atacar su campamento y ganarlo á viva fuerza. Este ataque no tuvo éxito, y los Mahrata-

tas, alentados, é impelidos al mismo tiempo por la falta de abastos, se aventuraron á arriesgar una batalla. Colocando su artillería en primera línea, se abalanzaron sobre el enemigo con aquel ímpetu que tantas veces les habia afianzado la victoria. El jeneral les dejó apurar sus fuerzas en aquel primer choque, y luego, cuando ya casi los tuvo encima, dió orden de cargar sobre toda la línea. La caballería lijera de los montañeses no era capaz de resistir en campo raso, ni por un instante siquiera, contra la gruesa caballería de los Afgbanes. Al primer estrellon, los Mah-ratas quedaron completamente derrotados, y tan dispersos que fueron poquísimos los que volvieron al Decan. Veinte y dos mil prisioneros, cincuenta mil caballos y un botín inmenso cayeron en manos del vencedor.

Fácil le hubiera sido entónces al victorioso Ahmed sentarse en el trono de los Mogoles, mas no quiso. Quizás creyó que en medio de la descomposicion rematada en que habia caído el Indostan, en medio de tantas naciones armadas, era el Indostan una conquista harto distante de sus estados para que le cupiese hallar en esto la menor ventaja. Contentándose con las provincias situadas al oeste del Indo, salió algun tiempo despues de la capital del imperio, dejando á Ali Gohar, hijo mayor de Alamdjire II, en posesion del vano dictado de gran mogol, y destinado á venir á ser el instrumento ó el cautivo del primer soldado audaz que quisiese apoderarse de la capital.

Ya no existia el imperio mogol.

CAPITULO VII.

DESCUBRIMIENTOS Y ESTABLECIMIENTOS DE LOS PORTUGUESES EN LA INDIA.

Despues de haber escrito la historia del imperio mogol desde su fundacion hasta su fin, debemos cejar ahora para buscar las huellas de los primeros aventureros europeos que, seguidos luego por otros, llevaron á las mayores potencias del mundo

á las riberas del Indo, y abrieron la via que condujo finalmente á la Inglaterra á establecer su supremacia incontestada sobre un territorio igual casi en estension al de la Europa entera, sobre unos estados cuya poblacion total asciende á mas de *ciento y cincuenta millones* de almas.

La potencia europea cuyas naves descubrieron el derrotero de la India por el Cabo de Buena Esperanza fué el Portugal.

Los Portugueses, como sus vecinos los Españoles, habian tenido que lidiar por siglos enteros antes de poder arrojar de su territorio á los bellicosos y fanáticos Mahometanos que lo habian conquistado. El reino, llamado de Barros, fué fundado en la sangre de los mártires, y su gloria se derramó por el mundo con las hazañas de otros mártires; por cuanto así cree poder llamar el historiador portugués á todos sus gloriosos compatriotas que sucumbieron en los encuentros con las naciones infieles. Despues de haber espulsado de Europa á los Moros, los persiguieron en Africa, y esta lucha encarnizada, creando para el Portugal la necesidad de marinos, llamó la atencion de sus príncipes al Océano, como teatro donde á un tiempo mismo podian granjear riquezas, gloria y grandeza. Estas pasiones, favorecidas por la posicion jeográfica del pais, con grande estension de costas en el Atlántico, que nadie hasta entónces habia atravesado, condujeron á los Portugueses á la gloria que les granjearon sus proezas marítimas en los siglos décimoquinto y décimo sexto.

La primera tentativa de descubrimientos fué hecha por el rey Juan I en la costa de Berbería. Encargó á una escuadrilla reconocer la costa de Marruecos, y, si posible era, de todo el continente africano. La expedicion logró pasar el Cabo Non, á donde venian á parar entónces los conocimientos jeográficos de los Europeos, y explorar una grande estension de las costas occidentales de Africa. Sin embargo, acostumbrados á no perder nunca de vista la tierra, los navegantes del rey Juan se asus-

taron á la vista de los terribles escollos del cabo Bojador, y de las olas amenazadoras que continuamente se estrellan contra ellos. Pero aquel viaje era á la sazón una empresa arrojada, y provocó en gran manera el afán por los descubrimientos, que habian de verse alentados por un príncipe apasionado á las empresas marítimas. El príncipe Henrique, el hijo mas jóven del rey Juan, despues de haber descollado esplendorosamente en las algaradas de los Portugueses contra los Berberiscos, dedicó todos los recursos de su crédito y de su fortuna á nuevos descubrimientos. Habia establecido su residencia en Sagres, cerca del Cabo de San Vicente; y allí, con los ojos clavados siempre en el Océano, recojia con desalado afán cuantas noticias podian proporcionarle la jeografía y el arte de la navegacion, que se hallaban á la sazón en la infancia.

La primera expedicion en la que se interesó, en 1418, constaba solamente de un buque mandado por dos oficiales de su casa, Juan Gonzalez y Tristan Vaz, quienes, llevados á alta mar por un temporal, descubrieron primero á Porto Santo, y despues á Madera. Sin embargo solo quince años despues, en 1433, Gilianez, mas arrojado ú mas venturoso que sus predecesores, traspuso el Cabo Bojador, y mostró que los temores inspirados hasta entónces por aquel terrible promontorio eran cuando menos quiméricos. Desde entónces los progresos que hicieron los Portugueses en el reconocimiento del continente africano fueron rapidísimos, aunque durante mucho tiempo no llegaron á descubrir mas que desiertos de áridas arenas. Gracias á su abinco y perseverancia sin embargo, acabaron por llegar á las verdes costas del Senegal y del Gambia, á donde el comercio del interior llevaba oro, marfil y otros renglones preciosos.

Cada año habia producido ya un nuevo descubrimiento, cuando en 1486, Juan II resolvió hacer un grande esfuerzo para acabalar el reconocimiento del continente africano. Dió á Bartolomé Diaz tres naves, reco-

mendándole que procurase ante todo trasponer el límite sur de aquel continente. Partiendo de la Costa de Oro, reconocida ya por los que le habian precedido, Bartolomé Diaz, prolongando indefinidamente la costa de Guinea, acabó por llegar mas allá de la línea equinoccial, en uvas rejiones donde soplaban con suma violencia los vientos de los mares antárticos. Los Portugueses se tuvieron por perdidos, cuando habiendo abanzado el temporal trece dias despues, trataron, gobernando al este, de llegar á tierra; habian traspuesto la punta mas meridional de Africa, y ya no veian ante sí mas que un horizonte de mar sin límites. Sobre saltados, volvieron la proa de sus embarcaciones hácia el norte, y llegaron por fin á una punta situada al este del Cabo de Buena Esperanza. Diaz queria continuar su derrota hácia el norte, sobre la costa oriental de Africa; pero las quejas de sus tripulaciones le precisaron á volver atrás. Entónces fué cuando descubrió realmente el cabo que andaban buscando ya hacia tantos años, y que señala el límite entre dos mundos. Recordando todavia el recio temporal que habia pasado al doblarle, le llamó Cabo de las Tormentas; pero al regreso de la expedicion, el rey Juan, que consideraba aquel descubrimiento por de feliz agüero para el porvenir, le dió el nombre que ha conservado desde entónces, de Cabo de Buena Esperanza.

Abierto estaba ya á la Europa el camino para penetrar en la India; sin embargo el rey Juan no prosiguió inmediatamente los descubrimientos de Bartolomé Diaz. Andaba á la sazón muy atareado con la llegada de un príncipe negro del Senegal y con los preparativos de una expedicion destinada á restablecerle en sus estados. Estaba además muy mortificado de haberse dejado llevar por consejeros desacordados á rehusar las ofertas de Cristóval Colon. Este navegante, despues de haber dado feliz cima á su grande expedicion (octubre de 1492), se habia visto precisado por el temporal, á su regreso á Europa, á recalar el Tajo,

delante de Lisboa, y traía consigo muchísimos trofeos, testimonio de un glorioso descubrimiento, que provocaban grandísimo sentimiento en el ánimo del rey.

Juan murió en 1495, sin haber hecho ninguna otra tentativa de descubrimiento; pero su primo Manuel, que le sucedió, mostró para aquellas grandes empresas mas afán todavía que sus predecesores. Aceptando como una gloriosa herencia la necesidad de penetrar en las plazas de la India, se ocupó, tan pronto como hubo ascendido al trono, en los preparativos de una nueva expedición. Bartolomé Diaz recibió el encargo de presidir á la construcción de los buques, para que se hallasen en estado de luchar contra los mares borrascosos que habia encontrado. Sin embargo no se le confió el mando de la expedición, que se dió á Vasco de Gama, oficial de la real casa, y que, como marinero, disfrutaba ya de una nombradía que tan gloriosamente habian de justificar los acontecimientos. Terminados que estuvieron los preparativos, Gama, llamado ante el rey, recibió de su mano, en presencia de los grandes de la corte, una bandera de seda, en la que estaba prendida la cruz de la orden de Cristo, de que el rey era gran maestre perpetuo. Sobre este emblema reverenciado, juró hacer cuanto de él dependiese para alcanzar el blanco apuntado á sus esfuerzos. Entregósele entonces la enseña con instrucciones y una carta dirigida á aquel misterioso príncipe, llamado el Preste Juan, con quien no ponian la menor duda en que debia ponerse en comunicacion á su llegada á la India. El día del embarque, los capitanes y marineros de las naves pasaron en cuerpo al convento de la Virgen de Belen, donde recibieron todos el santísimo sacramento, y desde donde los acompañaron los monjes del mismo convento procesionalmente hasta sus buques, en medio de un grandísimo jentío.

Vasco de Gama dió la vela el 8 de julio de 1497, con tres buenas embarcaciones; *el San Gabriel*, y *el San Rafael*, mandados, el uno por

su hermano Pablo, y el otro por él mismo; y la caravela *el Berio*, mandada por Nicolás Coelho. Castañeda refiere que durante la primera parte de su viaje, los Portugueses tuvieron que luchar contra terribles temporales, y el hecho parece probable, aunque de esto no diga Barros una palabra, pues, á los cuatro meses de su salida, aun no habia llegado la expedición al Cabo. Los viajeros debieron de quedar hondamente conmovidos, cuando, el 18 de noviembre, divisaron la punta meridional del continente africano. Aquella era la época de la mejor estación en aquellas aguas; henchia las velas una suave brisa del sudoeste, y pudieron doblar sin esfuerzo y sin peligro aquella valla que tan peligrosa les habian representado. El sonido de los clarines y prolongadas aclamaciones celebraron aquel acontecimiento memorable, que iba á producir con efecto una inmensa revolucion en la política comercial de Europa. La tierra no tenia nada de aquel aspecto asustante que le habian supuesto; aunque remataba en montañas que bajaban verticalmente á la mar, al menos estas montañas eran verdes y arboladas; veíanse pacer en ellas crecidos rebaños. Delante de ellos se desplegaba el horizonte sin límites del Océano Indico. Gama no recaló en el Cabo, pues fué por aguado y bastimento á la bahía de San Blas, llamada despues Monel Bay por los Holandeses. Despues de una breve recalada, siguió la costa Natal, así llamada por haberla descubierto el día de Navidad, y la acogida que recibió al desembarcadero de un rio donde desembarcó granjeó á aquella corriente el nombre halagüeño de Rio de la Paz.

Navegando á lo largo de la costa halló el almirante portugués la mar vivamente agitada por corrientes que iban de norte á sur en el canal de Mozambique, y que retardaron los progresos de su navegacion. Habiendo doblado un gran Cabo á causa de esta circunstancia, le llamó Cabo Corriente, y viendo en seguida la tierra que se desarrollaba por la banda de poniente, temió haber entra-

do en un gran golfo, y mareó hácia fuera. De este modo dejó de descubrir á Sofala, que, en esta época, era, en la vista de Africa, el depósito principal del oro y del marfil. Llegó no obstante á un gran rio, en cuyas riberas halló á jentes vestidas de seda y de tejidos de algodón azul, algunos de los cuales comprendian á Martin, el intérprete de la expedición para la lengua árabe. Allí supo que hácia el oriente vivia una nacion blanca que navegaba en buques semejantes á los de los Portugueses, y que se veian pasar muchas veces por las aguas donde á la sazón se hallaban. Estos síntomas, que anunciaban á Vasco de Gama la vecindad de los pueblos civilizados del este, realizaron todas sus esperanzas, pero tuvo que padecer al mismo tiempo un cruel contratiempo. Sus tripulaciones se vieron acometidas de una enfermedad desconocida y terrible; era el escorbuto, que aparece por primera vez en la historia de la navegación, y que habia de ser tan cruel azote para los marinos. Sin embargo los víveres frescos en que abundaba la costa atajaron los progresos de este achaque.

El 24 de febrero de 1498, los Portugueses dieron otra vez la vela al viento, y cinco dias despues, llegaron á un puerto formado por dos isillas situadas á una legua del continente. Este puerto, llamado Mozambique, era una plaza de comercio considerable, sujeta entónces á Quiloa, pero que desde entónces ha venido á ser la capital de los establecimientos portugueses en la costa oriental de Africa. Vasco de Gama no tuvo por que ponderar la acogida que allí mereció; sin embargo tras un combate en el que la artillería europea le proporcionó la victoria, obligó á las autoridades á permitirle completar sus bastimentos y aguada, y á darle un piloto que debia conducirle á Mombaza, donde aseguraban que hallaria otro mas hábil y capaz de conducirle á la costa de la India. Una corriente impetuosa lo llevó desde luego mas allá de Quiloa, circunstancia que le causó mucho sentimiento, aunque infundado,

pues su piloto le habia engañado, diciéndole que era una ciudad cristiana. Algunos dias despues llegó á Mombaza, la que, siempre segun la autoridad del piloto, contaba entre sus moradores una gran fraccion de cristianos. Esta ciudad, situada en una punta de tierra elevada, y que, vista desde el mar, se asemeja á una isla, pareció deliciosa á los Portugueses. Las casas eran de buena piedra, con azoteas y ventanas al estilo de las de Portugal. Sin embargo por poco la alevosía acabó allí con la expedición, la que desahuciada de hallar en aquel punto un piloto, hubo de pasar á Melinda.

Melinda era una ciudad grande y hermosa, bien construida, rodeada de muchos jardines y huertas y de bosques de palmeras, coronados de eterno verdor. El rey, aunque mahometano é imbuido en el mismo fanatismo que todos sus correligionarios, parece haber sido, bajo otros respectos, un príncipe liberal é ilustrado, que echó de ver desde luego las ventajas que sus súbditos podrian sacar del comercio de un pueblo rico y poderoso. Invitó á Vasco de Gama á hacerle una visita; pero el Portugués, escarmentado, propuso una entrevista en la mar. Aceptóse la propuesta, y poco despues se acercó Su Majestad en su canoa, debajo de un toldo de seda, y llevado en un sillón sostenido en los hombros de cuatro hombres. Gama mandó entónces armar sus embarcaciones; sus oficiales y marineros iban vestidos de gala; sonaban los clarines, y para dar mayor solemnidad á la fiesta, para inspirar quizás tambien á los Africanos una alta idea de los Europeos, saludaron al príncipe con una descarga de artillería. Este saludo produjo no obstante un efecto mas grave de lo que se habia creído, pues desde luego vieron á los naturales volver apresuradamente á la costa. Pasó algun tiempo antes no recobraron del susto; y no se tranquilizaron completamente hasta que vieron los esquifes portugueses salir á su encuentro. Vasco de Gama se arrimó á la canoa real, y tuvo con el príncipe una entrevista de la que quedó muy

satisfecho. Los aventureros recibieron en seguida á su bordo la visita de muchísimos personajes de distincion, entre los cuales habia algunos Banianos de Guzerate, discípulos de Pitágoras, que tenian á crimen el matar ó comer todo animal.

Provisto en fin de un hábil y fiel piloto, Malemo Cana, oriundo del Guzerate, el almirante portugués salió el 26 de abril del puerto de Melinda y de la costa de Africa, único teatro hasta entónces de los descubrimientos de sus compatricios. Arriesgada empresa era á la sazón para unos navegantes europeos el arrojarse á un mar desconocido, donde, durante tres mil millas, no habian de ver sino cielo y agua. Favorecidos sin embargo por los vientos del oeste, llevaron felizmente á cabo aquel gran viaje, y veinte y tres dias despues de su salida de Melinda, los vijías señalaron una costa elevada, que el piloto declaró ser la de la India. Todavía no era aquello Calicut, el blanco de su viaje; pero cuatro dias despues, Vasco de Gama tuvo la satisfaccion de verlo. Tributaron al cielo solemnes acciones de gracias, y las largas aclamaciones de los Portugueses llevaron hasta tierra la nueva de la llegada de los Europeos á las costas de la India.

Gama debió pensar entónces en el medio de abrir comunicaciones regulares con la corte de Calicut y de alcanzar privilejios que permitiesen á sus compatricios hacer el comercio en aquella costa opulenta. Ya habian los Mahometanos penetrado en la llanura del Indostan; pero la península estaba aun dividida entre una multitud de régulos indíjenas. Entre estos, en la costa de Malabar, parecia que descollaba el soberano de Calicut, revestido del dictado de *Zamorin*, ó rey de reyes. Era este un Indo supersticioso, pero tolerante, que abria sus puertas á los traficantes de todas las religiones. Sin embargo, en esta época, el alto influjo en el mundo comercial y en aquellos mares pertenecia esclusivamente á los Moros procedentes de Egipto y de la Arabia, quienes, por su número y sus riquezas, podian susci-

tar en la plaza de Calicut serios estorbos á sus enemigos ó rivales. El almirante portugués, para obrar con toda la prudencia apetecible, empuzó por enviar á su piloto á tierra, en compañía de un criminal condenado á muerte, á quien habia embarcado de intento para encargarle esta mision peligrosa. Las tripulaciones portuguesas estuvieron en las mayores zozobras, cuando pasadas ya veinte y cuatro horas seguian sin saber nada de las personas que estaban en tierra, y cuando advirtieron que todas las barcas del pais evitaban á los Portugueses con tanto temor como si hubiesen traído la peste. Por último sin embargo reapareció el esquife con una tercera persona á bordo. Los enviados refirieron que al poner pié en tierra, se habian visto rodeados de un jentío inmenso, desalado por ver al navegante europeo, y preguntando á qué raza pertenecia. En esta situacion algo crítica, se les acercó un Moro, llamado Monzaida, y se decia oriundo de Túnez, donde habia conocido á los Portugueses y abrazado la religion cristiana. Invitólos á pasar á su casa, donde les mandó dar de comer, y enterado del objeto de su llegada, les ofreció sus servicios. En prueba de sus buenas disposiciones, los habia seguido á bordo; y con efecto cumplimentó á Vasco de Gama muy cordialmente por el feliz éxito de su viaje, anunciándole que habia llegado á un pais donde hallaria en abundancia esmeraldas, perlas, rubíes, especias y muchísimas mercancías preciosas. El rey, dijo, se hallaba entónces en Parani, pequeña ciudad á cinco leguas de distancia, á donde aconsejó al almirante que enviase mensajeros para pedir el permiso de desembarcar y de hacer el comercio. Vasco envió entónces á dos de los suyos en compañía de Monzaida, quien los presentó al rey, queles dispensó una acogida muy lisonjera. Habiéndose este príncipe informado del pais de donde habian llegado y de las particularidades de su viaje, les dijo que eran bien llegados á sus estados, y hasta les aconsejó que fuesen á fondear en Pandarani, puerto mucho

mas seguro que Calicut. Esta proposición, cuyo tino reconoció Vasco de Gama, aumentó, como era natural, su confianza. Dejóse pues conducir al puerto de Parani; pero, por vía de precaución, no quiso fondear tan adentro del puerto como lo deseaba su piloto. Allí se le invitó por un mensaje á hacer una visita al rey, á cuya presencia estaba encargado de conducirle el *catual* ó principal oficial del príncipe. Pero entonces los principales personajes de la expedición insistieron con Gama para que no se entregase imprudentemente en manos de un príncipe á quien no conocia; Gama contestó que era tarde ya, y dejando órdenes para el caso en que por la violencia se viese detenido en tierra, se abandonó, seguido de doce hombres, al *catual*.

Gama, al desembarcar por la vez primera en las costas de la India, quiso presentarse en ella con la mayor brillantez posible. Sus marineros, vestidos de gala, marchaban ordenadamente al sonido del clarín. Al poner pié en tierra, le hicieron entrar en un palanquin que se llevaron cuatro hombres en hombros tan rápidamente, que sus compañeros, que iban á pié, no podían seguirlos. Hallábase á la discreción de los Indos, mas no tuvo que padecer ningún mal trato de su parte. Al llegar á la orilla de un riachuelo, sus portadores hicieron alto para aguardar á los rezagados, á quienes embarcaron en dos almadías.

Al llegar á Calicut, á donde habia vuelto entonces el Zamorin, la comitiva de los Portugueses se aumentó con algunos amigos del *Catual* y con una multitud de *naires*, ó nobles, que los llevaron á palacio con grandísima pompa y al son de los clarines. Esta mansion real, aunque de tapia, era grandísima y deliciosa, situada en medio de magníficos pensiles. Fueron recibidos á la puerta por un anciano de venerable aspecto, el jefe de los Bramínes, vestido todo de blanco, símbolo de pureza. Cojió á Gama por la mano, y haciéndole atravesar largos aposentos, lo introdujo finalmente en el salon donde el príncipe estaba aguar-

dando á los Europeos, rodeado de toda la pompa y esplendor de los monarcas asiáticos. Levantábase el trono sobre una gran plataforma; el vestido del príncipe, hecho de estofa de algodón admirablemente fina, y su turbante de seda estaban ricamente bordados en oro; de sus orejas pendían dos anillos adornados de diamantes del mayor precio; sus piernas desnudas y sus brazos estaban cuajados de brazaletes con piedras preciosas. A sus lados un anciano sostenia un plato de oro que contenia la nuez de areck y la hoja de betel; y al otro lado, un vaso de oro recibia los productos de la masticación. Al acercarse el almirante portugués, el orgulloso potentado levantó la cabeza de la almohada donde estaba reclinada, y con una seña mandó á uno de sus sirvientes que hiciese sentar á Gama en las gradas del trono. No obstante recibió cortesmente las cartas ó poderes, y le prometió examinarlas despues; y al mismo tiempo le dijo que podia retirarse é ir á descansar; con todo tuvo la precaución de mandarlo conducir á un paraje donde nada tenia que temer de sus adversarios los Moros.

El almirante se proponia hacer una segunda visita al príncipe al dia siguiente; pero dijéronle que era forzoso aguardar sus órdenes, y que en esta segunda entrevista tendria que hacer presentes cuyo valor serviria para apreciar la grandeza del bey su amo y la importancia de su embajada. Gama, segun se espresa Barros, era muy sabedor de que en Asia todo comienza y acaba con regalos; pero esto no obstante á su partida de Lisboa habian echado en olvido el suministrarle los medios necesarios al efecto. Así que no le cupo hacer otra cosa mas que buscar en su propia tripulación lo que creyó ser mas conveniente; y se redujo á todo á algunas varas de paño encarnado, seis sombreros, algunos pedazos de cobre y de coral, un poco de azúcar y miel. Al ver este ruin presente, el *catual* se echó á reir de gana, y declaró que muy lejos de convenir á un príncipe tan poderoso como su

amo, era tal que el mas menestero-
so de los mercaderes que frecuenta-
ban el puerto no se atreveria á ofre-
cerlo al Zamorin; y acabó diciendo
que mas valia no hacer ningun pre-
sente que hacerlo de aquel jaez. Sin
embargo, tras madura deliberacion,
acordó Gama enviar el presente tal
como era, añadiendo que habiendo
salido de Lisboa para un viaje de
descubrimientos, y sin saber si ten-
dria nunca la honra de ser presenta-
do al príncipe de Calicut, habia par-
tido sin regalo alguno de parte de su
amo; que no podia hacer otra cosa
mas que elegir en su propia tripulacion
lo que menos indigno le parecia
de ser ofrecido á Su Majestad; pero
que á su próximo viaje no dejaria de
reparar este olvido. El rey, pagado,
en apariencia al menos, con esta es-
cusa, recibió por segunda vez al al-
mirante; y ea esta audiencia, si he-
mos de dar crédito á los historiadores
portugueses, Gama le dijo que
lo que mas le habia alentado en su
viaje era la creencia en que él esta-
ba que el Zamorin era un príncipe
cristiano; pregunta á la que este con-
testó afirmativamente. Pero es de
creer que cuando menos hubo error
de una ú otra parte en las preguntas
ó en las respuestas.

Parece que hasta entónces el príncipe
inspirado por una cuerda política,
se habia mostrado muy bien
dispuesto para con los Portugueses.
Pero los Moros, que con aquellas
buenas disposiciones veian confirma-
dos todos sus temores, se alarmaron
seriamente. Tuvieron una asamblea
en la que los astrólogos les anuncia-
ron la destruccion de sus escuadras
de resultas de la llegada de los es-
tranjeros á los mares de la India; y
se acordó que era forzoso todos los
medios para hacer desaparecer las
naves portuguesas. Sin embargo, co-
mo obrando directamente, temian
ver achacar sus motivos á una riva-
lidad envidiosa, tomaron un camino
desviado, cohecharon al catual, que
poseia toda la confianza de su amo,
y cuyos intentos egoistas no cabia
sospechar. Este empleado hizo pre-
sente al príncipe que todas las noti-
cias llegadas del Occidente represen-

taban á los recién llegados como
jentes muy diversas de lo que decian
ser; que en vez de ser negociantes
y embajadores, eran unos piratas á
quienes sus crímenes habian cerrado
los mares de Europa, y que desgra-
ciadamente habian llegado á los ma-
res de la India en busca de la impu-
nidad y de un nuevo teatro para ejer-
cer su infame profesion. Por otra
parte era evidente que si hubiesen
llegado, segun lo suponian, encar-
gados de una comision por un mo-
narca poderoso, hubieran llevado
consigo presentes dignos del príncipe
que los hubiese enviado, y no un
regalo tal cual no hubiera osado pre-
sentarlo el mas ruin capitán de un
buque mercante.

El príncipe, vivamente irritado
por estas calumnias, envió á buscar
á Gama, quien, si bien no tenia nin-
gun medio para refutarlas, dió sin
embargo esplicaciones tales que el
Zamorin, satisfecho al parecer, le
permitió retirarse, prometiéndole
que no se le haria ningun daño. El
almirante, que no auguraba muy
bien de sus negocios, apenas salió
de palacio, subió en su palanquin,
y mandó á sus portadores que lo con-
dujesen sin perder tiempo á su bu-
que. Pero el catual, corriendo tras
él, le alcanzó á la cabeza de un cuer-
po crecido de sus naires, y se chan-
ceó cortesmente con Gama sobre su
priesa estremada, que por poco ha-
bia privado á sus amigos del placer
de proporcionarle una escolta. El
almirante devolvió el cumplido, y
dió las gracias al ministro con un ca-
lor que no era muy sincero sin duda.
A la tarde llegó á Pandarani, y pi-
dió al punto una barca para ir á bor-
do de sus buques; pero le asegura-
ron que por aquel momento no era
posible hallar ninguna; por lo cual
le fué forzoso pasar la noche en una
casa grande que habian preparado
de intento para recibirle. Al dia si-
guiente por la madrugada estaba ya
pronto para partir, cuando halló to-
das las salidas bien guardadas por
nares. Entónces conoció que estaba
preso efectivamente. El catual, al pa-
so que le negaba salir, le trató siem-
pre sin embargo con el mayor res-

peto, y empleó todas las formas de la mas inoportuna cortesía para arrancarle la órden de hacer fondear sus naves cerca de la costa. Viendo Gama el paradero de todos aquellos cumplidos, y que solo se le hacia aquella proposicion para conducir sus buques á una posicion en la que fácilmente se les pudiera pegar fuego, se contentó con responder que sus naves, á causa de sus grandes dimensiones, no podian acercarse tanto á la costa como los barcos chatos del país, sopena de varar en ella. Y luego sospechando que los oficiales del Zamorin estaban obrando sin órdenes de su amo, levantó la voz, y les previno que de todos modos sabria dar á conocer al príncipe el maltrato de que él era víctima. Al fin sin embargo se le permitió ir á bordo, despues de haber desembarcado parte de sus mercancías, que confió á Diego Diaz y á Alvaro de Braga, su secretario.

No contando ya el catual y los Moros apoderarse de Gama, se afanaron á imposibilitarle toda clase de negocios, y lograron con efecto estorbar que fuesen los compradores á Pandarani. El almirante envió á Diaz al Zamorin, para quejarse de estos manejos, y el príncipe, siempre dispuesto á favorecer el comercio de los extranjeros, permitió transportar el cargamento á Calicut, donde se vendió con grandísima ventaja. De este modo los negocios pusieron á los Portugueses en comunicacion íntima con los indíjenas que iban familiarmente á visitarlos á bordo. Pero los Moros no desistían de sus intrigas, y luego se supo por Monzaida que el rey estaba completamente á favor de ello. Con efecto, cuando se presentó Diaz al príncipe para despedirse y pedirle la facultad de comerciar para sus compatriotas, fué muy mal recibido. A su vuelta fué escoltado por una partida de naires, y llegado á la factoría fué vijilado por guardias de vista. Gama, enterado de esta novedad por su amigo Monzaida, se halló muy turbado; sin embargo, disimulando su descontento, siguió recibiendo á los naturales con mucha cordialidad, y hasta escribió

al rey una carta en la que aparentó ignorar cuanto habia mediado. Los Indos siguieron pues visitando como antes los buques portugueses, y un dia en fin Gama tuvo la satisfaccion de ver llegar seis naires y otras quince personas de distincion. Apenas hubieron puesto el pié á bordo del almirante, fueron presos. Vasco de Gama escribió entónces al Zamorin para noticiarle lo que acababa de hacer y decirle que tan pronto como Diaz seria puesto en libertad, los Portugueses entregarían sus prisioneros. El Zamorin pretendió no haber sabido la prision de Diaz; pero esto no obstante, no parecia estar muy dispuesto á reconocer el derecho del Portugués. Gama, resuelto á dar un gran golpe, levó ancla y dió la vela. Entónces vieron separarse de la costa siete barcas, en una de las cuales reconocieron á Diaz, quien poco despues llegó á bordo en una de ellas, y por la misma envió Gama á tierra á los principales de sus prisioneros. Creyó no obstante poder retener á algunos, con quienes contaba bienquistarse tratándolos bien. Despues de haberles mostrado la grandezza del reino de Portugal y el rango que en él ocupaban los principales oficiales de la expedicion, creia poderlos volver á su país el año siguiente, y contaba con las relaciones que harían para desvanecer las sospechas de su soberano.

Esta conducta no menos injusta que impolítica debia al contrario justificarlos é inspirar al príncipe un odio irreconciliable contra los Europeos. Al punto envió una escuadrilla de barcas armadas que siguieron á Gama, buscando la ocasion de acometerle; hasta logró armar contra los Portugueses toda la costa de la India. Un espía de Goa, que por ellos fué reconocido, y á quien aplicaron el tormento, confesó que el *Zabaio*, ó príncipe de aquel territorio, estaba armando tambien una escuadra contra ellos, que cada bahía, cada rio estaban llenos de barcas armadas para el mismo intento. En tal situacion el almirante, aunque mal provisto para volver á Europa, ya no podia diferir su mar-

cha, y acordó volver á pasar la inmensa estension de mar que le separaba de la costa de Africa. Su larga y penosa travesía duró cuatro meses, durante los cuales el escorbuto renovó sus estragos en sus buques.

Sus recursos estaban casi agotados, cuando llegó á la vista de Mughadojo, el punto mas septentrional que reconoció de la costa oriental de Africa; pero sabedor de que esta ciudad estaba completamente en poder de los Moros fanáticos, se decidió á ir á buscar al sur el puerto amigo de Melinda. Allí fué recibido cordialmente y abastecido de víveres frescos, que desgraciadamente llegaban tarde ya para atajar la mortalidad entre los Europeos. Las tripulaciones estaban entónces tan fatigadas, tan reducidas en número, que Vasco hubo de renunciar al intento de hacer doblar el Cabo por sus tres buques; pegó fuego al *San Rafael*, despues de haber distribuido sus provisiones entre los otros dos buques. En su viaje á lo largo de la costa de Africa, recaló en las islas de Zanzibar, Pemba y Morfia, donde fué bien recibido, mas no quiso arribar á Mozambique. Bien provistos de víveres frescos, toda la marinería disfrutaba la mejor salud cuando doblaron el Cabo, y acabaron sin otro incidente su largo viaje al rededor del continente africano. En Tercera sin embargo, el almirante tuvo el sentimiento de ver morir á su hermano Pablo, cuya pérdida debió serle tanto mas sensible por cuanto aquel oficial se habia distinguido mas que los otros por su valor y talento en aquella expedicion memorable. El 29 de agosto de 1499, Vasco de Gama entró en el Tajo despues de un viaje de dos años y dos meses; de los ciento y ocho marinos que habia llevado consigo, cincuenta y cinco solamente volvieron á ver su pais nativo.

Gama, segun la piadosa costumbre de su tiempo, pasó desde luego al convento de Belen, donde estuvo ocho dias en adoracion delante del altar de la Virjen; hizo en seguida su entrada solemne en Lisboa, ro-

deado de toda la pompa de los conquistadores. En premio de sus servicios, el rey le confirió el título de conde de Vidiqueira, con una magnífica pension y el derecho de traer de la India libre de todo derecho una cantidad considerable de especias. En fin, para manifestar su gratitud á la Virjen, bajo cuya proteccion se habia puesto aquel viaje, levantóse en su honor un magnífico convento, que despues fué habitado durante mucho tiempo por los reyes de Portugal.

§. II. *Establecimientos de los Portugueses en la India.*

Los Portugueses entusiasmados trataron de utilizar los importantes descubrimientos que acababan de hacerse. Hicieron desde luego preparativos de un armamento verdaderamente formidable para aquel tiempo, y que, constando de trece buques tripulados por 1,200 hombres, era bastante para desafiar las marinas de Asia. El jefe de la expedicion era Alvarez Cabral, oficial de mérito reconocido.

El 8 de marzo de 1500, pasó el rey al convento de Belen, para tomar allí una bandera consagrada que entregó á Cabral, y este se embarcó al dia siguiente. El paso del Atlántico fué señalado por un brillante descubrimiento. Dejándose llevar al oeste por los vientos alisios, hallóse el almirante repentinamente delante de una tierra fértil, ricamente arbolada, que se estendia á lo lejos y hacia parte del Nuevo Mundo, descubierto pocos años antes por Cristóval Colon. Aquella costa era la del Brasil, que vino á ser despues la mas rica colonia de Portugal. Desde allí hizo rumbo Cabral para el Cabo de Buena Esperanza, y en este viaje se vió durante dos meses acometido de tormentas horribles, en las que perdió cuatro de sus buques. En uno de ellos iba el célebre Bartolomé Diaz, que pereció en medio de los mares borrascosos que él habia sido el primero en arrostrar. Cabral no tenia consigo mas que tres buques cuando dobló el Cabo que no acertó á ver. Tampoco descubrió á Sofala, aunque en

aquellas aguas detuvo un buque que iba cargado de oro; pero la tripulación, teniendo á los Portugueses por piratas, había arrojado casi todo su cargamento á la mar. Viendo sin embargo que no se les hacia ningun daño, no empezando ellos las hostilidades, aquellos desgraciados contaron su aventura y suplicaron en vano á los Portugueses que empleasen la poderosa magia que les atribuian en hacer subir sus tesoros del fondo del mar. Apenas se deluvo Cabral en Mozambique; pero hizo una recalada de algunos dias en Quiloa, que pinta como un puerto rico y floreciente situado en medio de un pais fértil. Sin embargo no fué allí muy bien recibido. De allí pasó á Melinda, á la isla Anguediva; y en fin, el 13 de setiembre, fondeó á la vista de Calicut.

No estaba muy tranquilo en punto al recibo que se le haria; pero las apariencias fueron favorables. Algunos de los principales personajes del pais fueron á visitar sus buques en almadias, y le aseguraron que el Zamorin estaba muy bien dispuesto para con él. Cabral devolvió entónces los prisioneros arrebatados por Vasco de Gama; todos ellos iban magníficamente vestidos y estaban prontos á dar testimonio del buen trato que habian recibido. Luego habiendo recibido de parte del príncipe la invitacion de pasar á tierra, contestó que estaba pronto á hacerlo, y hasta á negociar un tratado de comercio y amistad; pero exijia como rehenes, durante su permanencia en tierra, á cuatro personas que designó. El Zamorin rehusó al pronto la propuesta, diciendo que las personas nombradas por Cabral eran Bramines revestidos de un carácter sagrado, que no podian sin profanarlo ir á bordo de los buques, donde por otra parte les era imposible hacer sus abluciones y cumplir con los deberes de su religion. No obstante Cabral insistió en lo dicho, y por fin lo consiguió. Hicieronse pues preparativos para recibirle en tierra; levantaron una galería bastante estrecha, tendida de ricos tapices y de cortinas de terciopelo de color de escarlata mag-

níficamente bordadas. En el fondo de esta galería, Cabral, seguido de algunos de sus oficiales todos de gala, encontró al monarca. El vestido del príncipe se componia únicamente de una pieza de estofa ricamente bordada y ceñida al rededor de la cintura; toda su persona estaba cuajada de brazaletes, collares, anillos de oro, de diamantes, rubies, záfiro, perlas, etc. El avistamiento fué muy amistoso; el presente de Cabral, que se componia de vasos de oro y plata y de varias piezas de ricas telas, fué aceptado con placer; en pago le dieron una libertad completa de establecer una factoría en Calicut. Sin embargo, los rehenes, que ya durante su transporte á los buques europeos, habian mostrado grandísimo terror, se sobresaltaron tanto cuando quisieron hacerlos subir á bordo, que se arrojaron á la mar para ir á la costa á nado. Cojieron á dos á quienes bajaron á la bodega con guardias de vista. Este accidente causó en tierra tan sumo pavor, que aun despues de haber vuelto Cabral á bordo, ninguna barca se atrevió á ir á los rehenes, quienes hubieron de permanecer tres dias á bordo, sin atreverse á probar un bocado de ninguna clase, muertos de terror, hasta que por fin, temeroso Cabral de alguna desgracia, los mandó poner en tierra de noche en un punto solitario de la costa.

No obstante el comercio con la ciudad habia principiado bajo los mas felices auspicios, y hasta los Moros aparentaban vivir en buenos términos con los Europeos. Entónces se previno officiosamente á Cabral que si queria ser grato al Zamorin, se le rodeaba una ocasion muy oportuna. Tratábase de apoderarse de un gran buque ricamente cargado, portador de siete elefantes, uno de los cuales sobre todo era el blanco de los anhelos del príncipe, y que se sabia que pocos dias antes habia salido de Cochín, puerto enemigo. El marino, mas solícito en ser agradable á su aliado que afecto á los intereses de la justicia, encargó á Duarte Pacheco que se apoderase de aquella nave;

y con efecto, el cañon victorioso de los Europeos, la obligó al punto á rendirse.

Sin embargo esta proeza inspiró temores y zozobras. La buena inteligencia que al principio habia reinado se entibió desde luego; por su parte los Moros echaron el resto de su influjo con los traficantes del pais para impedirles hacer ningun negocio con los Portugueses, quienes, durante dos ó tres meses, vieron diariamente partir buques con ricos cargamentos, sin poder ellos completar los propios. Fueron pues á quejarse al príncipe, quien contestó que no podia forzar á sus súbditos á comerciar; que los Moros se habian hecho muy temibles á su pueblo; añadió un día que lo mejor que podian hacer los Europeos era apoderarse de uno de los buques cargados por cuenta de los Moros, con tal que pagasen razonablemente su precio. El factor portugués Aires Correa, hombre de carácter violento y arrebatado, aceptó con mucho gusto aquella propuesta singular, y á pesar de la desaprobacion de sus amigos, y á pesar de la opinion del mismo Cabral, trata de ponerla en planta.

Entretanto los Moros empezaron á cargar con gran boato y mucho ruido un buque de las especias mas preciosas, y luego que el cargamento estuvo completo, fijaron solemnemente el día y la hora de su partida, cuidando de prevenir á los Portugueses para hacer bafa de ellos. El almirante, al ver aquella rica presa salir del puerto, se dejó vencer por las importunidades del factor y de sus agentes; envió sus lanchas para apresar el buque, el cual fué detenido, y todo su cargamento fué trasbordado en los buques portugueses. Los Musulmanes, que habian provocado aquella crisis, corrieron inmediatamente al palacio del príncipe para anunciarle que los piratas se anunciaban tales como eran, y que en menosprecio de su autoridad acababan de saquear una nave en su mismo puerto. El Zamorin, ya fuese que hubiese echado en olvido el consejo que los Portugueses decian haber recibido, ya fuese que no creyese que lo tomaran tan

de veras, les permitió tomar su desquite como mejor les pareciese. Unidos á los naires y seguidos de una parte de la poblacion de Calicut, los Moros fueron á atacar inmediatamente la factoria europea. En cuanto á los Portugueses, era tan grande su seguridad de conciencia, que al principio no atinaron con lo que les querian, y les costó algun trabajo cerrar las puertas. No obstante pelearon heroicamente, aunque fuesen setenta solamente contra una muchedumbre de miles. Pero acabaron por ser exterminados; Aires y cincuenta de los suyos perecieron en la refriega; los restantes se arrojaron al agua y fueron recojidos por las embarcaciones que Cabral habia mandado armar tan pronto como habia sabido la novedad, pero tarde ya para salvar á sus compatriotas.

En el primer ímpetu de la ira, acordó Cabral sacar una venganza tremenda de aquel ultraje. Sin embargo, segun Castañeda, concedió algunas horas al Zamorin para dar una explicacion de su conducta; pero cuando en lugar de disculpas se supo que estaba atareado en tomar su parte del saqueo de la factoria, el almirante portugués no quiso ya aplazar su venganza. Atacó y apresó diez buques moros, sus cargamentos fueron trasbordados en los buques portugueses, sus tripulaciones hechas prisioneras, y en seguida las presas fueron entregadas á las llamas á la vista de los habitantes. Luego despues los Portugueses anclaron contra el viento para no birar, y abrieron sobre la ciudad un furioso cañoneo que pegó fuego á varios puntos y por poco mata al príncipe, quien huyó tierra adentro.

Despues de haber de este modo satisfecho su venganza, Cabral dió la vela y condujo su escuadra á Cochín, la segunda ciudad de aquella costa tanto por la estension como por su importancia comercial. En aquel tiempo no cabia comerciar en ningun puerto del Asia, sin estar autorizado al efecto por su soberano. El príncipe de Cochín se hallaba entonces casualmente en el interior; pero el almirante se habia afianzado los

buenos oficios de un *yogi* ó fakir, uno de aquellos sabios orientales que van vagando por el pais medio desnudos, cubiertos de boñiga y que se someten á las austeridades mas desatinadas. Este se llamaba, segun los Portugueses, que sin duda han estropeado su nombre, Micael; pero sea como fuere, logró su intento. El principe de Cochín, vasallo oprimido y mal hallado con el Zamorin de Calicut, creyó hallar en el comercio y la alianza de aquellos extranjeros un medio para sacudir definitivamente el yugo que sobre él pesaba. Volvió apresuradamente á la ciudad, y dió á Cabral una audiencia, de la que este quedó contentísimo, aunque no vió en su palacio nada que tuviese un lejos de aquella magnificencia y esplendor que le habian deslumbrao en la corte del Zamorin. La misma ciudad, cotejada con Calicut, no parecia estar tan poblada ni ser tan importante para el comercio; sin embargo los Portugueses hallaron en ella una gran cantidad de pimienta, que era el renglon que estimaban en mas, y del que se proporcionaron fácilmente un cargamento. Cuando se aparejaban para volver á Europa, supieron que el soberano de Calicut habia enviado contra ellos una escuadra de sesenta velas, entre ellas diez y seis buques mayores. Cabral zarpó inmediatamente con ánimo de darles batalla; pero como el viento era favorable, pensó que, aun cuando saliese victorioso, vendria á ser un triunfo inútil para su pais, y que era preferible conducir á Europa los ricos cargamentos que tenia á bordo. A su vuelta recaló en Cananor, donde fué recibido mejor quizá que en Cochín; y luego atravesando el Océano Indio y el Atlántico, entró en Lisboa el 31 de julio de 1501.

Pero, ya antes de su regreso, el rey le habia enviado tres buques y una caravela á las órdenes de Juan de Nueva para reforzar su escuadra. Este oficial debia ir en derechura á Calicut, cuando felizmente en San Blas, en la costa de Africa, halló una carta que le enteró de los deplorables acontecimientos de Calicut, y le

aconsejaba que condujese sus naves á Cochín. Allí pasó en efecto, y fué bien recibido, aunque tambien lograron suscitarle algunos tropiezos en aquella plaza. Al saber la llegada de aquellos nuevos buques, el Zamorin de Calicut envió su escuadra para atacarlos; pero fué tan completamente derrotado que el monarca indo asustado entabló proposiciones de paz; pero Juan de Nueva no quiso oirlas.

La llegada de Cabral, con las noticias que traia, causó una viva escitacion en la capital. Declaróse una fuerte oposicion contra aquellas expediciones, que costaban sumas cuantiosas, y no prometian al parecer por resultado mas que un largo porvenir de guerra en paises situados al extremo del globo. Pero el rey Manuel, lejos de desalentarse con las siniestras profecías de las jentes apocadas, recibió con mas entusiasmo que nunca los sucesos que abrian al parecer á su ambicion una carrera sin límites, y en un mismo instante tomó los títulos pomposos de *señor de la navegacion, conquista y comercio de Etiopia, Arabia, Persia é India*. Al mismo tiempo mandó preparar un grande armamento mas considerable que cuantos hasta entónces habian parecido en los mares de la India. La flota principal, compuesta de quince velas, estaba destinada para proteger las factorías de Cochín y Cananor; una escuadra auxiliar tenia la órden de bloquear el estrecho de Bab-el-Mandeb, para cortar toda comunicacion entre los Moros y la costa de Malabar. Ofrecióse el mando de la flota á Cabral, y como no lo aceptase, se dió á Vasco de Gama; el de la escuadra se dió á Vicente Sodre.

En este viaje recaló Vasco de Gama por primera vez en Sofala, donde ajustó un tratado de alianza y de comercio. En Quiloa vengó el mal trato hecho á Cabral, y exigió del principe la promesa de un tributo. Acercándose á la costa de Arabia, apresó una embarcacion de los Moros, que saqueó, y habiendo mandado encerrar á la tripulacion en la bodega, le pegó fuego. Mareando en seguida para la costa de la India, recaló primero en Ca-

nanor y fondeó despues en las aguas de Calicut. Allí pidió razon de los insultos de que sus predecesores tenían que quejarse; pero viendo que los consejeros del Zamorin procuraban dar largas, reunió á cincuenta de los indijenas hechos prisioneros en los diversos buques que habia apresado; y luego armándose de un reloj de arena, anunció á los negociadores del Zamorin que si no se le daba satisfaccion cabal en el momento en que hubiera caido toda la arena de la ampolleta, mandaria dar muerte á todos aquellos desventurados. Habiendo pasado el tiempo sin recibir contestacion, el almirante portugués ejecutó su terrible amenaza; y hasta tuvo la barbarie de mandar cortar piés y manos á sus víctimas, y luego los envió á tierra para que no cupiese la menor duda de lo hecho. En seguida cañoneó la ciudad por espacio de algunas horas, y partió para Cochin, donde fué cordialmente recibido.

Apenas hubo llegado á Cochin, recibió un mensaje del Zamorin, por conducto de un bramin anciano, de venerable aspecto y de una astucia consumada. Empezó por hacer preguntas á los Portugueses en orden á su religion cristiana, á la cual profesaba, segun decia, la mayor admiracion, en términos que se hallaba dispuesto á abrazarla. En seguida habló del vivo anhelo que tenia su amo de volver á añadir relaciones de amistad con los Portugueses, y hasta de concederles todas las reparaciones imaginables por los ultrajes de que con justo motivo se quejaban; por fin, logró engañar tan completamente al almirante, que le determinó á pasar á Calicut con un solo buque para conferenciar con el Zamorin. Pero cuando llegó delante de la ciudad, en vez de la entrevista que se le habia prometido, se halló, como ya hubiera debido preverlo, rodeado de treinta y cuatro proas de guerra. En aquel trance, desplegó el brio necesario, y ayudado por Vicente Sodre, se hizo á la mar sin tener que llorar ninguna pérdida. En seguida se puso á cruzar con su escuadra, y apresó varios ricos bajeles, uno sobre todo que llevaba un ídolo

magnífico, vestido de una rica tela de oro batido, con ojos de esmeralda. Recalando despues en Cananor, y dejando á Sodre el cuidado de bloquear el mar Rojo con su escuadra, partió para Portugal.

Esta partida era impolítica, y dejaba sobre todo en triste situacion á los aliados de los Portugueses. Apenas estuvo cierto el Zamorin de la partida de los Portugueses, acordó vengarse de su vasallo rebelado, el príncipe de Cochin, con cuya ayuda los Europeos habian logrado fundar un establecimiento permanente en la costa de Malabar. Habiendo reunido un grande ejército marchó sobre Cochin, exigiendo que quedasen cortadas todas las relaciones con los Europeos, y que se le entregasen todas las personas de sus factorias. Los mas de los consejeros del desgraciado príncipe eran de dictámen de que era vana toda resistencia, y que era forzoso ceder; pero él, lejos de perder el aliento, resolvió arrostrar todos los peligros antes que renunciar á su alianza con los Portugueses. Sus tropas incapaces de resistir á las superiores fuerzas del enemigo, fueron derrotadas en varios encuentros; sus aliados, y hasta los grandes de su corte, le abandonaron, en términos que al fin fué arrojado de su capital despues de una resistencia sangrienta, aunque infructuosa, y tuvo que refugiarse en la isilla de Vipin, donde sin duda alguna hubiera tenido que capitular, á no haber llegado en el postrer trance socorros importantes de Europa.

Manuel, resuelto á hacer nuevos esfuerzos para establecerse en Asia, habia acordado enviar á ella expediciones regulares. Una de ellas estaba mandada por Alfonso Albuquerque, el futuro conquistador de la India; otra por Francisco Albuquerque, y otra por Antonio Saldaña. Francisco fué el primero que llegó á la costa de Arabia para recojer los residuos de la escuadra de Vicente Sodre, que no curándose ya de su aliado de Cochin, la habia dado en piratear y habia acabado por perecer en un temporal. Desde allí el almirante portugués dió la vela para la isla de Vipin,

donde fué recibido como un libertador; pues habia bastado la noticia de su llegada para hacer evacuar á Cochín por las tropas del Zamorin. Habiendo pues restablecido á su aliado en su capital, continuó la guerra á la llegada de su hermano Alfonso, y hasta hizo expediciones por el interior del pais hasta las tierras del enemigo. Estas expediciones, que no todas fueron igualmente felices, determinaron al príncipe de Calicut á entablar proposiciones de paz, la que le fué otorgada con el pacto de que se concederian á los Portugueses amplias reparaciones por todos los agravios que habian recibido; que á título de indemnizacion se les entregaria una gran cantidad de pimienta; y por último, que la ciudad estaria completamente abierta al comercio portugués. Poco despues del ajuste de este tratado, uno de los capitanes europeos cometió el hecho reprehensible de apresar uno de los buques del pais, y el Zamorin se apercibió para volver á empezar la guerra. En vano los dos Albuquerque pasaron á Calicut para tratar de renovar el tratado; pues no quisieron recibirlos. Viéndose entónces demasiado endebles para proseguir las hostilidades, dieron la vela para ir á Europa en busca de nuevos socorros; sin embargo dejaron á sus aliados algunos centenares de soldados europeos mandados por uno de sus oficiales mas valerosos, Duarte Pacheco.

Con solos quinientos hombres este osado aventurero derrotó dos veces las grandes huestes y las escuadras del Zamorin. Sus victorias deben considerarse como el preludio de los triunfos que desde entónces han ilustrado á las armas europeas en Asia; pues probaron que las innumerables muchedumbres de indíjnas no podian resistir con buen éxito á un puñado de soldados disciplinados y provistos de armas inventadas por la civilizacion occidental. Pacheco mostró el camino á Albuquerque, cuyas brillantes hazañas han hecho trascordar las suyas; y sin embargo, con medios muy inferiores, Pacheco fué mas constantemente victorioso, y quizás era supe-

rior á su émulo venturoso por la sabiduría, el talento, y sobre todo por la humanidad. Reemplazóle despues en el mando Lope Suarez, que llegó de Europa con una escuadra y un ejército, pero que le trató con cuanta distincion merecian sus brillantes servicios, y á su regreso á Europa le hizo públicamente justicia. Llevado de su zelo por el bien público, Pacheco habia desatendido los medros de su fortuna, y el rey quiso proporcionarle otra vez la ocasion de rehacerla nombrándole gobernador de El Mina, capital de los establecimientos portugueses en la costa de Africa. Sin embargo á su llegada á su gobierno, levantóse contra él una faccion poderosa que lo envió cargado de grillos á Lisboa, donde padeció un cruel encierro; declarado inocente, tras una larguísima causa, murió pobre, sin haber recibido el premio que sus gloriosos servicios merecian.

La expedicion de Suarez no produjo resultado alguno. En 1505, el rey de Portugal envió nuevamente á la India una grande escuadra mandada por Francisco Almeyda, quien, por primera vez, llevaba el título pomposo de virey de la India. Al llegar á Cochín halló una mudanza notable en los negocios. Triunpara, el antiguo y fiel aliado de los Portugueses, se habia vuelto fakir; vivia de yerbas, se vestia de esteras, habia renunciado completamente al mundo; enteramente absorto en la contemplacion de la esencia misteriosa de Brama, habia cedido el trono á su sobrino Nambiadin. Sin embargo esta revolucion era de poca importancia, comparada con los acontecimientos que en el Norte se preparaban. El soldan de Egipto, enardecido por aquel bárbaro zelo que inspira el mahometismo á sus sectarios, irritado de los insultos que habian padecido sus buques de parte de los aventureros europeos, habia armado una grande escuadra, y la habia enviado á la costa de la India para arrojar de ella á los infieles que estendian sus conquistas y estragos por los mares del Asia. Cuando supo que esta escuadra habia dado la vela, no tenia Almeyda consigo mas que unos pocos de

sus buques; los otros, mandados por su hijo Lorenzo, habian salido á una expedicion; envi6los luego la 6rden de salir al encuentro de los Ejiptios, y de atacarlos antes que se hubiesen presentado en la costa, donde su presencia podia acaso determinar un levantamiento entre los principes indijenas. El j6ven almirante se hallaba á la saz6n en el puerto de Chaol cuando recibió las 6rdenes de su padre; y mientras se estaba preparando para zarpar, asomaron los Ejiptios en el horizonte. El enemigo, favorecido por el viento y la marea, entr6 en la rada y empez6 al punto la batalla. Durante todo el dia pelearon los Portugueses con el mas brillante denuedo, haciendo un fuego horroroso sobre el enemigo, sumerjiendo y tomando al abordaje algunas de sus galeras. En la mañana del segundo dia, ya habia vuelto á empezar el fuego, y los Ejiptios flaqueaban cuando fueron reforzados por la escuadra de Melik Az, virey de Diu. En la noche de aquella sangrienta jornada, los buques europeos habian quedado muy mal parados; los principales oficiales y el mismo Lorenzo estaban heridos, y por 6ltimo, la escuadra enemiga era tan superior en fuerzas, que no cabia esperar la victoria.

En un consejo de guerra celebrado por la noche se acord6 aprovechar la marea para salir á la mar. Este movimiento, empezado á media noche, parecia deber salir bien, cuando por una desgraciada casualidad el buque en que iba Lorenzo var6 en una estacada levantada por unos pescadores para tender sus redes y amarar sus barcas. Pelagio Sousa, capitán de la galera que seguía á Lorenzo, empez6 á remolcarlo, y procuraba sacarle de aquel paso, cuando advertido el enemigo de lo que pasaba, lleg6 con fuerzas sobre el buque varado. Por su parte, la tripulacion de Sousa temerosa de padecer la suerte de sus camaradas, tuvo la cobardia de abandonar la espía, para dejarse llevar por la marea, la que la arrebat6 luego á la mar, dejando al almirante solo en medio del enemigo. En vano le instaron para que se pusiese

en salvo en una lancha con la cual le hubiera sido fácil librarse del enemigo y alcanzar su escuadra; el her6ico j6ven no quiso abandonar á su tripulacion en tan grave riesgo, y quiso compartir la suerte de los suyos á todo trance. No habia perdido totalmente la esperanza de poderse sostener, haciendo prodijios de valor, hasta el momento en que la próxima marea pondria su buque á flote. Y en efecto, con sus cien hombres de tripulacion, de los cuales los setenta estaban ya heridos, se mostr6 con ademan tan denodado que los Ejiptios no osaron abordarle. Colocados á cierta distancia al rededor de él, le estermiaban con su artillería, que envolvi6 largo rato á los combatientes en medio de una nube de fuego y humo. Herido de un balazo en el muslo, Lorenzo se mand6 atar al mástil, y desde allí seguía dando sus 6rdenes y alentando a los suyos, cuando otro balazo le di6 en el pecho y le mat6. Sigui6 todavía el combate, y ya habian los Portugueses rechazado tres abordajes, cuando por fin Melik Az, principe tan descolante por su valentía como por su humanidad, logró que los veinte hombres que quedaban, heridos todos, que se entregasen. Trat6 á los prisioneros jenerosamente, y escribi6 una carta á Almeyda, para darle el pésame de la muerte de su hijo, cuyo her6ico valor le habia inspirado la mas profunda admiracion.

Doloroso encargo era ciertamente el tener que anunciar al virey la muerte de un hijo único tan cruelmente atajado al principiar de una carrera que al parecer tanta gloria le prometia. Almeyda recibió la noticia con piadosa entereza, declarando que siempre habia deseado á su hijo una vida gloriosa antes que dilatada. Oido sobre este punto, esperando que su hijo recibia en el cielo el premio de su hidalga conducta, no debia ya quejarse el padre, sino pensar solamente en vengarle en los enemigos de Dios. Con efecto, habia armado una escuadra de diez y nueve velas, con tropas de desembarco, portuguesas é indias, cuando se vi6 atajado por el acontecimiento mas imprevi-

to que imaginarse pueda.

En 1506, Alfonso Albuquerque habia sido enviado de Europa con refuerzos para la escuadra de la India. Dirigiéndose á la costa de Arabia, habia reducido á Masat y otras plazas importantes; en seguida, atacando el célebre reino de Ormuz, habia obligado al príncipe, tras increíbles prodigios de valor, á reconocerse tributario de la corona de Portugal, y estaba construyendo un fuerte que dominaba á la capital, cuando tuvo que abandonar el fruto de sus victorias á causa de la traicion de tres de sus oficiales. Para cohonestar su alevosía, habian pasado á verse con Almeyda, y le habian engañado en términos, que creyó deber tildar las operaciones de Albuquerque. Pero, ¿cuál fué su asombro cuando Albuquerque, llegado á Cochín, produjo un despacho real que le nombraba gobernador jeneral de la India! No pudo resolverse á verse detenido al principio de una empresa á la que le aquejaban pasiones tan poderosas. Viendo que sus principales oficiales, de quienes era idolatrado, estremarian su rendimiento para con él hasta desobedecer las órdenes terminantes del rey, contestó á Albuquerque que le era imposible someterse, al menos hasta tanto que no hubiese destruido la escuadra ejipcia y vengado la muerte de su hijo. Albuquerque contestó, y con razon, que la orden del rey era perentoria, y que el desobedecerla era declararse en estado de rebellion contra la autoridad real. Almeyda insistió no obstante, y hasta se negó á aceptar la cooperacion de Albuquerque en la expedicion proyectada.

Partió pues la escuadra á las órdenes de Almeyda, y tomó desde luego la importante ciudad de Dabal que entregó á las llamas; luego desde allí se dirigió al golfo de Cambay, á donde se habian retirado los Ejipcios tras su victoria. Hallábanse en el puerto de Diu, donde Melik Az aconsejaba que aguardasen al enemigo; pero el almirante Mir Husein salió á recibir á los Portugueses en la rada, manteniéndose no obstante bastante cerca de la costa para po-

der ser protegido por una línea de baterías que allí habia levantado. Sus buques mayores estaban amarrados de dos en dos y defendidos contra el abordaje por redes. Los Portugueses no obstante avanzaron con brillante denuedo, y Vasco Peryra, el héroe de la escuadra, dirigió al punto su galera sobre la del mismo emir para sumerjirla. La primera descarga le mató diez hombres; pero sin dejarse amedrentar, llegó rápidamente sobre el Ejipcio y le dió el abordaje. Forzado por el calor á quitarse el casco para respirar un poco, fué herido casi al mismo instante de un balazo en la garganta que le mató en el acto; Tavora que le reemplazó en el mando, habia escalado las redes de abordaje con parte de los suyos, cuando rompiéndose las redes con el peso, dejó caer repentinamente toda la carga sobre el puente; pero á pesar de estos accidentes, los Ejipcios fueron ó muertos ó hechos prisioneros, ó forzados á salvarse á nado. Todos los buques, atacados con el mismo ímpetu, fueron apresados ó sumerjidos, y los otros se retiraron con mucha dificultad al rio, á donde los Portugueses no podian alcanzarlos. Los buques apresados estaban ricamente cargados, y Almeyda lo distribuyó todo entre sus tripulaciones sin querer guardar nada para sí.

Tras esta derrota, Melik Az hizo pedir la paz. El vencedor recibió al principio estas proposiciones con grande altivez, exigiendo la entrega de Mir Husein, el impiacable enemigo de los cristianos. Pero el príncipe de Cambay, animado siempre de los sentimientos pundonorosos de que tantas pruebas tenia dadas, rehusó aquella condicion humillante, declarando que cuanto podia hacer era devolver todos sus prisioneros cristianos. Almeyda acabó por aceptar, y desgraciadamente para su gloria, al llegar al puerto de Cananor, tuvo la crueldad de mandar degollar á todos los prisioneros mahometanos, que la victoria habia puesto en sus manos.

De vuelta á Cochín, intimóle nuevamente Albuquerque que le entre-



Rembrandt del.

Entrée principale du Temple de Salceta.
 Entrada principal del Templo de Salceta.

gase el mando; pero alentado Almeyda por sus partidarios, no quiso desasirse del poder, y estremó la violencia hasta poner centinelas de vista á su rival en su misma casa. En aquel entretanto, Fernando Coutiño, oficial sobresaliente por su nacimiento y valor, llegó de Portugal con una escuadra de quince velas y un crecido cuerpo de tropas. Desde luego se presentó como mediador entre los dos rivales, y haciendo presente toda la irregularidad de su conducta, alcanzó de él que demitiría al vireinato. Hecho este sacrificio á su deber dió Almeyda la vela para Europa. En una de sus arribadas por la costa de Africa, habiendo parte de su tripulación armado una pendencia á los Hotentotes, desembarcó á la cabeza de algunos hombres armados apenas para socorrer á los suyos. Pero no anduvo prudente despreciando á aquellos bárbaros, pues vivamente acometidos por ellos los Portugueses echaron á huir, y Almeyda abandonado de los suyos, murió entre los enemigos traspasado de una azagaya.

Libre ya Albuquerque, no pensó mas que en realizar cuanto antes sus vastos planes de conquista. El primer blanco de sus ataques habia de ser naturalmente Calicut, capital de un príncipe que era el enemigo mas acérrimo de los Europeos. Coutiño, que estaba en vísperas de partir para Portugal, insistió con mucho ahínco para que le diesen el mando de esta expedición, y su jerarquía, así como la amistad de que habia dado pruebas á Albuquerque, hacia poco menos que imposible el desoir sus pretensiones. La escuadra llegó el 2 de enero de 1510 delante de Calicut y como los aproches de la ciudad estaban defendidos por bosques frondosos cortados por estrechos senderos donde las tropas no podian desplegarse, se decidió en consejo de guerra que los dos jenerales se partirian las tropas y atacarían cada uno separadamente. Apenas durmieron los soldados de Albuquerque durante la noche que precedió al ataque, con el afán de la pelea, y no bien amaneció, no hubo medio de conte-

ner su ardor; se precipitaron á la costa, y ganaron un palacio fortificado sobre el cual, á causa de su posición, debían dirigirse los esfuerzos de los Portugueses. Cuando Coutiño, cuya marcha habian retardado diversos accidentes, llegó con sus tropas, halló la tarea hecha. Irritado contra el virey, declaró que no permitiría que se burlasen de aquel modo en el ataque del palacio principal, situado al otro lado de la ciudad. En vano trató Albuquerque de justificarse, en vano rogó á Coutiño que no se internase en la ciudad antes de haberse asegurado una retirada; el irritable oficial no quiso oírle. Atravesando las angostas calles de Calicut, llegó luego á la residencia real, que segun costumbre en Asia, formaba por sí sola una ciudad pequeña rodeada de un muro, única fortificación regular de la capital. Estaba defendida además por las mejores tropas del principado; pero nada pudo contener el ardor de Coutiño y de sus soldados; quienes forzaron en breve las puertas y ocuparon todo el palacio con sus dependencias.

Contando con una victoria completa, Coutiño permitió el saqueo á sus tropas, y él mismo entró en los reales aposentos, para descansar tras las fatigas de la batalla. Los Indos habian sido sorprendidos, mas no derrotados; y quizás habian dejado á los Portugueses internarse tanto para atraerlos á una celada. El caudillo de los naires dió un grito, que repetido de boca en boca en un espacio de varias millas, juntó luego en torno suyo á mas de 30.000 hombres bien armados y resueltos. Embistieron desde luego al cuerpo de Albuquerque que ocupaba la ciudad con sus tropas y protejía las comunicaciones con la escuadra. No estaba Albuquerque preparado para sostener este ataque, y los Indos ocupando las azoteas de las casas y todos los puestos ventajosos, arrojaron un diluvio de flechas y piedras sobre los Portugueses, quienes, embrazados en las estrechas calles de la ciudad, no podian avanzar ni cejar. Despues de haber visto caer á los

mas valientes y esforzados de los suyos, su jefe no tuvo mas recurso que pegar fuego á la ciudad; y luego mientras que el enemigo se dispersaba huyendo del incendio, los Europeos se replegaron sobre sus naves. Entretanto Coutiño recibia partes y mas partes del estado crítico de su posicion; pero fiado en su triunfo, y lleno de menosprecio para con los Indos, no queria obedecer los cuerdos consejos de Albuquerque. Sin embargo, cuando despues de haberse retirado su compañero, dirigió al enemigo todas sus fuerzas contra él, el peligro vino á ser ya muy apremiante para que le cupiese cerrar por mas tiempo los ojos á la realidad. Hizo entónces una salida y peleó como un leon, el palacio fué entregado á las llamas, y sus tropas envueltas por fuerzas muy superiores, no pensaron mas que en alcanzar la playa. En aquella desastrosa retirada, Coutiño fué muerto; y al procurar defenderle cupo la misma suerte á Vasco Silveyra y á otros varios oficiales de las mas nobles familias de Portugal. Barros asegura que sobre 1.600 hombres, 80 fueron muertos y 300 heridos en aquella refriega. Albuquerque, cubierto tambien de heridas, permaneció algun tiempo sin sentidos y fué tenido por muerto; con mucho trabajo se lo pudieron llevar los suyos, y llegó casi moribundo á Cochín, donde medió mucho tiempo antes no quedó restablecido.

Sin embargo tan triste principio no habia entibiado el zelo del virey. Apenas restablecido de sus heridas, prosiguió mas vivamente que nunca sus atrevidos proyectos de conquista y si no osó atacar la capital del Zamorin, acordó no obstante apoderarse de alguna ciudad grande, donde sus compatriotas pudiesen establecerse definitivamente, donde sus escuadras estuviesen resguardadas, y de la que haria en cierto modo su base de operaciones para los proyectos de colonizacion que se proponia poner en planta Timoia, pirata indo y fiel aliado de los Portugueses, le habló de Goa.

Esta ciudad está situada en una

isla de veinte y tres millas de circunferencia, si es que pueda llamarse isla una punta de tierra separada del continente por un pantano salobre, vadeable por muchísimos puntos. El suelo es fértil, cortado por alturas y valles y casi suficiente para cubrir todas las necesidades de una ciudad populosa. Goa habia sido conquistada por los Mogoles y agregada al principio á la corona de Delhi; pero mas adelante, en medio de las revueltas del imperio, se habian formado en el sur varios estados independientes. El soberano de Goa, á quien llamaban el *zabaim* era entre estos diversos príncipes el mas poderoso. Sin embargo Timoia informó al almirante portugués de que este príncipe, ocupado por la guerra con varios estados del interior, habia dejado sus estados sin medios de defensa.

Albuquerque aceptó gozoso la propuesta y guiado por Timoia, llegó á la rada de Goa el 25 de febrero de 1510. Ganados rápidamente los fuertes que defendian los aproches, y anclando la escuadra en frente de los muros de la ciudad, los habitantes, que casi todos eran del comercio, empezaron á pensar seriamente en las consecuencias de una toma por asalto, sobre todo por un enemigo que nunca habia desollado por su clemencia. Enviaron pues una diputacion, compuesta sobre todo de negociantes, quienes convinieron en entregar la ciudad, con el pacto de que se dispensaria cabal proteccion al comercio y que se respetarian las propiedades particulares. Albuquerque aceptó el tratado, y entró inmediatamente en posesion de la ciudad.

Habiéndose sustituido de este modo al Zabaim, tomó desde luego todo el tren de un potentado asiático, enviando una embajada al Narsinga, y recibiendo con mucho tono á los enviados de Persia y Ormuz cerca del príncipe de Goa. Pero luego echó de ver que la posicion no era ni tan segura ni tan agradable como él se lo habia imaginado. Al saber el Zabaim que su capital estaba en poder de los extranjeros, abandonó todos sus demás proyectos para espulsar-

los. Ajustó inmediatamente la paz con sus enemigos, á los mas de los cuales determinó á hacer causa común con él contra los Europeos, y presentóse poco despues delante de su capital, al frente de una hueste de 40.000 hombres. Albuquerque sin dejarse intimidar, se apercibía para rechazarle, cuando se vió amagado en el interior por los mismos suyos de peligros mucho mas formidables.

En aquellos países remotos no era fácil mantener la disciplina en medio de aventureros como los que componían las expediciones europeas; así los oficiales como los soldados no reparaban en censurar las operaciones y los proyectos de su jeneral. Levantóse pues entre los mismos Portugueses un partido numeroso, que pretendía que con tan pocas tropas como las que tenía Albuquerque, y sin esperanza de ver llegar pronto socorros, era una locura el tratar de resistir á un ejército como el que llegaba á sitiá la ciudad, sobre todo estando como estaban rodeados de una poblacion hostil, en medio de una ciudad inmensa cuyos habitantes estaban acechando la primera ocasion que se les presentase para esterminar á los Europeos. Estos temores no eran por cierto infundados; pero el arrojado Albuquerque no quiso abandonar sin combate la rica presa de que se habia apoderado. Los sediciosos, eran hasta novecientos, pretendían que no cabía sacrificar tantos valientes á la terquedad de un solo hombre, y formaron una trama para quitar el mando á su jeneral. Pero Albuquerque conocía á sus jefes; sorprendiólos en una reunión secreta y los prendió los demás pidieron perdon y lo alcanzaron fácilmente.

No obstante el Zabaim se iba adelantando hácia la ciudad. La principal esperanza de Albuquerque descansaba en los medios que tenía de defender los aproches de la isla; sin embargo el canal que la separaba del continente era tan angosto y tan poco profundo, que no presentaba ciertamente al enemigo un obstáculo insuperable. En los puntos mas espuestos colocó Albuquerque sus

mejores tropas, cubriéndolas con muros y fortificaciones. El príncipe indo, rechazado con pérdida en sus primeras tentativas para ganar aquellos puestos y desesperando casi del éxito, resolvió hacer una postrera tentativa favorecido por una de aquellas noches lóbregas y borrascosas que preceden á la variacion de los monzones. En la noche del 17 de mayo, dos cuerpos crecidos de tropas se adelantaron sobre dos puntos diferentes, y aunque no lograron burlar la vijilancia de los Portugueses, pudieron no obstante penetrar en el interior de la isla. Toda la hueste pasó tras ellos y empezó desde luego las operaciones contra la ciudad.

El virey siguió no obstante defendiéndose con la incontestable firmeza que le caracterizaba; pero viendo al enemigo auxiliado por motines repetidos en el interior, y ayudado además por el descontento de sus oficiales que volvían á murmurar contra él, tuvo que retirarse á la ciudadela, asentada sobre un riachuelo que aseguraba sus comunicaciones con la escuadra. Dueño de la ciudad, el Zabaim atacó al punto la ciudadela. Sumerjiendo grandes barcas cargadas de piedras en el riachuelo, trató de cortar las comunicaciones de los Portugueses, al paso que por otro lado, se esforzó repetidamente en incendiar sus buques. Albuquerque, demasiado débil para resistir á este sistema de ataque, se vió finalmente precisado á evacuar la ciudadela. Pero ya era esto una operacion muy árdua; ejecutóla sin embargo con tanto arrojo como felicidad. Habiendo embarcado todos sus cañones, municiones y abastos partió con sus tropas en medio de una noche lóbrega, y con el mayor silencio, y él mismo fué el último en embarcarse.

Así forzado á hacerse á la mar, Albuquerque, lejos de desalentarse no pensaba mas que en hacer alguna hazaña que pudiese realzar el blason de sus armas y el ánimo de sus soldados. El enemigo habia establecido en Pangin, cerca de Goa, un gran campamento atrincherado, desde

donde habia enviado con frecuencia buques armados para inquietar á los Portugueses. Albuquerque se dirigió inmediatamente por aquel lado, desembarcando al rayar el dia; antes que hiciesen alto en él, se precipitó sobre el campamento de los Indos con tan grande estruendo de atambores; clarines y mosquetería, que sobresaltado el enemigo, echó á correr sin deliberar, dejando en poder de los Portugueses muchísimos cañones y abastos inmensos.

Algunos dias despues, sabedor de que el Zabaim estaba preparando una escuadrilla de barcas armadas contra él, Albuquerque envió inmediatamente á su encuentro algunas de sus naves á las órdenes de su sobrino Antonio Noroña. El mismo Zabaim en persona les salió á los Portugueses al encuentro á la cabeza de treinta proas bien armadas; pero tras un combate tenaz, tuvo que huir á la costa. Las consecuencias de esta derrota fueron proposiciones de paz; pero Albuquerque las desestimó.

Habiendo aquella victoria humillado el orgullo del enemigo y levantado el aliento de los Portugueses, el virey condujo la escuadra á Cananor donde recibió refuerzos considerables que determinaron á Albuquerque á probar otro ataque sobre Goa tan pronto como la estacion lo permitiese. Esperaba esta vez ser mas dichoso, sobre todo á causa de la guerra que acababa de trabarse nuevamente entre el rey de Narsinga y el Zabaim, cuyas fuerzas estaban ocupadas. Sin embargo, como no tenia mas que 1.500 Europeos y 300 soldados indijenas, arriesgada empresa era todavía el atacar una capital grande y fuerte, defendida por una guarnicion de cerca de 10.000 hombres. Acababan de añadir á sus fortificaciones por la parte de tierra un gran muro de recinto con un foso; y por el lado del mar una grande estacada, detrás de la cual los buques del enemigo estaban fondeados con toda seguridad. Sin embargo, tan pronto como Albuquerque hubo llegado á la vista de la ciudad, acordó dar el asalto. Dividió sus tropas en dos cuerpos, uno de los cuales,

capitaneado por él mismo, debía atacar por la parte del norte, y el otro por la del sur. Este, capitaneado por Limas, y otros oficiales valerosos, hubo desalojado pronto al enemigo que queria oponerse al desembarco, y persiguiéndole espada en mano, llegaron los Portugueses al mismo tiempo que él á las puertas de la ciudad. Ya iban á cerrar la puerta los de dentro, cuando Fernando Melos arrojó al través un madero, y los Portugueses entraron al mismo tiempo que los Indos. Estos sin embargo siguieron defendiéndose denodadamente por las calles, en las casas, y sobre todo en el palacio del Zabaim. Arrojado de este puesto, el enemigo volvió á juntarse en una altura vecina, y se necesitaron todavía seis horas de combate para afianzar la victoria.

Dueño de esta plaza importante, Albuquerque se afanó en fundar en ella un establecimiento permanente para su pais. Queria hacer de ella un punto fuerte y seguro para las escuadras portuguesas, de aprovisionamiento y de retirada en caso de desastre, un medio de eximirse de la alianza precaria siempre del príncipe indijena, en una palabra, queria hacer de Goa la capital de un nuevo imperio asiático. Envío y recibió embajadores, á quienes pasmó con la ostentacion de una magnificencia desconocida aun en la India; y los sorprendió con las inmensas fortificaciones y obras que al punto mandó levantar. Procuraba granjear á su gobierno el afecto de los naturales, y con esta mira echó mano de un medio harto peregrino. Habiendo hecho algunas prisioneras, algunas de las cuales pertenecian á las mejores familias del pais, las trató con grandísima atencion y miramiento, y despues trató de casarlas con sus oficiales, y á veces sin contar con su beneplácito. Barros compara este modo de cimentar el poder de los Portugueses con el que empleó Rómulo para poblar su ciudad naciente. Ya es de suponer que á las hermosas cautivas se les ponía por delante la necesidad absoluta de abrazar la religion cristiana, lo que no era árdua

alcanzar de ellas, por cuanto, en Goa, las preocupaciones de las castas son menos tenaces que en las otras ciudades de la India. Despues de haber hecho algunos de estos casamientos, el virey mostraba á los novios un aprecio particularísimo, y comunmente daba un buen empleo al marido. Viendo las principales familias del pais todas las ventajas que podian sacar de aquellos entronques, acabaron por conformarse muy gustosas. Cuentan sobre este punto un lance muy singular. Una noche en que se celebraban juntos algunos de estos casamientos con un gran banquete que el virey daba á los novios, vinieron á apagarse las luces repentinamente, y en medio de la oscuridad en que todos estaban envueltos, sobrevinieron singulares equivocationes. Al dia siguiente, no bien amaneció trataron de reconocerse; pero todo bien considerado, se juzgó que mas valia que cada cual se atuviese á la suerte que el azar le habia adjudicado.

Despues de haber arreglado los negocios interiores de su gobierno, prosiguió Albuquerque sus primeros proyectos de conquista. Dos puntos embargaban ante todo sus deseos; Ormuz, el rico depósito del golfo Pérsico, que ya una vez habia conquistado, y Malaca, considerada entónces como la llave de las rejiones y de las islas mas distantes del Asia. Cúpole á Malaca la preferencia. Aunque situada en la costa de una península árida, capital de este reino gozaba á la sazón de una prosperidad increíble, debida á su posicion que hacia de ella el centro á donde venia á parar todo el comercio entre el Indostan, la China y las islas del archipiélago indio, esto es, el comercio que constituye en el dia la riqueza de Singapore. Albuquerque fué allá con una escuadrilla, en la que iban 800 Portugueses y 600 soldados indos, que iban á pelear contra una guarnicion compuesta, segun aseguran, de mas de 30.000 hombres. Empezaron por negociar, y por declarar por ambas partes que nada deseaban tanto como la paz; pero era evidente que una expedicion de este

jénero no podia menos de parar en guerra. Las jentes del pais, ayudadas de poderosas máquinas de madera, de artillería, y de materias combustibles, hicieron una vigorosa resistencia; pero la intrepidez de Albuquerque y de los suyos arrolló todos aquellos obstáculos. Habiendo espulsado á la guarnicion indijena, y dueño ya de la ciudad, comenzó desde luego la construccion de un fuerte con los escombros de su palacio, y organizó su gobierno con aquel impulso de firmeza y conciliacion que era la base de su política. Entabló despues negociaciones con Sim, Java, Sumatra, desde donde pretenden los escritores portugueses que recibió embajadores.

Mientras estaba embargado con esta expedicion, el Zabaim habia reunido sus fuerzas, y á la cabeza de una hueste numerosa, habia penetrado en la isla donde se levanta la ciudad de Goa; y hasta habia construido en ella un fuerte llamado Benaster, y estrechaba ya la ciudad. Llegando á la cabeza de refuerzos considerables que acababan de llegar de Europa, Albuquerque forzó desde luego al enemigo á levantar el sitio; pero fué repetidas veces rechazado antes no le obligó á evacuar el fuerte de Benaster, y estableció definitivamente la supremacia de los Portugueses en la pequeña isla de Goa, que aun en el dia pertenece á la corona de Portugal.

El virey prosiguió despues su proyecto de conquista; pero salió mal de dos tentativas sucesivas sobre Aden, que era á la sazón el depósito del comercio del mar Rojo, como volverá á serlo quizás en manos de los Ingleses, que se han apoderado de ella desde 1839. Rechazado por aquel lado, preparó un nuevo armamento mas crecido que los anteriores, y á la cabeza de 1500 Europeos y de 600 soldados indos, dió la vela para Ormuz, cuyo príncipe no osó ni siquiera resistirle, y le permitió construir un fuerte cerca de su capital. Despues de haber ejecutado este plan con su acostumbrado ahinco, Albuquerque exijió que trasportasen á aquel nuevo establecimiento

todos los cañones que armaban las murallas de la ciudad. El desdichado príncipe tuvo que allanarse á aquella demanda, y de este modo la famosa Ormuz vino á parar en un establecimiento portugués, triunfo que casi ya nada mas dejaba que desear al ambicioso virey en esta parte del mundo, donde habia hincado con la victoria y la política el pabellon de su pais.

Pero su brillante carrera se acercaba ya á su término; ya habia llegado casi á la senectud, y su salud, menguaba por tantos afanes, comenzaba á inspirar algunas zozobras. Hallándose indispuerto, quiso volver á Goa, y al seguir la costa de Cambay le llegaron noticias que le hirieron en lo mas vivo. Llegaba de Portugal una nueva escuadra mandada por Lope de Suarez, uno de los hombres á quien mas aborrecia, y que venia nombrado virey en lugar suyo. Llegaban nuevos oficiales nombrados para el mando de los buques y de los fuertes, y todos eran conocidos por ser enemigos suyos. Su poderío y su valimiento estaban por el suelo. Los historiadores portugueses, que tienen siempre la maña de encubrir cuanto puede empañar la gloria de su rey, no nos enteran de los motivos que pudieron determinarle á sacrificar de este modo al varon ilustre que le habia conquistado un imperio. Ni cartas, ni ningun premio honorífico mitigaban aquella ruina.

El golpe habia sido mortal. Débil, postrado, moribundo, quisieron persuadirle de que el afecto de sus soldados podia facilitarle los medios de resistir á las órdenes de un amo ingrato y de seguir victorioso en los mares de la India. Quizás se dejó llevar al principio de esta tentacion peligrosa; pero algunos dias de reflexion se la hicieron desechar, y ya no pensó mas que en sepultar en la huesa su vanidad herida. Vivamente ajitado, rehusando toda especie de alimento y todos los medicamentos, llamando la muerte con impaciencia, iba á apagarse, cuando le persuadieron á que escribiese al rey para recomendarle á su hijo. He aquí los

términos de esta epístola activa.

« Señor, estando para morir, dirijo á Vuestra Majestad esta última de todas las cartas que le escribí durante el largo período de mi vida en que he tenido la honra de servirlos. En vuestro reino tengo un hijo, su nombre Braz de Albuquerque, á quien ruego á Vuestra Majestad se digne tratar tan bien como para él lo merecen los servicios de su padre. En cuanto á los sucesos de la India, ellos hablarán de suyo y por sí y por mí.»

Viendo que iba á espirar antes de llegar á Goa, recobró la serenidad de su ánimo para dirigir todos sus pensamientos hácia el otro mundo donde iba á entrar. Una barca ligera enviada á su encuentro le condujo al vicario jeneral, quien le administró los Sacramentos de la Iglesia y recibió su postrer aliento el 16 de diciembre de 1515. Su cuerpo fué llevado con grandísima pompa á Goa, donde su muerte vino á causar un luto universal, tanto entre sus compatriotas como entre los indígenas, cuyo afecto habia sabido granjearse.

A su muerte, el imperio portugués en la India habia alcanzado la cumbre de su grandeza; pues lo único que se le fué agregando despues fueron algunos puntos distantes en la costa de Africa y en la de Coromandel. Si hemos de dar crédito al enfático Faria y Sousa, el imperio portugués se extendia desde el Cabo de Buena Esperanza hasta la frontera de la China, en una estension de costas de mas de 12.000 millas. Mas no cabe tomar seriamente esta frase, si consideramos que en todo este espacio inmenso nunca contaron los Portugueses mas que unas treinta factorias. Las mas de las veces, por no decir siempre, no poseían una pulgada de terreno mas allá de las murallas de sus fortalezas. Su verdadero imperio era el Océano, donde sus buques, mejor armados y tripulados que los de las potencias asiáticas, salían casi siempre y á poca costa victoriosos. Esta especie de gobierno, al que la posesion casi esclusiva del comercio entre la India y la Europa daba muchísimo precio, sub-

sistió por espacio de mas de un siglo. Su historia, durante todo este periodo, viene á ser la de sus luchas contra los indijenas, á quienes la intolerancia religiosa de los Portugueses infundió vivísimo encono contra ellos. Estas luchas, cuyo resultado ordinario era volver á colocar á las dos partes en la posicion en que se hallaban antes del combate, son demasiado monótonas y muy poco interesantes para que nos engolfemos en su narracion, pues apenas ofrecen algunos hechos que merezcan referirse.

En 1536, Nuño de Cuiña, entonces gobernador jeneral, obtuvo el permiso de erijir un fuerte cerca de la importante ciudad de Diu, en una posicion muy favorable para el comercio, pero que ponía á los suyos en contacto con los importantes reinos de Cambay y de Guzerate. Bader, soberano de Cambay, y que al principio habia recibido bien á los Portugueses, no tardó en venir á ser enemigo suyo. En una visita que hizo al establecimiento europeo, se trabó una pelea, en la que fueron muertos él y varios oficiales portugueses. Silveyra, que tomó en seguida el mando de la plaza, hizo los mayores esfuerzos para justificar á sus compatriotas á los ojos de los indijenas, y al parecer lo consiguió al principio; pero habia quedado de aquel lance desgraciado una levadura de discordia que dió su fruto. Encontró la contienda Khodja Zofar, jefe moro, que al principio se habia dicho amigo de los Portugueses y habia pasado en su enemigo mas peligroso. Logró levantar en el Guzerate una grande hueste, á la que debia apoyar con todas sus fuerzas el gobernador del Egipto, Soliman Bajá, de órden del Gran Señor. Partió efectivamente de Suez con setenta galeras, que llevaban 7000 hombres de tropas de desembarco de las mejores entre las turcas, y un inmenso material de artillería. A su desembarco se le agregaron mas de veinte mil hombres del Guzerate, y en los primeros dias de setiembre de 1538, puso sitio al fuerte de los Portugueses. Silveyra no tenia consigo mas que 600 hombres enfermos los

mas; y de resultas de un interregno en el gobierno, no podia esperar socorros de Goa. Apercibióse no obstante para resistir con denuedo, y el sitio que sostuvo se considera como el episodio mas glorioso de la historia de los Portugueses en Asia. Hasta las mujeres rivalizaron en valor y entusiasmo con el otro sexo. Doña Isabel reunió á las mujeres encerradas en el fuerte, y las exhortó, puesto que todos los hombres estaban ocupados con las armas en la mano, á reparar los destrozos hechos por el continuo fuego del enemigo. Doña Ana Fernandez, esposa de un médico, iba corriendo de un puesto á otro en medio de un granizo de balas para alentar á los soldados; y habiendo su hijo sido muerto á sus ojos, ella misma se llevó el cadáver, y luego volviendo al teatro del combate, permaneció en él hasta el fin, y hasta entonces no pensó en dar sepultura á su desgraciado hijo.

Varios asaltos habian sido rechazados; pero la guarnicion estaba ya reducida á la mitad, y los sobrevivientes estaban tan rendidos de cansancio, que no parecia posible que pudiesen continuar por mas largo tiempo la defensa. Los sitiadores, por su parte, exasperados de una resistencia tan tenaz, decidieron hacer un esfuerzo desesperado. Empezaron por poner á flote sus galeras, como si se preparasen para levantar el sitio, y luego á media noche se dió repentinamente la señal de ataque, y fueron corriendo á arrimar escalas al muro que se prolongaba por la parte del mar. La guarnicion corrió al punto á las armas y fué á recibir al enemigo; pero los Musulmanes atacaban con tanta furia, que por fin penetraron en la plaza. Sin embargo fueron rechazados por prodijios de valor increíble, y perdieron 1500 hombres muertos ó heridos en este último asalto. Cara habia costado la victoria á los Portugueses; no les quedaban cuarenta hombres en estado de servicio, y Silveyra se entregaba á las mas tristes previsiones, cuando vió con gozo indecible que aquel habia sido el postrer esfuerzo

del enemigo. Ignorando Soliman probablemente la posicion desahuciada de sus adversarios, zarpó el 5 de noviembre, y partió con toda su escuadra para el Egipto.

Khodja Zofar, que era siempre poderosísimo en el Guzerate, conservaba todavía la esperanza de vengarse. Siete años despues logró levantar un ejército tan crecido casi como el primero, y volver á poner sitio á Diu, defendido á la sazón por D. Juan Mascareñas con una guarnicion de 210 hombres solamente. Con esta cortísima fuerza, el gobernador defendió valerosamente su puesto. El rey de Cambay, que habia ido al sitio, bien persuadido de ver tomar el castillo, se espantó tanto con una bala de cañon que penetró en su tienda y mató á uno de sus oficiales á su lado, que partió en el acto, dejando á sus oficiales el cuidado de proseguir el sitio. Algunos dias despues, murió Zofar de una bala de cañon que se le llevó la cabeza; pero su hijo Rumé Khan habia heredado la perseverancia de su padre y su odio contra los Cristianos. A pesar del valor con que los sitiados habian rechazado todos los ataques, sus filas habian clareado muchísimo, y ya empezaban á padecer del hambre, cuando Alvaro de Castro les condujo provisiones y un refuerzo de 400 hombres. Pero estas tropas no fueron de gran provecho; pues habiendo querido hacer una salida para hacer alarde de su valentía, fueron rechazadas con bastante pérdida y repelidas al fuerte. En fin, en octubre de 1545, el nuevo virey, Don Juan de Castro, uno de los mas valientes oficiales portugueses, llegó con refuerzos tan considerables que desde luego pudo tomar la ofensiva contra el enemigo. Penetró en su campamento, le forzó á aceptar la batalla, y le rechazó hasta la ciudad matándole muchísima jente. En una salida que hicieron los Musulmanes con 8000 hombres, Castro los derrotó por segunda vez y los persiguió con tanto brio, que penetró con ellos en la ciudad y la tomó. Desgraciadamente empañó su gloria entregándola al saqueo y al furor de sus soldados. En seguida volvió, el 11 de abril

de 1546, á Goa, donde hizo una entrada triunfal, acompañado de músicos, con las sienes ceñidas de laurel, y llevando tras sí el estandarte real de Cambay, trofeo de sus victorias. Las calles estaban colgadas de estofas de seda, sembradas de flores, y llenas de un jentío que atronaba los aires con sus aclamaciones. Al tener noticia de esta orgullosa ceremonia, la reina Catalina dijo, segun cuentan, que si su jeneral habia peleado y vencido como caballero cristiano, habia triunfado como un pagano.

De Castro conservó el título de virey solamente desde 1545 hasta 1548; pero bastóle este breve tiempo para establecer su reputacion y hacer temible el nombre portugués por todas las costas de la India. Parece que fué muy zeloso por el servicio de su pais, y sobre todo muy desinteresado, por cuanto despues de haber ocupado un empleo tan lucrativo, murió en sumo desamparo. Sin embargo las horribles barbaries que él autorizó, por mas que no se las hayan aleado los historiadores de su tiempo y de su pais, deben sin duda empañar su gloria á los ojos de las naciones modernas.

La posicion mas crítica en que se vieron los establecimientos portugueses de la India se presentó en 1570, bajo el gobierno de D. Luis de Ataide. Adel Khan y Nezam-ul-Mulk, dos oficiales descoliantes del Mogol, contrajeron alianza con el Zamorin, con el firme propósito de arrojar á los Europeos de las costas de la India. El sitio de Goa, que fué la operacion mas importante de los aliados, fué emprendido por Adel Khan, y para salir con su intento llevó consigo todas sus tropas, que ascendian á 100.000 hombres, y mandadas por él mismo. Esta hueste empleó ochodias en trasponer los desfiladeros de los Ghates, y en seguida asentó sus reales enfrente de los muros de la ciudad, los cuales, dispuestos con aquel orden admirable en el cual descollaban los Mogoles, presentaban el aspecto de una ciudad grande y magnífica. El virey, sorprendido, en apariencia al menos, no tenia en Goa mas de 700 hombres, á los cuales agregó

1300 frailes y esclavos armados. Aplazando la partida de una escuadra que iba á dar la vela para Europa, hubiera podido reforzar su guarnicion con unos 400 hombres; pero rehusó denodadamente este recurso; pues no quiso tomar sobre sí la responsabilidad de las zozobras en que estaría la metrópoli, si no veia llegar los buques. El enemigo empezó por querer penetrar en la ciudad; pero en vano, pues no solamente le rechazó Don Luis, sino que, habiendo recibido algunos pequeños refuerzos, hizo muchas salidas, en las que sus tropas se portaron con su valor, y fuerza es decirlo tambien, con su crueldad de costumbre. Despues de haber muerto en los combates muchísima jente al enemigo, enviaban á la ciudad carretadas de cabezas, para sostener con este espectáculo horroroso el valor de los habitantes. Tras dos meses de inútiles ataques, Adel Khan empezó á desesperar del éxito de su empresa, y hasta entabló negociaciones con el gobernador. Pero como cada partido hacia todos sus esfuerzos para disimular su deseo de ver terminar el sitio, y aparentando cada uno, al contrario, una confianza escesiva, la negociacion fué progresando muy lentamente.

Ataide recibió varios refuerzos; 1500 hombres de una vez de las islas Molucas que le hicieron tan preponderante, que el enemigo tuvo que orillar su intento de tomar la plaza. Sin embargo, habiendo el jeneral mogol repasado un punto, menos guardado que los otros á causa sin duda de su fuerza natural, resolvió hacer un postrer esfuerzo para penetrar en las líneas de los sitiados. El 13 de abril, Soliman Agá, capitan de sus guardias, atacó aquel punto con tanto ímpetu, que, á pesar de la mas heroica resistencia, penetró en la isla con parte de los suyos. Pero habiendo acudido los Portugueses, tomaron tambien ellos la ofensiva y mataron ó ahuyentaron á los Mogoles. Adel Khan, que de lo alto de una colina presenciaba la derrota de los suyos, se desalentó en gran manera. Desde entonces el sitio se fué entibiando; sin embargo el orgullo del

Mogol no queria ceder, y hasta el mes de agosto no levantó el sitio y se retiró despues de haber perdido en esta infructuosa tentativa mas de 12.000 hombres.

Por su parte, Nizam-ul-Mulk, para cumplir las obligaciones que por el tratado de alianza le habian sido impuestas, habia llegado con una hueste tan crecida como la de Adel Khan para atacar á Chal, establecimiento importante á la sazón en las cercanías de Bombay. Los medios de defensa de esta plaza eran al parecer mas cortos todavía que los de Goa; pues estaba situada en el continente, defendida por un pequeño muro de tapia con un fuerte que no lo era mucho mas que una casa ordinaria. De ahí fué que aconsejaron al gobernador jeneral que retirase sus tropas de aquella posicion, sin tratar siquiera de defenderla; pero él desechó tan pusilánimes consejos, y habiendo Luis Freyre de Andrada, que mandaba en la ciudad, recibido algunos refuerzos que hicieron subir su guarnicion á 2000 hombres, trató de suplir con el valor y el talento cuanto le faltaba por otros lados. Tras algunas tentativas desgraciadas para ganar la plaza de embestida, el enemigo abrió una batería regular de setenta piezas. Al cabo de un mes la plaza habia padecido muchísimo, el muro estaba casi todo al suelo, y el enemigo hacia sucesivamente el sitio de cada casa, convertida en fortaleza y defendida tenazmente por los sitiados.

Un dia, habiendo los Mogoles dado un asalto jeneral, penetraron en la ciudad por diversos puntos; pero por todas partes fueron rechazados con grandísima pérdida. En otra ocasion, habiendo tenido que evacuar, los Portugueses habian preparado en ella una mina, la que desgraciadamente se voló demasiado presto y les mató cuarenta y dos hombres. Otra casa fué defendida por espacio de seis semanas, y otra durante todo un mes. A principios de junio, ya hacia seis meses que duraba el sitio, y los sitiadores habian perdido en él algunos millares de hombres, cuando propusieron negociar, mas sin fru-

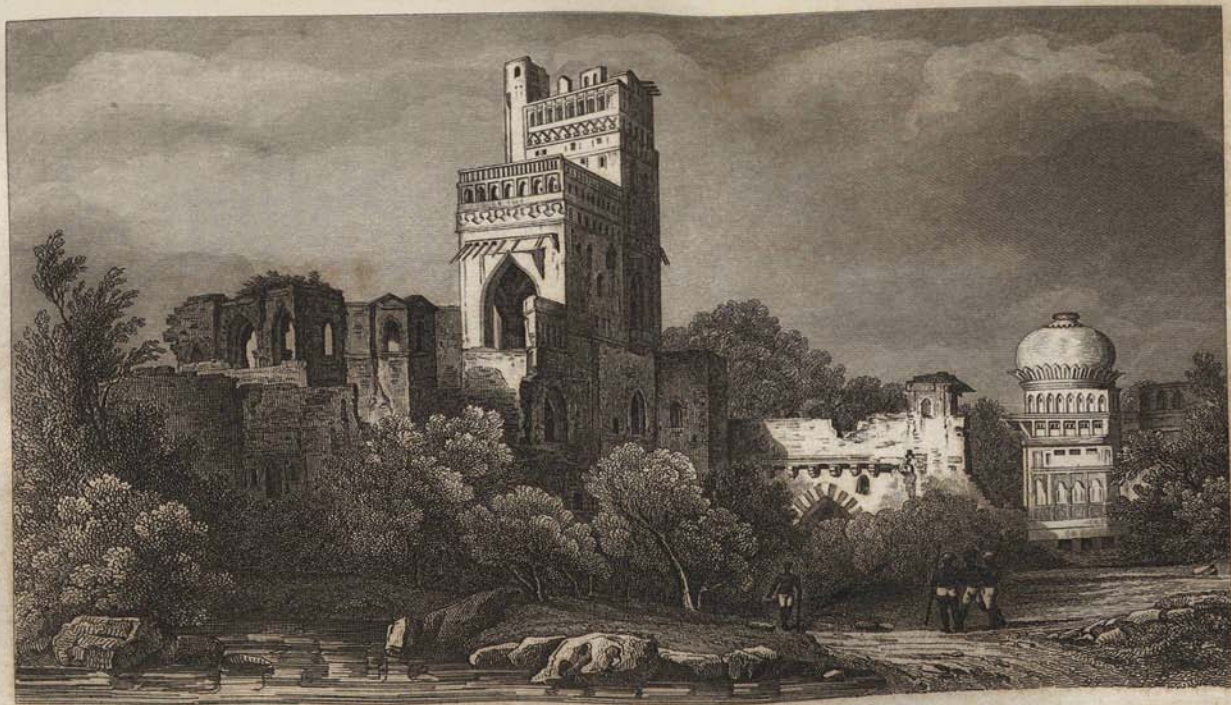
to. El nizam volvió á empezar el ataque con mas ahinco que nunca, y ganó sucesivamente el convento de Santo Domingo, las casas de Nuño Alvarez y de Gonzalo Meneses. Entónces quiso dar un asalto decisivo. El 29 de junio, toda la hueste de los sitiadores se abalanzó, dando agudos alaridos, á los residuos de las fortificaciones que los Portugueses seguian defendiendo todavia. El ataque fué terrible, repetidas veces plantó el enemigo sus banderas en las murallas, y estuvo al canto de apoderarse definitivamente de la ciudad; pero tras increíbles esfuerzos, el valor y la disciplina de los Europeos acabaron por salir triunfantes. El jeneral de los Mogoles continuó el ataque hasta la noche, y abrió despues una negociacion que terminó por un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

El Zamorin, por su parte, habia mostrado poquísimo zelo en cumplir los compromisos que por el primer tratado le estaban impuestos. Viendo á los Portugueses estrechados por los otros dos confederados, habia ofrecido renunciar á la alianza y ajustar un tratado separado. Pero, aun en medio de tan estremado trance, Ataide tuvo á mengua el comprar la paz á costa de condiciones humillantes; y desafió altaneramente el poder del príncipe, descansando en su talento y en el denuedo de los suyos para arrostrar todos los peligros que sobre su cabeza se habian acumulado. El Zamorin envió entónces algunas tropas al nizam, y él mismo fué á poner sitio al fuerte de Chal, situado á unas dos millas de Calicut. Pero esta plaza se defendió tan valerosamente como las otras; su guarnicion fué reforzada, y el Zamorin tuvo que retirarse vergonzosamente.

De este modo vino á quebrantarse inútilmente contra el talento del gobernador portugués y el valor de sus tropas aquella liga formidable, en la que habian entrado las mayores potencias de la India meridional.

Gracias á tan brillantes hazañas, los súbditos de Portugal, durante todo el siglo décimo sexto conservaron sus posesiones en las costas, y

su supremacia en los mares de la India. Hasta aun despues de la época en que mitigó entre estos aquel impulso emprendedor, el alto renombre y el poder moral que habian granjeado no permitieron á los indígenas sacudir el yugo. Pero los años de 1600 apareció en los mares del Asia un nuevo enemigo mucho mas temible que ninguno de los que hasta entónces habian encontrado en aquella parte del mundo. Los Holandeses, llevados á la desesperacion por la tiranía de Felipe II, se habian sublevado contra la España, y tras una lucha larga, sangrienta y gloriosa, habian conquistado un puesto entre los estados independientes de Europa. Aun antes de ser reconocidos como tales por los otros estados, tenían ya la fama de ser la primera potencia naval del mundo. Hallándose estrechos en un territorio poco fértil, y viendo su poblacion aumentar continuamente con la multitud de refugiados que iban á su pais en busca del doble beneficio de la libertad civil y religiosa, se sentian impelidos, cual si fuera por la necesidad, á pedir al Océano la riqueza y hasta los medios de subsistencia. La feliz situacion de sus costas, igualmente favorable para la pesca y el comercio, les habia permitido hacer, en este ramo de la industria humana, progresos que pujaban entónces á los resultados conocidos en la historia de los tiempos modernos. Un pueblo que por este lado dirigia su actividad no podia menos de pensar luego en el comercio de la India, al que siempre se ha atribuido, y mucho mas entónces, una importancia imaginaria. Sin embargo, no estaban desde el principio preparados para habérselas con las escuadras de España y Portugal que defendian las costas de la India. Los Holandeses probaron de buscar un amparo al Asia por el norte, empresa que la imperfeccion de los conocimientos jeográficos de entónces no hacia considerar como impracticable. Partieron pues al intento tres expediciones sucesivas, y su mal éxito sirvió cuando menos para probar que si ese paso existe, no puede ser

*J. Smith del.**Palais à Bejapoor.*

Palacio en Bejapoor.

de ninguna utilidad práctica á la navegacion comercial.

No cabia pues entablar concurrencia á los Portugueses de otro modo sino siguiendo sus huellas por el Cabo de Buena Esperanza, y á ello se arrojaron los Holandeses. Dióles las noticias necesarias Cornelio Houtman, que las habia recojido en una larga permanencia en Lisboa. El gobierno de esta capital receloso de sus pasos y sospechando el objeto de su afanosa curiosidad, le habia preso, y no pudo conseguir su libertad sino despues de haber pagado una cantidad crecida. Gracias no obstante á sus instrucciones, en tres meses equiparon los Holandeses una escuadra de cuatro buques bien armados y surtidos de todos los renglones necesarios para el comercio. Houtman, que mandaba la expedicion, dió la vela en el otoño de 1596, y tras un penoso viaje, pero sin haber tropezado con serios obstáculos, llegó á la vista de Cantam en la isla de Java. Al principio fué bien recibido y mejor tratado, pero habiendo reñido despues con el rey del país, fué hecho preso otra vez y aherrojado, y no alcanzó su libertad sino á costa de una parte de su cargamento. Volvió entónces á Europa donde fué recibido triunfalmente, ya habia mostrado á los Holandeses el camino y la posibilidad de conducir una escuadra á aquellos mares lejanos y de ocultarla al enemigo. La compañía formada para la primera expedicion, reforzada con los capitales de una segunda que se fundó al regreso de Houtman, envió á principios de 1599, bajo su mando y el de Van Neck, una nueva expedicion que contaba hasta ocho buques. Llegaron felizmente á las costas de Sumatre, donde realizaron inmediatamente sus cargamentos con beneficios cuantiosos, y tanto que Van Neck volvió el año siguiente al puerto de Amsterdam con cuatro buques cargados de especias.

Tan venturoso estreno alentó á los Holandeses; así que se establecieron varias compañías nuevas; y los resultados de su emulacion fueron tales que en 1600, esto es, menos de cin-

co despues que el pabellon holandés traspuso el Cabo, partieron para los viajes de la India cuarenta buques suyos, de porte de cuatrocientas á seiscientas toneladas. La actividad de los Holandeses y su exactitud habia desbancado casi á los Portugueses en el comercio de aquellas rejiones. Hasta entónces habian evitado esmeradamente toda causa de colision, absteniéndose de visitar los parajes frecuentados por los buques portugueses; pero con el éxito, hechos cargo de su fuerza, trataron de espulsar á sus rivales. No perdonaron medio para provocar el descontento de los naturales, quienes empezaban ya á ver que los Portugueses se afanaban mas por conquistar que por comerciar, y por otra parte estaban muy irritados por su afan de proselitismo relijioso. De este modo escitados los Malayos por debajo mano y ayudados por algunos voluntarios holandeses, se apoderaron un dia, por sorpresa, del fuerte de Achin, y degollaron á toda la guarnicion sin que se salvase un solo hombre de aquella matanza. Los Portugueses perdieron tambien algunos de sus establecimientos en las Molucas, al paso que los Holandeses se iban haciendo de dia en dia mas poderosos.

Felipe II, que á la muerte de Don Sebastian se habia apoderado de la corona de Portugal, no podia ver sin enojo á sus súbditos espulsados de sus magníficas posesiones por las armas de una provincia rebelde á quien su tiranía habia arrojado á la resistencia, y á quien sus yerros habian convertido en una gran potencia maritima. Sabedor de que en Holanda se estaba aguardando la vuelta de un gran convoi de la India, mandó armar secretamente treinta buques de guerra, y les mandó apresar al paso la escuadra holandesa. Cerca de las islas de Cabo Verde encontró la escuadra española ocho buques holandeses que iban á la India, mandados por Spilbergen; pero este logró con sus maniobras zafarse de aquel conflicto y llegó á la India, sin graves pérdidas. Parece que fué aquel el postrer conato de Felipe II,

para luchar por mar contra los Holandeses; pues trató de exterminarlos por tierra, y ya se sabe la inutilidad de sus esfuerzos. Contentóse entónces con promulgar edictos que les vedaban bajo severísimas penas el comerciar con las *posesiones* españolas. Sin embargo los Portugueses de la India, ayudados por los Españoles de las Filipinas; siguieron por algun tiempo haciendo el corso sobre los buques holandeses; pero estos acabaron por espulsarlos de todas las islas que producen especias. En 1605, reforzaron su escuadra en los mares de la India con diez y nueve buques armados en guerra y que llevaban dos mil hombres de buena tropa. Con estas fuerzas atacaron y redujeron sucesivamente todos los establecimientos de sus rivales en las islas de Amboina y de Timor, apresando cuantos buques encontraban, y estableciendo su supremacia en los mares de la India.

Solo les faltaba á los Holandeses apoderarse de Malaca, de que los Portugueses habian hecho la capital de sus establecimientos indo-chinos. El almirante Matclief condujo su escuadra delante de la ciudad, pero esta estaba tan bien preparada para recibirle, que tras varias semanas de vivo conato, tuvo el Holandés que abandonar la empresa. Pero ¡cuál fué su sorpresa, cuando volviendo á Amboina se vió recibida á cañonazos, y vió la bandera española que tremolaba en los muros! Aquella revolucion habia sido llevada á cabo por algunos buques de las Filipinas, que, aprovechándose de su ausencia, se habian apoderado de aquellas islas importantes. Matclief quedó aturrido al principio; pero fiado en el valor de sus soldados, desembarcó á su frente, atacó el fuerte y lo ganó por asalto, pasando á cuchillo á la guarnicion entera. Alentado por aquel triunfo, pasó á las otras islas, y en menos de dos meses las hubo reconquistado para las Provincias Unidas.

Poco tiempo despues, trataron los Holandeses de fundar un establecimiento en la isla de Ceilan. En 1605 enviaron allí, al mando de Weert, una expedición, que, como siempre,

comenzó por ser muy bien recibida. Pero poco despues, habiendo quebrantado una promesa solemne que habia hecho el rey del pais, y habiéndose portado en la corte con la altivez que por donde quiera empezaban á mostrar sus compatriotas, Weert fué preso y muerto á sablazos. Sus valientes compañeros, que, á pesar de la desproporcion del número tuvieron el arrojo de vengarle, no pudieron menos de partir su suerte. Con todo el trájico desenlace de esta tragedia no desalentó al gobernador jeneral Bort, quien atribuyendo únicamente el desastre de Weert á sus culpables violencias, envió á Ceilan una nueva expedición á las órdenes de Marcelo Boschkou-veur, oficial no menos hábil que valiente. Llegó cabalmente en el momento crítico en que los Portugueses, habiendo salido con fuerzas considerables de su establecimiento de Columbo, estrechaban tan impetuosamente la capital del radjá que este desesperaba ya de poderles resistir por mas tiempo. El oficial holandés, dirijiendo las operaciones de los Candios y socorriéndolos con sus soldados, alcanzó una victoria completa á favor del radjá; y este, agradecido, le permitió fundar un establecimiento en las circunstancias mas ventajosas. Sin embargo, hasta 1656, tras una lucha larga y sangrienta, no triunfaron los Holandeses definitivamente de sus rivales. En dicho año capituló Columbo tras un sitio de siete meses, y los Portugueses fueron completamente espulsados de la isla de Ceilan.

Por lo que hace á la rivalidad de la Inglaterra y de la Holanda en los mares de la India, no podemos tratar de ella en este capítulo, y hablaremos de ella cuando escribamos la historia de los establecimientos ingleses.

Dueños ya del archipiélago indio, los Holandeses quisieron construir una ciudad que viniese á ser la capital de sus conquistas asiáticas, el centro de sus negocios políticos y comerciales. Elijieron al efecto un paraje situado al extremo occidental de la costa norte de Java, situacion



Invalide de la guerre

Femmes du Dekan (d'après Manucci M.S.B.R.^{ale})

Mujeres del Dekan (segun Manucci M.S.B.R.^{ale})

feliz que domina la derrota de las islas de las especias, y comunica fácilmente con Sumatra, Borneo y Célebes. Llamáronla Batavia, del antiguo nombre de su pais. Es aun en el dia una ciudad rica y floreciente, pero desgraciadamente muy insalubre para los Europeos.

Los Holandeses repitieron sus esfuerzos para apoderarse de Malaca; pero no lo consiguieron hasta 1640, tras un sitio muy trabajoso. En el mismo continente de la India, el verdadero enemigo de los Portugueses fué la Inglaterra, la que no tuvo que luchar mucho tiempo con estos. Apesar de su influjo en la corte del Mogol, pronto quedaron desbancados en Surate y otros puertos del Guzerate por esta nueva rival. Una expedicion hecha de mancomun por los Ingleses y Shah Abas de Persia les quitó la plaza de Ormuz, mientras que el iman de Mascate, por su parte, los espulsó de la mayor parte de sus posesiones en la costa de Africa. En el dia, Goa y Mozambique, pobres las dos, sin comercio, arruinadas, representan cuanto queda del imperio fundado por el grande Albuquerque.

CAPITULO VIII.

PRIMEROS VIAJES Y PRINCIPIO DE LOS ESTABLECIMIENTOS INGLESES EN LA INDIA.

Desde los primeros tiempos en que el impulso aventurero y comercio marítimo se despertó en Inglaterra, consideróse en ella el comercio de la India como una fuente inagotable de riquezas. Las esperanzas extraordinarias que fundaban sobre este punto iban mezcladas sin duda de muchas ilusiones. Parece que una economía política mas ilustrada ha demostrado desde entónces que la agricultura y la industria son fuentes mucho mas fecundas de prosperidad que toda especie de negocio; que el comercio interior, con sus pronto retornos, es mucho mas productivo que el comercio con el extranjero; que el comercio con paises vecinos enriquece mucho mas á una nacion que el comercio con paises

lejanos; en fin, que un comercio cuyo mercado está situado al estremo del globo nunca puede hacer mas que emplear el escendente de los capitales de un pais rico. Sin embargo mediaban ciertas circunstancias que, al principiar la Europa este negocio, daban un realce particular al comercio de la India. Los principales productos que de este pais se importaban eran estofas mas hermosas y ricas que cuantas se fabricaban á la sazón en el occidente, además de los diamantes, perlas, joyas y especias halagüeñas á los sentidos. La grande escala sobre la cual se hacian allí las operaciones, las fortunas pingües que se realizaban de cuando en cuando, daban á este comercio una apariencia de grandeza que no se echaba de ver en el comercio ordinario europeo. Todo, hasta la misteriosa lejanía de los paises sobre los cuales se ejercian las especulaciones, hasta la incertidumbre y la aventura en que estaban envueltas, las hacia mas halagüeñas para el ánimo osado y emprendedor del siglo diez y seis.

Quizás debamos aquí recordar que existe alguna memoria de un viaje hecho á la India en una época mucho mas remota. Hakluyt cita dos pasajes de las crónicas de Guillermo de Malmesbury, donde se afirma que, en el año 883, el rey Alfredo envió á la India á Sighelmo, obispo de Sherburn, con el encargo de ofrecer de su parte ricos presentes al sepulcro de Santo Tomás. Sighelmo, segun el cronista, condujo á buen término esta peligrosa empresa, y volvió á Inglaterra con rico cargamento de piedras preciosas y especias, productos de aquella rejion famosa. Añaden que por el tiempo en que se escribió la crónica, se conservaban todavía en la iglesia de Sherburn algunos renglones traídos por el devoto obispo. Tal mision era digna sin duda de aquel gran rey, cuyas miras muy adelantadas á su siglo, eran sin duda mucho mas ilustradas que las que las crónicas le atribuyen. Sin embargo árduo se hace, bajo semejante testimonio, admitir como un hecho cierto que esta remota romería se hubiese llevado á cabo en la

época de que trata. Sin negar absolutamente el hecho, es lícito creer que *Sighelmo* no pasó mas allá de la costa oriental del Mediterráneo, en donde entónces, como en el día y como siempre, venia á parar uno de los radios del comercio de la India.

Del reinado de Eduardo IV, y sobre todo del de Isabel, fecha el desarrollo comercial y marítimo de la Inglaterra. Hasta entónces, los Flamencos le eran superiores en industria; los Italianos, y mas aun los Españoles y Portugueses, en la navegación. Estos dos pueblos, en un período admirable de gloria, acababan de abrir el campo de los grandes descubrimientos, y estaban prontos á defender con toda su valía, que era muy grande á la sazón, los imperios que acababan de conquistar. Los Ingleses, en la nueva carrera á que iban á arrojarse, no solamente tenían que temer los riesgos de las navegaciones largas, sino tambien la poderosa oposicion de los dos pueblos que se disputaban á la sazón el imperio de los Océanos. La Inglaterra sin embargo se lanzó con entusiasmo á esta carrera nueva; y todo el mundo se enardeció, desde los traficantes hasta los guerreros, los estadistas y palaciegos. Bajo los auspicios de Isabel, prodújose en Inglaterra toda una jeneracion de hombres grandes. En primer lugar trataron de descubrir una nueva derrota para pasar á la India, una derrota donde no tuviesen que temer á unos rivales tan formidables como los Portugueses. Sus primeras tentativas se encaminaron á la costa norte del Asia; pero nada podian estas producir. Una expedicion de tres buques, armada á costas de una compañía de comerciantes, y mandada por el valiente Sir Hugo Willoughby, terminó del modo mas desgraciado. Dos de los buques vararon en la costa de Laponia, y sus tripulaciones, precisadas á invernar en aquel clima terrible, perecieron allí de frio y desamparo. Sin embargo, Ricardo Chancelor llegó al mar Blanco con el tercer buque, y desde allí pasó por tierra á Moscon, donde se puso en comu-

nicacion con la corte de Rusia, casi desconocida entónces en la Europa occidental. Ocurrióles entónces á los aventureros abrirse un camino por tierra, al través de la Persia y de la Rusia. En vano emplearon en esta empresa mucho dinero y afán; algunos de sus agentes penetraron en Persia por el mar Caspio, y aun hasta Bokhara, capital de la Tartaria independiente, pero ninguno llegó á la India. Comprendiendo al fin que, aun cuando el camino estuviese espedito, nunca podria hacer el comercio tan largo y costoso rodeo, que la via del golfo Pérsico ó del mar Rojo seria siempre mas breve y menos dispendiosa, orillaron su proyecto, y volvieron á Inglaterra.

Rechazados por este lado, trataron de abrirse un camino por el noroeste, doblando la costa septentrional de América. Imaginábanse entónces, ó mas bien esperaban que este continente remataba en un Cabo, situado en una latitud alta sin duda, pero no tanto que no cupiese traspasarlo para penetrar en el Océano Pacífico, y desde allí pasar á la costa oriental del Asia. Dirijieron sobre aquel punto esfuerzos enérgicos, intrépidos y perseverantes una serie de ilustres navegantes, tales como Cabot, Frobisher, Davis, Hudson; y puede decirse que la empresa, al menos bajo el punto de vista científico, se está continuando ahora mismo por los Parry, los Ross, los Black, etc.; pero media la diferencia de que hoy día se sabe lo que valdria prácticamente esta derrota, si es que realmente existiese.

El adverso resultado de todas las empresas hechas para penetrar en los mares de la India por el norte de los grandes continentes, ó por el interior de las tierras, obligó por fin á los Ingleses á acudir al derrotero del Cabo de Buena Esperanza, como el único asequible y provechoso. Sin embargo, el rey Felipe II, como rey de Portugal, pretendia tener un derecho esclusivo á beneficiar aquel derrotero, y esta pretension, segun el derecho de jentes de aquel tiempo, parecia bastante fundada en justicia. Por otra parte, el gobierno inglés

no parecia muy dispuesto á ponerse en estado de hostilidad contra el monarca mas poderoso de aquel tiempo; y además, los buques armados por empresas particulares, al pasar cerca de las costas de Portugal ó cerca de los establecimientos del rey de España, en la costa de Africa ó de Asia, corrian el riesgo de verse apresados por rivales temibles que jamás daban cuartel á nadie.

Sin embargo, los proyectos de los navegantes ingleses iban siempre en aumento, y comenzando la Inglaterra á tomar su asiento entre las grandes potencias marítimas, trató de probar un nuevo camino en el cual no hubiese que temer ninguna rivalidad. Drake, oficial que habia servido con distincion en el golfo de las Antillas y en la costa de América, concibió el intento de penetrar en la India por el mar del Sur. Dedicó las riquezas que habia adquirido en sus primeras expediciones al armamento de cinco buques, de los cuales el mayor no llegaba á cien toneladas, y el mas pequeño era de doce solamente. Los equipó completamente, embarcando un rico cargamento, hermosas muestras de la industria inglesa y hasta una banda de música. Partido de Plymouth, el 13 de diciembre de 1577, pasó en agosto del año siguiente el estrecho de Magallanes. Cruzó en seguida durante algunos meses sobre las costas de la América española, apresando algunos buques ricamente cargados con quienes tropezó. Enrichuido con estas presas, aunque su division se hallaba entonces reducida á un solo buque, quiso probar de volver á Europa por el noroeste de América. Dió la vela para la costa de California, que creyó haber sido el primero en descubrir, y á la que dió el nombre de Nueva Albion; pero remontando mas al norte, viendo que su proyecto era impracticable, emprendió atravesar el océano Pacífico y volver á Europa, recalando en las Molucas. Dirigióse entonces al través del Océano, no recalando en ningun punto antes de haber llegado á las islas de las especias, cuyos preciosos productos eran tan estimados en el Occi-

dente. El rey de Ternate, que estaba á la sazón en guerra con los Portugueses, recibió al navegante inglés con desalado afán, y cúpole á Drake el timbre de ser el primero en empezar el comercio que desde entonces ha desarrollado la Inglaterra tan prodijiosamente. Desde allí, costeando la isla de Java, pasó al Cabo sin recalar en ningun punto del continente asiático; luego, haciendo víveres y aguada en Sierra Leona, volvió á entrar en Plymouth el 26 de setiembre de 1580, despues de dos años y medio de viaje. Fué recibido triunfalmente por sus compatriotas, y la reina Isabel, despues de haberse hecho rogar un poco, le visitó en su buque y le confirió el honor de la Caballería.

La gloria de Drake alentó á otros capitanes á seguir sus huellas. Tomás Cavendish, rico personaje del condado de Suffolk, y que habia hecho su aprendizaje en la marina á las órdenes de Sir Ricardo Granville, vendió sus haciendas para aplicar su producto á un viaje de especulacion en el mar del Sur y al rededor del globo. Salido de Plymouth el 21 de julio de 1586, ya se hallaba en los primeros meses del año siguiente en la costa de la América española, donde, siguiendo siempre las huellas de Drake, hizo muchas y ricas presas. Desde allí, trasponiendo el Océano Pacífico, recaló en Guahan, una de las islas Ladrones. Visitó en seguida las Filipinas, ocupadas ya entonces por los Españoles, despues las Molucas y Java, y volvió finalmente á Europa por el Cabo de Buena Esperanza, en setiembre de 1588.

A pesar del feliz éxito de estos viajes y de la admiracion que causaron, no cabia sin embargo considerar semejantes expediciones como modelos de un comercio regular, y siempre habian buscado un camino mas fácil y conveniente. Antes del regreso de Drake, habian propuesto atravesar el Mediterráneo, desembarcar en la costa de Siria, pasar por Alepo y Bagdad, al golfo Pérsico, y de allí por Ormuz á la costa de Malabar. Stevens, que habia hecho un viaje á Goa en un buque portugués, habia

publicado una relacion de su viaje, en la que ponderaba en los términos mas pomposos, la fertilidad del pais donde está asentada aquella ciudad, las ventajas que ofrecia al comercio y el liberalismo con que su puerto estaba abierto á los buques de todas las naciones. En consecuencia, Juan Newberry y Ralph Fitch, las dos personas que mas vivamente habian insistido de seguir el nuevo camino, fueron enviados por el gobierno de la reina con dos cartas dirigidas, la una al emperador de la China, y la otra al gran Mogol, el emperador Akbar, calificado en la carta de Zelabdim Echebar, rey de Cambaya. La reina pedia su benevolencia á favor de hombres llegados de tan lejos para comerciar en sus estados prometiéndole recíproca ayuda y proteccion igual para sus súbditos. Provistos de estos documentos, partieron los viajeros á principios del año de 1583.

Las cartas enviadas desde Alego y Bagdad por J. Newberry tratan solamente de materias comerciales. Quejase en Bagdad de no poder vender sus mercancías sino con mucha dificultad, al paso que si, en vez de llevar mercancías, hubiese llevado dinero, le hubiera sido fácil comprar grandes cantidades de especias á precios muy bajos. De Bagdad pasó á Basora, y de allí á Ormuz, donde al principio le permitieron negociar sin suscitarle ningun estorbo. Pero seis dias despues, fué acusado ante las autoridades con su compañero de viaje, por un Italiano llamado Miguel Stropene, envidioso de ver á unos rivales que le disputaban un comercio en el que se habia granjeado riquezas inmensas. Los dos Ingleses fueron presos. Newberry, que no las tiene todas consigo, escribe á sus socios de Basora en los términos siguientes: «Es muy posible que nos cercenen la cabeza, ó cuando menos que nos tengan presos por mucho tiempo. ¡Hágase la voluntad de Dios!»

Sin embargo los soltaron poco despues para enviarlos á Goa; pero apenas hubieron llegado allí tras una travesía peligrosa, los encarcelaron otra vez. La principal queja que de

ellos tenian era la conducta del capitán Drake, acusado de haber enviado dos balas de cañon á un galeon portugués en las aguas de Malaca. Newberry ignoraba el hecho, y decia que era injustísimo que tan cruelmente se tratase á los Ingleses, al paso que los Franceses, Flamencos, Turcos, Persas, Moscovitas, etc., podian residir y fabricar libremente en Goa. Tras un mes de cárcel, le pusieron no obstante en libertad mediante una fianza de 2.000 *pardaos* de que no saldria de la ciudad sin licencia. Y con efecto, no era su ánimo salir de ella tan pronto; habia alquilado una casa en una de las principales calles de la ciudad, y hacia, segun se espresaba, muy buenos negocios. Durante su permanencia en Goa, debió muchos servicios á Stevens, alumno que habia sido de New-College la universidad de Oxford, que habia luego entrado á servir al arzobispo de Goa; y tambien fué muy bien tratado por Juan Linscot ó Linschoten, marino holandés muy inteligente.

Pero segun Fitch, todas estas halagüeñas apariencias eran engañosas. Gran parte de sus mercancías les fueron robadas; tuvieron que gastar muchísimo dinero en regalos, y se lo arrancaron además por medio de fianzas. Tras cinco meses de residencia, habiendo espuesto sus quejas al gobernador, recibieron de él una contestacion poco halagüeña; hasta les amenazaron con nuevas desdichas, anunciándoles que habia contra ellos nuevos motivos de queja. Esta contestacion los sobresaltó en gran manera, y temieron verse reducidos á esclavitud ó al menos, segun se les dijo en confianza, recibir unos cuantos palos. Acordaron pues escapar mientras que aun estaba quizás en su mano, y el 5 de abril de 1585 huyeron de la ciudad. Internándose en la India, pasaron por Belgaum, donde se hacia á la sazón un gran comercio de diamantes y de piedras preciosas, y de allí á Ridjapore. En esta ciudad vieron la idolatría indiana desplegar todas sus pompas; las selvas vecinas estaban llenas, segun dijeron, de infinitos templos é idolos, parecidos unos á

una vaca, otros á un mono, otros al pavo real, otros al mismo diablo. Fitch, cuya relacion hemos seguido, quedó pasmado de la majestad de los elefantes de guerra, de la abundancia de oro y plata. Visitó á Golconda, que describe como una ciudad grande y agradable, cuyas casas son de ladrillo y madera, en medio de un pais fértil en frutas deliciosas, en la inmediacion de minas de diamantes peregrinamente ricas. Hablaronle de Masulipatem como de un gran puerto, asiento de un grandísimo comercio. Desde Golconda se dirigió al norte al Decan, visitó la ciudad de Barhampur, capital del Candeish. Representa este pais como extraordinariamente fértil y poblado, aunque las casas son de tapia y hojarasca; durante la estacion de las lluvias, época de su paso, las calles de la ciudad estaban intransitables por efecto de los arroyos transformados en torrentes. Las costumbres matrimoniales de los Indos le arrancan exclamaciones de sorpresa, cuando ve casar á niños de ocho ú diez años con niñas de cinco ó seis; describe con asombro la pompa maravillosa que se ostenta en tales ocasiones, en que los jóvenes esposos recorren las calles á caballo, magníficamente vestidos los dos, precedidos de bandas de músicos, y seguidos de una comitiva numerosa y alegre. Pasó despues á Mandu, ciudad fuertísima, construida sobre un peñasco tajado y muy alto, cuya conquista habia evitado al grande Akbar doce años de conatos. De allí fué á Agra, ciudad grande y populosa, superior á Londres, bien construida de piedra, con anchas y hermosas calles. El emperador residia entónces en Fatipur, ciudad que, segun el viajero, era todavía mas grande que Agra, pero no tan hermosa. Sin embargo, como Fatipur ha sido siempre de importancia secundaria, es de creer que debiese su grandeza pasajera solamente á la presencia del emperador y de su corte. Toda la distancia que separaba á estas dos grandes ciudades parecia un dilatado campo de feria. El viajero reparó tambien el modo de transporte de los grandes

personajes llevados en pequeños coches dorados y esculpidos, colgados de seda ó de ricas telas, tirados por dos bueyes pequeños, tamaños apenas como perros. En las orillas del Dejamna pudo ver las ceremonias religiosas y las abluciones de los Bramines. «Oran en medio del agua en carnes; preparan sus comidas y comen en carnes; por via de penitencia se tienden por el suelo y hacen treinta ó cuarenta volteretas; véseles muchas veces levantar las manos hacia el sol y besar la tierra cruzando los brazos y arrodillándose. Sus mujeres van al agua por grupos de veinte ó treinta, cantando, haciendo sus abluciones y cumpliendo sus deberes religiosos, lo mismo que sus maridos.» Vió tambien á una multitud de mendigos todos en carnes, acerca de los cuales referian cosas extraordinarias. Por muy asquerosos que fuesen, habia uno «que, comparado con los demás, podia pasar por un monstruo», con la barba de una longitud increíble, el cabello que le caia hasta la cintura, y uñas largas de dos pulgadas. El viajero inglés «no pudo arrancarle una sola palabra, no hablaba jamás, y no contestara al rey si le hablase.» Los Bramines son segun Fitch y los viajeros modernos, «una ralea de jente alebrosa, y peor que los judíos.»

A la partida de los fujitivos de Agra, Guillermo Leader, el joyero, se quedó al servicio de Akbar, quien le dió una casa, un caballo, cinco esclavos y un sueldo fijo. Los viajeros tuvieron algunas pláticas con el emperador, pero desgraciadamente no dan ninguna noticia sobre este punto.

De Agra, Fitch pasó á Allahabad que llama Pragi, corrupcion de la voz Prayaga que designa la confluencia de los dos rios, el Djamna y el Gánjes. Bajó por el Gánjes hasta Benarés, y su asombro va á mas cuando refiere las maravillas de esta capital del comercio y de la supersticion inda, y describe los templos numerosos y magníficos de que está llena. Allí vió la idolatría del pais desarrollarse su escala mayor de lo que él se habia imaginado. Todas las calles,

todas las plazas estaban llenas de ídolos, ninguno de los cuales sin embargo merecía llamar la atención. «Los mas son negros, tienen garras y largas uñas de bronce; los hay que van montados sobre pavos reales ó animales fantásticos imaginados por el genio del mal, otros tienen cabeza de halcón, pero no hay ninguno que tenga una cara halagüeña. Son negros, de forma sobrenaturales; sus bocas son monstruosas; sus orejas doradas están cargadas de joyas, sus dientes y sus ojos de oro, de plata y de vidrio.» Los honores que tributan á estas asquerosas divinidades son tan variados como estravagantes; las abluciones sobre todo son extraordinarias. «Nunca oran sino dentro del agua, se la derraman sobre la cabeza cojiéndola con entrambas manos. Los hay que hacen sus ceremonias con quince ó diez y seis vasos grandes y pequeños, y ajitan una campanilla mezclando el contenido de todos los vasos; repiten ciertas cosas sobre sus vasos, y luego, en habiendo terminado, se llegan á unos ídolos y hacen libaciones que tienen por muy santas y eficaces.» Asistió al sacrificio de mujeres que se abrasaban sobre los sepulcros de sus maridos; «y de no verificarlo, dice, les afeitan la cabeza y quedan para siempre deshonoradas.» Cuando uno cae enfermo, le hacen trasnochar delante del ídolo, y si al día siguiente, no hay indicio de curación, «llegan sus parientes, se sientan al rededor del doliente dando grandes alaridos, en seguida lo llevan á la orilla del río, construyen una lijera almadía de cañas, y le abandonan á la corriente en la frágil barca.» El viajero da además una cuenta muy singular de ciertas ceremonias de casamiento á las que asistió. Los dos esposos bajan al río con un sacerdote, una vaca y una ternera; «los tres aguantan la vaca por el rabo, y le vierten agua encima con un vaso de cobre; en seguida el sacerdote ata á entrambos esposos con sus vestidos mojados; entonces hacen una distribución de limosnas á los pobres, y al Bramin ó sacerdote le dan la vaca y la ternera; en seguida ofrecen di-

nero á diversos ídolos, se tienden boca abajo, besan repetidamente el suelo, y por fin se van á su casa.»

Desde Benarés pasó Fitch á Patna, capital en otro tiempo de un reino, pero que entonces hacia parte del imperio de Akbar; aunque la ciudad era muy grande, sus casas eran de tapia y paja. El país estaba infestado de forajidos nómades como los Arabes. La superstición popular pagaba crecidos impuestos á unos personajes holgazanes que se daban por santos. Uno de ellos se durmió un día montado en su caballo en medio de la plaza del mercado, y el viajero vió á la muchedumbre que acudía desaladamente para tocarle los pies, prodigándole las mayores muestras de acatamiento. «Teníanle por un gran personaje; cierto que era un grande holgazan, y yo le dejé dormir.» Desde allí pasó á Tanda en Bengala, otra posesión de Akbar luego hizo una escursión al norte en un país que llama Couche y debe ser el territorio situado al pié de las montañas del Bután; describe el país como tan húmedo, que cada distrito puede fácilmente ser inundado de mas de un pié de agua, y por consiguiente puede hacerse intransitable. Los habitantes, budhistas de religión, mostraban su ordinario respeto para con la vida animal, manteniendo hospitales para los animales viejos y criando arañas. A cuatro días de marcha estaba el país que llaman hoy día Bután, país de grande extensión y lleno de montañas tan altas que pueden verse á una distancia de seis jornadas. El hecho es cierto, pero solo la imaginación puede haber hecho decir á los habitantes que desde la cumbre de aquellas montañas se divisaba la mar al sur. Frecuentábanlo entonces, como en el día, traficantes que llegaban de las frias rejiones del norte, vestidos de estofas de lana, llevando sombrero, calzones blancos y botas (los Tártaros), y por otros sin barba, llegados de un país caluroso al este (los Chinos). Los primeros decían que su país criaba una raza de caballos pequeños, pero robustos, y cuyas largas colas extraordinariamente po-

bladas, formaban el renglon de un gran comercio con la India, donde eran muy estimados.

Fitch bajó despues por el Hugly é hizo un viaje á Orisa, cuyas fronteras halló casi desiertas, incultas, « cubiertas de yerbas tan altas como un hombre, y con muchos tigres. » El puerto de Angeli, que no es posible hallar en el día, era entónces el centro de un gran comercio, y frecuentado por buques de Sumatra, de Malaca y de las diversas partes de la India. De allí volviendo hácia el Gánjes, hizo una escursion en la provincia oriental de Tipara, cuya poblacion estaba empeñada en continuas guerras con los Mogen, habitantes del reino de Aracan. Volviendo otra vez á las orillas del rio, el viajero visitó á Serampore y otras ciudades situadas en sus desembocaderos. La poblacion de esta parte de la India vivia, segun dijo, en un estado de rebelion perpetua contra el emperador Akbar, favorecida por muchísimas islas, por la facilidad que les ofrecian de refugiarse de una en otra. Habla y con razon de los tejidos de algodón de esta provincia, como superiores en calidad á cuantos se fabricaban en lo restante del imperio.

Desde Serampore, el infatigable viajero pasó en un buque á Negrais, en el reino de Pegú, cuya capital visitó, lo mismo que á Malaca, que era á la sazón el principal establecimiento de los Portugueses en aquellos mares, y donde obtuvo algunas noticias sobre la China y el Japon. Desde allí, volviendo otra vez á Bengala, se embarcó para Cochín, recaló, al paso en Ceilan, que « es segun se espresa, una buena isla, muy fértil y hermosa. » Los Portugueses tenian en Colombo un fuerte que el rey del país atacaba muchas veces con una hueste de cien mil hombres « en carnes los mas, » aunque algunos de ellos iban armados de mosquetes. Habiendo doblado el cabo Comorin y observado la pesca considerable de perlas que se hace en aquella costa, pasó por Calán á Cochín, que le pareció una residencia poco agradable; el agua era mala y

los víveres escasos, no produciendo el país de en torno ni arroz ni trigo; con todo esto, la falta de medios de transporte le obligó á permanecer allí ocho meses. El Zamorin de Calicut, segun le dijeron, era siempre hostil á los Portugueses; y hacia el corso sobre sus buques de comercio con proas, armadas de cincuenta á sesenta hombres cada una, que devastaban toda la costa, atacando y pillando cuantos buques encontraban.

De Cochín pasó Fitch á Goa y á Chal, donde se embarcó para Ormuz, despues de haber llevado á cabo el mas largo viaje que hasta entónces hubiese hecho en la India Europeo alguno.

Aunque esta expedicion se ejecutó de un modo glorioso para los aventureros, y proporcionó muchísimas sobre el comercio y los productos del país, era evidente con todo que un comercio espuesto á tantos riesgos, por un camino tan largo, no podria ser ni seguro ni provechoso. Verdad es que era uno de los canales por donde los Venecianos lo hacian entónces; pero hallábanse estos en una posicion jeográfica mas ventajosa que la Inglaterra, y no obstante desde el descubrimiento del paso del Cabo, no podian ya sostener la concurrencia contra los Portugueses. El interés comercial tomaba ya decididamente este último camino, como único que presentaba ventaja y seguridad. Pero guardábanlo con la mas zelosa vijilancia los Portugueses y Españoles; y de ahí era que el gobierno de Isabel, aunque en guerra á la sazón con estas naciones, vacilaba en alentar unas empresas que hubieran imposibilitado para mas adelante todo ajuste. Mr. Bruce ha hallado, en los archivos del reino, una peticion firmada y presentada en 1589 por cierto número de negociantes que pedian, permiso para enviar seis buques á la India. No se sabe cual fué la contestacion que se les dió; pero vemos que en 1591 partieron tres barcos de Plymouth, el 10 de abril, á las órdenes de los capitanes Raymond, Kendal y Lancaster. En agos-

to, cuando recalaron en el Cabo, las tripulaciones habian padecido tanto de las enfermedades, que creyeron deber tomar el partido de enviar al capitan Kendal á Europa con los enfermos. Los otros dos capitanes prosiguieron su viaje, pero llegados á la altura del Cabo Corriente, fueron acometidos por una tempestad horrosa, de cuyas resultas el buque de Raymond, que mandaba la expedicion, quedó separado de su conserva; y desde entónces no se supo mas de él. Habiendo quedado solo, el buque mandado por Lancaster padeció algunos dias despues otro temporal con centellas que le mataron cuatro hombres, é hirieron y cegaron á casi todo el resto de la tripulacion. Sin embargo, despues de haberse repuesto en poco, los navegantes acabaron por alcanzar la isla Comore donde tomaron víveres frescos é hicieron aguada. Al principio no se mostraron hostiles los naturales, y al punto se estableció la confianza; pero un dia, dos partidas de diez y seis hombres cada una, enviadas á tierra para un trabajo urgente, se vieron repentinamente envueltas por una multitud de aquellos alevosos isleños, y el capitan Lancaster tuvo el sentimiento de ver matar á casi todos aquellos hombres, sin que le fuese posible enviarles ningun socorro.

Forzado á levar ancla, fué á Zanzibar, donde halló buen fondeadero y pudo reparar convenientemente su buque; pero allí supo que los Portugueses se proponian atacarle. Arrebatado por vientos contrarios recaló en la isla de Socotora, donde estuvo aguardando los vientos favorables que le llevaron directamente al Cabo Comorin. Despues de haberlo doblado, en mayo de 1592, y haber pasado por las aguas de las islas de Nicobar, sin haberlas visto, recaló en Sumatra, y desde allí pasó á las islas inhabitadas todavía de Poulo Penang. Allí pasó la estacion que Hama invernada, esto es, el tiempo de las borrascas á que están espuestos aquellos mares en julio y agosto. Siguiendo despues la costa de Malaca, encontró tres buques de 65 á 70

toneladas, de los cuales solo pudo alcanzar uno; y como se halló que aquel buque pertenecía á una comunidad de jesuitas, al menos segun se espresa el capitan inglés, no vaciló en apresarlo. Seducido por aquel modo espedito y lucrativo de hacer sus negocios, empezó á cruzar á la entrada del estrecho de Malaca, por el cual tenian que pasar todos los buques portugueses que iban á la China y á las Molucas. Desde luego apresó un buque de Negapatnam, cargado de arroz, despues dejó escapar un hermoso buque de 400 toneladas; pero pocos dias despues apresó un magnifico galeon de Goa, que se entregó sin combate. Estaba ricamente cargado de todos los renglones necesarios para el comercio de la India. Sin embargo esta hermosa presa no aprovechó mucho á los aprensos; en primer lugar el capitan y la tripulacion lograron escaparse y luego Lancaster malcontento con la insubordinacion de los suyos, acordó abandonarla para hacerse cuanto antes á la mar.

Fué á la bahía de Junkseylon donde se proporcionó alquitrán para recorrer su embarcacion, y desde allí hizo rumbo para la punta de Gáles de Ceilan. Allí empezó á cruzar aguardando las escuadras de Bengala y de Pegú, pero sus marineros, contentos ya con sus primeras presas, y cansados de tan largo viaje, se declararon en estado de rebelion para forzarle á regresar á Inglaterra. Hallábase en el Cabo á principios de 1593, y tras un penoso viaje á lo largo de la costa de Africa, se vió precisado, por falta de víveres, de galleta sobre todo á tratar de arribar á la Trinidad. Un error de cálculo en su derrota le hizo entrar en el golfo de Paria y navegar al través de los archipiélagos de las Antillas hasta las Bermudas. En aquellas aguas le acometió un temporal horroroso que le arrojó contra una isla desierta, donde el capitan y la tripulacion hubieran perecido de hambre, á no haberlos recojido unos buques franceses que los llevaron á Diepa. Allí desembarcaron el 19 de mayo de 1594 tras un viaje de tres

años y dos meses, esto es, despues de haber empleado doble tiempo del que ponian ordinariamente los Portugueses en esta navegacion.

§. II. *Fundacion de la Compañia llamada de las Indias orientales. El primer establecimiento de los Ingleses en la India.*

A pesar de los resultados poco ventajosos, considerados mercantilmente al menos, de todas aquellas tentativas, el afan, el instinto que arrebatában á los Ingleses á la península indiana, no mitigaron ni un momento. Al saber en 1595 que los Holandeses acababan de enviar otros cuatro buques á aquellas aguas la opinion pública mostró un nuevo impulso de emulacion; y en 1599 se formó una asociacion por acciones, con el capital de 30.000 libras esterlinas, suma considerable entónces para enviar á la India una nueva expedicion comercial de tres buques. La reina no contenta con aprobar completamente aquella empresa, envió además un embajador al Gran Mogol, Juan Mildenhall, para pedir los privilegios necesarios. El embajador halló en el trono de la India al célebre Akbar, en cuya corte residió algun tiempo; pero á su regreso murió en Persia, y su mision no produjo ningun resultado real. Sin embargo antes del tiempo en que él hubiera podido estar de vuelta, proseguia la Compañia con teson su proyecto. Por otra parte, apenas formada acababa de recibir unos medros de consideracion.

En 1600, tenia ya á su cabeza, á Jorje, conde de Cumberland, y doscientos y quince nobles, *aldermen* ó comerciantes constituidos en corporacion bajo el nombre de «Gobernador y Compañia de los negociantes que hacen el comercio con las Indias orientales.» Estaban revestidos de los dos grandes privilegios que era costumbre entónces conferir á las corporaciones de comerciantes; se les permitia extraer metálico por la suma de 30.000 libras esterlinas, y productos ingleses sin pagar ningun derecho por sus cuatro primeros viajes y además tenian el privilegio es-

clusivo del comercio en todos los paises situados allende al Cabo de Buena Esperanza. La carta que los constituia les era otorgada para catorce años; pero era revocable á voluntad del soberano, con tal que se previniese á la Compañia con dos años de anticipacion. Era una sociedad por acciones, y aunque muchos suscritores se mostraron poco dispuestos á satisfacer el valor de sus acciones, se hallaron otros mas zelosos que entregaron los fondos poniéndose en lugar de los medrosos, con la condicion de tocar los dividendos, si los hubiere, en lugar de estos. El primer capital empleado subió á la suma de 75.373 libras esterlinas, las 39.771 en compra de buques, 28.742 en dinero, y 6.860 en mercancías. La corte deseaba vivamente que el mando de la expedicion se confiase á sir Eduardo Michelborne; pero los comerciantes insistieron en su acuerdo de no emplear á ningun personaje de la nobleza «para hacer sus negocios con jentes de su calaña.» En consecuencia confiaron la direccion de la empresa á Lancaster, á quien su conducta en su atrevido, aunque desgraciado viaje, habia granjeado una alta reputacion de valor y talento.

El 2 de abril de 1601, partió con cinco buques de diversos tamaños, desde 160 hasta 600 toneladas de carga, y dobló el cabo de Buena Esperanza sin accidente. El objeto principal, casi esclusivo del comercio de la India en aquel siglo eran las especias, la pimienta, la nuez moscada, etc., que se podian hallar en Sumatra, Java, en las Molucas, en Banda, sin poner el pié en el continente asiático. Así es que solo dedicáremos una breve reseña á estos primeros viajes, que forman apenas parte de nuestro asunto. Despues de haber recalado en Madagascar y en las islas de Nicobar, solo para tomar bastimentos, el comodoro mareó directamente para Achin, el puerto principal de Sumatra. A pesar de la oposicion de los Portugueses, ajustó con el rey del pais un tratado de comercio ventajoso, y comenzó, sin mas tardar, á cargar sus buques de

pimienta; sin embargo escaseaba tanto este renglon, que temió perder el tiempo y lo que temia aun mucho mas, volver á Inglaterra sin cargamento. No obstante pronto quedó libre de aquella ansiedad con la presa de un buque portugués de 600 toneladas, tan ricamente cargado de calicotes y otras mercancías preciosas, que pudo llenar con ellas todo su buque. Sin embargo no volvió á Europa sin haber ajustado otro tratado igualmente ventajoso con el rey de Bantam, y enviado á las Molucas una barca de cuarenta toneladas, con el encargo de preparar un cargamento de especias para una nueva expedicion.

La segunda escuadra equipada por la Compañía iba mandada por el capitán Middleton, quien mas adelante, bajo el título de sir Henrique, se granjeó la fama de uno de los mas felices navegantes que hayan hecho el viaje de las Indias. Partió de Gravesend el 25 de marzo de 1604 con el *Red Dragon* (el Drágon rojo) y otros tres buques. El capital empleado en esta expedicion subia á 60.450 libras esterlinas. Tras un feliz viaje, durante el cual solo recaló en Saldaña, cerca del Cabo, llegó á últimos de diciembre, á la rada de Bantam. Allí se separaron los buques; los dos se quedaron para tomar un cargamento de pimienta, el tercero fué á Banda, al paso que el mismo Middleton pasaba á las Molucas con el cuarto. Halló estas islas assoladas por una guerra furiosa que se hacian los Holandeses y Portugueses, sostenidos los unos por el sultan de Ternate y los otros por el de Tidore. Los primeros, de quienes el comandante inglés contaba recibir una acogida fraternal, le dieron al contrario grandes motivos de queja. Representaron á los Ingleses como una gavilla de piratas y supusieron que la Holanda sola era mas poderosa por mar que toda la Europa junta. Así fué que ya fuese por temor, ya por confianza en lo que le decian, disuadieron al sultan de Ternate de permitir á Middleton el hacer ninguna clase de comercio; y por otra parte, siendo los Portugueses dueños de Tido-

re, no pudo el capitán inglés emprender cosa alguna por aquel lado aunque recibió una carta del sultan reclamando su apoyo contra los Holandeses. El capitán Colthurst, que mandaba el otro buque, llegó á Banda sin tropiezo, y allí estuvo tranquilamente veinte y dos semanas, reuniendo su cargamento.

Pero entónces la Compañía se veia amenazada en la misma Inglaterra de una concurrencia formidable. Sir Eduardo Michelborne, á quien no habia querido aceptar como jefe de su primera expedicion, acababa de alcanzar del gobierno el permiso de emprender un viaje en los diversos países del Oriente. Equipó con efecto un buque y una barca, llamados el *Tiger* y el *Tiger's Whelp* (el Tigre y el Cachorro del Tigre). Sin embargo este viaje no fué nada honroso para el que lo emprendió; no hizo ni descubrimientos ni negocios de la menor importancia; tampoco fué á las Molucas; pasó el tiempo en los mares de la India, pirateando, dando caza á todos los buques, no solamente á los portugueses, sino tambien á los del país. Apresó una yunca japonesa cuya tripulacion desvió las sospechas de los Ingleses con la cortesía y la cordialidad aparente con que los recibió pero que mas adelante se alzó é hizo un esfuerzo desesperado para posesionarse otra vez de su embarcacion. El capitán Davis fué muerto en la refriega, y Michelborne solo pudo escaparse refugiándose en la bodega, donde, ayudado por su contra maestre y algunos marineros, pudo contener á los acometedores. El jefe de los alzados fué preso, y cuando le preguntaron porqué habia atacado á los Ingleses, contestó friamente que para degollarlos y recobrar su buque, y que puesto que su intento se habia desgraciado, harto le constaba que iba á perecer. Michelborne apresó además dos yuncas chinas cargadas de sedas, y volvió despues á Inglaterra con su presa.

Sin embargo la Compañía habia enviado á los mares de la India una tercera expedicion compuesta de tres buques, tripulados por 310 hombres

y mandados por los capitanes Keeling, Hawkins y David Middleton. Los dos primeros, que salieron en abril de 1607, fondearon en la rada de Bantam el 18 de octubre, y partieron poco despues para las islas Molucas y Banda. Desde el viaje de Henrique Middleton habian sobrevenido grandes mudanzas en aquellos paises. Los Portugueses habian sido espulsados de aquellos mares por los Holandeses, que acababan entónces de reducir á los príncipes indijenas. Keeling, al llegar, halló á los Holandeses empeñados en una guerra encarnizada, que trataron de justificar pretendiendo que los indijenas habian asesinado alevosamente á cuarenta de sus compatriotas. Prevínosele al punto que saliese inmediatamente de la isla que la Holanda acababa de conquistar con sus armas. Keeling contestó á este mensaje: « que mientras no se le forzare sino con palabras, se quedaria surto hasta que hubiese completado su cargamento. » Sabedor no obstante de que se habia ajustado un comercio entre los Holandeses y los naturales de Banda, tratado del que se desprendia la sumision de los últimos, acordó retirarse. Middleton, salido de Europa el 12 de marzo, no trató de juntarse con los otros dos capitanes, é hizo un viaje muy parecido al de aquellos.

Equipóse en 1607 una cuarta expedicion, compuesta de dos buques mayores, la *Ascencion* y la *Union*, y mandada por el capitan Alejandro Sharpey. El capital empleado era de 30.000 libras esterlinas. Parece que el objeto de esta expedicion fué hacer una tentativa sobre la costa de Cambay y sobre todo en Surate, que era tenido entónces por el depósito mas rico de la India occidental. Partió en marzo, y padeció en la travesía una larga série de contratiempos y desdichas. Los dos buques, separados por una tormenta al doblar el Cabo de Buena Esperanza, no pudieron volverse á reunir. La *Ascencion* siguió la costa de Africa hasta Pemba, y fué atacada dos veces por los Moros, que le mataron algunos hombres. Prosiguiendo su viaje, los

Ingleses, rendidos casi por las enfermedades y la falta de víveres, encontraron un grupo de islas desiertas, las Seichelas probablemente, donde pudieron cargar cocos y tortugas en abundancia. Habiendo salido de allí, recalaron en Aden y Moka, donde fueron bien recibidos. Volviendo á pasar el estrecho de Bab-el-Mandeb, fueron á cargar víveres en Socotora, y se dirijieron finalmente á la India. Recalando en Diu, iban á atravesar el golfo de Cambay para llegar al puerto de Surate, cuando les dijeron que mediante una corta cantidad se podrian proporcionar fácilmente un piloto, el que por otra parte les era absolutamente indispensable para navegar por aquellas aguas peligrosas. Pero el capitan, llevado de su amor propio y de su terquedad, juzgó que él mismo podria guiar perfectamente su embarcacion. Pero poco despues encalló en los bajos que abundan en aquel mar, y allí pereció. « Así, dice un historiador de aquellos sucesos, se perdió aquella magnífica nave, con gran perjuicio de la honorable Compañía, y sobre todo de nosotros pobres marinos. » Se salvaron en los esquifes y procuraron llegar al rio de Surate; pero tuvieron que entrar en el de Gondivi; circunstancia que fué un favor de la Providencia, por cuanto los Portugueses de Surate estaban ya dispuestos para prenderlos. Algunos individuos de la tripulacion fueron hasta Agra, donde entónces residia Hawkins en clase de embajador del Gran Mogol, y trataron de volver á su patria por la Persia, mientras que otros se embarcaron en Goa para Europa.

Sin embargo la *Union* no habia perecido, segun se suponía á bordo de la *Ascencion*; pues se habia refugiado en San Agustin de Madagascar donde se habia reparado. Desde allí pasó á Zanzibar, donde una contienda con los naturales, en la cual los Ingleses perdieron algunos de los suyos, les habia precisado á volver á su primera recalada. Pero allí les aguardaban nuevas desdichas; el clima y la alevosía de los naturales les hicieron una guerra cruel. Habiendo partido de Madagascar, hicieron rum-

bo al norte hacía la costa de la India, fueron en línea recta á Sumatra, donde hallaron, en Achin y Priaman, los medios de proporcionarse, con pactos ventajosos, un rico cargamento de pimienta. No se sabe exactamente la historia del regreso de la *Union* á Europa. Sin embargo parece que este viaje fué largo y penoso; y terminó, en febrero de 1611, con la pérdida del buque en las costas de la Bretaña, cerca de Morlaix. Al saber esta triste nueva, la Compañía envió al punto á los sitios un hábil ingeniero, quien halló el buque muy mal parado para poder seguir el viaje, pero que salvó 200 toneladas de pimienta, con las anclas, la artillería y aparejos. De setenta y cinco hombres que habían partido de Inglaterra en la *Union*, solos nueve sobrevivieron á este viaje desgraciado.

En 1609, el capitán David de Middleton volvió á partir de Inglaterra con un buque llamado *la Expedición*, estimado, con su cargamento, en 13.700 libras esterlinas. Fué en derecho á las islas de las especias, donde halló, como antes, á los Holandeses muy pujantes y con ínfulas de soberanía exclusiva sobre aquel archipiélago. Sin embargo, con su maña y actividad, logró obtener un buen cargamento. Este feliz resultado airó tanto á los Holandeses, que repetidas veces trataron de hacerle perecer con su buque, y fué verdaderamente un milagro que se zafase de aquellas asechanzas. Llegó despues á Bantam, y desde allí volvió á Europa sin accidente desgraciado.

En el invierno de 1609 á 1610, la Compañía envió á los mares de la India la expedición mas importante que hasta entónces hubiese puesto en la mar. Componíase esta expedición de tres buques, uno de los cuales, llamado *Trade's Increase* (el aumento del comercio), era de porte de 1000 toneladas. Con sus cargamentos, estos tres buques estaban estimados en 82.000 libras esterlinas. Mandábalos sir Henrique Middleton, quien, en un primer viaje, se habia granjeado renombre de denodado é inteligente, que justificó completamente en este.

El mar Rojo y Surate, y sobre todo las islas de las especias, eran los puntos que debía visitar. En consecuencia, despues de haber doblado el Cabo, mareó para el golfo Arábigo y el puerto de Moka, donde al principio fué recibido con particular benevolencia; pero no era aquello mas que un lazo armado por la alevosía de los Turcos. Atraído á tierra, fué preso, tratado brutalmente y llevado á Sarra, la capital del Yemen. Con todo supo hacerse poner en libertad y tomar un desquite de los malos tratamientos que habia padecido.

Volviendo á bajar por el mar Rojo, pasó á Surate con ánimo de hacer algunos negocios con el grande depósito del comercio de la India. Llegó á la costa de Cambay en octubre de 1611, no sin haberle costado mucho trabajo hallar el desembocadero del rio, en cuyas orillas está situada aquella ciudad. Habiendo logrado finalmente ajenciarse un piloto, supo luego que para entrar en el puerto y hacer los negocios que meditaba, tenia que vencer obstáculos mucho mas serios que cuantos hasta entónces habia encontrado. Una escuadra portuguesa, que constaba de veinte velas, segun algunos historiadores, estaba surta en el desembocadero del rio para vedar la entrada á todo buque europeo. El oficial que la mandaba, Don Francisco de Soto Mayor, envió un mensaje á los Ingleses para decirles que si eran portadores de despachos del rey de España ó de su virey en la India, podían contar con una acogida amistosa; que no siendo así, sus instrucciones le mandaban vedar la entrada del rio á cualquiera que no fuese súbdito del rey de España. Sir Henrique contestó inmediatamente que no era portador de ninguna carta del rey ni del virey; pero que habia llegado con credenciales de su soberano para entablar relaciones comerciales con el Gran Mogol, que no era vasallo de los Portugueses, y cuyos estados estaban abiertos á los pabellones de todos los pueblos; que, en cuanto á él, creia tener tanto derecho como los Españoles ó Portugueses para traficar en el golfo de

Cambay. En vista de esta contestacion, Don Francisco, bien resuelto á no hacer la menor concesion, empezó por interceptar los víveres frescos á los Ingleses, en quienes, de resultas de tan largo viaje, empezaba á ejercer sus estragos el escorbuto. Súpose al mismo tiempo por medio de Sharpey, que se hallaba entónces en Surate tras la pérdida de su buque, que el gobierno mogol estaba rodeado por las intrigas de los Portugueses y de los Moros, y que por consiguiente, no podian los Ingleses esperar ventaja alguna en Surate.

No sabiendo qué hacerse, Middleton pensaba dirigir sus operaciones sobre otro punto de la costa, cuando supo por las autoridades de la ciudad que á no ser por el temor que tenian á los Portugueses, se holgaran mucho de poder traficar con él. Resuelto á no desatender cosa alguna que pudiese promover los intereses de sus armadores, el capitán inglés acordó tentar la empresa. El *Trade's Increase* calaba mucha agua para que pudiese arrimarse á la costa; así que recibieron la órden de entrar en el puerto el *Peppercorn* y otros dos buques menores. Mientras ejecutaban este movimiento, la escuadra portuguesa los seguia en línea paralela, en órden de batalla, con banderas desplegadas, dando grandes voces, pero sin hacer ademán de querer trabar por de pronto combate. Sin embargo, habiéndose adelantado para sondear el paso una de las embarcaciones de Middleton, dos grandes barcas del enemigo se encaminaron á ella y trataron de apresarla. Recibidas por un vivísimo fuego, ejecutaron al punto su retirada, y una de ellas fué tan tenazmente perseguida, que la tripulacion se arrojó al agua para tratar de llegar á bordo nadando. Los Ingleses se apoderaron de la embarcacion, y con gran satisfaccion suya hallaron en ella un rico surtido de jéneros del país. Los otros buques de la escuadra hicieron un movimiento para acudir al socorro del barco amenazado; pero fueron tan bien recibidos, que se retiraron inmediatamente. Tras esta pequeña victoria, los dos buques de

Middleton fondearon con siete brazas de agua en el desembocadero del rio, y cuantos esfuerzos hicieron los Portugueses para impedir su desembarco fueron rechazados con grave pérdida.

Las autoridades de Surate, al ver la resolucion de los Ingleses, no vacilaron ya en tratar con ellos. Mocríb-Khan, el gobernador, pasó á bordo de Middleton con diez y seis negociantes de los mas principales de la plaza, y pasó allí una noche, aceptando con mucho placer los manjares y los pequeños regalos que les ofrecieron. Por último, lograron los estrangeros el permiso de desembarcar, y empezaron á hacer algunos negocios. Khodja Nasan y los otros negociantes empezaron á ofrecer ricos surtidos de calicotes; pero Down-ton se queja vivamente de que querian venderlo y comprarlo todo á precios ridículos, exigiendo cincuenta por ciento de beneficio sobre mercancías compradas en los mismos sitios, al paso que para las mercancías llevadas de tan lejos, apenas lo que ofrecian bastaba á cubrir los gastos de transporte. Sin embargo no hay que admitir estas quejas sin exámen; los comerciantes querian, con mucha razon, tomar solamente los renglones que esperaban colocar; al paso que los Ingleses, cargados de artículos, y entre otros de plomo, de venta inasequible en el mercado de Surate, insistian en hacérselo tomar á los traficantes del país. Al fin, viendo los Indios que nada podian conseguir de la terquedad de los Ingleses, acordaron tomar el plomo con los otros renglones; pero despues que hubieron desembarcado el todo, sir Henrique supo que Khodja Nasan iba quejándose por todas partes del ajuste que le habian forzado á hacer, y que hasta habia enviado contraórden á los carros que debian cargar el ruin renglon con que le habian cargado. Añadian además que, segun costumbre del país, todo ajuste podia anularse, con tal que una de las partes hubiese dado parte de su no aceptacion dentro de las veinte y cuatro horas. Para atajar tan desagradable contratiempo, sir Henri-

que echó mano de un espediente cuya moralidad cuando menos es muy disputable. Hallándose á bordo el gobernador y algunos de sus principales oficiales cuando supo tan malas nuevas, los mandó arrestar, anunciándoles que no quedarían libres hasta que hubiese recibido las mercancías del país prometidas en pago de las suyas. No obstante dejó á los negociantes indos la facultad de librar al gobernador poniéndose en lugar de este; proposición que fué aceptada, aunque, según se deja entender, de muy mala gana. Merced á estos procedimientos, los Ingleses alcanzaron lo que querían; pero sin duda que semejante conducta no contribuyó poco al acuerdo que se tomó de notificarles que saliesen inmediatamente de Surate, sin establecer factoría alguna, y sin aguardarse siquiera á cobrar lo que aun se les estaba debiendo. Aquella orden se achacó á los jesuitas y Portugueses; pero sea como fuere, sir Henrique tuvo que partir con un cargamento poco satisfactorio, y sin esperanza de que sus compatriotas fuesen allí bien recibidos en adelante.

Al salir de Surate, fué costeando y recaló en Dabul, donde al principio fué recibido con grandes demostraciones de júbilo; pero viendo después que el gobernador le contrariaba por bajo mano en sus empresas, tuvo que partir sin haber hecho nada. Volvió entonces al mar Rojo, y se hizo pagar por los habitantes de Moka una buena indemnización por el mal que le habían hecho. Además la dió en detener todos los buques indios que encontraba, y les forzaba á hacer con él trueque de que que él mismo dictaba las condiciones, siempre en ventaja propia, como se deja entender.

Tras algunos meses de este comercio singular, sir Henrique dió la vela para Bantam; pero en esta travesía, el *Trade's Increase* dió contra una roca y no se zafó sin padecer averías de consideración. Mientras lo reparaban, Middleton envió á Downton á Europa con *Peppercorn*, y él mismo iba á seguirles, cuando enfermó en Java y murió.

En 1611, la Compañía envió el *Globo*, capitán Hippon, para probar fortuna en la costa de Coromandel; embarcóse en este buque un Holandés llamado Floris, en clase de factor. Hippon partió á últimos de enero, y á últimos de julio siguiente doblaba la punta de Gáles, dirigiéndose á lo largo de la costa hacia Negapatam. Sin recalar en este puerto, fué en derechura á Pulicat, donde contaba poder hacer algunos negocios; pero el día después de su llegada, Van Wersicke, presidente del establecimiento holandés en aquella costa, pasó á su bordo, y le previno que sus compatriotas habían alcanzado del rey de Narsinga, de quien dependía la ciudad de Pulicat, un *kaul* ó privilegio que vedaba todo comercio á los Europeos, menos á los que fuesen portadores de un permiso del príncipe Mauricio. El capitán contestó que él había recibido sus despachos del rey de Inglaterra, lo que le parecía suficiente, y de ahí se originó una disputa muy reñida. Sin embargo el Shah Bandur, ó gobernador, les persuadió que suspendiesen la contienda y que aguardasen la llegada de la princesa Konda Maa, de cuyo infantazgo dependía la ciudad. La Real Alteza llegó con efecto; pero cuando Hippon le pidió audiencia, le hizo responder que no podía recibirle aquel día, pero que le enviaría á buscar el siguiente. Considerando esta contestación como evasiva, el capitán fué á ver al ministro, y de él supo que en efecto los Holandeses habían alcanzado el privilegio en que se fundaban; y en consecuencia le aconsejaron que se dirigiese á ellos para obtener el permiso de comerciar. Pero era este negocio de dos meses por la cuenta mas baja, aun en el caso en que se lograra una contestación favorable, lo que era muy incierto; así fué que Hippon juzgó mas conveniente pasar á Petápoli, donde dejó una pequeña factoría, y de allí á Masulipatam, el grande depósito de las magníficas telas fabricadas en aquella costa. El gobernador de la ciudad se mostró muy dispuesto á tratar; pero en realidad no pensaba mas que engañar á los Ingleses. Les

contó sendas mentiras, y pretendió que siendo él mir ó descendiente de Mahoma, debia creérsele á él mas que á los Cristianos. El capitan inglés se incomodó, pero los negociantes del pais lograron apaciguarle.

Tras este principio tan poco halagüeño, no esperando el capitan Hippon poder hacer cosa alguna en Masulipatam mas que en Pulicat, partió para Bantam, y de allí para Patani, donde, en junio de 1612, desembarcó con grandísima pompa, con banderas desplegadas escoltado por músicos, haciendo llevar delante la carta del rey sobre un elefante; presentóla á la reina del pais, quien le recibió favorablemente, y acabó por concederle el permiso que solicitaba de fundar allí una factoría. El capitan murió en Patani; mas esto no obstante, el buque siguió su derrota para Siam. Floris, que cuatro años antes habia visitado aquella costa, en un buque holandés, y habia notado en ella tan viva demanda de mercancías europeas, que le parecia que no podia satisfacerla la Europa entera, halló entónces el mercado tan sobrecargado que no pudo hacer en él ningun trato. Volvieron pues á Masulipatam, donde fueron algo mejor recibidos que la vez primera, pero sin poder conseguir, comercialmente hablando, resultados mas felices.

En el mismo año de 1611, la Compañía habia hecho otra expedicion mucho mas considerable; pues se componia de tres buques, *el Clove*, *el Hutor*, y *el Tomás*, á las órdenes del capitan Juan Saris. Sin embargo estos buques no llegaron á ningun punto de la India propiamente dicha, y en consecuencia hablaremos brevemente de su viaje. Saris pasó al mar Rojo, donde encontró á sir Henrique Middleton, cuando su segunda aparicion en aquellas aguas; los dos capitanes reunidos hicieron de mancomun el comercio y la piratería. En agosto de 1612, Saris navegó para Bantam, considerado siempre como el principal mercado de los Ingleses en Asia, y llegó allí á últimos de octubre, para saber que el gran número de buques de todos paises, presentes ó esperados en la rada, habia

ocasionado una alza extraordinaria en el precio de los clavos de especia, de la pimienta, etc. En consecuencia dió la vela para las Molucas, que halló cruelmente asoladas por la guerra civil entre los príncipes indijenas, y por las disensiones de los Holandeses y Portugueses, sostenidos por los Españoles de las Filipinas. Los Holandeses habian logrado casi espulsar de las Molucas á todas las otras naciones, y no perdonaban medio para disuadir á los jefes principales de hacer el comercio con los Ingleses. Saris sin embargo, merced á su actividad y maña, logró completar un rico cargamento de clavos de especia. Desde allí dió la vela para Firando en el Japon, esperando abrir algunas relaciones con aquel imperio famoso, cuyo gobierno no habia decretado todavia la exclusion absoluta, tan rigurosamente observada, de los Europeos. Habiendo recibido al gobernador á su bordo, se puso con él de acuerdo para ir á hacer una visita al emperador en Saranga, donde el capitan inglés fué efectivamente recibido con una benevolencia que le hizo esperar poder establecer una factoría en Firando; pero aquella esperanza quedó burlada.

La Compañía habia enviado por este tiempo á los mares del Asia ocho expediciones, cuyo resultado, uno con otro, habia sido extraordinariamente ventajoso. Prescindiendo del desgraciado viaje de Sharpey, aquellas expediciones habian producido por término medio un beneficio de 171 p. 070. El historiador de la Compañía, M. Mill, saca de este hecho la conclusion natural de que las empresas se habian conducido con mayor cordura é intelijencia de los negocios que las que seguirán, y que produjeron resultados harto diferentes. Observaremos sin embargo que los negocios se hicieron en estos primeros viajes con condiciones mucho mas fáciles y ventajosas de las que cabia esperar para lo sucesivo. Prescindiendo de que escuadras enteras volvieran, mas de una vez, cargadas de mercancías que no habian comprado, sino robado con las armas en la mano, hay que decir además que

el comercio se hizo muchas veces entónces con condiciones dictadas por la fuerza, y que debían redundar en beneficio del mas fuerte solamente. Y realmente, los beneficios de aquellos primeros viajes habian sido fruto de la piratería no menos que del comercio legal.

La Compañía se habia constituido al principio como sociedad por acciones; la dirección de los negocios corria al cargo de un gobernador y de los directores, y su resultado se habia de partir entre los suscritores á tenor del número de sus acciones. Pero como las entradas de fondos se iban entorpeciendo siempre á cada llamada de los directores, se habia acordado, en vez de crear acciones de capital fijo, recibir lo que cada cual quisiere dar, y partir despues los beneficios á prorata de las puestas de cada uno. Aunque los negocios de la Compañía iban prosperando con este sistema, traía con todo muchísimas irregularidades que fueron causa de que se volviese al antiguo sistema por acciones. De este modo se realizó, en 1612, un capital de 429,000 libras esterlinas, con el cual los directores proyectaron construir, durante los cuatro años siguientes, veinte y nueve buques al precio de 272,000 libras esterlinas, y emplear lo restante en cargamentos.

Como el comercio de la India iba tomando mas y mas por cada dia las proporciones de una empresa nacional, el rey Jacobo I envió, en 1614, un embajador á la corte del gran Mogol, sir Tomás Roe, con el encargo de obtener el permiso de hacer el comercio en los principales puertos de sus dominios. No puede decirse que esta embajada se malograra completamente; pero el influjo ejercido contra los Ingleses por los Portugueses y los comerciantes indígenas fué tan poderoso, las miras de aquella corte magnífica y bárbara eran tan inciertas y antojadizas, que á pesar del firman que finalmente alcanzó sir Tomás á favor de sus compatriotas, debió aconsejarles que no hiciesen gran caso de aquel documento, y de cifrar todo el éxito en las ventajas que pudieran alcanzar de las auto-

ridades locales y de los negociantes del mismo país.

Habia entónces con la India relaciones casi regulares, todas las derrotas que podían conducir á este país se habian explorado detenidamente; de ahí fué que los viajes individuales habian perdido su interés, y son poquísimos los que desde entónces se hallan mencionados en los anales de la Compañía. La situación de los Ingleses peligró á veces de resultas de las intrigas de las potencias que antes que ellos habian formado establecimientos en los mares del Asia, y que, en tanto que les fué posible, siguieron considerando á sus rivales poco menos que contrabandistas. Desde el principio, los Portugueses sobre todo habian pregonado pretensiones esclusivas sostenidas por violencias; pero su poder marítimo habia ya menguado tanto y era tan poco temible para las escuadras inglesas, que por maravilla las atacaron que no quedasen derrotadas.

No sucedia por cierto lo mismo con los Holandeses, cuya marina, en el apojío de su grandeza á la sazón, era un enemigo verdaderamente formidable. Ya habian espulsado completamente á los Portugueses de las islas Molucas y de Banda, cuya posesión esclusiva reclamaban. Los Ingleses no trataron al principio de lastimar á los Holandeses en aquellos establecimientos, donde podían argüir el derecho de propiedad. Sin embargo las pequeñas islas de Pularun y de Rosengin, que formaban en realidad parte de un grupo ocupado por ellos, pero donde no habian fundado ningún establecimiento, fueron considerados como un territorio abierto, y hasta levantaron en ellas obras defensivas. Los Holandeses no obstante quisieron entenderlo de otro modo, y despues de haber tratado, aunque en balde, de espulsar á sus rivales de sus fortalezas, se apoderaron de dos buques, diciendo que no los soltarian que la Inglaterra no hubiese abandonado sus pretensiones al comercio de las islas de especias. Estas condiciones fueron desechadas con altivez, y de ahí se siguieron

hostilidades fatales á entrambos pueblos, y mas aun á los Ingleses.

En 1619, cuatro buques que pertenecian á la Compañía inglesa, *el Dragon*, *el Oso*, *la Expedicion* y *la Rosa*, fueron apresados cerca de la isla de Tecou, y el *Star* (Estrella) en el estrecho de la Sanda. Al mismo tiempo las dos Compañías se quejaban vivamente una de otra á sus gobiernos respectivos; echaron mano de negociaciones, y para impedir que las hostilidades particulares acabasen por producir una guerra nacional, la diplomacia de ambos países se valió de un espediente muy singular. Los Ingleses y Holandeses acordaron asociarse para el comercio de la India; los primeros debian tener la mitad del comercio de la pimienta y un tercio del de las otras especias. Cada una de las dos naciones debia equipar diez buques destinados para la proteccion y el transporte de las mercancías de uno á otro puerto de la India. Finalmente debia formarse un consejo de defensa compuesto de cuatro miembros de cada una de las Compañías, y encargado de hacer ejecutar las condiciones de este tratado extraordinario.

Era evidente que estas estipulaciones eran de tal naturaleza y traian consigo tantas complicaciones que no podian menos de venir á producir discusiones sin término. Los Holandeses, que tenian en las islas fuerzas mas considerables que sus rivales, lo interpretaron todo á su favor, y empezaron por negarse á admitir á los otros á la parte que les correspondia antes que hubiesen pagado la mitad de todas las sumas que la Compañía holandesa, con necesidad ó sin ella, habia gastado para levantar fortificaciones en las islas. La enemistad entre las dos marinas se fué esconando mas y mas por cada dia, y estalló finalmente con la sangrienta tragedia, conocida por el nombre de *matanza de Amboina*.

Esta isla es todavía la mas rica del grupo de las Molucas y la que produce mayor cantidad de clavos de especia. El principal establecimiento de las dos Compañías se hallaba en la capital de la isla, donde los Holan-

deses ocupaban un castillo defendido por una guarnicion de doscientos hombres, al paso que los Ingleses, en número de diez y ocho solamente, no ocupaban mas que una casa de la ciudad donde se creian seguros, contando con la fe de los tratados. En esta situacion, aconteció que un soldado japonés, que habia inspirado sospechas á la autoridad local, fué preso y aplicado al tormento. Vencido por el dolor, confesó que algunos de sus compatricios y él mismo conspiraban para apoderarse de la fortaleza, y en vista de aquella confesion, se procedió á nuevas prisiones. Mientras pasaba todo esto, los Ingleses seguian yendo y viniendo, preguntando apenas noticias de aquel suceso, como completamente forasteros á él. En aquel entretanto, sin embargo, uno de los suyos, el médico Abel Price, habiendo sido preso por algunos desmanes cometidos estando beodo, fué encarcelado en el castillo é informado una mañana que sus compatricios estaban comprometidos en la trama. Opuso al principio á este aserto la denegacion mas tenaz; pero le dieron de palos tan cruelmente, que sus verdugos acabaron por hacerle confesar cuanto quisieron. Al mismo tiempo enviaron al capitán Towerson y á los otros miembros de la factoría inglesa un mensaje rogándoles que pasasen á verse con el gobernador. A su llegada quedaron pasmados de saber que estaban presos, que todas sus mercancías estaban embargadas y que los habian llamado para hacerles confesar la parte que tenian en la supuesta conspiracion. A pesar de las denegaciones mas solemnes, los sujetaron separadamente á diversos interrogatorios y á tormentos tan atroces que sus gritos de dolor se oian á grande distancia. Los tormentos les arrancaron finalmente cuanto cumplió á sus acusadores el hacerles decir. Las confesiones que de este modo se consiguieron son tan singulares que no puede caber la menor duda de que fueron arrancados á las desventuradas victimas por el exceso del dolor.

Satisfecho con este resultado, el

gobernador holandés los mandó al pronto soltar; pero apenas estuvieron libres, repitieron sus primeras denegaciones con mayor ahínco que nunca; dos de entre ellos sobre todo retractaron con el acento de la verdad mas sincera los testimonios que les habían arrancado. Entonces volvió á aplicárseles el tormento, y de sus resultas repitieron las confesiones que les pedían. Habiendo dicho uno de ellos que estaba pronto á confesar cuanto quisiesen, con tal que le dijese desde luego lo que querían, tratóse esta pregunta de impertinencia para con el tribunal, y se le aplicó el tormento hasta que hubo inventado una serie de mentiras que pudiesen satisfacer á sus verdugos. El resultado de todo este bárbaro procedimiento fué un juicio que condenaba al capitán Towerson y á nueve de sus compañeros á la pena capital; los otros ocho fueron indultados. Permitiéronles verse antes de morir, y comulgaron por manos de un ministro holandés. Renovaron entonces la protesta mas solemne de su inocencia. Samuel Colson exclamó: Señor, tan cierto como imploro de tu misericordia el perdón de mis otros pecados, soy inocente del crimen que se me imputa; y si es verdad que yo sea culpable de él, así nunca pueda tener parte en los gozos del reino celestial! — ¡Amen! contestaron los otros. En seguida se pidieron y se concedieron mutuamente un perdón sincero por las acusaciones que el tormento les había arrancado á unos contra otros. «¿Cómo podría yo, dijo Juan Clark, esperar el perdón de Dios, si yo no supiese también perdonarlos?» Fueron ejecutados cortándoles la cabeza. El capitán Towerson fue sepultado en una mortaja negra, cuyo valor tuvieron sus verdugos la miserable desfachatez de reclamar de la compañía inglesa. Un Portugués y nueve Japoneses, que fueron degollados al mismo tiempo como culpables del mismo crimen, protestaron igualmente de su inocencia antes de morir.

Cuando llegó á Inglaterra la noticia de estas barbaries, la indignacion

pública no conoció límites. La junta de los directores mandó distribuir una estampa en la que estaban representados los tormentos de las víctimas desdichadas. La prensa no perdonó medio para enardecer la ira de la muchedumbre, y la irritacion vino á ser tan jeneral y tan viva, que los Holandeses que á la sazón se hallaban en Inglaterra dirijieron una instancia al consejo privado y le pidieron garantías para la seguridad de sus personas. El historiador de la Compañía de las Indias orientales, M. Mill, llevado de su anhelo de imparcialidad, supone que fué exajerado el efecto producido por aquel suceso. No queriendo creer en una barbarie que hubiese derramado la sangre por el mero placer de derramarla, tuvo por mas probable que los Holandeses, ciegos y enconados por la oposicion violenta de intereses creyeron sinceramente en la culpabilidad de sus víctimas, los juzgaron y condenaron con ánimo muy prevenido para que pudiesen deslindar la verdad, y que por fin pudieron hacerlos perecer sin remordimiento. La tortura, por muy absurda que sea, se empleaba entonces en Holanda y en otros estados de Europa, como un medio para hacer confesar la verdad á los acusados. Los dos pueblos, observa, en aquellos mares lejanos donde sus navegantes se veían libres de la accion de la ley y de un gobierno regular, se arrojaban muy á menudo á violencias y crueldades. Admitiendo hasta cierto punto la exactitud y la fuerza de estas observaciones, no puede uno menos sin embargo de considerar este hecho como una barbarie atroz.

Los Holandeses, cuando se les pidió una reparacion, empezaron por hacer respuestas evasivas; pero cuando vieron sus buques apresados por el gobierno inglés, autorizaron una pesquisa. Las negociaciones se fueron dilatando, y el negocio no quedó terminado definitivamente hasta 1654, bajo el gobierno de Cromwell, con una indemnizacion de 3.615 libras esterlinas, repartibles entre los herederos de los que habian pereci-

do víctimas de aquella barbarie. Al mismo tiempo cada compañía produjo un estado de las pérdidas que pretendia haber padecido causadas por la otra, durante los cuarenta años que habian mediado desde el día en que habian tenido la desatinada idea de asociarlas, hasta 1652. Los Ingleses reclamaban no menos de 2,695.999 libras esterlinas, y los Holandeses mas todavía, 2,919.861. Estas pretensiones se estrellaron ante los ocho árbitros, cuatro nombrados por cada parte, encargados de arreglar la liquidacion definitiva; los cuales acabaron por conceder á los Ingleses la suma de 85.000 libras esterlinas.

La catástrofe de Amboina descargó el postrer golpe á aquella asociacion de entrambas compañías, lo que, segun debia de haberse previsto al principio, era un pensamiento desatinado. Los Ingleses conservaron por mucho tiempo todavía su establecimiento de Bantam, de que habian hecho la capital de sus posesiones en los mares del Asia. No obstante las fuerzas considerables que los Holandeses tenian en aquellas islas, y que aumentaban anualmente, hicieron precaria muchas veces aquella posesion; y además, los acontecimientos que imperceptiblemente llamaban á los Ingleses al mismo continente de la India les hicieron abandonar gradualmente sus establecimientos insulares, á escepcion de algunas factorías que conservaron en la costa de Sumatra.

Durante algun tiempo fundaron grandes esperanzas en un establecimiento en el golfo Pérsico. En 1622, una expedicion inglesa, obrando de acuerdo con el Shah de Persia, espulsó, como ya lo llevamos dicho, á los Portugueses de su establecimiento, tan rico en otro tiempo, de Ormuz, y que desde entónces ha venido á parar incompletamente insignificante. En pago de sus servicios, los Ingleses obtuvieron, además de su parte en el botin, el permiso de establecer una factoría en el fuerte de Gombrun, donde al principio se presentaron los negocios bajo el aspecto mas favorable.

Surate era ya hacia tiempo la principal plaza del comercio inglés en la India, y hacian á ella anualmente expediciones importantes; pero como estaban allí espuestos á las exacciones arbitrarias del Mogol y de sus empleados, así como á las incesantes incursiones de los Maharratas, el gobierno inglés trató de asegurarse la posesion de una ciudad que pudiese fortificar contra la agresion extranjera. Rodeóse una ocasion, en 1662, con motivo del casamiento de la infanta Catalina con el rey Carlos II, y la isla de Bombay fué cedida á la Inglaterra como parte del dote de la princesa. Sin embargo los términos del acta de esta cesion eran muy vagos; los Ingleses pretendian que comprendia á Salseta y otras dependencias; los Portugueses afirmaron que se ceñia á los peñascos de aquella isla estéril, interpretacion á que los Ingleses hubieron de atenerse. Tal fué no obstante la primera posesion territorial adquirida en la India por la corona de Inglaterra, y que en su orijen no redituaba bastante para cubrir los gastos de ocupacion. De ahí fué que en 1668, los derechos de soberanía de la corona sobre este peñasco fueron transferidos á la Compañía, la que, en 1687, trasladó allí desde Surate la presidencia de sus demás establecimientos, y desde entónces, Bombay ha venido á ser, lo que es aun en el día, la capital de las posesiones inglesas de la India occidental.

Sin embargo tambien iban adquiriendo importancia los establecimientos en la costa de levante. Al principio, no obstante, las factorías de Coromandel eran tenidas por secundarias, las trasladaban frecuentemente de un lugar á otro, y dependian jerárjicamente de las autoridades de Bantam. En el viaje de Hipon, hemos referido la fundacion de las factorías de Masulipatam y de Pulicat, la última de las cuales fué luego abandonada, por efecto de la rivalidad de los Holandeses. Para librarse de la hostilidad de esta nacion y de la tiranía del gobierno indijena, los Ingleses hicieron, en 1625, la adquisicion de un pequeño

terreno en Armengam, algo al sur de Nellore, donde establecieron una factoría. Sin embargo, considerada como depósito de las hermosas telas de algodón, que dan importancia al comercio de esta costa, era muy inferior á Masulipatam; por lo cual fué forzoso volver á ella. Por medio de negociaciones se lograron privilegios preciosos del rey de Golconda, al mismo tiempo que el emperador mogol sancionaba la creacion de un establecimiento inglés en Piple, en Orisa. No obstante era siempre de suma importancia para la seguridad del comercio de la Compañía el tener una plaza fuerte propia. Así fué que en 1640 se hizo conceder por un reyezuelo indijena la ereccion de un fuerte en Madraspatam. Llamáronle fuerte San Jorje; y desde entónces ha venido á ser la capital de los establecimientos de la Compañía en la costa de Coromandel.

El establecimiento de Bengala, que desde entónces ha alcanzado tan portentosa prosperidad, fué fundado mas tarde que los otros. Un médico inglés, llamado Broughton, que en 1651 hizo un viaje á Agra, tuvo la dicha de curar de una enfermedad peligrosa á la hija del emperador Shah Jehan. El reconocimiento del padre y del soberano proporcionó á los Ingleses importantes privilegios comerciales. Desde Agra, Broughton pasó en seguida á la corte del nabab de Bengala, donde su talento proporcionó otra vez á sus compatriotas ventajas é inmunidades de consideracion. Por su medio, los negociantes de Surate lograron por un lado libertad completa para su comercio y exencion de los derechos de aduana; y por otro pudieron levantar, en 1656, una factoría á orillas del Hugly, que es el brazo principal del Ganges. Desde esta época se enviaron buques á Bengala todos los años. Desde entónces se establecieron allí otras factorías; pero durante mucho tiempo fueron considerados como inferiores, por la importancia comercial, á los de la costa de Coromandel, y dependieron jerárquicamente de las autoridades del fuerte de San Jorje.

En Bengala fué sin embargo donde los Ingleses trataron de establecerse en la India como potencia política y militar. Desde allí por la vez primera, trasmitiendo los agentes de la Compañía el pormenor de las quejas que podian producir contra los príncipes indijenas, insinuaron la idea de alcanzar justicia por la fuerza de las armas. En 1686, los directores enviaron al capitan Nicholson con diez buques armados y seis compañías de soldados, armamento destinado nada menos que á hacer la guerra al gran Mogol y al nabab de Bengala. El plan de campaña se dirijia por de pronto á ocupar y fortificar á Chitagong, punto algo distante del centro de actividad comercial, pero de que querian hacer la base de las operaciones militares. La ejecucion de este gran proyecto no fué feliz; los buques llegaron separadamente y no obraron por otra parte concertadamente. Habiendo la escuadra subido por el rio Hugly, fué rechazada por la artillería del enemigo, y precisada á refugiarse en un puerto, donde desde entónces se ha levantado la opulenta ciudad de Calcuta. Las factorías que se habian fundado en Patna y en Cohimbazar fueron tomadas y saqueadas. El nabab, en medio de una tregua que habia pedido para poder mejor engañar á sus enemigos, reunió de repente su ejército, contando acabar con los Ingleses desmoralizados, pero estos en aquel trance hicieron prodijios de valor. No solamente contuvieron á todas las fuerzas del Mogol, sino que se apoderaron además de Balasore, donde le quemaron al enemigo cuarenta embarcaciones. Esta victoria decidió al nabab á entablar negociaciones, y ya habian los Ingleses logrado el permiso de volver á levantar sus factorías, ya parecian los negocios habian vuelto bajo su pié antiguo, cuando entraron en el Ganges dos nuevos buques de guerra, mandados por el capitan Heath. Este oficial desaprobó el tratado y volvió á empezar inmediatamente la guerra; pero fué derrotado, y los Ingleses tuvieron que evacuar Bengala. Aurengzeb, que

ocupaba á la sazón el trono del imperio de los Mogoles, se irritó tan vivamente con la conducta de los Ingleses en aquella ocasion, que mandó atacar todas sus factorías. Tomáronse las de Surate, Masulipatam y Vizigapatam, aunque costaron mucha sangre, y Bombay se vió estrechamente bloqueada. Los Ingleses se vieron otra vez reducidos á solicitar la paz muy humildemente, para que este príncipe, á pesar de su inteligencia política, á pesar de las ventajas que sacaba del comercio exterior, les permitiese reaparecer en los puertos de su imperio.

Desde entónces, sin embargo, la Compañía empezó á tener la ambicion de venir á ser una potencia política en la India. En 1689, dice M. Mill, «se acordó definitivamente, como base de la política futura, hacerse independientes y adquirir un poder territorial.» Desde entónces los directores escribieron á sus agentes: «El aumento de la renta por el impuesto debe ser el blanco de nuestros conatos tanto como el desarrollo de nuestro comercio.»

CAPITULO IX.

LUCHA CON LA FRANCIA.—CONQUISTA DEL CARNATIC.

El resplandor pasajero que arrojaron las armas portuguesas se habia borrado rápidamente. El poder marítimo de los Holandeses habia declinado con el siglo décimo séptimo, y por otra parte habia abandonado el territorio continental de la India para concentrarse en los archipiélagos de sus mares. Parecía pues el campo abandonado á la Inglaterra; los negocios de la Compañía iban prosperando; las ventas que hizo en Lóndres habian producido en un año mas de dos millones de libras esterlinas; pagaba á sus accionistas un interés de 7 y 8 por ciento, cuando la guerra de 1744 que estalló en Europa la puso en frente de un enemigo mas temible que cuantos habia encontrado hasta entónces.

La Francia, aunque se habia dejado adelantar por los otros pueblos

en la carrera de los descubrimientos, y del desarrollo marítimo, no habia con todo permanecido insensible al movimiento que, á fines del siglo décimoquinto, encaminó todo el ánimo de la raza europea á los Océanos. La India embargó al parecer desde muy temprano la atencion en las ciudades marítimas de Francia. Ya en 1503 se preparó por algunos negociantes de Ruan una expedicion destinada á buscar salidas al comercio francés en los mares de la India. La empresa se desgració, y los buques que partieron no volvieron á parecer. Otras tentativas que se hicieron no fueron en jeneral mas felices; sin embargo, no se hicieron verdaderamente esfuerzos de consideracion por este rumbo hasta 1642, en cuyo año se fundó por fin una gran Compañía llamada de las Indias. Pero desgraciadamente, casi todos los recursos de esta Compañía se gastaron en el empeño de fundar un establecimiento en Madagascar, isla grande y fértil, que se creía que debia presentar un campo indefinido á la agricultura y al comercio. Pero nada producía entónces esta isla que pudiese entrar en el consumo ordinario de los pueblos europeos; y además sus habitantes, numerosos y guerreros, se hicieron luego temibles á la potencia que trataba de apoderarse de su territorio. Los colonos fueron recibidos ya desde los primeros dias por una guerra incesante, y les costó muchísimo afan el defender contra el enemigo algunas miserables chozas de madera, las que condecoradas con el título de fuertes, costaban muchísimo dinero sin producir absolutamente nada.

La verdadera compañía francesa de las Indias no fué fundada hasta 1664 bajo los auspicios de Colbert, que, á tenor de las doctrinas económicas del siglo, acumuló sobre esta Compañía todos los privilegios imaginables; su capital era de 15.000.000 de libras tornesas; su carta de investidura le otorgaba el privilegio esclusivo del comercio de la India durante cincuenta años; estaba exenta de toda contribucion, y el gobierno se comprometia á reembolsarle

cuantas pérdidas pudiera padecer durante los diez años primeros, cláusula que el estado ejecutó rigurosamente. No siendo suficientes los fondos aprontados por los particulares para completar el capital nominal de la Compañía, que no era sin embargo exorbitante, el tesoro adelantó 3.000.000 de libras tornesas, ejemplo que naturalmente fué seguido por la nobleza, la hacienda y todas las personas ricas, á quienes sus negocios ó su posicion ponian en contacto con la corte.

La administracion de la Compañía no fué ni juiciosa ni feliz. Empezó desde luego por iratar de utilizar los gastos hechos en Madagascar por sus predecesores. Envió allí á muchos colonos, que casi todos perecieron por el clima, por la fatiga ó por las armas de los naturales. Los residuos de esta expedicion fueron dirigidos, casi por conmiseracion, á las islas Cevré y Mascareñas, las que mas adelante, con los nombres de Islas de Francia y de Borbon, alcanzaron algunas épocas de brillante prosperidad. Renunciando pues á Madagascar, la Compañía envió buques á la India, y fundó varios establecimientos en sus costas. En 1668, creó para sus operaciones una factoría principal en Surate, bajo la direccion de un tal Caron, que habia pasado la mayor parte de su vida al servicio de Holanda. Los principios de este establecimiento fueron halagüeños al parecer; pero poco despues, habiéndose los agentes empenado en las contiendas de los naturales, tuvieron que abandonar precipitadamente aquellos sitios, y tan rápidamente que echaron en olvido pagar sus deudas antes de partir, olvido que estorbó mas adelante su regreso. Posteriormente hizo la Compañía nuevas tentativas para establecerse en Trinquemale de Ceilan y en Santo Tomás en la costa de Coromandel; pero estas empresas se desgraciaron merced á la envidiosa malevolencia de los Portugueses. Desahuciados parecian pues lo negocios de la Compañía, cuando un oficial llamado Martin, hombre de talento y de patriotismo, reunió á todos sus

agentes dispersos y los fijó en Pondichery, donde con su sensatez y su espíritu conciliador, supo granjearse el afecto de los habitantes y abrir la via á un comercio ventajoso, que en breve llevó á este establecimiento á un alto grado de prosperidad.

Cuando sobrevino la primera colision entre los Ingleses y los Franceses, estos no tenian en el continente de la India mas establecimiento que Pondichery; pero ya era entonces muy floreciente, bien fortificado, y poseia parte del territorio vecino. Verdad es que habian fundado unas pequeñas factorías en Mahe, Karikal y Chandernagar, en Bengala. En 1744, cuando estalló la guerra entre los dos pueblos, parece que la Compañía francesa no perdonó medio para hacer considerar los mares de la India como un terreno neutral; pero mientras que ella se afanaba en Europa para conseguirlo, una escuadra inglesa, á las órdenes del comodoro Barnett, empezó á cruzar en los mares de la India y de la China, en los estrechos de la Sonda y de Malaca, donde apresó varios buques franceses; por lo cual la guerra vino á ser ya inevitable. Labourdonnaís, hombre de talento sumo y de una actividad infatigable, que desde los mas ínfimos grados de la marina habia ascendido á los primeros, era á la sazón gobernador de las islas de Francia y de Borbon. Gracias á su habilidad, aquellas islas, sin haber apenas recibido ningun socorro de la metrópoli, habian venido á ser puntos muy florecientes. Hallándose en Francia cuando vino á estallar la guerra, propuso á la Compañía y al gobierno á un tiempo atacar inmediatamente los establecimientos del enemigo. La Compañía desechó vivamente la proposicion; pero sin que lo supiese, el gobierno acogió la idea de Labourdonnaís, y se obligó á facilitarle dos buques de guerra que mas adelante le retiró. No obstante el intrépido Labourdonnaís volvió á su puesto con el firme propósito de proseguir sus intentos, por mas que estuviese falto de todo recurso. Así fué que tuvo que crearlos estrordinarios;



Amoite d'ouest

Femmes offrant à boire au Raja. (M. S. B. R. ale)
Mujeres ofreciendo de beber al Raja (M. S. B. R. ale)

empezó por embargar todos los buques que hicieron arribada en las islas de su mando, y los armó como pudo, y formó tripulaciones de marineros que no habian tocado en su vida un cañon. El mismo se hizo ingeniero para las construcciones navales, é hizo de sus hombres lo que necesitaba que fuesen. Los sastres fabricaban velas, los cerrajeros montaban cureñas, los carpinteros eran carpinteros de ribera; é l mismo les daba el modelo y la medida de cada pieza. Con sus esfuerzos logró formar una escuadrilla de nueve buques armados en guerra. Pero apenas hubo salido á la mar, fué acometida por un temporal del que no pudo salvarse sin quedar muy mal parada. Fué forzoso buscar un abrigo en el primer punto que se deparase; y fué la bahía de Antongil. Allí hubo que volverlo á empezar todo. Labourdonnais construyó desde luego un arrecife de piedra, estableció talleres para la mastelería y los cables, echó un dique sobre pantanos que habia que atravesar para acarrear las maderas que fué á buscar en selvas mas sanas, estrechó el cauce de un rio que se hallaba al paso, y despues de cuarenta y ocho dias dedicados únicamente á estas faenas en medio de la intemperie y de una estacion que le mató 95 Europeos y 33 negros, pudo dar otra vez la vela é inaugurar su campaña con un combate feliz contra una division inglesa que encontró en la costa. Desde allí hizo rumbo para Trinquemale, en la isla de Ceilan, desde donde mareó para Pondichery; llevaba el proyecto de sitiar á Madrás, y creyendo prudente desembarazarse primero de la escuadra inglesa, siendo la suya muy inferior en artillería, pidió sesenta cañones á Dupleix, quien no se los dió todos. De ahí se orijinó entre ellos un principio de desavenencia. Con todo Labourdonnais salió en busca de la escuadra inglesa, la que rehusó el combate. Entonces ya no vaciló en ejecutar sus planes sobre Madrás.

Esta ciudad no era solamente la capital de las posesiones inglesas, pues era además uno de los princi-

pales establecimientos fundados hasta entónces en la India por los Europeos. Contenia, con sus dependencias inmediatas, una poblacion de 250.000 almas, sobre las cuales sin embargo no se contaban mas que 300 europeos, soldados los dos tercios. Esta pequeña guarnicion, á la que hay que agregar un cuerpo considerable de cipayos, estaba acantonada en el fuerte de San Jorje ó ciudad blanca. Una muralla en har-to mal estado, flanqueada por cuatro bastiones, formaba todo el sistema de defensa de esta plaza. El 16 de setiembre quedó cercada, y el 19, no habiendo recibido ningun socorro del nabab, á quien en su apurada situacion se habia dirigido, pidió capitular. La esperanza en que estaban los Ingleses de ver llegar su escuadra los movia á ir dilatando las conferencias; pero Labourdonnais, que caló su intento, atajó con su enerjía aquellas tergiversaciones. No obstante, la aprension que él tenia de la llegada de aquella misma escuadra y sus instrucciones reservadas que espresaban le vedaban conservar ningun establecimiento ó factoría de que se hubiese apoderado, fueron causa de que se comprometiese á restituir, mediante rescate, la plaza despues que de ella hubiese tomado posesion. Aceptóse aquel pacto, y la bandera francesa tremoló inmediatamente sobre las murallas de Madrás (20 de setiembre de 1746). Semejante convenio contrariaba vivamente la política de Dupleix.

Este gobernador jeneral de las posesiones francesas en la India era un hombre del carácter mas singular. Su padre, antiguo asentista jeneral y otro de los directores de la Compañía de las Indias orientales, le habia dejado una fortuna inmensa que él mismo aumentó con el comercio. Enviado al principio á Pondichery como primer miembro del consejo de administracion, y despues á Chandernagar en clase de intendente, condujo allí los negocios con tanta habilidad, que hizo prosperar aquel establecimiento, al paso que con sus atrevidas y bien combinadas

especulaciones, aumentaba su fortuna privada. Su talento y su tino le designaron á la eleccion de la Compañía, como gobernador de Pondichery. Nunca ni Alejandro ni César formaron mas magníficos proyectos de conquista que este oficial de una mera compañía de negociantes. Su primer intento era proseguir los triunfos alcanzados ya contra los Ingleses y espulsar á estos poderosos rivales de la costa de Coromandel. Labourdonnais, como ya lo llevamos dicho, se habia comprometido á restituir Madrás tras una ocupacion pasajera, y sin duda hubiera cumplido su palabra; mas no convenia esto al ambicioso Dupleix. En primer lugar hizo de modo que fué difiriendo la entrega, bajo diversos pretextos, y á esto le animó además una representacion enérgica de los habitantes de Pondichery contra la restitution de una plaza que consideraban como indispensable á su seguridad. En cumplimiento de esta instancia, no solo se retuvo Madrás, sino que fué duramente impuesta, y su gobernador y los principales habitantes fueron llevados prisioneros á la capital de los establecimientos franceses.

Labourdonnais habia insistido constantemente en que se ejecutase lealmente lo pactado; y al intento habia dilatado su permanencia en Madrás y aplazado los proyectos que meditaba sobre Calcuta. Amenazado por Dupleix, su superior en el gobierno de las posesiones francesas de la India, contesta que habia jurado por su honor restituir Madrás á los Ingleses y que cumplirá su palabra aun cuando le haya de costar la cabeza el cumplirla. Habiéndole Dupleix enviado dos oficiales portadores de una orden que le imponia el arresto y encargados además de afianzar su persona, «Señores, les dijo, yo soy quien os prendo, entregad las espadas.» Pero entretanto pasaba el tiempo, llegaba el monzon, y habiendo su escuadra padecido una tormenta que destruyó parte de ella, solo tuvo el tiempo preciso para volver á la isla de Francia, donde halló á otro gobernador en su

lugar. Ya no le quedaba mas recurso que pasar á Francia para justificarse. Hecho prisionero en la travesía, fué conducido á Lóndres, donde recibió mil testimonios de aprecio de parte de los Ingleses. El gobierno rehusó las fianzas que los particulares presentaban á porfía, y le concedió sobre su palabra la libertad de volver á Francia. Pero aquí fué harto diferente el recibo; encerrado en la Bastilla tan pronto como hubo llegado, Labourdonnais jimió en ella el espacio de dos años y dos meses en comunicacion rigurosa. Allí se injenó para escribir sus memorias en pañuelos chupados en agua de arroz; los heces del café le servian de tinta, y una monedilla de cobre adelgazada y hendida era su pluma. Por fin, al cabo de tres años, un juicio solemne declaró su inocencia; abriéronse las puertas de su prision; pero su constitucion, arruinada por las enfermedades que en ella habia contraído, le habia abierto ya las puertas del sepulcro. Murió poco despues, el 9 de setiembre de 1753.

La instalacion de Dupleix en Madrás fué seguida de una expedicion contra el fuerte San David, cuyo sitio fué señalado por un suceso para siempre memorable en la historia de las guerras de la India. Habiendo el nabab de Arcot abrazado la causa de los Ingleses, habia enviado á su hijo con 10.000 hombres para tratar de recobrar á Madrás de los Franceses. Estos no tenian mas que 1.200 hombres para defender esta ciudad, y á pesar de esto no vacilaron en salir al encuentro del crecido ejército del nabab. La superioridad de su disciplina y la habilidad de su artilleria les dieron una victoria completa y decisiva. Ya hacia tiempo que los Portugueses habian probado, con su ejemplo, la superioridad de un puñado de Europeos sobre las gavillas desordenadas de que se compone un ejército asiático; pero desde entonces se habia trascordado casi la memoria de sus hazañas; así los Franceses como los Ingleses estaban acostumbrados á considerar el Mogol como un grande y poderoso sobera-

*L'Amateur de la Mer.**Calcutta.*

Calcutta.

no contra el cual no cabia resistencia con los escasos medios de que podian disponer. El ensalmo quedó definitivamente roto por la victoria de Dupleix, y los oficiales de entrambas naciones recibieron en ella una leccion que luego iban á poner en planta á espensas de todos los príncipes del pais.

El objeto actual de los conatos de Dupleix era la reduccion del fuerte de San David, contra el cual condujo un pequeño ejército de 1.700 hombres, europeos los mas. Para defender la plaza no tenian los Ingleses mas que 200 Europeos y un cuerpo de soldados indos sin disciplina. Ya se creian los Franceses seguros de la victoria, cuando se dejaron sorprender de improviso por el ejército del nabab y tuvieron que retirarse mas que de paso. Un destacamento enviado por mar poco despues para sorprender á Cadalore, ciudad contigua al fuerte de San David, fué acometido de una tempestad, por lo cual hubo de entrar otra vez en Pondichery, sin haber podido llegar á su destino. Dupleix echó entónces el resto de su astucia para bienquistarse con el nabab, esforzándose ante todo en darle una idea suma de su poderío; por cuanto le constaba que la política de los príncipes indos tiene por principio el atenerse al interés presente y abrazar siempre la causa del mas poderoso. El nabab, seducido por la falsa noticia de los grandes refuerzos que acababa de recibir Dupleix, abandonó la causa de los Ingleses y ajustó con los Franceses un nuevo tratado. En prueba de su sinceridad, su hijo fué á hacer una visita solemne en Pondichery, donde fué recibido con toda la pompa y magnificencia que seducen á los príncipes asiáticos.

Tranquilo por este lado, Dupleix volvió á su proyecto, y ya habia vuelto á poner sitio al fuerte de San David, cuando entró en la rada una escuadra inglesa mandada por el almirante Griffin. Los Franceses se retiraron nuevamente, y durante algun tiempo, merced á los refuerzos recibidos por entrambas partes, los dos enemigos se hallaron con fuer-

zas tan iguales, que ninguno de ellos se arrojó á empresa de importancia. El gobernador de Pondichery quiso una vez atacar á Cadalore de noche; pero los Ingleses, informados de su proyecto, estaban en guardia, y fué rechazado con pérdida.

Poco despues varió el aspecto de los negocios con la llegada de una escuadra inglesa que llevaba 1400 hombres de tropas, las que reunidas á los que ya habia en el pais, formaban el mayor ejército europeo que hasta entónces se hubiese visto en la India. Los Ingleses se hallaron pues con fuerzas suficientes para volver á tomar la ofensiva; acordaron pues dar un golpe decisivo, y pusieron sitio á Pondichery. Como los Franceses no tenian bastante jente para sostener la campaña, emprendió el sitio con todas las condiciones aparentes de buen éxito, pero no se condujo con el ahinco que hubiera afianzado la victoria. En primer lugar perdieron los Ingleses mucho tiempo en apoderarse de un fuerte que distaba una legua de la ciudad y que se defendió con mucho teson. Además era tal entónces, la torpeza de los ingenieros ingleses, que cuando se hubieron abierto las trincheras delante de la plaza, se halló que estaban demasiado distantes para que la artillería pudiese producir efecto; y antes que se hubiese enmendado aquel yerro, llegó la estacion lluviosa, cundieron las enfermedades en las tropas, y fué forzoso levantar el sitio. Aquel suceso era para los Franceses una ventaja de consideracion; pero aun no habian podido utilizarlo, cuando se supo que se habia firmado la paz en Europa, y que uno de sus artículos disponia la restitution de Madrás á la Inglaterra. Así pues las dos naciones volvieron á hallarse exactamente en el mismo pié que antes de la guerra.

Pero este tratado, en vez de restablecer la tranquilidad en la India, no sirvió, al contrario, sino para engrandecer el círculo de las operaciones militares; por cuanto teniendo cada una de las dos partes fuerzas considerables á su disposicion,

trataron naturalmente de emplearlas. Los acontecimientos de la guerra precedente habian puesto de manifiesto el secreto de la flaqueza de los gobiernos indíjenas, y abierto, en cierto modo, la carrera de las esperanzas ilimitadas para la fundacion de un grande imperio en aquel rico pais.

Un príncipe de Tandjore, llamado Sakadji, destronado por uno de sus hermanos, trató de reconquistar su corona con la ayuda de los Ingleses, y en pago de sus servicios les ofreció la fortaleza y la provincia de Devicotau, ventajosamente situada á orillas del Colirun. En 1749, emprendieron una expedicion contra esta fortaleza; pero de resultas del desconcierto entre los oficiales militares y de marina y por no recibir ningun apoyo de los indíjenas, hubieron de volver á Madrás, sin haber ni siquiera llegado á los sitios. Mortificados por aquel revés, renovaron la tentativa, y esta vez habiéndolos desembarcado los buques al desembocadero del rio, subieron por él en barcas. Despues de haber tenido que luchar con obstáculos infinitos y dado un combate reñido en el cual se distinguió por su intrepidez el teniente Clive, que debia hacer mas adelante tan grande papel en la historia de la India, se apoderaron del fuerte: su toma fué seguida inmediatamente de un tratado que afianzó su posesion á los Ingleses; y estos en pago prometieron abandonar la causa del príncipe por quien habian tomado las armas; y hasta se comprometieron á tenerle preso para estorbar el que pudiese perjudicar á su rival, mediante una pension anual de 400 libras esterlinas. Este tratado, poco honroso para los Ingleses, no les produjo tampoco las ventajas que de él habian esperado; por cuanto el príncipe de Tandjore, á pesar de las promesas que le tenia hechas, los abandonó mas adelante.

Sin embargo los Franceses habian echado un envite de mayor entidad, pues aspiraban abiertamente á establecer su supremacia por todo el sur de la India. No trataremos del por-

menor de las intrigas de que entonces fué teatro el Carnatic, y tampoco queremos cansar á nuestros lectores con los nombres bárbaros y los caracteres poco interesantes de los personajes que en ellas hicieron su papel. Bastará no echar en olvido que á la muerte de un príncipe indiano, no arregla su sucesion la ley del derecho de primogenitura ni ningun derecho fijo. Sus hijos, sus nietos, sus sobrinos, y hasta sus parientes mas lejanos, vienen á ser cada cual otros tantos pretendientes al trono, y todos tratan de hacer valer sus pretensiones acudiendo á la fuerza de las armas. Estallaron las disensiones del Decan á la muerte de Nizam ul-Mulk, seguida casi inmediatamente de la del nabab del Carnatic. Estos dos príncipes, vasallos, en su origen, del emperador de Delhi, habian acabado, cuando la decadencia del imperio mogol, por hacerse completamente independientes. A la muerte pues de estos personajes, sus herederos lejitimos, segun el derecho europeo, Nazir-Djung y Anuar-ed-din, se hallaron en pugna con Mirzafa-Djung y Chanda-Sahih, que aspiraban, el primero á ser subhador del Decan, y el segundo á ser nabab del Carnatic. Habiendo unido sus intereses, los dos pretendientes reunieron un ejército de 40.000 hombres, y no perdonaron medio para ganar la alianza de Dupleix. Este movido de su ambicion, comprendió desde luego que si lograba entronizar á dos hechuras suyas en los dos solios mayores de la península indiana, empresa para la cual se conceptuaba bastante poderoso, vendria él á ser el verdadero dueño de aquel dilatado pais. En consecuencia, envió á su teniente, Mr. d'Auteuil, con 2.300 hombres de tropas, entre ellos 400 Europeos, al socorro de los aliados. Los ejércitos combinados se pusieron pues en movimiento para ir á atacar á Anuar-ed-din, el nabab reinante, que con 20.000 soldados estaba acampado en Ambur, posicion fuertísima que domina uno de los principales desfiladeros por los cuales se entra en el Carnatic. Habia formado en el barranco

una trinchera coronada de artillería defendida por algunos Europeos; pero Auteuil, deseoso de mostrar el valor de los suyos y la superioridad de su disciplina, se brindó para dar el asalto á aquellas líneas con el puñado de Franceses que le seguían. Los jefes indios aceptaron la propuesta, muy satisfechos de dejar á otros el peligro de tan arriesgada empresa. En efecto, la artillería del enemigo, numerosa y bien servida, rechazó los dos primeros ataques; pero exaltado el amor propio de los Franceses por su corto número y por la presencia de tres ejércitos, que los estaban mirando, acabó por ganar las líneas. No contentos con este primer triunfo, se abalanzaron en derechura sobre el cuerpo principal del enemigo, en el centro de su línea de batalla, donde en nabab, montado en un elefante, con bandera desplegada y rodeado de su mejor caballería, alentaba á los suyos á voces. Apenas habian llegado hasta él, cuando un soldado cafre le hirió de un balazo en el corazon. El desgraciado príncipe cayó muerto en el acto; y su ejército se dispersó en rematada derrota; el campamento, un botín inmenso, sesenta elefantes con la artillería y las municiones, cayeron en manos de los vencedores. De resultas de esta victoria, Arcot se entregó sin resistencia.

Mohamed Ali, hijo del nabab vencido y heredero de su trono, se habia refugiado en Trichinopoly, ciudad muy fuerte, y que por su posición, domina una parte del Carnatic. Así es que Dupleix estrechaba á los jenerales confederados para que no malograsen un momento en poner sitio á aquella fortaleza, que habrían hallado en mal estado de defensa. Pero los príncipes indios prefirieron ir á triunfar en Arcot y Pondichery, donde se mostraron rodeados de toda la pompa ordinaria á los subahdares y nababes, y cuando se pusieron en marcha, no fué para Trichinopoly, como se les habia encomendado, sino contra la ciudad mucho más distante y mucho menos importante de Tandjore. Esta conducta tenia sin embargo un motivo reser-

vado; su tesoro estaba exhausto, y querian henchirlo exigiendo del rajah los atrasos de su tributo. La ciudad, edificada sobre la delta del Coliran y del Cavery, es rica y magnífica; tiene una pagoda que puja en grandeza á todos los monumentos de la India meridional. Al opulento príncipe de este pequeño estado le pidieron los atrasos de los tributos debidos al emperador mogol, por cuanto se presentaban como sus tenientes. Si hubiesen proseguido esta reclamacion con ahinco, quizás hubieran llevado prontamente el negocio á feliz término: pero se dejaron entretener por el rajá, que ora negociando, ora peleando, los ocupó hasta que al fin viendo que nada se terminaba, Dupleix dió á las tropas francesas auxiliares de Chanda Sahib, la órden de ataque, que tuvo por resultado inmediato la toma de tres reductos, y poco despues la de una de las puertas de la ciudad. Entonces el rajá, que tras la toma de los reductos, habia querido seguir todavía su plan de contemporización, trató ya definitivamente. Se acordó que pagaría á Chanda Sahib 20 millones de rupias y 200.000 al contado á los Franceses, á quienes cedía además ochenta aldeas al rededor de Karikal, donde tenian un fuerte.

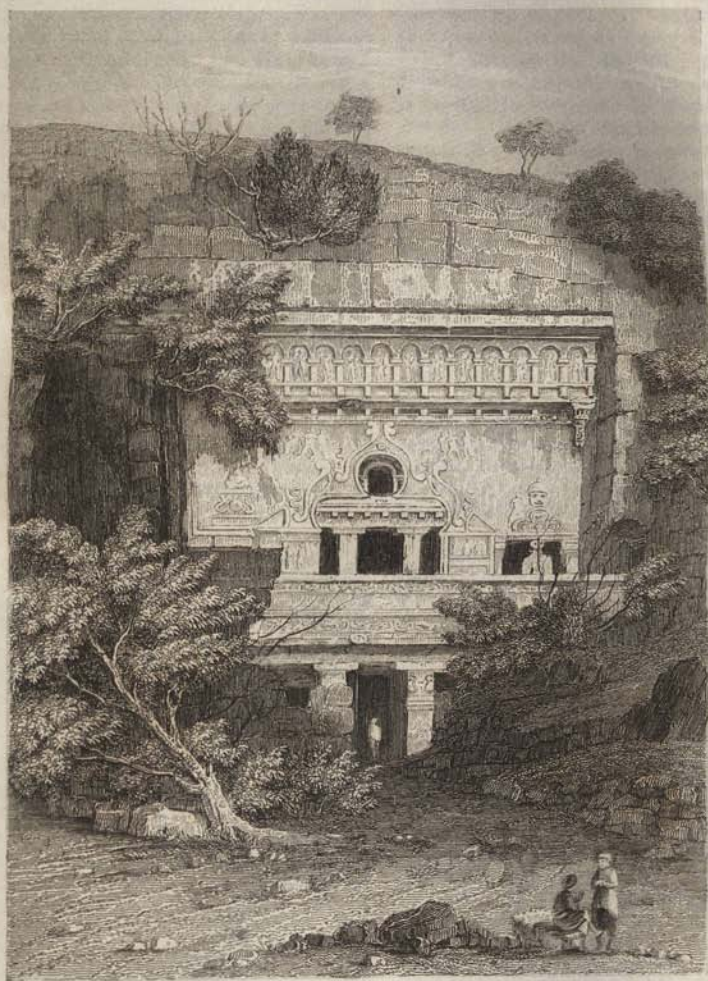
Sin embargo por medio de las dilaciones que tenia la maña de provocar sobre los pagos retenia aun á los vencedores bajo los muros de Tandjore, y Nazir Djung marchaba contra ellos de órden de Delhi. A la primera noticia que tuvieron de este movimiento, se refugiaron á Pandichery. Dupleix, para alentarlos, les dió un socorro de 2.000 soldados europeos y de 1,250.000 libras de su bolsillo, socorro insuficiente para sus aliados y desastroso para él mismo; por cuanto habiendo Nazir Djung penetrado en el Carnatic donde se vió luego á la cabeza de 300.000 hombres, 800 piezas de artillería y 1.300 elefantes, Auteuil, al ver la insubordinacion que cundia en las tropas europeas á quienes no se pagaba, tuvo que retirarlos en el trance mismo de trabar la batalla. Chan-

da Sahib asustado creyó prudente seguirle en su retirada, y Mirzafad-Djurgs habiendo quedado solo, se apresuró á ofrecer su sumision antes de verse forzado á ello por las armas. A pesar de los juramentos de Nazir-Djung, que le habia garantido sus estados antiguos, le aherrajaron inmediatamente, su campamento fué atacado y saqueado, y sus soldados degollados todos inhumanamente.

No era Dupleix hombre que se dejase vencer por los reveses. Desde luego entabló con el subahdar vencedor negociaciones que mantenian á corta diferencia las condiciones ya desechadas antes de la victoria, esto es, el establecimiento de los hijos de Mirzafa en los estados y posesiones de su padre, y el reconocimiento de Chanda-Sahib como nabab del Carnatic. En apoyo de estas demandas producía, antiguos recuerdos de amistad y servicios, entre los cuales no omitió la retirada reciente de Auteuil, de la que se hacia un mérito. Pero como no se hacia ninguna ilusion en punto al éxito posible de aquella diplomacia, utilizó el corto tiempo que le dejaba para preparar un argumento sobre el cual contaba mucho mas. Apenas habian mediado ocho dias, cuando tomando los Franceses una iniciativa osada, se arrojaban, en corto número y de noche sobre el campamento del subahdar, á quien le mataron 1.200 ó 1.500 hombres; poco despues, 500 Europeos se apoderaron de la pagoda de Trivadi, que servia de ciudadela á una de las ciudades mas considerables del Decan. Mohamed Ali, que se presentó para recobrarla á la cabeza de 20.000 hombres, y de 400 Ingleses y 1.500 cipayos, fué rechazado, perseguido hasta las orillas del Panmar, reducido á aceptar una batalla en la que su ejército fué derrotado y en parte arrojado al rio. Dupleix manda entónces al ejército apoderarse de Djingy-Djingy es una ciudad situada al pié de tres montañas que forman los tres lados de un triángulo equilátero. Escarpadas las tres estaban además defendidas cada una en su cumbre por un fuerte ciudadela cuyos aproches cerraba una cin-

tura de obras avanzadas. La ciudad estaba defendida por una gruesa muralla, flanqueada de torres, y por una guarnicion de 5.000 hombres. A la cabeza de 250 Europeos y de 1.250 Cipayos, el coronel Bussy ataca y vuelca á aquella guarnicion acampada en el glacis. Un cohete hace volar una de las puertas de la ciudad, los Franceses penetran en ella, y aguantan detrás de unas barricadas improvisadas el fuego de tres fuertes que llueve sobre ellos hasta la noche. Entónces se dividen en tres campamentos y atacan á la vez las tres montañas. Los fuertes destacados son ganados á la bayoneta; llegan al pié de las ciudadelas; derriban las puertas; y al asomar el dia, al contemplar los Franceses, dice un historiador, los obstáculos que han vencido durante la noche, se pasman, ó por mejor decir, se asustan de su arrojo.

El Subahdar, harto confiado en su fácil victoria, se entregaba á la molicie, cuando vino á despertarle de sobresalto la noticia de la toma de Djingy. Recojiendo cuantas tropas puede de las que tiene diseminadas, logra formar una hueste formidable todavia, puesto que contaba mas de 100.000 hombres, y con estas tropas se dirige á Djingy. Pero la increíble lentitud de su marcha, (no hizo diez leguas en quince dias) deja llegar la estacion de las lluvias, y apenas divisa las crestas fortificadas de las tres montañas, cuando ve su ejército abismarse en caminos hondos y en las llanuras invadidas por la inundacion. Ya entónces fué forzoso consentir en cuanto le pedian. Pero Dupleix, que se fiaba poco de sus promesas, y que por otra parte se habia proporcionado intelijencias en el ejército enemigo, utilizó mas que nunca los medios que por aquel lado se habia facilitado. Habia atraído á su partido á tres nababes afghanes, quienes habian cohechado á otros veinte jefes y todos estos hombres que ya hacia siete meses se hallaban comprometidos, no deseaban otra cosa mas que acelerar el trance decisivo. Y lo dieron tan bien á entender á Dupleix, que este mandó



Lamotte, Paris.

Façade du Bisma-Kurm, à Ellora.

Fachada del Bisma-Kurm, en Ellora.

al comandante francés de Djingy estar pronto para socorrerles, á menos de recibir en al intervalo el aviso de la firma definitiva del tratado por el Subahdar. Pero no habiendo recibido, en lugar de este aviso, sino una carta urgente de los conjurados, La-touche, con 800 Europeos, 3.000 cipayos y 10 piezas de artillería, llegó en una marcha de noche á la vista del campamento de Nazir-Djung. La accion que desde luego se empeñó fué al principio mas viva de lo que era de esperar tratándose de un ejército, parte del cual estaba cohechada, y la otra sorprendida, viendo nuevos destacamentos suceder sin cesar á los destacamentos ya vencidos, embestidos por todos lados por nubes de enemigos, los Franceses comenzaron á vacilar, cuando apareció la señal convenida, una bandera blanca enarbolada sobre un elefante. Desde aquel punto no hubo remedio para Nazir-Djung. Sorprendido en medio del sueño por la noticia del ataque de los Franceses, este príncipe que en la noche antes habia firmado y remitido el tratado, no acertaba á creer los partes que le llegaban. Cuando desaparecen las dudas, manda desde luego que le traigan la cabeza de su prisionero Mirzafa-Djung; y luego enterado de que los nababes de Kudapa, de Camil, de Savonora y de Misore, formados en batalla á la cabeza de 20.000 hombres, no han entrado en lid contra el enemigo, va corriendo á ellos, rodeado de sus guardias y montado en su elefante. El primero con quien tropieza es el nabab de Kudapa á quien denuesta vivamente. Este manda á uno de sus oficiales que haga fuego sobre Nazir-Djung pero yerra el tiro; cojiendo entonces su carabina, el nabab apunta al Subahdar y le traspasa el corazon de dos balazos. Cortada inmediatamente la cabeza, fué segun la ceremonia de investidura en tales casos, llevada á los piés de Mirzafa-Djung, que acababa de ver la suya al cauto de ser presentada en igual ceremonia. Pero el oficial encargado de custodiarle era otro de los conjurados, y le habia ya puesto en libertad. To-

do lo restante del ceremonial se cumplió inmediatamente y antes de terminar el dia, la India y el mundo pudieron contemplar un espectáculo que hasta entónces no se les habia ofrecido; un soberano reinando sobre un imperio tan vasto como tres grandes reinos de Europa y sobre 35.000.000 de súbditos, por la gracia de un simple súbdito extranjero llegado la víspera del otro extremo del globo y no teniendo mas que un millar de hombres para llevar á cabo estos prodijios. Mucho se admiraba y mas se cita á la Inglaterra por haber resuelto este gran problema de gobernar, á cuatro mil leguas de distancia, con algunos centenares de empleados civiles y algunos miles de empleados militares, sus inmensas posesiones de la India. Si hay alguna novedad, alguna osadía y algun número político en esta idea, fuerza es reconocer que el timbre corresponde á Dupleix, y que la Inglaterra; que hoy dia coje el blason y el provecho, no ha tenido otra cosa mas que hacer sino seguir las sendas que le habia abierto el número de la Francia.

Hubo en Pondichery grandes regocijos y se agolparon los festejos á Dupleix, cuando se supo el triunfo de Mirzafa-Djung. Este se apresuró á pasar allá con grande aparato para conferenciar con Dupleix, y dárle por árbitro de las desavenencias que se habian suscitado entre él y los nababes que le habian encumbrado al trono. Tras nuevas ceremonias de instalacion, el Subahdar inauguró su podercreando á Dupleix nabab de todos los paises situados al Sur del Kistnah, esto es, de un territorio igual en superficie al de la Francia. Agrególe otras dignidades ó prerrogativas personales, tales como la de poner un pez en sus estandartes, fineza reservada á los mas grandes personajes del imperio. Pero las satisfacciones de ambicion ó vanidad no hacian trascordar á Dupleix los intereses que estaba representando. Además de la autoridad que ejercia como nabab, hizo ceder á la Compañía, al rededor de Pondichery, de Karical y de Masulipa-

lam, cierto número de distritos, cuya renta total subía á 950.000 libras tornesas. Así pues la Compañía se iba consolidando como soberano reconocido en una porción de la península, y á fuer de mediadora suprema, tenía lo restante en su dependencia. « Solo al eco de vuestro nombre, temblará en sus cimientos el trono del Gran Mogol, » escribía á Dupleix un personaje de la corte. Pocos meses antes no había osado la Inglaterra declararse entre Nazir y Mirzafa-Djung, aunque este último era enemigo suyo, por temor de desagradar al Gran Mogol que no había aprobado á ninguno de estos subahdares.

En este momento estaban los Ingleses consternadísimos y perplejos. Parecía que los había abandonado aquella resolución que nunca mas que en los reveses descuella entre ellos. Los pueblos de la India á quienes los Europeos, salidos en fin de sus buques mercantes y de sus factorías fortificadas, acababan de mostrarse bajo un aspecto nuevo, estaban sobrecojidos de entusiasmo ó de terror á la vista de las proporciones colosales que de repente tomaba el poder político de la Francia. Sin embargo el aliado á quien con tanto afán había Dupleix encumbrado al trono del Decan, solo había subido á él para mostrar á los pueblos su advenimiento. Tan pronto como hubo terminado aquellos preliminares, dirijíase con su ejército hácia Hydrabad, cuando el descontento que desde mucho tiempo iba cundiendo entre los jefes afghaneses mal apaciguado por Dupleix, provocó entre las tropas algunos desórdenes que él creyó deber castigar por sí mismo. Bussy, con un cuerpo francés de 300 hombres, había ahuyentado ya á los sublevados, pero cediendo á su jenio arrebatado, el subahdar se precipita tras ellos. Tropieza con el nabab de Canul, á quien provoca, y herido de una lanzada en la frente, perece como pocos días antes había perecido su rival Nazir Djung. Así fué que el mismo golpe con que la fortuna había encumbrado el poderío de Dupleix sirvió al parecer para

arruinar aquel poderío hasta los cimientos. Pero siempre subsistía el efecto moral de aquel grande triunfo, y Bussy no era hombre capaz de malograrlo. En el mismo campo de batalla trató de dar un sucesor á Mirzafa; este dejaba un hijo muy niño todavía para que cupiese confiarle los negocios en aquellas árduas circunstancias. Pero Nazir Djung había dejado tres hermanos á quienes hacía guardar estrechamente, y que después de su muerte se habían entregado á la hospitalidad del campamento francés. Propusieron á uno de ellos, Salabut Djung, que fué aceptado por los principales jefes y proclamado el mismo día. Este nuevo subahdar hecho por la Francia confirmó todas las medidas acordadas por su predecesor.

Chanda Sahib, en el momento de la elevación de Mirzafa Djung, había sido nombrado finalmente nabab del Carnatic, aunque bajo la autoridad directa y en algun modo como teniente de Dupleix. Mohamed Ali, su intrépido y tenaz competidor, abandonado por la fortuna y por los Ingleses, no había querido abandonarse á sí mismo en medio de aquella derrota jeneral de su partido. Reducido al mayor apuro, se había encerrado en Trichinopoly, desde donde no cesaba de invocar la ayuda de los Ingleses. Estos no se hubieran decidido quizás á ayudarle, si, tras mucho vacilar, no se hubiesen hecho cargo finalmente de que no les quedaba otro albur que correr para desviar la ruina completa de sus negocios en la India. Decidieronse pues, á últimos de enero de 1752, á dirijir sobre Trichinopoly un cuerpo de 200 Europeos y de 800 cipayos. Chanda Sahib, por su parte había salido á campaña á la cabeza de 8.000 hombres, los 800 franceses. Los principios fueron felices. No confiando en sí mismos, los Ingleses se dejaban arrebatados por los fuertes que ocupaban y los que por una casualidad habían tomado. Se dejaban derrotar en campo raso junto á las plazas que iban á socorrer. Tras una série de reveses de este jaez, tuvieron que emprender decididamente la retirada, y se

refugiaron en la pagoda de Serin-gham, situada en la isla del mismo nombre, en el paraje en que el Cavery se divide en dos brazos, de los cuales el mas septentrional toma el nombre de Colirun; esta pagoda tiene siete recintos de murallas, y un medio de defensa natural en los dos rios que la rodean. Cada muralla tenia cuatro piés de grueso y veinte y cinco de alto; la exterior tenia cuatro millas de circuito. No obstante, apenas se hubieron alojado en ella los Ingleses, cuando no se creyeron todavía bastante seguros, y solo el cañon de Thichinopoly les pareció un abrigo suficiente contra el enemigo y contra su propio terror. En este momento desesperado asomó para la Inglaterra uno de aquellos hombres destinados á fundar su poderío en la India.

Clive habia comenzado como mero escribiente al servicio de la Compañía. Desde las oficinas habia pasado una vez al servicio militar, y en algunas expediciones habia dado pruebas de un talento fecundo en recursos y en proyectos osados, de suma perspicacia y de una fria intrepidez, cual corresponde á las indoles firmes y resueltas. Pero los caracteres grandes tienen tambien su mal anverso; y en su puesto subalterno, atormentado por las aspiraciones comprimidas de una naturaleza fuerte, enconado por la fermentacion de una sensibilidad á quien irritaba el tedio, allivo, adusto, indisciplinado, Clive habia logrado fastidiar á la Compañía y fastidiarse de ella. Sin duda que sentia en sus adentros que estaba llamado á un gran destino que no se realizaba. Así lo indica al parecer un paso de su vida. Un dia que se habia encerrado en su cuarto, llega un amigo suyo, y jugando con una pistola que halla sobre la mesa, la dispara inadvertidamente y sale el tiro por la ventana. « *Dios quiere algo de mí*, prorumpe Clive levantándose; dos veces esta mañana he apoyado esa pistola sobre mi frente y tirado el fiador, y dos veces me ha fallado. » Despues de haber servido, como ya lo llevamos dicho, en los sitios de Pondichery y de Devicotah, Clive arrimó la espada para tomar

otra vez la pluma. En esta situacion, la rejencia de Madrás, sin recursos y sin esperanzas, echaba en vano una mirada de desacierto á su aliado Mohamed Ali, que, encerrado en Trichinopoly, donde habia apurado el dinero, no podia pagar á sus tropas. En aquel extremo, cada uno de los dos aliados se veia tan inhábil para ayudar al otro como para sacar de él el menor auxilio. En aquel trance pide Clive que le admitan en el consejo de la rejencia, y logra, no sin trabajo, que le oigan. « Ya no podemos defendernos, dice, tomemos la ofensiva. Mientras que Chanda Sahib nos persigue en Trichinopoly, tomémosle Arcot. » En los peligros graves, las ideas sencillas y grandes impresionan tambien vivamente los ánimos, por otra parte hay poco que escoger. Admitióse la idea de Clive, que fué una renovacion de la historia de las guerras púnicas, y le confiaron su ejecucion. Armandó á cuantos hombres tenia disponibles, la rejencia pudo formarle un cuerpo de 200 Europeos y de 300 cipayos; sobre los ocho oficiales que Clive tenia á sus órdenes, seis no habian visto nunca el fuego, y cuatro eran empleados á quienes sacaban de sus oficinas. Dirijiéronse á Arcot, y fueron acometidos en el camino por un huracan tan espantoso, que sabedora la guarnicion indijena de que no por esto habian suspendido su marcha, no osó aguardarlos, y se apresuró á evacuar el fuerte, donde entraron sin disparar un tiro. Clive no perdió un momento para poner en estado de defensa las fortificaciones harto ruines de su conquista. Por su parte Chanda Sahib se apercibió para recobrarla. Arcot era una ciudad grande, abierta y poblada de 100.000 almas. Seis mil hombres de tropas indijenas y 150 Europeos, que el nabab envió, entraron en la ciudad, se fortificaron en ella y empezaron á hacer fuego sobre el fuerte. Este no se hallaba en estado de contestar; sus murallas estrechísimas no admitian artillería; unas torres viejas medio arruinadas podian dar cabida á una pieza cada una, y aun al cabo de quince dias, habiendo el ejército si-

tiador recibido su artillería de sitio, á los primeros disparos quedaron desmontadas las dos únicas piezas mayores de los Ingleses. Los refuerzos que trataron de introducirse en la plaza fueron rechazados; ya se habia abierto una brecha de cincuenta piés de ancho; Clive no desmayaba por esto, y sin embargo iban á faltarle los víveres. Entónces pudo verse el ascendiente que un hombre superior ejerce sobre los otros hombres, y el zelo y los sacrificios que sabe infundirles. Como ya no podia sustentar á su guarnicion, los cipayos le dijeron: «Dad el arroz á los Ingleses, que nosotros nos contentaremos con el agua en que se haya cocido.»

Sin embargo fuerza es decir que Clive fundaba sus esperanzas en un cuerpo de 6.000 Mahratas, que habia entrado á servir á Mohamed Ali, y que viendo en mal estado los negocios de este, habia titubeado en abrazar un partido. Clive tuvo la gloria de haber, antes de conseguir ningun triunfo importante, y en el trance en que su situacion era poco halagüeña, ejercido por el solo ascendiente de su número una atraccion bastante fuerte para arrebatár aquellos ánimos fluctuantes. Rajah-Sahib, jefe de los sitiadores, sabedor de las comunicaciones de Clive con los Mahratas, quiso anticiparse, y amenazó á Clive con un asalto, si no se entregaba en el acto. El oficial inglés le contestó con una serenidad insultante, que le tenia por muy hábil jeneral para conducir al asalto á unas tropas tan ruines como las que mandaba. Dióse no obstante el asalto; pero con éxito tan desgraciado, que inmediatamente se levantó el sitio, que habia durado cincuenta dias.

Clive recibió refuerzos y salió inmediatamente á campaña, tomó varios fuertes, derrotó á los Franceses en el llano, y tras una rápida série de triunfos, que ponian en buen pié el estado de su partido, fué á Madrás para concertar con la rejencia las operaciones ulteriores. Los Franceses quisieron aprovechar la corta tregua que les dejaba; pero Clive, que salió al punto en su persecucion, alcanzó

sobre ellos una nueva victoria, y Lawrence, oficial antiguo y esperto, que, recién llegado de Inglaterra, habia tomado el mando, los hostigó con tanto ímpetu, que ya no les quedó mas recurso que refugiarse á la isla de Seringham, abandonando sus bagajes, posicion á que cabalmente habian los Franceses reducido á los Ingleses el año anterior. Pero todavia salieron de ellos menos airosos con una capitulacion; los soldados fueron hechos prisioneros de guerra, y los oficiales se obligaron á no hacer armas contra los vencedores. Chanda Sahib, que jugaba no solamente su reino, sino su cabeza tambien, buscó su salvacion en la fuga. Trató de cohechar á un jefe tandjoreo, nuevo aliado que la victoria habia proporcionado á los Ingleses, y que, mediante una suma crecida, de que le pagó en el acto la mitad, se obligó á cubrir la fuga del nabab. Dispuesto todo al efecto, este se adelantaba confiadamente al encuentro de la escolta que Monacky debia facilitarle, cuando se vió preso por aquella misma escolta y aherrojado. Apenas Monacky se hubo apoderado de él, se vió muy embarazado con la presa; pues no era él el único nuevo aliado de los Ingleses. Los Misorios, los Mahratas, habian seguido, como él, la estrella del mas fuerte; otros se habian pasado del campamento francés al inglés. Cada uno de ellos pedia con amenazas que le fuese entregado el cautivo, y mas que todos su rival Mohamed Ali. En medio de tan encontradas pretensiones, el alevoso Tandjoreo no podia satisfacer una sin enemistarse con muchos. Para conciliar aquellos estrechos, acordó matar á Chanda Sahib, y su cabeza, esmeradamente embalsamada y metida dentro de una caja de madera preciosa, fué, segun costumbre en tales casos, enviada á Delhi. Mohamed Ali se hizo reconocer inmediatamente como nabab del Carnatic con toda la pompa acostumbrada. No se habia mostrado muy solícito por pasar á Trichinopoly á recoger sus honores; Lawrence, á quien no parecia natural aquella tibieza repentina, logró saber que el nabab

se habia comprometido á entregar á los Misorios, en premio de su concurso, la ciudad y su territorio. Irritado de esta promesa, que quitaba á los Ingleses el fruto de la guerra y de tantos esfuerzos, trató de atajar su ejecucion, y logró que durante dos meses recibiera la ciudad guarnicion inglesa. Los Misorios la evacuaron; pero en vez de volverse á su pais, se pararon á corta distancia, y desde allí, trataron repetidamente de ganar por sorpresa la conquista de que querian defraudarles. Dupleix, pronto siempre á utilizar cuanto podia promover su causa, trató de explotar su descontento, y logró que 3000 Mahratas se pusiesen en camino para juntarse con él. Pero en aquel entretanto, el ejército inglés que iba á sitiar á Djingy, derrotó á los Franceses, por lo cual los Mahratas no quisieron incorporarse con los vencidos y volvieron atrás.

Sin embargo habiendo Dupleix recibido del Gran Mogol la confirmacion de todos los honores, títulos y dignidades que le habia conferido el subahdar del Decan, habia publicado los despachos que le afianzaban aquellas ventajas; y en seguida usando de los poderes de que estaba revestido, habia reemplazado á Chanda Sahib dándole por sucesor á Rajah Sahib su hijo. Pero habiendo poco despues reconocido la incapacidad de este, logró que se nombrase á Mortiz Ali, gobernador de Velore, que vino á ser de este modo nabab del Carnatic, pero siempre como delegado de Dupleix. Los Ingleses, mas aguerridos esta vez por el ejemplo de la Francia contra la autoridad del Gran Mogol, siguiendo sosteniendo siempre á Mohamed Ali, y aunque hubiesen perdido á Clive, á quien el mal estado de su salud habia precisado á volver á Inglaterra, el albur de la guerra seguia siéndoles favorable, á pesar de los prodijos de actividad de Dupleix. Trichinopoly, bloqueada por los Franceses, hubiera acabado por caer en sus manos, si la ausencia de Bussy y la torpeza de Astruc, que le reemplazaba, no hubiesen, tras algunos logros poco decisivos, arruinado la fortuna de las

armas francesas en aquella misma isla de Seringham que ya antes les habia sido tan fatal.

Pero Bussy desplegaba entonces su talento en un teatro mas estenso. Salabut Djung, el último subahdar nombrado por Dupleix, habia visto su instalacion contrariada por Ghazi-ed-din, su hermano mayor. Despues de haber vencido ó comprado tropas mahratas que este habia ajustado, mas no pagado, el subahdar hizo su entrada en Golconda, donde su advenimiento se celebró con toda la pompa oriental. Ghazi-ed-din, irritado de este triunfo, alcanza del Gran Mogol el Subah de Bengala, levanta un ejército de 150.000 hombres, y fortificada además con la alianza de dos jefes mahratas que entran en la provincia de Golconda con 50.000 caballos cada uno, se encamina sobre Aurengabad. Tan formidable invasion ponía las cosas en un estado mucho mas crítico que todos los triunfos de los Ingleses en el Carnatic y al rededor de Trichinopoly. En aquel entretanto murió Ghazi-ed-din; acontecimiento feliz sin duda, aunque no por esto se paró la guerra. Pero gracias á la superioridad de las armas europeas, gracias á Bussy sobre todo, tras una sola campaña, los Mahratas, vencidos y derrotados por todos los puntos, se vieron reducidos á aceptar la paz. En cambio de este servicio alcanzó Bussy del Subahdar la cesion de las provincias de Mustafanagor, Elore, Rajamundrum y Chicacole, que junto con los territorios ya cedidos y ocupados, formaban para los Franceses una posesion territorial de doscientas leguas de costas con una profundidad media de veinte y cinco á treinta leguas.

La renta de estas provincias ascendia á unos tres millones de duros; por otra parte eran riquísimas en productos de toda naturaleza y suministraban lo suficiente para las necesidades del Carnatic, por cuya posesion tan encarnizadamente estaban batallando. Tal era el punto á que Dupleix, con solo su talento, sus solos recursos, y sin pedir á la Europa ningun socorro, habia sabido lle-

var el poderío francés en la India. Si pasó mas allá de los medios que para proyectos mucho menores se le habian concedido, á costa de su fortuna y de su crédito personal hipotecó por la enorme suma de 2.600.000 duros un año de la renta del estado, que acababa de conquistar en beneficio de la Compañía. La erró en haber osado realizar lo que nadie mas que él se hubiera atrevido á concebir; ¡concepcion ajigantada en efecto y afan prodijioso cuya ejecucion le costó no menos de doce años! El lector se hará cargo del talento de Dupleix cuando sepa que lo que habia acometido con tanto arrojo y ejecutado con tanta prontitud como si para él fuese aquello un juego, vino á asustar á los mismos que debian recojer todas sus ventajas, aun despues que vino á ser un hecho consumado. Un reino igual á la Prusia actual en toda soberanía, un imperio cinco ó seis veces mas vasto puesto en sus manos bajo la autoridad nominal de un jefe que era hechura suya, era por cierto demasiado para una compañía de comerciantes ó especuladores que quizá sentian ya haber soñado con la India como la gallina de huevos de oro. Cejaron cuando vieron el ave que habian puesto traerles una corona en sus garras. Dupleix habia recibido solamente el encargo de hacer de Pondichery otro Chandemayor. Con efecto, esta última ciudad habia sido en algun modo creada por él. Era poquísima cosa en su orijen, y nada cuando allí le enviaron, y no obstante en poco tiempo hizo de aquella nada una posesion importante y floreciente. Mucho era ya aquello, y sobraba para que se sospechase en Dupleix demasiado talento. Creyóse no obstante que, enviado para el mismo objeto á un teatro semejante, se contentaria con hacer lo propio, y como Pondichery necesitaba un hombre de talento, le hicieron pasar de Bengala al Carnatic, ya hemos visto lo que vino á ser; hizo la guerra, no por amor á ella, puesto que ni era militar ni mandaba los ejércitos, sino porque la guerra y la conquista le parecieron el único medio de dar

á los establecimientos franceses una base permanente, y de sacarlos de aquella condicion precaria á que los reducía una flaqueza que dejaba su existencia á la merced de los antojos ó de la codicia del menor nabab sujeto tambien él á todos los azares de inestabilidad que tan rápidamente devoraban todos los poderes de la India. Al fundar Dupleix la prosperidad comercial de las factorías en una respetable posesion territorial, las libraba de aquellas zozobras eternas en que las mantenía un vecino, ora mal seguro en su posicion, ora incierto en su conducta para con ellas. La guerra, tal como él la habia concebido, era el único medio de alcanzar y hacer respetar la paz; y de todos modos, guerra por guerra, mas valia aquella que cejando hasta fronteras distantes, tenia que conquistar un reino entero antes de descargar el golpe decisivo, que lo que, jirando siempre en torno de un punto único, no podia dar un golpe que no hiriese en el corazon. Era tan justa esta idea, y Dupleix era tan poco aficionado á la guerra por sí sola, que, á pesar de los reveses del Carnatic, se creyó bastante fuerte con las victorias alcanzadas por Bussy para poder honrosamente proponer la paz; así fué que entabló proposiciones al efecto; pero las pretensiones de ambas partes eran inconciliables, y las negociaciones quedaron interrumpidas al cabo de once dias solamente.

Sin embargo, la Compañía inglesa asustada del aumento que el poderío francés habia adquirido en la India, empezó á comprender que despues de haber costado la guerra, debia allanarse á una paz hecha tambien á costa suya. La Compañía inglesa reclamó la intervencion de su gobierno con el gabinete de Versalles. Este halló á la Compañía francesa, no solamente dispuesta á valerse de las ventajas de su situacion para tratar de la paz, sino herida de una especie de demencia pacífica, y á decir verdad, la paz cual la queria aquella Compañía no necesitaba la garantia de un tratado, por cuanto quitaba, aun al enemigo mas pendenciero y

ambicioso, todo pretexto de guerra. Ofrecíanlo todo y no pedían nada. El primer sacrificio, preludió de los que debían seguirle, fué el de Dupleix; el cual fué revocado. Godeheu, nombrado en su lugar, tuvo el encargo de hacerle dar cuentas y de ajustar el tratado. Por él se estipuló que la Francia abandonaba todas sus conquistas hechas y todas sus pretensiones sobre las conquistas disputadas, debiendo cada una de las partes contrayentes atenerse á lo que antes de la guerra poseía; esto es, que los Ingleses, dueños de Madrás, de Devicotah y del fuerte de san David, venían á ser mas poderosos que los Franceses que no tenían mas que á Pondichery y Karikal. Las dos Compañías se vedaban el intervenir en la política interior de la India, esto es, Mohamed Ali, el candidato de la Inglaterra, seguía de nabab del Carnatic y de Trichinopoly. Las dos Compañías renunciaban tambien á toda dignidad, cargo ó autoridad que les fuere conferida por los soberanos indíjenas; esto es, la Inglaterra no renunciaba á cosa alguna, por cuanto nada habia recibido ni del Gran Mogol, ni de su teniente el subahdar del Decan, segun quedó probado en las últimas negociaciones, en las que intimidados los Ingleses de mostrar, como lo hacia Dupleix, los títulos en los cuales fundaba sus pretensiones, se habian negado á presentarlos bajo pretextos vanos y pueriles; en fin para encubrir la humillacion de tantas concesiones gratuitas, se habia acordado que las dos naciones se colocarian bajo un pié de igualdad cabal, cláusula ridícula y casi insultante cuando el vencedor se despojaba de todo y el vencido ganaba de una plumada mucho mas de lo que hubiera podido alcanzar con cien victorias. En efecto, ¿de qué le habian servido sus victorias en el Carnatic? Dupleix habia hecho de ellas tan poco caso, que ni siquiera habia creído necesario volver á poner á Bussy á la cabeza de las tropas de aquella provincia. En el momento en que el enemigo concentraba allí sus postreros recursos, el Carnatic no era ya mas que una mínima parte del

reino que se conquistaba Dupleix. Al meditar sobre este ignominioso y verdaderamente increíble tratado de 1754, se pregunta uno naturalmente qué hubiera sido de la India, si renunciando Dupleix á su calidad de agente de la Compañía, y restituyendo escrupulosamente á esta el objeto de sus modestas pretensiones, se hubiese mantenido en los estados cuya investidura le habia sido dada por el subahdar en premio de los servicios hechos y en los cuales habia sido confirmado por el Gran Mogol. Nada faltaba á la legitimidad del poder que hubiese conservado, pues mediaba la concesion de los intereses y la renuncia de la Compañía, y sin duda hubiera podido contar con la alianza del Gran Mogol, harto feliz, en tales conjeturas, de ver indisolublemente adicto á sus intereses á un hombre, á un Europeo de aquel temple. La jenerosidad de Dupleix no hubiera tardado en hacer que la Compañía se hubiese aprovechado de aquella su rebelion contra sus propias locuras; por cuanto aquella paz que ella acababa de firmar no era una paz, sino una guerra inevitable y próxima, y mas desventajosa que nunca. Con todo, el desinterés y el patriotismo de Dupleix le inspiraron mas magnánima conducta. Creyó deber volver á Europa para ponerse desarmado á la merced de sus enemigos prepotentes y de sus acreedores arruinados como él y por él. En los trece millones de subsidios que habia aprontado para la guerra, habia empeñado, no solamente toda su fortuna personal, sino su crédito tambien. Un recurso que hizo contra la Compañía fué desechado con un no ha lugar fundado en que aquellos trece millones se habian afectado á gastos no autorizados. Un litijio que le entabló fué atajado de orden del rey. Reducido á la desesperacion, y viendo su ruina irrevocablemente consumada por la Compañía, por el ministerio, y finalmente por la justicia, Dupleix iba á verse encarcelado por deudas, si un resto de rubor no hubiese hecho intervenir un fallo de sobreseimiento que suspendia el efecto de los juicios alcanzados contra él.

Tras nueve años consumidos en estas angustias y en vanas instancias para alcanzar justicia, murió en 1763 de miseria y de dolor. Ya habia muerto Labourdonnais despues de tres años de prision, en el lindar de la Bastilla que acababan de abrirle; y mas tarde, Lally Tolendat, que iba á sucederle sin tener su talento, debia llevar su cabeza al cadalso.

CAPITULO X.

CONQUISTA DE BENGALA POR LOS INGLESES.

Mientras la Francia premiaba de este modo á los hombres que habian promovido demasiado bien sus intereses en la India, la Inglaterra enviaba á ella otra vez á Clive, con el grado de teniente coronel al servicio del rey y el título de gobernador del fuerte San David. El nombre de Clive era mucho mas significativo para la guerra que el de Dupleix, y las calidades militares que acababan de agregarle eran muy propias para realzar su significado. Tal era el primer fruto del tratado de paz que la Francia habia ajustado con tanta liberalidad y desprendimiento, tal era la contestacion de Inglaterra á la revocacion de Dupleix. Clive cumplió las promesas que su nombre inspiraba y el espíritu que dictara su envio á la India. Halló la península quieta y en el estado satisfactorio en que el tratado la habia colocado. Su valor pudo ejercitarse únicamente contra los piratas de las cercanías de Bombay, á quienes hasta entónces habian, aunque en balde, de reducir, y que él destruyó inmediatamente. Pero Bengala iba á llamar ya todo el esfuerzo de las armas inglesas.

Aliverdi Khan, el último subahdar de las provincias de Bengala, Bahar y Orisa, no teniendo hijo varon, habia casado á sus tres hijas con tres sobrinos suyos. Entre estos habia prohijado á uno, Zaindi Hamet, á quien habia nombrado nabab de Bahar, y destinaba para sucederle. Muerto Zaindi Hamet en una rebelion, Aliverdi puso en el mayor de los dos hijos que habia dejado

aquel príncipe, la predileccion que habia dispensado al padre, y Mirza-Mahmud, niño todavía, vino á ser el sucesor designado por el Subahdar. Los dos hermanos de Zaindi Hamet habian llevado sin resentimiento marcado la preferencia de que era objeto; pero habiéndoles abierto su fallecimiento las gradas del trono, no pudieron disimular el pesar que les causaba el verse frustrados de las esperanzas que aquella muerte les permitia concebir. Preparáronse en consecuencia para sobreponer sus pretensiones á las voluntades de Aliverdi Khan. Este, que los mandó observar, creyó del caso quitar de en medio á un tal Husein Kuli Khan, cuyo influjo con uno de ellos dirijia todas sus intrigas. Este Husein era gobernador de Dacca, de que era segundo comandante su sobrino. Entrambos fueron asesinados, y poco despues murieron de una enfermedad epidémica los dos sobrinos de Aliverdi. Uno de ellos, Nowagis, habia prohijado al hermano menor de Mirza-Mahmud; y la viuda de Nowagis creyó deber hacer de este niño el heredero de las pretensiones de su tio. Un tal Rajá Bullub, ex-ministro de Nowagis, infundia aquellos proyectos á su viuda, en cuyo ánimo ejercia grande ascendiente, ya como consejero, ó ya como amante segun se suponía. Previendo los trastornos que se iban preparando, empezó por querer poner á buen recaudo las grandes riquezas que habia adquirido, y cargó con ellas varias barcas en las que se embarcó Kisendas, su hijo, socolor de ir en romería á la pagoda de Jagernat. La viuda de Nowagis se hallaba con diez mil hombres cerca de Cabuta, cuando Kisendas hizo pedir á la presidencia el permiso de residir por algunos dias en aquella ciudad. Concediósele el permiso, aunque no se habia tomado la molestia de aguardarlo; y recibió en Calcuta una acogida que sin duda la presidencia no hubiera autorizado, si, mejor enterado, hubiese previsto sus consecuencias.

De la presencia de la viuda de Nowagis en las cercanías, y de la acogida dispensada al hijo del consejero

de aquella mujer casi rebelde, Aliverdi infirió en efecto que los Ingleses estaban de acuerdo con ella para maquinár alguna empresa contra su autoridad. Por otra parte, corría la voz entre los Ingleses de que Calcuta iba á ser atacada y arrasada por las tropas del Sabahdar. Así que por ambas partes todo venia á ser una tea de guerra. Por entónces murió Aliverdi. Al punto Mirza Mahmud, ó mas bien Surajah Doulah (pues habia tomado este nombre desde el punto en que habia sido asociado al poder por su tío) sale á campaña contra la viuda de Nowagis; intima á los Ingleses que le entreguen Kisenadas y sus riquezas. Estos, contando que el subhadar no puede emprender cosa alguna contra ellos en medio de los embarazos de una sucesion tal como la que debia recojer, se niegan á reconocer á su enviado, y le espulsan de la ciudad como á un impostor. Surajah Doulah, ocupado á la sazón en perseguir al competidor que le habian suscitado, disimula su resentimiento; pero poco despues, mientras estaban trabajando en las fortificaciones de Calcuta, socolor de la guerra que acababa de reencenderse en Europa entre la Inglaterra y la Francia, les mandó interrumpir sus trabajos y destruir los que ya estaban terminados. La contestacion, aunque justa en el fondo y humilde en la forma, muy lejos de calmar al nabab, le exasperó aun mas. Agregábase á las quejas que ya tenia el temor de ver atraída á Bengala la guerra entre los Franceses é Ingleses. Así que, prescindiendo de todo lo demás, manda á su ejército un cambio de frente, se encamina al fuerte de Cohimbazar que gana sin disparar un tiro, y envia la guarnicion prisionera á Murshadabad. Los Ingleses, consternados con aquel golpe, se comprometen á demoler sus fortificaciones; pero el vencedor les contesta que nos los quiere tolerar por mas tiempo en Bengala, á no ser bajo el pié en que estaban treinta años antes. En aquel trance, imploran la ayuda de los Holandeses de Chinsurah y de los Franceses de Chandernagor. Los primeros les con-

testan con una negativa terminante, los otros les invitan á refugiarse en Chandernagor, donde los protegerán. Esta ironia era mas amarga que una negativa. No les quedaba pues á los Ingleses mas recurso que el contar con su denuedo, y se prepararon con afan para la defensa. Pero Surajah Dulah, á pesar del calor inaguantable de la estacion (se hallaban en junio) que mataba á los suyos ó los enloquecia, llegaba á marchas forzadas sobre Calcuta. Por el camino hizo con los Franceses y Holandeses, para recabar que se juntasen con él las mismas tentativas que ya habian hecho los Ingleses; pero sin resultado. Con razon ó sin ella, parecia que los Franceses temian menos el poder de sus rivales que el del subahdar y quizás creian que la política les aconsejaba dejar que sus enemigos se destruyesen mutuamente, sin debilitarse estos mismos en beneficio de uno ú otro. Por fin, el 16 de junio de 1756, llegó Surajah Dulah á la vista de Calcuta, y comenzó inmediatamente sus operaciones al rededor del fuerte William. Aunque su ataque habia sido al principio mal dirijido, estrechó tan vivamente á los sitiados, que el 18, creyó el consejo deber poner en seguridad en los buques que habia en la rada, no solamente á los habitantes y los tesoros, sino á la guarnicion tambien. Los habitantes y los objetos mas preciosos debian embarcarse aquel dia, y las tropas lo habian de verificar despues de anochecho. El desórden que ocasionó aquella operacion hizo que varias embarcaciones demasiado cargadas de jente zozobraron, y que las otras, espuestas al fuego que sobre ellas hacia el enemigo que habia logrado apoderarse de algunas casas, se incorporaron con la escuadra. Esta, para evitar el incendio, fué á buscar un abrigo á algunas millas mas abajo, y se llevaba al gobernador que habia tenido la cobardía de abandonar su puesto. Holwell, hombre que habia dado pruebas de valor y entereza, fué nombrado por aclamacion para reemplazarle; pero á pesar de sus esfuerzos desesperados, al dia siguiente se vió en la precision de par-

lamentar, cuando inopinadamente un destacamento que se apercibía para dar el asalto penetró por sorpresa en el fuerte. La guarnición entera hubo de rendir entonces las armas. De quinientos y catorce hombres se hallaba reducida á ciento cuarenta y seis. Aquí debemos hablar de un rasgo de crueldad que hizo execrable el nombre de Surajah Dulah, odioso ya entre los suyos á causa de sus violencias.

Había en el fuerte una galería cubierta donde los soldados se abrigan ordinariamente de la lluvia y del sol. Debajo de esta galería había algunas ventanas que daban luz á algunos cuartos, de los cuales la mas estrecha y baja, llamada el *Agujero Negro*, servía de cárcel. Este cuarto podía tener unos veinte piés cuadrados. Durante el dia un cuerpo crecido de tropas indas había estado ocupado en la custodia de la guarnición prisionera. No habían hallado ningún paraje donde pudiesen encerrar á aquellos ciento cuarenta y seis hombres, cuando á las ocho de la noche descubrieron el *Agujero Negro*; y quieras que no, fué forzoso que todos aquellos desdichados hacinados unos sobre otros entrasen en él. Apenas estuvieron allí encerrados, comprendieron la imposibilidad de vivir ni por pocas horas en aquella horrorosa situación. Trataron desde luego de quebrantar la puerta, que resistió á todos sus esfuerzos desesperados. Viendo Holwell, al través de la reja de la ventana á un oficial indo, le ofrece mil rupias, si alcanza que los prisioneros estén repartidos en dos cuartos. El oficial se aleja, y vuelve poco despues sin haber conseguido nada. Holwell insiste y dobla la suma propuesta. El oficial se aleja otra vez y vuelve con una respuesta matante; el nabab está durmiendo, nadie se atreve á despertarle. Ya no había esperanza. Privados de aire por un calor devorador, y que pocos dias antes mataba al descampado á los soldados indijenas de Surajah Dulah, apretados, comprimidos unos contra otros como las piedras de una pared, aquellos desgraciados tratan al principio de pro-

porcionarse aire agitando sus sombreros. Acuerdan despues sentarse bruscamente y levantarse todos juntos, pero á cada uno de estos movimientos, algunos permanecen tendidos para no volverse á levantar. Manos furiosas se encarnizan entonces nuevamente contra la puerta, la que resiste siempre. Gritos furiosos claman por agua; unos soldados compasivos hacen pasar algunos cántaros por la ventana. Al punto se los disputan, y este vano socorro redundando en esterminio para algunos que perecen en las luchas que los cántaros provocan. A las dos de la madrugada, noventa y cuatro cadáveres anunciaban ya que otros tantos desventurados habían perecido víctimas de la calentura ó de la asfixia. Los restantes estaban sumidos en un estúpido letargo ó en un delirio furioso que terminaban igualmente con la muerte. Algunas horas despues, cuando fueron á abrirles, habían sucumbido ciento veinte y tres; los veinte y tres que sobrevivían no podían moverse.

Holwell era de estos últimos. La crueldad de Surajah Doulah no estaba aun satisfecha por el estado en que su prisionero se le puso delante, pues se veía burlada su codicia. No habiendo hallado mas que cincuenta mil rupias en el tesoro, sospechaba que los Ingleses habían ocultado lo restante y que Holwell era depositario del secreto; y queria obligarle á revelárselo. Ya el dia antes le había denostado y amenazado sobre lo mismo. Disparóse esta vez en amenazas mas terribles todavía, y pasando inmediatamente á vias de hecho, comenzó por mandarle aherrojar, así como á dos miembros del consejo que tambien habían preso. Poco despues los mandó trasladar á Mursahadabad, donde se proponía vender su tesoro con el tormento. Embarcaronlos en una barca, cargados de pesados grillos, espuestos al ardor del sol, y sin mas alimento que un poco de arroz y agua. A falta de la ganancia con que había contado, quiso el nabab sacar al menos de su expedición un goce de vanidad, é impuso á la ciudad vencida, en lugar

de su nombre de Calcuta, el de Ali-nagor (Puerto de Dios), que no conservó por mucho tiempo.

Sin embargo, aun no hacia un mes que Clive habia llegado á Madrás, cuando se supo lo que acababa de suceder en Bengala. Reunióse el consejo, y estuvo unánime en punto, á saber, que ante todas cosas habia que recobrar á Calcuta. Pero sobre todos los otros puntos de esta discusion, fueron tan encontrados los pareceres, que la deliberacion duró meses enteros. Acordóse finalmente que el mando de la expedicion se encargaria á Clive, quien dió la vela, el 18 de octubre, con cinco navíos de guerra mandados por el almirante Watson, cinco buques de la Compañía, novecientos hombres de tropas europeas y mil y quinientos cipayos. Encontró, al llegar á Fulta, de donde no se habian movido, los buques que se hallaban delante de Calcuta, y que habian salvado sus riquezas, durante el último dia del sitio. Con aquellas fuerzas, con solo presentarse delante de la ciudad, se hizo dueño de ella. Ya no estaba allí Surajá Doulah, por cuanto habia vuelto á empezar las operaciones de la guerra que habia interrumpido; algunos meses antes, para espulsar á los Ingleses. Cuando supo la toma de Calcuta, y además la de Hugly, de que se habian tambien apoderado los Ingleses con mas una presa de setecientos y cincuenta mil duros, volvió atrás. Si, utilizando los Franceses la guerra declarada en Europa, se hubiesen juntado con él, los Ingleses hubieran podido ser arrojados completamente de Bengala. Pero barto imbuido en la paz que Godeheu habia llevado á la India, el consejo de Chandernagor hizo al contrario á la presidencia de Calcuta proposiciones que esta se apresuró á admitir segun se deja entender. Las dos naciones debian considerarse en Bengala viviendo en estado de paz y abstenerse por lo tanto de toda hostilidad.

El nabab entró en el territorio de Calcuta y obró con vigor; pero una salida que hizo Clive con mucha audacia, aunque sin resultad^o importante, le intimidó en términos que

ya no pensó mas que en entablar un convenio. En prenda de su sinceridad, comenzó por alejarse á alguna distancia de la ciudad, y se allanó á condiciones tan ventajosas para el enemigo que no se las hubiera podido arrancar á él peores una derrota; restituia á los Ingleses todas las factorías de que se habia apoderado; concedia indemnizaciones para todo lo saqueado; autorizaba las fortificaciones que quisiesen levantar al rededor de Calcuta; les concedia el derecho de acuñar moneda, y la posesion de veinte y siete pueblos que ya desde 1717 se les habian concedido; eximia sus mercancías de todo impuesto, etc., etc.; y por fin ajustaba con ellos una alianza ofensiva y defensiva.

Clive se apresuró á aceptar esta proposicion de alianza, como poco antes se habia apresurado á aceptar la neutralidad que por los Franceses le habia sido propuesta. El último tratado debia servirle para quebrantar el primero. El subahdar, que solo habia hecho aquel convenio para asegurarse un auxiliar poderoso contra sus enemigos interiores y los Mahratas, cuyas invasiones habian redoblado durante el mando de su predecesor, quedó muy burlado cuando vió que el primer uso que de él querian hacer era arrastrarle á una expedicion contra Chandernagor. Negóse á ello, y prohibió á los Ingleses emprender lo mas mínimo contra una potencia establecida en sus estados bajo su proteccion. Aquella prohibicion atajó al principio los preparativos de los Ingleses y les hizo ajustar un segundo tratado con los Franceses. Pero mientras que estos estaban esperando de Pondicherry las ratificaciones necesarias, habiendo los Ingleses recibido refuerzos, y habiéndose los Afghaneses apoderado de Delhi, muy lejos de dar órdenes, el subahdar, temeroso por sus propios estados, no pensó ya mas que en implorar el socorro de los Ingleses. Estos, utilizando la coyuntura, le prometieron desde luego la asistencia que pedia, declarándole al mismo tiempo que razones de entidad les obligaban ante todo á apo-

derarse de Chandernagor. Atacada por fuerzas muy superiores, esta ciudad, á pesar de prodigios de valor, no pudo resistir un solo día. El subahdar queria al principio castigar á los Ingleses por aquella audaz infraccion de sus voluntades; pero Clive tuvo la maña de hacer correr la voz de que los Afghaneses se adelantaban sobre el Bahar, mientras que los Mahratas se preparaban para entrar en Bengala, y el subahdar asustado, en vez de castigar, no pensó mas que en congratular á los vencedores por su victoria. No obstante creyó deber prodigar á los vencidos las muestras de su benevolencia; los acogió, les dió víveres, dinero y armas, con lo cual se refugiaron en Cohimbazar; y como hablase Clive de atacarlos allí, Surajah Doulah se enfureció; sin embargo por no atreverse á hacer mas á favor de los Franceses, los envió á la provincia de Bahar, y cansado de la insolencia de los Ingleses, trató de espulsarlos de sus estados. Pero Clive, que no se descuidaba, trataba en aquel momento de derribarle del trono. Ahora vamos á ver los ejemplos de Dupleix seguidos por sus rivales, y su política, tan repudiada en Francia, adoptada en Bengala por la Inglaterra.

Ya estaba todo dispuesto en Bengala para poner en movimiento las ruedas de aquella política de que tambien se serviran los Ingleses, si no con tanta audacia y habilidad, con mas perseverancia y teson que los Franceses. Y requirióse aun toda la enerjía de Clive para dar el primer impulso, y para arrollar los obstáculos que sus propios compatriotas le suscitaban. Codiciaban el trono de Surajah Doulah dos de sus oficiales; el uno, Mir Jafier, era tío suyo por entronque, puesto que se habia casado con la hermana de Aliverdi Khan; el otro, Yar Khan Laty, mandaba un cuerpo de caballería. Apoyábanse entrambos en las Chetzes ó Sietes, tribu rica de banqueros establecidos desde tiempo inmemorial en Murshadabad. Su opulencia habia puesto en manos de estos Sietes el banco de la corte, el arriendo jeneral del subahdar de Bengala, y la

direccion de las monedas que cada año hacian fundir con un cuño diferente para renovar los beneficios de esta operacion. Las inmensas riquezas acumuladas en sus manos les hacian temer la rapacidad del subahdar; y el poder colosal que les daban aquellas riquezas les facilitaba los medios de hacerse temibles á una autoridad que amagase atropellarlos. Surajah Doulah habia tenido la desgracia de infundirles zozobras. Entre los sucesores futuros del subahdar, podia escojer Clive al que quisiese hacer hechura suya. El primero que reclamó su apoyo fue Yar Khan Laty, que se ponía á la disposicion de los Ingleses y se allanaba desde luego á las condiciones que quisiesen imponerle en pago de su concurso. Clive aceptó desde luego unas proposiciones hechas en semejantes términos; pero dos dias despues, recibió las proposiciones de Mir Jafier, quien rogaba á los Ingleses que fijasen ellos mismos las condiciones de su alianza. No habia ya que titubear entre estos dos pretendientes. El último al menos estaba entroncado con Aliverdi; habia sido pagador jeneral del ejército, empleo de suma entidad en los gobiernos indos; ejercia grandísimo influjo en las tropas, influjo tal que habia movido los zelos de Surajah Doulah cuando su advenimiento, y habia causado á Mir Jafier una desgracia momentánea. Clive, al recibir estas proposiciones, las consideró de bastante entidad para pasar inmediatamente á Calcuta para conferenciar sobre ellas con la rejenzia. Esta las recibió al principio muy mal; pues lo mismo que la Compañía francesa, veia su ambicion sobrepujada por el arrojo de sus proyectos; y temió el poderío que los resultados debian poner en sus manos. El almirante Watson, con su lealtad de marino, no comprendia cómo cabia que se maquinasen tales empresas contra un príncipe con el cual acababan de enlazarse con un tratado tan reciente. Clive no obstante les hizo comprender que despues de haber tomado á Chandernagor, á pesar de la prohibicion terminante del subahdar, se habia emprendido harto

contra su autoridad para no tener que ir mas allá, si querian evitar un castigo cuyo proyecto podia su política disimular por de pronto, pero que no por esto dejaria de desplomarse sobre ellos en rodeándose la coyuntura. Mostrándoles la guerra latente todavía, pero inevitable entre la Compañía y el subahdar, logró hacer adoptar su parecer, y hasta el del almirante Watson, que votó con la mayoría. Ya no faltaba mas que redactar el tratado. Los Ingleses se comprometieron á derribar á Surajah Doulah y reemplazarle con Mir Jafier. En pago este se obligaba á pagar 10 millones de rupias á la Compañía, á título de indemnizacion de los quebrantos que habia padecido con la toma de Calcuta. Concedia además 5 millones de rupias á los habitantes ingleses de esta ciudad, 2 millones á los Indos, 700,000 á los Armenios, 5 millones que debian repartirse por partes iguales á los ejércitos de mar y tierra; en todo cerca de 12 millones de duros. Así iba devorando el papel los millones, cuando se hizo alto en que solo el gobierno quedaba escluido del reparto de aquellos ópimos despojos con que se contaba al advenimiento del nabab venidero. Añadiéronse pues 280,000 rupias para cada uno de los dos miembros superiores del consejo, el gobernador Drake y el coronel Clive; 240,000 para cada uno de los tres miembros inferiores. Estipulóse en seguida la supresion de todas las factorías francesas en Bengala y el destierro de todos los Franceses, con otras ventajas para la Compañía. Quedaba en pié la única dificultad de saber de donde se sacarian aquellos millones en llegando el momento de entregarlos; pero en aquel instante Mir Jafier no estaba mas perplejo sobre este punto que los redactores del tratado; y no obstante mas habia todavía. Omischund, riquísimo comerciante de Calcuta, agente de toda especie de intrigas y al servicio de todas las causas, se habia ya entrometido, antes de la toma de Calcuta, en los negocios de Kisenadas. Tambien sirvió de intermediario para este último tratado, y en

pago de este servicio pidió: 1.º cinco por ciento sobre todo el dinero del tesoro de Surajah Doulah; 2.º la cuarta parte de la pedrería, joyas, etc. Bien hubieran querido los Ingleses hallar exajerada aquella demanda; pero en aquel momento no costaban las promesas mas á unos que á otros, y todo se arreglaba á satisfaccion de cada cual.

Surajah Doulah, aunque apenas tenia veinte años, no se descuidaba por su parte en aquella política alevosa. Si los Ingleses habian comprendido que el medio de poner á Bengala á la merced de su ambicion era suscitar rivales al subahdar, este por su parte se habia hecho bien cargo de que el mejor medio de mantener su poder era atizar las rivalidades subsistentes entre Franceses é Ingleses. Mientras agasajaba á estos últimos y firmaba con ellos un tratado de alianza ofensiva y defensiva, no cesaba de cartearse con Bussy, haciéndole promesas y demandas. Hallábase Bussy á la sazón á las puertas de Bengala, en los circares del norte. Los Ingleses que recibian de aquel lado noticias alarmantes, creyeron deber apresurar sus operaciones. En consecuencia, el 13 de mayo de 1757, púsose en marcha su ejército en demanda de Cutwah, donde debia juntarse con las tropas de Mir Jafier. Luego que Surajah Doulah no pudo dudar ya de aquella connivencia, trató de entrar en ajuste. Mientras que enviaba á Clive sus proposiciones, no se desdenaba de ir á visitar á Mir Jafier en su palacio para ofrecerle una reconciliacion y desprenderle de la alianza inglesa. Ya fuese que este no tuviese la audacia que requerian sus intentos, ya fuese que creyese promoverlos mejor con una alevosia mas, la reconciliacion se efectuó y se selló con los juramentos mas solemnes sobre el Alcoran. Al punto envalentonado el subahdar amenazó á los Ingleses, pagó á sus tropas que se amotinaban, y salió á campaña.

Al mismo tiempo que las amenazas del Subahdar recibieron los Ingleses una carta de Mir Jafier, que protestaba de su fidelidad á los compromisos que con ellos habia toma-

do, no obstante la comedia de reconciliación con que habia engañado á su soberano; sin embargo no estaba su carta concebida en términos que pudiesen inspirar plena confianza; y no contenia por otra parte ninguna indicacion en punto á la marcha que habian de seguir para el cumplimiento de los proyectos comunes. El ejército inglés carecia de caballería, falta que hacia toda victoria indecisa é irreparable cualquiera revés. En medio del embarazo en que los ponía la conducta de Mir Jafier, Clive reunió un consejo de guerra, donde se deliberó sobre si fortificarían en el campamento durante la estacion lluviosa, que emplearian en negociar un tratado con los Mahratas, ó si emprenderían desde luego la retirada en demanda de Calcuta. Clive fué del primer dictámen, y su opinion se habia llevado muchos votos, cuando el capitán Coote hizo ver el peligro que habia en desalentar á los soldados, quienes no dudaban en aquel momento del feliz éxito de la expedicion, y en esperar que el ejército del Subahdar hubiese recibido los socorros y consejos de los Franceses, lo que le pondria en posicion de cortar enteramente las comunicaciones del ejército inglés con Calcuta acontecimiento mucho mas desastroso, que la pérdida de una batalla. El consejo votó por una gran mayoría segun el sentir de Clive; pero luego despues entró este en un bosque, y allí estuvo recapacitando una hora entera, y salió persuadido del buen consejo de Coote. En consecuencia, al dia siguiente pasó el ejército el rio al amanecer. Llegó por la tarde á Plasey, donde el Subahdar, á quien creían mas lejos, se habia apostado ya en situación ventajosa. Tras una noche que pasó en medio de las mas vivas zozobras, ofreció no obstante la batalla y la trabó con algun éxito. Los Ingleses habian emprendido la retirada en un bosque, donde solo querian mantenerse sobre la defensiva hasta la noche, para embestir en medio de las tinieblas el campamento enemigo, cuando sobrevino una lluvia que mojólas armas y mu-

nicones de los Indos en términos de apagar completamente su fuego. Los Ingleses que estaban mejor abrigados, se aprovecharon de esta ventaja, y tomando rápidamente la ofensiva, se apoderaron de los reductos que protejian el campamento de Surajah-Doulah, y en seguida del mismo campamento que tomaron por asalto. Durante este último ataque, Mir Jafier se habia ido separando de su orden de batalla, y hallándose por fin separado del ejército vencido. Entónces hizo pedir á Clive sus instrucciones, y de este modo se halló el acto consumado. A medio dia, en el momento en que el éxito, esperado al pronto, empezaba á ser desdoro, el Subahdar habia llamado á su tienda á Mir Jafier, y arrojando el turbante al suelo, le dijo: «Jafier, jurad que defenderéis ese turbante.» Mir Jafier, cruzando las manos sobre el pecho, y postrándose ante el turbante, prestó otra vez los juramentos mas solemnes. Dos horas despues, el Subahdar, montado en un camello, huía á escape. y cuando Mir Jafier entró en el campamento de los Ingleses, á donde iba á recibir homenaje, habiendo la guardia tomado las armas, aquel honor extraño le heló de espanto, atormentada su alma por el espectro de la traicion; pero al punto le abrazó Clive, saludándole nabab de las provincias de Bengala, Bahar y Orisa. Poco despues debia el mismo Clive ser saludado por de Irlanda con el título de baron de Plasey (1).

Llegado á Murshadabad, trató al principio Surajah-Doulah de defenderse, y mandó distribuir tres meses de paga á sus tropas; pero á poco despues, mudando de parecer, mandó cargar cincuenta elefantes, con sus mujeres y tesoros. No osó fiarse de nadie, y por la noche, seguido de su eunuco y de su mujer predilecta, disfrazado de artesano, se escapó de su palacio por una ventana. Casi en el mismo punto llega-

(1) Verdad es que añadian: en Irlanda. Pero ese Plasey de Irlanda solo se habia elegido para recordar el Plasey de la India, donde no cabia sin duda sentar una baronía, por cuanto no era país cristiano ni inglés.

ba Mir Jafier á Murshadabad , y se apresuró á enviar emisarios en todas direcciones al alcance del fujitivo. Quizás se hubiera este escapado, merced á su disfraz y al cuidado que habia tenido de evitar los caminos, remontando el río en un esquife. Pero habiendo bajado en tierra mientras que sus remeros fatigados descansaban un rato , y habiéndose ocultado en un jardín abandonado, fué allí reconocido por un hombre á quien él mismo habia mandado cortar la nariz y las orejas. Denunciado por aquel hombre , fué preso al punto , aherrojado y conducido á Murshadabad , donde Mir Jafier se habia ya hecho proclamar nabab. Dicen que al ver parecer en aquel estado al heredero de Aliverdi Khan Mir Jafier, que debia á este príncipe toda su fortuna , no pudo contener el llanto. Hasta se valió de su autoridad para salvarle la vida. Pero el hijo del nuevo nabab no abrigaba los escrúpulos de su padre , y después de haber combatido su acuerdo en el consejo , tomó sobre sí el zanjear la dificultad quitando de enmedio á Surajah-Doulah antes que se hubiese decidido la suerte de este príncipe. Introdujéronse en la cárcel algunos soldados que le mataron á puñaladas. Mir Jafier no sintió probablemente aquel atentado que afianzaba su seguridad. Al día siguiente paseóse sobre un elefante el cadáver del desdichado Surajah-Doulah por las calles de Murshadabad , y pocos días después, Clive, habiendo entronizado en la capital de Bengala la política conquistadora de la Inglaterra, volvió á Calcuta, á donde le estaban llamando todas las urgencias que provocaba aquel golpe osado , del que él solo habia osado tomar la iniciativa y aceptar la responsabilidad.

CAPITULO XI.

VUELVEN A EMPEZAR LAS HOSTILIDADES EN EL CARNATIC.

Godeheu , que habia llevado á la India una paz tan caramente comprada , se la habia traído consigo al volver á Europa. Apenas aguardaron

los Ingleses su partida para dar el ejemplo de una primera infraccion al tratado. Los pequeños estados de Madura y Tinivelly , al sur de Trichinopoly , habian estado en poder de Chauda-Sahib , que habia instituido á su hermano gobernador de Madura. Habiendo este último muerto en la guerra , cuatro jefes afghanes á quienes habia encargado el gobierno durante su ausencia , conservaron el poder después de su muerte , y se constituyeron jefes independientes. Mohamed Ali , á quien el tratado de Godeheu dejaba definitivamente nabab del Carnatic , fué movido por los Ingleses á hacer entrar bajo su dependencia á los pequeños soberanos independientes. La sumision de los Poligardos , vencidos ó intimidados , no produjo es verdad , á la rejencia de Madrás todo el dinero que de ella habia esperado ; pero los Franceses , que acababan de firmar un tratado bastante oneroso por el cual las dos partes se vedaban toda intervencion en los negocios interiores de los gobiernos de la India , no por esto se creyeron menos fundadas en reclamar contra una infraccion tan fragante , y por vía de represalias se apoderaron del pequeño estado de Ternate. Los Ingleses , que no habian sacado de la primera expedicion los gastos que les habia causado , trataron de resarcirse apoderándose de Nelore ; pero el gobierno de Pondichery les intimó esta vez su firme intencion de oponerse con las armas á este sistema de conquista. Los Ingleses llamaron á sus tropas , pero habiendo los Poligardos vuelto á levantar el estandarte de la rebellion , el capitán Caillaud recibió la orden de proseguir las hostilidades contra Tinivelly y Madura. Mientras se alejaba de Trichinopoly , donde mandaban los Franceses , que ya habian tomado algunos pequeños fuertes , se presentaron delante de aquella plaza , privada de la mayor parte de sus tropas y de su jefe. Tan pronto como Caillaud recibió esta noticia , se alejó de Madura donde se habia ya desgraciado una tentativa descabellada , y supo burlar la vijilancia de los Fran-

ceses en términos de volver á entrar en Trichinopoly. Los sitiadores, viendo desgraciado su intento, se retiraron. Esta campaña, que solo fué una serie de empresas semejantes y de incursiones diarias, sin ninguna accion de importancia, produjo para los Franceses la ventaja de que no atreviéndose los enemigos á presentarse en el llano, los dejaron dueños de levantar contribuciones por todo el pais. Ni aun el gobierno de Madrás osó negar á Baladji Rou, caudillo mahratá, un tributo atrasado que se presentó á reclamar sobre el protegido de la Inglaterra Mohamed Ali, nabab del Carnatic, y que este no podia pagar con su propio dinero. La única compensacion que en esta época y en esta parte de la India podia consolar el orgullo británico, ó reparar este sacrificio de dinero, fué la toma de Madura, de que se apoderó Caillaud por hambre poco despues de haber librado á Trichinopoly. Exigió de su conquista una contribucion de 170.000 rupias. Cansadas ambas partes de la guerra, ajustaron un armisticio. Los Franceses estaban aguardando refuerzos que les permitiesen hacer la guerra en grande; y los Ingleses querian preparar su defensa.

Mientras esto pasaba en el medio de la península, Bussy sostenia su reputacion en el norte. A pesar de los servicios que habia hecho á Salabut Djung, y recientemente contra el reino de Misore, habia visto declinar su privanza con aquel príncipe. Intrigas palaciegas arrancaron al Subahdar una orden que mandaba á los Franceses evacuar sus estados. Bussy, que se creia necesario, no puso dificultad en obedecer á un capricho que no creia duradero. Pero en su marcha sobre Pondichery, fué atacado por un cuerpo crecido que habian enviado á su alcance. No permitiéndole su inferioridad numérica otra cosa mas que el mantenerse en la defensiva, se atrincheró en una posicion ventajosa, resuelto á mantenerse en ella hasta que hubiese recibido socorros. En el intervalo Salabut Djung, á quien habian tratado de convertir á la alianza ingle-

sa, no habiendo podido obtener de la presidencia de Madrás las tropas que le habia pedido volvió á Bussy. Este no guardó ningun rencor, y continuó al punto sus operaciones en los circares del norte, donde habia recaudado tributos atrasados y afianzado su cobro para mas adelante. Uno de los rajás de estas provincias, Wizeramrause, se le juntó con diez mil hombres.

Esta parte de la península está poseida por una raza de antiguos conquistadores, anteriores de algunos siglos á la invasion musulmana. Los primeros jefes se dividieron el pais, donde siguen reinando todavía sus descendientes. Wizeramrause, bajá de fecha reciente, era un intruso en aquella familia de pequeños soberanos, que á causa de su descendencia se consideran como los mas nobles del jénero humano, y se igualan con los radjputes. Ramgarú, poligardo de Bobile, ocupaba entre ellos el primer puesto. Habíase encendido un odio implacable entre él y Wizeramrause, con motivo del menosprecio que no escaseaba á este; y hostilidades incesantes, incursiones, asolaciones, efectos de este odio, lo atizaban mas y mas por cada dia. Para desembarazarse de semejante vecino, Wizeramrause determinó á Bussy á proponerle en cambio de sus posesiones hereditarias una soberanía de mayor consideracion. Aquella oferta ofendió mas y mas la altanería del poligardo. Poco despues, habiéndole Bussy hecho pedir paso por sus dominios, se lo concedió Ramgarú con mucha cortesía; pero las tropas fueron atacadas al paso, quizás por una maquinacion de Wizeramrause con ánimo de comprometer á su enemigo, y dejaron unos treinta muertos en el campo de batalla. Al recibir la noticia de esta desleal agresion, Bussy no pensó mas que en la venganza. Con 500 infantes 250 jinetes europeos, y 11.000 cipayos, mandados por Wizeramrause, fué á poner sitio al castillo de Bobile. Era aquella fortaleza la mas inaccesible del poligardo, oculta en medio de ásperos bosques, donde una táctica suspicaz ha suprimido todo



Santharal del

Lomaxia d'oree

Temple de Gunga Bhéou.

Temple de Gunga Bhéou.

camino, menos uno solo, que apenas tiene la anchura necesaria para que puedan pasar por él tres hombres de frente. Árboles derribados y dispuestos están aguardando siempre la sospecha de un peligro, para cerrar al punto aquella estrecha y única calle. La entrada está dominada por fortificaciones, el camino se pierde y enmaraña en redobladas revueltas, y se abriga á trechos debajo de fuertes reductos. A los apaches del castillo, el bosque se vuelve mas bravío, salvo una zona de doscientas y cincuenta toesas que reina en torno de las murallas, y forma una esplanada enteramente rasa y descubierta. Las puertas de las murallas tienen una entrada oblicua y sinuosa. Los muros que se levantan doce piés sobre el nivel del suelo, están coronados además de un parapeto de tres piés de grueso y de diez de alto, lo que da á la fortificación una altura de veinte y dos piés sobre el suelo exterior. Un techo de balago apoyado en el parapeto y sobre pilares forma en el interior una galería cubierta que protege á los soldados contra el sol y la lluvia; muchísimas troneras dan paso á sus tiros.

Solo con el hierro y el fuego pudo Bussy llegar hasta esta guarida. El 24 de enero de 1758, hallóse por fin al pié del castillo. Este primer logro le habia costado ya mucha jente. Al punto formó su ejército en cuatro cuerpos para el ataque de cada una de las torres colocadas en los cuatro ángulos de la fortaleza. A las nueve de la mañana, los cuatro cañones que habia traído consigo habian abierto brechas considerables. Dióse y sostúvose el asalto por espacio de una hora, al cabo de la cual se tocó la retirada. La artillería comenzó otra vez á ensanchar las brechas. Luego vuelven al asalto; los sitiados lo resisten con una rabia que no se habia visto hasta entonces en la India. Algunos de ellos de pié en lo alto del muro esperan al primer acometedor que se presenta, cierran con él á brazo partido, y arrojándose con él, arrebatan en su caída á cuantos se hallan debajo en la escala. A los

Franceses que ofrecen cuartel les contestan con denuestos y nuevas provocaciones. A las dos de la tarde ninguno de los sitiadores habia podido sostenerse en lo alto de las murallas. Bussy, hecho cargo de que sus tropas necesitan descanso, manda por segunda vez la retirada. Dióse entonces á los sitiadores un espectáculo cuya memoria merece conservarse. Rangarú habia encerrado consigo en el castillo de Bobile á sus mujeres, hijos y toda su raza. Tras el segundo asalto, viendo que no le queda ninguna esperanza de librarse del enemigo, quiere al menos evitar á su sangre el horror de una profanación, y escojiendo á algunos hombres entre los enérgicos defensores de Bobile, les manda ir á matar á toda su familia. Estos, ejecutores pasivos de las órdenes terribles que han recibido, se arman de teas, y van á pegar fuego á las fábricas interiores del fuerte. Cuanto quiere huir, mujeres, niños, ancianos, es recibido á sablazos y degollado desapiadadamente. Los Franceses se pasman de la atroz enerjía de aquella defensa; pero por tercera vez se ordena el asalto; Rangarú queda muerto de un balazo que le atraviesa el pecho; los sitiadores penetran por todos lados en aquellos escombros inflamados que habian sido una fortaleza. Preséntase entonces al jefe francés un anciano con un niño de la mano, único que se habia salvado de aquel estermínio. «Es la sangre de Rangarú que he salvado á pesar de su padre,» prorrumpe el anciano postrándose á sus plantas. Bussy, á quien repugnaban tantas atrocidades, no habia querido entrar en el fuerte y se habia retirado á su tienda. Conducenle el niño; le recibe con tierna compasion, le instituye soberano de las tierras que habia ofrecido á su padre, y basta le da una guardia para defenderle contra las asechanzas de Wizeramrause; guardia inútil, por cuanto los dias de este estaban ya contados. Cuatro de los defensores de Bobile habian resuelto matarle. Al principio debian presentarse dos de ellos, y si no lo conseguian, debian seguirles los

otros dos, y vengarlos. Mezcláronse con los soldados del poligardo, en medio de los cuales estuvieron aguardando dos días enteros. A la tercera noche los dos primeros que debían tentar á la aventura, arrastrándose como reptiles por el suelo, penetraron en la tienda de su víctima que estaba durmiendo. Treinta y dos puñaladas habían ya herido al rajá, cuando los soldados de guardia al rededor de su tienda, acudiendo al grito que había exhalado, se precipitaron sobre los matadores y los hicieron pedazos.

Bussy continuó felizmente sus operaciones adelantándose hácia el norte, y recibió entónces las cartas de Surajah Doulah, que le llamaba en su ayuda. A instancia de este príncipe iba á trasponer la frontera, cuando supo la entrada de los Ingleses en Chandernagor y las terjiver-saciones del Subahdar. No augurando nada bueno de un carácter tan incierto y vacilante, antepuso atacar á los Ingleses en sus establecimientos de los circares de que se apoderó. Había entre ellos Visigapatnam, una de las plazas mas importantes de la Compañía. En aquel entretanto, una de aquellas revoluciones domésticas, tan frecuentes en la India, estuvo al canto de arrebatar el poder á Salabut Djung, y una invasion de los Mahratas le amenazó hasta en las puertas de su capital. Cundía además la insubordinacion en sus tropas. Uno de sus hermanos, Nizam Ali, contando con la popularidad que se había granjeado con la tropa, se comprometió á llevar á cabo la empresa, si se le daban los poderes necesarios. De este modo logró hacerse entregar el sello del estado, lo que casi equivalía al destronamiento de Salabut Djung. Tan pronto como recibió estas noticias, Bussy se puso en marcha, anduvo cerca de ciento y cincuenta leguas en veinte y un días, y llegó á Aurengabad, donde ya estaban reunidos cuatro ejércitos prontos á llegar á las manos. Bastó la sola presencia de Bussy para cambiar el aspecto de las cosas. Se hizo devolver por Nizam Ali el sello del estado; mandó prender al

diwan ó primer ministro, y contuvo á Baladji Ku, el jefe de los Mahratas que solicitó su apoyo. Sin embargo, habiendo Nizam Ali manifestado nuevamente intentos hostiles, se acordó perseguirlo, y Bussy hizo parte de la expedicion. Pero mientras estaba de marcha, sobrevinieron nuevas circunstancias que le llamaron repentinamente á otro teatro.

CAPITULO XII.

LLEGADA DE LALLY TOLENDAL A LA INDIA. — DECADENCIA DE LOS ESTABLECIMIENTOS FRANCESES.

Ya hemos dicho que había vuelto á empezar la guerra en Europa entre la Francia y la Inglaterra, y que la rejencia de Pondichery estaba aguardando grandes refuerzos. El 4 de mayo de 1757, salió de Brest la escuadra que se estaba esperando. Consta-ba de un navío de 74, de otros diez de 36 á 60 cañones, y de una fragata. Llevaba 1130 hombres de tropas y muchísimos voluntarios. El jefe de esta expedicion era el conde de Lally Tolendal; el conde de Aché mandaba la escuadra. El conde de Lally pertenecía á una familia irlandesa, á quien sus opiniones políticas hicieron abrazar la causa de los Estuardos, y que de resultados de las revoluciones de Inglaterra había tenido que emigrar. Ya de niño había hecho en el ejército francés el aprendizaje de la vida militar. Su padre le mandaba hacer á la edad de doce años, el servicio de la trinchera en el sitio de Barcelona, para proporcionarle un *pequeño recreo de vacacion*. Lo restante de su vida correspondió á este estreno. Hechos de armas reparables pusieron de relieve así su valor como su talento. El odio que profesaba á la revolucion inglesa iba reclutando por toda Europa enemigos contra aquella revolucion. Cuando estalló la guerra en 1756, habiéndole llamado el ministro para pedirle su parecer en orden á las medidas que se habían de tomar; «Hay tres, dijo Lally, desembarcar en Inglaterra con el príncipe Eduardo; volcar el poderío inglés en la India; conquistar las colonias inglesas de Amé-

rica.» Cuando se hubo optado por la guerra de la India, se ocupó en redactar un plan de operaciones. La Compañía, que de ello tuvo noticia, no paró hasta que el ministerio hubo nombrado á Lally jefe de la expedicion proyectada. A pesar del teson de su carácter, á pesar de su talento bien probado en el arte de la guerra, á pesar del apoyo que debía hallar en las disposiciones de la Compañía para con él, era Lally el hombre menos idóneo para el cargo que iba á aceptar. En el nuevo terreno en que iba á obrar, sus prendas se convertian en nulidades. La experiencia que habia adquirido en Europa desdeñaba el aprendizaje que debía hacerse en el estudio de los usos y costumbres que iba á encontrar; su altanería se estrechaba con ellos sin escrúpulo y sin consideracion.

A tenor de las instrucciones que habia recibido del ministerio, Lally principió con el ataque del fuerte San David, en frente del cual fundó la escuadra el 28 de abril de 1758. El jeneral pasó al punto á Pondichery con dos navios para acelerar los preparativos del sitio. Señaló su llegada allí un incidente de mal agüero. Por una inadvertencia singular, los cañones que le devolvieron el saludo estaban cargados con bala; tres de estas balas dieron en su navio que atravesaron de una parte á otra; y otras dos malpararon sus aparejos. Al dia siguiente, la escuadra inglesa se encontró con la francesa, que se habia dirigido á Pondichery. Allí hizo frente al enemigo. Los Franceses tenian nueve navios de línea, los Ingleses tenian siete pero con mas piezas que aquellos. La pérdida de los Franceses fué mucho mayor que la de sus contrarios (500 hombres contra 118); pero sus navios se retiraron mucho mas maltratados. El combate no tuvo por otra parte ningun resultado, y la escuadra francesa fué á desembarcar en el fuerte de San David las tropas de tierra que llevaba.

En un pais de castas y tradiciones inmemoriales como la India, nada debe evitarse con mayor esmero que

el chocar con instituciones y preocupaciones que han atravesado los siglos y han sido consagradas por el tiempo. Lally, cuya actividad no conocia tropiezo, empezó por querer sustituir su voluntad y las urjencias de su servicio á estos grandes móviles de las sociedades humanas. Para estrechar el sitio de San David tenia que improvisar todos sus recursos; quiso suplir á fuerza de hombres al tiempo y á los instrumentos que le faltaban. Púsose en requisicion á los habitantes de Pondichery y se les sujetó á toda especie de faenas, y hasta á aquellas que mas vedadas les estaban por sus preocupaciones; venia á ser un sacrilegio. Sacerdotes y guerreros hacian las veces de acémilas, llevaban fardos, tiraban carros, y se veían unidos al mismo carro con parias y sudras. Los mismos miembros del consejo, espantados de aquella profanacion, trataron de dar á entender á Lally hasta que punto era aquello un atentado inaudito y abominable á los ojos de los Indos; mas nada pudieron conseguir. Lally se estremó en términos de acusarles de haber recibido dinero para hablarle de aquel modo. La ciudad vivió á ser casi desierta, y los preparativos del sitio no por esto se aceleraban mas. Lally, irritado, no halló mas remedio que el redoblar las medidas de rigor.

No obstante, el sitio, comenzado el 15 de mayo, se llevó con ahinco, y habiéndose presentado la escuadra francesa el 1º de junio, la guarnicion pidió capitular; fué hecha prisionera de guerra y se demolieron las fortificaciones. Cadalore y Devicohah habian caído al mismo tiempo en poder de los Franceses. El ministerio habia contado que este último armamento que enviaba á la India arruinaría en ella definitivamente el poderío inglés. Alentado por sus primeros triunfos, Lally quiso dar un golpe decisivo apoderándose de Madrás. Los Ingleses estaban desalentados por los reveses que uno tras otro habian padecido. Las fortificaciones de la ciudad, destruidas cuando el último sitio, solo se habian reparado en parte. Todo presajaba un

triufo obvio. Pero la grande dificultad era la carencia de dinero. M. de Leynet, gobernador de Pondichery por la Compañía, había declarado que pasados quince días, no se encargaba ya de alimentar ni de pagar á las tropas. ¿De dónde se había de sacar el dinero? Tal era la cuestion urgente. Propusieronse diversos medios, cuando se hizo presente que el rajá de Tandjore estaba debiendo á la Compañía una suma de 3.600.000 rupias. Era esta suma mucho mas de lo que se necesitaba. Acordóse al punto una expedicion para obligar al rajá de Tandjore á pagar las 3.600.000 rupias. En este momento fué cuando Lally, poco enterado de la utilidad de una alianza íntima con el Subahdar, y envidioso quizás de la importancia que Bussy había adquirido por su posicion en la corte de aquel príncipe, le envió á buscar con la orden que recibió en el momento de que hemos hablado.

Ya al salir á campaña hubo de resentirse el ejército del efecto de las primeras medidas tomadas por Lally. El espanto que habian causado á los naturales los habia ahuyentado á todos; los transportes se hacian con mucha dificultad; los víveres vinieron á faltar; y para remate de tropiezos habia que atravesar diez y seis dias antes de llegar á Karikal. Cuando entraron en Devicotah, las tropas no habian comido un bocado en veinte y cuatro horas; nada habia preparado para recibirlos. Enfurecidas pegaron fuego á la ciudad; y cuando llegaron finalmente delante de Tandjore, faltaba todo, dinero, víveres y pólvora. Los Holandeses de Negapatam facilitaron doscientos quintales. En cuanto al dinero, Lally apurado trató de arrendar el saqueo de la ciudad saqueada, el que fué aceptado por un empresario por la suma de 200.000 rupias. Y no paró todo aquí; una pagoda, que, segun se aseguraba, contenia riquezas inmensas, fué violada y sus ídolos rotos; hallóse que eran de materia comun, dorada solamente en la superficie. Verdad es que la pagoda contenia un grande acopio de arroz; pero lo mismo que el que se habia encontrado

en la desdichada Devicotah, estaba encerrado todavía en su vaina, lo que le hace de todo punto inservible, cuando no hay á la mano el tiempo y los instrumentos necesarios para sacarlo. De ahí ajustes vergozosos, violencias inútiles, seguidas de descalabros inevitables, á tanto se vio reducido Lally por su ciego menosprecio para con lo que es mas fuerte que la presuncion y la terquedad de un hombre solo, mas fuerte que los ejércitos, mas fuerte que la fuerza y el tiempo. Tandjore no se tomó. Durante un sitio mezclado de negociaciones, el jeneral francés, irritado de las dilaciones que el rajá iba suscitando continuamente, se arrebató en términos de amenazarle que le enviaria como esclavo, con toda su familia, á la isla de Borbon. Entónces resolvió el rajá sepultarse bajo las ruinas de su capital. Pero no llegó este caso. La falta de municiones y la voz de una derrota padecida por la escuadra francesa hicieron tomar el partido de la retirada. El odio, excitado en el pecho de los sitiados, persiguió no solamente al ejército en su marcha, sino que acometió tambien al mismo Lally en medio de su campamento. Libróse milagrosamente de la explosion de un cajon que un Tandjoreo hizo volar de un pistoletazo que disparó á su lado, al paso que otro le descargaba sobre la cabeza un sablazo, que paró felizmente con su baston. Los conjurados, que eran hasta cincuenta, se abalanzan entónces rabiosos sobre la escolta del jeneral, y todos se hacen matar menos diez á quienes sus heridas habian puesto fuera de combate. Al mismo tiempo, Monackai, áquel mismo jefe que habia hecho matar á Chanda Sahib, se precipita, al estruendo de la explosion, con 10.000 hombres sobre el campamento francés, donde introduce el desorden. Sin embargo al cabo de media hora solamente los esfuerzos de los oficiales lograron juntar las tropas, y el enemigo fué rechazado. Mas no por esto dejó de hostigar á los Franceses durante todo el dia, y la retirada se continuó en medio de privaciones, humillaciones y embarazos de toda especie,

embarazos de que no habian podido zafarse ni aun con el humillante sacrificio de la gruesa artillería de sitio que hubieron de enclavar, y de los bagajes que tuvieron que abandonar.

Parecia que una especie de fatalidad estaba presidiendo á todos los acuerdos de Lally. Mientras iba echando mano de tan desastrosos expedientes, para ajenciarse el dinero necesario para el sitio de Madrás, parecia que la Providencia iba á poner en manos de la escuadra francesa, que aparejaba para cruzar en las aguas de Ceilan, tres navíos de la Compañía inglesa, cargados con lo que tanta falta estaba haciendo, á saber, dinero y municiones. Una contraórden de Lally la retuvo en la rada de Pondichery, donde queria que se aprontase para prestarle su apoyo contra Madrás. De este modo se le escaparon los tres navíos que pasaron impunemente por las aguas donde debia cruzar. El 2 de agosto, ocho dias antes de levantarse el sitio de Tandjore, la escuadra francesa encontró á la inglesa, á la que presentó batalla. Trabóse el combate esforzadamente por ambas partes, pero sin mayor resultado que el anterior. Rompióse el timon del navío almirante, se prendió fuego al *Conde de Provenza* cerca de la Santa Bárbara, otros dos navíos se abordaron y padecieron el fuego del enemigo antes de poderse desenredar; y todos estos accidentes obligaron á la escuadra francesa á retirarse; felizmente estaban los Ingleses tan maltratados tambien que no pudieron perseguirla. Llegaron delante de Karikal, donde fondearon; su pérdida en hombres, así como en el combate anterior, era mucho menor que la de los Franceses (166 contra 600). Procedia esta diferencia de la direccion de los fuegos; pues los Franceses apuntaban á la madera, y los Ingleses á los aparejos. La escuadra francesa fué á repararse al abrigo del cañon de Pondichery. Lally llegó allí luego con una escolta de pocos caballos. Al paso de Colirun, en Devicotah, habia tenido que abandonar su artillería y los bagajes que le quedaban; y no pudiendo aguantar la lentitud de

una marcha tan penosa habia resuelto últimamente dejar á su ejército á su espalda. En aquel conflicto, quiso descargar sobre la escuadra el peso de la guerra, y trató de obligar á Aché á salir á la mar. Pero alegando este el estado de sus navíos, hizo apoyar su negativa por un consejo de marinos que al efecto convocó. Nada pudo apearle de su resolucion de no dar mas batalla; todo lo que Lally pudo alcanzar de él fué que le dejase 500 hombres, entre marinos y soldados de marina, para servir como tropas de tierra. A primeros de setiembre aparejó para la isla de Francia. Por este mismo tiempo llegó Bussy con un pequeño cuerpo de Europeos. En las orillas del Kistna habia entregado el mando de sus tropas al marqués de Conflans, enviado por Lally para reemplazarle. Este, apurado siempre por falta de dinero, tomó algunos pequeños fuertes, y se hizo entregar Arcot, donde contaba hallar aquella alma de la guerra que sin cesar se le escabullia. Pero á trueque de proporcionarse el placer de entrar en Arcot, malogró la ocasion propicia de apoderarse de Chinglaput, plaza importante, que dominaba todo el pais de donde saca Madrás sus abastos. Los Ingleses, asustados con su aproximacion, habian ya emprendido la retirada y abandonado la plaza. Pocos dias despues les llevó una escuadra un refuerzo de 1.850 hombres. La ocasion voló; y Lally, lleno de despecho, volvió á Pondichery para encubrir su descontento, sus proyectos malogrados y su apurada situacion que iba diariamente en aumento.

CAPITULO XIII.

PROGRESOS DE LOS INGLESES EN BENGALA. — LOS FRANCESES ESPULSADOS DEL CARNATIC.

Mir Jafier habia salido bastante garboso de los compromisos exajados que harto lijeramente habia tomado con los Ingleses antes de su advenimiento. Sobre los 22,520.000 rupias que se habia obligado á pagar, logró la facilidad de no pagar al contado mas que la mitad, un tercio

de ella en joyas y objetos de valor. La segunda mitad era pagadera en tres plazos de un año cada uno. En cuanto á la parte hecha á Omischund en el tratado, como no le habian mostrado de él mas que una copia con firmas falsas, le hicieron ver la verdadera, donde no se hablaba de él ni una palabra, y le pagaron con el consejo de ir en romería á cierta pagoda muy nombrada. Herido en lo mas vivo, el rapaz anciano no pudo sobrevivir á aquel engaño; y de sentimiento murió dos veces, por cuanto su inteligencia se habia rendido antes que su cuerpo, y la muerte al rematarle solo remató á un idiota. A pesar de todas estas facilidades que el deudor habia alcanzado, ó que él mismo se habia ajenciado, el tesoro de Surajah Doulah, que heredaba, era muy inferior á la buena opinion que de él habian concebido y no estaba al nivel de las cargas que le habian impuesto, aun reduciéndolas al punto que hemos visto. Mir Jafier lo sintió amargamente ya desde los primeros dias. Ni aun podia pagar á los Ingleses aquella mitad que era exigible inmediatamente, y tenia que satisfacer además las reclamaciones de los jefes indijenas que le habian prestado su apoyo, y que le asediaban con sus instancias. Los Ingleses por un lado, los jefes por otro, y para remate las mismas tropas, cuya paga estaba harto atrasada, competian á porfía sobre quien desconsolaria mas al desdichado nabab. La terquedad de los Ingleses sobre todo le sorprendió y exasperó en gran manera. Murmuró sordas amenazas de darse á los Franceses en entrando estos en Bengala, si los Ingleses no renunciaban á sus créditos y á todas las demás ventajas que les habia concedido. El apuro que le estrechaba le obligó además á descontentar á algunos de los primeros personajes del imperio. Algunos gobernadores de provincia, á quienes estrechaba desmedidamente para el cobro de los impuestos, se sublevaron para zafarse de la ruina ó de la muerte. Midnapore se levantaba; Dacca proclamaba nabab á un hijo del predecesor de Aliverdi Khan; Pur-

niah se daba un gobernador sin contar con la investidura de Mir Jafier; Dulub Ram, su primer ministro, dejaba columbrar su descontento. Interesaba mucho á los Ingleses el sofocar las revueltas dirigidas contra una autoridad que ellos habian establecido; y Clive lo consiguió fácilmente. Sin embargo puso á su intervencion la condicion de que Mir Jafier cumpliria inmediatamente sus obligaciones pendientes. El nabab lo efectuó, mitad en dinero, mitad en obligaciones sobre los colectores de las rentas públicas. Cuando hubo pagado tambien con algun dinero y muchas promesas á sus propias tropas, consintieron estas en salir á campaña. Miram, su hijo, que ya habia hecho matar á Surajah Doulah, se aprovechó de la ausencia de su padre y de la de Clive para desembarazarse de lo restante de la familia que habia dejado el último nabab. Por medio de voces que propaló alarmó al vecindario de Murshadabad; la abuela, la madre y el hijo de Surajah Doulah fueron acometidas en su palacio. El hijo, en cuyo nombre provocaban aquellas zozobras, fué asesinado, las dos mujeres robadas y conducidas á Dacca. El joven Miram, hombre de ejecucion, segun se ve, se preciaba de político tambien. Si respetó á las dos ancianas, no fué por rubor ni compasion; pues hizo correr la voz de su muerte. Pero sabia el perverso que la vida de ellas le habia de producir mas, y las conservaba para venderlas mas tarde á un rescate bien subido. En medio de todos estos embarazos, que turbaban al nabab, propagóse la noticia de que entraba en Bengala un ejército combinado de Franceses y Mahratas, auxiliados por el subahdar de Oude. Mir Jafier se arrojó otra vez en brazos de los Ingleses, y Clive supo tambien hacerle pagar la seguridad que se avino á devolverle. El salitre de la India era otro de los renglones mas importantes del comercio de la Compañía; la cual, por conducto de Clive, pidió que se le diese aquel arriendo. No le acomodaba á Mir Jafier tener un arrendador que no era súbdito suyo, pero fuerza le

fué allanarse á lo que se le pedia.

Con esta condicion, entró Clive, el 15 de mayo, en Murshadabad, que halló sumida en la consternacion. Las calles estaban desiertas, las tiendas cerradas; los banqueros, incluso los Sietes, habian suspendido sus pagos; las familias ricas ponian á buen recaudo sus preciosidades. Para rematar la confusion, Miram, metido siempre en las intrigas, y deseoso de quitar de enmedio á Dulub Ram, provocó una asonada contra este ministro, quien pidió retirarse á Calcuta con su familia. En medio de aquellas revueltas y zozobras, llegó la noticia del primer combate naval entre los Franceses é Ingleses delante de Pondichery. Clive tuvo la maña de pregonar una gran victoria, y desvaneciése la fantasma del ejército franco mahrata que llegaba por la provincia de Bahar.

El gobierno inglés de Bengala se componia entónces de un consejo de cinco miembros presidido por Clive. La junta de directores, harto mal guiada en este punto, tuvo por conveniente variar esta forma y reemplazarla con un consejo de diez personas y cuatro gobernadores, que debian presidir sucesivamente y por trimestres. Venia á ser un gobierno desencajado que se encaminaba á la disolucion. Por una disposicion no menos estraña, el nombre de Clive no se hallaba continuado en la lista de los cuatro miembros llamados para ser gobernadores, ni tampoco en la de los diez miembros del consejo. La fuerza de las cosas, juntamente con el patriotismo de los miembros del consejo de Calcuta, enmendó lo que en tal exclusion podia ofender á Clive. Por unánime acuerdo, el consejo, incluso los cuatro gobernadores designados, rogó á Clive que aceptase sin partirlas con otro las funciones de presidente. El héroe de este homenaje halagüeño estaba muy hecho cargo de su valia y de la utilidad de que podia ser á su pais, para no aceptar inmediatamente, y por otra parte, aun cuando su mérito hubiera sido menor, ya se hacia útil contribuyendo á frustrar la torpe combinacion que á la junta de di-

rectores le habia ocurrido. En el mismo punto, un homenaje del propio jaez tributado á Bussy, malquistado de Lally, honraba tambien al ejército francés. Contaba este en sus filas á seis coroneles. Bussy, que solo era teniente coronel, les era inferior en graduacion. Estos seis jefes superiores, Estaing, Landivisiau, de la Fare, de Breteuil, de Verdier y de Crillon, viendo la injusticia que la malquerencia de Lally estaba haciendo al mérito y á los servicios de Bussy, y el perjuicio que de ello redundaba á los intereses de la Francia, estremaron su desapropio hasta escribir al primero que no obstante la diferencia de graduacion, estaban prontos á servir á las órdenes de Bussy.

Apenas instalado Clive, recibió de la rejencia de Madrás cartas urgentes que le pedian tropas. Reinaba en la rejencia toda la conviccion de que la ciudad seria sitiada tan pronto como el monzon hubiese obligado á la escuadra á alejarse. Vacilaba Clive por varias razones en desprenderse de tropas para socorrer á Madrás, la primera porque creia aquella ciudad inespugnable mientras no careciese de abastos; la segunda porque estaba temiendo que le hiciesen á él lo que él mismo habia hecho, esto es que guardasen sus tropas mas allá del tiempo prometido. Cuando se le envió á Bengala, por octubre de 1756, fué con la orden de estar de vuelta en Madrás por el mes de abril siguiente. Ya corria julio de 1758, y no solo no habia Clive salido de Bengala, sino que las nuevas funciones de que estaba revestido acababan de atajarle en cierto modo el regreso. No obstante, para hacer algo al menos á favor de Madrás, entró gustoso en unas proposiciones que le hizo un poligardo de los circares del norte para sepultar á los Franceses de aquella provincia. Aquella llamada precisaba á los Franceses á dividir sus fuerzas, y le permitia á él guardar todas las suyas. La expedicion partió bajo las órdenes del coronel Forde, y aunque embarazada al principio por falta de dinero, para el cual habia contado algo lijera-

mente con los tesoros de su aliado el rajá Ahnunderauze, derrotó al marqués de Conflans, que acababa de reemplazar á Bussy, al gran Bussy, como dice Orme, historiador inglés y biógrafo de Clive, le tomó la artillería y bagajes, y le forzó á retirarse al fuerte de Rajamundrum, que abandonó luego, por falta de artillería con que defenderse. Los Ingleses, que al punto la ocuparon, lo hallaron abundantemente provisto de víveres y de toda clase de municiones. Toda esta expedición fué feliz. Forde logró apoderarse de los fuertes que poseían los Franceses y espulsarlos del país, y alcanzó además un resultado mucho más decisivo, y que aunque Lally no echó de ver su importancia, era el primer indicio de la ruina completa de los establecimientos franceses en la India.

Lo importante á los ojos de Lally era su odio contra el nombre inglés el estermio de los Ingleses. La India no era para él más que un campo de batalla, los hombres máquinas de destrucción. Bajo este aspecto no hacía diferencia entre Indos y Europeos; de ahí fué que se enajenó á unos y á otros igualmente. Impaciente por alcanzar su objeto único, en hallando resistencias en la fuerza de las cosas, las había con los hombres, con sus máquinas; lo achacaba sin reparo y á bulto á la traición al cohecho, y con esto logró hacer indóciles á las mismas máquinas. Así pues, de un obstáculo que hubiera podido vencer con paciencia ó política nacían para él mil embarazos, cada uno de los cuales venía á ser el vástago de otros nuevos, hasta que hubo urdido una trama tan enmarañada y revuelta, que por fuerza se hubieran sofocado en ella toda fuerza y todo talento humanos. El sitio de Madrás era el ensueño que traía á Lally desvelado. A pesar de todas las expediciones que llevaba hechas para ajenciarse dinero y lo demás necesario, seguía siempre careciendo de dinero, de municiones y de medios de transporte. Con tales condiciones no podía tentarse el sitio; pero creían poderse apoderar

fácilmente de la ciudad Negra, y contaban hallar en ella con que cubrir las necesidades ulteriores. Por otra parte estaban los Franceses tan faltos de todo, que el sitio de Madrás, imposible por esta misma falta, se resolvió como único medio de salir de ella, aunque fuese á costa de la vida. A las objeciones que la prudencia militar levantaba en el consejo contra este proyecto, Estaing contestó con esta exclamación: «Mas vale morir de un balazo delante de los muros de Madrás que de hambre en el glácis de Pondichery.» Razon que arrebató todos los votos. Las arcas estaban enteramente vacías; cotizáronse pues, y formaron por este medio una suma de 94.000 rupias. Lally aprontó por su parte 60.000. Todas las caballerías que había en Pondichery no hubieran bastado para transportar la mitad de la artillería necesaria. Embarcaron lo que pudieron; y por fin partieron en diciembre de 1758.

Lally dejaba á sus espaldas un fuerte abundantemente provisto por los Ingleses de medios de defensa y de toda suerte de abastos. El no apoderarse de él era contrario á todas las reglas del arte; pero también el perder tiempo y consumir municiones era contrario á todas las urgencias de la situación. Lally pasó por delante del fuerte de Chinglaput que se contentó con reconocer. En tales coyunturas se presentaron delante de Madrás. Ganóse la ciudad Negra, como ya se había contado; los habitantes se habían puesto en salvo; los soldados dieron el saqueo y se embriagaron. Al punto hicieron los sitiados una salida mandada por el coronel Draper, cuyo nombre ha sido ilustrado por una mujer á quien ha hecho célebre el tierno afecto que supo inspirar á varios hombres eminentes del siglo pasado, entre quienes debemos citar en primer lugar á Sterne, y en segundo lugar á Raynal. A pesar del desorden que produjo al principio entre tropas ocupadas en pesquisar las casas y ebrias generalmente, aquella salida fué sin embargo desastrosa para los sitiados quienes perdieron en ella 200 hom-

bres muertos ó heridos y 30 prisioneros. Todos los restantes hubieran caído prisioneros, á haberles cortado la retirada apoderándose de un puente. Bussy no osó, ó mas probablemente, no quiso ejecutar aquel movimiento, pretestando no tener orden para ello. Lally le acusó de haberle hecho, malograr con esto la toma de Madrás. En esto el desdichado jeneral llevaba aun la pena de los malos procederés que prodigaba á sus subordinados. El mismo ejército estaba deseando un revés para que redundase confusion de su caudillo. Situacion espantosa en medio de la cual Lally, solo contra todos, conservaba una tenacidad, una firmeza que nada podia humillar y que es fuerza admirar, aunque no estén combinadas con las prendas que les hubieran granjeado el triunfo. Había llegado delante de Madrás con víveres para quince dias solamente, pasado este tiempo, como la ciudad seguía sosteniéndose, hubo que ponerse en manos del acaso; y el acaso hizo lo que pudo. Unas veces era un barco que traía un cargamento de arroz apresado sobre un buque inglés; otras veces era algun socorro que llegaba de Pondichery, y que cubria por un momento la necesidad de víveres, pólvora y otras municiones. Con esto y tropas mal pagadas, habia que hacer frente, no solo á los trabajos del ataque, sino tambien al cuidado de la defensa, por cuanto el fuerte de Chinglaput que habian dejado á sus espaldas, enviaba á su guarnicion para inquietar á los sitiadores y las guerrillas pagadas por los Ingleses devastaban los distritos de donde los Franceses sacaban principalmente su subsistencia, ó amagaban los pequeños fuertes de las cercanías á cuyo auxilio era forzoso acudir. Así fué tirando el sitio dos meses de una vicisitud en otra. Los Ingleses recibían socorros de todas partes. Los Maharras, el rajá de Tanjore, por avaricia, ó por temor, tomaban partido por ellos; nuevos enemigos á que habia que hacer frente. Lally bastaba para todo, é iba mas y mas careciendo de todo. Sin embargo habia ya abierto

una brecha practicable, y para acabar de una vez, iba á dar el asalto á todo trance, pero reconocida la brecha, se vió que si bien era practicable para las tropas que á ella hubiesen llegado, era inabordable, por estar el reverso del foso protegido todavía por una hilera de fuertes palizadas, las cuales estaban todas intactas. Para arrancar aquellas palizadas, los soldados se hubieran visto cojidos de enfilada por el cañon de varios bastiones y por la fusilería de algunos caballeros que cubrian el foso. Fué pues forzoso valerse otra vez de la artillería. En fin, el 16 de febrero, Lally habia resuelto dar el asalto á todo trance; pero el mismo dia, á las cinco de la tarde, se avisaron algunos navíos. Era la escuadra del almirante Pocock, que conducía á los sitiados 600 hombres de tropas reales, sin contar algunos miles de hombres de las tripulaciones, la artillería de los navíos y socorros de toda especie. En presencia de fuerzas tales, que hubieran podido utilizar las obras de los sitiadores para sitiarnos á ellos tambien, y de las brechas de la plaza para penetrar en ella tras los vencedores, el asalto, aun cuando hubiese sido feliz, hubiera sido una locura. Después de haber redoblado sus fuegos para dejar una memoria suya á los sitiados, Lally acordó retirarse, como lo efectuó por la noche. En la mañana del dia siguiente, los sitiados hallaron en el campamento veinte y tres piezas de artillería, las veinte y dos inservibles. Los Franceses abandonaron tambien diez y nueve en el fuerte de Santo Tomás, que tambien evacuaron.

Mientras que Lally se alejaba rabioso, llegaba la noticia á Pondichery donde escitaba mayor júbilo aun que en Madrás. Corazones franceses conspiraban así sin rubor y abiertamente á favor de la estrella de Inglaterra, tan hondo y desenfrenado era el odio que al jeneral perseguía. Este, sombrío, pero poco contenido, prorumpia por su parte en imprecaciones y denuestos. Decía, hablando de Pondichery, que el fuego del cielo, á falta del de los Ingleses,

abrasaria esta nueva Sodoma. Escribió á Mr. de Leyrit una carta llena de inectivas y de acusaciones de traicion. No cabe duda en que el levantamiento del sitio de Madrás, tantos sacrificios en balde, tanta voluntad, tanta actividad, gastadas inútilmente, eran un gran revés para las armas francesas. Pero la ausencia de miras políticas en el general, y el llamamiento de Bussy que fué su consecuencia, causaban á la Francia un perjuicio de mayor cuantía aun que el desastre militar; perjuicio que no podrá ya repararse. La grande idea, la gran política de Dupleix habia sido conquistar la India por la India misma. Muy lejos de estrellarse con todas aquellas fuerzas vivas, queria apoderarse de ellas mañosamente (y lo habia conseguido) para ponerlas al servicio de la Francia. En este sistema, la guerra con la Inglaterra no era mas que un accidente, y se hacia la guerra á los Ingleses, no como á enemigos, sino como á aliados de los enemigos. El objeto principal era las alianzas francesas, esto es, la India, que espontaneamente se iba volviendo francesa. Creando un Subahdar, habia Dupleix creado esa India voluntariamente francesa, esa India solidariamente unida á la Francia. Ese subahdar hecho por su mano era para él hechura suya, pero para la India, país de tradiciones, era el fantasma de la tradicion y de la antigüedad nacionales, era el poder consagrado por el tiempo, revestido de la veneracion y de la obediencia universales; empuñaba en su diestra el signo visible y tres veces santo al que se adherian por un culto casi supersticioso todas las piedades hereditarias de los Indos, el estandarte sagrado del Decan. Teniendo este subahdar para sí equivalia á dar la India á la Francia; el defenderle era al paso que se sostenia un interés puramente francés, darse á los ojos de los indíjenas el mérito de sostener una causa toda interior para ellos y nacional. He aquí como, segun el sistema de Dupleix, llamado por haber hecho la guerra á la Inglaterra, la guerra con esta nacion no era mas

que un hecho accidental y fortuito. Con efecto, el fin de este sistema no era el menoscabo ó la humillacion de la Gran Bretaña, sino el sosten del subahdar. Una vez este reconocido y respetado, caia la guerra de suyo por falta de objeto; y esto es tanta verdad, que inmediatamente despues de haber sentado á Salabut Djung en el trono, y establecido su autoridad en las provincias, Dupleix no titubeó en proponer la paz; á pesar de los buenos pretextos que el impulso guerrero hubiera podido hallar en el Carnatic para proseguir la guerra. ¿Por qué singular contradiccion enviaron al puesto de donde acababan de derribar á Dupleix, á un hombre para quien nada era la India, y cuya política entera se resumia en estas palabras: ¡Guerra á muerte á los Ingleses! Allí hay Ingleses; esto es cuanto Lally queria saber de la India y de su historia. No ha de quedar uno solo; esto es cuanto queria prever y preparar. Esto equivalia á sembrar hierro para no cojer mas que guerra y siempre guerra; guerra con el Subahdar, en habiendo acabado con la presidencia de Madrás, guerra con el Mogol, en habiendo acabado con su subahdar; guerra con los Mahratas, herederos hambrientos del imperio de Timur, en habiendo acabado con los postreros residuos de aquel imperio. Tal era la suma espresion de aquella política miope que descartaba con menosprecio el sistema de las alianzas con el país, y que solo aspiraba á esterminar á los Ingleses. No tardaron en recojer sus frutos.

Mientras que Lally estaba sitiando á Madrás, el coronel Forde recorria las provincias del norte, donde le hemos dejado, y de donde habian llamado á Bussy. Privado de este apoyo, Salabut Djung, hombre apocado, sin resolucion y sin miras, se veia abandonado á sí propio y abrumado con el peso de su insuficiencia. El marqués de Conflans, que ocupaba el lugar de Bussy, no le reemplazaba. Despues de haberse dejado derrotar por Forde en Peddipore, se habia dejado cojer con todo su ejército en Masulipatam, donde cayó to-

do prisionero de guerra. El subahdar, cuyo socorro estaba aguardando, hubiera deseado que Conflans le hubiese ayudado, y no sabia que hacerse. Con todo esto deseaba siempre mostrarse fiel á los Franceses. Hostigado por Forde, apremiado por su hermano Nizam Ali, á quien la ausencia de Bussy habia alentado á levantar nuevamente el estandarte de la rebellion; apremiado por otros rajas, que habian sacudido el yugo de su autoridad, é iban desmembrando su imperio para entregar sus trozos á los Ingleses, no sabia el pobre por donde volverse. El hábito de ver á Bussy pensar y obrar por él le dejaba sin consejo y sin voluntad en medio de las dificultades que hubieran requerido un juicio pronto y un ánimo resuelto. Sin embargo, su molicie le arrojaba siempre en brazos de los Franceses, y despues de la toma de Masulipatam, pidió refuerzos á Pondichery; mas fiel en esto que otros aliados, que no habian esperado mas que el levantamiento del sitio de Madrás para separarse de los Franceses y pasarse al enemigo. Pero en fin, no recibiendo nada, y viendo vacilante su corona, Salabut Djung acordó confiar su salvacion á los Ingleses. A la primera proposicion que recibió al efecto, Forde, hecho bien cargo de la importancia de semejante suceso, salió de su campamento, y sin mas precauciones, fué en persona á presentarse al subahdar para conferenciar con él. Clive, que tenia el ojo clavado en los acontecimientos, habia ya con sus cartas preparado una alianza de esta especie, y ajustóse á costa de los Franceses. El subahdar se comprometia á entregar á los Ingleses, todos los distritos dependientes de Masulipatam con los de Condavir y de Walcarmanaz; á obligar á todos los Franceses que estaban á su servicio á trasponer el Krisma dentro de los quince dias; á no permitir en adelante á esta nacion establecerse en el Decan; á no tomar mas tropas francesas á su servicio; á amnistiar al rajá Ahnunderauze, que habia introducido y sostenido á los Ingleses en los estados del subahdar, y en pago le ayu-

daban estos á desembarazarse de su hermano rebelado.

Así desaparecia el postrer vestigio del monumento que habian levantado la política y el númen de Dupleix. Así este hombre grande, que se sobrevivia á sí mismo, estaba ya viendo á los Ingleses heredar el magnífico patrimonio que él habia formado para la Francia; así el nombre francés quedaba borrado para siempre de la historia de la India. En este momento, lo que por un instante se habia podido llamar el imperio francés del Decan, venia á ser el imperio inglés desde el Cabo Comorin hasta Ganjam. Solo habia que restar á Pondichery y su territorio, y aun esto no por mucho tiempo.

Este tratado tan precipitadamente ajustado estuvo á pique de traer una complicacion singular. Ya llevamos dicho que Clive estaba atisbando el trance en que pudiera sustituir la Inglaterra á la Francia en la alianza del subahdar del Decan. Pero como los vínculos que enlazaban á Salabut Djung con la causa francesa no dejaban esperar que cupiese separarle de ella, el presidente de Calcuta habia resuelto servirse de la ambicion de Nizam Ali y de las revueltas que provocaba en el Decan. Púsose pues en relaciones con él por conducto de Forde. Viendo Nizam Ali que los Ingleses le brindaban con su apoyo, salió al punto á campaña. Y como su marcha sobre Hyderabad fué cabalmente lo que obligó á su hermano Salabut Djung á implorar el socorro de los Ingleses, estos iban á verse en el caso de pelear unos contra otros, ó al menos contra uno de sus aliados. Pero antes que los dos ejércitos hubiesen tropezado uno con otro, y que los Ingleses de Salabut Djung hubiesen llegado á las manos con las tropas de Nizam Ali, se logró conciliar las desavenencias que habian encendido la guerra entre los dos hermanos. Nizam Ali fué restablecido en todos los poderes que habia ejercido. Como mediaban entre él y los Franceses violencias, homicidios, y sangre derramada por sus manos ó por sus órdenes, puede decirse que esta reconciliacion se verificó á costa

de los Franceses, y que el Decan, al paso que huía de la alianza francesa, caía bajo el influjo de un enemigo irreconciliable de los Franceses. El afán de los Ingleses por precipitarse en todas las alianzas que se les rodeaban hubiera debido abrir los ojos á Lally sobre la importancia de esta política; pero la triple venda de sus prevenciones, de sus pasiones y hábitos europeos apagaba en él toda prevision, y su terquedad hubiera bastado para endurecerle en el menosprecio de lo que su corto talento le habia hecho desconocer. Por otra parte ya habia volado el momento para la enmienda.

A la noticia del sitio de Masulipatam, se habia puesto en movimiento para ir al socorro de aquella plaza; pero supo por el camino que ya los Ingleses se habian apoderado de ella; y se detuvo. Entonces recibió la noticia de un nuevo combate naval que las dos escuadras acababan de trabar; y en el que el conde de Aché habia recibido una herida que se le habia llevado parte del muslo en el momento en que se arrojaba para rectificar una falsa maniobra. Aquella falsa maniobra y la herida del almirante arrebataron á los Franceses la ventaja del combate, porque los demás buques creyeron deber instar el movimiento del navío almirante. No obstante, los buques ingleses quedaron tan mal parados que aunque dueños del campo de batalla, no osaron perseguirlos (10 de setiembre de 1659). La escuadra inglesa que ya habia desembarcado socorros de hombres y dinero en Madrás, fondeó en la rada de Negapatam. Esta noticia causó la mayor consternacion en Karikal, y tambien en Pondichery. Lally, que habia vuelto atrás sobre Arcot para recoger algun dinero, fué el único que mostró una firmeza incontrastable. Distribuyó á las tropas el dinero que acababa de recibir y fué á tomar posicion en frente del ejército inglés en el distrito de Conjeveram. Pero á pesar de la distribucion que acababa de hacer, no osó emprender cosa alguna, y después de haber repartido algunas en

acantonamientos, regresó á Pondichery para aguardar los socorros que le enviaban de Europa. Los Ingleses se aprovecharon de aquel momento para hacer algunas tentativas sobre Wandeswah, y para apoderarse de Curpanky y de Tripeti, distrito importante por sus rentas.

En aquel entretanto llegó el socorro esperado; constaba de 180 hombres de tropas, de 400.000 libras en dinero y de 247.000 en diamantes. Estos recursos eran muy inferiores á las urjencias, y tan insuficientes, que despertaron el desaliento mas bien que el denuedo. El desaliento llegó á su colmo, cuando se supo que la escuadra volvió inmediatamente á las islas de Francia y de Borbon. Aché sabia que cuatro navíos de guerra, á las órdenes del almirante Cornish, debian juntarse con la escuadra del almirante Pocvek, y contra fuerzas tan superiores no queria Aché lidiar. Ni las representaciones de los principales habitantes de Pondichery, ni las de los administradores, ni las del clero pudieron disuadirle de su resolucion. Firmóse una protesta que esponia el peligro que resultaria para el establecimiento francés en la India de la partida de Aché; la mengua y el descrédito que causaria la misma, á los ojos de los pueblos indíjenas, aquella flaqueza, que comprobaba al parecer la derrota de los Franceses y el espanto de que estaban poseidos; por último hacian á Aché responsable de la pérdida de la colonia. Ya habia dado la vela; pero habia quedado atrás un navío, á cuyo comandante entregaron copias de la protesta para todos los capitanes de la escuadra. Aché la recibió estando ya á doce millas de distancia. Inmediatamente celebró un consejo, de cuyas resultas volvió á Pondichery. Pero sosteniéndose siempre su primer acuerdo, se limitó á desembarcar 500 Europeos, entre soldados y marineros, y 400 Cafres, y volvió á partir inmediatamente.

Esta partida produjo por otra parte un efecto saludable, si posible hubiese sido aun la salvacion; pues ocasionó una especie de reconciliacion entre Lally y Bussy. La necesi-

dad entreabria el ánimo del primero á los consejos de la larga y feliz experiencia del otro. Rajá Sahib, hijo de Chanda Sahib, acababa de ser reconocido por Lally nabab del Carnatic, sin consultarlo con el subahdar, Basalut-Djung, hermano segundo de este, que, como nosotros, habia visito verificarse á costa suya la reconciliacion de sus mayores; se habia dado á los Franceses á quienes habia traído ya una cooperacion enérgica. En pago solicitaba con afán ser nombrado en lugar de Rajá Sahib. Lally, que habia sacado de este crecidos subsidios en paga de la dignidad que le habia conferido, repugnaba avenirse á un ajuste tan desleal. Bussy le aconsejaba que se aviniese; y como no perdía de vista la esperanza de volver á traer al subahdar á la causa francesa, instaba á Lally para que diese á Basalut Djung la investidura del Carnatic, con la reserva de ser confirmada por su hermano. Lally, despues de haber resistido largo tiempo, acabó por dejarse persuadir tras la partida de la escuadra, y Bussy, que poco antes habia sido nombrado segundo comandante de la colonia, partió al punto para incorporar sus tropas con las de Basalut Djung, y continuar con él el arreglo de este negocio.

El dia de su partida se supo en Pondichery el revés padecido por los Ingleses en su tentativa sobre Wondeswah. Allí los siguió hasta cerca de Conjéveram, presentándoles el combate, que rehusaron. Dividiendo entónces sus tropas, dejaba parte de ellas en Wandeswah, y marchaba con las restantes al encuentro de Basalut-Djung, cuando recibió noticias que le hicieron retroceder. El 16 de octubre, habiendo sido castigados algunos soldados por una falta de disciplina, reuniéronse cincuenta de sus camaradas, se apoderaron de las cajas de guerra y tocaron jenerala. Todo el rejimiento, era de Lorena, corre al punto á las armas y los sigue. Ya hemos visto cuales eran los sentimientos del ejército con respecto á su jeneral. Aquellas antipatías, personales todas contra Lally, iban en aumento con el des-

contento que provocaba la irregularidad de la paga, la que estaba atrasada entónces de un año. El chasco que habia seguido á la llegada de la escuadra con la cual habian contado los soldados para recibir sus atrasos, habia estremado hasta el furor la fermentacion de los ánimos. Acusaban á Lally de haber guardado para sí el dinero enviado de Europa. Los oficiales, ya bastante apurados para mantener en la disciplina en un ejército sujeto á tan ásperas pruebas por una sucesion incesante de privaciones y padecimientos; no podian salvar parte de su autoridad sino disimulando las infracciones del respeto que exige la majestad del mando. Abandonaban pues al jeneral á la maledicencia de los soldados, para conseguir al menos un residuo de obediencia en la que correspondia al servicio. Pero ya habia llegado la hora en que debia escabullírseles aquel residuo de disciplina. Su voz es desconocida; el rejimiento de Lorena arrastra tras sí al rejimiento de Lally y á un batallon de la Compañía. Salen ordenadamente, mandados por sus sargentos y cabos, y toman posicion en una montaña vecina. Se apoderan de la artillería, de los rebaños, de todas las provisiones; hasta quieren llevarse consigo las banderas; pero ante este emblema venerando, la autoridad de los oficiales logra hacerse respetar. Los oficiales se agolpan en torno de las banderas y juran morir antes que consentir que se las quiten. Una vez instalados en la posicion que habian escogido, los sublevados trazan su campamento, establecen sus puestos, organizan, en una palabra, la disciplina y el servicio con tanta regularidad como un ejército sumiso á sus jefes. Los sargentos y cabos habian sido promovidos á todos los grados vacantes. El jeneral era un sargento de Lorena llamado la Joie, quien habia nombrado mayor jeneral á otro sargento. Al punto habia la Joie redactado un reglamento, que se leyó á la cabeza de las compañías. Habian jurado observarlo y no entregarse sino despues de haber logrado satisfaccion sobre los atrasos. No hubo violencia, no

hubo ninguna de aquellas brutalidades que hubieran podido temerse de una soldadesca sublevada. Hasta en la rebelion permanecen soldados y buenos soldados. Todos los oficiales que se presentan para tratar de hacerlos volver á la senda del deber son bien recibidos por sus sucesores, mas no oídos como jefes. Todo va siguiendo por otra parte como cuando estaban bajo sus órdenes. Los soldados permanecen fieles á sus banderas, que no tienen, y se aperciben para rechazar á los Ingleses, levantan trincheras, y colocan su artillería en el único punto por donde su posicion era vulnerable. Sin pérdida de momento se dió noticias á Pondichery de aquella sedicion. Lally, segun su costumbre, prorumpió en cargos contra el consejo, que reunió no obstante, y cuyos miembros trataron de desmentir sus acusaciones mas bien con obras que con palabras. Cada uno de ellos ofreció su vajilla y todo lo que tenia de valor. Todo fué llevado á la casa de la moneda y fundida al punto. Los habitantes de Pondichery imitaron este ejemplo, y provisionalmente se envió á un oficial con cuanto dinero quedaba en las arcas del ejército. Aquel oficial, luego que hubo llegado al campamento, arengó á los soldados, logró enternecerlos, y ayudado por el mismo la Joie, recabó de ellos mediante una promesa de dinero y una amnistía, que volviesen á su deber. Con efecto, habiéndose cumplido esta doble promesa, las tropas volvieron espontaneamente á Wandeswah, donde pasaron la noche bebiendo y devirtiéndose.

Bussy al saber estas noticias, previó un acontecimiento semejante en sus tropas distribuyendo todo el dinero que tenia á su disposicion. Halló no obstante á Basalut Djung muy entibiado por aquella insubordinacion de las tropas. Por otra parte, su hermano Nizam Ali le apremiaba con sus instancias y promesas. Basalto no quiso comprometerse con Bussy sino con el pacto de ser inmediatamente reconocido nabab del Carnatic y de recibir cuatro laques de rupias. Como de estas con-

diciones, la segunda sobre todo era absolutamente impracticable, no pudo convenirse nada. Durante estas conferencias, Lally, siempre apurado por la necesidad de dinero, habiendo querido dirigir una expedicion sobre la isla de Seringham, donde los Ingleses poseian un distrito que les producía 600.000 rupias, dividió su ejército en dos cuerpos, contra el dictámen de todos los miembros del consejo; uno de estos cuerpos, mandado por Crillon, se dirigió sobre Seringham, de que se apoderó; y el otro se acantonó en Wandeswah y Arcot. El coronel Coote, recién llegado con un refuerzo de mil hombres, quiso aprovecharse de la reduccion del ejército francés en el norte y salió á campaña. A pesar de la enerjía del gobernador de Wandeswah, entró de noche en aquella plaza por traicion; desde allí se encaminó á Carangoly, y en seguida sobre Arcot. Pero á la noticia de su marcha, Bussy se habia apresurado á despedirse de Basalut Djung, y ya estaba en Arcot cuando se presentaron los Ingleses delante de esta plaza. Siempre diestro en negociaciones, habia sabido sacar de su viaje cerca de Basalut Djung la ventaja de que 400 jinetes se habian comprometido en su servicio, y poco despues los Mahratas, malcontentos con los Ingleses, que les negaban unas sumas debidas en premio de sus servicios antes del sitio de Madrás, le facilitaron tambien, mediante 200.000 rupias, su cuerpo de 1000 jinetes. Este refuerzo puso á los Franceses en posicion de hacer al enemigo un encuentro decisivo. Sin embargo, como ya habia venido á ser inevitable, preparábanse por ambas partes lo mejor que podian, necesitando aliados por todos lados y reuniendo todas las fuerzas de que podian disponer. La guerra, casi siempre subsistente entre los pequeños príncipes del pais, aprontaba una materia bastante movable para este jénero de alianzas.

A principios de 1760, habiendo Lally mediante dinero al contado quitado á los Ingleses, que no ofrecian mas que letras de cambio, un

cuerpo de 3.000 Mahratas, se creyó por fin en estado de poder de comenzar sus operaciones. Floreó con algunas pequeñas expediciones mas ó menos felices antes de emprender un proyecto que le embargaba enteramente, cual era el recobro de Wandeswah. Los zelos que le inspiraba la opinion jeneral de la superioridad de Bussy lo llevó nuevamente á proceder tan indignos, que el coronel pidió retirarse á Pondichery. Negósele el permiso, y tuvo que dar su dictámen en punto al plan de campaña concebido por Lally. Bussy no lo aprobaba; puso el reparo de que los Ingleses no dejarían sitiá á Wandeswah sin forzar á los Franceses á aceptar una batalla; que los Franceses se presentarían en ella en condiciones desiguales, puesto que las tropas y la artillería ocupadas en el sitio debilitarían sus fuerzas, y que la necesidad de cubrir la plaza no los dejaría dueños de escoger el terreno que mas les conviniese. Lo mejor que á su entender podía hacerse era emplear desde luego el cuerpo entero de los Mahratas auxiliares en devastar las posesiones del enemigo para obligarle, ó á dar batalla ó á refugiarse al rededor de Madrás para hallar allí su subsistencia. Este consejo era tanto mas cuerdo por cuanto las devastaciones efectuadas por los Mahratas habían ya causado la carestía en el campamento enemigo, y la rejencia de Madrás, que ya no cobraba sus rentas, había llamado al coronel Coote. Ya iba este á obedecer; pero prescindiendo Lally de todas estas condiciones, marchó sobre Wandeswah, donde no tardó en seguirle el coronel Coote. Bussy, á quien habían dejado detrás, había recibido la órden de juntarse con el cuerpo de ejército principal, si los Ingleses emprendían una llamada. Lally, al llegar delante de Wandeswah, dió el ataque sin perder un instante. Desgraciadamente la cabeza de la columna se componía de marinos poco acostumbrados á aquel jénero de guerra. Así que no resistieron á la fusilería de los sitiados. Al día siguiente, á la cabeza de todo su infantería precedida de dos piezas de cam-

paña, Lally vuelve á la carga, y es el primero que entra en la ciudad escapada en mano. La guarnicion se guarece en el fuerte. Los acometedores se barricadan en la ciudad y levantan sus baterías. Coote había tomado posición á corta distancia, esperando que se hubiese empezado el sitio para arrojarle sobre el ejército sitiador ó sobre el cuerpo de observacion.

Bussy, que veía sus previsiones en camino de realizarse renovó sus instancias con Lally, para conseguir que se aplazasen los trabajos del sitio, y que se mantuviesen las tropas reunidas para dar batalla con todas las fuerzas del ejército, ó que se emprendiese la retirada. Pero el corazon de Lally abrigaba hartas prevenciones rencorosas para dar oídos á un consejo desacreditado ya por su procedencia. Habían entrado en Wandeswah el 10 de enero. Habían tenido que aguardar la artillería de sitio, y hasta el 20 no comenzó el fuego contra el fuerte. Al día siguiente estaba abierta la brecha. Coote juzgó que había llegado el momento de obrar. Habiendo partido para hacer un reconocimiento, supo la abertura de la brecha, y mandó á sus tropas que se le incorporasen; llegaron en efecto de noche. Adelantóse entonces á la cabeza de una parte de su caballería para continuar su reconocimiento, y tropezó con la caballería mahrata á la que atacó. Durante este empeño, llegaron para sostenerle lo restante de su caballería, sus cipayos y dos piezas de artillería. Con este refuerzo volcó á los Maharas y se apoderó de su posición. Ya estaba trabada la batalla. Los Franceses habían dejado delante del fuerte 450 hombres, los 300 cipayos, y los 150 Europeos. Lo restante del ejército, que ascendía á 6.550 hombres, los 2.250 Franceses, acudió á formarse en línea. Los cipayos maniobraron torpemente y se dejaron desbaratar. El rejimiento de Lorena, que se adelantó para sostenerlos, logró aportillar la línea inglesa, á pesar de un fuego mortífero que diez-maba sus filas. Pero cojido sobre sus dos flancos por las dos alas de aquella línea, se halló empenada en un

combate de cuerpo á cuerpo, en el que las pérdidas que acababa de padecer le daban una grande inferioridad. Roto por todas partes, y sembrando el terreno de cadáveres, se retira desordenadamente. Coote no se deja llevar del afán de perseguirle, sino que al contrario, reúne á los suyos y los conduce en buen orden sobre el ala izquierda de los Franceses, donde acababa de causar alguna confusión la esplosion de una caja de municiones que habia muerto ó herido á unas ochenta personas. Bussy por su parte reúne á los fujitivos, se pone al frente del rejimiento de Lally, y calando bayoneta marcha al enemigo á quien sostienen dos piezas de artillería. En aquel punto, su caballo herido de un balazo, se viene al suelo; y cuando pudo desenredarse, se vió rodeado de enemigos y prisionero. El mayor Bereton, que mandaba á los Ingleses, habia sido herido mortalmente. Poco despues, á pesar de los conatos de Lally, que se afanaba en reunir á los fujitivos y les atajaba el paso con su cuerpo, la derrota se hizo jeneral. Los Ingleses entraron en el campamento revueltos con los Franceses; arrebatado que hubiera podido serles fatal, si los cipayos, que guardaban los puestos avanzados, no hubiesen huido y malogrado con esto la ocasion de cojerlos entre dos fuegos. La caballería francesa, que se portó bien, salvó al ejército de una dispersion completa. Reuniéronse los residuos, que evacuaron el campamento por la espalda, llevándose las tropas que se habian dejado de guardia para los trabajos del sitio. Coote, que de buena gana los hubiera perseguido, no osó aventurar su caballería india contra la francesa. Mas no se durmió sobre aquella victoria, que le entregó sucesivamente Chitapet, Arcot, Timeay, Devicotah, Perma-coil, Alamparvah, Karikal, Valdo-re, Chillumbrun y Cadalore. En mayo de 1760, los Franceses se veian reducidos á Pondichery, Villanore, Djingy y Tiagar. Ya habia dado la hora postrera de su poderío en la India. Iba á descargársele el último golpe bajo los muros de Pondichery.

Por una de aquellas fatalidades que se encuentran con frecuencia en la corta carrera de Lally Tolendal, en este momento abrió al parecer los ojos ante el falso camino que habia seguido su política. Las duras escamas de la prevencion y del orgullo que le habian encubierto la luz de la verdad no quisieron caer hasta que hubo llegado la hora en que aquella luz no podia ya alumbrar para él mas que la profundidad del abismo que ya le estaba tragando. Bajo los muros de Pondichery, único punto que le quedaba de tantas conquistas dejadas por Dupleix, una vislumbre tardía le hizo comprender que la política que habia hecho aquellas conquistas valia la política que las habia perdido. Cuando ya no podia salvarle ninguna alianza, alargó á las alianzas indíjenas una mano desfallecida. Hyder Ali, á quien se dirigió, era el jeneral de las tropas de Mysore, y el jefe verdadero de aquel imperio de Mysore que debia arrojar un resplandor volandero. Comprometiése á abastecer á Pondichery, á aprontar 8000 caballos y 5000 infantes. Los Franceses por su parte debian entregarle Tiagar que aquel estaba codiciando, para poner sus tesoros en seguridad contra las vicisitudes de las revoluciones que preparaba en su país, y que ya habia comenzado, apoderándose, en nombre del rajá detenido en una fortaleza, de toda la realidad del poder. Estimuló además que los Franceses le pagarian 100.000 rupias al mes para el mantenimiento de sus tropas durante esta guerra, y que despues le ayudarian á conquistar las provincias de Tinivelly y de Madura. Los Misoreos empezaron por derrotar á un destacamento inglés enviado contra ellos, Coote se desagravió tomando á Villanore á su vista y á la de Lally. Cumplieron tan bien sus compromisos relativos á los abastos de Pondichery, que muy luego no supieron ni siquiera hallarlos para sí mismos. Con la penuria entró el desaliento en sus filas; siguióse la desercion. Un destacamento que traía de Djingy 2.000 bueyes, y una gran cantidad de arroz fué derrotado. toda la

caballería se dispersó, y tres días despues aquel ejército aliado habia desaparecido en términos que no quedaba de él un solo hombre. Los Ingleses, al contrario, acababan de recibir refuerzos en hombres y dinero. Así pues los mismos acontecimientos iban conduciendo á los Ingleses al pié de Pondichery, y en el momento en que llegaban allí, la Providencia les envia lo necesario para dar un golpe certero y decisivo.

Pondichery tenia dos recintos; el uno, formado de árboles cuyas ramas se enlazan de modo que oponen un obstáculo insuperable, bastaba por sí solo para poner la plaza al abrigo de un golpe de mano de los indígenas. El otro era una muralla flanqueada de cuatro reductos, y separada de la principal por un espacio bastante vasto para poder alimentar con sus productos al ganado y á los habitantes tambien, en caso necesario, durante algunas semanas. La plaza fué atacada á últimos de agosto. El 4 de setiembre, Lally hizo una salida combinada por un plan muy arrojado para sitiar á los Ingleses en su propio campamento. Apoderáronse los Franceses de dos de los cuatro reductos que flanqueaban el campamento. Pero una equivocacion del oficial encargado del ataque que debia cojer al enemigo por la espalda le hizo llegar demasiado tarde; y la operacion se desgració. El coronel Coote, á quien habia cabido toda la gloria de esta campaña y comenzado el sitio de Pondichery, estuvo á pique de verse privado del blason de terminarlo. Habiendo unos buques llegados de Inglaterra llevado á los mayores Bereton y Monson despachos de coronel con la órden al último de no hacer uso de él en tanto que Coote permaneciese en la costa de Coromandel, este creyó ver en estas espresiones una órden de pasar á Bengala. Dispúsose pues para partir con su rejimiento. Pero objetando Monson que no podia continuar el sitio de Pondichery, si le quitaban el rejimiento, Coote se avino, no solamente á desprenderse del mando, lo que era quizás estremar demasiado

la interpretacion de los términos restrictivos insertados en el despacho de Monson, sino que se apresuró á poner su rejimiento á la disposicion de su sucesor, y fué á aguardar en Madrás el fin del sitio. Al primer ataque, el coronel Monson tuvo el muslo roto de un balazo; y como aquella herida le ponía fuera de estado de ejercer el mando, fué el primero que se interesó con el consejo de Madrás para recabar que Coote volviese á encargarse de él. El sitio habia dado un paso bajola direccion del coronel Monson, puesto que los Ingleses habian quedado dueños del reducto delante del cual habia sido herido. Coote, que se habia contentado al principio con un simple bloqueo, se dedicó á transformarlo en un sitio regular. Es para Lally un gran blason el haber hecho durar este sitio cuatro meses y medio (desde últimos de agosto hasta el 14 de enero de 1761), con una guarnicion escasa y no pagada, y que desde el mes de diciembre, empezó á carecer de víveres. Con su enerjia suplia Lally á todo, hasta á su salud, postrada por tantas fatigas. En la antepeúltima noche que precedió á la rendicion de la plaza, se le vió, con el temor de un ataque, hacerse llevar por las murallas y dar á los soldados estenuados su última moneda de oro y su última botella de vino. Muchísimos de estos desgraciados habian perecido de miseria. En balde, para ahorrar los víveres, Lally habia despedido la poca caballería que le quedaba y expulsado de la ciudad á toda la poblacion inda. En vano habia mandado rejistrar todas las casas para arrebatat todos los comestibles y reducido la racion á lo rigurosamente preciso. Cada hombre no recibia mas que lo necesario para no morir de estenuacion; muchas veces quedaban interrumpidas las distribuciones, y aguardaban, en una penuria absoluta, que la casualidad cubriese las urjencias del siguiente día. Por un momento pareció que el cielo queria socorrer á los sitiados. En la noche del 30 al 31 de diciembre se levantó un huracan tan furioso que la escuadra inglesa que

cooperaba al bloqueo fué rota y dispersada. La mar, salvando sus límites, se derramó hasta las murallas, sumerjió y arrebató las baterías y reductos de los sitiadores. Los habitantes de Pondichery se creyeron salvos. Pero la misma tempestad habia causado tambien sus estragos en la ciudad, derribado los almacenes, los hospitales, y destruido ó deteriorado lo que contenian. La escuadra inglesa, cuyos residuos se habian reunido en alta mar, habia vuelto á cerrar el puerto, y el ejército de tierra volvía á comenzar sus trabajos. Habian fundado otra esperanza en un cuerpo mahrata que Lally habia tomado á su servicio mediante 500.000 rupias. Pero los Ingleses pujaron el ajuste hasta 2,000.000 y el cuerpo mahrata se pasó al enemigo. Algunos socorros hubieran podido esperarse de la escuadra francesa; pero con motivo de algunos celos que se tuvieron de que el gobierno inglés trataba de apoderarse de las islas de Francia y de Bourbon, el gabinete de Versalles habia enviado á Aché la orden de no salir de aquellas aguas ó de volver á ellas al punto, si las hubiese dejado. La escuadra recibió aquella orden en la isla de Francia, donde se hallaba padeciendo carestía y azotada por las tempestades. Por consiguiente no se movió de aquel punto. Así pues todo conspiraba al parecer contra el desdichado Lally; y cuando hubo capitulado, Coote, su vencedor, pudo darle este testimonio en una carta que enviaba á Inglaterra: «Nadie tiene mas alta opinion que yo del jeneral Lally, quien, me consta, ha luchado contra obstáculos que yo creía invencibles y que él ha vencido.... No hay ciertamente en toda la India otro hombre que hubiese podido sostener por tanto tiempo á un ejército sin paga y sin recibir ninguna clase de socorro.» Los Ingleses quedaron enternecidos cuando, al pasar revista de la guarnicion que iba á arrimar las armas, se hallaron ante los restos desconocidos de los hermosos regimientos de Lorena y de Lally, dos conocidos antiguos, á quienes, durante toda esta guerra,

se habian acostumbrado á hallar en primera línea en todas las fatigas y en todos los puestos peligrosos. Nunca habia visto la India tan hermosas tropas. Desde el día de su llegada á este pais hasta el día de la capitulación de Pondichery, á pesar de las fatigas, de las privaciones y de los padecimientos incesantes, no habia desertado ni un hombre siquiera. Ya hemos visto que conservaron la disciplina hasta en medio de la rebellion. Solo el ojo del enemigo podia reconocerlos en aquel momento, y hasta el enemigo sabia compadecerlos.

Pero para Lally solo habia enemigos implacables. Hasta en el consejo le habian urdido tramas para hacer recaer sobre él la odiosidad de las medidas tomadas por el gobierno, si no salian bien, y para disputarle el timbre en caso de buen éxito. Luego que estuvo derribado desenfrenóse contra él el odio mas furioso. Hasta su vida fué amenazada por grupos de oficiales y soldados de la Compañía que allanaron las puertas de su habitacion. Habiéndole librado una partida de soldados ingleses, fueron á esperarle á las puertas de la ciudad, donde, merced á su escolta, solo pudieron alcanzarle los silbidos, gritos y denuestos. Dubois, intendente del ejército, que salió tras él, y como él era perseguido, no pudo menos de requerir su espada y de ofrecer el combate á cada uno de los que le estaban injuriando. Un oficial aceptó el desafío, y Dubois, que era viejo y corto de vista, cayó herido mortalmente. Tal fué el último episodio de la historia de la dominación francesa en el continente de la India. Esas dos espadas francesas que se cruzan á las puertas de una ciudad, de una capital que pierden, vienen á ser una imájen y un resumen bastante fiel de los tres últimos años de esta historia. Así debia terminar en Pondichery, y asimismo debia terminar tambien en Francia; con la diferencia no obstante de que la espada de los enemigos de Lally, del altanero y viejo Lally, pasará de las manos de un oficial desconocido á las manos del verdugo.

Apenas llegado á Francia, hallóse Lally amagado por una carta sellada (1). Como titubeaban en entregársela, él mismo fué espontáneamente á la Bastilla diciendo: «Aquí traigo mi cabeza y mi inocencia.» Lally purgaba no solamente sus yerros sino también los ajenos. Ya es sabido el estado de humillacion á que entónces habiallegado el gobierno francés en Europa; harto sabidas son las paces humillantes, las guerras insensatas, el desórden de la hacienda, los indignos privados y las favoritas indignas; el despotismo, los abusos de todo jaez, que ultrajaban á la nacion francesa á la sazón. Todo era pábulo de los odios que el gobierno se habia atraído, y todo servia de blanco á aquellos odios, como recayese el golpe sobre el gobierno. Cojido por la mano fatal de aquella responsabilidad ciega, Lally fué considerado como el macho cabrío de todas las iniquidades que se habian ido acumulando. Su llegada dió la señal de una explosion universal. El gobierno, fácil de intimidar cuando no tenia que defender mas que la justicia, no sintió quizás ver el furor público desviarse para descargar sobre aquella víctima espia-toria, y se guardó de agregar á su embarazo el embarazo de defenderla. Sin embargo los enemigos del ministerio persiguieron á Lally como á agente del ministerio. Encerrado en la Bastilla como Labourdonnais, hubiera, como Dupleix, esperado eternamente que su proceso estuviese informado, cuando sobrevino la muerte del jesuita Laval. Aquel jesuita habia andado metido en muchas intrigas y negociaciones en la India; era el mismo que, durante el sitio de Pondichery, habia ganado la alianza de aquellos Mahratas que los Ingleses arrebataron despues á los Franceses. Era el mismo que, en el momento en que Lally queria por segunda vez hacer registrar las casas de la ciudad, en busca de víveres, disuadió al jeneral

de hacerlo, comprometiéndose á hallar lo que buscaban, y halló con efecto víveres para quince dias. Este hombre mañoso, que murió diez y nueve meses despues de haber entrado Lally en la Bastilla, habia redactado dos memorias, conteniendo la una una apolojía de todos los actos de la administracion de Lally, y la otra, al contrario, un libelo infamatorio. Proponíase aquel ladino jesuita servirse de una ú otra segun le conviniese, pero sobrevino la muerte que echó al través aquel cálculo honroso. Una mano oficiosa enterró aquellas memorias de los papeles del jesuita. La primera memoria se traspapeló no se sabe cómo; la otra, al contrario, era muy útil al parlamento, enconado entónces contra el ministerio. Así fué que vino á ser la base de una acusacion de concesion de alta traicion. La gran Cámara á quien pasó la causa y que á este efecto quedó constituida en comision especial, recibió la órden de informar sobre todos los delitos cometidos en la India antes y despues de la llegada del conde de Lally. Esta disposicion, que redundaba toda en ventaja suya, se eludió, y quedó él solo hecho el blanco de las pasiones del público y de la justicia.

Pasaron otros diez y ocho meses sobre este informe monstruoso que no habia reunido menos de 160 cargos de acusacion, ni llamado á menos de 200 testigos. Lally, fuerte con su inocencia y siempre indomable, no dejaba de recriminar contra sus acusadores y hasta contra sus jueces. Ya desde su llegada habia ido declamando contra los SS. Leyrit, Bussy, y Moracin, con tanta injusticia como se mostraba en aquel momento para con él. Sin duda que la malquerencia de los que le rodeaban le habia contrariado á veces, pero para hallar la fuente de aquella malquerencia, se olvidaba de consultar su interior, sus violencias, sus arrebatos, sus tiranías acompañadas siempre de groserías imperdonables y de acusaciones no menos ultrajantes que inalicables. Pronuncióse su sentencia en 6 de mayo de 1766. Habíanse desviado los cargos de concusion y

(1) Orden del rey para prender á los reos de estado ó á las victimas del despotismo.

de alta traición, mas no por esto dejó de reconocerse que Lally habia vendido los intereses del rey y de la Compañía, cometido abusos de autoridad, vejaciones, exacciones, mereciendo todo la pena capital. Cuando el escribano, que le leyó la sentencia, llegó á estas palabras: vendido los intereses del rey, Lally pronunció con voz atronadora: ¡Jamás! ¡jamás! Tras la lectura cayó en uno de aquellos arrebatos de furor que le eran tan familiares, y en seguida aparentando arrodillarse para orar, se hundió en el pecho un compás de que se servia para trazar mapas. La herida no fué mortal, aunque penetró el compás cuatro pulgadas. Esperaba Lally que no consentiria el rey la ejecucion de tan inicua sentencia; pero se engañaba. Tambien se engañaba contando con una pequeña fineza que su confesor habia alcanzado y le habia prometido; cual era la de ser trasladado de la carcel llamada la Conserjería al sitio de la ejecucion, en su coche, con hachones, seguido de un ataud y de los coches de sus amigos que querian darle este triste y postrer testimonio de afecto. Llegada la hora, embargaron un carretón que vino á pasar por delante de la cárcel. Lally, al subir en aquel ruin carruaje, dijo á su confesor: «Todo podia esperarlo de parte de los hombres; pero ¡vos tambien me habeis engañado!» Hasta le hicieron la injuria de ponerle una mordaza, por temor de que su voz alborotase al pueblo. Subió las gradas del cadalso, se arrodilló espontáneamente, y alargó la cabeza al verdugo.

Voltaire ha dicho con mucha verdad que la muerte de Lally era un asesinato cometido con la espada de la ley. Otro dicho de Alembert, al paso que espresa el mismo pensamiento, deja entrever un residuo de aquella odiosidad jeneral contra aquel hombre desdichado; pues dice: «Todo el mundo tenia el derecho de matar á Lally, menos el verdugo.» Pareceños que el filósofo Alembert daba en esto demasiado ensanche á las prevenciones del público ó á la necesidad de decir una

agudeza. Lally habia llevado á la India precauciones funestas, un carácter inconciliable con las circunstancias; habia cometido yerros que le causaron grandes desdichas; pero árduo hubiera sido hallar en él un crimen que no fuese de un buen caballero y de un soldado valeroso. Tambien verémos entre los Ingleses los odios públicos encarnizarse con los héroes de la India británica; pero tambien verémos á la Inglaterra hacer otra justicia á lord Clive, á Warren Hastings; y no obstante, sino eran vencidos como Lally Tolendal, no eran mas victoriosos que Dupleix.

CAPITULO XIV.

SITUACION DEL CARNATIC Y DEL DECAN TRAS LA ESPULSION DE LOS FRANCESES.

El rasgo característico de este período de la historia de la India, de este pais de minas de diamantes y de riquezas fabulosas, es la falta de dinero. Creian los pueblos occidentales que con solo hollar la arena de aquellas rejiones misteriosas y rebosantes de maravillas, habian de realizar la fábula del rey Midas. Con el ojo clavado en el antiguo Oriente, la Europa codiciosa, la Europa crédula habia creído de veras y devorado con la imaginacion aquellas *puertas del sol*, de oro todas y pedrerías, que la poesía mitológica le habia descrito. Ya palpaba anticipadamente y con una mano trémula del respeto que al oro se profesa, aquellos viejos y ajigantados dioses de oro macizo que miraban impasibles, con ojos de carbunclos, el crisol donde queria echarlos. Pero apenas hubo quebrantado aquellas puertas, hasta el oro se convirtió en arena bajo sus plantas. Apenas hubo tendido sobre aquellos dioses una mano calenturienta y rapaz, allá se desplomaron, cuajando el suelo con trozos de barro. Tambien allá se habian marchado los dioses, los de oro almenos. Lo que quedaba era una tierra que, como la nuestra, habia que regar con el sudor, y á la que visitaba de cuando en cuando el hambre, lo que en

una sola visita le arrebató la tercera parte de sus habitantes. Las riquezas no llegaron sino en pos del trabajo. El sudor fué fecundo; la sangre no enjendró mas que desiertos y aridez. Ya hacia muchos años que los Europeos no derramaban mas que sangre; la India la iba brotando siempre; la sangre cubria sus llanuras. Mas ¿dónde tenia ocultos sus tesoros? Sudaba sin un ay el sudor de la sangre bajo el arnés de los vencedores; pero estos se afanaban por esprimirle un sudor de oro, y este nunca llegaba. ¿Cómo cabia hacerle sudar oro? Ni Franceses ni Ingleses podian avenirse á la idea de que faltan el oro en un país á donde solo por el cebo del oro habian llegado de tan lejos. Daba compasion el ver á aquellos osados conquistadores que, con un puñado de hombres, barrían ejércitos y volcaban imperios, detenidos á cada instante por esta paja; la falta de dinero. Presentábase una empresa magnífica, proyectábase una expedicion grandiosa; todo estaba pronto, el valor, las armas, los planes y el apetito del conquistador. ¡Pero ay! que no faltaba mas que una cosa, una cosa sola, el dinero. Fuerza era aplazarlo todo. Entónces se descolgaban sobre algun principillo, de quien contaban robar á poca costa con que despojar al mas gordo; robaban para conquistar. A veces tenia el principillo la humorada de defenderse, y casi nunca el dinero que querian apresarle. Volvian mas pobres de la victoria que habian ganado, y convencidos de que el principillo se divertia en dejar abrasar su capital, devastar y despoblar su reino, por solo el placer de conservar intactas sus arcas, esto es, que las arcas valian mas que la capital y el reino. De ahí el ardor de echarle la mano encima. Entretanto las circunstancias habian variado, habia volado la ocasion, la grande expedicion se habia errado, y volvian otra vez á pordiosear, no ya para conquistar, sino para vivir.

Tal era, á pesar de los redoblados chascos, la tenaz quimera de los Europeos. Partiendo siempre de esta idea de que el menor rincon de la

India debia rebosar de oro, la facilidad con que despojaban á todos aquellos principes de sus tierras ó de sus prerogativas les hacia mas sospechosa la terquedad singular con que salvaban sus tesoros unos vencidos tan complacientes con sus soberanías. De ahí estorsiones, crueldades, tratados sin fe, alianzas fementidas; cosas que los Indos devolvian tambien á los Europeos. Y en efecto mientras estos contaban con el oro de la India, los Indos contaban con el oro de las Compañías; y Surajá Doulah, chasqueado tras la toma de Calcuta, la habia hecho sentir á los Ingleses. Los menores rajás, cuya amistad ó concurso se solicitaba, creian tambien que la Europa era una mina de oro inagotable, á tan subido precio ponian sus servicios en rodeándoseles la ocasion. La verdad es que la guerra siempre perene no permitia á nadie enriquecerse, y como las riquezas presuntas de cada cual provocaban sin desear la codicia ajena, la mala fe y las violencias que retoñaban á cada paso apuraban las fuentes de la riqueza, y perpetuaban la penuria y la miseria.

Para hacer el sitio de Pondichery, habian acudido los Ingleses por dinero á Mohamed Ali, quien se habia allanado á anticiparlo mediante la condicion de abandonarle cuanto se hallase en los almacenes de la ciudad; pero una vez dueños de estos almacenes, los conquistadores se adjudicaron cuanto contenian. Mohamed Ali reclamó contra aquel proceder; pagáronle con promesas, obligándose á reducir de otro tanto la cuenta de su deuda con la Compañía. Apenas reconocido por tratados solemnes en su calidad de nabab de Carnatic, Mohamed Ali, así como Mir Jafier en Bengala, habia tomado seriamente sus derechos de soberanía y aspirado á afianzarlos sacudiendo la tutela inglesa. Nacieron de esta pretension largos altercados con la presidencia de Madrás, y como no era él el mas fuerte, habian venido á parar en hacer que él se reconociese deudor á la Compañía de una suma bastante crecida para la cual proponia pagar un tributo anual de 28 la-

ques de rupias (el laque vale 100.000 rupias), y además 3 laques para el mantenimiento de la guarnición de Trichinapoy. En cambio, los Ingleses le autorizaban á enarbolar su pabellon en los fuertes; vedaban á sus jefes de cuerpos y comandantes de guarnición intervenir en los negocios del país, y prometian su asistencia á los colectores de las rentas del nabab. Poco despues de este convenio, la presidencia pidió 50 laques ó sean 2 millones y medio de duros á Mohamed Ali, quien tuvo que pagarlos, aunque no los tuviese, tomando préstamos bajo condiciones muy onerosas. Llegó por último la demanda relativa al sitio de Pondichery y el convenio que produjo. Cuando la Compañía tuvo noticia de este arreglo, halló muy á mal que sus empleados, que habian guardado el lucro de los almacenes, tomasen sobre sí el resarcir á Mohamed Ali á costas de ella. Mandó pues restablecer la cuenta en los registros tal como estaba antes. Los arranques de independencia tenian mal paradero para el desdichado nabab. Frustrado en todas sus transacciones con los Ingleses, rematado por exigencias mas y mas crecidas y reducido á la desesperacion, se arrojó sobre sus vecinos tratando de indemnizarse á costa suya. Los Ingleses no podian menos de hallar muy justo este partido y de aprobarlo y aun sostenerlo. El primero sobre quien cayeron fué Mortiz Ali, gobernador de Vellore. Defendióse este por espacio de tres meses, y lo que hallaron en la plaza bastó con dificultad para cubrir los gastos del sitio. Fuerza era volver á empezar. Los dos Marawares, con quienes las hubieron despues, no eran mas fuertes, pero tampoco eran mas ricos. Fué obvio vencerlos, mas fué imposible hacerles pagar. Quedábale al nabab sin embargo una esperanza; era el pequeño reino de Tanjore cuyo rajá era tenido por riquísimo. Mohamed dirijia sus cañones y sus miras por aquel lado; pero por esta vez los Ingleses tuvieron por conveniente ponerse entre el rajá y el nabab. Negociaron en nombre de este y á pesar suyo, y le trajeron un conve-

nio por el cual el rajá se obligaba á pagarle 22 laques de rupias, los cuatro al contado, y cuatro laques anuales en clase de tributo. Por su parte Mohamed Ali restituia al rajá algunos distritos quitados al territorio de Tanjore, y devolvía otro distrito á sus antiguos dueños. La pequeñez de la suma estipulada á favor suyo y las demás condiciones en contra suya escandalizaron vivamente al nabab. Negábase á firmar, cuando el gobernador de Madrás, M. Pigot, cojiendo el sello del príncipe pertinaz, lo puso sobre el tratado. De los 22 laques estipulados á favor de Mohamed Ali, no le tocó á él un maravedí. Pero la Compañía, que los cobró, se avino á abonárselos á cuenta de los 28 de que él se habia reconocido dendor para con ella. Así pues, tres campañas felices que acababa de hacer para ajenciarse dinero, y un tratado alcanzado por el terror de sus armas, le produjeron la pérdida de las porciones de territorio que cedia por aquel mismo tratado. En premio de sus hazañas y de su alianza con la Inglaterra, se halló reducido á un principado mas pequeño y á mayor penuria que antes.

Aprovechando el momento en que tantos motivos tenia él de estar contentó con ella, la presidencia creyó favorable el trance para agregar á los procederes de buena amistad que acababa de tener con el nabab, la demanda de un *jaghire*, destinada á redondear su territorio al rededor de Madrás. Un *jaghire* es una especie de feudo constituido en toda propiedad á una persona ó corporacion, exento de toda dependencia del soberano del país. El gran privilegio de los *jaghires* es que puede uojo mismo recaudar sus rentas; ventaja de muchísimo peso en la India. El nabab tenia muy buenas razones para justificar su negativa: tales eran las grandes concesiones de territorio hechas ya por él á la Compañía; su renuncia á todo tributo sobre el territorio de Madrás; la disminucion de sus rentas y la penuria de su tesoro. Pero la presidencia contraponia á todo esto los gastos que le ocasionaba la proteccion por ella concedida

al Carnatic contra sus enemigos exteriores y en su administracion interior; se comprometia á hacerla aun mas estrecha en adelante; consideracion que sin duda halagaba poco á Mohamed Ali. Pero lo que acabó de convencerle fué el tono imperativo á que, cansado de tanta resistencia, creyó el presidente deber acudir. El nabab, al obedecer, hubo de estrañar el haber soñado con ínfulas de independencian. En virtud de los compromisos á que nuevamente acababan de obligarse, los Ingleses le apoyaron con ardor en una contienda que tuvo con Mahomed Isuf, uno de sus fieles aliados, uno de los hombres mas valerosos que hayan producido las guerras de la India, y que habia hecho grandes servicios á la presidencia en su lucha contra Lally Tolendal. Tras una larga y briosa resistencia contra sus antiguos aliados y Mohamed Ali, fué entregado á este último, quien le mandó degollar en el acto. Al mismo tiempo reapareció en la escena el rajá Tanjore, que introdujo otra vez la discordia entre el nabab y los Ingleses (1763). De los dos brazos del Cavery en su desembocadero, el mas meridional tiende sin cesar á dirigirse á la isla de Seringham, y á juntarse, sumerjiéndola, con el Colirun; y lo lograra, si no se le oponian las obras que cuidadosamente se conservan para impedirlo. Esta parte del curso del rio pertenecia á Mohamed Ali; el curso superior al rajá de Tanjore. Este tenia sumo interés en conservar el curso actual de las aguas, y pedia hacer las reparaciones necesarias. Mohamed Ali pretendia que sus súbditos no tenían menos interés en la submersion de la isla de Seringham, y se oponia á los reparos. El debate se pasó á los Ingleses, quienes dieron la culpa á su nabab. Este último golpe le hirió en lo mas vivo; mostróse el pobre exasperado; dió largas al negocio hasta 1765, y quizás entonces, apurados ya todos los plazos, se hubiera arrojado á algun extremo, á no haber caído esta grande ira ante un gran peligro.

Ya hemos visto, en el capítulo precedente despuntar una potencia nue-

va, el reino de Misore, y un hombre nuevo, Haider Ali. La familia de este, oriunda del Penjab, habia tenido unos principios harto oscuros. Su bisabuelo era un fakir que se enriqueció en el Decan. Tuvo dos hijos, uno de los cuales murió dejando un hijo que, lo mismo que su madre, fué despojado por su tio. Admitido en clase de soldado en un cuerpo de infanteria, este muchacho se afanó con tanto acierto que se elevó al mando de un distrito dependiente del nabab de Sera. Allí fué muerto, y dejó dos hijos de cuya educacion se encargó un hermano de su madre. El mayor, Shabas, ascendió rápidamente en la milicia; el segundo, Haider-Ali, disipó su juventud en los placeres. Sin embargo, descolló tanto en el sitio de un castillo, donde se habia encerrado un poligardo sublevado contra el rey de Misore, que tras la toma de la plaza le dieron el mando de 200 infantes y la guardia de una de las puertas del castillo. No tardó en ser jefe de un castillo entero por cuenta propia. Llegó á él á la cabeza de 1.500 caballos, 3.000 hombres de infanteria regular, 200 peones y 4 piezas de artilleria, y supo emplear estas fuerzas de modo que pronto hubo doblado su número. Por otra parte no reparaba en reclutar sus tropas entre ciertas castas que hacen gala en la India de ejercer la profesion de ladrones (los Kallantrus). De este modo conquistó prontamente el respeto de los pequeños poligardos, sus vecinos, conquista con que no se contentó, segun lo echaron de ver. No obstante en 1757 recibió una pequeña correccion de aquel mismo Mahomed Isuf de quien acabamos de hablar, y á quien habia querido arrebatár Madura. Pero aquello no fué para él mas que un aguijon para obrar con mas tino. Era rico, y ya bastante afianzado en su pequeño estado de Dindigul para llevar un influjo preponderante donde quiera que tuviese á bien intervenir. El reino de Misore, estaba gobernado á la sazón por un rajá, que de buena gana hubiera querido gobernar por sí solo, si sus ministros se lo hubiesen permitido. Estos mi-

nistros eran dos hermanos, de los cuales el mayor se fastidió de un poder contestado, y lo dejó todo en manos del menor, que se llamaba Nunjeray. Lo mismo que todos los potentados de la India, á escepcion de Haider Ali, el rajá de Misore carecía de dinero. Mientras que él las habia con su ministro, sus tropas no pagadas se sublevaban contra él. Viendo propicia la ocasion para encaramarse de un bote á la cumbre del estado, Haider Ali acudió, reconcilió al rajá con su ministro, y á las tropas con entrambos. Costóle muchísimo dinero aquella fineza; pero ya hacia el papel de mediador y de protector con el poder supremo, y por entónces le bastaba este papel. No omitió sin embargo una cláusula remuneratoria, por la cual se hacia señalar las rentas de ciertos distritos y conferir, con el título de jaghire, la fortaleza y el territorio de Bangalore. En este punto se hallaba, cuando los Mahratas, esos Godos y Vándalos del imperio mogol, hicieron una incursion en el Misore (1759). Todas las voces estaban llamando á Haider Ali al mando del ejército misoriano. Derrotó entónces á los Mahratas, y los redujo á someterse á las condiciones de la paz. Tras este triunfo, fué el hombre prepotente del reino de Misore. Nunjeray habia conservado la mala costumbre de no pagar á las tropas. Haider Ali, que habia abierto la gran fase de su fortuna apaciguándolas, quiso encumbrarla á su apojío escitándolas. Andaban las tropas repitiendo que se las pagaria en siendo ministro Haider Ali, y el hecho es que ya eran pagadas con solo el decirlo. Nunjeray, que no se hallaba en estado de sostener la lucha contra tal concurrente, creyó llegado el caso de retirarse, si no quería empeorar sus negocios. Haider Ali no habia aguardado á ser tan poderoso personaje para mostrar, con el degüello de Herry Sing y de sus tropas, de que modo trataba á las jentes que le servian de estorbo. ¿Y qué seria ahora que el ascendiente que estaba ejerciendo le daba un poder sin limites? Nunjeray no quiso hacer tal prueba. El rajá, desembaza-

razado de su ministro, se dió prisa en respirar, y Haider Ali, socolor de cubrir la paga de las tropas, hizo añadir á las rentas que ya poseia el de un número de distritos tal que tuvo en las manos la mitad del reino de Misore; lo que hizo que la soberanía del rajá se halló comprimida hasta por la otra mitad. En aquel entretanto, habiendo Lally invocado su alianza, se aprovechó de aquella ocasion para poner la mano sobre unos pequeños estados que separaban el Carnatic del Misore, y que tenian, así es de creer, la sinrazon de no vivir en buena paz con los Franceses. Ya se ha visto cual fué el éxito de aquella expedicion. Aquel éxito no correspondia á las miras de Haider, quien probablemente estaba meditando para el Carnatic entero algo parecido á lo que habia hecho con los pequeños estados intermedios. Hubiera podido dar personalmente á su intervencion á favor de los Franceses un carácter mucho mas serio, si el afan por sus propios negocios no le hubiese obligado á desviar su atencion de Pondichery y á llamar á sus tropas, las que se anticipaban á porfía á sus órdenes desertando á cual antes, segun lo recordará el lector.

El rajá, siempre desalado por gobernar solo, no rompía las andaduras del ministro de la víspera sino para ponerse á la merced del ministro del dia siguiente, y no sabia escapar del yugo de este sino colocándose debajo de la rueda de la reina su madre. Esta última le hizo sentir vivamente la humillacion á que se debia reducir, y urdió una trama, que tuvo que prohibir como propia. Las tropas de Haider estaban guerreando á lo lejos; él mismo se habia quedado casi solo en su palacio, en frente del palacio de sus soberanos. Las circunstancias eran propicias á mas no poder para introducir en el reino á los Mahratas, que no pedian otra cosa, y para emplearlos en dar un buen golpe contra su vencedor Haider. El negocio se llevó por otra parte con una discrecion tan ejemplar que Haider no sospechó nada. Al dia convenido, sintió de repente su palacio conmo-



L'Esprit de la

Caveaux de Karli.

Bovedas de Karli

vido por un cañoneo que derribaba sus paredes. Cojido entre los sitiadores por un lado, y un río crecido con las lluvias por otro, Haider, que solo tenia consigo una escasa escolta, no podia al parecer ni defenderse ni huir. Pero desgraciadamente se habian precipitado sus enemigos. Los Mahratas, á quienes estaban aguardando para dar el asalto, no llegaron oportunamente. Llegó antes que ellos la noche, y Haider, que habia tenido lugar de reunir algunas barcas, se aprovechó de las tinieblas para escaparse. Por el camino negoció con los Mahratas, quienes, mediante tres laques de rupias y la cesion de Bara-mal, uno de los pequeños estados que poco antes habia conquistado, se avinieron á abandonar la causa del rajá y su reino. No obstante el rajá seguia siendo un adversario bastante poderoso para que Haider, al paso que le hacia la guerra, creyese deberle atacar de sesgo y por estratagemas. Fué á ver á Nunjeray, quien para hacerse olvidar mejor, habia creido que no habia en el mundo un retiro bastante apartado. Para llegar á él tomó Haider el papel y casi el traje de un faquir. Tenia grandísimas faltas que espiar, dijo, y queria dedicar lo restante de sus dias á la penitencia, sobre todo por la ingratitud de que se habia hecho culpable con Nunjeray, su bienhechor. Pero ante todo queria devolverle el puesto de que le habia despojado. Aquellas palabras fueron un bálsamo para la llaga que iba ahondando en el corazon del falso ermitaño la ambicion que habia enterrado viva en su retiro, á donde la habia llevado como una serpiente debajo de su manto. El vestido desordenado, la voz conmovida, las lágrimas que acompañaban á las palabras acabaron de convencerle; así que desde luego puso su dinero, sus amigos y su nombre á la disposicion de Haider, el cual usó de ellos tan discretamente, que muy en breve hubo reunido tropas al rededor de su retiro. Tal era el resultado que se habia propuesto. Bien seguro ya de que Nunjeray estaba bastante afianzado como aspirante al poder, dirige á di-

versos oficiales del cuerpo de observacion de que estaba rodeado unas cartas de las que resultaba al parecer la prueba de una connivencia culpable entre ellos y el futuro ministro. Aquellas cartas son interceptadas como ya él lo habia esperado. El comandante en jefe, amagado de una desercion tan crecida, no se siente bastante seguro de sus tropas para arrostrar con ellos los acontecimientos, y se apresura á retirarse. Entónces para utilizarse de aquella desconfianza que paralizaba las fuerzas del enemigo, Haider Ali, á la cabeza de sus partidarios y de los de Nunjeray, se abalanza sobre aquel ejército desorganizado y lo derrota completamente. Prosigue aquella ventaja, somete los paises que atraviesa, y llega en marzo de 1761 delante de Misore. Bastóle escribir una esquella al rajá. Este se avino á recibir una pension de tres laques de rupias, hipotecada sobre cierto número de distritos, mediante lo cual abandonó todo su poder á Haider, que reinó en su nombre. Nunjeray hubiera podido creerse engañado, á no haber recibido en premio del papel de comparsa que habia hecho en aquella intriga, en la que habia creido ser el protagonista, una renta de un laque de rupias.

Una vez dueño de los negocios, Haider hizo en grande lo que habia hecho en pequeño cuando era poligardo de Dindigul. Estendió rápidamente sus posesiones; por poco sin embargo le hicieron encontrar los Mahratas á otro Mahomed Isuf. Arrostróles no obstante en cuanto pudo con fuerzas muy inferiores, y cuando quedó desahuciado del éxito de aquella lucha, se desembarazó de ella con algunas restitutiones de territorio. Despues de haber atendido á algunas otras necesidades del gobierno volvió al Carnatic, donde ya no debía hallar á su aliado Lally Tolendal, pero donde no iban á faltarle sus enemigos los Ingleses.

El poderío de Salabut Djung solo habia esperado para desplomarse la caída del poderío francés. Apenas los Franceses habian abandonado sus posesiones á los Ingleses vence-

dores, se habia visto desbancado por su hermano Nizam Ali. La paz debia ser tan funesta á este príncipe desventurado como lo habia sido una guerra desastrosa á sus sostenedores. En el tratado que se ajustó entre la Francia y la Inglaterra, en 1763, se expresaba, por error de nombre sin duda, que Mahomed Ali quedaba reconocido como nabab del Carnatic, y Salabut Djung como subahdar del Decan. Nizam, que ya hacia dos años que ocupaba su puesto, creyó ver en esta disposicion una resurreccion de los derechos de su hermano, y para librarse de su vuelta al trono, le mandó dar muerte inmediatamente.

Mantenia con los Ingleses una paz turbada á menudo por actos de hostilidad reciprocos. Estos habian quedado dueños en los circares donde el representante del Subahdar no ejercia ya mas que una autoridad nominal. Sin embargo, Nizam Ali, mucho mas inquietado por los Mah-ratas y por Haider, acabó por ofrecer esta provincia á los Ingleses en premio de su cooperacion contra sus terribles vecinos de Misore y de Punnah. Los Ingleses que enlazaban de este modo sus posesiones del Carnatic con las de Bengala, la aceptaron desde luego, y empezaron por enviar al jeneral Caillaud á tomar posesion. No se necesitaba mas para ofender al suspicaz subahdar, que al punto se preparó para la guerra. Mas cuerda ó quizás tambien menos fuerte que él en aquel momento, la presidencia desvió los efectos de sus iras ofreciéndole un tratado por el cual mediante el abandono de cinco circares que él le cedia, se comprometia ella á pagarle nueve laques de rupias y á facilitarle un cuerpo auxiliar, y coronó sus ofrecimientos con el don gratuito de cinco laques de rupias en el momento de poner la firma. El pobre Mohamed Ali tuvo tambien esta vez que costear este acto de munificencia británica. Poco tiempo despues recibió un firman del emperador que separaba el Carnatic del Decan, y hacia de él una soberanía que dependia inmediatamente del imperio. Mohamed Ali agradeció poco sin duda aquella ele-

vacion; por enanto era tardia; los sinsabores del poder le habian fastidiado. Hablando, Clive un dia de darle el Decan, contestó el nabab: « El Decan es demasiado grande para mí: » y no fué posible sacarle otra respuesta.

Apenas habia comenzado la guerra contra Haider y los Mahratas, cuando Nizam Ali, por una de aquellas mudanzas repentinas á que estaba sujeto, se volvió contra sus aliados los Ingleses, trató con los enemigos entró repentinamente en companía de Haider en el Carnatic. El coronel Smith, que le habia sido enviado á la cabeza de las tropas auxiliares, fué vuelto á llamar para hacerle frente y sostuvo vigorosamente en una batalla el blason de las armas inglesas contra el choque impetuoso de Haider. Pero tras este esfuerzo, solo debió su salvacion á su retirada precipitada, en la que anduvo treinta y seis horas sin pararse ni aun para comer. Haider le siguió de cerca hasta el fuerte de Trinomaly donde el coronel se habia encerrado y mientras le estaba allí sitiando, el Misoriano destacó sobre Madrás 5.000 hombres, cuyo mandó confió á su hijo Tipu Sahib. Este llegó luego delante de la ciudad, que no esperaba aquella visita, y en la que entró sin resistencia. Pero en vez de apoderarse de ella, los soldados se detuvieron para saquear las primeras casas, y la guarnicion tuvo el tiempo de apercibirse para rechazar el ataque. Habiéndose desgraciado las tentativas de Haider sobre Trinomaly, Tipu Sahib condujo á su padre las tropas con que habia debilitado su ejército. El Subahdar, siempre voluble, pasó la estacion de las lluvias que sobrevino tratando de renovar alianza con los Ingleses.

La campaña tuvo éxito vario, pero en definitiva fué bastante ventajosa para los Ingleses para que Nizam Ali no vacilase ya en romper con su aliado. Un nuevo tratado le ligó otra vez con la Inglaterra. Durante este tiempo (febrero de 1768), caia un nuevo enemigo sobre Haider Ali. Era la presidencia de Bombay que lo atacaba en sus posesio-

nes recientes del Malabar. Pero tambien le habia llegado un nuevo aliado. La Francia se habia obligado á facilitarle treinta compañías de cien hombres cada una, que estaba organizando en las islas de Francia y de Borbon; y que debian llegarle luego. Con esta esperanza Haider Ali arrojó la tormenta. Sus reveses, que seguian siempre en el Carnatic, estaban compensados por algunas ventajas en el Malabar, donde los Ingleses se habian estrellado contra la fidelidad de los rajás y la solidez de los muros. La presidencia de Madrás iba sosteniendo trabajosamente esta guerra; carecia de dinero como siempre; no tenia caballeria; 4.000 caballos auxiliares, que Mohamed Ali habia debido aprontarle, no habian podido equiparse á causa de la penuria del nabab. Creíase que Nizam Ali trataba de romper su última alianza y de darse á los Mahratas; las noticias recibidas de Bombay eran aflictivas; todas estas circunstancias le daban poco ardor para la guerra. Por su parte Haider no era directamente el enemigo de los Ingleses, sino de Mohamed Ali, codiciaba el Carnatic, y en pudiéndolo alcanzar por medio de negociaciones; no le repugnaba llegar á este término por aquella via. La paz estaba pues en las intenciones y casi en las palabras de entrambas partes. Al paso que negociaba ó se manifestaba dispuesto á negociar, Haider continuaba una ofensiva enérgica, que llevó hasta los muros de Madrás. No creía que la audacia y el triunfo quitasen un adarme de peso á sus proposiciones pacíficas. No obstante, con aquella sutileza maravillosa que hermanaba en él al diplomático con el guerrero, supo tomar hasta á tiro de cañon de Madrás una actitud toda conciliadora y hasta amistosa. No habia llegado allí con 6.000 caballos, segun se expresaba, sino para mostrar á los Ingleses su fina voluntad, y para ahorrar á sus comisarios el trabajo de irle á buscar. En prueba de estas buenas disposiciones, se habia abstenido de asolar los territorios que habia atravesado; si bien maniobró contra

el ejército del coronel Smith, habia evitado toda accion formal contra el mismo. Designaba á un miembro del consejo con quien le fuera grato seguir las conferencias, y terminaba con votos por el aumento y la duracion de la prosperidad de Inglaterra. Nada menos que esta carta se necesitó para sosegar á Madrás, cuya zozobra era ya muy grande. A pesar de la oposicion de Mohamed Ali, que de buena gana hubiera continuado la guerra, prosiguióse el tratado y se redactó sobre la base de una restitucion de las conquistas recíprocas, y de una alianza ofensiva y defensiva entre Haider y los Ingleses. Este tratado redundaba todo en ventaja de Haider, quien á pesar de algunas empresas felices, habia perdido mas que ganado en aquella campaña.

En Londres, la Compañía, ya harta malcontenta del modo como se habia conducido la guerra, se mostró mas malcontenta todavia con el tratado por cuyo medio habian al parecer comprado la paz. Este tratado no obstante era muy cuerdo, y menos desventajoso de lo que podian creerlo unas personas menos enteradas de las circunstancias de los que lo habian redactado. Mohamed Ali furioso, quiso echar el resto y sostenerla campaña por sí solo. Mas no vemos que pudiese ganar nada en ello: puesto que la misma presidencia habia juzgado la guerra demasiado onerosa y de ventaja dudosa. Pero este proyecto insensato le halagaba por sus ideas de independencia que sin cesar retoñaban en su ánimo. Prendábale la idea de hacer, una vez en su vida, la guerra sin aliados, y por su propia cuenta; y de hacerse derrotar solo porque así le daba la gana. Pero la presidencia no le permitió engolfarse en aquellas quimeras, y aunque no logró hacerle volver cuerdo, consiguió no obstante contenerle. Las tropas de Bombay, que se habian apoderado de las fortalezas de Onore y de Mangalore, se las dejaron arrebatarse sin atreverse á defenderlas (mayo de 1768). Las evacuaron tan precipitadamente, que dejaron en ellas á sus

enfermos y heridos. Haider Ali, que estaba observando su retirada, se arrojó sobre ellos en el momento en que iban á embarcarse, y las derrotó completamente; novedad que fué seguida de un tratado con la presidencia. Así dueño de la situación, y afianzado por tratados en todas sus fronteras, no pensó Haider Ali ya mas que en organizar y cimentar todas las partes de aquel nuevo reino que él acababa de fundar. El estadista, el grande administrador sucedió al hábil diplomático y al valeroso guerrero. Haider Ali, fundador de un imperio que hizo temblar á la Inglaterra, Haider Ali, que fué un gran capitán, un gran negociador, un grande estadista, no sabia leer.

CAPITULO XV.

LOS INGLESES ASIENTAN SU GOBIERNO EN TODO BENGALA. — REFORMAS HECHAS POR CLIVE.

Ya hemos visto, al fin del capítulo VI, al imperio mogol agonizando en las manos de Alejandro II, quien no obstante pudo transmitir á su hijo Ali Gohar su espectro pálido y sombra de lo que fué. Este príncipe, antes de la muerte de su padre, para huir del cautiverio en que le tenia el visir Umad-al-Mulk (Ghazi-ed-din), se habia refugiado en Rohilcunda, cerca de Nujib-al-Dulá, jefe rohilla, nombrado Emir-al-Omrá por Ahmed Abdalá, para proteger al emperador. Ya recordará el lector los embarazos de Mir Zafier luego despues de su advenimiento; sus compromisos insensatos, las reclamaciones de que se vió asediado, las rebeliones de sus provincias, sosteniéndole los Ingleses con una mano y abrumándole con la otra, y él, mientras invocaba su apoyo, que constituia toda su fuerza, meditando arrojarlos de sus estados. Amenázole un peligro mucho mas formidable luego despues de la llegada de Ali Gohar á Rohilcunda (1758). Esta provincia tomaba su nombre de los Rohillas, tribu de Afghaneses oriundos del pais de Roh, en el Kabul, y que, cuando la decadencia del imperio mogol, se habian establecido

al norte del reino de Oude, donde adquirieron luego grande importancia. Hallábanse en aquel momento con su jefe Nujib-al-Dulá, el príncipe sosten del fantasma imperial. Apenas nombrado Emir-al-Omrá, este Nujib habia tenido que refugiarse entre sus Rohillas. Perseguido allí por los Mahratas, se habia metido en los montes, donde vagaba casi sin asilo, cuando el nabab de Oude, Sajah-al-Dulá, temeroso de una invasión en su propio reino, se adelantó al encuentro de los Mahratas y los derrotó completamente. Formóse entonces entre Nujib y Sujah-al-Dulá una alianza que estrechó aun mas poco despues la presencia del Shah Zada (hijo del emperador). La flaqueza de Mir Jafier habia inspirado al nabab de Oude y á otros vecinos suyos un vivo deseo de partirse sus despojos. El Shah Zada, que acababa de ser nombrado por su padre subahdar de las provincias de Bengala, Bahar y Orisa, quiso hacer reconocer su autoridad en los paises de su gobierno, y se halló á la cabeza de esta liga que se formaba contra Mir Jafier. A los jefes que hemos nombrado se habian juntado Mahomed Kuli Khan, subahdar de Allahabad, y los poderosos zemindares. El nabab de Oude entró en ella con tanto mayor afán por cuanto esperaba utilizar la coyuntura para ganar por ardid ó de otro modo el fuerte de Allahabad á su aliado Kuli Khan. Con esta mira, no escaseaba ni dinero ni hombres para el contingente que debia aprontar á la coalicion. Pero este proyecto fué la causa de que se desgraciase el negocio principal. En efecto, mientras Kuli Khan se estaba afanando de veras y de buena fe con el Shah Zada en el sitio de Patna, donde ya habia abierto la brecha, sabe que Sujá-al-Dulá, que se habia quedado atrás, acababa de entrar por traicion en la fortaleza de Allahabad. A esta noticia, nada pudo moverle á dejar á sus tropas ni un momento mas delante de Patna. El Shah-Zada, que no tenia fuerzas suficientes para continuar el sitio, tras vanos ruegos para detenerle, tiene que seguirle. Encuentran por el ca-

mino á M. Law, jefe de aquel cuerpo francés á quien Surajá Doulah habia tomado bajo su proteccion tras la toma de Chandernagor, y enviado á la provincia de Bahar. M. Law, que conducia sus tropas de refuerzo á los sitiadores, insta en balde á Kuli Khan para que ceje, comprometiéndose á apoderarse de Patna en dos dias. Pero poco le importaba al subahdar hacer conquistas por cuenta ajena en tanto que le estaban despojando en su casa. Marchó pues en derechura sobre Allahabad. Ali-Gohar pasó el Caramrasa, y volvió á incorporarse con el nabab de Oude. Este, que creia vencedor al Shah-Zada, se adelantaba á recibirle; pero sabedor de que volvia casi solo y reducido á nada, se declaró contra él. Clive, no obstante, que acudia con Miram al socorro de Patna, quedó pasmado de no encontrar enemigos. Cuando el Shah-Zada estaba preparando esta expedicion, habia tratado de cohechar á Clive y de hacerle abandonar á Mir Jafier; pero en este momento se veia reducido á pedirle asilo en el territorio inglés. El presidente de Calcuta, ya inflexible en punto á la primera proposicion, no creyó deber ceder ni aun á aquella instancia de un hombre, de un príncipe desventurado; pero le remitió dinero, con cuyo medio pudo ponerse en salvo el heredero del trono imperial. Libre de aquel peligro, Mir Jafier manifestó su gratitud á Clive confiriéndole, en calidad de jaghire, la renta que percibia sobre la Compañía por los territorios por ella ocupados al rededor de Calcuta. Con esto adquiria Clive una modesta renta de 30.000 libras esterlinas (unos ciento y cincuenta mil duros).

Quizás movia á Mir Jafier á tales larguezas la esperanza de recobrarlas luego; pues hay motivos de sospechar que no fué forastero á una empresa que hicieron entónces los Holandeses sobre Bengala. Por este tiempo, aunque la Holanda estaba en paz con la Inglaterra y con el nabab, presentáronse al desembocadero del Gánjes siete navíos de aquella nacion con 1.500 hombres de desembarco. Clive, sin malograr un ins-

tante, se hizo dar por el nabab Mir Jafier una órden que mandaba á los Holandeses salir del rio; luego se puso en disposicion de espulsarlos. Las tropas de tierra desembarcaron cerca de su factoría de Chinsurah, sus navíos remontaron hasta las cercanías de Calcuta, y allí, en un escrito que contenia una larga enumeracion de sus quejas contra los Ingleses, intimaron á estos que les dejasen libre el rio. Los Ingleses contestaron que no hacian mas que obedecer la órden del nabab, y Fordes, que regresaba de los circares del norte, habiendo recibido la órden de atacar á las tropas desembarcadas, lo hizo con tanto acierto que en una sola accion las destruyó ó dispersó completamente. No fué mas feliz la armada. Tras una accion de dos horas, no pudo escaparse ni uno de los siete navíos. Pero pronto fueron devueltos por Clive, que temiendo las complicaciones que este negocio podia ocasionar en Europa, no quiso estremarlo mas contra una nacion amiga de la suya. Limitóse á hacer pagar á los vencidos los gastos de esta breve campaña (diciembre de 1759). Mir Jafier, con cuyo nombre se habian escudado para obrar contra los Holandeses, no habia osado negar redondamente á Clive la cooperacion que este le pedia; pero se habia arreglado de modo que llegase tarde. Quizás, en el don magnífico del jaghire, se habia mostrado tan libre él con Clive para disimular mejor sus sentimientos actuales, y para cerrarle los ojos sobre las maquinaciones que acababan de abortar. Lo cierto es que el ímpetu del zelo entusiasta que habia mostrado por los intereses del general se entibió en gran manera, cuando en lugar de Clive, no mediaron mas que intereses ingleses. Pronto le verémos manifestar algo mas que tibieza.

Cree uno estar viendo una como demencia fanfarrona en aquel proyecto de espulsion de los Ingleses con que se mecía Mir Jafier, quien, sin la asistencia de los Ingleses, no hubiera podido mantenerse en el trono veinte y cuatro horas. Estas tentativas mas ó menos sordas y siem-

pre impotentes que se repiten á cada instante parecen no tanto poner de manifiesto el objeto reservado del nabab, cuanto la ceguedad y obstinacion de un loco ó de un idiota. No obstante, si bien se considera, patentizan mas bien la prevision de un entendimiento despejado y la resolucion jenerosa de un corazon que acepta la adversidad, mas no el envilecimiento. Para Mir Jafier habia con efecto muchos modos de caer del trono, mas no habia sino uno para mantenerse en él, y este era el que habia escogido. Clive estaba meditando la sumision de Bengala á la autoridad directa de la Inglaterra. Mir Jafier habia sabido adivinarlo ya por la situacion de las cosas cuya marcha lógica conduciría á Clive á este resultado, ó ya por el pensamiento del que queria encaminar á este resultado el rumbo de las cosas. Estrechando mas cada dia los lazos de la necesidad que le encadenaba al yugo del poderío inglés, y premeditando este poder su ruina, la cordura le aconsejaba no esperar el momento en que no le seria permitido hacer ningun movimiento, ni siquiera para caer como bien le pareciese. En aquella tentativa desesperada, su vuelco era casi cierto; pero era enteramente cierto en cualquiera otra hipótesis, y no era houroso sino en aquella. Reducido á extremos por todos lados, y no teniendo mas que un instante para optar entre uno y otro la locura estremada venia á ser para él lo sumo de la prudencia. La inmensa y rápida carrera que su fortuna acababa de recorrer habia inspirado á Clive aquella razon tan firme y tan contenida, proyectos mas vastos quizás de los que consentian por entonces las circunstancias, y sobre los cuales debia mas tarde enmendarse. Este hombre, dotado de tan suma esperiencia en cuanto atañia á los hombres ó á las cosas de la India, se hallaba en sus principios, en su noviciado en cuanto al ejercicio del poder supremo. Por la vez primera se hallaban sus miradas en presencia de un horizonte tan estenso. No es pues de estrañar que pudiese equivocarse al principio sobre cues-

tiones de límites; creyó pues por un momento que la accion de la Inglaterra sobre la India no debia limitarse al sosten de un nabab ó de un subahdar que era hechura é instrumento suyo, sino que rompiendo aquella máscara, debia asumir francamente delante de los indijenas todos los caractéres y todas las prerogativas de la conquista. Importunado todavia por el recuerdo de los caprichos y de las resistencias de Surajá Doulah, fatigado del peso de Mir Jafier que continuamente le caia encima, seguro del ascendiente que habian adquirido, en menoscabo de todos los jefes y de todos los poderes indijenas, su nombre y la imájen del poderío británico, se persuadia desde luego (cosa problemática en aquel primer encuentro de los pueblos conquistados con el pueblo conquistador) de que el gobierno se simplificaria y seria mas espedito si se le quitaba aquella rueda tomada de las viejas tradiciones del pais, pero mas engranada con las formas de una administracion europea. En esto, Clive veia bien, al menos por un lado. Pero la cuestion tenia dos faces, y si no habia atendido mas que á una parte de la primera, si echaba en el olvido que el rumbo espedito de un gobierno no depende únicamente de la coordinacion y homogeneidad de sus resortes entre sí, sino tambien de sus relaciones de conveniencia con los elementos sobre los cuales deben obrar, si trascordaba que es mas fácil ajustar el orden de una administracion y los hábitos de algunos empleados á las tradiciones de un pueblo, que avezar á un pueblo entero á la marcha de una administracion nueva, inusitada, forastera á sus costumbres, trascordaba tambien que la conquista de la India no hacia rozar á la Inglaterra con la India solamente, sino tambien con la Europa; echaba en olvido el provecho de que le habia sido solo el nombre de Mir Jafier en la contienda con los Holandeses; olvidaba que la autoridad del nabab, sombra vana para él, era una cortina, ó por mejor decir, un muro, tras el cual los Ingleses, como el



*L'auteur de
Le Salaam.*

El Salaam.

soldado en la trinchera, adelantaban el trabajo de su engrandecimiento y las máquinas de su política, sin estar espuestos á las reacciones de Europa: verdades por otra parte, que él mismo sintió y proclamó despues, y cuya exactitud ha perdido parte de su vigor á medida que la conquista ha venido á ser un hecho mas aceptado por la Europa y por el pais.

Sea como fuere, el pensamiento actual de Clive era la adquisicion de la soberanía de Bengala en beneficio de la Inglaterra, y la trasmision de esta soberanía á la corona por la Compañía. Sabia que Pitt, que despues fué lord Chatam, le profesaba suma estimacion y que hasta admiraba sus proezas. Con tal apoyo en el consejo de los ministros, se sentia la fuerza de realizar todo el bien que su númen podia concebir. Hízole pues entregar una nota muy circunstanciada sobre el estado de la India y sobre la situacion de los negocios de la Compañía. Le mostraba como el gobierno de Calcuta era llamado por el Gran Mogol á hacerse divan (colector supremo de los impuestos, cargo investido de todo el poderío y de suma consideracion en la India), ó subahdar, y como la adquisicion de este título soberano, consentido por el Mogol, no costaria á los adquisidores mas que un tributo del quinto de lo que les produciría. No obstante como tamaña soberanía le parecia demasiado dilatada para una mera compañía de comerciantes, mostraba la conveniencia que habia de transferirla á la corona, poniendo en salvo los intereses de la Compañía. Pitt recibió bien esta comunicacion. No obstante, sin anunciar al enviado de Clive ninguna resolucion definitiva, entró en las objeciones de este contra la soberanía de la Compañía, y dijo algo sobre los inconvenientes que tendria esta misma soberanía para la corona, la cual, con los recursos inmensos y la independencia que de ellos sacaria, alarmaria quizás las libertades de la Inglaterra. Terminó la conferencia con espresiones lisonjeras para Clive, asegurando que meditaria sobre las ideas que aquel le ha-

bia sometido, y con la promesa de un envío de 1.000 hombres y de cuatro navios de guerra. Habia tenido el cuidado de informarse si Clive se proponia conservar por mucho tiempo su gobierno de Bengala, y poner él mismo en ejecucion los planes que habia concebido.

Desgraciadamente la poca salud del presidente de la rejencia de Bengala le obligó casi al mismo tiempo a regresar á Inglaterra. Dejó el gobierno en manos de Holwell, el mismo á quien encontramos en el sitio de Calcuta por Surajah Dulá y en el *Agujero Negro*. A pesar de la confianza que inspiraban la experiencia y el carácter de Holwell, la partida de Clive fué considerada en Calcuta como una calamidad pública. Era segun la espresion de un historiador de aquel tiempo, el alma que abandonaba al cuerpo. Por mucho afecto que personalmente profesase Mir Jafier á Clive, harto veia en ella su conveniencia para sentirla, y Miram, su hijo, que no se curaba de escrúpulos de ternura, no encubrió el gozo que le causaba. Clive partió el 25 de febrero (1761). El poder de Mir Jafier estaba muy lejos de afianzarse y sus recursos de ir en aumento. Sus exacciones y las violencias de Miram así como el descontento de sus súbditos, habian seguido siempre una progresion ascendente. Al mismo tiempo que los Ingleses renunciaban á sacar de él la menor suma sobre sus créditos, muchas de sus provincias se negaban á tolerar el yugo que sobre ellas hacia pesar. Ya antes de la partida de Clive, los mas de los rajáes de la provincia de Bahar habian reañudado una liga, á cuya cabeza llamaban al Shah Zada. El nabab de Purniah, levantando el estandarte de la rebellion, le instaba para que se juntase con él. En este momento el visir Umad-al-Mulk, que ya habia hecho cegar al último emperador y á su mujer, mandó dar muerte al emperador reinante Alamdjire. El Shah Zada Ali Gohar subió inmediatamente al trono, con el nombre de Shah Alam, y tomó por visir á Surajah Dulá, aquel nabab de Oude, cuya fidelidad para con sus aliados y

su príncipe había experimentado pocos meses antes. Entrambos marcharon inmediatamente sobre Patna y volvieron á empezar el sitio de esta plaza. Shah Alam no tuvo la satisfacción de tomarla, por cuanto los sitiados, ayudados de algunos fugitivos, le dieron en el llano una batalla, cuya ventaja, aunque poco decidida, le hizo abandonar sus líneas, á pesar de que había quedado dueño de ellas; pero tuvo esta vez la satisfacción de ver que su visir no le abandonó á pesar de aquel revés. Una segunda batalla que le dió el coronel Caillaud que acudió al auxilio de Patna hubiera tenido un éxito mas señalado, si una leve herida que recibió Miram, ó por mejor decir, su pasión al placer, no hubiese sostenido, á pesar de todas las instancias de Caillaud, á los vencedores de Patna durante ocho dias. Aprovechándose de aquella inacción á fuer de jeneral digno de mejor suerte, Shah Alam vuelve la espalda al enemigo que se duerme, vuelve á tomar por otro lado una ofensiva arrojada, y se encamina á marchas forzadas sobre Murshadabad. Trataba de sorprender la ciudad desgarnecida á la sazón de tropas y de apoderarse de Mir Jafier. Caillaud, al saber este movimiento, arrebató consigo á Miram; y hubieran llegado tarde si Shah Alam, que se había cansado para llegar á Bengala, no hubiese perdido tontamente el tiempo que tan trabajosamente había ganado. Luego que le hubieron alcanzado, en vez de aceptar la batalla, se apresuró á pegar fuego á su campamento y de volver á Patna, desgarnecida de las tropas que volaban al socorro de Murshadabad. Si se hubiese dado bastante prisa, hubiera podido entrar en la plaza con solo llamar á las puertas, pero no pudo hacer otra cosa mas que sitiarla con ahinco. Ya había abierto la brecha y dado dos asaltos; é iba á dar un asalto jeneral, cuando llegó el capitán Knox, que llegado de Murshadabad en trece dias con un batallón de cipayos y 200 Ingleses, se arrojó sobre los sitiadores y los desalojó de sus obras. El nabab de Purniah acu-

dió al socorro del emperador. Knox con su escasa tropa, se arroja sobre el ejército diez veces mas numeroso que el del nabab, y á la vista de los habitantes de Patna, pasmados de su denuedo, lo vuelca y le obliga á retirarse. Caillaud y Miram se habían encargado de rematarlo. Pero tras cuatro dias de persecucion habiendo sobrevenido un huracan espantoso, Miram fué muerto en el campamento de un rayo; y temeroso Caillaud de las consecuencias que podia tener aquel acontecimiento, tuvo por cuerdo el cejar inmediatamente sobre Patna.

Holwell no ejercia sino provisoriamente y como decano las funciones de presidente del gobierno de Calcuta. El sucesor que dieron á Clive fué M. Vansittart. Con su presidencia entró la discordia en el consejo. Mir Jafier se hacia mas pesado que nunca. A la muerte de Miram, las tropas, que le querian, se habían amotinado pidiendo las pagas atrasadas, y quizás hubieran muerto al nabab á no haber intervenido su yerno Mir Causim, que logró apaciguarlas con su dinero y promesas. En pago de este servicio, exijia sustituir á Miram en sus derechos como heredero del trono de Bengala. Los Ingleses, apurados con los apuros de Mir Jafier, que les imponia gastos incesantes y nada les daba en pago, habían llegado á la alternativa ó de abandonarle ó de aceptar las proposiciones de alianza que el emperador, enemigo de aquel, no cesaba de hacerles, ó de abandonar su conquista de Bengala y contentarse con su factoría de Calcuta. Holwell había ya puesto en deliberacion y sostenido el primero de estos dos partidos; pero Mir Causim pidió un término medio; pues propuso ejercer todos los poderes del nabab, salvo dejar su título á Mir Jafier, y se comprometia en cambio á pagar las deudas de Mir Jafier y abandonar á los Ingleses las rentas de tres distritos inmediatos á Calcuta, y á hacerles inmediatamente un presente, de cinco laques de rupias. Este tratado fué aceptado y firmado el 27 de setiembre de 1761. Recordando la oposicion en el con-

sejo y fuera de él las prodigalidades de Mir Jafier, en la época de su advenimiento, no quiso creer que en aquella nueva circunstancia se hubiese podido obrar de otra manera. Hasta se llegó á acusar á Vansittart de haberse hecho cohechar por Mir Causim para apoyarle. La envidia de los que nada habían recibido mostró dar crédito á aquellas voces, y el encono fué en aumento. Mir Jafier no quiso avenirse por ningún término á aquel arreglo; y se requirió el aparato de la fuerza para obligarle á someterse á él. Rodeado de tropas en su palacio, cayó al menos con señorío rechazando el vano título que le ofrecían, y pidiendo solamente que le dejasen retirarse ó bien al lado de Salabat Djung, ó á la Meca, ó por último á Calcuta.

Los principios de Mir Causim fueron brillantes. Cumplió las obligaciones que había contraído, satisfizo á la presidencia, acreedora de Mir Jafier, pagó los atrasos de las tropas, y continuó pagándolas con regularidad, lo que las comunicó un entusiasmo guerrero que las hizo desconocidas. Desgraciadamente los medios de que echó mano para hacer centellear de repente aquel rayo de prosperidad no eran de naturaleza que pudiera hacerle duradero. Sin embargo el proceder era sencillísimo; se llegaba al fondo de todos los bolsillos que le constaba estaban bien henchidos, y les obligaba á evacuar. El emperador, que tuvo la imprudencia de volver á salir á campaña en aquel primer momento, no tardó en conocer lo que es pelear contra tropas pagadas; sorprendido en su campamento por el ejército enemigo, no tuvo ni siquiera tiempo para reconocerse. Esta batalla tuvo para él otro resultado fatal; pues le hizo perder á M. Law, que quedó prisionero en manos de los Ingleses. La conducta de este valiente oficial les inspiró una estimación que rayó en respeto. El mismo emperador recibió el homenaje del mayor Carnic, su vencedor, que lo condujo á Patna, donde entró, no como vencido, sino como emperador, y con todo el ceremonial de costumbre. Mir Causim fué á salu-

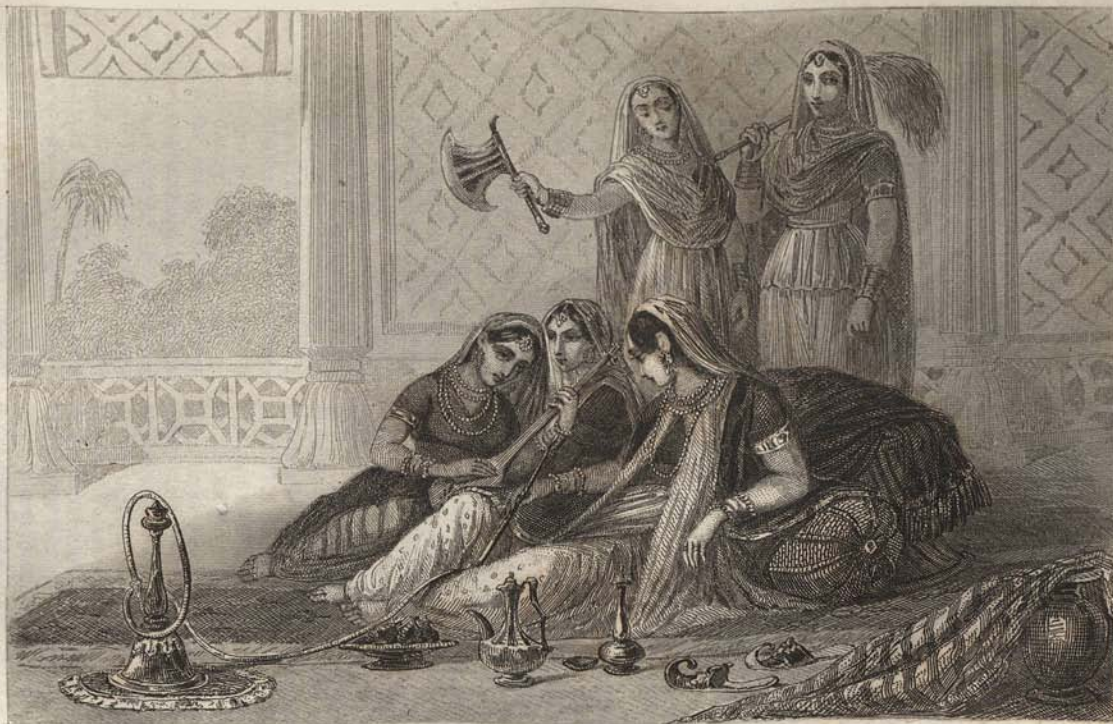
darle y á recibir de él la investidura de las provincias de Bengala, Bahar, y Orisa. Para sellar mejor esta reconciliación, Shah Alam. ofreció á la presidencia la diwanía ó arriendo jeneral de estas tres provincias; oferta magnífica, y hecha ya á Clive, pero que arrojaba á la Compañía á una senda erizada de complicaciones y dificultades, que ella no creyó deber tomar sobre sí tras las que ya la acosaban.

La luna de miel de la hacienda de Mir Causim iba llegando á su ocaso. La energía algo devoradora del proceder que el jenio del nabab había si no inventado, aplicado al menos con tanta felicidad, ya no funcionaba mas que en el vacío producido por ella misma. Mir Causim no lo había aplicado al principio sino á sus amigos, ó al menos á las personas, que amigas ó enemigas, eran suyas. Verdad es que le brotaban enemigos con el dinero y en la misma proporción. Sin embargo como nada había que sacar de ellos, el nabab no se curaba de ellos, y se ceñía á menospreciarlos ó castigarlos si era menester. Pero esto mismo traía gastos consigo, y contribuía á acelerar el día en que se vería en la dura necesidad de reclutar á sus enemigos entre los amigos de los Ingleses. El primero á quien se dirigió fué Ramarain. Este era el enérgico rajá que tantas veces había salvado la ciudad de Patna de los ataques á que se vió espuesta. Establecido en este puesto por Surajah Dulah, le había jurado una fidelidad inalterable. Despues de haberse sostenido hasta el postrer momento, quiso vengar su muerte. Costóle mucho trabajo á Clive el apaciguar los resentimientos que le escitaban contra Mir Jafier. Sin embargo, movido por los buenos procederes y razones del presidente, el rajá se allanó á aceptar los hechos consumados. Firmó un tratado con los Ingleses, y una vez hubo abrazado su causa, le fué tan fiel como lo había sido á Surajah Dulah. En mas de una circunstancia crítica, debieron el éxito de sus negocios á la fidelidad de Ramarain, y gracias á su teson, en medio de las convulsiones que estaban saizando el

imperio, Patna fué una de las poquísimas ciudades que no saludaron mas que á un partido y no fueron presa de un vencedor. En un pais donde no se alcanzan y sobre todo donde no se conservan aliados sino á precio de oro, habíase impuesto Ramarain unos sacrificios superiores á sus fuerzas para sostener la causa á que se habia entregado. Mantenía un ejército mucho mas crecido de lo que comportaban sus recursos. Así es que sus tesoros, que escitaban la codicia de Mir Causim, estaban, si es que realmente existiesen, al servicio de los Ingleses. Habia á la sazón en Patna dos oficiales superiores de esta nacion, el coronel Coote y el mayor Carnac. Tan pronto como tuvieron noticia de los proyectos de Mir Causim, escribieron á la presidencia para denunciarlos. Pero como hacian parte de la oposicion contra Vansittart, su consejo produjo en este mayor irritacion. Muy lejos de usar de su autoridad contra el nabab, se intimó aun mas con él, y llamó á los dos oficiales. Abandonado fué un solas fuerzas, Ramarain debia caer precisamente. Con efecto, apenas hubieron salido de la ciudad, cuando el rajá fué preso, arrojado, encerrado en un calabozo, donde no se perdono violencia alguna para hacerle entregar sus tesoros. Como nada produjesen estas medidas, Mir Causim, que estaba aguardando el efecto que producirian en Calcuta, creyó poder mandarles cortar la cabeza. El único tesoro que le hallaron fué un atraso de tres años y una cantidad suficiente apenas para sus necesidades diarias. El baldon de este atentado indignó á todos los corazones ingleses, y sobreescitó las animosidades contra Vansittart, que era cómplice del mismo. No pudo defenderse sino alegando que no podia haber previsto que Mir Causim se atreviese á propiarse en aquellos términos: triste disculpa para un hombre que habia autorizado las primeras violencias. Esto no obstante, conservaba todavía la mayoría en el consejo; pero sobrevino luego otro incidente que se la quitó. Algunos miembros del consejo, Holwell entre otros, habian

dirijido á la junta de directores una representacion, en la que señalaban los efectos perjudiciales á veces de su intervencion en los negocios de la India, y la desorganizacion que causaban las medidas que ella creia deber tomar. Al recibir aquella representacion, la junta suspendió á cuantos la habian firmado, y hasta mandó su inmediata espulsion de la India. El primer resultado de esta orden fué quitar á Vansittart su mayoría, llevando de este modo á su colmo la anarquia del gobierno; resultado que la junta de Londres, al hacer aquel acto de autoridad, no habia previsto seguramente, y que muy oportunamente confirmaba los alegatos de la representacion.

Desde que la diestra robusta de Clive no retenia todas aquellas partes tan heterojéneas, tan estrañas una á otra, tan reciente agregadas del gobierno de la India, iban disolviéndose y cayendo cada cual á donde la arrastraba su peso. Este peso era el interés personal. Habiendo cada cual perdido de vista la regla que se borraba y ponía confusa, se encaminaba á su propio lucro, y á trueque de sacar partido del desorden la aumentaba mas y mas. La Compañía habia alcanzado el privilejio de hacer circular libres de todo derecho sus mercancías por toda Bengala, al través de las innumerables líneas de aduanas que surcaban el pais. Este privilejio no aprovechó al principio mas que á la Compañía; pero poco despues sus empleados se escudaron con él para hacer pasar los renglones de su comercio particular. El abuso, una vez establecido, vino á adquirir la fuerza de un derecho; en seguida este nuevo derecho enjendró, como siempre, nuevos abusos. Los empleados, despues de haberse escudado con el privilejio de la Compañía, escudaron con el suyo á todos los indíjenas con quienes estaban en relaciones de comercio. Los aduaneros que querian resistirse eran apaleados. Un mero traje de cipayo, la menor señal exterior que indicase un carácter, aunque subalterno, de empleado inglés, vino á ser un pasaporte para todas las insolencias y tira-



L'orient d'aujourd'hui
Harem.

Haren.

nías. Las cargas de la sumisión á las leyes, ó al menos al poder, recaían sobre los que no habian podido asir un cabo de aquel vestido respetado. El comercio interior vino á pasar completamente á manos de los Ingleses. Desde los primeros tiempos de Mir Causim; el abuso, medroso al principio y disimulado, irguió luego la cabeza, y se arrojó á los escesos mas vituperables. Quejóse el nabab; sus rentas iban á menos, su autoridad se veia envilecida; sus súbditos arruinados padecian además las vejaciones mas intolerables. Los agentes ingleses se habian vuelto tan insolentes, que descaradamente forzaban á los habitantes á venderles lo que querian comprar, y á comprarles lo que querian vender al precio que fijaban ellos mismos, cerrábanse los bazares, los pueblos se volvian desiertos. Este tren podia por algun tiempo hacer la fortuna de los mas osados; mas no por esto mejoraban los negocios de la Compañía; y mientras que sus arcas vacías estaban aguardando los subsidios que sus empleados devoraban en yerba, veíase á muchos jóvenes, llegados la víspera sin bahl siquiera, tener mesa puesta y ostentar, con un sueldo de 4000 reales, un lujo escandaloso. Además de la oposicion que la actual mayoría habia hecho siempre á Mir Causim como á hechura de Vansittart, mediaba una razon muy poderosa para que sus quejas no fuesen bien recibidas; y era que los que debian acordar sobre aquellas reclamaciones se utilizaban de los abusos que queria enderezar. No obstante, su situacion llegó á tal extremo, que no desistió de su intento, y acabó por conseguir una conferencia con Vansittart sobre la materia. Harto desvalida la presidencia para que le cupiese estirpar el abuso, trató al menos de regularlo. Propuso pues á Mir Causim someter todas las mercancías de pertenencia ó de procedencia inglesa á un derecho de 9 por ciento, pagadero en el sitio de origen ó en lugar de la llegada, mediante lo cual podrian circular libremente por el interior. Como el nabab,

que nada sacaba de sus aduanas, ganaba exactamente en esta proposicion el 9 por ciento sobre toda la importacion y esportacion del comercio inglés en sus estados, se avino gustoso á ella. Este derecho de 9 por ciento era muy leve comparado con los que cargaban sobre el comercio indígena, y no le permitia á este luchar mas ventajosamente que antes contra la concurrencia inglesa. No obstante esta concesion de Vansittart escitó contra él en Calcuta un grito unánime y violento. Por un acuerdo del 1.º de marzo de 1763, el consejo declaró inadmisibile este derecho, ó cualquiera otro que se quisiese establecer sobre el comercio inglés; y solo para manifestar al nabab su buena voluntad, y por un impulso de pura liberalidad, se avenia á un derecho de $2\frac{1}{2}$ por ciento sobre la sal exclusivamente.

Luego despues de su conferencia con Vansittart, Mir Causim, movido por la fama que tenia el Nepaul de abundar en oro y otros metales preciosos, habia partido para dar por aquel pais un paseo si es no es militar. Contando con el arreglo ajustado con el gobernador, habia dejado á los empleados de sus aduanas la orden de recaudar el derecho estipulado. No empleó en este viaje mas que el tiempo necesario para hacerse derrotar, y cuando volvió, halló el acuerdo del consejo en oposicion al decreto de Vansittart en todas sus líneas de aduanas. Por todos los puntos de su reino estaba ardiendo el fuego de la guerra. Fastidiado de un poder tan árduo, rematado por tantas tribulaciones que unas tras otras se iban agolpando, creyó desembarazarse de ellas ofreciendo su abdicacion; pero ni aun estaba libre de no reinar. Forzado entónces en sus postreras posiciones, tomó un partido, si no eficaz para remediar su apuro, enérjico al menos contra la opresion de los Ingleses; abolió toda especie de derechos de aduana y de tránsito en Bengala, y puso de este modo el comercio de sus súbditos bajo un pie de igualdad con el comercio extranjero. La contienda se enconaba; heridos en la parte flaca, los Ingleses

no podian parar aquella estocada. Los mas arrebatados acudieron al desatinado argumento de que el nabab no tenia el derecho de aliviar las cargas de sus súbditos. Esta razon de enérgümeno mostraba harto á las claras que la cuestion iba á zanjarse luego por otras armas. Dos barcos, cargados de las últimas, subian á Patna, donde los Ingleses tenian un residente enemigo de Mir Causim, y de índole violenta. El nabab que estaba viendo claramente, aunque sin zozobra, lo que iban á ser tales barcos en manos de un hombre semejante, tuvo el atrevimiento de mandarlos apresar. Estaba ya desesperado. La presidencia le envia una diputacion, que logra la soltura de aquellos barcos. Pero al mismo tiempo Mir Causim sabe que el residente de Patna, M. Ellis, ha entrado en la ciudad y se ha apoderado de ella por escalada. Ya habian partido los barcos, así como los embajadores, uno de ellos al menos, por cuanto el nabab habia retenido al otro como rehén. A la noticia de la toma de Patna, Mir Causim dió la orden de prender nuevamente los barcos y al embajador. Este quiere defenderlos y contesta con un pistoletazo á las intimaciones que se le hacen. Trábase un combate en el que los barcos quedan apresados y el embajador muerto. Patna, cuya fortaleza no habia sido atacada, fué vuelta á tomar por el rajá sobre los Ingleses, quienes, embargados todos en el saqueo, apenas tuvieron tiempo de meterse en su factoría, de la cual se escaparon felizmente por la noche. Pero detenidos por el camino, fueron presos y conducidos á Monghir. Su factoría de Cohimbazar fué tomada tambien y saqueada, su guarnicion hecha prisionera y conducida igualmente á la fortaleza de Monghir.

Antes de salir á campaña contra el nabab, los Ingleses empezaron por imponerle la satisfaccion que él mismo habia poco antes solicitado. Pronunciaron su destronamiento, y restablecieron en su lugar á Mir Jafier, que tuvo la flaqueza de aceptar; y hecho esto, salieron á su encuentro. El teson que Mir Causim habia mos-

trado en los últimos actos de su vida no se desmintió en los peligros y las fatigas de la vida guerrera. Sin aliados, sostuvo contra los Ingleses una campaña, si no feliz, gloriosa al menos, y les dió, cerca de Gheria, la batalla mas sangrienta y encarnizada de que hubiese ejemplar en la historia de las guerras de la India. Pero con todo esto iba perdiendo terreno; sus fortalezas, despues de haberse defendido valerosamente, caian en poder del enemigo, el cual marchó sobre Monghir, y finalmente sobre Patna. Allí se habia retirado el nabab con sus prisioneros; y mandó decir al mayor Adam que si su ejército no se detenia al punto, les mandaria dar muerte á todos. Los mismos prisioneros, y Ellis á su cabeza, escribieron á Adam que prescindiese de aquella amenaza y que cumplierse con su obligacion. Patna fué tomada; pero el nabab cumplió su palabra, pues mandó cortar ciento y cincuenta cabezas. Solo respetaron á un cirujano. Conquistada que fué toda la provincia, Mir Causim se refugió al lado del nabab de Oude, donde encontró al emperador. En ambos le recibieron amistosamente. Les llevaba un cuerpo disciplinado á la europea por un Aleman, que habia sabido utilizarlo muy bien en la última campaña. El emperador quiso probarlo contra una tribu de las cercanías, y el feliz éxito de aquel ensayo aumentó la privanza de que gozaba Mir Causim.

De buena gana hubiera perseguido el mayor Carnac á este último hasta en el reino de Oude; pero la insubordinacion que se introdujo en sus tropas le precisó á cejar, y dejó á Mir Causim el timbre de volver á tomar la ofensiva (mayo de 1764). Dió otras batallas que no ganó, pero que tampoco pudieron los Ingleses jactarse de haber ganado. No obstante las pérdidas crecidas que padeció el nabab de Oude le precisaron á dejar el juego; y Mir Causim no tuvo mas recurso que refugiarse entre los Rohillas. Mientras mantenía la campaña con las tropas del nabab de Oude, trataba este de ajustarse por su cuenta con los Ingleses. Es

este un rasgo característico de las costumbres de la India, y que á cada momento se va reproduciendo. Pero como los Ingleses pedian nada menos que dos cabezas, á saber, la de Mir Causim y la de Sumrau, aquel Alemán que habia disciplinado á un cuerpo indo, y muerto á los 150 prisioneros; y como Sujah-al-Doulah pedia por su parte nada menos que la provincia entera de Bahar, el ajuste no pudo tener lugar. Un residuo de rubor impedia á Sujah-al-Doulah el entregar á sus aliados; pero para dar una prueba de su buena voluntad y no empeñar su propio honor, ofreció á los Ingleses mandar dar puñaladas á Sumrau, y dejar escapar á Mir Causim, á quien luego cojerian, si podian. Pero como no les convenia aquella honrada proposición, como ni tampoco lo relativo á la provincia de Bahar, quedaron rotas definitivamente las conferencias. El emperador, que por su parte obraba en el mismo sentido, fué mas feliz. Tras la pérdida de la última batalla, se pasó decididamente á los Ingleses, quienes, mediante la cesion de dos provincias de las que ya poseian una buena parte, se comprometieron á restablecerle en Mahabad y en lo restante de las posesiones de su aliado Sujah Doula. Este permaneció pues solo para lidiar con los acontecimientos. Despues de haber tratado de formar nuevas alianzas con los Rohillas y los Mahratas, tuvo que entregar las armas y abandonarse á la jenerosidad de los Ingleses.

Mir Jafier habia, como la vez primera, contraído para su restablecimiento compromisos insostenibles. Por las cesiones que habia hecho ó confirmado á la Compañía, la mitad de sus rentas estaban ya enajenadas, y la otra mitad, segun lo dijo Clive, ya no le pertenecia; venia á ser un banquero sobre el cual todo empleado de la Compañía podia librar (á título de indemnizacion por pérdidas ó de regalos) tantas veces y por cuanto le diese la gana. Así pues, propiamente hablando, nada tenia suyo, y con todo esto habia firmado obligaciones por varios millones y se habia impuesto cargos crecidos,

para mantener á las tropas. La presidencia, que habia apurado sus recursos en la última campaña, no le dejaba ni aun respirar. Acosado por los Ingleses, que no le permitian eludir sus compromisos; clavado por su penuria en la imposibilidad de contestarlos; reducido á una igual impotencia de hacer ó dejar de hacer no tenia mas que un arbitrio para salir de aquel aprieto; y era morir; y bastaron unos pocos meses de aquel réjimen para conseguirlo. Murió en enero de 1765. Clive, que á la sazón se hallaba en Ingiaterra, fué nombrado heredero suyo por una suma de 70.000 libras esterlinas, lo que probaba al menos que habia sabido acumular algo para sí.

El primer acto de Mir Jafier habia sido restablecer para sus súbditos todos los derechos abolidos por Mir Causim, y eximir de ellos á los Ingleses salvo el derecho de $2\frac{1}{2}$ por ciento sobre la sal que ellos mismos se habian impuesto. Por el mismo tiempo, la junta de los directores, que acababa de saber en Lóndres las primeras revueltas escitadas por aquella contienda, tomaba sus medidas para precaver su repiticion. Acordó desde luego vedar absolutamente á sus empleados toda especie de comercio interior. Pero los propietarios, que sin duda, por medio de los hijos y parientes que tenian en la India, hallaban el medio de recobrar por medio de beneficios privados lo que el mismo abuso les hacia perder como accionistas de la Compañía, celebraron poco despues una asamblea jeneral, en la que la mayoría declaró injusto que los empleados de la Compañía quedasen privados de tan preciosas ventajas. En consecuencia rogaba á la junta que tomase nuevamente en consideracion las órdenes recien enviadas á Bengala, y que se remitiese, sobre un asunto de tanta entidad, á la sabiduría de la presidencia, mucho mejor situada para decidir con conocimiento de causa. La junta de los directores, tras una nueva deliberacion, se conformó con esta demanda de los propietarios. Llamó al mismo tiempo su atencion otro abuso, cual

era el de los presentes. Ya hemos visto lo dicho por el mismo Clive sobre el efecto singular que la explotación por los Ingleses de esta costumbre oriental habia tenido en las rentas y en la situacion política de Mir Jafier, transformado en banquero, sobre quien los señores empleados de la Compañía se habian atribuido un derecho ilimitado de jirar á la vista. Además del inconveniente de agotar los fondos destinados á los servicios públicos, esta costumbre habia introducido en todos los grados de la administracion hábitos de venalidad, que entregaban al mayor postor los intereses de la Compañía. Los indijenas salian tambien perjudicados por su parte, por cuanto habia venido á parar contra ellos en un manantial de exacciones y de opresion, y en el mas mínimo negocio que los ponía en contacto con el mas mínimo empleado de la Compañía, nada se hacía sin haber cumplido antes con la previa formalidad del presente. La junta de los directores, que no podia abolir enteramente esta costumbre harto arraigada en las costumbres del Oriente, creyó remediar bastante los abusos, atribuyendo á la Compañía todos los regalos recibidos por sus empleados que pasasen de 4.000 rupias (2.000 duros). Los regalos de 1.000 á 4.000 rupias no podian admitirse sin una autorizacion del presidente del consejo. El efecto de esta medida era, en el primer caso, quitar á la codicia de los empleados el aguijon del interés personal; y en el segundo caso, sujetar á una censura.

El presidente de la junta de directores, M. Sullivan, era el adversario de Clive. A poco de la llegada de este á Inglaterra, habiéndose efectuado las elecciones anuales para la renovacion de los miembros de la junta, Clive no habia perdonado medio para desembarazarse de M. Sullivan. El derecho de votar requeria la posesion de 300 libras esterlinas en los fondos de la Compañía. Clive gastó pues 100.000 libras esterlinas (cerca de medio millon de duros) para fabricar y comprar á 200 electores que votaron contra Sullivan, el cual no

por esto dejó de ser reelegido (1763). Apenas restablecido en sus funciones, el presidente quiso devolver á Clive guerra por guerra, y armado con el último reglamento de la junta al cual daba un efecto retroactivo, atacó al vencedor de Plasey sobre el *jaghire* que Mir Jafier le habia conferido. No se limitaba á quererle despojar para mas adelante, sino que pretendia además hacerle condenar á restituir cuantas sumas habia percibido. Clive era entonces una potencia; la Inglaterra le habia saludado á su regreso con aclamacion; el poder le habia nombrado par de Irlanda y baron de Plasey; la opinion pública estaba por él; y era por lo mismo bastante fuerte para sostener la lucha. Condenado por la junta de los directores, que ya habia mandado embargar en Bengala las rentas de su *jaghire*, le armó un pleito en el tribunal de la cancillería. No obstante iba pasando el tiempo; iban á verificarse nuevas elecciones. Entretanto llega á Inglaterra la relacion de las últimas revoluciones de Bengala y de la guerra con Mir Causim. Todas las miradas se clavan en Clive; aquellos acontecimientos le ponian en muy buena situacion. Suplicado de volver á encargarse de los negocios de la Compañía, se niega dando sin embargo á entender que, si estuviese cierto de la buena querencia de la junta de los directores, daria muy gustoso á la Compañía nuevas pruebas del zelo de que estaba animado en su servicio. Amenazado Sullivan por esta cláusula condicional, empezó á protestar por su parte que estaba muy dispuesto á prestar á Clive una cooperacion franca y aun amistosa. Pero Clive contesta categóricamente que la reconciliacion es ya imposible, que las miras de Sullivan son diametralmente opuestas á las suyas, y que nada puede aceptar si la junta conserva á su presidente. Las elecciones se hicieron bajo el influjo de esta declaracion, y Sullivan fué reemplazado. Provisto Clive, con motivo de las circunstancias, de un poder sin límites, y hasta de la facultad de organizar en la India un nuevo

gobierno, partió el 4 de junio de 1764; y llegó á Calcuta el 3 de mayo del año siguiente. Ya no existían las circunstancias que habían motivado las facultades extraordinarias que se le habían dado; pero quedaban en pie otras muchas dificultades. En consecuencia, él y los miembros designados del gobierno provisional juzgaron del caso retener el poder que eventualmente le habían deferido. El achaque que Clive quería remediar, cortando en lo vivo, aunque le *hubiese de costar la vida*, era aquella anarquía profunda, aquella corrupcion orgánica que había viciado todos los resortes de la administracion, y que, á fuerza de confusion y de menosprecio de todo derecho, había acabado por considerarse á sí mismo como un derecho. Empezó por haberlas con las dos grandes cuestiones que dominaban á todas las demás, la del comercio de los empleados en el interior y la de los presentes. Como los medios términos adoptados por Vansittart no eran á los ojos de Clive mas que un paliativo insuficiente, á pesar de la oposicion de una mitad del consejo, hizo pasar la mocion de un nuevo juramento, por el cual todo empleado debía obligarse á no recibir ni presentes ni gratificaciones por los actos de su servicio. Volvióse á suscitar en esta discusion la objecion del *jaghire*, y á decir la verdad, era este el lado flaco del reformador Clive. Salió de ellos lo mejor que pudo, alegando la importancia particular de los servicios hechos por él, y que nadie sino él hubiera podido hacer; la espontaneidad de Mir Jafier en aquella dádiva que Clive no había impuesto como condicion antes de servirle, ni exigido ni solicitado despues; el no haber aceptado ningun otro presente durante los tres años de poder que habían seguido á aquel don, y que le proporcionaba tantos medios de enriquecerse por este medio. No hubiera sido analizar y estrechar mucho todas estas razones para reducirlas á su expresion verdadera, que venia á ser esta: Es que me llamo Leon. Hubo algunas protestas, hasta en el conse-

jo, contra el juramento; tambien hubo sus escándalos ocasionados por ciertas recriminaciones que produjeron una pesquisa contra ciertos miembros del gobierno, pero la pesquisa cayó por sí misma, y todo el mundo se sometió.

El negocio del comercio fué mas largo. Clive había principiado, como la junta de los directores, con una supresion total é inmediata. Pero esta medida, agregada á la precedente, arruinaba casi á los empleados reduciéndolos á sueldos insuficientes. Esto equivalia á condenarlos á arrojar-se mas que nunca á operaciones clandestinas y provechos ilícitos, lo que además del desórden que hubiera introducido en la administracion, hubiera comprometido la dignidad de sus funciones y la del nombre inglés, harto comprometidas ya por la desnudez que les hubieran obligado á ostentar á los ojos de los naturales. Clive halló otro sistema. Al paso que mantenía la prohibicion sobre todos los renglones de comercio, hizo una escepcion única á favor de la sal, y para regular el tráfico de este renglon, la erigió en monopolio. Este monopolio era explotado por una sociedad representada por tantas acciones cuantos eran los empleados civiles, militares ó relijiosos. Cuando la Compañía, poniéndose en esta parte en lugar del nabab, había cobrado un derecho de 35 por ciento, los beneficios se repartían por porciones iguales entre todas las acciones, y cada empleado acudia, segun su grado, á tomar una ó varias de aquellas porciones, ó una mera fraccion. El gobernador tenía, por ejemplo, cinco acciones y cinco partes; el jeneral tres; los diez consejeros y los coroneles dos cada uno; los catorce comerciantes mas antiguos tres cuartas partes de una cada uno, etc. Los beneficios del primer año fueron enormes. Clive por su parte sacó 21.179 libras esterlinas por las cinco partes á que tenía derecho. Verdad es que en esta suma el beneficio de una especulacion particular que había hecho vendiendo á la sociedad grandes cantidades de sal que había acumulado se juntaba al beneficio

que le cabia como accionista. No obstante la operacion fué bastante buena para que la comision creyese deber elevar el derecho percibido por la Compañía de 35 á 50 por ciento. Esta prosperidad asustó á la junta de directores, que temió que la asamblea de los propietarios en Lóndres se prevaleciese de ella para pedir un aumento de dividendos. Renovó mas formalmente que nunca sus órdenes, vedando todo comercio á sus empleados, ni aun reunidos en sociedad. Clive, que habia estirpado los abusos y restablecido el orden con la ayuda de su monopolio, tuvo que abolirlo. Pero el monopolio regular se vió al punto reemplazado por un monopolio anárquico y opresivo, que algunos individuos reconstituyeron en beneficio propio.

Clive habia llevado á cabo otras muchas reformas. Tenia ya que establecer el triunfo del interés jeneral sobre el interés personal. Para que procediese el ejemplo de las cumbres, vedó á todos los gobernadores el comercio, aun el exterior. Los miembros del consejo, ocupados en sus negocios, no se creian obligados á la residencia. Para suplir á los ausentes habia sido necesario aumentar el número de los consejeros. Clive los obligó á la residencia cortando sin mas miramiento otro abuso. Muchos de estos señores se hacian nombrar jefes de factorías, y prevalidos de su calidad de consejeros, se hacian asignar mayores emolumentos por sus nuevas funciones. Clive prohibió acumular tales sueldos, pero tuvo que luchar con los empleados. La facilidad que hallaban estos en el caos de abusos, hasta entónces tolerados, para labrar rápidamente sus fortunas, era causa de que no permaneciesen mucho tiempo en la India, por donde, renovado el personal continuamente, sucedia que casi en su totalidad no se componia mas que de jóvenes sin instruccion ni esperiencia. Clive no queria tolerar que los grados superiores estuviesen á la merced de tales incapacidades, por lo que, en lugar de adelantarlos, mandó venir de Madrás los empleados que necesitaba. Esta fué

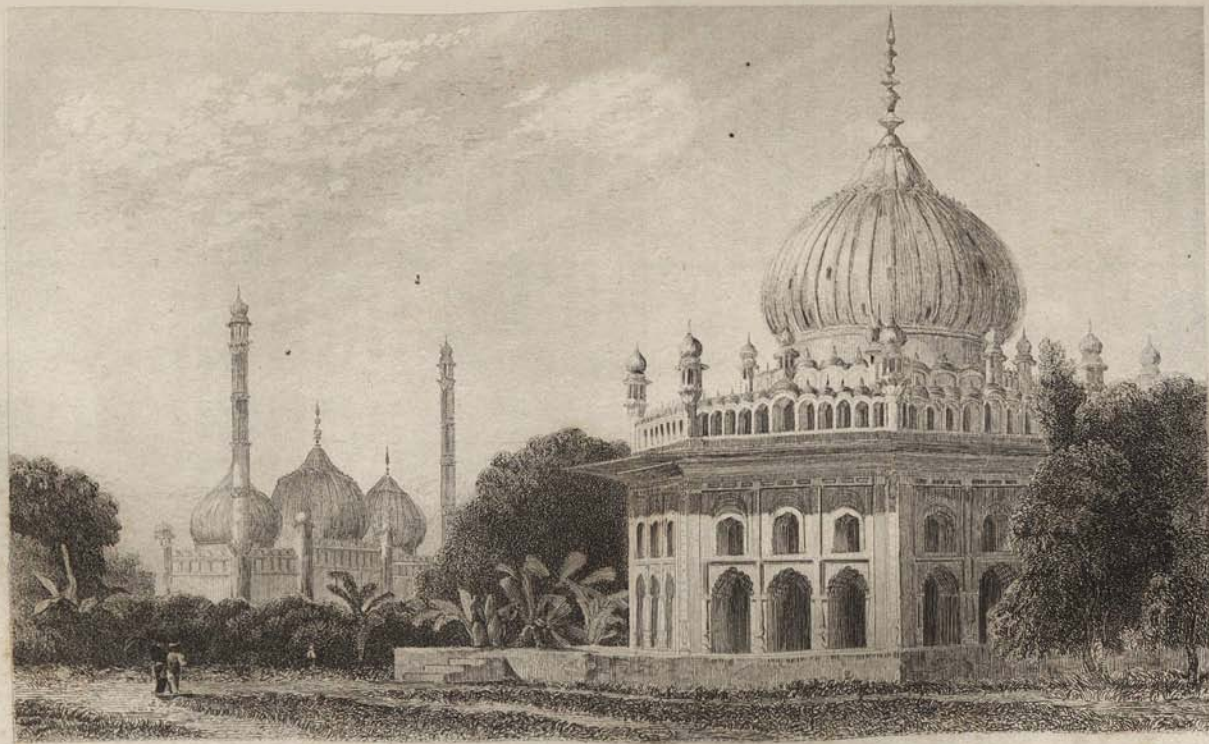
la señal de una coalision levantada contra él por un sistema muy estenso de pequeñas venganzas, que llegó tan adelante, que los comprometidos se concertaron en no aceptar sus invitaciones cuando los convidaba á comer. En el ejército se formó otra mucho mas seria. La desorganizacion habia penetrado hasta su seno, lo mismo que la indisciplina, y los oficiales eran los que daban tan pernicioso ejemplo. Ya hemos visto que por esta causa tuvo que retroceder el mayor Carnac, cuando perseguia á Mir Causim en las fronteras del reino de Oude. Las cosas llegaron á mas grave estado de esceso. Era costumbre que la Compañía asignase una indemnizacion á los oficiales en campaña, llamada *batta* en la lengua del pais. Mir Jafier, despues de su advenimiento, habia manifestado su satisfaccion al ejército doblando dicha *batta*. En lo sucesivo, y á despecho de la sala de directores, lo mismo que los demás abusos que hemos ido recorriendo, la munificencia de esta doble *batta* vino á erijirse en una especie de derecho para los que participaban de ella. Clive, que caminaba á poner orden y economía en la renta, creyó que la paz le ofrecia ocasion favorable para que este derecho oneroso volviese á su estado primitivo. En este concepto, dió orden para que en adelante quedase suprimida la doble *batta*. De un extremo á otro de la presidencia, los oficiales de las tres brigadas que componian el ejército inglés, se convinieron en rechazar esta medida. Formóse el convenio, con el mayor secreto, que en un mismo dia harian todos su dimision si no se volvia á conceder la doble *batta*. Un solo oficial se negó á entrar en el complot, lo cual, dando oríjen á un lance de honor, fué causa que quedase descubierta la intriga. Este acontecimiento no hizo mas que anticipar el dia convenido (1.º de mayo de 1766). Clive manifestando su resolucion de no ceder á la exigencia, y desplegando toda la severidad que le concedian las leyes, mandó prender y conducir á Calcuta á los presuntos motores de la sedicion, y al mismo tiempo man-



Benardes. Paris.

Tête à trois visages, à Elephanta

Cabeza de tres caras, en Elefanta.

*Mausolee à Lucknow.*

Mausoleo en Lucknow.

dó venir de Madrás todos los oficiales que no eran rigurosamente necesarios allí para el servicio. Trasládose en seguida á los campamentos y guarniciones; arengó á los revoltosos, y logró despertar los sentimientos del honor en los corazones de aquellos que solo se habian dejado arrastrar por el torrente del influjo. Para cúmulo de la crisis, se temia una invasion de Mahratas, pero por otra parte esta circunstancia hizo que mas de uno se sintiese ruborizado por su desercion. Sometiéronse de contado muchos, y otros siguieron en seguida este ejemplo en mayor número, quedando el órden restablecido. La India inglesa se habia visto al borde de un precipicio. De los culpables, unos fueron degradados, y otros simplemente licenciados para Inglaterra. El coronel sir Roberto Flecher fué depuesto y licenciado para Inglaterra, por no haber desplegado bastante enerjía al frente de su brigada.

Clive tuvo la desgracia de escitar la murmuracion hasta con sus rasgos de beneficencia. Con el legado de Mir Jaffier, que ascendia á 70.000 libras esterlinas, habia formado un fondo, cuyos réditos debian emplearse en sufragar pensiones para los oficiales y sarjentos que estuviesen enfermos por sus heridas, ó en beneficio de las viudas que pudiesen dejar en la miseria. En virtud del nuevo juramento, que no excluia la aceptacion de los legados, se le disputó el derecho de disponer de aquel dinero como habia hecho, adelantando, que aquella suma no era un legado de Mir Jaffier, sino un donativo de su hijo. Sin embargo, esta jenerosidad de parte de lord Clive fué uno de los argumentos á que se apeló con mas frecuencia para hacer entrar en sus deberes á los oficiales durante la revuelta.

Despues de la muerte de Mir Jaffier, la presidencia habia estado indecisa acerca la eleccion de sucesor, entre un hijo de Miram, todavía de menor edad, y un hermano de aquel príncipe. El niño tenia la ventaja para la Compañía de dejarla con mayor ensanche y libertad de ejercer el

poder en su nombre. Pero el hijo segundo de Mir Jaffier, Najib-al-Doulah, podia disponer de una fortuna iumensa, y las utilidades que podia este ofrecer tuvieron mas peso que otra consideracion cualquiera. Las dádivas no se habian todavía prohibido. De todos modos, el arreglo se hizo de forma que no se le dejaba mas poder que el de gastar su dinero. Por lo que hace á la parte militar, se le quitó el engorro de tener que mantener y mandar las tropas. En cuanto á la administracion civil, no se le concedió mas derecho que el de poder nombrar un ministro, cuyo nombramiento debia merecer además el asentimiento del presidente y del consejo. Quedó abolido el derecho hereditario en su familia. No pudiendo admitir la Compañía sino despues de haber hecho tres nababs, no habria manifestado suficientemente que su sola eleccion era la que constituia el derecho. Este nabab murió en el mes de mayo del año siguiente de 1766. Este acontecimiento, y el nuevo derecho que habia proclamado la Compañía, ponian á Clive en estado de poder realizar sus primitivos proyectos, acerca la supresion del nabab, y la ereccion de la Compañía en soberana absoluta de sus posesiones; pero modificóse este pensamiento, puesto que hallándose concentrada en manos de la presidencia toda la realidad del poder, no creyó que fuese prudente sacrificar á una verdadera vanidad, las ventajas que podia reportar la apariencia exterior de un gobierno, como sagrado á los ojos de los naturales, cuyo hábito habia de todo tiempo influido hasta en sus costumbres. Elijióse pues nabab al hijo tercero de Mir Jaffier, hermano menor de Najib-al-Doulah, llamado Saif-al-Doulah. Clive supo alarmarlo de tal modo acerca de cuan pesada era la carga del gobierno que se le confiaba, así como acerca de las sumas que deberia pagar á la Compañía, y tributo anual al emperador, etc., que el inesperto príncipe, para descargarse de tantas atenciones, se dió por muy feliz con abandonar todas sus rentas á la Compañía, que era la

última prerrogativa que le quedaba de su dignidad. Quedóse finalmente con un título vano y sin influjo ni poder, con 50 laques de rupias, que la Compañía se obligaba á satisfacerle para sus gastos. Concluido este peregrino arreglo, se dice que saltaba de contento, exclamando: « ¡ Bendito sea Dios ! ¡ Con que podré mantener tantas bailarinas como se me antojará ! » Clive habia calculado sagacisimamente. ¿ Qué necesidad habia de suprimir el nabab ? La verdadera cuestion no era mas que de libras esterlinas, y de esperar que el tiempo hiciese lo demás.

El emperador y su visir, el nabab de Oude, habian tenido que entrar por tratados no menos leoninos y rapaces. Si Clive les respetó algun derecho ó poder no fué mas que lo que desdeñó de apropiarse, ó lo que le hubiera resultado embarazoso. Debemos recordar, que el visir, despues de haber propuesto á los Ingleses un tratado de alianza, que no vino á efectuarse, en parte porque, aunque estaba dispuesto á comprometer á su aliado Mir-Causim, sin embargo se resistia á entregarlo, y en parte, porque no pedia nada menos, por premio de su servicio, que la provincia de Bahar, este visir decíamos, se vió estrechado por el Mayor Carnac á tener que implorar la jenerosidad de sus mismos enemigos. Clive tomó á su cargo terminar este asunto. Volvió pues al nabab todos sus estados, menos los distritos de Allahabad y de Corah, que ya habian sido cedidos al emperador. Los Ingleses tenian un interés en restablecer el reino de Oude para que sirviese de barrera á sus posesiones contiguas, contra las incursiones de los Mahratas. El nabab, á pesar de esto, no se vió menos obligado á pagar una suma de 5 laques de rupias (48 millones de reales) por gastos de guerra, bajo el título de la proteccion con que se le devolvía la corona. En cuanto al emperador Shah-Allam II, su imperio se encontraba desmembrado, al norte, por los Afghanes, al oeste por los Mahratas, al este por los Ingleses, y en el Decan por los mismos Mahratas é In-

gleses, sin contar á Haider, quedando reducido á las dos ciudades de Allahabad y de Corah, que tenia á bien conservarla con el dudoso señorío sobre el reino de Oude. Quedaba declarado el abandono de señorío sobre las posesiones inglesas, por la renuncia á que se le habia obligado de 30 laques de rupias que le concedian los tratados anteriores por su derecho á las rentas de las provincias de Bengala, de Bahar y de Orisa. Renunciaba igualmente á la suma de 5 laques y medio que le pertenecian por los tributos que se le tenian señalados en las tierras de la Compañía. Confirmaba la validez de posesion de esta en todos los territorios ocupados por ella en el imperio del Mogol, comprendiéndose en esta declaracion las tierras ó posesiones de Clive, que no habia echado en olvido el gobernador. Conferíale á este la diwania ó administracion jeneral por los frutos de las tres provincias arriba citadas, cuya concesion habia rehusado siempre la Compañía, y que en el dia no era mas que nominal, puesto que la soberanía de estas provincias pasaba completamente de manos del emperador á las de la Compañía; pero lo que se buscaba con ahinco es que constase en debida forma el título de despojo. Finalmente, como ya no le quedaba nada al emperador, se tuvo la jenerosidad de asignarle una suma de 26 laques para atender á sus gastos y al sostenimiento de su casa, esto es, la mitad de las bailarinas que se habian concedido á Saif al-Doulab. Así que, el emperador, el último vástago de Timor y de Aurengzeb no vino á quedar menos reducido que el nabab, á ser un simple pensionista de una compañía de negociantes ingleses!

Tantos trabajos y el clima de Bengala habian minado la salud de Clive. Cuando vió sobre todo que la sala de los directores destruía la obra que tan penosamente habia conseguido levantar, cortando de raíz los abusos nacidos del comercio de los empleados en el interior, todos sus conatos se dirijieron á regresar á Inglaterra. En mayo de 1766, en lo mas fuerte de su lucha con los oficiales, escri-

bia al gobernador de Madrás en estos términos: «¿Creeis que la historia presente el ejemplo de otro hombre que con 40 mil libras esterlinas de renta, con una esposa, con una familia, padre, madre, hermanos y hermanas, haya abandonado su patria, renunciando á todos los placeres de la vida, para tomar sobre sí la enorme carga de un gobierno tan corrompido, tan insensato, y tan desnudo de todo principio de honor y de razon como este?» Lo que no presenta la historia es otro hombre que en tan corto tiempo, y con tan pocos recursos, haya fundado un imperio tan vasto, tan sólido y tan duradero. Finalmente, por enero de 1667 Clive salió de Bengala para volver mas á ella. Debaba al consejo sabias instrucciones para mantener el órden que habia restablecido. En Inglaterra le aguardaban otras luchas.

En 1772 ahogada la Compañía por sus deudas, y en la imposibilidad de hacer frente á sus negocios, y despues de haber agotado dos empréstitos, se vió obligada á recurrir al ministerio, pidiendo tercer socorro por la suma de un millon de libras esterlinas. El asunto llegó al parlamento con un proyecto de reorganizacion civil, política y judicial, presentado por el presidente de la sala de directores. El parlamento, antes de resolver cosa alguna, nombró dos comisiones, una secreta encargada de reunir conocimientos acerca de los asuntos de la Compañía, y la otra especial, encargada de estender su informe acerca de su constitucion, de su estabilidad en los países que habia esplotado, en una palabra, acerca de las condiciones que garantizaban su existencia. En la sesion próxima el informe estaba concluido; presentólo el coronel Burgoyne, y el año 1774 vió abrirse un debate para siempre memorable en los anales parlamentarios de la Gran Bretaña. La discusion, aunque no se desviaba de un círculo de términos jenerales, iba complicando á Clive, y lo estrechaba de modo, que era fácil prever que todos los golpes le serian en breve dirigidos á él solo.

Varias proposiciones, redactadas en este espíritu y sentido, y anunciadas como principios, fueron votadas con una facilidad que hacia presajiar, que cuando no habria que votar mas que su aplicacion con respecto al lord baron de Plassey, la cámara, fiel á su primer voto, no podria retroceder. Burgoyne habia trazado toda la historia de los últimos quince años, desde la toma de Chander-nagor sobre los Franceses con quienes acababa de tratarse, hasta la deposicion de Mir Causim. Habíase detenido en la narracion de las circunstancias que habian mediado en la elevacion de Mir Jafier, en la firma suplantada del almirante Waston, en las prodigalidades con que Mir Jafier habia comprado ó pagado el concurso de los Ingleses, y en las enormes sumas que dilapidaban los empleados, á título de buena presa en el botin. Clamaba contra el enorme número de negociantes que se erijian en soberanos, en monstruosa amalgama, donde la autoridad del soberano no tiene mas que á saciar la rapacidad del comerciante; demostraba que las revoluciones se multiplicaban en sus manos, así como las exacciones, las rapiñas, las violencias, las traiciones, las crueldades, excesos de que se habia quedado Clive, y que tan valerosamente habia contrarestado. En fin, dirigiéndose al mismo Clive, lo pintaba como aprovechándose del jeneral desórden, aglomerándose la inmensa fortuna de 2.080.000 rupias, solo en sumas recibidas, (la fortuna de este funcionario era á lo menos cuatro veces mayor de lo indicado, segun su propia confesion en el fragmento de la carta que hemos leído mas arriba), y concluia pidiendo, se procediese á un acto solemne de justicia nacional, ordenando la restitution jeneral de tantos millones indebidamente percibidos á fin de que la Compañía, defraudada por la multitud de tantos peculados, pudiese, recobrándolos, aplicarlos al pago de sus deudas.

Con respecto á Clive no se trataba menos que de reducirlo al estado en que se encontraba cuando salió co-

mo simple escribiente; así es que no cesaba de exclamar , que en la cruel situación á que quería reducirsele, nadie le ofrecia un schelling á cuenta de su porvenir. A decir verdad , tal vez habia en esto alguna exajeracion , porque Burgoyne , insistiendo en la restitution , no dejaba de reclamar á favor de cada uno una recompensa nacional , digna de los servicios que hubiesen prestado , y digna al mismo tiempo de la nacion que la hacia ; pero queria que le hiciese justicia y que esta medida sirviendo de reparacion á lo pasado , fuese un freno para lo sucesivo. En este debate la posicion de Clive era verdaderamente débil : la autoridad de su nombre , el prestigio de los grandes servicios que habia prestado , eran lo único que podia oponer á las eternas consideraciones de justicia , de humanidad , de honor nacional , y de interés jeneral que se invocaban en su daño. Todavía venian á aumentar su conflicto sus propias máximas , y las reglas severas que habia impuesto á los demás ; de modo que podia batirsele con sus propias armas. Desgraciadamente no podia probar que no hubiese sido codicioso ; todo lo mas que pudo hacer , fué demostrar que sus servicios habian merecido tal fortuna , argumento que no tenia réplica , si no hubiese sido él mismo el que se la hubiese labrado. La cámara quiso señalar con un acto grande y solemne la consideracion que le merecian sus alegados servicios , demitiéndose de sus propios principios á favor del funcionario. Desde un principio habia votado : 1º que cuantas adquisiciones se hubiesen hecho bajo el influjo de la fuerza militar , ó por medio de tratados con príncipes extraños , pertenecian de derecho al estado. 2º Que la apropiacion de adquisiciones verificadas de aquel modo , por via de emolumento de los empleados civiles y militares , era ilegal ; y 3º como declaratorio , que grandes sumas de metálico , y propiedades considerables , habian sido adquiridas en Bengala de parte de los príncipes ó grandes potentados del pais , en el desempeño de las fun-

ciones civiles y militares , y que estas sumas y propiedades habian sido adquiridas á su provecho particular. Cuando se pasó á votar la cuestion personal , la primera mocion que se presentó contenia espresiones ulcerantes ; redactóse otra que se concretaba á la sencilla anunciacion de los hechos. Esta mocion , enmendada como se ha dicho , y espresando que el muy honorable Roberto lord Clive , baron de Plasey en Irlanda , en la época de la destitucion de Surajah-Doulah y del advenimiento al trono de Mir Jafier , habia recibido una suma de 2 laques de rupias como comandante en jefe , otra suma de 2 laques y 80 mil rupias , como miembro de la junta de gobierno , otra suma de... etc... en todo 2080.000 rupias , fué aprobada por una mayoría de 155 votos contra 95. La segunda mocion , que declaraba que lord Clive , obrando de este modo , habia abusado de los poderes que le estaban confiados , en pernicioso ejemplo de los funcionarios públicos , fué rechazada sin discusion. La tercera en que se declaraba , que lord Clive habia , al mismo tiempo , hecho grandes y meritorios servicios á su pais , fué aprobada por unanimidad.

Tal fué el resultado de este gran debate. Clive no sobrevivió á él mucho tiempo. La irritacion que este asunto habia producido en su ánimo los sinsabores que le habia ocasionado este proceso por espacio de dos años , alteraron su constitucion ya gastada , y sobre todo , imprimieron en su carácter una sombría melancolía de la cual nada bastaba á distraerlo. Aquella fortuna que habia considerado tan cruel que se le quitase , se la quitó en cierto modo á sí mismo , privándose de todas las comodidades , de todos los goces que podia proporcionarle. Aquella familia que él mismo se maravillaba de haber abandonado para ir á gobernar un pais como la India , la desviaba de sí , cuanto podia , para encerrarse en una soledad ficticia en donde no tenia mas compañero que su mismo pesar. Habia traído de la India una lesion en el hígado. Despues



L. M. A. R. A. R. A.

Restes d'un ancien Temple à Barolli

Restos de un antiguo Templo en Barolli.

del proceso, este mal tomó incremento. El único remedio que quiso poner en ejecución fué el uso mas inmoderado de lo que hasta entonces habia hecho del opio, cuya consuetud habia contraído en la India. Sin embargo pasó á los baños de Bath y al continente por disposicion de sus facultativos. Pero á la nueva abertura de las cámaras, algunas tentativas hechas para reproducir un asunto, para siempre y solemnemente terminado, escitaron de tal modo su sensibilidad, que en lugar de quedar embotada contra tan efímeros ataques, acabaron de exasperarlo. A medida que se acercaba á su fin, sentia conmovirse en el fondo de su corazon el resentimiento de su fiera herida, de su poder humillado, de su felicidad reducida á ser el blanco de la maledicencia, y á tener que defenderse. El orgullo de aquel hombre que habia ejercido la soberanía: que habia hundido y levantado tronos, lo detenía ó lo apartaba con indignacion en sus ensueños del banco de los acusados. Murió al fin á los 49 años de edad, en 22 de noviembre de 1775. Por un capricho singular, el mayor jeneral de la Compañía, el lord teniente de los condados de Shrop y de Montgomery, el representante de Shrewsbury, el par de Irlanda, miembro de la sociedad real, acababa de añadir á todos estos títulos el de doctor en derecho.

En cuanto á los resultados jenerales sobre los asuntos de la India, la intervencion del parlamento produjo una acta, que se llamó bill regulador, por el cual se cambiaba la constitucion de la Compañía. La renovacion anual del consejo de directores fué reemplazada por una disposicion que estendia los poderes de los miembros de dicho tribunal hasta cuatro años. Los miembros salientes no podian ser reelegidos sino despues de un año de intermedio. El derecho de votar en las elecciones descansaba en una propiedad de 1.000 libras esterlinas en acciones de la Compañía, por donde los intereses en la misma habilitaban mas al mayor poseedor, pues que 2.000 li-

bras conferian dos votos, 6.000, tres y 10.000 cuatro, que era el máximo de votos que podia reunir una misma persona. El gobierno supremo de la India, se volvía á la presidencia de Calcuta. Las presidencias de Madrás y de Bombay eran de su dependencia. El consejo supremo se componia de cuatro consejeros nombrados por cinco años y un gobernador jeneral. Su nombramiento pertenecía á la junta de directores, con la aprobacion de la corona, y salvo el derecho que se reservaba el parlamento de hacer los primeros nombramientos. La junta de directores tenia obligacion de transcribir á uno de los secretarios de estado, y al lord de la tesorería, con la dilacion de catorce dias, copia de todos los documentos que recibiese sobre los asuntos de la India. El rey debia nombrar un tribunal de justicia, compuesto de tres jueces y de un presidente, para las tres provincias de Bengala, Bahar, y Orisa. Este tribunal era al propio tiempo un tribunal de apelacion para las sentencias de los demás tribunales. Quedaba terminantemente prohibido á los particulares el comercio interior y se confirmaba á la Compañía el privilegio esclusivo de este comercio. El parlamento, en uso de las facultades que se habia reservado, pasó á nombrar á sir Warren Hastings gobernador jeneral, y consejeros al jeneral Clavering, á Jorje Mouson, á Ricardo Barwell, y á Felipe Francis.

La mayor parte de estas disposiciones chocaron vivamente, y suscitaron violentas reprobaciones. Los propietarios se lamentaban de que la mayor parte no podrian satisfacer la elevacion que se señalaba al censo, y que el poder real tomaba en la gestion de su propia fortuna, el lugar de que se les despojaba. Verdad es que el ministerio habia impuesto nuevas condiciones al préstamo de 1.400,000 libras esterlinas que concedía á la Compañía, y el embolso inmediato de las 400.000 que debia pagar de impuesto al estado sobre las rentas de los territorios que poseia. Las condiciones indicadas le reducian á disponer en lo su-

cesivo de todas las adquisiciones territoriales, cuyo goce sin embargo dejaba á la Compañía por término de seis años. Esto verdaderamente no era nada menos que atacar á la compañía en su soberanía, y muchas personas, confundiendo este derecho de soberanía con los de la propiedad privada, se armaban de los argumentos y principios en que esta descansa, para rechazar los ataques que se dirigian contra la otra; pero la razon de estado, no inquietándose demasiado por estas tranquilas y verdaderos chismes de los leguleyos salió triunfante y victoriosa en el asunto.

CAPITULO XVI.

DISENSIONES INTESTINAS EN EL GOBIERNO DE MADRAS.

La paz concluida con Haider habia puesto término á un período de veinte y cinco años de guerra, casi nunca interrumpida, de cuyo furor ningun punto de la península habia podido libertarse. Esta guerra habia cambiado enteramente la faz del pais. Todas las autoridades eran nuevas en él, ó erijidas bajo otro sistema. Todas sentian la necesidad de reconocerse mutuamente y de consolidarse. Mohamet Ali era el único que habia contraído el hábito de la guerra, y que deseaba continuarla. Forzado á tener que entrar por el tratado de paz con Haider, no se habia resignado á respetarlo sino murmurando. Pero le quedaba un rival á quien combatir, y este era el rajá de Tanjore, por cuyo lado tenia siempre un pretexto dispuesto, y el rajá por otra parte, tenia la enojosa reputacion de ser rico. El nabab supo buscar el pretexto para atraer las hostilidades: mas obstáculos encontró en obtener el asentimiento y el concurso de la presidencia. Obtenido lo primero, daba la casualidad que las negociaciones que habia entablado con el rajá se hallaban muy adelantadas, y las ventajas que le resultaban por la estipulacion, á lo menos eran mas seguras, que las que él podia prometerse por la fortuna de las armas.

Entonces tocó á la Compañía instar y mover al nabab: habia hecho sus preparativos y no queria perderlos. Así que, se decidió la guerra á despecho tambien del nabab, como habia sucedido con la paz. Desde luego se abrió la campaña con la toma de Vellum (setiembre de 1771), y en seguida se puso sitio á Tanjore. Pero mientras los Ingleses adelantaban sus trincheras, el nabab continuaba sus negociaciones con el rajá, y cuando la brecha estuvo practicable, habia este firmado un tratado de paz, por el cual el rajá le pagaba muy subidamente la salvacion de su ciudad. Los Ingleses que iban á dar el asalto, vieron abortar la esperanza del saqueo ó de la capitulacion, y tuvieron que sufragar los gastos de la guerra. Con todo para apaciguar á la presidencia, que parecia dispuesta á continuar las operaciones por sí sola, y que conservaba siempre á Vellum; el rajá tuvo que cederle algunos trozos de territorio.

Hasta el presente la Compañía no habia tenido que hacer frente á conflicto alguno, sino es con el nabab. Pero las cuestiones que el peligro habia aplazado para otra ocasion, mientras tuvo que conquistar ó defender su territorio, se presentaban por sí mismas, ahora que no debia dedicarse mas que á organizar, á definir la posicion, tal vez imprevista, que los acontecimientos le habian creado. La primera complicacion que habian producido los hechos era la calidad de soberana que la compañía de comerciantes unidos se habia granjeado en la India; sin su conocimiento, y la calidad de súbdito, que ella conservaba en Inglaterra. Despues del tratado de 1763 con la Francia, el gobierno de la Gran Bretaña habia creído deber enviar un comisario rejio á la India para vijilar su cumplimiento. Abierta esta puerta á la autoridad real en los negocios interiores de la Compañía, fácil era que penetrase enteramente en su seno. La presidencia habia pasado estas consecuencias, y sir John Lindsay despues de haber agotado sus esfuerzos para que la Compañía reconociese su intervencion, tuvo

que desistir y volverse á Inglaterra. Sir Roberto Harland, por quien fué aquel reemplazado, reunia al título de comisario réjio, el de almirante de la escuadra destinada á los mares de la India. Era este dictado de mucha recomendacion para la Compañía, que á cada momento podia necesitar del auxilio de la escuadra. Esto no obstante, el citado almirante no tuvo mejor acogida que su antecesor. La Compañía no tenia dificultad en aceptar la mediacion del gobierno británico cuando tenia necesidad de sus socorros en hombres ó en dinero, pero se hallaba poseida de los celos mas suspicaces contra toda manifestacion de autoridad. Desde mucho tiempo, los nababs que habian sido emancipados del señorío imperial eran verdaderos soberanos. Mohamed Ali lo era mas que otro á los ojos de la Compañía, la cual habia peleado veinte y cinco años para conquistarle este título: finalmente lo habia hecho salir por un favor especial, de la dependencia en que se hallaba del subah del Decan. Jorge III tuvo la desgracia de tomar por real y efectiva la soberanía de este príncipe, cuyo infatigable campeón habia sido la Compañía, y de tratar á Mohamed Ali como á otro cualquier soberano. Los comisarios réjios que pasaron á la India le presentaron directamente sus credenciales con todo el ceremonial de costumbre. Todavía mas, el rey cristiano se hizo representar por el príncipe musulman en una ceremonia en que conferia á uno de sus súbditos de la India la orden del Baño. La Compañía que no podia ser tratado de igual á igual por el rey de la Gran Bretaña, no se miró sino con derecho en segundo término, comparándose con su propia hechura, con aquel soberano de quien habia pensado disponer como del maniquin de su propia soberanía. Cuando Mohamed Ali instaba la guerra contra el rajá de Tanjore, no solo intentaba apoderarse de sus riquezas, sino de impulsar á la Compañía á solicitar la alianza de los Mahratas, cuya alianza habria escitado despues contra Haider que ya se hallaba en guerra

con estos pueblos. Sir Roberto Harland, apoyo declarado de Mohamed Ali, activó vivamente esta alianza, y cabalmente no se necesitó mas para que no se efectuase. Entónces fué cuando Mohamed Ali, tan ardiente en un principio por la guerra que él mismo habia provocado, se manifestó tan tibio despues, como hemos visto. No le importaba ya dirigir la expedicion contra el reino de Tanjore, dejando sus propios estados abiertos á una invasion de los Mahratas. Tal vez tambien en este flujo y reflujo de proyectos encontrados se gozaba en ejercitarse á ostentar independencia y propia voluntad, mientras la presidencia por su parte con la resistencia simétrica que oponia á cada intento del nabab, aunque fuese sacrificando sus intereses á sus pretensiones, se complacia en darse cuenta á sí propia de su supremacia. Nada de cuanto pidió sir Roberto Harland le fué concedido, ni siquiera la devolucion de los desertores que se habian pasado á la Compañía de las tropas del rey. La presidencia, protestando de continuo su profundo respeto para con el rey y á sus prerogativas constitucionales, se negaba á recibir las comunicaciones que le dirigia sir Roberto Harland en calidad de comisario réjio. Sus pretensiones eran hacer valer su propia prerogativa, al igual de otra cualquiera, pues que nacian de un mismo oríjen, esto es de las actas del parlamento, sancionadas por la corona. El comisario réjio tenia esta conducta por poco digna, por arrogante y presuntuosa, y si hubiese podido la habria calificado de rebeldía. Acibaráronse las contestaciones, y á poco cada uno se propasó á negar su carácter á la otra. La dignidad de la presidencia y la majestad de la corona de Inglaterra no pudieron aumentar demasiado su prestigio á los ojos de los naturales, cuando les dieron ocasion de notar en 7 de octubre de 1772 que el comisario réjio salió de la India sin despedirse del presidente, y que el presidente mandaba omitir el saludo del fuerte y de la ciudad al comisario réjio. Sir Roberto Harland fué

el segundo ministro plenipotenciario cerca del nabab, por S. M. Británica, y fué el último. El mismo rey tuvo que renunciar á dar á conocer á los pueblos de la India que en Inglaterra habia otro soberano, superior á la Compañía. Poco faltó para que esta le disputase el derecho de nombrar los jenerales que alcanzaban las victorias en su provecho. Las formalidades que quiso exijir para el reconocimiento de sir Eyre Coote, como mayor jeneral, ofendieron de tal modo la delicadeza de este antiguo oficial, que se volvió inmediatamente á Inglaterra.

Entretanto el nabab, que estaba siempre sobre las armas, acababa de emprender nueva expedicion contra los Marawaves (mayo de 1773). Mientras no tuvo que entenderse mas que con tropas ó fortalezas los sucesos de esta campaña le habian sido prósperos y fáciles, pero cuando quiso tomar posesion del pais, esto es, cuando intentó percibir los impuestos, la poblacion entera se le levantó en masa. Los pueblos sublevados le hicieron una guerra de matorral que devoraba insensiblemente su ejército. Estrechado, combatido por un enemigo verdaderamente invisible, que no podia encerrar ni reunir en parte alguna, desfogó toda su venganza en el terreno, complaciéndose en yermar y destruir el pais, ya que no podia estrecharlo á pagar sus contribuciones. Visto el ningun provecho que le ofrecia aquella expedicion, convirtió sus fuerzas contra el rajá de Tanjore. La Compañía, en la conviccion de que su comportamiento con este lo habia hecho enemigo suyo irreconciliable, y por lo tanto aliado espontáneo de todos sus contrarios, óra fuesen Franceses, óra Mysorinos ó Mahratas, creyó que estaba en la prudencia y en la política, sacudir todo miramiento, y romper de una vez con él. Así pues entró en los planes de Mohamed Ali. Recordando con todo el chasco que este le habia dado en la última expedicion, procuró precaucionarse y desquitarse al propio tiempo, estipulando, como condicion de su alianza, que el nabab haria los gastos de

aquella campaña, y que quedaria á su cargo el mantenimiento de 10.000 cipayos, en lugar de los 7.000 que hasta entónces tenia á su sueldo. El rajá viéndose amenazado con tales preparativos, apeló á la rectitud y justicia de la presidencia, dirijiéndole un escrito lleno de respetuosas y humildes protestas, y apelando á sus sentimientos de humanidad á favor de los desgraciados á quienes iba á arruinar y á sumerjir en la miseria aquella guerra. Por mas que se detuvo en demostrar que habia cumplido sus compromisos con el nabab mas allá de lo estipulado, y que no habia dado el menor motivo para aquella agresion, la hora postrera de su poder habia sonado. El 16 de setiembre de 1773, Tanjore fué tomada, despues de un mes de sitio, y el rajá y su familia fueron hechos prisioneros. Esta ocasion sirvió de pretexto para quitar la ciudad de Nagera á los Holandeses. Para justificar este acto, el nabab alegaba que habian proporcionado auxilios al rajá, los Ingleses añadian que como Nagera hacia parte del Carnatic, el rajah; á quien los Holandeses la habian comprado, no habia tenido facultades ni derecho para enajenar una parte del territorio que poseia en calidad de vasallo del nabab. No deja de ser curioso el ver que en esta enumeracion de causas y quejas, el nabab dejase á los Ingleses el cuidado de producir la que acabamos de apuntar, y lo es todavia mas, el ver la falta de pudor con que los Ingleses disculpaban su agresion, esto es, alegando un motivo que no les tocaba en lo mas mínimo, y que el verdadero interesado tenia rubor en mencionar siquiera. Los Holandeses, que habian recibido la ciudad en cambio de las sumas que habian prestado al rajá, perdieron su prenda y su dinero, retirándose y protestando contra la espoliacion de que eran víctimas. El nabab puso nuevas guarniciones en las plazas conquistadas.

No fué sin fundamento el temor de Mohamed Ali cuando el sitio anterior de Tanjore, por alguna invasion de Mahratas. El poder supremo

confiado en estos pueblos á un rajá, habia sido usurpado de tal modo por un primer ministro de aquel, que no le habia dejado mas que la existencia. Esta prepotencia del ministro, ó peschwa, se fué consolidando con el tiempo hasta el punto de hacerse hereditaria como era el mismo rajahlato, hasta que la soberanía toda entera pasó á sus manos. Tenia este á su devocion un consejo de otros ocho ministros, ó brahmanes, que se repartian el poder bajo su autoridad y asentimiento. El último de estos peschwahs murió en 1761. Dejó dos hijos, Madhou-Rao, y Narrain-Rao, todavía menores. Su tío Ragobah, llamado mas comunmente Ragobah, tomó el poder durante la minoría, y no tuvo poco trabajo en conservarlo durante las turbulencias que se orijinaron de dicha minoría. El consejo de los brahmanes llegó á ponerlo preso, pero el jóven peschwa Madhou-Rao, que murió en 1772, lo hizo poner en libertad antes de su muerte, y le confirió la tutela de su hermano, Narrain-Rao. Esto no obstante, las disensiones volvieron á estallar, y Ragobah volvió á quedar preso, y en ellas fué asesinado el jóven peschwah. Siguiendo su curso las revueltas, Ragobah recobró su libertad, y fué nombrado peschwah, en reemplazo de su sobrino. Su autoridad no llegó á consolidarse, y al último no tuvo mas recurso que en el apoyo de un fuerte ejército. Pero para sostenerse debió ponerse en campaña para la exaccion de tributos. Sus planes eran atacar á Haider, pero mediaron convenios, y se dirigió contra el nabab de Arcot. Entonces fué cuando Mohamed Ali concibió los justos temores de una invasion, conforme hemos antes indicado. Sin embargo, la tempestad tomó otra dirección, porque los ministros mahratas habian levantado un ejército, con cuya novedad Ragobah no pudo proseguir su marcha á Carnatic. Obligado á retroceder, dispó con suma facilidad á sus enemigos, pero su ejército se disolvió casi con igual presteza, por las intrigas y por el dinero de los minis-

tros, y el peschwah tuvo que refugiarse en el Guzerate.

La presidencia de Bombay, estrechada por los Mahratas que apenas la dejaban dar un paso fuera de su isla, estaba sumamente deseosa de estender su territorio; ambicionaba sobre todo la isla de Salseta, que le estaba contigua, y al mismo tiempo la posesion de Basein que linda con aquella en el continente. La situacion embarazosa en que se encontraba el peschwah, le pareció ocasion favorable para conseguir los dos puntos, y se apresuró á llevar adelante su intento con tanto mayor motivo, en cuanto los Holandeses hacian preparativos por su parte para invadirlos á fuerza abierta. En consecuencia, en diciembre de 1774 entraron sus tropas en la isla de Salseta, tomando por asalto el primer fuerte. Ragobah todavia no se hallaba fuertivo en direccion de Guzerate, y los Ingleses protestando que su intencion no era permanecer en la isla sin su consentimiento, se limitaron á hacerle presente, que su expedicion no habia sido mas que una mera medida de defensa. Mas adelante, cuando el estado de Ragobah pareció desesperado, los Ingleses le brindaron con su proteccion, la cual se dió por dichoso de aceptar, bien que á precio de la donacion de la isla y de Basein. Al mismo tiempo le obligaron á renunciar el tributo que la presidencia pagaba á los Mahratas por los estados del nabab de Broach, á quien la Compañía habia depuesto, nombrándole sucesor. Todas estas concepciones ascendian al valor de 22 laques de rupias anuales. Ocupado en una guerra tan personal, el peschwah no podia emprender cosa alguna contra el Carnatic, y por otra parte, si la Compañía hermanaba su causa se encontraba comprometida en una guerra con los Mahratas, la cual aunque concentrada en el norte y en la costa de Malabar, podia serle peligrosa por el sur y por la costa opuesta, si los ministros salian vencedores.

La política de la presidencia de Bombay debió ser desaprobada mas

tarde por la presidencia suprema de Madrás, en donde encontraremos á Sir Warren Hastings. Antes que el parlamento por el acta de que hemos hecho mencion, lo nombrase gobernadorjeneral, Warren Hastings habia desempeñado ya la dignidad de presidente en reemplazo de Cartier (13 de abril de 1772). Natural de Churchill en el condado de Oxford, en donde nació en 1732, á la edad de diez y nueve años habia empezado como Clive de simple escribiente al servicio de la Compañía. En la secretaría de Cohimbazar dió á conocer su talento; mas adelante, nombrado mediador en las desavenencias de la presidencia con surajah-Doulah, desempeñó con suma destreza las misiones que tuvo á su cargo. A semejanza de Clive, pasó tambien de las funciones civiles á las militares, y del ejército volvió al gabinete. En 1759 fué nombrado residente de Mourshadabad. Durante toda su vida estuvo siempre encargado de infinitas y delicadas comisiones, y tomó parte en todos los acontecimientos, de que fué teatro la provincia de Bengala. Sus ocupaciones no lo distrajeron del estudio profundo que habia emprendido de la lengua, costumbres, leyes y religion de los Indos, sobre cuyas materias publicó una obra en 1767, la cual ha contribuido á abrir el camino de tan difíciles investigaciones á los escritores que le han sucedido. El consejo de directores, habiendo tenido ocasion de penetrarse de su mérito en un viaje que hizo á Europa, lo volvió á destinar á la India con el título de miembro del consejo del fuerte de San Jorge en Madrás. Desde ahí volvió á Bengala como miembro del consejo de Calcuta. Bajo la presidencia de Vansittart desde luego fué de la mayoría que resistió la oposicion sistemática, y mas adelante, cuando esta mayoría quedó disuelta, continuó defendiendo el gobierno contra la malevolencia de la nueva mayoría; mucha parte de las grandes medidas, tan útiles y tan justas, por las cuales quiso Vansittart, aunque en vano, poner coto á los abusos, tuvieron

por apoyo su voto. Desde este momento quedó manifestado el espíritu y carácter que debería desarrollar mas tarde en su propia administracion.

En los últimos acontecimientos de Bengala se ha visto á la Compañía apoderarse decididamente de todo el poder, hasta la diwania que habia rehusado muchas veces. Con todo, en un principio aunque se conservó el título, delegó sus funciones á dos indijenas, de los cuales, el uno, Mahomed Bhiza Khan, obtuvo la residencia de Mourshadabad, y el otro, Shitabroy, fué instalado en Patna. La administracion de estos funcionarios no fué mas que un largo séquito de desórdenes. En 1769, Vereletz, que habia reemplazado á Clive, creyó necesario nombrar dos inspectores de la renta. Visitando las provincias estaban encargados de vijilar la percepcion de impuestos, y ellos mismos estaban sujetos á la vijilancia de dos consejos que residian en las capitales que se habian señalado á los dos naibs diwanos. Pero esta medida no trajo todos los beneficios que se esperaban de ella, y el consejo de los directores tuvo que tomar un partido extremo, disponiendo que la Compañía ejerciese por sí misma las funciones que habia delegado hasta entonces, esto es, que despues de haber tomado la diwania, se constitua en diwan. A este cargo estaba anexa otra calidad, que era la de naib nazim, la cual consistia en atribuciones domésticas, para mayor opresion del nabab, á quien ningun poder se le habia ya dejado. Entre las atenciones que pedia este encargo habia algunas que la Compañía no podia conservar, como era la tutela del joven nabab, y la administracion de las rentas reservadas á sus gastos personales. Confirióse pues la tutela a Munny Begum, segunda mujer de Mir Jafier, y para la administracion de la renta se le nombró como adjunto al hijo de Nuncomar, enemigo declarado del naib Nazim depuesto. La Compañía substituyó de este modo no solo á los delegados primitivos, sino al mismo nabab, y destru-

yendo los eslabones intermedios, se consolidó la posesion del pais y el gobierno.

Este golpe atrevido era lo que faltaba para fundar una nueva organizacion de hacienda y judicial, esto es, una administracion civil completamente distinta. Warren Hastings fué el que llevó á cabo tan árdua empresa. El zemindar ó recaudador de las rentas era al propio tiempo el juez criminal y civil del distrito que le estaba confiado para la percepcion. Tocar los poderes del agente fiscal era atentar con el mismo golpe contra la organizacion de justicia, y como aquel no era mas que el delegado del diwan, juez supremo, al mismo tiempo, y arrendador jeneral, si se suprimia el diwan, el pais quedaba sin jueces. Warren Hastings instaló dos tribunales en cada uno de los nuevos distritos rentísticos que habia organizado, como para los asuntos criminales (*phousdary-adault*) y otro para los civiles (*mofusul-diwany-adault*), los cuales fallaban en primera instancia. Las apelaciones se elevaban á dos tribunales centrales instalados en la residencia del gobierno, y dividiéndose las atribuciones de criminal ó de civil. Los asuntos, cuya importancia no escedia de seis rupias, eran fallados por el mayor arrendatario de la poblacion, que venia á ser un juez de conciliacion. Segun la antigua costumbre, la cuarta parte de la propiedad litigada pertenecia al juez. Warren Hastings abolió este impuesto, así como el poder discrecional del acreedor contra el deudor. En cuanto á la organizacion de los impuestos, si bien no presentó tantas dificultades como habia pedido la claridad y sencillez que se adoptó para la administracion de justicia, no empezó á dar los buenos resultados que se esperaban. La propiedad en la India pertenecia de derecho al jefe del Estado. Lo que nosotros llamamos impuesto, era allí el producto entero de la tierra, el cual pertenecia al príncipe en su íntegra totalidad, y este no dejaba al ryot, ó cultivador, nada mas que lo que necesitaba para su subsistencia

y para la siembra del año próximo. Tales eran los sencillos términos á que estaba reducido el mecanismo de la constitucion del pais tocante á la propiedad.

Sobre este particular, la India presenta un fenómeno singular y tal vez el único acerca de su poblacion: La palabra municipalidad, que encierra una idea de franquicias y privilegios locales, no es aplicable en aquel pais. No existe allí realmente un conjunto de derechos exclusivos garantizados por ley escrita; un pueblo no es mas que un hecho resultante de la necesidad, cimentado por la costumbre y sin mas garantía que la inexpugnable barrera del uso. La municipalidad es la creacion de un pequeño Estado dentro del Estado, una patria especial de la patria comun. Pero esto no existe en la India; queda siempre abandonada con la mayor indiferencia al primer conquistador que se presenta; las revoluciones políticas se suceden en confusion de la historia del imperio, sin que el Indio se sienta unido á su destino, mas por un solo resorte, el impuesto. Pero como este impuesto lo mismo deberá pagarse al Patan ó al Mogol, que al Inglés, ningun interés tiene el ryot en saber á quien deberá pagarlo. Lo único que le interesa, es su poblacion, que es su sola y verdadera patria, que abastece á todas sus necesidades, que administra todos sus intereses, que escuda su existencia por todos los puntos, quedando inalterable siempre en medio de las convulsiones que dislocan el imperio, ó que mudan su cabeza. Si sucumbe el emperador, el emperador no era el que habia nombrado el *potail* alcalde de su aldea, administrador jeneral de los intereses de la poblacion, ni al *tallier* ó juez de paz, que termina las contensiones, castiga los delitos, protege y manda escoltar á los viajeros de un lugar á otro, ni al *totia*, encargado de la guarda y medicion de las cosechás, ni al *guarda límites* encargado de atestiguar acerca de cuanto les concierne, ni al *encargado de distribuir las aguas* segun las necesidades de la agricultura, ni al *brahma* que apro-

vecha á las necesidades del alma, á la conservacion de las tradiciones, y á las ceremonias del culto, ni á los *profesores* de enseñanza que instruyen á sus hijos, ni al *astrólogo* que vaticina el buen tiempo ó la lluvia para el arreglo de los trabajos del campo, ni al *herrero*, ni al *carpintero*, ni al *alfarero*, ni al *conductor de agua*, ni al *guardian de ganados*, ni al *médico*, ni á la *bailarina*, ni al *músico*, ni al *poeta*, que todos estos son tenidos por funcionarios públicos y con los demás habitantes constituyen la poblacion. Todo esto es del pueblo, y todo esto sigue subsistiendo en él, cualesquiera que sean los acontecimientos que ocurran en el pais, y esto es lo que le basta al Indo. Abandonado por el poder central, que no se acuerda de él sino para cobrarle los pedidos de hombres ó de dinero, y acostumbrado á no recibir el menor influjo de parte del mismo en todo lo demás, el ryot no piensa en pedirle cosa alguna, ni sus ideas van mas allá de los términos de su aldea, que es la que todo lo provee.

De este modo, por sí propia se ha mantenido esta institucion, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, conservándose inalterable, á través de millares de años y de transformaciones políticas, siendo tal vez la misma fragilidad de los imperios de que ha hecho parte, el origen de su creciente energía de coesion, la cual, manteniendo indisoluble la institucion del pueblo una vez formada, escita mayor admiracion, pues que le falta la grande base y cimiento de todas las sociedades, que es la propiedad. No solo el ryot no era el propietario de la tierra que cultivaba, pero ni tampoco de su misma cosecha. Despues del emperador, que percibia la parte que queria (jeneralmente la cuarta) y que hablando con propiedad era el verdadero poseedor, seguian otros preceptores, cuya parte debia separarse antes que la del cultivador. Estos eran los funcionarios de quienes hemos dado noticia hace poco. Verificada la cosecha quedaba en el campo, de donde no podia retirarse has-

ta haber completado el reparto. Sacada la parte del emperador, se dividia lo restante en cierto número de montones, en cada uno de los cuales habia veinte candacas ó 330 *sirs*, que vienen á formar unos tres quilógramos. Tomábanse 25 para los dioses; para los Bramines, que ya se habian llevado la parte de los dioses, y para el astrólogo un sir á cada uno; para los Bramines mendicantes 25; para el barbero, alfarero, conductor de agua y demás empleados de trabajo, arriba nombrados, 2 *sirs* á cada uno; para el medidor 4; seguian despues el preceptor, el alcalde y el contador que tomaban respectivamente 7, 8 y 10 *sirs*. Estas asignaciones eran invariables, cualquiera que fuese la dimension del monton, con tal que pasase de 75 *sirs*, lo cual ocasionaba que algunos montones no rendian nada ó casi nada al cultivador. Verificada esta exaccion se median de nuevo los montones, y se sacaba medio sir de cada candaca para el guarda de noche de la poblacion; 2 *sirs* y medio para el contador y otro tanto para el alcalde, no obstante haber percibido su cuota fija en la primera medicion, siendo esta segunda la eventual; en la base del monton todo el grano que habia hasta una pulgada del suelo era la parte eventual del conductor de las aguas. Finalmente, de lo que le quedaba al ryot despues de tantos repartos, el emperador llevaba tambien su cuota eventual que era de 50 por ciento, y aunque parece que debia quedarle limpia esta mitad que le resultaba de la última usurpacion, todavia tenia que dar el 10 por ciento al *zeminzar*. De este modo el desgraciado labrador despues de haber satisfecho el impuesto fijo al propietario, que era el emperador, y atendido del mismo modo á lo que correspondia á los funcionarios, la parte que le quedaba, mayor ó menor segun los años, tenia que sufrir nuevas dilapidaciones hasta nunca acabar, de modo, que por este medio ingenioso de exaccion no cesaba el impuesto hasta que ya no tenia nada que dar. Tales eran las desgracias que la institucion de pueblo atraia sobre el cultivador



L'Esquise de Benares

Munikarnika Ghât à Benares. Munikarnika Ghât en Benares.

indo, y á este precio conservaba la posesion de sus campos; y esto no obstante, en medio de los escesos ó de la incuria de los gobiernos orientales, que no salen de la indiferencia con respecto á sus súbditos sino para oprimirlos, aquella institucion ha podido parecer benéfica y protectora á aquellos pacíficos y malhadados habitantes, que no solo ha gozado de una fuerza invencible para mantener inalterable en union los elementos de las sociedades que se gobernaban por ella, sino que ha logrado atar al hombre de un modo indisoluble al rincon del pais en que le hacia nacer el destino. La poblacion, por una consecuencia de lo antedicho, no solamente es indestructible en la India, como centro social, sino aun simplemente mirado como agregado de hombres. Las guerras y las convulsiones ó violencias de todas clases, han ahuyentado ó dispersado poblaciones enteras, pero en el momento en que han desaparecido las circunstancias, y algunas veces despues de veinte años de emigracion, se ha visto comparecer de nuevo á los antiguos habitantes á consolidarse otra vez, en aquel mismo rincon de mundo en donde nada les quedaba, mas que el horror que ofrecian las ruinas de sus devastados hogares.

Aunque Warren Hastings no quiesiese modificar mas que el modo de verificar los impuestos, por el cual no podian los habitantes pasar mucho cuidado, tocar á una costumbre engastada en las habitudés del pueblo, no dejaba de ser operacion bastante delicada y que pedia cierta circunspeccion. El diwan, que era el arrendador jeneral de las tierras del imperio, las repartia en subarriendo á los zemindars, los cuales á su vez iban dividiendo el distrito en nuevos subarriendos. Como todo esto sucedia por encima de la esfera del ryot, que permanecia completamente indiferente á todos estos arreglos, esto mismo daba lugar á que las reformas fuesen de fácil ejecucion. Así pues lo primero que dispuso Hastings fué abolir el cargo de naib diwan; suprimió en seguida las funcio-

nes de los inspectores de la renta de reciente creacion, á los cuales nombró colectores, dándoles un coadyutor indijena para el desempeño de su nuevo destino, bajo el título de diwan. Para que el mercado quedase abierto á los solos indijenas, prohibió que ningun banyan ó agente de colector pudiese tomar en arriendo parte alguna de tierra. Estas debian arrendarse á largos plazos, esto es, por cinco años, para evitar que no sucediese como bajo el réjimen mogol, por el cual el cultivador tenia que engordar una sanguijuela mas en cada cosecha. Suprimiéronse al mismo tiempo un sionúmero de pequeños impuestos, que con el nombre aboabs eran exactados casi arbitrariamente por los zemindars, y hasta por los comisionados de estos. Esta operacion se verificó por medio de subastas, por donde muchos zemindars se encontraron desposeidos de las tierras, de que se habian formado una especie de patrimonio, resultando así por las ínfimas pujas que habian hecho en las subastas. Esto no obstante, se creyó que tenían derecho á alguna reparacion, y se les concedió una pensión.

Este sistema, sin embargo, no probó, y á los dos años (1774) fué necesario cambiarlo. El expediente de las subastas habia ocasionado una alza en los precios, que arruinó á los arrendadores abrumados por el peso de sus onerosos compromisos. En muchas comarcas no se tenian bastantes datos ni conocimiento del pais. Los colectores europeos desempeñaban sus cargos menos satisfactoriamente todavía que no lo habian hecho los empleados indijenas, por cuya causa fueron destituidos. Instalóse una junta de cinco miembros, dos del consejo y tres antiguos empleados, en el centro del gobierno, el cual tenia intervencion en todo cuanto tocaba á la renta. El territorio de las tres provincias (Bengala, Bahar y Orisa) fué dividido en seis grandes secciones, y en cada cabeza de distrito se estableció otro consejo provincial, que debia comunicarse con el central, para decidir toda cuestion que hiciese referencia á la renta. Para ilustrar á

estos consejos se destinaron comisionarios con el encargo de visitar y recorrer el territorio, y de reunir todos los datos que pudiesen derramar alguna luz en el asunto. Las juntas provinciales debían transcribir estos datos á la central. Como puede observarse, mas bien era esto la piedra de toque de una nueva organizacion que un sistema definitivo.

Las primeras disposiciones de Hastings no se concretaron á estas medidas. Mientras organizaba en cuanto estaba de su parte la justicia y hacienda de la India, ocupábase al propio tiempo en mejorar las costumbres. Trabajó desde luego en la abolición de la esclavitud, y en la extinción de ciertas castas entregadas al robo por oficio y por estado. En Bengala se las conoce con el nombre de Kallantrous ó de Kalla-Bantrous, cuyas tribus se encuentran diseminadas por toda la India. Ya los hemos visto al sur, en el ejército de Haider Ali, del cual formaban la base. En el país de los Sikhs, al norte, toman el nombre de Mahar-Khais. Estos ladrones eran tolerados por todas partes, protegidos por los príncipes indijenas con la condicion de pagar al colector de impuestos parte del valor de los objetos robados. Las poblaciones trataban á veces con ellos para rescatarse del decoit, que es el nombre que se da á la industria de los Kallantrous, mediante el rescate, cuyo tipo suele ser la cuarta parte de una rupia ó una ave por casa. A pesar del honor que les hacen los príncipes y los pueblos enteros, no por esto son tan observantes en cumplir con su palabra, que no se espongan á menudo á tener que satisfacer á la justicia, la cual, cuando llega el caso, los trata como lo que realmente son, mandándoles cortar bárbaramente la nariz, el puño ó las orejas; pero despues de tales fechorías todavía hacen gala de sus cicatrices. Estos ladrones ostentan en su oficio una destreza inaudita, así como una crueldad feroz, y un valor que resiste á todos los tormentos.

Hastings, cuyos antecesores habian impuesto fuertes penas á los Kallantrous, instituyó, en honor de los mis-

mos, una magistratura y una milicia especiales. La esclavitud, abolida en lo sucesivo, con prohibicion de proceder á la venta de ningun niño ó adulto que no fuese ya esclavo, quedó en vigor contra los Kallantrous. Todo individuo de esta raza que fuese detenido por un delito determinado era ahorcado en el mismo sitio, y su familia quedaba esclava.

La policía de Calcuta debió tambien al gobierno grandes é indispensables reformas.

Aunque la administracion de Warren Hastings haya sido menos militar que organizadora, sin embargo, las expediciones militares no dejaron de alternar con sus trabajos pacíficos. Los Mahratas, este antiguo pueblo rechazado en otro tiempo á las montañas por la invasion musulmana, no daba tregua ni descanso al caduco imperio usurpado por Timur. La alianza que los nuevos usurpadores, los Ingleses, habian hecho con el nabab de Oude, último vástago del imperio mogol, los traia frecuentemente sobre esta frontera. La necesidad de dinero por otra parte determinaba á veces á la presidencia á hacer alguna expedicion de su cuenta, ó en calidad de auxiliar, para habilitarse con los resultados. Obligábase hasta á vender lo que no le pertenecía, como hizo con las provincias de Corah y Allahabad, las cuales garantizadas al emperador por un tratado, y cedidas despues por este á los Mahratas, bajo pretexto de que no las habia entregado voluntariamente, sino con la violencia, fueron puestas bajo la proteccion de los Ingleses, y estos, mediante un convenio de 50 laques de rupias, se ofrecieron á entregarlas, no á los Mahratas ni al emperador, sino al visir del emperador, al nabab de Oude.

Una invasion de Rohillas en los estados del visir, vino á suspender el efecto de este tratado. Fyzoulla-Khan, su jefe, batido en muchos encuentros en 1773 y 74 por las tropas del visir y por los Ingleses, se vió precisado á pedir la paz. Al mismo tiempo los Ingleses iban extendiendo su poder, á beneficio de otro tratado, al norte de Calcuta. En 1772, el rajá

de la provincia de Coutch-Bahar, os-
tigado por sus enemigos del Boutan,
y su minoría de edad, hizo proponer
á la presidencia, que si queria con-
ceder su proteccion á su estado, le
concederia la mitad de sus rentas,
con la condicion que la Compañía lo
dejaría á cubierto y á salvo de los ve-
jámenes que le hacian sufrir los Bou-
táneos. La proposicion fué aceptada,
y se mandó una expedicion al Bou-
tan, la cual llenó tan cumplidamen-
te las condiciones del tratado, que el
gran lama, jefe del sacerdocio y se-
ñor feudal del Boutan, creyó deber
interponer su mediacion en favor de
su vasallo. Siguióse de esto una ne-
gociacion que dió ocasion á que los
ingleses penetrasen por primera vez
en el Tibet. El tratado relativo á la
guerra, que era su principal encargo,
se concluyó el 25 de abril de 1774;
pero Warren Hastings quiso sacar la
posible ventaja de este incidente, es-
tableciendo relaciones comerciales
con el Tibet, y para esto empezó
mandando una embajada al teshou-
lama (tutor y representante del dah-
lama, todavía menor), con ricos pre-
sentes. El P. Andrada, jesuita portu-
gués, era el solo Europeo de quien se
tuviese noticia que habia penetrado
hasta las tierras sagradas del lama
con sus compañeros de mision en
1625. M. Bogle, el embajador inglés,
fué despues del jesuita el que disfrutó
de la ventaja de ser el primero que
pudo explorar este pais tan nuevo
como curioso. La muerte no le ha
permitido poner orden á las notas y
apuntes que habia traído, pero se
han hecho algunos extractos de ellos,
y se han publicado, aunque bastante
obscuramente por M. Stewart en
las *Philosophical Transactions*, y en
el *Annual register* de 1778, y por M.
Crawford en un *Ensayo sobre la his-
toria, religion, etc. de los Indos*. En
las *Asiatic Researches*, M. Turner,
que en 1784 desempeñó una comision
de dicho pais, publicó otra relacion
mas completa é interesante.

Tales habian sido los trabajos de
Warren Hastings, como gobernador
de las provincias de Bengala, Bahar,
y Orisa, cuando recibió la acta del
parlamento que le conferia, *á novo*,

dichos poderes, y los estendia á to-
das las posesiones inglesas en la In-
dia. En 21 de setiembre de 1774 lle-
garon á Calcuta el jeneral Clavering,
el coronel Monson, y M. Francis,
nombrados por la misma acta, y el
20 tomó posesion el nuevo goberna-
dor. En este corto intermedio y an-
tes de la primera sesion del consejo
habia entrado en él la division. En
la segunda sesion estalló una hostili-
dad declarada contra el gobernador
jeneral, de tal naturaleza, que no es-
tudiando cada partido mas que ver
como podria usurpar los poderes del
otro, hubo en la India como dos go-
bernadores, dedicados únicamente
á paralizarse y á destruirse mútua-
mente. Así mientras Warren Has-
tings rehusaba comunicar su corres-
pondencia diplomática ó adminis-
trativa á la mayoría que le hacia la
oposicion, esta misma mayoría des-
tituia por sí y ante sí á los funciona-
rios nombrados por el gobernador
jeneral, nombraba á otros y les daba
sus instrucciones particulares. El go-
bernador disolvía el consejo apla-
zándolo para tal dia, y el consejo se
declaraba en sesion permanente, en-
treteniendo todos los negocios, ha-
ciendo una declaracion y protesta en
que se sentaba por principio, que la
correspondencia que se le negaba,
venia dirijida al consejo y no al go-
bernador. El ejército se hallaba en
campana, llevando adelante la espe-
dicion contra los Rohillas; el conse-
jo votó el regreso instantáneo de las
tropas, cualquiera que fuese el es-
tado de las operaciones de la guerra.
Cuando se estaba redactando tan in-
sensata disposicion, llegó la noticia
de que Fyzoulla-Khan se hallaba afor-
tunadamente reducido á hacer pro-
posiciones. Esto no obstante, la ór-
den salió, tal cual habia sido conce-
bida, prefiriendo el consejo poner
en público la baja animosidad que
lo dominaba, que templarse y orde-
nar su conducta con arreglo á las
circunstancias. No satisfecho todavía
con violar los tratados concluidos
por Hastings, y trastornar toda su
administracion, se envileció el con-
sejo hasta querer dar el escándalo de
entablar una informacion judicial

contra el jefe del gobierno. La animosidad había llegado al extremo de saltar por todas las vallas que debiera levantar el público interés, ó que aconsejase una oposicion fundada en la política, desbordándose á cuanto puede sujerir el odio personal.

A principios de 1775, murió el nabab de Oude. Los progresos de las armas inglesas y su prepotencia en la India, atrayendo sobre las fronteras de este reino todas las grandes cuestiones que debia resolver la política del momento, daban la mayor importancia al príncipe reinante. Su hijo le sucedió con el nombre de Asoff al-Doulah. El representante inglés acreditado en esta corte era el que habia enviado el consejo en reemplazo de M. Middleton, agente de Warren Hastings. Este funcionario que era M. Bristow, concluyó un arreglo con el jóven nabab, por el cual se le confirmaba en la posesion de las provincias de Corah y de Ailahabad, arrancándosele al mismo tiempo, como en cambio, el territorio de Benarés, y recargándole considerablemente los estipendios para la manutencion de la tercera brigada de las tropas de la Compañía. De este modo se le vendia su propia herencia, haciéndole pagar de nuevo lo que su padre habia ya satisfecho. Esto era en realidad preparar á Warren Hastings el honroso cargo de defensor de la debilidad oprimida, de la justicia ultrajada, y de la fe de los tratados rota y pisada con escarnio. Pero los tres miembros de la oposicion hallaron medio de levantarse como acusadores del gobernador jeneral en los tres puntos siguientes. En el primero se trataba de malversacion y de cohecho por la ranna de Burdwan, viuda del último rajá de este distrito, y tutora de su hijo sucesor. En el segundo se le acusaba de haber exactado 36 mil rupias para sí y 4 mil para su banyan, de las 72 mil que habian sido asignadas al phusdar de Hougley. El indijena que debia presentar la acusacion ofrecia llenar el cargo de phusdar por las 32 mil rupias restantes, que correspondian al phusdar actual, aliviando á la Compañía por el valor

de toda la cantidad que retenia ahora el gobernador jeneral. El último punto versaba sobre otro pretendido cohecho entre Hastings y Munny Begum, madre y tutora del último sucesor de Mir Jafier. En las cuentas de la administracion de esta princesa no se encontraba el descargo de un millon de rupias que habia recibido con destino á los gastos del menor. Sobre esta cantidad se acusaba á M. Hastings y á M. Middleton de haber recibido cada uno 150 mil rupias. A pesar de las declaraciones del gobernador jeneral, de que no consentiria jamás que se le citase como acusado en el mismo consejo de que era presidente, esto no obstante, se hizo comparecer en él á un indijena que ofrecia dar testimonio sobre los hechos denunciados. Este pretendido testificante era el mismo Nuncomar que habia sido phousdar de Hougley, y de quien se habia valido Warren Hastings contra Mahomed Rhiza Khan; pero así que entró en el consejo el gobernador lo declaró disuelto, levantándose del sillón de la presidencia, que se habia convertido en banco del acusado para él. Levantóse con él M. Barwell el cual se hallaba, con respecto al gobernador, en el mismo caso que se habia puesto Warren Hastings en tiempo de Vansittart. Entregada por este medio á sí propia, la oposicion que se habia ya aguerrido á esta incensante lucha, declaróse el consejo bien constituido, y valederas sus resoluciones; oyó á Nuncomar, y votó la declaracion de que el gobernador jeneral quedaba convencido de los hechos que se le imputaban. En cuanto al delator, Nuncomar no era una persona tan justificada que registrando los arcanos de aquel asunto, no pudiese presumirse que la acusacion era falsa, la cual, junto con la conspiracion por la cual obraba contra el gobernador jeneral, fué causa que compelido á dar esplicaciones en el tribunal de justicia, fué condenado á la pena de horca. Esta ejecucion ejemplar no bastó á restablecer el orden y la armonia en el consejo, pero sirvió para poner freno á la iniqua táctica empleada para perder al

jefe del gobierno, que se dirigia á acumular acusaciones de todos los puntos del territorio, propias tan solo para arruinar la consideracion y la autoridad del gobernador jeneral. A pesar de esto, todavia se intentó dar todos los visos de traicion al asunto de cien rupias con que Hastings habia socorrido al enviado de un príncipe enemigo de los Ingleses que se hallaba proscrito, y que procuraba buscar medio de que se tomasen en consideracion algunas reclamaciones que presentaba al gobierno. La presencia de este wackel en Calcuta, y las muestras de interés que le habia manifestado Warren Hastings, al decir del coronel Monson, eran una prueba de connivencia de parte de aquel con un enemigo del dominio inglés. Warren Hastings se concretó á esponer que hasta era indecoroso el allanarse á contestar á semejante cargo. De este modo terminaron las acusaciones, en las cuales la oposicion, reprehensible siempre, por la forma y por la torcida y maligna intencion con que las promovia, no siempre estuvo tan absolutamente destituida de razon en cuanto al fondo de las imputaciones que levantaba. Pues bien así como Clives sobre la cuestion de su *yaghire*, Warren Hastings era tambien vulnerable por sus relaciones con la Muny Begum, de quien negó al principio, y de quien confesó despues las 150.000 rupias, pretendiendo entónces haberlas recibido como gastos de viaje y no como regalo. En punto al negocio de las 36.000 rupias del phusdar de Hugley, nunca se ha despejado completamente; pero esta oscuridad no pudo dar un concepto favorable del gobernador jeneral.

En virtud del tratado que habia ajustado con Ragobah, el 6 de marzo de 1775, la presidencia de Bombay puso en movimiento un cuerpo de 2.500 hombres, el cual, bajo el mando del coronel Keating, se juntó con Ragobah cerca de Cambay, desde donde el ejército se encaminó á Punah. A pesar de las traiciones que abrieron al enemigo las líneas del ejército coligado, el primer en-

cuentro fué feliz, y la insubordinacion que cundió luego en las tropas de Ragobah por el atraso de su sueldo, no empeoró tanto su situacion que dejase de atraer á su alianza á varios jefes y rajas. Estos al paso que se adhirieron á las sesiones que habian hecho á los Ingleses, trajeron tambien dinero, renglon que no podian prescindir. El reposo forzado que habia causado el motin de las tropas se empleó de este modo con utilidad, y los nuevos refuerzos de hombres y dinero pusieron al ejército en posicion de volver á tomar enérjicamente la ofensiva. Mientras que aguardaba el fin de la estacion lluviosa, unos despachos de Calcuta mandaron á la presidencia de Bombay retener ó llamar inmediatamente los socorros que ponía á la disposicion de Ragobah, amenazándola con revocar todos los poderes que ella ejercia, y retirarlos á manos del gobierno central, si ella no obedecia sin tardanza. Otros despachos enviados á los ministros maharatas desaprobaban la conducta observada por el consejo de Bombay, y declaraban nulos y sin autoridad todos los acuerdos que habia tomado en este negocio. Al mismo tiempo un plenipotenciario enviado á Punah estaba encargado de tratar con los ministros en nombre del consejo supremo, y de obtener de ellos lo que la presidencia de Bombay habia ya obtenido de sus aliados; la isla de Salseta y Basein. Mas no cabia prever desde Calcuta en que estado se hallarian los negocios de Ragobah, cuando el plenipotenciario, M. Upton, llegase á la capital del imperio mahrata, este enviado llevaba al mismo tiempo credenciales para el Peschwah, é instrucciones análogas á la circunstancia para el caso en que le hallase vencedor y dueño de Punah. Era esto un exceso de prudencia, por cuanto no se contaba en Calcuta con semejante centralidad. Y en efecto, cuando M. Upton llegó á Punah, Ragobah se hallaba todavia en las orillas del Nerbuda. Pero por medio de esta cuerda precaucion el consejo estaba dispuesto para todo evento, y en uno ú otro caso, su accion se ha-

Haba substituida á la del consejo de Bombay. Sin embargo habia un tercer punto que no se habia previsto; y era aquel en que Ragobah, sin quedar decididamente vencedor, hubiera sabido hacer tan respetable su partido, que no hubiera convenido comprometerse en la alianza de sus enemigos. M. Upton, que llevaba instrucciones para los otros casos, carecia de ellas en punto á este que fué cabalmente el que vino á realizarse. El papel que hizo en Puna fué bastante embarazoso, y ciertas cláusulas de sus instrucciones no eran propias para facilitarlas. Al paso que desaprobaba y anulaba, con el solo hecho de una alianza en sentido opuesto, el tratado concluido entre la presidencia de Bombay y Ragobah, el consejo supremo retenia las ventajas estipuladas por aquel tratado, esto es, la cesion de Salseta y de los otros distritos cedidos por el nabab de Broach. Costóle á M. Upton muchísimo trabajo el hacer comprender á los bramines ministros como el mismo gobierno que condenaba solemnemente la guerra é invalidaba todos los actos que la habian provocado ó mantenido, podia declarar sus ganancias bien y debidamente adquiridas para él. En esta empresa, harta desengañada en efecto, el plenipotenciario logró solamente persuadir á los ministros que si él seguia sus instrucciones atajando la guerra, tomaba á su cargo todo lo demás. Verdad era sin embargo que el contrasentido que tanto chocaba con la lógica de los Mahratas no habia escandalizado hasta el mismo punto la razon de los miembros del consejo supremo, como que habia sido aprobado por unanimidad. Sin embargo, cuando se supo en Calcuta el éxito de las armas y de las negociaciones de Ragobah á su salida á campaña, Hastings volvió á su primer dictámen, lo que escitó contra él los violentos ataques de los oponentes. Pero tambien estos debian contradecirse, y mas de una vez, en este negocio, M. Upton habia hallado la causa de los ministros muy vacilante, y su gobierno debilísimo. Léase en una de sus cartas:

« Si tres ó cuatro compañías de Europeos, un pequeño destacamento de artillería y dos ó tres batallones de cipayos se hubiesen embarcado en Bengala para Bombay, pronto pudiéramos dictar nosotros mismos la paz á las condiciones que nos pluguiesen. » Estas condiciones eran las que los Mahratas no querian comprender por ningun término. Y como el consejo insistia en mantenerlas, se acordó luego abrazar el partido de Ragobah y ponerse en estado de continuar enérgicamente la guerra y acabar de una vez.

La política de la presidencia de Bombay, tan altamente repudiada, triunfaba pues esplendorosamente; pero este triunfo no debia de ser de larga duracion. Todo se arregló finalmente por medio de un tratado en el que Ragobah estaba decididamente sacrificado, su ejército licenciado, y en el que los Mahratas, mediante la cesion definitiva de Salseta y el abandono del tributo que cobraban todavia de Baroach, obtuvieron de los Ingleses la renuncia de sus pretensiones sobre Basein y de la posesion del Guzerate, *si se probaba* que Futy Singh se lo habia cedido sin tener derecho para hacerlo. Concedíanse á Ragobah una pension de tres laques de rupias y un cuerpo de mil caballos; mas habiendo este declarado que por ningun término queria someterse á este tratado, obtuvo un asilo en Bombay. Pero los ministros reclamaron tan vivamente contra esta muestra de proteccion que se le dispensaba, que temeroso de ver empezar nuevamente la guerra, el consejo supremo condenó el ofrecimiento que se le habia hecho y le desterró de todas las posesiones inglesas. El Peschwah se retiró á Surate, seguido solamente de 200 soldados fieles á su fortuna. El consejo de Bombay protestó tambien enérgicamente contra este tratado como contrario á la reputacion, al honor y á los intereses de la Compañía. No obstante, tras largo titubear, se trocaron las firmas (1776), lo que puso término á las vicisitudes de este negocio. Warren Hastings, en una memoria que redactó durante su trave-

sía de regreso en 1785, habla de él como de «una disputa de poca importancia entre el gobierno de Bombay y la administracion de Punah, relativamente á un pequeño jefe dependiente de los Mahratas, que se habia atraído el resentimiento de sus superiores con actos redoblaos de hostilidad.» Este modo de presentar las cosas no era bien exacto. Ragobah, heredero de un poder que no dependia de los Mahratas, sino á quien estaban sujetos los Mahratas, no era un pequeño jefe rebelado contra su superior, sino un gran jefe que, lo mismo que Warren Hastings, estaba luchando contra un consejo hostil.

A principios del año siguiente (1777), y antes que se hubiese ejecutado ninguna de las cláusulas del tratado, la llegada á Punah de un agente francés llamado de Saint Lubin causó zozobras á la presidencia de Bombay, la que redobló sus instancias con la junta suprema para exhortarla á realzar la causa de Ragobah. No eran sin fundamento los ruegos de la presidencia de Bombay; pues ya desde entónces era fácil prever una guerra próxima entre la Francia y la Inglaterra, y la presencia de un agente francés en la corte mahrata debia causar recelos en tal coyuntura. La favorable acogida que habia recibido conducia naturalmente á la política inglesa á servirse contra esta coalicion naciente de los proyectos de un pretendiente que tenia á la mano. Al mismo tiempo parte de los ministros mahratas rompía con lo restante del consejo, y se declaraba á favor de Ragobah. La presidencia de Bombay se dispuso para obrar. Cuando estas noticias llegaron á Calcuta, produjeron en ella el efecto ordinario de manifestar la division rencorosa y profunda que separaba á los miembros del gobierno. La oposicion declaró ilegal, injusta é impolítica la conducta de la presidencia de Bombay. Warren Hastings al contrario la declaró autorizada por las circunstancias, perfectamente política y equitativa; en consecuencia se dispuso para sostenerla; dirijióse sobre Bombay un pequeño

cuerpo de ejército y se colocó enteramente bajo las órdenes de esta presidencia; procuraban al mismo tiempo formar una alianza con el rajá de Berar. El partido inglés ó de Ragobah era á la sazón el mas fuerte en Punah; pero poco despues, la intervencion de otro rajá poderoso, Mahdadji Simdiah, vió la preponderancia al partido francés, que encarceló á sus principales adversarios (julio de 1778). Las circunstancias eran apremiantes. Ajustaron un tratado con Ragobah, le adelantaron una suma crecida, y por el mes de diciembre se ponía en movimiento un cuerpo de ejército de 4.500 hombres. Los Ingleses traspusieron las cumbres de los Ghauts y se adelantaron sobre Punah en medio de la indiferencia de una poblacion á la que contaban ver levantarse á favor suyo. El 9 de enero, estaban á pocas leguas de la capital, cuyo camino les atajaba un ejército que hasta entónces se habia limitado á inquietarles. Aquel obstáculo, que ya era de prever, cojió de nuevo á unas jentes que habian contado con refuerzos. El consejo de guerra reunido se pronunció por la retirada desde luego; al dia siguiente, al amanecer, los Mahratas, envalentonados por aquel movimiento, se abalanzan sobre el ejército inglés, le matan 300 hombres y le cojen casi todos sus bagajes. Habiendo en la tarde del mismo dia declarado el comandante en jefe en el consejo que ya no creia posible conducir el ejército hasta Bombay, se preguntó á los Mahratas bajo qué condiciones querian tratar. La primera condicion que impusieron (la extradicion de Ragobah) fué aceptada desde luego con tan suma felicidad, que aumentó sus pretensiones. Pidieron entónces la revision completa del tratado del coronel Upton, y la conclusion de un nuevo tratado sobre bases muy diferentes. El consejo no tenia facultades para hacer y deshacer los tratados; pero como los Mahratas insistian, y era forzoso ó someterse ó perecer, pues era tan grande el desaliento que habian desechado un plan de retirada propuesto por un capitán valeroso que tomaba sobre

si la responsabilidad, los Mahratas obtuvieron de los Ingleses el abandono de todas las adquisiciones de territorio que estos habian hecho en aquella provincia desde 1756, la cesion de Broach á Scindiah, y dos rehenes entregados al propio tiempo que Ragobah, en garantía de la ejecucion de este convenio. Los oficiales civiles ó militares que lo habian ajustado hallaron en Bombay el salario merecido, con su destitucion.

Sin embargo el cuerpo auxiliar enviado de Calcuta, despues de haber perdido muchísimo tiempo y cambiado de jefe, llegaba en enero al teatro de la guerra. Desde luego marchó en busca del principal cuerpo de ejército; pero habiendo sido interceptados los partes de su capitulacion, el coronel Goddard, que mandaba las tropas de Calcuta, no veia sino enigmas en las cartas que le llegaron despues y que suponian el conocimiento del contenido de las cartas anteriores. Sin embargo como resultaba claramente para él que los despachos que habia recibido le llevaban la órden de dirijirse sobre Surate, tomó á todo trance esta direccion, sin comprender á que plan podia encaminarse tal marcha, ni donde hallaria por el camino amigos ó enemigos. Llegó allá el 30 de febrero, habiendo recibido en el intervalo una carta escrita, á gusto de los Mahratas por el comité que habia hecho la capitulacion, y que á esta flaqueza agregaba una cobardía. En esta carta, con efecto, los miembros del comité mandaban al coronel regresar á Calcuta. Sin sospechar siquiera el lazo armado por los Mahratas, el coronel se limitó á contestar que iba á Bombay de órden del consejo supremo y continuó su camino. En Surate halló plenos poderes para tratar con el gobierno de Puna. La capitulacion estaba reprobada por el consejo supremo como lo habia sido por el consejo de Bombay; pero Hastings no desechaba la idea de retocar los tratados anteriores, y el gobierno se avenia á negociar sobre nuevas bases, la primera de las cuales seria no obstante la ruptura de la alianza de los Mahratas con los Fran-

ceses. Tras largas é inútiles conferencias, los Mahratas contestaron al ultimatum de Goddard con otro ultimatum anunciando la rendicion de Ragobah, que se habia fugado y la de Salseta. Era un rompimiento. Goddard tuvo que vencer las resistencias de los miembros del consejo de Bombay, envidiosos de aquel recién llegado que se apoderaba repentinamente del primer papel; no obstante vencida aquella oposicion, salió inmediatamente á campaña. Con el poder de hacer la paz ó la guerra habia recibido el grado de general. En pocos dias hubo conquistado una parte de Guzerate (enero de 1780), y tratado con el rajá de este pais, Futy Singh, que le suministraba además un socorro de caballería. Con este refuerzo contramarchó repentinamente sobre Seindiah y Holkar, dos jefes mahratas que marchaban contra él. Despues de algunas tentativas de negociaciones, en las que procuraba vencer la astucia indiana, llegaron á las manos. Sorprendidos de noche, los Mahratas fueron derrotados. Los refuerzos y los aliados iban llegando por todos lados á los Ingleses. El gobernador jeneral estaba empeñado sobre todo en ligarse por medio de un tratado con el rajá de Gohud, provincia montuosa que separa los estados de Oude del imperio mahrata. Esta alianza venia á ser para los Ingleses una valla contra las empresas del gobierno de Puna. Luego que tuvieron noticia de ella, los Mahratas invadieron los estados del rajá de Gohud y se apoderaron de sus fortalezas. Un destacamento inglés enviado en su auxilio reconquistó algunas, y sobre todo la célebre fortaleza de Gualior, situada en la cumbre de un peñasco tajado, y defendida por una guarnicion de 1000 hombres. El viejo jeneral Eyne Coote habia declarado que seria una locura embestir aquella plaza; pero gracias á la incontrastable firmeza del capitan Popham, al valor, ajilidad y destreza de sus cipayos, aquella fortaleza inespugnable fué tomada por escalada. Esta conquista increíble asustó á los Mahratas en términos que se apresuraron á evacuar

todo el pais. De este modo se vieron los Ingleses repentinamente dueños de la provincia, donde restablecieron á su aliado.

CAPITULO XVIII.

ACONTECIMIENTOS DEL CARNATIC ; GUERRA CON HAIDER.

El espíritu de discordia que reinaba en Calcuta y Punah llegó tambien á Madrás. Mr. Pigot , nombrado como Clive baron y par de Irlanda por los grandes servicios que habia hecho en aquella presidencia, acababa de ser llamado (1775) por la junta de los directores á las funciones de presidente que ya habia ejercido. La expedicion de Mohamed Ali contra los Marawares y la conquista de Tanjore habian merecido una severa reconvenccion , como que esto fué lo que motivó la destitucion del presidente de Madrás , Mr. Winch. Lord Pigot, nombrado para sucederle, salió de Inglaterra con las instrucciones mas positivas para el restablecimiento del rajá de Tanjore. No obstante aquella misma política, al paso que desaprobaba la guerra y destituia á un gobernador por haberla hecho, se aprovechaba de ella para despojar mas á su salvo al vencido á quien aparentaba proteger. Restituyendo al rajá su capital y sus estados , la Compañia le imponia la condicion de recibir guarnicion inglesa en el fuerte de Tanjore , y de tomar á su cargo su manutencion hipotecada sobre tierras á este fin ; de no ajustar ningun tratado sin el beneplácito de los Ingleses , y de no suministrar á sus enemigos ningun socorro directo ni indirecto ; de pagar al nabab Mohamed Ali el mismo tributo que antes, y de aprontarle el contingente de tropas que pidiese la Compañia. Por estas medidas que no restituian al rajá mas que la sombra del poder , la Compañia, al paso que aparentaba vengar la injusticia de que él habia sido víctima, le colocaba bajo su tutela , y retenia realmente las ventajas que hubiera podido sacar de la conquista. Los intereses de Mohamed Ali no salian bien parados con esta combinacion.

Así fué que segun su costumbre gritó, rogó, amenazó, é instó á la Compañia por su propio interés que no restableciese en el trono á un enemigo que el nabab hubiera querido presentar como temible todavia. Lord Pigot se habia mostrado siempre opuesto á las expediciones contra Tanjore ; tenia instrucciones positivas para la restauracion inmediata del rajá. Así fué que el nabab solo pudo alcanzar de él algunas consideraciones en el cumplimiento de sus deberes. Un incidente de interés privado , relativo á un crédito producido por un súbdito inglés contra el nabab , provocó en el consejo la cuestion de saber si la cosecha á la sazón pendiente en el Tanjore , y reclamada como garantia por los acreedores, perteneceria al nabab á quien desposeian ó al rajá á quien restauraban. Por el primer acuerdo el consejo declaró que estando el rajá restablecido en la plenitud de sus derechos y poderes , no habia lugar para admitir súplicas semejantes. Pero pocos dias despues , impugnando un miembro de la mayoría aquel acuerdo, hizo pasar una mocion que anulaba el acuerdo precedente. Lord Pigot se atuvo á su primer dictámen. En oposicion ya con la mayoría cuya política habia venido á derribar restableciendo al rajá de Tanjore, solo se necesitaba un incidente de este jaez para causar una guerra declarada , y estalló en efecto. El coronel Stuart , miembro de la oposicion y segundo comandante militar , ocupaba entónces la plaza de Vlore , considerada como el punto militar mas importante de la presidencia. Pidió que este mando se trasladase á Tanjore, puesto ocupado entónces por Mr. Rusjel , afecto á lord Pigot. Lo que no era mas que una cuestion enteramente estratégica ó administrativa vino á ser , merced á aquella circunstancia, una segunda conquista de Tanjore disputada entre la mayoría y la minoría. Todas las discusiones incidentes que se agregaron á este debate principal vinieron á ser otros tantos encuentros en los que los partidos probaban sus fuerzas y adelantaban los trabajos del sitio ó

de la defensa de Tanjore. Vencido por los votos, el presidente se atrinchera detrás de un acuerdo estremado, declarando nulo todo acto de la mayoría no revestido de su sancion. Esta por su parte niega la necesidad del concurso del presidente, y subiendo resueltamente al asalto, redacta las instrucciones del coronel Stuart, y la orden al comandante de Tanjore de entregar el mando á aquel oficial superior. Ya habian firmado dos miembros, cuando adelantándose lord Pigot arranca de las manos del tercero los papeles y los hace pedazos, declarando que tiene que hacer una acusacion, contra dos miembros del consejo. Segun la constitucion, todo miembro acusado perdía el derecho de votar en punto á la acusacion. Esta hábil manobra partia el consejo en dos partes iguales, pero desniveladas por el voto preponderante del presidente. Al punto queda votada por la nueva mayoría la suspension de los dos miembros. La mayoría antigua protesta y envia una circular á todos los oficiales civiles y militares, vótase la suspension contra todos los firmantes de la protesta. Estos contestan diciéndose revestidos de todos los poderes del gobierno, decretan el arresto de lord Pigot, y dan al coronel Stuart el mando de las fuerzas militares. La firmeza que dictaba todas estas providencias, y que daba cierta dignidad á la actitud de la oposicion se desmintió singularmente en la ejecucion. El coronel Stuart, encargado de prender á lord Pigot, no supo hallar mejor expediente que el de ir á verle en su quinta, donde solia pasar el dia, almorzar y comer con él; y llegada la tarde, el presidente le ofrece un asiento en su coche y le convida á cenar en Madrás. Algunos soldados apostados cerca de la ciudad prendieron á lord Pigot, quien fué á cenar en la cárcel, pero sin su huésped (agosto de 1776).

El consejo supremo de Calcuta tomó partido á favor de la mayoría del consejo de Madrás, y hasta vituperó al de Bombay por haberse inclinado por un momento al parecer contrario. Llevado ante la junta de los di-

rectores, este negocio dividió los ánimos, y quizás hubiera fallado contra lord Pigot, pero una asamblea jeneral de los propietarios celebrada el 26 de marzo de 1777 se pronunció á favor suyo por una gran mayoría. La junta de los directores tuvo pues que mandar la reintegracion del presidente, la suspension de los miembros del consejo que habian acudido á la fuerza militar para derribar al gobierno; y por último la junta hubo de preparar una pesquiza para la cual la asamblea de los propietarios juzgaba conveniente llamar desde luego á Lóndres al presidente reintegrado y á los oponentes suspendidos. Lord Pigot tenia la orden de entregar al embarcarse, sus poderes á sir Tomás Rumbold. Juan Witchill tenia la vicepresidencia ó segundo puesto en el consejo; fué el primero que llegó á la India; cuando se presentó en Madrás, el 31 de agosto de 1777, lord Pigot habia muerto en su prision tres meses antes, ignorando que ya estaba vengado.

Por el mismo tiempo recaia nuevamente sobre Warren Hastings con toda su gravedad la cuestion de la renta. El sistema que ya hacia cinco años se estaba aplicando, muy lejos de dar resultados satisfactorios, habia introducido en la administracion de la hacienda mayor confusion que nunca. Los mas de los arrendatarios de las tierras las habian tomado á una tasa que no podian sostener, y amagaban arrebatar en su ruina la renta del estado. Esta situacion favoreció á la oposicion contra el gobernador jeneral á quien acusaba de haber querido engañar á la junta de los directores halagándola con la esperanza de una renta quimérica. Propusiéronse varios sistemas para remediar este estado de cosas, y tras vanos debates, el gobernador propuso un proyecto de informe. La oposicion lo desechó como duplicado del comité de circuito que bastaba para el objeto del informe. Pero habiendo muerto en aquel entretanto Mr. Monson, el presidente ganó la mayoría con la preponderancia de su voto, y se verificó el informe. Mas

este no produjo nada, pues la cuestion quedó luego zanjada por unos oficios de la junta de los directores, que mandaba que las tierras se arrendasen al año, que se diese la preferencia á los indijenas que habitaban en los mismos sitios, y que no se admitiese la postura de ningun europeo ó caniano de europeo. El informe era desaprobado por la junta, la que manifestaba su estrañeza y sentimiento de ver, que tras siete años de averiguaciones y estudios sobre la renta, lo único á que se habia llegado fuese á necesitar empear nuevas pesquisas.

Fastidiado de un poder tan contestado en el consejo, tan contrariado fuera, Warren Hastings habia rogado á la junta de directores que admitiese su dimision, si no queria ponerle en situacion de ejercer las funciones que ella le habia confiado. En el momento de recibir esta comunicacion, dominada la junta por los enemigos de Hastings y malcontenta de la guerra contra los Rohillas, ya habia acordado pedir al rey la revocacion del gobernador jeneral. Una asamblea jeneral de los propietarios habia contenido aquel paso, y ya hacia algunos meses que el negocio se hallaba en tal estado, cuando llegó el enviado del gobernador. El mensaje que llegaba para desempeñar causó grande estrañeza y solo despues de haber comprobado en toda la latitud de sus términos los poderes de que sobre esta materia era portador, la junta se consideró hecha cargo, de la proposicion de Hastings. Entónces aceptando su dimision, le dió por sucesor en el consejo á Mr. Wheeler, y en las funciones de gobernador jeneral á Mr. Clavering.

En junio de 1777, al ir Warren Hastings al consejo, recibió por el camino una orden que le convocaba para el propio objeto y que estaba firmada, Clavering, gobernador jeneral. Ya fuese que el estado de los negocios le hubiese dado algun motivo serio para mudar de parecer, ya fuese que le picase en lo vivo el triunfo de su enemigo y el modo con que se le notificaba, no quiso

ceder el poder. Esta mudanza de resolucion no menos repentina ocasionó un conflicto que por poco vino á parar en una guerra civil. Pero Warren Hastings tuvo á su favor un acuerdo bastante singular del tribunal de Calcuta, y probablemente una manifestacion del espíritu público bastante para detener al jeneral Clavering en la revendicacion de su derecho. Este último murió dos meses despues, y Warren Hastings volvió á hallarse otra vez en posesion de la mayoría que la llegada de Mr. Wheeler le habia quitado momentaneamente.

La muerte de lord Pigot habia vuelto la armonía al consejo de Madrás, mas no restituyó al gobierno el buen orden y la honradez. Procurando lord Pigot pautar su administracion sobre la de Bengala, habia instituido tambien un comité de circuito para arreglar la renta. Uno de los primeros actos de su sucesor sir Tomás Rumbold, fué abolir este comité y delegar sus funciones, á los zemindares. Concluyó con ellos todos los ajustes directamente y sin la fiscalizacion del consejo, que todo lo aprobó sobre su palabra. Así que, á los seis meses (agosto de 1778) de su llegada á Madrás, envió á Londres una suma de 45.000 libras esterlinas, y en los dos años siguientes, otra suma de 119.000 libras esterlinas. La totalidad de los emolumentos y gratificaciones que habia podido recibirlejitimamente en aquel intervalo no pasaba de 20.000 libras esterlinas. Las ganancias que el presidente se ajenció de este modo durante dos años representaban casi exactamente el censo anual de 5 laques de rupias, á que la Compañía se habia obligado á favor del nizam Ali, en cambio de la cesion de los Circares del norte, censo que los apuros de la hacienda habian dejado atrasar durante estos mismos dos años. Un hermano del nizam, rajá del Circar de Guntur que tras su muerte debia caber á la Compañía mantenía á su sueldo un cuerpo de Franceses, residuos del ejército de Bussy. La vecindad de aquellas tropas desasosegaba á la presidencia, la

que acabó por conseguir del rajá el despidio de los Franceses y la cesion disfrazada, es verdad, pero inmediata del Circar; y al punto envió allí un cuerpo de ejército para tomar posesion. El nizam que, como soberano del Circar, mientras era de su hermano, no podía aprobar aquel desmembramiento anticipado de sus estados, quedó mucho mas asombrado cuando el enviado inglés, encargado de darle esplicaciones sobre aquella invasion, le rogó además que renunciase á los 5 laques de rupias que se le habian otorgado como compensacion de las invasiones anteriores. Su irritacion fué tan estremada que profirió amenazas de guerra.

Por entónces llegaron á la India los primeros rumores de guerra entre la Francia y la Inglaterra, y sin aguardar la noticia oficial, el gobierno, por no quedar en zaga, acordó apoderarse al punto de todos los establecimientos franceses. Chandernagor, Masulipatam, Karikal ni siquiera tuvieron tiempo para cerrar sus puertas. Pondichery, atacada el 8 de julio, hizo una defensa heroica, y se sostuvo hasta últimos de octubre, aunque abandonado por la escuadra que, tras una batalla naval, en la que no fué vencida, salió de la rada y no volvió á parecer. Quedábales todavía á los Franceses Mahe en la costa de Malabar; pero salió para allí un cuerpo de expedicion á las órdenes del coronel Brathwait, quien entró en ella sin disparar un tiro. Al salir de Madrás, se habia sabido el revés padecido por las tropas de Bombay. Luego despues de la toma de Mahe, iba al socorro de esta presidencia, cuando la factoría de Tellichery le hizo pedir proteccion contra Haider Ali, en cuyo resentimiento habia incurrido por haber dado asilo á un nair á quien queria castigar. Brathwait, aunque no autorizado, marchó sobre Tellicher; el consejo de Madrás lo aprobó y envió otro cuerpo al socorro de Goddard. Así pues hallábase la Compañía empeñada en una guerra en la que iba á tener encima á los Franceses, á Mahratas, á Nizam Ali y á Haider.

Haider que, á pesar de sus reve-

ses, se volvía á levantar entónces mas poderoso que nunca, habia empezado, tras la toma de Pondichery, por enviar el parabien de aquel suceso á la presidencia de Madrás; pero oponíase al mismo tiempo al proyecto de expedicion sobre Mahe. Esta ciudad, situada en el territorio de un pequeño rajá, su vasallo y tributario, hacia en algun modo parte de sus estados. Como se desatendieron aquellas consideraciones, amenazó invadir el Carnatic, y para afianzar mejor el efecto de esta amenaza, se apresuró á ajustar la paz con Morari Rao, jefe mahrata, á quien disputaba algunos distritos.

Esta actitud de Haider fué cabalmente la causa de la suma importancia que dieron los Ingleses á la ocupacion inmediata del Circar de Guntur, y de su afan por concluir el ajuste que lo entregaba en arrendamiento. Haider, para quien esta ocupacion era un agravio mas, envió apresuradamente sus propias tropas al Circar, y juntamente con Nizam Ali, obligó al rajá Bazalut Djung á romper el compromiso que acababa de concluir con los Ingleses. Este envió al destacamento que se adelantaba la orden de cejar. Pero la presidencia estaba muy interesada en la posesion del Circar de Guntur, que enlazaba sus posesiones del Carnatic con sus cuatro Circares del norte, para hacer caso de las contraórdenes del rajá. Fuera de esto, acababan de concluir un ajuste para las tierras de aquel distrito, en el que los miembros del consejo no habian dejado de estipular sus propios intereses. Nizam Ali, que perdía con aquel Circar el único puerto (Mutapilly) que tenia en sus estados, estaba empeñado en conservarlo; así que entró fácilmente en una liga que Haider acababa de formar con los Mahratas.

En julio de 1780, Haider salió por fin á campaña á la cabeza de 100.000 hombres, los 30.000 de caballería y 20.000 regulares, mandados por oficiales europeos, 100 piezas de artillería servidas en parte por Europeos, en parte por indijenas, que algunos oficiales ingleses se habian tomado

el trabajo de instruir para tomarlos al servicio del nabab. En fin, un pequeño cuerpo de 400 Franceses, mandado por M. de Lally, sobrino del jeneral, completaba esta hueste formidable. Las islas de Francia y de Borbon las habian surtido de armas y municiones en gran cantidad. En un abrir y cerrar de ojos fué invadido el Carnatic, devorado por aquella muchedumbre bien organizada y disciplinada. La misma poblacion, cansada de las vejaciones que le habia impuesto la dominacion inglesa, tomó partido por Haider, á pesar de que derramaba la devastacion por donde pasaba. Al cabo de quince dias de campaña, la caballeria misoriana adelantaba ya sus reconocimientos hasta Santo Tomás, y sembraba la alarma en Madrás. Un ejército maharata marchaba sobre los Circares del norte. El de Guntur era invadido como el Carnatic por la caballería de Haider, una escuadra francesa, que se habia presentado delante de Madrás, llevaba tropas de desembarque que habia de poner en tierra á la primera ocasion; en fin, un corto número de naires ó principillos de la costa de Malabar, uniéndose á Haider, estaban amagando á Tillichery y las demás posesiones inglesas de poniente. La presidencia no tenia hombres ni dinero. Reuniendo todas sus tropas, y llamando hasta á los oficiales antiguos que se habian retirado del servicio, no podia oponer al enemigo mas allá de 5.200 hombres sin caballería. De la del nabab, 10.000 hombres habian pasado anteriormente al servicio de Haider, y los restantes no habian querido servir por falta de paga. El coronel Baillie, que habia reemplazado á Goddard, y á quien habian enviado un refuerzo en reemplazo del coronel Brathwait, recibió la orden de pasar con todas sus fuerzas á Conjevenam, punto de reunion jeneral. Debia estar allí el 7 de setiembre (1780), y el jeneral Hector Munro, que tomaba el mando, habia llegado ya el dia antes para aguardarle. Pero vióse atajado al paso de un rio que habia salido de madre, y Haider, ocupado á la sazón en el si-

tio de Arcot, llevándose sus tropas arrebatadamente, se utilizó de aquel retardo. Se adelantó hasta Conjevenam para hacer una llamada al ejército inglés, y destacando á su hijo Tipo con la flor de su ejército, le envió al encuentro de Baillie. Este se hallaba solamente á quince millas de Munro. Atacado vigorosamente por Tipo, queda dueño del campo de batalla, pero á costa de pérdidas tan crecidas, que ya no puede esperar trasponer á viva fuerza el corto espacio que impide su incorporacion. Munro, prevenido, destaca de noche parte de su ejército al socorro de Baillie; con lo que cometió la imprudencia de dividir sus fuerzas, en vez de llevarlas en masa al punto amenazado. Sin embargo, la habilidad del coronel Fletcher, comandante del destacamento, burló, variando de camino, la vijilancia de Haider. Al rayar el dia, Munro se puso tambien en movimiento, y poco despues, al oir el cañoneo, se dirigió hácia el sitio de donde llegaba el eco. Pero engañado por sus guías, malogró el tiempo; reconoció el engaño, y habiéndose escapado los guías alevosos, el jeneral se dirigió ya únicamente por el estruendo que continuaba, y que veia siempre, aunque de mas lejos. Sir Hector marchaba confiado, no dudando que los cuerpos reunidos de Fletcher y de Baillie habian derrotado al ejército de Haider. Pero poco despues, unos cuantos cipayos heridos, á quienes encuentra por el camino, anuncian al contrario que el ejército de Haider ha salido victorioso. Luego que ve confirmadas aquellas relaciones, Munro no trata ya mas que de salvar al menos los almacenes del ejército cuyos recursos todos estaban concentrados en Conjevenam, y se encamina hácia aquella plaza. Esta fué una segunda falta, y tan grande que Haider, cuando lo supo, no queria creerla. Con efecto, poco habia faltado para que él mismo, temeroso como estaba de la llegada de Sir Hector Munro, abandonase el campo de batalla y emprendiese la retirada. Ciertamente ya de que el ejército inglés habia vuelto á Conjevenam y

no trataba de moverse de allá, no pensó mas que en rematar una victoria sangrienta. A las diez de la noche, Baillie se puso otra vez en movimiento. Las piezas de artillería emboscadas por Haider en el camino, llevan la muerte por sus filas; no obstante sigue avanzando y hasta logra apoderarse de cuatro piezas. Al rayar el dia divisó la pagoda de Conjeveram. Una polvoreda que se levanta le hace esperar que Sir Hector Munro llega á su auxilio, mas no era así, sino el ejército entero de Haider que acudia para tomar parte en la batalla. Baillie no desmaya por esto; 60 piezas de artillería cañonean á sus tropas, en las que abren anchos claros. La caballería se arroja sobre ellas de todos lados; pero recibida con una firmeza incontrastable, gira en torno, vuelve á la carga y se ve otra vez rechazada. En esta situacion terrible, el coronel se arroja á tomar la ofensiva y hace un movimiento para apoderarse de la artillería misoriana. La audacia de este movimiento confunde á Haider en términos que ya no duda que Baillie ha recibido la noticia de la llegada de Sir Hector; así es que piensa otra vez retirarse; pero en aquel punto dos carros de municiones que hacen explosion entre las filas inglesas matan á muchos hombres, y privan á los restantes de una parte de sus municiones. Vuelve el valor á los enemigos, y se reanima el combate mas encarnizado que nunca. Entonces Baillie se forma en cuadro y espera al enemigo con la punta de las bayonetas; trece cargas consecutivas son rechazadas; pero como las pérdidas iban á mas por instantes, ya no cabia pensar en otra cosa mas que en asegurar al menos la salvacion de los pocos valientes que aun quedaban. Animado á la matanza, Haider no veia las señas que los Ingleses enarbolaban en las puntas de sus espadas. M. de Lally fué quien deluvo el degüello, diciendo que él y sus Franceses, desde el primero hasta el último, si se continuaba aquella carnicería, estaban prontos á vengar una sangre tan indignamente derramada. El ejército inglés dejaba 2.000

mueritos ó heridos en el campo de batalla; la capitulacion salvaba todavía á 1.250 hombres que habian quedado en pié. La retirada de Sir Hector fué desastrosa, perdió en ella parte de la artillería, sus bagajes, los papeles del estado mayor, entre los cuales habia un plan de los estados de Haider, con las reducciones con que trataban de cercenarlos. El calor y la fatiga mataron á 200 Escoceses en la corta retirada de Conjeveram á Madrás. Si Haider se hubiese presentado delante de esta ciudad, en medio de la consternacion que allí causó aquel desastre, no hubiera hallado la menor resistencia.

La presencia de tan gravísimo peligro no habia suspendido las hostilidades entre los miembros del consejo supremo; antes al contrario, los enconos fueron á mas si cabe. Fastidiado por las personalidades insultantes, Warren Hastings, que hasta entonces habia manifestado una serenidad imperturbable contra las injurias mas violentas, creyó deber llamar á Sir Francis en duelo. Este salió herido de gravedad, y partió de la India tan pronto como se lo permitió el estado de su herida. En setiembre de 1780 llegó á Calcuta la noticia de los últimos sucesos y del apuro en que se hallaba la presidencia de Madrás. Al punto se votó por el consejo un socorro de 15 laques de rupias y de un cuerpo crecido de tropas. Sir Eyre Coote, nombrado comandante, llevaba consigo 330 hombres de infantería y 200 artilleros europeos, 630 laicars y unos 50 voluntarios. Varios batallones de cipayos á quienes sus escrúpulos religiosos no dejaban embarcarse, tomaron el camino de tierra. Sir Eyre Coote traia tambien á Madrás la destitucion de Sir Hector Munro como gobernador del fuerte de San Jorje.

Mientras que el gobierno supremo se ocupaba además en hacer la paz con los Mahratas, la presidencia de Madrás se esforzaba en separar al nizam de la alianza misoriana. Le restituyó su Circar de Guntur, y se disculpó tanto sobre los atrasos del tributo como sobre la idea que podia haber manifestado de eximirse de él;

protestando al contrario el zelo con que lo pagaria tan pronto como estuviese terminada la guerra. El concurso del nizam á favor de Haider no habia sido mas activo que el del nabab á favor de la Compañía. Esta habia abusado tanto del desdichado Mohamed Ali, le habia despojado en términos que le habia puesto en la imposibilidad de armar ni á un hombre siquiera. El coronel Brathwait habia recibido el encargo de levantar caballería en el Tanjore. Las tropas de todas las guarniciones, á escepcion de tres, habian sido llamadas, así como las del Circar de Guntur. Merced á todas estas medidas, Sir Eyre Coote pudo salir á campaña con un ejército de poco mas de 7000 hombres, los 1400 Europeos, los 5000 cipayos, 800 hombres de caballería negra, y 60 piezas de artillería.

Haider, despues de haber tomado sin disparar un tiro la mayor parte de los fuertes del Carnatic, habia vuelto á poner sitio á Arcot. Tras seis semanas de trinchera abierta, entró por asalto en la ciudad, y el tratamiento humano que le hizo determinó luego á la guarnicion del fuerte á entregarse. El vencedor se ocupó en realzar las fortificaciones de Arcot y en atacar al mismo tiempo otras plazas. Wandeswah era de suma importancia para los Ingleses, y por esto únicamente podia tenerla para Haider. Pero Vlore la tenia mas directa para él, porque dominaba las comunicaciones con sus propios estados. Ambas plazas se defendieron con teson; y los sitiadores no mostraron menos brio en el ataque. En Vlore, sobre el suelo, que era peña viva, no les permitia abrir trincheras; y tuvieron que suplirlas con gaviones cuya tierra iban á buscar bastante lejos en la llanura dominada por el peñasco de Vlore. A veces les atajaban el paso moles de peñascos, y habia que emplear la mina para volarlos. Cada paso que adelantaban los sitiadores en sus obras les costaba un trabajo infinito. Sin embargo en tres semanas habian logrado levantar dos baterías, y ya habian demolido uno de los ángulos del

fuerte, cuando la salida á campaña del ejército inglés obligó á Haider á dirigir todas sus fuerzas por aquel lado. Sir Eyre Coote siguió la orilla del mar para observar una escuadra francesa que trataba de hacer un desembarco. Haider le siguió sin perderle de vista, y de bastante cerca á veces para entretenerse en cañonearle. En esta serie de marchas y contramarchas, que no produjeron ninguna accion formal, los Ingleses se apoderaron de Codalore, y Haider de Ambur, de Tiagar y de casi todo el reino de Tanjore. Pero por último, un pequeño revés que padecieron los primeros en una tentativa sobre la pagoda de Chillumbrun, determinó al segundo á empeñar una accion decisiva. La memoria reciente de la batalla de Permibacum enardecia á sus soldados, quienes se creian tan ciertos de la victoria, que cuando se encontraban los forrajeadores de los dos ejércitos, los de Misore cedian el lugar á los Ingleses, gritándoles: «Avanzad, avanzad; nos guardaremos muy bien de hacer daño á los prisioneros de Haider Ali. La batalla se trabó cerca de Porto Novo, el 1.º de julio de 1781, y si el éxito no fué completo á favor de los Ingleses, dueños del campo de batalla, fué por falta de caballería, que no les permitió rematar la derrota de un ejército diez veces mas numeroso que el suyo. Haider, que habia salvado su artillería y sus bagajes, reunió luego sus tropas, y habiendo llegado tarde para socorrer á Tripasur que sitiaba Eyre Coote, fué á apostarse, en el glorioso campo de batalla que habia presenciado la derrota de Baillie, y desde allí escribió al jeneral inglés una carta de desafio. Este, no menos impaciente de llegar á las manos, se apresuró á contestar á aquel cartel que recordaba otros tiempos. La posicion que ocupaba Haider, ya fuerte de suyo, habia sido fortificada además por una línea de trincheras y de obras de campaña donde habia alojado su artillería. Todas estas obras fueron sucesivamente ganadas por los Ingleses, pero sin mas ventaja, de suerte que al dia siguiente, Haider, que nada habia dejado en

manos del enemigo, y que se llevaba su ejército en buen orden, se atribuyó como ellos la victoria. En un tercer encuentro que ocurrió poco tiempo después (27 de setiembre), fué mas decididamente derrotado y solo logró impedir á los Ingleses cortarles la retirada por el camino de Arcot, á donde hizo pasar toda su artillería, menos un cañon que cayó en poder de los Ingleses. La batalla de Sholinghur tuvo un resultado mas importante, cual fué el de arrancar á Haider la plaza de Vellore, de la que infaliblemente le hubiera hecho dueño el hambre á los pocos dias, en presentándose delante de ella por segunda vez.

Sir Tomás Rumbold, de quien la Compañía estaba con razon malcontenta, acababa de ser destituido y reemplazado por lord Macartney, que fué el primer gobernador electo fuera de los empleados de la Compañía. Su llegada (junio de 1781) dió nuevo impulso á los negocios; realizó fácilmente un empréstito, se apoderó de los establecimientos de los Holandeses cuyo rompimiento con la Inglaterra sabia antes de salir de Europa. Propuso la paz á Haider, y como este no la admitiese, negoció con los Mahratas, de quienes la compraba á toda costa, puesto que consentia en la restitucion de Guzerate, Salseta y Basein. Completó la sumision de Mohamed Ali, á quien hizo, como ya se habia practicado con los nababes de Bengala, mero pensionado de la Compañía. Este harto fiel y desdichado aliado de los Ingleses, á pesar de las precauciones que acababa de tomar de asegurar sus despaños por un tratado que proponia al gobierno supremo, hubó de avenirse á otro arreglo que le hacia espiar la impotencia de ser útil á lo que se habia dejado reducir por los convenios anteriores. La Compañía se apoderó de todas sus rentas, obligándolo únicamente á restar un sexto dedicado á los gastos personales del nabab.

La presidencia de Calcuta estaba padeciendo no menos penuria que las otras. Los esfuerzos que habia hecho para socorrerlas habian acabado

con sus propios recursos, y el consejo habia tratado asimismo de ajustar la paz con los Mahratas. Aunque los Ingleses se aviniesen al abandono de una gran parte de sus conquistas, los Mahratas no quisieron dar oidos á estas proposiciones, y continuó la guerra. Goddard se apoderó de Basein y del Concan. El coronel Carnac penetró en los estados de Scindiah, tomó á Ujein su capital, ocupó todo el pais, y obligó al rajá á entablar un convenio. Al mismo tiempo, el destacamento que se habia apoderado de Mahe y socorrido á Tellichery se hallaba sitiado en la última plaza. Pero el capitán Abington, que recibió un socorro de Bombay, salió de la plaza, derrotó á los enemigos, y dueño ya del pais, restableció en su estado primitivo á todos los naires á quienes Haider habia desposeído ó hecho tributarios suyos. Poco después, la toma de Calicut que sitió (febrero de 1782) estableció la preponderancia inglesa en el Malabar, así como las victorias de Goddard la habian establecido ya en el Concan.

La guerra que de este modo realizaba el poder de la Compañía no realizaba su hacienda. La falta de dinero, que habia precisado á Warren Hastings á ofrecer la paz á los Mahratas, le redujo á cometer acciones menos honoríficas, seguidas de otras mas vergonzosas todavía y que parecen mas propias de una gavilla de forajidos que de la política del representante de una gran potencia civilizada.

Desde 1764, el rajá de Benarés, Bulwant Singh, habia hecho grandes servicios á los Ingleses en sus luchas contra el nabab de Oude, su vecino y enemigo. En cambio los Ingleses le habian protegido contra las empresas del nabab; y hasta habian desechado las ventajas que este les ofrecia si se avenian á dejarle tomar dos de las fortalezas del rajá. La misma proteccion se extendió sobre Cheyte Singh, hijo de Bulwant Singh, y le aseguró la sucesion de su padre, de que el nabab deseaba con afan despojarle. Por un convenio ajustado en 1774, los derechos de soberanía que sobre Benarés estaba po-

seyendo el nabab de Oude fueron cedidos á la Compañía. Benarés es por excelencia la ciudad sagrada de la India, y su capital religiosa; por este motivo, la conquista musulmana se habia detenido, por decirlo así, al pié de sus murallas. El fanatismo de los hijos del profeta no se habia aventurado á estrellarse contra el fanatismo de los sectarios de Brama, y mediante un corto tributo, el rajá de Benarés habia gozado, bajo la dominacion mogola, una especie de independencia, y conservado las prerogativas mas esenciales de la soberanía. Cuando los Ingleses se hubieron sustituido á los derechos del nabab de Oude, quisieron restablecer esta soberanía en todo su lustre; le restituyeron el derecho criminal y el de acuñar moneda, y establecieron como principio la cabal independencia del rajá. Así siguieron las cosas hasta 1778. Entónces, con motivo de la guerra que acababa de estallar entre la Inglaterra y la Francia, Warren Hastings propuso al consejo imponer al rajá de Benarés una contribucion de cinco laques de rupias. Tras mucha resistencia, Cheyte Singh pagó con el pacto de no reproducirse en adelante aquella exigencia. Reprodújose no obstante al año siguiente y otra vez en 1780; y como la resistencia del rajá iba siempre á mas, le costó la primera vez diez mil duros y la segunda cincuenta mil duros mas por los gastos de movimientos de tropas que su resistencia habia ocasionado. Además, en 1781, sin contar la contribucion de cinco laques, que habia venido á parar en la consuetud, quisieron que aprontase á la Compañía un cuerpo de 2.000 caballos. Tambien tuvo la imprudencia de regatear otra vez, y ofreció finalmente mil hombres, mitad caballería y mitad infantería. Pero esta vez Warren Hastings estaba resuelto, como él mismo lo ha escrito, á sacar partido de lo que él llamaba las faltas del rajá, para acudir al auxilio de la Compañía. « En una palabra, añade, ya estaba resuelto á hacerle comprar bien caro su perdon, ó á sacar de él cuando menos una venganza ejemplar. Para desviar esta

venganza, el rajá ofreció 20 laques de rupias, pero le pidieron 50, y luego despues, habiendo salido de Calcuta el gobernador jeneral para hacer valer personalmente las pretensiones de la Compañía, no conoció ya límites la consternacion del rajá. Salíó á recibir á Warren Hastings á fuer de suplicante, y estremó la humildad hasta deponer su turbante á los piés del gobernador, quien, sin dejarse enternecer, prosiguió su camino. Con efecto, ya no se trataba para él de cumplir un acto de clemencia ó de justicia, sino de consumir un acto de espoliacion. La humillacion que desarma á una cólera justa, no podia menos de irritar aun mas al gobernador jeneral; haciendo mas odiosas las violencias no provocadas que iba á ejercer, y que ni siquiera tenian ya el menor pretexto. Estaba el gobernador jeneral tan menesteroso, no de reparaciones y de justicia, sino de violencias y tropelías, que, habiendo llegado á Benarés, á donde habia llegado antes que el rajá, se negó á darle á este audiencia, cuando hubo llegado, y para librarse de toda instancia, le arrestó en su palacio, le retiró sus guardias y los reemplazó con cipayos. El encarcelamiento es la humillacion mas cruel que pueda imponerse á un príncipe indo. El pueblo se airó con tamaño insulto, y no consultando mas que su furor, atacó á las dos compañías de cipayos que lo ocupaban, y á palos, navajazos y pedradas, hace en ellas tal matanza que apenas se salvaron unos cuantos. El rajá mozo se habia aprovechado de la confusion para escaparse y meterse en una fortaleza allende el Gánjes; y cundiendo la insurreccion de un pueblo á otro, todo el pais corrió luego á las armas. En vano protestaba el rajá de su no participacion en aquel levantamiento. Warren Hastings, que queria hacerle cargos, no quiso darle oídos; con lo cual se vió voluntariamente en la precision de reconquistar con la fuerza de las armas un pais que una palabra sola del rajá hubiera apaciguado si Hastings lo hubiese querido. Reducido á la precision de de-

fenderse, Cheyte Singh fué perdiendo una tras otra todas sus fortalezas. Dueño de la insurreccion, Hastings entró en Benarés, donde proclamó una amnistía para todo el mundo, menos para el rajá, único que estaba inocente de aquellas revueltas, y único que de buena fe habia querido contenerlas. Uno de sus sobrinos fué nombrado rajá en su lugar; impusieron al nuevo rajá un tributo anual de cuarenta laques de rupias; le quitaron el derecho de acuñar moneda, así como la justicia criminal y la policía de su capital.

Cheyte Singh se habia refugiado en Bidgapur, última fortaleza que le quedaba. Mas allí fueron á sitiarse; pero tampoco él habia creído del caso aguardar al enemigo y habia huido á los estados del rajá del Bundelcund, dejando á su madre en la fortaleza. Cuando esta tuvo que capitular, la desdichada raná trató de conseguir para sí algunas condiciones favorables; queria que le permitiesen llevar consigo su dinero y sus joyas. Tras la dura negativa de Hastings, pidió que al menos, al salir del fuerte, la eximiesen á ella y á sus mujeres del baldon de una visita personal. El oficial inglés que mandaba el sitio, algo corrido del papel que le imponian las instrucciones de Hastings, tomó sobre sí el conceder este punto. Pero aquellas instrucciones habian transpirado en el ejército, y cuando la raná se presentó á las puertas, ella, sus mujeres é hijos fueron vilmente despojados, á pesar del comandante, por la soldadesca. El gobernador, para cohonestar la codicia de su negativa á las instancias de la raná, habia tenido la imprudencia de fundarla en que los despojos de aquella princesa debian considerarse como la legítima recompensa del soldado. La toma de Bidgapur produjo en todo la suma de 2.327,813 rupias. El gobernador jeneral reclamó esta suma. Pero instruido por el mismo gobernador, el soldado habia hecho de ella su *legítima recompensa*, y nada pudo arrancársela ya, ni aun en forma de préstamo. Y como esto era todo cuanto poseía el rajá, esta expedicion, muy le-

jos de facilitar nuevos recursos á la presidencia, no hizo mas que aumentar su penuria. Tales fueron sus resultas en punto á la cuestion urgente, esto es, la cuestion de dinero. En cuanto á los resultados políticos, la Compañía, al sacrificar, para robarle un dinero al que no tenia ningun derecho, á un soberano cuya independencia habia ella misma pregonado, á un aliado que siempre se habia mostrado leal y rendido, mostró que ni los servicios hechos, ni los derechos mas solemnes eran una valla segura contra su audacia ó su ingratitude, y que las leyes divinas y humanas eran un vano abrigo contra aquel monstruo insaciable, á quien nada le costaba ninguna felonía á trueque de saciar su rapacidad.

Warren Hastings no habia sacado de su expedicion á Benarés mas que un aumento de gastos, lo que no era muy propio para disminuir su sed y afan por el dinero. Lo que acababa de hacer daba una idea de las resoluciones desesperadas que habia tomado para ajenciárselo, é indicaba bastante que se habia propuesto no volver á Calcuta sin haberlo conseguido. La madre y la viuda del último nabab del Oude eran tenidas por riquísimas. Además de los muchísimos jaghires destinados á cubrir los gastos personales y la dignidad de su rango, Sujah-al-Dulá les habia dejado, segun se decia, una cantidad fabulosa de millones. Su hijo y nieto, el nabab reinante, estaba muy lejos de gozar de tan grande opulencia. Abruñado por las obligaciones que los Ingleses le habian impuesto en sus tratados, se veia agobiado cada día de nuevas obligaciones; apenas le quedaba con que vivir; habia reducido los gastos de su casa y de su palacio á la cuarta parte de lo que importaban en tiempo de sus predecesores, y con todo esto se hallaba alcanzado en quince laques de rupias. Pedía que le aliviasen de parte de las cargas que los Ingleses le habian impuesto, y ya hacia tiempo que eran vanas sus instancias. En el primer momento de la insurreccion de Benarés, Warren Hastings habia tenido que refugiarse en Ghunar y

aguardar allí las tropas. El nabab se aprovechó de aquella ocasion para acercarse al gobernador y espresarle sus quejas. En esta conferencia alcanzó, lo que era muy de estrañar atendidas las circunstancias, que todas las tropas cuyo sueldo habian puesto á su cargo, á escepcion de la tercera brigada y de un rejimiento de cipayos, serian pagadas por la presidencia; que todos los empleados de la Compañía residentes en sus estados dejarían de ser pagados por él; por último que volvería á incorporarse de todos los jaghires cedidos por él, con el pacto de pagar á los titulares una suma anual igual á la que les producen. Este tratado, que estipulaba una renuncia á derechos adquiridos, al mismo tiempo que la Compañía asolaba todo un pais á sangre y fuego para doblegarlo á unas exigencias que ella levantaba contra todo derecho, este tratado, repetimos, pudiera parecer increíble, á no haber contenido una cláusula secreta que lo explicaba. En virtud de esta cláusula reservada, el nabab se obligaba á entregar á los Ingleses los despojos de su madre y de su abuela. Esta impiedad era por cierto muy ajena del carácter de Asof-al-Dulá; y le fué arrancada con violencia por la mano de la necesidad de que desapiadadamente se habia servido Warren Hastings contra él. Así fué que cuando se llegó á la ejecucion de este pacto infame y parricida, mostró bien á las claras la aversion que le causaba un crimen tan inicuo como era vil y cobarde. Los que lo habian concebido y á quienes debia aprovechar fueron condenados á cargar con toda su odiosidad. Aunque daba por pretexto á aquella medida un apoyo supuesto que las princesas habian dado á la insurreccion de Benarés, crimen de que no se halló ninguna huella, y que por otra parte no interesaba sino á los Ingleses, Warren Hastings habia esperado que la instigacion inglesa podria permanecer oculta y que solo el nabab se pondria de manifiesto. Con este intento habia violado las órdenes formales de la junta de los directores para darle al nabab un residen-

te, á quien ya una vez habia llamado la oposicion como rendido al gobernador, y á quien habia escludido tambien la junta de directores, confirmando espresamente al sucesor que la oposicion le habia dado. A pesar de las importunidades de M. Middleton con el nabab, á pesar de las medidas á medias que logró arrancarle, fué forzoso por último que se descubriese la mano que conducia aquella tramoya y se presentase sola á la luz del dia. Ya el residente se habia quitado la máscara llevando al nabab á Fizabad, donde permanecian las princesas; pero no habiendo las víctimas querido someterse, se arroilaron los postreros escrúpulos, y la hipocresía cedió finalmente su lugar á la violencia. Presentóse delante de Fizabad un destacamento inglés con orden de tomarla por asalto, y entró sin disparar un tiro. Los palacios fueron ocupados; hallaron en ellos á dos ancianos, eunucos y hombres de confianza de las princesas; y para obligar á estas á entregar sus tesoros, encarcelaron á entrambos ancianos y les aplicaron el tormento. Este espediente logró hacer pagar desde luego los atrasos del primer año 1779-1780; cojiéron el dinero, mas no devolvieron los eunucos. Insistió á la *begum* madre para que pagase una cuenta del atraso de 1780-1781; pero ella contestó que ya habia entregado todo el dinero que tenia y lo mas precioso que poseia. Con todo esto, ofreció todavía algunas joyas y otros objetos de valor. Los Ingleses rehusaron con desden aquella bagatela, y volviendo á los eunucos, los sometieron al suplicio del hambre. Estos ofrecieron entonces pagar con su dinero la suma pedida á las princesas, y dieron letras á un mes de fecha, que fueron aceptadas. Las princesas por su parte entregaron cuanto les quedaba en joyas, muebles, y hasta en utensilios de mesa. En algunas semanas entraron de este modo en las arcas de la presidencia dos millones y medio de duros. Pero el nabab seguia deudor aun de una suma de 25.000 libras esterlinas, segun los eunucos, y de 50.000 segun el residente. Para sol-

dar esta suma pidieron los presos que los pusiesen en libertad, asegurando que de no les seria imposible realizarla. El oficial encargado de guardarlos juntó sus instancias á las suyas; el residente, que ya habia sido reconvenido por Warren Hastings por flojo, fué inflexible; mandó que se les tratase con mas rigor, y estremo la avilantez hasta amenazarles con que los haria conducir á Lucknow, donde les abririan causa por otros crímenes. Fueron efectivamente conducidos á Lucknow, donde se volvió á comenzar contra ellos la prueba de los *castigos corporales*, esto es, del tormento. Las sirvientas de las princesas, á quienes hasta entonces habian respetado, fueron probadas tambien por el hambre. Así se continuó hasta el mes de diciembre (el arresto de los eunucos fechaba del mes de enero de 1782); entonces pusieron tregua á unos suplicios cuya inutilidad se echó de ver; y así los eunucos como las princesas fueron puestos en libertad. Hastings quiso que esta orden emanase de él en persona; las órdenes de castigar se habian dado siempre en nombre del nabab. Jamás en ningun pueblo, bandidos de profesion han escarnecido mas descaradamente la justicia, la humanidad y el rubor. Este episodio no se echó en olvido en la causa de Hastings.

Durante el viaje que hizo á las provincias superiores, el gobernador jeneral recibió de Scindiah proposiciones, que merced á las grandes concesiones que hicieron los Ingleses y al desvalimiento de las partes, produjeron una paz jeneral con los Mahratas. Los Ingleses abandonaban sus conquistas, el Guzerate, Salseta, Rasein, el territorio de Gohud, Broach; los Mahratas en cambio prometian obligar á Haider á restituir todas las plazas que habia tomado durante la última guerra, y no permitir á ninguna nacion europea establecer ó conservar factorías en sus tierras. Sin embargo ponian por condicion á su intervencion con Haider, que los Ingleses no le harian mas la guerra, menos en caso de lejitima defensa. Este tratado, aunque oneroso,

permitia al menos á las fuerzas británicas en la India hacer frente al nuevo enemigo que volvia á aparecer en la liza, hablamos de la Francia.

A principios de 1781 salió de Brest una escuadra francesa á las órdenes del baile de Suffren; llevaba á la India tropas de desembarque y escoltaba un convoi. Por el mismo tiempo, la Inglaterra, que tambien estaba en guerra con la Holanda, dirigia una expedicion contra el Cabo de Buena Esperanza. Ambas escuadras se encontraron en la isla de Cabo Verde en la bahía de Praya. Atacados de improviso por los Franceses, á quienes no esperaban, los Ingleses, aunque superiores en número, perdieron un navío. No obstante la ventaja quedó indecisa, pues ambas escuadras estaban tan malparadas que se separaron espontáneamente, retirándose la una, y no pudiendo la otra perseguirla. Los resultados de la batalla fueron con todo ventajosos á los Franceses, puesto que inhabilitaron á la escuadra enemiga para llenar el objeto principal de su expedicion, y salvaron el Cabo, á donde llegaron antes que el enemigo. Cuando Suffren, cuya escuadra se habia incorporado con la del almirante Orves, llegó á la costa de Coromandel, Haider habia tomado en el Carnatic un aspecto mas amenazador que nunca. El almirante hizo rumbo para Madrás que contaba sorprender; pero allí encontró nueve navíos ingleses, y no queriendo atacarlos en aquella posicion, los atrajo hasta cerca de Pondichery, donde trabó una batalla, interrumpida luego por una borrasca. Desde allí Suffren pasó á Porto Novo donde le aguardaban dos enviados misorianos que trataron con él en nombre de su amo, y á quienes entregó 2.000 hombres que desembarcó. Tipu, que gracias á M. de Lally, acababa de alcanzar sobre el coronel Brathwait una victoria importante y bien disputada, se puso inmediatamente á la cabeza de aquel refuerzo. Por su parte, el almirante Hughes que conducia tambien un cuerpo de desembarque, fué precisado por Suffren á aceptar la batalla, que fué la mas sangrienta y encarnizada de que ha-

cen mencion los fastos marítimos de la India. Cada una de las dos escuadras quedó de sus resultas tan mal parada, que durante siete dias permanecieron á la vista una de otra sin poder emprender ningun movimiento. Sin embargo Tipu se apoderaba de Cadalore, Haider de Carangoly, y derrotaba al ejército inglés que trataba de apoderarse de Arrec, donde aquel tenia sus abastos y tesoros. La situacion de la presidencia era ya muy critica. Para colmo de embarazo, el almirante Hugher, que acababa de perder una gran batalla en Trincomaly y de trabar otro combate sangriento, declaró que habia resuelto alejar de la costa de Coromandel é ir al puerto de Bombay para pasar en él la temporada del monzon (octubre de 1782). Ni el peligro de Madrás, espuesto á carecer de víveres, si la escuadra francesa interceptaba los convoyes, ni el peligro de Negapatam que Suffren se disponia para sitiar, pudieron hacer variar de opinion á sir Hughes. El dia despues de haber dado la vela, una tempestad horrorosa que sumerjió todas las barcas ó las estrelló contra la costa, destruyó 30.000 sacos de arroz destinados para el abasto de la ciudad, y Madrás se halló en la situacion que habia temido. El hambre hizo en ella luego tales estragos, que no bastaban ya los vivos para enterrar á los muertos. El ambiente viciado por las exhalaciones de aquella multitud de cadáveres acrecentó los estragos; durante cinco semanas fallecieron hasta 250 personas diariamente. Felizmente para la ciudad la noticia de este apuro no llegó á oídos del enemigo; y mas felizmente todavía Haider Ali murió de un cáncer en la espalda, á la edad de ochenta años.

Para que el ejército no se desbandase los jefes encubrieron cautelosamente aquella novedad hasta la llegada de Tipu. detenido entónces en el Malabar, donde alcanzaba contra el coronel Humberstone Mackensie algunas ventajas á las que puso un término la noticia de la muerte de su padre. El jeneral sir Eyre Coote, acometido de apoplejía, habia salido del

Carnatic y dejado el mando al jeneral. Este no heredaba los poderes extraordinarios que se habian ocasionado repetidos choque entre él y el consejo de Madrás. Los zelos subsistieron siempre no obstante en perjuicio de la causa comun. El consejo hubiera querido utilizar el primer momento de perturbacion causada por la muerte del viejo y poderoso Haider. Pero el jeneral Stuart, como oficial del rey, pretendia ser completamente independiente de la Compañía, y se constituia único juez de lo que tenia que hacer; y así pasó el tiempo en vanas contestaciones. No obstante era propicia la coyuntura para obrar, por cuanto los acontecimientos del Malabar habian obligado de pronto á Tipu á salir del Carnatic, de donde habia marchado tan arrebatadamente que no pudiendo asegurar bastante la plaza de Arcot, habia volado sus fortificaciones. El coronel Humberstone se habia aprovechado de aquella tregua para realzar sus negocios. Habiendo recibido refuerzos de Bombay, se habia apoderado de Onore, de Huseingurry-Ghaut, plaza fuerte importante en aquellas montañas, y por fin de Bednore, capital de Canara. Habian hallado en esta plaza un tesoro de 81 laques de pagodas (cuatro millones de duros). Ananpore, tomada por asalto, habia sido abandonada á los soldados, juntamente con un serrallo que contenia cuatrocientas mujeres que pertenecian á Tipu. Sus hijos solo pudieron escaparse por medio de algunos bateleros que les hicieron atravesar el rio y lograron ponerlos en salvo en la fortaleza de Mangalore. Una contienda que sobrevino entre el ejército y M. Matthews, que habia tomado el mando del mismo, despues de haber conducido el refuerzo de Bombay, suspendió las operaciones. Pretendia el ejército que se le pagasen sus atrasos con el tesoro de 81 laques de pagodas; y el jeneral Matthews preferia por lo visto no dar cuenta á nadie. Al punto partieron para Bombay varios oficiales superiores, entre ellos M. Humberstone y MacLeod. Matthews fué destituido, y MacLeod

nombrado en su lugar. Pero volviendo por mar con sus compañeros, fueron atacados por cinco buques mahratas que ignoraban todavía la paz que se había ajustado entre su país y los Ingleses. Antes que entrar en esplicaciones, Mac Leod prefirió abrirse paso á cañonazos; pero en el combate que se trabó salió herido, el mayor Shaw muerto, y el coronel Humberstone herido mortalmente. Todos los marineros fueron ó muertos ó hechos prisioneros.

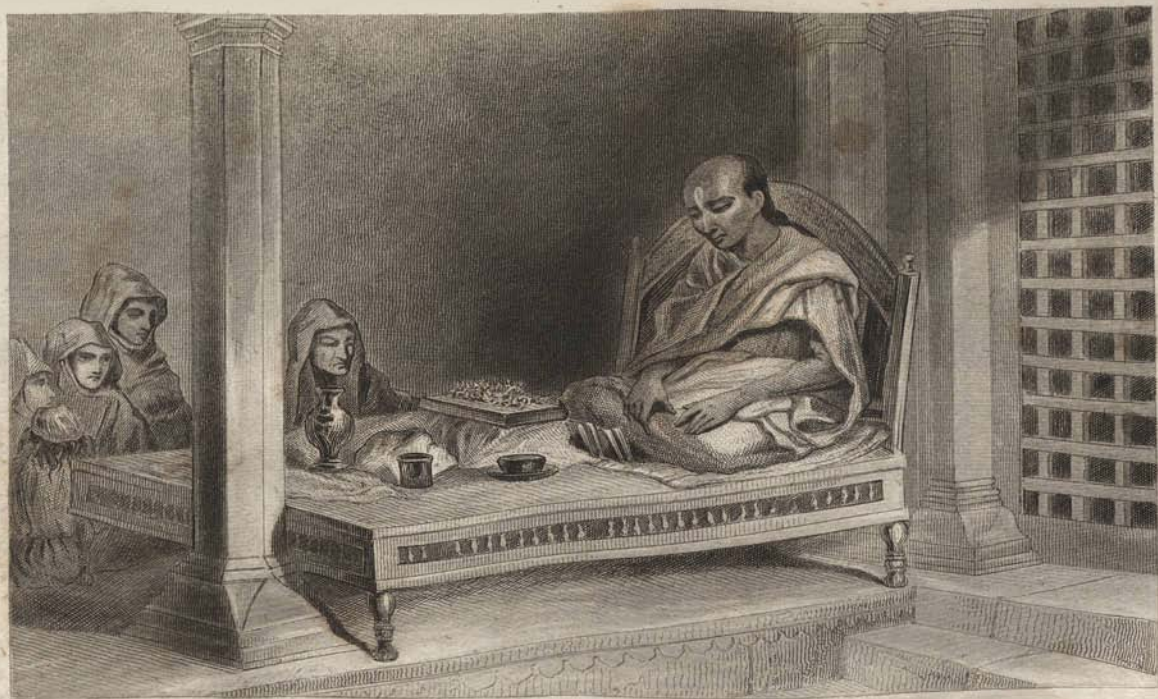
Sin embargo reapareciendo Tipu de improviso en el oeste, había recobrado de paso á Bednore, y había puesto sitio á Margalore (mayo de 1783). Este sitio, en el que se obstinó, duró veinte meses, y el sultan perdió en él la mitad de su ejército, pero por último obligó á la guarnición inglesa á capitular. Entretanto los Franceses y los Ingleses se disputaban el Carnatic. Bussy, que había vuelto á parecer en el teatro de sus hazañas, recobraba su primer vigor y hacia padecer á los Ingleses delante de Cadalore una sangrienta derrota, que les costaba mas de 900 hombres y 62 oficiales. Suffren no daba treguas al almirante Hughes, á quien no dejaba respirar entre uno y otro combate. Por entónces llegó á la India la noticia de la paz ajustada en Europa, y trajo una suspension de armas. Bussy se avino á servir de mediador con Tipu. Este no estaba opuesto á una paz que tuviese por base la restitucion recíproca de las conquistas. Entretanto la presidencia se puso en estado de obrar con ahínco; comenzó por destituir al jeneral Stuart, que había contrariado todas las expediciones, y hasta las que él mismo mandaba. Como no queria deponer su autoridad, le mandaron prender, y le embarcaron á viva fuerza con destino á Inglaterra. El coronel Fullarton tomó el mando, dirigió en el mediodía una expedicion ora apremiada y ora interrumpida por el curso de las negociaciones; apoderóse no obstante de Coimbatour y Palacachery. Marchaba sobre Seringapatam, y probablemente se hubiera apoderado de ella, cuando nuevas instrucciones atajaron otra vez su mar-

cha. En fin Tipu Sahib concedió la paz á los Ingleses, la que fué ajustada por un tratado en 11 de marzo de 1784, sobre la base de restitucion recíproca. Esta paz señala un tiempo de parada en el vuelo de la supremacia inglesa en el continente de la India. Por la primera vez los Ingleses, tras una larga lucha contra un enemigo poderoso, se avenian á tratar, no ya como vencedores, sino como iguales. Para ellos y en aquel momento equivalia aquello á una derrota; de ahí fué que Hastings desaprobó el tratado.

CAPITULO XIX.

HASTINGS REEMPLAZADO, SU PROCESO.

Hemos visto los medros del poderío inglés trabados en su primer período por la falta de dinero; y á decir la verdad siempre le acompaña esta misma penuria. Con todo, á medida que la conquista se estiende y afianza, los recursos se multiplican, y en Bengala sobre todo, se mantienen casi al nivel de las necesidades. Esta presidencia es aun bastante rica para cubrir las necesidades de las otras dos, aunque empobreciéndose ella tambien. Pero una vez dueña del terreno, la dominacion se penetra de la necesidad de organizarse en él, y de los primeros tanteos de una organizacion que se desbasta del roce de una multitud de poderes nuevos y mal definidos todavía, surgen una multitud de embarazos nuevos, los conflictos. Los choques ó conflictos vienen á ser el vicio capital del período que acabamos de recorrer; pues los hemos visto entre los miembros de un mismo consejo, entre los consejos de las diferentes presidencias, entre la Compañía y los comisarios rejos, entre los empleados civiles y los oficiales militares de la Compañía. Cada cual se afana en deshacer lo hecho por otros, cuando no logró estorbárselo. Mas de una vez la autoridad queda anulada y pronta á abismarse completamente en la anarquía mas profunda. Pero lo que no se había visto, al menos en la India, era el poder judicial usurpando la accion del gobierno. El mismo acto



L'enseigne des sciences

Un Pundit expliquant les Saintes Ecritures.

Un Pundito explicando las Santas Escrituras.

del parlamento que habia instituido en Calcuta un gobernador jeneral y un jefe supremo, habia establecido tambien en esta ciudad un tribunal supremo. Este tribunal, que solo habia de juzgar las contestaciones de los particulares entre sí, se vió llevado por la misma naturaleza de aquellas contestaciones á inmiscuirse en la organizacion administrativa que les daba nacimiento, y á introducir en ella por consiguiente un nuevo abuso. Ya era un abuso enorme la aplicacion literal de los procedimientos ingleses á un pais donde se estrellaban con todas las costumbres, y muchas veces hasta con las creencias. El consejo supremo, que al principio se habia constituido juez en última apelacion de todas las contestaciones relativas á la renta, funcion que nunca tuvo tiempo de llenar, tuvo la imprudencia de desembarazarse de ella agregándola á las atribuciones del tribunal. Bastó esto para sembrar la desorganizacion en el pais, y para agotar casi los manantiales de la renta. Con efecto, cuando llegaba hasta el tribunal un negocio de esta especie, llamábase al Zemindar á Calcuta, por muy lejána que estuviese su residencia; tratábase jeneralmente de un viaje de algunos centenares de leguas. Durante su ausencia no se recaudaba el impuesto; orijen de ruina para él y para el estado. Además por finiquito de aquel viaje harto oneroso, y que á veces le arruinaba, el Zemindar tenia que presentar fianza. Si no podia verificarlo en Calcuta donde no conocia á nadie, ni era conocido, le metian en la cárcel, cosa infamante á los ojos de los Indos. Entónces la degradacion que habia padecido, segun las ideas del pais, paralizaba en sus manos las facultades de que estaba revestido, y aun cuando hubiese ganado el litijio, volvía á su pais inhábil para ejercer ninguna autoridad. Ahora pues, como segun tradiciones seculares, y segun las mismas leyes establecidas por los Ingleses, la dignidad del Zemindar era hereditaria, tenian entónces un funcionario á quien no cabía reemplazar y que no podia llenar sus funciones. El im-

puesto nó se recaudaba. La jurisdiccion del tribunal supremo implicaba en otros muchos casos contradiccion con el medio sobre el cual debia obrar. Hastings trató de remediarlo restringiéndola, y diciéndo que no se aplicaria á los indíjenas sino cuando espresamente lo pidiesen. Pero los jueces que eran nombrados por el rey, cuyos poderes emanaban directamente del rey, consideraban como inferiores á los propios los poderes del gobernador jeneral que no era al cabo mas que un empleado de la Compañía. De ahí nació forzosamente un conflicto, y los ánimos se enconaron en términos que Hastings mandó prender por las tropas un destacamento de 60 hombres que el jerife habia enviado á pesquisar la casa de un rajá citado ante el tribunal y que se habia negado á comparecer. Para llenar su mision al pié de la letra como en Inglaterra, aquel destacamento habia dado el escándalo inaudito de violar la *zenana* ó aposentos de las mujeres. El tribunal por su parte mandó prender al fiscal de la Compañía y á los oficiales que le habian ayudado contra el destacamento del jerife, y se entabló una causa criminal. En este conflicto contra una autoridad que representaba la autoridad real, Warren Hastings y los que como él se resistian tenian continuamente colgada sobre su cabeza una acusacion de alta traicion. Mas no por esto desmayó aquel, y llamado ante el tribunal, así como los otros miembros del consejo, firmó con ellos una declaracion espresando que los actos por los cuales les perseguian habian sido ejecutados por ellos en calidad de cuerpo gubernativo, y que no reconocian la autoridad del tribunal sobre los actos de esta naturaleza. Ya habian tenido que eliminar las pretensiones del tribunal que, socalor de informacion, exijia comunicacion del libro de actas del consejo, y el tribunal, en vista de una negativa tan natural y lejitima, habia tenido la increíble temeridad de entablar una causa. Todo se compuso no obstante mediante un salario crecido que Hastings destinó á las funcio-

nes de miembro del tribunal de apelacion de rentas, de que el consejo se habia descargado sobre el tribunal supremo. Habia estipulado que el presidente del tribunal supremo no gozaria de este nuevo sueldo sino previo el beneplácito del gobernador jeneral; lo que convirtió a sir Elijah Impey, tan discolo y rebelde poco antes, en un hombre absolutamente rendido.

Este arreglo fué recibido con sumo desagrado en Inglaterra, así como la conducta de Hastings con Cheite Singh y con las *begumes* (princesas). La junta de directores declaró sobre este último punto que los documentos que le habian remitido no establecian de ningun modo la connivencia de las *begumes* con la rebelion de Benarés, y mandó una averiguacion. Hastings, que tenia á la sazón la mayoría en el consejo de Calcuta, supo desviar esta orden con una votacion de no ha lugar. Sin embargo, arrollado por tantas reconvencciones no desmerecidas, emprendió la árdua tarea de su defensa en una carta que terminaba con la oferta de su demision. Por el mismo tiempo la revocation de la carta ó privilegio de la Compañía habia llevado entre la cámara de los Comunes la discusion sobre los negocios de la India. En ella fué Hastings vituperado con mayor fuerza todavía. El 30 de mayo de 1783, se adoptó una mocion que decia que «William Hornby, presidente del consejo de Bombay, habiendo obrado repetidamente de un modo repugnante al honor y á la política de la nacion, y provocado con esto grandes desgracias en la India, y gastos enormes para la Compañía de las Indias, es un deber para los directores de dicha Compañía provocar por cuantos medios legales tienen á su disposicion la separacion de los susodichos gobernador jeneral y presidente de sus puestos respectivos y llamarlos á Inglaterra.» En consecuencia, la junta de los directores formuló otra declaracion cuya conclusion era: «La junta cree que es prudente separar á Warren Hastings de la presidencia de Bengala.» Pero como una asam-

blea de los propietarios se pronunció contra esta medida, la junta anuló su acuerdo. No obstante, vistas las disposiciones que él habia manifestado y las que manifestaba la opinion pública, sin duda hubiera Hastings permitido sus poderes, á no haberse propuesto no dejar tras sí las ruinas y el desórden que habia sembrado en las provincias de Oude y de Benarés. Eran unos acusadores tremendos que urjia suprimir mientras estaba en su mano el hacerlo. En consecuencia se puso en camino para Lucknow. Involuntariamente confiesa las miserias que lastimaron sus ojos en aquella provincia de Benarés, en otro tiempo tan rica y floreciente bajo el paternal gobierno de su rajá; el impuesto que él mismo habia establecido era harto pesado, y huyendo de sus tierras que quedaban incultas, los pueblos, si bien llevaban consigo su desamparo, se libraban al menos de las vejaciones que inútilmente lo hubieran oprimido. Warren Hastings, en vez de acusarse á sí mismo, no pensó, ante aquel espectáculo, sino en acusar á los agentes de la administracion que él habia sustituido á la del rajá. Por un nuevo tratado que hizo con el nabab de Oude, se avino á retirarle lo restante de las tropas inglesas cuya manutencion corria á su cargo en virtud del último convenio. Restituyó á las dos *begumes* los jahires de que las habian despojado y cuya restitucion habia mandado terminantemente la junta de directores. Las dos mujeres tuvieron la simpleza de mostrarse muy agradecidas; y con todo esto perdian aun en el negocio los millones de dinero ó de renglones preciosos que les habian robado. Durante este viaje, Hastings recibió en Lucknow la visita de Mirza Jehander Shah, hijo del emperador, y le recibió con esplendidez. El emperador acababa de perder á su ministro Nudjif Khan, y con él los postreros vestijios de su autoridad. El débil Shah Alam, disputado á fuer de una presa por jefes ambiciosos que querian abrigar sus usurpaciones tras la fantasma imperial, no era ya en sus manos mas que un cautivo. Su ministro Ghalam

Khadur habia querido obligarle á la guerra contra Scindiah, que se habia acercado entónces á Delhi. El emperador le habia dejado hacer, por cuanto su desvalimiento no le permitia otra cosa; pero el ministro interceptó una carta que el emperador dirijia á Scindiah, espresándole su pesar; y Ghalam Khadur furioso se apodera del pobre emperador y le manda arrancar los ojos. Scindiah, que se apoderó despues del ministro, le hizo arrancar tambien los ojos, cortar las manos, los piés, la nariz y las orejas. Este incidente le hizo dueño del emperador, á quien dió para su residencia el fuerte de Delhi. Lo que el hijo de este príncipe desventurado pedia á los Ingleses no era un apoyo político para el recobro de su independencia, sino dinero, ó medios de vivir. El emperador no habia cobrado el año precedente mas que un laque y medio de rupias (setenta y cinco mil duros) para su gasto y el de su casa. El gobernador le aseguró cuatro laques para lo sucesivo. Por otra parte, para conjurar los proyectos ambiciosos que podia abrigar Scindiah, el jefe poderoso de los Mahratas, aconsejó al emperador que se aliase con él, y que se hiciese de él un apoyo antes que tuviese tiempo de venir á ser enemigo suyo. Pero Scindiah envió al mismo tiempo á Hastings un agente confidencial que tuvo con él conferencias tan reservadas, que ni aun fué admitido en ellas el secretario del gobernador. El resultado de estas conferencias fué que Hastings, que al principio se habia mostrado favorable al sosten de los postreros residuos del poderío de que disfrutaba el emperador, alentó al parecer á Scindiah á apoderarse de su persona. El emperador ya no necesitaba el consejo que le habia dado el gobernador jeneral, para entregarse al Mahrata, quien poco despues tomó posesion de Agra y de todos los fuertes de la provincia. Los Seikhes se aprovecharon de aquel último golpe descargado sobre un poder arruinado, para invadir el pais de los Rohillas. El imperio mogol quedaba borrado, hasta del mapa. Sin embargo, como aun existia la persona del

emperador, Scindiah se sirvió de ella para ejercer en su nombre todos sus derechos, hasta contra los Ingleses que le debian algunos atrasos. Otras manifestaciones poco amistosas, como, por ejemplo, la buena acogida que estudiantamente hizo á Cheyte Singh, el rajá desposeido de Benarés, por poco le pusieron en malos términos con el gobierno de Calcuta. Sin embargo este impidió al hijo del emperador contestar á las proposiciones de Scindiah para atraerle á su lado, y de este modo le libró de la dominacion que su padre estaba padeciendo.

Al salir de Lucknow, Hastings volvió á Benarés y de allí á Calcuta. Los frutos de su viaje denotaron un primer paso de regreso al sistema seguido hasta entónces en la política de la India. A fuerza de debilitar á los jefes de los estados indíjenas para convertirlos en dóciles instrumentos inertes, y que muy lejos de serles provechosos, recaian sobre ellos con todo el peso de la flaqueza que ellos les habian dado. Las violencias á que se habia visto reducido Hastings para sacar algun dinero del nabab de Oude mostraban bien á las claras la impotencia de aquellos aliados, de quienes al principio no habian tratado de hacer mas que enemigos impotentes. Bien cierto de que ya no podian dañar sino por efecto de aquella misma impotencia, Hastings se hizo cargo de que era forzoso devolverles alguna libertad para permitirles realzar su poder y entonar un poco su administracion. Las violencias que él habia ejercido no eran hijas de su carácter sino de de la misma violencia de su situacion. Tan pronto como estuvo en su mano se afanó en repararlas, y todo lo que practicó durante este viaje demuestra aquella resolucion. Hecho aquel viaje, ya no pensó mas que en regresar á Inglaterra. El 1.º de febrero de 1785, M. Macpherson fué reconocido como sucesor suyo; no obstante el consejo acordó que la instalacion del nuevo gobernador no se verificaria hasta el dia en que hubiese dado la vela el buque en que se habia embarcado Hastings, muestra

de consideracion debida ciertamente á sus eminentes servicios.

Poco despues, M. Macartney, presidente de Madrás, fué llamado tambien á Inglaterra; pero antes de marcharse quiso pasar á Calcuta, donde le acometió una enfermedad que duró bastante para tener tiempo de recibir en Calcuta su mismo nombramiento de gobernador jeneral. Los informes que se seguian en el parlamento sobre los negocios de la India habian hecho pasar bajo los ojos de los comisarios todos los papeles relativos á la administracion de M. Macartney, y les habian inspirado tan sumo aprecio de las prendas que en ella habia manifestado, que uno de ellos habia hablado de él á M. Pitt como del único hombre capaz de tan altas funciones. Recomendado por el ministro, la junta de los directores, que sin duda le habia hallado insuficiente en sus funciones de presidente de Madrás, le promovió al gobierno supremo de la India. M. Macartney no rehusó el destino; pero lo que acababa de acontecer le hizo sentir la necesidad de entenderse con unas jentes que en tan corto tiempo querian y no querian emplearle. Antes de tomar posesion del poder, partió para Londres. Allí espuso sus miras y sus planes, que fueron aprobados por M. Pitt; pedia sobre todo una latitud de facultades y una preponderancia mas afianzada para el gobernador jeneral. Fácilmente se pusieron de acuerdo sobre este punto; mas como dió á entender al ministro que el lustre de una alta dignidad ocupada en la madre patria contribuia á asegurar esta preponderancia, opinando M. Pitt que la dignidad de par debia ser el premio de servicios hechos y no un estímulo para los servicios que se habian de hacer, halló esta demanda harto prematura, y fastidiado por esta razon de M. Macartney, hizo nombrar á lord Cornwallis.

El parlamento sin embargo habia dedicado varias sesiones á la tarea que habia acometido, tarea que habia de desgastar á varios ministerios y á varias jeneraciones parlamentarias, y cuya conclusion no habia de

sellar con su voto casi ninguno de los que la habian comenzado. Ya se habian propuesto, discutido, aceptado y desechado varios bills, ya estas formidables cuestiones de la India habian acelerado la caida del ministerio vacilante de lord North, hollado repentinamente el ministerio de Fox y acorralado al de Pitt que le sucedia á la alternativa de una disolucion de la cámara de los Comunes ó de una demision. Habianse malogrado cuatro años en estas luchas que no habian producido ningun resultado definitivo. Por último se eligió un nuevo parlamento, y el 19 de mayo de 1784 entró en sesion. Despues de haber producido muchísimas teorías, habian venido á parar en modificar solamente lo existente. Pitt presentó un nuevo bill, casi conforme en un todo al último bill vijente. Abria no obstante mayor ensanche á la accion del poder real con el nombramiento de seis comisarios de los negocios de la India, que aprobaban ó desaprobaban todas las medidas de la junta de los directores, y con el derecho de revocar al gobernador jeneral, y aun de nombrarle, si, en un plazo de dos meses, no habia la junta de los directores proveido al reemplazo del gobernador revocado. Mas adelante se estendió sobre este punto el poder del gobernador jeneral en términos que se le autorizó á obrar en ciertos casos, y bajo su responsabilidad, sin la asistencia del consejo. Igual latitud se daba á los gobernadores de las dos presidencias inferiores. La primera parte del bill se habia votado en 1784, la otra no lo fué hasta 1786. Entretanto habia llegado á Inglaterra Warren Hastings (20 de junio de 1785). Bien recibido á su llegada por la junta de los directores, fué al contrario saludado en el parlamento por una mocion hostil de Burke, que en la sesion siguiente se convirtió en una acta de acusacion. Así comenzó este grande y célebre proceso, proceso de que los fastos criminales de ninguna nacion no ofrecen quizás otro ejemplo, y durante el cual el acusado ocupó por espacio de nueve años el banquillo,

vió renovarse dos legislaturas, morir sesenta de sus jueces (la cámara de los lores), y fué en cierto modo absuelto por los hijos de aquellos que le habian hecho comparecer como reo. La sentencia se dió en abril de 1795. Pocos dias despues, el 9 de mayo, una asamblea jeneral de los propietarios acordó ofrecer una indemnizacion por la Compañía á Hastings por los gastos que el proceso le habia ocasionado, y concederle á él y á sus herederos una indemnizacion de 5.000 libras esterlinas, mientras durase el monopolio de la Compañía, en razon de los servicios que él habia hecho. El ministerio, al paso que aprobó el sentimiento que habia dictado estas medidas, opuso algunos reparos en punto al derecho que tenia la Compañía de obligarse para el porvenir. Tras algunas discusiones se acordó conceder á Hastings una anualidad de 4.000 libras durante veinte y ocho años y medio, desde el 23 de junio de 1785; que la Compañía le haria un préstamo de 50.000 libras sin interés, y para diez y ocho años, para ayudarle á salir de los apuros en que le habian puesto los gastos del proceso. Así terminó este episodio de la historia de las posesiones inglesas de la India. El proceso habia durado nueve años; pero desde la sesion en que habia comenzado el debate y en que la discusion de los hechos habia producido la revocacion de Hastings, habian mediado quince años. Así pues, este hombre cuya extraordinaria firmeza habia, á costa de algunos extravíos, salvado el poderío inglés de una dissolution inminente y fundado su estabilidad en medio de la anarquía, tuvo por espacio de quince años, á las dos ramas del parlamento inglés ocupados en su responsabilidad política ó judicial. Esto solo indica cuán grande habia sido la accion de Hastings, y hasta que punto su país habia tenido necesidad de un hombre de aquel temple. Esto es lo que puede, si no absolverle, disculparle al menos un tanto en punto á los monstruosos abusos que cometió. De esta larga y terrible prueba de un proceso que amenazaba su honor, su

fortuna, su libertad, y hasta su misma vida, salió Hastings con calma en una vida sencilla y retirada. Burke, su acusador, que por espacio de quince años habia subido cada dia al asalto de esta gran nombradía, Burke, que en esta prueba no habia empuñado mas que su orgullo, ó si se quiere, su patriotismo de tribuno, salió de ella casi enloquecido.

La idea de Hastings absuelto, triunfante, y de aquellos quince años de un afán obstinado que redundaba en confusion de su autor; vino á ser para él una pesadilla cruel, intolerable. Su fantasia acalorada le forjaba al lado de este triunfo real un triunfo imaginario; veia á Hastings elevado á la dignidad de par, y esta imájen le causaba unos arrebatos de ira indecibles. La cámara de los lores, ya desde los principios, habia manifestado á Warren Hastings, no solamente una grande imparcialidad, sino tambien algun favor. La cámara de los comunes, renovada dos veces desde el bill de acusacion, acabó, de puro cansada, por terminar y orillar algunos de los capítulos de acusacion cuya nomenclatura habia el bill formulado. Durante el proceso, todo el mundo tuvo tiempo de variar y desmentirse; así M. Pitt, como la cámara de los Comunes y la misma opinion pública. Solo Burke y la cámara de los lores se mostraron inmutables, el uno en la animosidad de una conviccion apasionada, la otra en su frio á imperturbable respeto para los fueros de la defensa.

CAPITULO XX.

NUEVA ORGANIZACION DE HACIENDA Y JUDICIAL; GUERRA CON TIPU.

Los primeros desvelos de Cornwallis, tan pronto como hubo tomado posesion del poder, se encaminaron á la solucion de la eterna cuestion de las rentas y de la justicia. Traia en los planes que habia concebido sobre la materia una mira enteramente nueva, pero toda europea. Ya hemos visto que la propiedad era en principio, así como el derecho de administrar justicia, un atributo de la soberanía en el imperio mogol; tam-

bien hemos visto que de delegacion en delegacion, el ejercicio de estas prerogativas soberanas llegaba á manos de una clase de funcionarios llamados Zemindares. Estos funcionarios, revocables al principio, habian pasado en inamovibles y hereditarios, en términos de que, mediante el tributo que pagaban al emperador, podian pasar á los ojos de un Europeo por los verdaderos señores de un territorio del que no era al principio mas que meros administradores. Partiendo de esta idea, lord Cornwallis, dominado por su educacion inglesa, creyó hallar en los Zemindares los elementos de un cuerpo aristocrático, sobre el cual podria apoyarse la dominacion inglesa. El imperio estaba desmembrado, ya no existia el emperador, al menos como poder; por este hecho solo, la propiedad no pertenecia ya de derecho á nadie. Reproduciendo lord Cornwallis una idea emitida en otro tiempo en el consejo de Calcuta, por M. Francis, hizo decidir que la propiedad del suelo se daria de derecho á los que de hecho lo estaban ejerciendo, esto es, á los Zemindares. Y por una consecuencia natural, se dejó á estos la facultad de tomar para sus tierras todos los ajustes que pudiesen convenirles con los *ryotes* ó labradores. Estipulóse solamente á favor de estos que, una vez determinados sus ajustes, recibirian del Zemindar un *potach* ó contrato, que mencionaria su tenor, y que este *potach*, al que no se podria derogar, formaria en manos del *ryot* un título que le pondria al abrigo de cualquiera otra requisicion ó vejámen de parte del Zemindar. La duracion de este sistema se fijó al principio en diez años. Pero en beneficio de la agricultura y para alentar los grandes trabajos que necesitaba, lord Cornwallis deseaba hacerlo declarar perpetuo, y á pesar de alguna oposicion en el consejo, lo consiguió merced al apoyo de la junta de los directores á quienes habia sabido hacer entrar en sus miras. La sal, objeto de tantos reglamentos contradictorios, habia acabado por estancarse bajo la administracion de War-

ren Hastings. Lord Cornwallis conservó este réjimen; pero en vez de establecer cada año un precio uniformes, lo hizo vender, como el opio, al mayor postor.

En punto á la justicia, lord Cornwallis lo quitó definitivamente á los Zemindares, quienes á pesar de todos los reglamentos anteriores, habian siempre conservado parte de ella. Estableció en lo civil tres grados de jurisdiccion: los *zillahs*, ó tribunales de distrito, los tribunales provinciales, tribunales de apelacion, en número de siete; y en fin un tribunal supremo, llamado, como en tiempo de Warren Hastings, *Sudder-dewany-adaulut*. Tambien habia una especie de jurisdiccion inferior para los asuntos cuyo valor en litis no subia mas allá de 200 rupias, y no bajaba de 50. El juez del *zillah* los pasaba á su escribano, para cuyo juicio el *zillah* venia á ser tribunal de apelacion. En punto á los negocios cuyo principal no pasaba de 50 rupias, eran juzgados por árbitros indijenas, y tenian apelacion al *zillah*. Constaba este tribunal de un juez, empleado de la Compañía, de su escribano y de asesores, empleados asimismo de la Compañía. Se le daba por adjunto un indijena, para ilustrarlos en punto á los usos y costumbres de la localidad. Su competencia se estendia solamente á los indijenas. Los siete tribunales de provincia constaban cada uno de tres jueces, de dos escribanos y asesores, elejidos todos de entre los empleados de la Compañía, tres intérpretes, un *cadi* y un *pundit* (doctor) completaban el tribunal. El *cadi* representaba la tradicion musulmana y el *pundit* la tradicion bramánica. En fin, el *Sudder-dewany-adaulut* residia en la capital del gobierno, y se componia del gobernador jeneral, asistidos de tantos consejeros cuantos queria llamar á su lado, del jefe de los *cadies* y de otros dos *cadies*, de diez *pundites* y de un escribano. Este tribunal lo era de apelacion para los fallos de los tribunales de provincia, pero solamente en los litijios cuya importancia pasaba de 1.000 rupias, segun la primera ins-

titucion, y de 50.000, segun una modificacion que poco despues se creyó del caso establecer.

De este modo estableció lord Cornwallis tres grados para la justicia criminal; los majistrados, los tribunales de circuito y el nizamat adaulut. Los majistrados juzgaban los meros delitos, los tribunales de circuito mudaban de sitio en diversas épocas é iban á juzgar los crímenes cometidos en el ámbito de su jurisdiccion. Eran siete, como los tribunales de provincia, y se componian de los mismos jueces. Los jueces de los *zillahes* desempeñaban tambien las funciones de majistrados. En cuanto al nizamat adaulut, se compuso tambien durante algun tiempo como el *suder-dewany* adaulut, pero lo compusieron despues de tres jueces, de tres *cadies*, incluso el jefe, y de dos *pundites*. La policía se confió, bajo la autoridad de los *zillahes* á unos funcionarios llamados *dargahes*. Habia uno por veinte millas cuadradas.

Tales fueron los trabajos á los que lord Cornwallis dedicó el intervalo de paz de que gozó desde su llegada hasta 1790. Pero la guerra vino á brotar cabalmente de las mismas medidas que habia tomado el parlamento para precaverla. Por su último bill de la India habia vedado terminantemente las alianzas ofensivas y defensivas entre las presidencias y los jefes del pais. Atado por esta prohibicion, lord Cornwallis se negó á diversas proposiciones de alianza que se le hicieron contra Tipu por el nizamat ó por los Mahratas. Con todo, hecho cargo de la necesidad de contener los proyectos que el sultan de Misore podia tener contra aquellas potencias amigas de los Ingleses, se aprovechó de cierto tratado para poner á su disposicion las tropas que aquel tratado las autorizaba á requerir con la reserva sin embargo de que aquellas tropas no se emplearian contra los aliados de la Compañía. Ahora pues, como Tipu no era de estos aliados, estas tropas venian á ser para él una amenaza. Tipu, que era aficionado á la guerra y que habia elegido el tigre

por emblema, y cuyo axioma predilecto era que mas vale vivir dos dias como un tigre que doscientos años como un carnero, Tipu no obstante sabia utilizar la paz. Habia pues organizado en sus estados un vasto y vigoroso sistema de administracion, restablecido las manufacturas, alentado la agricultura y las artes, disciplinado su ejército á la europea; habia estudiado la táctica y las fortificaciones. Este bárbaro se habia civilizado admirablemente en todo lo que la civilizacion tiene de sabiamente, bárbaro, y tambien un poco en lo demás. En 1787, tratando de atraer á la Francia á una alianza contra la Inglaterra, habia enviado á Versalles una embajada que tras una larga travesía de diez meses, llegó á Francia cabalmente á tiempo para disputar la atencion pública á la asamblea de los notables. Y esto era en efecto cuanto en tal momento podia alcanzar semejante embajada, así fué que estuvo de vuelta en Seringapatam en mayo de 1789. La Francia estaba en vísperas de llegar al juramento del Triquete, pero Tipu, que estaba hecho cargo de su poder, no desistió por esto de sus intentos. Mas bien escitado que contenido por las medidas á medias que para intimidarle habian adoptado los Ingleses, en ellos hizo recaer directamente sus primeras provocaciones. Fiel á los mandatos pacíficos que habia recibido del parlamento, del ministerio y de la junta de los directores, lord Cornwallis sufrió con paciencia las primeras vejaciones que Tipu ocasionó á las posesiones inglesas del Malabar. Pero por último, habiendo el sultan forzado á mano armada una línea de fortificaciones que cerraba al norte los estados del rajá de Travancore, amigo de los Ingleses, ya fué aquello un caso de guerra, y en tal caso, el mismo parlamento autorizaba las alianzas. Vióse entónces á las tres grandes potencias de la India el Nizam los Mahratas y los Ingleses, ligados contra un imperio que acababa de nacer; y tres civilizaciones representadas por los Mahratas ó la India antigua, el Nizam ó la India

musulmana, los Ingleses ó la India cristiana y europea, conspirando la ruina de aquel estado reciente, que mas bárbaro que la una, menos bárbara que las otras, y participando un poco de todas las ofuscaba igualmente á las tres. En agosto de 1790, el reino de Misore estaba ceñido al este y al sur por los Ingleses, cuyos ejércitos ocupaban desde los desfiladeros del Carnatic hasta Coimbatour, donde se hallaba el cuartel jeneral del comandante en jefe Meadows; al norte por el Nizam, situado en la orilla izquierda del Kistnah, y por su sobrino que ocupaba á Adany en la orilla derecha; al noroeste por los Mahratas y los Ingleses de Bombay, que habian traspuesto el Kistnah y llegaban, siguiendo la costa, á la provincia de Canara. Cabalmente en esta posicion amenazadora en apariencia logró Tipu variar en un momento la faz de las cosas y tomar inmediatamente la ofensiva, habia dejado tomar por los Ingleses Coimbatour, Dindigul, y todo el país al sur del Cavery y del Bowany. De repente traspasa este rio, salva los desfiladeros del Gujehaty y se arroja sobre el coronel Floyd, quien se retiraba precipitadamente, que abandonó á Satimungul con los abastos que allí habia reunidos y tres piezas de artillería. Tipu, que le persigue sin descanso, halla luego una coyuntura propicia, y en otro encuentro mata al enemigo mas de 400 hombres y le coje su bagaje. Pero mas prudente de lo que hubiera debido, y temiendo la llegada del jeneral Meadows que acudia al socorro de Floyd, no llevó mas adelante una ventaja que fácilmente hubiera podido consumir rematando al coronel, cuyas tropas no habian comido en dos dias, y marchando en seguida al encuentro del jeneral, que aislado no hubiera podido resistir. Efectuóse su union, y se retiraron sobre Coimbatour, donde se les juntó con el resto del ejército inglés. A la cabeza de todas estas fuerzas, bien hubiera querido el jeneral reducir al sultan á aceptar batalla. Pero este, que desde el principio de la campaña habia logrado trasladar la guerra fuera de sus es-

tados, no quiso aventurar aquella ventaja. Tras una serie de movimientos, en que los Ingleses perdieron completamente sus huellas, y en que por poco les toma á Coimbatour, volvió á tomar cerca de Satimungul la primera posicion en que ya los habia derrotado, y que aseguraba sus convoyes. Entretanto los Ingleses, que solo habian llevado consigo á costa de mil trabajos para cuarenta dias de víveres, llegaban al fin de sus provisiones. Fué forzoso enviar un destacamento para renovarlas. Concibiendo entonces un proyecto osado, Tipu traspone el Cavery á los ojos del jeneral Meadows, y va á llevar la guerra en el centro de las posesiones inglesas. Seguido por su ejército que no osa embestirle, se presenta sucesivamente delante de Trichinopoly y Tiagar, se apodera de Trinomali y de Permasoil, amenaza á Madrás, y se detiene por fin delante de Pondichery, donde entra en conferencia con el gobernador francés (enero de 1791). Los Ingleses habian recibido de Europa muchos rejimientos; pero el clima les era mortal, y Tipu acababa de enseñarles á dejarse vencer. Menos feliz en el oeste, donde no se hallaba personalmente, el sultan iba perdiendo todas sus posesiones del Malabar, que le tomaba el ejército de Bombay.

Esta invasion del Carnatic habia patentizado otra vez toda la miseria del viejo nabab. Como no pudo cumplir los compromisos que para el caso de guerra se le habian impuesto, le tomaron otra vez las rentas que le habian devuelto, y vino á parar en mero pensionado de la Compañía. Desgraciadamente no se dió esta medida por definitiva, sino como subordinada solamente al estado de guerra. Esta perspectiva movió á los mas de los colectores á buscar el favor de Mohamed Ali, mas bien que el de la presidencia, y el impuesto cayó repentinamente á cero, en términos que los Ingleses se hallaron mas pobres que ricos con los despojos del nabab.

Las circunstancias parecieron har- to graves á lord Cornwallis para moverle á tomar personalmente la di-

reccion de la guerra. El poco éxito del plan de la campaña anterior le determinó adoptar otro, y á entrar en el Misore por los desfiladeros de Ambur. El inconveniente de este plan era la necesidad de entablar el sitio de Bargalore, una de las plazas mas fuertes de Tipu. Sin embargo lograron apoderarse de la ciudad y del fuerte. Luego despues quiso lord Cornwallis apoderarse de Seringapatam, capital de los estados del sultan; y á pesar de la insuficiencia de los medios de transporte se puso en marcha. Habia recibido un refuerzo de caballería del Nizam, refuerzo del que no pudo sacar ningun servicio real, y que solo sirvió para devorar los recursos del ejército. Tipu habia devastado los dos caminos mas directos y espeditos; y hubo que tomar otro mas largo y trabajoso, en el que perecieron muchísimas acémilas. Lord Cornwallis contaba pasar el Cavery en Ariskena, á donde habia dado cita á Abercromby, comandante del cuerpo de Bombay. Pero habiendo crecido el rio, y no siendo vadeable en aquel punto, el gobernador jeneral acordó probarlo en Canianbady, á ocho millas mas arriba de Seringapatam. Allí encontró al ejército misoriano dispuesto á disputarle el paso. A pesar de la pesada marcha del ejército inglés que iba arrastrando sus cañones á brazo y á pesar de las hábiles disposiciones que habia tomado Tipu, la ventaja de este encuentro quedó á favor de lord Cornwallis; sin embargo vino á ser inútil y el paso del Cavery, libre ya de todo obstáculo, ni siquiera llegó á efectuarse. La estacion de las lluvias que se acercaba no permitia empezar un sitio. Los medios de transporte faltaban absolutamente; los abastos del ejército estaban agurados, el pais asolado. En el término de esta carrera, y casi á las puertas de Seringapatam, fué forzoso destruir los trenes de sitio que habian amenazado á aquella capital; felices aun si podian salvar el ejército. Envióse contraórden á Abercromby, quien tuvo que destruir tambien su artillería de sitio y parte de sus bagajes. El 26 de junio de 1791, em-

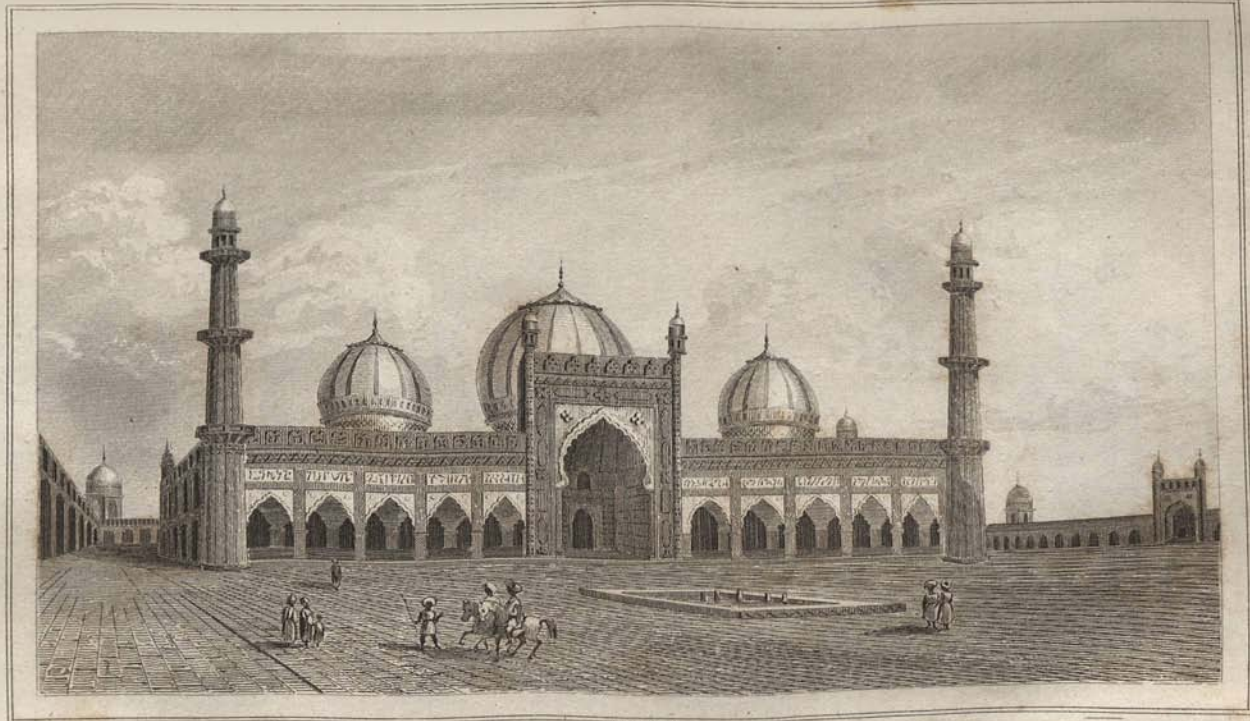
pezó el ejército inglés su retirada, llevándose sus heridos en parihuelas, por falta de carros, y arrastrando sus cañones á brazo. Probablemente hubiera quedado esterminado; sin la llegada imprevista de un cuerpo de Mahratas que conducian víveres, buyes de tiro y una buena caballería. Este cuerpo mahrata mandado por Purseram Bhao, acababa de tomar, tras un sitio de seis meses, la plaza de Darvar, clave de las fronteras del Misore, al noroeste. Apenas se hubieron reunido con lord Cornwallis, estos aliados le amenazaron con abandonarle, si no les adelantaba un subsidio. El gobernador se avino á prestarles doce laques y medio de rupias que no tenia, pero que se procuró, enviando á Madrás la órden de embargar el dinero de los buques que llegaban de la China, y de llevarlo inmediatamente á la seca.

El ejército combinado fué á acampar delante de Bangolore. Tratábase allí de asegurar con regularidad las subsistencias. El socorro que habian traído los Mahratas en grano y ganado se iba agotando. En la última expedicion habian perecido cuarenta mil buyes de tiro; y era forzoso reemplazarlos. Esta tarea tenia sus dificultades en medio de un pais enemigo. Un capitan inglés, muy versado en las costumbres y la lengua, sugirió al jeneral en jefe un expediente bastante característico para que lo citemos. Entre las muchas tribus ó castas errantes que recorren los dilatados espacios de la península y del continente indo, hay una á quien llaman Lampadys ó Brindjarys. Estos Lampadys, medio salvajes, desnudos, feos, desaseados y horriblos, llevan una vida completamente nómada; no tienen casas, y solo poseen buyes y camellos, con cuyo medio hacen todo el tráfico de granos en la India. Van en tropas crecidas, jeneralmente á la zaga de los ejércitos, entre los cuales guardan una rigurosa neutralidad. Sus mujeres son nombradas por su lascivia. Se reunen partidas para dar caza á los hombres, y desgraciado del que no sabe vencer el asco que inspiran.

A estas costumbres asquerosas agregan otras atroces en la práctica de los sacrificios humanos. Toman ordinariamente por víctima la primera persona que encuentran, le abren un hoyo en el cual la entierran hasta el cuello; hecho esto, le colocan sobre la cabeza una lámpara de pasta de harina, la llenan de aceite, encienden en ella cuatro torcidas y empiezan á danzar á la redonda, cantando en torno de la víctima hasta que haya espirado.

Con estas jentes honradas puso el capitán Read en relaciones á lord Cornwallis para el abasto del ejército. Luego entró la abundancia en el campamento; por otra parte los confederados se habían separado para facilitar las subsistencias. Nizam Ali había llamado á sus 10.000 jinetes; Punseram Bhao, con sus Mahratas y un destacamento inglés, había subido al norte hácia Serah. Aunque el fruto de la batalla de Darianbady hubiese redundado definitivamente en beneficio de Tipu, puesto que los Ingleses habían emprendido inmediatamente la retirada, y que esta campaña los había puesto al canto de su esterminio, con todo esto no estaba el ejército del Sultan en mejor estado que el inglés, y cercado en todas sus fronteras, no tenía como este la facilidad de abastecerse. Ya había salido de Madrás un magnífico convoy de elefantes con toda suerte de abastos para el ejército expedicionario, el que pudo desde luego volver á tomar la ofensiva. Para afianzarse unas comunicaciones que le eran tan ventajosas, quiso lord Cornwallis apoderarse de un desfiladero que ofrecía un paso cómodo desde el Carnatic al Misore; varias fortalezas que guardaban los desfiladeros fueron tomadas gracias á portentos de valor. La conquista y la toma de posesion de esta garganta fueron inauguradas por el paso del convoy de los 100 elefantes cargados de dinero y de 16.000 bueyes cargados de arroz (10 de agosto de 1791). El ejército inglés, teniendo ya aseguradas sus espaldas, volvió á bajar entónces al Misore, donde comenzó una guerra de sitios. Casi todas las plazas

fuerles cayeron en sus manos; entre ellas había algunas reputadas con razon inespugnables, y que solo fueron tomadas porque la temeridad del ataque petrificó hasta cierto punto la defensa. El valor de las tropas, algo incierto al principio de esta guerra, se había entonado en gran manera; abundaban los recursos de toda especie. De resultas de un ataque hecho por Fox en el parlamento contra lord Cornwallis, con motivo de esta nueva guerra y de la alianza con los Mahratas y el Nizam, la cámara había votado, al contrario, la aprobacion terminante de todos los actos del gobernador jeneral; la junta de los directores le había enviado 500.000 libras esterlinas en dinero, artillería, reclutas, y votado un suplemento de fondos para el aumento de las tropas reales al servicio de la Compañía (diciembre de 1790). Con estos recursos, el valor y la disciplina de los ejércitos ingleses habían hecho en efecto maravillas. Por su parte, Purseram Bhao, ayudado por el capitán Little, que con 700 hombres ganó una batalla contra 10.000 Misorianos atrincherados en una posicion formidable, completaba con los triunfos que alcanzaba en el norte, aquella hermosa serie de hazañas y victorias. Un incidente no menos característico que el que acabamos de referir detuvo por poco al jefe mahrata en tan buen camino, ó al menos le hizo variar su plan de campaña. Tenia la costumbre de recibir cada día en su mesa á unos cincuenta bramines. Uno de ellos se enamoró de una mujer de la casta de los Chumares (zapateros remendones), y logró ser correspondido. Durante varios meses nadie hizo alto en aquellos amores; mas por fin fueron descubiertos. Esta abominacion sumió en la desesperacion á Purseram y al ejército mahrata. Nadie estaba seguro de no haber comunicado con el culpable, ó con alguien que hubiese padecido su contacto desde su impureza, y nadie por consiguiente estaba cierto de no estar tiznado. Los bramines iban vagando por el campamento, dando alaridos, sajándose los vestidos desordenados.

*L'orientale dessin*

Jumma Musdjid, ou grande Mosquée, à Delhy.

Jumma Musdjid, ó Mezquita mayor, en Delhy.



Moti musdjid, la Mosquée Perle, dans le fort d'Agra.

Motu musdjid. la Mezquita Perla, en el fuerte de Agra.



Nara & M. Sc.

L'Arbre Banian.

El Arbol Banian.

Purseram Bhao, que debia reunirse con otro jefe, Hurry Punt, no podia ya acercarsele por no contaminarle. Habia no lejos de allí un rio santo, el Tumbudra; y allí se encaminó para efectuar las purificaciones obligadas. Pero en el sentir de muchas jentes, era dudoso que el Tumbudra fuese un rio bastante santo para lavar tan horrenda mancha como la mezcla de castas. Pero á todo evento Purseram se cauteló con aquella primera purificacion, y despues se dirigió á Kurly, aldea de las mas sagradas, situada en la confluencia del Tum y del Budra. Allí hizo nuevas purificaciones, y procedió á la operacion sacramental y eminentemente eficaz de la balanza. Colocóse sobre el plato de una balanza, habiéndose cargado el otro de oro y plata, hasta que equilibró el peso del Bhao, y aquel dinero se distribuyó á los Bramines. Mas por no perder absolutamente el tiempo dedicado á las purificaciones, lo utilizó para sitiarse la fortaleza de Huly Honora, que estaba allí cerca, y desde allí fué á esperar delante de Limaga, de que tambien se apoderó, el momento en que debia juntarse con el ejército de Bombay.

Mientras que así le quitaban á pedazos su imperio, Tipu no se aventuraba en campo raso, de resultados de la mengua de sus fuerzas. Dos tentativas que hizo, la una en persona, y la otra por uno de sus tenientes, sobre Coimbatour, fueron, con una expedicion en busca de Purseram, que no encontró, las únicas señales de existencia que vino á dar. La guerra que tan prontamente habia sabido hacer ofensiva al principio, no era ya para él ni aun enérgicamente defensiva. Acabó por concentrarse en Seringapatam. Lord Cornwallis, que habia terminado todos sus preparativos, se presentó delante de ella el 5 de febrero de 1792, y tomó al punto posicion. En este último baluarte de su desmoronado poderío habia tomado Tipu inmensas disposiciones de defensa. Seringapatam está situada en una isla del alto Cavery. El sultan la habia rodeado de una linea de reductos, li-

gados entre sí por un foso profundo y protegidos por una fuerte ciudadela. Delante de esta linea, y al otro lado del rio, habia establecido otro sistema de reductos, cubierto en su frente por un seto de mambúes, aloes y otros árboles espinosos, protejiéndolo á la espalda por el rio, que no permitia dar vuelta á la posicion, y apoyado en su izquierda por un pantano profundo. Cada reducto (habia hasta seis) tenia sus fosos, su glacis y sus caminos cubiertos. El último á la izquierda, el que confinaba con el pantano, habia recibido el nombre de Lally, nombre que recordaba la memoria de un odio mortal contra la Inglaterra. Cien piezas de artillería guarnecian la primera linea de defensa, trescientas la segunda. Tipu tenia todavia consigo lo que quedaba de su ejército, esto es, la mitad á corta diferencia; 40 ó 50 mil hombres de infantería y 15.000 de caballería. Habia creido que tan formidable aparato de defensa retendria al enemigo bastante tiempo para dar lugar á que llegase la estacion lluviosa que le habia de forzar á la retirada. Los vientos que reinan entónces son tan violentos y malignos en aquellos parajes, que algunos escritores ingleses han comparado sus estragos con los de la peste. Pero esta sobreabundancia de medios era de suyo una causa de flaqueza, porque dividia las fuerzas y multiplicaba los puntos vulnerables. Bien lo mostró lord Cornwallis, pues sin entretenerse en formar un sitio regular que hubiera podido efectivamente justificar los cálculos del sultan, al dia despues de su llegada, tras la parada de la tarde, mandó á las tropas estar sobre las armas. Habia resuelto dar un ataque nocturno, y ganar simplemente los reductos por escalada y por sorpresa. Aquel tren inmenso de artillería de sitio que habia traído consigo no debia por entónces gastar un cartucho. De este modo quedaban burladas por una idea que su misma sencillez imposibilitaba prever á fuerza de audacia, todas las sabias y laboriosas disposiciones que el sultan habia acumulado para su defensa. El gobernador je-

neral dividió su ejército en tres cuerpos, de los cuales mandaba él mismo el centro. El ala derecha, que debía atacar el famoso reduto de Lally, iba á las órdenes del jeneral Medoros; el ala izquierda estaba mandada por el coronel Maxwell. Detrás del ejército iban algunos centenares de artilleros europeos y laicars sin cañones, por cuanto la artillería hubiera trabado la rapidez del ataque, pero destinados á servirse contra el enemigo de su propia artillería, á medida que la fuesen tomando. Todo estaba previsto por otra parte para el buen éxito, así como para el caso de revés en uno ú otro punto. Tipu no suponía que lord Cornwallis quisiese empezar sus operaciones antes de la llegada del cuerpo de Abercromby; así era que no esperaba un ataque. Los misinos Mahratas y los otros aliados tuvieron al principio los preparativos del jeneral en jefe por preparativos de retirada, y manifestaban la sorpresa que aquella pusilanimidad les causaba. Pero fué mucho peor cuando ya no pudieron dudar de que se trataba seriamente de un ataque. Espantados entonces y consternados, se despidieron de sus amigos ingleses, á quienes suponían que marchaban á una muerte cierta. Su pavor no conoció límites, cuando vieron á todo un personaje como el gobernador jeneral ponerse él mismo á la cabeza de los combatientes, como un soldado raso.

Entre las diez y las once, cada columna había llegado á su punto de ataque. La luna brillaba en todo su esplendor, pero desapareció luego con las nubes de humo. Tipu acababa entonces de comer. A la primera alarma monta su alazan. Los Misorianos, sorprendidos al principio, se habían reunido; pero el seto de mambúes y espinos quedó traspuesto tras una viva resistencia y los Ingleses revueltos con los fujitivos penetran en las líneas enemigas. Sin malograr un instante, la columna del centro pasa el rio, y su vanguardia se precipita á las puertas de la ciudadela, con la esperanza de que no habrán tenido tiempo de cerrarlas. Pero ya era tarde; Tipu, que ape-

nas había tenido tiempo de anticipársele, seguía dando sus órdenes. Poco despues llega la segunda division tras la primera, pero mas lentamente, por estar el vado lleno de fujitivos. La tercera division de la columna del centro sigue á la tercera; pero no creyendo su jefe poder sostenerse en aquella posicion, traspone otra vez el rio y se incorpora con lord Cornwallis. Este, que se había quedado en el campamento enemigo á la cabeza de un cuerpo de reserva, se había debilitado muchísimo enviando refuerzos á varios puntos. Tipu, que había reunido parte de su ejército, se había apresurado á utilizar aquella coyuntura para acabar con el jeneral en jefe. Entonces fué cuando llegó muy oportunamente la tercera para salvarle. Los Misorianos, atacados á la bayoneta, se sostuvieron hasta el amanecer, pero entonces abandonaron el terreno. Antes de este momento, por otra parte, el estruendo del combate había llevado á aquel punto al jeneral Medoros y al coronel Maxwell, cada uno de los cuales había ganado su reduto á los dos extremos de la línea de defensa. El ejército victorioso tomó una posicion muy fuerte en el mediodía de la isla, y se preparó esta vez para un sitio en forma contra la ciudadela. Pocos dias despues, llegó Abercromby con un refuerzo de 2.000 Europeos 4.000 indijenas y artillería. Lord Cornwallis se había presentado el 5 de febrero delante de Seringapatam; en la noche del 6 había arrollado la primera línea de las fortificaciones del enemigo; el 7, comenzó sus trabajos contra la segunda. Desde aquel dia, Tipu, que sentía su trono vacilante; no volvió á poner el pié en su palacio. Una tienda tosca y sin adornos encubría las zozobras del sultan. Entonces pensó en pedir la paz. El 15, sus proposiciones, desechadas al principio, comenzaron á ser oidas. Hubo conferencias todos los dias siguientes, y el 24 se redactó una minuta de tratado, cuyas estipulaciones principales eran que Tipu abandonaria á los aliados la mitad de su territorio; que para gastos de guer-

ra les pagaria 3 crores y 30 laques de rupias; que dos de sus hijos serian entregados como rehenes á los Ingleses, en garantía de la ejecucion del tratado. Este tratado irritó muchísimo al ejército, que contaba con un rico botin con la toma de Serinapatam, y que por otra parte estaba animado de un odio todo personal contra Tipu. Así que con mucho trabajo se logró arrancar á los soldados de la trinchera. Sin embargo, el 26, la ejecucion del tratado empezó con el envio de los dos hijos mas jóvenes del Sultan al campamento inglés. Mucho se apresuraba Tipu, por cuanto solo se habian acordado los preliminares, y quedaban en litigio muchos puntos que por poco lo desbarataron todo. El Sultan estaba empeñado en castigar á un rajá, tributario suyo, y que impaciente de sacudir el yugo, se habia aprovechado de la invasion de los Ingleses para coligarse con ellos. Pero esta misma razon movia á lord Cornwallis á salvarle de la venganza del Sultan. Trataba pues de hacer comprender su territorio en el número de los que quedaban abandonados á las potencias aliadas. Pero el tratado decia textualmente que la parte de cada una de las potencias se formaria de las provincias adyacentes á sus territorios respectivos. Ahora pues el distrito de Markuri perteneciente al rajá no confinaba con los estados de ninguno de los aliados; y fundándose en la letra del tratado, insistia Tipu en no desprenderse de él. Como lord Cornwallis no insistia en menos, la desavenencia se encontró en términos que volvieron á ponerse los cañones en batería, y los hijos del Sultan fueron enviados al Carnatic; pero al dia siguiente se les envió á buscar. Tipu cedió, y por fin se firmó el tratado definitivo. De resultas de este convenio, los Mahratas tuvieron por límite el rio Tumbudra. El Nizam ganó el espacio comprendido entre el Penar y el Kistrah. Los Ingleses se redondearon por tres lados: al este del Misore, con la adquisicion del territorio de Barahmal y de los Lower Ghauts que vinieron á ser una valla para el

Carnatic, abierto por aquel lado; al sur, con un distrito vecino de Dindigul; al oeste, con el principado hereditario del Sultan en la costa de Malabar.

Terminados todos estos negocios, Cornwallis pasó á Madrás, donde le detuvieron todavía algun tiempo ciertos arreglos que hubo de tomar con motivo de los eternos embarazos de la hacienda del nabab, y despues dió la vela para Calcuta. Bien hubiera deseado velar la ejecucion del sistema administrativo y perjudicial que él habia introducido; pero la guerra que acababa de estallar entre la Francia y la Inglaterra le hizo juzgar necesaria su presencia en el Carnatic. Cuando llegó allí, Pondichery que acababa de tomar se habia perdido, y habiendo espirado el tiempo de sus funciones, y nombrado su sucesor, ya no trató mas que de regresar á Inglaterra. Mas feliz que ninguno de sus predecesores, fué alabado, premiado, honrado por haber hecho cabalmente lo contrario de lo que tenia encargo de hacer. Habia ido á la India para establecer el reinado de la paz, y casi siempre habia estado en guerra; habia ido para abolir el sistema de las alianzas ofensivas y defensivas, y se habia hecho aliados á todo trance; habia ido para introducir un sistema de economía en la hacienda, y habia gastado mas que ninguna otra administracion precedente. A la primera noticia de sus triunfos, la asamblea de propietarios le votó las gracias; mas tarde, el 23 de enero de 1793, la junta de los directores acordó erijirle una estatua en la casa de la Compañía de las Indias. Votóle además á él ó á sus herederos, para veinte años, contaderos desde el dia en que partió para la India, una pension de 5.000 libras esterlinas. Esta especie de apotéosis, que se le tributaba en vida, no impidió á algunos recordarle que era un simple mortal. En medio de aquel concierto de elogios, se levantó una palabra de en medio de la India, que oponia otra política á la política del triunfador. Reconveníasele ante todo por haber tratado con Tipu, á quien tenia á su

merced. Pero Cornwallis, dominado en estos por sus ideas europeas de equilibrio y contrapeso, nunca había pensado en derribar al sultán de Mysore; considerábase como necesario para contrabalancear el poderío de los Mabratas y del Nizam. Fundaba el sosiego de la India en el establecimiento de tres ó cuatro grandes potencias bastante fuertes para inspirarse mutuamente respeto y temor, y para no dejar á los Ingleses mas que el papel de moderadores supremos. A esto contestaba Sir Tomás Munro que el medio mas seguro de mantener la paz era debilitar muchísimo á sus enemigos y hacerse uno mismo muy fuerte. Pregonaba el espíritu de conquistas en atencion á ciertas circunstancias, y trazaba en el mapa las fronteras que lord Cornwallis hubiera debido dar á las posesiones inglesas. Mostraba lo que la Inglaterra tenía que tomar aun de las fuerzas de Tipu, que había, es verdad, perdido la mitad de sus rentas, mas no la mitad de su poder. Y en efecto hacia ver por cuantos puntos quedaban vulnerables las fronteras inglesas á los golpes del Sultán, grande tentacion para un hombre que no deseaba otra cosa, y cuan obvio y prudente hubiera sido el remediarlo. Las miras de Sir Tomás Munro se habian formado en la India y en la escuela de la experiencia. A una política algo teórica y de otro mundo oponia una política práctica enteramente; y fuerza es decirlo; los hechos le dieron la razon.

Tampoco fué favorable el acontecimiento á las miras administrativas de lord Cornwallis. Al querer crear, por medio de la propiedad que conferia á los Zemindares, un gran cuerpo aristocrático, rico, poderoso, que rodearia la India entera y serviria de intermediario entre el gobierno y la poblacion, solo logró diseminar por la faz del pais una nube de mendigos, y esto por un mecanismo bien sencillo. El Zemindar, declarado propietario del suelo, era único responsable del impuesto. Como el ingreso del impuesto no podia padecer entorpecimientos, se dió por sancion á los derechos del go-

bierno la venta de las tierras de los contribuyentes insolventes, y se estableció para este caso un procedimiento especial y expeditivo. Por otra parte el Zemindar no tenía contra el ryot alcanzado mas que la via de la espropiacion, pero á tenor del régimen de la ley ordinaria y con todas las lentitudes habituales del procedimiento inglés. De ahí resultó que en poquísimo tiempo aquel gran cuerpo de propietarios que lord Cornwallis había querido fundar ya no existia, y que todos los zemindares, espropiados, arruinados, estaban reducidos á la mendiguez. En 1796 se habia ya puesto en venta una décima parte de la totalidad de las tierras de las tres provincias, Bengala, Bahar y Orisa. La acumulacion de los procesos de este jénero, combinada con las lentitudes de los procedimientos, produjo otro resultado inesperado; y los tribunales quedaron tan sobrecargados que se vió atajada la marcha de la justicia. En un solo tribunal hubo hasta 30.000 pleitos pendientes; y se calculó que siguiendo aquel rumbo, los litigantes tendrian que aguardar un siglo cuando menos para ver el término de un pleito, y esto suponiendo aun que no fuesen á mas los atrasos; lo que estaba muy lejos de ser así, pues el número iba en aumento de un modo incalculable, pues se habia echado de ver que, para los ryotes vejados por los Zemindares, ó para los Zemindares acreedores de los ryotes, una justicia tan lenta venia á ser una negativa de justicia, y que con ello se alentaba la mala fe, y se provocaban por lo mismo los litigios. Estableciéronse pues, ora á favor de unos, ora á favor de otros, reglamentos que sin alcanzar el justo equilibrio que se apetecia, escilaron á unos y á otros á multiplicar los litigios. Con esto se aceleró la ruina de los Zemindares mas que el despacho de los negocios. Exijióse entónces de todo litigante que introducía una instancia la consignacion de una suma bastante crecida; lo que equivalia á entregar al pobre al rico, como presa para devorarla. Tras vanos paliativos, se acabó por reconocer

que el único remedio era aumentar el número de los jueces; pero hubiera sido forzoso hacerlo en proporción tal, que la imaginación, y sobre todo la economía de la Compañía se asustó solo al pensarlo. Prefirióse pues devolver á los Zemindares su derecho antiguo de hacerse justicia por sí mismos, y de vender sin espera los bienes del ryot que no pagaba. Así pues, después de haber defraudado á este de la protección de la justicia, se le defraudó también de la de la ley; y un régimen establecido con la mira de administrar á todos una justicia igual, vino á parar en hacer mas matante que nunca la opresión del desvalido.

CAPITULO XXI.

RENOVACION DE LA CARTA Ó PRIVILEJIO DE LA COMPAÑIA. GUERRA CON EL MISORE. MUERTE DE TIPU SAHIB. DESMEMBRAMIENTO DE SU IMPERIO.

El 21 de setiembre de 1792, Sir John Shore habia sido nombrado sucesor de lord Cornwallis. Las cuestiones relativas á la India, pendientes siempre entonces ante el parlamento, con el proceso de Hastings, lo estaban también por la renovacion de la carta ó privilejio de la Compañía. Todas las grandes ciudades comerciales de Inglaterra pedían á voz en grito la libertad de comercio. La Compañía, por su parte, producía poderosos argumentos á favor de su monopolio. Ofrecía una suma anual de 500.000 libras esterlinas, aplicables como contribucion á los gastos públicos de Inglaterra. Dedicaba otras 500.000 á la estincion de su deuda, y llevaba á 8 y 10 por ciento el dividendo de sus accionistas. Admitióse su peticion, y el nuevo bill no fué mas que una reproduccion del bill de 1784. Entre otras modificaciones sobre puntos secundarios, por consideracion á las quejas de las ciudades mercantiles, se introdujo en él la obligacion para la Compañía, de reservarles en su buque un lastre de 3.000 toneladas. Fox se levantó todavía contra la preponderancia que las disposiciones de este bill daban al

ministerio en el gobierno de la India, donde tenia todo el poder sin incurrir en ninguna responsabilidad. Pero la mayoría no quiso ver los peligros que el orador señalaba y el bill fué adoptado.

La ruina de los establecimientos franceses habia diseminado en la India una multitud de aventureros que antes que volver á su patria habian preferido correr los albueros de fortuna que les ofrecían las revoluciones de que la India estaba trabajada entonces. Habia Franceses de estos en la corte de casi todos los príncipes del país, entre los Mahratas, en el Nizam, y en fin con Tipu Sahib. Por todas partes eran bien recibidos, por cuanto los empleaban en disciplinar á las tropas y en introducir en los ejércitos todas las ventajas de la organizacion ó de la estrategia europea. Tipu Sahib, sobre todo, que, desde la humillacion que le habia impuesto el último tratado, no cesaba de volver los ojos hacia la Francia, tenia muchísimos en su corte, á donde los atraía con señaladas finezas. Un relojero francés que apenas sabía leer y escribir habia venido á ser su secretario y consejero. Algunos oficiales antiguos de Lally y de Bussy y otros de todas condiciones gozaban de la benevolencia del Sultan. Pronto subió su número bastante para que pudiesen formar en Seringapatam un buen club de Jacobinos; fundacion que fué presidida por un tal Ripaud, que habia sido corsario. La instalacion se hizo con grandísima pompa; á las seis de la mañana, pasó el Sultan á la plaza de armas, donde debía cumplimentarle una diputacion del club jacobino. Enarbolóse la bandera francesa, y en el momento en que pareció la diputacion, la artillería de la ciudad saludó la bandera tricolor con 2.500 cañonazos, y el fuerte también con 500. Tipu dijo entonces: «Dirijo este saludo á la bandera de vuestra patria que amo; y soy su aliado; esta bandera ondeará en mis estados tanto tiempo como los de la república mi hermana.» Plantóse entonces el árbol de la libertad, coronado del gorro frigio; quemaron al pié del árbol los

atributos del trono; juraron muerte á los tiranos, esceptuando empero al ciudadano Tipu Sahib, y tras el juramento cívico, cantaron en torno del árbol y de la bandera la patriótica *Amour Sacré de la patrie* (Sagrado amor de la patria). Esta fiesta entre sublime y grotesca terminó con un baile. Pero lo mas grotesco fué un código militar que el corsario Ripaud, que ya se habia proclamado embajador de la república, se tomó la molestia de redactar para los estados del ciudadano Tipu. Una de las disposiciones mas notables de este código era la pena de muerte que se conminaba á cuantos tratasen de restablecer el trono. Y no solamente habian perdido la cabeza, segun se ve, aquellos Franceses, que, á cinco mil leguas, de su patria, le tributaban un homenaje filial rodeado de circunstancias tan estrañas, sino el mismo Tipu tambien, que dejaba surgir de aquel modo en torno suyo embajadores y lejisladores, y trataba seriamente aquella mojiganga, dejándose llevar si no de la embriaguez del patriotismo, al menos de los impulsos de su odio á la Inglaterra. Es de creer que el hijo de Haider estaba fascinado realmente por aquel odio, pues á no ser así, no hubiera dado tamaña importancia á semejantes manifestaciones ó á tales personajes, como el corsario Ripaud. Sin embargo este corsario le hizo servicios mas reales y mas análogos á su profesion, pues condujo á la isla de Francia dos enviados del Sultan, encargados de entenderse con el gobernador. Poco faltó sin embargo para que los condujese á Bombay, pues harto fiel á su vocacion de corsario, los trató durante la travesía en términos que les hizo creer que se hallaban á bordo de un buque apresado. Para dar mayor peso á sus amenazas, les arrancó sus despachos, que hubieran podido comprometerlos en gran manera entre los Ingleses; pero mediante el dinero que de este modo les arrancó, los condujo fielmente al término de su embajada. El gobernador de la isla de Francia les prometió cuanto quisieron, y les dió por via de á cuenta un jeneral, un

almirante, ocho oficiales de marina ó de artillería, veinte y seis oficiales y sarjentos de infantería, y unos sesenta soldados europeos ó mulatos. Y como si todo el mundo hubiese enloquecido á la sazón, nada perdonó para hacer saber á la Inglaterra y al mundo entero que el sultan Tipu fraternizaba con la república, y que esta le enviaba un magnífico ejército de sesenta hombres, sin duda para esterminar á los tiranos. No estando entónces en guerra el Misore con la Inglaterra, no hubo de agradar al Sultan al ver que, en sus arrebatos patrióticos, los hombres de estado de las repúblicas divulgasen de este modo los secretos de sus negociaciones, y que moviesen tanto ruido para comprometer á sus aliados cuando tan poco se afanaban por servirles.

En el momento en que Sir John Shore llegaba á la India, el trono de Bengala se hallaba vacante por muerte del nabab Mubarek al-Dulá. Aunque los Ingleses hubiesen abolido el derecho hereditario en esta familia, con todo esto dieron por sucesor al nabab difunto al primojénito de sus veinte y cinco hijos, Uzaar-al-Dulá. La dignidad que le confirieron se hallaba reducida á tal insignificancia, que este acontecimiento no ejerció ningun influjo en los negocios; los embarazos les llegaron de parte de los Mahratas. Mahdadji Scindiah, jefe de uno de los estados mas poderosos de aquella confederacion, vino á fallecer tambien. La familia de este caudillo pertenecía á la casta de los Sudras, y á la profesion de los rejotes ó labradores. Su padre fué el primero que llevó las armas; descollo en ellas, y logró meter el pié en la corte, donde tuvo las funciones de llevar las chinelas del peschwah, funcion bastante levantada segun las ideas orientales. Acontecióle un dia, durante una larga audiencia que daba el peschwah, que se durmió á la puerta tan profundamente, que al salir el peschwah, no despertó Ranadji Scindiah. Aquel lance fué para él su fortuna, pues buscando el peschwah sus chinelas, tuvo la satisfaccion de verlas entre los brazos de

su servidor, que, durmiendo como estaba, las tenía religiosamente apretadas contra su pecho. Esta fidelidad vigilante hasta en medio del letargo de los sentidos vencidos por el sueño, conmovió al peschwah en términos que ya no puso límites á su favor. Ranadji Scindiah vino á ser un jefe poderoso en la provincia de Malwa. Dejó á su hijo Mahdadji Scindiah una herencia gravada de deudas, y que hasta vino á desaparecer completamente en la disolución momentánea del imperio mahrata, tras la sangrienta batalla de Panipat (1761). Herido en aquella batalla de un hachazo que le puso inválido para lo restante de su vida, Mahdadji Sindiah fué dejado entre los muertos, y sin duda tal hubiera permanecido sin un aguador que le recogió y lo transportó al Decan. Doliente y arruinado, no por esto dejó de ser Sindiah un personaje poderoso en la corte de Punah, y poco despues la muerte de Mulhar Rao Holkar, fundador de la dinastía de este nombre, hizo de él el mas poderoso de los caudillos mahratas. Sindiah era ambicioso, y se apoderó en realidad de todo el poder del peschwah. Pero tenia el corazón mahrata, y se dedicó con esmero á conservar el prestigio que rodeaba las antiguas instituciones de su país. Nadie mas que él se afanó en dar el ejemplo del mas profundo acatamiento al representante lejítimo de una autoridad que habia usurpado, y en mantener el vínculo que constituía la unidad y la fuerza del imperio. Aunque reconocido por los Ingleses príncipe independiente, contra ellos sobre todo se proponia dar ancho vado á sus ambiciosos impulsos. Corrió por un momento la voz de una alianza que acababa de ajustar con Tipu Sahib, para atacar los estados del Nizam. Los Ingleses se hallaron tan impotentes contra aquella liga, que por no comprometerse con ella, negaron al Nizam toda asistencia. No se sabe lo que hubiera sucedido, cuando falleció Scindiah en 1794, sin haber hecho nada. No dejaba hijos, sino solamente tres sobrinos, uno de los cuales tenia un hijo á quien Scindiah habia cobrado singular cariño;

y este niño, de edad de 13 años, fue nombrado por él su sucesor. Llamábase Daulut Rao-Scindiah. Las viudas de Mahdadji Scindiah trataron de disputar el trono á aquel niño; pero él las venció, y la autoridad del nombre que llevaba le granjeó luego con sus esfuerzos y los de sus ministros una gran preponderancia. Poco despues, se verificó la expedición proyectada contra el Nizam, pero sin la asistencia de Tipu. Nizam Ali, vencido, se allanó á pagar á los Mahratas tres cores de rupias, y á abandonarles un territorio que producía una renta de 35 laques. Por entónces murió el peschwah (27 de octubre de 1795). Su muerte ocasionó divisiones en el país; pero Badji Rao, su lejítimo sucesor, apoyado por Scindiah, entró en Punah á la cabeza del ejército de su defensor, y subió al trono.

Una sola familia existia entónces que pudiese luchar con Daulut Rao; y era la de Holkar. Mulhar Rao Holkar tenia un origen muy parecido al de Mahdadji Scindiah; pues era pastor. Lo mismo que el padre del último, tomó las armas, y encumbró rápidamente su fortuna. Espulsó á los Portugueses de Basein y de la costa, lo que, con otras hazañas, le granjeó, en 1728, un principado de una docena de distritos á orillas del Nerbuda. Redondeóla despues, y despues de haber conquistado el Malwá, agregándole la provincia de Indore. Esto le facilitó el tener asiento entre los doce pares (si podemos servirnos de este nombre) del imperio mahrata. Pasó toda su vida en expediciones lejanas á veces, y en escursiones sobre las tierras mogolas, á cuya costa engrandeció continuamente sus estados. Murió en 1766, á la edad de setenta y seis años, dejando por sucesor único á un nieto que daba indicios de locura, y que en un brevísimo reinado tuvo tiempo de hacerse odioso. Habiendo muerto de una calentura cerebral, estinguióse la descendencia de Mulhar Rao Holkar, y el único sucesor del último rajá, segun las leyes mahratas, era su madre. El nombre de esta mujer, Ahalya Bei es uno de los que aun ahora mismo pronuncian los Mahratas con

religiosa veneración. Ha arrojado un esplendor de que se ha apoderado la tradición, y esta mujer, que durante una larga serie de años ha reinado sobre pueblos guerreros y adustos, por el único ascendiente de su bondad, de la dulzura y de las virtudes mas tiernas, ha venido á ser para ellos el objeto de un culto religioso como encarnación de la divinidad. Parece que ya desde el principio tuvo el poder de ablandar aquellos pechos bravíos, en términos de reemplazar con el mas sincero rendimiento las pasiones mas vivaces y tradicionales entre los pueblos del Oriente, hablo de la astucia, la alevosía y la ingratitud, que el poder sustituye en sus almas á todos los impulsos humanos. Apenas hubo subido al trono, Ahalya se agregó un tal Tukadji Holkar para mandar sus ejércitos. Este nuevo Holkar, que nada tenia de comun sino el nombre con los otros Holkares que acababan de extinguirse, hubiera podido, segun la costumbre del pais, usar de la autoridad que le daban sus altas dignidades y el mando de un ejército para reducir á su soberana á no ser mas que el instrumento de su propia ambición. Mas no obró así pues rodeóla constantemente de la veneración mas atenta y de la sumisión mas religiosa. Así que entrambos dieron en el trono y al pié del trono un doble ejemplo que hacia tiempo que la India no habia visto: una soberana dedicada á enriquecer ó á aliviar mas bien que á despojar á sus súbditos; un súbdito poderoso, dedicado á sostener mas bien que á usurpar el poder de su soberana. Ella premió la lealtad de su ministro prohibiéndole solemnemente, lo que le autorizó á llevar el título de hijo de Mulhar Rao Holkar. Era Ahalya tan venerada entre todos los pueblos mahratas, que Mahdadji Scindiah, aunque mas poderoso que ella, creyó que convenia á su política el mantener con ella relaciones de buena vecindad y darle muestras de deferencia. Cuando murió Scindiah, el nombre de Ahalya se halló ser el único nombre poderoso entre los Mahratas. Ahalya murió á la edad de sesenta años,

después de haber reinado treinta; y le sucedió Tukadji. Tales eran en aquel rincón de la India los personajes y los estados nuevos que entraban en la escena, por el tiempo en que sir John Shore ejerció las funciones de gobernador jeneral. Por otra parte todos ellos tenían, y sobre todo Scindiah, ejércitos disciplinados, á la europea, y mandados por oficiales franceses, hombres de mérito, como de Boigne, de Lally, sobrino del jeneral Perron, que acabó por formarse un pequeño estado y un ejército suyo.

Por poco atrajeron estas tropas francesas á los Ingleses al territorio del Nizam, poco después de la invasión mahrata. Tenia el Nizam á su lado á un oficial llamado Raymond, que le habia llevado un batallón de 300 hombres. Muchos Franceses que habian dejado el servicio de Tipu, después de la toma de Seringapatam, habian aumentado aquel batallón. Formáronse sobre el mismo modelo otros veinte y tres, haciendo en todo un efectivo de unos 14.000 hombres. No bastaron estos 14.000 hombres para contener á los Mahratas; pero ya bastaban y aun sobraban para despertar la susceptibilidad suspicaz de los Ingleses. La presidencia de Madrás hizo sentir al Nizam que eran muchos los extranjeros que tenia á su servicio, y que ante todo era muy mal visto que tuviese á su sueldo á enemigos de los Ingleses; y hasta llegó á amenazarle con la guerra, si no licenciaba á Raymond y á su jente. Quizás el Nizam se hubiera resistido á aquella demanda á no haberle puesto entonces á la merced de los Ingleses una rebelión de su hijo que estalló en aquel momento. Así que, muy lejos de oponérseles, pidió su socorro, y rogó después que en reemplazo de los Franceses á quienes licenciaba le diesen al menos un cuerpo de tropas británicas; pero la presidencia no se avino á esta demanda por temor de los Mahratas.

El personal de la India tendia entonces á renovarse integralmente. Todos los actores antiguos cuyos nombres nos han venido á ser familiares abandonaban este teatro, en el

que habian hecho el papel de víctimas. Fyzulla Khan, el viejo jefe de los Rohillas, habia muerto (1794), y los Ingleses se habian aprovechado de esta circunstancia para despojar á su posteridad, cuya herencia confirieron al nabab de Oude. Este no tuvo tiempo de disfrutarla, pues murió tambien poco despues, y la vacancia del trono legó algunos embarazos al gobierno de Calcuta, que sostuvo alternativamente á dos competidores; pero salió del paso á su modo, utilizándose á costa de entrambos, y tras una contestacion de algunos años. Saadut Ali fué definitivamente proclamado (enero de 1798). Otro acontecimiento mas grave fué la muerte de Mahomet Ali (13 de octubre de 1795). Este dejaba tras sí cerca de sesenta años de administracion y de intereses estrechamente mezclados con los intereses británicos; esto es, sesenta años de deudas, siempre en aumento, y un país completamente arruinado; ventaja que cabia tambien en aquel momento á todos los países sometidos á la dominacion inglesa. El viejo nabab, de edad de setenta y ocho años, habia visto nacer esta dominacion y la habia en parte costeado. Su muerte arrebatóla á la India el postrer testigo de esta lúgubre historia: historia terminada ya en algun modo, por cuanto el hecho de la conquista era asunto concluido, lo mismo que la disolucion del imperio mogol. Cautivo, ciego, mendigo casi, el último de los que aun habian podido creerse casi emperadores, iba á fallecer luego. Empezaba otra India, otra historia; poderes nuevos, papeles nuevos, hombres nuevos surjian ya ó iban á surgir de todas partes. Solo un hombre, un solo imperio quedaban en pié de todos cuantos el aliento de Mahoma habia diseminado por la antigua tierra de Brama, y que el trabajo de los siglos habia allí arraigado. Este hombre era Tipu, este imperio el Mysore: hombre é imperio de la vispera, y que no tenian mañana; tardío y postrer retoño, que la savia mogola agostada ya hacia aparecer repentinamente en alguna raíz perdida de un tronco decrepito, para ver-

los perecer luego como aquellos retoños que, engañados por el último sol de otoño, se aventuran á brotar con las primeras heladas de invierno. Debajo del aluvion musulman que habia criado la lozana vegetacion de imperios que habian cuajado la haz de la India, la conquista inglesa despues de haber barrido aquella primera capa, iba á hallar vida en los Mahratas la India primitiva é inda, el jenio antiguo é indomable que despertó en la cuna del mundo, niño viejo que todo lo ha visto pasar y envejecer sin poder envejecer ni pasar él mismo. Pero acabemos ya con lo que queda de la India musulmana. Tras el arreglo de los negocios del Oude y de Rohileunda, sir John Shore tuvo que regresar á Europa para restablecer su salud. Diéronle al principio por sucesor á lord Cornwallis, que habia sido su predecesor. Pero este, despues de haber aceptado, habiendo sido nombrado virey de Irlanda, se nombró definitivamente al conde de Mornington, que fué despues marqués de Wellesley; quien llegó á Madrás en abril de 1798, y á Calcuta el 18 de mayo.

Tipu no se tenia por vencido, y los gobernantes ingleses podian considerar la guerra como inminente. Las circunstancias no les parecian favorables. En Punah, Daulut Rao Scindiah, muy poderoso, era enemigo suyo. En Haiderabad, el partido francés estaba mas que nunca boyante al lado de Nizam, irritado de haberse visto abandonado por los Ingleses en su guerra con los Mahratas. En Arcot, el nuevo nabab del Carnatic, Omdut-al Omra, no podia perdonar á los Ingleses su intento de volver á tomar otra vez la administracion de sus rentas. Por otro lado, Bonaparte, que se hallaba en Egipto, trataba de añadir relaciones con Tipu Sahib. En un momento tan amenazador, y en el que la prudencia hubiera aconsejado á la Compañía tomar la iniciativa para atacar á sus enemigos antes que un odio comun los hubiese agavillado, se echó de ver que ni siquiera poseia recursos suficientes para una guerra defensiva, y que á duras penas podria

reunirlos antes de la primavera del año siguiente (1799). Precisado á renunciar á atacar inmediatamente á Tipu, lord Wellesley empleó el tiempo en preparativos en el interior y en negociaciones con el exterior. Empezó por intimar al Nizam que licenciase los batallones franceses que tenía entónces á su servicio á las órdenes de Raymond. Esta tropa era la mas firme esperanza del Nizam en sus contiendas con los Mahratas, pero por otra parte constituia tambien su mayor peligro en sus relaciones con los Ingleses. Pero precisado á optar entre el peligro que le amagaba de Punah y el de Madrás, licenció á los Franceses, con la condicion de reemplazarlos con seis batallones ingleses, que estarían á su disposicion mediante un subsidio anual de 201.424 rupias. La presidencia trató entónces de componer la desavenencia subsistente siempre por tributos atrasados entre los Mahratas y el Nizam. Pero el peschawah, dominado por Scindiah, declaró que no quería aceptar la mediacion inglesa. Por otra parte, Tipu eludia todas las proposiciones que le hacian para entenderse con él, y procuraba irganiendo tiempo y fuerzas. Rodeada de vecinos tan malévolos, la Compañía se veia precisada á vencer para alcanzar una paz estable. Lord Wellesley habia reunido dinero y tropas; el 3 de febrero (1799) salieron á campaña. Dos cuerpos de ejército debían concurrir á la expedicion; el uno de 20.000 hombres, mandado por el jeneral Harris, partia de Vellore en el Carnatic; el otro procedente de Bombay, á las órdenes del jeneral Stuart, se reunia en Cananore en el Malabar. El punto de union de los dos ejércitos era delante de Seringapatam. En cuanto al número, instruccion y disciplina, era la mejor tropa que los Ingleses hubiesen poseido hasta entónces en la India. Los coroneles Read y Browns mandaban en el mediodía un pequeño cuerpo auxiliar, encargado de apoyar las operaciones de M. Harris, jeneral en jefe. Tipu no opuso una resistencia verdaderamente seria fuera de Seringapatam. Tras un solo encuentro

con el ejército del jeneral Stuart, y otro con el ejército principal, fué á encerrarse en su capital, á donde llegaron los Ingleses el 5 de abril. Tipu habia aumentado las fortificaciones de esta plaza. El 16 de abril, reconocieron los sitiadores que los abastos se iban acabando, lo que ponía al jeneral Harris en la alternativa de batir en retirada, ó de aguardar convoyes, ó en fin de vencer antes de acabar sus recursos. Este último partido era, si no el mas seguro, á lo menos el mas glorioso; y quiso correr el albur. Repetidamente quiso Tipu entablar negociaciones, como ya lo habia hecho durante la guerra. Pero el jeneral estaba muy apurado para entretenerse en parlamentar, y el sitio se iba continuando con ahinco. Ligado además por las instrucciones que habia recibido, no podia ofrecer al Sultan sino condiciones muy duras para ser admitidas, y cada progreso de los sitiadores las hacia mas duras todavía, en virtud de las mismas instrucciones. El 3 de mayo, la brecha era practicable y se preparaban ya para el asalto. Tipu, en el canto del abismo cuyo fondo podia ya echar de ver, habia perdido, no su denuesto de soldado, mas sí su entereza como jefe. No sabia hacer otra cosa mas que entregarse á las mujeres, á los aduladores y á los astrólogos. Sus ojos corrián tras la venda que debía ocultarle la inminencia de su vuelco, harto evidente. Cuando hubo llegado la hora postrera, la sangre del guerrero se reanimó en aquel cuerpo á quien abandonara el alma del jefe. Mandó cargar sus trabucos y se abalanzó á lo mas recio del combate. Habiendo bajado á un foso, peleó en él cuerpo á cuerpo con una rabia tal, que se abrió una herida que tenia en la pierna, y no pudiendo ya tenerse en pié, pidió un caballo. Poco despues habiendo perecido ó abandonádole los suyos, trató de volver á entrar en la plaza; pero entre el primero y el segundo recinto recibió un balazo en el costado derecho; ya ocupaba un destacamento inglés la salida interior del paso, al cual se precipitaba un tropel de fujitivos. Cojido entre aquel



Dessinée par M. de la Harpe.

Sculptures à Ellora.

Esculturas en Ellora.

jentío por el cual forcejea en vano en atravesar, y que el fuego del interior repelia sobre el fuego del exterior, recibe el Sultan otra herida. Su caballo herido tambien, se encabrita y le vuelca. Tipu, recojido por algunos servidores leales, que le colocan sobre un palanquin, es de nuevo derribado por las avenidas del jentío, y permanece esta vez bajo los piés de los vivos y entre los cadáveres de los muertos. Allí fué descubierto por unos soldados ingleses que llegaron á aquel punto. Provocado por la riqueza del tahalí, uno de ellos quiere apropiarse aquella presa. El Sultan medio vivo aun, reúne sus fuerzas y descarga al soldado un sablazo que le hiere en la rodilla. Entónces el soldado herido haciendo un esfuerzo para sostenerse, apoya su mosquete sobre la sien del Sultan, tira el fiador y le hace saltar la tapa de los sesos.

Sin embargo los Ingleses habian penetrado por todas partes en la ciudad, y buscaban al Sultan á quien suponian encerrado en su palacio. En esta creencia trataban ya de pegarle fuego para precisarle á mostrarse, porque andaban siempre recelosos de algun lazo. Por fin, después de haber estado parlamentando un buen rato, logran que se les abran las puertas y lo pesquisan todo de arriba á bajo; más no hallan al que buscan, sino solamente á dos hijos suyos, inquietos por la suerte de su padre. Nadie sabia de él; en fin en vista de una indicacion dada por el Killidar ó gobernador de palacio, fueron á buscarle en el paraje donde habia peleado; cuajaban el suelo miles de muertos y moribundos, y ya habia anochecido. Mandan traer hachones, y tras algunas pesquisas dan con el palanquin de Tipu; habia debajo de él un hombre que respiraba todavía; era uno de los oficiales del Sultan; preguntado, indica el paraje donde cree que su amo debe de haber muerto; corren allá, y después de mucho afán le hallan en efecto. Tenia los ojos abiertos, y el furor del combate habia dejado estampada una vida tal en su semblante, que á pesar de la sangre

que le cubria, parecia vivir todavía. Durante algún tiempo le creyeron vivo. Su cuerpo tenia cuatro heridas; llevaba un talisman sujeto al brazo. Lo levantaron respetuosamente, y fué sepultado al lado de su padre Haider Ali, con todos los honores de la guerra.

Así acabó Tipu Sahib, última columna que marca los confines de este dilatado horizonte histórico, cuya otra estremidad ve levantarse el formidable gigante Timur. Aquel fiero y valeroso imperio mogol, tan centellante de ímpetus guerreros y de instintos de pujanza, habia acabado por espirar de languidez, como aquellos rios caudalesos que imperceptiblemente se van perdiendo en las arenas. La conquista inglesa no procedió como las otras conquistas derribando dura y violentamente; no respiraba el orgullo del vencedor, sino la astucia del mercader. Fué solapada, alevosa, se insinuó mas bien que se impuso. Intrépida en las batallas, se diria que solo su victoria le hacia miedo, y que no se atrevia á recojer su fruto. Su victoria era mortal, no á su enemigo, sino á su aliado, y mas valia ser vencido por ella que socorrido. El vencido salia indemne pagando un tributo, el aliado perdía su soberanía. Sin embargo, tarde ó temprano, el vencido venia á parar en aliado, esto es, en príncipe despojado; y el mecanismo era el siguiente: su derrota le habia debilitado, los gastos de la guerra habian agotado momentáneamente sus recursos. Sus vecinos, y en faltando estos, los Mahratas se aprovechaban de esta circunstancia para zanjar con él las antiguas desavenencias que tenian siempre á la mano. Entónces su impotencia y desesperacion le echaban en brazos de los Ingleses quienes, siendo acreedores suyos por el tributo, acudian desaladamente para salvar su prenda. La deuda del príncipe socorrido iba á mas por cuanto el interés comun no era socorrido á gastos comunes. Como el tributo se habia calculado de modo que no le dejaba supérfluo, esta nueva deuda le hacia insolvente. En breve se acumulaban los atrasos,

y capitalizándose, aumentaban el déficit. Acontecía muchas veces que este mismo estado hacia á los vecinos mas desalados en arrojarle sobre los despojos de un estado que se iba perdiendo. Entónces sus intereses se hallaban tan barajados con los intereses ingleses, que ya no eran suyos. La Compañía que, en un primer arreglo, se habia contentado quizás con tomarle parte de su territorio, le decia entónces: Nada temais; pero como sois tan torpe en defenderos como inhábil para pagar vuestras deudas, licenciad á vuestras tropas que de nada os sirven, y tomad las mías; en pago, para afianzar su manutención y mi crédito, me encargaré de la administracion de vuestras rentas, sobre las cuales os aseguraré una pensión, y os mantendré nabab á todo trance y á pesar de todos vuestros enemigos. Obligado á allanarse á todas las condiciones que su aliado tenia á bien imponerle, el desdichado príncipe se veia entónces, en medio de sus estados, despojado de tierras, de tropas, de dinero, de autoridad, y sin tener otra cosa mas que hacer sino devolver el saludo á los anabales huéspedes que, en premio de algunos anticipos que le habian hecho, se avenian á tomarse la molestia de ejercer la sôberanía en su casa, á sus ojos, en su nombre y en su lugar. De este modo introdujo la Inglaterra en la esfera política los manejos del usurero que acude al auxilio de un hijo de buena casa. De este modo fué conquistado el imperio mogol, ó por mejor decir, se infiltró en las manos inglesas. De este modo se perdió el nabab del Carnatic; así mismo el subahdar del Decan, el nabab de Bengala, el nabab de Oude, todos menos Tipu. Cuando peligros mas graves exijian mayor desarrollo de actividad, de vijilancia y enerjía la Inglaterra les preparaba un lecho de descanso, acostumbrándolos á contar con ella; y una vez tendidos en el lecho, ya no volvian á levantarse. El imperio mogol comienza como una leyenda de Titanes, y acaba como una crónica de mujerzuelas. Y es porque la Inglaterra no aguarda el término de su primer sueño pa-

ra irles sorbiendo la sangre y cor-tándoles los nervios. En este gran lecho mortuorio del imperio mogol, el leopardo británico se habia vu elto vampiro. Pálidos, destroncados, manifestando con sus mismos conatos un desvalimiento rematado, los que una vez habian halagado al leopardo, quedaban mordidos por el vampiro, y ya no podian mantenerse en pié. Solo Timur quiso permanecer y permaneció en pié. Fué el único que no quiso echarse sino sobre el lecho que él mismo se habia labrado con sus propias manos. Verdad es que fué un lecho de muerte; pero al menos cayó todo entero, y no se sobrevivió á sí mismo. Cayó de toda su altura; la historia realza su estatua.

Tambien es de notar que lo que aquí se aplica á la raza mogola no es aplicable todavia á la raza inda, cosa estraña; habia mayor vitalidad en la vieja raza vencida que en la raza mas jóven de los conquistadores; y buenos testigos son de esto, no solo el pueblo mahrata, sino tambien todos aquellos principillos que hemos visto caer de pié, como el poligarda de Bobile, el rajá de Tanjore, el rajá de Benarés y otros. Los Ingleses no pudieron someterlos y hubieron de derribarlo. Con respecto á ellos hubo realmente conquista por cuanto á su soberanía abolida de hecho y de nombre por la fuerza de las armas, se sustituia inmediatamente otra. Mas adelante veremos á los mismos Indos dejarse enervar; pero el peschwah acabará en suma por ser abatido, y Soindiah permanecerá hasta cierto punto independiente.

Tipu dejaba hijos; pero tributóse á la sangre de este príncipe la honra de creerla incompatible con el sosiego de la Inglaterra. Su imperio fué desmembrado. La particion se efectuó entre los aliados segun un principio de proporcion regulada por la parte que cada uno de ellos habia tenido en los gastos de la conquista. Los Ingleses se adjudicaron todo lo que tenia Tipu en la costa del Malabar, así como los distritos de Coimbatour y de Daraporam, lo que enlazó sus posesiones de la costa orien-

tal de la península con sus posesiones de la costa occidental. Retuvieron además todas las plazas y fortalezas que dominaban los pasos de las montañas (los Ghautes); que separan el Carnatic del Misore; por último Seringapatam, la capital; y la isla sobre la cual está edificada, acabaron esta parte del leon. Dieron á Nizam Ali los distritos ribereños del Kistnah, y su frontera quedó marcada al sur por una línea tirada desde Chitle Drug hasta Colar, pasando por Serah. No obstante los Ingleses conservaron para sí las fortalezas, que hubieran formado para el Nizam una frontera demasiado fuerte. No cupo á los Mahratas mas que los dos tercios de esta parte, y tomaron la suya al oeste, parte sobre la provincia del Canara, parte sobre las contiguas y que separa del mar. Los Ingleses pudieron afectar aires de magnanimidad y justicia, utilizando un rinconcito que quedaba, para restablecer en él al descendiente de los antiguos rajás de Misore, desposeídos por Haider. Hubo pues todavía un rajá de Misore; el cual era un niño, declaráronle soberano independiente; título harto suntuoso al lado de las cláusulas siguientes que eran sus condiciones: Todas las fuerzas empleadas en la defensa de sus estados debían ser inglesas; se le imponía anualmente una suma de siete laques de pagodas para el mantenimiento de estas tropas, en caso de guerra ó de preparativos de guerra, los Ingleses podían estender esta suma indefinidamente, si las circunstancias lo exigían, podían, no solamente inmiscuirse en la administración del rajá, sino encargarse también de ella enteramente. Tales fueron las bases sobre las cuales asentaron la soberanía de un príncipe independiente. Por lo que hace á los hijos de Tipu Sahib, los alojaron en la fortaleza de Vlore, donde se les concedió para su subsistencia una suma conveniente y superior á la que les daba el sultan su padre. Los primeros oficiales de este príncipe y los principales personajes de su imperio fueron tratados asimismo con jenerosidad, y habiéndolo acep-

tado, el alma de Tipu quedó realmente estirpada del mundo, y sellada en su tumba con un sello de oro.

CAPITULO XXIII.

TRATADO DE BASEIN. GUERRA CON LOS MAHRATAS. LOS PINDARRIS.

Los Ingleses, en el tratado de partición, habian hecho la parte del Nizam bastante grande y casi igual á la suya propia. A tenor de la regla de proporcion que habian establecido, esta liberalidad hubiera podido parecer estraña, por cuanto Nizam Ali estaba muy lejos de haber contribuido tanto como ellos á la guerra. Pero cosa mas estraña todavía para quien no conociere el mecanismo que acabamos de explicar, apenas Nizam Ali fué reconocido soberano de aquellas tierras destinadas para indemnizarle, vinieron á pasar á manos de los Ingleses. El 12 de octubre de 1800 se firmó un tratado, por el cual el Nizam abandonaba á la Compañía todas las adquisiciones que habia podido hacer á costas de Tipu, tanto por el último tratado como por el de 1792. Los Ingleses se comprometían á aumentar con un rejimiento de caballería y dos batallones de cipayos las tropas que habian puesto al servicio del Nizam. Reservábanse no obstante la facultad de emplear en sus propias guerras todas aquellas tropas, menos dos batallones adictos á la persona del Nizam. Este se obligaba además á aprontar con sus propios fondos, en siendo al efecto requerido, 9.000 infantes y 6.000 caballos. Sometía tambien al arbitramento de los Ingleses cuantas contiendas pudiesen sobrevenir entre él y sus vecinos. Así pues, por algunos centenares de hombres (1.500 á lo sumo) que facilitaban, aumentaban los Ingleses su territorio con muchas provincias, su renta con 1.758,000 pagodas, obtenían el derecho de retirar, sin restituir nada, todas sus demás tropas cuando las necesitasen y hasta de exigir gratuitamente 15 000 hombres de las propias tropas del subahdar. Hubo no obstante en Londres personas en demasía exijentes

que hallaron este tratado desventajoso, y la razon que daban era que ponia á la Compañia en la necesidad de defender un territorio mas estenso (el propio y el del Nizam) que el que le producía; argumento que equivale á decir que, en pago de los 1.500 hombres que se concedian al Nizam para defender sus estados, hubieran debido despojarle de sus estados. Lord Wellesley, que no carecia de ambicion, ni de resolucion ni de talento político, halló que un préstamo de 1.500 hombres era bastante pagado con la adquisicion de una renta perpetua, de cerca de 80.000,000 de reales, y de un territorio que reconstituia casi enteramente en manos de la Inglaterra el imperio de Tipu Sahib. Con efecto jamás se pagó tan caro un socorro semejante.

Mientras que las armas inglesas alcanzaban tan grandes triunfos en el sur de la India, los movimientos de los Afghaneses en el oeste llamaban por aquel lado todo el solícito desvelo del consejo supremo. Dos veces Shah Zeman se habia adelantado contra los Mahratas, y otras tantas la rebellion de su hermano Mahmud le habia precisado á volver atrás. En una circunstancia tan amenazadora para el Indostan entero, y para los Mahratas en primera línea, lord Wellesley no habia perdonado medio para entenderse con Scindiah; mas nada pudo vencer, ni aun teniendo encima tan grave riesgo, la repugnancia de este contra una alianza inglesa. Entonces fué cuando el gobernador jeneral entabló con la Persia las negociaciones de que se ha hablado en la introduccion de esta obra, y de las que volveremos á hablar aquí. Al mismo tiempo el gobernador jeneral utilizó aquella ocasion para quitar al nabab de Oude el poco poder que le habia dejado. Mandóle presentar lo que llamaba un plan de reforma militar, que consistia en licenciar todas las tropas del nabab para reemplazarlas con tropas inglesas. «La Compañia, le escribió, no puede, á pesar de su buena voluntad, cumplir el compromiso tomado por ella de defender los estados de

V. E. contra todo enemigo, sino á una condicion única; y es la de mantener una fuerza bastante considerable para que pueda bastar para protegerlos eficazmente por sí misma, prescindiendo de todo refuerzo que las circunstancias pudieran exigir.»

Harto trabajo costó convencer al nabab que el modo mas eficaz de proteger su soberanía era el quitársela; y antes que avenirse á esto, ofreció su abdicacion. Como ni aun querian dejarle el derecho de designar á su sucesor, la retiró. Pero el gobernador jeneral daba una singular importancia á la conclusion de este negocio; y luego despues no fué el nabab dueño de abdicar ni de dejar de abdicar. Las tropas destinadas á ocupar sus estados se dirigieron á Oude, y él mismo se vió forzado á señalar las tierras destinadas á su mantenimiento ó á demitir el poder. Trató entonces cuando menos de estipular garantías para lo que no le quitaban. Lord Wellington perdía la paciencia, y no obstante queria evitar toda apariencia de violencia. Hizo un último esfuerzo enviando á Lucknow á un hermano suyo, Henrique Wellesley, con un ultimatum que decia, como condicion principal, que el nabab habia de ceder á los Ingleses una porcion de sus estados para el mantenimiento de sus tropas, con la soberanía y la administracion de lo restante. No acertamos á ver que es lo que podia salvar tras unas concesiones semejantes. No obstante el tratado acabó por firmarse en 1801, y el nabab fué mantenido. Ocupáronse desde luego del licenciamiento de sus tropas, y le concedieron en pago el derecho de requerir el servicio de las tropas inglesas cuantas veces las necesitase, sin estar obligado á hacer *ningun desembolso* por este servicio.

La administracion de lord Wellesley fué robusta, hábil y brillante. Terminó lo que habia sido bosquejado laboriosamente por los otros, y marcó, en la historia de la Compañia, el apogeo del período conquistador. La Inglaterra, que durante largo tiempo habia cejado ante el sistema de conquistas, y habia entrado en

el á pesar suyo, y forzada por las circunstancias, la Inglaterra estaba entonces hecha cargo de su fuerza y caminaba con paso resuelto á un destino que en cierto modo habia consumado antes de haberse atrevido á soñarlo: la conquista de la India. Por otra parte los pueblos se acostumbraron á la idea de esta dominacion. La Inglaterra contemplaba ya fijamente el término de su ambicion; la India estaba viendo claramente toda su servidumbre. El mantenimiento de los príncipes indijenas sobre unos tronos cuyos poderes todos habian usurpado, esta mentira política que habia servido de máscara á la flaqueza codiciosa de los raptos y al orgullo humillado de los príncipes despojados, esta mentira no engañaba ya á nadie. El mantener tan cerca de un poder de que los despojaban á unos príncipes que estaban ya enterados de los efectos de este pacto y de la nulidad absoluta á que querian reducirlos, era no tanto un artificio de la flaqueza como una muestra esplendorosa de fuerza y una apariencia de justicia. Esto probaba que no los temian y con todo estos abian acatar en ellos derechos antiguos. Lord Wellesley sobre todo se dedicó á establecer bien despejadamente que estas especies de transacciones eran un acto libre y una pura condescendencia de la Inglaterra, y que la soberanía así como la fuerza estaban todas en sus manos. Volcó con rigor inexorable las ilusiones, las pretensiones y esperanzas que la mentira de los gobiernos mixtos podia mantener todavía, y redujo sin contemplacion este sistema al pié de la exacta verdad. Parecióle llegada la hora de proclamar sin disfraz que la India no era ya ni mogola ni inda, sino solamente inglesa; y que ante el derecho de la conquista se hallaban abolidos todos los demás derechos. Las guerras que emprendió fueron realmente guerras de conquistas, esto es, tuvieron por objeto reconocido obligar á las potencias independientes á adoptar este credo político y á doblegarse bajo el yugo. Fué grandísima novedad, y estoy por decir gran revolucion, la inauguracion

oficial de la política de engrandecimiento reprobada hasta entonces constantemente por todas las instrucciones de la junta de los directores, por todas las actas del parlamento que, en la vispera aun por decirlo así, habia estremado la precaucion hasta vedar á lord Cornwallis toda alianza ofensiva y hasta defensiva, fuera del caso de guerra comenzada ó de preparativos fragantes de parte de un estado indijena. Para lord Wellesley no se trataba siquiera de alianza con los príncipes feudatarios ya de la Compañía, tratábase del gobierno directo y no contestado de esta, gobierno que le entregaba todos los estados de la India, menos como aliados que como súbditos. Claro está que no se desarma á un hombre de quien se quiere hacer un aliado. Equivocóse el nabab de Oude al principio, quizás porque al entablar aquella negociacion el gobernador jeneral se habia olvidado de variar las fórmulas antiguas de la Cancillería del fuerte Williams; pues seguia diciendo aun: los estados de V. E.; ponía aun la voz *proteccion* por la de *toma de posesion*; pero no tardó en llegar el comentario, y fuerza le fué al nabab resignarse.

No habiendo sido admitidas las proposiciones que el gobernador jeneral habia hecho á Scindiah, lord Wellesley se aprovechó hábilmente de las circunstancias para hacer penetrar por otro lado la alianza inglesa en el imperio mahrata. Seguia entonces la guerra entre Daulat Rao Scindiah y la casa de Holkar. Tukadji, el hijo adoptivo de Ahalyo Bei, habia muerto dejando cuatro hijos; de estos, los dos eran legítimos, Casi Rao y Mulhar Rao. Los otros dos, Djeswant Rao y Etodji, eran hijos naturales. Casi Rao, el primogénito, tenia los derechos mas incontestables á la sucesion de su padre. Pero aunque jóven, las enfermedades del cuerpo y del entendimiento le hacian incipaz, ó bastaban cuando menos para atizar las ambiciones rivales. Habiendo Mulhar Rao empuñado las armas, se llevó consigo el ejército; circunstancia que irremisiblemente hubiera causado la

caída de Casi Rao Scindiah. La intervención de este jefe temible intimidó bastante á Mulhar Rao para reconciliar desde luego á entrambos hermanos; verificóse la reconciliación con grande aparato y bajo la fe del juramento del Bel-Bundar ó prenda del Bel (árbol sagrado.) Pero en la misma noche que siguió á la ceremonia, las tropas de Scindiah atacaron el campamento de Mulhar Rao, que fué muerto en el tumulto. Sus tropas se dispersaron en términos que solo quedaron unos pocos hombres al rededor de Casi Rao. Uno de los hermanos naturales de este, Djeswant Rao, que se escapó de la refriega, habia de ser un enérgico vengador de la casa de Holkar. Habiéndose refugiado al principio al lado del rajá de Nagpore, fué preso, se escapó, fué aprehendido otra vez y otra vez se fugó. Dos hombres formaron al principio todo su ejército; poco despues tuvo catorce, la mitad suyos, y la otra mitad de un servidor adicto. Perseguido por Scindiah hasta en medio de sus amigos mas leales, y no queriendo que fuesen víctimas de su hospedaje, anduvo recorriendo el pais con sus catorce jinetes, recojió en poco tiempo 120 infantes mal armados, y con esta gavilla alcanzó sobre un destacamento enemigo la primera victoria, que le proporcionó algunos caballos y una suma bastante crecida de dinero. La guerra de guerrillero aumentó rápidamente sus tesoros y su ejército. Llegáronle aliados; su denuedo le reclutó partidarios hasta en el ejército de Scindiah, y le puso luego en estado de sostener la lucha con armas iguales. Por otra parte, para quitar á su causa la odiosidad que le hubiera dado todo proyecto de ambición personal y de usurpacion, se dió prisa en proclamar, en lugar de Casi Rao contra quien guerreaba, al hijo póstumo de Tuckadji, que apenas tenia algunos meses de edad, y que se llamaba Kundi Rao. Hasta mandó gravar en su sello: Djeswant Rao, súbdito de Kundi Rao. Esta moderación acabó de conciliarle el afecto de un pais donde el nombre y los derechos de la casa de Holkar esta-

ban en suma veneracion. Entónces tomó la guerra un aspecto amenazador para Scindiah. Sus ciudades iban cayendo en poder de Djeswant Rao, sus tropas eran derrotadas en batallas campales. Algunos triunfos que de vez en cuando alcanzaba no bastaban para desagrarle de tantos reveses ni para resarcirselos. Lord Wellesley, insistiendo en su propósito, vió sin embargo eludidas sus proposiciones; pues trataba Scindiah de tratar directamente con Djeswant Rao. Pero las pretensiones de este habian aumentado, y las concesiones que, hechas oportunamente, hubieran evitado la guerra, fueron desechadas perentoriamente. Una gran batalla ganada delante de Punah sobre los ejércitos combinados de Scindiah y del peschwah entregó aquella capital á Djeswant Rao. Perseguido por el vencedor que hubiera querido apoderarse de su persona para ejercer el poder en su nombre, el peschwah se fué refugiando de una fortaleza á otra hasta en el Concan. El gobernador jeneral, mas obstinado que nunca en la realizacion de sus proyectos, mandó llevar á Bedji Rao, el peschwah fujitivo, proposiciones que se resumian en estos dos puntos: restaurar en su plenitud la autoridad del peschwah, usurpada entónces por un tal Amrit Rao, su hijo adoptivo; ajustar un tratado de *alianza defensiva y de garantia reciproca*, lo que significaba colocar guarnicion inglesa en los estados mahratas. En su apuro, el peschwah habia estado al canto de pedir un refugio á Bombay, y hasta habia requerido la asistencia de un navío inglés. No obstante logró evitar este extremo y hallar otro asilo en su propio territorio. Pero las proposiciones de los Ingleses fueron á pesar de esto admitidas con tanta facilidad como si le hubiesen tenido en su poder, y el 31 de diciembre de 1802, se firmó un convenio conocido por el nombre de tratado de Basein, cuyas principales disposiciones eran que el peschwah admitia á su servicio fuerzas inglesas permanentes; que su manutencion se afianzaria con una cesion de territorio; que el peschwah no haria en adelante la guerra

por su propia cuenta á ninguna potencia, sino que someteria sus desavenencias al arbitramento de los Ingleses, y que no tendria relaciones con el exterior sino por conducto de ellos; que su autoridad en la administracion interior de sus estados subsistiria intacta.

En virtud de este tratado, las tropas inglesas en observacion en el Misore se dieron prisa en intervenir. Reuniéronse tambien otras fuerzas en Bombay y en Haiderabad, capital del Nizam, para apoyar las operaciones del cuerpo de ejército principal. Sir Arturo Wellesley, tan célebre despues con el nombre de duque de Wellington, y entonces mayor jeneral, no tuvo otra cosa mas que hacer sino pasar el Tumbudra para forzar á Holkar á retirarse. Amrit Rao, el peschwah usurpador, se hallaba á la sazón en Punah, y corrió la voz de que, en vez de defender aquella capital contra los Ingleses, trataba de incendiarla. Ya fuese real este proyecto, ya no tuviese ningun fundamento, Sir Arturo Wellesley no le dió lugar de ejecutarlo. Dejando su infantería á la zaga, partió solo con su caballería (menos de 4.000 hombres), y tras una marcha de treinta horas, se presentó de repente delante de Punah. Sorprendido por aquella visita imprevista, Amrit Rao apenas tuvo lugar de huir, y el mayor jeneral entró sin oposicion en la ciudad, donde el peschwah Badji Rao quedó luego restablecido con toda solemnidad.

Aunque los Ingleses habian restaurado al peschwah sostenido por Scindiah, no por esto estaban con este en buena inteligencia; al contrario, el gobernador jeneral tomó luego contra él medidas de desconfianza mandándole abandonar la posicion que ocupaba en las fronteras del Nizam, y despasar el Nerbuda. Scindiah, por otra parte, aunque amigo celoso del peschwah, estaba viendo con desagrado una restauracion efectuada sin su concurso aunque por ella habia peleado. El tratado de Basein, por el cual la proteccion del peschwah pasaba de sus manos á las de los Ingleses, le

habia borrado de la escena política; y lord de Wellesley se lo hacia sentir bien á las claras intimándole despasar el Nerbuda, esto es, alejarse de Punah. El gobernador jeneral llevaba sus miras mucho mas lejos; sin querer declarar la guerra á Scindiah, y hasta procurando tratar con él, dejó al mayor jeneral Arturo Wellesley, y al jeneral en jefe Lake los poderes mas amplios y las instrucciones mas precisas para lograr, por toda suerte de medios, la espulsion de todos los Franceses, y la ocupacion del Duab, ó tierra comprendida entre el Gánjes y el Djamna, desde su confluencia hasta las montañas de Kumaun. El jeneral Lake debia además tomar posesion de Agra y de Delhi, y enlazar esta conquista con Bundelkunda por medio de una línea de puntos fortificados. La espulsion de los Franceses, á la que el gobernador jeneral daba una importancia capital, era la destruccion de una parte considerable del poder militar de Scindiah; la línea de los puestos fortificados entre el Djamna y Bundelkunda era una usurpacion sobre su territorio ó sobre el de sus aliados; en fin, la ocupacion de Delhi era la absorcion, en beneficio de los Ingleses, de la autoridad que acompañaba al nombre del emperador. No cabia alcanzar por vias diplomáticas concesiones de tanta importancia. Scindiah, al contrario, estaba soñando en aquel momento, no solo con la supremacia en los estados mahratas, sino tambien con la soberanía del Decan; y con la ayuda de sus Franceses, contaba poder arrojar finalmente de la India á los mismos Ingleses. La leccion que acababa de darle su guerra contra Holkar no habia avertado sus quimeras; muy lejos de avenirse á las miras de los Ingleses, empezó á poner mil obstáculos á la ejecucion del tratado de Basein. El odio del rajá de Berar promovía en esta parte los resentimientos de Scindiah, y poco despues se formó entre ellos una alianza á la que se agregó el mismo Holkar. En vez de evacuar la posicion que ocupaba en las riberas del Nerbuda, Scindiah recibió en ella los refuerzos

del rajá de Berar. Añudó intrigas con todos los pequeños jefes mahratas para comprometerlos en aquella confederacion; hasta trató de cohechar en Bundelkunda á los oficiales del peschwah, que á la sazón se habia vuelto inglés, y dió orden al jeneral Perron para que estuviese pronto á obrar. Esté, con los jaghi-res que habia recibido para el pago de sus tropas francesas ú otras, venia á ser el soberano de una parte de las riberas del Djamma; y procuraba por su parte comprometer en la causa comun á los jefes rohillas. El gobernador jeneral habia ya repetidas veces intimado á Scindiah que se esplicase en orden á todos aquellos manejos. Interceptóse una correspondencia de Perron y de Scindiah, y entónces juzgó el gobernador jeneral que ya habia llegado el momento de prescindir de las consideraciones que hasta entónces habia guardado. Por última vez y protestando todavía sus intenciones pacíficas, mandó intimar á Scindiah y á Bhuslah, el rajá de Berar, que llamasen á sus tropas dentro de sus estados respectivos. Estos contestaron que se avenian á abandonar su campamento el dia en que las tropas inglesas hubiesen vuelto á entrar en los puestos de Bombay, Madrás y Seringapatam. Desechada aquella condicion, ofrecieron comenzar su retirada el mismo dia en que Sir Arturo Wellesley empezase tambien la suya. Como su mala voluntad se hacia entónces tan evidente como sospechosa su buena fe, llamóse al residente inglés junto á Scindiah (3 de agosto de 1803).

Los Ingleses salieron á campaña con una fuerza de 55.000 hombres. Repartido en diferentes cuerpos, este ejército debia abalanzarse sobre los estados enemigos por todos los lados á la vez. El jeneral Lake entraba por el norte, el mayor jeneral Wellesley por el mediodía, las tropas de Bombay invadian al oeste las posesiones de Scindiah en el Guzerate; en fin el coronel Harcourt atacaba al este al rajá de Berar, arrebatándole la provincia de Cotak en Orisa. Otros cuerpos pequeños ocupaban puntos intermedios con el encargo de guar-

darlos ó de ejecutar operaciones de detall. Así pues, este ejército abarcaba un teatro mas vasto que ninguno de los anteriores, cubria la península en su mayor anchura, desde el golfo de Oman hasta el golfo de Bengala, lo que hacia del este al oeste una línea recta de mas de 400 leguas.

El jeneral Lake ocupaba á Caupor en el Duab; púsose en marcha el 9 de agosto. Su ejército ascendia á unos 10.000 hombres. El 29, encontró á Perron que se apercebía para disputarle los aproches de la fortaleza de Allighur. Perron, jeneral adocenado, aunque tenia doble fuerza, fué derrotado y se retiró hácia Agra. Los Ingleses se apoderaron inmediatamente de Coel y pusieron sitio á Allighur. Defendida por pantanos y arrozales inundados á la sazón, que lo hacian casi inabordable, esta plaza, ordinaria residencia de Perron, estaba además muy bien fortificada, y no tenia mas que una puerta protegida por los cañones de dos bastiones. Perron, al retirarse, habia dejado el mando á otro oficial francés (el coronel Pedron), con orden de defenderse á todo trance. «El ejército del emperador ó el del jeneral Lake, le escribía, hallará su sepulcro delante de Allighur....» «Cumplid con vuestra obligacion, defended el fuerte mientras quede piedra sobre piedra. Os lo repito; tened presente el honor nacional; millones de ojos están clavados en vos.» El coronel Pedron obró en consecuencia, y quizás hubiera salvado á Allighur; pero un oficial inglés que estaba sirviendo á Scindiah, y abandonó la plaza cuando fué cercada por sus compatriotas, dirigió contra sus hermanos de armas de la víspera el conocimiento que habia adquirido de los sitios y la libertad que le habian dejado. Conducidos por él, los sitiadores, ya por sorpresa, ya por fuerza, entraron en Allighur tras un asalto en el que los sitiados perdieron 2000 hombres. La toma de Allighur determinó á Perron á tratar; y envió al jeneral Lake unas proposiciones por las que se obligaba á abandonar el partido de Scindiah, y pedia en pago la autorizacion de pasar á Luck-

now con su familia, sus tesoros y las personas que componian su familia y su servidumbre, escoltado por tropas inglesas ó su propia guardia. Esta proposicion inesperada era el acontecimiento mas feliz que pudiesen esperar los Ingleses al principio de la guerra. Así fué que el jeneral Lake se apresuró á acceder á cuanto le pedia el jeneral Perron. Este fué en seguida á Lucknow con la escolta que él mismo se eligió, y desde allí pasó despues á Chandernagor. Así, aquel partido francés, sobre el cual Scindiah fundaba tan grandes esperanzas, y que tantas zozobras causaba á lord Wellesley, se halló de improviso desorganizado por el abandono de su representante mas poderoso.

Despues de haber atendido á la reparacion y seguridad de Allighur, el jeneral Lake se puso en marcha para Delhi. Casi debajo de los muros de de esta capital el jeneral Bourquien, sucesor de Perron, le estaba aguardando con un ejército de diez y seis batallones de infantería regular y de 6.000 hombres de caballería, con ánimo de darle una batalla decisiva. Los Mahratas, animados á la lucha, estaban decididos á pagar cara la victoria. Los Ingleses hicieron esfuerzos inauditos para ganar sus posiciones. Pero el valor denodado de las tropas, la habilidad del jeneral en jefe, la resolucion con que espuso su persona, todo vino á estrellarse contra la incontestable firmeza del enemigo. Ya se creia este vencedor, y quizás en efecto lo hubiera sido, si, simulando un movimiento de retirada, no hubiese logrado el jeneral inglés atraerle á un lazo donde fué derrotado. Los Mahratas perdieron en esta batalla 3.000 hombres entre muertos y heridos, 68 piezas de artillería y 63 carros de municiones, con 2 cargados de oro y plata. Bourquien, abandonado por la mayor parte de sus tropas, se presentó, el 14 de setiembre entregándose prisionero con otros cuatro oficiales franceses. Esta jornada remató el partido francés en Delhi. El viejo emperador Shah Alam se apresuró á enviar á cumplimentar á los vencedores

y á pedir la proteccion de sus armas. El pueblo hizo como su emperador y alargó con grandes demostraciones de júbilo al yugo su cuello fatigado del yugo francés y mahrata. El jeneral Lake hizo una entrada solemne en la capital del imperio mogol. Recibido por el desventurado Shah Alam en un palacio donde los vestigios del fausto de sus mayores no podian menos de recordarle su propio desamparo, recibió de aquella sombra de emperador cuanto este podia dar, títulos y epitetos pomposos, tales como: «Cuchilla del estado, ténroe de la tierra, señor del tiempo, victorioso en la guerra.» Shah Alam habia obtenido de Scindiah nueve laques de rupias para su manutencion anual; pero de estos nueve laques, cobraba apenas 56.000 rupias, y así él como su familia vivian en la miseria. El jeneral Lake se apresuró á asegurarle una condicion mas rica. Dedicó algunos dias á estos afanes y á la instalacion de una guarnicion inglesa en Delhi, y despues, el 24 de setiembre, partió para ir á poner sitio á Agra. Apenas habia llegado allí (7 de octubre), cuando recibió la sumision del rajá de Bhurtpur, quien mediante el reconocimiento de su soberanía y la exencion de todo tributo, facilitó á los Ingleses un socorro de 5000 caballos para esta campaña, y se obligó por un tratado de alianza ofensiva y defensiva á ayudarles contra todos sus enemigos. El abandono de Perron habia atraído al partido de los Ingleses á muchos pequeños jefes indíjenas tiranizados por las exigencias de Scindiah y reteniidos por el terror de su poderío. Apenas habian trascurrido algunas semanas, cuando los estados de este jefe se iban desmembrando con una rapidez mas maravillosa todavia que las ilusiones con que se habia estado meciendo. Agra ni siquiera obligó á los sitiadores á ponerle un sitio en forma. La guarnicion sublevada acababa de prender á sus oficiales europeos; no obstante los soldados estaban resueltos á defenderse. Acampados fuera del fuerte, en el glácis, en la ciudad y en la mezquita principal, fueron desalojados de allí al primer

choque (10 de octubre). Dos dias despues, parte de la guarnicion se pasó á los Ingleses, y en el mismo dia, los demás que se habian refujado en el fuerte, pidieron un armisticio para arreglar los términos de una capitulacion. Ciertas dificultades que nacieron mientras aquellos se estaban ventilando fueron causa de que volviese á empezarse el fuego, y entónces la resistencia vino á ser verdaderamente enérgica y formidable. Fué forzoso abrir la brecha, y el 17 era ya practicable; pero los sitiados no aguardaron el asalto y se rindieron á discrecion. Esta conquista proporcionó á los Ingleses, además de una grandísima cantidad de municiones, 280.000 libras esterlinas en metálico y un cañon ajigantado conocido en toda la India con el nombre de gran cañon de Agra, por cuyo rescate las autoridades de la ciudad ofrecieron la suma de 12.000 libras esterlinas (cerca de 60.000 duros). Bien hubiera querido el jeneral Lake mandarlo transportar á Calcuta, pero no habia medio humano de poner en movimiento tan grande mole, al menos para aquel viaje. Otro incidente singular hizo reparable esta campaña, y lo referiremos como un rasgo de costumbres. Es bien conocido el respeto de los Indos para con la vida de toda especie de animales. El mono sobre todo hace un gran papel en la mitología bramánica; pues con la ayuda de Sagriva y de otros jefes de monos construyó Hanuman el puente de Rama, entre la isla de Ceilan y el continente. Así es que los monos, con motivo del honoroso lugar que ocupan en la leyenda, son honrados con un culto todo particular. En su marcha de Delhi, el ejército inglés encontró dos ciudades muy santas, Muthra donde nació Krishna, y Vindravana, donde por primera vez se manifestó en forma humana. Merced á la devocion de los habitantes y de los peregrinos, los monos han multiplicado en las inundaciones de estas dos ciudades, en términos de venir á ser molestos y hasta peligrosos. Un Indo sufriria todos sus ataques y hasta pereceria, si fuese menester, antes de cometer

el sacrilejio de defenderse. Pero dos oficiales ingleses, que se vieron acometidos por una cuadrilla de aquellos animales malignos, no se creyeron obligados á estremar su paciencia hasta el martirio, y cuando ya no les quedó mas recurso, uno de ellos les disparó un pistoletazo. Pero todavía se agravó su posicion; pues en vez de una nube de monos, el jentío devoto se abalanzó sobre ellos para hacerlos pedazos, y los acosó tan de cerca, que no les quedó mas probabilidad de salvacion que el arrojarse al Djamna, donde tampoco se salvaron, puesto que ni uno ni otro pudieron llegar á la otra orilla. El populacho, que no habia podido matarlos, tuvo al menos la satisfaccion de ver las aguas de la ciudad santa hacer justicia del desacato.

Quedaba todavía un último cuerpo de ejército que no habia peleado y que acababa de aumentarse con algunos batallones que se habian escapado de la batalla de Dehli. El 27 de octubre, el jeneral Lake salió de Agra á su encuentro. Tras algunos dias de marcha, trató de sorprenderle con solo su caballería, y empeñó temerariamente una accion de noche que no tuvo el éxito pronto que él habia esperado, y que fué sostenida con bastante vigor para dar lugar á que llegase su infantería. Jeneralizóse entónces la batalla, la que fué disputada por los Mahratas con un encarnizamiento y una intelijencia en las que se echaba de ver el influjo de los muchos oficiales franceses que contaban todavía en sus filas. Pero la experiencia de las tropas inglesas, la habilidad del jefe y su grande intrepidez debian arrollar aquella resistencia. Despues de haberse sostenido hasta la tarde, los Mahratas fueron por fin desbaratados y puestos en completa derrota. Esta sangrienta y brillante batalla de Laswari trajo luego la sumision de los rajás de Macherry, Djeypur, Judpur y de la Begum Sumrau, mujer de un Europeo que se habia formado una soberanía en aquellos parajes. Los rajás de Sondipar, de Kota, etc., imitaron este ejemplo, y habiendo luego vencido algunas resistencias parciales,

los Ingleses se hallaron en posesion pacífica del Duab y de Bundelcunda; habian disipado ó internado á los Franceses, conquistado la persona del emperador, establecido su linea de puestos fortificados, por donde se hallaban perfectamente cumplidas las instrucciones del gobierno jeneral en esta parte de la India.

En los otros puntos, no eran menos felices las armas británicas. Desde mediados de octubre el coronel Harcourt habia reducido completamente la provincia de Cotak, donde se halla la famosa pagoda de Jajernaut, y que enlazaba las posesiones inglesas de Bengala con las del Decan. El mayor jeneral Arturo Wellesley estaba obrando por su parte en el oeste con el brío y la entereza de que ya habia dado muestras. Habiendo partido de Punah el 4 de junio, empezó por reducir á Ahmednagar y su territorio, pasó el Godavery, derrotó en Asaya con 4.500 hombres á Scindiah que mandaba 50.000, los 10.500 disciplinados y conducidos por oficiales europeos, y obligó á Scindiah á hacerle proposiciones de paz, ya fuesen ó no sinceras. Es probable que no lo fuesen en el ánimo de Scindiah, por muy comprometidos que estuviesen sus negocios y los de su aliado el rajá de Berar, tanto por el éxito de la batalla de Asaya, cuanto por las victorias del jeneral Lake y las del coronel Harcourt. En este momento, Scindiah, que aun proseguia en la orilla izquierda del Nerbuda y fuera de sus fronteras la quimera de una guerra ofensiva contra el territorio del Nizam, dejaba entrar en sus estados á los Ingleses por todos los puntos, y ya habia perdido casi todos sus propios estados. Al norte le habian arrebatado el Duab, Bundelcunda y los distritos rayanos; al oeste, las posesiones del Guzerate y del Guicowar que el cuerpo de ejército de Bombay acababa de conquistar á las órdenes del teniente coronel Murray. El rajá de Berar se veia igualmente acosado al este por el coronel Harcourt; muchos ejércitos habian quedado destruidos ó disueltos; se habian tomado todas las fortalezas de primer

orden, tales como Allyghur, Gualior, Baroach, etc.; habian caído en manos del enemigo un material inmenso, abastos de toda especie y grandes cantidades de numerario. Se habian perdido dos capitales, como Dehli y Agra, así como la persona del emperador, que estaba ya para lo sucesivo á la devocion de los Ingleses. Parecia pues llegado el momento de pensar en terminar una guerra que no se habia podido sostener con la ayuda de todos sus recursos, y que no cabia esperar que fuese mas feliz con todos aquellos recursos de menos. Sin embargo Scindiah no siguió las intenciones que habia mostrado. Fuera de esto, su conducta, al paso que denotaba su flaqueza y la falta de todo plan premeditado, indicaba un entendiimiento turbado, menos empeñado en seguir los apuntes de una razon firme que está hecha cargo de sus recursos, que la terquedad de un orgullo que no quiere ceder. Despues de haber reunido juntamente con el rajá de Berar los residuos del ejército derrotado en Asaya, en vez de volver á entrar en sus provincias para concertar en ellas su defensa, se alejó de ellas, y se encaminó al sur como si intentara marchar sobre Punah. Al principio le siguió Sir Arturo Wellesley; pero viendo luego que las habia con un enemigo imposibilitado de emprender cosa alguna, plantó á Scindiah y se encaminó al norte. Ya nada le quedaba á Scindiah en el Decan, en el territorio que se aferraba en no abandonar. Asinghur, su última fortaleza, acababa de ser tomada por el coronel Stevenson. Libre de todo cuidado por aquel lado, el mayor jeneral volvió á pasar los Ghautes y el Godavery, y se dispuso para invadir las posesiones del rajá de Berar. Este, mas cuerdo que Scindiah, se habia separado de su aliado y volvía á la sazón á sus fronteras; tambien habia vuelto á pasar el Godavery y se hallaba en Patery á dos jornadas de marcha al sur de Aurengabad, donde se hallaba sir Arturo Wellesley. El mayor jeneral salió al encuentro del rajá. Scindiah acababa de decidirse entonces á pedir un armisticio y lo habia conse-

guido. Pero sus tropas no habian entrado todavía en los límites que les habian señalado los del convenio, y parte de su caballería se hallaba reunida con la de Bhonsla, cuando apareció el mayor jeneral. Sir Arturo no se proponia atacar hasta el día siguiente, á causa de la hora avanzada y el cansancio de sus tropas. Con todo habiendo las escaramuzas empuñado la accion y mostrando el enemigo el intento de llegar á las manos, tomó rápidamente su partido, formó su ejército en una sola columna protegida á la cabeza y al flanco por su caballería, y habiendo llegado delante de la línea de batalla del enemigo formado delante del pueblo de Argaum, descubre su infantería y traba el combate. Al principio embistieron los Mahratas con brio; pero habiendo sido rechazada una carga de la caballería de Scindiah, todo el ejército, desalentado por la memoria de la derrota de Asaya, se desbandó en un abrir y cerrar de ojos, y merced á la claridad de la luna que campeaba en un cielo despejado, pudieron los Ingleses seguir el alcance matando á muchos. Esta derrota fué el golpe de remate que se dió á la confederacion. Ni uno ni otro jefe tenian tropas para sostener la campaña. Sin embargo como aun se sostenian las fortalezas, el mayor jeneral trató de reducirlas. Acababa de tomar por asalto la de Gawilgur, cuando recibió un enviado de Bhusla, que se resignaba á someterse. Firmóse un tratado por el cual el rajá de Berar cedia á los Ingleses la provincia de Cotak y se obligaba á no emplear en adelante á ningun oficial ó funcionario perteneciente á una nacion que estuviese en guerra con los Ingleses, ni tampoco á ningun Inglés ó súbdito de Inglaterra, sin la autorizacion del gobierno. Fijábase el rio Wurdah como límite del lado del subahdar del Decan; le restituian los fuertes de Nernallah y de Gawilgur con sus territorios respectivos. Scindiah por su parte cedia en toda soberanía á la Compañía todas sus tierras y fortalezas del Duab y todos los derechos que de ella pudiesen depender; todo lo que poseia

al norte de los rajás de Djeypur, de Djudpur y de Gohud; el fuerte y el territorio de Baroach en el Guzerate, así como el fuerte de Ahmednagur en el Decan. Abandonaba además cuanto poseia antes de la guerra al sur de los montes Adjanti en el Decan y las tierras comprendidas entre esta serranía y el Godavery. Se comprometia á no tomar á su servicio á ningun Francés ó Europeo, y renunciaba á toda pretension sobre el poder del emperador, así como á toda intervencion en sus negocios. Los Ingleses le restituian cierto número de fuertes en el Decan y en el Guzerate, y el goce de antiguos jaghires comprendidos en los territorios recién conquistados; restituianle además algunas tierras y cuatro aldeas que su familia estaba poseyendo ya desde largo tiempo en los estados del peschwah; por último se obligaban á pensionar, en compensacion de los jaghires cedidos, á los que les fueren designados por Scindiah, hasta la concurrencia de una suma anual de setenta laques de rupias. Este tratado se firmó el 30 de diciembre de 1803. El vigor y la habilidad de la administracion de lord Wellesley acababan de alcanzar el triunfo mas grande y decisivo que hubiese señalado hasta entónces á las armas y la política inglesas en la India. En cinco meses de campaña habia derribado de un solo golpe una potencia mucho mas formidable que la de Haider ó de Tipu, cuya reduccion habia exigido algunos años; habia labrado completamente y para siempre á la India inglesa de la eterna aprension que le inspiraba el partido francés, que, desde las orillas de Cavery hasta las del Djamna, la habia envuelto como con una red, cuyas mallas se volvan á añadir conforme se iban quebrando. La poblacion inglesa de Calcuta le dirijió una felicitacion.

Entónces se vió renacer la guerra de las mismas ruinas de los que acababan de sostenerla. Holkar, á pesar de su adhesion al tratado de alianza ofensiva y defensiva de los rajás de Berar y de Malwa, se habia abstenido hasta entónces de ayudarles; pe-

no apenas los vió postrados, se apresuró á realzar su bandera destrozada. ¿Sedújole por ventura la ambicion presumida de hacer por sí solo lo que no habian podido hacer dos jefes mas poderosos que él con su liga, y mas poderosos cada uno de ellos aisladamente por la estension de su territorio? ¿Asustóle acaso la mengua que para el imperio mahrata resultaba de la humillacion de sus jefes principales? ¿Contó que los Ingleses postrados por los esfuerzos que acababan de hacer, le entregarían una presa mas llana? Cada una de estas consideraciones entró sin duda por algo en el acto de demencia que ejecutó rompiendo su neutralidad para entrar en la lid, cuando ya era muy tarde para que pudiese salvar en ella su persona ó recibir auxilio ajeno. Al paso que escribia cartas amistosas al jeneral Lake, despues de la batalla de Lanvari, vejaba continuamente á los Ingleses haciendo incursiones en territorios sujetos á la proteccion británica, pero que, segun él decia, seguian tributarios de Scindiah. Lake tuvo que hacer contra él algunas manifestaciones para obligarle á encerrar sus tropas en sus estados. Pero las relaciones se iban enconando mas y mas. Tres oficiales ingleses que tenia á su servicio, y que, tras la declaracion de guerra, pidieron retirarse, fueron melidos en la cárcel, ejecutados despues, y sus cuerpos abandonados á los perros y sus cabezas clavadas en picas. Acusábales Holkar de haber mantenido una correspondencia reservada con el jeneral Lake. Él mismo entabló correspondencia con algunos jefes seikes ó rohillas, y trató de comprometer á otros haciéndose dirijir en su nombre cartas amistosas que hizo interceptar por los Ingleses; á quienes prodigaba al mismo tiempo mil protestas de amistad. Pero ya se habian puesto estos en movimiento. El cañon iba á contestar á esta pequeña guerra de astucia oriental. Seriamente amenazado, Holkar dirijió al jeneral Lake una carta reparable por una mezcla singular de sumision y fanfarronería. «La amistad exige, decia, que tomando en con-

sideracion la larga intimidad que ha existido entre yo y los Ingleses, atendais á las representaciones de mis wackils (enviados). Obrando de este modo, haréis algo de provecho y ventajoso. De no, pongo mi fortuna y mi patria sobre las sillas de mis caballos, y plegue á Dios que por donde quiera que se vuelvan las bridas de mis valerosos guerreros, todo el pais en aquella direccion caiga en mi poder.» Los wackils tenian el encargo de instar el reconocimiento del derecho que tenia Holkar de exigir el *tchut*, á tenor de la costumbre de sus antepasados. El *tchut* era una contribucion de un cuarto de renta que los Mahratas solian imponer á los estados que por esté medio contaban rescatarse de sus incursiones y pillaje. Los wackils pedian además la restitution de ciertos distritos del Duab y de la provincia de Hurrim que pertenecian á Holkar, y en fin, la garantía de los Ingleses para todas sus posesiones. Todas estas demandas quedaron desatendidas.

Los Pindarrys, nombre que luego hará su papel en esta historia, son unas partidas indisciplinadas y mercenarias que aparecieron por primera vez en la India á la zaga de los ejércitos mahratas. Su nombre procede, segun dicen, de cierto brevaje llamado pinda, del que hacen mucho uso. No eran al principio mas que jente agregadiza de toda ralea, que cual los *condottieri* de la edad media, alquilaban su espada al que los pagaba. Un tal Ghazi-ud-din, que los habia reunido y puesto al servicio del peschwah Badji Rao, murió delante de Ujein y trasmitió sus gavillas á su hijo mayor, quien descolló tanto al servicio de Mulhar Rao Holkar, que recibió de él una bandera dorada, muestra de honor sumo. Este aumento considerablemente su tropa, le dió mucha importancia y la trasmitió tambien á su hijo. Los Pindarrys se hicieron luego tan numerosos que se fueron multiplicando las partidas, y los jefes independientes. Estas jentes llevaban, segun se espesaba Holkar, su patria en la silla de sus caballos. Así es que no escrupulizaban en servir en ejércitos opuestos y

pelear unos contra otros. En tiempo de la guerra entre Scindiah y Holkar, cada uno de los dos jefes tenia sus Pindarrys. Los Mahratas, al paso que los empleaban, los menospreciaban; Holkar no les permitia presentarse en su corte ni sentarse en su presencia. Scindiah fué el primero que los trató con consideracion, les dió títulos y tierras; y Djeswunt Rao Holkar le reconvinó por esto. Cuando en campaña, nunca se confundia el campamento de los Pindarrys con el de los Mahratas. Estos les pagaban (un cuarto de rupia por hombre al dia) mientras los tenian en su territorio donde, en caso de guerra les era vedado el pillaje. Pero mas allá de los límites del territorio mahrata, se suprimia la paga, y los Pindarrys vivian exclusivamente del pillaje. Fuera de esto, no dejaban los Mahratas de pillar á aquellos pillos, y sucedia con frecuencia que tras una campaña, el campamento mahrata se arrojaba sobre el campamento pindarry y se repartia sus despojos. Holkar trató mas adelante de destruirlos completamente; pero por el presente, solo pensaba en servirse de ellos.

Mientras se trataba de la paz que acababa de ajustarse, un cuerpo de Pindarrys, al servicio de Scindiah, quiso continuar la guerra por su propia cuenta. Habian traspuesto el Kisna en número de 10.000 hombres y se habian dirijido sobre el Tumbura, con ánimo de cortar los convoyes y pillar el pais. El mayor jeneral Campbell, que estaba mandando la reserva, salió en su busca y habiendo tropezado con ellos, los derrotó. Firmábase aquel mismo dia en el campamento del jeneral Wellesley en Surdji-Audjengam, el tratado de paz con Scindiah y Bhusla. El último cañonazo de esta guerra que terminaba se habia disparado contra los Pindarrys, y aquel último fué tambien el primero que inauguraba la nueva guerra. Uno de sus caudillos, Emir Khan, pagado por Holkar, apareció en el norte de Bundelcunda, en la orilla izquierda del Betwah, manifestando la intencion de invadir aquella provincia, é insultando los territorios protegidos por los Ingle-

ses. El coronel Shepherd, enviado á su encuentro, le alcanzó y le aventó. El mismo jeneral Lake hizo un movimiento y se puso en observacion en el fuerte de Balahira. Allí recibió una última carta de Djeswunt Rao, que decididamente arrojaba el guante con la pompa de palabras que se ha visto en el fragmento citado mas arriba. « Provincias de varios centenares de millas cuadradas serán pilladas y taladas. El jeneral Lake no tendrá ni siquiera tiempo de respirar. Calamidades sin cuento se desplomarán sobre millones de seres humanos. Los ataques de mis huestes se sucederán como las olas del mar sobre la playa. » Y con efecto arrojóse repentinamente sobre el rajá de Djeypur. Todavía estaban reunidos todos los cuerpos de ejército del gobierno británico; y recibieron al punto la órden de empezar á obrar. En el Decan, en el Guicowar, en el Malwa; por todas partes fueron ocupadas las posesiones de Holkar en un momento. El 28 de abril (1804), el ejército espedicionario estaba reunido delante de Djeypur. Un simple destacamento enviado á Bampur, única fortaleza que poseia Holkar al norte de Chumbul, bastó para arrebatársela y para forzarle á trasponer el rio. Sin embargo este estremo de la campaña no fué feliz para los Ingleses; pues los calores devoradores del clima diezaban las tropas con un furor no acostumbrado. Los vientos de oeste que acababan de atravesar un desierto de arenas abrasadoras derramaban al parecer por la atmósfera raudales de un fuego invisible. Bajo aquel viento devastador todo parecia consumido; el pais estaba asolado, los arroyos agostados. En la marcha del ejército inglés, caian los hombres á cada instante como heridos del rayo, otros vacilaban como ebrios, arrojaban espumarajos por la boca y acababan tambien por caer. Hubiérase podido seguir al ejército por el surco de cadáveres que dejaba á sus espaldas; en un solo dia perecieron de este modo hasta trescientos hombres. Para los sobrevivientes el número, que iba siempre en aumento, de enfermos venia á ser

un estorbo mas; muchos de ellos habian enloquecido, algunos se hacian saltar la tapa de los sesos. El jeneral, para aligerar su marcha, tuvo que separar su ejército en dos cuerpos, dejó su infantería á Purson, y siguió avanzando á la cabeza de su caballería. El 3 de junio, un viento de poniente que se levantó á mediodía, sopló con tal violencia que desgajaba los árboles y mataba á hombres y animales; trombas de arena abrasada, levantadas por el viento, hallaban cuanto hallaban al paso; las tiendas volaban hechas jiras; los árboles desarraigados, el ganado caia asfixiado. Los Indos que seguian el ejército, revolcándose por el suelo, daban alaridos de dolor y desesperacion, creyendo llegado el trance final del mundo. Era la última crisis de aquella tormenta de fuego contra la cual estaban lidiando desde cinco dias, crisis que iba á conducir su salvacion. Con efecto, las rojas nubes que á la tarde se habian ido acumulando en el horizonte acabaron por resolverse en raudales de lluvia. Dos dias despues, el ejército algo repuesto de sus crueles padecimientos, llegó finalmente á Agra. Fuera de algunas ventajas de poca entidad alcanzadas sobre Holkar, y la toma de dos ó tres fuertes, debajo uno de los cuales, Emir Khan sorprendió y exterminó enteramente dos compañías de Cipayos que guardaban la trinchera, esta primera campaña no produjo resultado alguno. El ejército inglés, diezmado por el clima, necesitaba rehacerse; distribuyose pues entre sus acantonamientos, á donde llegó antes del 15 de junio.

Shah Alam se aprovechó de aquel momento de descanso para conferir al jeneral Lake las dignidades reservadas á los mas grandes personajes del imperio. Las insignias de estas órdenes le fueron llevadas por un enviado del emperador. Pero, á causa de las lluvias, la ceremonia de investidura no pudo verificarse hasta el 14 de agosto. Aquellas órdenes eran el Mahi, el Muratib y el Naobut. El Mahi es un pez de plata con la cabeza de cobre dorado; se presenta al recipiendario al extremo de un lar-

go palo hincado sobre un elefante. El Muratib es una bola de cobre dorado sostenida tambien por un palo llevado por un elefante. El Naobut es un doble tambor de plata que se cuelga del cuello del recipiendario, quien, despues de haber golpeado un rato entrambos tambores, es proclamado Sahibin naobut. El jeneral Lake se avino á esta ceremonia que podia parecer extravagante á los Europeos, pero que segun las ideas del pais, le encumbraba en dignidad sobre los mas altos personajes desde el cabo Comorin hasta el Himalaya, y desde el Indo hasta el Bramaputra, esceptuando solamente la persona del emperador.

Sin embargo Holkar, despues de haberse retirado, se habia adelantado otra vez y habia vuelto á pasar el Chumbul. El coronel Monson se puso en movimiento con ánimo de salir á su encuentro; pero la noticia de un convoi de dinero que llegaba le hizo cambiar de direccion, y entónces Holkar fué quien le siguió. Esta expedicion no fué feliz. Rodeado de nubes de caballería que aumentaba cada dia, anegado en caminos malparados por las lluvias, atajado por rios salidos de madre, el coronel iba avanzando con mucho trabajo. Su posicion era tan precaria, que Holkar creyó poderle intimar que rindiese las armas y entregase artillería y bagajes, prometiéndole la vida bajo esta única condicion. Negándose el coronel á aquel pacto, el Mahrata trabó un combate en el que fué rechazado (10 de julio). Pero no por esto dejaba de ser muy crítica la posicion del ejército, y tanto que obligó á su jefe á buscar un refugio en la plaza de Kotah. Pero el rajá no quiso admitir á las tropas, lo que obligó á los Ingleses á contiuar su marcha al través de un pais tan intransitable que hubieron de dejar enterradas en el lodo su artillería y parte de sus bagajes. Al paso de Baunar se rehicieron su artillería, á espensas del enemigo, á quien tomaron tres cañones; pero poco despues, para acelerar su retirada, tuvieron que abandonar los bagajes que les quedaban. Para colmo de desdicha, Holkar lo-

gró entablar relaciones con algunos sarjentos indijenas y cundió la desercion en el ejército inglés. Poco despues, para hacer frente á aquella multitud de jinetes que por todos lados le embestian, Monson no tuvo mas recurso que el formarse en cuadro y andar así dia y noche. Los Mahratas se arrojaron repentinamente furiosos sobre aquella pequeña tropa que habian creido tener en su poder; mas no lograron hacer brecha. El 28 de julio, entró en Biana, y el 31 en Agra.

Aquellos reveses, uno tras otro, eran bastante graves para obligar al jeneral en jefe á servirse de todas sus fuerzas. Los Ingleses tenian muchas injurias que vengar. Holkar pues forzaba á los prisioneros á servir en su ejército, y si se negaban, les mandaba cortar la nariz y el brazo derecho, y en aquel estado los despedia; como que llegaban diariamente infelices en aquella situacion. Esta vista animaba á los soldados á la venganza, enardecidos además por el valor y la firmeza de su jefe. Este, despues de haber empleado el mes de setiembre, á pesar de las lluvias, en concertar sus tropas, salió á campaña el 1.º de octubre. Holkar se habia adelantado entónces hasta el Djamna, y hasta habia arrojado su caballería sobre el Duab.

Holkar, derrotado en un primer encuentro, avanzó sobre Dehli con ánimo de apoderarse de esta ciudad. Sus fortificaciones se hallaban en bastante mal estado; pero el vigor del coronel Ochterlony, que allí mandaba, suplió á la insuficiencia de los medios de defensa, y rechazó todos los asaltos de los Mahratas. Entónces entró Holkar en el Duab para talarlo. Siguióle Lake, y dejó al mayor jeneral Fraser la infantería y parte de la artillería para contener á la infantería del enemigo. Dos grandes victorias señalaron luego la vuelta de la fortuna al campamento de los Ingleses. La primera fué alcanzada en Dig por el mayor jeneral Fraser, quien pereció en la accion despues de haber muerto 2000 hombres al enemigo; la otra por el jeneral en jefe contra el mismo Holkar,

quien se dejó sorprender en medio de la noche por un enemigo á quien suponía distante treinta y seis millas. En efecto, habiendo partido el ejército inglés de un punto de aquella distancia, llegó, entró en batalla, persiguió á los Mahratas, y no se detuvo sino despues de haber hecho sin descanso setenta millas (19 leguas españolas). Esta batalla de Furakhad aniquiló la caballería de Holkar, así como la de Dig habia roto su infantería. Los residuos de esta se habian refugiado en Dig, plaza que pertenecia al rajá de Bhurtpur. Este rajá habia pasado de la alianza de los Ingleses á la de Holkar. Era un jefe Djat, tribu salteadora que habia acabado por establecerse entre el Indo y el Djamna, al oeste de Dehli, donde con el tiempo se habia enriquecido y afianzado en términos de venir á formar un cuerpo de nacion. Por un momento en 1756, fueron dueños de Agra, de la que hicieron su capital; pero fueron espulsados por el visir Nudjif Khan. En las postreras convulsiones del imperio, hicieron lo que acababan de hacer con los Ingleses y Holkar, sirviendo ora á un partido, ora á otro, y tratando de utilizarse con todos. El rajá de Bhurtpur, aliado á la sazón de Holkar, llevaba un nombre que ha esclarecido despues uno de sus vecinos, el rey de Lahore; se llamaba Randjit Singh. La reina de Holkar, que ya no era mas que su protegido, habia hecho de él el príncipe mas poderoso de aquella parte de la India y el caudillo de aquella guerra. Debía muchas finezas á los Ingleses, quienes antes de su desercion, habian aumentado su territorio y reconocido su independencia, eximiéndole tambien de todo tributo. Mas pronto iba á dirigir contra el jeneral Lake todas las ventajas que estaba debiendo á su bienhechor. Peleaba en Dig en las filas de los Mahratas, y tras la batalla, su artillería tiró contra los Ingleses que perseguian á los vencidos. A pesar de estos actos de hostilidad declarada, el jeneral Lake quiso tomar para atacarle las órdenes del jeneral en jefe, y con todo esto se puso inmediata-

mente en marcha para Dig. Allí tomó posición, aguardando su reserva y su artillería, que habia dejado en Agra. El 13 de diciembre se halló en estado de comenzar el sitio, y abrió la trinchera en la noche. Al día siguiente por la madrugada ya habia dos baterías construidas, levantáronse otras en los días siguientes, y el 23 de diciembre juzgándose practicable la brecha, se dió el asalto, y se ganó la plaza. El jeneral se dirigió inmediatamente sobre Bhurtpur. Esta plaza era fuerte y estaba defendida por una guarnicion crecida. Abrióse la trinchera el 4, de enero de 1805; la brecha se creyó practicable el 9 por la tarde, y por no dar al enemigo tiempo de construir nuevas obras, el jeneral Lake quiso subir al asalto aquella misma noche. Pero á pesar de la enerjía del ataque, aquel primer asalto fué rechazado con pérdida para los sitiadores de 456 hombres, pérdida que quedó mas que compensada por un refuerzo de 600 hombres que llegó pocos días despues, y por la desercion de un vasallo del rajá que juntó sus fuerzas con las de los Ingleses. Abrióse otra brecha en un sitio mas favorable. Reconocida aquella brecha por tres indíjenas que se hicieron pasar por desertores, el jeneral hizo los preparativos para un segundo asalto. No siendo vadeable el foso inundado y no pudiendo servir los puentes preparados al efecto, los soldados se arrojaron al agua y llegaron nadando al pié de la muralla. La firmeza del enemigo fué causa de que este ardor faese mas funesto que provechoso; en esta nueva accion perecieron 573 hombres y 20 oficiales, sin tener mejor resultado que la primera. Emir Kkan, á quien el rajá habia llamado en su ayuda, rondaba con Holkar en torno del campamento inglés, que no osó atacar aquel día. Pero sabiendo que debia llegar un convoy, se preparó para arrebatarlo. Los Ingleses, por su parte, enviaron á recibir el convoy un destacamento de 1400 hombres. Envuelto al rayar el día, aquel pequeño cuerpo no podia bastar para cubrir un convoy de algunos miles de

bueyes. Atrincheróse pues en un pueblo fortificado, y allí se sostuvo rechazando los ataques redoblados del enemigo. Ya le forzaba á la retirada, cuando apareció al estremo del horizonte una densa polvareda. A la vista de este socorro que les llegaba los soldados arden por distinguirse á los ojos del jeneral en jefe, trasponen sus trincheras, y se arrojan sobre la artillería enemiga, que ganan á la bayoneta. Ya estaba ganada cuando llegó, no el jeneral Lake, sino un cuerpo de caballería que él enviaba, y que abalanzándose de improviso sobre el enemigo, hizo en él una carnicería horrorosa. Emir Khan perdió allí sus bagajes, su palanquin, una coleccion de armas magníficas, y solo pudo salvarse á favor de un disfraz. Pocos días despues, hizo con el rajá de Bhurtpur y Mahdadji Scindiah, otra tentativa sobre otro convoy; pero sobrevino en persona el jeneral Lake, á la cabeza de su caballería y de dos rejimientos de infantería, con quienes no osaron los enemigos trabar batalla. Estos reveses redoblados introdujeron la discordia entre los confederados, quienes se separaron. Emir Khan creyó poder hacer por su propia cuenta una expedicion en el Rohilkund, contando que el sitio de Bhurtpur tendria harto ocupado al jeneral Lake para que pudiese dividir sus tropas. Mas este destacó al jeneral Smith, con seis rejimientos, mitad infantería, mitad caballería, en su persecucion, con artillería montada. Este pequeño ejército traspuso sucesivamente el Djamna y el Gánjes, encontró al Pindarry en Afzulghur y le arrolló. Esta última derrota desalentó á los mas de los pequeños jefes que habian seguido su bando. Hallóse luego casi solo, hecho el blanco del odio de los pueblos que habia levantado contra él con sus crueldades, acosado por los Ingleses, y rechazado por todas las ciudades que le cerraban las puertas. No queriendo perder el tiempo en perseguir á un hombre reducido, por entónces, á la impotencia de hacer daño, el mayor jeneral se apresuró á volver á Bhurtpur, donde eran

mas necesarias sus tropas.

Durante su ausencia se habian rechazado otros dos asaltos. El ejército sitiador habia recibido no obstante de Bombay nuevos refuerzos bastante considerables. El último asalto habia costado á los Ingleses 997 hombres. Los sitiados ponian en su defensa una constancia y un encarnizamiento tan grandes como los empleaba el enemigo en el ataque. Ningun otro sitio contra las naciones indígenas ha presentado un ejemplo semejante. El ejército inglés estaba fatigado mas bien que desalentado; pero su artillería estaba inservible, sus abastos estaban acabados. Todo su material debia renovarse. El jeneral Lake convirtió el sitio en bloqueo. El rajá estaba sin embargo hecho cargo de que llegaría un dia en que sus medios de resistencia se acabarían tambien. Su territorio estaba arruinado, inculto, y las fuentes de sus rentas estaban agotadas. Lo que sabia del carácter inglés, del de su jefe, de los recursos que tenia á su disposicion, todo le indicaba bastante que aquella lucha no podia terminar sino con su esterminio. Utilizó pues la circunstancia de la promocion de lord Lake á la dignidad de par para enviarle sus felicitaciones y entablar negociaciones pacíficas. Mientras se seguian estas negociaciones, habiendo reaparecido Holkar el jeneral en jefe se adelantó contra él, le derrotó en dos encuentros, y la segunda vez de un modo tan decisivo, que el Mahara, viéndose sin fortalezas, sin artillería, sin ejército, no tuvo ni un sitio siquiera donde reclinar la cabeza. Su patria, sus estados estaban entonces literalmente sobre la silla de su caballo. El rajá trató entonces de ajustar la paz cuanto antes. El 8 de marzo, envió uno de sus hijos de rehen y se apresuró á firmar un tratado cuyas disposiciones principales eran que la fortaleza de Dig quedaria en poder de los Ingleses; que el rajá pagaria para los gastos de la guerra veinte laques de rupias; que no tendria correspondencia con los enemigos de la Compañía, y no emplearia en su servicio á ningun eu-

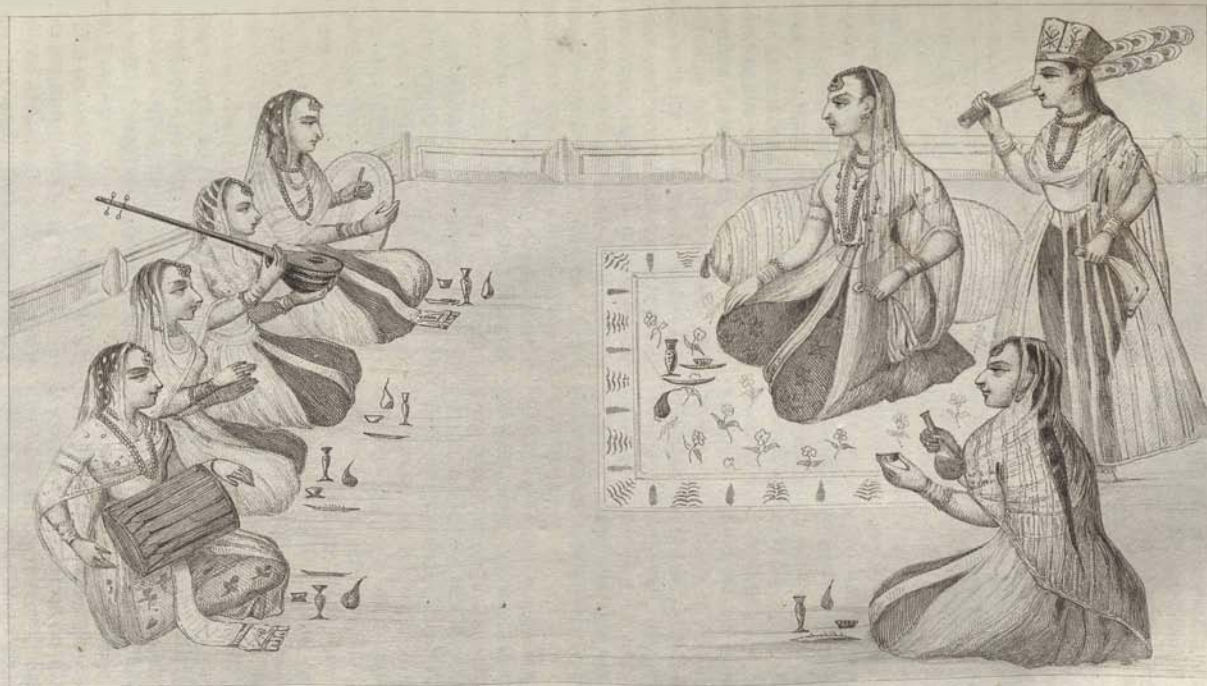
ropeo; que dejaria en rehen á uno de sus hijos que residiria al lado del residente inglés en Dehli ó en Agra. Así arreglado todo, se levantó el sitio tres meses y veinte dias despues de haberlo comenzado, habiendo perdido en él los Ingleses 3 100 hombres, y 103 oficiales en muertos y heridos.

CAPITULO XXIII.

REEMPLAZO DE LORD WELLESLEY POR LORD CORNWALLIS. CAMBIO DE SISTEMA. MUERTE DE LORD CORNWALLIS. TRATADOS CON SCINDIAH Y HOLKAR.

Desde 1803 motivos fundados en su salud habian determinado á lord Wellesley á solicitar su retiro. Mas no queria demitir el poder sino despues de haber vencido las dificultades en las que se hallaba comprometido el gobierno, y cuando pudiese legar á su sucesor un imperio próspero y pacificado. La duracion de la guerra y los gastos enormes que habia ocasionado habian acabado por escitar contra él algun descontento; pues achacaban á su ambicion lo que no era mas que el resultado de las circunstancias y de la necesidad. En marzo de 1805, creyó poder renovar sus instancias; las que fueron atendidas esta vez, y el sucesor que le dieron fué el que habia sido su predecesor, el anciano lord Cornwallis agobiado de años y dolencias, y barto débil ya para empuñar con firme diestra los resortes de la grandísima máquina que debia poner en movimiento. Llegó á Calcuta el 30 de julio de 1805.

A pesar del tratado de Bhurtpur, la India no estaba bien pacificada cuando ál se encargó de su gobierno durante el sitio que acababa de terminar, Scindiah habia estado en correspondencia con el rajá Randjit-Singh. Algunas cartas interceptadas habian revelado el proyecto de una liga que trataba de formar entre todos los príncipes del Radjputana y de las provincias limítrofes para espulsar á los Ingleses. Otras muestras de malquerencia, tales como la detencion del residente inglés, ó el sa-



Lemaitre del. et sculp.

Concert devant une Princesse (M. S. B. R. etc.)

Concierto delante de una Princesa (M. S. B. R. etc.)

queo de algunas ciudades aliadas, habian obligado al jeneral Lake á seguirle los pasos, y hasta á hacer contra él algunas demostraciones. Scindiah habia acojido en su campamento y paseado fuera de su territorio á Emir Khan y á Holkar, que seguian siempre en guerra con los Ingleses. Justificábase de estos pasos alegando que gracias á su intervencion se habian aquellos abstenido de actos hostiles; pero sus propios actos estaban muy lejos de anunciar intentos pacíficos. Avivaba su descontento sobre todo el deseo que tenia de volver á entrar en posesion de Gualior y de Gohud, de que le habia deshojado el último tratado. No cesaba de reiterar las reclamaciones con el goberuador jeneral sobre este punto, y quizás suponía que era del caso darle á entender que el suplicante podía venir á ser todavía un enemigo formidable.

Holkar por su parte llevaba una vida errante, buscando aliados por todas partes y no hallando ninguno; recojiendo algunos aventureros con quienes huyó entre los Seikes, cuyo imperio comenzaba entonces á cimentarse bajo la autoridad firme y ya preponderante del maharajá Randjit Singh. Este, al saber la llegada de Djeswant Kao á sus estados, se habia apresurado á abandonar una expedicion que hacia entre el Tchenab y el Indo contra Ahmed Khan, jefe poderoso en aquellos paises. Recibió amistosamente á Djeswant Kao y á su compañero de infortunio Emir Khan; pero como harto tenia que hacer con las muchas guerras que le causaban el empeño de crear un nuevo reino, no tuvo por conveniente comprometerse con el ejército inglés que seguía á los fujitivos; así que dispuso á lord Lake un recibimiento no menos halagüeño que al Mahrata y al Pindarry.

El 9 de diciembre, el ejército inglés acampó á orillas del Beyah, el antiguo Hifasis, y el 24 del mismo mes, habiendo Holkar apurado sus postreros recursos, firmó el tratado de paz. Por este tratado renunciaba á todos sus derechos sobre lo que habia podido poseer al norte del

Chumbul; á todas las pretensiones que habia podido tener ya sobre Pura ya sobre Bundelcunda; á todas las tierras poseídas, ó solamente protegidas por los Ingleses; y en fin, por una cláusula que viene á ser el sello de todos los tratados hechos en aquella época, tan grandes habian sido las aprensiones causadas por los aventureros franceses, se obligaba á no emplear en su servicio á ningún Europeo. Los Ingleses le restituian todos los fuertes y territorios que le habian tomado al norte y al sur del Tapti, desde el Godavery hasta el Chumbul, y poco despues le devolvieron tambien las porciones de tierra que al principio se habian reservado al norte de aquel rio. El gobierno se obligaba además á no intervenir de ningún modo en los negocios interiores de Holkar. Este daba ya hacia tiempo algunos indicios de demencia; apresuróse no obstante á firmar aquel tratado mucho mas ventajoso de lo que razonablemente hubiera podido esperar; circunstancia que nos conduce á la relacion de acontecimientos á los que nos hemos anticipado para acabar con esta guerra de Holkar.

Nombrado bajo el imperio de las circunstancias que hemos dado á conocer, lord Cornwallis habia llevado á la India una política reaccionaria. Estremando el espíritu pacífico que habia presidido á la redaccion de sus instrucciones, no se limitaba ya á querer la paz, sino que queria tambien romper todas las alianzas en las que lord Wellesley habia comprometido al gobierno. Esto equivalia á desenterrar los preceptos de otro tiempo, preceptos contra los cuales su propia conducta habia protestado durante su primera administracion. Estas alianzas eran muchas, por cuanto lord Wellesley habia, en cuanto le habia sido posible, comprometido al servicio de la causa inglesa á los feudatarios de Holkar ó de Scindiah. Los reveses de estos dos jefes habian acabado por apartar de ellos y amistar con los Ingleses á casi todos los que al principio se habian adherido á la causa de aquellos dos jefes. Tras el sitio de Bhurtpur, cuan-

do Scindiah hizo ademan de querer volver á levantar la cabeza, el general Lake, además de los 30.000 hombres de su ejército, tenía á sus espaldas, para contener á aquel caudillo rebelde 300.000 hombres de sus tropas aliadas. Decía lord Cornwallis que estas tropas serian ciertamente menos formidables al gobierno británico en el campo que alimentadas así á costa suya; y con efecto, durante algun tiempo el gasto habia subido á 580.000 rupias al mes; y tras una reduccion hecha por el mismo lord Wellesley, ascendia aun á 390.000 rupias. En vano se esforzó lord Lake en defender los derechos que tenían á la proteccion británica ciertos aliados leales de quienes se habian sacado los servicios mas señalados, y á quienes el abandono en que querian dejarlos á pesar de la fe de los tratados, iba á poner á la merced de las venganzas de Holkar ó de Scindiah. El nuevo gobernador jeneral queria á toda costa paz y economia. Para alcanzarlo mas presto, no escrupulizaba en comprometer la fe británica y destruia desapiadadamente de una plumada lo que habia costado tanta sangre al ejército, y tan largos esfuerzos á la habil diplomacia de su predecesor. Y no solamente se vió contrariado en esto lord Lake por la política de lord Cornwallis. Viendo las disposiciones pacificas del gobernador jeneral, el jeneral en jefe habia tratado de allanar por un tratado definitivo, aunque utilizando todas sus ventajas, las dificultades que subsistian todavía entre la Compañía y Scindiah. Este, llevado de su carácter antojadizo, acababa de despedir á su ministro, Sudji Rao Ghanthra, gran partidario de la alianza con Holkar, á cuyo lado se refugió. Lord Lake tenia en su campamento á un enemigo de aquel ministro, Monshi-Kavil Neyne, que se habia visto precisado á buscar un refugio entre los Ingleses. El jeneral vió todo el partido que en la nueva disposicion en que al parecer se hallaba Scindiah, se podia sacar de un huésped que habia sido desterrado por haber manifestado demasiado pronto disposiciones semejantes.

Unos parientes que Kavil Neyne tenia cerca de Scindiah insinuaron al rajá que aquel amigo de los Ingleses podria serle un mediador muy útil con ellos. Scindiah aprobó la idea, y Kavil Neyne recibió instrucciones en consecuencia. Todo marchaba á tenor de las previsiones del jeneral; pero á las primeras proposiciones de Scindiah, hizo contestar que no diria nada que hubiese puesto en libertad al residente inglés. Hasta entonces habia eludido Scindiah todas las intimaciones ó desdenados todas las amenazas que se le habian hecho sobre este punto; pero esta vez se apresuró á llenar la condicion que se le imponia; así pues ya desde el principio quedaba la ventaja á favor del negociador inglés. Pero cuál fué su asombro al recibir una carta de lord Cornwallis á Scindiah, en la que el gobernador jeneral solicitaba la libertad del residente, y dejaba columbrar que á este precio restituiria gusto al rajá Gualior y Gobud. Como el residente estaba ya libre, la carta no tenia objeto. Sin embargo como descubria harto á las claras el desprendimiento que presidia al consejo de Calcuta, y la discordancia de las autoridades inglesas entre sí, el jeneral tomó sobre sí el retenerla hasta que lord Cornwallis estuviese mejor informado del estado en que se hallaba la negociacion. Cornwallis, que se habia hecho cargo de la necesidad de estar mas cerca de los sitios, donde se trataban los negocios, se adelantaba hácia las provincias superiores del Indostan cuando fué detenido cerca de Benarés por una especie de parálisis que, cada mañana y durante una parte del dia, le hacia perder toda sensibilidad. La actividad de su ánimo se esforzaba en sobrevivir á aquella postracion del cuerpo; se hacia dar cuenta de los negocios, y dictaba todavía instrucciones y respuestas; pero tras un mes y dias de postracion, murió, el 5 de octubre (1805), en el punto donde se habia detenido, en Ghazipore. Allí mismo fué sepultado segun sus instrucciones; pues habia dicho: «Donde cayere el árbol, allí se quede.»

Su sustituto interino sir Jorje Barlow, abundaba en la misma política; la que se reducía á dos palabras; el abandono de todas las alianzas y de todas pretensiones sobre los territorios al oeste del Djamna. En consecuencia, á pesar de todas las representaciones que pudo hacer lord Lake sobre la materia, ajustóse el 23 de noviembre un tratado definitivo del cual se desprendía: 1º el abandono por los Ingleses de Gualior y de la provincia de Gohud; 2º la fijación de los límites de Scindiah en el río Chambul; 3º la renuncia de Scindiah á todos los jaghires, pensiones y propiedades particulares que le habían sido reconocidas por el tratado precedente; 4º el compromiso tomado por los Ingleses de pagarle una pensión anual de 4 laques de rupias, y además dos jaghires, señalado el uno á su mujer, el otro á su hija, hasta la concurrencia de un valor de tres laques de rupias; 5º el compromiso tomado por el gobierno británico de no hacer ningun tratado con los rajás de Djeypur, de Djudpur, de Kotah, y otros tributarios de Scindiah, así como de no intervenir en punto á las conquistas hechas por Scindiah sobre la casa de Holkar entre los ríos Tapti y Chambul; 6º el compromiso tomado por Scindiah de no volver á llamar á los negocios á su ministro depuesto Surdji Rao Ghautka, enemigo de los Ingleses. Insertóse también la misma cláusula en el tratado hecho con Holkar, pero analóse luego en uno y otro. Parece que, además de la cláusula de alianza ofensiva y defensiva de que eximían á Scindiah, se le concedían hartas ventajas en el tratado que acabamos de analizar. No obstante temeroso todavía sir Jorje Barlow de que apareciesen en él sobrados vestigios del imperio que los Ingleses habían ejercido en aquellas provincias, hizo insertar en él después una modificación en la cual se estipulaba formalmente que los Ingleses entendían renunciar á toda protección sobre los estados situados al norte del Chambul, estados de que la redacción primitiva no había hecho una mención bastante explícita.

Sir Jorje Barlow venía á ser el Godeheu de su país y de su tiempo; pero felizmente para la Inglaterra harto afianzada en su conquista ya antigua, un tratado como el de Godeheu no podía traer para ella las consecuencias que había tenido para la Francia cuarenta años antes. Si en el manejo de los grandes negocios hay un suplicio doloroso para los hombres superiores como lord Wellesley, no es el verse juzgados por la ignorancia, trabados por las rivalidades, contrapuestos por la envidia, vilipendiados por la calumnia; sino el reconocer al término de una vida laboriosa que, ayudados de las dos fuerzas mas grandes que haya en este mundo, el númen y el tiempo, no han podido edificar nada bastante estable que no destruya fácilmente un solo minuto ayudado de las buenas intenciones de un hombre pequeño, mediano y limitado. Lord Wellesley pudo hallar esta verdad en el fondo de la copa amarga de la que había bebido antes que él el grande Duplex.

Fuerza es decir sin embargo, en descargo de sir Jorje Barlow, que no hacia mas que conformarse con las instrucciones terminantes que el gobierno de Calcuta recibía de la junta de directores, y que por otra parte, tampoco estuvo exento de la satisfacción de contradecir sus principios con su conducta. Causa estrañeza por cierto el estar viendo la terquedad con que la junta de los directores vuelve periódicamente á ese sistema cien veces condenado y arruinado por los acontecimientos; á ese sistema que hubiera muerto á la Compañía, como harto lo probaba ya el ejemplo de la Compañía francesa; á ese sistema en fin contra el cual la fuerza de las cosas había prevalecido tantas veces y debía prevalecer todavía. Aunque esta política fué adoptada y proclamada solemnemente, y puesta en circulacion en todos los ramos del gobierno, conforme se fueron presentando los casos particulares con sus dificultades, todos se dieron prisa en abandonar la á porfía, así la junta de los directores como el gobernador jeneral.

protestando siempre empero con halagüeñas reservas, á favor del principio que habian proclamado. Llevada de su zelo reaccionario, la junta de los directores recomendaba vivamente la anulacion del tratado de Basein. Sir Jorje Barlow habia fulminado bastante recio contra los tratados que habian establecido la intervencion y la proteccion inglesa en Pimah y en Haiderabad; pero debió de quedar cortado, cuando teniendo que llegar á los hechos, tuvo que hacerse el abogado del tratado de Basein, contra la junta de los directores. Los negocios que surgieron en Haiderabad no le ahorraron tampoco el pequeño disgusto de desmentirse. El Nizam se habia desembarazado de un ministro hechura de los Ingleses, luego lo habia vuelto á tomar, y en seguida trataba de desembarazarse de él otra vez. Hermosa ocasion era aquella para Sir Jorje de inaugurar sobre este punto el reinado de la política de aislamiento y de no intervencion. Anticipándose á sus deseos, el subahdar del Decan rompía al parecer por sí mismo los vínculos por los cuales podia creerse atado con él el gobernador jeneral. Sir Jorje no vió con mucha satisfaccion aquel suceso que realizaba su utopia sin que él mismo hubiese de tomarse la molestia de poner en él la mano. Muy lejos de esto, trató de reasir aquellos derechos onerosos contra los cuales se habia pronunciado tan enérgicamente. En una carta bastante confusa que escribió á la junta de los directores, se justificaba en estos términos: «En esta *coyuntura extraordinaria* no se necesita ningun argumento para demostrar el peligro de dejar en un estado de solidez aparente, pero de decadencia real, nuestra alianza con el estado de Haiderabad.» No cabia justificar de un modo mas perentorio la política de lord Wellesley. No se necesitaba ningun argumento para demostrar el peligro que habia, no solo en Haiderabad, sino tambien en todas partes, de abandonar la política que desde lord Clive hasta el último de sus sucesores, habia constituido en la India la fuerza y la gran-

deza de Inglaterra: lord Wellesley hubo de tener una satisfaccion al oír esta declaracion de los labios de su opositor. La junta de los directores por su parte cuando hubo de decir su parecer sobre los últimos tratados de Scindiah y de Holkar, vituperó el abandono que se habia hecho del rájá de Djeypur, fiel aliado muy comprometido en el servicio de la causa inglesa; pues creia que cuando menos hubieran debido zanjarse entónces las dificultades que á la sazón existian entre él y Scindiah. Tambien desaprobó la supresion de la cláusula que vedaba á Scindiah como á Holkar el volver á emplear á Surdji Rao Gbantka. La oficina fiscal era del mismo sentir de la junta de los directores. Así pues, al paso que mantenian los principios, cada cual los orillaba á porfía en la aplicacion, sin duda á causa de la *coyuntura extraordinaria*. Sir Guillermo Bentinck, en Madrás, habia zanjado la dificultad suprimiendo decididamente el gobierno del nabab, y se esforzaba en hollar un sistema de administracion directa practicable y ventajoso.

Lord Minto, sucesor nombrado de lord Wellesley, llegó á Calcuta el 21 de enero de 1807. Llegaba á la India imbuido en las ideas de lord Cornwallis y de sir Jorje Barlow; pero dotado de un entendimiento mas joven que el primero, y mas extenso que el segundo, su grande inteligencia sabia doblegarse á las lecciones de la esperiencia. Ya desde luego pudo ver los frutos que habia producido desde lord Cornwallis la terquedad de una sumision ciega y literal á principios absolutos. Escluido de todos los tratados, Emir Khan, que habia visto firmar el último (el de Holkar) en su presencia, se habia retirado humillado y murmurando: «Bien pensado, una mosca puede atormentar á un elefante.» La desorganizacion completa en que la guerra y los tratados que la habian seguido habian puesto los estados del Radjputana, le facilitó luego los medios de cumplir las promesas que aquellas patabras implicaban. Aquellas partidas de aliados que el gobierno

británico habia licenciado cubrian el país de gavillas salteadoras. Holkar, que habia enloquecido, no tenia ninguna autoridad, su ejército se habia licenciado por sí mismo y pillaba y saqueaba. Scindiah, sin recursos, no pagaba el suyo sino por medio del pillaje. La profesion de Emir Khan habia venido á ser la profesion de todos; y era hermosa la ocasion para brindarle con el primer puesto que en tal compañía le correspondia. Unas desavenencias sobrevenidas entre los rajas de Djeypur y de Djudpur, con motivo de una novia que se disputaban, le pusieron luego en estado de aumentar su poderío. Empeñado alternativamente en el servicio de uno y otro, divertíase á veces en pillarlos á entrambos; no obstante acabó por adherirse á la causa del rajá de Djeypur, á quien, durante los desórdenes, habian escitado un competidor, y habiendo aumentado su ambicion los triunfos que alcanzó, se mostró luego como el restaurador del poder musulman. Tan grande pretension de parte de tal personaje no tenia nada que pudiese causar seria inquietud; pero como amenazaba atacar al rajá de Berar y conciliarse el Nizam, que estaba á la sazón malcontento, lord Minto juzgó del caso quebrantar también esta vez el principio de no intervencion, y esteader sobre el rajá amenazado una proteccion que no le debia. Ajustóse pues una alianza, sin condicion de parte de los Ingleses, quienes se avinieron á cargar, en parte al menos, con los gastos del cuerpo auxiliar. Todavía no habia habido ejemplar de semejante facilidad, ni aun de parte de los mas zelosos defensores del sistema de alianzas. Emir Khan no osó habérselas con las fuerzas inglesas, y fué á probar fortuna en otra parte. Los rajas de Djeypur y de Djudpur no reinaban ya sino sobre un país despoblado, talado por el pillaje y por la guerra que acababan de hacerse. Su impotencia habia venido á ser un obstáculo á esta guerra, su orgullo un obstáculo á la paz. Emir Khan fué quien halló un medio para allanar desde luego todas las dificultades, y ese medio injenió-

so era la muerte de la mujer que era la causa de su contienda. Esta Helena, hija del rajá de Odeypur, cuya dinastia se jacta de subir hasta el célebre Poro, era una de las beldades mas peregrinas de la India. Cojido entre dos rivales igualmente temibles, ninguno de los cuales hubiera consentido jamás que cayese la muchacha en poder del otro, el desventurado padre no podia resolverse ni á darla ni guardarla, por cuanto el celibato de una hija es un baldon en la India para toda una familia. A pesar de las insinuaciones que se le hacian por uno de sus consejeros íntimos, que seguia en esta parte las sugestiones de Emir Khan, tampoco podia resolverse á abrazar el postrer partido que le quedaba, la muerte de su hija. Una hermana de la hermosa Kishen Kower tomó sobre sí tan triste valor, y se presentó á su hermana con una copa de veneno en la mano. La bella Indiana, digna sangre de los héroes antiguos, echando su postrer mirada en aquella pócima fatal, cojió la copa con mano firme y la vació toda. Al acabarse de consumir aquel triste sacrificio, llega un viejo jefe, servidor rendido del rajá. Traspone sin ceremonia todas las puertas del palacio, y penetrando hasta el retrete del rajá que lloraba con los suyos la desdicha que le abrumaba: «¿Ha muerto ó vive todavía la princesa?» esclama. Adjeit Singh, el siniestro consejero, tiene la avilantez de contestarle. Poniendo entónces su sable y su broquel á los piés del rajá, el anciano Sugware Singh dice: «Por espacio de mas de treinta jeneraciones mis antepasados han servido lealmente á los tuyos. No me es lícito espresar lo que siento; harto lo sé; para esto no obstante he de añadir esto: y es que ya no se emplearán mis armas en tu servicio.» Y luego encarándose con Adjeit Singh, le dice: «Por lo que á tí hace, malvado, que has arrojado este baldon sobre el nombre del rajá, ¡recarga sobre tí la maldicion de un padre! ¡ojalá mueras sin hijos!» Con efecto, pocos meses despues murió el hijo de Adjeit Singh; y se achacó esta muerte á las maldiciones del an-

ciano Sugwan Singh. Hemos añadido este episodio tierno y característico al bosquejo de los desórdenes en que estaban sumidos los pueblos entregados á los bandidos por una política deplorable. Al tomar lord Minto el partido del rajá de Berar, probó bien claramente que estaba hecho cargo de que habian ido demasiado lejos. Pero atado por sus instrucciones y por su primer modo de ver las cosas, no osó seguir esta via hasta el fin. Despues de haber mandado al coronel Closos perseguir á las tropas de Emir Khan hasta destruirlas ó dispersarlas completamente, acordó lo contrario; y nuevas instrucciones recomendaron al coronel Close que se contentase con arrojar á Emir Khan del territorio de Berar, dejándole por otra parte la facultad de proseguir el primer plan si lo tenia por conveniente. Ya habia el coronel traspuesto las fronteras de Berar, penetrado en el Malwa, y puesto sitio á Seranga, capital de Emir Khan, cuando recibió las nuevas instrucciones. No quiso tomar sobre sí la responsabilidad de que sobre él se descargaba el gobernador jeneral; y por lo tanto se dió prisa en levantar el sitio y volver á los límites del territorio que debía ceñirse á cubrir. De este modo se libró Emir Khan de la ruina que le amenazaba, y esta semi-intervencion solo tuvo el efecto local y momentáneo de proteger al rajá de Berar.

En Punah, aunque no eran tantos los escesos, no era menor la confusion. El tratado de Basein, al paso que menoscababa la autoridad secular del peschwah, habia abierto una brecha que daba paso á todos los asaltos, desde que se retiraba la potencia británica que al principio se habia interpuesto. Los jaghirdares del mediodía (propietarios de jaghires ó grandes feudatarios del imperio mahrata) se utilizaron para acabar de dismantelar la vieja soberanía del peschwah, y hasta para engrandecer sus territorios á costa suya. Allí tambien tuvo que intervenir lord Minto. Traspasando esta vez los proyectos de su subordinado, el residente británico, que queria seguir un

término medio, desenterró formalmente la letra del tratado de Basein y los derechos que este texto atribuia al peschwah sobre la proteccion de las fuerzas británicas. Llamados á Pinderpore, los jaghirdares, reunidos en presencia del peschwah y del residente, recibieron la intimacion de restituir las tierras que estaban poseyendo sin *sunud*, ó título auténtico, y se les amenazó con la intervencion de las tropas, si no obedecian. Trabajo les costó el resolverse, mas al fin obedecieron. En esta ocasion, reapareció lord Wellesley en Minto.

Haiderabad, donde Sir Jorje Barlow se habia ya visto precisado á desmentir su principio de no intervencion, Haiderabad hubiera tenido grandísima necesidad tambien de lord Minto, tal como se habia presentado en Punah. La buena voluntad apocada de Sir Jorje Barlow no habia tomado mas que providencias incompletas y hecho esfuerzos ineficaces. La desorganizacion estaba en todas partes, y hasta en el cerebro del Nizam, á quien suponian loco. Algunos privados y banqueros eran los únicos que hacian su agosto con la disolucion de todos los vínculos del estado; todo lo demás zozobraba en la anarquía y en la miseria mas rematada. Lord Minto se hizo cargo de la necesidad de poner un remedio á aquel estado de cosas, y trató de hacerlo; é hizo lo bastante para quebrantar nuevamente sus instrucciones, mas no lo preciso desgraciadamente para hacer provechosa esta infraccion.

Supo vencer todos sus escrúpulos contra los Seikes. Son los Seikes una secta relijiosa y cismática, que hoy día ha venido á ser un pueblo en el grandísimo triángulo que señalan, al noroeste del Indostan, el curso del Indo, el del Sattedje y el Himalaya. Los cinco rios (Indo, Djalem, Tchenab, Ravi, Sattedje) que bañan esta rejion, le han dado el nombre de Pendjab. En la primera mitad del siglo pasado, en medio de las convulsiones y desórdenes que señalaban la decadencia del imperio mogol, los zemindares Djates del Pend-

jab (los Djates ó Djautes son los pueblos que habitan al noroeste de Delhi) resolvieron sustraerse á las tiránicas vejaciones que desde mucho tiempo los abrumaban. Para unirse con un lazo mas estrecho, proclamaron la fe y las doctrinas de Govind Sick, último *gurú* (ó apóstol, guia espiritual) de los Seikes, y tomaron *pahul* de la iniciacion. El *pahul* es el agua en la que se han lavado los piés el neófito y el iniciador. Echan azúcar en ella y la ajitan con un cuchillo cantando cinco coplas. Entre cada copla se arroja la respiracion y beben el *pahul* gritando ¡Wah! ¡Wah! ¡Govind Seik! ap hi guro tchela (¡Wah! ¡wah! ¡Govind Seik! es su maestro y su alumno propio). Cumplida esta ceremonia, los nuevos iniciados se dejaron crecer la barba y el cabello; anunciaron que la reja del arado se trocaria en espada vengadora, y que los preceptos de Guru Govind prevaleirian sobre las doctrinas de los Vedas y de los Shasteres (comentarios de los Vedas). Dividiéronse en cuadrillas de quince á veinte hombres, llamados *dharvi*, ú hombres de carretera, y comenaron á poner en planta el destino contenido en este nombre, robando á los viandantes y saqueando pueblos y ciudades. De este modo se empieza siempre en la India. Con este oficio, ganaron armas desde luego, en seguida caballos, y mas adelante reclutas, y progresaron en términos que llamaron sobre sí la atencion de los vireyes ó subahdares. Pero ya tenían entónces ejércitos para salir á campaña. Aniquilados varias veces por las huestes del imperio, fueron perseguidos y precisados, para librarse de la muerte, á cortarse el cabello. Habíase condenado á quien quiera que fuese que proclamase el nombre de Govind Seik, y se habia puesto á talla la cabeza de sus discípulos. Pero este rigor no les impidió volverse á levantar repetidas veces, y siempre mas poderosos, merced á la flaqueza, que siempre iba á mas, del gobierno mogol. Las invasiones de los Afghaneses, bajo el abdalí Ahmed Shah, causaron en el Pendjab una série de re-

voluciones muy favorables al aumento de los Seikes. En 1757, se unieron con Adina Beg Khan, gobernador del Djalander Duab (entre el Beyah y el Salledje), quien, fortalecido además con la alianza de los Mahratas, recobró á Lahore y el Pendjab sobre el mozo Timur, hijo del abdalí. Para vengar esta afrenta reapareció el último en el Indostan, y ganó sobre los Mahratas la sangrienta batalla de Panipat (1761). A pesar de esta gran victoria, los Seikes osaron, al año siguiente, hacer frente á los tenientes de Ahmed Shah, en la provincia de Lahore, y obligaron al formidable abdalí á ir en persona á castigarlos. Pero volvieron á levantarse á poco de haberse marchado aquel; volvió otra vez; pero habiéndole abandonado parte de su ejército, tuvo que abandonar definitivamente á los Seikes el Pendjab, que ya no podia disputarles sin orillar el cuidado que reclamaba la agitacion de sus propios estados. Para arreglar la particion de su conquista, los Seikes se repartieron en asociaciones llamadas *Misales*; hubo doce misales principales, entre los que se partió el territorio. En seguida cada misaldar arregló con sus subordinados la particion de las tierras del misal. Designado el Serdari, ó parte del jefe, se dividia lo restante en patís, ó partes de jefes de segundo orden, las que se iban tambien subdividiendo para los jefes inferiores. Cada patidar, cualquiera que fuese su puesto en la jerarquía, poseia su feudo por el mismo título y con su derecho tan absoluto como el Serdar en el misal, ó el misaldar en la asociacion jeneral. De este modo levantaron una especie de sistema feudal y federal á un tiempo, que no debia durar mucho tiempo. A la cabeza de uno de estos misales se hallaba un serdar llamado Tcharat Singh, cuyo abuelo, Djat de la tribu de Sansi, poseia sobre su patrimonio dos arados y un pozo, y cuyo nieto habia de ser el soberano mas poderoso, despues de los Ingleses, y el mas independiente de la India. En tiempo de lord Minto, Randjit Singh, nieto de Tcharat Singh, habia ya recojido y aumentado la he-

rencia de su padre, Maha Singh, jefe del Sukart-chakia misal. Aprovechándose de las divisiones perpetuas que el régimen adoptado por los Seikes mantenía entre ellos, se había dedicado á establecer su preeminencia sobre cada uno de los otros misales, acechando el trance de aniquilar su independencia. Cuando Sir Jorje Barlow llamó el influjo inglés aqueñe el Djamna, utilizó Randjit Singh la ocasion que se le rodeaba de hacer trasponer al suyo el Sattedje, y de establecerlo en el mismo terreno que Sir Jorje Barlow abandonaba. Quiso forzar á todos los pequeños príncipes escalonados entre el Sattedje y Delhi á aceptar su mediacion, esto es, su soberanía. Ya había reducido á muchísimos con las armas, cuando alarmados los otros de sus progresos, acordaron enviar á tres de ellos á Delhi (marzo de 1808), para invocar la proteccion del gobierno británico. Los embajadores recibieron del residente algunas palabras de consuelo; pero llamados luego por Randjit Singh que, temeroso de una intervencion inglesa, les manifestaba el deseo de entenderse con ellos directamente y se comprometia á darles satisfaccion, fueron á verle en Amritsar. Sin embargo el gobierno inglés estaba sobre sí. Una embajada que Napoleon acababa de enviar á Persia, escitaba vivas zozobras, y para el caso que se verificase una invasion por el oeste, la prudencia mas vulgar aconsejaba enlazar con la causa inglesa todos los pequeños estados limitrofes, y contener dentro de justos límites el desarrollo de los que podian venir á ser enemigos. Por esta causa hizo lord Minto para los príncipes Djates lo que no había querido hacer para los príncipes Radjputes. A pesar de las vivas instancias de los últimos, mandó partir para el Pendjab á Sir Carlos Metcalf. Randjit Singh designó la plaza de Kasur para las conferencias que con él queria tener el negociador inglés. Sir Carlos espuso el objeto de su mision, que era contener al rajá en los límites del Pendjab; pero apenas se habían comenzado las conferencias, cuando Randjit Singh,

levantando repentinamente sus reales de Kasur, plantó al embajador, traspuso el Sattedje, y acosó mas vivamente que nunca á los príncipes á quienes la embajada se proponia proteger. Siguióle al principio Sir Carlos Metcalf reconviniéndole y protestando; pero viendo que no le hacian caso, el agente inglés se detuvo en las riberas del rio, para aguardar nuevas instrucciones. Cuando Randjit Singh hubo desposeido á dos ó tres príncipes, é impuesto tributo á otros, volvió á Amritsar á proseguir sus conferencias con Sir Carlos Metcalf. Lord Minto había tomado ya su partido. Sin ejercer ninguna reclamacion sobre los territorios ya conquistados por Randjit Singh, esceptuando empero los que le había proporcionado aquella última campaña, declaraba que todos los estados al este del Sattedje estaban en adelante bajo la proteccion británica; y en apoyo de esta declaracion, adelantóse el coronel Ochterlony á la cabeza de un ejército, arrojando por delante á las tropas Seikes y fué á tomar posicion en Ludiana, á orillas del Sattedje. En vano pretendió Randjit Singh que los límites de las posesiones inglesas eran el Djamna y no el Sattedje; que su calidad de soberano de Lahore le daba derecho de soberanía sobre todas las tribus seikes diseminadas, no solamente al oeste, sino tambien al este del último rio. Pero como los Ingleses, en caso de resistirse él demasiado abiertamente, hubieran podido brindar con su apoyo á los otros jefes seikes, á quienes con harto trabajo podia contener, le fué forzoso resignarse. Un tratado, que firmó en Amritsar, el 25 de abril de 1809, estipulaba una paz y amistad eternas entre los Ingleses y el estado de Lahore. Los Ingleses renunciaban á todo influjo en el pais y sobre los súbditos del rajá, al norte del Sattedje. El rajá se obligaba á no mantener, en las ciudades que poseia en la orilla opuesta, sino las tropas necesarias para su buen gobierno, y prometia abstenerse de todo ataque contra las posesiones de sus vecinos. Este tratado se ha observado religiosamente hasta el fin. Randjit Singh ha vi-

vido siempre con los Ingleses en las mejores relaciones de mútua benevolencia. Y he aquí como, con un plan político determinado de antemano, hubo lord Minto de tomar, sobre todas las cuestiones, acuerdos mas ó menos opuestos á aquel plan, no pudiendo realizarlo integralmente en ninguna parte. En esto hizo lo que habia hecho lord Cornwallis durante su primera administracion, en tiempo de la guerra con el Misore. Si algo pudiese faltar á la gloria de Clive, de Warren Hastings y de Wellesley, triunvirato famoso, que viene á ser el tripode sobre el cual, históricamente hablando, está asentado el poderio británico en la India, seria el ver á hombres superiores tambien, como lord Cornwallis y lord Minto, aferrarse vanamente, cuando tratan de apartarse de la tradicion de aquellas sumas inteligencias, á unos principios cuya impotencia los rechaza violentamente á la via que se esforzaban en abandonar.

Fuera de esto, las providencias que tomó lord Minto con respecto á la Persia no se limitaron á este tratado ajustado con Randjit Singh. Tambien quiso combatir y derribar, si estaba en su mano, en la corte del Shah, el influjo francés, y el número de Napoleon. Nombró al efecto embajador al coronel Sir John Malcolm, hombre eminente en todos conceptos. Mas este no logró audiencia del Shah, quien solo se dignó tratar con él por el intermedio de su hijo, virey de Shiraz, lo que le obligó á volver á Calcuta sin haber adelantado nada. Lord Minto envió entonces otro embajador, Sir Hartsford, y para que le escuchasen, preparó una expedicion contra algun punto del golfo Pérsico. Pero habiendo podido llegar Sir Hartsford sin tropiezo hasta Teheran, donde halló el influjo francés en su menguante, se dió contraórden á la expedicion proyectada, y ajustó fácilmente con el Shah un tratado por el cual este se obligaba á ayudar á los Ingleses contra toda tentativa de invasion. Por otra parte los Ingleses le daban un subsidio de 200.000 libras esterlinas anuales mientras estuviese en guerra con

la Rusia. Tambien quiso lord Minto afianzarse los Afghaneses y empezó á entablar relaciones con ellos por medio de una embajada que envió á Kabul. Así pues, el influjo inglés, que al principio habia querido ceñir aqueude el Djamna, se veia llevado por el mismo allende el Indo, y mucho mas lejos todavía, á Teheran, entre el golfo Pérsico y el mar Caspio, casi á las bocas del Wolga. Aun hoy dia, allá se está, y no ha pasado mas allá, habiéndose parado donde lo llevó lord Minto, quien lo llevó con efecto al último límite que pueda alcanzar volviendo de Calcuta hacia el Occidente. Ahora vamos á verlo adelantarse hacia el Oriente, siempre por el afan de lord Minto.

CAPITULO XXIV.

TOMA Y EVACUACION DE LA ISLA DE MACAO. ESPEDICIONES DE JATA Y DE SUMATRA.

El opio y el té eran ya entonces el objeto de un comercio muy cuantioso entre la Compañía y la China. A decir la verdad, el comercio del opio era el principal recurso de la Compañía, y lo que le hacia sostener los gastos enormes de la conquista. Así pues la China venia á ser en resumen la nodriza criadora del imperio británico naciente. Ya hemos visto á lord Cornwallis, en estando agotados todos los recursos de la India, echar mano como postrer recurso del dinero que llevaban los buques de la China. Lord Wellesley tuvo tambien la ocasion de remedar este ejemplo. La importancia de este comercio y la dificultad habitual de las relaciones con los estados del celeste emperador hicieron pensar á lord Minto que seria ventajosísimo para los Ingleses el poseer en los mismos sitios una plaza segura. En consecuencia envió, en 1809, una expedicion á las órdenes del almirante Drury, para tomar posesion de la isla de Macao á la entrada del rio de Canton. El almirante hizo fácilmente esta conquista, pero al punto rompieron los Chinos todo comercio con los Ingleses y declararon que no volverian á tratar con ellos mientras no hubiese

desaparecido de sus costas todo aparato guerrero. Los Ingleses abandonaron pues su conquista, pero mucho tardó en renacer todavía la confianza de los Chinos. Segun es de ver, por todas partes donde se adelanta hoy dia la política inglesa, á Teheran, á Kabul, á la China, no hace mas que seguir la pista de lord Minto. Este estadista á quien una política menguada habia elegido por representante y enviado de la India para tocar allí la retirada ha proyectado al contrario los radios de la potencia británica mas allá de todos los límites que al principio hubiera codiciado, y fijado, con cuarenta años de anticipacion, y con prevision peregrina, los puntos mas remotos que debia alcanzar. Las últimas expediciones de Kabul y de la China, que apenas tienen en el dia dos actos de fecha, no han hecho mas que volver á tomar la cuestion en el último punto donde lord Minto la habia dejado. Hasta tal punto su entendimiento despejado traspasaba los límites del programa que habia creído poder aceptar al principio y en el que le habian encerrado.

Era una singularidad reservada al destino de este hombre esclarecido el hallar su accion harto estrecha en los límites de aquella India que tenia el encargo de hallar demasiado grande. Los Franceses, con la agregacion de la Holanda al imperio, eran dueños entónces de las posesiones holandesas en los archipiélagos de la China y de las Indias. Escasa era la utilidad que de ellas sacaban, eran allí poco temibles, y cabia sin inconveniente, al menos mientras durase la guerra europea, dejarlos vejeter allí en paz. Pero lord Minto, que al pasar á sotavento de las islas de Francia y de Borbon, en su travesía de Lóndres á Calcuta, habia ya tomado posesion de estas islas en nombre de la Gran Bretaña, resolvió no tolerar por mas tiempo á los Franceses en Java; hizo pues los preparativos de la expedicion, y el 4 de agosto de 1811, fondeó en la bahía de Batavia una encuadra inglesa que llevaba tropas de desembarco. El gobernador jeneral, que habia conce-

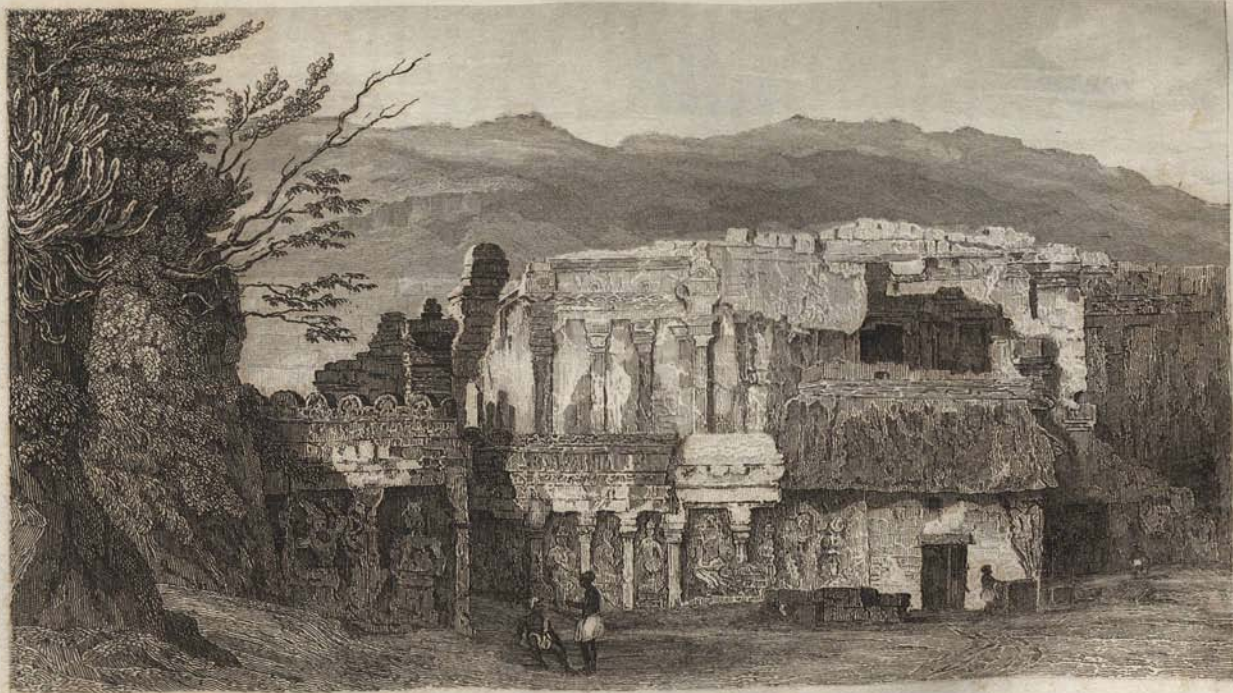
bido esta expedicion tomaba parte en ella como mero voluntario. Las fuerzas inglesas subian á 11.960 hombres, la mitad europeos, tropas veteranas todas y de valor á toda prueba, la flor de los hombres formados por las últimas guerras del Indostan y del Decan. No sucedia lo mismo con las tropas francesas, bisoñas todas, no formadas y menos aguerridas, y sobre todo no acostumbradas á aquel clima debajo del cual, en ciertas estaciones, de diez amigos reunidos á la misma mesa, uno de ellos puede estar cierto de ser enterado en la misma semana por los otros nueve. El jeneral en jefe era Mr. Janssens, de oríjen belga, hombre valeroso y de alguna habilidad; pero que no tenia ninguna de aquellas grandes prendas que enjendran el triunfo. Su plan de defensa bastante bien concebido consistia en abandonar la ciudad de Batavia, lugar muy mal sano, y fortificarse no lejos de allí, en Weltevreden punto notable por su salubridad. Para quitar á los Ingleses los recursos y las noticias que pudiera proporcionarles la posesion de la capital, la mandó evacuar por el vecindario, rompió los puentes y acueductos que conducian el agua potable, y se llevó ó destruyó los abastos. Hizo mal de ceñirse á estos medios de defensa y de no tratar de oponerse al desembarco ni á la marcha de los Ingleses sobre Batavia. Los majistrados y algunos centenares de Malayos se habian quedado en la ciudad. Ya empezaban estos el saqueo, cuando se presentaron los Ingleses en los arrabales; y saliendo los majistrados á recibir al coronel Gillepsie, que mandaba en jefe, pusieron la ciudad bajo su proteccion. El 8, se enarboló la bandera inglesa en los edificios públicos. En la noche siguiente, el jeneral Janssens quiso reparar con otro yerro el que ya habia cometido dejando desembarcar á los Ingleses y llegar sin obstáculo delante de Batavia; probó un ataque contra la ciudad. El enemigo, que ya se lo presumia, estaba sobre las armas, y aunque los soldados, á falta de agua hubiesen hallado en las casas muchos

licores, el ataque fué rechazado por los Ingleses sin la pérdida de un solo hombre. Dos dias despues, el coronel Gillespie, habiendo recibido toda su artillería, tomó la ofensiva y marchó sobre Welterwreden. Los Franceses lo habian ya abandonado tomando posicion sobre el camino de Cornelis. Esta posicion era fuertísima; pero Janssens se dejó cercar, y fué derrotado aun antes de haber llegado el grueso del ejército inglés al campo de batalla. Esta batalla poco disputada les entregó 300 cañones encerrados en el arsenal de Welterwreden y abastos inmensos de toda especie. La pérdida de los Franceses en el campo de batalla fué de 500 hombres y de 4 piezas de artillería, los Ingleses no tuvieron mas que 17 hombres muertos y 72 heridos. Janssens se retiró á Cornelis; ya reinaba la mortalidad en sus tropas. No obstante lograba con su enerjía entonar á los suyos é infundirles confianza. Cornelis era un campo muy fortificado y cubierto al este y al oeste por dos rios. El ejército inglés habia seguido de cerca á los vencidos; recibió su reserva y su artillería de sitio, y empezó á abrir sus trincheras en medio del fusileo y de los gritos de *¡viva el emperador!* con que los Franceses celebraban en aquel rincon del mundo á 5.000 leguas de distancia, el cumpleaños de su soberano. En la noche del 23 ya estaban construidas las baterías de los sitiadores y montados sus cañones; y aquel mismo dia probaron un ataque sobre la plaza que no les salió bien. Al dia siguiente empezó el fuego; el cañoneo duró todo el dia é hizo grandes estragos en ambos ejércitos; pero los Franceses padecian aun mas por efecto del clima que del fuego del enemigo. El general inglés, si bien mandaba tropas mejor aclimatadas por su hábito de la temperatura y de los paises mal sanos de la India temia sin embargo para ellos las fatigas de un largo sitio y no queria imponerles unos trabajos superiores á sus fuerzas. De ahí es que trataba de acabar de una vez; pero deteníale una sola dificultad. Las medidas tomadas por el je-

neral Janssens para ocultar á sus enemigos sus fuerzas y recursos habian sido tan eficaces, que Gillespie ignoraba absolutamente cuales eran la guarnicion y los abastos del fuerte; tampoco sabia sino muy imperfectamente cuales eran la disposicion de las obras y su sistema de correspondencia. Pero un desertor de origen holandés le dió sobre este punto las noticias que deseaba, y se resolvió el ataque. El 26 de agosto á media noche, Gillespie se puso personalmente á la cabeza del destacamento que iba á ejecutar la empresa; servíale de guia el desertor holandés. Dió un largo rodeo por un pais muy escabroso, donde la dificultad de la marcha separó luego la cabeza de la columna de la cola. Ya habia llegado la primera á una encrucijada; cuando el guia declaró que no sabia que camino habia de tomar. Tras algunos minutos de consejo, un oficial que anteriormente habia hecho un reconocimiento por aquel lado, creyó reconocer el camino que se habia de tomar. El guia, á pocos pasos volvió á reconocerse y con efecto, poco despues llegaron al pié de las trincheras francesas. Entónces echaron de ver que la mitad del destacamento se habia quedado atrás, y como era forzoso incorporarla, vuelven atrás; pero cuando se juntan las dos fracciones del destacamento, empezaba á rayar el dia. Incierto sobre lo que ha de hacer, Gillespie calcula los inconvenientes de la retirada y los peligros de un ataque que ya no será una sorpresa; pero como debian ayudar su ataque otros ataques por otros puntos, los que se habian de desgraciar en no verificándose este, esta consideracion, junto con el carácter resuelto del jefe, le decide prontamente; ya se veian los centinelas francesas á la claridad del crepúsculo. Oyese un *quien vive*; ya no habia que perder un instante, y allá se arrojan; un puesto avanzado al pié del reducto principal queda ganado; en un instante toda la línea de las fortificaciones se enciende y dispara. Las balas de cañon pasan por encima de la cabeza de los Ingleses quienes, cargando á la bayo-

meta, suben escalando, y se apoderan de las piezas antes que hayan tenido tiempo de volverlas á cargar. Ya estaba en su poder el primer reducto, el cual facilitaba el paso del Siokao. Despues de haberse asegurado la defensa del puente, Gillespie se arroja sobre otro reducto interior y se apodera de él, no sin alguna pérdida. El coronel Gibbs por su parte gana el tercero; pero habia allí dos oficiales franceses que se habian jurado no caer vivos en manos del enemigo. Hace explosion un almacén de pólvora al que pegan fuego, y que vuela con el reducto, sitiadores y sitiados. Gibbs, que ya lejos de allí, habia sido derribado de su caballo por la conmocion, sigue por la derecha, y Gillespie por la izquierda. Poco despues son ganadas todas las baterías francesas, un cuarto reducto cae en poder de los Ingleses, y por último el pequeño fuerte de Cornelis se entrega casi sin resistencia. El campamento fortificado habia perdido toda su defensa; todos los cuerpos destacados se habian reunido. Janssens mandó la retirada, la que se hizo desordenadamente; y Gillespie con la caballería persiguió á los vencidos hasta la mitad del camino de Buitenzorg y les hizo 6.000 prisioneros entre ellos 2 jenerales, 5 coroneles, 4 mayores, 21 jefes de batallon, 60 capitanes, 124 tenientes, y dos edecanes del jeneral Janssens. Con esta accion se hallaba el ejército francés reducido á 2.000 hombres, de los cuales muchos fugitivos se habian refugiado en los juncales y habian desaparecido. El ejército inglés era de 9.500 hombres. Buitenzorg hubiera podido ser una posicion formidable, y Janssens habia pensado en mandarla fortificar; se estaba trabajando en ella cuando allí llegaron los Ingleses (28 de agosto). Pero desgraciadamente estaban las obras muy atrasadas, y por otra parte no habia nadie que las defendiese. De todas sus tropas no habia podido reunir el jeneral Janssens mas que algunos jinetes con los cuales se retiraba hacia el este. Lord Minto, que por dos veces le habia ofrecido la paz, le en-

vió nuevamente sus proposiciones al efecto; pero el jeneral le contestó que se lisonjeaba todavia de conservar bastantes recursos para cansar á la fortuna enemiga. Al mismo tiempo enviaba con las fragatas *la Ninfa* y *la Medusa* á uno de sus edecanes á Francia, para llevar allá la noticia de los últimos acontecimientos y de la resolucion en que estaba de no abandonar la isla mientras en ella pudiese sostenerse. Contaba sacar partido de los indijenas para hacer á los Ingleses una guerra de matorrales que los diezmaria y acabaria acaso por cansarlos. Efectivamente, la toma del fuerte de Cheribon trajo luego consigo la rendicion de la poca caballería que Janssens tenia consigo, y el jeneral, viéndose solo con su estado mayor, se vió precisado á buscar partidarios entre los indijenas. En este apuro desechó nuevamente las proposiciones de paz, que le fueron dirigidas por el jeneral Sir Samuel Auchmuty y el almirante. Sir Samuel le escribia: «Harto habeis hecho para la gloria; pensad ya en los intereses que se hallan bajo vuestra proteccion. Sometiéndos á un destino ya inevitable, contened la mano de los miserables bañadas quizás en este momento en la sangre de los colonos... Pero si se ha de derramar sangre sin necesidad, si se les deja á los indijenas la libertad de pillar y degollar á los Europeos de Java, os hacemos responsable á vos y á vuestros adherentes actuales. Estamos firmemente resueltos á precaver estos horrores; vuestra perseverancia en una causa perdida no ha de inutilizar nuestros conatos.» A esto contestó el jeneral Janssens: «Los fieles vasallos del gobierno tienen que defender la misma causa que yo; les debo la misma proteccion que á los súbditos directos de S. M. el emperador y rey. No soy insensible á los males que padecen los habitantes de la colonia; pero no está en mi mano el aliviarlos. Tengo de V. E. muy buena opinion para no estar seguro de que al mismo tiempo que pelea contra los que tienen las armas en la mano, sabrá proteger á los pacíficos colonos y á



L'original de cet

Le Kelasa à Ellora.

El Kelasa en Ellora

los indijenas que se hallan en los sitios ocupados por las tropas de S. M. Británica, y precaver los horrores que no son las resultas necesarias de la guerra.»

Algunos dias despues, hallábase el jeneral á la cabeza de 1.500 hombres que le habia en parte facilitado un principe indijena llamado Prang Wedom, que tenia el grado de coronel en el ejército francés. Con esta fuerza, tomó una posicion formidable por naturaleza cerca de Samarang, en la cordillera de montañas que parte en dos la isla de Java, de este á oeste. Pero todos estos 1.500 hombres eran de caballería. No obstante, á pesar de esta circunstancia, los oficiales ingleses juzgaron la posicion inatacable de frente y resolvieron embestirla por la espalda. Apenas fueron dueños de algunas alturas vecinas, donde establecieron su artillería, cuando el ejército javanés de Janssens viéndolos precipitarse al valle que de ellos los separaba, se sintió acobardado por tanta audacia. Así fué que tras un breve cañoneo, echó á correr sin dar al enemigo tiempo para subir la altura que ocupaba; Javanese y Malayos huyeron sin llevarse ni siquiera sus cañones. Viéndose otra vez solo, el jeneral Janssens se gñareció en el fuerte de Salatiga, pero allí viendo que no podia sostenerse y que era una quimera el contar con unos soldados como los indijenas, hizo pedir á Sir Samuel Auchmuty un armisticio para arreglar las pactos de una capitulacion. Irritado sin duda por la negativa de antes, Sir Samuel no quiso conceder ningun plazo, mas allá de 24 horas, ni mas condiciones que las que él mismo dictó. Estas condiciones eran que el tratado comprenderia á Java y sus dependencias; que todos los militares serian prisioneros de guerra; que el gobierno inglés obraria como mejor lo entendiese en todos los puntos; que esto no obstante, garantia la deuda pública y el papel moneda liquidado. Janssens hubiera querido poner algunos reparos y pidió una entrevista á sir Samuel; pero este, poniendo en sus procederes un rigor

indecoroso entre militares, se la negó con dureza, é insistió en una aceptacion inmediata y categórica; y hasta se puso en movimiento sobre Salatiga. Ya no le quedaba á Janssens mas arbitrio que el someterse. Escribió pues á Sir Samuel una carta en la que se leen estos pasajes: « En tal situacion, no podia yo pretender dictar los articulos de una capitulacion. De aquí es que me ha afectado una cosa, lo confieso, es la negativa de V. E. de tener un coloquio conmigo. Esto no le hubiera comprometido á nada. La prolongacion ó suspension del armisticio, me era muy indiferente. No teniendo ya ni un solo soldado, no habia para mí posibilidad de resistir. Estoy convencido de que si V. E. me hubiese concedido este coloquio, hubiera consentido, sin abandonar ninguna de las ventajas que su gobierno acababa de ganar, en otorgarme una capitulacion, cuyos terminos hubieran sido menos duros para mí y menos humillantes.» Terminaba recomendando al jeneral inglés que suavizase en cuanto creyese poderlo hacer la condicion de los oficiales que habian tenido la desgracia de servir bajo sus órdenes.» Las quejas del orgullo lastimado en un pecho pundonoso se exhalan en esta carta con una dignidad que las hace todavia mas tiernas. Janssens fué enviado inmediatamente á Inglaterra, y habiendo los Ingleses espulsado de Java á los Franceses, ya no les quedó mas que hacer sino conquistarla sobre los indijenas. Un sultán de Djocjocarta con quien los Ingleses se dignaron tratar, les obligó repentinamente á hacerle la guerra. Ahogando las rivalidades, el odio que profesaba á los Europeos, se coligó con su enemigo y vecino el sultán de Salú. Sus propias tropas habian ya sido aniquiladas en un primer encuentro, tras lo cual Gillespie habia partido para Sumatra á donde le habian llamado unos acontecimientos de que luego hablarémos. Cuando volvió, los aliados habian puesto en pié fuerzas considerables. Tras algunos ensayos de conciliacion que no hicieron mas que

ensoberbecer al enemigo, juzgó el general que era forzoso obrar con resolución, y se apostó delante de Djocjocarta. La guarnicion era de 6 á 7 mil hombres; pero vagaban por las cercanías partidas numerosas que hacian subir hasta 100.000 hombres y que estaban prontas á arrojar sobre los Ingleses á la primera coyuntura. Los Ingleses se habian alojado en un fuerte construido por los Holandeses cerca de Djocjocarta. El sultan que la víspera habia tenido con ellos una escaramuza, les intimó que se entregasen á discrecion; y probó durante la noche, algunas salidas que fueron rechazadas. La debilidad de los sitiadores, que no les permitia hacer un sitio en regla les atajaba tambien toda retirada. Era forzoso vencer allá ó perecer y la agitacion que reinaba en toda la isla ponía la suerte de la reciente conquista á la merced del acontecimiento que estaba pendiente. Resolvióse la toma por escalada. El destacamento destinado á esta operacion llegó al pié de las murallas y plantó en ellas sus escalas sin ser visto, y á pesar del vivísimo fuego que desde luego se trabó, aunque tarde ya, por los sitiadores, los Ingleses quedaron dueños de la muralla, de donde huyó el enemigo casi sin resistencia para refugiarse en una mezquita. Allí se sostuvo unas tres horas; pero al fin se vió precisado el sultan á entregarse á los Ingleses. Estos habian peleado uno contra diez y siete; y hechos cargo de la necesidad del orden y de la disciplina en aquel trance, no se habia desviado ni un soldado para pillar, y en esta ciudad tomada por asalto, se respetó hasta el serrallo del sultan. La toma de Djocjocarta (junio de 1812) dió que pensar al emperador de Sula, quien se apresuró á aceptar la paz bajo los pactos que se le ofrecian. Los otros príncipes siguieron este ejemplo; y habiéndose dejado sorprender y cojer un caudillo de guerrilleros que recorria la isla, viéronse los Ingleses pacíficos dueños de Java.

Reinaba en Sumatra un sultan cuyo hijo mayor, Pangarang-Batu, se complacia en toda clase de escesos,

y hacia sentir duramente á los habitantes de Palimbang que eran los vasallos de su padre. Trató una noche de forzar á una mujer de un mercader indijena, en el interior de la factoría holandesa. Atraída por los alaridos de aquella mujer y de su marido, una patrulla holandesa acosó á Su Alteza y tan de cerca que no le quedó mas arbitrio que arrojar al agua. Humillado el príncipe por aquel lance, juró quitar de en medio á todos los Holandeses. Dos dias despues, habiendo sido llamado su jefe al palacio del sultan, unos Malayos se introdujeron en la factoría, robaron cuanto allí habia, se llevaron á los hombres y á las mujeres, y los embarcaron en piraguas donde los degollaron á todos. Los Ingleses hubieran podido dejar de tomar parte en este suceso en el que no estaban interesados. No obstante, lord Minto, aficionado á conquistas, sin duda por sus primeros triunfos en Java, resolvió vengar á los Europeos tan indignamente asesinados. En 15 de abril siguiente, la escuadra inglesa fondeó delante de Palimbang. El sultan, que se proponia defenderse con vigor, entabló al principio un simulacro de negociaciones, y trató de atraer á los Ingleses á una celada. Gillespie, antes de contestar á las caricias del sultan, pidió rehenes, y trocando mensajes con el enemigo astuto, forzó el paso del rio Sudang y tomó posesion del fuerte que dominaba este paso y que vacilaban en entregarle. Este vigor desconcertó algo las alevosas combinaciones del sultan. Mil indicios denotaban á los Ingleses los lazos en que querian cojerlos, y les prevenian que estuviesen alerta en medio de aquellas hipócritas negociaciones. La confusion que la inesperada ocupacion del fuerte de Borang habia causado en Palimbang hacia circular además mil rumores alarmantes de matanza y saqueo preparados en la capital. Para zanjar aquella zozobra, Gillespie desembarca con un destamento de granaderos y algunos oficiales, y se encamina en derechura á Palimbang. Un cañonazo que oyen á poco rato, pone en

zozobra á la escuadra por la suerte del jeneral; enviase un segundo destacamento en su busca. Rodeado de un jentío armado que le amenazaba, pero contenido por su valor y firmeza, el jeneral continuaba su marcha sobre Palimbang. El resplandor de una tormenta ecuatorial alumbraba su marcha. Agregáronse luego los resplandores del incendio cuando hubo entrado en la ciudad. Llegado al palacio, halló los patios y los aposentos regados de sangre y sembrados de cadáveres. El incendio estaba devorando las casas vecinas y amagaba comunicarse al palacio. Y sin embargo no podían los Ingleses abandonarlo sopena de perecer asesinados por aquel jentío cuyo furor y cuyas oleadas iban aun mas por momentos. Cerraron todas las salidas menos una, y así estaban atrancados cuando á media noche oyeron gritos que les anunciaban la llegada del destacamento que habían enviado tras ellos. Componíase este destacamento de sesenta hombres del regimiento n.º 89. Gillespie solo había traído consigo doce ó quince. Con esta docena de hombres había tomado posesion en medio de la confusión jeneral, de un palacio, ó mejor dicho, de una ciudadela guarnecida de ciento y diez piezas de artillería. Echó mano de las medidas mas prontas y enérgicas para restablecer el orden, y gracias á los ruegos dejados por la conducta de Pangarang-Batu y por la administracion de su padre, no ocultaron los habitantes el júbilo que les causaba el verse sujetos á un régimen nuevo. El 28 de abril, despues de haber enarbolado la bandera británica en lo alto del palacio, el jeneral Gillespie acordó restablecer un gobierno en el pais. Un hermano del sultán, Pangarang-Adipati, había vituperado el degüello de los Holandeses; y en él puso los ojos el jeneral para llenar el trono vacante. La astucia, inherente á la índole de los pueblos orientales, y la desconfianza tan necesaria á los Europeos en sus primeras relaciones con estos pueblos, retardaron por algunos dias la solucion de este negocio. Sin em-

bargo el 14 de mayo, el nuevo sultán fué instalado con pompa por Gillespie en nombre de Su Majestad Británica y de la honorable Compañía de las Indias, y dos dias despues zarpó la escuadra para Java.

El año de 1813 vió otra renovacion de la Carta ó privilegio de la Compañía. Las grandes cuestiones del monopolio ó de la libertad de comercio, agitadas nuevamente con pasion, obligaron á la Compañía á defender su privilegio que se iba mas y mas desmoronando. Produjo á su favor unos testigos, entre quienes figuró en primera línea Warren-Hastings. Al entrar este anciano en el recinto donde por espacio de tantos años había visto colgante sobre su honor y su libertad la cuchilla de la ley, cundió por toda la asamblea una sensacion profunda de curiosidad, admiracion y respeto; toda ella se levantó por un movimiento espontáneo; los odios se habían borrado; los acusadores habían desaparecido. Ya había pasado una jeneracion sobre la obra de Warren-Hastings. A esta distancia, los detalles, trapo tiznado jeneralmente que se pega á toda obra humana, se perdian en la grandeza del resultado, único que aparecía ajigantado y majestuoso. La jeneracion que saludaba á Warren-Hastings era tan justa como la que le había acusado. El nuevo *bill* pasó, en julio, en ambas cámaras; no era mas que una reproduccion algo alterada del *bill* anterior. Manteníase el monopolio de la Compañía, y se admitía al propio tiempo la libertad de comercio hasta cierto punto por una disposicion que autorizaba á los buques de cierto porte á traficar en la India, mediante un permiso de la Compañía. En caso de negarlo esta, se podia apelar á la oficina fiscal. Todas las demás disposiciones tendian á estender la competencia ó las facultades á esta oficina, esto es, del poder real de que venia á ser una emanacion. Tomábanse tambien algunas medidas en beneficio de la religion, y se creó una silla episcopal.

El sucesor de lord Minto había sido nombrado en noviembre de 1812;

llegó á la India el año siguiente; y el 4 de octubre de 1813, lord Minto le entregó sus poderes. Este sucesor era el marqués de Hastings. Apenas hubo regresado lord Minto á Inglaterra falleció casi repentinamente.

CAPITULO XXV.

GUERRA CONTRA LOS GURKHAS. ESPECIFICACION DE CEILAN.

Lord Minto, que habia acabado por abrazar la política guerrera, habia legado al marqués de Hastings una guerra inminente con los Gurkhas. Los Gurkhas son una tribu belicosa é inda que habitaba, al norte del Indostan, el Nepaul, pequeño territorio montuoso. Adoptaron desde muy temprano la táctica europea; y gracias á esta ventaja, hácia 1760, uno de sus jefes empezó á fundar, á costa de sus vecinos, un reino bastante extenso. Sus progresos fueron rapidísimos. En menos de cincuenta años, los Gurkhas ganando siempre terreno, habian estendido su imperio desde el Butan, al este, hasta Satledje, al oeste, por toda la raya del Indostan. Al pié de sus montañas reina una selva larguísima de donde se estrae casi toda la madera que se emplea en la construccion de los barcos destinados para la navegacion del Gánjes. Este bosque abunda en elefantes mas pequeños que las otras razas de la India, pero cuyo marfil es mas estimado. Entre la selva y el territorio inglés, se estiende un valle riquísimo, cuyos pastos son, en abril y mayo, el refugio de los rebaños á quienes la sequia espulsa de las partes meridionales del Indostan. El tributo que produce este derecho de pasto es la fuente principal de la renta de los pequeños rajás de aquel país; pero tambien es el oríjen de eternas desavenencias y de conflictos incesantes. El impulso invasor que ha hecho de los Gurkhas un pueblo poderoso se trueca en impulso usurpador en las relaciones de vecindad que unen, ó por mejor decir, dividen á los jefes, y la usurpacion provoca la guerra. En el intervalo de 1760 á 1810, los Ingleses se habian puesto varias

veces en relacion con los Gurkhas, ya para trueques, ya para interponer su mediacion, ó ya en fin para ejercer revindicaciones. Algunos zemindares del territorio inglés habian tenido que quejarse repetidamente de las invasiones de que hemos hablado. Sin embargo, entanto que las empresas de los Gurkhas, vejatorias solamente para los zemindares, no lastimaban la soberanía ó las rentas de la Compañía, esta, que harto tenia ya que hacer por otro lado, dejaba gritar á sus agentes ó se limitaba á hacer algunas representaciones. A veces invadian los Gurkhas el territorio de un rajá tributario de los Ingleses, y se hacian tolerar en esta ocupacion siguiendo pagando su tributo. Admitida esta sustitucion de personas, se aprovechaban de ella para producir, como habientes derecho del rajá desposeido, pretensiones mas ó menos fundadas. Los Ingleses habian adquirido cierto territorio de Butwul, tras la muerte de su rajá, cuya familia habia recibido en compensacion otro distrito. Poco despues, en 1804, habiendo los Gurkhas conquistado el distrito de Palpa, revendicaron el de Butwul, como dependencia de su conquista, y comenzaron por enviar allí á sus colectores. A las reclamaciones de Sir Jorje Barlow, contestaron los Gurkhas ofreciendo poseer á Butwul como tributarios de los Ingleses, y arreglar este tributo sobre el tanto fijado primitivamente con su zemindar. El gobierno, que queria conservar el tributo y la posesion directa tambien, desechó esta proposicion. Habiendo llegado entretanto lord Minto, dejó este negocio en tal estado durante algunos años. Pero en el tiempo en que el temor de los proyectos de Napoleon le hacia enviar una embajada en Persia, otra á Cabul, y un ejército á los Seikes, quiso tambien zanjar sus desavenencias con los Gurkhas, y les envió un comisario encargado de proceder á una exacta delimitacion de las fronteras. Los Gurkhas trataron de alargar el negocio, y entretanto iban ocupando ciudades, exijian contribuciones, y

doblegaban á los rajás rebeldes , acabando por obligar al gobernador jeneral á darles un ultimatum bastante amenazador (junio de 1813). Su contestacion, que se hizo esperar seis ó siete meses, fué recibida por el marqués de Hastings. Este contestó con una orden terminante de evacuar los territorios en litigio. Los jefes gurkhas, convocados por el soberano en Katmendu, celebraron consejo ; y habiendo prevalecido el sistema de la resistencia á las pretensiones británicas, al espirar el plazo fijado por el gobernador jeneral, tres compañías inglesas entraron en las tierras contestadas, y establecieron en ellas á los agentes de la administracion. Al principio no se opusieron los Gurkhas, pero cuando se retiraban las tres compañías, las atacaron, y dieron comienzo á la guerra. No obstante aplazáronse las operaciones para la estación siguiente, á causa de las lluvias que empezaban, y para dar tambien á los súbditos ingleses, que tenían negocios pendientes con los Gurkhas, el tiempo de poner cobro á sus intereses. El gobernador se había acercado al teatro de las operaciones futuras para activar sus preparativos, y asegurar por sí mismo la ejecución de las medidas de precaucion que creia deber tomar contra los Pindarrys, á quienes esta guerra podia provocar ya contra los Ingleses, ó ya contra sus aliados. Por último, estando ya todo dispuesto, el 1.º de noviembre de 1814, publicó, en Lucknow, su declaracion de guerra, suspendida hasta entónces.

El teatro de la guerra presentaba un frente de doscientas leguas de largo, que el gobernador jeneral resolvió atacar sobre toda la línea simultáneamente. Dividió su ejército en cinco cuerpos. El de la izquierda, mandado por Ochterlony, que desde las novedades con Lahore, en 1808, ocupaba á Ludiana á orillas del Sattedje, tenía orden de cubrir los territorios montuosos á la izquierda de aquel rio. Gillespie, que le seguía, tenía su punto de partida en Mirat, en el Duab, desde donde debía invadir los valles comprendi-

dos entre el Gánjes y el Djamna, para apoyarse en seguida, dividiendo sus fuerzas, á la izquierda, hácia Ochterlony, y á la derecha, sobre Sirinagar. El cuerpo reunido en Benarés, á las órdenes del mayor jeneral John Wood, tenía su campo de operaciones en los territorios contestados, Rutwal y Palpa. El cuerpo principal, mandado por el mayor jeneral Marley, debía encaminarse á Katmandu, capital del Nepaul. El último cuerpo, al este, era mandado por el mayor Lutter, encargado de proteger la frontera. Estas fuerzas reunidas formaban un total de 24.000 hombres, los 6.000 con Ochterlony, 4.000 con Gillespie, 4.000 con Wood, 8.000 con Marly, y 2.000 con Lutter. Por otra parte fueron llegando refuerzos á los puntos donde habían venido á ser necesarios. Esta guerra de montañas, en la que los jenerales ingleses y gurkhas lucharon en talento é intrepidez, solo presenta una serie de pequeños detalles de sumo interés militar, pero puramente militar; y no corresponde sino á obras especiales. El resultado fué por lo jeneral poco favorable á los Ingleses. En las montañas del Malun, Umur-Sing, supo mantenerse contra Ochterlony, á pesar de las fuerzas superiores y los prodijios de habilidad del Inglés. Gillespie, tras un estremo vigoroso, segun su costumbre, pagó con la vida un asalto temerario que quiso dar á la fortaleza de Napali, donde mandaba Bahadur Singh. El coronel Marley ni el mayor jeneral Martindall, que le sucedieron, no fueron mas felices, aunque no pagaron con la vida su intrepidez, y esta campaña terminó para el cuerpo de ejército con una retirada bastante desastrosa. El mayor jeneral Wood perdió la ofensiva ya desde el principio, y á pesar de los refuerzos que se le enviaron, no se aventuró á tomarla otra vez. El jeneral Marley, despues de algunas escaramuzas en las que lograron los Gurkhas la ventaja, se halló tan cortado que no osó dar un paso adelante mas allá de aquella llanura adhesada que formaba la faja frontera del territorio gurkha. Y no contento con

esto, se le fué la cabeza, en términos de escaparse un día y de abandonar su ejército sin haber prevenido á nadie, ni entregado el mando á otro. El ejército inglés estaba derrotado en toda la línea.

Para la segunda campaña, que empezó en febrero de 1815, el marqués de Hastings se fortaleció con algunas alianzas y levas hechas entre los Rohillas, poblacion eminentemente guerrera. El coronel Gardner que los mandaba, derrotó á los Gurkhas en el Kumaun, los arrojó de la provincia y obtuvo su cesion por una capitulacion que les arrancó en Almora, la capital. El mayor jeneral Martindall daba muestras de flaqueza; 200 Espartanos gurkhas, que guardaban otro desfiladero de las Termopilas, se sostuvieron contra 2000 hombres de su cuerpo de ejército y los arrollaron. Pero Ochterlony habia vuelto á continuar sus operaciones en los montes Malun. Fué tomando una á una todas las fortalezas enemigas, dispersó sus ejércitos, y acabó por obligar á su valiente adversario, Umur-Singh, á capitular en 15 de mayo de 1815. Estas victorias agregaron al imperio británico, el vasto espacio comprendido entre el Gogra y el Sattedje. Las negociaciones de paz que repetidas veces se habian entablado lo fueron ahora por los Gurkhas. El gobernador jeneral les hizo saber sus condiciones, que eran la cesion de todo el pais montuoso conquistado durante la guerra; la cesion de la llanura de Turai en toda su longitud y hasta el bosque; la devolucion de las conquistas hechas por los Gurkhas sobre el territorio de un aliado de los Ingleses, el rajá de Sikim; la admision en Katmandu de un agente inglés con su escolta y cuanto trae consigo un establecimiento de esta clase; y por último el compromiso de no emplear á ningun Europeo al servicio del Nepaul sin la autorizacion del gobierno inglés.

Hubo algunas dificultades, especialmente sobre la cláusula relativa á la llanura de Turai; pues varios jefes gurkhas estaban poseyendo jaghires en ella; y el gobernador jene-

ral ofreció indemnizarles con una pension equivalente. Mas los jaghirdares repusieron que la misma llanura era necesaria á su subsistencia, por cuanto nada producian sus distritos de la sierra. El marqués de Hastings se avino á abandonar la llanura, y bajo esta nueva se aceptó el tratado. Pero antes que se hubiesen cambiado las ratificaciones, el partido de la guerra retoñó en Katmandu. Umur-Singh sobre todo, el adversario vencido, mas no domado, de Ochterlony, habia llegado allá atizando el fuego de la guerra y de la venganza. Decia que era una locura el fiarse de un tratado hecho tras una derrota; producía como ejemplar y escarmiento la memoria de Tipu Sahib, del rajá de Bhurtpur, y asustaba á los Gurkhas con la ambicion inglesa. De abí fué que se reencendió la guerra.

El ejército inglés, que constaba de 20.000 hombres, estaba á las ordenes de Ochterlony; este dividió sus fuerzas en cuatro brigadas, y abrió la campaña en persona, el 10 de febrero de 1816. Dos batallas sucesivas que ganó en Hurihurpur y en Sikurkutri redujeron á los Gurkhas á ofrecer su aceptacion del último tratado. Pero Ochterlony les contestó que debían pasar por condiciones mas rigurosas y prosiguió su marcha adelante. Por último, delante de Muckwanpur, el wackil gurkha presentó al jeneral un ejemplar firmado del nuevo tratado, que solo modificaba el primero con algunos aumentos de territorio y algunas estipulaciones, tanto á favor del nabab de Oude como del rajá de Sikim, á quienes se hacian algunas cesiones de la llanura de Turai. De resultas de este acontecimiento, los Gurkhas quedaron aniquilados como pueblo poderoso y reducido al estado de tribu, del que habian salido medio siglo antes. Durante este medio siglo, habian osado declarar la guerra al emperador de la China, y al principio le habian derrotado. El emperador hizo proponer despues á los Ingleses que atacasen á los Gurkhas por un lado, mientras que él invadiria el pais por el otro; proposicion que no fué ad-

mitida. Durante esta última guerra, los Gurkhas invocaron el auxilio del emperador, que se consideraba como su soberano, y el de Tesbu Lama, su jefe religioso; pero nada pudo salvarlos de su destino. Los Chinos se avinieron á intervenir, pero lo hicieron con su lentitud acostumbrada, y ya estaba ajustada la paz cuando se recibió de ellos una primera demanda de esplicaciones que precedia al movimiento de sus tropas. El gobernador jeneral envió á Pekin la relacion de lo que acababa de suceder, y el celeste emperador se declaró satisfecho. Por otra parte los Gurkhas no estaban bien seguros de que el ejército chino una vez en movimiento no hiciese recaer sobre ellos el desenfado guerrero que hubiera abrigado contra los Ingleses. Así que preguntaron al gobernador jeneral si podian contar con su apoyo, y se apercibieron para rechazar á los Chinos. El marqués de Hastings intervino efectivamente, mas solo fué para sosegar á aquellos pueblos impetuosos, y todo se limitó á una entrevista grotesca entre el wackil gurkha y el jeneral chino.

Todas estas guerras no se hacian sin grandes gastos, y las rentas de la Compañía se hallaban en el estado mas desastroso en que hasta entonces se hubiesen visto; el pais estaba exhausto, y otras circunstancias se oponian además á que se emitiese un empréstito. Libre de todos los afanes del gobierno, el último nabab de Oude, Salut-uli-Khan, hermano de Azof al Dulá, habia concentrado todos sus desvelos en el de acumular dinero. Los desórdenes de su administracion habian movido repetidas veces á los Ingleses á proponerle un plan de reforma que siempre habia desechado. Su muerte dejó á su hijo, Guzi-ud-din-Haidur, el trono y tesoros inmensos. En premio del apoyo que le dieron los Ingleses, este consintió en el plan de reforma, y para conciliarse aun mas el aprecio del gobernador jeneral, no titubeó en concederle un préstamo de un *crore* de rupias (unos cinco millones de duros) al módico interés de 6 por ciento. El empleo desacertado

que se hizo de esta suma fué causa de que en medio de la guerra contra los Gurkhas, el dinero vino á faltar. Otra vez recurrieron al nabab vizir, quien, aunque no de tan buena voluntad como antes, adelantó otro *crore* de rupias.

Este dinero no fué inútil para una expedicion á Ceilan, á donde viejos agravios que vengar y otros intereses mas recientes estaban llamando á las armas inglesas. Aquí hemos de cejar á hechos anteriores cuya relacion hemos aplazado por no quebrar el hilo de los sucesos. Ceilan, casi como todos los primeros puntos ocupados por los Europeos en la India, habia pertenecido al principio á los Portugueses, y despues á los Holandeses. En 1782 los Ingleses se apoderaron de Trinquemale, y solicitaron desde luego la alianza del emperador. La dinastia de este emperador es malabara. Solo las mujeres de este pais tenian el privilegio de dar herederos al trono imperial. Sin embargo el orden de sucesion no estaba regulado de antemano por las leyes ni por una costumbre constante. El emperador mandaba á una confederacion de diez y seis jefes, quienes, á su muerte, nombraban al sucesor. La embajada, enviada por los Ingleses á este personaje para solicitar su amistad no produjo mas que palabras buenas; pero, en 1796, los recién llegados se aprovecharon del desfavor en que estaban los Holandeses para apoderarse de sus posesiones. El emperador murió dos años despues. Un hijo que habia tenido de una mujer ceilandesa, y que por consiguiente no tenia ningun derecho al trono, fué no obstante colocado en él por las intrigas de un ministro. La mujer y los hijos lejitimos del emperador, con toda su familia, fueron presos, pero logró evadirse un hermano de la reina llamado Muto-Saoni. La posesion de casi todas las costas hacia entónces de los Ingleses, en Ceilan, una potencia bastante fuerte para que su alianza fuese solicitada al mismo tiempo por Muto-Saoni y por el ministro Palamé-Talevi. Pero como esta posesion reciente no parecia aun bastante

afianzados á M. North, este agente ministerial (Ceilan habia sido declarada posesion del rey de la Gran Bretaña, y no de la Compañía) no quiso comprometerla en aquellas desavenencias. Sin desalentarse, Palamé-Talevi se dirigió á M. Boyd, secretario del gobierno, y se afanó tanto y tanto prometió, que el gobernador M. North acabó por dejarse convencer. En consecuencia, en marzo de 1800, el jeneral Macdowal fué enviado embajador á la corte de Candy. Esta embajada provocó recíproca desconfianza y descontento, mas bien que no creó relaciones de amistad. Entre otras proposiciones que M. Macdowal tenia que hacer, era la de un camino militar que los Ingleses pedian abrir al través de Ceilan, para enlazar entre sí los puntos fortificados que tenian en las costas. Esta proposicion fué desechada redondamente. El adigar, que de parte del emperador habia salido á recibir al embajador en las fronteras de Candy, habia hallado ya muy á mal que M. Macdowal quisiese hacer reparar por las tropas que habia traído consigo ciertas partes del camino absolutamente intransitables. En este estado siguieron las cosas por espacio de otros dos años. Pero en el intervalo, los proyectos de Palamé-Talevi habian ido á mas, ó al menos creia él haber aumentado sus medios de ejecucion; y trataba nada menos que de colocarse él mismo en el trono y de arrojar á los Ingleses. Organizóse con esta mira un sistema de vejaciones é insultos; se les negó toda satisfaccion; y como la corte de Candy estaba haciendo preparativos de guerra, el gobernador juzgó que ya habia llegado el caso de salir á campaña. Partió su ejército de Colombo el 31 de enero de 1803, al mando del jeneral Macdowal. Otra columna partió de Trinqueemate, en la costa opuesta, el 4 de febrero. Estas fuerzas reunidas subian á unos 4.000 hombres. Reuniéronse á corta distancia de Candy, cuyos apóches no les habian sido disputados sino por el malísimo estado de los caminos. La misma no les opuso la menor resistencia. Los Ingleses la hallaron comple-

tamente evacuada, y aun la hallaran destruida, á no haber llegado á tiempo para apagar el fuego que por varios puntos le habian pegado. Empezaron por instalar en el trono á Muto-Saoni, que les habia seguido, contando que su elevacion crearia un partido á favor suyo. Mas no les llegó nadie, por cuanto Muto-Saoni habia sido degradado por un castigo público que le habia impuesto el último emperador.

El proyecto de los Ceilaneses era vencer á sus enemigos mas bien con el ardid que con las armas. Por otra parte contaban mucho con la insalubridad del clima; y en vez de pelear, negociaron. Afanáronse solamente en interceptar todos los convoyes, de modo que los Ingleses bloqueados en Candy tuviesen que luchar á un tiempo contra el hambre y el clima. Además el adigar habia prometido diez rupias por cada cabeza de Inglés y cinco por cabeza de Cipayo, lo que agregaba el asesinato á las otras dos plagas. El primer ministro habia entablado sus negociaciones ofreciendo al jeneral Macdowall entregarle la persona del emperador. A este efecto salió de Candy un destacamento; pero en vez de un prisionero halló una emboscada, y tuvo que retirarse mas que de paso á la ciudad. Sin embargo los cálculos de Palamé-Talevi habian sido muy certeros, y Macdowall, estrechamente encerrado en Candy por fuerzas superiores, empezaba á verse en situacion muy comprometida. El sistema de temporizaciones y negociaciones le habia conducido á una situacion sumamente crítica, cuyo resultado, para colmo de males, era disponerle aun mas para toda negociacion nueva, único medio de salvacion que le quedaba. Palamé-Talevi varió entónces de proceder; hizo proponer al jeneral la deposicion del soberano actual y su propia elevacion en el trono, mediante una pension que se haria á Muto-Saoni, cuyas pretensiones debian los Ingleses abandonar. Macdowall se embarcó en esta intriga, y con tan suma confianza, que se apresuró, sobre la fe de la union establecida entre él y el

ministro, á abandonar la ciudad, donde solo dejó una guarnicion de 10.000 hombres. Dejéronle marchar tranquilamente pero dos dias despues, los Ceilaneses se acercaron á la ciudad, y socolor de conferenciar, trataron de arrebatár al gobernador. No habiendo salido con este intento, empezaron á seducir á los Malayos y Cipayos, los cuales desertaron á bandadas. Lo restante del ejército poblaba los hospitales. Los rios salidos de madre atajaban todo envio de auxilios. Todas estas circunstancias envalentonaron á Palamé Talevi á probar una accion á viva fuerza. Atacados en el palacio donde estaban establecidos, los Ingleses rechazaron el primer asalto (24 de junio), pero desahuciado con harta facilidad del éxito de mas larga resistencia, el mayor Davis, que estaba viendo su efectivo reducido de mil hombres á cuatrocientos, pidió capitular. Obtuvo para sí, para sus tropas y para el príncipe Muto-Saoni la facultad de retirarse á Trinqueemale; el ministro se obligaba á cuidar de los enfermos y de los heridos que dejaban en el hospital. Davis se puso en camino el mismo dia, llevando consigo 14 oficiales y 20 soldados ingleses, 250 Malayos y 140 artilleros láscares, Muto Saoni y su comitiva. Al dia siguiente por la mañana, estando detenido á orillas del Mahavilla Ganga, rio que habia salido de madre, le llegó un mensajero del emperador que le intimó con amenazas que le entregase el príncipe Muto Saoni. El mayor desechó vivamente aquella exigencia. Otro mensajero llegó para asegurarle que las intenciones del emperador, muy lejos de ser malévolas para el príncipe, eran al contrario colocarle en la jerarquía que le correspondia al lado del trono. Davis no obstante persistió en negarse á entregarlo. Llegó entonces un tercer mensajero anunciando que el mismo emperador, á la cabeza de todas sus fuerzas, llega ya para atajar á los Ingleses la retirada si no se le obedece en el acto. En aquel apuro, el mayor despues de haber celebrado consejo, cree deber pagar con la perdicion de un hombre la salvacion de su ejér-

cito. Muto Saoni, conducido á los piés del emperador, es ejecutado allí mismo. El jefe inglés se creia salvo tras el sacrificio de su aliado y del honor británico. Pero al dia siguiente (26 de junio), lleva otro mensaje con la intimacion de rendir las armas, so pena de muerte, y prometiendo la vida salva si le obedecen al punto sin resistencia. Los acontecimientos, las enfermedades, el abandono en que se hallaban, habian desalentado tanto los ánimos que los Ingleses no pensaron en morir al menos con las armas en la mano; entregáronlas y se dejaron conducir prisioneros á Candy. Pero ninguno de ellos llegó allí á escepcion del mayor Davis y el capitan Brunsley, á quienes guardaron como rehenes, y algunos soldados malayos que se pasaron al ejército ceilanés. Todos los demás fueron degollados sin ruido por el camino, uno á uno, ó de dos en dos. Los enfermos del hospital, en número de 120, padecieron la misma suerte. Solo uno se escapó milagrosamente, y luego hablaremos de él.

Tras estas hazañas, el emperador se creyó bastante fuerte para tomar la ofensiva y preparar la espulsion de los Ingleses. Pero un revés que padeció luego contra un pequeño fuerte que queria tomar antes de atacar á Colombo, humilló aquel gran valor, y allí terminó la guerra, ó al menos se redujo á encuentros de patrullas. En 1804, volvió á sus proyectos que salieron tan mal como antes, y que renovó tan sin fruto en 1805. La muerte vino á atajar entonces sus nuevos proyectos; y su sucesor pensó mas bien en afianzarse que en continuar aquella guerra, y por su parte no les supo mal á los Ingleses aprovechar de aquel respiro que se les daba. Este estado de cosas duró ocho años.

El sucesor del asesino del ejército de Davis se habia hecho una nombradía de crueldad, hasta en Ceilan. En 1814, llamó á su presencia á su ministro, Eheilapula, para pedirle cuenta de ciertos actos que le desagradaban. El adigar se guardó muy bien de comparecer, antes al contrario, invocó el apoyo de los Ingleses

contra su soberano, ofreciéndoles, en premio de su servicio, la provincia de Sragam que había levantado á su favor. El gobernador, M. Bowring, no admitió por entonces aquella oferta. El emperador, según costumbre de Ceilan, tenía en fianza la familia de su ministro, cinco niños y su madre. El tirano mandó cortar la cabeza del mas joven, que era un niño de tetas, y la madre tuvo que machacar en un mortero la cabeza de su propio hijo. Este golpe aterró á Eheilapala en términos que perdió el valor y hasta el juicio; el desventurado no supo oponer mas que escasa resistencia á los ejércitos del emperador, y no tuvo mas refugio que el pasar en territorio inglés. El jeneral había titubeado al principio en recibirle; pero poco despues le ofreció socorros. En la primera entrevista que se le concedió, el adigar, á la vista del jeneral, prorumpió en lágrimas y sollozos, y le pidió licencia para llamarle padre. Entretanto el emperador usaba de represalias contra los súbditos británicos; mandó prender á diez, que desgraciadamente se hallaban en sus estados, les mandó cortar los brazos, la nariz y las orejas, y los despidió así mutilados. De estos desgraciados murieron siete, y los tres restantes llegaron á Colombo en este estado. El jeneral publicó ante todo una proclama para declarar que no hacía la guerra á los pueblos de Ceilan, sino solamente al tirano feroz que violaba tan indignamente todas las leyes divinas y humanas. Apenas estaba en movimiento el ejército inglés, cuando se vió llegar al primer ministro que se pasaba al enemigo con la gran bandera del imperio, elefantes, papeles de su administracion, etc., ejemplo que siguieron inmediatamente los jefes de la provincia. Entretanto el emperador se entretenia mandando empalar á los mensajeros portadores de malas noticias. Cuando supo que los Ingleses habían llegado á las puertas de su capital, huyó, y el ejército entró sin disparar un tiro. Presentóse entonces al cuartel jeneral un hombre vestido en traje del pais, pero de estampa europea. Era aquel cabo

Tomás Toen, que se había escapado del degüello de los enfermos en 1803. Los asesinos, según refirió él mismo, despues de haberle arrancado los vendajes de su herida, le habían dejado por muerto de un culatazo. Al volver en su acuerdo, había ido á gatas hasta la orilla de un estanque; allí habiéndole descubierto unos soldados lo colgaron de un árbol; la soga quebró y se vino al suelo; otros soldados que sobrevinieron le volvieron á colgar, pero con una cuerda que no valia mas que la otra y que quebró lo mismo. Durante diez dias, oculto en una choza abandonada, vivió de la yerba que crecía en las grietas y del agua que filtraba por el techo y las paredes. Habiéndole precisado el hambre á salir de aquel escondite para buscar yerbas ó raíces por los campos, encontró á un Ceilanés ya anciano que le ofreció un plato de arroz. Habiendo llegado esta noticia á oídos del emperador, la superstición, á falta de humanidad, le interesó en la suerte de aquel hombre salvado tantas veces y tan milagrosamente. Mandó que cuidasen de él con esmero, y con todo esto le guardó tan estrechamente que una mujer fué ahorcada por haber tratado de hacer pasar una carta de Toen al mayor Davis. Algunas hojas de una Biblia inglesa, halladas por casualidad, fueron la única distraccion de este desventurado desde junio de 1803 hasta igual fecha á corta diferencia de 1814.

El emperador, abandonado de todos sus partidarios, iba errando solo con dos de sus mujeres en las cercanías de su capital. Fué descubierto en una casa, y conducido á la ciudad, con grillos en los piés y los brazos atados á la espalda, en medio de los denuestos y de los golpes del populacho, que sin duda le hubiera despedazado, á no haberle encontrado casualmente un destacamento inglés, que se apoderó de su persona y lo envió á Colombo. Llegado allí, le trataron con mas humanidad de la que merecia y de lo que él mismo esperaba. Pero el trono fué declarado vacante; los derechos de la dinastía malabara fueron abolidos, y con el

consentimiento de los jefes, con quienes se ajustó el tratado, se proclamó en toda la isla la dominación del rey de Inglaterra.

CAPITULO XXVI.

LORD HASTINGS VUELVE AL SISTEMA DE ALIANZAS. GUERRAS CONTRA LOS PINDARRYS Y LOS MAHRATAS.

Ya hemos hablado de las precauciones que lord Hastings creyó deber tomar al principio de la guerra de los Gurkhas contra los Pindarrys y otros enemigos que podían llegarle de poniente. Preparábanse con efecto graves acontecimientos por aquel lado. Merced al abandono formal que los Ingleses habían hecho de toda pretensión á intervenir en los negocios de los príncipes del Malwa, y del Radjputana, Emir Khan, Scindiah y Holkar se habían realzado poderosamente. No introduciremos al lector en el laberinto de intrigas que ora los unían, ora los hacían chocar unos contra otros. La casa de Holkar, por un instante comprometida por la demencia de su jefe, había sido sostenida por una mujer, Tulsah Bey. Enviada por Holkar á su marido que al principio había sido metido en la cárcel, y enviada después al Decan con algunos regalos, esta mujer era hermosa, ambiciosa, cruel é inteligente. Hija de un bramin de la secta de Man Bhao, había recibido mayor instrucción de lo que suelen recibir las muchachas en la India. Tras una rebelión contra Holkar, cuya locura había venido á ser rematada, tomó la rejencia del estado. La muerte de Holkar (1811), que había acabado por usurpar el lugar de Casi Bao, y matarle, hizo subir al trono á un niño de tierna edad que Djeswunt Rao había tenido de una mujer de casta inferior, y Tulsah Bey conservó la rejencia y afianzó su poder. Esta mujer hizo gran papel en los acontecimientos que agitaron á la sazón toda esta parte de la India. En medio de las traiciones del interior, de las guerras intestinas, de las asolaciones de los Pindarrys, empleó ella en pequeños medios, en pequeñas alevosías, en pequeñas crueldades,

en pequeñas guerras, todas más ó menos necesarias para acrecentar ó al menos para mantener su poderío, una fuerza inmensa, una resolución inflexible y un valor sobresaliente. La casa de Holkar, de que ella se había encargado arruinada toda y reducida á nada, se rehizo en sus muros y recobró parte de su lustre. Scindiah, por su parte, había empleado el ocio que le dejaba su tratado con los Ingleses en reducir á los jefes sobre quienes su casa podía ejercer algunas pretensiones. Tuvo algunas desavenencias con el gobierno británico sobre el rajá de Bhopal que se había puesto bajo la protección de aquel poderoso vecino. De ahí un descontento en el pecho de Scindiah que junto con otras causas le abocaron luego á empresas en las que no podía menos de perder lo que con tantos esfuerzos acababa de reconquistar. Pero de todas estas potencias, los Pindarrys sobre todo habían tenido un aumento formidable; en 1808, su número ascendía ya á 60.000. Eran la tea de todas las discordias, el botafuego de todas las empresas, especialmente contra el gobierno inglés.

Por otra parte, el peschwah, que como los demás se afanaba por restaurar su poder, toleraba con dolor la estrechez del tratado de Basein. Surjian las dificultades á cada instante en sus relaciones con los Ingleses. Hubo sobre todo un negocio de gravedad en punto á una cuenta que quería obligar al rajá de Guowar á liquidar. Como la cuenta era matante, y la liquidación se hubiera llevado el Guowar entero, los Ingleses interpusieron su mediación para atajar las hostilidades inminentes. Un embajador de Guowar, llegado á Punah bajo su garantía, fué asesinado de resultas de una trama entre el peschwah y su ministro. El residente inglés pidió al peschwah el castigo de aquel ministro, ó al menos su prisión hasta que hubiese demostrado su inocencia. Como el peschwah eludía y trataba de ir ganando tiempo, el lenguaje del residente se hizo más firme y sus exigencias fueron mayores. No solamente debía ser preso el

ministro culpable, sino puesto en manos de los Ingleses. El residente tenia á la mano los medios de hacerse obedecer; y Badji Rao, que habia apurado todos los subterfugios, acabó por someterse. El ministro Trimbarkji fué preso y entregado á los Ingleses, quienes se lo llevaron con buena escolta. El peschwah, al paso que guardaba las apariencias, no pensó en otra cosa mas que en volver á añadir una liga mahrata contra el imperio inglés.

Por el mismo tiempo, Ragodji Bhus'a murió dejando el trono á su hijo. El estado de imbecilidad de este nuevo rajá hacia necesaria una regencia, para la cual se presentaban dos competidores. Bulka Behi, viuda de Ragodji, y Apa Sahib, su sobrino. Entrambos solicitaron el apoyo de los Ingleses; pero Apa Sahib ofreció al residente ajustar el tratado de alianza, desechado antes por Ragodji, y admitir á su servicio un cuerpo auxiliar inglés, y á estas condiciones se ajustó el tratado. El estado de Nagpur entraba en la liga formada entre el gobierno británico y el Nizam para la defensa del Decan; obligábase á recibir una fuerza auxiliar y á tener un contingente dispuesto siempre para cooperar con aquella fuerza; esta se fijaba en cuatro batallones de infantería, un regimiento de caballería y artillería (poco despues la aumentaron de dos batallones y el contingente del rajá se subió á 5.000 hombres, los 2.000 de infantería). El rajá se obligaba á costear parte del gasto, imputable á su propia renta, y no á una cesion de territorio; obligábase además á aceptar el arbitramento de los Ingleses en todas las desavenencias, y á no negociar jamás que no fuera de acuerdo con ellos. El cuerpo auxiliar debia salir á campaña inmediatamente. Este tratado daba gran fuerza á los Ingleses en la guerra que querian hacer. Así fué que apenas se hubo firmado, se dió principio á la campaña.

A fuerza de crecer en número, los Pindarrys habian acabado por ponerse á las órdenes de varios jefes, algunos de los cuales habian logrado

labrarse pequeños estados y encumbrarse al modo de príncipes. Emir Khan, sobre todo, habia logrado casi olvidar y hacer olvidar, en su papel de soberano, su vida de bandolero. En este último alzamiento de los Pindarrys, tuvo la maña de no comprometerse demasiado y de asegurar á los Ingleses su neutralidad por un tratado, lo que le puso por primera vez bajo el pié de príncipe reconocido é independiente. Los otros jefes principales que iban á sostener el peso de la guerra que lord Hastings estaba preparando contra estas gavillaseran tres, á saber: Chitu, Kurrim Khan y Wasil Mahomet. El gobernador jeneral se proponia muy seriamente la esterminacion total de los Pindarrys; pero á decir la verdad, este proyecto no era mas que una parte de un plan mas vasto que la próxima campaña debia realizar. Consistia este plan en revocar el sistema político de la India y reconstituir el imperio británico bajo una nueva base. Lord Hastings queria hacer entrar á todos los estados y á todos los príncipes de la India en un sistema de confederacion jeneral, de que el gobierno inglés hubiera sido el protector y el mediador supremo. Una vez fijadas las relaciones de estos estados entre sí, se les hubiera prohibido hacerse la guerra, y reconocidos y determinados los derechos de cada uno, les eran afianzados para siempre bajo la garantía del poder inglés. Imposibilitábase de este modo la vuelta de los desórdenes que acababan de ponerlos al canto de una ruina completa; el poder precario que era en todos tiempos el estado normal de aquellos príncipes, siempre á la merced de un vecino insaciable, de un súbdito ambicioso ó de un aventurero osado, se veia reemplazado por un estado estable y permanente. En el momento en que el rompimiento de las alianzas y la retirada de los ejércitos ingleses al otro lado del Djamna habian abandonado á sus recursos á los príncipes de Radjputana, ó por mejor decir, á sus enemigos, aquellos desdichados habian instado á lord Minto para que adoptase un plan semejante. De-

cianle que habiendo el imperio inglés absorbido todos los derechos del imperio mogol, habia asumido asimismo todos sus deberes; que debia la misma proteccion á los oprimidos, á los que le daban sus servicios en cambio de la garantía que la pedian. Pero esta idea de aceptar la herencia del imperio mogol asustaba todavía á las jentes que tenian no obstante en sus manos la herencia casi entera. La junta de los directores no hubiera dejado de repudiar una ambicion tan desmedida. Bien lo sabia lord Hastings, y no obstante, mas emprendedor que lord Minto, pudo, bajo su responsabilidad, ir resueltamente á donde las circunstancias le impelían. Por medio de diferentes negociadores, púsose luego en comunicacion con Holkar Scindiah, Emir Khan, los rajás de Djeypur, Odeypur, Djudpur, Naypur y otros de menos importancia, y acudió él mismo á presidir en los sitios tanto á las negociaciones como á las operaciones militares contra los Pindarrys. Partió de Calcuta el 8 de julio de 1817 y remontó el Gánjes.

Debían envolver el teatro de la guerra al norte y al este el ejército del Indostan, y al sur y al oeste los ejércitos del Decan. El ejército del Indostan se repartió en cuatro divisiones. La primera division ó la del entre Kalpi y Estaveh, centro, reunida á orillas del Djamna se componia de cuatro brigadas, la una de caballería, al mando del mayor jeneral Brown. La division de la derecha, en Agra, mandada por el mayor jeneral Don Rius, solo constaba de una brigada de infantería y de otra de caballería. La division de la izquierda, en Kalingar, en Bundelcunda, constaba de tres brigadas, la una de caballería. La reserva, ó cuarta division, á las órdenes del mayor jeneral Ochterlony, se componia del mismo modo. Otros dos cuerpos de observacion, á las órdenes del mayor jeneral Hardman y del brigadier jeneral Tom, prolongaban hacia el este esta línea militar hasta la estremidad meridional del Bahar. El ejército del Decan formaba seis divisiones, y tenia por jeneral en jefe

á sir Tomás Hislop. La primera division, ó division de vanguardia, constaba de tres brigadas de infantería, de una brigada de caballería, y de una brigada de artillería lijera, mandadas por sir Tomás. La division de Haiderabad contaba cuatro brigadas de infantería y una de caballería á las órdenes del brigadier jeneral Doweton; la tercera division dos regimientos de infantería indijena, un regimiento de caballería lijera, una brigada de artillería lijera, á las órdenes del brigadier jeneral sir John Malcolm; la cuarta division, en Punah, tres brigadas de infantería, tres brigadas de artillería lijera, una brigada de caballería, á las órdenes del brigadier jeneral Smith; la quinta division, en Nagpur, tres brigadas de infantería, y además algunos destacamentos de infantería indijena y de caballería. La division de reserva, mandada por el brigadier jeneral Munro, constaba de una brigada de infantería, de una brigada de caballería y de un destacamento de artillería de Madrás. Organizábase en el Guzerate otro cuerpo para obrar por aquel lado. Tal era el conjunto de las fuerzas que iban, no solo á esterminar á los Pindarrys, sino abolir tambien el gobierno del peschwah, y á sustituir á su poder, en el imperio mahrata, la supremacia británica.

Merced á los manejos de Badji Rao, las negociaciones entabladas por lord Hastings habian adelantado poquísimo, sino es con el rajá de Bhopal, y con Emir Khan Scindiah manifestaba unas disposiciones muy dudosas. La corte de Holkar estaba dividida en dos facciones, una de las cuales queria la alianza, y la otra la guerra con los Ingleses. El peschwah al paso que guardaba apariencias amistosas en sus relaciones oficiales con los Ingleses, era el alma de todas aquellas resistencias y de todos aquellos manejos hostiles. Apa Sahib, sobre todo, á pesar de los servicios que habia recibido de los Ingleses, y el tratado que él mismo habia solicitado, tendia visiblemente á comprometerse. No tardaron los acontecimientos en proporcionarle la ocasion

de hacerlo. El Guzerate y el Indostan veían formarse una coalicion subterránea contra los Ingleses. El residente, M. Elphinstone, lograba de cuando en cuando cojer algun hilo de aquella trama, pero se le quebraba luego. En medio de aquella agitacion, el 2 de setiembre de 1816, se fugó de la cárcel Trimbukji, á pesar de estar estrechamente guardado; y á pesar de las activas pesquisas que se hicieron, pasaron algunos meses sin saber de él. Entre tanto, el coronel Walker, jefe del cuerpo auxiliar á que el último tratado con Apa Sahib habia introducido en el Berar, habia probado de hacer algunas operaciones sobre el Nerbuda (octubre de 1816), contra los Pindarrys, quienes, á pesar de algunos reveses, se habian vuelto mas atrevidos, y habiendo muerto el rajá de Nagpur, estrangulado en su cama (1.º de febrero de 1817). Apa Sahib trocó su título de rejente contra el rajá de Berar, bajo el nombre de Mudadji Bhusla. Por el mismo tiempo supo el residente que se estaban preparando revueltas por el lado de Punderpur y Mohadeo, al sudeste de Punah. El peschwah, en vista de la denuncia que le hizo M. Elphinstone, mostró el mayor afan por enviar tropas para reprimirlas. Súpose luego que Trimbukji andaba vagando por el pais insurreccionado. El residente sospechaba, sin dejarlo ver al principio, que el peschwah estaba en comunicacion con el fugitivo. Badji Rao no cesaba de hacer protestas de fidelidad, y ofrecia liberalmente sus tropas para cuantos servicios quisiesen de ellas exigir. Estas demostraciones hacian poca mella en el residente, quien para poner á prueba la buena fe del peschwah, acabó por pedirle hechos mas convincentes. Ya hacia algun tiempo que el peschwah estaba haciendo grandes preparativos, que ya no justificaban sus desavenencias con el Guicowar, sobre el cual, por condescendencia con los Ingleses, acababa de abandonar sus pretensiones. El residente le pidió el arresto de todos los parientes y adherentes conocidos de Trimbukji; la cesasion de las levas para

el ejército; el licenciamiento de las nuevas; la interrupcion del abastecimiento y de los reparos que estaba haciendo en sus fortalezas. El peschwah mandó inmediatamente prender á las personas designadas, y se comprometió sin mas dificultad á cumplir las demás exigencias del residente. Sin embargo las tropas iban llegando siempre al rededor de Punah; se hacian compras de acémilas y carros; los tesoros del peschwah se remitian á paraje seguro. El residente le intimó nuevamente que cumpliese las condiciones que habia aceptado y que desarmase en el acto declarándole además que su salida de Punah se consideraria como una declaracion de guerra. Este intimacion fué apoyada por un movimiento de las tropas inglesas. Una relacion sobre los acontecimientos, enviada al gobernador jeneral, tenia suspendidas sobre la cabeza de Badji Rao condiciones mas duras todavía que las que se le habian impuesto. Titubeó y procuró ganar tiempo en conferencias; pero M. Elphinstone, que habia remitido el negocio á la autoridad superior, no queria internarse mas en él antes de haber recibido nuevas instrucciones. Entretanto seguia contratando tropas. Si el peschwah esperaba, para tomar un partido decisivo, algunas victorias alcanzadas por los insurjentes, hubo de aplazar sus esperanzas. El coronel Smith acababa de dispersar parte de ellos, y el capitán Davies, habiendo tropezado en el Kandeish con 2.000 de ellos, los habia destrozado. Sin embargo, como otra insurreccion, en la provincia de Kotak, interceptaba las comunicaciones entre Calcuta y Punah, M. Elphinstone tomó sobre sí el obrar provisionalmente en virtud de los poderes de que estaba revestido. Remitió al peschwah un ultimatum terminante: 1.º la promesa, bajo juramento, de entregar á Trimbukji en un plazo dado; 2.º la rendicion de las fortalezas de Purcundur, Singhur y Raighur; á esta última habia enviado el peschwah sus tesoros. Dábansele veinte y cuatro horas solamente para dar á conocer su contes-

tacion. Apoderándose el miedo del peschwah, entregó sus fortalezas, de las que tomaron los Ingleses posesion inmediatamente. Sir M. Elphinstone dió á entender á Badji Rao que no debía esperar que el gobernador se diese aun por satisfecho, y que se atuviese á los términos del tratado de Basein.

Con efecto, las instrucciones que llegaron poco despues (10 de mayo) descansaban sobre tres hipótesis. En la primera, si el peschwah habia entregado la persona de Trimbukji ó hecho sinceramente todos sus esfuerzos para prenderle, debian restablecerse las relaciones con él en los términos en que las habia puesto el último tratado de 1815. tras el primer arresto de Trimbukji. Si nada hubiese hecho el peschwah para cumplir sus promesas, ante todo convenio se debian exigir rehenes en garantía de la realizacion de aquellas promesas, y exigir para lo sucesivo otras garantías, que eran: 1.º la cesion de un territorio que comprendia el fuerte de Ahmednagar hasta la concurrencia de una renta de 20 laques de rupias para mantener un cuerpo de 5.000 caballos y de 3.000 infantes; la cesion de todas las pretensiones del peschwah sobre el Guzerate, el Bundelcund y otras partes del Indostan; en una palabra, la abdicacion de toda supremacia sobre el imperio mahrata; en fin, la renovacion del arriendo de Ahmenabad en el Guicowar, renovacion que era el orijen de las desavenencias del peschwah con aquel pais. En punto á la tercera hipótesis, que era la de negarse redondamente á obrar contra Trimbukji, ó solo de emplear nuevos medios evasivos, requería el arresto inmediato de la persona del peschwah, y la autorizacion de establecer en sus estados un gobierno provisional.

El peschwah habia dado lugar á la hipótesis segunda; así que tomó desde luego sus medidas para poder invocar el beneficio de la primera. Prometió una suma de dos laques de rupias y una aldea de renta de mil rupias al que le entregase la persona de Trimbukji. Envio muchos ejem-

plares de este bando á M. Elphinstone para que él los circulase. Pero el residente estuvo inflexible; hasta pujó sobre el rigor del gobernador jeneral, subiendo á treinta y cinco laques anuales de rupias el valor del territorio exijido por lord Hastings, á causa de ciertos gastos que este habia trascordado. El 7 de junio vencía el plazo para la prision de Trimbukji. Habiendo espirado este plazo, intimóse definitivamente al peschwah que firmase el tratado, única via de salvacion que le quedaba, y lo firmó efectivamente el 18.

Este tratado de Punah, cuyo objeto era maniatar al peschwah y paralizar su malquerencia, fué vituperado por algunos como insuficiente; los censores hubieran querido que se despojase al peschwah de todos sus poderes. Sin embargo el suceso demostró que la moderacion á que el gobierno habia creído mas cuerdo atenerse habia traspasado aun el objeto, y que este tratado, vituperado por demasiado blando, era bastante riguroso para arrojar al peschwah á empresas desesperadas. Scindiah firmó tambien, el 6 de noviembre siguiente, un tratado que ponía al servicio de los Ingleses su cooperacion contra los Pindarrys. Se le prometió el socorro del gobierno británico contra sus propias tropas, si estas se resistian á sus órdenes. Pero pedíanle en contra la ocupacion de los fuertes de Asirghur y de Hindia durante la campaña, fondos para mantener 5.000 caballos durante tres años, la anulacion del tratado precedente en diversos puntos, pero sobre todo en cuanto garantía la independencia de Scindiah en el Malwa, el Miwar y el Maiwar, en fin, su residencia en Gualior ó en cualquiera otro punto que se le indicase. Cojido en fragante en las diversas correspondencias que mantenía con el peschwah y los Ghurkas; rodeado de tropas inglesas que de todas partes se iban concentrando, segun hemos visto, el rajá no podía ya menos de resignarse. Firmó, pero evitó en cuanto pudo llenar las condiciones que se le imponian.

Emir Khan fué aliado mas fiel. El

tratado que le proponían tenía para él la ventaja halagüeña de colocarle bajo el pie de príncipe reconocido, y de garantizarle todos los territorios que lejitima ó ilejitimamente habia adquirido en los estados de Holkar. Pero este desgraciado príncipe pagaba su título con condiciones muy duras, se le exijia que licenciase á sus Afghanes, que entregase toda su artillería mediante un precio convenido, que diese su contingente contra los Pindarrys; y por último que entregase su hijo de rehen. Tales condiciones le daban que pensar; pero el ejército inglés estaba á las puertas. Firmó pues, el 9 de noviembre, y lo que es mas extraño, firmó de buena fe. Otros príncipes de menor importancia, feudatarios hasta entónces de Scindiah ó del peschwah, hicieron lo propio, y se pusieron de este modo bajo la protección inglesa. Pero entónces los acontecimientos acababan de variar de aspecto, y la hostilidad declarada del peschwah habia distraído las operaciones principia-
das ya contra los Pindarrys.

Socolor de un gran zelo por la causa de sus aliados los Ingleses, Badji Rao habia hecho grandes levas de tropas, y se hallaba á la cabeza de treinta y cinco mil hombres de tropas, los diez mil de infantería. El 5 de noviembre estalló en Punah un grave tumulto. A las preguntas del residente, que dirigió á los ministros, en orden á las causas de aquel alboroto, se contestó que la única causa era el movimiento de las tropas destinadas á acompañar al peschwah á una romería religiosa que queria hacer el mismo dia. Pero algunas horas despues, un enviado del peschwah intimó al residente que alejase á las tropas europeas, y redujese la brigada indijena, á la cual señalaba tambien un acontecimiento determinado. No habia entónces mas tropas inglesas en Punah que la guardia del residente. El ejército, estaba en posición á tres millas de la ciudad, á orillas del rio Muta, cuyo puente guardaba para mantener sus comunicaciones con Bombay. M. Elphinstone desechó las proposiciones del peschwah, pero no teniendo con

que contestar á sus amenazas, se apresuró á salir de la residencia y á refugiarse bajo la protección del ejército. Apenas hubo salido de su palacio, lo invadió la soldadesca, lo devastó y le pegó fuego. Ya se habia arrojado el guante. Ya desde por la mañana, el ejército mahrata se habia apostado en frente del ejército inglés, á unas dos millas de distancia. Badji Rao se incorporó luego con él, y se colocó sobre una eminencia, para ser testigo de la batalla que se iba á trabar. Su éxito no fué feliz para él; pues tras una accion vivamente disputada, dejó 500 hombres en el campo, y fué arrollado sobre las posiciones que sus tropas habian ocupado por la mañana. Los Ingleses no tenían bastante jente para tomar mas enérgicamente la ofensiva; pero les llegaba una division de refuerzo de las orillas del Godaverg; y habiéndose verificado la union el 14, hicieron sin mas tardar los preparativos de un ataque decisivo. El peschwah pareció querer correr tambien el albur. Durante dos dias trabaron escaramuzas los ejércitos al rededor de los puntos que querian ocupar, y hubo uno que los Mahratas disputaron con mucho ahinco. Pero sus esfuerzos fueron vanos, y sin duda por esta causa no quiso el peschwah emprender nada mas en aquel terreno. El 17 emprendió la retirada con parte de su ejército sobre Purundar, lo restante se dirigió sobre Sunghur.

Las primeras operaciones contra los Pindarrys habian sido felices. Los durrahes (gavillas) de Khurrim Khan y de Wasil Mahomet estaban derrotados, y las hábiles disposiciones del gobernador jeneral habian de causar su completo esterminio; pero acometió á su ejército un azote tremendo. El cólera morbo, que habia empezado, el año anterior, 1817, en la Delta del Gánjes, el largo viaje que mas tarde terminó en los últimos confines de Europa, se hallaba entónces en las riberas del Djamna y del Tchambul. El cuerpo de ejército mandado por lord Hastings en persona padeció mas que todos de los estragos de este azote. Empeñado en el terreno hondo y pantanoso del

Bundelcund , cuajaba de cadáveres el terreno que iba siguiendo; los sobrevivientes estaban paralizados por el terror. De este modo el gobernador jeneral tuvo que ir á buscar en otra parte un ambiente mas salubre, dejando en descubierto una parte del círculo que los Ingleses habian trazado al rededor de sus enemigos. Scandiah se aprovechó de esta retirada para reentablar sus negociaciones con los Pindarrys; ofrecióles un refugio en Gualior, cuyo camino les era libre en adelante , y se comprometió á juntarse en aquel punto con ellos. Derrotados entónces en el sur del Malwa , aceptaron el refugio que se les ofrecia , y su movimiento trajo apresuradamente al ejército inglés á sus posiciones ofensivas. A pesar del triste estado en que se hallaba, logró atajarles todos los caminos. Algunos pequeños encuentros en los que alcanzaron ventajas de poca entidad no podian salvarlos de una ruina inminente; pero la flaqueza del ejército inglés y su pesada marcha, entorpecida por la artillería, contra un enemigo á quien su rapidez salvaba de los golpes mas terribles, aplazaban siempre el momento delicioso. Los Pindarrys corrian del norte al sur, del este al oeste, y por donde quiera , aunque no se les aguardaba , hallaban vijilancia y á los Ingleses en posicion de recibirlos, mas no de rematarlos. Estrechadas mas y mas , aquellas gavillas se iban desorganizando poco á poco , perdian sus bagajes y ganado. En una sorpresa, por poco fué cojido Kurrim Khan. Logró escaparse; pero sus mujeres y su comitiva cayeron en manos de los Ingleses.

Entretanto decidíase tambien Holkar á salir á campaña. Una intriga de palacio , conducida por el bando que quería la guerra , derribó al ministro Tantia Jog , y hasta armó una asechanza contra la vida de la rejenta , Tulsah Bey. Esta mujer ambiciosa , que en el curso de su fortuna habia dado muestras de grande enerjía, desmayó en la adversidad. Encerrada en la cárcel , echó á llorar amargamente y se humilló en súplicas. Pero ni esta humillacion ni su her-

mosura pudieron enternecer el pecho de sus enemigos , quienes le mandaron cortar la cabeza y arrojar su cuerpo en el Siprah. Triunfante el partido de la guerra , no pensó ya mas que en seguir sus proyectos contra los Ingleses. El ejército mahrata encontró , el 21 de diciembre , el cuerpo de sir John Malcolm , en las riberas del Siprah , y fué completamente derrotado en una posicion muy fuerte. El jóven mulhar Rao, de edad de doce años , peleó encarnizadamente; en la batalla se portó como un hombre; pero en la derrota echó á llorar como un niño. Con efecto, esta sola derrota habia destruido sus fuerzas , y las disposiciones pacíficas habian vencido otra vez en el durbar ó consejo. El tratado que le impusieron colocaba sus estados bajo la proteccion británica; el rajá reconocia la soberanía de Emir Khan sobre todas las porciones del territorio de Holkar que por los Ingleses habian sido atribuidas á aquel jefe; cedía además á estos los territorios de Puchpuhar, Dig, Gungrar y Ahur, así como cuanto poseia Holkar al norte de las montañas de Miwar; estipulaba á favor del gobierno inglés su renuncia á todos los tributos que cobraba de los Radjputes; por último, se obligaba á aprontar á los vencedores un cuerpo auxiliar de 3.000 hombres. Firmóse este tratado á mediados de enero siguiente (1818) , y los Pindarrys no tuvieron tiempo de utilizar la llamada hecha por Holkar.

Otra llamada hecha por el rajá de Nagpur , Apa Sahib , luego despues de haber recibido la noticia del rompimiento del peschwah , no habia sido mas feliz que aquella. La primera leccion ó escarmiento recibido por el rajá delante de los muros de su capital le habia reducido á la precision de solicitar la paz. Pero antes de entrar en tratos , el residente inglés , que habia alcanzado esta ventaja con las pocas tropas que tenia á la mano , queria apoyar las negociaciones con fuerzas mas imponentes. El jeneral Doweton, llamado por él , llegó con su brigada y entónces el residente significó sus condicio-

nes, que eran el rajá debía entregar su artillería, licenciar á sus Arabes, así como á todas sus tropas mercenarias, y que se constituiria prisionero hasta quedar cumplidas las cláusulas de esta capitulacion. El rajá se hubiera avenido desde luego; pero sus tropas se opusieron; en términos que por librarse de ellas tuvo que entregarse á los Ingleses. Persistiendo sus tropas en la rebelion, fué forzoso echar mano de la fuerza. Una segunda batalla, dada bajo los muros de Nagpur, tuvo por resultado la derrota de los insurjentes, quienes perdieron en ella 41 elefantes y 64 piezas de artillería. Este revés no los desalentó á todos, pues 5.000 Arabes ó Indos, encerrados en Nagpur, acordaron defenderse en ella, a pesar de las órdenes de licencia-miento dadas terminantemente por el rajá. El sitio, que desde luego se comenzó, no tuvo resultado al principio, por falta de gruesa artillería; pero como el jeneral Doweton habia resuelto suspender sus operaciones hasta que le hubiese llegado aquella, comprendiendo los sitiados que su posicion no era defendible, ofrecieron retirarse con sus familias y cuanto les pertenecia y hasta sus armas. Aceptada esta proposicion, evacuaron la ciudadela de Nagpur, el 30 de diciembre. El residente utilizó estos acontecimientos para someter al rajá á disposiciones que colocaban su gobierno y sus estados completamente á la merced de los Ingleses, á quienes abandonaba además un territorio que producía una renta de veinte y cuatro laques de rupias. Así se hallaba sofocada, ya desde su primer paso, una coaliccion que hubiera podido venir á serles formidable, á haber concertado mejor sus empresas el peschwah, Holkary Apa Sahib. De tantos enemigos conjurados solo quedaban, en menos de seis semanas los Pindarrys, que estaban cercados y el peschwah que huía siempre.

Mas no era sincera la sumision de Apa Sahib, segun iba á probarlo luego. Con todo, nada tenia de halagüeño el éxito de su última rebelion; pues no solo habia sido aciaga para él, sino que tambien habia sido

inútil á sus aliados. El 12 de enero, los residuos de los durrahes de Kurrimkhan y de Wasil Mahomet habian sido esterminados por el coronel Adams, en las riberas del Tchambul; habiendo quedado muertos varios jefes en el campo de batalla. Los otros, sin recursos para seguir resistiéndose, se habian puesto en manos de los Ingleses, con la condicion de conservarles la vida y de no enviarlos ni á Europa ni á Calcuta. Kurrim Khan, despues de haber andado errante algun tiempo entre los jenerales, hecho cargo de la inutilidad de una larga resistencia, se entregó tambien, el 15 de febrero á sir John Malcolm, y obtuvo del gobierno inglés un territorio que rentaba 1.000 rupias al mes. Wasil Mahomet cojido y entregado por Scindiah, se negaba no obstante á toda composicion; pero descubierto en sus preparativos de fuga, se envenenó. Chetu, errante por el Malwa, se habia dejado sorprender, el 23 de enero en las cercanías de Kurnod. Reducido tambien á pedir la paz por el intermedio del nabab de Bhopal, y no viendo aceptar bastante presto las condiciones que él proponia, desapareció repentinamente, y pasó á la provincia de Kandeich, donde reunió algunos residuos del ejército del peschwah; así se mantuvo, durante la estacion de las lluvias, en las montañas de Mohadeo. Al volver á empezar la campaña, se halló sin recursos y sin refugio en los juncales de la vecindad. Metióse en ellos, y allí fué devorado por los tigres. Su caballo encontrado por algunos soldados ingleses, les hizo seguir la pista; emboscáronse en el matorral donde hallaron algunos huesos, luego jirones de vestido ensangrentados y por último la cabeza que se reconocia aun de Chetu. Así pereció el postrer Pindarry.

Esta derrota de los Pindarrys y los últimos sucesos de Nagpur habian establecido tan bien el predominio inglés, que el gobernador jeneral habia creído poder disolver inmediatamente el ejército del Decan. El mismo peschwah no podia ya causar ningun recelo. Tras sus prime-

ros reveses delante de los muros de Punah, aunque le quedaban todavía unos 30.000 hombres, habia comenzado aquella guerra huidora que consistia mas bien en evitar al enemigo que en pelear. Con todo su ejército no pudo rendir á un corto destacamento inglés al que habia sorprendido, ó mas bien por quien se habia dejado sorprender en Korigaum, seguido de cerca y casi sin perderle de vista, por el jeneral Smith, y por el brigadier jeneral Prietzler, tenia la maña de evitar toda accion, hasta de caballería, y apenas podian alcanzarle de vez en cuando algunos disparos de cañon. Mostraba una maña increíble en hacerles perder sus huellas, dividiendo su ejército, que volvía á formarse mas lejos, para diseminarse otra vez por diversos caminos y mantener así al enemigo en una ignorancia completa del que habia tomado el peschwah. Durante las diversas insurrecciones de Apa Sahib, habia tratado de acercarse á Nagpur, pero todas sus tentativas se le habian frustrado. Ya en este momento habian declarado los Ingleses abolido su poder. En Sitarah, la antigua capital de los Mahratas, habian hallado al último descendiente de Sivadjí, el último rajá de esta dinastía, cuyos poderes habian usurpado los peschwahes ó ministros, y le habian restablecido en la plenitud de su poder; bajo la proteccion inglesa. Viendo Badji Rao á sus aliados vencidos por todas partes, tomadas sus ciudades, frustrados sus planes, y agotados sus recursos, se veía ahora desahuciado de tratar con los Ingleses por la abolicion de su dignidad. En tales circunstancias, Apa Sahib, que acababa de experimentar su propia impotencia, no vaciló en renovar sus intrigas con el peschwah. Uno de sus agentes, observado de cerca por el residente británico, Mr. Jenkins, fué hallado portador de una carta escrita por el mismo príncipe. Las circunstancias eran graves. Corria entónces la voz de que uno de los tenientes del peschwah estaba en marcha sobre Nagpur y que á corta distancia le seguía Badji Rao M. Jen-

kins creyó deber emplear medidas enérgicas; intimó al rajá que fuese á establecerse en la residencia hasta que se hubiesen despejado aquellas nuevas dificultades, y como se negase á ello, le mandó prender (15 de marzo). Ya llevamos dicho que el encarcelamiento es para los Indos una pena degradante. Badji Rao se encaminaba con efecto á Nagpur cuando supo el arresto de Apa Sahib; pero ya se habian tomado todas las medidas adecuadas para recibirle. Cercábanle tres cuerpos de ejército sin saberlo él. Huía del cuerpo del coronel Scott, cuando reparó que iba á estrellarse contra el cuerpo del jeneral Doweton. Al punto cambia de direccion; pero en la aldea de Soni no lejos del Wunda, su vanguardia chocó con la del coronel Adams que marchaba sobre Chanda, ciudad importante de que debia apoderarse. La batalla era ya inevitable. El coronel Adams solo se aguarda el tiempo necesario para dejar llegar su caballería, se abalanza sobre los Mahrattas, los desbarata en un valle y luego en otro, donde el grueso de su ejército procuraba volverse á formar les coje su artillería, tres elefantes, doscientos camellos, y les mata un millar de hombres, sin mas pérdida para los Ingleses que diez heridos. Esta derrota era el golpe de remate dado al peschwah. Hasta sus tenientes abandonaron su fortuna; solo tres le permanecieron fieles y entre ellos aquel Trimbukji, tan comprometido al principio de la guerra. En pocos dias, su ejército se halló reducido á 8 ó 10.000 hombres. Quiso volver á empezar el sistema de marchas y contramarchas, que le daban cuando menos la apariencia de mantener la campaña, y que si no restablecian sus negocios, mantenian en pie su bandera. Pero las pocas plazas que le quedaban iban cayendo un dia tras otro en poder del enemigo. El jeneral Prietzler se apoderaba de Wusota, el teniente coronel Mac Dowell de los fuertes de Bajdeho, Unkyl, Dhurup y Trimbuk, cuya posesion hacia á los Ingleses dueños del valle del Godavery, y cerraba al peschwah el camino del Kandeisch,

provincia que por otra parte caía como todo lo demás en poder de los vencedores. Tras el sitio de Wusota, el general Prietzler había ido á atacar á Solapur (9 de mayo), donde se hallaba la principal infantería del peschwah, había derrotado á un cuerpo mahrata que acudía al socorro de la plaza, y obligado á esta á capitular. Al mismo tiempo, el coronel Adams tomaba á Chanda por asalto (19 de mayo). Tantos reveses reducían al peschwah al mayor apuro: solo conservaba una esperanza, y era poder llegar á los estados de Daulut Rao Scindiah, y alcanzar, por la mediación de este príncipe, un convenio con los Ingleses. Sin embargo, y sin esperar mas, dirigióse al principio á los residentes de Nagpur y de Punah. Su marcha sobre el Malwa fué atajada por las tropas de sir John Malcolm que había puesto en estado de defensa toda la lícea del Nerbuda, desde Hindia hasta Mueswur; volvióse al sudeste hacia Burhampur, donde se le cortó también el camino; y por cualquiera lado que se volviese se hallaba atajado como en Suni. Siempre activo y siempre intrépido, trataba no obstante de reclutar partidarios y de añadir nuevas intrigas. Pero la necesidad le iba estrechando mas y mas por cada día, y á mediados de mayo, se vió reducido á la precision de pedir á sir John Malcolm una entrevista. Esta conferencia desechada al principio por el general inglés, se efectuó no obstante en Kharia, el 1.º de junio. No pudieron ponerse de acuerdo á la primera entrevista. El general había significado que la base de todo convenio seria la deposición del peschwah, su traslación fuera del Decan y la tradición de Trimbukji. A pesar de estos preliminares el peschwah pujó sobre el ceremonial que podía mostrar en los dias mas felices de su poderío. Sentado debajo de un dosel, rodeado de su corte, durante un cuarto de hora estuvo dirigiendo la palabra á sir John Malcolm haciéndolo pasar por la boca de un tercero. Pero poco despues le hizo entrar en su tienda, y allí manifestó toda la humildad de

su situación. Despertó en el pecho del general antiguos recuerdos de amistad, debatió las cláusulas del convenio que se le imponía, y acabó por pedir una segunda conferencia para el dia siguiente. Quizás á causa de aquellos recuerdos invocados por el peschwah, no quiso sir John renovar aquella prueba dolorosa; pues al dia siguiente se limitó á mandarle entregar una copia del ultimatum que le había dado á conocer. Las cláusulas principales, eran las siguientes: 1.º Badji Rao renunciaba para sí y los suyos á todo derecho, título ó pretension sobre el gobierno de Punah. 2.º Debía pasar inmediatamente con su familia y un séquito corto al campamento del brigadier general Malcolm, desde donde seria dirigido, con los honores debidos á su jerarquía, á Benarés ó cualquiera otra residencia que el gobierno tuviese á bien señalarle. 3.º Atendida la urgencia de pacificar el Decan, y visto la época avanzada de la estación, Badji Rao debía ponerse en camino para el Indostan sin perder un dia, se daría á los miembros de su familia cuantas facilidades pudiesen apetecer para juntarse con él cuanto antes, con todas las comodidades que pudiesen hacer agradable su viaje. 4.º Badji Rao, tras la conclusion de este convenio, recibiría para si y los suyos una pensión regulada por el gobernador general, pero cuyo mínimo se comprometía sir John Malcolm á que fuese de ocho laques de rupias anuales. Otras estipulaciones favorables concernían á los adherentes del peschwah, á los bramínes mantenidos por su familia, etc.; por fin la última cláusula decía que si, aun despues de aceptadas estas proposiciones, no pasaba el peschwah al campamento inglés dentro de las veinte y cuatro horas, las hostilidades volverían á empezar inmediatamente y no habría lugar á ninguna negociacion ulterior.

No aceptó el peschwah sin mucho titubear. Pero como los preparativos militares de sir John anunciaban la firme resolución que estaba de mantener sus condiciones en todo su rigor, el vencido se allanó,

y fué con todas sus tropas; que ascendian entónces á unos 7.000 hombres, los 1.200 Arabes, á sentar sus reales al lado del campamento inglés. El jeneral inglés quiso tolerar esta escolta, mas crecida de lo que disponia el tratado. Fuera de esto, el mismo peschwah, á pesar de su aficion al fausto en aquel trance de completa decadencia, no estaba muy contento probablemente de ver tanta jente á su lado. Con efecto aquel séquito tan sumamente crecido no venia á ser mas que una escolta de acreedores armados, y cuya única prenda era la persona del peschwah; así era que no trataban de desprenderse de ella. Sir John Malcolm habia autorizado á Badji Rao á marchar separadamente á la cabeza de aquella tropa. Los 1.200 Arabes se aprovecharon de esta circunstancia para reclamar imperiosamente sus pagas atrasadas; su ejemplo fué seguido desde luego por aquella turba de aventureros mahratas, pindarrys y afghaneses, con que el peschwah habia reclutado su ejército, y en breve se halló casi todo él en rebelion declarada. Al recibir la noticia de esta novedad, sir John Malcolm manda retrogradar á un cuerpo de ejército inglés que marchaba delante del ejército mahrata. No obstante mas bien queria mostrarle que hacerle obrar, por cuanto antes que entregar el peschwah á los Ingleses por la fuerza, los rebeldes le hubieran degollado. Felizmente uno de sus jefes estaba animado de intenciones pacificas. Mientras que los mas enardecidos se tiroteaban con los Ingleses, que no contestaban al fuego, sir John alcanzaba por el influjo de aquel jefe, que cesasen el fuego, y con su palabra de que no serian atacados despues de haber soltado al peschwah se avinieron á entregárselo. Desde aquel punto Badji Rao marchó siempre con escolta inglesa; pasó desde luego al Nerbuda, y desde allí á Bitur, sitio que se le dió por residencia. Acompañóle un oficial inglés para vijilar su conducta; mas esta fué la única restriccion que se puso á su libertad. Trimbukji, que habia tratado de ha-

cer admitir su capitulacion al mismo tiempo que la del peschwah, habia visto sus condiciones desechadas, y habia vuelto á su vida errante; pero fué cojido y encerrado en una fortaleza. Apa-Sahib era el único á quien no se habia sometido. Tras la disolucion del ejército de Badji Rao, recojió algunos residuos de él, y se guareció en las serrantas de Mohadeo. Desde allí llamó á los Arabes de la provincia de Kandeish. Habiendo un cuerpo de estos últimos envuelto y pasado á cuchillo á un destacamento inglés que habia salido á su encuentro, este primer triunfo los envalentonó y vino á producir otros del mismo jaez. Apa-Sahib seguia siempre afanado por añadir intrigas por todos lados. No fué muy feliz en las tierras de la dominacion de Scindiah, donde varios agentes suyos tuvieron la torpeza de dejarse descubrir; pero en los antiguos estados suyos, logró levantar una parte de la provincia de Berar, al este de Nagpur. Esta insurreccion, bastante formidable al principio, no pudo sostenerse sino hasta el mes de octubre; pues entónces Apa-Sahib se vió nuevamente reducido á buscar un asilo en los montes de Mohadeo. Acosado en estas montañas por tres cuerpos de ejército, que le hubieran cerrado todas las salidas, halló un postrer refugio en la fortaleza de Asirghur, que pertenecia á Scindiah. El gobernador de esta no puso dificultad en abrísela, pero por un escrúpulo singular, no quiso abrirla mas que á él. Los compañeros del rajá fujitivo quedaban fuera. Mas no por esto dejaba de ser reo de traicion para con los Ingleses y de rebelion aparente contra su amo. No obstante tenia de este órdenes reservadas, segun se vió mas adelante. Despues de haberle intimado inútilmente que abriese la plaza y entregase á su huésped, los Ingleses se vieron en la precision de entablar un sitio formal. No pareció que Scindiah titubease en aprontar su continjente de hombres y municiones para este sitio, dirigido contra una plaza suya y un dependiente suyo; tampoco creyó compro-

meter su autoridad enviando repetidas veces á su gobernador la orden terminante de admitir á los Ingleses en la plaza, orden que sabia que no se ejecutaria. El sitio, principiado en marzo (1819), terminó el 7 de abril con una capitulacion. La guarnicion árabe de Asirghur salió de la plaza y depuso sus armas en medio de la division inglesa formada en cuadro. En su primera entrevista con sir John Malcolm, el *killedar* ó gobernador espresó injenuamente el temor que tenia de que Scindiah no estuviese satisfecho de la defensa que él habia procurado hacer. «¿Pero no teniais la orden de entregar la plaza inmediatamente?—Esto cabe entre los Europeos, contestó, pero entre los Mahratas, no se abandonan tales fuertes con meras órdenes.» Y estrechándole para que explicase el sentido de aquellas palabras singulares, acabó por confesar que sus instrucciones le mandaban no entregar la plaza de Asirghur sino en vista de órdenes revestidas de cierta seña particular. Tal era la guerra astuta á la que estaban espuestos los Ingleses, aun de parte de sus enemigos mas sumisos, y que aparentaban ser sus aliados mas fieles. No se halló á Apa-Sahib en la plaza. Durante algunos meses lo anduvieron buscando con afan sin lograr saber nada de él; cuando por último se supo que se habia metido en los estados de Randjit Suigh, quien le habia dado asilo y concedido una pension para vivir oculto. Tal fué el último episodio de esta guerra, casi no interrumpida, que los Ingleses habian sostenido por espacio de unos ochenta años, y que les daba por resultado la conquista completa de la India.

Los Arabes á quienes varias veces hemos encontrado en esta última guerra procedian de una colonia que se habia formado en la provincia de Kandeish, donde se habian hecho odiosos á los indijenas. Despues de la prision del *peschwah*, el gobierno inglés resolvió espulsarlos completamente. Pero antes de hacer armas, M. Elphinstone les mandó intimar la voluntad de su gobierno,

ofreciéndoles el pasaje gratuito hasta la Arabia, en buques ingleses, y el pago de los atrasos que podian reclamar de los soberanos de la India. Pero en vez de aceptar este ofrecimiento, los Arabes concentraron sus fuerzas en Maligaun, donde tuvo orden de sitiarnos el coronel MacDowell. El ataque y la defensa fueron enérgicos á la par. Pero habiendo volado una bomba el almacen de pólvora de los sitiados, la falta de municiones les obligó á capitular, ó por mejor decir, á entregarse á discrecion, con la sola reserva de salvarles la vida. Es probable que no se dieron mucha prisa en embarcarlos para su pais, puesto que los hemos vuelto á hallar á poco de la capitulacion, al servicio de Apa Sahib.

Terminada ya esta guerra, el gobernador jeneral no pensó mas que en organizar de un modo definitivo y regular las relaciones del gobierno británico con todos los pequeños estados que acababa de someter á la proteccion y supremacia de este gobierno. Cúpole la dicha, que lograron escasamente sus antecesores, de poder realizar hasta el fin los planes que él habia concebido, y de transmitir á sus sucesores una obra acabada. Algunos tratados allanaron todas las dificultades que podian dividir á los estados pequeños entre sí, ó con la potencia protectora. La alta preponderancia de esta se inscribió en un derecho público enteramente nuevo, y la India toda, de mogola que era todavia, al menos nominalmente, vino á ser inglesa de nombre y hecho. Habia aun no obstante un hombre á quien llamaban emperador. Los Ingleses no se tomaron la molestia de intimarle su deposicion, pero para hacérsela comprender mejor, permitieron al nabab visir tomar el título de rey de Oude; y con esto quedó roto el último vestigio de la jerarquia imperial.

Los afanes de lord Hastings se encaminaron tambien á la administracion interior; organizó la policia, mal desempeñada por los indijenas, creando un cuerpo de funcionarios asalariados; instituyó tribunales civiles y del crimen para administrar

justicia mas espedita y certera. Tambien atendió á la hacienda que habia gravado con una deuda de 5 crores de rupias (cinco millones de duros). Pero como habia aumentado la renta con suma á corta diferencia igual, la paz, que debia acrecer aquel aumento, debia traer consigo compensaciones mas que suficientes. Muy lejos de entrar en el sistema de economías tan recomendado por la junta de directores, lord Hastings se afanó en hacerles comprender que teniendo todas las ventajas de su conquista podia sacar la Inglaterra por único fundamento el ascendiente irresistible de su fuerza, el disminuir esta fuerza equivalia á arruinar en sus cimientos todas aquellas ventajas. Tan pronto como todo estuvo arreglado, establecido, organizado, el vencedor de los Gurkhas y de los Mahratas, el conquistador de un tercio del continente indo, trató de regresar á su patria para recojer los premios que le habian votado el reconocimiento de aquellos á quienes tan bien habia servido. Luego despues de pacificado el imperio mahrata, la junta de los directores habia votado una suma de 60.000 libras esterlinas destinada á comprarle una hacienda en Inglaterra ó en Escocia. Lord Hastings partió de la India en 1823.

CAPITULO XXVII.

GUERRA DE LOS BIRMANES.

El sucesor nombrado de lord Hastings fué M. Canuing, quien ya habia hecho todos sus preparativos de marcha, y hasta habia pasado á Liverpool, cuando habiéndole llamado los acontecimientos políticos á la cabeza del ministerio que se formaba entonces en Inglaterra, demitió sus funciones de gobernador jeneral. Reemplazóle lord Amherst. Este llegó á la India en agosto de 1824. Acontecimientos graves ocurridos bajo el gobierno de su predecesor interino, M. Adams, le habian legado una guerra que sostener contra un pueblo que aun no se habia presentado en la liza, aunque limítrofe de las posesiones inglesas.

El imperio birman, tal como se componia en 1823, era un imperio completamente nuevo y contemporáneo del imperio inglés en la India. El fundador del primero, Alomprah, era un rey de Ava, que se redondeó á costa de sus vecinos. Conquistó el Pegú, el mismo año en que Clive ganaba la batalla de Plasey. Sus sucesores hicieron como los sucesores de Clive, y las provincias de Merguy, Tavoy y Tenaserim, se fueron agregando una tras otra á las conquistas que él habia dejado. En 1823, el imperio birman se extendia al norte hasta el Tibet, al sur hasta Malaca, ceñiéndolo al este la China y Siam, al oeste las posesiones inglesas y el golfo de Bengala. Gran parte de este territorio se componia de reinos en otro tiempo independientes, recién sometidos. Lo restante de los países conquistados lo habia sido sobre todo el reino de Siam, que era el blanco de las empresas incesantes de sus belicosos vecinos, los Birmanes. Así fué como el principado de Ava vino á ser en breve, de mera provincia del reino de Pegú, la cabeza de un vasto imperio al que dió su nombre.

Estos dos imperios nacientes, el de los Ingleses y el de Ava, no podian hallarse tan contiguos sin tenerse que reconocer de mas cerca todavía. Las primeras relaciones, aunque pacíficas, presentaron no obstante cuanto se requeria para hacer sentir á dos pueblos tan emprendedores las molestias de tan grande vecindad y los acontecimientos que de ella pudieran nacer. Una violacion del territorio inglés cometido por un gobernador birman, quien, á la cabeza de 4 á 6.000 hombres perseguia á tres jefes rebeldes, fué el primer acto internacional que puso en contacto á los gobiernos de entrambos países (1794). Intimidado de evacuar el territorio que habia violado, el jeneral birman obedeció desde luego, y fué él mismo al jeneral inglés á darle satisfaccion. Este negocio no tuvo mas resultados; pero llamó la atencion del gobierno inglés sobre la corte de Ava, en la que no habia tenido tiempo de pensar hasta entón-

ces, y le hizo sentir la necesidad de llevar sus investigaciones por aquel lado. Por otra parte los súbditos ingleses tenían intereses de comercio de bastante entidad en el puerto de Rangun, y el gobierno se veía llamado naturalmente á intervenir para fijar de un modo regular las relaciones de los dos pueblos. Envióse en consecuencia una embajada á Ava, de donde volvió con un tratado de comercio, un mapa muy exacto del curso del Irawady, y muchas observaciones jeográficas, de historia natural, etc. De resultas del tratado se acreditó en Rangun á un residente inglés; allí pudo hacerse cargo repetidamente de la malquerencia de la corte de Ava con respecto al tratado que habia firmado. Al cabo de diez años el gobierno de Calcuta creyó deber enviar un nuevo embajador. Este quedó satisfecho de la acogida que se le dispensó; pero habiéndosele confiado la misma mision algunos años despues, no se le permitió pasar mas allá de Rangun. La corte de Ava se iba arrojando por grados á actos de hostilidad casi declarada. En el momento en que el marqués de Hastings empezaba la guerra contra los Gurkhas, recibió con el mayor asombro del maywem de Arracan una carta en la que este reclamaba para los Birmanes la posesion lejitima de Bengala. Las rápidas victorias con que los Ingleses vengaron el honor de sus armas arrollaron luego aquella pretension que no se renovó. No obstante, no por esto dejó de manifestarse á cada paso el ánimo agresivo de los Birmanes. En fin, en 1823, se efectuó un ataque á mano armada contra la isilla de Sapuri, situada en el desembocadero del Teknaf, en la provincia de Chitagong. Algunos cipayos que la ocupaban fueron espulsados, y los Birmanes tomaron posesion de ella. Otras partidas, procedentes de los reinos de Asam y de Munipur, invadieron el territorio inglés, arrebataron á algunos cazadores de elefantes y saquearon algunas aldeas. En la provincia de Silhet se formaron tambien algunas partidas que tuvieron la desgracia de alcanzar al-

gunas ventajas contra los destacamentos ingleses que salieron á su encuentro. Tantos insultos apuraron finalmente la paciencia del gobernador jeneral, quien acordó llevar la guerra á su oríjen. Formóse en dos divisiones un cuerpo de 6.000 hombres, sacado de las presidencias de Calcuta y de Madrás, al mando en jefe de sir Archibald Campbell. La escuadra que las llevaba llegó, el 10 de mayo, al rio de Rangun con encargo de apoderarse de esta ciudad importante. Apenas se defendió la guarnicion, y los Ingleses entraron en ella casi sin disparar un tiro; pero la hallaron completamente desierta. Los traficantes europeos establecidos en Rangun habian sido arrebatados tambien. El ejército inglés se halló por consiguiente perdido en una ciudad grande que no podia serle de ningun recurso, y reducido á los víveres que él mismo habia traído. Todo el pais vecino estaba desierto como la ciudad, y el enemigo no habia dejado nada de que pudiesen utilizarse los invasores. Los Ingleses se apresuraron á exhortar á los habitantes, por medio de proclamas, á regresar, asegurándoles que su vida y sus propiedades serian eficazmente protegidas; pero estas proclamas no pudieron circular, pues el jeneral birman mandaba degollar inhumanamente á todo individuo de quien se sospechase que habia estado en relaciones con los Ingleses. Estos, al llevar sus reconocimientos adelante hallaban los campos sembrados de cadáveres destinados á servir de ejemplar y á contener á la poblacion por medio del terror. La táctica de los Birmanes consistia al parecer en aquel momento en producir un vacío al rededor del enemigo, y forzarle de este modo á perecer ahogado. Por otra parte el ejército inglés no podia avanzar en el pais á mas de una ó dos jornadas de Rangun, por carecer de medios de transporte. Aquella ciudad de 50.000 almas, metrópoli de un gran comercio, no les ofrecia ni un caballo de tiro, ni siquiera un barquichuelo; contentáronse pues por entónces con fortificarse en aquella po-

sicion. No lejos de Rangun, y sobre una altura que domina todas las colinas cercanas, hay una pagoda conocida en toda la India bajo el nombre de Shoe-Dagor-Frah, ó Dragon de oro. Es la fábrica de piedra, ventaja rarísima en este pais, donde todos los edificios son de madera de mambú, y donde hasta las fortificaciones consisten solamente de tierra. Los Ingleses tenian en esta pagoda un excelente puesto militar, y la ocuparon. Al mismo tiempo fortificábase el enemigo en una aldea llamada Kemunire, situada mas arriba de Rangun; y algunas barcas de la escuadrilla que salieron á reconocer por aquel lado fueron recibidas á fusilazos.

Al día siguiente, un destacamento de granaderos recibió la orden de desalojar de allí al enemigo, y con efecto lo echó de aquel punto. En uno de los dos pequeños fuertes de que aquel destacamento tuvo que apoderarse, hallaron el cuerpo de una mujer jóven y linda que habia tenido ambos muslos rotos de un balazo, y que respiraba todavía; era la mujer del gobernador. Las mujeres en este pais son aptas para ejercer mandos militares, y reemplazan á menudo á sus maridos ausentes ó inválidos. Los granaderos ingleses hubieran deseado llevarse á aquella mujer, mas les faltó el tiempo. Ocurrieron tambien otras escaramuzas de la misma importancia, que ocuparon á los Ingleses sin mas resultados hasta el momento en que empezó la estacion de las lluvias. Halláronse entónces en posicion muy crítica. La inundacion estrechó el bloqueo que el enemigo habia formado en torno de ellos, reduciéndolos mas que antes á los víveres salados que venian á componer casi esclusivamente su alimento. Por otra parte la resistencia toda pasiva de los Birmanes presentaba algo mas formidable que los peligros del campo de batalla. Limitábanse á dejarse ver de cuando en cuando en los aproches de la ciudad. Salian tropas á su encuentro, y se trababan acciones sin consecuencia, por cuanto el revés de aquel día no les estorbaba volver á comparecer al

siguiente. Ocurrióles entónces una estratagemá que hubiera podido acabar con los Ingleses de una vez. Desde Kemundine, á donde habian vuelto, arrojaban por el río brulotes contruidos de modo que se clavasen á los buques que encontrasen no soltándolos hasta despues de haberlos abrasado. Cada día abandonaban á la corriente cierto número de estos brulotes, y se requirió todo el valor, toda la destreza y la infatigable vijilancia de los marineros para preservar la escuadra de aquel peligro, y quizás no lo hubieran conseguido á no mediar un recodo que hacia el río algo mas arriba del punto donde estaban surtos, el cual atajaba al paso á la mayor parte de los brulotes. El enemigo multiplicaba además sus trincheras al rededor de los Ingleses, y los estrechaba casi hasta los muros de la ciudad. Esta especie de obras hace un gran papel en el modo de guerrear del pueblo birman, y á decir la verdad, los ejércitos de esta nacion no pelean nunca sino detrás de parapetos con palizadas que levantan con una rapidez que pasma, como que dirian que son para ellos unas armas portativas. Mientras están disputando una palizada al enemigo, levántase otra como por encantamento detrás de la primera. En marcha, no acampan sino al abrigo de una palizada que construyen tan pronto como se paran; no tienen tiendas, sino solamente agujeros que escavan y cuya tierra sirve para formar un parapeto. Dos hombres, armados el uno de un azadon y el otro de una pala, hacen uno de aquellos agujeros, que se juntan todos en términos de formar una trinchera, y en caso necesario, hincan luego en el suelo estacas estrechamente enlazadas que acabalan este sistema de defensa. Otras estacas, suspendidas horizontalmente con cuerdas livianas, tienen por objeto aplastar al enemigo en el caso de arrojarle al asalto. Toda la campiña, hasta algunas millas mas allá de Rangun, estaba surcada de esta especie de obras birmanas. Sir Archibald Campbell creyó llegado el momento de descargar un gran golpe, y de espulsar

a los Birmanes de Kenumdine. El 8 de junio, dividió sus tropas en tres cuerpos de 800 hombres cada uno, formando una escuadrilla que cargó de gruesa artillería para abrir la brecha en la palizada de Kenumdine, y se puso en marcha. Una falsa dirección, tomada por dos de los tres cuerpos de ataque, fué causa de que se malograra la operación aquel día. Al día siguiente vieron llegar una especie de parlamentario á quien trataron con distinción; mas no produjo ninguna credencial, su visita no produjo mas que un cambio de cortesías. El 10, estaban las tropas en pie á las dos de la madrugada; las palizadas que encontraron fueron ganadas; pero cuando hubieron llegado delante de Kenumdine, descubrieron, al lado de la obra principal, otras fortificaciones muy estensas para que el ejército inglés, con su corto número, pudiese atacarlos. Por otra parte la noche estaba encima, y á pesar de la lluvia, que caía á raudales, los Ingleses se aprovecharon de ella para construir baterías de brecha. Al día siguiente se reconoció que la elasticidad del mambú, con que estaban hechas las palizadas, venía á inutilizar aquellas baterías. La bala de cañon, al atravesar la palizada, doblegaba el mambú, el cual recobraba luego su posición; acordóse dar luego el asalto y el enemigo no lo aguardó, pues al llegar los Ingleses al pie de la palizada, vieron que la había abandonado. Otro puesto, llamado Cheduba, opuso mayor resistencia, los Birmanes habían abrigado en él á sus mujeres é hijos como punto seguro, é hicieron una resistencia enérgica. No obstante los Ingleses entraron por asalto en el reducto cuyo comandante se había hecho matar en la brecha. Su mujer é hijos hechos prisioneros fueron enviados á Calcuta; y sir Archibald, victorioso, estableció esta vez un puesto en Kenumdine.

Sin embargo el Wonghi Birmano se daba por vencido, y se afanaba por lograr un desquite. El 1º de julio, desde lo alto de la pagoda, vieron á varios cuerpos enemigos sa-

lir de un matorral y dirigirse hacia Rangun, siguiendo una dirección casi paralela á la línea de las obras inglesas. Los tiradores que los cercaron no les estorbaron de penetrar en la línea inglesa, donde lograron apoderarse de una eminencia, donde solo pudo contenerlos el fuego de la artillería. Un rejimiento de infantería, que marchó al apoyo de la artillería, los arrojó de aquella posición y les precisó á retirarse precipitadamente. El ala derecha y el centro de los Birmanes, que necesitaban que aquel saliese bien en aquel movimiento para atacar también por su parte, fueron arrollados en la derrota. Estos reveses repetidos determinaron á la corte de Ava á reemplazar á su jeneral, que tuvo por sucesor á Sumba Wonghi. Este, si no fué mas feliz en la guerra, tuvo al menos la dicha de hacerse matar en un reducto. Esta muerte y el estado de la estación, que imposibilitaba momentáneamente la guerra, trajeron un descanso de que se aprovecharon los Ingleses para hacer una llamada sobre las provincias marítimas al sur de Rangun. La escuadra dió la vela para Tavoy, que se entregó, y desde allí para Mergui, que fué tomada por asalto. Toda la provincia de Tenaserim se sometió á las armas inglesas.

Mientras que ordenaba esta conquista con la esperanza de determinar á la corte de Ava á pedir la paz, sir Archibald Campbell se aprovechaba del desaliento del ejército birmano para atraer á Rangun á los habitantes fujitivos. Costóle trabajo el conseguirlo; pero el buen trato hecho á los primeros que se aventuraron á volver á sus hogares movió á otros á seguir su ejemplo. Las cercanías de Rangun habían padecido muchísimo por efecto de las violencias de los Wonghis que habían expulsado á los habitantes ó incorporados en sus filas. Una buena parte de los habitantes de la ciudad estaban diseminados por sus alrededores bajo la vijilancia de las tropas destinadas para guardarlos. Sir Archibald, deseoso de librarlos, enviaba destacamentos en varias direc-

ciones; pero los jefes birmanes los ponian en cobro, y no pudieron los Ingleses libertar mas que á unos pocos.

Sin embargo iba cundiendo el desaliento en el ejército birman, pudiendo mas que el terror de las severisimas penas que hasta entonces lo habia contenido, y la desercion clareaba rápidamente sus filas. El rey de Ava se hizo cargo de la precision de obrar vivamente en el ánimo de los pueblos, y para realzar el valor de los suyos, colocó á la cabeza del ejército á dos príncipes de la sangre real, sus propios hermanos. Presentáronse escoltados de magos ó astrólogos cuyas decisiones tienen fuerza de ley en todas las empresas de los Birmanes, é inspiran una ciega confianza. Hicieron seguir además de un cuerpo de 5 á 6.000 hombres, llamados los *Invulnerables del rey*. «Estos últimos, dice un historiador moderno, se distinguen por el cabello que llevan corto y por las pinturas que embadurnan su cuerpo. En los brazos, muslos y pecho llevan figuras de elefantes, tigres y otros animales feroces, estampados indeleblemente en el cutis. En su niñez, les hunden en la carne viva, en el pecho, en los brazos y en los muslos, hojas pequeñas de plata, de oro, y á veces de piedras preciosas sobre las que se han preferido ciertas palabras misteriosas. Cuando la piel se ha vuelto á cerrar y se ha cicatrizado la herida, entonces son considerados entre sus conciudadanos como invulnerables; ellos mismos están en la propia creencia, ó al menos parece que están bien convencidos de ello, puesto que se esponen temerariamente á los peligros mas iminentes. En todas las palizadas, en todos los puestos, habia siempre uno ó dos de estos hombres. Era de su deber ejecutar delante del enemigo una especie de danza guerrera, en ademán de desafiarse. Y con esto infundian á sus camaradas valor y entusiasmo.»

Los dos príncipes establecieron su cuartel jeneral, el uno en Pegú, y el otro en Donubieu, á orillas del rio de Rangun, á 60 millas de la ciudad

rio arriba. Hicieron nuevas levas, y para llamar á los desertores á sus banderas echaron mano de los premios y de las amenazas. Medió mucho tiempo antes que tratasen seriamente de abrir la campaña contra los Ingleses; los astrólogos habian aplazado el momento propicio. Limitáronse provisionalmente á ocupar ciertos puestos desde los cuales molestaban mucho á los Ingleses cuyas barcas todas habian arrebatado, y á quienes estorbaban la pesca; molestia grandísima en aquel momento sobre todo en que los muchísimos enfermos de quellenaban diariamente los hospitales el clima y la estacion, necesitaban víveres frescos. De esta situacion resultaron algunas refriegas en las que los Ingleses salieron victoriosos. En fin, en la noche del 30 al 31 de agosto, habiendo hallado los astrólogos una conjuncion propicia, se acordó el ataque jeneral. Nada se habia echado, ni siquiera el tiempo para dar á las tropas la seguridad del triunfo. Los invulnerables habian jurado solemnemente al frente del ejército que reconquistarian la gran pagoda; mas no lograron mas que hacerse matar en las escaleras. Recibidos por un vivísimo fuego de metralla y por la fusilería á quema ropa de toda la division inglesa, que se habia replegado á la pagoda, los acometedores vieron sus filas tan horrosamente destrozadas, que fueron poquísimos los hombres que lograron volver á los matorrales de las inmediaciones. Acabóse el ejército de los príncipes y voló el prestigio de su nombre; poco despues se vieron tambien ellos reemplazados. La eleccion del rey fué á buscar al otro extremo del imperio un jeneral afamado que acababa de alcanzar, en la frontera de Bengala, algunas victorias insignificantes contra destacamentos ingleses; llamábase Maha-Bandulach. Su valor y su habilidad habian logrado difundir cierto terror en la provincia de Chitagong, donde estaba guerreando á la sazón, y este pavor, cundiendo por las campiñas, habia llegado tambien hasta Calcuta. Una mañana, el cuerpo inglés que le hacia cara quedó pasma-

do de ver su campamento evacuado, y de no poder descubrir por ningún lado las huellas de su marcha. Con todo su ejército que llevaba á Rangun, había desaparecido de noche sin dejar á sus espaldas ni un herido, ningún rezagado, ningún indicio de la dirección que había tomado. En aquella estación de lluvias é inundaciones, al través de los pantanos insalubres de la provincia de Arracan, supo hacer mas de 200 millas con su ejército, en medio de obstáculos que en pocos días hubieran devorado al ejército europeo mas aguerrido y mejor aclimatado. Donubieu era el punto de reunion jeneral para los numerosos refuerzos que Bandulach llamaba de todos lados sobre Rangun; habíase embarcado en el Irrawady un tren considerable de artillería. Todo anunciaba un ataque formidable.

Los Ingleses por su parte hacian muchos preparativos; pero una fiebre epidémica estaba enervando en este momento á sus tropas. Esta calentura, que por maravilla es mortal, sumerjia durante algunos meses á los que habia acometido en un estado de debilidad que los hacia inhábiles absolutamente para el servicio. Despues de haber probado todos los medios, y hasta hospitales flotantes, para lograr el restablecimiento de los enfermos, acordóse, en vista del dictámen de los facultativos, enviarlos á Mergui, reciente conquista de sus armas, y allí en efecto recobraron sus fuerzas con bastante rapidez. Mientras se dedicaba á estos afanes y á los de defensa de Rangun, sir Archibald trataba de crearse algunos recursos proporcionados á los que contra él manifestaban sus adversarios. Aspiró ante todo á formar una alianza con los Siameses, eternos enemigos de los Birmanes. El rey de Siam dió gustoso oídos á las proposiciones que se le hicieron; pero en tanto que la victoria no estuviese decidida, habia resuelto no comprometerse con ninguna de las dos partes contando que mas adelante se haria pagar por el vencedor las buenas promesas que le hubiese hecho. Pero sea como fuere, aquellas negocia-

ciones vinieron á parar en una expedicion que sir Archibald envió hácia las fronteras de Siam, á Martaban, para ponerse en comunicacion con un cuerpo de tropas que el rey de Siam estaba reuniendo tambien por aquel lado, ó quizás para contenerlo. Martaban está situado en el fondo del golfo de este nombre y no lejos de Rangun. La escuadra expedicionaria dió la vela el 13 de octubre; llevaba dos regimientos. Habiéndose negado el gobernador, hombre resuelto, entregar la plaza aunque se hallaba espuesta á los fuegos de los buques, se dió el asalto y se tomó la plaza. Despues de haber puesto guarnicion en Martaban, los Ingleses dieron la vela hácia el Sur y fueron á someter del mismo modo á Yeh, situada entre Martaban y Tavoy. En tanto que estas expediciones arrancaban al influjo mal sano del pais de Rangun parte de las tropas inglesas, y les afianzaban otras ventajas, las enfermedades diezmaron mas que nunca á las tropas que habian quedado á las órdenes de sir Archibald Campbell. El fin de las lluvias, estación perniciosa, habia dejado el pais cubierto de aguas estancadas, cuyas exhalaciones emponzoñaban la atmósfera. La mortalidad habia comenzado en el campamento en el mes de setiembre, pero fué mucho mayor todavía en octubre. Sir Archibald se aprovechó del reposo que le dejaban los preparativos de los Birmanes, y de la inundacion de las campiñas, para pedir socorros propios para llenar los huecos que estaban dolorosamente presentando las filas de sus tercios. Las presidencias de Madrás y de Calcuta se esforzaron en organizar los refuerzos de que necesitaba; y gracias á este zelo, las tropas que tenia á sus órdenes se reclutaron luego con 500 marineros, dos regimientos de infantería inglesa, algunos batallones de indígenas, un regimiento de caballería, caballos, artillería, etc. Por su parte, el ejército de Ava, reunido en Donubieu, formaba, á últimos de setiembre, un efectivo de 60.000 hombres, bastante mal armados es verdad, aunque la pica y el puñal,

únicas armas ofensivas de los mas de ellos, son en sus manos instrumentos que saben hacer terribles en los encuentros cuerpo á cuerpo. Tienen además una buena artillería llevada á lomo de elefantes, y muchos miles de peoneros para escavar detrás de los combatientes aquellos agujeros que son para estos una guarida y un muro.

A últimos de noviembre se arrojaron ambos ejércitos. Todo estaba dispuesto por una y otra parte. Los Ingleses ocupaban, desde Kamundine hasta Prizendun, un frente muy estenso, formando un triángulo, cuyo vértice era la gran pagoda. Lo habian fortificado á trechos, y los 500 marineros llegados de la provincia de Chitagong se habian empleado en construir muchas barcas, con las cuales habian formado una escuadrilla destinada para proteger el punto importante de Kemundine. Bandulach, por su parte, habia hecho todas sus disposiciones de ataque. El 1° de diciembre, antes de rayar el día, trabó justamente en aquel punto la accion que se extendió á la tarde hasta la gran pagoda, separada de Kemundine por un bosque ocupado por sus tropas. Aquello fué el principio de una multitud de combates que pudiéramos llamar una sola batalla, y que duró ocho días, tan grandes eran el encarnizamiento del jeneral birman y la constancia que sabia infundir á sus tropas, derrotadas cada día, desalojadas cada día no solo de sus palizadas improvisadas, sino tambien de alguna de sus posiciones mas importantes y mejor fortificadas. Allí perdieron sucesivamente su artillería, sus almacenes, parte de sus banderas, y quitasoles dorados que son para los jefes la insignia del mando. Siguióse de este descalabro una grande desercion que volvió á poblar en parte la ciudad de Rangun. Bandulach no comenzó su retirada el 8 de diciembre, sino despues de haberlo todo perdido; pero habiendo encontrado en el camino un refuerzo que le llegaba, volvió al avance, mas alentado que nunca, para reparar con 25.000 hombres el revés que acababa

de padecer á la cabeza de 60.000. Hábil en hacerse recursos hasta de sus pérdidas, supo utilizar la desercion de sus soldados para suscitar á los Ingleses un enemigo interior hasta dentro de la misma plaza de Rangun, donde los desertores habian ballado un asilo. Allí añadió inteligencias por cuyo medio tuvo suspenso sobre la cabeza de los vencedores un peligro tanto mas formidable cuanto que no se conocia su medida y no se sabia donde conjurarlo. Algunos de los mas fieles y rendidos servidores de Bandulach se habian mezclado con los desertores é introductores en la ciudad. El espionaje, el asesinato, el incendio eran los huéspedes á quienes los Ingleses habian dado acogida. En la noche del 12 al 13 de diciembre, estalló el incendio en varios puntos. Estando toda la ciudad construida de madera, podian bastar unos pocos minutos para propagar por todas partes el incendio y destruir en un momento los abastos y todas las municiones del ejército. Era probable además que Bandulach se iba á aprovechar del desorden para embestirla plaza, mientras que las tropas inglesas estarian afanadas en apagar el incendio y en preservar sus almacenes. Sin embargo no se justificó esta zozobra, y mientras que una parte de los soldados guardaba las murallas, los restantes pudieron arrancar á las llamas una mitad á corta diferencia de la ciudad. Tan pronto como se vió libre de los cuidados de este acontecimiento, viendo sir Archibald la inacción del enemigo, resolvió tomar él mismo la ofensiva. El 15, se pusieron en movimiento dos columnas para cojer al enemigo de frente y de costado, en una posicion que Bandulach habia declarado inespugnable. Sus mismos soldados estaban de ello tan convencidos, que dejaron á los Ingleses adelantarse hasta el pié de las palizadas. Pero si estaban fundados en considerar como una locura la temeridad de semejante ataque, mucho mayor era todavia la que su presuncion les hacia cometer. Por haber tardado demasiado en abrir el fuego, dieron á los acometedores el

tiempo de ponerse á cubierto, saltando en el foso, desde donde se arrojaron al punto á la bayoneta sobre los Birmanes desconcertados. En un momento los hubieron arrollado y arrojado de los muros. La caballería remató la derrota de los fujitivos; Bandulach se retiró sobre Donubieu.

Rangun se hallaba libre definitivamente. El ascendiente de las armas inglesas estaba establecido de un modo irresistible en el ánimo de los habitantes. Muchos de estos desgraciados que, desde algunos meses, no habian por domicilio mas que los bosques y el revés de las trincheras que les obligaban á abrir, sacudieron por fin el yugo del terror que los habia sujetado á aquella vida miserable, y volvieron á la ciudad flacos y estenuados; se les ayudó á volver á edificar sus casas; se levantó un bazar, y pronto afluyeron á él los renglones que el pais producía en abundancia. Sir Archibald recibió nuevos refuerzos, y ya no pensó mas que en proseguir sus ventajas penetrando en el interior del pais. Otros dos ejércitos atacaban al imperio birman al oeste y al norte por las provincias de Arracan y de Sylhet. Con todo sir Archibald probó por última vez de mover al rey de Siam á juntar sus fuerzas con las de los Ingleses. Pero recibió de él una contestacion no menos llena de protestas amistosas que de ambigüedad en punto al fondo de la cuestion. Convencido el Inglés de que aquel era un aliado de quien nada cabia esperar, resolvió pasar adelante. El 13 de febrero, el ejército, escoltado por la escuadra que seguia todos sus movimientos, se puso en marcha siguiendo el rio Lain, del que no se debia apartar hasta llegar al Irawady, que habia de costear tambien hasta Donubieu. Cuando llegó delante de la plaza el 7 de marzo por la ribera izquierda del rio, oyó un vivo cañoneo: era el brigadier jeneral Cotton que habia llegado allí tres dias antes por la orilla derecha, y que sin aguardar al cuerpo de ejército principal, habia atacado la plaza. No dudando del éxito, sir Archibald prosiguió su camino. Pero Bandulach, rodeado de 15.000

hombres y de 150 cañones, habia hecho una resistencia digna de su nombradía, y digna de la confianza que en él habian puesto. Despues de haberse apoderado de algunas obras y de dos recintos con palizadas, el brigadier jeneral Cotton fué rechazado delante del tercero. El jeneral en jefe recibió esta noticia el 11, y cesó al punto. Faltaban en aquel momento las barcas para pasar el rio; pero suplió á esta falta el zelo y el ardor de los soldados. El 25, todo el ejército se halló concentrado al pié de los muros de Donubieu; y la escuadra se le incorporó al dia siguiente. De este modo se halló la plaza atacada por tierra y por agua; se construyeron las baterías de brecha y empezó el fuego. Bandulach habia reparado y extendido las fortificaciones de Donubieu; estaba resuelto á hacer de ellas el sepulcro del ejército inglés, ó á sepultarse él mismo bajo de sus ruinas. Nada omitia para hacer comprender á sus soldados que tal era su firme resolucion y para que abrigasen el mismo propósito de vencer ó morir. Cualquiera que daba muestras de flaqueza era muerto en el acto, y Bandulach no creyó desmerecer derribando con su acero las cabezas de dos fujitivos. Todo anunciaba pues una resistencia furiosa y desesperada, cuando, el 2 de abril, marineros láscares, que se escaparon del fuerte donde estaban detenidos como prisioneros de guerra, se presentaron al jeneral inglés y le anunciaron que Bandulach habia sido muerto, y que la guarnicion de Donubieu se estaba desbandando á pesar de los conatos de sus jefes. Con efecto, el ejército sitiador entró sin tener que disparar un tiro en la plaza, donde halló intactos los almacenes y la artillería, que nadie habia cuidado de inutilizar. Al recibir el emperador la nueva de estos acontecimientos, dió á la memoria de Bandulach las muestras del dolor mas profundo; y se encerró durante algunos dias sin querer admitir junto á su persona ni aun á sus servidores mas familiares.

Sir Archibald, sin perder tiempo, continuó su marcha sobre Prome,

donde al parecer querian los Birmanes jugar otra vez la suerte de su imperio. El ejército llegó el 24 de frente de aquella ciudad, donde el enemigo habia acumulado en poco tiempo los medios mas formidables de defensa. Pero estaba el desaliento en todos los pechos, y todas aquellas trincheras de que estaban herizados los aproches de la plaza y las alturas vecinas, fueron evacuadas, lo mismo que la ciudad, tan pronto como se hubo presentado el enemigo. Al entrar en ella los Ingleses, solo tuvieron que luchar contra el incendio, que los Birmanes habian dejado á sus espaldas. El emperador, tras este nuevo revés, se mostró mas y mas inflexible en sus proyectos de resistencia; pero los mismos medios que empleaba para hacer contribuir á todas las fuerzas de su reino solo servían para mover á los pueblos á sustraerse á ellos. Todas las aldeas estaban desiertas; los habitantes andaban vagando por los bosques, de donde salieron luego gavillas devastadoras que recorrian las campiñas para vivir de salteamientos. Los Ingleses, establecidos en Prome, que habian vuelto á edificar, organizaron columnas movibles para atajar aquel desorden. Esperando que desde este ejército podria dictar la paz sin que el emperador le obligase á llevar hasta el corazon del imperio las desdichas y las humillaciones de esta guerra. Sir Archibald habia organizado en ella un depósito formado de almacenes considerables, construida una fuerte escuadrilla de barcas propias para remontar los torrentes del Irawady; disposiciones ofensivas que debian afianzar el buen éxito de la guerra, si no lograban inspirar el deseo de la paz. Hasta habia establecido en el pais, con el auxilio de los naturales, una administracion nueva en reemplazo de la que habia huido con su llegada.

Pero el emperador muy ajeno de estar desconcertado, se dignaba apenas contestar á las proposiciones que le enviaba su enemigo victorioso. De orden suya y de la de su *lotu* ó consejo, se efectuaban nuevas levás en todo el Imperio. Fabricábanse dia-

riamente en sus arsenales cantidades inmensas de pólvora y armas. Pueblos nuevos, los Shaanes, eran ahora llamados á aprontar su contingente para esta guerra que al parecer queria reencenderse mas sangrienta que nunca. Las magas, agregando el tributo de sus artes á tantos medios naturales, distribuian á los guerreros aguas encantadas que debian hacerlos invulnerables y hacer caer á sus plantas las balas de los enemigos que con ella pudieran bañar. En pocos meses hubieron organizado, armado y equipado un ejército de 66 000 hombres, número cabalistico en cuyas virtudes fundaban las esperanzas mas certeras. El reposo forzado de la estacion de las lluvias habia ayudado á aquellos preparativos que por entrambas partes se estaban haciendo. A pesar de la confianza que inspiraban en la corte de Ava tan magníficos resultados, la doblez tan familiar á los pueblos orientales no le permitió acudir al punto y francamente á las armas. En contestacion á las últimas proposiciones de sir Archibald, envió á Prome una embajada encargada de arreglar los preliminares de la paz. No cabe duda en que se trataba solamente de saber las pretensiones de los Ingleses ó de enterarse de las fuerzas y de la confianza que les quedaban en presencia de los nuevos obstáculos que iban á tener que vencer. Los embajadores traian las seguridades de las disposiciones pacíficas de su soberano, pedian una tregua de cuarenta dias y el envío de dos oficiales ingleses al campamento birman. Estos dos oficiales partieron con ellos el 8 de setiembre, y acordaron con el Ki-wanghi, ó jefe de los ministros, un convenio preliminar de suspension de armas hasta el 17 de octubre y que aplazaba una conferencia para el 2 octubre entre el primer ministro debidamente autorizado y las autoridades inglesas debidamente facultadas. La aldea de Neugbenzeick, á 25 millas mas abajo de Prome, en la margen izquierda del Irawady, era el lugar designado para la conferencia. Los plenipotenciarios se reunieron allí con efecto el

dia señalado, y se prodigaron mutuamente las demostraciones mas amistosas. Al tratar de los negocios, sir Archibald espuso las condiciones que ponía á la paz, y que eran: la cesion á los Ingleses de las provincias de Arracan, Merguy y Tavoy; el reconocimiento de Asan y Munipur como estados independientes bajo la proteccion inglesa; el pago á los Ingleses de dos crores de rupias (10 millones de duros) para los gastos de la guerra. Tales exigencias pasmaron á los embajadores birmanes; no habia una sola contra la cual no tuviesen objeciones escelentes; contra la última sobre todo alegaban una razon perentoria, la imposibilidad. En una palabra, se declararon sin poderes para tratar bajo semejantes condiciones, y pidieron un nuevo plazo, hasta el 13 de noviembre, para consultarlas con su corte. Esta tardanza, que en atencion á subsistir todavia la inundacion, no costaba nada á sir Archibald, les fué concedida sin dificultad.

Las tropas volvieron pues á encerrarse mas acá de las líneas que los términos del armisticio les vedaban trasponer. Pero las gavillas que andaban infestando el pais no tardaron en crecer y violar audazmente el territorio inglés. A pesar de las quejas de sir Archibald y las promesas del Ki-wonghi, continuaron los insultos, y ya no cupo dudar de que aquellas gavillas tenian su punto de apoyo en el mismo ejército birman. A las nuevas reclamaciones del general inglés contestó el Ki-wonghi con recriminaciones. Despues de haber reconvenido á sir Archibald por la exajeracion de sus demandas y por la mala fe de los Ingleses en la negociacion de una paz que ponian bajo tales condiciones, concluia con estas palabras: « Si deseais sinceramente la paz y el restablecimiento de la amistad entre vosotros y el imperio birman, vaciaos las manos de lo que nos habeis tomado; entónces, si lo deseais permaneceremos bajo un pié amistoso con vosotros. Enviaremos una demanda al rey para que suelte á vuestros prisioneros, y nosotros nos apresuraremos á enviáros-

los. Pero una vez espirado el armisticio, si mostrais algunos deseos de renovar vuestras demandas de dinero para el pago de vuestros gastos durante la guerra, ó bien para obtener de nosotros un territorio cualquiera, entónces tened por terminada nuestra amistad. Tal es la costumbre de los Birmanes. »

Tal declaracion era la guerra. La infatigable actividad de la corte de Ava acababa de rehacer todavia el ejército birman, que ascendia á 80.000 hombres, repartidos en tres divisiones, de las cuales la mas fuerte, que era la del centro, estaba mandada por el Ki wonghi en persona. La izquierda estaba á las órdenes de un viejo jeneral experimentado, Maha-Nemiow, que la corte de Ava habia enviado espresamente para dirigir las operaciones de esta campaña. Los Ingleses, precisados á dejar una guarnicion en Prome, no tenian mas que 5000 por oponer á aquella muchedumbre. Los dos ejércitos se encontraron el 10 de noviembre, y este primer encuentro valió á los Birmanes una pequeña ventaja que inspiró á los Ingleses mayor circunspeccion, sin aliojar en lo mas mínimo la del viejo Maha-Nemiow. Ninguna estratagemas de sir Archibald pudo determinar al enemigo á salir de su prudente reserva para empenar una accion jeneral. Sir Archibald acabó por resolverse á tomar él mismo la ofensiva, y combinó su plan de modo que pudiese atacar una tras otra á las tres divisiones enemigas. Este plan salió perfectamente. La izquierda de los Birmanes, mandada por Maha-Nemiow, fué la primera arrollada, á pesar de una resistencia furiosa (1.º de diciembre). Al dia siguiente, la derecha fué atacada en una porcion formidable por sí misma, y protegida además por una série de palizadas levantadas de mil en mil, y que fué forzoso ganar antes de llegar al ataque principal. Esto fué negocio de una hora. Los Birmanes, arrollados, ametrallados, destrozados, dejaron en el sitio cuarenta ó cincuenta piezas de artillería y todo el material de su ejército, de que se apoderó la escuadra ingle-

sa. Ya no quedaba por vencer mas que el ala izquierda, á la otra ribera del rio Nawire. El jeneral en jefe confió al brigadier jeneral Cotton el encargo de rematarla. Este, atravesando el rio, el 5 de diciembre, solo tuvo que presentarse por decirlo así, para arrollar á aquellas tropas desalentadas por la derrota de los dos dias anteriores.

El 9, el ejército se puso en marcha sobre Ava. Todavía tenían los Birmanes su reserva, que constaba de 10.000 hombres, y que habia quedado intacta á las órdenes del príncipe Memiabu, que se hallaba entonces en posicion en Melluna, y los residuos de los ejércitos vencidos en los dias precedentes, residuos que procuraban allegar en Meaday, de cuyo punto querian hacer el postrer baluarte del imperio. Los Ingleses emplearon mas de un mes en llegar á este punto. Los malos caminos, los matorrales, los pantanos impracticables, el cólera que diezaba sus filas, no pudieron vencer su entereza. Llegaron, el 17 de enero de 1825, á Meaday, y lo hallaron evacuado por los hombres sanos, pero lleno de muertos y de moribundos. El cólera estaba haciendo mayores estragos todavía en el ejército birman que en el inglés. Y además numerosas horcas guarnecidas de cadáveres medio devorados por los buitres probaban por qué medio y por qué disciplina trataban los jenerales de Ava de contener á sus tropas.

El 21, sir Archibald prosiguió su marcha hacia Melluna. El camino se iba poniendo peor y mas desierto; los Birmanes habian despoblado y destruido todas las aldeas. Los cadáveres que dejaban á sus espaldas eran lo único que atestiguaba la presencia reciente de seres vivientes en aquella soledad horrorosa, que en breve hubiera devorado al ejército inglés, á no haber seguido siempre la orilla del rio por donde la escuadrilla proveia á su subsistencia. Llegados á la vista de Melluna, los Ingleses recibieron un parlamentario encargado de nuevas proposiciones de paz. Establáronse nuevas negociaciones en las que sir Archibald

reprodujo las condiciones que ya tenia puestas, y los Birmanes renovaron sus objeciones. Sin embargo, tras muchas discusiones y algunos cañonazos, firmóse el tratado. Habíase concedido á los plenipotenciarios un plazo de quince dias para obtener la ratificacion del emperador y para cumplir los preliminares, que consistian en la entrega de los prisioneros y el pago del primer plazo de la suma impuesta. Además del afan con que los Birmanes iban levantando fortificaciones, á pesar de la suspension de armas, sir Archibald tuvo lugar de convencerse de que el tratado consabido no era mas que un ardid para ganar tiempo; el plazo iba á vencer y la ratificacion no acababa de llegar. Los negociadores querian imponer otras condiciones y obtener una prolongacion del armisticio. Todo se les negó, y en el plazo señalado, el ejército inglés cojió las armas. desembarcó su artillería de sitio, construyó sus baterías, y en la madrugada del siguiente dia, empezó á cañonear á Melluna. Un incidente que hubiera debido desgraciar el ataque fué al contrario lo que aceleró su feliz éxito. Una columna de asalto, que pasaba en barcas al punto donde debia obrar, se vió arrebatada por la corriente bajo el fuego de la plaza, antes que ninguno de los cuerpos destinados para apoyar esta operacion hubiese llegado á su puesto. Así perdida, ó tenida por tal por lo restante del ejército, que se habia quedado de espectador en la otra orilla, aquel puñado de hombres embistió denodadamente las trincheras y entró en las palizadas, donde un ejército de 5.000 hombres huyó en su presencia. Hallóse en Melluna el original del tratado que debia haberse enviado á la ratificacion del emperador, y una cajita que contenia de 30 á 40.000 rupias, que pertenecia al príncipe Memiabu. Sir Archibald le envió con algunos cumplimientos irónicos el ejemplar oficial del tratado. El príncipe le contestó no menos irónicamente que habia dejado tambien algun dinero con el tratado, y que el afan de sir Archibald

en restituir el uno era una prenda segura del afan con que restituiria el otro.

El emperador empezaba á mostrar indecision y su consejo se resentia de ella. Los Ingleses iban caminando sobre su capital; las circunstancias eran ya urgentes, amenazadoras. Las lecciones de lo pasado debian haberle desengañado en punto al prestigio de su poderío militar; pero su orgullo se volvía á erguir rabioso bajo la humillacion de sus armas abatidas. Ora procuraba reconciliarse con sir Archibald que iba avanzando siempre, enviándole como negociador un prisionero inglés, el doctor Price; ora se echaba otra vez en brazos de los que se dejaban llevar del vértigo de la guerra, y daba oídos á su fanatismo desatinado que les hacia oficio de discurso. Uno de los grandes de su corte, Tajeah Sudjin, se ofreció á arrojar con 30.000 hombres á los rebeldes extranjeros. Tomóle el emperador la palabra, le dió hombres y dinero, y el título de Naiwun-Barein (rey del infierno). Pero el rey del infierno se estrelló en Paghmien y desde aquel punto tuvo sir Archibald por decirlo así un pié en la capital. El rey del infierno llegó allá antes que él para volver á ofrecer al emperador sus servicios y su espada pero corrido el emperador de haber contado con aquel presumido hizo una seña de ira y el desdichado fué arrastrado bajo los piés de los elefantes, que lo aplastaron.

Enviaban al mismo tiempo al campamento de los Ingleses al doctor Price, portador de proposiciones que el jeneral rehusó perentoriamente, y á las que sustituyó su ultimatum; que era el pago en el acto de 35 laques de rupias, la entrega del tratado ratificado, y la de los prisioneros. Al espirar el plazo de cinco dias, volvió el doctor Price con el dinero exigido y dos plenipotenciarios birmanes para arreglar los términos del tratado. Tras tres dias de debates, firmóse finalmente el tratado. «Y ahora que estamos en paz con los Ingleses, dijo un negociador

deponiendo el *calam* (pluma de caña que se usa en todo el Oriente), si los Chinos se atreven á insultarnos, ¡y ay de ellos!» Espresion peregrina por lo injenuo en boca de un diplomático. Dos oficiales ingleses llegaron á Ava, donde tuvieron la honra de ser admitidos en la corte en recepcion solemne; se hicieron mutuamente regalos. Pero el ejército, que habia contado con el bolín de Ava como compensacion de sus padecimientos, murmuraba de esta solucion pacifica. El 5 de marzo, empezó su movimiento de retirada. Parte se embarcó en los transportes que acababan de llegar por el Irawady; lo restante se puso en marcha para Prome. Esta campaña, que al principio habia escitado algun descontento contra lord Amherst, acabó gracias á su feliz desenlace, por reconciliarle los ánimos. Hallóse no obstante que las ventajas conseguidas por los Ingleses no eran proporcionadas á los esfuerzos que les habian costado. A falta de dinero que no se podia sacar de un estado exhausto, algunos hubieran querido que se exigiesen al menos cesiones de territorio. Pero ya habia pasado el tiempo de los engrandecimientos territoriales. Conquistada estaba la India entera. El proseguir mas allá de sus fronteras el sistema de invasion que las circunstancias habian hecho necesario era lanzarse sin objeto, sin provecho y contra el buen discurso á una carrera sin límites. Las provincias marítimas de Tenasserim, de Merguy y de Tavoy, abundantes en maderas de construccion, y útiles, al menos, por este lado eran ya una conquista suficiente. Tanto engrandecimiento era mas bien en adelante una causa de debilidad en paises lejanos, tan difíciles de guardar como de utilizar. La política de estension habia venido á ser un anacronismo, un contra sentido, así como la política de restriccion lo habia sido ya en tiempo de sir Jorje Barlow y de lord Cornwallis. Lord Amherst tuvo la cordura de ser el hombre de su tiempo.

CAPITULO XXVIII.

ESPEDICION DE BHURTPUR. LORD WILLIAM BENTINCH. NUEVA FASE DE LA DOMINACION INGLESA EN LA INDIA. OJEADA SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE LOS ESTABLECIMIENTOS FRANCESES EN LA INDIA.

Ya hemos visto el sitio sostenido en 1805, contra lord Lake por el rajá de Bhuripur. Este rajá, Randjit Singh, hubo de someterse finalmente á un tratado que ponía sus estados bajo la proteccion británica. A su muerte, dejó cuatro hijos, de los cuales el mayor no reinó mas que un instante, y murió sin posteridad. El segundo, Bulder Singh, subió al trono, que ocupó hasta 1824. Antes de morir, para afianzar mejor su sucesion á su hijo Bulwant-Singh, requirió para él, del gobierno inglés, el *Khilaut* de investidura. Con la cual colocó mas estrechamente todavia bajo la garantia de la potencia británica los derechos del futuro rajá. Otorgóse el *Khilaut*, y el jóven quedó revestido de él, con todas las ceremonias acostumbradas, por sir David Ochterlony (agosto de 1824). Bulder-Singh sobrevivió poco tiempo á las pompas de aquella fiesta; y pronto probó el suceso que no se habia equivocado ni en punto á los reuelos que habia concebido, ni en cuanto á las precauciones que habia tomado. A principios de 1825, un tal Durjun Saul escitó contra el rajá mozo, contra su madre y su tio una rebelion en la que el último pereció. Durjun Saul estaba entroncado con la familia reinante. La intervencion inglesa contra esta usurpacion fué al principio toda diplomática, ó al menos se aluvo, en cuanto á hostilidades, á méras demostraciones. Pero á fines del año juzgó el gobierno que ya habia llegado el tiempo de emplear los medios de rigor, y acordóse el sitio de Bhurtpur. En consecuencia atacóse la plaza por lord Combermere, á principios de diciembre. La artilleria de sitio habia llegado el 14 y el fuego de las baterias comenzó el 23. Sostuviéronlo durante un mes los sitiadores con mucho vigor; por fin, el 18 de enero, siendo practi-

cables dos brechas, se resolvió el asalto por dos lados á un tiempo. A pesar de la explosion de una mina que los Ingleses habian construido, y que causó estragos hasta en sus propias filas, salieron bien entrambas operaciones, y toda la guarnicion fué hecha prisionera, juntamente con Durjun Saul, su mujer, y sus hijos. Esta victoria tenia una importancia mayor todavia que la del restablecimiento de Bulwant-Singh. En tiempo de lord Lake, las armas inglesas se habian estrellado una vez delante de las murallas de Bhurtpur; y quizás se hubieran desgraciado tambien allí por segunda vez, si la falta de municiones no hubiese precisado á los sitiados á capitular. En suma, Bhurtpur, hasta 1825, podia pasar, á los ojos de los indijenas, por una plaza inespugnable y como postrer refugio abierto á los alzamientos de la nacionalidad humillada. Aquello era por lo mismo un prestigio que convenia quitarle. No debia quedar en pie en la India una fortaleza cuya reputacion intacta viniese á ser una especie de desafío eterno á las armas inglesas. Los muros de Bhurtpur espiaaron el orgullo de sus primeros triunfos, y fueron completamente arrasados. Los habitantes pudieron ver yaciendo por el suelo un bastion que habian apellidado el bastion de la Victoria; y que se jactaban de haber levantado con los huesos, la carne y la sangre de los Ingleses que lord Lake habia perdido al pié de sus muros. Lord Cambermere procedió, luego despues de la toma de la ciudad, á la reinstalacion del rajá, á quien dejó una guarnicion inglesa, compuesta de dos rejimientos.

Tales fueron las guerras sostenidas por lord Amherst, y las últimas guerras que hasta nuestro tiempo han debido los Ingleses sostener en la India propiamente dicha, ó en las cercanias inmediatas de sus posesiones. Lord Amherst señaló además su administracion con un acto mas importante en apariencia que en realidad, acto consumado ya desde largo tiempo de hecho, el apeamiento del emperador mogol, y la devolucion ab-

soluta á la Compañía de sus derechos de soberanía. El emperador y los suyos tuvieron la flaqueza de mostrarse tan afectados por este acuerdo cual si realmente hubiesen perdido algo. El quitarle un título huero era aliviarle del peso de una humillacion pomposa y de un contraste matante para su orgullo. Despues de haber proclamado, en Delhi, la soberanía independiente de la Compañía, lord Amherst volvió á Calcuta, donde se embarcó á últimos de marzo (1828), para Inglaterra. Lord Bentinck, su sucesor nombrado, estaba ya navegando para la India. Encontráronse en el Cabo, donde el nuevo gobernador jeneral invocó las luces y la experiencia de su predecesor.

Con la administracion de lord William Bentinck, comienza una era nueva en la historia de la India inglesa. Por lo tocante á la conquista, todo está consumado, todo está proclamado. La India es inglesa de hecho y de nombre. El gozoso cañon que, desde lo alto de los muros de Delhi, ha anunciado al imperio esta nueva, ha escrito para largo tiempo la página postrera de la historia de la India que hubo de escribirse con el cañon. Hasta aquí ha gravitado la guerra con todo el peso de sus necesidades sobre el sistema político, sobre las miras administrativas, sobre todos los establecimientos, sobre todos los ensayos de la potencia conquistadora. Las mejores intenciones, las concepciones mas hábiles y atinadas han debido aplazarse ó mutilarse para hacer lugar á las medidas urgentes que imperiosamente reclamaba el estado de guerra. Nada se ha ordenado con trabazon y armonía, con persistencia, sino lo que se habia preparado para la guerra, ó por ella se habia producido. Este hecho inmenso, y que hasta ahora ha absorbido todos los recursos, todo el tiempo, todas las ideas, todos los sacrificios, desaparece súbitamente de la historia de la India, y deja en presencia de un estado nuevo la conquista ya afianzada. Otro númen va á presidir á los destinos del imperio. Esta superioridad de la civilizacion europea, que

tan bien establecida ha sido por la gloria de las armas, ¿descollará acaso con un poder tan incontestable en el arte de gobernar como en el arte de conquistar? Tal es la cuestion que sobrevive á todas las cuestiones ya zanjadas, y única que queda pendiente en el momento en que lord William Bentinck ha sido ascendido al poder.

Bajo lord William Bentinck, la historia paró toda en administrativa. A escepcion de algunas revueltas sofocadas al momento en Nagpur y en el Mysore, nada distrae al gobernador jeneral de los afanes de esta especie. El imperio inglés puede decirse que no tiene vecinos. Las olas del mar ó las cumbres del Tibet lo separan de todas las grandes potencias del globo. No tiene, á sus puertas mas que pueblos ya vencidos, ó harto desvalidos para causarle zozobras. Ya no hay política por consiguiente. Asegurar la justicia, organizar y recaudar los impuestos, favorecer por medio de sabios establecimientos la creacion y la circulacion de las riquezas, tales son los puntos sobre los cuales se concentran todos los conatos del nuevo gobernador general.

Esta transicion de una era belicosa y conquistadora á una era pacífica y organizadora traía consigo naturalmente grandes reformas. Para ilustrarse en punto á las necesidades del país, lord William Bentinck comenzó por establecer la libertad de la prensa. Instituyó comisiones de hacienda, encargadas de recojer todos los datos relativos á la administracion civil ó militar. El ejército se conmovió con aquellos preparativos de reforma, y echó mano con ahinco de la nueva arma que las ideas liberales del gobernador jeneral acababan de poner en sus manos. La prensa defendió la espada. No amainó con esto la firmeza de lord William. Para estender las reformas á cuanto las necesitaba, recorrió, en 1829, el dilatado imperio que le estaba confiado; afianzó con nuevas disposiciones el sistema, que lord Hastings habia establecido en las recientes conquistas del país de los

Mahratas, y confió su vigilancia á un residente que instituyó en la provincia de Malwa. Perfeccionó el sistema de policía ya organizado para el esterminio de aquella especie de robo conocido en la India por el nombre de *decoit*; hasta probó, intento muy delicado y no ensayado hasta entónces, de tocar las costumbres y las creencias religiosas, prosiguiendo la abolición de aquellos sacrificios humanos que se efectuaban todavía en las piras de los *Satis*. Ya es sabido, pues ya lo llevamos dicho en otras varias partes de esta historia, que *Sati* es el nombre que se da en la India, al mismo sacrificio y á la viuda que se somete. Las rancias supersticiones murmuraron al principio; pero vencieron por fin la humanidad y la razón. No habia aun medio siglo que se habia sublevado en Madrás un batallón de Cipayos, porque habian tratado de variar su morrion. Basta este hecho para probar el riesgo que habia en las innovaciones que las habian con costumbres arraigadas con el tiempo y sancionadas por las creencias, y el ascendiente que habia cobrado el poderío inglés en el ánimo de los pueblos.

Una novedad menos osada, pero que tendrá en la historia resultados mas reparables, fué la introducción de la navegación por vapor en las comunicaciones de las colonias con la metrópoli. No cabe prever lo que resultará, aun para las naciones de occidente, de esta innovacion que ha substituido el vapor á la vela, y la vía de Egipto á la del Cabo. Ya ha resentido la Europa, en 1840, una de aquellas conmociones precursoras que le dejan columbrar los trastornos que para el porvenir puede causar esta cuestion. Lord William no tuvo, es verdad, la gloria de concebir esta idea, preparada ya desde 1821, y realizada en su primer ensayo en 1825. El buque la *Empresa*, salido de Falmouth el 16 de agosto de este año, y siguiendo la antigua derrota del Cabo de Buena Esperanza, habia llegado á Bengala el 7 de diciembre. Bastaba este feliz éxito para escitar el entusiasmo y exaltar

las esperanzas, mas no para resolver el problema de una comunicacion regular y permanente por una vía marítima tan larga y dispendiosa, consideradas las exigencias particulares de la navegación por vapor. Las otras vías del Eufrates ó del mar Rojo, si bien ofrecian una solución mucho mas fácil para las dificultades hijas de estas exigencias, levantaban al mismo tiempo problemas de otro orden y mucho mas espinosos. Sin embargo como el objeto del momento era obtener el medio de ir lo mas presto posible con los menores gastos posibles, todo el afán se volvió por este lado. Sabidos son los trabajos que los Ingleses han ejecutado en el curso del Eufrates, y el proyecto que nunca han orillado del establecimiento de un carril de hierro al través del istmo de Suez, proyecto árduo, y no para los ingenieros solamente. Lo que les bastaba en la época á que hemos llegado era el realizar una grandísima economía de tiempo sin graves incomodidades. Probóse por la vez primera en 1830 el paso por el mar Rojo. El buque *Hugh Lindsay*, salido de Bombay el 20 de marzo, llegó el 22 de abril. En el día basta el mismo espacio de tiempo á los periódicos que siguen la misma travesía para llegar hasta Paris. Pero la inesperienza y las imperfecciones de un servicio recién organizado habian retardado la marcha del *Hugh Lindsay*. Volvió á emprender este buque el mismo viaje en el mes de diciembre siguiente, y lo ejecutó en veinte y dos días. Repitióse despues muchas veces el experimento, y dió á corta diferencia los mismos resultados. Estos eran bastante satisfactorios para determinar la organizacion regular de esta nueva comunicacion que acababa de abrirse entre la metrópoli y su colonia. Llevóse la cuestion ante el parlamento en 1834. La cámara de los Comunes, en vista de las ventajas alcanzadas, votó el establecimiento de un servicio permanente, y todos los gastos que debian asegurarlo. Esta gran medida, á la que lord William Bentinck ha contribuido con todo su zelo y sus conatos,

inaugura gloriosamente la era nueva á la que preside el nombre de este gobernador jeneral, y será una época memorable en la historia de la Compañía. Las reformas administrativas, judiciales, militares, de policía, de hacienda, etc., embargaron toda su administracion, á la que puso un término el mal estado de su salud. La junta de los directores le manifestó, en una declaracion solemne, su pesar y su gratitud. Los negociantes de Lóndres y diversas corporaciones le votaron tambien un mensaje congratulatorio, y una estatua que habia de levantarse en una de las plazas públicas de Calcuta.

Hábale llegado ya á la Compañía la era de las transformaciones. Esperaba su privilegio con el año 1835. En febrero de 1830, lord Ellenborough propuso la formacion de un comité encargado de examinar el estado de los negocios de la India, é hizo además una mocion para decidir si la India debía ser gobernada con la asistencia de la Compañía ó sin ella; si era conveniente que esta asistencia se ejerciese bajo la forma antes adoptada ó bajo una forma nueva. Esta cuestion, segun se ve, habia progresado desde el tiempo en que Burke y Fox se asustaban de las usurpaciones del poder real sobre la Compañía; desde el tiempo en que esta osaba levantar, en la India, conflictos de autoridad, de soberanía contra la corona representada por comisarios, y paralizar en sus manos la intervencion real. La muerte del rey Jorje IV, al paso que ocasionó la disolucion del parlamento, interrumpió los primeros trabajos empezados en virtud de la mocion de lord Ellenborough. Pero en el mes de octubre del mismo año 1830, lord Wellington, á la cabeza del ministerio, reentabló la cuestion y se puso en comunicacion con la junta de directores, para tratar con ellos de los convenios que se habian de ajustar con la Compañía. La revolucion de julio derribó de rechazo, como es sabido, el ministerio Wellington, quien legó á lord Grey el cumplimiento de aquella obra bosquejada, y que nuevamente ha-

bia de interrumpir otra disolucion del nuevo parlamento. Prosiguiéronse los tratos con la junta de directores; los que vinieron á parar en un arreglo por el cual la Compañía consentia en trasferir á la corona sus propiedades territoriales y sus privilegios comerciales mediante un conjunto de medidas destinadas á indemnizar á los propietarios, y á guardar todos los intereses existentes, todos los derechos adquiridos. Estas medidas consistian sobre todo en un reembolso por anualidades, y en la creacion de un capital que, colocado en los fondos públicos de Inglaterra, se repartiria, al cabo de cierto tiempo, entre los propietarios. El ministerio hacia subir á 630.000 libras esterlinas el importe de la anualidad, y á 1.200.000 el capital del fondo comun. La Compañía pedia que se concediese la anualidad para cuarenta años cuando menos; que el guarismo del fondo comun se calculase de modo que, al espirar estos cuarenta años, pudiese bastar para el rescate de las anualidades; que en el caso en que la renta de la India no bastase para pagar las anualidades á los plazos señalados, se llenase el déficit con sumas tomadas del fondo comun, salvo el reemplazarlas mas tarde con los fondos procedentes de la India; la junta de directores pedia además que la Compañía siguiese administrando la India durante un periodo de tiempo fijado de antemano, y que no podia ser menor de veinte años; y que se le confirmasen durante este período sus privilegios con respecto á la oficina de fiscalizacion ó del ministerio. Reservábase además el derecho de presentar á la oficina de fiscalizacion un plan adecuado para asegurar la ejecucion de sus obligaciones comerciales, y la suerte de los empleados suyos cuya situacion quedase lastimada por las nuevas disposiciones.

Aquellos arreglos, sometidos á la asamblea de los propietarios, fueron adoptados por una mayoría de 477 votos contra 52. El ministerio se avino á ascender á 2.000.000 de libras esterlinas el importe del fondo co-

mun; á hacer del pago de la anualidad un crédito privilegiado, y á prorrogar para veinte años el gobierno de la India en las manos de la Compañía. El parlamento sancionó todas estas medidas por un *bill* presentado el 28 de junio de 1833, y del cual damos á continuación algunas de las principales disposiciones:

«Los territorios poseidos en la India por la Inglaterra permanecen bajo el gobierno de la Compañía hasta el 30 de abril de 1854. Las propiedades de la Compañía son adquiridas á la corona por el pago de los gastos de la India. Los privilegios, derechos, poderes, inmunidades de la Compañía seguirán vijentes hasta la misma época... Las deudas de la Compañía se liquidarán, en una época determinada, sobre los beneficios y las rentas territoriales de la India. Concédese un dividendo de 10 y medio por ciento á los propietarios del capital de la Compañía, pero redimible por el parlamento en ciertas proporciones fijadas de antemano. La Compañía está autorizada á pedir este reembolso en el caso en que se quite el gobierno de la India. Se forma un fondo social de 2.000,000 de libras esterlinas para el reembolso de la anualidad concedida á los propietarios del capital social de la Compañía; hasta entónces se añadirá al capital el interés de este fondo comun. En caso de no pagarse la anualidad ó parte de ella por el gobierno, la junta de los directores está autorizada á tomar del fondo comun la suma necesaria para completar este pago. El dividendo se pagará sobre las rentas de la India, con preferencia á cualquiera otro gasto.»

Seguian despues otras disposiciones que renovaban las oficinas de fiscalizacion y regulaban sus atribuciones, así como las del gobernador jeneral y del consejo supremo. Establecióse una nueva presidencia en Agra, y se establecia mas estrechamente la subordinacion de las presidencias de provincia con respecto al gobierno central de Calcuta. Se mandaba la abolicion gradual de la esclavitud; se crearon obispados en

Calcuta, Madrás y Bombay; se reservaron los empleos en la India á los alumnos del colejio de Hailesbury; por último, la isla de Santa Helena, que hasta entónces habia pertenecido á la Compañía, se traspasó á la corona.

Este bill fué votado, el 26 de julio de 1833, por la cámara de los comunes; el 16 de agosto siguiente, por la cámara de los lores, y sancionado, el 28, por la corona. No debia estar vijente sino desde el 30 de abril de 1834. Consagraba, tras un plazo de veinte años, la abolicion de la Compañía de las Indias, y un réjimen transitorio hasta la espiracion de este plazo.

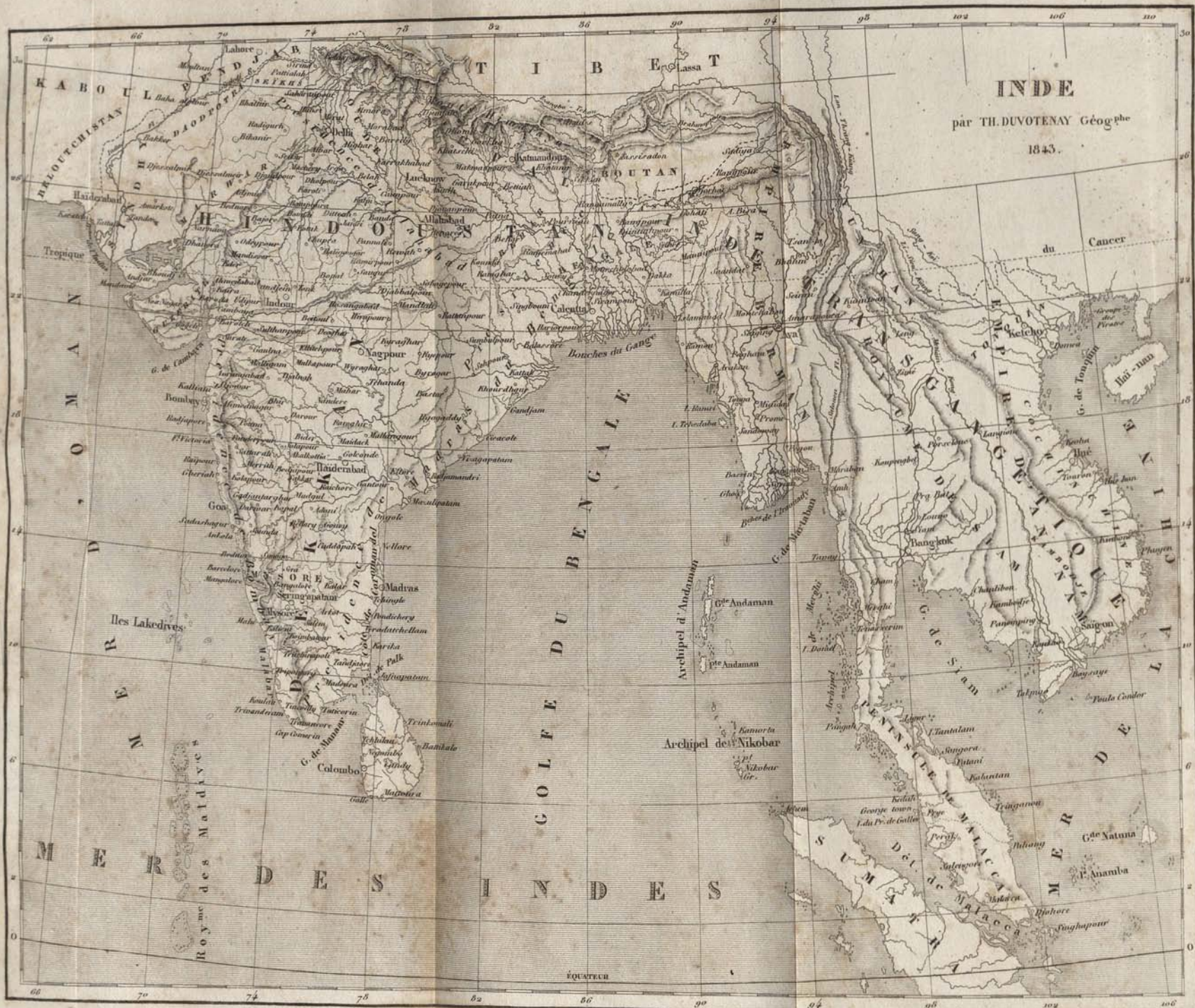
Los acontecimientos notables que desde entónces han ocurrido han sido ya descritos por los dos escritores que hemos continuado. El uno, M. de Jancigny, lo ha hecho en la introduccion de esta historia de la India; el otro, M. Raymond, lo ha hecho en la historia del Afghanistan, que pertenece á esta coleccion. Nos referimos sobre todo á esta obra por lo relativo á los últimos acontecimientos que han llamado á los Ingleses al Cabul. La expedicion á la China será referida por M. Pauthier en la obra dedicada á la China. Así pues queda terminada nuestra tarea por lo que respecta á la historia de la India inglesa. Pero hemos de decir todavia algo sobre el estado actual de los establecimientos franceses en la India.

Ya hemos visto á qué punto de prosperidad inaudita hasta entónces habia llevado Dupleix el poderío francés en el Decan. Los Ingleses, para llegar al punto en que ahora se hallan, no han tenido mas que hacer sino seguir la política de aquel hombre grande. Tras él, fué pronta la decadencia y luego fué la ruina completa. El tratado de Godeheu redujo á los Franceses á algunas factorías sin comercio; la toma de Pondicheri, bajo Lally Tolendal, los redujo á nada. La Francia quedó completamente espulsada de la India. La paz de 1763 le restituyó Pondicheri con un territorio reducido, Mahe, Karikal, Chandernagor, y las demás factorías suyas, de las que no volvió á

tomar posesion hasta 1765. La Compañía francesa, desde 1725, solo se habia sostenido á costas del rey y del estado, de quien habia sacado la suma enorme de 376.000,000 de francos. Hallábase de hecho abolida por la pérdida de sus establecimientos. Como harto habia ya probado su impotencia en utilizarlos, fué formalmente abolida despues de la restitucion, en 1769. Todo Francés tuvo el derecho de navegar y traficar libremente mas allá del cabo de Buena-Esperanza. Esta libertad de comercio que habia realzado un poco á Pondicheri, no habia de durar mucho. Tomada otra vez en setiembre de 1778, fué nuevamente devuelta á la Francia en 1783, para ser nuevamente tomada en agosto de 1793, restituida, en 1802, por la paz de Amiens, y por último vuelta á tomar en setiembre de 1803, y restituida definitivamente en virtud de los tratados de 1814 y 1815. Estos tratados colocan en cierto modo los establecimientos franceses bajo la proteccion británica. Por el artículo 12 del tratado de Paris, del 30 de mayo de 1814, la Francia se obliga « á no hacer ninguna obra de fortificacion en los establecimientos que deben serle restituidos, y que están situados en los límites de la soberanía británica en el continente de las Indias, y á no poner en estos establecimientos mas que el número de tropas necesario para conservar el buen gobierno interior. » En reciprocidad, la Inglaterra se obliga por el mismo artículo « á hacer disfrutar á los súbditos de su Majestad Cristianísima, relativamente al comercio y á la seguridad de sus personas y propiedades, en los límites de la soberanía británica en el continente de las Indias, de las mismas facilidades, privilegios y proteccion que se conceden ó concedieron á las naciones mas favorecidas. » Por el convenio del 7 de marzo de 1815, la Inglaterra se obliga, en caso de rompimiento: « 1.º á no considerar ni tratar como prisioneros de guerra á las personas que hagan parte de la administracion civil de los establecimientos franceses en la India, como ni tampoco á los oficiales,

sargentos, cabos y soldados, que á tenor del tratado ajustado en Paris el 30 de mayo de 1814, sean necesarios para mantener el buen gobierno en dichos establecimientos, y á concederles un plazo de tres meses para arreglar sus negocios personales, así como á darles las facilidades necesarias y los medios de transporte para volver á Francia con sus familias y sus propiedades particulares; 2.º á conceder á los súbditos de su Majestad Cristianísima, en la India, el permiso de continuar allí su residencia y su comercio mientras se porten pacíficamente y no hagan nada contra las leyes y los reglamentos del gobierno. »

Así pues, ni aun en caso de guerra entre las dos naciones, se dignan tratar allá á los Franceses como á enemigos. Se contentan con ponerlos oficialmente fuera de sus casas, y con autorizar á los particulares que por su buena conducta lo merezcan á continuar su residencia y su comercio. He aquí á que condiciones algo desdeñosas se les ha permitido á los Franceses poseer hoy dia á Pondicheri, Karikal, Yanaon, una lonja en Mazulipatam; á Mahe, en la costa de Malabar; á Chandernagor, en Bengala; y seis lonjas en los puntos siguientes: Calicut, Cosimbazar, Jeugdía, Dacca, Balasore y Patna. Una lonja es una casa donde la Francia tiene el derecho de establecer una factoría y de enarbolar su pabellon. La ciudad de Mazulipatam, que era en otro tiempo una ciudad francesa, y capital de una opulenta provincia francesa, estaria en el dia completamente desierta, á no ser por dos Indos subalternos colocados allí por el jefe de la factoría de Yanaon, para cerrar la puerta y guardar el pabellon. La lonja de Calicut se halla en un estado no menos floreciente, y no tiene mas habitante que un conserje ó guardian. Las de Balasore, Dacca, Cosimbazar, Patna, Jeugdía, las cinco en Bengala, disfrutan cada una de un pequeño territorio que tienen anejo, y que les vale magníficas prerrogativas, de soberanía, de jurisdiccion civil y criminal sobre algunas docenas de Indios que pueblan aque-



llos territorios. Un agente francés, establecido en 1819 en la factoría de Surate, murió allí en 1823, y no le han reemplazado. No obstante el establecimiento sigue subsistiendo, al menos para el guarda ó peon ó criado del guarda, encargados de representar allí por la Francia su poder y comercio que volaron.

La población total de los establecimientos franceses en la India, es, según los últimos censos, de 167.736 individuos, de ellos 980 blancos solamente, 165.241 negros indios, y 1.515 mixtos. Pondicheri y sus aldeas figuran en ella por 53.659; Chandernagor por 31.235; Karikal por 44.191;

Mahe por 3.355; Yanaon por 7.339. En estos totales hay que comprender no solo la población de las ciudades sino también la de sus dependencias; agregando á estos guarismos 15.737 almas para la población de Villanour, y 12.220 para la población de Bahour, que dependen de la jurisdicción de Pondicheri, tenemos un total igual de 167.736 para la población entera de los establecimientos franceses prescindiendo, es verdad, de los residentes en Balasore, Dacca y Cosimbazar, y de los peones que guardan las lonjas de Mazulipatam, Calicut y Surate.

FIN DE LA INDIA.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN LA INDIA.

PARTE PRIMERA.

INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA INDIA ANTIGUA Y MODERNA.

I. Consideraciones preliminares.	5	§ I. De las castas.	159
II. Aspecto jeográfico, límites.--Punto de vista bramánico: punto de vista europeo.--Bosquejo de los principales caracteres físicos y etnográficos.		§ II. Del gobierno.	162
III. Ojeada sobre el estado actual de las indias inglesas.--Divisiones principales.--Formas de gobierno.--Administracion.	17	§ III. Administracion de justicia.	165
Rentas.--Ejército.--Marina.--Etnografía.	28	§ IV. De la religion.	167
IV. Resumen político.--Expediciones recientes del Afghanistan y de la China.--Porvenir del imperio Hindo-Británico.	36	§ V. De las costumbres y del estado de civilizacion.	170
Tratado preliminar con la Persia, ajustado por sir Harford Jones, el 12 de marzo de 1809.	42	CAP. III. De los Indos en los tiempos modernos.--§ I. Cambios sobrevenidos en las castas.	172
Tratado con los amires de Sindé de fecha 22 de agosto de 1809.	44	§ II. Mudanzas sobrevenidas en el gobierno.	175
Tratado con Randjit-Singh, el radjá de Lahore, de fecha 25 de abril de 1809.	id.	§ III. Mudanzas sobrevenidas en la jurisprudencia.	183
Tratado con el rey de Cabul de fecha 17 de junio de 1809.	45	§ IV. Estado actual de la religion.	184
Declaracion del gobernador jeneral.	52	§ V. Estado actual de la filosofia.	201
Tratado entre el gobierno inglés, el maharadjá Randjit Singh y Shah Shudjá ul-Mulk, concluido en Lahore, en 26 de junio de 1838.	58	§ VI. Astronomía y matemáticas.	209
Negocios del Pandjab, de Napal etc. Altercados con los Birmanes. Asuntos de la China.	112	§ VII. Jeografía.	213
CAP. I.--§. I. Aspecto jeográfico.	144	§ VIII. Cronología.	214
§ II. Clima.	153	§ IX. Medicina.	219
CAP. II. De los Indos en tiempo de Manu.	158	§ X. De la lengua.	220
		§ XI. De la poesia.	222
		§ XII. Bellas Artes.	227
		§ XIII. Agricultura.	231
		§ XIV. Comercio.	232
		§ XV. Costumbres, usos, carácter de los Indos.	235
		CAP. IV. Historia de los Indos hasta la invasion de los Mahometanos.--§ I. Indostán.	257
		§ II. Decan.	260
		CAP. V. Desde las conquistas de los Arabes hasta la fundacion del imperio mogol.--§ I. Conquista de los Arabes.	263
		§ II. Los Ghaznevides.	265
		CAP. VI. Imperio mogol.--§ I. Baber.	297
		§ II. Humaíun.	303
		§ III. Akbar.	305
		§ IV. Djihangire.	309
		§ V. Shah Jehan.	316
		§ VI. Aurengzeb.	323
		§ VII. Shah-Alam.	337
		§ VIII. Desde la muerte de Shah-Alam hasta el fin del imperio mogol.	339
		CAP. VII. Descubrimientos y es-	

INDICE.

tablecimientos de los Portugueses en la India.	345	CAP. XX. Nueva organizacion de hacienda y judicial; guerra con Tipu.	495
§ II. Establecimientos de los Portugueses en la India.	353	CAP. XXI. Renovacion de la carta ó privilegio de la compania. Guerra con el Misore. Muerte de Tipu Sahib. Desmembramiento de su imperio.	505
CAP. VIII. Primeros viajes y principio de los establecimientos ingleses en la India.	373	CAP. XXII. Tratado de Basein. Guerra con los Mahratas. Los Pindarris.	513
§ II. Fundacion de la Compania llamada de las Indias orientales. El primer establecimiento de los Ingleses en la India.	381	CAP. XXIII. Reemplazo de lord Wellesley por lord Cornwallis. Cambio de sistema. Muerte de lord Cornwallis. Tratados con Scindiah y Holkar.	528
CAP. IX. Lucha con la Francia. —Conquista del Carnatic.	393	CAP. XXIV. Toma y evacuacion de la isla de Macao. Expediciones de Jata y de Sumatra.	537
CAP. X. Conquista de Bengala por los Ingleses.	408	CAP. XXV. Guerra contra los Guerckhas. Expedicion de Ceilan.	544
CAP. XI. Vuelven á empezar las hostilidades en el Carnatic.	415	CAP. XXVI. Lord Hastings vuelve al sistema de alianzas. Guerras contra los Pindarrys y los Mahratas.	551
CAP. XII. Llegada de Lally Tolendal á la India. —Decadencia de los establecimientos franceses.	418	CAP. XXVII. Guerra de los Birmanes.	563
CAP. XIII. Progresos de los Ingleses en Bengala. —Los Franceses; espulsados del Carnatic.	421	CAP. XXVIII. Expedicion de Bhurtpur. Lord William Bentinch. Nueva fase de la dominacion inglesa en la India. Ojeada sobre el estado actual de los establecimientos franceses en la India.	575
CAP. XIV. Situacion del Carnatic y del Decan tras la espulsion de los Franceses.	436		
CAP. XV. Los Ingleses asientan su gobierno en todo Bengala. — Reformas hechas por Clive.	444		
CAP. XVI. Disensiones intestinas en el gobierno de Madrás.	462		
CAP. XVII. Acontecimientos del Carnatic: guerra con Haider.	477		
CAP. XIX. Hastings remplaceado, su proceso.	490		

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Lám.	Paj.	Lám.	Paj.
42 Timur.	291	28 Restos de un antiguo templo en Barolli.	460
43 Sepulcro del emperador Hoomayou cerca de Dehli.	305	25 Cabeza de tres Caras en Elefanta.	456
44 Mausoleo de Sheer-Sha.	302	26 Entrada principal del templo de Salceta.	360
41 Bekermadjit.	260	27 Bovedas de Karli.	440
29 Templo de Gunga Bheu.	417	23 Fachada del Bisma Kurm, en Ellora.	400
32 Templo Cudhista.	240	22 Esculturas en Ellora.	510
30 Templos de Mynal en el Mesuar.	310		
31 Templos de Mandravati.	265		

PAUTA.

1 India antigua segun la jeografia bramánica.	257	53 Adornos del Tadj.	331
2 Brama, Braham Maia, Brahm Sakti, Om-u-Aum.	168	54 idem.	333
3 Pradjapati, tipo simbólico de la creacion bramánica, etc.	166	55 Sepulcro del gran visir Etmodooddonlá.	274
4 La tortuga sosteniendo los mundos, etc.	210	56 Sewadji.	332
5 Rasi—Tshakra, etc.	106	57 Sepulcro de Aurengzeb.	336
6 Brama y Sarasuati.	180	58 Pama Musdjid.	500
7 Siva Mahadeva, etc.	186	59 Motu-Musdjid.	501
8 Vistinu, etc.	160	60 Elefantes.	177
9 Siva Mahadeva etc.	170	61 Calcuta.	396
10 Mahadeva y Parvati.	184	62 Mukiarnika Ghat en Benarés.	469
11 Vira Pohradra.	182	63 Mausoleo en Lucnevoor.	457
12 Hanuman y los monos.	210	64 Palacio en Bejapoar.	370
13 Hanuman.	214	65 Ghat de Hurdwar.	150
14 Krishna.	186	66 Mujeres del Indostan.	168
15 Budha, Sunya Budha.	240	67 Mujeres del Decan.	372
16 Budha.	230	68 Mujeres que dan de beber al Rajá.	394
17 Vishnu.	228	69 Haren.	450
18 Utensilios empleados en los sacrificios.	156	70 Columpio.	234
19 Kelaza en Ellora.	540	71 Concierto delante de una princesa.	528
20 Ramesvar en Ellora.	370	72 Elefantes armados en guerra.	180
21 Sepulturas.	190	73 Este número no existe y debe reemplazarse con la lámina n°. 60, que representa el sepulcro de Ibrahim Pad Shah en Bejapore.	326
24 Interior del Bisma Kunm.	176	74 Armas.	250
33 Antiguo templo de Jain.	192	75 Gimnástica. Dromedario.	240
34 Templo Jain en la fortaleza de Kamulmair.	192	76 Un Pundit en el acto de explicar las Santas escrituras.	490
35 Fragmento de las ruinas de Barolli.	216	77 Instruccion relijiosa.	166
36 Templo hindo.	214	78 Diversos viajeros que están descansando.	262
37 Nicho esculpido del templo de Barolla.	220	79 Café y viajeros que descansan.	268
38 Colunas en Chaudravati.	208	80 Combate de elefantes.	134
39 Artesones esculpidos en Chaudravati.	210	81 El Salaam.	446
40 Coluna de la victoria en Chectore.	218	82 Mujeres de diversas condiciones.	240
45 Akbar.	305	83 El árbol Banian.	500
46 Sha Djahan.	317	84 Luchadores.	238
47 Dara Shikoh.	318	El Mapa de la India bajo la dominacion de los Mogoles debe colocarse delante del capitulo VI.	297
48 Sha Djahan concediendo un asiento á Dara Shikoh.	315	El mapa de la India moderna debe colocarse al fin del volumen.	
49 Aurengzeb.	324		
50 Mirza-Mollah.	252		
51 El Tadj.	310		
52 Sepulcro del emperador Sha-Djaham en el Tadj.	328		